

HAY FUTURO
si hay verdad

INFORME FINAL

Comisión para el Esclarecimieto
de la Verdad, la Convivencia
y la No Repetición

CUANDO LOS PÁJAROS NO CANTABAN

Historias del conflicto armado en Colombia

TOMO TESTIMONIAL

HAY FUTURO
si hay verdad

INFORME FINAL

CUANDO LOS PÁJAROS NO CANTABAN

HISTORIAS DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

TOMO TESTIMONIAL

COMISIÓN DE LA VERDAD

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No Repetición.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Colombia. Comisión de la Verdad, autor
Hay futuro si hay verdad : Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. -- Primera edición. -- Bogotá : Comisión de la Verdad, 2022.
11 tomos en 24 volúmenes : ilustraciones, diagramas, fotografías y mapas a color.

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-53874-3-0 (Obra completa impreso)
ISBN 978-958-53874-9-2 (Tomo 6 impreso)
ISBN 978-628-7590-18-2 (Obra completa digital)
ISBN 978-628-7590-27-4 (Tomo 6 digital)

Tomo 1. Convocatoria a la paz grande: declaración de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición -- **Tomo 2.** Hallazgos y recomendaciones de la Comisión de la Verdad de Colombia -- **Tomo 3.** No matarás: relato histórico del conflicto armado interno en Colombia -- **Tomo 4.** Hasta la guerra tiene límites: violaciones de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario y responsabilidades colectivas -- **Tomo 5.** Sufrir la guerra y rehacer la vida: impactos, afrontamientos y resistencias -- **Tomo 6.** Cuando los pájaros no cantaban: historias del conflicto armado en Colombia, tomo testimonial -- **Tomo 7.** Mi cuerpo es la verdad: experiencias de mujeres y personas LGBTIQ+ en el conflicto armado -- **Tomo 8.** No es un mal menor: niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado -- **Tomo 9.** Resistir no es aguantar: violencias y daños contra los pueblos étnicos de Colombia -- **Tomo 10.** La Colombia fuera de Colombia: las verdades del exilio -- **Tomo 11.** Colombia adentro: relatos territoriales sobre el conflicto armado -- **Tomo 11. vol. 1.** Ensayo introductorio -- **Tomo 11. vol. 2.** Amazonía -- **Tomo 11. vol. 3.** Antioquia, sur de Córdoba y Bajo Atrato chocoano -- **Tomo 11. vol. 4.** Caribe -- **Tomo 11. vol. 5.** Eje Cafetero -- **Tomo 11. vol. 6.** Frontera nororiental -- **Tomo 11 vol. 7.** Magdalena Medio -- **Tomo 11. vol. 8.** Nariño y sur de Cauca - **Tomo 11. vol. 9.** Orinoquía -- **Tomo 11. vol. 10.** Pacífico -- **Tomo 11. vol. 11.** Región Centro -- **Tomo 11. vol. 12.** Valle y norte del Cauca -- **Tomo 11. vol. 13.** Dinámicas urbanas de la guerra --**Tomo. 11. vol. 14.** El campesinado y la guerra.

1. Colombia. - Comisión de la Verdad - Informes 2. Conflicto armado -Colombia - Siglos XX-XXI - Informes 3. Víctimas de la violencia - Colombia - Siglos XX-XXI - Informes 4. Justicia y reparación - Colombia - Siglo XXI - Informes 5. Búsqueda de la verdad - Colombia - Siglo XXI - Informes 6. Testimonio de víctimas - Colombia - Siglo XXI - Informes 7. Reparación de víctimas según grupo poblacional - Colombia - Siglo XXI - Informes

CDD: 303.609861 ed. 23 CO-BoBN- a1096847

SISTEMA INTEGRAL PARA LA PAZ
Verdad | Justicia | Reparación | No Repetición

COMISIÓN DE LA VERDAD | JEP JURISDICCIÓN ESPECIAL PARA LA PAZ | UBPD UNIDAD DE BÚSQUEDA DE PERSONAS DADAS POR DESAPARECIDAS

Hay futuro si hay verdad. *Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*

Comisionados y comisionadas
Francisco José de Roux Rengifo, *presidente*
Alejandro Castillejo Cuéllar
Saúl Franco Agudelo
Lucía González Duque
Carlos Martín Beristain
Alejandra Miller Restrepo
Leyner Palacios Asprilla
Marta Ruiz Naranjo
Patricia Tobón Yagarí
Alejandro Valencia Villa
Alfredo Molano Bravo (q. e. p. d.)
María Ángela Salazar Murillo (q. e. p. d.)

Secretario general
Mauricio Katz García

Equipo directivo
Gerson Arias Ortiz, *director para el diálogo social*
Diana Britto Ruiz, *directora de conocimiento*
Sonia Londoño Niño, *directora de pueblos étnicos*
Juan Carlos Ortega, *director administrativo y financiero*
Tania Esperanza Rodríguez Triana, *directora de territorios*

Edición general y coordinación editorial
Karim Ganem Maloof

Coordinación de comunicaciones
Ricardo Corredor Cure

Asistencia editorial
Sofía Libertad Sánchez Guzmán
Andrea Jiménez Jiménez

Bogotá, Colombia, agosto de 2022

Cuando los pájaros no cantaban. *Historias del conflicto armado en Colombia. Tomo testimonial*

Director de este tomo
Alejandro Castillejo Cuéllar

Coordinadora Tomo testimonial transmedia
Nathalia Salamanca Sarmiento

Coordinadora Territorios de la Escucha y Lecturas Rituales
Magdalena Frías Cruz

Coordinadoras editoriales
Juana Durán Bermúdez – El libro de las anticipaciones
Olga Lucía Corzo Velásquez – El libro de las devastaciones y la vida
Paula Andrea Moreno Pinzón – El libro del porvenir

Equipo de investigación
Natalia Anaya Aldana, Félix Corredor Benítez, Olga Lucía Corzo Velásquez, Juana Durán Bermúdez, Natalia Escobar Sabogal, Katherine López Rojas, Paula Andrea Moreno Pinzón, Laura Andrea Pachón Pastrán, Alejandro Pérez Rubiano, Harold Steven Rodríguez Cruz y Katherine Villa Guerrero

Editor
Harold Muñoz

Cuidado de textos
Gustavo Patiño Díaz

Curaduría fotográfica
Santiago Escobar-Jaramillo (curador), Daniel Montoya Ballesteros (asistente)

Equipo de analítica y visualización de datos
Cristhian David Páez Parra, Gabriel Lombo Moreno, Brian Smith Salamanca Durán, Jeison Sabogal Sánchez, Camilo Andrés Nemocón Farfán y Andrea del Pilar González (coordinadora)

Plataforma digital Sonido y memoria
Equipo de sonido. Félix Corredor Benítez, Juan Esteban Ruiz Osorio, Carolina Ortiz Cerón y Harold Steven Rodríguez Cruz. *Equipo audiovisual.* Pedro Pablo Vega Reyes, Yira Rojas Acosta, Enrique Rivera, Alejandro Castillo, Juan Manuel Mesa, Manuel Murillo Rodríguez y Negrita Films. *Equipo de transmedia*. Marcela Peláez, Lorena Parra, Rubén Egea, Emmanuel Angulo y Olga Lucía Lozano (coordinadora)

Colecciones Archivo del Esclarecimiento de la Verdad

El dolor de la naturaleza. Laura Andrea Pachón Pastrán y Natalia Anaya Aldana. *Narrativas de vida en la guerra*. Natalia Escobar Sabogal y Harold Steven Rodríguez Cruz. Con el apoyo de Félix Corredor Benítez, María Camila Cortés Sierra, Laura Cortés Carrillo, Juan Camilo Murcia Galindo, Leonardo Parra Puentes y Rosario Arias Callejas

Colaboraciones

Proyecto especial de escucha *Narrativas de vida en la guerra:* Carolina Vargas, Germán Gómez, Marcos Guevara, La Rotativa y la comunidad de Tierra Grata en Cesar. Proyecto especial de escucha *El dolor de la naturaleza:* Dora Estella Muñoz Atillo, Edilma Prada Céspedes, la Red Tejiendo Historias de Agenda Propia y la comunidad del resguardo de Puerto Esperanza en Puerto Nariño, Amazonas

Para todas las comunidades en donde el tomo testimonial fue leído en voz alta como parte del proceso editorial (como un libro vivo) y como apuesta de circulación de la palabra a través de Lecturas Rituales, nuestro reconocimiento y gratitud siempre

1. Espacio de articulación y coordinación de organizaciones sociales Agenda Caribe. Pueblo Bello, Cesar
2. Resguardo Arhuaco Comunidad Ati Kwakumuke, Pueblo Bello, Cesar
3. Resguardo Arhuaco de Kutunsama, vereda Don Diego - área rural Santa Marta, Magdalena
4. Firmantes del Acuerdo de Paz, comunidad de Tierra Grata. Manaure, Cesar
5. Organizaciones campesinas Serranía del Perijá, La Jagua de Ibirico, Valledupar, Cesar
6. Organizaciones campesinas, corregimiento de La Victoria, La Jagua de Ibirico, Cesar
7. Comunidad del Consejo Comunitario de Villa Gloria en La Boquilla, Cartagena
8. Comunidad indígena Wayúu de la Ranchería Kasichi, Maicaito, Maicao, La Guajira
9. Jóvenes de la Casa Cultural El Bonche, Chalán, Sucre
10. Proceso Social Memorias de un Estallido del Portal de la Resistencia: el Espacio Humanitario "Al calor de la olla"; La guardia de las Ñangas; Las Brigadas Médicas y el Comité Cultural de la Resistencia. Bogotá
11. Colombianita Paz, Quebec, Canadá
12. Organización social y campesina de la Asociación Granja Integral Tamarindo (Granita) Tame, Arauca
13. Comunidad Nasa del Resguardo Tacueyo. Municipio de Toribío, Cauca
14. Mayoras de Tumaco, Guapi y Buenaventura, Valle del Cauca
15. Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato Cocomacia. Tutunendo, Quibdó, Chocó
16. Evento de reconocimiento de las víctimas del conflicto armado de Tumaco, Nariño
17. Comunidad indígena Makaguaje, de Solano, Caquetá
18. Universidad de Antioquia y Corporación Convivamos. Escuela de memoria y paz territorial. La Honda, Medellín
19. Comunidad Yachaikuri en la inspección de Yurayaco en San José del Fragua, Caquetá. Pueblo Inganokuna
20. Comunidad educativa Hermanas Lauritas, y comunidades indígenas andoque, nonuya, uitoto y muinane. Araracuara, Solano, Caquetá
21. Encuentro de lectura ritual con macro territoriales de la Comisión de la Verdad, Bogotá
22. Organizaciones Campesinas de Sumapaz, localidad 20 de Bogotá

23. Organizaciones campesinas de la Casa Cultural Huellas del Pato, El Pato, San Vicente del Caguán, Caquetá

24. Comunidad universitaria del Doctorado en Educación y Sociedad de la Universidad de La Salle

25. Organizaciones de víctimas de la Chiva de la Verdad en Barrancabermeja, Santander

26. Estudiantes de Trabajo Social de la Universidad de Caldas, La Dorada, Caldas

27. Red de Bibliotecas Populares de Bello, Antioquia

28. Comunidad de Nueva Venecia, Sitionuevo, Magdalena

29. Ruta de la verdad del Magdalena Medio La Dorada, Caldas; Puerto Boyacá, Boyacá; Puerto Berrío, Antioquia; Barrancabermeja, Santander

30. Programa de paz y desarrollo del Cesar. Valledupar, Cesar

31. Programa en Construcción de Paz, Universidad de Los Andes. Bogotá

32. Lectura/conferencia "Cuando los pájaros no cantaban". Congreso de Prácticas Pedagógicas, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Andes, Bogotá

33. Equipos técnicos distritales del Programa de atención psicosocial y salud integral a víctimas (Papsivi). Bogotá

34. Familiares de desaparecidos, Puerto Torres, Caquetá.

35. Escuela audiovisual y comunidad estudiantil, Belén de los Andaquíes, Caquetá

36. Firmantes del Acuerdo de Paz, comunidad de Agua Bonita. La Montañita, Caquetá

37. Estudiantes de bachillerato del colegio psicopedagógico de Los Andes, TapsAndes

38. Jóvenes de Bogotá en el Centro Distrital de Memoria, Bogotá

39. Documenta 15 en Kassel, Alemania

40. Centro Cultural Global Village, Alemania

41. Comunidad escolar de los centros educativos: IED Rodrigo Lara Bonilla en Ciudad Bolívar; IED Inem Santiago Pérez en Tunjuelito; IED Gonzalo Arango en Suba, IED Parques de Bogotá en Bosa y Gimnasio Vermont

Coordinación de diseño e impresión
María Barbarita Gómez Rincón

Diseño de portada
Paula Velásquez Molinos

Diseño y diagramación páginas interiores
.Puntoaparte Editores

Dirección de arte páginas interiores
Mónica Loaiza Reina, Mateo L. Zúñiga, Guillermo Torres

Supervisión
Andrés Barragán

Diagramación páginas interiores
David Rendón

ISBN Obra completa
978-958-53874-3-0 (impreso) - 978-628-7590-18-2 (digital)

ISBN Tomo 6
978-958-53874-9-2 (impreso) - 978-628-7590-27-4 (digital)

El Informe Final *Hay futuro si hay verdad* es una obra de dominio público, que constituye una medida de reparación del derecho a la verdad individual y colectiva de las víctimas del conflicto armado en Colombia, y por tanto debe ser objeto de la máxima divulgación. En ese sentido, se autoriza a cualquier persona natural o jurídica, pública o privada, a reproducir, comunicar y distribuir la Declaración y los tomos del Informe Final, siempre y cuando se haga un uso parcial o total de los mismos de manera contextualizada, y se reconozcan a la Comisión de la Verdad como autor corporativo y a quienes aparecen en los créditos correspondientes de cada tomo y documento en sus diferentes roles y actividades. El Informe Final podrá descargarse en el sitio web de la entidad: www.comisióndelaverdad.co



Contenido

¿Qué es una voz? Introducción general 29

EL LIBRO DE LAS ANTICIPACIONES 43

Ante el derrumbe
Introducción a El libro de las anticipaciones 44

Qué le pasó a mi hijo 45

Papi, no te lleves esa bicicleta 45

Dolor en el ombligo 47

Yo tuve esa pesadilla 49

Mamá, yo no voy a volver 51

Un día de estos va a cambiar la vida 54

Dani, no se vaya 56

Corazonada de madre 57

De pronto no haya sido mi hijo 57

Algo me atravesó 60

Llegaba a la casa 60

Estrujón 63

Pasaron muchas cosas de muchas maneras 64

Ya está para hacer llover 66

Aleida 68

De ahí en adelante me mataron 70

¿Escuchaste eso? 73

Monstruo blanco 73

En la boca del lobo 75

Amor, párese 77

Prepárate que algo se avanza en el camino 79

Eso a uno no lo dejaba dormir 80

Hermano, desaparézcase de ahí 81
Dígales que se vayan 84
¿Qué nos querrán decir? 86
Interventores divinos 88
Como si Dios se fuera a acordar de mí 88
Tres credos y una salve 91
Fue una cosa divina 93
Como una revelación 95
El crucifijo 97
La consejera Tachi Nave 99
Emisarios de la naturaleza 102
Los árboles tienen un espíritu 102
En el campo le daban interpretaciones a eso 103
Pa poderme ir a dormir tranquilo 105
Tomar la delantera 107
Un dolor y el pájaro de la muerte 108
Usted está amarradito a mi vida 109
Ironía de la muerte 111
La *womaipa* 111
Fueron cayendo como moscas 112
Como si la muerte le dijera qué hacer 116
Ese día su cara brillaba 118
Anoche estuvimos y no amanecimos 121
No me quiso decir que era él 123
Semana de gracia 124
Como una finca sin agua 128

Cuando el mundo se bifurca
Epílogo a El libro de las anticipaciones 132

La reina del monte (Tania, 16 años) 141

Momentos crepusculares - fotografía testimoniante 143

El gran silencio
Introducción a El libro de las devastaciones y la vida 180

Cuaderno I: los lugares rotos 183

Diálogos con la naturaleza 184
Mensajes de la Sierra 185
Paisajes que cambian 191
La muerte de las sabedoras y los ancianos 206
Espíritus testimoniantes 210
Lo inhabitable 216
¿Cómo eran las carpas? 216
A la gente todo le quitaban 220
Así entró la guerra - colección de fragmentos 222
Todo se fue amarillando 226
La finada laguna del Lipa 228
Villarrica 229
Vivir moviéndose 232
Aquí, en tierra prestada 232
La vida como un libro 233
Películas de Vietnam 236
Así sea un minuto de cárcel, no deja de ser cárcel 240
De coordenadas no me pregunte 243
El otro corazón de la oscuridad 246
Providencia 248
La llegada 252
Acá y allá 252
Éxodo 253
Yo no te puedo seguir más 255
Tabaco es un pueblo en el aire 257

Los teatros del horror
Intermedio 262

Cuaderno II: cuerpos fisurados 268

La vida de quien busca 269

Uno sabe quién es su hijo 269

Cajita de huesos 273

Siquiera un adiós 276

Entre Fonseca y Barrancas 278

El mar de los desaparecidos - colección de fragmentos 281

De muertes y sobrevivencias 285

La muerte del Jinete 285

Quietecito 289

La noche que nunca olvidaré 292

Taparse los oídos 294

Me dejaron botado 295

Lo que no se cuenta 300

¿Cuándo viene mi papá? 300

Bandera de guerra 303

Hacer inteligencia 308

¿Por qué fuimos positivos? 311

Toda esa oleada 314

Identidades limítrofes
Intermedio 315

Cuaderno III: las palabras como armas 331

Enfrentados 332

Como si fuéramos animales 332

¿Quién me ingresó a las FARC? Pues el Ejército Nacional 334

Por el hijo mío 335

En un noticiero yo la vi 337

Huir de la avalancha 342

Siempre vigilado 342

Porte de soldado 345

Arias 347

El Rojo 350

Aceptar la muerte 352

En la diferencia 356
Con el evangelio en el bolsillo 356
Porque éramos punkis 359
Ni se le ocurra decir que es gay 362
Por vivir en la calle 365
El uno, el mismo 369
La marca del isleño - colección de fragmentos 369
Nadie quiso creerme 371
Una sola casa grande 372
En el Pacífico sufres con tu gente, aquí sufres solo 374

La experiencia secuestrada
Intermedio 378

Cuaderno IV: fracturas del tiempo social 394

Senderos pedregosos 395
Vacíos 395
Era verraca, ahora estoy hecha de cristal 397
No tire la toalla 400
¿Usted ya lo dio todo? 403
Sin el peso de la realidad 407
Heredar la guerra 411
Voy a experimentar una vida, la que me salga 411
Perdimos, pero lo intentamos 414
Papá, ¿qué hizo ahora, mano? 416
Mi mayor tesoro 419
El tiempo pasa sin pasar 423
Yuruparí 423
Quinceañera 424
Baño de luna 425
La palabra 427
Sangres de la tierra 429
Rituales sociales - colección de fragmentos 431

¿Violencias de larga temporalidad?
Epílogo a El libro de las devastaciones y la vida 435

Del hogar, las cenizas 436
La domesticación 440
Exterminio material e inmaterial 443
Las nuevas caucherías 447

Ideas, trazos y sentimientos concretos - fotografía testimoniante 451

EL LIBRO DEL PORVENIR 483

La espera
Introducción a El libro del porvenir 484

Dolores que congregan 486

Ausencias que juntan 487
La voz de los ancestros 487
La caída de una iglesia 489
¿A dónde va el tiempo perdido? 491
Cómo volver de la muerte 494
Un tema de amor 495
Comunalidades que se crean 500
El parto del tambor 500
A los héroes de la patria 501
Iba contando el río 503
En mi yeré 505
Criptografías 509

Convivir, significar y resistir 512

El encuentro de lo perdido 513
Palabras atadas a mi garganta 513
El baile cantao 515
Más de veinte años 518
Cómo juegan en esa loma 519
Tres piedras 521
El día a día que resguarda 523
Secretos divinos 523

Profecías 524
La niña 526
Las tradiciones 527
El profe 530
Nojotros los cuidadores 532
Lugares para la vida 534
El miedo no puede ser tan verraco 534
La alegría de la chagra 535
Las vueltas del baile 537
Que me dé la vida para ver mi casa 538
El mito de la guerra 539
Desafiar la realidad y los futuros deseados 542
Una burbuja de rap 542
El marica de los condones 544
Ni a los elenos ni a los farianos 546
Bonita la paz 548
El juicio de la señora Coca 550
Nadie le mira el pasado 552
La desesperanza del futuro y la nostalgia del pasado 554
Mi palenque soñado 554
Y si dejo de sentir 556
Ni palitos, ni rayitas, ni ni mierda 558
A donde nunca quisiera volver 561

Territorios de la escucha 565

El mangle que camina 566
Un acueducto en el desierto 568
El retorno de un monte 571
La locura de El Bonche 574
El estallido 577
La sombra de los samanes 582
El legado de las abejas 586

Encuentros 591

Una oportunidad 592

¡Cuánta gente inocente! 595
Tienen algo nuestro 598
Con la excusa de las aves 600
Mirarlos a los ojos 603
Si vos supieras 604
Esa muerte me acompañó siempre 606
Hija, tengo que contarte algo 608
Aunque tú no lo creas 609
El Espíritu Santo habló por mí 610
Fueron doce años 612

Destierros
Epílogo a El libro del porvenir 614

¿Quién hace memoria de eso? 615
Que nos dejen florecer 616
Con los ideales y el amor 618
Por el derecho a que no nos jodan 620
Dieciséis mil hijos 622
¡Despertamos! 623
La paz de los barrios 626

Mapa de la escucha 627

Las voces y las fotografías del tomo testimonial 634

Referencias 661

Anexos 676



Hay futuro si hay verdad

Presentación del Informe Final

Hay futuro si hay verdad. Sobre esta premisa se construyó el Acuerdo de Paz entre el Estado colombiano y las FARC-EP firmado en noviembre de 2016 para ponerle fin a la guerra insurgente-contrainsurgente que vivió Colombia durante más de seis décadas. Este pacto ha traído transformaciones que impulsan a la sociedad hacia el siglo XXI, a unas nuevas maneras de ciudadanía y a imaginar, por fin, un porvenir en paz. Pero ni la paz ni la verdad son fáciles. La construcción de la convivencia pacífica se ha enfrentado a obstáculos muy graves, como la necesaria ampliación de la paz con el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y siendo el mayor de ellos la continuación de conflictos armados localizados, donde priman las dinámicas criminales, el asesinato de líderes y excombatientes y la carencia de un clima propicio para la reconciliación y la paz grande, que involucre a toda la población colombiana.

La demanda de las víctimas por la verdad empezó a recorrer los caminos y veredas muchos años atrás. La tarea del esclarecimiento de la verdad es y seguirá siendo un proceso de construcción lleno de desafíos. La Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición quedó consignada en el Acuerdo de Paz como un organismo extrajudicial, temporal y como uno de los pilares del Sistema Integral para la Paz, del que también hacen parte la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) y la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas (UBPD). Los once comisionados fuimos seleccionados en noviembre de 2017 y la Comisión comenzó a funcionar oficialmente en mayo de 2018, cuando tomamos posesión, por un periodo de tres años[*]. Este fue extendido por la Corte Constitucional por siete meses, dados los impactos que tuvo la pandemia del covid-19 en su labor. La Comisión recibió el mandato[**] de esclarecer lo ocurrido durante el conflicto armado

[*] Los comisionados seleccionados inicialmente fueron Francisco de Roux S. J. (presidente y director), Patricia Tobón Yagarí, Ángela Salazar, Alejandra Miller, Lucía González, Marta Ruiz, Alfredo Molano, Alejandro Valencia Villa, Carlos Martín Beristain, Saúl Franco y Carlos Ospina. En octubre de 2019 falleció el comisionado Alfredo Molano y fue reemplazado por Alejandro Castillejo. En agosto de 2020 murió la comisionada Ángela Salazar y fue reemplazada por Leyner Palacios. En mayo de 2022 renunció el comisionado Carlos Ospina.

interno que ha vivido Colombia, promover el reconocimiento de responsabilidades, así como el diálogo social y la convivencia, todo ello en un horizonte que permitiera dejar atrás la guerra para siempre.

En los cuatro años efectivos de vida que tuvo la Comisión –y a pesar del obstáculo que significó la pandemia– se realizaron cerca de 14.000 entrevistas y se establecieron conversaciones con más de 30.000 personas de todos los sectores sociales, regiones, identidades étnicas, experiencias de vida, tanto dentro de nuestras fronteras como fuera de ellas. Adicionalmente, se recibieron más de 1.000 informes de las instituciones públicas, de entidades privadas y de movimientos sociales. Dentro de las limitaciones de tiempo, del contexto político y de salud pública, la escucha de la Comisión fue amplia y plural, asertiva y reparadora. Se activaron conversaciones inéditas entre sectores otrora enemigos, entre víctimas y responsables, entre partes de la sociedad que piensan diferente y que nunca antes se pudieron encontrar para un diálogo constructivo y sereno.

El proceso de escucha en sí mismo resultó transformador para todos los involucrados. Las víctimas de todas las condiciones fueron quienes acudieron mayoritariamente al llamado de la Comisión y para muchas de ellas ese momento se convirtió en la primera vez que una entidad del Estado las trató como ciudadanos sujetos de derechos. También se escuchó a quienes hicieron la guerra: hombres y mujeres exguerrilleros, exparamilitares, oficiales de la fuerza pública, soldados y policías. Se escuchó a los políticos que alentaron, defendieron o condujeron la guerra. A aquellos de la sociedad civil que actuaron como agentes de la violencia de diferentes maneras. A quienes defendieron los derechos humanos, acompañaron a las víctimas y lucharon por la paz en los momentos más duros de la guerra. A testigos y analistas. En realidad, a todas las personas que quisieron hacer parte de este proceso.

Para realizar su trabajo, la Comisión contó con recursos asignados por el Estado colombiano y el Gobierno, y un inmenso e invaluable aporte de la comunidad internacional. Esto le permitió tener colaboradores, equipos de trabajo y presencia en todos los departamentos del país, así como personas voluntarias en otros países. Todos ellos entregaron no solo su conocimiento y experiencia sino su curiosidad, sensibilidad y amor profundo por Colombia. A todas estas personas les agradecemos profundamente la mística que pusieron en esta tarea que no hubiese sido posible de otra manera.

Una de las tareas asignadas a la Comisión de la Verdad desde el Acuerdo de Paz es la de entregar un Informe Final que dé cuenta del esclarecimiento de trece puntos de su mandato, en toda su complejidad, y que recomiende medidas para evitar la repetición de una historia aciaga como la que ha vivido Colombia.

La Comisión adoptó un método de investigación inductivo, es decir, de la escucha y la observación abiertas, al análisis y la construcción de conclusiones, a partir de una

---

** Presidencia de la República, Decreto 588 de 2017.

pregunta macro que orientó la búsqueda de la verdad: ¿por qué, a pesar de los múltiples acuerdos y procesos de paz, el conflicto armado no logra cerrarse completamente y, en cambio, se recicla? Posteriormente sistematizó y decantó analíticamente sus hallazgos aunque, hay que reconocerlo, la magnitud de la información recabada y la preexistente en el país hizo de esta etapa un desafío mayúsculo. Con el tiempo seguramente todo lo visto, escuchado, experimentado y reflexionado se sedimentará para darnos nuevas y más ricas perspectivas a todos los colombianos y colombianas.

Las verdades que los comisionados entregamos al país al finalizar el mandato son un conjunto de verdades históricas, extrajudiciales, complejas y centradas en las víctimas. Consideramos que este Informe Final se suma al conocimiento acumulado que tiene el país respecto a su conflicto. Recoge buena parte de lo producido por el Centro Nacional de Memoria Histórica; la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas; la justicia colombiana e internacional, en especial la justicia transicional; las diversas organizaciones no gubernamentales (ONG) y en especial las de derechos humanos, las organizaciones de víctimas y la academia; entre otros muchos aportes que desde el libro *La Violencia en Colombia* en la década de los sesenta se han hecho alrededor del conflicto armado.

Procuramos alejarnos de las lecturas simplistas y binarias para escudriñar en el entramado de actores, intereses, objetivos y prácticas que convirtieron la guerra en un escenario diferenciado dependiendo del momento y el lugar. Es importante destacar que de manera muy temprana en el análisis hecho por los comisionados emergió la evidencia de que el conflicto armado en Colombia no se reduce al enfrentamiento entre aparatos armados ni fue una guerra solamente ideológica. La definición del conflicto como un entramado de alianzas, actores e intereses nos permite observar que las responsabilidades sobre la tragedia que este representa van más allá de quienes empuñaron las armas, y que se extiende como una responsabilidad ética y política –y en algunos casos, una responsabilidad directa– de sectores políticos (de todas las ideologías), económicos, criminales, sociales y culturales. La guerra que dejó más de nueve millones de víctimas tiene responsables directos e indirectos que deben responder por las decisiones que tomaron, pero es también una responsabilidad de todos los colombianos que hoy estamos llamados a construir una manera diferente de vivir no solo en el mismo suelo, sino también en una historia compartida.

El Informe Final de la Comisión de la Verdad contiene una parte importante de esa verdad necesaria para transitar de un pasado traumático a un porvenir civilizado, donde las diferencias se resuelvan en democracia, y se superen los factores de inequidad, corrupción e inhumanidad que nos han condenado una y otra vez a la repetición del conflicto.

El Informe consta de diez tomos y una declaración. La declaración, *Convocatoria a la paz grande*, es el compendio de las verdades que nos interpelaron y con las que queremos, así mismo, interpelar a Colombia. El tomo de *Hallazgos y recomendaciones de la Comisión de la Verdad de Colombia* contiene una primera parte con la síntesis de once temas que fueron investigados en profundidad por la Comisión, muchos de ellos

ampliamente sustanciados en otros tomos de este mismo Informe y en un notable archivo de casos. Estos once documentos se presentan de manera separada, pero en realidad corresponden a una lectura sistémica de lo que han sido las dinámicas del conflicto armado interno. Desde la herida de las víctimas que nos tocan a todos como país, pasando por la democracia, los derechos humanos, las dinámicas de la guerra, el Estado, los territorios y la cultura. También damos cuenta de lo que se ha comenzado a mover, de ese proceso de reconocimiento de las atrocidades del pasado, para cerrar las heridas y ver con esperanza los nuevos tiempos.

Una segunda parte de ese tomo contiene las recomendaciones que la Comisión le propone al país, tanto al Estado como a la sociedad civil, como herramientas para profundizar la construcción de paz y para el buen vivir. Estas fueron construidas en diálogos amplios, plurales y participativos y reflejan la voz de cientos de comunidades de todo el territorio. Pueden considerarse parte del legado que deja la Comisión para alentar los cambios necesarios para no repetir el pasado. El seguimiento y monitoreo a la implementación a este corpus de propuestas lo realizará un comité de siete personas elegidas por los comisionados por su compromiso e idoneidad, quienes han aceptado cumplir esta misión durante los próximos siete años. Para que el trabajo de este comité tenga éxito se necesita una apropiación colectiva de las recomendaciones y una labor especial de la sociedad civil organizada para que, con su incidencia, esas recomendaciones puedan hacerse realidad.

Los demás tomos del Informe Final no tienen una jerarquía y responden a aspectos específicos del mandato que recibimos del Acuerdo de Paz. El tomo *No matarás. Relato histórico del conflicto armado* es la narración histórica de la guerra y su misión es ampliar el contexto de lo ocurrido durante los últimos sesenta años. El tomo *Hasta la guerra tiene límites. Violaciones de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario y responsabilidades colectivas* presenta un exhaustivo y completo panorama de esos hechos. El tomo *Colombia adentro. Relatos territoriales sobre el conflicto armado* está compuesto por catorce volúmenes que relatan específicamente qué ocurrió en las regiones y con el campesinado. El tomo *Sufrir la guerra y rehacer la vida. Impactos, afrontamientos y resistencias* revela los impactos sufridos durante la guerra por todas las víctimas, excombatientes, comunidades y la naturaleza. El tomo *Cuando los pájaros no cantaban. Historias del conflicto armado en Colombia* es netamente testimonial y coral. Una curaduría de voces que van del pasado al porvenir, pasando por el presente.

Hay cuatro tomos cuyo aporte específico es hacer visibles los impactos que tuvo el conflicto en sectores y grupos humanos que sufrieron de manera diferenciada la guerra y que suelen ser poco visibles en las políticas públicas, incluso las que se diseñan para implementar la paz. El tomo *Resistir no es aguantar. Violencias y daños contra los pueblos étnicos de Colombia* es un aporte a la verdad de los pueblos indígenas, afrodescendientes, negros, raizales, palenqueros y rrom, y se ocupa de lo ocurrido durante el conflicto armado interno en clave histórica. El tomo *Mi cuerpo es la verdad. Experiencias de*

mujeres y de personas LGBTIQ+ en el conflicto armado hace visible la experiencia de las mujeres y de las personas LGBTIQ+ en los distintos momentos de la guerra y, en particular, las violencias sexuales enfrentadas. El tomo *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado* recoge la experiencia de este sector de la población. El tomo *La Colombia fuera de Colombia. Las verdades del exilio* es un trabajo pionero en hacer visible al millón de personas exiliadas en razón del conflicto armado interno. El nombre de la obra completa es *Hay futuro si hay verdad. Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.*

Estos tomos no agotan la noción de Informe Final. Este no pretende ser un ejercicio académico para engrosar las bibliotecas, sino un ejercicio vivo, un proceso social, político y cultural de debate democrático sobre el pasado y la transformación del presente, sin pretensión de convertir estos textos en una «verdad oficial». Dejamos para el país el Informe como un hito importante de la reflexión sobre el pasado que hace esa sociedad que mira al futuro con esperanza.

El legado es mucho más que este informe. La Comisión deja una plataforma transmedia donde se incluyen los mismos contenidos escritos y otras muchas experiencias en otros lenguajes y formatos, como documentales, expresiones artísticas y diálogos sociales que desarrollan y enriquecen aún más la experiencia de la verdad. Cada tomo tiene su correlato digital. Pero la plataforma también es mucho más, pues recoge la memoria de la Comisión: todos los reconocimientos, el diálogo social, las contribuciones públicas a la verdad. También deja para el público el más completo sistema de información sobre el conflicto armado interno que hay en Colombia. Allí reposa todo lo producido por esta institución y sus aliados.

La Comisión de la Verdad es un acontecimiento que no finaliza con la entrega del Informe ni con el cumplimiento del mandato de la institución y de sus comisionados. El acontecimiento continúa, porque la verdad es una construcción colectiva, plural, histórica, conflictiva y apasionante. La Comisión de la Verdad no es un puerto de llegada, sino uno de salida, para un viaje que lleve a la transformación que se necesita, para que ese *nunca más* no sea un deseo bien intencionado, sino una política y un compromiso nacional. Dejamos, pues, nuestro aporte para que el proceso continúe y se lo apropien esta generación y las venideras. Este es el grano de arena que la Comisión y todo su equipo de trabajo entrega para que nuestros hijos, nietos y todas las futuras generaciones no repitan la historia de sangre y dolor que se nos ha encargado reconstruir. Hay futuro porque ha llegado la hora de la verdad.

Nota editorial

En este libro, lo que parece un error de escritura o edición es realmente una decisión editorial en nuestra apuesta por respetar la oralidad, en su diversidad y riqueza lingüística, de las personas que dieron su testimonio a la Comisión de la Verdad. Esperamos que este intento llegue a buen puerto y que la lectura de los relatos permita un viaje por todas las zonas hasta donde llegó esa «gran oreja» en forma de entrevistadores, analistas e investigadoras al encuentro con las más de mil cien personas escuchadas para seleccionar las 260 voces que habitan este tomo.

Así mismo, aclaramos que si bien en el momento en que las personas dieron sus testimonios a la Comisión de la Verdad accedieron voluntariamente a la publicación de sus relatos en el Informe Final, como una apuesta personal y muchas veces colectiva de contribución a la verdad, en consideración de la protección de los y las testimoniantes en un país donde no ha cesado la guerra, este libro ha anonimizado información que al ser pública podría ponerles en riesgo.



¿Qué es una voz?
Introducción general

«Si las víctimas nos hubiéramos quedado calladas, seguramente no estaríamos hablando de paz».

Primera Lectura Ritual del Tomo testimonial
La Honda, Comuna 3 de Medellín, Antioquia
(11 de septiembre del 2021)

Narrar la violencia

Decimos que tenemos una voz al hablar, y la describimos como gruesa, dulce, ronca, aguda. Otros dicen que oyen su voz en la cabeza y hay quienes la escuchan en sus prácticas espirituales. Pero ¿se tiene una voz o se adquiere? ¿Cuál es la relación entre escuchar y aprehender una voz? ¿El acto de testimoniar demuestra que se tiene una voz?

La Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad de Colombia fue un gran aparato diseñado para escuchar a quienes vivieron el conflicto armado de manera directa. Su método fundamental, de hecho, fue escuchar; en esa medida, puede decirse que el *Informe final* representa su voz. Precisamente, la escucha de un testimonio de guerra es un proceso social y, a la vez, un acto que va desde lo personal: un individuo escucha a otro. Esto puede tener un requerimiento técnico, pues durante una entrevista quien investiga usa determinados protocolos para recolectar información y así clasifica lo que se dice. La escucha de un testimonio de guerra también alcanza una dimensión social cuando una comunidad reconoce en lo relatado el dolor sentido o infligido por otro.

Cuando los pájaros no cantaban: historias del conflicto armado en Colombia –que en diversos momentos de la investigación fue llamado el «Capítulo Voces» del *Informe final*– amplificó aquel acto de escucha que edificó a la Comisión. Luego de navegar por el Sistema de Información Misional –base de datos en la que se alojaron y clasificaron las entrevistas y los diferentes productos de la CEV–, este tomo intentó componer una polifonía sobre la guerra desde las experiencias más íntimas de las personas que la vivieron. Por eso concentró sus esfuerzos en indagar en las memorias de la violencia a partir de una narrativa que vinculara un pasado que en términos tangibles no ha quedado atrás –pues la violencia continúa en Colombia–, un presente incierto y un «porvenir» que es imaginado desde esa incertidumbre y desde algunos esfuerzos que construyen «una paz en pequeña escala»: aquellos esfuerzos que en cierta medida pueden pasar inadvertidos.

En esa medida, este Tomo testimonial se divide en tres libros; muy a la manera de algunos textos sagrados a los que las personas o las sociedades, de forma ritual, regresan cada tanto para recalar en la profundidad en sus palabras: «El libro de las anticipaciones», «El libro de las devastaciones y la vida» y «El libro del porvenir».

En este tomo, *testimonio* se define como una «articulación de la experiencia» en la que procesos sociales y personales se intersecan. Las historias que se relatan en el libro están situadas en un tiempo y en un lugar concretos, y también hacen referencia a lo que las personas sentían en el momento de compartir su experiencia, durante ese «encuentro testimonial». Se habla de *articulación* porque los seres humanos narran o *conectan* los momentos de su vida a través de distintos lenguajes. En este tomo, por ejemplo, las imágenes del «fotógrafo testimoniante» o las del «poeta testimoniante» se entienden como testimonios. No es arte testimonial, en el cual el valor se le atribuye a la forma, sino testimonios articulados con lenguajes visuales o poéticos. En este sentido, este tomo es un entramado de «texturas de la experiencia». Aquí las personas no solo testimonian con palabras, sino con su cuerpo en general.

El problema no es que la gente no tenga una voz –aunque algunos recurran a una supuesta autoridad para dársela–; el problema, más bien, es que esta sociedad no ha aprendido a escuchar en profundidad, a pesar de sus casi dos décadas de políticas de la memoria. El propio título del tomo, sin embargo, nos puede dar algunas claves para unas «éticas de la escucha», por lo menos en un sentido amplio del término. «Cuando los pájaros no cantaban» –frase prestada por José durante una larga conversación informal en Sucre– nos remite a un pasado que solo es entendible si se compara con un presente en el que los pájaros ya cantan, pero hubo otra época, otro momento en el que no lo hacían. Entonces había un instante de silencio, un «vacío del sonido» luego de un bombazo, una explosión o un grito. El Gran Silencio, como se amplía en la introducción al «Libro de las devastaciones», es una de las figuras asociadas a la catástrofe. No en vano en muchas sociedades el origen del cosmos o el orden del mundo se da mediante un «evento sonoro»: un soplo, una gran explosión, un suspiro divino. Aprender a escuchar requiere una disposición para entender la «densidad» de las palabras, la cantidad de relaciones que hay implícitas en ellas, tanto en lo que dicen como en lo que no. Para José, la violencia tenía algo que ver con el vacío, con la transformación de los paisajes, es decir, con la ausencia de sus ruidos, con la extrañeza de sus olores. Las historias de este libro están llenas de ese tipo de ausencias.

Así, este tomo no gira únicamente en torno al «pasado violento». Es una interpelación, un reclamo a la realidad actual del país. Las historias del conflicto armado son, también –y sin proponérselo–, historias del presente, en la medida en que se adentran en los dilemas humanos que trascienden el tiempo, algo que también las vuelve comunes a las personas que escuchan o que quizás estuvieron en un lugar alejado de la guerra. «El libro del porvenir», por ejemplo, es precisamente una reflexión sobre el presente, en un país en el que la violencia se conjuga con lo cotidiano. Por esto, el Tomo testimonial está pensado para un público amplio, aunque su material

y estructura serán motivo de debates académicos y políticos que revitalizarán las discusiones nacionales sobre la memoria y la verdad. Además, está editado para ser el cierre del ejercicio de escucha de la Comisión, si se entiende que una comisión de la verdad es, ante todo, un gran dispositivo ritual que reúne y conecta voces.

Decíamos al comienzo que la escucha es un proceso social. Se inicia con una intención –la de escuchar– y termina cuando la palabra circula para que otros la reciban, bien sea en forma de libro, en una plataforma sonora o en un ejercicio peripatético de compartir historias al que se ha llamado «Lecturas Rituales», porque caminar y leer en voz alta fueron parte del proceso de producción de este texto, y constituyen su legado. Las historias que escuchamos nos ofrecieron aprendizajes de la vida y la existencia que debían ser tenidos en cuenta a la hora de componer el libro. Esto implicó una pedagogía cuyos objetivos fueron interconectar a la sociedad y alejarse del horror que ha cifrado nuestras narrativas de la guerra, el sentido de futuro y de pasado; los dilemas mundanos y morales; los recursos sociales y culturales que comunidades concretas tuvieron a la mano para «construir un prospecto de porvenir» y, de esa manera, significar y convivir con una realidad en guerra. Las Lecturas Rituales son una posibilidad, el mecanismo con el que se espera acercar el Tomo Testimonial a las comunidades. Finalmente, ese es el aporte del tomo al legado de la Comisión: la inmaterialidad y la sacralidad de la palabra, una parte del tejido conectivo de la polifónica sociedad colombiana.

Escuchar el dolor y la vida

Es importante resaltar algunos de los elementos con los que comenzamos el trabajo. Además de tener una noción clara de lo que se entendía como *testimonio* dentro del tomo, nos dispusimos a escuchar a la gente en sus «propios términos». Esto, para entender las historias desde los mundos donde se relataban, desde sus puntos de vista, abismos y lenguajes propios; desde sus cadenas de significados. Toda voz es expresión de una vida interior y de una comunidad. Aprendimos eso con los mayores arhuacos en la Sierra Nevada de Santa Marta, en los encuentros que tuvimos con sus pensadores para recibir el «testimonio de la naturaleza». La idea no era poner en voz de otros los argumentos de un investigador. Respetar ese acuerdo era fundamental para el tomo. Pero, claro, teníamos la tarea y la responsabilidad de entender la complejidad, los silencios y los vacíos de las voces que nos narraron su experiencia. Y este fue un ejercicio complejo, porque la Comisión había escuchado interesadamente, por medio de sus protocolos, una serie de hechos violentos. La palabra *esclarecimiento* estaba asociada a esa indagación, y lo que se aloja en el Sistema de Información Misional fue recolectado con ese propósito explicativo. Entonces se decidió que el tomo estaría hecho de

«historias dentro de historias», es decir, de aquellos fragmentos dentro de los relatos en los que se narraban la vida y la cotidianidad de las personas.

Pero, como decíamos, planearlo de esa forma fragmentaria requirió muchas consideraciones compositivas y, en particular, aprender a «calibrar» nuestro oído. Había que rescatar lo cotidiano como uno de los «lugares preponderantes de la guerra» y no como un mero destello entre miles de datos sobre la violencia, y luego tuvimos que pulir esos tesoros narrativos. A esa práctica de búsqueda la llamamos «escucha multidimensional», y fue complementada con el trabajo posterior de edición. Esto sirvió para construir el artificio que convirtió las transcripciones en bruto de las entrevistas en relatos. Y con esto no queremos decir que se haya faltado a la verdad en ellas o que las hayamos manipulado a nuestro antojo; por el contrario, la edición fue un trabajo de filigrana que sirvió para traducir el registro oral al escrito, de forma que no perdiera su naturaleza y que ganara en claridad enunciativa. En otras palabras, fue útil para que aquellas particularidades que habíamos encontrado en los testimonios pudieran brillar y ser notadas por un lector que no contaría con el contexto que tuvimos nosotros: lo que sucedió durante el «encuentro testimonial» en el que se recogió la entrevista y la transcripción, el diálogo que sostuvimos después con quienes investigaron, la voz y, en algunos casos, los gestos y silencios de quien narraba.

La edición, entonces, permitió que los testimonios fueran independientes, hasta el punto de que no necesitaran un texto que los introdujera o explicara. El Tomo Testimonial incluye mecanismos literarios con el propósito de desarticular las prevenciones de los lectores y así crear un tejido que los conecte con las experiencias de otros.

Afinar la escucha, además, requirió «escuchar en perspectiva de futuro». La Comisión había sido desarrollada, como suele hacerse con este tipo de instituciones, en función de una «escucha en gesto de pasado o retrospectiva» que se concentraba en momentos específicos de la catástrofe, las victimizaciones y el sufrimiento. Nuestra escucha, en cambio, se concentró en los ecos que la violencia dejó en la vida cotidiana de las personas y las comunidades. Esa «recalibración de la escucha» nos permitió entender cómo la violencia y sus rastros se hicieron constitutivos de la vida diaria.

Otra decisión fundamental fue que las historias debían ser relativamente cortas para que fueran leídas por cualquiera en cualquier espacio y momento, y con propósitos muy variados: por curiosidad, como recurso para una clase de secundaria o de posgrado, para compartirla con alguien… en este sentido, se repite en el tomo otra característica de libro sagrado, pues puede ser navegado desde y hacia cualquier dirección. Cada historia es un microcosmos y, por ello, no se exige una lectura lineal, sino que se requiere del lector un espíritu de exploración. De hecho, el Tomo testimonial también está concebido para ser abandonado en ocasiones: dejarlo respirar y volver a él en otro tiempo.

El equipo del tomo construyó una estrategia de trabajo basada en la identificación de testimonios a partir de *criterios integrativos* en cuanto al contenido, y criterios representativos en lo que se refiere a variables de territorio, etnia, género, entre otros. Por criterios integrativos, como se ampliará más adelante, se entendió la escucha de todas las

experiencias de violencia –según el sistema de clasificación de la Comisión–. Esto, con la intención de buscar intersecciones o puntos en común entre ellas. Paralelamente, el tomo se nutrió de una revisión a fondo de la lógica investigativa de la Comisión. Estudiamos los protocolos de recolección de información para visualizar, desde ese punto de vista, lo que había sido o no «recolectable». De esa manera y luego de revisar el árbol de conceptos diseñado por la investigación, pudimos entender los puntos de ruptura de esos estándares. Ahí aparecía la vida cotidiana, como pequeñas historias dentro de historias, y en el gesto de futuro del que hablábamos líneas atrás. Solo había que sintonizar, escuchar el susurro de lo que se filtraba entre el ruido del dolor y el sufrimiento.

Para comenzar, hicimos una escucha concentrada en los «hechos victimizantes». Repartimos entre el equipo de trabajo las doce clasificaciones de violencia que tenía el Sistema, y durante más de un año nos dedicamos a escuchar en profundidad. Así descubrimos una estructura narrativa en la que emergía lo cotidiano, que nos permitía rescatar fragmentos. Esta se componía de las vivencias en común que había entre experiencias de violencia, y que solo se hacía aprehensible cuando se escuchaban de forma sistémica. Por ejemplo, la búsqueda de un desaparecido venía acompañada de un proceso burocrático. En ambas experiencias eran comunes sentimientos de nostalgia, ausencia, y culpa, así como el complejo vínculo con el Estado y sus lenguajes técnicos y jurídicos. También hicimos aproximaciones indirectas a los testimonios, producto de conversaciones con «agentes de la escucha»: investigadores, etiquetadores, transcriptores, entrevistadores, la dirección de Diálogo Social –encargada de producir encuentros con comunidades–, las direcciones de Conocimiento y de Pueblos Étnicos y los equipos regionales de la Comisión. Esto nos permitió ampliar la búsqueda y aventurarnos a recoger historias por nuestra cuenta. Este ejercicio estuvo anclado a los proyectos especiales del tomo: «Territorios de la escucha», con presencia en el Caribe; «Diálogos sobre la naturaleza», en el Amazonas y el Pacífico, y «Narrativas de vida en la guerra», en el que conversamos con firmantes del Acuerdo de Paz y participantes de la guerra de todos los grupos. Entonces tuvimos que realizar extensos trabajos de campo y concertaciones comunitarias a lo largo de un año y medio, durante el periodo de pandemia y en los meses posteriores. Todo esto, además, nos ayudó a poner a prueba lo que en esos momentos teníamos del tomo, pues en esos y en otros viajes aprovechábamos para leer con las comunidades en voz alta y así recibir sus consideraciones.

El relato del derrumbe

El sentido de la vida o la muerte, del pasado o del futuro, de lo que se considera moral o inmoral, se gesta en encuentros cara a cara entre personas que establecen un conjunto de relaciones sociales. La violencia fractura la continuidad de esas relaciones. Los lugares de las personas se rompen; el cuerpo se daña en sus dimensiones materiales y simbólicas; el sentido del tiempo social se trastoca y el lenguaje se convierte en un arma. Desde esta perspectiva y con base en la escucha integrativa y multidimensional que se explicó, emerge una forma de narrar la guerra en que las relaciones de familiaridad y cercanía con otras personas y con otros seres cambian radicalmente. El mundo se pone boca abajo y es atravesado por una sensación de extrañeza. Los ciclos vitales con los que crecimos se pierden: el padre no puede enterrar al hijo, se desconfía de los amigos, se evitan los encuentros culturales. Cuando una persona es desplazada o desterrada, por ejemplo, llega a un lugar desconocido en el que quizás se habla una lengua diferente, hay otros olores y otras temperaturas. Hay hombres que entran en conflicto porque el desplazamiento forzado cambia su rol de proveedor y desplaza hacia la mujer esa centralidad. El secuestro reduce a la persona a un lugar y un tiempo congelados. La tortura, de hecho, está diseñada para «deshacer el mundo» y convertir al torturado en el responsable de su sufrimiento.

Cuando los pájaros no cantaban es el relato de ese derrumbamiento y de los elementos que lo anticiparon; de aquellos momentos en los que la vida se bifurcó; de los silencios y las ausencias que atravesaron esa experiencia; de las «ruinas de lo social» y los rastros que se dejan, las marcas, las huellas y las cicatrices. Pero en medio de todo eso también está la vida y lo que las personas hacen para imaginar, desde ese presente, un «futuro como posibilidad» que parece esquivo en Colombia. No en vano fue tan difícil escucharlo en el Sistema de Información Misional, más allá de una afirmación o de destellos cuando a la gente se le preguntaba directamente por cómo veía el mañana. El gesto retrospectivo de cualquier comisión –que pone su oído en el pasado traumático– le baja el volumen a ese tipo de imaginarios. La esperanza y las promesas de transformación se vuelven abstractas o un vacío desenraizado de lo cotidiano.

Por otro lado, si bien la inmensa mayoría de las historias que aparecen en el tomo son relatos de víctimas, hay algunas de quienes participaron directamente en la confrontación armada. Bien fuera empuñando las armas contra el Estado o defendiéndolo, sus vidas también se bifurcaron. La guerra está llena de cotidianidades que se hacen invisibles cuando su relato se centra en una documentación de hechos. Ahí hay unas voces tenues, y es necesario aprender a escucharlas críticamente. Para ello tuvimos que salir del océano de datos que era el Sistema de Información Misional y volver al trabajo de campo intensivo, a las entrevistas largas. Una gran paradoja emergió de todo este ejercicio: las guerras en Colombia –si hablamos de los soldados y combatientes

de a pie– han sido peleadas por jóvenes que provienen de contextos sociales similares. Conocimos familias cuyos miembros hicieron parte de bandos opuestos durante el conflicto armado. «Solo bajaban las armas –nos dijeron– cuando visitaban a la abuela para el cumpleaños». Y sí, pudieron haber estado en lados distintos de una guerra, pero tienen en común miedos, arrogancias, afectos, descalabros… y su humanidad. Por eso caben sus fragmentos, sus experiencias en un proyecto especial de este Tomo testimonial al que llamamos «Narrativas de vida en la guerra».

Hubo otro proyecto especial que reviste importancia capital para el país, ya que se pregunta por la «naturaleza como sujeto de dolor». Una pregunta que abarca dimensiones morales por sus interpelaciones políticas y por la deuda histórica con los pueblos étnicos y campesinos, que de alguna manera han sido protectores de ese sujeto. Si admitimos esta posibilidad, caben en el tomo los testimonios de aquellos seres sintientes de esa experiencia. Pero ¿quién puede testimoniarla? ¿Lo hacen los árboles, los mares o los pájaros, o todos en una especie de coro? ¿Podemos hablar con esos «espíritus testimoniantes»? Cuando se habla de reparación integral, ¿no tendríamos que reparar también el lazo profundo con ellos?

A veces las palabras *medio ambiente, naturaleza* y *ecosistema* evocan un espacio, un contenedor pasivo de las acciones de los seres humanos: un escenario más de la guerra. Esto no hace más que confirmar una distancia panorámica entre el sujeto que observaba el conflicto y los seres que lo vivieron. Sin embargo, en algunas visiones más sistémicas de la violencia –que la entienden como una apropiación histórica de lo natural– no se interpretaban como un lugar, sino como el principal motivo de la confrontación armada. Desde esa mirada, la naturaleza es otra víctima que debe ser escuchada, lujo que nos dimos con pueblos del Amazonas, el Caribe y el Pacífico. El producto es un tejido conectivo de historias que nos interpelan con unas experiencias que en principio pueden parecer lejanas, pero que luego confirman que la naturaleza hace parte de nuestra vida cotidiana y de nuestros afectos, aunque se nos olvide, aunque pretendamos negarla. En ellas, lo íntimo se hace político, y desde ahí se resignifica el mundo y se resiste con las «armas de los débiles». Es de los pequeños gestos de la vida de donde se desprende su universalidad. Lo humano, que en realidad es lo que tenemos en común con todos los seres, solo se escucha desde las voces de los *nadies*.

La palabra legada

¿Qué clase de objeto pedagógico es el Tomo testimonial? ¿Qué podemos enseñarnos los unos a los otros con sus páginas? ¿De qué manera podemos «sacar el libro del libro» para que tenga su vida propia? Parte del proceso fue concebirlo desde el comienzo como un conjunto de relatos que pudiera ser leído en voz alta por públicos amplios.

En otras palabras, que circulara entre las personas era fundamental, su razón de ser. Este propósito inspiró la creación de lo que luego llamamos Lecturas Rituales. Nos dimos cuenta de que por sí mismas las palabras no garantizarían su tránsito entre los lectores. Era necesario problematizar la materialidad de las palabras, que no necesariamente se anclaba al libro como medio. Al ser hecho de voces, el Tomo testimonial nos dio la oportunidad de explorar otros medios de transmisión, entre ellos, la palabra leída en voz alta y en comunidad; conjurar «atmósferas afectivas» y «disposiciones para la escucha».

Las Lecturas Rituales constituyeron un circuito por el país con el que se pretendía sembrar la palabra en los lugares de la violencia. Fueron, de alguna manera, el cierre de la escucha de la Comisión y un acto de reciprocidad con la sociedad colombiana que nos compartió su experiencia. Investigadores, testimoniantes o personas del común se encontraban en un espacio con un montaje sonoro que permitía imaginar una red de resonancias, una «vibración colectiva», que favorecía la apropiación de lo que se narraba en las voces de otros. Era ahí, en ese espacio, donde verdaderamente circulaba la palabra, pues, luego de escuchar, las personas podían compartir sus propias experiencias o simplemente comentar algo sobre lo que habían recibido.

De esta forma, las Lecturas Rituales nos permiten el acto de legar. En su origen, la palabra *lectura* proviene del latín *lĕgĕre,* palabra a su vez emparentada con *lĭgare,* que significa ligar. Y las Lecturas Rituales ligan con el porvenir, ya que, al compartirlos los testimonios los vuelven parte del patrimonio inmaterial de la nación. Entonces, la herida que hay en ellos se va incorporando a la piel colectiva y con los años se convierte en arruga. El relato es una urdimbre.

Fotografiar como acto testimoniante

«Auuuuuu», «currucucú» son los sonidos de los monos aulladores,
también de las palomas en las parcelas.
«¡Pam!, ¡pam!, ¡pam!»; «Ta, ta, ta… ta…» son las lamentaciones de las personas.
Onomatopeyas de una guerra que no tuvo fin, que aún persiste.

Santiago Escobar-Jaramillo,
curador fotográfico del Tomo testimonial.

La pregunta sobre qué es una voz se complejiza aún más cuando la relacionamos con imágenes fotográficas o con las artes en general. ¿Puede ser la fotografía un testimonio? Sí, si aceptamos que las personas testimonian con el cuerpo, con todas sus sensorialidades vueltas materia y forma. Con esta colección de imágenes, que presentamos como otra posibilidad de narrar la violencia y lo actos simbólicos de reparación, queremos dejar planteada la necesidad de reconocer la diversidad de «gramáticas testimoniales» de aquellos y aquellas que usaron un medio particular, diferente al de la palabra, para «enunciar». En estas fotografías las relaciones entre «nación», «herida» y «narración» se materializan en una polifonía de sombras y luces.

El mundo de la vida está atravesado por el conocimiento y el reconocimiento del otro, y por las maneras como enfrentamos la incertidumbre del devenir. Por eso, el relato general de *Cuando los pájaros no cantaban* gira en torno al derrumbe de las dimensiones cotidianas de ese mundo. Como sabemos, la guerra rompe con lo conocido, hace extraño lo familiar, trastocando el orden del mundo, del universo. En ese ámbito de vivencias, las experiencias se superponen y lo que pensábamos era el universo de lo familiar se hace disperso, pierde su fisonomía, su forma y su contorno. El prójimo se hace un extraño, el padre entierra al hijo, los cuerpos se desacralizan. La violencia conlleva el derrumbe de las categorías que vertebraban la existencia, fisura nuestras trayectorias vitales. Los rostros se desfiguran.

Visto desde esta perspectiva, de la que hemos venido hablando a lo largo del tomo, la guerra produce tres efectos concretos. Por un lado, produce fracturas: de los espacios y lugares; de los cuerpos y sus dimensiones materiales y simbólicas; de las múltiples temporalidades de lo humano, y del lenguaje como representación cuando este se convierte en un dispositivo de negación de la humanidad del otro. En segundo lugar, la

violencia produce silencios: silencio como silenciamiento, como acto de dominación; silencio como forma de protección y silencio como modo de testimoniar, de articular la experiencia innombrable. Finalmente, la violencia produce ausencias: de personas, obviamente, pero también de relaciones, que se convierten en ruinas de lo social, en despojos de la vida cotidiana.

Las fracturas, las ausencias y los silencios son las «capas de experiencia» que se entretejen en estos cuadernos de fotos. Estas constituyen modos de referirse a la «devastación», con un acento en lo minúsculo, mirando la violencia de reojo en algunos momentos y de frente en otros. También son «voces», si entendemos la amplitud de lo que conlleva significar y habitar un mundo. Aquel conjunto de significados y vacíos, de sonidos y de ruidos que han sido congelados por el «disparador», se perciben si se escucha con atención, si nos fijamos en los «parajes sensibles» que quedan por fuera del recuadro: los paisajes vacantes que deja la violencia sexual; las cicatrices en el cuerpo y el territorio; un momento de calma y de música; el preámbulo del exterminio; unas suturas de hilo vueltas relato; sillas que descansan; los restos de la guerra sobre la cosificada «naturaleza»; la intervención lumínica para narrar; los cuerpos presentes y ausentes; los manglares silentes; los «peinadosruta» marcados en la piel; el desplazamiento desdibujado sobre el «aguaterritorio»; las plataformas sociales utilizadas como primera alerta; la diversidad cuando significa libertad; las armas caseras usadas por sus violentadores; prendas flotantes como objetos afectivos; el teatro de guerra vuelto cotidiano; las *madres terra* lamentando a sus hijos desaparecidos; la familia incompleta; la prueba de supervivencia; el júbilo por el reencuentro, y el deseo por dejar atrás tantos años de violencia.

Estos cuadernos, *testimonios fotográficos,* nos muestran esos derrumbamientos y las gramáticas con que los y las testimoniantes enunciaron su experiencia. En ellos, hay fotografía de intervención y participación; de archivo y de álbum familiar; imágenes intervenidas de forma digital o análoga; sobrepuestas, recortadas y acompañadas de dibujos y objetos; capturas de pantalla, refotografías, escaneos y emulsiones; antotipias y deconstrucciones; serialidades o inventarios; retratos en blanco y negro, y a color; registros fotoperiodísticos y documentales. La colección consta, en su mayoría, de *fotógrafos y fotógrafas testimoniantes,* cuyas formas de hablar están hiladas sutilmente con historias del capítulo. No son ilustraciones, más bien constituyen una narrativa propia. Cada foto es una historia «dentro de una historia», «un tejido conectivo». Los *testimoniantes* son quienes, desde su propia experiencia de violencia, relatan los acontecimientos pasados o *por venir,* en primera persona, a través de una mirada autoreflexiva. También incluimos procesos de colaboración de largo aliento entre fotógrafos y testimoniantes. Estos parten de una acción colaborativa entre *fotógrafo* (reportera gráfica, artista, fotógrafo documental) y *testimoniante* (víctima, familiares, participante en la guerra). Una colaboración que se da en forma de lo que algunos han llamado «artes participativas», donde el artista «transfiere» saberes técnicos para que las personas produzcan sus obras, materialicen sus miradas. Es una forma de coproducción que está más allá de la instrumentalización de las víctimas y de los

usos y abusos del dolor. Existen proyectos de mayor alcance, de largo aliento, donde la colaboración es más profunda y lo que emerge es el encuentro entre dos miradas constituyentes. A eso le llamamos, en los textos que sustentan conceptualmente el tomo, una «ética de la colaboración».

Finalmente, las dos secuencias en las que están divididas la imágenes nos llevan a momentos crepusculares en donde la luz y la sombra se confunden. ¿El frío, la oscuridad, el miedo? O, tal vez, ¿el descanso, el sueño, la tranquilidad? También caben en dichas secuencias imágenes que se muestran más definidas y explicativas. Unas que develan ideas, trazos y sentimientos concretos. Y en la mitad de esta permutación se encuentran las otras historias, las textuales.



EL LIBRO DE LAS ANTICIPACIONES

Ante el derrumbe

Introducción a El libro de las anticipaciones

Cada palabra que se borre es una cosmovisión que desaparece.

Un evento que bifurcaba los itinerarios de las personas y que, justo después de contar, las llevaba a reflexionar sobre cómo se dieron cuenta de que este «se les venía encima». A ello nos referimos con *anticipación,* a la herramienta narrativa con que las personas trataban de darle sentido al momento en que su mundo comenzaba a reunir capas de sufrimiento. «Modos de sentir» que nos hablaban de una atmósfera, de un conjunto de condiciones materiales e inmateriales que emergieron como preámbulos del rompimiento de sus certezas y las continuidades de su existencia. Precisamente, por eso las historias terminan en pico, a veces de forma abrupta. Son una serie de fragmentos en los que se nota lo anticipatorio y en los que se privilegia lo poético, entendido como eso que dice sin necesidad de explicar de más: que las personas estuvieran atentas a los «malos» augurios de su entorno nos puede dar una idea del acecho de la violencia con el que se relacionaban en su cotidianidad.

«El libro de las anticipaciones» reúne 42 textos distribuidos en seis secciones. Los dos primeros grupos –«Qué le pasó a mi hijo» y «Algo me atravesó»– giran en torno a sentimientos que con frecuencia se percibieron en el cuerpo de la persona que hablaba: mujeres que tuvieron corazonadas, sensaciones que hacían del cuerpo un extraño de sí mismo. Las siguientes secciones reúnen otro tipo de señales: «¿Escuchaste eso?», «Interventores divinos» y «Emisarios de la naturaleza» son señales que provienen del contexto social de las personas: rumores, helicópteros escondidos en el cielo. También los eventos sagrados, emanados de diversas prácticas religiosas y de sus lenguajes particulares, son parte de esos avisos o señales. Lo sagrado inmaterial tenía una forma de hacerse presente que se unía a la naturaleza: las aves, que emergían como emisarios míticos, nos hablaban o nos advertían; el río que se enfurecía, las abejas que se alborotaban. Finalmente, la sexta de estas secciones anticipatorias, «La ironía de la muerte», incluye abrazos, besos, risas y silencios que, unidos a la red de significados que sirvieron de contexto, tuvieron un potencial premonitorio.

«El libro de las anticipaciones» termina con una pequeña sección de tránsito hacia «El libro de las devastaciones y la vida». Son fotografías instantáneas –por así llamarlas–, diecinueve fragmentos donde los opuestos se intersecan y las lógicas binarias de la confrontación armada de deshacen en función del tejido conectivo de la vivencia. No hace falta argumentar que las encrucijadas que traía consigo la guerra también se les presentaban a los combatientes, indistintamente del bando en el que se encontraran.

Qué le pasó a mi hijo

Algunas mujeres, entre ellas varias madres, contaron sus presentimientos: «Yo lo sentí», «Tuve una corazonada». Intuiciones que para ellas fueron certezas de que algo iba a pasar. Y algo pasó, efectivamente. Ellas nos contaron lo que sigue.

Papi, no te lleves esa bicicleta

Acá en el municipio hay un sitio que se llama El Cerrito. Eso tiene una cruz, ahí los sacerdotes oficiaban misa. Yo estaba embarazada. Esa tarde unas vecinas me dijeron «¿deja ir a Javier con nosotras a la misa?». «Llévenselo», les dije.

Con mi esposo teníamos un negocio, un caspete en el parque del hospital. Mi esposo se había ido para el parque. Cuando se devolvió al negocio, se bajó muy rápido de su bicicleta y me dijo «¡cerremos, cerremos, es que viene un grupo armado muy grande! No se sabe si es el Ejército o los paramilitares. Se cree que es el Ejército. Podrían ser los paramilitares. Es que mirá toda esa gente que viene allá».

Cuando miramos, eso estaba plagado de esa gente, de los paramilitares.

Yo estaba embarazada. Cerramos el negocio y nos fuimos para la casa. Vivíamos muy cerca del parque. Pero… pues yo me quedé muy intranquila porque Javier, mi hijo mayor, estaba en El Cerrito. Salí a buscarlo. En la esquina de mi casa, en un transformador de energía, había un paramilitar que me preguntó «¿para dónde va?». «A buscar mi hijo». «¿Él cuántos años tiene?». «Once». «¿Usted sí sabe que no puede salir?». «Pues usted verá si me detiene porque yo voy a ir a seguir buscando a mi hijo». «¡Esta gonorrea qué!. ¿Quiere que le meta un pepazo?». «Haga lo que quiera, usted es el que tiene el arma. Yo voy a ir a buscar a mi hijo», le dije.

Mi esposo se había quedado con el niño pequeño, que tenía cuatro años. Me devolví a la casa y le dije lo que me había dicho una vecina: «Se los llevaron al polideportivo». Y que tenían una lista muy grande, que estaban con cédula en mano llamando a la gente. Esperamos un rato y cuando iban siendo las seis de la tarde, volví a salir por Javier, desesperada. Un paramilitar de esos me confirmó que fuera al polideportivo. «¿Qué necesito llevar?». «La cédula», me dijo. «Entonces me tengo que devolver a la casa porque no la tengo». «Vaya pues tráigala».

Otra vez me fui para la casa, yo qué me iba a poner a ir al polideportivo. Preferí esperar, mirar por un hueco de la terraza a ver si Javier aparecía. Y sí, como a las siete de la noche: estaba muy golpeado. Resulta que a ellos se los trajeron de allá, de El Cerrito, y los entraron al templo. Ahí les dijeron «niños y mujeres se abren de

aquí». Entonces mi hijo pensó «yo tengo once años, yo soy un niño», y arrancó a correr para la casa.

Él se había llevado su bicicleta; no sabe en dónde la dejó. Me contó que corría con los ojos cerrados porque sentía que le iban a disparar. Se golpeaba con las ventanas de las casas, se daba con lo que fuera. Llegó a la casa muy golpeado. Llegó como casi a las siete de la noche. Cuando él llegó, yo empecé a sentir un dolor acá en el bajo abdomen, un dolor y un dolor y un dolor.

Esa gente se quedó en el municipio. Nosotros convivíamos con ellos. A las cinco de la tarde teníamos ventanas cerradas, puertas cerradas. Nos daba miedo ir al baño, nos daba miedo toser. Un perro ladraba y ellos le disparaban o lo encendían a culatazos para que se callara. Mi hijo de cuatro años volvió a orinarse en la cama.

Mi casa era muy pequeña y en ese entonces vivía Javier, mi hijo mayor, conmigo. Vivía mi mamá y un sobrino. Como en mi casa las paredes dan a la calle, no teníamos dónde resguardarnos. Nos metíamos en un espaciecito que queda entre el tanque del lavadero y las escalas, ahí nos arrumábamos todos. Todos eran: mi mamá, uno; mi sobrino, dos; mis hijos, cuatro; y mi esposo y yo, seis.

Antes de morir, mi papá me dijo «no llore por mí que yo no me voy a dar cuenta de todo esto. Lloren por ustedes, por lo que van a vivir sobre todo las mujeres que tienen hijos. Va a ser muy cruel, supremamente cruel. Va a haber momentos en los que ustedes tampoco van a querer estar vivos». Así fue, completo, como mi papá me lo dijo. Mi papá murió el 1 de julio de 1999. Yo quedé en embarazo el 20 de julio del 1999. Los paramilitares ingresaron el 12 de agosto de 1999. El aborto se produjo el 25 de agosto de 1999.

En esa época ya no estaba en embarazo, no. Después de que me cogieron esos cólicos –ese dolor y ese dolor–, me llevaron al hospital. Estuve ocho días. No pudieron detenerme el aborto. Tenía muy poco, pero la niña estaba formada, Mariana estaba formada. Yo no había sentido ningún malestar de ninguna clase. Yo vislumbraba cosas muy feas. A veces pienso que no puse mucho de mi parte, que de todas maneras ella no iba a nacer. Me llené de rabia, me dije «¿pa qué traer hijos a la guerra?». Como que tampoco puse mucho de mi parte y tal vez por eso no me obraron los medicamentos. O así tenía que ser, no sé. Así tenía que ser. Así tenía que ser: menos mal la niña se libró de todo eso.

Uno no podía contener el temblor de las manos. Mi esposo se llenó de pánico. Cuando llegaba alguien al negocio, él le servía y se volaba para la casa. Se sentaba en la cama en un solo temblor. No podía ni hablar, la boca se le secaba. Así que yo me tenía que ir para allá, a atender el negocio. Los niños se iban detrás mío. Como Javier ya tenía once años, yo olía que lo podían reclutar. Una tarde vinieron al negocio, lo miraban mucho. Él era un niño fornido, muy bien presentado y tenía una capacidad asombrosa de hacer amigos y de llegarle a las personas. Era muy querendón. Yo vi que me lo miraban, que me lo miraban. «¡Dios mío bendito!», pensé, «estos se están tramando quién sabe qué».

Una tarde que salí con él, con Javier, a hacer una diligencia en la calle, se nos acercó un paraco y me dijo «ve, esta gonorreíta ya puede con un fusil». «Este perro hijueputa», le respondí, «¿a usted quién le dijo que el hijo mío nació pa cargar un fusil?». «¿Qué? ¿Estás muy alzadita, maricona?». «Pues venga, hijueputa, habla conmigo, pero con mi hijo no se meta. Es que él es un niño, él no nació pa hacer lo que usted hace. Él no nació para ser una porquería basura como usted».

Llega un momento en que el miedo hace que uno no sienta más miedo.

Tocaba cuidar mucho a los niños. Los recogíamos en el colegio porque en cualquier momento se prendían esas balaceras, se tiraban cilindros de gas. Nosotros en el medio. El helicóptero encima toda la noche: *tacatacatacatacataca*. Pero esa era una buena señal. Uno dormía un poco más tranquilo pensando que nos estaban defendiendo. Lo maluco era que empezaban a caer esas vainillas en los techos de las casas. Aguantábamos tomando aguas aromáticas y charlando durante el día. En la noche nos encerrábamos y en la mañana íbamos a ver cómo habían amanecido todos, a ver quién faltaba.

De pronto muchas de esas cosas calan, se quedan en la cabeza. Luis, el menor de mis hijos, me ha dicho «por mi lado no esperen nietos; tiene que ser que a mí se me rompa el condón. A mí los niños no me gustan porque no hay nada que ofrecerles. Si no está Mariana con nosotros, ¿pa qué más culicagados?».

Y esta es la hora en que Javier Alejandro, el mayor, todavía se culpa. Él dice que si ese día no se hubiera ido para El Cerrito, yo no hubiera perdido a mi niña. Esa es una charla que tenemos pendiente y no se ha dado la oportunidad, pero en algún momento habrá que tenerla, porque él le dice a Marcela, su esposa, que él se culpa. Porque, es más: yo ese día le dije: «Papi, no te lleves esa bicicleta, ¿eso para qué?». Él le dice a Marcela, su esposa: «¿Yo por qué le desobedecí a mi mamá? ¿Por qué me fui para allá si a mí ni siquiera me gustaba rezar? Algo andaba buscando. Yo tengo la culpa de que Mariana no esté con nosotros».

Dolor en el ombligo

Anéider salió de dieciséis años. También mis dos hijos mayores, Éric y Daniel, salieron de dieciséis años de bachilleres, y no pudimos costearles una carrera universitaria ni nada. La situación estaba muy difícil, entonces fue cuando a Anéider se lo llevaron a pagar servicio.

Mi sobrina –la que yo le digo que crié y que es como mi hija mayor– me lo bajó del avión. Esa movió cielo y tierra, porque a él se lo querían llevar para Larandia, Caquetá. Ella no sé a qué santo se le prendió; el caso es que a él lo bajaron del avión. Lo bajaron aquí en la Cacica La Gaitana, en Neiva, y en ese batallón fue que pagó el servicio.

Tener dos hijos en el Ejército era no tener vida, créame, porque con tan «buenas noticias» que daban los noticieros: cada nadita ataques de la guerrilla por acá, ataques de la guerrilla por allá. Uno mantiene con el corazón en la mano y prendido de Dios porque no queda otra. Mis hijos pagaron servicio militar. Les fue bien, gracias a Dios. Y después, por lo que le digo, por la situación económica, ellos volvieron a ingresar como soldados profesionales.

Yo no estuve de acuerdo, pero Anéider desde niño quiso estar en el Ejército. A él le gustaba mucho esa vida militar, la disciplina, todo eso. Lástima que la guerrilla le hubiera frustrado el sueño de estar allá.

Ellos casi no hablan de la vida militar, no cuentan las cosas malas. Mis hijos contaban todo lo bueno que les pasaba, pero cosas malas las he sabido por boca de otros compañeros. Ellos decían que no me contaban las privaciones, las aguantadas de hambre, porque yo mantenía con el corazón en la mano. No decían nada de eso, solo por los lados.

Ellos no decían nada de eso, si acaso me decían «mami, estamos en tal parte; mami, nos trasladaron pa tal parte, va a ser difícil que nos comuniquemos. Allá no va a llegar sino su bendición».

Anéider me llamó ese día y me dijo «mami, estamos acá en Santa María».

Cuando ocurrió el accidente de Anéider, yo tenía a Éric por allá en Lejanías, Meta. Y pues no vivió de cerca lo que le pasó a su hermano. Estaba muy lejos, incomunicado. Después fue que él nos pudo llamar «pero ¿Anéider está bien?». «Sí, él está vivo. Está herido, pero está vivo». «Eso escuché», me dijo Éric. «Acá el capitán me pasó un reporte que mi hermano se encontraba herido, pero vivo».

No recuerdo si dijo «estamos» o «llegamos».

«Estamos cansados», eso sí me dijo. «Estoy en Santa María y estamos cansados porque llevamos patrullando no sé cuántos días». «Mi amor, cuídese porque dicen que allá es peligroso». «Confiemos en Dios que nada nos va a pasar, mami».

Como a las cinco de la tarde yo tenía una angustia, me decía «Dios mío, ¿será que le va a pasar algo? ¿Se va a morir? Alguien se va a morir de mi familia… Me duele mucho el corazón».

Servimos la comida. Como a las siete, ocho de la noche, empezaron a pasar los helicópteros. Yo no recuerdo la hora exacta, la verdad es que no la recuerdo.

Sé que eran las nueve de la noche cuando le dije al papá de mis hijos: «Anéider, tengo mucho dolor de ombligo, me duele el ombligo». «¿Cómo que le duele el ombligo?». «Yo no sé qué me pasa: me duele el ombligo. Es como si algo le estuviera pasando a alguno de mis hijos… y ni modo de llamarlos porque no sé a dónde. Lo único es decirle a Dios que me los cuide, que me los proteja».

Ese dolor es algo que yo nunca volví a sentir y que no quiero volverlo a sentir. Es algo que no me explico por qué, si es la conexión de uno con el hijo cuando nace, con el cordón umbilical. No sé si tiene que ver eso.

Yo esa noche no dormí. Me la pasé sentada acá.

Yo no hacía sino mirar el cielo y las estrellas, y orar y orar y orar. En *HJdobleK*, que era la emisora que cogía, no decían nada de noticias, nada; solamente era música y música, y yo espere y espere. A las cinco empezaron a dar informaciones de Santa María, que habían sido asaltados, que había habido un asalto.

Yo tuve esa pesadilla

Marta: Puede ser que por herencia, como se dice, porque mis hermanos también fueron militares. Tal vez por ese lado él le agarró gusto. Me decía «mami, dejame ser feliz». Además usted sabe que un adolescente o un niño, a medida de su crecimiento, se va reflejando en las cosas que le llaman la atención. Hay unos que desean ser médicos, otros que desean ser ingenieros; otros policías, otros militares. Él se inclinó más por la carrera militar.

Blanca: De todas maneras la crisis económica del país ha venido en decadencia desde hace muchos años. Las oportunidades son muy pocas. El que puede salir adelante con una carrera y la puede ejercer, muy bueno, pero hay otras personas a las que realmente les toca buscar. Uno sabe que en el Ejército en cualquier momento puede pasar algo. Hoy tengo noticias, pero mañana quién sabe. Eran riesgos. Fue un riesgo que él quiso tomar.

Susana: En ese momento era la más pequeña. Tenía diez años. Recuerdo que Óscar le mencionó a mi mamá que ya había cumplido dieciocho y que se quería ir para el Ejército. Mi mamá le dijo que no, que ella no estaba de acuerdo. Un día que fue a trabajar, Óscar aprovechó y se fue para allá. Mi mamá tuvo que ir hasta el Ejército, lo devolvió para la casa.

Blanca: «Vea ese muchacho quién sabe si va a volver», decía la gente.

Marta: Uno siempre estaba pensando lo peor. Uno decía «la guerrilla, la guerrilla». Tal así que el día que tuve la pesadilla, o sea, el día de los hechos, yo no pensé que hubiera sido entre ellos mismos, sino que la guerrilla se había tomado la compañía. Bendito sea Dios. Ya después de ir recogiendo tanta cosa, me di cuenta qué fue lo que pasó; lo que yo viví esa noche en el sueño.

Blanca: De todas maneras, el sueño o el miedo se consolidó, y no por el temor que ella siempre había manejado de que iba a ser la guerrilla o agentes externos al Ejército. Fue algo menos creíble: que fuesen directamente entre ellos mismos, es diferente. Que

entre ellos hayan ocasionado ese dolor familiar. Nunca se nos pasó por la cabeza que hubiese sido un mismo compañero.

Susana: Un superior.

Marta: Un superior. Un superior, sí, una persona que estaba vinculada con un mismo objetivo. El temor se consolidó, pero no por las formas que todo el mundo nos imaginábamos.

El 14 de diciembre fue la última vez que me llamó y me dijo «mami, me voy para el área. Hasta que vuelva, no tengo comunicación. Pero el 31 me robo una llamadita, tranquila». El 28 tuve esa pesadilla. Entonces el 29 le toqué la puerta aquí a esta, que vivía en el primer piso, y le dije «Blanca, ve, tuve una pesadilla muy fea con Óscar Iván. Bregate a comunicar con él».

Llamé a la casa y le dije a Holman, mi marido, «mi amor, mirá lo que pasó con esta pesadilla». Él le dijo fue a Ramiro, al esposo de Blanca, que se dedicara a llamar, que yo estaba muy preocupada. A Ramiro le contestó un muchacho, un tal Fernando. «¿Quién es usted?». «Soy cuñado de Óscar Iván, le dijo Ramiro». «Ah sí, aquí dicen que Tabares le tiró una granada al teniente y está huyendo. Pero yo no creo… ¿cierto?».

Ya por la tarde, a las cuatro, fue Holman a recogerme. Llegó con cara de aburrido. «¿Qué pasó?». «No, pues que este cagón la embarró, que le tiró una granada al teniente y dizque está huyendo». «Entonces vámonos para la Cuarta Brigada», le dije.

Llegamos y de una nos dijeron que no, que si hubiera pasado alguna cosa… «Esté tranquila que si hubiera pasado alguna cosa ustedes son los primeros a los que se les informa». «No, es que mire, vea», le dije, «yo tuve esta pesadilla, yo soñé esto. Aparte, mire, llamamos esta mañana y mire lo que le dijeron a Ramiro». «Ah no, espérense yo llamo a Bogotá».

Y entonces nos fuimos, viajamos toda esa noche. Como a las siete, a las ocho de la mañana llegamos a Bogotá. Llegamos a la escuela Carlos Gil Colorado a las ocho de la mañana. No nos dejaron pasar. Bajita la mano se demoraron dos horas en atendernos. Nos mandaron a entrar y me dice uno de esos militares «vea, ahí va la compañía de él. Pregúnteles, pregúnteles». Y esos muchachos ya sabían. Jum, eso brincaban. No nos quisieron atender, no fueron capaces de atendernos, ¿cierto?

Ahí yo confirmé lo que presentía con este muchacho Fernando. Estábamos en la escuela cuando, bendito sea Dios, veo a un muchacho con el ojito tapao y renguleteando. «Este tiene que ser», me dije.

Óscar Iván, en su última venida, me había hablado de Fernando. Me había dicho que era negro, que había perdido una vista. Se había rodado por un precipicio de 200 metros. Que se había quebrado un brazo, que había perdido la pierna y se sacó el ojito. Y que lo iban a dejar allá, que ese teniente… Así me lo dijo él «es que es un hijueputa, mami. Imaginate, mami, que dizque porque es negro lo iba a dejar allá». Y como Óscar Iván ya tenía tanta cancha, ¿cierto?, les dijo «¿quién me va a acompañar a bajar por él?».

Yo lo miraba y lo miraba. Él era como esperando, con su ojito tapao, que la oportunidad se nos diera, ¿cierto? Cuando de pronto se nos paró aquí atrás y nos dijo «no me vayan a mirar, ¿ustedes son los papás de Tabares?». «Sí». «No me vayan a mirar. Búsquenlo porque sinceramente aquí están diciendo que él está huyendo, pero yo no creo ese cuento. Les voy a dejar un teléfono para que me llamen».

Luego pasó por el frente y dejó caer el papelito.

Mamá, yo no voy a volver

Cuando mi hijo tenía tres o cuatro años quería ser militar porque el papá fue militar. Mi hijo me hablaba cosas de militares… de misiles, me hablaba. En esa época no había mucha televisión como ahora, pa uno decir que es que se la pasaba viendo y aprendiendo eso. Yo pensé que se le iba a quitar la idea cuando creciera.

El muchacho, sí, tenía sus cosas. Era un poquito así como rebelde, pero en sí era buen hijo. Lo que decía tenía que hacerse como él lo decía y punto. Era así. No era muy llevadero con uno. Pero era una gran persona normal, como cualquier muchacho de su edad, de su época. Le gustaba el rap. Rapeaba, componía canciones. Era buen estudiante, muy inteligente. Lo que pasa es que era un poco despistado y, por eso, no le ponía atención al estudio, pero era una persona inteligente. Lo que estudió, lo hizo muy bien. Le gustaba el inglés. Hablaba y escribía el inglés perfectamente.

Antes de cumplir los dieciocho años –los cumplió el 2 de marzo de 2003–, fue y se presentó al Ejército. Esperaron a que cumpliera los dieciocho y el 10 de julio de 2003 se fue. Eso fue en Kennedy, en el Distrito 51, creo que se llama. El papá mismo lo llevó ese día. Se fue para el Caquetá, allá estuvo hasta que juró bandera. Él prestó diez meses de servicio. Después lo trasladaron al Tolima, allá estuvo diez años. En esos meses de soldado regular, les dijeron que quién quería hacer el curso para profesional, y él quiso quedarse. Fue muy bueno en el curso.

Al principio, le contaba las aventurillas a los hermanos, porque, pues, le parecía todo como muy gracioso. Estaba empezando. Pero a medida que pasaba el tiempo y se formaba como una persona del Ejército, de pronto había cosas que ya no podía contar. Él fue cambiando su forma de ser con el tiempo. Como más serio, más distante, como más retirado. Hablaba poco con la familia. Venía, sí, pero no era ese muchacho dicharachero de antes que les contaba todo a los hermanos y se sentía orgulloso de portar el uniforme. No, él cambió.

Eran esos días que mataban diez, doce, quince, catorce soldados casi a diario. Yo me la pasaba viendo noticias, lloraba muchísimo de pensar que alguna cosa le fuera a pasar. Siempre tenía como ese presentimiento, como esa sospecha de que algo le iba a pasar. Él llegaba a la casa y volvía a llenar los formularios del seguro, ese que los

cubre a ellos cuando están allá. Se ponía a llenarlos, me llamaba y me decía «madre, si me llega a pasar algo, debe cobrar este seguro». «No le va a pasar nada». Me miraba y le daba como una risa, así, pero no risa, risotada, sino como una sonrisa. Se le veía. Él sabía que la situación estaba muy difícil en el país y que en cualquier momento podía pasar.

Cuando él vino nuevamente me dijo «madre, le tengo dos noticias». «Cuénteme la noticia buena». «La buena es que, ya por mi antigüedad, posiblemente voy a las Fuerzas Especiales. Y la otra, es que nos van a trasladar al Caquetá». «¿Otra vez?». «Sí, madre. A mí no me gusta mucho la idea de irme al Caquetá, porque usted sabe que allá está operando la guerrilla fuertemente ahorita con lo del narcotráfico. Ese departamento no es como el Tolima, que tiene montañas y uno se puede esconder fácil. Allá es plano y la forma en que la guerrilla opera es en carros. Ellos van y lo matan a uno en carro, y se pierden porque se presta el terreno». Yo sí lo veía que cada vez que se iba, se ponía nervioso, le sudaban las manos. No le preguntaba por qué, pero sabía lo que estaba pensando: «No sé si vuelva, no sé qué irá a pasar».

Antes de irse para el Caquetá, le hicieron un reentrenamiento de tres meses en Tolemaida. En el Caquetá duró dos años después de que lo sacaron del Tolima. En varias ocasiones vino a visitarnos, me decía que la situación estaba muy, muy difícil. Él quería que lo trasladaran, pero, pues, no encontrábamos la forma. Él hacía tiempo que quería que lo trasladaran.

Él había caído, dos, tres años antes, en el Tolima, en un campo minado. Estaba con un capitán. El capitán sí perdió una extremidad y quedó mal. El capitán fue el que pisó la mina. Mi hijo únicamente se hinchó por dentro. Exactamente no me acuerdo del año, pero fue horrible. Pensé que había sido el final.

Algunas veces le dije que se retirara, que llevaba mucho tiempo dentro del Ejército, y me dijo que no, que estaba queriendo ganarse su pensión. Que él había aprendido solamente a echar plomo. Ya tenía muchas ideas, mucha rabia en su cabeza, miraba con odio a la guerrilla. Habían pasado muchos años. Tenía rabia de la situación del país. Su vida personal había cambiado, su forma de pensar había cambiado. Como a él no le pasó nada por fuera, solamente duró como un mes fuera del servicio, mientras se desinflamaba por dentro. Entonces volvió.

Llegó al Caquetá y lo llevaron bien adentro, a las áreas más profundas de las selvas. Casi no hablábamos porque por allá apagaban los teléfonos, uno no podía hablar con ellos. Pasaron dos años después de que se lo llevaron para el Caquetá, hasta 2015. Él había venido en febrero, y en marzo del 2015 estuvo con nosotros. Me dijo «madre, necesito que me dé una fotocopia de su cédula autenticada». En doce años de trabajo con el Ejército, nunca me había pedido una fotocopia de la cédula autenticada. «Es una tarea que le dejo. Voy a ir a Armenia y, cuando regrese, quiero que me tenga esa fotocopia autenticada». Pero me lo dijo varias veces, en diferentes tiempos, en varios días. Cuando vino, me volvió a pedir la fotocopia autenticada. Y me invitó, con un hermano de él, a comer ensalada de frutas en Soacha.

Una noche, antes de irse, como a las diez y media de la noche, me dijo «madre, tengo que irme a Armenia de nuevo. Si no me alcanza a dar la fotocopia autenticada, pues me la manda». A mí me dio risa. Una risa. No risa de reírme, sino que me sonreí porque sé que el Ejército no le da nada a uno. «¿Y para qué quiere el Ejército una fotocopia de mi cédula autenticada? ¿Qué me va a dar a mí?», le pregunté, pero así como en tono burlesco. Entonces llegó y me miró. Abrió los ojos, me quedó viendo y me dijo «espere que me maten para que reclame». Yo me sentí horrible. «No, pero ¿por qué dice eso? No diga esas cosas». No me dijo por qué, no me dijo por qué. Yo me sentí mal.

Cuando llegó a Armenia, me pidió que le mandara las botas, que las había dejado. Eso era como el 15 de marzo, él tenía que presentarse el 17. Me dijo «hágame el favor y me manda las botas y yo pago la encomienda, y dentro de las botas mándame la fotocopia autenticada de la cédula». Fui y mandé autenticar mi cédula. Le limpié las botas y se las mandé en una cajita con la fotocopia de la cédula. Yo ya no volví a hablar con él. Empecé a llamarlo y tenía el teléfono apagado.

Él cumplió 30 años el 2 de marzo y se fue el 17. No se quiso ver con el papá porque pues ellos casi no se la llevaban. La forma de ellos dos como que chocaba. Él procuraba hablar muy poco con el papá, pero quince días antes, después de que se fue, mi hijo lo llamó y le dijo «hola, pa, ¿cómo está?». «Hijo, yo no tengo plata para hacerle recarga». «No, papá, yo no lo estoy llamando para que me haga recarga. Lo estoy llamando para decirle que lo quiero mucho. Es que hay cosas que usted le dice a uno que son ciertas, y bueno, que estoy más cerca de Dios». Le dijo así. Y le dijo «papá, el presidente está aquí, el presidente Santos, y todo el mundo lo abucheó». «Sí, mijo, ¿qué piensa usted del presidente? ¿qué piensa de todo eso?». Mi hijo se quedó callado. Dice el papá que se quedó unos segundos así, callado. No le contestó más, nada más dijo «papá, me tengo que ir porque vamos a formar. Lo quiero mucho, después lo llamo».

Mi hijo no volvió a hablar con el papá. A mí sí me llamó el 24 de marzo, porque su hijo estaba cumpliendo seis años.

El 12 de abril me estaba buscando desde las cinco de la mañana el enlace de él en el batallón. Era un domingo. Yo tenía el teléfono en vibrador. Me estaba llamando como desde las cuatro de la mañana. A lo último, estábamos todos en la casa, y salió uno de mis hijos al parque, a encontrarse con la novia. En vista de que no nos ubicaron a nosotros, llamaron a la mamá del niño. A ella le dijeron. El enlace le dijo que tenía algo que decirle, pero que no sabía cómo decirle. Entonces ella le dijo «pues dígame de una vez qué fue lo que pasó».

Rosa llamó a mi hijo que estaba en el parque con la novia. Yo veo es que mi hijo entra a la casa sin poder hablar. Trataba de hablarme, pero no podía. Entonces yo pensé que era que le había pasado algo a él, y empecé a decirle, a gritarle que qué le había pasado. Yo lo miraba a ver si le veía sangre, si lo habían apuñalado, no sé. Cuando logró decirme… me enloquecí ese día. Ahí perdí todo, el tiempo, no sé. Gritaba, me tiraba al piso, no, no. No sé. Fue la peor noticia que recibí en mi vida. No lo podía creer.

Se me queda funcionando esa palabra, esa frase que me dijo a mí «espere a que me maten para que reclame».

Un día de estos va a cambiar la vida

El hijo mío era el que vivía conmigo. Él tenía diecisiete añitos. Para donde yo me lo llevaba, él se iba. Adoraba la montaña y nos fuimos para una vereda. Estuvimos viviendo en La Francia, que es donde principia la carretera para ir al corregimiento de Los Medios.

Vereda más pobre que La Francia, acá en Sonsón, no hay. Esa vereda toda la vida ha sido mala para el empleo. A mi hijo le resultaba trabajo de pronto en el relleno sanitario. También al esposo mío. A veces les daban días, semanas, o dos meses de trabajo. Sinceramente pasamos tan mal, que hoy en día no sé cómo estoy viva.

Una vez el hijo mío se paró en la zambrana, lo veía muy pensativo. «¿Qué tiene?, ¿un desengaño amoroso? Mijo, vea tenga confianza en mí. Usted sabe cómo lo quiero, cuénteme sus cosas». «Yo lo único que le digo, ma, es una cosa: no soy capaz de verla a usted y a mis hermanas con hambre. Un día de estos va cambiar la vida. No me aguanto más tanta injusticia. Ma, así a mí me cueste la vida», le pegó a la pared, eso se hundió. Yo lo abracé.

Él dijo eso porque una vez me enceguecí, perdí la visión por el hambre. Otra vez no había nada, ni aguapanela ni nada. Él se fue con la niña más pequeña y trajo panela y chocolate de donde la amiga mía. Él mismo hizo el chocolate. Se fue y pidió unos plátanos verdes y los hizo así, en pedacitos. Se puso a hacer patacones y le quedaron lo más de bueno. Echamos chocolate.

Luego él se perdió y vino como a las nueve de la noche con una gallina. «¿Usted de dónde sacó esa gallina?». «Me la robé». «Ay, mijo». «Amá, no llore por eso. No llore que eso no es nada pa lo que yo pienso, pa lo que yo llevo por dentro. Cómase ese caldito. Vea, tranquila que no hay ningún peligro. Fui y me la saqué de por allá de un solar, y yo la voy a arreglar». Nos comimos eso tarde. Y bueno, ya al otro día sí le dije «mijo, dígame de dónde sacó la gallina».

Y ya seguimos así: sufra, sufra, sufra. Ya no les daban empleo, ya el municipio les pagaba por ahí cada tres meses. Nos fuimos pa otra finquita que resultó más retiradita. Él se venía para el pueblo y se ponía a tomar los sábados y llegaba los domingos por la mañana. Él me llevaba huevos, me llevaba parva, plátano. Me llevaba mercadito, cositas así. Me decía «vea, ma, ahí nos vamos bandeando. Tenga». «¿Quién le dio, mijo?». «No, los amigos, ma. Es que tengo unos amigos muy queridos», yo le creí.

Él bebía todos los sábados. Bajaba de ocho a ocho y media de la mañana. Pero llegaron las ocho, las nueve, las diez, las once y nada que bajaba al pueblo. Yo le dije

a mi esposo «mijo, John Jairo no ha venido». «Ve y yo esta mañana sentí que entró, le sonaron las llaves». «No, eso fue que le pareció». «No, yo lo sentí, mija». «Eso fue que tuvo algún problema y está en el comando detenido».

Cuando me estaba arreglando para irlo a buscar venía otro carro, otra chiva. Mi hijo llegó, se bajó ahí en la calle. Yo me alegré toda. Salí, lo miré de lejos. Le vi los ojos grises, le dije «¿John Jairo, usted por qué trae esos ojos así?». «¿Cómo?», me contestó, se fue acercando. Se puede decir que estaba vivo, pero ya estaba muerto.

Me acuerdo que él puso una ventica de gaseosa y cigarrillos en la casita. Cuando se bajaron tres tipos, quien sabe quiénes eran esos señores. Él se entró pa dentro. Ellos me dijeron «nosotros no venimos a comprar. ¿Cuántos viven acá?». «Vivimos el esposo, dos niñas y el hijo mío». «¿Y el pelao? ¿Dónde está? Llámelo».

Yo lo llamaba y John Jairo me hacía así como que no. Le volví a decir. Entonces uno de ellos se asomó y le dijo «venga, pelao, venga, venga». John Jairo salió. Le dieron la mano y todo. «Tenemos que hablar con usted».

A mí me dio una cosa ahí mismo como madre. Me dio unos nervios, como una cosa, un miedo aquí. «¿Y por qué no le preguntan aquí lo que le tiene que preguntar?». «No, madre. Lo tenemos que llevar porque es que el patrón de nosotros va a hablar con él. Lo vamos a interrogar. Tranquila que a él no le va a pasar nada».

Mi hijo le contestó a ese tipo «vea, es muy sencillo, hermano. Ustedes me van a matar a mí, pero me tienen que matar aquí porque yo no los voy a seguir pa ninguna parte». «Vea, pelao, no se rebele que es peor. Pa no tenerlo que amarrar». Cuando dijeron eso yo entendí: «A John Jairo lo van matar. Me lo van a matar». Lo abracé delante de ellos y me puse a llorar. Le dije «venga, mi amor, venga». Él le dijo a los tipos «¿me dan permiso de entrar por una cachucha?». «Hágale pues, pero no se demore». Mi hijo se entró pa dentro, me agarró, me abrazó. Me dijo «ma, me van a matar, ¿cierto?». «No, no diga eso». «No, no. Tranquila, ma. Quédese tranquila. Quédese tranquila que yo vengo». Entonces ya salió. Abrazó a la niña pequeña, la quería mucho. La hermanita. La abrazó y me dijo «ma, le voy a pedir un favor muy grande. Prométame que si yo me demoro pa volver, usted va a cuidar la niña como yo la cuidaba y la va a querer». «Claro, ¿cómo no la voy a querer?». «Váyase tranquilo». «Júremelo», y me hizo jurar.

Las niñas salieron detrás de él. La niña pequeña, le decía «aio, aio, aio», y se aferró. Él le dijo «suélteme, madre, suélteme», y la niña más se le aferraba. Como una garrapata. Y salieron entonces de por allá, yo me fui detrás de él. Le dije a los tipos «vea, ¿sabe qué? ustedes se lo van a llevar, pero yo me voy con él hasta las últimas consecuencias ¡Me voy con él!». «No, madre, es que él va a venir. Quédese tranquila». Como ellos vieron que yo lo quería tanto a él, lo quería tanto, entonces como que le dijeron «dígale a su mamá que se devuelva». Él se voltió y me dijo: «Amá, ¿usted me quiere a mí?». «Horrible». «¿Entonces me va a hacer caso en una cosa que le voy a pedir?». «Sí». «Devuélvase. Devuélvase, ma. Deme la bendición. La última». Era la última. Yo le eché la bendición. Él se arrodilló un poquito y se la eché.

Dani, no se vaya

Yo sabía que ese día, que preciso él estaba arreglado y perfumado… es que iba y se miraba al espejo y se hacía así, como dos palmadas en la mejilla. «¿Cierto mami que estoy lindo?», me dijo. «Siempre eres lindo». «Pero dígame que estoy, mejor dicho, lo máximo, porque yo necesito irme a entregar la hoja de vida».

Golpearon la ventana. Era Pedro Gámez –puedo decir el nombre–. Un exmilitar que era reclutador, mejor dicho. Pero yo en el momento no sabía nada. Yo ya lo había visto en dos ocasiones, y cuando lo veía, algo me decía que ese señor era malo. Mejor dicho, no me parecía, como que había algo que no. El problema que tengo cuando alguien no me cae bien es que no le dirijo ni la palabra. Y lo miro mal. Y eso hice ese día. El hombre golpeó la ventana y yo le dije «Daniel no está». Claro, Daniel alcanzó a escuchar porque él estaba en la cocina. Supuestamente iba hacer el desayuno para que desayunáramos juntos.

«¿Daniel, usted se va ir con ese señor?». «Ay, mami, ¿usted cómo se pone a hablar del señor? Él es el que me está ayudando a conseguir el trabajo. Usted no debe criticar a una persona que ni siquiera conoce». «Precisamente», le dije. «Daniel, ¿usted cómo se va a ir con ese señor? Hay algo en ese señor que no cae, no me sienta bien. Daniel, ¿usted se va con ese señor?».

Me senté en el mueble. Estaba cansada, pensando en lo que Daniel iba a hacer. Él se puso una chaqueta, se perfumó, se arrodilló y puso la cabeza acá en mi regazo. «Mami, yo te quiero mucho y yo sé que me va salir ese trabajo. No quiero que trabajes más. Yo me hago cargo de los gastos». «No», le dije, «pero por qué, si yo todavía puedo seguir trabajando». «Es que no me gusta verla trasnochada».

Se sentó conmigo en el mueble y me dijo: «Mami, dame la bendición». «Dani, no se vaya, quédese conmigo y más bien dormimos un ratico. Me acompañas y dormimos». «No, mami. Yo ya le di la palabra a él. La hoja de vida uno va y la entrega, y ya regreso». «No, eso llene otra y deje esa ahí, y yo miro cómo le ayudo».

Cuando yo me despedí de él, sentí como que algo me dolía, como que yo decía «Dios mío, pero ¿qué pasará?». Como… que Dios lo bendiga y todo eso, pero, no sé, algo sentí. Como que yo lo cogía de esa mano y no lo quería dejar salir. No lo quería dejar salir.

«Cuide mucho a las niñas, a mis hermanas», me dijo. «Tranquila, que ese trabajo va ser para mí».

Fueron a recoger al hijo de Rubiela, al niño de María Sanabria, que tenía quince años. O sea, recogieron a Daniel y después empezaron a recoger a los otros.

El miércoles y el viernes Daniel llamó a mi hija Angie a las once y media de la mañana.

«¡Oiga!, ¿usted dónde está? Mire que estamos angustiados», le dijo ella. «Usted nunca se quedaba en la calle. Por favor dígame dónde está y lo recogemos». «¡Ay, no!

Si yo pudiera decirle», dijo, y dizque la voz se le escuchaba como entrecortada, como cuando uno está como asfixiado de tanto caminar. «Pero deme la dirección y yo voy. Nosotros vamos y lo recogemos de alguna manera». «Dígale a mi mami que yo no voy a poderle cumplir la promesa. Ustedes por favor cuídense mucho, cuiden a mi mamá. Yo las quiero muchísimo». «Nosotros vamos y lo recogemos de alguna manera». «¡Ay, no, si yo pudiera decirle. Más bien pónganse juiciosas y cuiden a mi mamá».

Y cuando él estaba diciendo eso le cortaron la llamada. Era un número desconocido. Ese no era su número.

Corazonada de madre

Por allá en el 2004, los pelaos me dijeron «vamos pa Codazzi a coger café». Iban a trabajar en una finca de una señora de apellido Mendoza. Ellos me dijeron «llegamos el 30». Antes de que salieran, me les arrodillé por ese presentimiento que tenía. Les dije: «¡Por favor, mis hijos, no se vayan!». «Nosotros no nos metemos con nadien, me dijeron, «no nos va a pasar nada. «Sí, eso lo sé yo y mi Dios también lo sabe, pero los que estamos pagando hoy en día la violencia que está habiendo, los que estamos sufriendo más, somos los que no tenemos nada que ver con la guerra. Yo no quiero que ustedes se vayan por allá porque ustedes no van a volver. Yo sé que no los voy a ver más. No diga eso. Le llegamos el 30. Y si no llegamos el 30, llegamos el 31, pero le llegamos.

Nosotros para esa fecha nunca habíamos estado distantes. Y ya cuando llegó el 30, yo esperé a mis pelaos. Llegó el 30 en la noche. Llegó el 31.

El 31 en la noche me abracé con el hijo mío mayor y le dije Miguel, los pelaos no vuelven más. «No diga eso, mamá. No diga eso que ellos sí van a venir». «No, no van a venir».

De pronto no haya sido mi hijo

Ellos dijeron en la versión libre que sí, que al otro día lo habían matado. Supuestamente asesinaron a mi hijo que porque era vendedor de droga y que por trata de blanca. La verdad, eso no fue así, como les dije yo en el 2014 que estuvimos frente a frente en la cuestión del perdón. Yo les dije que eso no había sido por eso, sino porque él era… él era del gremio LGBTI. Por eso lo habían matado, porque era *gay*. Desde que nació, yo le vi una diferencia. Uno lo bañaba y no era como otros niños que se ponen como

armónicos y se les para el pipí. Él no era así. Yo sí tuve una vaina de que le pregunté al médico eso, y me dijo que era normal. «No, doctor, yo a él le veo diferentes cualidades. No estoy segura de que él vaya a ser que le gusten los hombres ni nada, pero veo a mi hijo con otros ojos». «Esperemos más adelante, a ver qué pasa», me dijo el médico.

No volví adonde el médico ni nada de eso. Le fui descubriendo al niño que le gustaba era jugar más con muñecas, pintarse, ponerse los zapatos míos, la ropa mía. Cuando eso, yo me ponía vestidos más abajo de la rodilla. Él se me ponía las faldas y todo eso. Le gustaba pintarse. Un día, por la tardecita, llegué a la casa y un man de la organización me dijo que pasaba lo siguiente, que el hijo mío y Lucas, un amigo de él, se habían ido a sacar unas gallinas, unos pollos de una casa. Ellos iban de civil, pero pues uno sabía que eran de la organización. Él fue y reclamó esos pollos y se los llevó. Jamás hubo problemas ni nada. Pero ahí fue cuando él sí me dijo «doña Margarita, ¿por qué no hace el favor y se lleva a su hijo de acá? Sáquelo de aquí o algo, que mire que él no puede estar saliendo a la calle tanto de noche ni nada. ¿Por qué no briega a sacar a su hijo de acá? Como buen consejo, le digo que se lleve a su hijo de acá».

Yo le dije al hijo todo eso, y él dijo que no, que por qué se iba a ir de aquí, que él no había matado a nadie ni le había hecho nada malo a nadie. Y jamás en la vida quiso irse de aquí. O sea que ya prácticamente le habían dado un aviso de que se fuera, pero él no quiso irse. Dijo que no me dejaba sola.

Durante la búsqueda de mi hijo encontré muchos cuerpos. En la primera búsqueda, al día siguiente que se perdió, me fui hasta el caño de Sacamujeres. Había dos muchachos boca abajo, tirados allá. Estaban muertos. Yo voltié, no pude ver. El compañero mío voltió un muchacho de esos y dijo «no, no es». Entonces ya nos vinimos otra vez pal pueblo, pa mi casa a descansar porque, la verdad, estaba cansada de estarlo buscando y buscando y nada. Esperé a los tres días para irlo a buscar al río, porque la Policía nos dijo que, si se había ido a bañar, a los tres días flotaba. El cuerpo flotaba. Resulta que buscándolo, buscándolo, yo estaba tan destornillada que no comía, que no dormía. La pasaba sino fumando cigarrillo, tomando tinto.

Cuando fuimos a buscar al río con los pescadores, encontramos una pierna. Yo vine a entender de que era la pierna del hijo mío cuando llegué a la casa y me dieron agua aromática. Ya como que recapacité y me puse a mirar una foto de él. Cuando, sí, me puse a analizar y entendí que esa pierna era del hijo mío. No pude recuperar esa pierna. No, porque el otro muchacho que iba con nosotros –William me parece que es que se llama él– llegó, cogió la pierna y la tiró. Pues obvio que ya se desapareció entre el agua y todo eso. Quién sabe dónde quedó enredada, por allá en un chamicero. Me fui hasta Servies por carretera, con una compañera. Nos fuimos hasta por allá a buscarlo, a preguntar si de pronto habían visto bajar la pierna, pero jamás de los jamases. No la vieron.

Como en el 2002 fue que desaparecieron a mi hijo, él era el mayor. Eso fue un sábado. Él se despareció el viernes y el sábado fue que yo fui a la Policía. Él se desapareció el 12, y el 13 yo fui a ver qué había pasado. Ahí me adelanto un poquito: a las

siete de la mañana me fui pa donde una vecina y me senté en una mecedora. Donde nosotras vivimos queda la parte que llaman «Los Transmisores». Supuestamente allá era donde llevaban a la gente pa matarla: Los Transmisores. Como uno es madre, uno presiente las cosas. Eran las siete de la mañana cuando sentí una corazonada dura en el corazón, como si me hubieran desprendido algo. Y se oyó un tiro y yo me sentí mal, un dolor me cogió en el pecho. En ese momento, a las siete de la mañana, dije yo «uy, señor bendito, ¿qué sería? ¿A quién matarían por allá? ¡Ay, Señor Padre, Dios mío! ¿Qué es esto? Dios mío, y de pronto no haya sido mi hijo».

Algo me atravesó

Durante la guerra, las sensaciones que anticipaban también se manifestaron orgánicamente: un escalofrío, una soltura de estómago, un «algo» en el pecho. Esta es una serie de testimonios en los que el extrañamiento del cuerpo propio construye una atmósfera inusual, azarosa, que luego se confirma como tragedia o como un aviso que salva.

Llegaba a la casa

Yo también

Nací aquí en Tumaco y me fui siendo bebé para una vereda cercana. Viví hasta el año y luego nos fuimos para Cali. Allá nació mi hermana y después nos fuimos a Bogotá. De ahí nos regresamos a la vereda, porque mi mamá se peleaba con mi papá. Todos los fines de semana él se ponía a beber y andaba con una y otra mujer. Por eso mi mamá se aburrió.

Mi mamá tiene esa virtud, ese don, y yo también lo tengo. Digamos que puedo ver cosas que los demás no ven, como, por ejemplo, los espíritus. La gente no cree mucho en eso, pero yo tengo el don que otras personas no tienen. Yo veo visiones. En mi familia somos muchos así. La principal es mi bisabuela. A mi mamá no le explicaron nada porque a ella siempre la tenían como aislada, digamos. La protegían, pero nunca le dijeron por qué. Ahora grande fue que se dio cuenta del don que tenía, porque a ella nunca le quisieron decir nada. Tengo un tío que habla con espíritus, que hace cosas espirituales desde la tradición afro. Mi mamá también tenía ese don.

A partir de ese momento, ella le contó su historia y él le dijo que tenía virtud, que poco a poco le iban a llegar espíritus buenos y malos, y que tenía que saber identificar cuáles eran los buenos y cuáles eran los malos. Por ejemplo, que los buenos le iban a llegar con una luz blanca y que le iban hacer sentir el cuerpo balsudo; los malos le iban a poner el cuerpo pesado y que iba a ver una sombra cuando se le aparecieran. Le explicó eso y desde ese momento ella supo que tenía virtud. Es tan así que en algunas ocasiones le quisieron llegar espíritus malos y ella se quedaba como ida, mirando no sé para dónde. Se movía de adelante para atrás y en esos momentos a mí me daba miedo. Lo primero que hacía era esconder a mi hermanita y esconderme yo. Mi mamá dice que desde pequeña le llegaba un espíritu que la molestaba. Fue tan así que una vez se le metió a ella y le dijo que si no se quedaba con ella se quedaba conmigo. Al escuchar eso a mi mamá le dio miedo.

Cuando nací, los doctores le dijeron a mi mamá que había nacido con una mancha en la cara. A los dieciséis días de haber nacido, dizque yo decía «mamá». Ella salía

corriendo de la casa del miedo. Cuando se acordaba que me había dejado sola, volvía por mí y salía a contar lo que estaba pasando. Le decían que estaba loca, que cómo era posible que una niña de dieciséis días de nacida pudiera a hablar. Como le decían que estaba loca, ella no quiso contar más sobre eso. Después me salió una cosita blanca en la boca y una tía dijo que era un sapito, pero eso no era sapito, sino virtud, y esa virtud la tengo aquí.

Después de que me llevaron a donde una bruja, en la noche, ella me empezó a llegar. Digamos, si me dejaban cerca de una bandeja de agua, ella me metía para que me ahogara. No me podían dejar un segundo sola porque en ese segundo corría peligro. Hasta que mi tío un día me llamó y ahí fue que descubrieron lo que estaba pasando. A raíz de eso, a mí se me metió dos veces un espíritu. Lo primero que hacía cuando se me metía eso era colocarme un collar rojo curado. Una vez lo dañé. Bueno, realmente no fui yo, sino el espíritu que se me había metido. También le pasaba lo mismo a mi mamá y nosotras pensamos que nos estábamos loqueando. Mi tío, el espiritista, nos dijo que no éramos nosotras mismas que nos respondíamos. Yo sabía que no era yo la que respondía, porque esa no era mi voz, la que se escuchaba en mi mente. Mi tío me dijo que la voz que se escuchaba era la voz de nuestros ángeles.

Toda persona tiene su ángel, pero no todas las personas lo saben. Mi tío hizo una cosa y me dijo que mi ángel se llamaba Ángel David. Cuando me dijo eso, me tranquilicé y mi tío me bautizó en esos días, o sea que él es mi padrino. Mi tía, como era chismosa, le contó a todo el mundo allá en la vereda. Entonces me tacharon de bruja.

La vereda

En ese año nos vinimos de allá, vivíamos mi mamá, mi padrastro, mi hermanita y mi otra hermanita. La vereda era bonita y tranquila. Cuando los señores armados llegaron, poco a poco se iba colocando sola, triste. Las personas casi no salían y, cuando salían, lo hacían con miedo. En la mayoría de las ocasiones, la gente solo salía a comprar y volvían a su casa. En ese tiempo sacaron una moda que a las tres de la tarde todo el mundo debía estar en su casa. El grupo que mandaba allá era de un tal Zarco. A las muchachas nos daba miedo. En esa época dizque andaban reclutando niños y niñas. Allá había una miniteca de un profesor. Decían que los niños solo podían divertirse de dos a cinco de la tarde, y de las cinco para allá era para las personas grandes. Es tan así que unas amigas me dijeron que una vez estaban en una fiesta cuando llegaron esos señores y les dijeron que se salieran o les daban plomo.

Uno a veces estaba en su casa tranquilo y escuchaba los tiros. La mayoría de las veces los tiros los hacían por el parque o a veces venían corriendo desde una vereda cercana. Desde allá venían con la plomacera, porque se metían los otros grupos o porque entre ellos mismos se mataban. Un domingo yo estaba en el parque con mis amigas y mi hermanita, y después de un rato, como a la media hora, empezaron a llegar unos hombres armados y como eran las seis de la tarde, cada una de mis amigas se fue para su casa y yo agarré a mi hermanita de la mano y nos fuimos para la casa.

A raíz de eso mi mamá dijo que nos viniéramos para Tumaco. Allá yo tenía un tío, que era buena persona, que no se metía con nadie. Él trabajaba la coca, y un grupo armado quería que les vendiera la mercancía a ellos, pero él se la iba a vender a otro, porque ellos le debían. Él estaba acostumbrado a vender las hojas cuando arrancaba los cultivos. Les vendía a ellos y a otros.

Tengo otro familiar en el grupo, pero yo no lo conozco. A él todo el mundo lo conoce y pues mi mamá se crio con él desde pequeño hasta que se metió a su grupo. Sé que él es el jefe. El problemita es que como mi mamá se fue para Bogotá, él no sabía que nosotros estábamos en la vereda hasta que él un día nos vio y les dijo a los compañeros que a nosotras no nos fueran a tocar ni un pelito. Recuerdo que eso lo dijo una tía que era muy apegada a él, ella le fue a contar el chisme a mi mamá, por eso con nosotras no hubo problema. A mí me daba miedo en la vereda porque me tocaba ir al colegio a las temprano, a esa hora aún estaba oscuro y cuando miraba a esos señores armados me daba miedo pasar por ahí. Lo primero que pensaba era que me iban hacer algo con esas armas porque yo no sabía que él era familiar mío, a mí me daba miedo a pesar que él era el que mandaba en esa zona. A veces cuando se emborrachaban, empezaban a hacer tiros al aire. Una vez, uno de los integrantes del grupo se torció y fue a dar información al otro grupo. Lo iban a matar y como él andaba corriendo le estaban haciendo tiros.

Mi mamá y él

Ella sí me lo contó porque con mi mamá tenía mucha confianza y pues todo lo que me vaya a pasar yo se lo cuento. Digamos que entre la dos tenemos una confianza muy bella. Ella me contó que sentía escalofrío, me dijo que cuando ella estaba pequeña ella sentía eso. Pero nadie le creyó que ella mirara esas cosas, y como no le creían, la trataban de loca. Es tan así que ella miró que su abuela se moría en una silla mecedora y que la enterraban en un ataúd morado, mejor dicho, ella miró todo, cómo moría, el velorio, el entierro, es decir, miró todo lo que iba a pasar, pero nadie le creyó. Y todo fue así como le predijo.

Mi mamá todos esos días se la pasó con malaria. Se la pasó con fiebre, dolor de cabeza. No sentía ánimo en el cuerpo, se sentía triste y apagada. Cuando estaban muchachos, ellos, mi mamá y mi familiar pues prácticamente se criaron juntos. Cuando él se iba morir su espíritu le llegaba, pero no le revelaba la cara. Por eso mi mamá no sabía quién le llegaba hasta que pasó la semana y él murió. Ella se puso triste, porque él era una buena persona. Él era esa persona que no le gustaba andar tomando y mucho menos se metía con nadie, mejor dicho, él era todo sonrisa. A la gente le dolió mucho su muerte. Antes de que lo mataran él llegaba a la casa, él llegaba a la casa. El espíritu de él. Como si supiera que se fuera a morir.

Estrujón

Tengo 43 años. Tengo solamente el apellido de mi madre; mi padre nunca respondió por mí. Viví con mi madre hasta los doce años por la precaria situación económica que tenía. Decidí irme para donde mi padre.

Conocí a mi papá y con él conviví como hasta los diecisiete. La realidad es que no encontré el apoyo económico ni moral de él. Yo no tenía el estudio; no tenía, digamos, cómo acceder a una carrera ni a nada de eso. Decidí presentarme al Ejército. Cuando estaban haciendo, como decimos nosotros, batidas o recogidas, me pasé por el lado de ellos para que me reclutaran.

Después de que salí, vi que realmente no tenía los fondos para estudiar, entonces decidí seguir como soldado profesional. Me presenté de nuevo al Ejército porque no tenía nada más que hacer sino ponerme a trabajar en construcción. Había que pensar, de pronto, en una pensión, algo para un futuro.

La verdad, considero que detuve mi juventud. Los momentos que de pronto muchos vivieron con amigos, saliendo, compartiendo, yo los perdí porque siempre los pasaba era en el monte, por allá, con los compañeros de trabajo. Los 31, 24 de diciembre. Ese tipo de fechas.

Y cada fecha de esas era para mí más complicada, tanto por lo psicológico, como por lo físico. Te deterioras mucho de estar pensando que en cualquier momento la guerrilla te hostiga, te mata a un compañero o aprovecha que estás distraído.

Eran fechas que uno a veces no quería que llegaran, aparte que no las iba a compartir con la familia.

El accidente pasó en el 96, pero pues la fecha exacta no la recuerdo. O sea, me disculpa si hay cosas que no recuerdo. Después de la situación, en parte, se me borraron. No puedo decir si porque son imágenes fuertes o qué, pero son cosas que por más que quiera no las puedo recordar.

Saber que para mí el accidente fue la pérdida de mi juventud, que de pronto yo hubiera podido ser doctor, hubiera podido ser otra cosa que le aportara más al país. Hoy en día lo pienso por mi situación, y muchas veces veo que la gente denigra de las Fuerzas Militares. Los jóvenes de hoy en día las consideran lo peor que hay en el mundo. ¿De qué sirvió mi sacrificio?, ¿de qué sirve estar como estoy en estos momentos?

La gente no ve todo el sacrificio que nosotros hicimos, solamente ve cosas malas. No está viendo que por eso que nosotros hicimos puede tener libertad. Tiene la opción de escoger una carrera, de escoger quiénes son. De pronto eso es lo que más le duele a uno en estos momentos.

Mire, a mí me faltaba muy poco para irme ya pensionado por tiempo. Recuerdo que salí de un permiso y el sargento me dijo que como yo había llegado descansado iba a hacer registro con un personal a las tres de la mañana. En la nochecita, el hombre me dijo que no, que para allá no, que mejor nos levantáramos a las siete de la mañana

y fuéramos a asegurar el helipuerto. Como mis compañeros ya llevaban su tiempo ahí, le pongo que mes y medio, dos meses, lo tomé como que todo estaba asegurado.

Mas sin embargo, después de que llegué al helipuerto, empecé a sentir esa sensación de que algo no estaba bien. Miraba al piso, daba diez pasos, miraba hacia al frente; volvía y repetía eso hasta el trayecto por el que llegué. Hasta que se me acercó el suboficial y me dijo: «¿Qué pasa? ¿Por qué tanta demora?». «No, mire, ¿qué vamos a hacer? Aquí vinimos a asegurar que el helicóptero aterrice, ¿sí o no? Yo creo que hasta aquí donde estamos podemos llegar bien, ¿para qué vamos a llegar por allá? La verdad es que no sé, pero siento que nos van a joder adelante», le dije. «¡Ah, ya empezó con los agüeros!, me dijo el suboficial». «No, si ustedes quieren, bien, pero yo no sigo más de aquí». «Bueno, ¿usted qué sugiere?». «Pues, mi cabo, yo sugiero que usted coja con dos para ese lado, y yo cojo con otros dos para este lado. Aseguramos el sitio, y si ellos vienen a hostigar el helicóptero, nosotros podemos reaccionar desde acá». «Bueno, listo. Hágase allá y yo me voy por allí».

Era lo normal, casi siempre lo hacía la guerrilla; pues mirar a ver cómo nos jodían.

Después de que el suboficial se retiró, volví a mirar el piso. Miré hacia arriba: eso era una selva muy tupida. Vi que llegó otro compañero, y ahí di el paso hacia el lado derecho.

Al pisar lo único que sentí fue un estrujón, como cuando algo lo sacude a uno.

Pasaron muchas cosas de muchas maneras

En las ciudades donde yo estaba, lo que es Cali, Tuluá, toda esta cuestión del Valle del Cauca, estaban los cabecillas de muchos carteles. Allá se mueve la droga y hay más presencia de bandas delincuenciales.

Después de separarme de mi esposa y de mi hija, inicio una nueva vida en otro lugar de Tuluá. Sin querer o, no sé, por el destino, me empiezo a vincular con la gente de la zona. Empiezo a hacer ejercicio, a conocer gente, a compartir en el sector. Eran varios kilómetros a la orilla del río en los que nos podíamos ejercitar. Entonces, empezamos a conocer personas, a unirnos en grupo y a integrar a la comunidad. Con el pequeño grupo del sector nos empezamos a dar cuenta de toda la venta de bazuco, de cocaína, de marihuana y todo en la orilla del río.

Bueno, cometí el grave error de denunciar. Pensando que íbamos a obtener respaldo en la Policía, pero ellos estaban ahí para cuidar a las personas que estaban vendiendo y distribuyendo.

Cuando denunciamos, la respuesta de la Policía fue que no, que ese no era el cuadrante de ellos, que eso no les correspondía. Volvimos a decirles y ya más molestos nos dijeron que si era que les íbamos a decir cómo hacer su trabajo, que ellos ya nos

habían dicho que no les correspondía. «¡Entonces llamen a quienes corresponde!», les dijimos. «Dennos el número y nosotros llamamos a que venga la moto del cuadrante porque nunca aparece. Entonces, ¿a quién le decimos?».

Después de esa situación empiezan a pasar de una manera intimidante por mi casa, por mi local, haciéndome saber que ellos saben dónde vivo. Empiezan a buscar cualquier medio para emproblemarme: a pedirme papeles, la Cámara de Comercio y todo lo de mi local, pero como las cosas estaban en regla no hubo ningún problema.

Como también tomé evidencia de eso, fui y lo denuncié: mire, que está pasando esto, que me están abordando en mi casa, que me están llegando a toda hora; me están intimidando. Me llegan diferentes patrullas y cosas así. Yo pongo la queja ante el comando, y pues resulta que pensé que eso iba a calmar las cosas, pero fue lo contrario. Antes empeoraron.

Aprovecharon que yo alquilaba habitaciones para personal médico en mi casa y lograron meter a una infiltrada que me inicia problemas de convivencia. Ya más adelante me doy cuenta que esta mujer tenía relación sentimental con uno de los agentes que me perseguían, un cabo. Estas personas llegan al punto que intentan liquidarme por medio de esta señora, a puñaladas. Ese intento fue fallido. Ellos no contaban con que yo iba prevenido ante esas situaciones. La guerra se intensificó.

Tomo evidencias, pero la Policía me niega la protección. Me niega el apoyo. Pasaban muchas cosas de muchas maneras. En una de las fotos que tomé como evidencia vi que aparece una persona de la banda de civil, pero en algunas ocasiones esta persona también aparece en uniforme de policía. Las fotos no mentían. Cada vez me ponía más en evidencia. Me fui dando cuenta que todo estaba corrompido.

Las pruebas las presento ante el comisario de la Casa de Justicia. Allí, descaradamente, me dicen que saben que mi mamá está en Estados Unidos, que mi familia está en Estados Unidos. Me dicen que si quería colaboración tenía que mostrar mi cuentica bancaria, que tenía que pagarles. Yo los estaba grabando, no se dieron cuenta. Logré demostrar que no solamente era la Policía, que era el comisario, e inclusive gente de la Fiscalía.

Ellos decían «es que usted no sabe con quién se está metiendo, es que usted no tiene soporte con nadie».

En todas las delegadas de la Fiscalía General de la Nación y en la Procuraduría General de la Nación ya había hecho algo, pero siempre se perdía algo. Yo fui a Bogotá, denuncié todo el cuento, pero tenía mi casa en Tuluá y tenía que volver.

En Tuluá me dirigía hacia donde mi hermana, y bueno, a mí lo que de alguna manera me advirtió fue que vivía en un sector tranquilo. Todos los carros acostumbraban a ir a cierta velocidad. Te acostumbrabas al sonido. De un momento a otro sentí como un escalofrío, un acelerón. Sin pensarlo, me tiré de la bicicleta.

¡Pam!, ¡pam!, ¡pam!, sonaron. Fue la supervivencia, esa reacción que tuve. Si miro atrás, me los pegan, ¿no? Fue porque reaccioné de una. La camioneta salió despavorida, obviamente. Después me lo hicieron desde una moto. Yo estaba entrando a la casa,

que tenía vidrio espejo. Estoy abriendo la puerta de mi casa, veo que una moto se está deteniendo. Apenas para del todo, me le agacho.

Ya está para hacer llover

Tenía una parcela que me la dio el Incora, en 1985. Ahí trabajaba con mi familia. Ellos llegaron pequeños allá, a la vereda. La parcela quedaba ubicada en la vereda de San Juanito, la casa mía quedaba en el límite de Tolima con Huila. Y el trabajadero de la misma finca era en la vereda Anacarco, o sea que se vivía en el Huila, pero se trabajaba en el Tolima. Yo cultivaba arroz, plátano, yuca, y tenía cabras, ovejas, chivas. Y ahí, pues en la parcela, producía para estudiar mis hijos, para todo lo que se trataba del bienestar de la familia. Nunca se veía nada de desorden público. Muy tranquilo, eso era una libertad muy buena. Vivíamos muy sabroso con la familia hasta que llegó el momento en que apareció un grupo armado que nosotros no conocíamos.

Apareció y nos llevó a una escuela, nos reunió en una escuela de la vereda. Se identificaron como las FARC y pues en la identificación ya comenzaron a propinarnos miedo, terror.

Comenzaron a decir «aquí hay sapos y hay que no sé qué; que nosotros somos el ejército del pueblo y que tienen que ir mirando a ver qué grupo van a escoger ustedes. Tienen que ir escogiendo si es por el Ejército o es por la guerrilla, que es el ejército del pueblo».

Nos reunieron la segunda vez a hablarnos de que teníamos que colaborarles con información o lo económico. Ellos eran los que llegaban a mandar en la región.

El día de esa reunión a mí me dieron ganas de hablar y yo sí le dije al comandante: «Hay tres puntos de lo que usted dijo que me parecen muy imposibles. El primero, que ser un estafeta de ustedes es una vaina muy peligrosa porque si nosotros les informamos, y no está bien o no les gusta, vienen y ahí nace la persecución para jodernos. Yo he escuchado por la radio de que ustedes toman represalias contra algunos informantes de la guerrilla, porque no les gusta la persona o porque se enamoran de la mujer o de las hijas. El segundo punto es que, comandante, en la parte económica nosotros somos pobres, tenemos una parcelita. Yo tengo una cantidad de facturas aquí, que lo único que hago es meterle deuda a esto. Lo otro es que yo no quiero que en mi casa me hagan permanencia. Luego van y dicen que "Allá taba la guerrilla donde el don", y para mí eso no está bien».

Esos tres puntos se los dije.

Entonces siguieron viniendo, viniendo. En el momento tenía un hijo y el yerno mío en el Ejército. Juntos estaban como soldados profesionales y entonces, pues, a raíz de eso ya ellos me cogieron un poco de… de desconfianza, de bronca, fastidio.

Ellos siguieron viniendo a esa vereda. Nos reunían a todos. En el 2000, la presencia de ellos era como si fueran una gente de la vereda. Llegó el 2002, el 2001, y siguieron más brotes de guerrilla. Del Frente 17, del Frente 25, del Frente 21.

Del Frente 21 conocí un hombre que se llamaba alias Fuego Verde. Un hombre muy malvado, que mató mucha gente en esa región: ya supuestamente dizque también lo acabaron a él. Pero antes ese hombre acabó con una cantidad de gente inocente. Al que no le gustaba, de una vez lo mataba.

En el 2001, a la una de la tarde, apareció el Bloque Tolima de Carlos Castaño. Aparecieron con unas vainas y en las paredes de las casas –en la mía, por ejemplo, y en las paredes del puesto de salud–, escribieron: «Bloque Tolima de Carlos Castaño». Era un grupo armado, exactamente armado como el Ejército. Muy bien armado, muy bien parados.

Yo estaba en la mitad de la sala ese día cuando sentí fue que alguno me dijo:

«¿A dónde está la guerrilla?». «No, hoy no estuvieron, pero en las fiestas que hubo en la escuela sí aparecieron unos». Y así sucesivamente, a todas las personas de la vereda nos cayeron. Después de que pasó el miedo y todo, no nos hicieron nada. Nos prohibieron, que cuidadito íbamos a darle agua o cualquier vaina a esa gente.

Cargaban una motosierra pequeñita, también ahí en la camioneta.

De todas maneras, a nosotros no nos hicieron nada: sí nos alertaron de que cuidadito íbamos a tener contacto con la guerrilla. Y entonces de ahí se perdieron. Hubieron encuentros entre esos grupos, en el Tolima, pero al Huila no aparecieron más los paramilitares. En donde estábamos nosotros.

Apareció la guerrilla nuevamente.

Siguieron ya en el 2002, y de ahí siguió esa, esa inquietud; esa vaina que uno no puede estar a gusto. Eso sentía bala por encima, por debajo. Éramos los campesinos que estábamos sufriendo ese fuego cruzado en la región, y la verdad es que todo se nos comenzó a complicar. Ya había un poco como de persecución contra nosotros, porque en la familia mía habían militares.

Comenzaron ellos a saber, a cogerme un poquito de fastidio.

Llegó la situación de llegar a hablar yo.

Le dije a mi yerno y a mi hijo que se retiraran de esa vaina porque eso nos iba a traer de que nos pudieran joder. Ya se escuchaban comentarios. El hijo se retiró inmediatamente y mi yerno estaba recién llegado de Bogotá con mi hija y las dos niñas.

El yerno mío llegó y se entró a la casa. Estaba sentado, ubicado al pie de una nevera en la sala, allá en la finca. El yerno hacía meses había pedido la baja, cuando apareció el alias Fuego Verde con un compañero. Llegó ese hombre y le dijo al otro «¡uy, mano, ya está para hacer llover!».

«¡Uy, mano, ya está para hacer llover!». El significado de eso no lo sabíamos, pero pues a nosotros nos daba nervios. A mí, por ejemplo, me cogió un miedo en la rodilla como… como un frío. Sentía como una nostalgia sabiendo yo que el hombre era un

hombre malo. No sabía si de pronto estaba contra mí o contra quién de la familia o si nos iba a acabar a todos. Y comenzó con esa vaina, hablando de que ya iba a hacer llover, y que ya era hora de hacer llover.

Cuando a mí me entró esa corazonada, yo fui y le dije al yerno «usted, que es militar, ¿por qué no se va? Salga por esa puerta, no se sabe qué venga a hacer este hombre. Yo lo estoy sintiendo raro». «No», me dijo. «No, no le dé miedo».

Al frente de mí vivía un cieguito que tenía una fondita y que estaba bien enfermito. Como el yerno mío era paramédico en el Ejército, arrancó y le dijo a mi hija «mija, vámonos allá a mirarlo y a ver qué le podemos hacer, porque está enfermo».

Ella le insistió «¡no, no vayamos! Que no vayamos y que no vayamos».

El yerno no aceptó de que la hija mía le dijera que no se fuera y salió pa onde el vecino.

Y tan pronto salió él, se levantaron los guerrilleros.

Cuando de una vez sentimos, de una vez sentimos los disparos.

Aleida

Lo de Aleida Bonilla es una historia muy larga. Ese día era un día sábado, me acuerdo tanto. Mis familiares se iban a ir pal monte a trabajar. Yo me quedé con mi nieto que tenía como cuatro, tres años por ahí. Mi hija se iba pa Orinto.

Ella se iba a ir quisque a pie con una vecina, y yo le dije «no, mija, ¿por qué se va a ir a pie? Habiendo carro, váyase en el carro, mija. Dígale a la señora que se aliste y se van en el carro. Yo hago el aseo, por eso no se preocupe».

La niña llamó a la señora, se fueron en la chiva. Entonces dentré, cogí la escoba y salí a barrer el patio. De la esquina de ahí llegó un hombre como vestío de soldao.

«Señora, buenos días. ¿Está el patrón?». «No, señor, no está». «¿Cómo para qué sería?». «¿Usted no ha visto personas por aquí uniformadas?». «No, pues yo no he visto a nadie, el primero que veo es usted». «Listo, gracias. Hasta luego».

Él salió pa acá atrás de la casa, entonces yo con la escoba me paré en una esquina a mirarlo pa onde cogía. Ese hombre se paró en un puente. De ahí ni se iba ni pa un lao ni pal otro. Yo estaba barriendo cuando vi que Aleida venía con una platoneta en la cabeza. Ella llegó a la casa, pero no aparecía por allá pa onde yo estaba barriendo, entonces le dije al niño que me la llamara.

«Doña Aleida, buenos días». «Ay, le cuento, María, que estoy tan aburrida. Es que me pongo a pensar en la vida de estos muchachitos. ¿Usted no miró que yo ayer tuve lavando una platoneta de ropa y hoy otra?». «Doña Aleida, pero eso depende de usted que los deja andar a rienda suelta». «Pues es que me pongo a pensar en la vida de ellos muerta yo». «Vea, doña Aleida, después de uno muerto, ellos quedan

a la voluntad de Dios y a los buenos corazones porque ya qué puede hacer uno. Si uno pudiera levantarse y seguir con ellos, pues qué no haría. Ninguna madre desea abandonar a sus hijos».

Aleida se fue a lavar la ropa, cerca quedaba la quebradita esa, y luego volvió y me dijo: «María, yo voy a dejar a los muchachitos aquí y voy a ir a extender la ropa a la casa, ahora vuelvo».

Ella se fue pa la casa y yo me fui a dejar el almuerzo. Cuando iba por allá, venía mi marido y mi hijo, y me dice el niño «¿pa ónde va? ¿Es que no escucha esa balacera?». Me devolví con ellos pa la casa, les serví el almuerzo.

Yo me acosté un rato en la cama, y estando así escuché que ella había vuelto y contaba que «vea, yo estaba sentada ahí peinándome cuando un poco de hombres uniformaos me dijeron "señora, buenas tardes, que me da mucha pena con usted pero tiene que abandonar la casa porque va a haber un enfrentamiento con el Ejército"». Ella les dijo que cómo se les ocurría hacer esas cosas aquí, en medio de tres casas. «Aquí hay hartos niños, ¿por qué no se van hacer esas cosas por allá onde ta la parte sólida?». Ellos le dijeron que no, que no se ponga a contestar nada, sino que váyase rápido. Aleida ahí mismo se fue pa la casa, pa onde yo.

Luego ella ya se puso a contarme lo que le había pasado. Salimos y nos sentamos acá en una banca. Aleida se hizo en toda la punta. Miré pa allá, pa la casa de ella. Estaban bajándole la ropa de la cuerda, la ropa que había extendido. Se la bajaban y la iban tirando al piso.

«Mire, tan bajando la ropa y se la están tirando al piso», le dije. «¿No será pa que no se la rompan las balas?». «Pues, sí, ¿no? Ha de ser por eso».

Los hombres estaban viéndose que *Hombres de honor* en la sala, mientras Aleida me hablaba. Yo le miraba la cara, como que algo se le entraba y le salía. Algo se le hacía a ella. «Ay, Dios mío», pensaba yo. «María, ¿por qué me mira tanto?». «Usted se va y se lleva los niños», le dije.

Ella se fue. Se fueron los hombres. Todos ellos se fueron y yo me quedé cerrando puertas. Cerré la de adelante y corrí a cerrar la de atrás. Tenía que apagá el televisor y cuando di la vuelta por detrá vi a Juancho, el hermano de Aleida, bien sentado, ahí mirando televisión. «¡Juancho, vea, corra, váyase pa allá pa onde los otros! Pa Terrón, que va haber un enfrentamiento aquí».

Esos hombres corrieron, los soldados, y yo quedo por ahí atrás de la casa. Eso era que *¡ta, ta, ta, ta!* Yo andaba con un vestido todo largote. Esas balas cruzaban así, rojitas, y yo apenas hacía «¡uy, Dios mío!». Las veía rojitas que cruzaban, y eso fue como si me hubieran dicho que me tirara al piso, y yo me tiré y me quedé ahí quieta.

Eso era *pru, pru, pru,* y el Juancho subiendo esa cuesta.

Cuando llegué allá donde un vecino, estaba Aleida en toda la puerta del cerco que pa pasase pa allá. Ella me decía «¡María, vamos, vamos! María, no se quede». Yo me senté en una banca, le dije «Aleida, yo pa allá no voy. Si me van a matar que me maten, pero yo más no corro. Aquí me quedo, yo no voy más pa allá».

Cuando vi a mi vecino tirao en el piso, temblando, a mí me dio fue como un ataque de risa. Y yo muerta de risa. Y él temblando. «Ay, doña María, por favor no se ría, que esto no es un chiste», me dijo. «Pero, ¿yo qué hago si no me dan nervios sino risa?».

En esas salía una perra que tenía Aleida. Cuando venía esa perra, la hija de mi vecino, me dice «¡ay, tía María, mire a esa perrita!». Dije inmediatamente, «mataron a Aleida». «Doña María, no diga eso». «Sí, mataron a Aleida. Mi corazón no es mal amigo». «¿Por qué dice así?». «Vea, porque esa bala que le dio a esa perra le dio a Aleida, esa misma bala mató Aleida».

Ahora sí caía piedra y arena en la casa, y yo le dije a mi vecino que me iba adonde Aleida. «Allá está mi marido, mi hijo, mi nieto, mi sobrino». «Doña María, no vaya, ¡por Dios!». «Yo voy porque allá hay un muerto, el corazón me lo dice».

Cuando pasé el cerco vi a la niñita, a la hija de Aleida, que tenía apenas año y medio. «¡Mija, venga! ¿Pa ónde va?». Cogí a la niña, corrí. «Mija, ¿on ta su mamá?» Ella ponía la manito aquí y me decía: *«Ta, ta, ta, ta…»*. «Aleida por qué se va y deja a la niña botada…», pensé.

De ahí en adelante me mataron

De esa época a acá, solamente Dios sabe cómo la viví. Muchas personas me dicen «¿Usted cómo salió adelante con sus hijos?». Yo no sé, Dios primeramente me dio ese valor para yo enfrentar la vida. Salí de ese desplazamiento en Saiza el 14 de julio de 1999.

Ese día quedé que yo no sabía más nada. En ese momento que ellos llegaban, que los paramilitares llegaban, mi esposo me dijo en la mañana: «Mija, nos vamos. Mija, nos vamos». «Pero ¿para dónde?». «Nosotros nos vamos». «Pero ¿para dónde nos vamos a ir otra vez?». Ese día él estaba terminando una yuca. «Voy a terminar esa yuca y nos vamos. «Y… pero ¿para dónde?». «No sé».

Él me decía así, Negra.

«Negra, me voy a llevar al niño hoy», me dijo. «Yo no voy. Toy antojada de una mazamorra de maíz blandito», le dije. «Vaya con su hermanito». Él se fue para allá a sembrar la yuca. Nunca se había llevado a mi hijo. Mi hijo tenía cinco años, le había celebrado el cumpleaños hacía por ahí catorce días. Él nunca se lo había llevado pal monte, porque yo siempre lo cuidaba de un rasguño, de espinas o alguna cosa.

Me fui con mi hermanito, mi mamá se quedó en la casa. Ya era tarde, aproximadamente las doce del día. Cuando estaba en el monte cogiendo el maíz, yo me sentía como sin mente; no tenía mente. No sé en dónde tenía la cabeza. ¡Dios sabría!

Me dice mi hermano «manita, ¿usted qué tiene?». «Nada». «No, venga, vámonos mejor pa la casa. Usted está enferma». «No estoy enferma. Yo no siento nada».

Nos montamos a las bestias. Cogimos apenas un puchito de maíz. Nos vinimos: llegamos a la casa como a las tres de la tarde. Mi mamá estaba porque yo la había dejado cuidando la casa mientras yo cogía el maíz. Ella alcanzó a hacerme la mazamorrita, la puso en el fogón y se fue. Me dijo «mija, tengo que ir a donde mi hijo». Yo tengo un hermano que trabajaba en una tienda del pueblo. «Voy a ir pa que mi hijo me regale unas panelitas».

Había diez minutos de la casa mía al pueblo. Mi mamá se fue a buscar el mercado, y mi hermanito, el que estaba conmigo, se tiró por abajo de la casa a llevarle la bestia a la casa. Cuando mi mamá sale, ya estaba lleno de pura gentes armadas. Cogieron a mi mamá y la pusieron en unas filas.

Todas las mujeres en una fila.

Los hombres en otra fila.

Los niños los llevaron a la iglesia católica, los encerraron.

En mi casa no sabía lo que estaba pasando. Me percato porque oigo explotar cosas, oigo cosas encendidas. Me asomé, dije «¡Señor, qué está pasando! No sé qué está pasando, Señor; solamente usted sabe. ¡Ayúdame!».

Fue lo único que le dije a Dios: «¡Ayúdame que yo no sé qué está pasando!».

Veo que explotan pipetas de gas. Veo que explotan la gasolina. Eso subía la candelada pa arriba. «¡Señor, dame valor porque yo no lo tengo! Yo no soy capaz y no sé cómo más hacer. Estoy sola en esta casa, acá con mi hija apenas». Estoy en embarazo: el niño y mi esposo en el monte. «¡Señor, no sé de ellos! ¡Ayúdame!, ¡ayúdame porque yo no sé! Ya se me metió a la mente que mi esposo está en el pueblo, señor. ¿Cómo hago yo? Si me voy pa allá, puede que no salga, puede que salga, no sé».

En ese momento, a mí me dio valor, cogí a mi niña. Eran aproximadamente las cuatro y media, pa cinco de la tarde.

Oía que explotaban, veía la candelada que subía.

Mi esposo siempre andaba con un perrito que lo acompañaba. Ese perro llegó solo a la casa.

Yo corría pa allá, corría pa acá. Miraba el pueblo echando candela. «Señor, ¿qué es esto que está pasando?».

Vi que pasaba un muchacho y le pedí que me ayudara con la niña. «Venga, ayúdeme con la niña que yo quiero irme por acá para arriba, pa donde mi otra hermana». Él no me prestó atención. Se tiró al río.

Llegándose las seis de la tarde, todo explotando. Todo explotando. Cilindros, gas, gasolina. Eso se oía muy duro, yo quedaba como a cinco o diez minuticos del pueblo.

Todo estaba clarito, se veía el pueblo. Ahí me dio un presentimiento por dentro, del papá de mis hijas. Cuando yo iba llegando al río, sentí que empezaron los rafagazos. Cuando tiraron esos rafagazos y dele, dele y dele, yo sentí que a mí me habían matado.

De ahí en adelante me mataron.

No sabía esto que estaba pasando. No lo sabía. Agarré mis cosas y me fui pa donde mi hermana. Llegué allá como loca. Le dije «de mi familia faltó alguien, de mi familia faltó alguien. Yo lo siento».

Ella me dijo «manita, yo sé, porque allá están mis dos hermanos también, y está mi mamá». «Uno de mi familia faltó, uno de mi familia».

Nos fuimos pa un monte. Cogimos una quebrada pa arriba, llegamos a una cacaotera. Debajo de esa cacaotera dormimos, pasamos la noche. Estaba hinchada de los pies, del embarazo de la otra niña. Yo no sabía lo que estaba pasando.

Al otro día, en la mañana, mi mamá fue a buscarme por allá: «¡Embalsen a mi hija, embalsen a mi hija!». Mi hermana decía «pero yo también voy». Pero mi mamá decía que no, que apenas me embalsaran a mí. Yo tenía a mi hija en el brazo, no sabía de mi hijo. Estaba muy confundida porque yo no sabía en dónde estaba mi hijo. Mi mamá decía «embálsenla a ella rápido».

Me embalsaron a las seis de la mañana. Me senté en una piedra y le pregunté a mi mamá: «¿A quién mataron?… ¿Mataron a mi hermano?».

«No».

«¿Mataron a mi otro hermano?».

«No».

«¿Mataron a mi esposo?».

Ella agachó la cabeza.

Yo necesitaba que me dijeran. Mi corazón sentía lo que estaba pasando.

¿Escuchaste eso?

Lo anticipatorio podía ser un rumor: una rama que se quiebra en el monte, los helicópteros escondidos en el cielo, aquellos vecinos que hablan de más. Lo anticipatorio, en este caso, se presenta como un aviso sonoro del derrumbamiento de la cotidianidad, de esa avalancha que se venía.

Monstruo blanco

Néstor

El 24 de noviembre de 1997 llegaron los paramilitares por el camino de Galilea. Llegaron a las casas dándole plazo a la gente de una hora para que se fueran. Llegaron identificándose como Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá. Llegaron saqueando las casas, recogiendo el ganado, cogiendo las bestias, matando las gallinas.

A las diez de la mañana subió un helicóptero blanco, donde subió el señor Carlos Castaño. Aterrizó en la finca llamada La Ciénaga. Se le acercó a una señora llamada doña Nubia y dijo que era Carlos Castaño, que venía a decirle a la gente que se tenían que ir porque eso por allá era reserva natural del Gobierno. Se demoró unos tres minutos, luego volvió y arrancó. Se fue otra vez en su helicóptero y ya. Durante todo ese día eso fue un desastre.

Subieron hasta la finca del señor Simón, allá lo cogieron a él. Lo bajaron de la finca hasta el puente de Antasales. Lo amarraron y luego le metieron bomba al puente y lo desaparecieron. El día martes recogieron todo el ganado de la vereda, bajaron hasta Galilea con todo el ganado; quemaron todas las casas, tumbaron el puente llamado Puente Piedra. Ahí mataron al señor Reinaldo, ahí lo desaparecieron.

El día miércoles la gente empezó a salir de los montes, la gente que había corrido, la gente que estaba escondida. Salimos otra vez al camino a encontrarnos con la gente, para ver qué gente había quedado. Empezaron a salir. El jueves nos reunimos, empezamos a reunir cosas, a hablar y a programar la salida de Antasales a La Balsa. Llegamos a La Balsa un día lunes. Estando en La Balsa llegaron los helicópteros del Ejército. Bajaron diciéndole a la gente que no se desplazara, que ellos nos iban a cuidar, que nos iban a proteger, que más tarde iba a subir la Cruz Roja con mercados, con ropa y con cosas para dormir; que volviéramos a las tierras, que no nos desplazáramos, que ellos nos iban a cuidar. La gente les dijo que no, que nos íbamos a desplazar al pueblo de Dabeiba porque nos robaron todo el ganado, nos quitaron todo, nos quemaron las casas y quedamos sin nada. A las dos de la tarde subieron dos volquetas

del municipio y en ellas nos desplazamos hasta el pueblo de Dabeiba. Ahí estuvimos cuatro años desplazados.

Luz Adriana

Eso fue en el año 97, en el mes de noviembre. El 25 de noviembre, eso fue un día martes. Yo no vivía ya con mi mamá ni con mi papá. Vivía con una tía mía, vivíamos muy lejos. Antasales era una vereda, pero de vecinos a vecinos era como de hora a hora. No vivíamos así juntos, no, vivía un vecino por allá, otro por allá bien lejos y así. Entonces ellos llegaron por el lado de la parte de Córdoba, ellos dentraron por Córdoba. Nosotros ya vivíamos en la parte ya saliendo por acá pa La Balsita. Mi mamá dice que a ellos les cayeron a las seis de la mañana. Les cayeron los grupos paramilitares identificándose como Autodefensas Campesinas de Córdoba. Bueno, los hicieron desplazar, les dijeron que se fueran, les robaron todo lo que tenían, todo. En la casa donde yo estaba, nosotros vimos un helicóptero blanco que apareció a las siete de la mañana. Yo me asusté mucho, me puse a llorar porque nunca habíamos visto esas cosas. Yo le dije al esposo de mi tía que estaba conmigo, yo le dije «ay, Simón, ¿qué es eso?». Y él dijo «ah, ese es el helicóptero de los periodistas».

Bueno, pero yo lo veía a él siempre como asustado, como preocupado porque se oía decir que en estas veredas las autodefensas estaban haciendo muchos retenes, que le quitaban el mercado a la gente, que estaban matando gente. Bueno, ya se oía decir muchas cosas por estos lados. Entonces ya nosotros teníamos temor. Nos quedamos así y él al rato me dijo «hombe, me voy a ir a asomar ahí a la ciénaga, que fue a donde asentó el helicóptero. Me voy a asomar a la ciénaga a ver qué trajo el helicóptero». Él al rato volvió a la casa y me dijo «no, parece que fueron las autodefensas, fue que se dentraron los paramilitares». Ahí yo me asusté mucho, me escondí, nos pusimos a llorar. Yo le dije a él que corriéramos, que nos metiéramos al monte. Me dijo «yo en vez de correr más bien me voy pa donde mi familia». Ellos vivían en estos lados de por aquí. La esposa estaba trayendo a los niños del médico, que estaban enfermos. Ellos tenían dos hijitos. Entonces él me dijo «hombe, yo me voy a ir». «No me vaya a dejar sola. Escondámonos, no esperemos esa gente; si no, nos van a matar». «No, es que el que nada debe, nada teme. ¿Yo por qué voy a correr?». Bueno, nos quedamos así. A mediodía vino una vecina de él, que vivía un poco más cerca de él, y le dijo «ay, Simón, mi esposo le manda decir que nos volemos, Simón, que nos vamos, que él se fue pal monte a hacer cambuches, que esa gente nos van a matar». Él no quiso, no quiso. La señora se fue. Al ratico cayeron a la finca. De una vez que llegaron, de una vez me dijieron que si yo era la esposa de ese cabrón. Yo dije que no, que era sobrina de la tía de él.

En la boca del lobo

A mi esposo lo nombraron en Fronteras del Amarradero, Orito, y yo pues me vine con él. Llegamos en el 96. La guerrilla casi no iba porque eso era lejos. Desde La Libertad tocaba caminar tres, cuatro horas por herradura de caballo. Tocaba cruzar el río Rumiyaco. Cuando hacía buen sol y estaba bajito, se podía caminar aunque el agua llegara hasta la cadera. O si no tocaba en bote.

Lo primero que nos advirtieron es que uno tiene que ser ciego, sordo y mudo para vivir tranquilo. Créame, éramos bien ingenuos. Al principio bien, nosotros no sentimos nada.

A mí me fueron a buscar pa trabajar en Brisas de Rumiyaco como docente. Con mi compañero nos separaba el río. Era difícil pasar todos los días porque era muy grande, caudaloso. El fin de semana esperábamos el bote pa que nos pasara al otro lado, y el domingo tocaba volverse.

Empezamos a mirar que en la escuela donde trabajaba mi esposo, en un salón, se iban a quedar. O sea, mi esposo me comentaba que por ahí tipo diez, once de la noche, llegaban a ocupar el salón.

En el 98 yo ya quedé en embarazo. Tuve a la niña y la directora, pues de tanto rogarle que hiciera el favor, nos trasladó. Siempre nos limitaba el río. Decidimos quedarnos en la escuela de Rumiyaco; 1999 y el 2000 los vivimos ahí.

En el año 2000 fue la misma táctica: empezó la guerrilla a quedarse en la escuela. Ellos siempre llegaban tipo diez, once de la noche, a descansar. De cuatro a cinco de la mañana desocupaban. ¿Uno qué les iba a decir?

Hasta entonces, pues yo normal, ¿no? Es como ver un ejército o ver la policía. Pero le cuento que a partir de que llegamos a Sucumbíos se nos volvió un infierno. O sea, allí supe cuál era el problema. Mientras uno estaba allá lejos, en Rumiyaco, no se enteraba de nada. Pero a este otro lugar entraba el Ejército.

Eso eran enfrentamientos entre el Ejército y la guerrilla. A pleno mediodía empezaban a pegarse los disparos.

A mi segunda hija la tuve en diciembre. Durante diciembre y enero nosotros nos íbamos pa nuestra tierra. Nos íbamos un día sábado y la inspectora fue a visitarme el viernes. Cargó la niña, que lloraba como desesperada, yo no sé. «Tenga, tenga», dijo la inspectora. «¿Será que me voy a morir?». «Calle, no vuelva a decir esas cosas», le respondí.

Le cuento que nosotros nos fuimos el sábado. El domingo llegó mi cuñado, fue a decirnos que habían matado a la inspectora.

Ahí fue toda esa ola de la violencia: los bombardeos, los disparos. Y cuando pasaba todo eso, como a los ocho días los niños comenzaban con el dolor de oído. Uno iba y venía del médico por eso.

Un día el médico le dijo a mi esposo «écheles goticas». Pero nunca caímos en cuenta, créame que nunca pensamos que la afectación era por los bombardeos.

Como había una pieza desocupada, nos pasamos a vivir a la escuela. Nos hicimos una cocinita chiquita entre los docentes. La institución sí era en concreto, mientras que en donde vivíamos era en tablas. Según nosotros como que ahí estaríamos más seguros, no sé.

Nos pasamos a vivir a la escuela. Cada que miraba los helicópteros sobrevolando, y a veces tiraban bombas de arriba. Todo el mundo debajo de las mesas, tirados al piso.

Los niños aprendieron que medio sonaba un helicóptero, y ellos se tiraban al piso y se acostaban.

En el 2002, finalizando, entró el paramilitarismo. Ahí fue la guerra más grande todavía. Y le cuento que no quedaron familias porque todos nos fuimos por un tiempo. Pero poco a poco nos fuimos reintegrando, pero muy de a poquito. Nosotros empezamos a buscar niños.

Más de uno de la comunidad me decía… más de un niño de la comunidad me decía «vea, profe, vámonos como desplazados».

Yo le dije a mi esposo: «Vámonos». «¿Y nuestro trabajo? ¿A dónde vamos a ir a mendigar? ¿A dónde vamos a llegar si no tenemos nada? ¿Quién nos va a alimentar?». Decidimos quedarnos.

De los 120 niños que había, quedaron 30. Y habíamos cuatro o cinco docentes.

Pero como que mataron a un comandante. Y cuando estaba en clase, como a las once de la mañana, fue a buscarme un muchacho.

«Profe, ¿usted a qué hora sale de clases?». «A la una». «Haga el favor, despache a las doce del mediodía y allá en la lomita la esperamos». «¿Y para qué?». «Que allá la esperamos con el jefe». «¿El jefe de qué? Ja, dizque el jefe de la guerrilla».

Créame que a mí se me ha caído, o sea, se me ha caído ese ánimo con que estaba trabajando. Se me cayó al suelo. Yo quedé fría, fría, fría.

Antes de eso, de que nos llamaran, yo había soñado algo pero horrible. Cuando ya llegué allá, la muchacha que soñé nos fue a dar Pony Malta. Créame que yo temblaba de los puros nervios. Cuando después el comandante sacó la pistola, dije «Dios mío bendito, hasta aquí llegamos. Señor, perdónanos por todo lo que hemos hecho». Yo nomás me acordaba de mis hijas. No me hallaba… Vea, los pasos se me doblaban. Volteaba a mirar, no había nadie. Iba como un papelillo. Yo que soy negrita, ahí sí iba pálida, pálida. Y un solazo, y no pasaba ni un bendito carro.

Me dejaron ir y cuando llegué a la casa, mi esposo me reclamó: «Usted tan tarde». «Regáleme agua nomás». «¿Qué le pasa? ¿Por qué viene pálida?».

Lo que se llama ser pálida, pálida. Es que, créame, me senté a llorar y me puse a contarle. Le dije «de pronto hay que estar preparados».

Claro, a los poquitos días ellos fueron a Sucumbíos, a los salones. Ah, y los niños se fueron, ¿no? Atrás de nosotros, de mi esposo y yo. Los niños se fueron detrás de nosotros. «Profe, ¿la acompañamos?». «No, no, niñitos, váyanse. Ustedes lárguense de aquí, a sus casitas, a sus casitas».

Los niños que dizque fueron a la casa a decir «a la pobre profe y al profe los van a matar. Allá los tienen solitos. Nosotros queríamos estar con ellos y no nos quisieron, nos mandaron, que nos vayamos pa la casa».

Créame que no tenía ni ganas de volver, me provocaba renunciar.

Mi esposo me decía «no, pues si ya pasó. De pronto era como una advertencia».

Allá en Sucumbíos, delante de los niños, un tipo cogió la pistola y *¡pum!,* al pupitre. Y la compañera dizque cerró los ojos y dijo «¡Dios mío, hasta aquí llegué!».

Los niñitos nomás se agachaban, así como nosotros, como si fuera una rutina.

Después de eso mi esposo pidió traslado a otra vereda, a Flor del Campo. Créame que a la vez yo me arrepentía. Era preferible que nos hubiéramos quedado en Sucumbíos.

Le cuento que eso fue peor, que ahí sí caímos en la boca del lobo.

Amor, párese

Ingresé a la edad de 15 años. Uno de los motivos por los cuales me uní a la guerrilla fue que los paramilitares que llegaron al departamento del Guaviare sacaron a mi familia corriendo y me desaparecieron un tío. En ese momento ya había conocido al compañero que tengo. Mi familia salió huyendo, pero yo les dije «no me voy. No voy a salir de la zona y si me toca irme a la guerrilla, me voy».

Salir del campo a la ciudad era algo muy duro para mí. Era llegar a un mundo en donde no sabía lo que me podía esperar.

Como quería a mi compañero, pues me fui con él.

«Me voy con usted. Si usted me lleva, me voy con usted». «Sí, mi amor, si usted quiere. Yo no la voy a obligar ni nada. Es su decisión. Tome su decisión tranquilamente y si usted se quiere ir conmigo, pues yo me la llevo».

Así fue. En la guerrilla, gracias a mi Dios, todo el tiempo lo puede compartir con mi compañero, casi nunca me separaron de él.

Al año de haber ingresado quedé en embarazo y me dieron la oportunidad de tener a mi hijo. En ese instante, él era comandante de área.

«La muchacha que está conmigo se encuentra en embarazo, queremos que nos dejen tener el niño». «Si ella está de acuerdo, déjela que lo tenga. Espere a que ella cumpla una cierta etapa de su gestación, y después de ese tiempo, sáquela».

A los cuatro meses de estar en embarazo me sacaron para Miraflores. De ahí me dieron la remisión para Villavicencio. Pero cuando me iban a sacar para Villavicencio, me montaron en la ambulancia del Ejército. Ahí me detuvieron. Me dijeron «señora, usted está detenida; va al batallón y del batallón a la Fiscalía. Usted sabe por qué».

Esa noche no alcancé el vuelo. Al otro día me sacaron a las tres de la mañana, en una avioneta para Villavicencio. Ahí me les escapé con mi hijo.

Regresé a las montañas y me dejaron estar tres meses con mi hijo.

A los tres meses viene el dolor más grande, que es tener que separarse de lo que más se ama. Un hijo es la vida entera. Entregué mi hijo y a raíz de todo eso viene más de lleno mi proceso en la guerrilla. Después es cuando trasladan a mi compañero para el Caquetá y nos separan ocho meses. Creí morirme, dije: «Ya no lo vuelvo a ver».

Para mí era algo imposible volverlo a ver. Él iba para una comisión de finanzas del bloque, y la antigüedad no me permitía ir con él. Cuando él llegó al Caquetá, a la zona del Yarí, hizo el planteamiento, dijo que él tenía su compañera, que llevaba tantos años con ella y que quería que le dieran oportunidad de estar conmigo. «Es que tenemos un niño». Afortunadamente, le dieron la oportunidad y sí, efectivamente a los ocho meses me volví a encontrar con él.

En esos ocho meses me echaron para orden público, vine a conocer en sí qué era que me metieran una carrera los soldados. Duramos como dos meses en un reentrenamiento donde yo dije: «¡Ay, no! esto no es vida para mí. Yo sin mi compañero y en esta situación la verdad no, no quiero, no quiero seguir acá».

Pero él estaba con la esperanza de volverme a ver.

Eran tantas las cosas que me pasaban, que hasta consideraba desertarme en ocasiones. Otra vez caía en cuenta: «No, yo tengo que esperarme; llegará el día de volverlo a ver». En ese instante, mi vida era él.

Así yo tuviera mis convicciones políticas, tenía claridad de por qué había ingresado y cuál era el motivo de que estaba allá: mi vida era él. Entonces yo decía «no, si en un año no me vuelvo a encontrar con él, me voy a criar mi hijo. De alguna manera tendré que salir adelante».

Afortunadamente mi compañero ha sido una persona muy dada a que la gente lo quiera, porque la forma de él ser es tan noble y tan… O sea, usted lo mira a él como estricto, pero su forma de ser con los demás es muy amable, muy atenta, muy respetuosa.

Tiene unas cualidades muy bonitas. No es porque sea mi compañero, pero tiene unas cualidades muy bonitas.

En 2010 a él lo echan para el Inírida, para los lados de La Paz. En esa época a él se lo llevan, yo me quedo. A mí me dejan en el Itilla porque tenía una hernia y me iban a operar.

Después de que me operan, me sacan otra vez para la organización, para una comisión de finanzas. No estoy con él. Ahí es donde nos ponemos a andariegar, a dar papaya. Nos matan a un muchacho en medio de la población civil. El Ejército nos asaltó un 13 de septiembre.

Ese era mi año: me salvé de milagro.

Habíamos tenido problemas con mi compañero porque él había conseguido una muchacha por allá y yo había tenido un muchacho. Tuvimos problemas y pues igual decidimos hablar y arreglar las cosas. Él pide que lo recojan y yo pido que me recojan también. Nos encontramos en el campamento para un diciembre y estuvimos ahí. El 18 de diciembre estábamos acostados.

Como a las cinco de la mañana nos llaman: «¡Amor, párese! Suena el avión. Acuérdese que el bombardeo de James fue a la madrugada». Se voltió, me dio un beso.

Dormía en ropa interior. Me puse hasta las botas al revés. Cogí las pecheras y mi fusil. Me tiré al pajo de un caño.

Cuando yo me tiro contra el bordo del caño, se viene una descarga y pues las tiraron al otro lado del río. Como no cayeron sobre el campamento, yo dije «ah, eso no es con nosotros». Y seguí como muy relajada. Me fui por la orillita y me caí en el caño.

Se vino otra descarga de bombas.

No volví a saber de él en ese instante. Me acuerdo que le dije lo de las bombarderas, y no más.

Prepárate que algo se avanza en el camino

A mí me gusta ser enfermera porque me gusta ayudar a las personas. Una vez tuve una experiencia de una niña que se cortó en el tobillo, y de una vez dije que me atrevía. Yo era capaz de eso. La niña se cortó con un machete, menos mal que no se cortó el tendón porque sería la cosa más grave. Cogí 24 puntos en el tobillo de ella, le hice curación, le limpié. Me nació eso con ayudar a las personas.

Allá, en el grupo, hay una escuela de enfermería y le enseñaban a uno lo básico. Que el suero, que coger la vena y todo eso. Eso lo aprendí allá; era muy bonito, a mí me gusta mucho. No era a todo mundo que le gustaba eso, era a la gente que le nacía ser enfermera. Me gustaba llegar a una parte y que me dijeran «enfermera, tengo un dolor de cabeza, ¿tiene una pastilla?». Claro, se le da una pastilla. Y si me llega un compañero que se cortó, una herida, de una vez se cura.

En los combates, los heridos eran el temor que cada uno tenía, pero uno tenía que reaccionar de una vez. Tienes que ayudar a esa persona que está herida. Tienes que despertarte y ayudar a esa persona. Él te necesita a ti, tu labor la necesitan ahí, lo que tú sabes: curarlo, cogerle puntos. Si algo es más grave, se avanza más allá. Hay unas muchachas más capacitadas que atienden una herida más profunda, más difícil.

En las comisiones se me presentaron cosas básicas. Las otras compañeras tuvieron que ayudar a sacar compañeros en medio del combate, en hamacas, mientras que los otros estaban tirando tiro, cubriendo pa sacar nuestros compañeros. En los casos más graves, se echa pa donde hay unas doctoras más avanzadas.

Cuando no hay medicinas, se echa a la persona al hombro, se corre lo que más se pueda pa que lo puedan atender como tiene que ser. Hay otras formas como las plantas. Cualquier planta que vemos ahí que es algo bueno, se machuca y le echamos. Hasta donde uno pueda aguantar. El café también, para la sangre. Uno les echa el café en las heridas y se para la sangre.

Pero aquí casi no se ven esas plantas, allá en el monte sí se veía. ¿Cómo es que se llaman esas plantas? Tenían muchas funciones y una era pa que se te calme el dolor. Un plantica, como algo sencillito, como si fuera una mentica. Tú te la comías y te calmabas, hasta que te pudieran atender como tiene que ser.

Yo todo el tiempo cargué mi botiquín encima, nunca lo dejaba. Lo cargaba en la espalda. Nunca se me presentó algo muy grave. Solamente la última vez, no sé. De pronto en mi cuerpo es como si me avisara: prepárate que algo se avanza en el camino.

En varios casos, es como algo así que de repente me dice «ojo, prepárate que algo viene avanzando». Yo siempre lo comunico a mi compañero: «Mi amor, me pasa esto así». Es algo importante y uno está preparado pa esto. Mi cuerpo me dice. Al momento es como algo tranquilo, como si fuera una persona y me tocara así, como si me dijera «¡pilas!, pero no se asuste».

Cuando me pasa yo le digo «mi amor, me está pasando». Parecían locuras mías, pero ahí estaba yo preparada. Yo le aviso a él y me dice «pero, ajá, ¿qué puede pasar? En este momento no puede pasar nada», pero uno nunca puede confiar en nada. Me sucedió varias veces y siempre le cuento a él. Mejor dicho, a lo que alcanzo yo es como a sentir lo que va a pasar. Yo le digo «algo así puede pasar, mi amor». Y es así.

Un día mi compañero dijo que se iba a bañar. «No te bañes, ponte la misma ropa, no te afeites», le dije yo. Era algo que tenía encima. Tenía las dos bolsas, mi equipo y el botiquín. Él también tenía su equipo listo. Le dije «no, ponte la misma ropa, bueno, báñate rápido». Como si algo me avisara que se aproximaba. Al momento que se quita la ropa, escuchamos el primer tirazo. Él alcanzó a ponerse el pantalón, le tiré el equipo, y vámonos. Habíamos como siete nada más.

Era un ataque del Ejército, y bueno, el guardia nos cubrió mientras pudimos salir. Él se quedó a lo último. Cuando tuvimos el equipo más adelante, se tuvo que regresar por el muchacho a ayudarlo. Yo le dije «yo voy contigo». «No, dale, avanza con los compañeros». Empezaron a tirar los morteros. «Vaya, que nos encontramos más adelante».

Eso a uno no lo dejaba dormir

Allá comenzó así, todo era tranquilo, todo era tranquilo. Vivíamos en armonía, vivíamos felices en nuestro pueblo. Hasta un día que llegaron los guerrilleros, que nos dijeron: «Comenzó la gente a hablar; se mira harto Ejército por ahí, hay Ejército».

En la noche atacaban las puertas. Que uno tenía que salir a reunión, que era la guerrilla. Eso sería por ahí el 88. De cada casa tiene que salir uno, por las buenas o como sea. A uno le da muchísimo miedo salir. La guerrilla decía que ellos iban a andar por ahí rondando, que todos ellos iban a estar.

Que los que robaban cosas, mejor dicho, que se compusieran o los componían.

Pero el miedo era también con el Ejército. Cada nada caía el Ejército al pueblo y preguntaba que si habíamos mirado a la guerrilla por aquí, y a uno le tocaba decir que no porque si decía que sí, eso era peligroso, lo mataban. Y el Ejército se enojaba. «Ni que no supiéramos que han salido a reuniones. Tal vez matando unos dos, tal vez así avisan». Decían «uno cómo va a creer que ustedes no iban a mirar guerrilla».

Mejor no hablar nada ni con guerrilla ni con el Ejército. Esa zozobra, esa zozobra.

Mi esposo tenía un carrito. Por la noche llegaba la guerrilla y le decía «tiene que hacernos un viaje». Y eso sí era obligado, ¡obligado! Eso nos azaraba, nos azaraba. Un día mi esposo se enojó, dijo que no, que él ya no se iba a dejar de coger de madre. Que si era de él, que lo mataran. Me llené de susto. Me tocaba acompañarlo porque me daba cosa que se fuera solo.

De pronto le pasaba algo por allá.

Como mis hijos entraron a la escuela, comenzaron a jugar con los otros niños, que a los guerrilleros. Con el palo de metralleta ¡ta, ta, ta, ta! Se hacían grupos: unos el Ejército y otros la guerrilla, y se echaban así jugando. Era de juegos. De juego en juego eso les termina gustando.

Por eso pensamos que teníamos que salir del pueblo porque cuando crecieran uno no sabía, ¿qué tal que les diera por no estudiar, por meterse a los grupos armados?

Uno no recuerda el nombre de los comandantes porque una vez iba uno, otra vez iba otro, otra vez otro. Era mejor no saber. «Entre menos se sepa, más vive uno», decía mi esposo.

Yo optaba por eso, por lo menos. Mejor no saber. Así era allá. Nosotros vivíamos donde pasa la gente pa arriba y pa abajo. Y cada que oía pasos eso era una palpitación, eso era una angustia. Por ahí andaban, y a uno eso no lo dejaba dormir.

Hermano, desaparézcase de ahí

En el transcurso de ida, de Puerto Asís a La Rosa, me enamoré de mi esposo. Él llegó a trabajar allá. Estaba trabajando en agricultura y, hablándolo sinceramente, en la coca. Por allá trabajan todos en eso. Es una zona roja. Lo que mantiene es la guerrilla.

La Rosa era un caserío donde… no sé, no había tanta cosa de recreación, pero uno la pasaba tranquilo. Se hacían festivales, campeonatos, que a celebrar unos quinces. Todo el mundo iba, todo el mundo bailaba. Vivíamos tranquilos.

La guerrilla ponía reglas, eso sí. No drogadictos, no marihuaneros, no ladrones. En festivales, nada de peleas.

Si usted tenía un problema, ¿con quién lo solucionaba? Con ellos. Ellos hacían una reunión con la intención de hablar de lo que estaba pasando en la vereda. La persona nueva tenía que ir con un conocido. Ellos mantenían pensando que uno era un sapo.

Había una planta de energía que se apagaba a las doce de la noche. Si usted hacía una fiesta o iba a alguna de las dos cantinitas, ellos llegaban y decían «no, hasta las dos de la mañana y cierran».

Cuando Uribe se posicionó ahí fue donde ya no. A partir de ese día, no tengo la fecha, pero yo digo que a partir de ese día cambió todo.

Estábamos un día normal, uno salía a trabajar cuando pasaban los helicópteros. Uno, dos, tres, cuatro.

Todo mundo vivía con la norma de la guerrilla, pero en esta zona se empieza a escuchar que se pagaba por… ¿Cómo es que decía esa noticia? «Desértate. Sal de la guerrilla».

En esos días la guerrilla ya mantenía alerta. Se estaban retirando muchos, llevados precisamente por la invitación que estaba ofreciendo el Ejército.

Vea, eso era tan incómodo porque ellos llegaban, por ejemplo, y decían muy formales: «Buenas, ¿será que usted me da campito pa yo poner mi cocina al lado?», «¿Será que usted me va a regalar…?». ¿Uno cómo iba a decirles que no? Y por eso la guerrilla empieza a marcarnos «este habla mucho con ellos». El solo hecho de entablar un diálogo con el Ejército ya era motivo de desconfianza para la guerrilla.

La guerrilla comienza a señalar, a marcar las viviendas de las personas que le estaban dizque ayudando.

En esos días, la guerrilla nos dejaba salir por ahí al pueblo unos diítas. Podíamos ir hasta cierto punto. No existía la posibilidad de desplazarse. Igual las personas no se iban, pensaron que todo era transitorio. Nosotros pensábamos que el Ejército venía y se iba y ya. El Ejército estuvo ahí tres meses, cuatro meses. En ese transcurso nos dejaron salir al pueblo. Nosotros vinimos al pueblo. A mi esposo le gustaba hacer chances. Hizo uno y con ese nos ganamos como tres millones.

Con el 9077, nunca se me olvida.

En la carnicería estábamos debiendo. Bueno, ¿qué hicimos nosotros? Llegamos con una remesota y pagamos lo que debíamos en ese sitio; también llegamos con más maquinaria para la coca. Estaba el Ejército y la guerrilla ahí, y ¿qué dedujeron los guerrilleros? Que nosotros éramos informantes y que nos estaban pagando. Todo mundo decía eso. A nosotros nos dio miedo, ¿sabe por qué? Porque eso no es así, nosotros no debemos nada.

Cuando el Ejército se retiró, los guerrilleros empezaron a llevarse a la gente. Se los llevaron y nunca más volvieron.

Eso nos dio miedo a todos. Se escuchaba el rumor «que van a ir por tal fulano; que éramos sapos, informantes». Empezaron a hacer un listado. Hicieron un listado.

«Nosotros no debemos nada, no hemos hecho nada». Nos cansábamos de explicar que era un chance que nos habíamos ganado. Empezaron a llevarse a las personas. Incluso se llevaron al carnicero que les abastecía de carne y todo eso. Toda la vida ese señor ahí. Nunca más regresó.

Pasaron los días y nos encontramos con un joven de ahí del pueblo que se había metido a la guerrilla porque no tenía familia. Él era de por acá, le decían Pocillo porque tenía una oreja mala.

«Pocillo, ¿usted estaba por ahí? ¿Sabe qué pasó con Churta, el carnicero?». «Vea» dijo, «yo les voy a contar: a Churta lo mataron de la manera más despiadada. Él se les arrodilló, les suplicó diciéndoles que lo conocían, mientras hacía el hueco de su propia tumba».

Mientras hacía el hueco de su propia tumba, Churta les dijo: «¡Se los suplico! Ustedes conocen a mi familia. Ustedes saben quiénes son mis hijos. Mire, yo les he servido mucho. Háganlo por mis hijos. Lo que ustedes me pidan, por favor».

A Churta no lo entregaron. Yo le dije a Pocillo: «Y ¿por qué no se lo entregaron a la familia, Pocillo? Ya muertico, ya qué». «Si ustedes tuvieran la forma de irse a alguna parte», nos dijo, «yo se los digo de corazón, váyanse porque acá no pinta pa bueno».

Y después, que se llevaron a fulano y a fulano.

Aunque hubo excepciones. Por ejemplo, a dos hermanas que supuestamente estaban de novias con unos del Ejército, sí les dieron tiempo. Las llamaron aparte y les dijeron «tienen tres días y se desaparecen de acá. Ustedes saben las reglas, que no pueden tener un vínculo con ellos».

Un día nos llegó un mensaje con uno de los más acercados a esa gente. El hombre vino y le dijo a mi esposo: «Derechas, dígame la verdad, ¿usted ha trabajado con esa gente?». «Hermano, yo estoy cansado de explicarles. Yo me gané un chance y por eso fue que traje esto». «Por una parte, ese chance no es la razón. Es que a usted lo vinculan porque tiene mucha conexión con ellos. Les da permiso, les ofrece agua». «¡Pero eso no quiere decir que yo esté diciendo cosas! ¡No, hermano! Yo voy y explico. Yo pongo la cara».

Cuando vimos que muchos decían así, que se iban para dar la cara y luego no regresaban más, tomamos la decisión. Yo me vine adelante, me vine al pueblo. A Puerto Asís. Me estuve ahí. Ahí tenemos una familia.

Mi esposo se había quedado para tratar de vender lo que teníamos. Estaba en una tienda en la que jugaban parqués. Un trabajador de una finca le llegó todo pálido, fue el que le dijo: «Hermano, desaparézcase de acá. ¿Cierto que su mujer se fue?». «No, es que ella está haciendo una vuelta donde la familia que la mandó llamar». «¡Hermano, desaparezca ya!». «¿Por qué me voy a desaparecer? No, yo voy y les doy la cara». «A las 12 que apaguen la planta van a venir por usted. Tienen listo arriba, tienen listo el bote. Ellos ya vinieron, están allá más adelantico».

Mi esposo le vio la cara al trabajador. Lo vio como preocupado, como pálido. Se fumó un cigarrillo. El corazón le comenzó a palpitar. «Yo me tengo que ir».

El corazón le comenzó a palpitar.

Dígales que se vayan

Vivíamos en Versalles, Valle del Cauca. Mis hijos se fueron a trabajar a una vereda que se llama La Siberia. Era un cultivo de pitahaya y granadilla. En una ocasión, mi hijo mayor me dijo que alguien que estaba trabajando con ellos, allá en la finca, había dicho que le ofrecía un trabajo muy bueno, de mucha rentabilidad. Me dijo «mamá, pero no se preocupe porque yo inmediatamente le dije que no. No quiero verme involucrado en problemas ni tampoco involucrar a mi familia. El señor me aceptó mis razones».

Pero después de eso, volvieron a insistirle a mi hijo mayor. El señor llegó a decirle que cómo era posible que prefiriera ganarse esa mamada que se estaba ganando ahí, de seis de la mañana a cinco de la tarde; que cómo era que rechazaba el sueldo que le estaba ofreciendo. El señor no volvió a mencionarle nada, pero le retiró la amistad.

Ya a los días le salieron fue a mi hijo menor, Germán, pero en otro lado. Estaban produciendo panela cuando, Aldóver, el vecino más cercano de mi casa, el vecino de toda una vida, el vecino con el que crecimos toda la vida… Nunca nos imaginamos lo que había, como decimos, debajo de la mesa. Entonces un día el vecino mandó a otro trabajador de él, a don Óscar, a decirle a Germán que si quería trabajar con ellos, que se iba a ganar un millón de pesos quincenal. Que fuera con ellos a traficar mercancía.

Mi hijo estaba como un poquito enterado de lo que el señor hacía y le dijo que no. No estamos seguros de si él trabajaba con Los Rastrojos o con Los Machos. Esos eran los dos bandos que existían allá. Lo cierto del caso es que mi hijo Germán le dijo a don Óscar que no, que no le insistiera, que se fijara que ya le había insistido a su hermano. «A mi hermano mayor también ya le dijo y nosotros no queremos eso. Mi papá nos enseñó a ganarnos la comida sanamente y nomás lo que necesitemos».

Entonces el señor ese, don Óscar, empezó a insultarlo mal, y mi hijo se le enojó. «Vea, ¿sabe qué? Dígale a su patrón que se puede limpiar lo que ya sabemos con el millón de pesos que me mandó a ofrecer, porque yo no quiero vincular a mi familia a problemas, yo no lo quiero».

Él le llevó la razón.

Aldóver se enfureció y le dijo a los trabajadores que estaban con él que «ese par de hijuetantas; me los dejan que yo me encargo de ellos y les hago comer hasta la mierda».

Había un señor que trabajaba para Aldóver; uno al que le decían Palabra de Dios. Él era el que perseguía a mis hijos. Llegaba por la calle, al frente de mi casa. Ellos sonaban durísimo las motos. Bajaban a asomarse a la casa, a ver quién había, a ver si estaban. Cuando mis hijos escuchaban esas motos, se volaban por una rastrojera abajo.

«No están los hijueputas aquí».

Lo cierto del caso es que nos empezó una persecución. Usted no se alcanza a imaginar lo que nos tocó vivir en la casa. Teníamos una casita muy humilde de bahareque, hecha de barro, pero era de nosotros.

A mi hijo mayor le tocó irse a Buga, Valle. Yo pensaba que nomás era por él que iban a poner problema, porque era el mayor. Pero la persecución siguió con Germán. Al punto que yo no dormía, creía que me iba a volver loca. Era como, como un presentimiento, ¿sí? Yo me soñaba, yo me soñaba escuchando los tiros de una escopeta. Y en el sueño, yo iba y encontraba a mi hijo en un charco de sangre espantoso. Yo le decía a mi esposo que nos fuéramos, que nos fuéramos. Y él me decía «no, es que no hay razón para irnos».

El señor que mandó a amenazar a Germán, lo buscó para que fuera a trabajar. Lo llevó a una parte como sola y le dijo «hágame el favor, me va hacer aquí un hueco de tanto por tanto». Le dio un machete amolado, el palín y una pala. «Vengo dentro de tantas horas», le dijo.

Mi hijo empezó a cavar y a cavar; vio que lo que estaba haciendo era como una tumba. Mi hijo se voló, le dejó la herramienta. «¿Por qué se vino?». «No, ma. Acá esos trabajos no son para mí. Yo quiero otras cosas. Yo no sé por qué mi papá no hace caso de que nos vayamos de por acá».

Lo cierto del caso es que esa misma tarde que mi hijo se voló de allá, un señor que trabajaba con Aldóver y que era amigo de nosotros fue a la casa. Me buscó a las nueve de la noche, tocó la ventana, me dijo «Mélida, es que necesito hablar una cosa muy delicada, pero nadie se puede enterar que yo estuve aquí con ustedes». «¿Usted por dónde vino?». «Vine por allí, por tal parte, y pasé por el cementerio. Nadie se puede enterar que yo estoy aquí. Aldóver cree que estoy durmiendo. Lo que pasa es que a su hijo lo van a matar. El patrón lo va a matar. Está esperando que le dé la oportunidad para matarlo. ¡Váyase de por aquí! Váyase con ellos o mande a Lázaro que se vaya, pero los van a matar».

Resulta que mi esposo estaba trabajando en una molienda y al día siguiente que él llegó, yo le conté lo que había pasado.

«Ole», dijo mi esposo, «yo no le veo razón para que Aldóver diga que me va a matar al muchacho. No tiene razón para hacerlo, o que venga y me diga qué es lo que le hizo Germán para amenazármelo de esa manera». «No, no podemos aventar que fulano vino a avisarnos».

Eso se quedó así. Si mi hijo salía a la calle, yo tenía que ir o tenía que ir mi esposo. No lo podíamos dejar solo.

Un domingo mi hijo se organizó y salió por ahí a la calle.

«¡Mucho cuidado!». «Tranquila, ma, que estamos haciendo un campeonato de micro, y voy a ayudar a organizarlo».

Mi hijo se fue y mi esposo se fue por allá cerquita a donde él estaba. Resulta que mi esposo muy disimuladamente vio cuando mi hijo Germán salió del billar y entró a la tienda de don Mauro. Él estaba pendiente. El señor Palabra de Dios salió de otra tienda y arrancó para allá. Mi esposo vio que él desenfundó el revólver, y ahí mismo se fue adonde mi hijo. Cuando el señor Palabra de Dios le puso el revólver, mi esposo dentró adonde don Mauro, y el otro disimuló. Mi hijo no se dio cuenta, pero mi

esposo vio que sí era de verdad la amenaza, que sí lo iban a matar. Así y todo, mi hijo no se fue a dormir temprano esa noche.

Yo creo que cuando uno le ora a Dios con fe, él sí escucha y nos muestra las cosas conforme son. Yo no me podía dormir. Yo me levanté, me arrodillé al pie de la cama, le oré al Señor y le dije que me protegiera a Germán allá donde estaba, que yo sabía que él no estaba haciendo nada malo. Yo le pedí al Señor que lo cubriera con su sangre, que nada me le fuera a pasar.

«Señor, si tú me estás escuchando, haz que yo me duerma, porque me voy a enloquecer».

Al día siguiente, mi esposo se fue a trabajar y yo no me atreví a entrar a la pieza de mi hijo. «Si yo no lo encuentro, ¿qué hago?». En fin de que mi hijo llegó a las seis de la mañana. «Hola, madre». «¿Usted dónde amaneció?». «Amá, por allá abajo». «¿Dónde quién?». «¡Ay, amá, no pregunte tanto! Yo estoy bien, amá. ¡Tranquila!».

Le miré los zapatos. Estaban muy embarrados, y el pantalón todo mojado. No le dije nada. Me quedé callada.

«Mijo, ¿usted se va a acostar otra vez?». «Sí, no voy a ir a trabajar». «¿Por qué?». «No, amá. No voy a ir a trabajar. Me voy a quedar aquí en la casa». «Aquí le queda desayuno hecho entonces».

Cuando a las diez de la mañana que mi esposo va, algo le pasaba. Le di limonada. «¿A usted qué le pasó?». «Ole, no, nada». «Vine a hablar con usted». «¿Qué cosa?». «No, termine el oficio que ahorita hablamos, ¿verdad?».

Organicé el almuerzo a la carrerita. Terminé lo que tenía por hacer y le dije: «Sentémonos a hablar». «No, es que me tengo que volar con Germán. A Germán lo iban a matar anoche. Sí, lo iban a matar en el billar de Horacio. Fulano de tal lo iba a matar».

Resulta que esa tarde mi esposo no pudo salir. Pero el amigo que me había llevado la primera información, me mandó una razón con la esposa: «Vaya dígales que se vayan esta noche, porque los van a matar a todos. Que se vayan porque los van es a matar».

¿Qué nos querrán decir?

Bueno, cuando llegué a la junta directiva del sindicato, como te estoy diciendo, eso se convirtió como en una carrera, en un reto. Cuando yo tomo una decisión, la tomo consciente de lo que voy a hacer; no tomo decisiones a la carrera.

Y ya… bueno, comencé ahí mi liderazgo en el sindicato. Mi persona y otros compañeros fuimos artífices de todo ese proceso. Entonces, creamos la Fesutran y un primero de mayo hice la intervención central en la plaza pública. Hablé en nombre de los trabajadores, o sea, a mí me designó la Federación que habíamos recién construido.

Yo era muy buen orador; pues tenía capacidad… Ahora no tengo capacidad de oratoria porque el cigarrillo me acabó todo. Pero tenía mucha capacidad de oratoria, de quedarme 60, 70 minutos dándole a un discurso coherente, pues, y ya no. Ya no tengo esa capacidad.

Y bueno, entonces apareció esto de la intervención, y en fin. Ese mismo 2 de mayo cuando yo llego a mi casa, mi esposa me recibe y me dice «mor, ve lo que te dejaron bajo la puerta». Me dejaron un letrero en el que me amenazaban. Era en un papel así, como todo ordinario.

De ahí en adelante nos reuníamos en los tiempos de cuando salíamos de trabajar. El 26 de septiembre del 94 es asesinado un compañero que era secretario de solidaridad de la Federación. El caso de este compañero es muy… Digamos, ¿cómo dijera yo? Es muy particular.

La sede era en un piso catorce, y el día en que a él lo asesinan, el 26 de septiembre, yo llegué temprano a la oficina: siete y media de la mañana, póngale. La gente entraba a las ocho. Por ahí faltando un poco, diez minutos para las ocho, comenzó a sonar el teléfono. Pues como yo estaba ahí, cogí el auricular. Nadie me habló, sino que me pusieron una ráfaga de ametralladora: tra, ta, ta, ta, ta.

Ya por ahí a las ocho y media, nueve de la mañana, que ya había un grupo de compañeros ahí, entre ellos el compañero Hugo y el compañero Belisario, que estuvo ayer por acá, les dije yo «eh, tan raro, ome, que yo esta mañana… es como una advertencia, o yo no sé qué nos querrán decir pero yo… No había llegado ninguna de las compañeras de la recepción, y sonó el teléfono. Yo lo contesté, y me pusieron fue una ráfaga de ametralladora. ¿Entonces no es como otra advertencia que vienen por alguien, o qué nos querrán decir?».

Esos tipos llegaron al piso catorce y entraron. Uno se quedó en el ascensor pa que no se bajara. Otro se quedó en la puerta. Se fueron hasta por allá, mataron al compañero, hirieron al otro y salieron. En plena ciudad. Cuando yo venía del sindicato, que tenía que pasar por ahí a recoger unos papeles para irme a la otra reunión, vi un corrillo muy grande. Que eso estaba cerrado, que hubo un atraco o un atentado, que no sé qué pasó en ese edificio. Yo cogí un teléfono público de ahí en seguidita y llamé a la oficina. Nadie contestaba: los teléfonos todos ocupados, y era que la gente ya estaba llamando porque la noticia se había regado. En fin, como te digo, la muerte de ese compañero me pareció a mí muy particular por esa llamada.

Un atentado en el que se subieron hasta acá. Eso no se lo creía uno.

Interventores divinos

Un encuentro con la Virgen, una oración o cualquier objeto que nos proteja o confirme que algo está a punto de suceder. Elementos anticipatorios que entonces se convierten en sagrados, en repositorios de fe.

Como si Dios se fuera a acordar de mí

Cuando la época de la violencia acá en el municipio, yo ya pertenecía a la empresa con la que trabajo, que se llama Coredi. La Corporación Educativa para el Desarrollo Integral. Éramos docentes de todas las subregiones.

Descubrí que quería ser maestra estando en el colegio, porque en grado octavo mi hermano y yo hablábamos muy bien el inglés. Por lo que el profesor al que le decían *teacher* nos ponía a dar clases en los otros grados y nos calificaba por eso. Mi hermano y yo fuimos inseparables, parecíamos siameses, gemelos. Nos amamos con el alma los dos.

Y bueno, antes de que comenzara la violencia en Coredi, un compañero del Urabá nos reunió a todos en el Peñol. Se paró en un estrado y nos dijo: «Ustedes son de otras regiones y están tranquilos. De pronto no están indiferentes, pero esta historia que estamos viviendo en el Urabá los va a alcanzar».

A los tres años de él haber dicho eso, comenzó la violencia en Santa Bárbara. Eso fue alrededor del 2000 en el mandato del alcalde de esa época: Carlos Mario Rodas.

Había runrunes. «Ay, que venía la violencia, que venía la violencia», y pues hubo mucha bulla, mucho comentario municipal.

Esa bulla era una bulla como a nivel de toda parte, y se escuchaba en los municipios, siempre que no, que habían dado la entrada. Fue una cosa como tan colectiva, como de pánico, como de pavor. Los runrunes y eso se expandió de una. Y la bulla, y la bulla, y la bulla… Eso era una cosa impresionante. Entró mucha gente. Entró toda esa bulla. Por el lado del Cairo habían empezado a aparecer muertos, comentarios y cosas. Pero Damasco fue la cuna. En Damasco se anidaron los paramilitares.

En Cordoncillo, que es en la parte de arriba de Damasco –eso es una cosa hermosa–, reunieron a todas las comunidades aledañas. El Guácimo, La Hombría, Cristo Rey, La Esperanza y Cordoncillo, que viene siendo la vereda principal que conecta todo eso. Sacaron a todas las personas de sus casas, inclusive a los enfermos. Los mandaron a llamar a una cancha destapada, grande.

Las casas tenían que quedar completamente limpias.

Mucho después, las mamás me contaron todas esas historias. Que los congregaron allí en la cancha, que uno de ellos dijo «esto que va a pasar es lo que le pasaría a cualquiera de ustedes si se pone de sapo». Recorrieron y recorrieron la cancha y a la gente que estaba allí. Le clavaron el ojo a un muchacho. Lo colocaron en la mitad. Uno de ellos desenfundó el arma y el muchacho se arrodilló a implorarle que no le hiciera nada, y hasta le bajó los calzones al tipo ese.

«¡No me haga nada, no me haga nada!».

La gente en el pavor. Y mientras el muchacho pedía que la mamá se le arrimara, le dispararon. Estuvo agonizando, agonizando. La mamá se acercó a echarle la bendición, y hasta que no hizo eso él no se murió. Esa fue la primera muestra de lo que arrancaba, de cómo arrancaba.

En la empresa, en Abejorral, ya había habido muertos. Nos habían anticipado que nos cuidáramos mucho. Por eso, durante los días que antecedieron al asesinato yo hablé con él. El sábado antes, yo vine a la casa de él.

Cuando yo venía, él me hacía el desayuno. Ese día me hizo huevos revueltos.

«Jeíto –yo le decía Jeo–. Jeíto, te tenés que cuidar mucho porque la bulla que hay. Vos eres el secretario del sindicato, mirá que los compañeros no están y te puede pasar algo».

Porque la gente del sindicato de la empresa no estaba. Cuentan que el presidente de un sindicato del Cairo se fue para Bogotá a denunciar los grupos, tanto a la guerrilla, que estaba para el lado de Monte Bello, como a los paramilitares, que estaban por el lado del Bue. Él que llega a Bogotá a denunciar y aquí comienzan las matanzas. Todos se fueron.

El único que se quedó fue mi hermano.

«El que nada debe, nada teme». Y se echó la bendición. «Yo me muero donde me pase algo».

«¿Cómo voy a dejar a los jubilados?». Dos semanas antes, había ganado más de diecisiete tutelas a favor de los pensionados. Él les hacía las tutelas.

«No, el miércoles es el último día que voy yo a ir. Cuadro todo, yo no puedo dejar mi gente tirada. Bajo el miércoles y ya. Me va a tocar venirme».

Yo llevaba quince días llorando, un dolor, un dolor en el vientre; un dolor en el ombligo, un dolor en el corazón, y una tristeza, una tristeza grandísima.

Me abrazó, se paró junto a la ventana que se ve la casa de él y se echó la bendición. Me dijo: «Pero, vea, me pasó una cosa tan rara en la iglesia. Ve, imagínate que iba por la nave de la iglesia a comulgar y sentí un jalón de la camiseta, como si me fuera a morir. Sentí como si Dios se fuera a acordar de mí. Una conexión tan especial, como si una luz me jalara».

Me dejó muy triste.

Me levanté como a las cuatro de la mañana, ese miércoles, para irme pa Rionegro. Me levanté pero usted no se imagina el pavor que yo tenía… Un miedo que yo no me quería mover por la casa. Un miedo y un miedo, y era una angustia. Llamé a mi hermano adoptivo, a Caliche: «Caliche, levantate para que me cuidés mientras me

baño que tengo un susto», y Caliche se paró en el patio, estuvo un rato ahí parado hasta que me bañé, me organicé, y me fui para Rionegro.

Cuando eran como las tres de la tarde, me coge esa tristeza, pero inmensa, inmensa. Era honda. Subí a la iglesia de Rionegro, me encerré, me arrodillé ante el Señor de la Buena Esperanza. Me arrodillé y le dije: «¡Ay, señor Jesús!, cuida a mis hermanos, báñalos con tu sangre, cúbrelos con tu manto. Que no les pase nada».

Era como los momentos de la emboscada, viví todo. Tengo una sensibilidad para esas cosas. Me arrodillé en la iglesia como por dos horas.

Salí de Rionegro entre nubes, yo me sentía alta.

Estuve con mi hermano en toda esa agonía. Éramos uno. Cuando me subí al bus, yo era como entre nubes. Viajé lejana, como ida: yo era en el metro lejana. Llegué aquí a la oficina de Santa Bárbara a las nueve y media.

A mi hermano lo amaron con el alma en este pueblo. Usted pregunte por él en cualquier tienda, en cualquier parte, y le van a decir que fue el hombre de las mujeres. El Día de la Mujer, llevaba rosas a todas las tiendas. Aquí declararon tres días de duelo por la muerte de él.

Entonces ese día me bajé del bus. Había un gentío en el parque y todo el mundo me miraba. «¡Ehhh! ¿por qué me miran tanto?, ¿qué tengo?, ¿qué traigo?, ¿serán las cajas?». Se me vino la niña de ahí de la oficina.

«Ay, ¿usted dónde estaba?, ¿de dónde viene?». «De Rionegro». «¿Usted no sabe lo que le pasó a su hermano?». Hice una pausa. No le pregunté a cuál hermano ni nada. «Lo bajaron del bus, lo sacaron amarrao».

Ella me dijo «lo sacaron amarrao», y yo no volví a caer en cuenta de mí misma sino hasta que estuve en la oficina.

En el recorrido de Cuatro Esquinas a mi casa, tenían velas prendidas. Había gente haciendo oración por todas las calles, en todas las casas. Encontré a mi mamá ahí paradita. Tenía las manos en el delantal, me miraba. Yo me le recosté en el hombro: mi mamá fue muy guapa, verraca. Le dije «esperemos que sea lo que Dios quiera. Vamos a hacer oración. Es la voluntad de Dios».

Mi amá se había infartado porque el amor de mi papá fue mi hermano. Y resulta que una vecina había entrado a la casa y le había dicho «oíste, ¡te mataron a tu hijo!».

«Te mataron a tu hijo».

Le dijeron eso y mi mamá se mantuvo nueve años pegada de las paredes, sin poder caminar. Se paralizó. Nadie fue capaz con ella.

Esperamos toda esa noche. Me senté con ella en la cama. Nos pusimos a hacer el salmo 23, que era el que le encantaba a él y a mi apá. Sentíamos un aire tibio, como si nos estuvieran pasando un vaho. Nos mirábamos las dos: ella me miraba y yo a ella. Era como si él estuviera con nosotras. A las dos de la mañana, mi amá se tiró de la cama, se tiró y dijo «me están matando a mi muchacho. Mi muchacho se está muriendo. ¡Se está muriendo! Mi muchacho está agonizando». Se me tiró encima a llorar. Ella se cogía el corazón, la ropa, «¡mi muchacho se está muriendo ya. Arrodillate

conmigo que mi muchacho se está muriendo es ya. ¡Mi muchacho no se ha muerto, mi muchacho se está muriendo!».

Nos lloramos todo ese amanecer.

Me metí al baño como a las cinco y media de la mañana e hice la oración. Le dije: «Jesús, que sea lo que tú quieras pero que sepamos que él no se nos vaya a quedar perdido. Que sepamos de él hoy».

A las seis de la mañana me asomé a la puerta. Desde el balcón de en frente, doña Ana, la vecina, me dijo que ya lo habían encontrado.

Tres credos y una salve

Ese día llegaron ocho muchachos de las FARC. Obligaron al presidente y a un profesor a que les dieran las llaves de la escuela. Al otro día yo madrugué a trabajar allá. Estaba pintando la escuela y tenía las llaves que me habían entregado. Pasaron unos muchachos del pueblo que eran cómplices de los paramilitares. Me vieron pintando mientras la guerrilla jugaba en la escuela.

Entonces dieron el informe de que yo vivía con ellos, que era cómplice.

Por eso fui marcado.

Iba para el pueblo y me bajaron a amenazarme de muerte, que porque yo era cómplice de la guerrilla, que vivía con la guerrilla. Fue un domingo por la tarde que yo iba a la feria. Le dijeron al conductor «pare que aquí hay una gonorrea que hay que rasparlo. Es cómplice de la guerrilla. Estuvo pintando la escuela y la guerrilla duerme allá con ellos». Me quitaron la peinilla y me la botaron por la cañada.

Y los paramilitares le dijeron a un muchacho de ellos mismos: «Saque la lista que con la cédula se ve si es él». No se me ocurrió otra, sino que como yo le tenía mucha fe a la santísima Virgen del Carmen, apliqué la oración con tres credos y una salve. El muchacho me tenía encañonado, estaba buscando en la lista. Yo hacía la oración.

Le dijeron «bueno, ¿va a buscar la lista o se muere?». Aproveché y le dije «bueno, muchacho, haga lo siguiente: hable alguna cosa o a usted lo matan». Él dijo «no, en la lista no está».

¡Mentiras!, fue que él no pudo sacar la lista del bolsillo. Estaba paralizado de las manos. Entonces, cuando él habló de que yo no estaba en la lista, él pudo mover la mano. Otro paramilitar le dijo «entonces entréguele la cédula a don Daniel. No lo perjudique. Si él no está en la lista, no lo perjudique. Dejémoslo que se vaya».

Cuando me bajaron los paramilitares en la vereda de Tocaima fue en un mes de octubre del 2001, que yo estaba en cosecha de café.

Había amenazas que decían que me iban a matar de verdad. Yo pensé entre mí en una frase: «El que ama el peligro en él perece, y el que huye del peligro ganará

batallas». Entonces, yo preferí huir. Me fui, me desplacé. Nos desplazamos para Nelson Mandela. Ahí fue donde estuve once años, y después me pasé para la casita.

A los tres o cuatro años fue que tuve otra amenaza de los paracos. Llegaron una vez a hacer un operativo y me avisaron «a usted lo van a matar porque su hija está trabajando con fulano. Ese señor es un no sé qué, que viene en contra de los paracos». Pues bueno, la niña trabajó con ese señor como tres días y durante esos tres días investigaron cómo era la vaina. Resulta que fue guerrillero, que venía era de parte de las FARC. Estaba buscando formas de meterse a cobrar vacunas a los buseteros, a extorsionar.

«Apá, yo estoy trabajando con un señor por allí. Yo ando sin plata, y él me ofreció pagarme 10.000 por la hora, para que fuera secretaria y les cobrara un impuesto a los buseteros». «A usted no le conviene que trabaje con ese señor porque ese señor es forastero. Quién sabe qué será», le dije.

Al otro día martes, me tocaron la puerta como a las cinco de la mañana. Era un compañero de la niña, que cogía turno por la mañana, hasta las doce. Vino y le dijo: «Oiga, Doris, te voy a contar un caso que me pasó anoche. Me soñé con la virgen avisándome que a nosotros nos van a matar, que estamos en peligro. Tuve ese sueño y yo tengo mucha fe en ella, y vengo a avisarle que no voy a trabajar. Usted verá si sigue trabajando con ese señor, porque parece que estamos en peligro. A mí me parece que lo mejor es no seguir ahí. Yo vengo a entregarle las planillas. Usted verá cómo se defiende».

Yo sí le dije a Doris «váyase para donde la tía, para el barrio donde estuvimos la otra vez. Quédese allá y yo le digo a él que ya le resultó trabajo en Bocagrande. Porque si la cosa es que está en peligro, uno sabe cómo es la vaina».

Ese señor vino como a mediodía y nos dijo:

«¿Qué pasó que yo esperé a Doris y no llegó? Y ese hijo de tantas muchacho tampoco vino».

«Lo único que le digo es que la niña tenía unas solicitudes para trabajar en Bocagrande. Y ya, le resultó».

Pero eso no quedó así como tan fácil. Los paracos siguieron investigando y en últimas dijeron que esa niña sí era guerrillera, que no sé qué. Entonces formaron un operativo para matarnos a toda la familia el miércoles a las siete y media de la noche.

A mí me avisaron como a las cinco de la tarde:

«Oiga, hermano, ¿usted qué va hacer? Porque a usted lo van a venir a matar con la hija y a toda la familia, porque nos indican que es guerrillero».

«Yo no sé. Solamente la niña se puso a trabajar ahí, pero inocentemente, por la necesidad. No sabemos quién es ese señor».

Ese miércoles ya le habían matado a seis compañeros. Mataron tres en los Jardines y tres en el Campestre, allá también los tenían recogiendo vacunas.

«¿Sabe qué? Para que ella no peligre, mándela para Antioquia». Como pude, eso hice.

Llegó el fin de semana y el sábado mataron al señor con el que trabajaba mi hija, que era como el comandante. Lo mataron a las dos de la tarde, los paracos.

Yo estaba con una parrilla llena de arepas. Cuando me avisaron, apagué esa carbonera, cogí la masa y la metí en el enfriador. Apagué y nos encerramos en la casa. Les dije: «Aquí no hay más de otra. No nos podemos ir. Quedémonos quietos. Si nos van a venir a matar, que nos maten».

Apliqué la oración de la Virgen del Carmen. Esa ha sido la que me ha defendido de todo, de las amenazas. «Pues no estoy culpado de nada. Lo único es que voy a poner esto en manos del Señor, en la oración de la Virgen del Carmen. Si nos van a matar que nos maten. Nosotros venimos desplazados de la violencia y llegamos aquí, y aquí también nos van a matar. De todas maneras, en manos del Señor voy a poner a mi familia. Si me van a matar que me maten, pero yo no tengo tiempo de irme para ninguna parte».

Eran las cinco de la tarde y me habían dicho que a las siete y media de la noche venían a hacerme el operativo con toda la familia.

Le dije a la familia que se acostara; me quedé en el baño esperando a que llegaran. Estaba escondido ahí, cuando los vi a las siete y media de la noche. Eran tres y todos tres venían armados. Me puse a rezar la oración de la Virgen del Carmen, la que siempre me ha librado de todos estos conflictos y de todas estas amenazas, y me tiene vivo.

A ella le agradezco.

Apliqué la oración con los tres credos y la salve.

El uno le decía al otro:

«Oíste, compañero, llamate al cachaquito». «No, llámelo usted». «¿Por qué no lo llamás vos?». «Pero ¿nosotros por qué no somos capaces de llamar al cachaquito, hombre?». «¿Qué pasa?». «Oiga, no. Tengamos en cuenta una cosa: me dijo don Saúl que no le fuéramos a hacer daño al cachaquito y a la familia, que esa gente era sana, que esa gente no estaba metida en ningún conflicto, que eran inocentes, que esa familia venía desplazada de la violencia de Antioquia». «Oiga, a mí me dijo don Jesús que no les fuéramos a hacer daño, que esa era una familia sana, que no tenía que ver nada y que si estaban era inocentemente. No estaban empapados ni estaban metidos en esos grupos», dijo el otro. «Oiga, a mí me dijo don Arecio también eso. Entonces, si la cosa es así, dejemos el cachaquito quieto. Vámonos y digamos que el cachaquito se fue».

Fue una cosa divina

Yo trabajaba en una finca que se llama Villa Eliana. Estábamos cogiendo café cuando pasaron corriendo dos mujeres y un hombre. Hacían parte de las FARC.

Ellos no nos avisaron que nos saliéramos del cafetal, que iba a haber un combate. En medio de la balacera, nos quedamos. Nos tocó tirarnos boca abajo. Fue entre el Ejército y las FARC. Arrancó a las dos y treinta de la tarde, y acabó a las seis y treinta.

El Ejército estaba hacia el otro lado, en un sitio al que llaman «alto del Miedo». Ellos agarraron, mejor dicho, a bombas, a balas. Le tiraron fue al cafetal. Pensaban que la guerrilla estaba en el cafetal, que los estaban atacando a ellos.

A los que estaban atacando era a nosotros, que estábamos laborando en el campo. En ese momento, la guerrilla ni siquiera fue capaz de decir: «¡Por favor, sálgasen! Que mire que va a haber un combate. Pueden salir muertos, pueden salir heridos».

No les importó nada de eso.

No les importó, sino solamente agarrarsen frente a frente con el Ejército.

Nos tocó irnos a dormir a otras fincas por la misma idea de que la guerrilla llegaba y se instalaba sin considerar el riesgo que eso podía tener en ese momento.

Y si uno no les hacía caso, pues tenían las armas, y la verdad el que tiene las armas manda. Uno solamente es un campesino que le gusta es laborar la tierra, trabajar, salir hacia adelante.

Al otro día, llegó el Ejército al mismo sitio donde estábamos nosotros cogiendo café. El capitán dijo: «Es que vamos a mirar las bajas que hubieron, que nosotros le voliamos bala a ese cafetal. Mejor dicho, allá debe de haber guerrilla muerta como un verraco». Exclusivamente estaba mi tío, que le contestó: «Perdón, señor capitán, ¿cómo tú dices que hay bajas en el cafetal, cuando los que estábamos trabajando allá éramos nosotros, los campesinos. Allá no había ninguna guerrilla, toda la guerrilla estaba atrincherada en las bóvedas del cementerio. Ustedes nos bolearon fue balas a nosotros, casi nos matan es a nosotros».

Al señor no se le dio por nada, ni siquiera de preguntarnos, viendo que nos pasó esa situación tan crítica, al menos bernos dicho: «Pero, venga, ¿qué pasó?, ¿por qué no nos dieron una alerta?, o ¿por qué no cualquier cosa?».

¿Por qué seguían atacando?

Ellos sabían muy bien, con todo respeto, porque ellos tenían buena visibilización, de que nosotros éramos campesinos y que estábamos cogiendo café.

¿Por qué seguían atacando el cafetal?

¿Por qué la guerrilla fue tan mala gente en ese momento? No ser capaz de decir, a lo menos, sabiendo que éramos gente de trabajo, gente de campo, bernos dicho: «Sálgansen de ahí, o váyasen». Quince o veinte minutos antes, habría sido una salvación para nosotros.

Ahora, otra cosa, yo he sido una persona que estudiaba y todo eso. Estudié, más o menos, por ahí hasta cuarto de primaria; no pude hacer ni siquiera el bachiller, no pude ni siquiera terminar mis estudios. No podíamos salir de aquí después de las cinco, seis de la tarde, no podíamos estar afuera porque nos estábamos arriesgando a que, de pronto, nos pasara algo. Ya era una ley que ellos determinaron de que no podíamos pasar de ese tiempo.

He vivido todos esos conflictos, cosas terribles. He estado en el borde de la muerte. Y ni a mi tío, ni a un amigo, ni a mi persona –que fuimos los tres que estuvimos cogiendo café y vivimos el combate–, nos han indemnizado. Si nosotros fuéramos

perdido la vida, habríamos quedado como seres olvidados; mejor dicho, mató cualquier cosa y quedó olvidada.

Ahora, a los que pintaban de guerrilleros, en verdad teníamos las manos en una mata de café. A esos eran los que pintaban de guerrilleros. ¿Por qué no miraban que la guerrilla estaba atrincherada en las tumbas del cementerio?

Las balas estaban en nuestra dirección.

Entoes a nosotros nos salvó una oración divina. Nos salvó Dios, mejor dicho, la verdad nos salvó Dios. Porque en ese momento que estábamos tirados en el suelo, de barriga, mi tío pidió una promesa para pagarla en Buga. Le pidió a la Virgen y a Dios que nos diera la vida, porque la verdad nosotros es para que estuviéramos muertos.

Yo estaba en el suelo. Pasaban las balas de la M60, culebreadas; pasaban por encima de nosotros, nos tumbaban café encima. Las bombas caían a diez metros, nos levantaban del suelo.

Fue una cosa divina. Fue una bendición de Dios. Esa promesa fuimos a Buga y la pagamos.

Como una revelación

Él estaba muy pequeñito y les vio la pistola. Ellos se habían sentado en un patio. Él fue, se les arrimó que a tocar el arma. Ellos lo dejaron que la tocara. «Mamá, ¿me compra una cosita de esas?», me dijo. «No, papito, eso no es pa jugar».

Gracias al Señor nunca hubo presión de que reclutaran a mis hijos. Porque mis niñas, que fueron las mayores, estaban de ocho y seis años. Todos estaban pequeñitos, entonces no.

Pero cuando eso último que pasó, cuando esa porquería de gente que sí es malísima, los paramilitares, ahí sí mis muchachos estaban jovencitos. Los cuidábamos mucho, que no nos los pusieran a hacer mandados; los manteníamos en la casa. Porque les pedían favores. Que para que fueran y bajaran a llevarles cigarrillos. Cigarrillos y la candela, pues.

Como la casa tenía un buen patio, ellos llegaban ahí. Pedían permiso pa bañarsen. Estaban armados y uniformados. Tenían brazalete de las AUC. Ahí se nos aposesionaron en una ramada que había retiradita de la casa. Yo les di permiso para que hicieran de comer. Los dejé por ahí dos días y esos días se convirtieron en eternos. ¿Qué les iba a decir?

Para donde salía mi esposo, yo me iba con él y con el niño. Las niñas, en ese tiempo, trabajaban en Cali. Estudiaban y trabajaban allá.

Un Miércoles Santo yo me quedé haciendo el almuerzo. Ellos –mis hijos y el papá– se fueron con los caballos a bajar madera. Cogieron pa la montaña y se devolvieron al ratico.

«¿Qué pasó? ¿No trajeron la madera?». «No, mija. No la alcanzamos a traer». «No, no, amá», me dijo el niño, «no bajamos la madera porque no dejaron cargar a mi papá. Es que salió esa gente del monte y que no responden, mija. Briegue a empacar alguito en unos costales pa que llevemos, nos tenemos que ir. Vea, esa gente, que no responde porque viene el Ejército y que los paramilitares están acá. Como quien dice, van a emboscar al Ejército y que no responden por nadie».

Y eso es tan horrible… un susto. Yo abría el cajoncito de la ropa, miraba las ollas. Y él diciéndome «no se azare». Y no, no sacamos sino de a muda e ropa. Y entonces me dijo:

«Si tiene platica –hasta me acuerdo que me dijo así, como yo mantenía mis reservitas, mis ahorritos–, si tiene platica, sáquela, y las joyitas de oro».

Pero no. No, yo abría y no encontraba nada. Y así fue, vea, ¡todo eso se lo llevaron después! Yo tenía mi alcancía, ¡tenía hasta dos botellitas de *whisky!* Dos botellitas que me habían traído a regalar; en diciembre el patrón me había llevado una.

Esa misma semana, yo había soñado a un poco de Ejército encima de la casa. Estaba todo, el Ejército. De verde, todos. Y yo pensaba «¡ay no! Y ¿por qué?». Y cuando ellos allá, en mi sueño, se fueron bajando… Cuando me desperté, me dije «ay, ¿será que va a venir esa gente por acá?».

Y resulta que eso se fue dando, cuando verdá, apareció esa gente, fue después de ese sueño. Y apareció esa gente. Después me soñé con la Virgen encima de la ramadita. Había un poco de gente ahí. Los veía de blanquito, de azulito, colores suaves. Era la procesión de la Virgen, y yo dije: «Ay, la Virgen tan hermosa». Y dizque me reía en el sueño, me reía porque estaba contenta con la Virgen.

Cuando me desperté, me dice mi compañero: «Y ¿usté por qué ríe tan bueno, mija? ¿Qué estaba soñando?». «Mirá que con la Virgen, allá arriba en la ramada». «Qué sueño tan bonito», me dijo él.

Y un día se perdió un aretico. A una niña, allá, que dizque al pie de la ramada. Estaba con la mamá. Les ayudé a buscar porque la muchacha tenía miedo de que el marido le pegara por haberle perdido el arete a la niña.

Le digo a la muchacha: «Mirá, encontré el aretico». Pero luego de que la alcé, esa cosita que brillaba no era ningún arete.

«Eso es suyo» me dice la muchacha después de revisarlo. «Es la Virgen». «Sí, ¿cierto que es la Virgen?» le digo. «Mirala, ve, tan hermosa».

Ese sueño que yo había tenido antes con la Virgen, como una revelación. Y me la encontré.

El crucifijo

Juan Daniel fue más independiente que los otros hermanos. Cuando decidí estudiar, él se quedaba solo. Yo le daba plata, y así él le cogió amor a la plata. No quiso estudiar. Mi hijo fue un muchacho muy despierto. Él aprendió a defenderse solito. Conseguía sus amistades, pero mire que eran siempre mayores. De hecho, Juan Daniel tuvo una niña, y la mamá de ella es mayor que él, no mucho, pero sí es mayor. Gloria, la última pareja que tuvo, también era mayorcísima.

Un día Juan Daniel llegó con un señor que le iba a vender una moto. Esa persona trabajaba así. Compraba la moto, se la daba a los muchachos y ellos se la iban pagando a diario. Como Juan Daniel era menor de edad, el señor vino y me preguntó si yo estaba de acuerdo con que él consiguiera esa moto. Yo le dije «pues sí porque él ya no quiere estudiar; lo que quiere es trabajar». Lo apoyamos con eso y fue uno de los primeros muchachos que tuvo moto en esa calle.

Juan Daniel hizo un curso de repostería. Después trabajó de taxista y nosotros le ayudamos a que tuviera el pase. Él trabajaba en eso cuando no estaba en algún restaurante trabajando lo de pastelería. Así se pasó su corta vida.

Él tenía moto. Juan Daniel le daba tan duro a la moto, que se mantenía de ese negocio. Cuando llegaban los domingos, se me desaparecía, y yo me preguntaba: «¿Juan Daniel dónde está? ¿Juan Daniel cómo se me desaparece? ¿Dónde estará este muchacho? ¿Este muchacho por qué se me desaparece?». Una de mis hijas me decía «no, mamá, él se va es para el Dagua a hacer esas carreras que hacen». Él también se iba para el Instituto Técnico Industrial, a lo mismo. Por ahí tengo una foto donde Juan Daniel puso, después de una carrera, una palabra que dice «vive la vida intensamente, minuto a minuto, tenemos mucho tiempo para estar muertos». Ahora que ya le pasó lo que le pasó, conocidos empezaron a mandar todas esas fotos de las carreras. Él vivía de esa manera porque iba a estar mucho tiempo muerto. Mis esperanzas de que Daniel esté vivo son muy remotas. Yo no me voy a estar engañando, pensando en que él está vivo. Él no está vivo. La verdad, no sabemos realmente que fue lo que pasó, pero él estaba de taxista cuando lo desaparecieron. En su momento, yo lo veía con amistades policías, y en mi ingenuidad pensaba que estaba rodeado de buenas amistades, pero ahora me doy cuenta de que no.

En esa misma semana, él había llevado a Sofía, la hija, a pasear. La llevó a dar vuelta en el taxi. Juan Daniel llegó y me dijo: «Mamá, me metí en un problema, llevaba a Sofía pa la 14 y miró una casa de muñecas. Quiere que se la compre. Vale 500.000 pesos». «Ah, pues póngase a ahorrar pa que le compré la casa de muñecas a su hija».

Él estaba ya reuniendo la plata. Ese mismo día volvió a llegar, fue el último día que lo vi. Me dijo: «Mamá, voy a llevar a Sofía a dormir conmigo». «No, no te la llevés porque mañana yo voy a madrugar. Voy a viajar a Tuluá». Él quería, como presintiendo, dormir con su hija y no pudo.

Ese día él me llamó a las seis y cinco de la mañana. Yo me extrañé. No puedo explicar lo que sentí, no lo puedo explicar. Yo sentí algo con esa llamada. ¿Por qué tan temprano? Me contestó que era pa mandarme la copia de la cita que me había sacado para visitar al papá de él, que estaba preso. Ese día Daniel cogió su taxi y salió a trabajar, como a eso de las nueve y media, yo lo llamé y le pregunté: «¿Dónde está?». «Estoy acá en el Bolívar. Para que me hagás un favor». «Sí, pero me demoro». «Igual estás arriba, cuando bajés me hacés el favor». «Sí», me dijo. No hablé más con él, no hablé más con él.

Esos días Juan Daniel había estado haciendo las cositas que uno le pedía. Yo le decía a mi hermana: «Juan Daniel está cogiendo juicio, está comprando cositas pa la casa». Gloria, la señora de él, también estaba contenta, porque Juan Daniel era muy amiguero, y por andar siempre con amigos era muy suelto: podía tener 10.000 pesos y si el amigo se los pedía, se los daba.

Ese día Gloria, la mujer con la que tuvo una hija, me empezó a llamar como a las tres de la tarde. Ella empezó a sospechar desde el mediodía o antes. Gloria entraba a trabajar al mediodía, es dormilona… por eso ellos habían hablado de que él la llamaba a las ocho de la mañana, para despertarla. Él siempre salía madrugado de la casa por lo que era taxista. Si a las ocho Gloria no se había despertado, lo hacía a las diez; así cocinaba, se arreglaba y se iba. Juan Daniel la llamaba a las ocho, a las diez, a las doce, y así. Pero ese día llegaron las diez y no la llamó. Llegaron las doce y no la llamó. Gloria me dijo «pero Juan Daniel, tan raro, no me llamó a las diez, no me llamó a las doce».

Aun así, Gloria cocinó. Ella se iba a sentar a comer cuando un crucifijo se viene allá de la mesa. Uno siempre tiene su televisor y el televisor tiene adorno. El crucifijo estaba en la mesa donde estaba el televisor. Ese crucifijo se vino de allá y se partió la cabecita.

Cuando el crucifijo se vino, ella dijo «¡Daniel!». Gloria dice que de una vez se le vino a la mente Juan Daniel, sobre todo porque ella estaba prevenida. Él no la había llamado. Ella empezó a marcarle, empezó a llamar a otras personas. No me acuerdo si me llamó a esa hora, la verdad. Y nada, ella aun así se va a trabajar con esa preocupación.

Dieron las tres de la tarde y nada que Daniel la llamaba. Ella me llamó: «¡Isabel!, ¿sabés algo de tu hijo? ¡Mirá!, son las tres y tu hijo no me ha llamado». «No, yo no lo he visto. Hoy no lo he visto. Hablé con él en la mañana». «Voy a ir a la casa, y si la comida está, fue que algo le pasó. Si yo llego a la casa y la comida está ahí, algo le pasó», me dijo.

Sobre todo si estaba el jugo, porque él tomaba muchísimo líquido. Daniel siempre iba a almorzar de dos a tres de la tarde. Gloria llegó a la casa. Vio la comida ahí. Fue a abrir la nevera y estaba el jugo. Oscureció y el dueño del taxi me llamó y me dijo que le habían entregado su carro a eso del mediodía, que la Policía lo había llamado para que fuera a recoger su carro. Yo inmediatamente empecé a llorar y le dije a Cristian, mi otro hijo: «Algo le pasó a Daniel, él no iba a dejar el carro tirado». ¿Quién va a dejar su vehículo con la llave pegada?

El día que Daniel salió de la casa, sonó una canción de reguetón. No sé cómo es el título, pero la letra comienza como «dicen que soy un delincuente, pero no me importa que comenten porque a nadie le debo nada. Que hablen, que comenten porque a nadie le debo nada». Y dice como «le doy gracias a Dios por dejarme llegar donde estoy, por dejarme llegar a donde estoy». Que los amigos lo traicionaron, que son unos judas, que lo juzgan a él pero no juzgan a los grandes. Que allá arriba hay un Dios que todo lo ve. Me cuenta Gloria que él escuchó esa canción cinco veces antes de salir de la casa, y yo la tuve que escuchar seis veces seguidas para dejar de llorar cada vez que sonaba.

La consejera Tachi Nave

Marcelino

Ha venido otra gente. En el año de 1988, más o menos, vino el Cristo negro. Empezaron a llegar evangélicos jalsos, que les decimos, y tuvo mucho convenio aquí, un impacto fuerte en las comunidades. A los compañeros los convenció esa persona. Porque era mandado de Dios, porque podía sanar a las personas. Cuando llegó, yo estaba en Nuquí, y allá me di cuenta que venía para acá para todo el Pacífico. Me tocó investigar y me di cuenta que no era Dios, era un estafador.

Y me encontré con ese Cristo negro, tuvimos hasta una discusión. Me dice «hermano, coja este folleto, esta es la salvación de Dios». Me dio un folleto, lo cogí, lo abrí y le dije «¿por qué dice aquí así? Dios no dice eso. Tú eres un estafador que va haciendo maldad a la gente que no le cree. Usted es un satanismo. Usted carga un secreto que se llama secreto negro, un demonio negro carga usted. Un libro. A mí no me va a mentir, es pura mentira». Me dijo «usted se va a volver pal infierno, se va a volver una ballena». «Si eres Dios, vuélveme una ballena ya. Aquí estoy bordeado de la playa y si me vuelve una ballena le creo». Y yo preocupado como estaba, me tocó venir volao por la lancha. Le dije a la gente que venía un Cristo negro, que se estaba acercando donde nosotros «ya viene pero no sabe qué día va a llegar».

Murió mucha gente en ese tiempo, llegó esa enfermedad: cólera. Algunos tenían tos. Eso era de llevar rápido al centro de salud. Si no, paila. El Cristo negro decía que no los llevaran, que él los curaba. Empezaba a orar. Murieron varios niños. Nos afectó esa época. Gracias a Dios, en mi comunidad, como antes yo les estaba advirtiendo, la gente no le creyó. Mirá que ellos se salvaron, el resto parriba. Con ese hombre murieron muchos.

Daniel

Eso fue en el año más o menos, digamos, 1992. Fuera de eso, llega otra religión a una zona del Chocó y hubo un poco de muerte porque ya no era religión casi, eran secretos

espirituales que realmente hablaban en contra de la palabra de Dios. A través de ese secreto la gente iba como enloqueciendo. El pastor era un *wounaan,* es un *wounaan*. Todavía existe. Empezaba a hablar de ese tema y el secreto lo acogían las mujeres, sobre todo. Las enamoraba, las llevaba al cuarto donde tenía su oficina espiritual. Las empezaba a manosear, las violaba. Con muchas mujeres lo hizo así y lo está haciendo aún. Con la palabra que él tenía pensaba que esas pacientes se recuperaban de las enfermedades. Y algunas mujeres de esa zona le están creyendo todavía. Dizque para tener una espiritualidad tenían que ayunar, que comer tres, dos huevitos al día. Con ese problema que esta persona dejó avanzó mucho la desnutrición infantil.

Ha permanecido la religión propia, pero han entrado otras religiones. Por eso es importante abordar el sincretismo religioso. Nosotros creemos en el dios Ewandama, y algunos le siguen creyendo pero a través de la Biblia. Ayer vino una lancha que decía «Jehová», y los que andaban en esa lancha son evangélicos. Son *wounaan,* imagínese. O sea, que acogen otra religión.

En algunas comunidades, por ejemplo, como en Jooin Jeb, Valledupar, y en Puerto Pizario, nosotros tenemos a Dios. Pero de ese Dios habla Tachi Nave, que tiene poder espiritual. Tachi Nave es una mujer indígena pero de otra etnia, de los eperara siapidara. Su alma llega a la gloria de Dios, y esa alma llega después al territorio. Lo que Dios ha permitido en el alma de Tachi Nave es traer unos mensajes. Dios habla a través de ese mensaje, lo que va a pasar en el mundo.

Ella viene temporalmente, cuando la invitan a comunicar de lo que va a pasar en el mundo, pero no maneja ni Biblia ni nada de eso. Ella se expresa oralmente. Y la diferencia con los evangélicos es que ellos manejan la Biblia. Ella es hija de Tachi Ankore, y el papá le dejó ese poder para que hiciera lo mismo. Nosotros creemos en ella, que se comunica con Dios. El hermano tiene la misma profesión que la Tachi Nave. Son varios que tienen ese poder y hablan como habla la Tachi Nave. Ellos tienen poderes espirituales.

Carmelo

La mayora, la gobernadora, se ayuda de Tachi Nave. Por eso es importante reflexionar cuando está la situación dura como estamos viendo hoy. Cuando viene otro religioso, lo primero es que hablamos con Tachi Nave para que venga porque Diosito está comunicado con ella, nosotros ya sabemos qué personas andan por la región. Entonces ella viene y dice: «Mire, no se deje creer de esa gente que son estafadores, son un demonio, que no deje llevar cuento porque les puede hacer maldad a ustedes». Siempre nos comunicamos con ella y cuando están las cosas duras por aquí, también lo que decíamos, lo que son grupos armados. También ella viene a hablar con la gente, con las comunidades se reúne y empieza a hablar con Dios, a rogar el Ewandam, entonces le manda el mensaje, de acuerdo a eso, así actúa la gente que está en las comunidades.

En la comunidad que está diciendo Daniel, en Jerusalén, nos dimos cuenta que Tachi Nave dijo que eso no era bueno, que era como hacer una maldición para que se

lo llevara el demonio. Si creemos en toda esa gente, Dios se queda sin hijos con quien hablar. Entonces por eso siempre ella viene y le recomienda a uno, por eso nosotros tenemos a Tachi Nave. Es como una consejera pa nosotros, pa que no se cometa un error grande y pueda pasar algo.

Emisarios de la naturaleza

Aves de vida que se transforman en aves de muerte cuando cantan de una forma extraña o que, de pronto, dejan de cantar. Lunas de sangre, abejas alborotadas, perros que ladran a deshoras. Señales que también pueden ser leídas como advertencias, como síntomas de un ecosistema enrarecido. Los primeros en notarlas pueden ser los árboles, los animales, los elementos naturales. Aquellas formas sensibles que, así mismo, han presenciado, sufrido y participado en la guerra.

Los árboles tienen un espíritu

Desde la cosmovisión indígena, la alianza se ha dado con los espíritus de la selva, con algo que se llama «la ley ancestral». Esa es la alianza primera que hacen los indígenas. Ellos adquieren un compromiso con los seres de la naturaleza. Ellos saben que en esa laguna hay un espíritu y tiene nombre. Es Umavali o Chavalivali. Saben que ese es el que controla muchas cosas, tanto los peces como algunos comportamientos. Saben que ese es el que me puede enloquecer a mí o a las mujeres. Ese señor yo lo tengo que respetar verracamente. Pero ¿qué es el respeto o el irrespeto? No es decir «no, respétalo y ya». No. Respeto es, por ejemplo, que cada quien debe cumplir un rol. El niño, el joven, el adulto. No cumplir el rol es hacerle daño, hacer despertar a ese espíritu. ¡Uy, no, eso es tremendo si tú no cumples!

Por ejemplo, a las mujeres menstruantes se les tiene prohibido bañarse en esas aguas. Ellas no pueden dejar la sangre de la menstruación en el río, en las lagunas o en los caños, no. Eso está prohibido. Y resulta que los ancianos saben eso. Cuando se infringe una norma, el espíritu despierta y da ciertas señales que la comunidad cree a pie juntillas. Y la comunidad se preocupa, porque donde ese señor dé la vuelta, él voltea la cabeza, corre y se va. ¿Y qué pasa si él se va? Pues se van los peces con él, no hay comida. Se seca esa laguna, esa es la creencia.

Entonces esa es la alianza con los espíritus. El indígena sabe quién manda ahí, el llamado del indígena es a no pecar contra los espíritus. Por eso, el que sepa el diálogo con los espíritus es rico. Los indígenas que saben que así pueden pescar en donde quieran llegan con los mejores pescados para sus mujeres. Dentro de la costumbre indígena eso es lo que estimula el afecto. Son ciertos detalles que el blanco no conoce, pero el indígena sí. Por decir, cuando el indígena sabe todo de la conversación con los espíritus, coge los mejores peces o carnes. La gran cosa y el detalle es traer eso y entregárselo a la mujer que ama, a su esposa, a ella. Cuando son novios todavía, que

apenas la está mirando, también le hace esos regalos. Con la oración que ellos saben el río se abre, y el espíritu abre su boca pa dejar salir los peces, y le entrega los mejores peces. Entonces el indígena hace la alianza con esos espíritus. Por ejemplo, todo lo que tiene que ver con árboles.

Los árboles tienen un espíritu, entonces el indígena hace esa alianza con ellos y con las palmeras. Entonces, ¡uy no!, no se puede mochar una palma de seje, o de manaca, o de nada. Para hacer sus casas, primero deben pedir un permiso de esos espíritus, que son los gobernantes. Es decir, si tú llegas a mochar palmas sin permiso del espíritu, el castigo no cae sobre ti, sino sobre tus hijos, tus hijos más pequeños. Ellos se enferman o se mueren, ¿si miras? La gente cree que son espíritus los que hacen eso, los espíritus de la naturaleza. Por eso hay un juego entre los sabios que saben eso. Es que esa violencia la ejercen los espíritus, también existe esa guerra. Esa es la guerra que está aceptada, normalizada. Como los blancos cuando dicen «no, a ese lo mató fue Dios que ya se lo quiso llevar». Eso es el arraigo, o sea, en esas comunidades se dan ciertos hechos que ya se vuelven como sagrados. Abandonar una comunidad no es tan fácil porque tienen un gobierno al que sí le tienen respeto de verdad. Ellos simplemente no se pueden ir, desplazar. Ellos, al cumplir la ley de origen, se están protegiendo de cualquier cosa.

En el campo le daban interpretaciones a eso

Cuando pudimos regresar a la finca, encontramos que todo estaba destruido. Donde estaba la casa –una casa grande, de amplios corredores en los que habíamos corrido y jugado en nuestra niñez–, no había nada. Solo estaba la tierra, las cementeras en el monte.

Mi papá se casó en un segundo matrimonio porque enviudó muy joven. Se casó con mi mamá en Chaparral, y la llevó a La Cascada. Eso era un páramo y ella era una muchacha de ciudad, y no se le amañó. Entonces él, para complacerla, cambió para El Salado, a una finca de tal vez la décima parte de La Cascada, pero de un clima más benigno. Allá estábamos, vivíamos felices. Fueron 40 años desde la guerra de los Mil Días, 40 años de paz, paz completa.

Ocurrió el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

Esa revuelta del 9 de abril aparentemente se apaciguó, pero no los rumores. Inventaron muchas leyendas desde Bogotá porque allá había habido muchas barbaridades. Decían que uno de esos hombres, que había sido muy criminal en Bogotá, se había puesto a manejar un bus escalera en un municipio. Dicen que iba manejando cuando se le atravesó una cantidad de ganado. Él pitaba y nada. El tipo desesperado. Entonces se le apareció un hombre que le dijo: «No se afane, que va a llover y van a seguir saliendo obstáculos hasta que se lave la sangre de todos los inocentes del 9 de abril».

Recuerdo un día que amaneció despejado y que el sol estaba envuelto en un círculo rojo. En el campo, pues, le daban interpretaciones a eso. Oí a mi papá, que aunque no era de agüeros, dijo «mire cómo está el sol rodeado de rojo, del color de la sangre; va haber mucha sangre».

Otro día, en la esquina del potrero donde estaba la casa, por ahí a unos 300 metros de la casa, había un pequeño bosque de bencenucos, un árbol que da unas flores rojas. Un pájaro tres pies se puso a cantar: no recuerdo exactamente a qué hora. Ese es un pajarito generalmente de tierra caliente. No era de por ahí. La gente le tiene el agüero de que anuncia desgracias. Mi mamá comenzó a preocuparse, sufría mucho. Por lo que mi papá le dijo «mija, pero es un pájaro. No le pare bolas a eso». Hasta que con mi hermano, que es un poco mayorcito que yo, dijimos un día «vamos a matar ese pájaro». Yo tenía unos ocho, nueve años. Salimos con la escopeta varias veces. Hasta que como al cuarto día nos mañaniamos a las cinco, y a las siete cantó. Allá vimos un pajarito ceniciento, pico y patas amarillas. Ahí cayó.

Fuimos y le dijimos a mamá: «Mire, mire, no es un espíritu, es un pájaro». «¡Ay, eche ese animal al río!».

Todas las desgracias que mi mamá temía, sucedieron de ahí en adelante.

Comenzó un tiempo de mucha zozobra.

Le cuento que mi papá era conservador. Él dijo «nos vamos porque esto aquí está horrible». Nos fuimos para la parte fría, para la hacienda La Cascada, que era de mi tío Lisandro, que a su vez ya se había ido a Roncesvalles. Llevamos el ganado, llevamos todo, pero bajábamos cada quince o veinte días a la finca que era en clima medio para agarrar comida: plátano, yuca. En una de esas, cuando estábamos cargando las bestias, se aparecieron dos hombres de la guerrilla, uniformados.

Saludaron a mi papá respetuosamente, le dijeron «don Alejandro, mi camarada Olimpo lo invita a que vaya allá a la enramada Los Criollos, que quiere conversar con usted».

«¿Será que no vuelvo a ver a mi papá?», pensé. Al pasar un buen rato, volvió.

Eso se agudizó cuando la guerrilla se enfrentó directamente con el Ejército. Entonces papá dijo «nos vamos; se puso feo». Así que nos fuimos para el Valle –fue una odisea– desde San José, Tolima. Al Valle es transmutando la cordillera central. Hicimos tres viajes: el primero, llevando el ganado. Con otros finqueros hicimos una sola recua para llevar el ganado. Fueron cuatro días de camino, trasmutando cordillera. Papá tenía conocidos en el Valle, y ya cuando íbamos comenzando a bajar hacia el río Bugalagrande, venían compradores de ganado y conocidos de mi papá. Y mi papá negoció, vendió el ganado. Nosotros seguimos hasta Barragán, que era un corregimiento perteneciente a Tuluá. Allá estuvimos dos días.

Pasando el páramo nos cayó una granizada, ¿usted alguna vez ha pasado un páramo? Seguro que no a pie, ja, ja, ja; pasarlo a pie es otra cosa. Una granizada pues que uno se defendía con la ruana. El sombrero defiende, para el campesino defiende –ahí se estrella el granizo–. Pero un frío en la cordillera a esas alturas, a 3000 metros de altura… Cuando pasamos y bajamos la primera finca que encontramos, Las Delicias,

íbamos a quitarnos la camisa pa secarla al fogón y tuvieron que ayudarnos de lo entumecidos que íbamos. En Barragán fue toda esa odisea.

Me enfermé, me dio fríos y fiebres. Estuvimos tres días en Barragán. Me acordé y le dije a papá «cuando nos ha dado fiebre, mamá nos da cremor tártaro». Y papá fue y compró media libra, y me la dio en una taza con agua. Lo cierto fue que me quitó el malestar y arrancamos otra vez para el cañón de Las Hermosas. Había que traer de todo porque en el cañón de Las Hermosas no se conseguía nada. Traíamos panela, arroz, chocolate, todo eso cargado. Para subir a la cordillera, había una cuesta de siete horas. Lo cierto es que salimos a las cinco de la mañana de Barragán, Valle, y llegamos a las ocho de la noche a San José, Tolima. Yo ahora digo: «¡Cómo diablos resistí eso!».

Pa poderme ir a dormir tranquilo

Estábamos en la casa el día antes. O sea, el 9 de noviembre cumple años mi hermano menor y mi papá nunca fue amigo ni de gaseosas ni de comidas. A nosotros nunca nos faltó nada, pero él de cariñosito, así con uno, no es que fuera. Le mandó a matar una gallina para el cumpleaños. Le mandó a hacer el almuerzo.

Nos mandó venir a la mesa: éramos diez contando una nieta que él estaba criando. Mi papá escuchó un bicho que llaman «el Pollo»; un espíritu que hace como un pollo. Se fue a la puerta y le dijo «oiga, haga una vez más pa poderme ir a dormir tranquilo».

Él dijo que nunca le había cantado.

Dicen que si usted lo escucha equis cantidad de veces, es una señal de muerte; pero que si le canta aunque sea una vez más de esas veces, no es muerte. Mi papá siempre lo tuvo como amigo. Decía que el Pollo lo acompañaba cuando no había carretera y estaba haciendo el curso de enfermería. Que una vez venía sin ver nada y el Pollo le chillaba a un lado, le chillaba al otro.

Hasta que le chilló de frente. Mi papá prendió la linterna y había una culebra en frente.

Chilla como un pollo, pero es un sonido como más agudo que produce miedo.

Mi papá le tenía agüero a eso. Entonces, como no lo escuchó más cuando estábamos celebrando el cumpleaños de mi hermano menor, nos mandó a dormir como a las ocho de la noche.

Se levantó como a las dos y media de la mañana y luego se fueron a pescar –él vendía pescado–, y yo me quedé. Se fue con mi hermana Débora, mi hermano Gonzalo y otros muchachos que le ayudaban a él. Se fueron a pescar porque había que enviar el pescado en una buseta que pasaba como a las siete u ocho de la mañana. Se enviaba a Landázuri. Mi hermana Débora recogió el pescado y se fueron para Landázuri.

Yo me quedé en la casa con mi mamá y ellos se fueron como antecitos del medio día. Llegaron como a las dos de la tarde y yo estaba haciendo la comida. Mi papá llegó, se bañó, se afeitó y me dijo que le diera tinto. Yo cogí, le preparé el tinto, se lo llevé y él se sentó en una piedra que hay al lado de la casa a tomárselo. Estaban los dos con mi mamá y frente a él estaba mi hermano que acababa de llegar del pueblo. «Papá, el pueblo está lleno de paracos», le dijo.

«¿Y qué se puede hacer?», le contestó, y si mucho subió un hombro.

Veinte días antes, mi papá fue citado por los paramilitares. Le dijeron que no podía negarse si ellos necesitaban un servicio. Él les respondió que igual no podía hacer eso porque era enfermero.

Bueno, eso pasó así, y ya ese día llegaron dos paramilitares uniformados con su fusil, y lo llamaron. Me preguntaron a mí, que estaba en la puerta de la casa, que si esa era la casa de Hernán Quiroga. Yo les dije que sí y me preguntaron que si él estaba. Entonces, mi papá se puso de pie: estaba en pantaloneta y en camiseta. Uno de los paramilitares le dijo «lo que pasa es que nos dijeron que usted era enfermero y nosotros tuvimos un enfrentamiento con la guerrilla y tenemos unos heridos. Que si usted nos puede hacer el favor de ir a atenderlos».

Mi papá entró a la pieza, se puso el pantalón, una camisa; cogió una bata y se la colocó en el hombro. La droguería quedaba como a unos seis o diez metros de la casa y él se fue hasta allá. Sacó un botiquín que tenía, echó lo de primeros auxilios, se puso el estetoscopio en el cuello, cogió los medicamentos y se fue. Nos volteó a ver. Volteó hacia atrás, hacia donde estaba mi mamá, un sobrinito y yo.

Como a las cinco de la tarde, cinco y treinta de la tarde venía bajando mi hermana que había ido a llevar el pescado. Ella se bajó y cuenta que en esa misma buseta fue que se llevaron a mi papá.

Nosotros, mi mamá y yo, estábamos como con ese miedo porque no habíamos escuchado balacera alguna del enfrentamiento con la guerrilla. Y eso, así fuera lejos, se escuchaba. Yo dije «tuvo que ser pal lado de Plan de Armadas; para acá pal lado de Miralindo o San Ignacio». Entonces yo con el miedo dije «no, eso no es para un herido».

Mis cinco hermanos se fueron como a las seis y cuarto de la tarde, que ya empezó a oscurecerse. Escuchamos como diez disparos y unos gritos.

Veo entrar a mi hermana con el botiquín que lleva mi papá; con la bata en la mano, con el estetoscopio. «¿Y mi papá?». «¡Se lo llevaron, se lo llevaron!». «¿Cómo así que se lo llevaron? ¿Lo secuestraron?». «No, lo mataron». «¿Cómo así que lo mataron?». «Dijeron que si no nos íbamos, venían y acababan hasta con las gallinas de la casa».

Tomar la delantera

Ya hacía tres años que había construido mi rancho allá. Cultivábamos la tierra, teníamos bastantes gallinas y ganado. Vivía con mi esposo y mi hija de dos años.

El día menos esperado nos dimos cuenta de que había unos enfrentamientos, y lo más duro es que era entre ellos mismos. Se suponía que estaban juntos, FARC y ELN. En cada loma se hizo un grupo. Nosotros en el centro.

Eso pasaban los días. Los caminos estaban minados, nadie podía salir.

La comida escaseaba porque ya no podíamos salir ni a cortar un plátano o una yuca.

A la niña se me le acabaron los pañales y uno como mujer no tenía toallas higiénicas.

El Estado se enteró y mandó al Ejército y eso complicó más las cosas. El Ejército empezó a bombardear desde el aire. Eso era muy duro, muy difícil.

Una cosa es contar y otra cosa es vivirla.

Nosotros teníamos ganado por allá arriba en la loma. Cuando nosotros nos dimos cuenta era que habían pasado, que se habían ido. Se saltaron los alambrados y nunca más las volvimos a ver. No supimos hasta dónde llegaron.

Mi miedo era que le fueran a dar a la casa, que nos fueran a dar a nosotros. Saqué la sábana de la cama y la coloqué en un palo, como queriéndoles demostrar que nosotros no éramos culpables de nada.

Una noche pasaron ellos. Yo les dije que por favor me regalaran un minutico para hablar con él. Le dije al comandante de no sé de cuál guerrilla que por favor, que nosotros no teníamos nada que ver con la guerra, que por favor desminaran el camino para poder salir.

Nos dieron un día para salir.

Nos dijeron «desde mañana a las tres de la mañana, pueden salir. Vamos a desminar un día y si no les alcanza, pues qué pena».

Yo escogí lo más necesario. Madrugué a hacer un poquito de desayuno para la niña, para darle en el camino. Nos vinimos, y con la linterna podíamos observar los huecos en donde había minas.

«¿Qué tal que no las haigan sacado todas?».

Y bueno, nos tocaba subir unas lomas. Y en la orilla del camino habían banderitas, habían señalizaciones. Decía «campo minado, no pisar»: por ahí no íbamos a pisar.

Ahí iba con mi niña, mi marido y mi hermano. Y algunos trabajadores, pero ellos iban más atrás. La idea era que nadie quería salir de primeros, porque decían que los primeros eran los que iban a morir. Porque no creo que haigan sacado todas esas minas, ¿no?

Con la bendición de Dios, nosotros decidimos tomar la delantera.

Había unos caballos en el camino. Le dije a mi marido «echémoslos adelante para que ellos activen».

En el camino se me pegó un perrito. Un perro de esos labradores. Se me pegó, iba contento con nosotros. Iba ahí adelante, adelante.

Me senté, me puse a descansar y él se fue a dar una vuelta por allá. Y vino, se sentó ahí al lado mío, y chillaba y chillaba. Me lambía, como que me invitaba a que lo siguiera. Pero nunca le entendí. Yo siempre tenía en mente que no me podía sentar en una mina. A uno le tocaba descansar parado, no se podía recostar.

Y ese perrito, cuando me miró que yo me levanté… o sea, yo me levanté, cargué a mi niña. Ese perrito echó a la carrera y cuando sentimos fue que explotó por allá.

El perrito me estaba avisando que había una mina y yo no le entendí. Eso me hacía doler el alma. Me dolía el alma, el corazón. Digo, y ¿si yo le hubiera entendido al perrito? Y así le hubiera entendido, ¿qué podía hacer?

Como que él me estaba avisando que fuera a ver lo que había allá. Él se fatigaba, me chillaba, me raspaba con la mano.

Por llegar más rápido, yo siempre me iba por un camino de atajo que dicen; y ahí estaba la bomba. Cuando nosotros llegamos ahí no había ni el perro, solo polvo.

Y ya, no nos siguió más el perrito.

Un dolor y el pájaro de la muerte

Mire, cuando pasó eso, ese día nosotros habíamos hecho harto almuerzo. Mis hijos se fueron pa la finca Bramadero, dizque a coger marañones y mangos, mangotines. En ese momento venía una llovizna. Mis hijos trajeron unos marañones que parecían una manzana. «Ole», dijo mi esposo, «voy a ir a sembrar estos marañones allá, por acacito de la cerca, pa tener pepas».

Él estaba haciendo los hoyitos pa sembrar las pepitas, y fue que salí y le dije: «Ole, allá viene el viejo Maceto. ¿Por qué no se esconde allá donde guinda la gente? Escóndase en esa cosa que parece un bañito». Como él era barrigón, dijo «no porque la barriga no me cabe. Yo no me escondo porque no debo nada».

Todo el día me la pasé con un dolor en el lado izquierdo. Un dolor y un dolor y un dolor. Y había un pájaro como café, que tiene una cola larga. Ese se había parado arriba de la casa. El pájaro de la muerte, le dicen por acá en el llano.

Le dije a mi marido «vaya, escóndase allá y yo lo niego». Otra vez me contestó que él no debía nada. Y de verdad, era un costeño que vino aquí a estos llanos orientales. No debía, no le quitaba a nadie, nada.

«¿Quién es don Rodrigo?». «Soy yo», dijo mi esposo.

El señor Lucho, el comandante, nos encañonó. Dijo «necesitamos que nos acompañe».

«Mija, vamos». «Espérenme que yo voy a ir a ponerme un pantalón o un short».

Desde esa época, yo no uso vestido ni falda. Mantengo así, en mis pantalones. Yo no uso falda por eso, porque ese día no me podía montar a la camioneta por tener falda. En vez short, tenía falda y seis meses de embarazo.

¿Sabe por qué yo tenía nervios? Porque la noche antes yo me había soñado con un tipo negro, con esa pañoleta que usaba el comandante que había llegado. Y me decía ese señor «quieta ahí, quieta ahí», y me encañonaba.

Porque los sueños revelan. A veces uno no cree, pero los sueños sí hacen realidad lo que uno se sueña por la noche.

«Vea, suelte, suelte, no la necesitamos a usted». «Patrón, yo quiero saber por qué se llevan a mi esposo. ¿Por qué se llevan a mi esposo?». «Lo vamos a investigar». «Llévenme a mí».

Lo embutieron en una Hilux vinotinto, y eso, mamita, se lo llevaron descalzo, se lo llevaron remangado, se lo llevaron con una esqueleto, y vea, la cachuchita le hacía así.

Y yo con un mar de lágrimas.

Empezaron a llegar los amigos de nosotros, que bajaban pal Vichada. Llegó don Pedro, y cuando él me miró llorar me dijo: «¿Por qué llora, Negra?». «Se me acabaron de llevar a mi esposo». «¿Quiénes?». «Los paracos, los Macetos esos».

Cuatro días lo tuvieron secuestrado.

Usted está amarradito a mi vida

En unas vacaciones que tuvimos, en Medellín hicimos una parada y nos quedamos en la estación, un departamento de policía, donde estaba de comandante un compañero de mi esposo. Y veo una pancarta grandísima, grandísima que decía: «Convocatoria Cuarto Curso Internacional de Comandos Jungla», y yo le vi los ojos como le brillaron.

Esa debería ser una de las reglas: que los que están en los comandos Jungla, o en la contraguerrilla, o en esos grupos así, sean solteros, sin hijos. Porque los que sufrimos después somos la familia. Los que están en grupos así, sí o sí tienen un riesgo muy alto. Tienen los pies más en la tumba que en otra parte.

Yo que no y que no, y pues él empecinado que sí, que sí. Y lo hizo. Unos meses después de haberse graduado del Comando Jungla, llega mi esposo y le pide el celular a un auxiliar que tenía una panela. Hizo una recarga y se subió a coger señal. Aprovechó que estaba en su último recorrido y me llamó, muerto de la risa, en medio de todo, para darme seguridad de que estaba bien.

«Hola, Negra, ¿cómo está?». «¡Ay, apareciste!». Él se reía, me decía: «¡Te amo, te amo! Yo sé que donde me le pierda, usted arma el revolcón donde sea y con quien sea, sin temor a nada». «No, papito, es que usted no puede perderse así no más. Yo me casé, usted está agarradito a mi vida». «Todavía seguimos acá», me dijo, «que solo hasta el 22 nos mandan un helicóptero o un avión. Ya se nos agotaron las comidas, la ración de campaña. El Escuadrón Móvil de Carabineros es el que nos está pasando las raciones de ellos. Nos comparten un poquito. Eso, y lo que cazamos».

Después de hacer una avanzada, se encuentran con la novedad de que un erradicador se había perdido. Que se había ido a hacer sus necesidades y nunca volvió. Blanco es, gallina lo pone. Él me contó: «Sí, mamita, nosotros buscamos en el lugar. No encontramos nada. Ni rasgo de popó, ni chichí, ni nada. Hay dos opciones: o se lo secuestraron o era un infiltrado de la guerrilla y se fue a cantar todo lo que ha visto». «Ay, Gustavo, ¿cómo así? Eso mínimo, póngale la firma, eso es un guerrillero infiltrado. Toca tener cuidado. Eso es una liebre en el monte». «Mira, mamita, tranquila. Yo ahorita voy a hablar con mi personal, vamos a activar la seguridad más rigurosa. Tranquila que eso no va a pasar nada».

Algo me atravesó el corazón. Una agonía, como un susto, como un frío, como una cosa en el estómago que hasta se me soltó.

«Ten cuidado, piensa todo lo que te enseñaron, no te fíes. Si es necesario, súbanse a los árboles. Todos estén en los árboles y ya». «Tranquila, mamita, que hoy no pasa nada. Estamos bien».

Y después de eso empezó esa última media hora que hablé con él.

No recordaba eso. O sea, yo no tuve la oportunidad de tocarlo en el féretro porque el cuerpo llegó mutilado por la onda explosiva del tatuco que mandaron.

Al otro día, desde las cuatro y media de la mañana que me levanté, se escuchaba mucho movimiento en la pista de vuelo de la base antinarcóticos de Santa Marta. Que salían, que corrían, que los comandos. Yo me asomaba: mi habitación quedaba justo en la ventana que daba a la pista.

Cosa rara que la noche anterior, mientras hablaba con Casey, la esposa de otro oficial con la que me juntaba mucho por esa época, se entró un enjambre de abejas.

Eso fue así: nosotras escuchamos un ruido, un enjambre, horrible. Y se vino. Yo sé que esto es paranormal, o sea, espiritual, pero se vino y se posó. Hubo un momento en que hicieron un remolino alrededor mío, pero no me picaban.

Ese enjambre duró ahí en el pasillo como veinte minutos. *Ruuuuun, ruuunnnn*. Un enjambre grandísimo. Cosa rara que tiempo después, en un sueño, fue como la visión de la naturaleza, de que una cuadrilla guerrillera iba a atacar: estaba atacando, estaba preparándose para atacar a mi esposo.

Salimos del cuarto y solo vimos una abeja muerta en la entrada de mi puerta. Solo una. La cogí de una alita y la tiré afuera. Nos pareció raro. A mí como que me dio una cosa aquí en el corazón. Sí, como entre el pecho.

Hice una oración tratando de proteger a mi esposo.

A las cinco de la mañana del día siguiente yo ya me estaba arreglando, poniéndome pestañina y todo para estar lista a las seis. Yo salía con el carro a desayunar al casino de oficiales, y de ahí llevaba a la niña que entraba a las siete de la mañana.

Llegó el mayor Cárdenas. Le abrí la puerta. «Señora Andrea, ¿usted va a llevar a la niña a estudiar?». «Sí, señor». Se quedó pensando unos segundos, le bailaban los ojitos. «No, no la lleve hoy», me dijo.

Ironía de la muerte

Hay actitudes, formas de hacer o decir las cosas. Abrazos, besos, palabras extrañas; los silencios, las risas; los encuentros comunes y corrientes que tomaron otro sentido luego de que inmediatamente después sucediera algo desastroso. Son estos los que, además, hacen dudar a familiares y amigos acerca de la consciencia que tenían sus parientes sobre el desastre que los esperaba: «¿Será que ellos presentían lo que les iba a ocurrir?», se preguntaban.

La *womaipa*

En la cultura wayuu la muerte es un evento muy importante. La tierra nos provee de un origen. Entonces, para el wayuu, el lugar al cual está fijado en el universo es la tierra donde nació o la tierra en donde están sus ancestros. La tierra que es su *womaipa* –patria wayuu es lo que quiere decir la *womaipa*–, que son los territorios familiares en donde están los corrales de los tíos maternos; en donde están los restos, las viviendas, las fuentes de agua, las zonas de pasto en que los animales han crecido.

Ese sentir y esa relación de los wayuu con la tierra viene de unos seres más sabios que los humanos: viene de las plantas. Las plantas nacen en un lugar y permanecen en ese lugar; los animales y los humanos salen a recorrer el mundo. Esta actitud de las plantas las hace ver, para los wayuu, más sabias que todos los seres vivientes. Ellas se quedaron en donde les fijaron un orden, un orden superior, un orden que es para todos los seres, un orden que no es humano. Eso se hizo en un tiempo que se llamó *wayuusmaiba,* hace mucho tiempo, como orden referencial de la vida que gobierna los seres y las relaciones de los seres.

Cuando ellos no regresaban, morir fuera, hacer un velorio lejos del cementerio familiar, sin las cabras necesarias para hacerlo, sin el ritual, sin los vecinos, las asistencias de las familias aliadas y de los parientes lejanos, era muy doloroso. Era más doloroso que la propia muerte. Esto era infame. El desarraigo para los wayuu es terrible porque tienen una concepción de la tierra diferente. Todos los seres paren: lo hacen las vacas, las cabras, las mujeres humanas; la tierra no. La tierra que nos dieron es del mismo tamaño que hay desde la creación, desde el principio del mundo, y no se reproduce.

Matar a las mujeres era como matar la tierra porque la mujer es la metáfora de la tierra que es fija. *Juyá,* la lluvia, es masculino, es única y móvil. Pero la tierra es lo fijo, es el lugar, el territorio donde se nace, donde está el cementerio.

En el mundo occidental, la tierra es un bien que se compra. En el mundo wayuu no. Alguien que tiene plata puede comprar 1.000 hectáreas, 100 hectáreas. En los wayuu, cada familia tiene un territorio asignado en el resguardo. En ese territorio ancestral, cada grupo sabe de dónde vino al mundo y cuál es el territorio que le ha sido encomendado. Para recuperar su territorio, una familia tiene que desalojar a otra familia wayuu del territorio que le fue asignado, porque toda la tierra está repartida. Porque, además, es la tierra guajira, no es la tierra como planeta. A ellos no les interesa que les den una tierra en Ucrania, ni por allá.

Por eso es que los territorios se leen como un libro. Las personas que conocen los territorios saben qué significa cada cerro, cada río, cada laguna, cada roca. Esos están conectados unos con otros. El paisaje son las huellas congeladas de los ancestros. Cuando tú lees: ¿quién es ese cerro? Era fulano de tal que se movió aquí e hizo esto. Y tiene una función: los pueblos tienen un ordenamiento territorial primigenio que tiene un sentido, un orden. Si tú borras eso, es la pérdida total de la gente en su propio territorio.

Fueron cayendo como moscas

¿Quién era la Chiki? ¿Quién soy? No sé. El hecho es que tengo que ir muy a mi adolescencia, a mi infancia. Mi mamá y mi papá eran ya desplazados de la Violencia, de Villa Restrepo, Tolima. Fueron desplazados hacia Bogotá. Y yo nací en Bogotá, hija del desplazamiento. Y entonces también fui víctima de esta otra violencia, que no se dice, pero que toca a muchísimas familias de desplazados y también a familias de refugiados. Es que cuando a uno le quitan el lugar en donde se forma una familia, las familias se rompen. Mi papá nos abandonó.

Desde muy niña veía muchísimas injusticias en mi barrio, en El Carmen, de Bogotá. A los dieciséis años quise suicidarme y mi profesor de filosofía del INEM fue el que me salvó. Resulta que me llevó a una reunión de la Juco, de la Juventud Comunista, y tengo que decirle que esas reuniones –de ahí del barrio El Carmen y El Claret– fueron las que salvaron mi vida. En la Juco me sentí un ser vivo por primera vez; un ser que le servía a la nación, un ser que no iba a seguir sufriendo y que podía cambiar el mundo. Por eso me volví de la Juco y seguiré siendo del Partido Comunista Colombiano hasta que me muera.

Había mucha esperanza para nosotros, para ir a hacer huelgas, para ir a hacer mítines, para organizar las votaciones. Fue genial, pero era una época dura; fue una época durísima, de represión. Nosotros participamos en el primer paro estudiantil, y ahí desaparecieron a mi compañero. Él estaba conmigo en el colegio, en el INEM. Y nunca más lo volvimos a ver. Un líder estudiantil. Fue el primer desaparecido que yo viví. Todavía lo lloro.

Luego de ahí ya me fui, tuve a mi hija –no me pregunte cómo– por obra y gracia de un militante periodista. Mi hija nació en el 86. Yo me fui en el 87, más o menos, a trabajar a la Corporación Colombiana de Teatro, en administración y eso.

Pues tenaz porque la represión era horrible. Fue la creación de los primeros grupos paramilitares que se llamaban MAS, que era Muerte a Secuestradores. Decían que todos los artistas éramos subversivos. Empecé a militar en la célula de La Candelaria, que estaba con Pachito, con Patricia, con mucha gente muy, muy buena. Solamente que fue terrible. A todos los compañeros les pusieron chaleco antibalas.

Recibíamos amenazas por teléfono. Yo estaba en el secretariado y todos los días eran amenazas horribles: que iban a poner una bomba, que iban a… Me acuerdo que la gorda Esther –ella está refugiada, la gorda Esther era la secretaria–, llegaba y me decía: «¡Chiki!, ¡Chiki! Me soñé con pescaos: ¡Van a matar a alguien…! Chiki, sentí un olor a rosas: van a matar a alguien». Y seguro ese día llegaba el aviso de la muerte de alguien, de un compañero en cualquier región. Era un miedo horrible.

Me daba muchísimo miedo lo que estábamos viviendo en Bogotá, y realmente por eso me fui a Cali. Ese fue mi segundo exilio; porque el primero fue en el vientre, con mis padres. Y aproveché que me enamoré de un muchacho, y llegué a Cali con ganas de vivir con el muchacho. Resulta que era casado.

Bueno, pues me quedé en Cali. Busqué trabajo allá en Cali. Los primeros días yo dejé a mi niña en Bogotá –estaba muy chiquita, mi amor–. La dejé mientras conseguía apartamento y dónde vivir. También viví en donde el negro Édgar, gran hombre de izquierda. Me fui a vivir con él, con su mujer y sus niños.

Llevaba como dos meses en Cali, con ese calor tan terrible, y había conseguido trabajo enseñándole a los pobres de Aguablanca a manejar los directorios telefónicos. Yo no sé si es que la gente me veía rolita… pero yo entraba a las casuchas más pobres y más miserables que había visto en la vida, y la gente me decía «venga, venga tómese una sopita; venga tómese un juguito». Eso habla de la solidaridad de la gente más pobre de Colombia.

Y yo estaba trabajando ahí en la zona de Aguablanca, cansadísima. Era horrible. Esos calores por la noche cuando llovía; ese barrial y los olores.

Era un domingo. Estaba cansada, tirada, cuando… ¡pam!, que suena el teléfono y el negro me dice «¡ey, Gorda!» –porque yo era gordita y me decían «Gorda»– «Gorda, al teléfono». Y yo paso al teléfono, y me dicen: «Usted no me había dicho que estaba aquí». «¿Quién es?». «Pedro Alcántara –en ese momento senador de la Unión Patriótica–». «Chiki, ¿cómo así que no me habías que tú… que estabas aquí?».

Y me dio una cita para el otro día. Al otro día en su oficina, me dice: «Estoy buscando una secretaria como tú. Me contrató. Me acuerdo que me dijo: «Chiki, ¿usted sabe utilizar computadores?». «Sí, sí, sí», pero en mi vida había visto uno. Él me compró un Macintosh así todo cuadradito y yo me desenvolví pa poder manejarlo.

Empezó otra cosa, porque era trabajar con Pedro Alcántara. El problema era que trabajar en esa oficina era terrible porque siempre estábamos llenos de guardaespaldas,

no podíamos ir a ninguna parte. Pedro estaba amenazado. Pedro andaba con chaleco antibalas –¡todo el mundo!–. No me acuerdo cuánto trabajé ahí con él, el caso es que un día me dice: «Bueno, Chiki, me voy». «¿Pa dónde?». «No, pues, me toca salir refugiado».

Me quedé a cargo de todo eso, yo me quedé haciéndole sus cosas. Me tocó conseguir otro trabajo, porque tampoco podía vivir de eso. Pedro me prestó lo que era su oficina para vivir. Yo conseguí trabajo en la Universidad del Valle y después en una Fundación, o sea, yo cambiaba de trabajo como cambiar de cucos. Uno tenía que ser móvil.

El caso es que mi militancia era clandestina; mi vida no, porque yo tenía que trabajar para comer.

Bueno, seguí ahí, yo seguía mi relación con el Partido Comunista de Cali, pero teníamos también un grupo de teatro donde estaba Francisco Satizábal, que era mi novio, Luis Leguentrapo y otros amigos. Hacíamos teatro callejero con el objetivo de denunciar lo que pasaba, y hacíamos chistes y todo eso. Hacíamos parte de la Corporación Colombiana de Teatro. Ellos empezaron a recibir amenazas por el trabajo que estaban haciendo. Yo como vivía en el centro, pues, estaba un poquito protegida.

Me acuerdo que estábamos ahí el 11 de octubre del 90. Yo me fui para Bogotá a pasear porque mi hermano cumple años el 12 de octubre, y pues había un puente. El caso es que yo llego a Bogotá en bus. Llego mamada y me acuesto en la cama de mi mamá. Y me sueño que yo estaba allá en esas calles de Aguablanca, con muros así, a esta altura, y que me escondía. Estaba con Francisco y con mis amigos del grupo de teatro, y las balas pasaban. Eso fue un sueño. Y yo me despierto, inhalo profundamente.

Mi mamá me dijo: ¿Qué pasó? Mamá, yo me devuelvo.

Me devolví pa Cali. Llegué y me fui a buscar a Francisco, a mi novio. Llamo a Luis Orlando y le digo: «Oiga, ¿dónde está Francisco?». «Chiki, lo desaparecieron esta mañana. Lo levantó la Parca», o sea, una camioneta de la Policía.

Lo buscaron en todas las estaciones, en todas… Desaparecido completamente.

Quince o veinte días después, yo estaba en el taller. Un taller de litografía. Yo vivía ahí, en una pieza adentro; en un apartamentico que no tenía ventanas para la calle ni nada. Era medianoche, cuando de pronto alguien le pega a la puerta. Suenan tres golpes. Se me pararon todos los pelos. Abrí, no había nadie.

¡Jueputa, se murió Francisco!

Y yo estuve tan mal, tan mal, y yo…

Llamé a todo el mundo: «Estoy segura de que Francisco se murió». «¡No, no, no! Que no puede ser, ¿de dónde sacó eso?». «Francisco se murió. Sí, porque él vino a despedirse de mí, si no yo no hubiera sentido eso».

Días después encuentran un cadáver en una fosa común. Lo reconocimos por una camisa que él se ponía mucho –decía que era su amuleto–. Una camiseta que decía: «Colombia vive. Diálogo de la cultura por la vida».

Ese diciembre de 1991 fue la masacre de Caloto. Y eso fue tenaz porque, pues, nosotros siempre hemos sido abiertos; hemos trabajado con todos. Y fue horrible:

muchos compañeros se pusieron a investigar pa denunciar. Hubo el compañero. Un compañero antropólogo. Etnio… Etnio Valverde… De un día a otro, lo desaparecen. Etnio era un señor grandotote que siempre andaba cagado de la risa. Entonces nosotros nos fuimos a denunciar. Hicimos una gran manifestación para que apareciera. Nada, nada, nada. Y luego siguieron matando a otra gente. Una cantidad de gente, amigos. Fueron desapareciendo. Fueron cayendo como moscas. Y yo no sabía qué hacer ni pa ónde ir, ni pa ónde coger. Odiaba a todos los policías. Tenía ganas de matar a todo el mundo: sabíamos que eran los policías; sabíamos que muchos paramilitares, muchísimos, eran policías.

Desaparecen a Etnio. Y al Negro Édgar… Édgar Torres Aparicio. Era mi amigo del alma y siempre militábamos; era él el que me guiaba a nivel político.

Todos éramos amigos de Etnio.

Me fui para Bogotá esa Navidad, cuando desaparecen a Etnio. Quería pasar Navidad con mi mamá y mi familia. Llegué a Cali como el 11 de… No, como el 6 de enero. Algo así. Volví a Cali y me fui a visitar, pues a darle el año nuevo al Negro. Al Negro Édgar, que vivía en el barrio Santa Elena. Eran, no sé, como a las seis de la tarde; el Negro me dice «Toes, Chiki, ve. Quedate, Chiki, ve». Hablaba así. Hizo fríjoles con arroz. Me acuerdo tanto. Él no le echaba tocino, no porque fuera vegetariano, sino porque no había plata. Vivía ahí con su mujer y sus dos hijos, en un local en la esquinera. Y toda su familia vivía arriba; su mamá y sus hermanos.

Estábamos ahí hablando y le dije: «Negro, y ¿qué fue lo que hizo usté pa Navidad?». «Estuvimos aquí con los compañeros de Caloto». «Pero usted sí es bruto» le dije así. «¿Cómo va a quemar la casa?».

Llega y se para el Negro, me dice: «Ve, Chiki, yo tengo 33 años. Cumplí 33 años. La edad de Cristo. Yo ya me le enfrenté al diablo, a mí ya no me matan».

Me acuerdo tanto de eso, como si me lo hubiera dicho ayer.

Discutimos ahí, ta, ta, y después yo le dije: «Ay, Negro, llamame un taxi».

Yo vivía en San Antonio, y él ahí en Santa Elena, que es como decir quince minutos en taxi. Entonces el Negro me llama el taxi, él se queda ahí. Yo me subo al taxi. Él se queda ahí, fumándose un cigarrillo. Yo me fui como el culo, hablando con la Juanita, con mi hija. Llego a San Antonio y le digo al taxista «por favor, espéreme ahí que voy a sacar la plata».

Entro a mi casa, el teléfono estaba sonando. Contesto. Era Irma, la mujer del Negro. «¡Chiki, acribillaron al negro y casi la acribillan a usted! Marica, el taxi no había arrancado, cuando ya le estaban disparando».

No valió que el Negro se le hubiera enfrentado al diablo, ¿oíste?

Ese año fue tenaz. El año siguiente, el 92 fue… fue tan tenaz.

Los compañeros del partido me dijeron «Chiki, váyase».

Llegué aquí, exiliada, el 16 de diciembre del 92.

Pasó el tiempo y con la gente que ha venido aquí, a denunciar, he encontrado las caras de muchos otros conocidos, asesinados cobardemente por los militares y los

paramilitares. Estoy esperando que todos esos muertos hayan sido las semillas para crear una Colombia donde haya justicia social, donde vivamos en armonía, donde los sueños de nuestros muertos y de nuestros mártires se hagan realidad.

Como si la muerte le dijera qué hacer

Admiraba mucho a mi papá porque él, a pesar de ser concejal, empezó siendo un excelente líder. Se destacó en la comunidad, fue presidente de la junta de acción comunal. Después, fue inspector de policía. Atendía los casos que llegaban de todas las veredas aledañas. Desde ahí como que le entró esa espinita de la política. Empezó a hacerse amigos políticos, a trabajar con muchos políticos y ya después le metieron la espinita de que fuera concejal. La primera vez que aspiró, era el que encabezaba. Esa vez ganó.

Bueno, eso fue a partir del 2002 que escuchamos que la guerrilla estaba por la parte del centro poblado de Maito. Empezó la toma, le colocaron bombas a la estación de policía. Ahí dijimos «están cerca, como que la violencia ya nos quiere tocar». Uno como que empezaba a tener temor. Pero uno nunca se imagina que lo iba a vivir tan de cerca, que iba a estar en nuestra vereda.

La población tenía temor porque nunca había pasado algo en el municipio. Tampoco se había escuchado nada al respecto. La mayoría de la gente como que evitaba estar hasta tarde de la noche, evitaba moverse. Los trabajadores de nosotros se iban agrupados para no irse solos.

En octubre del 2002, el 17 de octubre, hicieron presencia las FARC. El Bloque Uriel Varela. Se presentaron allá en la vereda. Fueron a nuestra casa, nos preguntaron por mi papá. Ellos sabían que él era concejal. Llegaron allá: «Don Reinaldo, necesitamos que nos convoque a la comunidad». Ese día nos fuimos con mi padre casa a casa, nos desplegamos. Él se fue por un sector, yo me fui por otro. Le avisamos a la comunidad que había que presentarse a la reunión que estaba convocando esa columna.

La gente estaba asustada, no creía lo que estaba pasando. Yo les decía «sí, es que ellos fueron a la casa, fueron armados, con sus trajes. Fueron cuatro personas, tres hombres y una mujer». Ese día hubo reunión en el salón comunal en el que se hacían las reuniones de la vereda. Empezaron a hablar de que ellos estaban ahí en el sector y que iban a hacer seguridad. Dijeron que iba a haber toque de queda, que hasta las seis de la tarde se podía estar por ahí. Ya después no respondían. Así le advirtieron a la comunidad de que ellos iban hacer presencia sobre esta zona.

Ya el 20 de octubre, o sea, esa misma semana, le llegó a mi padre la carta de amenaza donde decía que si no renunciaban él y todos los del Concejo, iba a haber la misma consecuencia que había habido en Campoalegre. Claro, nosotros nos

atemorizamos porque en Campoalegre habían asesinado al alcalde, dos concejales y creo que el sobrino del alcalde.

Le decíamos «no, papá, de una vez renuncie». Yo lo traje hasta acá al pueblo. Él trajo la nota, se la mostró a los demás del gremio de concejales y pues todos optaron por hacer un oficio. Lo firmaron y le entregaron la renuncia al alcalde de la época. Él la reenvió al Gobierno. Después le llegó a ellos la notificación de que no había sido aceptada la renuncia.

Como a los cinco días de haberle entregado la carta de amenaza a mi padre, fueron otra vez a la casa. Recuerdo que acabábamos de almorzar. Nos sacaron a todos, quedaron solo con mi papá en el comedor. Nos amenazaron con las granadas. «¿Qué le van hacer?, ¿qué va a pasar?». Ellos habían hecho la advertencia de que no tenían que hacer sesiones en el Concejo. Mi papá les expuso que no le habían aceptado la renuncia y ¿qué le dijeron ellos? «Si hacen sesiones no se puede presentar». Así que ellos no se presentaban a las sesiones. Pero mi papá se bajaba. Muchas veces iba a hacer otras diligencias.

Ellos llegaron otra vez. Estábamos un día con mi padre cogiendo café cerca a la casa. Estábamos los dos cuando los vimos. Casi me muero del susto. Solté el árbol de café: lo primero que vi fue uno uniformado. Me ericé. Volteé a mirar a mi papá y mi papá me volteó a mirar a mí. Ellos dijeron «no, no se asusten. Venimos a advertirle que no vuelva a bajar a Tarqui». Entonces mi padre les dijo «no, es que yo no bajo a las sesiones. Yo bajo a hacer otras diligencias». Ellos tenían vigilantes por todos los lados.

Eso fue empezando en noviembre. A nuestra casa fueron como unas tres veces. Nos desalojaban a todos, atemorizándonos con las armas. En muchas ocasiones mi papá no nos contaba nada de lo que hablaba con ellos. Él era como muy reservado con ese tema. En una ocasión le dijimos que nos fuéramos. «Así nos vayamos a otro lado a hacer nueva vida, así no tengamos nada, vámonos». «No, hijas, adonde vayamos ellos nos van a encontrar. Hay que ponerles la frente en alto. Hay que estar aquí poniéndole el pecho a la situación». Pasaron todos estos sucesos.

Ese 15 de diciembre un amigo de mi padre nos había invitado a un bautizo. Ese día, desde la mañana, lo sentimos muy inquieto. Mi padre se levantó, se bañó, se cambió. Él estaba inquieto. Mi madre en muchas ocasiones le preguntó que si estaba enfermo, que si se sentía mal. «No, mija, yo quiero que usted vaya a ese bautizo. Usted nunca sale». A mi mami no le gustaba ir a ningún lado, ella era en la casa. O sea, fue como una insistencia de él para que ella fuera. Tanto así que ella terminó aceptando.

Llegó mediodía, almorzamos y mi papá les dijo a mis hermanos que tenían que ir. «Ay, no, a un bautizo no. No vamos por allá». «Vayan, vayan todos. Lleven a su mamá». Bueno, en esas también me dijo a mí que fuera. Pero nosotros teníamos una cooperativa al pie del colegio y yo era la que se hacía cargo de atenderla. Allá era cotidiano que los sábados y los domingos la gente fuera a hacer el mercado. Yo le dije «no, papi, porque esta tarde tengo tres clientes que quedaron de venir por el mercado,

¿y quién los va atender? Yo no voy por allá». «Sí, tiene que ir. Vaya, vaya. Yo voy y le cuido la tienda, pero váyase». Ya él me insistió tanto que le dije «ay, bueno, sí, pero voy a bajar y en la cooperativa me maquillo». Me dijo «vámonos los dos».

Nos bajamos, pero en el camino de la cooperativa a nuestra casa había un billar donde se reunía la comunidad los domingos. Entonces él me dijo «hija, yo voy a entrar aquí. Si quiere usted sube y me deja las llaves». «Bueno, señor». Me fui para la tienda y él se quedó ahí. En esas llegó un cliente y le hice la entrega del mercado. En esas, me senté afuerita en el corredor a esperarlo. Me quedé ahí esperándolo.

Yo escuchaba que «¡pa!, ¡pa!, ¡pa!, ¡pa!», como disparos, pero a la vez parecían golpes. Estaba ahí cuando vi que alguien bajaba corriendo y me dice «cierre, escóndase que mire que allá en el billar mataron a un poco». Me escondí. Empecé a llorar y a llorar. «¿Ahora cómo me voy a ir? Mi papá estaba en el billar».

Yo digo que mi papá sabía lo que iba a suceder. Ese día no quería que estuviéramos con él, no nos quería cerca. Como que él no estaba con esa tranquilidad. Yo no hallaba qué hacer ese día. Yo no quería ni pasar por ahí, porque tenía que pasar por ahí. «Dios mío, ¿ahora cómo voy a pasar por ahí y ver a mi papá así?».

Ese día su cara brillaba

Yo era militante de la Juco, pero con mi familia llevábamos una vida normal. En la Juventud Comunista si tú no eres universitaria, ninguno te ve. Bueno, te ven como obrera y nosotras éramos obreras. O sea, tú no haces parte de su medio y eso a nosotros nos importaba un carajo. Pero nunca sentimos que pertenecíamos a esta izquierda. Tampoco queríamos pertenecer.

Mi compañero militaba. Estábamos muy de acuerdo en muchas cosas, pero en otras no. Entre menos sabía en qué andaba el otro, mejor. Un mes de febrero, él me dijo «me voy este fin de semana, es muy delicado lo que voy a hacer. Hubiera querido tanto tener un hijo. No quisiera morirme y no dejar ni siquiera un hijo». Pues entonces le dije «mañana lo hacemos». Un poquito de inconsciencia de todas maneras. Pero así fue. Al otro día él se fue y yo ya decía que estaba en embarazo.

Eso fue en febrero del 86. Él se iba y no sabíamos por cuánto tiempo. Lo cierto es que apareció dentro de poquito. Como a las tres semanas, cuatro semanas, porque yo le dije que estaba en embarazo. Me pareció muy valiente de su parte, porque él les dijo «yo quiero irme, mi compañera está en embarazo y quiero estar con ella». Pienso que dejó a la gente con mucho problema. Me imagino, ¿no?

Un 9 de octubre, cuando llegué como a las doce del día –hacía dos días había cumplido ocho meses de embarazo– comencé a sentir frío, miedo, muchas sensaciones fuertes en mi cuerpo. Algo que nunca había sentido. Le dije a mi hermana «creo que

voy a tener el bebé porque tengo miedo, escalofríos, no sé qué me pasa. No tengo dolores, pero tengo esos síntomas».

Me senté un ratico, me tranquilicé y me fui para la casa a almorzar con él. Ese día me pareció tan especial. Yo pienso que hay siempre signos de toda parte. Llegué y la pieza que era nuestra, él la había arreglado toda. Había arreglado su ropa, planchado. Había puesto todo demasiado en orden. Demasiado en orden. Nos recostamos un ratico después de la comida, del almuerzo, y me dijo «voy para Chapinero». «A mí me parece que usted está yendo mucho a Chapinero. Usted debería evitar esa zona porque me parece que anda mucho por ahí. ¿Qué tal lo tengan pillado? ¿No quiere que lo acompañe? Hoy no es importante que yo vaya al trabajo porque hay un desfile de modas».

No quiso. Recuerdo que me dejó en el bus y yo lo miraba. Me parecía que todo era brillante en él. Yo lo miraba: su cara, su ropa, sus zapatos. ¡Estaba tan pulcro! Fue después que pensé en los siempre me decía: «No, mija, ¿se imagina que a uno le pase algo y tenga los calzoncillos rotos, las medias rotas?». Ese día su cara brillaba. Recuerdo que cuando estaba en el puente el sol le daba en la cara. Y lo veía. Yo tenía un sentimiento extraño, extraño. Me dejó en el bus, me fui a trabajar, llegué por la noche a la casa. Mamá había hecho dulce de banano. Mamá lo quería mucho a él. Lo mimaba igual que a un hijo. «Mamá, ¿le dejó dulce?». «No».

En ese momento supe que algo había pasado, y de pronto tocan la puerta. Abro y es la hermana de él. Nunca la había llevado a la casa. Y tan pronto me vio se puso a llorar. Me dijo «lo cogieron a las cuatro, tres de la tarde». Ella se la había pasado buscándome donde vivía. Sabía el barrio, pero no dónde. En un momento se puso a llorar y se recostó en un poste de luz. Ahí escuchó mi voz. Se había puesto justo al frente de la casa.

Parece que él estaba con un amigo en Chapinero entre las calles 59 y 57 con 13. Parece que este amigo se dio cuenta de que los estaban siguiendo y le dijo «hermano, abrámonos». Y parece que este muchacho entró al almacén Only, que tenía dos entradas, y mi pareja siguió por la calle.

Comienzo a ir al DAS, al F2, voy por todas partes. En esa época había lugares extraños donde decían «mire, allá guardan gente». Uno llegaba y efectivamente el que salía era un militar o un soldado, un policía. Eso es extraño. No había poder, no había un letrero, no había nada. Era un garaje, y cuando yo golpié, efectivamente fue un policía el que salió. Fuimos a las caballerizas, a buscarlo por todas partes.

Ese es el momento donde comienzan a decirte que te calmes. Tenía ocho meses de embarazo. Tenía que ir todos los días a la clínica San Pedro Claver. Me hacían una hora de monitoreo, porque tan pronto le pasó eso al papá, la niña paró de moverse. En esa época yo decía «el niño», porque el papá estaba seguro de que iba a ser un niño. Yo iba todos los días a que me hicieran monitoreo.

Fue la familia de él la que hizo todas las diligencias: la demanda, lo de la Procuraduría. Fueron ellos los que estuvieron realmente al frente. Yo iba más a buscarlo en instituciones. A veces me decían «lo encontramos, está en Medicina Legal».

Entonces iba a Medicina Legal, miraba esos cuerpos. Todos los muertos se parecen. A veces dudaba de si era él.

Lo cierto es que el mes se pasa, pero yo estaba segura de que el papá iba a aparecer para el nacimiento de mi hija. Es que eso es tan grotesco que uno no puede creer que esté pasando, que es verdad. Como yo sabía cuándo habíamos hecho la hija, el hijo, pues había contado mis semanas. Sabía que tenía que nacer el 7 de noviembre, y el 7 de noviembre me fui pal hospital. «Ya. Es hoy, doctor». Me examinó y me dijo «no, a usted todavía le falta». «No, que es hoy, es hoy. Son 40 semanas».

Me fui para la casa y en la noche me comenzaron los dolores. Me metieron en la clínica, y échenme Pitocin, y un poco de contracciones. Uno 24 horas en un parto: super… superduro. Yo me había hecho la idea de que el papá tenía que estar ahí, pero no llegó. «¡No aparece! Pero ya el niño o la niña viene». Entonces por eso no dilataba y al otro día, como a las siete de la noche, el médico me dijo «le propongo una cesárea». Me hicieron la cesárea, una cesárea sin dolor. No sentí nada. Recuerdo que cuando sacaron la niña, el niño, me dicen «es una niña». Yo me puse a reír. Eso sí me dio risa, porque ya él había dejado el nombre y todo. Que lo llamara Juan Pablo. Que fuera una niña fue una cosa sorprendente. En ese momento los médicos me pusieron la niña, me la pusieron como abajo de las piernas. Me acuerdo que no me atreví a cogerla. Toda la noche ella ahí. Yo esperando a que él llegara. Pasé la noche además con mucho dolor en los pulmones a causa de la inyección que te ponen, creo. Dolores insoportables.

Al otro día veo dos caras que llegan, ¡llegan noticias! Un amigo mío de la Procuraduría llegó al hospital con un amigo suyo y me dijo «mira, vengo con este amigo que tiene noticias para darte». El muchacho me dice «pues mire, señora, resulta que fui a un lugar, que me dejaron entrar porque tengo mis relaciones, y me dejaron ver. Yo no podía hablar con nadie. Pero, señora, lo que le digo a usted, realmente, tiene que guardarlo pa usted porque es mi trabajo, es mi puesto el que pierdo. Yo estaría en una muy mala situación si usted cuenta lo que le digo. Yo lo hago por usted, porque quiero a mi amigo y tal. Llegué a un lugar y me dejaron ver a algunas personas que están capturadas. Hay un hombre, está desvestido. Hay muchas cosas como usted lo describe. Esta parte de aquí de la nariz para arriba es idéntica a una de sus hermanas. Es la misma expresión. Tiene una cicatriz en la pierna. Y hay una cosa muy curiosa, y es que tiene la cara muy manchada como si fuera una mujer en embarazo –a él cuando estaba con estrés, se le manchaba la cara–. Uy, señora, pero realmente rece pa que se muera rápido. Que se acabe ese calvario».

Anoche estuvimos y no amanecimos

Ese día viernes, 30 de marzo de 1984, a las nueve de la mañana, salió mi esposo temprano de la casa. Un día frío, con presagios, no sé, de cosas malucas. Mi suegro le dijo «vaya a esperar al río a los visitadores del Fondo Ganadero, y yo voy a darle vuelta a los trabajadores». Se alistó mi esposo. Acababa de cumplir 24 años, el 12 de marzo. Un líder campesino, jugaba fútbol, era de la junta de la vereda; muy alegre. Me metí a una hamaca con la niña. Él se fue y yo me dormí. Yo nunca me dormía a esa hora, o sea, eso fueron los presagios de que las cosas iban a pasar, yo lo presentí todo.

Me levanté como a las once para montar el almuerzo, porque los trabajadores llegaban a almorzar a las dos y media de la tarde. No tenía tanto afán. Los trabajadores llegaron a las dos pasaditas a almorzar. Mientras yo les servía almuerzo, la niña estaba por ahí diciéndole a su abuelo que estaba muy bonita, que cuando llegara el papá le iba a decir que estaba muy bonita.

Terminé de servir el almuerzo y la niña no estaba por ningún lado. «¿Qué se hizo la niña?». «Ay, ella estaba por aquí con su joda de que está muy linda», me contestó mi suegro.

La niña se durmió, ella nunca dormía en la tarde; o sea que nosotros todo, todo lo presentimos. Se levantó a las cuatro de la tarde y lloró lo que quedaba de tarde.

Y mi esposo no aparecía.

El día anterior mi suegro había visto a una persona en la orilla del río. No era muy conocida, era más bien nueva en la región. Se llamaba Jairo y no sé por qué era de esas personas que uno o presiente o se imagina. A mí me caía mal y no lo había visto sino una vez. Pero no sé por qué me caía como mal. Él fue el que le dijo a mi suegro que salieran a esperar a los visitadores del Fondo que iban al otro día.

A mi esposo, con todo lo que estaba pasando en la región, los compañeros de la junta de campesinos le habían dicho que si se dejaba coger de la noche en el puerto, no fuera a irse, que se quedara.

Llegaron las siete de la noche, pero él no llegó.

Yo dije «ya no viene porque está advertido de que no debe coger la carretera de noche». Le dije a la niña «vamos a dejarle la comida al papá, acostémonos».

Me levanto a las cuatro de la mañana a hacer desayunos, y me dice mi suegro: «Mija, le toca que vaya a ver qué pasó con su marido». «Vea, y ¿eso tan temprano? Se quedó allá y ahora llega».

Seguí haciéndoles desayuno. Se levantó todo el mundo pa irse pal trabajo. Salían a las seis de la mañana. Cuando mi cuñado me dice: «Mija, ¿mi papá ya le ensilló la bestia pa que se vaya a buscar a su esposo?». «Pero ¿cuál es el afán? Esperemos a que él llegue». Me dio rabia, pero luego me decidí.

En esas la niña estaba llamando al papá para que la levantara. Era él el que la levantaba.

Me cambié, arranqué, me fui. El trayecto siempre era retiradito. Me fui con la niña y yo creo que eso me salvó.

Allá se divisaba la finca de un tipo que se había ido en enero. Estaba sola, saliéndole humo. Yo vi eso y dije «¡Dios mío! Ahí está esa gente, ahí está el Ejército. ¿Ahora pa yo pasar?». Me acordé de todos los santos y no me devolví. Pasé muerta del susto, a lomo de caballo y con la niña. No me dijeron nada. Yo veía a los del Ejército allá y a mí me parecía que me iban a disparar. Como decía mi esposo «es que si uno no debe nada, nada teme», pero, sin embargo, estaban matando mucho.

Llegué al puerto: ahí estaba la silla de la bestia en la que él había salido. El señor Jairo me recibió, me dijo: «¿Usted es la esposa?». «Sí, señor, yo soy la esposa. Él está aquí, ¿cierto?» «No, señora, a él se lo llevó el Ejército ayer».

Sentí que la tierra me tragaba, que me tragaba, que me sacudía y me sacaba otra vez.

«¿Cómo así que sé lo llevó el Ejército y usted no nos avisó?», le hice el reclamo, y es que el tipo no me caía así como tan bien. «Sí, se lo llevó. ¿Usted no se encontró al Ejército? Ellos me dijeron que les avisara que se lo había llevado pal puesto de Garavito a una investigación, y que delante de ellos no andaba nadie».

Pero ese mismo domingo supuestamente el teniente hizo llamadas a un lado y al otro, y no, no estaba detenido. Nadie daba razón de que lo hubieran llevado siquiera a Puerto Berrío.

Yo sí le dije a Jairo: «Usted no quiso avisarnos antes. O sea que si anoche hubieran llegado a la casa nos habrían matado a todos».

Me fui a montar a la bestia y el tipo no me dejó ir. Todo estaba tan bien organizado, que el tipo me dijo que el Ejército había dicho que lo iban a devolver en la primera chalupa que bajara para Barranca. Algo por dentro me decía que él solo bajaba si lo echaban río abajo, como habían echado a mi cuñado. O sea, yo no tenía ninguna esperanza de que lo volvería a ver vivo.

Yo dije: «Ya toca muerto, vivo no lo vuelvo a ver».

Sin embargo, me quedé esperando la primera chalupa que bajaba a las siete y media u ocho de la mañana. El Jairo ese arrancó y se fue y no me esperó más. Se fue con la señora. Esperé hasta las nueve y ni siquiera bajaban las chalupas. Y en todo el día no bajó la chalupa.

El Ejército llegó varias veces para que no lo pudiéramos encontrar, pa que no lo pudiéramos buscar.

Si mi esposo debía algo, si lo estaban juzgando de tener vínculos con la guerrilla, que lo hubieran detenido y hubieran averiguado. Que lo hubieron metido a la cárcel. Si es que era un delito darle de comer a alguien, no era porque le naciera a uno sino porque tocaba.

Y, bueno, ya el martes mi suegro decía que lo buscáramos por el río. Así había encontrado al otro hijo que le había matado la guerrilla nueve meses antes. Yo dije a él «no lo van a tirar al río. A él nos lo van a desaparecer porque ya vieron que no nos hicieron mucho daño con la muerte del otro. Con este piensan hacernos mucho más daño».

Un daño grande es que no lo volvamos a encontrar.

En ese entonces los muertos bajaban por ese río todos los días. Cada vez que llegaba una chalupa, un Johnson, decían «allá arriba viene bajando un muerto».

Mi suegro contrataba un Johnson y se iba a mirar si ese que bajaba era su hijo.

Ese martes 4 de abril, ellos se levantaron. Mi suegro y mi cuñado se levantaron y se fueron tempranito pa la orilla del río a ver qué escuchaban, si les traían alguna razón. Pero qué razón, si nadie podía bajar de la vereda porque estaba el retén militar. Y ¿quién pasaba por el retén, si cogían a todo mundo?

Cuando tocaron la puerta, y yo como con esa vaina de estar esperando. Salgo, abro. Era un amigo de los que no existe; yo estoy convencida de que amigos como ese ya no existen y nunca más volvieron a existir. Abro la puerta y lo veo a él –cada vez que cuento me parece que lo veo ahí parado– y le digo: «Don Israel, ¿cómo está usted?, ¿cuándo bajó?». «Me vine anoche, me les metí a esos hijueputas anoche con el Johnson apagado. Me les pasé pa la otra orilla del río». Él me dijo eso y yo sentí que él traía la razón que habíamos estado esperando. «Y usted que viene de allá, ¿qué sabe de Ramiro?», le dije eso y él se echó a llorar. «Se lo tragaron, esos hijueputas se lo tragaron». «¿Lo encontraron?». «Sí, ya lo encontramos. Por eso me arriesgué a pasar, porque no voy a dejar que se lo coman los animales por allá tirado».

Al otro día, yo llegué al cementerio con mi niña de la mano. Estaba un amigo que quería mucho a mi esposo. Entré y su cuerpo estaba tirado en un tablón, en el piso. Yo entro y le digo a la niña: «Mami, ese es su papá».

Borré, no sé qué pasó de ahí en adelante.

Ya cuando vuelvo a caer en cuenta, vuelvo como en mí: estoy sentada en una banca con la niña y ese amigo de mi esposo está al pie mío, me dice «yo creo que él no es». Porque, claro, estaba irreconocible, le hicieron muchas cosas. Me lo destrozaron, mejor dicho. Muchas torturas. Tenemos un testigo que dice que lo colgaron a las tres de la tarde. Esa es la hora en que la niña se durmió. Ella nunca dormía.

Claro que uno reconoce los rasgos de las personas, yo con solo ver la mano sabía que ese era él. Y cuando el amigo me muestra la ropa, lo supe del todo. A mi esposo se le caía el pantalón, se le abría el cierre. Por eso le puso una pitica en el botón. Y el amigo suyo creía que no era él por esa razón, porque el pantalón tenía esa pita. Pero yo le dije: «Eso se lo puso antes de irse».

No me quiso decir que era él

Eso siempre le decían a uno que vámonos, que allá vamos a estar juntos, cuando ya uno sabía que no era así. Yo tuve un amigo que lo conocí pequeño, que cuando lo volví a ver estaba uniformao. Llegué y le dije «¿venga, usté, qué pasó?». «No, eso es

lo más de bien. Míreme, me doy los gustos que quiera cuando quiera, hago lo que quiera». «¿En serio?». Después me echó una historia que todavía me queda la duda de si era de él. Y me dijo «vámonos, Negra, vea que eso allá es más chévere, mire que eso le pagan a uno». O sea, yo no soy interesada en el dinero. Será por eso que nunca me motivó irme para las filas. Me decía que me fuera, que allá era muy chévere. «¿Usté se acuerda de Pedro? Imagínese que la mamá se enfermó y él le estaba pidiendo permiso al comandante. O sea, para ir a verla a un sitio que se llama El Olvido. El comandante le dijo que no, que él no le daba permiso de ir. Él se quedó muy triste». Yo le dije «¿sí mira? Y usted convidándome pa allá, que dizque allá es muy bueno». «Sí, qué pesar del chino». Entonces me fui con una amiga con que estaba. Había andado como dos cuadras cuando escuché como una mecha, como cuando usted revienta una mecha de esas de jugar tejo. Todo mundo empezó a correr. Y cuando me fui a mirar, era el amigo con el que yo había acabado de hablar hacía diez minutos. ¡Chino verraco! Se colocó el fusil acá y se disparó. Yo no lo podía creer y le dije a mi amiga: «Era él, él era el que estaba viviendo la situación que me estaba contando. Era él, el de la situación. No era ningún Pedro».

Semana de gracia

Nosotros salimos en diciembre del 2009 del Guaviare, trasladados para la ciudad de Neiva. Salimos bien, sanos y salvos del Guaviare, todos. Walter quería para acá, para Ibagué, pero no fue posible. Lo más cercano fue Neiva. Él llegó el 23, yo llegué como el 15 o 16 de diciembre: me fui con el trasteo, y él se quedó con la niña en una casa, durmiendo en el piso en unas colchonetas pegadas, mientras nosotros nos acomodábamos. Entonces yo me fui con el niño, organizamos todo en Neiva. Walter tenía que entregar documentos delicadísimos, de secreto, de cosas así.

Cuando él llegó, prácticamente la casa estaba en orden. Y él estuvo del 23 de enero al 1.° de febrero en Neiva. El 1.° de febrero él estuvo de servicio, de las siete de la mañana de hoy a las siete de la mañana del otro día, las 24 horas. De ver que no llegaba, lo llamé como a las nueve de la mañana y le dije: «Oiga, mi amor, ¿sumercé no tiene hambre? ¿Viene a desayunar o voy y le llevo?». «No, mami. Ya voy, ya voy, pero hágame un favor: necesito que me aliste una maleta para quince días». «¿Qué?». «Ay, mami, ¿por acá? Vaya aliste una maleta y allá hablamos. Hágame el favor». Por teléfono nosotros no discutíamos.

Le alisté su maleta. Y él llegó, me dijo que lo habían mandado a una comisión para el Guaviare; era la primera vez que lo mandaban en una. ¿Tú sabes lo que era para mí la zozobra con que vivía permanentemente?

Antes de que Walter llegara a Neiva, me dije «ay, Señor, todavía me quedan ocho días con mi Bebé, mi Perrito, mi Cosito», yo le decía muchas cosas a él. Llegó el 23 de diciembre, ¿y tú sabes lo que yo sentí? «Salimos, salimos ya», me dije.

En septiembre él ya se podía pensionar, si quería. Lo que era decir «ya estamos en enero; en septiembre, si Dios quiere. En diez meses puedo batir la bandera blanca y decir "lo logré, salí al otro lado"». Pero ese 1.° de febrero llegó a decirme que se iba para el Guaviare. Me puse a llorar, me cogía la cabeza. «Pero ¿cómo que el Guaviare? Walter, ¡por Dios!».

Yo me casé con Walter y durante los 21 años que duramos casados, sentí que un día no lo iba a volver a ver. Cuando me despedía de él yo sentía eso. Tenía esa intuición, todos los años. No sabes lo que es vivir con eso. Los días que él se iba, yo lo acompañaba hasta el último momento, o sea, hasta la última parte donde me fuese posible acompañarle. Si yo hubiera podido ir hasta la oficina, hubiera ido; pero obvio había cosas que no debía hacer.

Hay mujeres que se despiden en la cocina: «Chao, mi amor». No, yo no podía. Yo tenía que ir hasta la puerta de la casa. Ese día que me puse a llorar, me dijo «¿me quiere acompañar hasta el terminal? Vamos y me acompaña. Yo voy hacer algo muy importante, por favor, necesito tu apoyo. Son solo quince días y vuelvo». Se fue. Yo lo acompañé hasta el terminal.

No volvió a los quince días. El niño cumplió los dieciocho años el 21 de marzo. Ese día, como pudo, lo llamó y le dijo «papi, no puedo hablar mucho contigo, tú entiendes la situación. Te amo mucho. Sumercé está encargado de la mami y de la hermanita, de que no me les pase nada».

En abril me llamó nuevamente y le dije: «Papi, pero ¿cuándo vas a volver?». O sea, él me decía: «Voy a entrar. Ahoritica no puede haber teléfonos, señorita, cuando yo salga la llamo». Él me decía «entrar» y nada más.

Yo no sabía en qué andaba, yo no podía preguntar.

En abril me llamó y me dijo: «Mami, voy a ir. Pasado mañana viajo pa Neiva». «¡Ay!, ¿ya vuelve?». «Sí, señorita, pero solamente por ocho días. Y lloré otra vez. «¡Ay!, pero tú me habías prometido…». «María Isabel, te estoy diciendo, ¿quieres que nos veamos ocho días? Quiero compartir contigo, con los niños; pero debo regresar, por mi trabajo debo regresar. Dime si quieres o no, porque si te vas a poner en ese plan, yo por teléfono no puedo discutir estas cosas».

Me tocó por el lado amable porque o si no, no venía.

Nos llegó de sorpresa, él me había dicho «llegó el miércoles», y llegó el martes como a las cinco y cuarenta y cinco de la mañana.

Fabián estaba durmiendo, y él le abrió la ventana del cuarto al niño y le dijo «buenos días, Gato Feliz». Si tú supieras cómo llora mi hijo cuando recuerda ese momento, él dice «yo como que lo quería meter por esa ventana».

Estábamos durmiendo cuando sentimos: «¿Y dónde están mi reina y mi princesa?». Mi hijo ahí sí gritaba de la felicidad. «Mami, llegó mi papi». Nooo, eso era la dicha de los tres. Nosotros no hallábamos qué hacer con ese hombre. Lo amábamos tanto.

Me paré y le hice tintico. Él se sentó en una silla; lo abrazaban, lo besaban. Ese momento se los dejé a ellos. Yo también quería cogerlo y abrazarlo, pero pues era el espacio de mis hijos.

Bueno, ya los niños se tenían que ir. Ellos estudiaban en la tarde y no querían ir. El papá les dijo: «No, señor, ¿qué les he enseñado? La responsabilidad y la disciplina forman a una persona. El papá está aquí y en la noche va a estar aquí. Se me van, van a estar concentraditos y me van a dar muestra de que yo no me equivoco cuando confío en ustedes».

Entonces tuvimos tiempo para nosotros, y me dijo: «Ahora sí, vamos a hablar. Primero que todo, mami, entienda que yo tengo que devolverme y eso se lo tenemos que decir a los niños. Mami, yo voy a hacer algo y es la primera y la última vez que le voy a hablar de mi trabajo, porque es necesario que entienda lo que estoy haciendo. Vamos a hablar los dos clarito aquí. De mi trabajo solamente te puedo decir que es muy delicado, y que por eso no me puedo quemar contigo. Cuando yo te diga que no me preguntes, que hasta ahí puedes preguntar algo, hasta ahí es. Entre menos sepas, más vives». «¿Qué es lo que hace? ¿Por qué tanto secreto?». «Mi vida es de secretos, mi profesión es de secretos. Tú tienes que entender eso, y tú lo sabías». «Sí, yo lo he vivido, pero ¿por qué otra vez el Guaviare?». «No me pidas detalles porque no te los voy a dar; te voy a dar las razones por las cuales debo volver. Tú sabes que yo llevaba tantos años en el Guaviare y tú sabes la información que esta cabeza tiene sobre lo que sucede allí. En esta cabeza hay información que puede hacer cosas muy especiales. Mami, yo sé que tengo en mis manos la posibilidad de que unas familias que han sufrido durante años la ausencia de un ser querido vuelvan a sonreír. Estoy así de cerca de lograr eso. Yo puedo, María Isabel, hacer que esas familias estén nuevamente con su ser querido y le puedo devolver la libertad a unos compañeros míos que se están pudriendo en la selva, encadenados. Después de que yo haga eso, María Isabel, lo que tú quieras: si tú me pides que me retire en septiembre, me retiro. Lo que tú decidas, te lo juro, María Isabel, y tú sabes que yo siempre te he cumplido. Pero esta vez necesito tu apoyo. Para mí es vital que me vaya bien de aquí, sin peleas, sin discusiones; que tú entiendas, porque yo sé que tú tienes un buen corazón. Ponte en los zapatos de esas mamás, ponte en los zapatos de esas esposas; pon los hijos míos en los zapatos de esos hijos que no tienen el papá y la mamá porque están encadenados a un árbol, y que tienen que ver esas imágenes».

Los niños llegaron en la noche. Él habló con ellos. «Entiéndanme que el papi está haciendo algo grande. No puedo decirles, no puedo, pero ustedes se van a sentir orgullosos de su papá. Yo sé que ustedes de aquí en adelante me van a admirar y se van a sentir orgullosos de ser mi familia. Sé que lo vamos a lograr, estoy seguro de que lo vamos a lograr. Vamos a disfrutar esta semana que voy a estar con ustedes, vamos a disfrutarla al máximo, vamos a compartir y me esperan que yo vuelvo».

Mira que cuando nos acostamos pues uno dice «viene el momento de estar en intimidad»; solo que antes de eso pasó algo que me dejó marcada. Él se acostó y me dijo: «Mami, abráceme, abráceme muy fuerte». Me puso la cabecita acá, como un niño, y me dijo: «Abráceme, mami, necesito sentir los latidos de su corazón porque he tenido mucho miedo». Se puso a llorar. «He sentido mi corazón en la boca, tengo mucho miedo, mami. Pero yo necesito terminar esto, yo no puedo dejarlo. Solo abráceme, abráceme».

Me puse a llorar, me puse a hablarle, a cantarle. A mí me gustaba cantarle.

Él me pidió que le cantara esa canción –cuando éramos novios hacíamos eso–, me dijo: «Mami, cánteme, cánteme canciones; esas canciones que me gustan tanto», y yo empecé a cantarle hasta que él se quedó profundo. Estaba cansado, estaba agotado. No se movió y yo me levanté con un dolor en mi pecho por la fuerza que él oprimió. Esa fuerza de necesidad, de «ayúdeme, cobíjeme; deme ese calor que necesito».

Al otro día me desperté y pensé «no me voy a mover hasta que él lo haga».

«Uy, mami, que calor el que tengo», me dijo. «Mami, me duele una muela, me duele una muela». Fuimos a odontología y le destaparon la muela.

La doctora era la esposa del coronel que estaba de comandante en la brigada. Ella lo quería mucho, le dijo: «Oiga, Moreno, eso es estrés. La muela está sanita. Eso es estrés, Moreno, usted tiene que manejar eso, papá. No se vaya por allá».

Esa semana estuvimos toda la semana con él. Estaba tan… o sea, llegó como a… ay, no sé, hasta llegó a despedirse. Esa semana fue perfecta. «Me tengo que ir, ¿ya la maleta está lista?». A las ocho dijo: «Veamos este programa y me voy», como tratando de posponer su viaje.

A lo último me dijo: «Bueno, mami, vámonos ahora sí, pero vámonos a pie y llevemos los perritos». Pero los perros no quisieron salir de la casa. Cuando él les mostraba el lazo a esos perros, ya estaban en la otra esquina. Les pusimos los collares, ¿y tú crees? Eso eran como frenados. No se pudieron llevar los perros.

Él siempre nos inculcó algo que para mí, la verdad, es difícil de llevar a cabo: me decía y le decía a los niños «uno no debe mirar atrás, nunca debe mirar atrás». A veces él salía corriendo y me tocaba alcanzarlo pa poderme despedir, me le ponía muy brava. «Venga, venga, venga. ¿Usted es que no se piensa despedir?». «No, mami, yo no miro pa atrás. Acuérdese que uno no debe mirar para atrás. La meta está hacia adelante, nunca hacia atrás. Entonces uno tiene que enfocarse hacia delante. Por eso no la miré hacia atrás. No debes mirar hacia atrás».

Y siempre que se iba a despedir, nos tocaba correr detrás. Él no se regresaba y los niños lo sabían, y a veces jugaban con eso. Él estaba ahí y de un momento a otro salía a correr, y ellos «papi, tú no te despediste»; lo tenían que alcanzar. Eran juegos que hacíamos, que teníamos. Yo les decía a los niños «alcáncemelo, téngalo».

«Uno no mira para atrás, las metas están adelante» me dijo. Se subió al taxi, le metimos la maleta.

El taxi arrancó.

Yo sabía dentro de mí, sabía que él no iba a voltearse a mirar; y mi hijo también sabía porque era más consciente que la niña.

Pero sentimos que giró la cabeza, nos hizo así. Nos hizo así. A mí nunca se me olvida eso. Fabiancito me miró, rompimos en llanto.

«¿Qué pasó, mami?», preguntó la niña.

El taxi se iba. Él seguía haciéndonos así.

Fue la última vez que lo vimos vivo.

Como una finca sin agua

Mi mamá, Damarys Mejía, era una líder social de acá del municipio de Puerto Triunfo. Ella se dedicaba a construir viviendas para las personas más pobres, para las familias más vulnerables, para las madres cabezas de familia. Y ella, en esa época, había creado dos barrios que hoy por hoy están vigentes acá en el municipio de Puerto Triunfo, en el corregimiento de Doradal.

En la creación del tercer barrio, a ella se le ocurrió la idea de invadir los predios de la Hacienda Nápoles. Ella invade esos predios y pues tuvo un roce con el alcalde de la época, quien le fue a hacer el desalojo. Lo que cuenta la gente es que ese día ellos discutieron, tipo cuatro de la tarde, y tuvieron palabras muy fuertes.

Las palabras de mi mamá al alcalde fueron: «Usted de aquí me saca muerta».

Ese día, a las once y media de la noche, la sacaron muerta del predio.

Ellos tuvieron unos roces. Sus palabras fueron bastante fuertes hacia él y de él hacia ella. Eso fue lo que nos comentó la comunidad, porque la verdad pues para esa época yo estaba acá en la cabecera municipal con mis abuelos, con mi esposo, con mi hijo, y no sabíamos en sí lo que estaba pasando.

Simplemente ese día, el día antes, ella me hizo que jurara y que le prometiera que en caso tal que de que llegara a faltar, yo iba a pasar a ser como la mamá de mis hermanos.

Más o menos alrededor de 60 familias estaban ese día. Hicieron cambuches, hicieron de todo. Los desalojaron. Hubo el enfrentamiento.

Mi mamá había acordado con el inspector. Ella tenía 48 horas para desalojar. Ella le dijo al inspector que ese día no desalojaba pa no darle gusto a ese hijueputa, pero que al otro día lo hacía con los muchachos, con la gente.

A ella la mataron en medio de toda la gente, cuando llegó el anochecer.

Mi hermanito se encuentra a quien la mata, le pregunta que qué pasó y nadie le dice nada. Mi hermanito encuentra a toda la gente llorando sin él saber quién era el muerto. Pensaron que habían hecho tiros al aire, y cuando fueron a mirar la que hacía falta era mi mamá.

Él va y busca al inspector de policía que para que hagan el levantamiento y miren cómo sacarla. Y la orden que habían dado era que no la podían sacar y que se la tenían que comer las hormigas arrieras; a ella había que dejarla allá hasta el otro día. Sin embargo, mi hermanito de dieciséis años no la dejó allá. Mi hermanito se metió a los predios de la Hacienda Nápoles, la sacó y se la llevó pa la casa con la comunidad.

Mi hermanito se la llevó pa la casa y allá la dejaron. Mi hermanito la organizó, la montó en una mesa y lo que hizo fue venirme a buscar aquí a Puerto Triunfo. Seguramente mi mamá le había dicho que si pasaba algo, fuera y me buscara; que yo sabía qué hacer.

Las palabras de él no se me van a olvidar nunca. Un 17 de septiembre, a medianoche, me dice: Me mataron la mamá. «¿Qué vamos hacer?». «¿Quién? ¿Cómo?».

Me imaginé, o sea, que de pronto un accidente o algo así, pero nunca que había sido de esta forma. Nunca pensé que el conflicto armado nos iba a tocar la puerta de la casa.

Ella un día antes se había despedido de mí. Me había dicho de una manera, como cuando uno se está despidiendo. Mi abuelito sí le dijo que hiciera una despedida, y ella se echó a reír. Le dijo que sabía que su vida éramos nosotras. Mi abuelo cogió, nos abrazó delante de mi abuela y dijo «sí, es verdad».

Entonces mi mamá llega y le dice a mi abuelo que si ella se iba primero, la garantía era yo. Ahí estaba yo para mis hermanos. Pero que si ella y yo nos íbamos, que quién iba a cuidar de mis hermanos. Mi abuelito la abrazó, le dijo «yo no pensé que tuviera una hija tan bonita».

Ellos dos se querían muchísimo. O sea, el amor de ellos dos era tan grande, tan grande, que cada vez que él podía se perdía de por acá y se iba pa donde mi mamá ocho días, y era a tomar aguardiente, a estar con ella, a ayudarle. Él la alcahueteaba en todo; o sea, mi mamá no tenía por qué preocuparse, que si no tenía con qué comer o con qué pagar el agua. Ella cogía y decía «apá, no tengo pa pagar esto», y mi abuelo le solucionaba.

En nuestra familia cambió todo. Me tocó hacerme frente de muchas cosas y yo no sabía hacer nada. Yo no sabía sino pedir y mi abuelo nos daba. La que hacía el trabajo era mi mamá. Nosotros empezamos a perder todo. En menos de un año a mi abuelito le dieron tres trombosis. Tuvimos que hacerle una cirugía de corazón, colocarle un marcapaso.

Y quedarme al frente de todos los negocios. Yo no sabía cuánto valía una vaca, cuánto valía un atao, cuánto valía un ternero. Tocó empezar a vender las cosas porque yo no tenía conocimiento. Mi abuelita siempre me decía «venda, venda, venda; empiece a vender pa poder sostener la enfermedad del abuelo».

A final lo mató un cáncer; o sea, duró siete años luchando, luchando. Yo fui la que estuvo al pie con él, en todo el proceso. Él no soportó la muerte de mi mamá. Él no se repuso, y eso creó en mí mucho odio y resentimiento y sed de venganza. Había perdido lo que más amaba en esta vida.

Perder a mi abuelo fue la locura más grande. Cuando mi abuelo se me muere en los brazos, sentí que me habían acabado la vida completa. Entendí, entendí el amor que teníamos los tres. Él decía «si ella se va, yo me voy detrás». Y él me decía a mí «si a usted le llega a pasar algo, yo me quedo como una finca sin agua». Nunca entendía eso, y lo vine a entender ahora después de tantos años, después de tanta cosa que nos ha pasado.

Hoy por hoy, escucho bramar un ternero o paso por donde hay vacas, corrales, y a uno se le arruga el corazón. Créame que sí. Porque al tener uno todo, disfrutábamos la tradición de nosotros. Era que cada vez que nacía un niño en la casa se bañaba con leche de vaca negra. Teníamos, nos dábamos ese lujo. Tener una vaca pa la familia y saber que teníamos la leche para nosotros. Luego tener que ir a comprar la bolsa de leche, perder muchas cosas.

A veces siento el olor del campo y se me arruga el corazón, y mucho, porque en ese medio fue que yo viví. En ese medio fue que yo crecí.

En el momento fue algo muy duro sacar a mi mamá de Doradal.

Nosotros llegamos, vamos a recogerla. La comunidad se nos atravesó y no la quería dejar sacar que porque les pertenecía a ellos. Ese día que fuimos a sacarla, todo, todo se cerró: el colegio, la escuela; todo, todo. La gente era con banderas. Eso nunca se había visto en la historia de Puerto Triunfo.

Mi abuelo tuvo que negociar con la comunidad, decirles «es que a ella, mi hija, la queremos llevar a la casa, pero yo me les comprometo de que la voy a traer».

Mi mamá estuvo una parte acá, en Puerto Triunfo, y una parte en Doradal. Cuando la fuimos a enterrar, nos tocó ir a llevarla a Doradal, hacerle el recorrido por todas las calles.

Y se vino toda la gente encaravanada a hacerle la misa. Todo el mundo quería llevarla en hombros, pero como ella tenía un grupo de amigas que jugaban fútbol, baloncesto –mejor dicho, todos los deportes–, ellas se encargaron. Le colocaron la bandera de Colombia, la cargaron en hombros hasta el cementerio. Ella fue entrada en hombros por mujeres. Fue llevada a la iglesia, y de la iglesia, cargada en hombros hasta el cementerio.

El pueblo quedó pequeño, este pueblo quedó pequeño. Los carros no cabían, el gentío no cabía: la gente la lloraba. Nunca en el pueblo se ha visto un entierro como ese.

Y mi abuelito no lloraba, simplemente decía «mire cómo me dejaron a mi niña». Él mismo fue el que la ayudó a organizar en la morgue. Él la vistió, la colocó en el ataúd.

Mi abuelito llegó con ella ahí a la entrada del cementerio. Él la cogió, la abrazó, le echó la bendición y empezó a caminar. Se fue, se salió del cementerio.

Él no cogió hacia los potreros. Cogió a caminar, como cuando uno va a la salida del pueblo. A él le agarró el desespero y empezó a caminar. Cogió el poncho, se puso el poncho, y empezó a caminar, a caminar. Y decía: «¡Dios mío, Dios mío, quítame este dolor que estoy sintiendo tan grande!».

No fue capaz de despedir a su hija.

En sí yo tampoco pude. Estaba pendiente de mi abuelo, pendiente de mis dos hermanos de quince y dieciséis años.

Ver mi abuelita como estaba, ver unos niños que no entendían por qué no tenían a la mamá y ver a mi abuelo tan destruido.

Cuando fui a avisarle a mi abuelo que la habían matado, le toqué la puerta, le dije: «Papi, ábrame la puerta». «Yo ya sé qué viene a decirme, ¿cierto que le pasó algo a su mamá?». De una vez presintió, y él tomó las noticias con mucha tranquilidad. Mi abuelita sí no: mi abuela perdió el control, pero después lo perdió mi abuelo cuando vio la realidad.

Cuando el mundo se bifurca

Epílogo a El libro de las anticipaciones

¿Qué era lo que llevaba a los seres humanos a asumir las armas, bien fuera para defender la patria o para transformarla? Esta colección de fragmentos permite escuchar las formas en que las experiencias personales se intersecaron con procesos sociales e históricos. Si afinamos el oído, estos trozos de vida no solo nos hablan de ese instante cuando el camino se abrió en dos y se transformó para siempre, sino que también nos permiten entender las decisiones que se desprendieron de esa bifurcación.

Mayra
Bueno, yo estudiaba. Era una estudiante, pues. Yo estaba en el pueblo, estaba ahí estudiando, en el Sur de Bolívar, en La Pacha. Yo vivía con mi mamá y los hermanos míos. Mi mamá se dedicaba a hacer pan y nosotros la ayudábamos. Ella repartía en el pueblo. ¿La violencia? Pues, no, no, en mi familia nunca vi eso. Nunca yo vi la violencia. Yo veía situaciones, ahí en el mismo pueblo. Veía situaciones del hambre, de cómo vivía la gente; aunque yo no pasé nunca, ni mi familia nunca. Uno tiene que ser honesto. De que mis hermanos eran pescadores, uno tenía que la comidita ahí. Mis hermanos pescaban bastante, y uno ayudaba a la gente y les daba su pescaíto. Pero yo nunca viví el hambre. Así que, ¿una crisis? No, nunca en mi casa. Siempre teníamos con qué comer y todo eso. De lo que uno sí veía, de lo que estaba sucediendo, la pobreza allá y también la violencia. De cuando llegaba el Ejército por ahí, que de pronto había unos combates con la guerrilla. Uno veía eso, y como yo era una estudiante, ingresé.

Eliseo
Antes de llegar a las filas éramos una familia pobre, campesina, se puede decir. Criados en Antioquia porque nosotros nos fuimos pa allá, mi familia toda está en Antioquia. Entonces nos criamos ahí, en un pueblo bullanguero, buenísimo. Y bueno, ahí estuvimos en Tarazá, en una región minera. Nosotros trabajábamos en la mina como barequeros y, bueno, hacíamos diferentes actividades porque también teníamos algunas finquitas de la familia. Que íbamos a las fincas, en una finca platanera en la orilla del Cauca; allá manteníamos también. Una vida de pelado, pues, jugando por ahí, fregando, comiendo pescado. Y bueno, mi infancia fue… ¿cómo te digo? En Tarazá. Ahí nos levantamos sin estudios porque no pudimos estudiar por falta de money. Yo nací en Bijao, Córdoba, y nos fuimos siéndonos pelaos. Por mis papás y por la familia que llegó a visitarnos, y dijeron «no, vámonos por allá que esta región ta muy llevada». Y, bueno, nos fuimos encarretados, porque allá supuestamente era mejor.

Alminda
Soy indígena kankuamo, tengo 44 años. Pues nací en una vereda de Atánquez que se llama… eso le dicen Los Hoyos. Ahí fue mi infancia, ahí crecí. Nosotros somos diez hermanos, yo estaba entre los cuatro últimos. Hay más mujeres. Cuando chiquita yo jugaba a las muñequitas con una tusa que era lo que teníamos. La vestíamos con una ropita. Vivíamos de la agricultura, mis padres sembraban yuca, guineo, plátano, frijol, maíz. Se vendía la siembra en Valledupar, o se vendía entre la comunidad, se hacían intercambios. Estudié la primaria en La Vega, hasta tercero estudié. Por la situación de mi familia no pude seguir estudiando. Lo que he aprendido lo he aprendido acá, dentro del movimiento, en las FARC. Yo quería ser enfermera, siempre. En la escuela, cuando alguien se raspaba, yo oía que la profesora le echaba mercurio, Menticol. Yo estaba pendiente cuando algo se caía para irlo a limpiar. Eso era lo mío.

Inés
Mi madre me regaló desde niña.

Steven
Viví en el sector Los Charcos. De ahí, mi papá, por ahí en el 83, compró un lotecito en el barrio Villatina. Lastimosamente solamente vivimos cuatro añitos allí. En el 87 pasó la tragedia de la catástrofe de Villatina. Bueno, lastimosamente estamos reconstruyendo la memoria histórica de nuestro país, pero hay algunas memorias que están enterradas. Una de esas memorias es la catástrofe de Villatina. ¿Qué pasó allí? La historia cuenta que hubieron dos versiones: una versión, que habían aguas estancadas en uno de los morros aledaños al cerro Pan de Azúcar, y la otra versión era que habían caletas de explosivos y dinamita de grupos armados, del M-19. A nuestros seres queridos que se murieron allá –todos murieron destrozados–, los tuvimos que enterrar en cajón sellado o en fosas comunes. No los pudimos reconocer. La historia más real para nosotros era que habían caletas de explosivos y dinamita de grupos armados, del M-19. Pero, lastimosamente, nosotros vivimos en un país que es como loquito, porque quieren conocer la verdad de algunas cosas, pero hay otras verdades que están enterradas. Y esa verdad quedó en la impunidad. Nunca supimos en realidad por qué murió nuestra familia. Ahí pierdo a la familia. ¿Y el Estado? Vivíamos en un país donde era débil, ellos venían de recibir Armero; de ahí al año, la toma del Palacio de Justicia; y al año, llega esa tragedia tan impresionante. No fui amparado por un Bienestar Familiar, por un Estado, sino que terminé en la calle, huérfano, por ahí como un gamín. De ahí de la catástrofe vine a parar en un albergue; del albergue vine a parar a la calle; de la calle, lastimosamente, fui amparado por los grupos armados, por el Bloque Cacique Nutibara de las AUC.

La Mona

Uno sí se daba cuenta de cosas porque ella se quedaba mirando las fotos de mis papás. Me preguntaba por el niño, que cuántas hermanas tenía, que este familiar qué hacía. Iba a almorzar a mi casa, ya había como más *feeling* para todo. Nosotras duramos casi un año larguito. Un día ella nos dice que nos alquiló una finca en Villavicencio. «No, es que imagínense que les alquilé una finca; las voy a llevar a pasear». Era un puente, nosotras dijimos «listo, vámonos para el puente». Fuimos al famosísimo fin de semana con ella. Primero para Villavicencio, y en Villavicencio supuestamente nos recogían unas camionetas para llevarnos a la finca que ella nos había alquilado. Pero en mitad de camino, yendo de Villavicencio para Yopal, nos pararon en la vía y nos hicieron bajar. Nos dijeron que desde ese momento nosotras pertenecíamos a las Autodefensas Unidas de Colombia. Yo dije «venga, ¿y qué es "autodefensas"?».

Anita

Soy Anita, hija de dos campesinos. Mi papá tenía 35 años cuando se metió con mi mamá; ella tenía 14. Yo nací cuando ella tenía 15 años. Mi papá y mi mamá eran cuidanderos de una finca. Mi mamá se aburrió de estar con mi papá por situaciones. Y me dejó con mi papá. Salió y se fue, ella estaba embarazada. Tuvo a mi hermano y vino y se lo dejó. Entonces ya éramos dos por papá y mamá. Mi papá, pues al ser un hombre de campo, se veía a gatas. Entonces decidió hacer vida con otra mujer y más adelante con otra, con otra, y eso. Tuve cinco madrastras. Con una de ellas, él tuvo dos hijos varones que también sufrieron lo mismo, la misma situación de abandono. Siendo así que yo no tuve niñez de jugar con muñecas ni lo que normalmente juegan los niños, sino que por ser una mujer –mi papá pensaba que yo tenía eso pegado a mi ser–, que tenía que ser cuidadora. Me tocó cuidar a mis hermanos, a los tres, lavar los pañales y cocinarle a mi papá. Mi papá no nos trataba como hijos, sino como empleados sin sueldo. Mi papá me pegó mucho, me maltrataba mucho. Y pues ahí es cuando uno piensa que no debió de haber existido. «¿Para que lo traen a uno este mundo?». Llegaba a pensar. Yo llegué a pensar que yo era una niña desgraciada, que había nacido con alguna maldición. Cosas así porque mi mamá me abandonó. Y para que una mamá lo abandone a uno… Yo veía los animales del campo: vi una vaca que protegía a su becerro, una perra que cuidaba a sus críos. Y ¿por qué mi mamá no me pudo cuidar a mí? Me dejó en manos de mi papá, que era cien por ciento trabajo. No se podía descuidar porque el ganado, porque la vaca, porque no sé qué. En fin, solamente dedicado a su finca. Otro punto es que mi papá no tenía moto, no tenía carro. Pasaba una ruta al día para ir al pueblo por una medicina. El hospital se llamaba Hospital Santa Bárbara, era un moridero, ni alcohol había. Entonces son las precariedades con las que vive el campo, que aún vive el campo colombiano, que es el caldo de cultivo para que salgan hijos para la guerra, ya sea para Ejército, ya sea para Policía, ya sea para los paracos y ya sea para la guerrilla.

Alonso

Soy objetor de conciencia. Mi historia narra cómo la militarización instrumentaliza a los niños, niñas y adolescentes. Desde mi historia se puede mostrar la doble moral de la sociedad colombiana, que valida los valores militaristas. Desde mi experiencia, la existencia de los colegios con orientación militar permite que niños, niñas y adolescentes de trece y dieciocho años aprendan las pedagogías de la militarización y de la guerra bajo la bandera de la disciplina, el orden y los valores militares que perpetúan el estereotipo de que el niño se vuelve un hombre cuando pasa por el Ejército. Lamentablemente, esta situación es tolerada porque se realiza en el marco de la institucionalidad. Sin embargo, si esta práctica es realizada por agentes no institucionales, es perseguida. Quiero recordar una noticia que fue viral en el mes de octubre del año pasado, con relación a un batallón de Manizales que realizaba cánticos militares que incitaban a la violencia contra las mujeres. Esta clase de cánticos en la institución educativa donde cursé mi bachillerato, durante el tiempo que realicé mi instrucción militar, eran totalmente tolerados por parte de los funcionarios de la institución educativa durante los años 2008 y 2011.

José

Las fuerzas de seguridad del Estado y el Ejército se metieron encubiertas, un año después de que la guerrilla asesinara a mi tío. Eso asesinaron muchas personas, inclusive a una profesora que era esposa, mujer o amante de un guerrillero. Fue asesinada cruelmente. No vi, pero cuentan. Pasaron muchas cosas. También recuerdo que un día ellos entraron a la finca de mi papá y le dijeron «no se preocupe que ustedes no tienen nada que ver con esto, aquí nosotros estamos buscando es a los que les daban de un vaso de agua pa arriba a esos hijueputas». Palabras textuales. Eso se lo dijeron un grupo de personas que llegaron en unas camionetas blancas, vidrios oscuros, que bajaron todos armados, de civil, eran de civil. ¿Quiénes eran? No sabía. Hoy en día me di cuenta que supuestamente pertenecían a lo que era el DAS. Lastimosamente pasó en muchas zonas del país, digo, cosas peores y quizás iguales, o peores. Yo terminé mi primaria y me fui al pueblo, al bachillerato del colegio José Celestino Mutis. Era en Pueblo Nuevo, Córdoba, y pues por razones que no entendí, decidí ser militar. No sé. Me gustó. Siempre tuve cierta admiración por el Ejército, admiraba mucho al Ejército. Inclusive, en medio de esa situación fea que se estaba viviendo en Córdoba, decía «cuando yo sea grande voy a ser del Ejército». Y con mis amigos, primos y hermanos jugábamos al combate. Un grupo era el Ejército y el otro grupo era la guerrilla. Y uno jugando en medio de la inocencia sin saber, pues, todo lo que pasaba, ¿no? Y yo siempre jugaba a que era soldado, que era del Ejército. Y una vez dijeron que no, que yo tenía que jugar en el otro bando. Y yo dije que no, preferí no jugar.

Andrés

Yo tenía de doce a trece años, más o menos, eso fue pal sur del Tolima, en una parte que se llama Montoso, hacia arriba. La verdad yo de guerrilla no conocía nada, de por

sí le tenía hasta miedo porque había escuchado cosas: que mataban, que violaban, no sé qué. Mi papá se fue a fundar una finquita, y llegamos allá, y era área guerrillera. La primera vez que yo los miré me causó pánico. Ahí fue la primera vez que los miré. Resulta de que llegaron a la casa, nos pidieron que si les podíamos hacer un grande favor y les vendíamos unos almuercitos. La verdad nosotros no teníamos nada que hacer de comida; pura yuca cocinada. Éramos bastante pobres y les dijimos que solo teníamos eso para ofrecerles y dijeron: «No, tranquilos, que nosotros estamos enseñados a comer lo que sea, porque nosotros somos campesinos lo mismo que ustedes». Y se les dio eso y se fueron. Por la tarde llegaron con una mula cargada de remesa y nos la dieron, nos la regalaron, y lo que sí pidieron fue el favor de que fuéramos a devolver esa bestia por allá de donde era el animal. Dijeron «esa bestia es de tal finca para que nos hagan el favor y nos la lleven». Fui y la devolví. De ahí pa delante empecé ya.

Carlos

Soy quindiano, en Quindío hice la primaria. Mi infancia fue la siguiente: yo me crie en la calle porque no conocí mamá, no conocí abuelos, no conocí tíos, no conocí nada. Mi familia: mi papá y mi hermano, esa era la familia. Llegué hace 30 años al departamento de Caquetá. Yo me crie al lado de tres familias las cuales conocían la situación de nosotros. Esas familias nos obsequiaban, nos daban un bocado de comida. Hoy en día a los hijos de esta señora los quiero como si fueran hermanos míos. Uno de ellos era policía en ese entonces. Estamos hablando de los años ochenta. Y él fue el que me dio la idea, porque, como dije, él me animó y me hablaba muy bien de la Policía. Entonces yo tomé la decisión de presentarme, más o menos en el 86, 87. Yo no soy caqueteño, pero me siento caqueteño porque es un departamento que me ha dado lo poquito que tengo. Que me ha dado una familia.

Andrea

Yo soy una mujer de acá del Caquetá. Mi mamá vive en Lusitania que queda en frente de Miravalle. Pues mi familia somos por todos catorce: nueve mujeres y cinco hombres. Mi mamá ha trabajado duro, mi papá también. Llegó un tiempo donde mi papá se metió a trabajar en una empresa donde hacen limpieza de las vías. Entonces mi papá era representante y viajaba mucho para Puerto Rico, Caquetá, y en una viajada donde fue a firmar unos documentos para hacer el segundo contrato, pues no volvió. No volvió mi papá. Dicen que fueron los paramilitares los que lo mataron; porque fue al pie de Puerto Rico, en donde solo vivían ellos, donde convivían ellos. Eso fue como en el 2001, yo tenía trece años. Y entonces, pues, yo de ver cómo sufría mi mamá, pues a mí me afectó harto. También a mis hermanas. Entonces, ya ahí la cabeza mayor faltó. Ya cada quien hizo lo suyo: dos hermanos se fueron para la guerrilla y todo eso. Porque pues siempre uno miraba el Ejército en los pueblos, en las ciudades. Aquí era distinto, se miraba siempre guerrilla. Ellos lo miraban a uno pasar,

dentraban y lo saludaban a uno. Eran muy amables. O sea, en ese tiempo el Ejército era muy bravo, ellos no llegaban todos amables como es ahora. No, ellos llegaban de una vez a cogerlos a los campesinos a golpes, a pata, preguntando que dónde estaba la guerrilla, que nosotros éramos informantes, que nosotros éramos colaboradores. Uno todo eso va mirando.

Miguel

En el Caquetá vivía con mis padres, Víctor y Manuela. Somos en total, me parece que éramos once o doce. No recuerdo la cifra, cuatro hombres y el resto son mujeres. De esa cantidad habemos ya dos desaparecidos, dos hermanas que también integraron las filas y una que se murió de muerte natural. Mi madre no existe. Existe mi padre, él se fue porque lo seguía el Ejército y la Policía. Le tocó abandonar. O sea, la historia total es que él vino derrotado de la violencia del 48, cuando inicia el anuncio de la desaparición de la República Independiente Miliciana. Entonces, toda la gente que había por allá, entre esos mi papá, salió con toda la familia hacia el Caquetá por la parte de Benalcázar. Papá andaba huyendo en el monte, guardando la vida. Habían mujeres y habían niños. Entonces, cuando se anuncia que venía la Violencia, 17.000 hombres contra esa tal República Independiente, anuncian el camarada Manuel y Charro Negro de que se avecinaba una guerra contra la población. Y entonces, ellos iban a hacer resistencia: que los que estuvieran de acuerdo los podían acompañar, pero de edad de veinte hacia abajo. De veinte hacia arriba podían irse para las casas. Necesitaban gente que resistiera, gente joven que resistiera. Papá, él estaba mayor de veinte. Había dejado en casa de los suegros a mamá en embarazo mío. Yo soy el mayor de la camada. Se le pidió que si más bien se venía para donde la familia. Él llega donde nosotros y durante el tiempo que él estuvo yo nací. Es cuando le plantean eso, que se venía la Violencia, que tenían que irsen a refugiar porque si se quedaba por ahí lo mataban. En esa época le llamaban los Pájaros, hoy en día paramilitares. Papá saca la familia, los suegros a otra parte. Los tíos de papá salieron hacia el Caquetá y se ubicaron por ahí. La gente del Caquetá dijo que se había llegado la chusma. Mi papá, el más joven de todos los guerrilleros. Lo hicieron coger. Duró siete años en la cárcel. Se llevaron siete hombres, entre ellos a mi papá. Los otros, como eran mayores, eran abuelos, tíos, ancianos; salieron en un año, dos años. Pero papá duró seis años. Yo tenía como ocho añitos. Con nosotros estaban los abuelos. Y listo, entonces de ahí pa acá él sale y siempre sintió ese volate, que eran chusmeros. Un señor nos regaló tierrita, veinticinco hectáreas. Construimos y me formé yo y el resto de hermanos. Ahí primeramente el Ejército llegó como por dos ocasiones y se lo llevó, sino que papá era del Partido Comunista. Al papá se lo llevaron dos veces, sino que la gente a papá lo quería y había un sistema de comunicación: que el cacho, el cacho de vaca. Cuando sonaba ese cacho, tantos tonos, era que había peligro. Comenzaban a averiguar qué era. Si el peligro era en mi casa, era colocar un trapo de color. «Ah, es de fulano». Ese fulano iba comunicando «pilas que la fuerza pública se lleva a fulano de tal». Unos se

tiraron al caserío, otros a la casa de nosotros. Cuando llegaron a la casa no encontraron a nadie porque nosotros nos fuimos con mamá y con papá. Yo en esa época tendría por ahí unos once años, diez años, algo así. Mi padre permaneció ocho días allá, detenido y toda la comunidad ahí acompañando. Entonces, unos del partido fueron a la sede y hablaron con el batallón y lo liberaron. Volvió a la casa. Después vino la policía a llevárselo y no estaba. Papá ya no dormía en la casa. Mi mamá, ella perteneció a eso. La organización también se llamaba Organización de Mujeres Unión Demócrata. A los dos años me fui yo a la guerrilla.

Pedro Pablo

Me levantaba cinco y media de la mañana, me iba a trabajar porque tenía que ganarme el jornalito. Cuando eso, mi padre se había ido para la costa. Entonces era ganarme, tener el sustento de mi mamá y de mis hermanos. Y casi a diario mantenía un soldado ahí, dele y dele. Hasta que un coronel del Ejército se arrima donde mi mamá y le dice: «Bueno, este muchacho, nosotros tenemos influencia sobre él. Es que tenemos el reporte de que él sale a las cinco y media de la mañana». «Pues se fue a ganarse su diíta. A esa hora sale». «¿No será que él está en otros pasos?» Eso lo va viendo uno. Cuando el Ejército mata a unos muchachos en Monteloro, me mandan razón a mí de que no me deje coger ni nada. Me estaban buscando. Fui a Monteloro. Me voy a trabajar unos días pa allá y todo. Hasta que ya resultó la cosa de que yo hablaba con la guerrilla. Entonces ellos, los guerrilleros me dijeron «vea hermano, pues…». Es que ellos en un combate cogen un cuaderno, una lista, en la que nos tenían a nosotros. Me tenían a mí. Entonces me dijeron «vea, usted está en esta lista, y esta lista la tienen los paramilitares. ¿Se va a hacer matar o qué va hacer?». ¿Uno ahí qué, hermano?

Nelson

Nosotros allá tenemos… teníamos potrero, ganado. También teníamos cultivos de maíz, cultivos de plátano, cultivo de yuca y había unos cultivos de coca. Desafortunadamente, lo que los campesinos cultivaban o cultivan hasta ahora no se vende, o si se vende, se vende a precios tan bajos que no se alcanza para suplir los gastos. Es difícil sacarlo y si se saca a una ciudad, a un pueblo, no hay a quién vendérselo o la gente quiere que se lo regale. El Gobierno, al ver tanta influencia, tanto problema de narcotráfico y tanta presencia de grupos al margen de la ley, empezó a militarizar los pueblos. Especialmente La Hormiga, Puerto Asís, El Tigre, la base de Santa Ana. Empezaron a haber los conflictos entre fuerza pública y obviamente los grupos de la guerrilla. Estaban en continuo aumento la pelea o la disputa para adueñarse de los chongos. Los chongos son los cristalizaderos de la cocaína. ¿Por qué? Porque el dinero como tal está es ahí. Al haber esta confrontación, la gente tanto de los pueblos como los campesinos, se veía involucrada. Unos están a favor, otros están en contra. Cada quien tiene su punto de vista y, desafortunadamente, la guerrilla tiene muchos simpatizantes. ¿Por qué? Porque son los que hacen presencia constante en esa zona. El Ejército iba solo de pasadita y

no era bien recibido en esa área, porque a veces iban a hacer daños o llegaban a las casas a culpar o a decir que todos eran guerrilleros. Eso le pasó a mi mamá. Una vez ella me dijo: «Llegaron a la casa y me dijeron que era auxiliadora de la guerrilla». ¿Por qué? Porque esa área siempre mantenía la guerrilla haciendo presencia o salían, se iban, salían, se iban y así continuamente. Estaban como buscando reclutar a los jóvenes de la vereda, desde los niños. El niño que se quería ir con ellos se iba y ya. Y allá… ¿cómo hace usted si no hay pa dónde más coger? La influencia siempre estuvo de la guerrilla. ¿Uno qué influencia va a tener allá del Ejército, de la Fuerza Aérea, de la Armada, si nunca van? No, ni idea esos manes quiénes son, qué hacen. Mientras que los guerrillos están ahí todo el tiempo ahí. De niños jugábamos a los pistoleros, pero con juguetes de palo o con palos. Lo que a duras penas alcanzaba a ver en la televisión, lo que escuchaba por noticias. Básicamente lo que uno veía, como esa convivencia, el día a día. Cuando jugábamos, uno escuchaba de vez en cuando: «No, que yo soy el policía y que el otro es el guerrillero». Que el uno le ponía problema al otro. A mí siempre me ha llamado la atención la carrera de las armas. La influencia de los grupos de la guerrilla en la vereda era muy fuerte. Entonces uno dice: «Bueno, a mí me gustan las armas». Para ese entonces uno tenía la influencia de Rambo. Era la película de moda. O era Rambo o eran las películas mexicanas, que eran la típica escena de los pistoleros. Tenía diecinueve años. Terminé el bachillerato en Pasto y de una vez hice el servicio militar en la Policía. Entonces al estar ya en la Policía, ya me doy cuenta de la otra realidad. Yo creo que he sido una persona lo más correcta posible y siempre me ha gustado la parte legal, lo que es. Uno tiene como esa elección: o soy militar o soy policía. O está la otra opción, que de niño también la pensé: irme a la guerrilla. Presté mi servicio militar seis meses. ¿Por qué? Porque hubo la oportunidad de presentarme en la Fuerza Aérea Colombiana. Estando yo prestando el servicio, fueron a inscripciones, y como yo estaba ahí de auxiliar bachiller de policía, entonces tuve esa oportunidad, ese papayazo, y me presenté. Me inscribí y empecé el proceso de selección. Gracias a Dios pasé.

Ángela

Me pusieron a elegir universidad. Había pasado a la universidad pública. Pero yo me presenté al Inpec para ser dragoneante, y no pasé. En esa convocatoria conocí a una persona del Inpec que me dijo: «Ángela, si no pasó, véngase a prestar servicio militar en el Inpec. Yo voy abrir la primera convocatoria para mujeres». Llegué y le dije a mi mamá: «Mamá, esta es la oportunidad. Desde ahí puedo seguir». Podía seguir ahí, podía elegir si eso era lo que quería o no. Y pues mi familia empezó con «pero ¿por qué?, teniendo aquí todas las comodidades, pudiendo estar en la universidad, ¿por qué darse mala vida si la puede tener buena?». Le dije que no, que yo me iba.

Stefany

En el 2010 mi mamá me botó un dato, me dijo como «ve, yo escuché algo de la Escuela de Aviación de la Fuerza Aérea Colombiana. ¿Por qué no buscas por ahí en internet y

miras a ver en qué consiste eso?». En mi familia no hay militares, no era un ambiente cercano. Entonces me puse a averiguar y vi que me gustaba, que me llamaba la atención. Como he sido muy psicorrígida, pensaba que ese lugar era para mí. O sea, a mí me encanta la disciplina. Pero pues por mi estatura no pude ingresar a la Fuerza Aérea. Me faltaban como dos centímetros. Justo en esa época mi mamá conoció a un capitán del Ejército. Me dijeron «¿y por qué no miras en el Ejército que allá no te van a pedir estatura?». Uno se mete a las páginas y las páginas son súper tramadoras. Eso, mejor dicho, se ven unos videos todo así superincreíbles. Yo me gradué del colegio en el 2011 e hice el proceso de selección en el Ejército. En ese momento las mujeres entraban una vez al año. A lo que yo quería ingresar es una carrera de armas, que es cuando tú haces toda la preparación para la guerra, para el combate. Eso siempre toca con palanca. Eso la gente que entra por mérito propio es muy poca. En el caso de las mujeres era aún más difícil. Los procesos de selección son supertediosos. Te examinan de la cabeza a la punta del dedo del pie. Te hacen pruebas psicotécnicas, psiquiátricas. Menos mal todo salió bien, solo que me dijeron «no, no pasó». «¿Por qué no?». Esa vez el psicólogo de incorporación nos dijo «la verdad es que para serte honesta las otras mujeres que entraron vienen recomendadas de no sé quién, y los cupos no alcanzaron». Mi mamá sí quedó superdecepcionada, y yo pues tuve mi momento de tristeza. Pero después le dije: «Mamá, ¿sabes qué? No me veo en otro lugar. Lo voy a volver a intentar». «¿Segura?». O sea, yo estaba superempecinada y obstinada con que ese era mi futuro, mi proyecto de vida. Y sin tener realmente un conocimiento claro. Cuando yo miro en retrospectiva las cosas, pues no tenía superclaro cómo funcionaban las instituciones castrenses. Que iba a comer mierda, que no sé qué, y no sabía más. Sí, se volvió como esa aspiración. O sea, yo no tenía como ese amor ciego por la institución, pero sí tenía como cierto encanto por su imagen. Un poco como por el uniforme; un poco por la estética, vamos a decirlo así, militar. Sentía que se acoplaba muchísimo a mi manera de ser.

Doña Julia

Madrecita, porque esa vereda de Filo de Oro la mayoría era montaña, muy lejos del Carmen de Chucurí. No se veía un soldado nunca, nunca. Cuando comenzó aparecer esa gente armada, y usted sabe que uno en el monte puallá criando un batallón de hijos y todo. Llegaban que «si nos regala un agua». Tocaba regalársela porque llegaban todos armados. Ni se sabían ni quiénes eran. Al principio pues uno no sabía qué gente era. A lo último comenzamos a saber que eran las FARC que se estaba metiendo. Pasaban por ahí, gente armada, y por eso se llevaron a mis hijos. Estaban reclutando, reclutando los niños. Fueron dos niños que se llevaron. Uno de quince y otro de dieciséis. Se los llevaron. Señor mío, yo crie quince hijos. Me quedó todo ese reguero de peladitos.

Doña Constanza

Mi hijo se fue pa la montaña y no lo miré más. Hasta ahí llegó la vida de mi hijo.

La reina del monte (Tania, 16 años)

Escuché caer las bombas
Y hasta la tierra
tembló de miedo

Sentí el rugido de la muerte
zumbar frente a mi rostro
y cada poro de mi cuerpo
entonar una canción luctuosa

Escuché caer las bombas
Y de pronto
fui prisionera del aire
el canto de las hojas
se hizo uno con mi grito
mi savia y la del bosque
pintaron de fiesta mis pupilas
caudal gozoso
cópula apasionada
bramido de acero
quebrándose en mi espina

Escuché caer las bombas
Y luego
ya no hubo un yo

Ni hubo nada.

Diana Carol Forero

Momentos crepusculares - fotografía testimoniante



Juan Orrantia. *Verderojo.* Fotografía 35 mm intervenida. 2021



Juan Orrantia | *Verderojo*. Fotografía 35 mm intervenida. 2021





Marcos Guevara. *El cuerpo como escenario de la memoria.* Fotografía digital. 2018





Carmenza Castillo. *Álbum de mujeres farianas*. Fotografía 35 mm. 1983

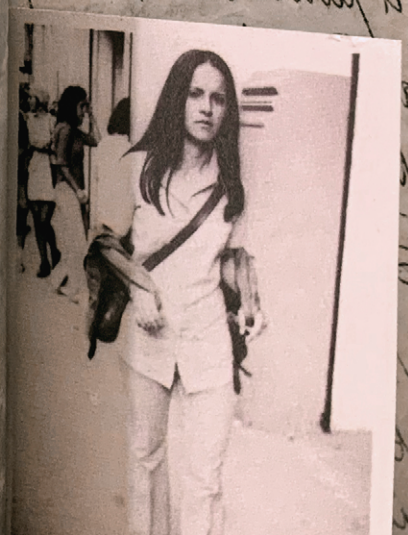


Georgina Montoya. *En busca de la esperanza.* Fotografía de archivo, fotolibro. 1991, 2020



Georgina Montoya. *En busca de la esperanza.* Fotografía de archivo, fotolibro, 1993–1976, 2020







Georgina Montoya. *En busca de la esperanza.* Fotografía de archivo, fotolibro. 1978, 2020





Mafapo y Carlos Saavedra. *Tejido artístico.* Fotografía de objeto. 2018





Mafapo y Carlos Saavedra. *Tejido artístico.* Fotografía de objeto. 2018


FLORES




RICHAR


GERSON



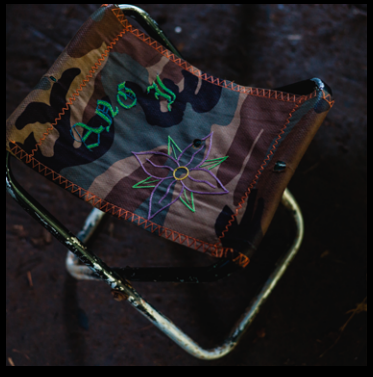







CELYCHESTER
COMANDO
DE LA MUERTE


Juliana




JHOANA

























Federico Rios Escobar. *Verde*. Fotografía documental. 2016





Victor Galeano. *Todas las hojas son del viento*. Fotografía 35 refotografiada. 2019



Victor Galeano. *Todas las hojas son del viento*. Fotografía digital. 2019



Victor Galeano. *Todas las hojas son del viento*. Fotografía digital. 2019



Andrés Cardona. *Luces para Mercy*. Fotografía de intervención. 2022



Andrés Cardona. *Una familia rota en Colombia.* Fotografía participativa. 2018







Andrés Cardona. *Una familia rota en Colombia*. Fotografía participativa. 2018

Cindy Muñoz Sánchez. *Encontrando a Estela.* Fotografía de archivo intervenida. 2021

Sueño

Casas Donde vivio



Cindy Muñoz Sánchez. *Encontrando a Estela.* Fotografía digital de larga exposición con intervención del paisaje. 2021







Cindy Muñoz Sánchez. *Encontrando a Estela*. Fotografía de autorretrato construido. 2021



EL LIBRO DE LAS DEVASTACIONES Y LA VIDA

El gran silencio

Introducción a El libro de las devastaciones y la vida

Como se planteó en la «Introducción general», el «Libro de las devastaciones y la vida» se concentra en las experiencias de violencia que bifurcaron las trayectorias vitales de las personas y las comunidades. Estas historias recogen la vivencia del sufrimiento, pero no se concentran innecesariamente en él. Por el contrario, relatan la forma como esos eventos catastróficos se incrustaron en la cotidianidad, en la existencia humana. Como se anticipaba, esto es lo que hemos llamado «escucha en gesto de porvenir», es decir, una escucha que no mira exclusivamente hacia atrás, hacia el dolor que destruía, sino también hacia lo que dicho dolor pudo haber edificado como un atisbo de resistencia y vida.

Luego de escuchar a fondo la experiencia que se relata en estas historias, se hizo evidente que se produjeron cuatro tipos de fracturas. La del espacio: la violencia rompió los lugares en los que se daba la vida; la del cuerpo: la violencia lo fisuraba, lo marcaba material y simbólicamente; la del lenguaje, que se convirtió en otra herramienta de guerra, en particular en los modos de nombrar a otros; la del tiempo: la manera en que determinadas sociedades marcaban el ritmo de sus épocas a partir de fiestas o ritos. En otras palabras, el conflicto armado marcó todas estas dimensiones de la vida cotidiana. Estas cicatrices y el tejido de intercambios y relaciones que se dieron entre ellas son lo que se entiende como *devastación*.

Entender lo anterior implicó escuchar a fondo, de manera sistemática, más de mil entrevistas, que luego fueron cotejadas con sus transcripciones. De esa escucha profunda emergió lo que denominamos «núcleos de significado», un conjunto de temas alrededor de los cuales giraban los testimonios y que estructuraban una narrativa: desplazamiento, desaparición, tortura, confinamiento, entre otras. Se seleccionaron las historias que mostraran mejor la complejidad de dichas narrativas.

Las historias que giran en torno a fracturas espaciales se juntan en el cuaderno I, «Los lugares rotos». Varias de las modalidades de violencia estudiadas por la Comisión se sitúan en esta clave: la ruptura de espacios vitales. Por ejemplo, hay fenómenos de expulsión, como el desplazamiento forzado y el exilio, que les sirvieron a los violentos para vaciar o sacar a alguien de sus lugares. Se trata de violencias que no solo se dieron en el orden de lo material, sino en dimensiones simbólicas y afectivas. En los relatos hay rupturas de los lugares en los que sucedía la intimidad, lo familiar, lo comunal y las relaciones con la naturaleza. Precisamente, el cuaderno I comienza con «Diálogos con la naturaleza», y luego se adentra en la cotidianidad de la experiencia del desplazamiento y el exilio.

El cuaderno II, «Cuerpos fisurados», gira en torno a inscripción del dolor sobre el cuerpo individual y social, en las maneras en que se narraba la guerra en relación con marcas corporales. Aquí hay experiencias sobre la desaparición, la masacre, la tortura, la violencia sexual, el asesinato. De nuevo, la escucha atenta permitió entender otras dimensiones de estas violencias. En la medida en que la muerte o el maltrato fracturaba la integridad física, también se afectaba lo simbólico de esas materialidades. En otras palabras, además hubo un daño en dimensiones culturales, un daño de cuerpos territoriales. Había sociedades que entendían sus territorios de forma orgánica, como un conjunto de brazos y flujos de sangre que fueron cercenados por determinadas prácticas de violencia.

El cuaderno III, «Las palabras como arma», documenta la manera como diversos usos del lenguaje fueron parte de la lógica del conflicto armado. ¿De qué manera se relacionaba la violencia con nombrar a otro ser humano? La guerra instauraba categorías que se usaban en la cotidianidad y que determinaban las relaciones en medio de la confrontación. En este cuaderno se encuentran aquellas formas de nombrar al enemigo, de institucionalizar al otro basándose en posiciones aparentemente irreconciliables. Términos como *colaborador* o *simpatizante* daban cuenta de ese fenómeno.

Finalmente, el cuaderno IV, «Fracturas del tiempo social», nos habla de tres niveles de ruptura en la continuidad de los tiempos sociales y vitales. Primero, los tiempos de larga duración. El relato de las violencias de los pueblos étnicos, por ejemplo, es leído como una fisura constante de tiempos históricos y míticos; para ellos, el conflicto armado es un capítulo más en una larga cadena de violencias. La segunda ruptura del tiempo se dio en lo social, en las maneras como se truncaron aquellos rituales colectivos: no se pudieron celebrar ferias, fiestas, rituales de origen, nacimientos, conmemoraciones. Y en tercer lugar aparecen las fracturas del tiempo personal y familiar, de lo que se esperaba de un individuo como miembro de una comunidad. Por supuesto, con frecuencia estas tres rupturas del tiempo están interconectadas.

Además, el libro tiene tres relatos intermedios. Estos tienen un objetivo fundamental: centrarse en experiencias de violencia que muestran de manera más clara las relaciones entre las fracturas mencionadas en los cuadernos. En «Los teatros del horror» se exploran los falsos positivos en los testimonios de los responsables en las Fuerzas Armadas como una puesta en escena que salió mal. En «Identidades limítrofes» aparece el maltrato corporal y la estigmatización de personas LGTBQ+ por parte de paramilitares en diversas partes del país. «La experiencia secuestrada» nos habla de la cotidianidad durante un secuestro desde la perspectiva de quienes lo vivieron.

Para terminar, una reflexión sobre el silencio. *Cuando los pájaros no cantaban* es un tejido que se armó con lo que la gente había narrado en una entrevista. Sin embargo, el «Libro de las devastaciones y la vida» también esta atravesado por el silencio. Este aparece como silenciamiento. Casi que toda violencia tiene como propósito silenciar a otro, a una voz. La muerte es un silenciamiento. Pero en el caso de este libro, además, se trata negar el poder de las armas sobre una persona o una comunidad. Por

otro lado, aparece el silencio como supervivencia: se guarda silencio para sobrevivir y luego recobrar lo perdido. Por ejemplo, la historia de una mujer exiliada en Chile, que decidió fundar una organización para defender los derechos humanos luego de ser perseguida. O la voz se retoma por los hijos y las hijas de quienes la perdieron, y continúan con el legado de sus padres. Finalmente, en este libro aparece el silencio como testimonio. Hay cuestiones indecibles, que son imposibles de nombrar o que se quedan cortas en su enunciación. Esto tiene que ver con la integridad de la persona y con su dolor íntimo. Quizás el silencio sea su forma de testimoniar.

Cuaderno I: los lugares rotos

El libro continúa su trasegar alrededor de las fracturas espaciales. Un lugar es donde las personas han creado relaciones de identidad y arraigo, que a su vez configuraron la vida social en dichos territorios. No en vano, en los testimonios se hablaba de la vida arraigada al espacio; de quienes lo vivían, se lo apropiaban y lo sentían. Entrar a la casa de una familia, a la intimidad de la habitación personal o a la espesura de la selva permitía reconocer la historia de una comunidad o de una persona. Cuando la violencia rompió con esos espacios, además trastocó esas experiencias.

Diálogos con la naturaleza

«No podemos dejar esta palabra suelta;
si la vamos a soltar, hay que terminarla,
no la podemos dejar en el aire».

Mayor Pedro, Araracuara, Caquetá
(5 de octubre del 2021)

Los bosques son «sujetos de dolor». Muchos pueblos del mundo reconocen el sufrimiento de la naturaleza de manera incuestionable. Para ellos, los cuerpos de las personas no son los únicos que quedan marcados por la guerra. El uso cotidiano de la palabra *naturaleza,* sin embargo, simplifica lo que es en realidad la integralidad entre seres humanos y seres no humanos. Las violencias contra esa integralidad, contra los territorios y las entidades que los habitan, nos permiten ampliar la concepción del «dolor social» para entenderlo como otro «lenguaje del sufrimiento colectivo». Visto desde el punto de vista de *la naturaleza,* el conflicto armado es otro capítulo de un largo relato que data de la Colonia. Si además la consideramos un cuerpo doliente, deberíamos preguntarnos por el lugar en el que se localiza su dolor. ¿Cómo podemos escucharlo?, ¿quién lo testimonia: un árbol, un duende, un grillo?

Como se verá en las historias y fragmentos a continuación, se nos habló de tres capas de esa herida: transformaciones del paisaje; la afectación del conflicto sobre la vida de quienes cuidaban la naturaleza, que además destruyó prácticas tradicionales de conservación y el vínculo sagrado de los sabedores con su entorno; finalmente, los testimonios de la naturaleza, es decir, el lenguaje del viento, del agua. En esta sección, la naturaleza es más que un escenario o un teatro de operaciones. Por el contrario, es la causa de la confrontación, un ser sintiente cuya voz exige una atención particular. Otro reto de nuestra sociedad es aprender a escuchar la naturaleza. Emerge entonces la pregunta: ¿el dolor de la naturaleza es una forma de verdad? Sí, si aceptamos que los bosques o los manglares tienen un sentir que hemos despreciado. Aceptar ese dolor nos permite relacionarnos con la naturaleza como víctima, testigo de su sufrimiento y del de los demás que convivían con ella.

Los encuentros testimoniales que llamamos «Diálogos con la naturaleza» fueron realizados en su mayoría por el equipo del Tomo Testimonial, que transitó desde la Sierra Nevada de Santa Marta hasta el Amazonas. Hablamos con los pueblos indígenas arhuaco y wayuu, y con consejos comunitarios de Quibdó y Buenaventura. En el Amazonas y en la selva caqueteña, sostuvimos conversaciones con autoridades indígenas de los pueblos

uitoto, muinane, andoque y nonuya. Adicionalmente, escuchamos voces de campesinos alojadas en el Sistema de Información Misional. Para entenderlos a ellos y su relación con la naturaleza, tuvimos que despojarnos de nuestras convenciones y ponernos en una verdadera situación de escucha. Gesto al que ahora invitamos a quien lee.

Mensajes de la Sierra



Sostuvimos dos encuentros con mayores arhuacos. Su cosmología y filosofía nos ofrecieron otras miradas sobre la violencia, la paz, la reparación y el perdón. Los fragmentos de esas conversaciones se presentan a continuación. En ellos se entrelazan el tiempo mítico y el histórico, el personal y el comunitario.

El primero de estos encuentros fue en Pueblo Bello. Desde allí comenzamos a caminar y a conversar –caminando la palabra–, por el territorio de la Sierra Nevada de Santa Marta. Hermes, un indígena que de joven había sido traductor de biblias, nos traducía al mamo Evangelio. Este no pronunciaba palabra alguna en español. Solo en iku.

El lugar de lo sagrado

> Están en un espacio muy sagrado para el pueblo arhuaco, muy visitado. Es el lugar del encuentro, un espacio de diálogo.
>
> Cuando las piedras aún hablaban, llegó una temporada en la que todos querían ser sagrados y que los otros escucharan lo que dijeran. Las piedras lo que querían era buscar quién gobernara la Tierra. Tocaba determinar cuál era la ruta, la forma y los encargados. Quién tenía que ser sagrado y quiénes tenían que ser simplemente un miembro más, pero no ser el jefe. En ese momento se crea un conflicto de parte y parte. La piedra, que estaba en este lugar, determinó la parte que puede ser el punto medio, un punto de equilibrio donde todos pueden operar. Ella fue quien determinó las reglas de quién iba a ser quién dentro de ese conflicto. Entonces, desde el momento en que las piedras determinaron eso, aquí quedó el centro donde se regulan las dos partes. En este lugar no lo recibo yo, ni el mamo, ni el territorio sagrado. Lo recibe la piedra en su casa.

¿Y qué es la violencia?

> Violencia es el reflejo de la desconexión del ser humano con la naturaleza. La desconexión del ser humano con el mundo real de la Madre Tierra, con todos los componentes que existen en el universo. Lo que hoy en día llamamos violencia es

desprenderse del hilo umbilical de la Madre Tierra y la pérdida del conocimiento de los códigos de ella. Cuando tú pierdes eso, te mueves de acuerdo con tus impulsos humanos, pero no con el impulso natural. El impulso como humano lleva a luchar entre hermanos. En otras palabras, la violencia se genera por el desorden a la Madre Tierra y la pérdida del conocimiento ancestral.

***

La reparación que se le debe hacer al pueblo arhuaco es a la Madre Tierra. La reparación debe ser colectiva e integral. Me refiero que no solamente en el humano, sino en el acto de esta conexión completa con la Madre Tierra. Porque tú cuando cometes un delito de esta magnitud, que irrespetas el código natural, no dañas a una familia, sino el espacio del mundo natural que sería la Madre Tierra: el agua, el oxígeno y todo en lo que consiste.

Para el pueblo arhuaco es muy importante cuando el delito no simplemente afecta al ser humano. Como lo que sucedió en la historia de Kuntunsama con los paramilitares y las guerrillas, donde mataron a muchos mamos. Eso para el pueblo arhuaco tuvo un grado de mayor relevancia. Una manera de llevar al exterminio a una sociedad, es acabarle con el conocimiento. Entonces el tema de la reparación no entra en las formas como lo están estipulando ahorita. El pueblo arhuaco no va desarticulado. Sea que hablemos de gobierno, cualquier tema, va articulado. La gobernabilidad, temas de conocimientos, temas ambientales… No se deja nada por fuera. Cuando se habla se hace de forma integral, no con cajitas. Los temas son circulares.

***

Hay una equivalencia en lengua arhuaca. No es exactamente la palabra *perdón. Gwamu renukuresa u* es crear una paz interior. Lo que determino es que yo me siento tranquilo conmigo mismo; me siento en paz conmigo mismo, con los demás y con todo lo que me rodea. Cuando el arhuaco habla sobre *el perdón,* es que el ser humano se sienta tranquilo consigo mismo y con los demás. Pero, bueno, digamos que se hizo la paz, pero el error está cometido. Para el pueblo arhuaco ese tema del perdón es una experiencia donde, igual, yo debo de contribuir con la persona contra la cual cometí el error. Y mucho más si se le hizo daño al espacio natural. O sea, si pido perdón, pero me quedo con los brazos cruzados, está incompleto. El perdón se consigue cuando el hombre se pone en paz con la Madre Tierra.

Existe una serie de ceremonias de cumplimiento de la ley de origen, de cumplimiento de esa falla que cometí con la Madre Tierra. Cuando a mí me da el impulso de querer hacerle daño a otro, no es porque el otro haya cometido el error, es

porque estoy desconectado. Por lo tanto, tengo que ponerme primero a paz y salvo con mi Madre Tierra. Debo volver a entrar en conexión. Luego, cuando yo repare y cumpla con la norma, es que estoy dispuesto a hacer la paz con el otro, pero antes no. Y para que eso suceda tienen que juntarse a cumplir con la norma tanto el que lo comete como al que le cometieron el delito. Ambos debemos sentarnos. En ambos lados había debilitamiento o desconexión de la Madre Tierra. Cuando la gente te quiere hacer un daño es porque está algo mal en ti también. Si tú estás completo, no te van a hacer daño, no te va a pasar nada.

Ese perdón que están planteando a nivel nacional estaría sin bases desde el concepto arhuaco. De pronto, jurídicamente tendrá las bases suficientes, pero en ese sentido no entraría a ser parte de nuestra realidad, de cómo se genera la paz. En el pueblo arhuaco hablamos de la paz con la Madre Tierra y todo el que existe en el mundo. Debe ser completa. La paz es completa cuando se siente que la Madre Tierra está sana donde tú vives. El agua está sana, el árbol está sano, las piedras están sanas, los pájaros están sanos, todo lo que vive está sano. Los hijos que yo voy a tener van a crecer en paz. Ahí es donde se desarrolla la paz.

***

Es que la tierra pal pueblo arhuaco es la base del conocimiento de todo. O sea, un arhuaco sin tierra se siente perdido porque el conocimiento está en la tierra, la cultura se hace con el territorio y la cultura se basa en un conocimiento que tiene que ver con los códigos de la Madre Tierra. Un arhuaco sin tierra siente que es el más vulnerable de la sociedad, del planeta. Si la paz se pudiera concesionar, yo se la confiero a usted. Pero no, eso no va al caso. Se desarrolla dentro del territorio. Hace falta solamente que reconozca con respeto que el territorio está ahí, que no se toque. Eso es suficiente. La reparación más grande que puede haber es el respeto. Cada sociedad tiene una interpretación, de pronto similar, pero con base en otro conocimiento o bajo otras filosofías. Son respetables, lógico, pero para el pueblo arhuaco la conexión es con la Madre Tierra. Si en un diálogo no se habla de la Madre Tierra, no es diálogo.

¿Su paz?

Unos meses después de ese primer encuentro en Pueblo Bello, estuvimos en el mar, en el lugar en el que se originó el mundo para los arhuacos. Nos reunimos con una docena de mamos venidos de todos los puntos cardinales, cuyos padres o abuelos fueron hombres de conocimiento que habían sido asesinados. Este encuentro se dio en Kutunsama. De nuevo nos acompañaba Hermes, el traductor de mundos. Ese día nos tradujo del iku al mamo Camilo. Nos habíamos sentado en la raíz de un árbol que parecía una butaca. Ahí conversamos.

Las normas nuestras no son cambiables. Muchos dirán «¿por qué ustedes repiten y repiten?», porque esa es nuestra forma de conocimiento.

El dolor de la pérdida de una cultura es un desgaste. Vamos en detrimento porque ahora hay muchos menos mamos. Los que siguen no lo van a entender, si no se transmite el conocimiento de generación a generación. Cuando nos matan un mamo es un fracaso, es una tristeza. No vamos a ser felices. No va a haber paz en mi corazón. Y si una muerte duele tanto, la destrucción de la naturaleza duele mucho más. La tierra es nuestra madre, nosotros venimos de ella. Una destrucción, por ejemplo, es una represa. A nosotros nos han enseñado que la naturaleza es como una persona, y una represa es como cerrarle las venas. Una explotación del carbón es como sacarle los órganos. La tierra no es para eso. Si la tierra está sana, el hombre está sano. Pero si la naturaleza está enferma, nosotros también. Por eso no tenemos salud. Entonces, ¿cuándo vamos a ser felices?

Los mamos y demás participantes de la conversación se turnaron la palabra durante varias horas. Para hacerse de una voz, primero hay que escuchar con paciencia. Uno de ellos, venido del Cesar, era ciego y estaba acompañado de su hijo. Habló al final:

Del hecho de que ya los actores de la violencia digan que dejaron las armas, nosotros no estamos convencidos. Nos dicen que ahora viene el «desarrollo». Pero ¿el desarrollo para quién? Meten las carreteras, la explotación de minas de oro, petróleo, carbón, y la violencia nos da más duro. Para estar bien, nosotros debemos tener el territorio sagrado intacto. Pero lo tenemos todo excavado. Yo creo que la paz no va a ser así, el Gobierno no lo entiende. Por ejemplo, dice la Constitución que nosotros tenemos autonomía en nuestros territorios, pero que el subsuelo es del Estado. ¿Dónde está la garantía? Tenemos una constitución muy bonita, pero no en la práctica.

Ojalá esta sea la oportunidad para llevar este mensaje.

No es satisfacción cuando nos dicen que nos van a indemnizar con un pedacito. La satisfacción es cuando el Gobierno nos garantice que no va a explotar más en nuestros territorios, que ya no va a haber talas, que ya no va a haber carreteras. El desarrollo que dice el Gobierno es explotación para el Gobierno. Nos destruyen todo. A esto le tenemos más miedo que a los propios fusiles. El territorio para nosotros es vida, es el que nos orienta, nos dirige. Serankua nos lo dejó para que lo cuidáramos, pero, como dijo el mamo, ahora están apareciendo muchos extranjeros. Antes no se veía tanto porque había temor por la presencia de los grupos. En ese tiempo casi no había colonización de extranjeros. Ahora hay un montón comprando nuestro territorio y ya no permiten ni siquiera recoger nuestros objetos

sagrados del mar. Es propiedad privada. Estamos restringidos para ejercer nuestras actuaciones sagradas, que son las que nos permiten mantener el equilibrio.

Las garantías serían no tanto que nos paguen por mi papá o por mi hermano, que los mataron, sino que el Gobierno nos garantice que no van a haber más represas. Están llegando muchos megaproyectos. Ese es nuestro temor, más que los actores armados. Ahora viene otra forma de violencia. La paz es cuando el Gobierno nos diga «ese territorio sagrado es de ustedes», y que nosotros podamos ejercer la autonomía en ese lugar sin intervención de ellos, de sus proyectos que fracasan.

Los hermanitos menores, ellos, hablan de madreviejas. Para nosotros no son madreviejas. Son los sitios sagrados donde los mamos van e interpretan y dictan sus sentencias. Cuando nos prohíben ir a esos sitios, se nos están violando otros derechos. El de ejercer nuestra misión divina.

Violencias que no terminan

En Kutunsama tuvimos otra charla con el mamo Camilo. Esta se dio mientras caminábamos. Hermes se mantenía con nosotros en su rol de facilitador.

Las plantas representan al hombre. El líquido del mundo representa a la mujer. En sí, la vegetación en su totalidad representa al género masculino como complemento de la mujer. La desaparición de la vegetación, tumbar un árbol, significa matarle el esposo a nuestra propia madre. En ese sentido es la amenaza.

Castigar a la naturaleza es una manera de acelerar el desequilibrio de lo femenino con lo masculino. Esa es una amenaza directa, así lo interpretamos nosotros. En estos momentos el desarrollo es igual a la deforestación, y, claro, todos los árboles son importantes. Pero hay de diferentes niveles; los árboles sagrados tienen otro espacio de intervención.

Nosotros hablamos de las plantas sagradas, de los lugares sagrados, de las montañas donde vienen los elementos sagrados. La mujer tiene la oportunidad de tener esa placenta donde se origina la vida, que para la Madre Tierra es el mar. La placenta de la Madre Tierra es el mar. En las plantas pasa algo similar. Las plantas contienen las dos partes: el agua que sube y el agua que baja. Cuando le pegan un machetazo, le cortan la circulación y la capacidad de vivencia. Le cortan ambas partes. Por eso en el pueblo arhuaco hablamos de la protección de la Madre Tierra, de las plantas, los ríos, el suelo. Ellos están atentando no solo contra el hombre, sino contra todos los seres vivientes.

El día de hoy nosotros podemos hablar, podemos estar acá porque tenemos vida, oxígeno, un poco de calor y un poco de frío. Al hacer esa interrupción de la dinámica

de la Madre Tierra ponemos nuestra vida en peligro. No se nota de un momento para otro, pero hoy en día se acelera. Si nosotros miramos, eso se está acelerando. Por la minería, por el irrespeto al sitio sagrado. Esas ideas de la intervención del desarrollo sin medir sus consecuencias son las que está provocando todo esto.

Hablemos en el mundo entero. El calentamiento global es una manifestación directa de la Madre Tierra. La pandemia es una manifestación de todo esto. La política debe estar enfocada en pro de la naturaleza, pero si no entramos en razón y seguimos haciendo eso porque se generan recursos económicos, ese bolsillo no nos va a dar vida. Aquí viene la responsabilidad de las instituciones, la responsabilidad de las comunidades, de todas las poblaciones.

A eso invita uno. Nos gustaría que esos mensajes les llegaran. ¿Cuántas veces no hemos repetido esto? El mensaje no llega, se hacen los de la vista gorda. Para esto no existe política, no existe nada. Es una irresponsabilidad de los hijos de la Madre Tierra. ¿Cómo la fue a desproteger? ¿Cómo fue a desnudar a su mamá? Sacarle los órganos para luego hacer plata con eso, ese es el nivel de lo que está pasando. Si tomamos consciencia, las cosas pueden cambiar. Los científicos dicen que eso ya es imposible. Para mí no es imposible. Es nuestra responsabilidad. Yo creo que como hijos de la Madre Tierra tenemos que jugar ese papel.

Cuando uno va para un lugar cualquiera siempre hay alguien que está pendiente, que está vigilando. Por eso cuando ustedes vinieron, tuvieron que preguntarse: «¿Con quién coordino acá?». De la misma manera, nosotros, los mamos, lo que hacemos es buscar cuál es la planta que representa la autoridad en el lugar. El mamo busca ese ser, un árbol sagrado que ayude a resolver un conflicto, a restablecer el orden o el equilibrio. La capacidad energética de interconexión para resolver un conflicto la tiene el árbol al que el mamo le transfiere esa responsabilidad.

Muchas veces depende del sitio sagrado donde se está: puede ser el páramo, el cerro, el mar. Si aquí miramos, hay un árbol sagrado que manda en la zona. Puede ser un árbol, puede ser un cerro. Hay que determinar cuál es el mayor que tiene todo organizado. En la naturaleza funciona así y nosotros somos réplica de ese conocimiento. Nosotros estamos organizados de esa manera. Esa es la forma como la naturaleza y el hombre se organizan para vivir en paz.

El mamo Camilo guardó silencio. Al fondo solo se escuchaba el susurro del mar, mientras caminábamos.

Paisajes que cambian

El conflicto armado, al igual que las violencias asociadas, transforman el entorno. Cuando se habla de *naturaleza,* esas transformaciones implican cicatrices, a veces incluso imperceptibles, ya que se normalizan en la vida cotidiana. El paisaje implica la manera integrada como los seres humanos perciben con sus sentidos el mundo que los rodea. Los lugares se ven distintos, huelen diferente, se escuchan extraños: árboles marcados por la cauchería, terrenos abarrotados de boquetes de explosión o bosques arrasados por fuegos. Así mismo, muchas otras violencias asociadas –la minería, la deforestación masiva, el glifosato– cambian la fisionomía de las montañas y las aguas.

De cráteres y animales

Entre las matas y la tranquilidad de un bosque colombiano puede haber fosas, trincheras. Cualquier tipo de marca dejada por los artefactos de la guerra: bombas, proyectiles, minas terrestres, granadas. O restos transitorios, casi imperceptibles, como evidencia de que la guerra continúa. Un avión fantasma que deshoja las ramas de un árbol, por ejemplo. Una mina que se entierra. Esta arma, de hecho, transforma los usos que las personas hacen de su territorio. Se instalan de tal manera que todo quede en aparente normalidad en la superficie. Es un juego de apariencias, otro escenario de la guerra que se instala en la cotidianidad. Para evitarlas, las personas cambian sus lugares y tránsitos. Pero antes de eso tienen que familiarizarse, y pagar el precio por ello, con esa zona artificial. Sigue una serie de fragmentos sobre esas marcas que las prácticas de la guerra y sus artefactos dejaron en la naturaleza y en los que eran cercanos de ella.

Envenenados

> Una semana antes, empezaron a morir perritos. Se contaron como 25 perros envenenados, asesinados. En la noche se escuchó una mano de cascos, porque como el pueblo es empedrado… Resulta que a las doce de la noche empezó a pasar la mano de caballos. La guerrilla entró al pueblo. Venían de la Uribe, estaban cruzando Colombia. Siguieron para el Tolima. Eran muchos caballos. Entre 200 y 300. Duraron como una hora y media pasando. Se escuchaba ese ¡shh, shh, shh!, el casqueteo. Entonces, para que ellos no fueran avisados de por dónde iban a pasar, a los perritos había que acabarlos para que no hicieran tanta bulla.

Tierra sacudida

> De noche la Policía pasaba durísimo y nos golpeaba la puerta: «¡Atrás, atrás, que va a haber toma!». Cuando estaba una toma guerrillera muy encima, nunca sacábamos a nuestros hijos, y tuvimos que sacarlos porque empezaron a hacerse más

cercanas las famosas *pretomas*. Empezaron las bombas en el área rural, que eso no salía por las noticias. Se lo digo con franqueza, las bombas se enterraban. Unas bombas gordas. De verdad que se incrustaban en la tierra y no reventaban. Claro, venían en avión. Era extraño. Había mucho ganado muerto porque cuando las bombas entraban, sacudían la tierra y los animales *¡rump!* Impresionante, yo nunca había visto eso.

Extrañamente esa noche temblaba la tierra. Todo mundo quietico y se escuchaba *«¡uoooh!»*. Cada vez que caía una bomba en el campo, la tierra se cimbroneaba. Yo te estoy hablando de sentir, no de ver la toma como tal, sino cómo se siente. Los nervios, los miedos, eso secundaba.

Fuego cruzado

Entró la guerrilla primero, después ya entró el Ejército. Se complicó más la situación. Siempre se enganchaban y se formaban esas balaceras tan tenaces; bombas y toda esa cuestión. A mí me mataron varias veces ganado. De ahí pa allá, en el potrero, se agarraban a pelear y tiroteaban al ganaíto. Dejaban minas por ahí. Una vez dejaron un minado, y se comenzaban a escuchar los comentarios, las versiones que decían: «No, eso fue la guerrilla», «Eso es el Ejército que tiene minada toda esa cuestión. No se metan por allá». Entonces yo les dije a los hijos míos: «No hay que volver a meterse por allá». Yo soltaba ganado. Que si fracasaba ganado, pues que fracasara ganado, pero no que fuera a pasarles nada a mis hijos.

Me mataron dos vacas y un toro. Por allá en el monte se le metieron a una mina. Que, por cierto, una vaquita estaba que se paría y la onda explosiva le sacó a la becerrita. Luego me mataron otra vaca por allá arriba, que se metió en el rastrojito, y también hubo una explosión. Me mataron esa bichita. Después, más después una mañanita, en una balacera la tremenda me mataron tres vacas. En aquel altico quedaron en medio del fuego cruzado. Más después me hirieron dos vaquitas que quedaron tiroteadas en el buche, de lado a lado. Ese día yo hablé con el enfermero y él me dijo: «Apliquémosle un inmovilizante y hagámosle una operación para que se puedan salvar. Ellas no tienen vísceras destruidas, sino perforado lo que es el buche».

Y así muchas cosas.

Huellas

Me fui con el cabo, mi cabo, y el puntero. Eso era pantanoso porque estaba pisado por ellos. Caminitos por donde habían pisado, digamos, a la derecha y otros a la izquierda. Pero a la izquierda había más hartos dormitorios. Lugares para dormir.

Mi pensar fue que si me iba a la derecha quedaba muy solo para dormir de noche. Me daba miedo quedar solo. «No, yo me voy pa allá», pensé. Cuando fui a arrancar, yo miré pal piso y vi pisado ya. «Eso es el pisado de ellos», dije. Di por ahí unos cinco pasos. Gracias a Dios quedé consciente, pues eso explotó. Alcé el pie que tenía herido, me lo miré y claro, botaba sangre. Si uno se ve más, con el impacto y el susto, pues el corazón bombea más sangre. Entonces me miré una sola vez y me quedé quieto. Eso había un cráter ahí grande. El cráter fue grande. Yo quedé enterrado.

Fortalezas de barro

Una vez estaba por allá deshierbando una yuquita cuando *¡pramm!,* una ráfaga. Era que alguien estaba, desde la esquina del corral, disparándole al Ejército. Allá donde estaba la base militar. Luego el Ejército les respondió y pues ahí vine a quedar en medio de las balas. Había un palo que se había desenraizado y ahí me acosté. Yo dije: «Aquí me muero, nada que hacerle». Desde allí le mandaban granadas. No sé qué les mandaban, pero tenían explosivos. Veía cuando se levantaba el hongo del pasto y sentía la lluvia de piedritas por allá a los veinte metros. Tierrita que caía por mi espalda: del susto, pensaba que eran balas. Ellos se fueron y ya. El Ejército sí siguió. Patrullas móviles pa arriba, pa abajo. Aún todavía existen los huecos, existen los cráteres pues de donde ellos se reservaban, se protegían. Habían hecho unas fortalezas de cualquier tres metros de profundidad. Les botaban vigas y palos por encima. Tapaban y quedaba ese hueco. Yo no hice sino desportillarlos y tratar de llenarlos de tierra para que, si cae una res, tenga por dónde salir.

Guindar

Pudo haber muchas más muertes porque ellos lanzaron granadas que no estallaron y que se quedaron agarradas de los árboles.

Las fronteras del océano

El mar es otro territorio transformado por la guerra, tanto en sus dimensiones biológicas como en lo que se *sentía* en ese lugar. De esto nos hablaron Jesús, Diego, Dionisia y Eliana, que nos contaron de las transformaciones que había sufrido el mangle de su territorio, así como de las violencias que afectaron las prácticas tradicionales que mediaban buena parte de sus relaciones con la naturaleza.

Un mangle que no crece

Las fumigaciones con el glifosato han acabado con los manglares de nuestro país. Y no solo con el manglar, sino con la tierra y todos los seres vivientes. Viajando

para el Micay, el lanchero nos comentaba de que anteriormente los mangles eran inmensos, grandes, y que a partir de la fumigación se había secado todo lo que era el manglar, y que luego habían nacido unos mangles que no se desarrollaban como los que había anteriormente. «Miren, pero había una cantidad de mangles secos. Eso era como todos, todos, todos, y unito por allá retoñando».

Nosotros estamos contando lo que estamos viviendo, no lo que vivimos. Aún se escucha hablar de las fumigaciones, de los cultivos ilícitos. Antes recibíamos de la costa el chontaduro, el borojó, la pepa de pan, el caimito, el zapote, el cacao, el bacao, que es diferente al cacao, y otras frutas que se dan en la costa del Pacífico. A través de las fumigaciones con glifosato no recibimos absolutamente nada. Todo, todo se disecó y solo ha quedado la tierra casi que infértil. Lo que se siembra no se reproduce.

Ayer hablábamos de la savia de la tierra; esa savia se murió. No sabemos dentro de cuántos años vamos a poder cultivar esas tierras. Son tierras ancestrales, heredadas de nuestros abuelos y padres. Toda la vida he viajado para la costa porque allá tengo familiares. Los mangles de antes eran frondosos, tenían unas raíces muy gruesas. El mangle siempre ha tenido sus raíces muy gruesas. Ahora, el mangle que observé es un mangle flaquito y delgado. No como los anteriores, como los que yo conocí anteriormente. Es un mangle que no crece, que está allí, que está allí.

Olores de la guerra

¿Que cómo es un mangle ahora? Es un mangle triste. Había una relación entre espíritus, de dos seres. El ser humano y ese ser que es un territorio, el mangle. Hablar del mangle, o del manglar, es hablar de los tasqueros, de los cangrejos, de las pianguas o moluscos. Es hablar del mismo árbol de nato –mangle, que le llamamos–. Es hablar de ese olor a marea. El mismo olor que me decía «aquí hay cangrejos». O sea, cada animal soltaba un aroma y ese aroma era vida. Se cambia la relación armónica y el uso del territorio. El manglar no estaba enseñado a ese uso. Se confundió, sintió miedo. El manglar conocía nuestros pasos, nuestras voces y nuestros olores. No conocía ni el paso ni el olor de la guerra. Igual que nosotros, se confundió.

Al manglar se entraba en canoa, no en lancha. No se entraba con olor a gasolina. Y se entraba en canoa por varias cosas. Primero, lo que significa entrar al manglar, el respeto; segundo, porque si se entraba con mucha bulla, no conseguías las especies que había ahí. Las especies están desplazadas. Y las que siguen ahí se han reinventado en su forma y caparazón. Así como nosotros, que estamos en el territorio porque nos hemos reinventado para permanecer en él.

¿Por qué el manglar es una víctima? El manglar fue obligado a hacer. Estaba acostumbrado a nuestros pasos, nuestras voces, nuestros olores; a darnos el fruto para que lo conserváramos. Nosotros también le hacíamos un aporte al manglar: cuidarlo. Si veíamos una pepa que daba semilla, la poníamos en su sitio.

Los violentos miraron al manglar como un refugio. Ese manglar, que era un espacio para generarnos vida, lo usaron para generarnos terror, muerte, zozobra, miedo. Y el manglar lo sintió, por eso tiene miedo y está triste. Su imponencia no es la misma, sus raíces no son las mismas. Ya no es imponente. El manglar generaba autoridad: parársele al lado y que la raíz te tapara todo. Ya no. Sus raíces son secas, flaquitas. El brillo en su piel no es el mismo.

¿Por qué tiene dolor?

Hoy no podemos ir al manglar con la función que íbamos antes. Íbamos a cosechar, pero íbamos en paz y en relación con él. Hoy entramos con miedo y él siente ese miedo.

Un retrato

Me estoy ubicando en mi infancia: yo no sé nadar, yo no tenía una relación así como tan desde adentro con el mar y, por ende, con el manglar. Pero sí mi familia y mi abuela particularmente. Y tengo imágenes, imágenes del manglar. Tengo el paisaje del manglar. En él, recuerdo a las mujeres pianguando. Tengo la imagen de las mujeres en canoa, de dos mujeres cubiertas para protección del jején; la lámpara de mecha con el húmero allí. Esas mujeres sacando, extrayendo la piangua. Tengo la imagen de cuando iba en la lancha, de hacer el adiós y que la gente contestara el saludo. Eso pasaba en cualquier lugar que se metiera la embarcación. Ya no es fácil mirar a las mujeres pianguando. Ya no están. Ya no hay a quien decirle: «¡amigaaa!, ¿cómo va?». Ya no hay esa posibilidad. Cuando toca meterse por los esteros, ruego que no se metan por ahí. Uno no sabe quién se irá a aparecer. Antes, para extraer la piangua, se podía ver a las señoras cubiertas con sombrero. Se ponían camisa manga larga, medias altas, botas. De repente uno las dejó de ver. Desaparecieron como parte del paisaje, se volvieron una cuestión esporádica.

Raíces vestidas de muerte

Miro al manglar como un paisaje que empezó a adquirir algo que no encajaba en él. Muchos muchachos fueron cercenados, descuartizados: sus ropas terminaban siendo arrastradas, marcas. En varias ciudades uno ve –en Cali lo he visto– que cuelgan los zapatos en las cuerdas de alta tensión. Eso tiene un símbolo, ¿no? Acá

era el símbolo de la muerte, una ubicación, a quién pertenecía un muerto. Era como un trofeo. Este era de tal bando, entonces lo exhibo allí sobre una de las ramas de mangle.

Recuerdo una ocasión en la que bajamos con el padre Pacho. Eso fue por ahí en el 2007. Yo trabajaba con un grupo de mujeres y conocí un joven que nos contó, a tres mujeres y mí, cómo todas las noches bajaba un taxi con muchachos y luego, al rato, se escuchaban los tiros. Los tiros no, los gritos, porque ni siquiera era con armas de fuego. Una vez él vio el taxi y se escondió debajo de su propia casa. Allá las casas son de palafito. El muchacho dijo que el taxi llevaba a un chico, que vio cuando lo bajaron. Le vio la ropa. Nos contó: «Y yo escuchaba los gritos y no podía hacer nada. Cuando sentí que el taxi se devolvió». Él entra a su casa, se esconde y al ratico empieza a escuchar golpes, y los gritos y los gritos. «Yo lo que hice fue hundirme en la almohada, pero no dejaba de escuchar los gritos. Al otro día me quedé encerrado en mi casa. No quise salir. Pero al siguiente día, me fui para donde un familiar». Dice que vio parte de la camisa del otro muchacho. Era la camisa, no se veía tan destrozada. La camisa no era una camisa vieja. «Fue la misma camisa que yo vi, con la que iba el muchacho. La vi colgada allí». Él se fue, se fue para Cali a vivir en Aguablanca.

Mientras estuve trabajando con el grupo de mujeres allá, empecé a fijarme en ese espacio, en el manglar. Sencillamente miraba: se veían zapatos, sobre todo tenis colgados; se veían pedazos de ropa en medio de las ramas. Eso nunca había hecho parte de ningún paisaje. Pero en ese pedazo, en ese barrio, en ese pedazo del manglar, estaba la ropa colgando.

Biologías de la violencia

El sedimento, que es donde se anclan las raíces del manglar, ha cambiado de color y de densidad producto del lavado de las cordilleras. Ese sedimento ha permitido que lo que llamamos la gran concha esté muy presente, constituyendo una característica diferente del suelo. Incluso pianguar es más difícil por la presencia de ese helecho. Su presencia se ha incrementado por las actividades industriales mineras.

Otra característica que al menos yo recuerdo mucho y que está muy cambiada son las chupaidas. Son como bromelias que se colgaban de los manglares altos. Y como los manglares están todos apachurrados, no hay esa exuberancia. Ese cambio en la altura se debe a la gran concha, a los nuevos olores. Pero también, como dicen los compañeros, a la relación que tenía el hombre con el manglar. Las formas de transitarlo no eran mecánicas, salvo en los pasos. Del resto era en canoas que se

metía la gente. Lo otro que me maravilla es que sí se perdieron las mujeres que iban a coger pesquero y piacuil, a colocar el aro de la jaiba. Hoy uno no se mete a pescar jaiba por el temor de que le salga una con un pedazo de ser humano. La jaiba es algo carroñera.

Impresiona pensar que alguien vaya a colocar los aros con cebo para buscar jaiba. Lo uno porque la jaiba tiene una forma de pesca mucho más lenta, mucho más pausada. Toca dejar el cabo regado en el manglar. Esas prácticas rítmicas están totalmente desaparecidas. Los ritmos implican pasar más de 24 horas en la faena. Ante estos temores de los actores armados, de las muertes, toca entrar pa salir rapidito. Esa condición de pánico cambió la posibilidad de mantener temporalidades que eran más largas.

Es más, había manglares donde no había tanto jején. Ahora, por todos estos cambios, cada manglar es una sola picadera. Esos son mensajes de los organismos que están en el manglar, que también presencian la transformación. Mi mamá me cuenta que cuando ella era muy sardina, el piacuil ni siquiera se consumía. El piacuil se desechaba. Mi mamá me dice que no era tan abundante. Por alguna razón hoy es más abundante en gran parte de estos manglares. Eso también es parte de los síntomas que el manglar expresa.

Invasores

Cuando el manglar estaba en paz, las aves le botaban sus heces. Esos nutrientes lo fortalecían, lo ponían más bonito. Lo que le quiero decir es que los nutrientes que hoy botan las aves no son suficientes. Dentro de sus heces traen otras cosas, plagas que no ayudan a que el manglar pueda ser lo que es. ¿Y qué tiene que ver eso con la violencia? Normalmente donde estaban esas aves no molestaban los humanos. Las piangueras iban, pero con silencio. Cambia. Llega la violencia con muchachos de ciudad y de otras partes a esconderse en el manglar. Comienza un *bororo,* un revolú de bulla que espanta a las especies. Hacen disparos, espantan. Llegan cuerpos, llegan otras aves. Comienzan a crecerse las especies invasoras. Una de las huellas son las especies invasoras.

La segunda huella que yo podría decir es el venteo. Cuando el manglar estaba tupido, el sonido era distinto, más apretado: *quiquiriri.* Ahora su sonido es desesperante; su brisa es como *fuuuuu*. Antes era como un vaivén, como un baile, como una cosa que te generaba placer, satisfacción, armonía.

La otra es la huella del tronco. Sus troncos tienen huellas. Algunas pueden ser de disparos, otras quedaron de colgar gente en los troncos.

Fragmentos del río

«El territorio ha sufrido también cambios, ¿ya?
Porque está untado de sangre».

Nevaldo, Tutunendo, Chocó
(13 de octubre del 2021)

Con la llegada de *ellos* –los violentos, los invasores–, el paisaje del río sufrió una serie de transformaciones. En los testimonios de los sobrevivientes este adquiere un carácter lúgubre, como un flujo de agua entre la vida y la devastación, entre un pasado idealizado y un daño irreparable. La violencia, nos contaron, había trastocado aquello que era familiar, tan cercano como una parte de su organismo, de su ser.

Chapoteos

Mire la tranquilidad y la vida de antes, cuando el río estaba seco. Lo que hacían los niños con el barro caliche era que se bañaban a la hora que les daba la gana. En el campo los pelados siempre han tenido esa libertad. Ellos apenas sienten calor, ¡turulú! Y lo cogen como un juego. O sea, se sienten libres, se sienten que esa es la vida. Es lo último en guarachas pa ellos. Eso es una vaina muy bonita y sabrosa.

También cuando está el río crecido, que hasta en la tapa de los tanques usted ve que se montan dos y tres muchachos. Lo que aguante la tapa. Ellos jugando, champeando. El río agrandado no es un obstáculo, más bien es un agrado, una contentura. Y uno entrar al bosque es como tener un aire acondicionado. En las ciudades el aire acondicionado es el científico, pues el que se inventó la gente. Pero pa nosotros es entrar al bosque. Estamos en un aire acondicionado puro. Uno acostumbra a hacer bancas debajo de árboles, para salirse de la casa y sentarse a recibir ese aire. Eso es una cosa bacaneada. A veces hasta juega uno Rummy, echa chisme y jode alrededor de ese árbol. Dice uno a veces: «Ay, tan sabrosa esta brisa que Dios me mandó. Esto se llama caricia, me está acariciando el Señor».

Hoy no puede usted bajar al río. Mire cómo se le aprieta la vida a la gente.

Y me ubico en mi época. No teníamos la sal y no teníamos para alumbrar. Por eso, en ese entonces, la gente usaba petróleo. Pero el territorio nos daba la brea, una resina que la produce una abeja. Uno la derrite y luego lo junta con el carbón del balso, y genera una cosa que se llama *embil*. El embil era la luz que nosotros teníamos para alumbrarnos.

Estos territorios nos ofrecieron hasta la convivencia con la naturaleza. La fauna, los animales venían a dormir debajo de las casas nuestras. Yo recuerdo un día que mi mamá me dice: «Bueno, Nevaldo, ¿y esos marranos que están allá son de quién?». Le dije: «Mamá, eso no es marrano porque huele demasiado feo». Tenían un olor durísimo. Los zainos. Había como 100 animales de esos regados por toda parte, a menos de una cuadra. Y no nos corrían, no nos tenían miedo. La gente resistió en el territorio. Hay muchos que están todavía en él. Ya no hay las condiciones de la convivencia entre los animales. Ya no hay las condiciones del aroma en las mañanas que llegaba cuando florecía el guayacán y el clavellino. Ese aroma era de lo más sabroso y ya no lo sentimos.

La fosa

Para ellos el río era el cementerio. Para nosotros era donde lavábamos, donde nos bañábamos, donde íbamos a recoger el agua para hacer nuestras actividades de la casa. El día domingo la gente se iba a hacer su arroz con papa. ¿Usted sabe qué significa un arroz con papa para nosotros los negros del río? Haga de cuenta que allá en Popayán es el plato típico más apetecido por los payaneses. Eso significaba para nosotros. Si no era con papa amarilla no servía, no funcionaba la papa. Pero también el río era el espacio donde uno se juntaba con sus hijos. Porque mientras la mamá lavaba, el papá llevaba la pelota. Jugaban fútbol. Hacían el arroz y compartían con el vecino, montaban la olla juntos. O sea, era como un espacio de articulación comunitaria. Era como cuando usted coge con su vecino y se va para la piscina. Eso se acabó. La gente no podía ir al río porque en cualquier momento llegaban ellos a matar la gente. O en cualquier momento empezaban a pasar cuerpos cerca de donde estaba la gente bañando o lavando. El cuerpo sin vida. Por supuesto, el tema de la pesca se redujo enormemente. En vez de coger un pescado cogían una mano, un pie. Mi esposo era pescador, él pescaba –hacía varias cosas, pero entre ellas le gustaba pescar–. A mi hermano mayor también le gusta la pesca. Los pescados comenzaron a saber como a petróleo. La gente dejó de consumir el pescado, ¿para qué pescaban si nadie les iba a comprar? Llegó la época en que la gente no consumía pescado de río. Entonces el río, que era fuente de recreación, de vida, de articulación familiar, de trabajo, pues dejó de serlo. El río, que era vida, lo convirtieron en un cementerio.

La culpa no es del río

La gente siempre dice: «Si no existiera el río, no hubiera pasado eso», porque el río se convirtió en el cementerio, prácticamente. Pero yo les decía: «No le echen la culpa al río; el río no mató a la gente». Lo hacían porque pa *ellos* era más viable que no lo encontraran rápido, de que se perdiera la evidencia. En el agua

los pescados van a borrar las huellas. Es difícil que pues el cuerpo todavía tenga piel. Yo digo que el río fue beneficioso para los malos y que nosotros perdimos el lugar donde nos íbamos a bañar. Uno ya ni se metía al agua. Juro que desde el 2001, 2002, no volví a pescar. Desde que vi a un muchacho que lo sacaron del río: las sardinas se le estaban comiendo una parte de la lengua, los ojos, la oreja… No volví a pescar. Yo era de las que me iba con la atarraya, yo misma la hice. Llevaba una mochilita roja, y eso era lleno de sardinas, de pescado grande. Con las sardinas hacía atún, imagínate. Desde que vi al muchacho no he vuelto a saber qué es comerme una sardina, ni a pescar en el río. Me imagino a toda la gente, a todos los pescados que devoraron la gente. ¿Y uno comerse esos pescados? Uno se pone a pensar en toda la sangre que ha caído al río. Uno antes se bañaba, tomaba de esa agua, iba a cocinar. Cogía agua del río y pues decía «ah, el agua se hierve y no pasa nada; hervida mata todo». Uno se tomaba el agua. Le echaba un poquito de limón y tomaba. Ahoritica yo no soy capaz de tomar de esa agua. Ellos lo siguen haciendo. O sea, no en gran cantidad, ni tan visible, pero igual siguen matando y tirando gente al río. Se perdieron muchas prácticas y muchas buenas costumbres. En el homenaje que le hicimos al río, empezamos haciéndole una sanación. Lo hicimos en La Balsa, donde montamos en las canoas. Le echamos flores, hubieron poesías alusivas, alabaos. Comenzamos por reconocer que el río no tenía la culpa.

La mamá de los muertos

Es mucho lo que avanza un cuerpo mientras flota. Es que siempre son 24 horas las que necesita para flotar, para empezar a flotar. A veces iba con mi esposo en la canoa y él me decía: «Está flotando un cuerpo, se alcanza a ver una pierna». «Arrímese», le decía yo. «Arrímeme o échele mano». «¿Yoooo?, ¿y por qué?, ¿yo con qué? Mire, no, no, no». Y entonces yo le decía: «Vaya volteando y yo le echo mano». Así no llevara guantes ni nada, venga pa acá. Íbamos jalando para la orilla, lo acababa de arrimar. Le decía a mi esposo: «Búsqueme si tiene cabuya, una fibra. Yo lo aseguro». Y si él no tenía, se bajaba e iba a la carrera adonde un vecino. Iba a buscar algo con qué amarrar. Yo le hacía un nudo, se lo ponía en el tobillo al cuerpo. Lo aseguraba con algo para que no se me lo llevara el río. Lo hacía con todos los cuerpos que veía. Los veía, los perseguía y los aseguraba pa que no se los llevara el río. Y pues me parece como bonito que me hayan llamado «la Mamá de los Muertos». Por lo menos significa que a pesar de los cuerpos estar botados por ahí, en un río, a la hora de la verdad no están tan desamparados. El río significa esperanza de vida. Lastimosamente, muchos lo tienen al río como muerte, aunque sea la esperanza para los que viven en sus orillas. Al comienzo, cuando empezaron a aparecer estos cadáveres, cuando la masacre de Trujillo, mucha gente dejó de comprar pescado. La gente de Beltrán y La Mirada, por ejemplo, pescaba y

casi no les compraban ese pescado porque supuestamente se alimentaban de los muertos. Los que hacen eso no deberían tener el río como si fuera un medio de desaparición, de tumba. El río es esperanza de vida, es la esperanza de todos los que están viviendo en esas orillas. Nosotros necesitamos del agua. Para mí el río es eso: esperanza de vida.

Las sombras del progreso

Esta subsección nos habla de formas sutiles de desposesión y apropiación que atravesaron la vida diaria de comunidades concretas. Todo bajo la justificación de una idea de «progreso». En Colombia, la devastación también es la historia de los de cuerpos instrumentalizados –en especial negros, indígenas–, y la extracción de materias primas y minerales estratégicos.

El cacao que mató al chocolate

Antiguamente la gente acá sembraba chocolate. El chocolatico criollo, el que se adaptaba a la tierra de nosotros. Era un rayo esta gente secándolo en sus canoas. A mi papá le traían ese poco de bultos de chocolate pa venderle. Cuando un día le han traído que otro cacao, que «ese era el que había que sembrar». Uy, que eso era lo último en guarachas. Prestamos pa sembrar de ese cacao en el Banco Agrario. Ese cacao mató al chocolate. El chocolate de nosotros se daba en unas maceticas pequeñas. El cacao ese era una arrechera larga. La primera cosecha eso no había por dónde colocarle la mano al palo. Se avieja. La verdad es que la maceta se congela adentro y el grano no desarrolla, sino que se queda como muerto ahí. Eso no sirve y mató al chocolate nativo. Y la gente endeudada. Es que hace rato hay una estrategia de acabar con lo nuestro para que seamos dependientes. Mano de obra barata. Espere y verá.

¿Caña parada por caña negra?

La gente de acá tenía su vida, su trapiche matacuatro. Hacía sus dulces. Hacía de todo con la miel de la caña nativa sin tener que llegar a joder a otro lado. Entonces se inventaron que «ay, que la solidaridad con esta gente, que pa que viva bonito hay que buscarles trapiche y llevarles caña de azúcar». Y nosotros decíamos: «Ay, sí, esa gente de verdad nos quiere a nosotros. Venga sea tu reino con la caña». Trajeron esa caña. Una caña parada, dura, y acabó con la caña negra de nosotros. Dijeron: «La caña es esta». Rozaban aquí y dejaban un monte sin rozar. Separaron la caña negra de la caña parada esa. Oiga, yo no sé esa caña cómo hace pa pasar por ese monte y pasarse pa allá. Se pasa sola. Y va acabando con la negra. Va masacrando.

Cultivo de negros

En el 2011 nos hacen la primera fumigación. Nos han fumigado tres veces: 2011, 2012 y 2013. A pesar de que ya no existían esos cultivos extensos, el Gobierno lo que hizo fue fumigar. Lo que hacen es acabar con el chontaduro, con la papa china. La avioneta pasa, pero ya los cultivadores saben y rosean con Fab, y no sé qué más le echan. La fumigación antes sirve de abono para los cultivos de uso ilícito. Se ponen más bonitos y eso es lo que hemos venido manifestando. No es conveniente. El tema de erradicación manual es lo mejor porque no afecta al ser humano ni a nuestros cultivos. Lo otro es que consideramos que también introdujeron unos cucarrones dentro de los cultivos de chontaduro, que además están haciéndole daño a la papa china. En el Anchicayá una economía fuerte era la del chontaduro que se daba. Era mucho mejor y más rentable que el chontaduro de otro lado. La gente lo pedía mucho. No era blandito, la gente lo saboreaba. Inclusive venían personas de Cali, Buga y Palmira a comprar acá a Sabaleta. Tanto al nativo como al turista le encantaba ese chontaduro. Era un producto que garantizaba el sustento diario de las comunidades asentadas en el río. Creemos que sí es un tema sistemático del Gobierno nacional para derribar la economía que teníamos nosotros. Y todavía tenemos esa plaga, ese cucarrón que se mete por el cogollo. Se come toda la hoja y llega hasta la pata de la palma. Se come todo el corazón. Se le ha dicho a la CVC, al IAP. Hemos dicho esto por todos lados. Y ya le hubieran parado bolas, pero como no es un cultivo de café, como es un cultivo del Pacífico que no está dentro de la canasta familiar o la economía colombiana… Pero pues como es un cultivo de negros…

La masacre de las gallinas

Inventaron traernos aquí un arroz, dizque el arroz «cica-8». Y trajeron que la semilla, que eso era lo último en guarachas. «Ve, con el arroz de ustedes cogen 10 millones, pero con este van a coger 25 millones. Este sí es el arroz». Nos trajeron un arroz pintado que venía inmunizado para que no le cayeran animales y plagas. Y eso era coloradito. Usted lo tocaba y le quedaban los dedos colorados. Pero tenía una de técnicos en el Atrato… El técnico hacía estorbo. Que dizque venía para enseñarle cómo sembrar ese arroz, pa que ganara los 25 millones de pesos. A cada beneficiario le daban una bomba, botas, azadón, lima, machete, unos picos pa revolotear la tierra donde iba a hacer semillero y unas palas. Todo eso lo iba a manejar usted con la técnica que le enseñaban.

La verdad, yo fui una que con mi mamá sembramos. Cogimos una lata de arroz, quince kilos. En Salazar todo el mundo cogió esa cantidá de arroz. Y usté puede creer que hubo una masacre de gallinas, y no sabíamos quién las estaba matando. Dijimos: «Es una peste. ¡Ay, que no van a quedar gallinas en el departamento del

Chocó!». Pues del granito ese que le pintaba los dedos a uno, eran víctimas las gallinas. ¡Y nosotros descubrimos eso fue al tiempo, cuando ya Salazar no tenía gallinas! Las gallinas que criaba uno de antes eran unas gallinas que tenían carne. ¡Ahora es un pollo de esos! Con la masacre no quedó una gallina de prestigio en ninguna comunidad.

Pero ya sabíamos que el veneno era el arroz, y eso era un veneno tan tremendo que cuando usted se iba a tostar el arroz, se quemaba solo. Y ahí venía el técnico y le decía: «No, es que hay que fumigarlo con monocrom». Ahí llegaba y le vendía una arrechera de monocrom. Y tenía que echarle no sé cuántas cucharadas a una bomba, y tenía que echar el coso. Había que ponerse careta y evitar el roce del veneno.

Yo no sé por qué todo lo que nos traen acaba con lo de nosotros.

Los entables nómadas

Para nosotros no es costumbre trabajar las 24 horas, día y noche, y esa vaina de trabajá por turnos. Un cuerpo no está amañado a una vida de esas. He hablado con varios operadores y trabajadores de ahí y me dicen: «Vea, esta situación uno la hace porque, ¿pa ónde más echa uno?». Y es que ellos los sometieron a ese rol, a trabajar las 24 horas. Ya no se puede trabajar libremente como trabajaba uno antes su agricultura. Por la mina quiebrapata, por dificultades. Toca montarse en esa maquinaria, trabajar con esos mineros. Antes de que llegara la motobomba, se trabajaba por puesto. Lo que se ganaba, lo que se hacía, se dividía por igual. Hoy en día no se trabaja sino por un sueldo fijo. El minero es nómada. Ellos buscan aquí y le dejan a usted todo eso. Se van a buscar más terrenos para desbaratar. Y pueden hacer la cantidad de oro que quieran, pero a los trabajadores les pagan 800.000 pesos. El resto es de ellos. ¿La pérdida de una ecología que ellos desbaratan? No queda nada verde porque la tierra la voltean y se la llevan.

Por ejemplo ciénaga de Agua Clara, que la acabaron. Tenía de todo. Ahora no hay que ir a nada por allá. Usted lo que consigue es un poco de palo seco porque el pantano se le montó arriba. Está quedando como un desierto. Ya no hay cómo transitar como antes, se entra dizque caminando. Arrastran el bote por donde hay un chorrito de agua. Eso es un desastre.

El Atrato está desbordado, ¡está es reclamando! Ta quejándose ante nosotros, que no lo acabemos. Esa es su forma de manifestar su incomodidad de todo el daño que se le está haciendo. La naturaleza también nos habla, sino que nosotros no hacemos caso. El río tiene derecho de manifestar su inconformidad. Allá el que

no entienda. La selva ta tranquilita ahí. Cuando quiere manifestarse derrumba y tapona todo esto. Entonces sí, la naturaleza sí se manifiesta, sino que nosotros nos hacemos los ciegos, los sordos, los mudos. Y yo, cuando la veo hacerlo, digo: «Bien hecho».

¿Ya uno con qué ganas?

La llegada de la minería fue desde el 2003, más o menos, y duraron hasta el 2005. Con mi mamá y los vecinos estábamos acostumbrados a hacer un huequito con el almocafre, más o menos hasta la cintura. Ahí uno lavaba, sacaba tierrita. Lavaba y de la misma agua que caía al pozo se hacía un huequito. La minería ancestral se perdió. Antes uno sacaba oro uno mismo. No había que tumbar ni nada, sino que se cateaba. Por ejemplo, mi mamá era una que luego de sacar oro llenaba con una piedrita el hueco. Pero ellos hacen todas esas excavaciones y queda todo revuelto. Quedan los huecos y no vuelven a tapar, no siembran, no reforestan. Uno podía caerse en uno de esos huecos que abrieron las máquinas. Nosotros íbamos pal potrero a brincar, a jugar. Muchos campesinos tenían sus vaquitas, y pues se les murieron porque quedaron allá en los huecos. Antes veíamos muchas cacatúas, papagayos, azulejos. Hasta las gallinetas, que cantan lo más de bueno. Las guacharacas. Como todos los palos los talan, pues pa joder con esa mina, entonces ya se han ido los pájaros. No se ven por ahí. También uno antes se iba por los ríos un fin de semana, hacia sus comelonas. En el río uno bailaba su juga, jodía, tiraba baño. Para hacer carambota cogía piedritas, las tiraba y hacían sapitos. ¿Ya uno con qué ganas?

La batea y unos cachos

Tampoco conocimos la minería mecanizada porque cuando los antepasados necesitaban sacar su grano de oro, pues los que eran de vocación minera, se iban a las quebraditas con su almocafre, su batea y unos cachos pa recoger la piedra. Y cuando llovía, ellos ponían un sistema, que dizque una cuelga. Ponían a chorrear el agua de tal manera que fuera desarenando la quebrada. Y ahí ya quedaba una arenita, y ahí taba el grano de oro. No le causaban ningún daño a la naturaleza para obtenerlo.

Ahora, a través de la implementación de las empresas nacionales e internacionales, que exigen acumular riquezas, se explota mucho más. Si ustedes con un almocafre, con una batea, se cogía un castellano al día, con una motobomba… Y ahí empezó todo. Nosotros en ese tiempo no pensábamos en acumular riqueza, sino en tener los medios de subsistencia para sobrevivir.

El peón de entable minero

En ese tiempo no se le causó maltrato a la naturaleza, al medioambiente ni nada. Ni a la salud humana. Entre otras cosas porque no se trabajaba con ningún tipo de químico. Ni se conocía el químico. Porque todas esas cosas han venido transformándose por la ambición, por la acumulación de la riqueza. Pero ¿la riqueza es pa quién? La riqueza no es ni siquiera pal que ha venido habitando y cuidando el territorio. La riqueza es para las empresas que tienen alto rango económico de explotación. A nuestras comunidades no llegan los extranjeros, pero sí gentes que económicamente tienen cómo montar un entable minero de dos, tres, cuatro o cinco retroexcavadoras. Y ellos llegan como si fueran miembros de la región. Llevan su sociedad adonde tienen facilidad de invertir. ¿Y para qué sirve el que estaba en la región? De peón, pa trabajar el día, sea bulteando el ACPM, sea bulteando la comida, sea botando piedra en la retro. ¿De qué se van a beneficiar? Ah, pero de las arrobas de oro que saca la retro, de eso tampoco se entera uno. Cuando ellos saben que el oro está amontonado, los patrones nos dicen: «Vayan a hacer un cerco de seguridad allá». Y se va el peón a sentarse, a cuidar que no le roben al patrón. Mientras están los dueños empacando su cantidad de oro pa que nadie sepa cuánto sacaron. Así ha sido. Nosotros sabemos que todo esto obedece a una política que, aunque no esté de frente en el territorio, tiene incidencia. Hay una escala. Eso viene de mayores a menores, y el último es el que hace el trabajo. Así hemos venido nosotros. Aunque no es nuestra voluntad deteriorar el territorio, hemos sido artífices de la destrucción de la naturaleza y el medioambiente. Precisamente, porque el extractivismo nos ha llevado a aplicar el consumismo. Como ya estamos acostumbrados a trabajar en empresa, no criamos gallinas, no criamos cerdos, no sembramos plátano. Nos hemos convertido en consumidores solamente.

La muerte de las sabedoras y los ancianos

«El primer sonido fue el suspiro del creador.
Lo primero que se escuchaba en esa tiniebla era el respiro».

José, pueblo huitoto. Araracuara, Caquetá
(5 de octubre del 2021)

Los abuelos, los mamos, las sabedoras y las sagas son quienes acumulan el conocimiento ancestral de los pueblos indígenas. Este garantiza la convivencia, el equilibrio y la armonía entre seres humanos y no humanos. Ellos son quienes lo transmiten de generación en generación a través de la palabra. Además, intermedian con el mundo de lo sagrado, con el mundo de los seres naturales o seres que existen en espíritu. Cuando los asesinan hay una pérdida incalculable de conocimiento del tiempo mítico e histórico, y se fractura el vínculo con el mundo de lo sagrado, de las relaciones con los seres existentes, con los seres espirituales.

Que no se acaben nuestras sagas

> Hubo muchas niñas violadas. Tuvimos un proceso con una niña que estaba embarazada, un soldado la violó. Hizo con ella lo que le dio la gana. Yo me atrevería a decir que desde ahí hemos tenido mucha dificultad para que las niñas se preparen para ser sagas, que son las autoridades dentro de nosotros. Son muy poquitas las que hay.
>
> Para una mujer wiwa implica mucho ser violada. Que te toquen sin tu consentimiento es duro. Es como si tú cogieras la tierra y la violentaras; que envenenaras el río, porque el cuerpo de una lo comparamos mucho con la Tierra. Si hay algo que valoramos las mujeres es nuestra parte íntima. Ese es el sitio donde tú das vida. Si ese sitio está dañado, desencadena una serie de tragedias que te afectan. Y no solamente a ti, sino al que está alrededor tuyo, porque ocurre un desequilibrio.
>
> Esta violación que le hicieron a la niña, que estaba preparándose para ser autoridad saga, la hace un miembro del Ejército. La saga que la estaba preparando se fue a bañar y él entró y la accedió, la maltrató y la humilló. O sea, rompió el equilibrio que había. El sitio en que la violó era un sitio de mujer, un sitio sagrado. Desencadenó que con el tiempo desapareciera el agua de ahí.

Ahorita estamos en ese trabajo de que no se muera, de que no se acaben nuestras sagas, nuestras autoridades. Ellas son nuestras guías espirituales, el equilibrio de la naturaleza y el complemento del hombre. Somos las que damos tranquilidad, paz, vida.

Médico tradicional no tenemos

Mi comunidad se fue desplazada masivamente por el asesinato del mayor José. Fueron los paramilitares que lo asesinaron en agosto del 2000. El mayor era médico tradicional y el gobernador máximo de la comunidad, del resguardo. Pues en esos momentos fue el despojo total de nuestros conocimientos propios. Por ejemplo, médico tradicional no tenemos. Hubo despojo total porque teníamos cultivos de pancoger –el maíz, el plátano– y las gallinas, los marranos. El mayor fue levantado en un convento. A pesar de que allá fue torturado psicológicamente, regresó a su territorio y así mismo nos inculcó a nosotros. Hay una palabra muy sabia que él decía: «Así al árbol se le arranquen las hojas y se le tumbe el tronco, no se puede olvidar que siempre queda una vena de la raíz. Queda esa raíz y le salen nuevos frutos, no con la misma fuerza, pero siguen creciendo. Y con la fuerza de la naturaleza, se le da la orientación al árbol para que vuelva fortalecer su familia». Después del desplazamiento, en el 2000 tratamos de recuperar o de buscar información relacionada con sus conocimientos. Eso se perdió porque no hay una persona más especial que los mayores.

Los médicos tradicionales hacen baños es para que los actores armados –si llegan a los territorios– no lleguen con esa rabia y con intención de matar, de torturar, sino a dialogar. Eso lo hacen los médicos tradicionales y algunos yerbateros. Por eso cuando asesinan a un médico, nos destruyen. Ellos son nuestros guiadores. Y no solo eso. Hubo muchos asesinatos cerca y hay una presencia espiritual muy negativa. No le hemos encontrado la explicación a eso, pues porque no tenemos médico tradicional. Sinceramente, hay muchos vacíos a los que no les hemos encontrado, y en este momento hay un ataque espiritual muy fuerte dentro de la comunidad. Más que todo en las jovencitas entre los doce y los dieciséis años. Ellas ven sombras, ven personas distintas a las de la comunidad. Sombras, voces. Les da por salir corriendo, por coger y golpearse, y se tiran al piso.

Del tabaco, la coca y la manicuera

La palabra se da con el creador por medio del tabaco, la coca, la manicuera. Esa es la convivencia entre hombre, naturaleza y creador. Fue un don que él sembró en la Tierra para todos los que somos la humanidad. Es el enlace que tienen nuestros ancianos para darle a conocer a toda la juventud, a todo el que quiera aprender de lo que realmente

es la palabra propia. La palabra de trabajo, la palabra de unión, la palabra de gobierno, la palabra de abundancia.

Él manda, él tira esa planta, que es un humano. La coca es un humano, es gente. Es la sangre, es nuestro órgano, nuestro vientre, todo lo que tenemos. Todo lo que sale en una planta es nuestro. Somos el zumo de la madre naturaleza. Es sustancia, es medicina. Esa planta sagrada se riega por todo el cuerpo, por las venas, por todo. El creador dice: «Estos son mis hijos, son zumo del tabaco y la coca. La yuca dulce, la fruta, son lo que yo sembré y está dando frutos». Es un matrimonio de hombre y naturaleza lo que uno tiene. Al consumir esa planta sagrada uno se compromete espiritualmente a seguir esa palabra, a seguir ese consejo, a tener propósitos frente al creador. Al yo consumir esa planta sagrada, estoy dentro de esa planta sagrada. Me estoy purificando para escuchar las palabras del creador por medio de un abuelo que me está dando su consejo. Que me está contando sus narraciones, haciendo prevenciones.

La palabra que se transmite de generación en generación es un mandato. ¿Cómo se transmite esa palabra para vivir alegre, en abundancia, en armonía entre humanos y naturaleza? Consumiendo el ambil, que lo llamamos «tabaco», y el mambe. La tinta del lapicero es el ambil. Con eso usted escribe dentro de la hoja de la coca.

Para nosotros esta planta medicinal es un enlace espiritual porque de ella depende nuestra cultura y nuestra existencia en el planeta. Los abuelos decían anoche: «El cuerpo humano se va, desaparece, pero la palabra nunca va a desaparecer porque fue original. Ella va a quedar ahí».

La palabra recogida

Ese conocimiento filosófico que existe, la interpretación de la Madre Tierra, no es que tenga 2.000 años, ni 3.000, ni 5.000. Si matan un mamo de gran trayectoria que conoce e interpreta, pues habría un desnivel. Ese aprendizaje no se da por casualidad. A él no lo habían preparado porque quiso, sino porque era necesario. A los mamos los preparan cuando es necesario. Por esa razón son reducidos en número. La muerte de uno es un gran desnivel, un bajón, una gran pérdida. El rol del mamo es interpretar los elementos, tenerlos conectados. Reemplazarlos no es tan sencillo. Dirán «bueno, se repone». Necesitan de un aprendizaje de 30 años, de 40 años. Preparatoria constante desde niño, desde el vientre de la madre. No es que el mamo sea el único que sabe todo, sino el que es capaz de interpretar donde no existe mucho. Yo creo que es el orientador del barco cuando el que estaba orientando se pierde. Alguien lo puede agarrar, puede ensayar, pero el rendimiento no es igual. Eso es una limitación directa al conocimiento. Esa es nuestra forma de ver cuando matan a un mamo.

Y ese desbalance, ¿cómo se arregla?

También yo creo que esa es una oportunidad para revisarnos el por qué sucede eso. Si un mamo muere, si lo matan, es que algo debió dejar que eso pasara. Si uno mira desde el mamo, sirve para hacerse la pregunta: ¿qué sucede o qué estamos perdiendo? Eso nos genera como una forma de volver a retomar, es como en un laboratorio: algo reaccionó mal o medimos mal. Por lo tanto, si hablas como arhuaco, ¿cómo vas a hacer para que eso se regule o se repare? Si uno habla de reparación para el pueblo, la única forma de reparación es primero arreglarnos nosotros. Pero, igual, la persona que cometió el delito se metió con alguien que estaba haciendo las interconexiones con el mundo espiritual. La misma Madre se encarga de corregir eso.

No estoy diciendo que está bien que los maten. No es eso. Es que si el mamo estaba haciendo su trabajo, la misma Madre Tierra se encargará de defenderlo. Por esa razón, no existe venganza para nosotros. En la norma no existe venganza, no existe eso de que hay que hacerle un daño a otro por venganza. Tengo entendido que el Gobierno quiere pagar. Pero para eso tiene que venir a cumplir con la norma de la Madre Tierra. Esa es la forma de reparación nuestra. Bueno, eso es imposible. O de pronto alguno lo quiere hacer. Sinceramente sería de gran impacto para nosotros que el Gobierno se siente a cumplir la norma, la ley de origen. Esa sería la máxima reparación desde el conocimiento.

Espíritus testimoniantes

«Humano de carne y hueso, con principio de la naturaleza, con orden de la naturaleza. Eso es para nosotros el territorio».

Elías, cañón del Diablo, Caquetá
(6 de octubre del 2021)

Un territorio no es solo una extensión de tierra. Es, más bien, el lugar en el que se teje el entramado de relaciones materiales e inmateriales que une a seres humanos y no humanos. En el territorio se incluye el mundo espiritual. En él, todos los seres existentes actúan y testimonian. Sin embargo, con el conflicto armado, con la llegada de ellos, los violentos, los invasores, se desequilibró aquel tejido de relaciones, lo que produjo enfermedades y sanciones a quienes lo habitaban.

Desde el techo del cosmos

> Dentro de nuestro territorio, en este lugar, todo árbol, hierba, piedra… es elemento de esos seres míticos. Son asientos de ellos, pa sentarse. Desde ahí, ellos observan, miran lo que nosotros decimos. Desde los cuatro espacios: debajo de las superficies del agua, en la superficie de la Tierra, el centro de la Tierra y desde lo que nosotros llamamos el espacio hacia arriba. Todos los elementos que están en la superficie y adentro son de ellos. Nosotros lo tenemos claro. Por eso, sabemos que cada elemento pertenece a uno de ellos y que no se puede dañar. Hay que dejarlo como está. Ellos están mirando quién va a dañar algo. Y si alguien lo daña, los espíritus, los seres míticos, se hieren. Cuando un elemento es destruido, es como quitarles la fuerza a ellos. Es como quitarles su tranquilidad. Por esa herida se reniegan frente al ser humano, y lo condenan con enfermedades, con que no haya prosperidad. Cuando menos piense el hombre, ellos le ponen la maldad. No lo colocan de una vez, sino cuando menos piense. En cinco años, diez años, veinte años, treinta años. Se pueden desquitar con sus descendientes. Ellos están mirando con su ojo invisible. Ellos se dan cuenta y reclaman el daño que se estaba haciendo.

Espíritus incorpóreos

> Los seres míticos fueron los que conocieron cómo se iba a hablar con los seres que estaban debajo de la tierra. Ahí aparecen la coca y el ambil, se forman como el material para que el hombre pueda dialogar y relacionarse con los dueños que están debajo

de la tierra. La coca se formó para cuando ya el hombre usara un espacio sobre el territorio; para trabajar y practicar las danzas. A través de la coca capturaban los animales, y podían bailar y cantar a nombre del lugar donde se había cazado ese animal.

Nosotros no estamos maltratando a los árboles. Se utilizan los recursos naturales, pero de acuerdo con nuestros usos y costumbres. La madera de la chagra se usa para el techo de la casa. Nosotros reemplazamos los árboles que tumbamos para la chagra. La comida de los animales, de las aves, la reemplazamos con los frutales que sembramos. Ellos se alimentan de eso, de lo que nosotros también comemos. Hay una relación de apoyo entre naturaleza y ser humano.

Es de otro lado de donde vienen con ese pensamiento de extraer los recursos. ¿Cómo podemos parar esas actividades, si el hombre blanco es quien lo está haciendo? Estamos pidiendo que el blanco nos apoye para aliviar, para tranquilizar la tristeza que siente toda la naturaleza: hombres, árboles, animales, aves, ríos, peces, tierra. Eso es lo que dice el mayor.

La tristeza que sienten los árboles es porque los destruimos. Ya no respiran y no producen semillas. Igualmente quedan tristes los animales porque no van a tener la comida de los árboles. Los pescados ya no tienen comida, los ríos se secan. Eso es la tristeza. Y nosotros como humanos también estamos tristes porque no va a haber ese espacio donde crece un árbol. Eso también hace parte del pensamiento, de la palabra, de la espiritualidad. No solamente se entristece la superficie de la Tierra, también se entristece lo que llamamos los seres de adentro de la Tierra. Ellos son los dueños de eso. Y cuando se atropella, quedan tristes. Y si ellos están tristes, los humanos y la naturaleza quedan tristes.

Para la parte occidental simplemente es un material, para nosotros no. Para nosotros es parte de la espiritualidad, de la palabra, de la energía de protección. Nosotros no somos, digamos, ajenos a la naturaleza. Nosotros somos parte de la misma. Por eso hablamos de que en el principio ellos eran los que hablaban. Los árboles hablaban, los animales hablaban, los insectos hablaban. Ellos fueron los que conocieron lo que el hombre de carne y hueso iba a tener. Son seres que desde el origen tienen principios de conocimiento. Por eso nosotros usamos árboles para fortalecer el pensamiento del hombre. Cogemos el palo de comino o macapá para hacer el manguaré, el timbo que tocamos para la fiesta. Ahí adquirimos esa situación mítica para fortalecernos. Los árboles, en general, son seres espirituales como boas que tienen un poder muy grande y son parte de nuestra fuerza. Cuando se entiende eso, ya no es un simple árbol. Es un ser de carne y hueso también. A través del tiempo, nuestros antepasados, que dietaron y se sacrificaron, pudieron adquirir ese conocimiento que venimos transmitiendo de generación en generación.

Dos esmeraldas

Hay un lugar en el bosque que habita en mi imaginación. Allá en el borde oriental de Colombia, por la ruta boscosa desde Cubará hasta los amplios meandros del río Arauca. Hay un lugar en un rincón del bosque donde, durante los secuestros, él colocó el cuerpo en el suelo. Él allí, cautivo, yo, no allí, cautiva solo de su ausencia y de la ausencia de saber. Boca abajo sobre la tierra fértil. Reivindicando un momento en el caos ciego para hacer una pausa. Cuando lo vi, yo también estaba entre los árboles, en la parte trasera del jardín comunitario al lado de nuestro apartamento en Brooklyn, oculto a la vista desde la calle. Boca abajo sobre la tierra fértil, con el oído recostado en el suelo, buscando escuchar su presencia. Examinaba la curva de la tierra con el ojo de mi mente: *¿dónde estás?*

Días antes de su partida de Nueva York hacia el territorio U'wa esa última vez, con los sonidos de la calle *Union* bullendo afuera, sacó una esmeralda partida en dos partes. Era una esmeralda áspera y opaca que le había dado un trabajador de una mina de la zona rural de Colombia. Colocó una pieza en mi mano y la apretó como enterrándola en la palma de mi mano. La otra la volvió a enterrar dentro de sus pertenencias. Después de que el Departamento de Estado de los Estados Unidos finalmente entregara los detritos robados de sus bienes materiales a la casa de su madre en Los Ángeles, encontré el brazalete de plata que le había regalado junto con otros recuerdos, pero la esmeralda no estaba por ningún lado. Recordé aquella noche en el bosque durante el secuestro. En mi imaginación, boca abajo sobre la tierra, hizo una pausa para enterrar su mitad de la esmeralda de regreso al lodo para custodiarla. Hizo una pausa en esta transición, una reorientación, en entrega a lo que estaba por venir. El suelo fue receptivo, envolvente.

La pausa, con el vientre sobre la tierra, nunca se trató solo del secuestro. Hacemos una pausa, boca abajo, para expresar interna y colectivamente que estamos hartos del caos ciego, el ajetreo frenético. Los fusiles pueden dictar los parámetros externos de nuevos movimientos, pero no les suplicamos a ellos. Suplicamos escuchar desde una fuente más profunda. Cuando *tocamos la tierra,* giramos de manera invisible para reorientar nuestra respiración y movernos al unísono con el flujo silencioso del agua que se filtra, navegando bajo tierra en lealtad desafiante y flexible a las generaciones futuras. Tocamos la tierra para dar vida a la parte posterior del cuerpo, para movernos al unísono con nuestros ancestros de sangre, elegidos y espirituales, los maestros que nos han precedido y que nos muestran el camino en esta vida. Tocamos la tierra para dar vida a la plenitud de nuestra envergadura, de una punta del dedo a otra, extendiéndonos a lo largo del ecuador para abarcar todas nuestras relaciones en comunidad y solidaridad. Tocamos la tierra para dar vida a lo largo del tramo del meridiano de nuestro cuerpo terrestre, anclándonos de polo a polo.

En esta formación, allí con nuestro vientre sobre la tierra, llamamos a todas nuestras partes de regreso a casa, re-membramos el cuerpo, lo rescatamos del aplastamiento de la bota del patriarcado racista, capitalista y extractivo. En este re-membrar, entregamos lo precioso al subterráneo, lo reintroducimos a la tierra para su custodia. Nos levantamos realineados, nuestras articulaciones flexibles con fuerza tensil, las rodillas ligeramente flexionadas, el cuello estirado, los brazos relajados, las palmas de las manos hacia arriba, receptivas. Con los ancestros a nuestra espalda, todas nuestras relaciones a nuestros costados, nos encontramos ahora de pie en *la plena extensión de nuestra dignidad,* anclados de la tierra al cielo, atentos y leales a las generaciones futuras ante nosotros. Con o sin el fusil en nuestra sien, estamos escuchando desde un lugar más profundo. Ya estamos caminando firmes hacia ese futuro. La forma en que caminamos está en armonía, cada paso es una expresión sagrada del *privilegio de nuestro deber* como guardianes del *equilibrio entre el mundo de arriba y el mundo de abajo*. Un paso y luego el siguiente. Así es como llegamos a donde vamos. Es lo que tenemos. Con cada paso, en justa relación con los ancestros, la tierra, nuestras comunidades y las generaciones futuras, llegamos a donde necesitamos ir. No es lo mismo que la esperanza. Es la fe. Es un tipo de fe que, igual que un músculo, se fortalece con el uso. Es la fe en que cada paso sube y baja al compás de la propia respiración de la tierra, un espejo de la labor alquímica de los árboles al convertir las gemas que enterramos en sus raíces para custodiarlas en *semillas enterradas* que la tierra fértil del valle fluvial sabe cómo cultivar.

Energías de paz

El oro tiene espíritu malo, es candela. Candela son los problemas, las enfermedades, no el fuego. Igual el petróleo. Para nuestra mitología esos son elementos que sirven para enfriar la Tierra. Son como la almohada de la Tierra. Si no está eso, la Tierra va a quedar en un vacío. La Tierra pierde su fuerza, al igual que los seres vivos, que se van desnutriendo. Por eso no se pueden sacar, por eso nosotros no los estamos sacando. Pero tampoco podemos decir «no lo saque», porque el que lo está haciendo es el que debe decidir y entender que no puede maltratar, que está quitándole vida a la tierra y a los seres vivos. Cuando el petróleo se extrae del subsuelo se produce algo negativo, como una enfermedad. Los árboles se debilitan, el río se contamina, y no hay equilibrio. Por eso se canta. Las canciones van dedicadas a todo el comercio de extracción de los recursos naturales. Para que ello y la humanidad queden en paz.

Paz, ¿qué quiere decir eso? La paz es el pensamiento fortalecido, sano, el bien común. El cuerpo tiene paz cuando tiene completo lo que necesita para estar saludable. Lo más importante es la paz espiritual. Cuando la paz espiritual no está bien, el cuerpo tampoco está bien, y la persona se dirige a una actitud negativa.

La paz es buen pensamiento, buen trabajo, buen respeto, buena colaboración, y que salga por nuestra boca la palabra sana.

Los espíritus son todas las energías que tienen poderes. Nosotros como seres humanos los recibimos de la naturaleza, de los árboles, de las aguas. Cuando todo eso está completo, existe paz. Los seres míticos controlan la energía negativa, pero para que puedan hacerlo tienen que recibir respuesta positiva del ser humano. Necesitan que los humanos reconozcan que existen, que son parte de su defensa material y espiritual.

Para encontrar la paz está el baile de la paz. Es todo de color blanco. Por eso como andoques tenemos el color blanco, el color rojo y el color negro. En ese baile de la paz, que se hace con unos palos, tiene que ir blanco y negro. El negro es la paz. El blanco es la pureza de un pensamiento. El baile trae las bases para encontrar la paz. *Sofaá* es el palo con el que se baila, que era un arma que esos seres míticos usaban para atacar los problemas del hombre. Cuando ese palo se volvió para la paz pasó a llamarse *jijí,* que significa «golpear», y *jecoy,* que significa la alegría y la tranquilidad, como arroparse con un algodón suave. En el baile de *sofaá* se usa lo que nosotros llamamos *jekaá,* que es como una especia de bambú. Se coge ese bambú y también se coge el palo de balso, que es de color blanco. Esas son las dos clases de palos que se usan para la paz.

Verdades del monte

Yo vi que la guerra se llevó amigos al monte, que nunca regresaron, que no sabemos dónde están. Los caminos de mi pueblo se llevaron ilusiones y sueños de sacar adelante a la familia. Y los que se los llevaron vinieron al pueblo a decirnos: «No sé, ellos se fueron conmigo, pero no estuvieron conmigo». Ese es uno de los lamentos que tenemos.

El monte tiene secretos de dolor. El bosque, el territorio, también conoce una verdad. ¿Y cómo cuenta esa verdad? Su vegetación no es la misma cuando nos cuenta el dolor. ¿Cómo le explico? Con el color, con la forma del bosque, un cazador sabe que pasó algo anormal, que hay algo que no… que no encaja. Ese es el mensaje que nos da el monte. El monte nos dice muchas cosas, igual que el manglar nos está diciendo: «Mis orillas, mis quebradas». El monte y el manglar no nos han contado qué pasó con nuestros amigos, pero sí nos han mostrado que por ahí quedó la huella de unos sueños que nunca llegaron a realizarse.

Nunca he hecho esto que acabo de hacer, de estar llorando. Pero me conecté mucho con lo que puede ver el monte, con lo que puede ver el manglar. Con

ese dolor. Ojalá el monte pudiera hablar y decirnos dónde están mis amigos de infancia, de colegio, que se fueron con la ilusión de sacar adelante a sus familiares. Si el estero San Antonio, si el manglar hablara… Y yo siento que nos han hablado, que cambiaron su forma y no solamente por la coca, por la mina. La huella de la violencia le afecta tanto al territorio, que se mutó. No sé si es la palabra, pero hoy las plantas no son las mismas. Ni siquiera las medicinales. Aunque son las mismas que nosotros conocemos, su color no es el mismo. Cuando las amasamos, no es lo mismo.

Sus árboles son distintos. La naturaleza manifiesta su tristeza en sus formas y en sus colores. Hoy difícilmente uno dice ese es chachajo o ese es caimito. Los mayores nuestros o nosotros mismos de aquí, en cambio, podíamos saber en medio de toda la multitud de árboles quién era quién. Ahora se confunden. Ahora casi todos los colores son homogéneos, verde como rucio. No es ni verde, sino verde rucio. Es un mensaje. Y ustedes dirán: «Diego, pero eso es el cambio climático». Quienes hemos aportado al mundo, somos los negros, los indígenas. Esto es un pulmón que hemos cuidado, nuestro legado. Nosotros sabemos cómo es la cosa, cómo funciona ese legado. O sea, el territorio está adolorido y lo está manifestando. Esto es como un mutualismo. Nosotros le dábamos al territorio y él nos daba. Cuando llega la violencia al territorio, se extraña nuestra presencia. No tenemos el mismo olor ni la misma intención desde que ella llegó.

Dentro de los mecanismos de contar la verdad, es necesario un espacio para sanar al territorio. Y sanar al territorio no es solamente reforestar. Sanar el territorio es irme a lo profundo del monte y tocar un bombo. Que los árboles, que las plantas, que los pájaros, escuchen otro sonido: su sonido.

Lo inhabitable

¿Cómo eran las carpas?

Cuando vivíamos en las carpas

En mi época sí éramos discriminados. Llegábamos a un supermercado y nos seguían, nos ponían un seguidor. Temían que nos fuéramos a robar algo. Nos miraban, nos intimidaban. A veces nos hacían preguntas por ir con nuestra pañoleta o con nuestra falda larga. Es que la gitana se conoce a leguas. De pronto ibas adonde un médico y no nos querían atender, que ya no había turno. Éramos discriminados en todas partes. Cuando nos poníamos a hablar nuestro idioma, trataban de imitarnos haciendo trabalenguas; se burlaban y agarraban risa.

Tenemos 40 años de estar viviendo aquí. Nos consideran gitanos y nos respetan mucho. Estamos muy agradecidos con este territorio. Nos conocen como gente bien, gente sana. Nos acreditan en las tiendas, nos acreditan electrodomésticos. El gitano vale por su palabra. El gitano nunca firma un documento gitano con otro gitano para hacer un negocio.

Fuimos aprendiendo que la vida no es lo mismo que antes, cuando todo era tan fácil, tan sano. La gente se admiraba cuando llegaba la carpa gitana. Se armaba un comercio en las mismas carpas, ahí se hacían todos los negocios. La gente se venía a comprar las pailas, las sillas, los caballos, las artesanías. Y al acabársenos eso, se nos acaba la vida. Ahora, mire un cambio tan brusco pal gitano: a nosotros nos gusta ser libres como las aves; no nos gusta el encierro. Cuando empezamos a alquilar casa llorábamos, nos sentíamos ahogados. A uno le cortan las alas. Es un cambio muy fuerte pagar recibos de agua, de luz. Nos alumbrábamos con nuestras mismas lámparas, cocinábamos con carbón, con viñas, soplábamos. A raíz de eso ya no somos los gitanos de antes, estamos en algo parecido de gitano. Al quitarnos las toldas, nos acabaron la vida. Las reuniones, las *pachiu,* los pedimientos, los casamientos, los negocios… todo. Una discriminación total.

Vuelvo al pasado porque de él depende nuestra cultura. El conflicto armado nos ha hecho perder eso. Cuando vivíamos en las carpas, venían a visitarnos otros gitanos que iban de paso. Así venía el muchacho soltero, el que veía a las niñas, y luego mandaba razón de que iba a volver a pedir. *Pachiu* era reunirse, darle una bienvenida a un gitano que venía de visita, pero se nos hace imposible viajar tanto, el grupo armado nos lo ha hecho imposible. Ya no nos encontramos con las otras

vitsas, que son los clanes. Cuando vivíamos en las carpas, éramos libres, totalmente libres de peligro, de grupo armado, de todo. Andábamos como somos nosotros los gitanos. Hoy en día nos atenemos de hacer eso, y por no tener cerca gitanos, acudimos a los que no son gitanos. Tenemos años de vivir aquí y los jóvenes se han enamorado de estas niñas.

Para nosotros es una pérdida grande no vivir en la carpa. Es un fracaso. Lo siento así porque yo viví en las carpas y al no hacerlo me siento perdida. En una casa alquilada no está el campo, no se oyen los pájaros ni se siente la brisa de la mañana. La noche caía y poníamos un tapete en medio de todas las carpas. Ahí nos reuníamos con la abuelita. Ella nos decía el significado del sol, de la luna y nos echaba unos cuentos hermosos.

Eso ya no se hace, doctora. De vieja me ha tocado recoger a los jóvenes para hablarles de las carpas. Se las hago con pedacitos de tela y les explico: «Aquí dormíamos, aquí amarrábamos los caballos». Así ellos miran. Pero si nosotros hubiéramos seguido viviendo en las carpas, ellos conocerían. Si no hubiera habido tanta violencia, seríamos libres. No nos sentimos libres. Cuando nos fastidiábamos y se acababa el mercado que habíamos puesto, al mes, a los dos meses, alzábamos nuestras carretas y dele: a buscar otros horizontes, y así.

No volví más

Mi niñez era andar con mis papás en las veredas vendiendo sillas de caballos. De ellos aprendí el idioma desde chiquita. Antes, los niños andaban era con sus padres para arriba y para abajo, para donde fuera, para otro país.

Como los gitanos siempre están trasladándose de un lugar a otro, pues tengo, digamos, malos recuerdos porque viví una experiencia muy difícil. Tenía como nueve años, eso fue para los lados de Pueblo Nuevo hacia adentro. Era una época invivible en esas veredas por allá. Fue en el año más o menos 98, yo tenía como diez años. La verdad es que la fecha no la recuerdo muy bien. Estábamos con mis padres en una vereda. Pedíamos posada en una casa, en una enramada. Y era la madrugada cuando sentimos unos disparos. Yo dormía con mi mamá en una hamaca. Como estaba pequeña, ella me ponía en su pecho y dormíamos así. Fue un susto muy grande levantarnos y sentir que estaban disparando de lado a lado. No sabía que estábamos en el medio de ese conflicto. Fue un suceso muy horrible para nosotros, para la familia, y sobre todo pa mí. Yo no volví a las veredas con mi mamá y tengo casi 30 años. No volví más.

Dejé de compartir con mis papás, de ir a negociar con ellos. Cuando estaba niña, yo tenía negocito, también compraba y le vendía a las niñas. O sea, me gustaba estar con mi mamá en las veredas, compartir con ellos vendiendo. Yo era feliz con ellos, pero por ese suceso no volví a estar con ellos. Mis papás tomaron la decisión, sobre todo mi mamá, de cambiarme de lugar y dejarme con una empleada para que estudiara. Ella no quería ese futuro para mí, de ir al monte. Ya el conflicto armado fue creciendo en

Colombia y me dediqué a estudiar para tener un mejor futuro, para que no fuéramos más al monte. Sobre todo nosotras, las niñas, porque de pronto uno va creciendo y nos ven los hombres, nos quieren de pronto reclutar o algo.

El rol ahora de la mujer es ayudar a criar los niños en la casa. Casi no salen, y si salen, es en el casco urbano. Ya no se meten para las veredas porque no pueden ir solas. Les da miedo. Entonces los hombres tienen que salir a vender sin esa ayuda de la mujer, porque nosotras las mujeres también sabemos del negocio, de las artesanías. A eso nos dedicábamos, pero el conflicto nos limita en este momento.

De gadzhé a gitana

Toda mi vida la he vivido aquí. Cuando los conocí, recuerdo que ellos vivían cerca de mis papás. A nosotros, siendo niños, nos llamaban la atención; yo alcancé a conocer a la mamá, la señora Sofía. Era una señora muy llamativa porque era alta, blanca. Llamaban la atención sus ojos y la vestimenta, esas pañoletas bonitas que usaba. Cuando los señores Pedro y Roberto llegaban en esos carros y traían sus mercancías, y aparte de eso traían animales, pues venían supercargados. Nosotros, como niños, nos echábamos a reír porque, o sea, era mucha cargamenta para ese carro. Y venían todos ellos ahí adentro, y esas botas y esos sombreros elegantes que usaban. Pues a nosotros, como niños, nos llamaba muchísimo la atención su forma de vivir. Ellos se sentaban al frente de la casa del señor Pedro. Era un terreno abierto. Ahí hablaban su lengua y nosotros no nos acercábamos mucho, pero sí lo suficiente para escuchar su dialecto, que nos parecía muy chévere, muy curioso.

Llevo doce años, casi los trece, viviendo con mi esposo gitano. Él casi nunca ha querido que lo acompañe a sus negocios porque, ajá, la violencia, el temor. Hay veces que les va superbién, que venden toda la mercancía y que traen buenos recursos a la casa. Hay veces que llegan derrotados, sin mercancía, sin plata, sin nada. Ellos reparten su mercancía y cuando llega el momento de cobrar, mucha gente se niega e incluso hasta los amenaza. Entonces recogen, traen lo poquito que les dejan.

Y pues, ajá, hubo un tiempo en que la situación se puso tan mala que me tocó salir para los lados de Arboletes. Allá llegamos con él, con mi esposo. Él salió a vender sus mercancías, las sillas de caballo, las botas esas de cuero Brahma. Él se metía bien en las veredas de los pueblos donde llegaba. Yo me ponía a repartir las sandalitas, los collares en el pueblo. Una vez quise ir más allá y me intimidaron unos hombres en el camino. Me quitaron mi mercancía, me dijeron que era una bruja, que por qué nos vestíamos así, que de qué nos estábamos infiltrando. Me quitaron las sandalias, me las botaron. Nos hicieron salir del pueblo. No esperé a que mi esposo llegara. Cogí a mis niños, mis cosas y me vine como pude.

Y pues, ajá, me trataron de romper la falda, que me quitara esos trapos. Gracias a Dios, en el pueblo había vendido unas sandalitas y con eso que me gané me regresé a mi tierra. Me vine con lo que tenía puesto y la bolsita de la ropa del niño. No esperé a mi esposo.

El saber gitano se está acabando

Me fui con mi hijo a vender mercancía pa los lados de Necoclí. Cuando una mujer va con uno de los hombres gitanos, siempre agarra una bolsita y mete sandalias, collares que manejamos nosotras mismas. El hombre se queda en el centro ofreciendo la agropecuaria al por mayor, entonces uno es sano, uno entra a una veredita porque hay finquitas, ¿sí me entiende? Entonces yo agarré un caminito así como casita por casita. Vi que dos señores altos me seguían y me asusté. Me metí en una casa y le pedí agua a la señora. Ellos me esperaron más adelante.

Se me vinieron detrás. Saqué el teléfono y me puse a hablar con Roberto, a decirle lo que estaba pasando en nuestra lengua. Ellos escuchaban todo. Me quitaron el teléfono y me dijeron «¿usted en qué idioma habla?». «Yo soy gitana, señor, estamos vendiendo mercancía. Mi hijo está en tal parte y me estoy comunicando con él para que me venga a buscar». «¿Usted por qué se viste así?, ¿usted por qué tiene que hablar así?, ¿a usted quién la mandó?». Y me cogían la falda, me la alzaban. «¿Usted qué tiene debajo de esa falda?, ¿usted es informante?, ¿usted qué hace aquí? ¡No la queremos ver por aquí!». Me trataron de bruja. Quedé traumatizada. No quería salir. Me enfermé de los nervios en la casa. Y por eso pasé mucha necesidad, porque ninguno de la familia quería salir.

La cultura gitana se está acabando porque cuando estamos en las veredas o en los pueblos vendiendo, nos mandan a decir que no hablemos nuestro idioma. Cuando vamos a vender tenemos que hablar en español para que no se metan con nosotros ni nos investiguen quiénes somos; para que no nos intimiden. Se está acabando porque ya no andamos como andábamos antes.

Usted sabe que el gitano tiene mucho conocimiento. El gitano no tuvo estudio, pero Dios nos ha dado una sabiduría que con solo ver a la persona uno sabe lo que lleva en los ojos. El gitano convence a un señor que le compre una silla aunque no necesite la silla. Uno puede sacar mucho conocimiento de la persona que se le acerque. Cuando, digamos, me van atracar pa robarme la plata de la mercancía, yo sé quién es el que va a venir a robarme. Y sé quién es quién, uno sabe porque uno ha pasado por varias cosas.

Por lo menos una vez nos pasó cuando íbamos en un carro. Mi hija estaba pequeña cuando eso. Nos pararon como en un retén, tenían diferentes vestuarios. Ya uno sabía que era esa gente porque no eran ni policías ni soldados. Tenían como unas banderitas rojas por aquí en las mangas, algo así. «¿Para dónde van?», nos preguntaron. Nos miraron el carro, nos revisaron, los nombres, las cédulas… «¿Quién los mandó para acá?». «No, vamos a vender esta mercancía». Y no ha pasado un caso, sino varios. A toda la comunidad gitana. Cuando me sucedió el caso pa allá pal Urabá, ese grupo armado me trató de bruja, que éramos hechiceros.

Eso fue hace mucho tiempo, no recuerdo en qué pueblo fue. A mí me dio hasta risa, pero por dentro temblaba. Él se me acerca y me dice «usted es gitana, ¿verdad?». «Sí, yo soy gitana y me siento orgullosa». «¿Lee la mano?». «Sí, yo la leo». «¿Y cuánto

cobra?». «Lo que usted me quiera regalar». Se la leí y le dije «su familia está sufriendo mucho por usted, hay unas personas que lo lloran; usted está en un camino equivocado». El señor me miró, me dijo «¿usted cómo hace pa ayudarme?». «Entréguese a Dios, que es grande y maravilloso». Se fue llorando. No sé qué era, pero sí sé que era de un grupo armado. Soldado no era. Tenía un arma. Yo temblaba, pero lo atendí porque me sentía segura de que no estaba haciendo nada malo como gitana. Él me regaló 5.000 pesos de ese entonces.

A la gente todo le quitaban

Ahí andaba un comandante, ese man era racista, a ese man no le gustaba la gente negra; ese man mataba gente, eso mantenía parado con su pistola, le preguntaba a la gente cosas que la gente no sabía, y eso era al lago. Era el man más sanguinario que haiga visto yo. En ese tiempo la gente también mantenía asustada, o sea, eso ha vivido latente, o sea, nosotros ya prácticamente nos volvimos como masoquistas. Porque es que uno mira lo que pasa y seguimos aquí porque ¿pa dónde?

Nos sentimos como acorralados, acá nuestras costumbres ya se perdieron, antes uno iba al velorio con la marimba, la gente acá bailaba; ahora ya la gente ya ni baila, porque si usted tuvo un baile por ahí, usted ya mira un tipo con fusil, pistola, ¿uno qué hace allá?

Antes, pues era una vida tranquila, uno mantenía de la pesca, de la madera. La gente nos manteníamos de eso: de la pesca y la madera, pero a través del tiempo las cosas han ido cambiando. Han llegado los cultivos ilícitos. Desde los asentamientos de los grupos armados, de los foráneos que fueron llegando… Acá no había otra fuente de empleo, entonces eso nos ha llevado a esta crisis. Ya prácticamente son obligatorios los cultivos ilícitos, porque es que si no tiene coca, pues no tiene con qué comer, porque ya las montañas… ya acabaron con la madera, el río mantiene subiendo y se lleva los plátanos. El río antes mantenía clarito, ahora el río mantiene es turbio. Hay días cuando está el río seco, uno no puede ni tomar esa agua. Y ahora últimamente se está bajando un crudo.

Cuando entraron los paramilitares, me acuerdo fue un 20 de julio, por la parte de abajo, por la zona de Satinga. Entraron por Satinga, ajá, y ellos desembarcaron en Bocas del Telembí una cantidad de lanchas. Desde ahí se formó el paramilitarismo. En septiembre, o sea, cuando ellos llegan ahí a Bocas del Telembí, matan a la primera persona. Y eso ya empezó. Mi papá era líder comunitario. Mi papá fue a preguntar por unos muchachos desaparecidos, y yo creo que ahí fue que mi papá se pintó, digo yo. Entonces, el 4 de septiembre lo agarraron a las nueve de la noche. En esa fecha, a mi papá desgraciadamente lo abordaron en Bocas de Telembí, lo sacaron y lo desparecieron. Muchos dicen que a mi papá lo tenían amarrado puallá detrás de una casa

de un señor, que le habían cortado una oreja. De ahí pues como a las 11 de la noche, dizque trajeron palas. Desde ahí ha sido pues la zozobra de uno, yo a veces pienso que mi papá va a llegar, porque como nunca lo miré, nunca… yo a veces digo, «guardo la esperanza de que esté vivo», pero nunca llega. Yo tenía 21 años, eso es algo que uno se queda hasta sin palabras porque qué.

Acá nosotros hemos perdido, acá como negritudes nosotros hemos perdido todos los territorios con foráneos. Los foráneos ahorita son los dueños de los territorios, ¿y quién le va a reclamar? Porque es que los foráneos vienen desde afuera con sus alianzas con los grupos armados, porque ellos son los que han traído su gente hacia acá, ellos se mueven con su gente.

En la laguna de Pirambí nosotros pescábamos, entonces uno agarraba, uno iba una noche y agarraba hasta 200 dentones, mojarra, sábalo; es una laguna muy honda, profunda. Pero ahora en el 2000 que se hicieron dueños de esa laguna, los foráneos se la agarraron, ya uno no puede echar malla. Entonces, como negritud yo me pregunto ¿qué va a ser de la vida de nosotros? No podemos cazar, no podemos ir para la laguna porque ya los foráneos se han hecho dueños de eso.

O sea, la gente en el 2001 acá vivió un atropello, una barbarie, acá a la gente todo le quitaban. Podía ser: si usted iba para Barbacoas a comprar y tenía una remesa, le quitaban la mitad; el que tenía una tienda, mi mamá tenía una tiendita en ese tiempo cuando mataron a mi papá, y ella pues vivía de eso. Un día llegaron, venían de pelear de Patía y se comieron todas las cosas, se tomaron la gaseosa, la galleta y cuando les preguntó, que no, que «déjelo por causa de la guerra». Entonces, eso ha pasado acá, la gente si iba a traer una gasolina, si traía 30 galones o 35 galones, le quitaban a veces hasta los 20 pa ellos andar. Por ejemplo, allá había gente que criaba marranos, gallinas, y eso por ahí un pollo, llegaban ellos lo correteaban, lo agarraban y se lo llevaban. ¿Y uno qué va a hacer? A un señor inclusive se le llevaron una marrana que estaba embarazada, agarraron su marrana.

A la gente todo le quitaban. Nosotros teníamos un equipo de fútbol, nosotros jugábamos. Pero igual la presencia de los señores estaba latente, andaban por el río, no nos dejaban transitar por la noche. Pues un día nosotros vinimos a jugar, no me acuerdo de la fecha, vinimos a jugar un partido, ganamos 5-3, nosotros contentos, «¡no, que hay que celebrar!», «listo vamos a celebrar». Entonces nosotros teníamos un primo que él había prestado servicio militar, había sido soldado profesional, pero ya se había retirado. Claro, apenas lo miró, lo llamó, le dijo: «Usted, Ángulo, ¿usted qué? Quiero que nos acompañe», le dijo, «No, yo no». Bueno, total que el man ahí, como a las once de la noche, lo mataron. A mi primo le pegaron un tiro aquí en la pierna. Desde ahí se acabó el equipo de fútbol, desde ahí, él era el defensa de nuestro equipo. De ahí después se desmontan pues las Autodefensas, que se desmovilizan, se van de acá. La verdad es que esa gente era por coger puntería, ¿oyó? Porque acá no solamente a él, acá en el río Telembí uno miraba bajar cuerpos: uno, dos, tres; había días que pasaban hasta siete bajaban por el río Telembí, ¿y será que toda esa gente

tenía problema? No era porque tenía problemas, sino que esa gente era pa que la gente tuviera miedo. O sea, era pa mantenernos asustados, ajá.

Mire que nosotros, en ese tiempo, usábamos las trenzas y un día llegaron y a toditos nos cortaron el pelo con machete. A todos. Yo tenía, sí, bien bacana. Y a todos, nosotros éramos como unos ocho. Nosotros cuando jugábamos fútbol nos colocábamos cintillo y todo. Y esos manes nos agarraron, «vengan pa acá, ustedes en qué andan», nos cogieron con machete, todas nos las cortaron. Y esos los retenes a cada rato… Siempre ancestralmente la gente por acá, pues como negro, acá la mayoría ha guardado su cultura. Pero no, llegaron ellos y nos la cortaron. Los muchachos se fueron, yo me quedé, los otros se fueron. Igual tienen sus pelos en Cali, ellos mantienen en Cali su cabello grande, sus trenzas. ¿Qué pasó? O sea, nosotros estábamos jugando micro ahí, estábamos jugando tal, cuando nos llamaron: «Que venga, que ese pelo se lo vamos a cortar, quitar esos pelos», nos agarraron; uno se resistió y le metieron unos planazos. Y eso no solamente a nosotros, por el río Patía al que lo miraban con el pelo eso era cortado a todos.

Así entró la guerra - colección de fragmentos

Yo no estoy pa que me controlen

Yo me llamo Sandra. Nací en Ecuador, pero como la vida es tan *corritiva,* mi mamá vino a vivir en Chorrera. Entonces, pues, me crie en Chorrera y de ahí salí a vivir al corregimiento de Arica, cuando estaba de 16 años. Me uní con uitoto, soy uitota ahora. Y ahí tuve mis siete hijos. De los siete tengo ahorita solo seis. Ya me dejó una, mi Dios me la llevó. De Arica me fui a vivir a una finca y ahí estuve por dos años y medio. La guerrilla de las FARC llegó en el 2000. Como el papá de mis hijos había trabajado en la Gobernación, nosotros conseguimos las cositas con esa platica. Ya la gente de monte había llegado cuando nosotros llegamos ahí. Llegó por esa quebrada, Trompetero, tenían entrada.

De ahí volvieron otra vez, la gente del monte, en el 2004. Y bueno, cuando volvieron, yo ya estaba en la finca trabajando. Trompetero tenía una ruta que salía, no sé, por Caquetá. Era un salidero de ellos, era su rutina. Entonces empezaron a cogerse con el Ejército. El Ejército empezó a buscarlos. Se escuchaban rumores: «Mire, que el Ejército está buscando a la guerrilla, váyanse». Yo decía «pero, si yo no estoy haciendo nada, ¿adónde me voy a ir? Estoy en mi casa, no hice nada. ¿Pa qué tengo que salir?».

Bueno, un día tenía un televisor dañado y el remolcador del Ejército estaba ahí en el corregimiento. Pensé en llevar el televisor a Arica, por si de pronto alguien lo revisaba. Había un muchacho que sabía echar sus mentiras con los televisores. Bueno, lo estaba llevando y nos bajan ahí. Nos llaman y pasamos, pues. Llaman al papá de mis

hijos, le tiran un culatazo aquí en el pecho. Lo botaron al piso. Yo les dije: «¿Qué es lo que ta pasando ahí? ¿Qué es lo que hacen?». «Que él trabaja pa la guerrilla». «Señor, si usted vino a buscar a la guerrilla, ¿por qué no la busca? Yo estoy viniendo de mi casa». Tanta rabia me dio, que dejé a mi hijo solito en el bote. Él subió con remo porque yo salí con el remolcador del Ejército pa arriba. Subí al muelle. Entonces le avisé a mi hija. Todos salimos detrás de ellos. Lo golpearon, lo tenían ahí. Lo soltaron, nos fuimos pa la casa. Dejé ese televisor botado y me devolví pa la casa.

A los ocho días, estábamos en la casa. A las nueve de la noche apagamos la planta, nos acostamos temprano. Cuando escucho en la puerta: ¡tun! Salgo por la ventana, miro: el Ejército. Pero yo no caí en cuenta que estaban buscando al papá de mis hijos. Ellos, mis hijos, estaban en un ranchito más allá. No querían pasar a la casa grande, estaban todavía en la casa pequeña. Cuando abro la puerta, me dice el soldado: «¿Me puedes dar cinco minutos de permiso en tu casa?». «Sí, señor, con mucho gusto, siga». Abrí la puerta, entró, prendió una vela. Me dijo «estoy buscando a fulano de tal porque mira que esto…». «No señor, no. Él no se encuentra», le dije, aunque él estaba. No me había dado cuenta de que a mi hijo lo tenía apretado del cuello, contra la pared. El Ejército lo tenía así para que le avisara dónde estaba esa gente.

Bueno, se fueron. A mí hijo le tocó salir a esa hora. Él se fue a buscarlo en el monte, al papá. Luego volvieron y nos cuidaron como quince días, el Ejército. No me dejaban ni salir a la chagra, a buscar una yuca. Ni siquiera salir por un pescado. Y al papá de mis hijos le tenían de la cocina a la pieza, de la cocina a la pieza. A las once de la mañana, con ese rayo de sol, lo sacaban al patio. Ahí lo ponían. Por eso, una vez que tenía que traerles comida a mis marranos, les dije: «Nosotros, como indígenas, estamos acostumbrados a trabajar y caminar en nuestro territorio cuando nos da la gana. No tenemos por qué pedir permiso a nadies. Nos vamos adonde queremos y volvemos cuando queremos, y yo tengo que ir a buscar la comida de esos animales. ¡No, yo no estoy pa que me controlen! Si es así, entonces te vendo todo aquí, mis animales, y me voy tranquila. Yo no estoy pa pelear por eso. ¡Páguenme y yo me voy!».

Había comandante, había como un mayor. No, nada. Vivir esa vida no es vivir. Eso es un recordatorio que a uno le duele. Lo que yo he pasado, lo que yo he sufrido, aunque hayan pasado catorce años. Eso es un recordatorio que a uno le duele. Al papá de mis hijos lo torturó el Ejército y lo sacó de la casa.

Uno ya no tenía nada fijo

No fue tanto que llegaron y que hicieron una toma y mataron la gente, sino que ante esos hostigamientos –porque entraron muchas veces– siempre hubo un milagro. Por alguna razón, porque la Policía se daba cuenta antes de que llegaran. Pero entonces ellos, de la rabia, le echaban la culpa a alguien por no poderse tomar el pueblo. Eran unas cadenas hasta de quince días, muerto sobre muerto. Eso fue tortura. Las veredas aquí sufrieron mucho, mucho. Hubo un desplazamiento tan grande que este corregimiento no se ha recuperado. El campo está abandonado porque la mayoría de la

gente se fue y no volvió. Aquí hubo grupos de las FARC, del ELN, del EPL. Uno veía los mensajes que dejaban en las casas: «Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar».

Desde el año 1985 hasta aproximadamente el 2007 nosotros empezamos a sufrir todo tipo de problemas de violencia. En las veredas la gente tenía que mantener a los grupos. Llegaban y que las gallinas, que háganos comida… Por ese lado comenzaron las restricciones en las veredas. Empezaron los problemas, los hostigamientos, los controles. Problemas de extorsión, de secuestro, desapariciones. Se llevaban a la gente. Lo que pasa es que como la gente sintió tanto miedo, nadie quiso decir nada. Todo el mundo prefirió guardar silencio. Había también paramilitares. Incluso en la vereda de Tarqui –dicho por los mismos habitantes de ese corregimiento–, ellos llegaban en la noche y sacaban a todo el mundo y se lo llevaban pa la cancha. Allá les decían directamente: «Quien colabore con el Ejército, quien colabore con la guerrilla, quien le dé entrada a ese tipo de grupos, va pal suelo». La misma gente cuenta que hubo veces que los sacaron de las casas a reunirlos, pa desaparecerlos con listado en mano. Hubo un periodo en que hoy caía uno y mañana otro. Familias enteras. Fueron todo tipo de grupos.

Ya luego de esas entradas –fueron seis– y de todos esos hostigamientos empezaron incursiones leves. O sea, de entrar y hacer disparos, haciendo como el intento. Y se fueron tomando tanta confianza que se entraron. Uno ya no tenía fijo nada porque en cualquier momento usted escuchaba: «¡Llegaron, llegaron!». Y se fue volviendo tan extremo, que nosotros no podíamos salir. A las ocho de la noche todo el mundo estaba guardado.

Objetivo

Nosotros éramos de los que iban a las playas, y muchas veces hasta las siete de la noche. Íbamos con lámpara, nos íbamos a pescar, pero de repente eso cambió para siempre. Llegaron un buen día y se apoderaron de nuestro pueblo, nos obligaron a salir de nuestra casa. Hicieron una reunión en el estadio y nos informaron que ellos eran los que iban a mandar en el pueblo. Todo problema lo iban a resolver a su manera, que nosotros no debíamos ni siquiera brindarle un vaso con agua a ningún otro grupo porque ya seríamos, como ellos decían, «un objetivo». Yo era una muchacha de tan solo 16 años cuando hicieron la reunión. Nunca más volvimos a jugar en el parque; el parque se lo tomaron ellos. La casa donde nosotros vivíamos –una casa grande de dos pisos– también se la tomaron los paramilitares. En el piso de arriba nos dejaron dos habitaciones. Vivíamos mi mamá y siete hermanos en dos habitaciones pequeñas. El resto se lo tomaron ellos. En la parte de abajo tenía un dispensario. Era la parte donde ellos atendían a sus enfermos, como una enfermería, como un centro de salud. También atendían a los muertos, también funcionaba como morgue. A los muertos los metían ahí cuando tenían combate, teníamos que ver esos muertos. A los jóvenes los obligaron a cargar los muertos o a llevarles agua en medio de una balacera. A nosotras, las mujeres, no nos llevaban, pero tampoco se nos estaba permitido salir de la casa.

En el otro lado de la casa colocaron una bodega y ahí metían todo chéchere de las personas que ellos consideraban que en su momento le habían servido a otro grupo. Les quitaban sus cosas: camas, colchones, todo. Ahí tenían todos esos chécheres y luego esa bodega la volvieron como un centro de operaciones. Ahí hacían las bombas, las minas quiebrapatas, los tatucos y los cilindros. Nosotros, a veces, pues a escondidas de mi mamá, nos poníamos a ver por la rendija para ver qué era lo que hacían. Un día mi mamá se armó de valor y fue adonde el comandante y le explicó que ella tenía niños, que si no podían hacer esas bombas en otros lados. Como también estaba cerca de donde el comandante dormía, miró el peligro que estaba corriendo. Ahí fue que lo mandó a otro sitio. El otro sitio era el Sena. La gente se quedó sin donde recibir clases.

En la noche eran tiros seguidos. Celebraban a punta de tiros. Uno no dormía. Se tiraban los cilindros al pueblo y uno sin poder salir. Tocaba esperar la muerte nomás porque tampoco era permitido salir. Y como éramos bastantes, ¿pues para dónde íbamos a correr?

Tocaba rezar, rezar y rezar

Tuve un altercado con mi mamá. El Comandante me dijo: «Oye pues, a mí me informaron que vos le pegaste a tu mamá. Te doy tres horas para que desaparezcas del pueblo. Perderte de aquí antes de que te mate en la esquina». Permanecí escondida quince días, hasta que vino mi hermano a buscarme. Me dijo que me iba a sacar del pueblo. «¿Por dónde, si esa gente tiene invadido todo, controla las canoas, controla todo?». Como en la casa había un motorista de ellos, ya se había hecho amigo de mi hermano. El paraco le dijo que iba a ayudar a sacarme porque eso no era motivo para matarme. Me sacaron como a las cuatro de la mañana tapada con un plástico y le pidieron el favor a un señor que vendía pescado que me llevara para abajo. El señor pues me llevó. Me metieron dentro de una nevera porque había unos retenes de un paraco.

Me llevaron para una vereda, adonde un familiar, y yo volví a conocer mi pueblo después de casi cuatro años. Al volver, uno ve la esquina y se recuerda qué pasó en esa esquina. Uno queda marcado. Con cada paso que uno da en los lugares que no se han renovado, uno sabe la memoria de uno. Al ver esos sitios le llega el tema. Nosotros éramos enseñados a comer en la casa de nuestros vecinos, de nuestros amigos, a compartir la comida. Ahora, con nuestros familiares y amigos, pasamos tiempo en el mismo pueblo y no nos miramos. Y si nos miramos en la calle, todo el mundo anda como a las carreras. Mira alguien y a uno ya le parece sospechoso. «Este no es del pueblo». Ay, Dios, ¡porque así entró la guerra!

Todo se fue amarillando

No sabíamos nada de avionetas

Por cosas de la vida llegué por allá al Putumayo. No tenía más qué hacer. Me dediqué a enjabonar y a cocinar. Llegué a una finca donde estaba un señor solo, que necesitaba que le cocinara pa los trabajadores. Allá se trabaja la coca. Se necesitaba alguien que estuviera en la casa. Yo llegué allá y, bueno, me quedé a trabajar. Él terminó siendo mi pareja. Formamos un hogar. Seguimos viviendo allí, mi esposo cultivaba su coca.

Un día cualquiera llegó a descansar. Se acostó y me dijo: «Mirá que el Ejército llegó a la casa». Para mí no era raro porque pasaba el Ejército, o pasaba la guerrilla, o pasaban los paramilitares. Era normal. Si pasaba el Ejército, yo le brindaba agua. Si pasaba la guerrilla, yo le brindaba agua. Si pasaban los paramilitares y me daban buena cara, pues yo les brindaba algo. Y le digo a mi marido: «Ah, y se acomodaron en la finca, supongo». «En la finca y en la casa. Llegaron a las diez de la noche y un comandante se entró a la casa y me pidió todos mis datos: cómo me llamo, número de cédula, qué hago, qué no hago, que si tengo esposa, que si no tengo esposa, que por qué no estaba viviendo conmigo». «¿Usted le pasó toda esa información?». «Sí». «Amor, ¿usted es que no me pone cuidado cuando le hablo? ¿Yo no le he dicho que usted no tiene por qué darle datos a nadie y menos al Ejército? Ellos no tienen por qué tomarle a usted sus datos y menos aquí en la casa, porque usted no está haciendo nada malo. Estamos en el tiempo de los falsos positivos y usted no puede dar esa información». Entonces dice: «Me fui a acostar y ellos se quedaron en la cocina. Cogieron ollas, cocinaron. Cogieron cosas de la cocina, agua del aljibe, lavaron ropa, se bañaron. Hicieron hasta pa vender». «Ellos no pueden hacer eso. Ellos saben hasta dónde pueden llegar: llegar aquí a la finca y acomodarse en cualquier sitio, pero dentro de la casa no lo pueden hacer».

Yo le había pedido un pedazo de tierra a mi esposo para cultivar. Él, de maldadoso, pensó que yo no iba a hacer nada y me dijo que cogiera una hectárea de montaña. «Usted verá qué hace con esa montaña». Yo la aproveché para sembrar maíz. Nadie contaba con esa choclera. Cuando que «¡las avionetas, las avionetas!», y nosotros no sabíamos nada de avionetas. Le dije a mi esposo mientras la veíamos: «Ah, y ese humero que deja, ¿será que eso se está quemando?». «No, ese es el veneno, el glifosato». Cuando bajaba, daba susto. Parecía que le iba a tocar la cabeza a uno. Mi hija mayor estaba en la casa, almorzando con la tía. ¿Qué les tocó hacer? Correr por un plato, por un plástico y tapar lo que tenían servido. Y corra al aljibe pa echarle tabla o lo que fuera pa salvar el agua. «¡Amor, cuide a la niña, proteja a la niña!», me dijo mi esposo. «No, ella no está conmigo». «¿Dónde está la niña?». La avioneta volteando por toda parte. «¡Dios mío!, ¿dónde está esa niña?». Resulta que la niña no era ninguna boba. El papá le había enseñado que cuando viera la avioneta tenía que meterse debajo de una matica de plátano. Ella hizo eso. Afortunadamente, pues no me la bañó, pero pues ella sí alcanzó a absorber. Cuando al otro día, por allá al mediodía, todo se fue amarillando: el monte, el plátano

y la hoja de coca empezó a cambiar de color. Se fue cayendo. El piso también comenzó a amarillarse. A los ocho días eso era un desierto.

No empaque todo

Allí vivimos doce años, hasta que la guerrilla empezó a reclutar jóvenes. Eso fue entre el 2010 y el 2012. Yo tenía una niña que estaba cerca de los catorce años. Resulta que un día cualquiera llamaron a la mamá de un muchacho y le dijeron que viniera al Cauca por su muchacho, que lo mataron. El niño no alcanzaba a tener los diecisiete años. Yo fui con mi hija a ese entierro, me tocó el alma. No era mío, pero me dolió mucho. Me angustiaba, le dije a mi marido: «No quiero arriesgar a mi hija –nosotros tenemos dos niñas–, no quiero que un día de estos vengan y se me lleven a mis hijas. No me puedo arriesgar». Vivía con esos nervios. Las niñas caminaban dos horas a la escuela, de trocha: de la finca de nosotros, en la vereda El Silencio, hasta el caserío de La Pradera, donde estaba la escuelita. Salían a las seis de la mañana para alcanzar a llegar.

Un día cualquiera hubo una reunión. Salimos todos de casa. Las niñas se fueron para la escuela y nosotros nos fuimos para la reunión, que justamente la hacía la guerrilla. Me acuerdo, era para programar un paro armado. Allá no se puede decir que no. Cuando en esas, ¡bum!, una explosión fuerte. Todo el mundo con ese susto, preguntándose qué había pasado. Llegó un amigo. Él es negro, pero llegó blanco. «Mirá que pusieron una quiebrapatas en el camino», dijo. Nosotros subimos en la tarde, ya de vuelta. Vimos un hueco tremendo donde había explotado la mina. Yo me quedo mirando un palo al que se subían mis hijas para bajar guayabas, para jugar a las escondidas. Yo le pedí a Dios que nos sacara como fuera de ese lugar.

Y la verdad es que fueron cosas de Dios: me enfermé para esos tiempos. Cuando salí del hospital, el médico le dijo a mi esposo: «Tiene que tener mucho cuidado con ella. Sus condiciones no son las de una mujer normal». «Es que usted ya no puede hacer lo que hacía antes», me dijo mi esposo. «Usted ya no puede y no me hace caso, es necia. Entonces nos vamos a ir de aquí. No sé cómo vamos a vivir, no sé dónde. Solo sé que Dios está aquí y está allá, y de alguna manera nos vamos a defender. Aliste sus cosas y nos vamos. No me empaque todo. Empaque únicamente lo necesario para empezar. Haga de cuenta que vamos a empezar de cero porque no tenemos plata para trasteos. No tenemos cosas, no tenemos dónde guardar, no tenemos nada. Haga de cuenta que nos acabamos de juntar y que vamos a empezar de cero. Lleve lo necesario».

Mi trasteo fueron dos ollas, dos platos, dos cucharas y las mechitas que estaban más o menos en buen estado. Recuerdo que con mi hija recogimos toda la ropa vieja y las muñecas y quemamos todo eso junto. Aún se nos llenan los ojos de lágrimas cuando nos acordamos de la finca. A veces ella me dice: «Ma, yo daría lo que no tengo por estar allá en mi casa». «Yo también. ¿Te acordás de cuando hacían esos calores tan horribles y yo me ponía un buzo, un sombrero y me iba a sacar pescado?». «Sí, mami, ¿cuándo volvemos?».

La finada laguna del Lipa

La laguna del Lipa era tan hermosa, que te subías al bote y cuando ibas llegando, era algo traumático para uno de niño. Había una parte que le llamaban Las Caletas, donde las aguas se revolvían mucho y movían la canoa. Le entraba agua a las canoas y corríamos a botar esa agua. Caía el chorro de unos 20 metros. Le llamaban el Salto del Lipa. Antes de caer a ese chorro tenías que hacer un desvío. Esa laguna tenía chorros por todos lados, entonces uno sacaba la canoa de ese caño grande y la subía por un cañito pequeñito, y le daba la vuelta al chorro para no caer al hueco. Eso agarraba una fuerza impresionante. Se sentía cuando la canoa agarraba la fuerza. Antes de llegar al chorro, uno se alistaba para irse amarrando hasta que uno se salía de la laguna.

Era muy bonito. Quisiera que eso estuviera para llevar a los nietos, a los hijos. Por lo menos, los hijos míos no vieron eso. Ellos no conocen, solo los he llevado a donde era el salto, que ya está seco. Ya no se ve nada de lo que era.

Yo hablo con propiedad, con autonomía porque soy nacida y criada en el territorio. Soy hija de Arauca y aquí estoy. Lo que digo lo sostengo, porque aún se está viviendo en el territorio. Fui criada en el municipio de Arauquita, y luego fuimos trasladados a Lipa, donde mi padre murió. Mi papá había dejado una finquita, esa se perdió así que nos regresamos a Caño Limón. Yo tenía 8 años.

Ahí fue cuando comenzó la explotación petrolera. Era una laguna encantada por los indígenas. Ellos tenían unos rituales, unas cosas y por eso no podían trabajar las empresas. Tenían que hacer una cantidad de cosas para que los indígenas dejaran trabajar. Eso era hermoso, era como mirar esos almanaques con esos manantiales, así caía. Había muchos pescados, eran los criaderos de pescado, y los que andaban en la laguna y la conocían muy bien, la veían como una montaña que se movía, porque ese era el encanto de los indígenas. Se decía que veían mujeres ahí arriba con sus gallinas, cuando en realidad no había nada. Como bajaban varios aviones muy bajitos, decían que se los comieron, que la laguna se comió varios aviones, por eso era un encanto. Algunos trabajadores de la compañía dicen que no los dejaron trabajar, porque sentían ruidos, sentían cosas, espantos y vainas. Ya quedó eso en la historia porque ya se acabó.

Hoy en día uno se da cuenta del daño ambiental tan grande, es un daño que uno no encuentra cómo llamarlo. No fue sólo a este departamento sino a todos, porque de Arauca salía la comida para todo el país, para Bogotá y para otros países, incluso hasta Venezuela. De la laguna del Lipa salía comida en tiempo de subienda de pescado. Ahí era donde los coporos se criaban y se reproducían, eso era una abundancia de pescado por esos ríos. No se necesitaba un anzuelo, era prácticamente dejar un saco ahí y ese saco se llenaba solo, las canoas. Eso era demasiado pescado.

Hoy en día le da a uno tanta tristeza mirar, que si uno se quiere comer un kilo de coporo le sale a uno como por 12 o 10 mil pesos, el kilo de bagre vale entre 16, 18, 19 mil. Ya no hay subienda de pescado. Ya van dos años seguidos que no hay pescados,

prácticamente estamos en el acabón de lo que era la despensa piscícola de nuestro departamento de Arauca. Ese ha sido prácticamente el daño. Acabaron con la laguna del Lipa. Nosotros lo llamamos el genocidio, la muerte de la finada laguna del Lipa. Siempre cuando llegamos a las reuniones, hablamos de la finada laguna y del genocidio que se nos hizo a la despensa piscícola del departamento de Arauca.

Ya no hay el agua que había, porque esa laguna la rellenaron y le hicieron locaciones desde la empresa multinacional. No sabemos Corporinoquia qué función cumplía en nuestro departamento. Cuando nosotros como campesinos cortábamos un árbol para hacer una limpia, para hacer comida, a nosotros, a los campesinos, nos ponían una denuncia; pero una multinacional tan grande y el daño tan grande que hicieron, para ellos sí había permiso para taponar los caños como el Matanegra del Lipa, que tiene un promedio de 12 o 15 metros, tapado con una altura de unos cinco o seis metros de alto. La boca del caño se la taparon para que el agua no entrara a la laguna, y que así la laguna se fuera muriendo poco a poco. Así la mataron, tapando todas las bocas de los caños, todos los caños que le entraban agua a la laguna del Lipa los taparon.

Esa es la lucha de nosotras como mujeres, porque nosotras somos padres, hijos, esposos… porque la mayoría de las mujeres son madres cabeza de familia, porque hemos tenido situaciones que llevan al encarcelamiento del compañero, de los esposos, de la persecución. Nosotras somos las que llevamos la batuta dentro del hogar, las que sabemos qué hace falta para la comida de los hijos, para el colegio. Somos las que estamos pendientes del obrero, las que estamos pendientes de pagar el jornal. Como mujeres campesinas somos madres, somos paz, somos amor, paciencia, y sobre todo, resistencia. Nosotros luchamos por la permanencia en el territorio, porque cada uno de nuestros campesinos tengan su tierra a donde vivir, porque un campesino sin tierra no es campesino.

Villarrica

Crecí en Bogotá como hasta los siete años. Toda mi familia por parte de papá es de Villarrica. Mi tía tenía una panadería y la quería vender. Mis papás cambiaron la casa que teníamos en Bogotá por esa panadería, así fue como resultamos viviendo en Villarrica. Villarrica siempre fue como un pueblo guerrillero, pero a la vez también había familias de militares y de Policía. Todo el mundo se mezclaba con todo el mundo. Era un pueblo muy chiquitito. Siempre estuvimos bajo el miedo de la guerrilla, especialmente a finales del 98 y durante todo el 99. Las familias de los guerrilleros nos decían «nosotros no nos vamos con nuestras familias ni a un metro de distancia, aquí estamos tranquilos».

A veces cerrábamos la panadería más temprano, cuando sentíamos cosas raras en el pueblo. Era común que se oyeran rumores de que se iba a entrar la guerrilla, pero nunca había pasado nada así de grave. Hasta que fue la toma.

Sucedió en noviembre 16 de 1999. Eran como las nueve la noche, me acuerdo porque acababa de ver *Betty, la fea*. Estaba muy brava con mis papás porque una amiga había cumplido los quince años y todos los niños del pueblo siempre van a las fiestas de cumpleaños, todo el mundo estaba invitado, pero mis papás porque no me dejaron ir, no me acuerdo en realidad qué había hecho yo para que me castigaran. Todos mis compañeros estaban en una discoteca al lado de mi casa, y desde ahí escuchaba la música. Uno quería estar en la fiesta. Como a las nueve y media escuchamos una pistola, cinco tiros. Era muy común, siempre había borrachos por ahí. Yo pensé que era parte de la fiesta, cuando a los cinco minutos escuchamos ráfagas y gente corriendo por el pueblo. No me acuerdo qué decían. Escuchamos los disparos y supimos que la guerrilla se había tomado el pueblo.

Cuando llegamos a Villarrica me dijeron que si la guerrilla se metía no me fuera a asomar a la calle, que me tirara al piso y me envolviera en las cobijas. La ventana de mi cuarto daba hacia la calle. Exactamente eso fue lo que hice, me tiré al piso. Se demoraron un poquito en entrar mis papás, pero vinieron y me sacaron envuelta en la cobija. Las balas empezaron a entrar por la pared y las ventanas. En esa época mi abuela estaba viviendo con nosotros. Todos nos escondimos en la pieza de mis papás.

Mi papá era una persona muy particular, de chiquita me enseñó a disparar. Él vivía en ese cuento, se creía Rambo. Estábamos encerrados en el cuarto y de pronto dijo que iba a salir. Se puso las armas que tenía y salió a dispararle a la guerrilla. Mi mamá y yo no pudimos con él. Tratamos de agarrarlo, pero no. Sabíamos que si salía lo iban a matar. Eso se sentían como cientos y cientos de guerrilleros contra una persona. La que lo pudo parar fue mi abuela, que se le botó al piso y le rogó. Él se calmó un poco.

Nuestra casa era el segundo piso y la panadería quedaba en el primer piso. Decidimos bajarnos y escondernos en la bodega donde se guardaban la harina, las galletas, los insumos. Era un cuarto chiquito, en la parte de atrás de la panadería. A mi mamá le dio diarrea de los nervios. Pobrecita, menos mal estaba el baño de abajo. Y a mi abuelita le temblaba la carnecita de la piel. Esa es una cosa que no se me va a olvidar nunca: verle la carnecita temblando. No teníamos reloj, ni una noción de las horas que habían pasado. Ah, una cosa, cuando bajamos, mi papá tenía un radio que nunca le había visto en mi vida. Con él comenzó a llamar a un amigo, a decirle «coronel, se nos acaba de meter la guerrilla».

A mí eso me asustó también. Después mi papá me explicó que era un amigo suyo. Parte del miedo cuando entra la guerrilla es que mi papá siempre fue muy expresivo en contra de cualquier cosa que fuera de la izquierda. Cuando la guerrilla comenzó a pedir vacunas a los negocios del pueblo, él reunió a los otros comerciantes para

oponerse. Le hicieron una amenaza muy directa: si él no pagaba, me iban a llevar a mí al servicio de la guerrilla. Y por un tiempo estuvimos así como en tensión. Yo no podía salir mucho, creo que eso era parte del porqué no pude ir a la fiesta. Mis padres me restringieron muchas de las actividades. Ya no jugaba fútbol, no jugaba basquetbol, no iba mucho al teatro.

Como a medianoche o a la una de la mañana paró todo el ataque, pensamos que se habían ido. Subimos al segundo piso a cambiarnos de ropa, cuando sentimos un escándalo en la parte de atrás. Habían tirado una bomba a la casa del vecino que era un poco más alta que la de nosotros. Nos salvamos por un pelito.

Hubo un momento que se encendió fuego alrededor de nosotros. No sabíamos de dónde venía, pero sí veíamos las llamas, sentíamos mucho calor. Pensamos que íbamos a morir quemados. Mi papá me dio una pistolita chiquita que me había enseñado a manejar. Dijo que él no era capaz de matar a su mamá, pero que no íbamos a morir quemados. Que si el fuego se nos venía encima, yo matara a mi abuelita. Él mataba a mi mamá, y después entre los dos nos matábamos. Ahora que lo pienso eso me da muy duro pensar que hubiera podido matar a mi abuelita.

Empezaron a golpear la puerta de la casa, a llamar a mi papá. «¡Salga, malparido, salga hijueputa. Nosotros sabemos que usted colabora con el Ejército!». Mi papá quería salir, se levantó. Todos lo rasguñamos, lo botamos al piso, le tapamos la boca. Nosotras con ganas de vivir y él como queriendo matarnos. Cuando vimos el portón al siguiente día, estaba todo hundido. No sé por qué no lo tumbaron, por qué no entraron. No sé si en ese momento llegó el Ejército, no sé qué habrá pasado, pero el caso fue que no alcanzaron a entrar a la casa.

Cuando sentimos que la guerrilla se empezó a ir, el Ejército también se empezó a ir. Se sintió una calma diferente a la que se había sentido en las horas de la mañana. Salimos y vimos el bloque de nosotros, que era en el mismo de la Alcaldía, lleno de cables. Resulta que la guerrilla trató de volar esa cuadra, pero no les alcanzó el cable que había en la ferretería. Las canecas de gasolina que estaban conectadas a ese cable, estaban enseguida de nuestra casa. El que lo hubiera prendido, pues hubiera estallado con ellas. Al final hubo como tanta cosa que no sé ni cómo quedamos vivos. El fotógrafo del pueblo salió y documentó muchas cosas de la toma que yo no he sido capaz de ver todavía. Ese sentimiento de por qué nosotros sí vivimos y otra gente no, creo que me afectó mucho cuando llegué a Canadá.

Vivir moviéndose

Aquí, en tierra prestada

Soy desplazado de la vereda La Bonga desde el año 2001. Soy líder, hago parte del Consejo Comunitario Macancamaná de San Basilio de Palenque. En el año 2000 se dio el desplazamiento de Mampuján. Había unos palenqueros trabajando. Ellos vieron cuando le cortaron la cabeza a unos señores de Las Brisas con un cavador. Se vinieron corriendo y avisaron en La Bonga, que por ahí venían cortando cuellos. En esa oportunidad más de la mitad de la población se desplazó.

A los diez, quince días, la gente comenzó a retornar y volvió nuevamente a sus labores. Pero la gente quedó con la idea de que de La Bonga también los iban a desplazar. Y como en el año de 1997 o 98, mataron a Alberto y a Otoniel. Había una preocupación en la comunidad de que hubiera una masacre. También se dieron muchos enfrentamientos entre la guerrilla y el Ejército. La guerrilla llegaba con mucha frecuencia a la vereda. No se quedaba. Llegaban a la comunidad a buscar alimentos, hacían hasta fiestas, pero nunca vivieron ahí.

En el año 2001, el 5 de abril del año 2001, se presentaron unos paramilitares con unos panfletos donde le daban 48 horas a la comunidad para que desocupara. Y si no lo hacía, la sacaban ellos mismos. Les decían sapos, guerrilleros y colaboradores de la guerrilla. La comunidad se desplazó en su totalidad. Una parte se vino para San Basilio de Palenque y la otra se fue para San Pablo y se reubicó en el sector denominado La Pista, que era una pista de aterrizaje donde ya vivían unos bongueros del desplazamiento del 2000. Y los que cogimos para acá nos metimos en el colegio de bachillerato de San Basilio de Palenque.

Al llegar al colegio, la comunidad se rebotó porque los estudiantes no podían recibir clases en el colegio porque lo habíamos ocupado en su totalidad. Un día se presentaron los señores de la Infantería y quitaron los panfletos que nos habían enviado. Quitaron algunos, hubo otros que la gente escondió. Nos reunieron en la iglesia y nos pidieron que nos retornáramos, que ellos nos iban a armar para defendernos de la guerrilla. La comunidad no aceptó. Luego un día se presentó el padre Rafael, que era el director de Pastoral Social. Habló con nosotros, nos dijo que consiguiéramos un sitio para comprarlo. Hablamos con el señor Genaro y logramos comprar dos hectáreas y media de tierra. Vino una ONG, MPDL, y nos construyó unas viviendas de bareque, techo de zinc. Y aquí estamos hoy, con un 90 % de las

viviendas en material, muy calientes. El Gobierno nos ofreció vivienda arrendada por tres meses, pero la comunidad no aceptó porque dijo: «Después que se cumplan esos tres meses quedamos en la calle».

Antes del desplazamiento, La Bonga semanalmente metía dos o tres camiones cargados de yuca, ñame, maíz, fríjol. Toda la agricultura iba para Cartagena y hasta Barranquilla, y una parte la vendían aquí. Eso fue cuando se construyó la vía carreteable, porque antes las cosechas las sacaban a lomo de burro, de mulo. Una parte venía pa Palenque, otra para Mampuján, y otra para San Cayetano. Pero cuando abren la vía, el bonguero comienza a hacer cultivos más grandes. El que hacía un cuarterón, hacía una hectárea; el que hacía una hectárea, hacía dos. Las cosechas fueron mejorando.

Con el desplazamiento, la gente aguantó un año para irse para La Bonga a trabajar. Unos pocos fueron a recoger lo poco que habían dejado allá y se regresaron. Pero la gente ya no podía producir de igual forma. De Palenque a La Bonga hay aproximadamente 10 kilómetros y el recorrido es muy largo para ir a trabajar, cultivar y venir a dormir. Hoy, el que produce en tierra arrendada hace muy poco. Hace cualquier cosa para sobrevivir. Los territorios de La Bonga quedaron abandonados hasta ahorita que estamos volviendo nuevamente. Solo un 10 % o un 15 % está yendo a cultivar. El otro porcentaje tiene cultivos por aquí en tierra prestada, arrendada o jornaleada.

El bonguero antes del desplazamiento no usaba plata, pero vivía como rico. Vivía como rico porque en cualquier patio de La Bonga tú encontrabas 50, 60 gallinas; pavos, patos, cerdos. Hacían cultivos grandes y los niños eran felices. La gente no pasaba hambre, aun cuando no usara plata en el bolsillo.

Después del desplazamiento fue desapareciendo la presencia de los actores armados en el territorio. Algunas personas decían que los habían visto, pero ya uno no se encontraba con ellos ni con el Ejército. Pero la gente seguía con temor.

La vida como un libro

Allá la primera responsabilidad fue que me entregaron un revólver, como a los seis meses. Desde el momento que uno ingresa, le toca buscar un nombre diferente. En ese tiempo yo me llamaba… se me olvidó… Martina o Marti. Eso fue en el 2000, después de la zona de distensión. Allá tiene uno que pedir permiso, eso me sorprendió. Si usted va ir, pongamos, al chonto, tiene que pedir permiso para bañarse. Si uno quería ir a la tienda, tenía que pedir permiso. Una vez me fui y cuando regresé el que estaba encargado me pegó una vaciada. «¿Y esta qué se hizo? Por orden pública nosotros tenemos que saber para dónde coge, ¿qué tal la hubieran matado?». Entonces sí tenían las razones, tábamos en peligro.

En el entrenamiento nos hacían hacer armas de madera y las cargábamos para todo lado. Como uno no está acostumbrado, la dejaba botada. Usted dejaba el palo botado y lo podían sancionar. Así fuera un pedazo de madera, pero era el arma, imagínese cuando nos dieran las armas verdaderas… Una vez nos hicieron dos grupos para ver quién emboscaba a quién. Me acuerdo tanto, uno con esos palos haciéndose el que disparaba. A mí me causaba era como risa, a mí me parecía que estábamos era jugando, y era ríame y ríame. Nos pegaron fue un regaño: «Es que estamos en entrenamiento y lo tiene que coger en serio».

Me cambiaron, me mandaron para otra parte. Como al principio del 2002 me tocó con otro comandante que se llamaba Sergio. Él sí era de guerra. Era otra cosa. Me tocaba andar harto con él, prestar guardia. Prestar guardia a mí me daba miedo. Después de medianoche, a partir de las doce de la noche, me daba miedo. A uno le toca solo, con el relevante a veces, pero más que todo sola. Cualquier bulla, o sea, cualquier animal me parecía que era el enemigo.

Todo iba bien hasta que me metí con él. Creo que se imaginaba que estaba planificando, no sé, pero yo no estaba planificando. Me di cuenta como a los tres meses. Cuando nosotros andábamos, me asfixiaba mucho. Sentía que la barriga me estaba creciendo y todo eso. No había dicho porque, pues, lo sancionaban a él. Él era el comandante, el que tenía que ponerme a planificar. En ese tiempo no sé cómo hizo mi mamá para dar con dónde estaba yo. Y entonces pues habló. El comandante le dijo que yo estaba embarazada, que no se hacía responsable de nada porque yo había tomado la decisión. Mi mamá dijo: «Si me toca criar mi nieta o mi nieto, yo lo crío». Estuve en la casa todo ese tiempo, los nueve meses. Nació la niña y mi mamá se hizo cargo porque pues yo no sabía cómo. Tenía quince años.

La niña se la dejé a mi mamá y seguí trabajando con la guerrilla, pero ya no en el monte, sino cuando ellos me mandaban a llamar. Me iba y estudiaba en la ciudad. Allá terminé el bachiller, estuve trabajando en casa de familia. En Bogotá me tocó negar mi tierra porque una vez, trabajando en uno de esos condominios finos, la cucha me preguntó de dónde era. «Del Huila». «Usted es vecina de los terroristas, de los guerrilleros». Ni modo de decir que soy del Caquetá. Eso comienzan a rechazarlo mucho a uno. Me regresé otra vez para acá y terminé el once, seguí con la guerrilla. Al papá de mi otro niño lo recogieron y pal monte otra vez. Yo me fui con él. Me tocaba ranchar, prestar guardia.

Cuando me mandaron a llamar a una casita: llegué de noche, entonces vi a un cucho ahí. Pensé que era el dueño de la casa. Me saludó, me dio la mano. Le pregunté por dos muchachos que me solían esperar, y salió mi socio y otro muchacho. «¿Es el dueño de la casa?», les pregunté. Me dijeron que no, que era un señor que estaba ahí. Me dijeron que nos teníamos que cambiar de campamento y nos tocó irnos para una montaña, así, lejos. Volver a construir, hacer cambuche, la rancha y todo eso. Estuvimos como quince días en esas. Estando ahí llegaron dos peladas: una señora y una muchacha –demostraba dieciséis o diecisiete años, porque ya era encorpada–.

No puedo decir que eran secuestradas porque no mantenían amarradas y el señor no estaba amarrado.

En ese momento me enteré que había caído mi hermana en la cárcel. La que se había ido a la guerrilla cayó en la cárcel primero que yo. Y también cogieron a mi socio. Pedí permiso para verlos. Estando en todo ese voleo, escuché por las noticias, me parece, que habían capturado a mis compañeros y que habían cogido tres secuestrados. El señor de la casa y las dos muchachas que había visto. Yo quedé desamparada, no sabía ni qué hacer, ni pa dónde coger. Me puse a trabajar en una casa de familia, me puse a trabajar. La señora me ponía a hacer cosas pesadas y me sentí como ojerosa, me dolía mucho por acá y todo eso. Un día comencé con un dolor bajito, entonces le comenté a una amiga. «Mamita, usted tiene pura cara de embarazada», dijo. Me hice la prueba esa de embarazo, y embarazada.

Me vine otra vez para acá, estuve hablando con el comandante. «Mija, lo mejor que usted puede hacer es que espere a ver qué pasa. Estese por allá donde su mamá o si quiere estarse con nosotros, estese con nosotros. Porque sí, claro, los cogieron a todos. Usted ya debe tener orden de captura». Le dije: «Entonces yo me voy pa Huila a trabajar, a estar pendiente de mi socio y de mi hermana».

Como a los dos meses entré donde mi hermana. Unos señores de civil con chaleco –no me acuerdo si decía «Gaula» o «CTI»–, una muchacha y un muchacho, me dijeron: «Martina Bautista, queda capturada». Pa la cárcel. Mi embarazo fue los nueve meses allá, en la cárcel. No es como estar afuera con las vitaminas, con las cosas. Allá no, allá la comida es prácticamente como se dice pa los marranos. En la guerrilla usted se acostumbra que se hacen los frijoles bien espesos con plátano. En la cárcel, esos frijoles son aguados. Todo el embarazo comí mal. En la guerrilla usted está acostumbrado a que la yuquita, a que la papa. En la cárcel eso todo morado. Pues seguro el Gobierno consigue la carne más barata porque con tanto preso…

La otra niña mía se crio con la abuela, con mi mamá. Pero ella se mató estando yo en domiciliaria. Salí de domiciliaria a tener el niño y la niña me la llevé para Huila, la puse a estudiar y se consiguió una amiguita que la estaba enseñando a meter bóxer y eso. Una vecina me dijo que no la dejara andar con una muchacha que me la estaba pudriendo. Mi hija tomó la decisión de tomar veneno y quitarse la vida. Mi hija iba pa los catorce años, para esta época tendría unos diecisiete. Ya el año entrante son cuatro años. Me toca traérmela pal cementerio de la familia porque ya me entregan los restos.

Estando en domiciliaria metí al niño a un jardín para irme despegando de él. Sabía que en seis meses me iban a llevar otra vez para la cárcel. Pasaron los seis meses. Me acuerdo tanto que a mí me dolió la barriga, me dio dolor de cabeza. Dios mío, cuando llegó el del Inpec me dio soltura. «Espere que vaya al baño», le dije al desgraciado que había ido a recogerme. Me dio hasta vómito. Como era recochero el muchacho ese, me decía: «¿No será que la preñaron otra vez?, ¿no será que se preñó para que no se la lleven?». Se estaba burlando de mí. A la final el juez no había mandado la orden de que me llevaran. Él solo había ido a que yo le firmara que estaba en la casa.

Yo no sé, yo digo que Dios me dio una manito. Me dieron suspensión domiciliaria. Todo el tiempo aparecí como con domiciliaria, todo el tiempo. La relación con mi marido se acabó. Yo distinguí un muchacho civil y me metí con él y todo eso. Ahí ya quedé embarazada de la bebé, una bebé que tengo donde mi mamá. La niña tenía un año y mi hija hacía siete meses que se había matado. Yo tenía una condena de diecisiete años con siete meses. Entonces me llama el abogado y me dice: «Mija, pues la semana entrante es la audiencia del fallo, o sea, que la condenan ya. Tiene que irse preparada que le derrocan la domiciliaria y para la cárcel».

Cuando me condenaron a los 42 años, ese día, yo sí quería era morirme. Me metieron secuestro, rebelión, porte ilegal de armas. Bueno, esa la tumbaron porque si me metían rebelión no me podían meter porte. No sé por qué metieron esas cosas si a mí no me cogieron en armas, sino saliendo de la cárcel. Yo no puedo decir que en la guerrilla me tocó matar. En combate sí estuve. Yo estaba recién llegada y me dijeron que sacara equipo, pero no puedo decir que me haya tocado disparar. Más que todo la pasé fue en la civil, pero nunca le hice mal a nadie.

Me condenaron, me revocaron la domiciliaria, y yo buscaba era matarme. Estaba hasta escribiendo un libro para contarle a mi mamá por qué me quitaba la vida. Una pelada, una amiga, leyó ese libro. Ella habló con la guardia y le dijo que yo estaba pasando por un momento crítico, que no me dejaran tanto sola, que si era posible me sacaran a psicología. La guardia colaboraba mucho. Me decía: «Métase a estudiar, mire». «¿Pa que estudió si me voy a quedar hasta los 62 años acá?».

Con lo del proceso de paz y todo, entonces comenzaron a decir en las noticias que los que estaban en las cárceles por guerrilleros, por rebelión, podían salir. Sentí como que volví a vivir. Comenzaron a llegar los listados. En el primero no estaba yo. En el segundo tampoco. Solo aparecí hasta el último. Dicen que me reconoció un comandante del Frente 25. No sé quién sería porque la verdad no lo conozco. Se dio el Acuerdo de Paz.

Películas de Vietnam

Antes de que llegaran los grupos armados, Mitú era un pueblo muy sano en todo el sentido de la palabra. Todos nos conocíamos y nos colaborábamos, era muy tranquilo. Más o menos en la segunda mitad de los años 80, por ahí en el 86, es cuando comienzan a aparecer los actores armados, los primeros brotecitos de las FARC.

Pa esa época yo era un niño, tenía 9 o 10 años. Me acuerdo que en el 88 hubo una primera toma de las FARC; escuchábamos los metrallazos, todo. Mi mamá lloró mucho. Estábamos asustadísimos, nos tiramos al suelo, en una colchoneta. En la madrugada ellos hablaron por megáfono. Se identificaron que eran de las FARC y les

pedían a los señores policías que se entregaran. Más o menos a las ocho de la mañana se van, como si no hubiera pasado nada. No hubieron muertos ni secuestrados. Heridos sí, solo que no graves.

En el año en que me gradúo del colegio, en el 97, decido estudiar ingeniería industrial. Me presento a la Universidad Libre y paso. Pero en eso me recluta la Policía. Yo estaba en Bogotá –estudié octavo y noveno allá–, cuando resulté en la lista de la Policía de Mitú. Debía presentarme. Ni siquiera era la lista de la Policía, sino del Ejército, solo que me dieron la oportunidad de escoger entre la Policía y el Ejército, y como yo le tenía mucho miedo a eso, dije «voy para la Policía, que es lo más fácil». Luego ocurre lo de la segunda toma.

Esa segunda toma pasa en el 98. Para entonces, yo llevaba por ahí diez u once meses prestando servicio, y ahí fui secuestrado por la guerrilla. El día anterior había hablado con mi teniente y él me dijo «le voy a dar permiso, pero necesito que vaya a la finca y me lave cinco caballos porque tenemos una actividad mañana con los niños del pueblo». Me fui a la finca a lavar los caballos y como a las once ya tenía el día libre. Como a la una de la tarde me estaba duchando cuando escucho unos tiros, *ta, ta,* y luego un rafagazo. «Esto se escucha cerquita, viene de la Policía, seguro están en el polígono». «No, no puede ser. Hoy no hay nada de eso».

Cuando me di cuenta fue que pasó la patrulla, hubo un enfrentamiento. Mataron al muchacho de la Policía que cuidaba la finca.

Nosotros éramos 30 auxiliares y 90 policías; 120 en total. Los guerrilleros eran casi 2.000. Y aunque nosotros teníamos conocimiento de que la guerrilla se nos iba a meter, la respuesta de Bogotá había sido que «tranquilos, que eso no va a pasar», y nos mandaron un refuerzo de veinte policías un mes antes. Luego vino la tragedia.

Más o menos la toma comenzó a las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde. La guerrilla le echó candela a la estación para quemar vivos a los policías. Yo tenía mucho miedo de que vinieran a buscarme. Y así pasó, me tenían en la lista. Me sacaron, me amarraron. Un guerrillero me pone una pistola en la cabeza, me dice que me arrodille. Se me hizo un nudo en la garganta, pensé que me iban a matar.

Nos llevan a otro lado y cuando llego allá veo seis compañeros amarrados. Fui el séptimo en ser cogido. Cuando se acaba todo, nos encontramos todos los secuestrados, los 61, todos policías.

No sabíamos qué iban a hacer con nosotros, empezó el calvario. Yo duré tres años allá. El primer día iba en sandalias, llegamos a un sitio donde nos hicieron montar en unas lanchas grandes, amarrados de las manos. Nos pusieron un plástico encima. Esa lancha estaba llena de estiércol de marrano, nos hicieron sentar a todos encima de mierda de marrano. Llegamos a un pueblito y un amigo policía me prestó unas botas que tenía hasta que la guerrilla nos dio la dotación de ellos. Quedamos uniformaditos con botas de caucho, revueltos, como visten los guerrilleros.

Estando secuestrados nos comentábamos todo lo que había pasado. ¿Cómo murieron los compañeros? El primer cilindro de gas cayó a las siete de la mañana, en el Comando.

Ahí fue cuando murió el primer patrullero. Murieron 18 en total. El combate duró aproximadamente doce horas, hasta que se acabó la munición. Y ya secuestrados, nosotros estuvimos catorce días en Vaupés, y de ahí nos tocó caminar varias veces y estar en varios campamentos hasta que llegamos a la antigua zona de distensión.

Recuerdo al comandante que más mal nos trató, que una vez nos mandó arroz con vidrios. No nos lo comimos y en represalia nos dejó una semana sin bañarnos. Ese mismo arroz nos lo mandó durante una semana. Solo hasta que llegó otro comandante fue que pudimos comer carne. ¡Todos los días! Y nos pusieron una antena de Sky con la que podíamos ver noticias al mediodía. Y como teníamos radiecito, entonces escuchábamos los mensajes de los familiares de los secuestrados. Eso sí, nosotros no nos perdíamos ningún programa. Mi familia me malenseñó porque todos los santos días me mandaron un mensaje, y el día en que no decían algo yo me preocupaba. De hecho, una vez a las cinco de la mañana, ya se iba a acabar el programa y no me había llegado ningún mensaje, y yo ya estaba angustiado. Por allá mi hermana como a las cinco y pico dice «un mensaje para mi hermanito», y a mí me dio alegría. Uno se quedaba hasta que el familiar le diera el mensaje, y se iba a dormir.

La convivencia entre nosotros, los secuestrados, era muy dura. Era un encierro fuerte y todos éramos muy diferentes. Había muchas peleas, nos agarrábamos a golpes por cualquier cosa y por eso nos encerraban en un calabozo 24, 48 horas. Nos amarraban de pies y cabeza; nos echaban tierra y agua de noche; no nos dejaban dormir. En el día a día hubo un tiempo, incluso, en que nos pusieron a trabajar. Nos ponían a hacer trincheras. Nos tocaba con pico y pala. Nos llevaban en grupos de a diez, de a quince, y nos turnábamos de a dos horas. A todos nos tocaba, a todos.

Ya cuando cumplimos el año como que le perdimos el miedo a la guerrilla. Éramos un grupo grande y ellos no entraban adonde estábamos nosotros. Nos dejaban la comida en la puerta y cerraban rápido. Estábamos encerrados con alambre de púa, en unas casas con candados y toda esa vaina. Los primeros días estuvimos amarrados así como en los campos de concentración. Para dormir cada uno tenía derecho a dos tablas, y encima de las tablas se ponía un plástico como para que fuera acolchonadito. Ahí dormíamos. Uno se acostaba ahí o en la hamaca. Eso era básicamente lo que se veía en las películas de Vietnam. También nos hacían desnudar, nos quitaban todo para requisarnos. Aunque nosotros sí teníamos cosas. No era para pelear ni nada de eso, sino que hacíamos artesanías para quemar el tiempo. Hacíamos cuchillitos con pepas de monte, y los esferos los bordábamos con el nombre de cada quién. Al momento de mandar pruebas de supervivencia a los familiares enviábamos mensajes. A mi mamá le envié uno que decía «Mamá, te amo». Ella sabía que era de mi parte, le llegaba bordadito.

Escribo bastante, y mientras estuve allá mi hermana también me mandaba unas cartas de diez, quince páginas. Yo le contestaba igual.

A nosotros nos gustaba escuchar un mensaje alegre, porque era mucha la tristeza que había allá. Aunque lo más duro no era tanto el mensaje, sino hacerle creer al que

está afuera, al que está en libertad. Porque la familia de uno no sabe cómo está uno. ¿Está enfermo? ¿Comió? Es más duro para el familiar que está afuera que pal que está secuestrado, eso lo aprendimos en ese tiempo. Y yo tenía un diario en el escribía lo que me pasaba: que amanecí tal, así como enfermo; que me acordé de mi mamá; lloré, estuve contento; hice tal cosa. Escondía mis hojas porque ese era mi tesoro más grande, pero lo encontraron y me lo quemaron.

Cuando cumplimos dos meses de secuestro, tuvimos una grata visita. Fue la única vez que vimos a un civil. Llegó el Defensor del Pueblo con una comitiva y él fue el que nos regaló los radiecitos y toda esa vaina. Él trató que nos dejaran libres, pero no se pudo. ¡Cuando ese señor se fue, fue tan triste! Casi todo el mundo lloró. Iban por nosotros y no se pudo concretar. Yo no lloré. Uno lloraba sin que nadie se diera cuenta. Uno viendo llorar a todos sus compañeros era bajar la moral. Uno lloraba solito.

Aunque el día y la carta más triste fue la última que escribí quince días antes de mi liberación. Ese día le escribí la carta más triste a mi mamá; me fui pa bajo, se me acabó la moral. Aunque siempre he sido un hombre muy alegre y me he considerado muy fuerte, me derrumbé completamente. Estábamos aburridos, cuando llegan los de las FARC y nos dicen «muchachos, les tenemos una noticia muy buena: hemos firmado un acuerdo humanitario y vamos a liberar a 63 uniformados como gesto unilateral –el grupo de nosotros éramos 61–. De este grupo, vamos a liberar ocho. Aquí tengo la lista». Faltaba un cupo y yo creo que todos esperábamos. «¡Que sea yo!, ¡que sea yo!». ¡Preciso no era yo! Apenas ocurre eso, me acordé de mi mamá y se me nubló la vista. Ese día fue el más triste de mi secuestro. Entonces le escribí una carta a mi mamá con el estado de ánimo así. Los que quedamos allá, quedamos vueltos nada. Nos dio la malparidez existencial.

A los pocos días llegaron al campamento y nos dijeron «muchachos, les tengo otra buena noticia: vamos a liberarlos, esta vez no hay lista. Se van todos, pero toca esperar unos días mientras se da la orden». Pasaron diez días hasta que nos levantaron y nos hicieron uniformar. Mi hermana me llamó por la antena y me dijo «papito, lo estamos esperando. Sabemos con mi mamá que viene pa la libertad». Eso fue para mí el regalo. Y claro, mis amigos ese día me tiraron a un río y eso hubo desorden. A la guerrilla no le gustó, pero nosotros ya sabíamos que íbamos pa la libertad. Nos encontramos con otros secuestrados y hubo abrazos y llanto sin conocernos. Ellos nos llevaban tres meses más de secuestro.

Uno de los comandantes nos felicitó por el tiempo que llevábamos y nos dijo «los que se quieran quedar con nosotros, las puertas de las FARC están abiertas». Pero no se quedó nadie porque con nosotros no aplicó el dichoso síndrome de Estocolmo. En el caso mío, yo le cogí mucha más bronca a esa gente y le cogí más cariño a la Policía. Como será que cuando fui secuestrado, yo estaba prestando el servicio a la fuerza. Iba a estudiar ingeniería industrial, pero cuando salí ya no quería estudiar eso. Inmediatamente me fui a la Escuela de Suboficiales y le cogí cariño a la institución.

Ese día en que nos dijeron «ustedes se van todos, sin excepción», fue el momento de más alegría.

Mi mamá me cogía, me abrazaba, me daba picos.

Secuestrados, habíamos quedado cuatro primos. El que salió muy mal llegó con problemas psicológicos, muchos. No quería estar con la gente, sino que buscaba estar como entre el monte, entre los árboles que hubiera. Allá llegaba y se paraba. No quería nada y tuvieron que hospitalizarlo. Las primeras noches para mí fueron muy difíciles. Es que después de estar tres años allá, el silencio, el miedo; «toca acostarse, no se puede prender la luz porque de pronto el avión nos detecta». Y llegar aquí afuera y acostarse común y corriente donde sí hay luz, bulla. Uno se acostaba y si escuchaba pasar un avión, se asustaba. Por la psicosis de estar recién liberado, uno pensaba que era el avión de la Fuerza Aérea que iba a bombardear. Escuchaba pólvora y uno se imaginaba que lo iban a matar con un cilindro o una granada. Uno imaginaba tantas cosas, pero no. A mí eso me pasó poquito, digamos que unos días. Pero hubo compañeros a los que les duró mucho tiempo.

Aunque han pasado 21 años, yo creo que apenas lo estoy superando; no lo he superado del todo. Todavía no soy capaz de sentarme con un guerrillero o con un exguerrillero a conversar, a tomarme un tinto, una gaseosa. Conozco a algunas personas que estuvieron allá y a veces los veo por ahí, pero ¿qué voy a hacer? Igualmente debo ser tolerante. Así como yo pienso de ellos, ellos pensarán de mí. Yo dejé de ser policía hace muchos años, porque pedí el retiro, y mire: estoy por fuera y el otro también. Se acabó el conflicto con las FARC y él quedó desmovilizado, tiene derecho a otra vida, a reivindicarse. Todos fallamos en algún lado de la vida, así pienso yo. Claro que ya estoy superando ese paso para llegar al perdón, pero hasta allá no estoy todavía.

Me daría rabia que ellos me relacionaran con la Policía, porque aun cuando yo la quiero mucho, ya no soy policía.

Así sea un minuto de cárcel, no deja de ser cárcel

Estuve preso casi once años. Salí con este proceso de paz. Estuve en Cartagena, Valledupar, Cómbita, El Barne y La Picota. Nosotros teníamos una educación muy diferente, de combatientes, o sea, de prisionero político. Siempre nos identificamos como prisioneros políticos de las FARC. Nadie quiere estar en una cárcel. La vida le da a uno lo mismo. Es difícil, sí. Así sea un minuto de cárcel, no deja de ser cárcel. Eso del tiempo lo programa a uno. Había que usarlo para hacer deporte, alzar pesas, media hora de trote. Una rutina que uno programa.

El domingo es día de visita, pero si estás en una cárcel de máxima seguridad tú no vas a encontrar una persona que te vaya a ver. Allá recibía visitas de una compañera, a

uno de hombre le gustan las mujeres. Una vez le dije «yo a usted la quiero y todo, y qué lindo ese detalle. Mejor dicho, no hay valor que te compense el ir a visitar un preso».

La cárcel es un cementerio de personas vivientes. Allá todo el mundo se olvida de uno. Si usted tiene su mujercita, pues ella determina su vida con otra persona; te bota el teléfono, mejor dicho. De pronto por ahí la mamita de uno, que es el único ser que está en esta vida. Una vez le dije «soy guerrillero, hice un compromiso hace muchísimos años y yo no puedo faltarle a eso cuando salga de aquí». Yo nunca perdí contacto con la guerrilla.

Por lo regular, siempre nosotros peleábamos jurídicamente, eso debe saberse. Los guerrilleros no éramos expertos en leyes, pero de eso también nos enseñaron. El que quedaba vivo y terminara preso debía saberse defender a través de la ley. Uno tenía compañeros de la cárcel, universitarios incluso, que a veces le preguntaban qué debían hacer con sus procesos. Y a cambio de ayudarles, uno pedía un tinto. De esa manera nos ganábamos la gente y el espacio.

Los del Inpec decían que los guerrilleros eran los mejores presos. «Esa gente no es viciosa, no se mete en problemas». Nosotros éramos unidos. Adonde llegábamos, estábamos unidos. Eso era una recomendación del Secretariado Nacional y de los frentes a los que pertenecíamos. Entre nosotros no nos dejábamos morir. Si había que compartir una chocolatina, la compartíamos.

La inauguración mía con el arma fue de muy temprana edad. Te podría decir que tenía por ahí unos doce, trece años. Nos tocó ir a hostigar un puesto de policía. Yo estaba dentro del entrenamiento, pero entonces a mí me gustaba, no sé por qué. No sé si lo hice bien o lo hice mal, pero clasifiqué en un grupo muy bueno para esas actividades. Ellos tenían guerrilleros profesionales, compañeros mucho más antiguos. Yo hacía lo que ellos hacían, no me dejaban solo. Al lado mío había tres, cuatro, cinco compañeros profesionales. Los muchachos sí sabían qué era estar detrás de un arma, dispararla. Pasé esa prueba.

Nos inculcaron que el enemigo eran los que dirigían el país: los capitalistas, los que no dan nada, los que día a día son más ricos, los que en realidad han hecho la guerra. O sea, el Estado, el Ejército y la Policía no eran los enemigos antagónicos. «Es que un policía puede salvarte la vida, así como tú puedes salvar la de él». El enemigo no son ellos. Ellos obedecen órdenes, así como nosotros obedecemos. Así como obedece cualquier militante de cualquier organización, de cualquier ejército del mundo. A veces, por eso, me preguntaba por qué los atacábamos. «Porque ese es el deber, porque ellos nos atacan a nosotros, y no solamente con fusiles, sino con aviones, con helicópteros».

Era difícil. Estuve en varios bombardeos y en peleas de muchísimas horas, en las que uno pensaba que no se iba a salvar. La guerra es la guerra. Hay momentos en los que si te tomas un tinto, no te vas a comer el desayuno; si te comes el desayuno, no vas a comerte el almuerzo ni la comida.

Muchas veces les he explicado a los campesinos lo siguiente: «Vea, las FARC nunca obligaron a nadie a que cogiera un arma. Eso lo hicieron por allá de pronto en la era

primitiva. Pero las FARC nunca hicieron eso. Al menos que yo haya tenido conocimiento y en mi uso de razón, desde que yo llegué a las FARC, yo no llegué obligado, yo llegué voluntariamente».

Bueno, a mí me procesaron por terrorismo y homicidio de personas protegidas de la fuerza pública. Tuve dos condenas: una de 36 años, y por terrorismo me dieron 22. Salí por medio del Acuerdo. Agradecido con la organización que pudimos salir, pero sí estaba bastante enredado con ese proceso. La paz es vivir en convivencia, que todo conflicto se resuelva de la mejor manera posible. Que no haiga egoísmos, que no haiga desigualdad, que no haiga la avaricia de aquellas personas que les gusta dominar y sentirse superiores a todo. Considero que la paz es algo fosforescente que alumbra todo momento. Aquella bonita esperanza de libertad. Está difícil, pero hay que luchar por la paz.

Estando en la cárcel, le pedí disculpas a mi mamá: «Madre, espero que perdones mis malas procedencias, a esa personita que tú trajistes al mundo y que no quiso compartir su juventud a tu lado. Espero que tú seas la primera que me perdone de no haber compartido, ya estando a edades». «No, hijo. ¿Usted por qué me está diciendo eso? Si yo vengo aquí es porque estoy dispuesta a seguir siendo su mamá hasta el día que mi corazoncito deje de palpitar».

Antes de que viniera, tuve que explicarle: «Madre, ha de saber que vendrá a visitar un amigo suyo. No me ponga como su hijo porque de pronto después de tantos años la situación es difícil para usted. Y yo no quiero que usted por nada del mundo llore por mí, pero sí quiero que el día que esté de mi lado me dé un tierno abrazo, así como usted me abrazó el día que me trajo al mundo. Y lo mismo voy a hacerle a usted. La voy a abrazar sin que haya tanto sentimiento porque es más difícil el sentimiento cuando no se ha compartido».

Pedirle perdón a la sociedad es difícil para mí, y le voy a decir el porqué: perdonar también significa aceptar los delitos cometidos durante 53 años de lucha guerrillera, y yo todavía ni tengo 53 años. Sí, porque nosotros hicimos parte del conflicto, pero hay responsabilidades de parte y parte. ¿Por qué el Estado no nos había dado otra oportunidad de seguir luchando por lo que nosotros hemos querido desde el principio? Ese Estado nos ha tildado de ser lo peor de la sociedad, pero también hay que reconocer de que si nosotros pusimos las armas sobre la mesa es porque ya no queremos estar en la guerra. No es que nos hayamos cansado de luchar: si el revolucionario renuncia a sus principios, es preferible morir. Un luchador no se cansa. Y el día que pase es porque su corazón ha dejado de palpitar.

Queda la preocupación de que el Gobierno ha sido difícil en cumplir la implementación del proceso de paz. Las puertas que se han abierto se nos están estrechando. Eso es una preocupación para todos nosotros, los excombatientes, para los que dejamos las armas. A veces caemos en cuenta de que si eran capaces de matarnos cuando estábamos armados, ahora que estamos desarmados nos están matando de a uno. Y el Gobierno no se pronuncia. Y no solamente están matando a los excombatientes de las FARC,

no: también a los compañeros que de una u otra manera se nos han acercado. Los líderes sociales que han asesinado también nos preocupan.

A la edad que yo tengo, primero que todo, pues quiero terminar el bachillerato. Si usted no tiene ese cartón de bachiller, no tiene absolutamente nada. Estoy en noveno. En el futuro, si nos dejan, pienso estudiar un curso de derecho. Hay veces uno ve tantas injusticias, y no sé, de pronto ese es un medio para peliar por los derechos de los demás. Un ejemplo: yo me siento orgulloso de unos derechos de petición que le hice a un muchacho en la cárcel. A los tres días le dieron libertad. Estando afuera, fue a visitarme dos veces en la cárcel.

Así ponía a temblar a los guardias que nos custodiaban. Yo mandaba el papel a jurídica para que me pusieran el sello y se lo mandaba por medio de visita directamente a la Fiscalía, a un juez o adonde fuera que tocara mandarlo. Y los ponía a temblar.

Además me gusta la agricultura y recibí un curso de parte del Sena. Me gusta esta vaina de ebanistería; yo le hice una biblioteca a Duque, vea, ahí se la hice. La gente de aquí ya me conoce. Me dicen el ebanista de Pondores.

De coordenadas no me pregunte

Aguantar la montaña

Aguantamos hambre, frío. Estar en un páramo no es nada fácil. De rutas sí no le voy a mencionar mucho porque la verdad no recuerdo el recorrido. Fueron varios meses los que estuvimos caminando. Hacia el final no teníamos ni comida. Teníamos que pasar hambre. La pasábamos con un tinto, así como el que pidieron esta tarde. Un agua de café. Con eso pasamos varios días.

Desde que comenzó la operación del Ejército, en mi caso, me tocó dejar botado el equipo. Tenía un pie tronchado y no podía correr. Sin equipo duré prácticamente como unos veinte días, yo creo. Me prestaban ropa, o que los que llevaban equipos me prestaban una toalla para bañarme. Todo era como más difícil para uno. Llegó ese momento, comida. Ese día iban a abastecersen, pero no alcanzaron porque al día siguiente el Ejército estaba ahí desde las cuatro de la mañana. Entonces no alcanzaron a abastecer alimentos ni nada. Por eso, de ahí para adelante fue todo el recorrido sin comer nada. Por ahí una vez mataron una vaca y la cocinaron con solo agua. Sin sal, sin nada. Eso era comida como pa tres, cuatro días. Ya desde ahí hasta que volvieron a encontrar una vaca para podérsela comer. Y ya, no había comida. Nos daban un agua con café en la noche.

Un día hubo un evento en que nos salimos de una emboscada que nos hizo el Ejército. Ese día, en la mañana, como a las seis o siete de la mañana, nos habíamos encontrado con un grupo del Frente 24 o del Frente 20, no me recuerdo. Ellos iban

como tres o cuatro personas nomás, y llevaban dos panelas. Sacaron una y nos la dieron al grupo de nosotros, que éramos como veinte. Una panela para todos. Eso era un pedacito chiquitico para cada uno. Pues eso fue, estábamos entre la montaña, solamente con lo que teníamos puesto.

La ropa como hielo

En Boyacá también fue muy difícil la vida por allá. Mucho frío, muy difícil; era con una cobija y un saco. Eso fue coger la ropa, la maleta, el equipo y hágale otra vez por esas lomas, por el puro páramo. Caminamos y llegamos de noche a un potrero. Dormimos ahí, en pleno hielo. Iba a coger la ropa y era hielo. Era difícil todo. El sueño lo vence a uno. En la tarde no se pudo comer nada, pues así fueron varios días. Muchos nervios. Yo miraba las casas y me provocaba tocar para que me dejaran cambiar. Quedarme en una casa. Me eché fue una panela y una bolsa de pasta, y no me acuerdo qué más. Solo llevaba tres cosas en los bolsillos y el fusil. No me acuerdo qué más. Como unos frijoles, me parece.

La ropa se me quedó allá arriba por lo que estaba disparando el helicóptero.

Eso era un pedazo de panela con agua, cuando había agua del río. Cogía la puñada de agua y comía panela como para no desmayarme. Llegué a la casa y me escondí en una mata de plátano. Me daba miedo salir. Cerca de la finca cayó una bomba, o sea, muchas bombas cayeron. Escuché que la vaca bramó. Las otras salieron corriendo. Golpeé en la casa de la finca como pude. Una señora medio se asomó y dijo «no, no, váyase de acá que yo no quiero problemas». Me escondí de nuevo. En eso ya venía la tropa. Bajé de la casa y me senté en unas piedras que había ahí. Había harto jardín. Ahí me senté y ellos me dijeron: «¡Quieta ahí!». Arranqué a correr y me dispararon.

Si hay un dios, fue una amiga

A veces me digo «si hay un dios, fue una amiga». Salí muy enferma, muriéndome, y ella estuvo conmigo hasta el último minuto. Pasamos por zonas muy frías: el páramo del Cocuy; lugares para los que no teníamos el equipo necesario; condiciones inhumanas, muy frías. Me enfermé de neumonía. En esa marcha me lesioné un pie, me lo fracturé. Iba mucha gente enferma por el frío, por el paludismo, porque se les bajaron las plaquetas. Nos dieron simplemente una cobija y unos sacos para pasar los páramos hasta Santander.

Los más grandes se fueron a la toma del filo, pero el Ejército se lo había tomado a la una de la mañana. Ahí es donde comienza la Operación Berlín. Ese día ametrallaron desde el helicóptero. Uno en ese momento fue disgregado: corríamos por donde habían quedado las huellas de los que habían corrido adelante. Yo iba muy enferma de mi pie, de la neumonía. Pensé que me iba a morir, no tenía una persona que me guiara. Caminé como desde las nueve de la mañana hasta las siete. Subiendo filos, caños. Llegué a una casa civil donde estaban los guerrilleros que habían quedado vivos. Ahí esperamos como hasta la una de la mañana, mientras llegaban los que pudieran llegar.

La operación duró aproximadamente cuarenta días. Lo último que nos tomamos fue un tinto. No teníamos comida, la gente sin fuerza. Mucha gente empezó a dejar los equipos; cargaban lo necesario para aguantar el frío. Necesitaban la fuerza para subir y bajar filos. Nos guiábamos con unos binóculos. Veíamos en qué filo estaba el Ejército, y dábamos la vuelta.

Lo último que nos tomamos fue un tinto y desde ahí duramos como unos cuatro días sin tomar nada, nada. Llevábamos casi como quince días sin bañarnos. Esa mañana bajamos, dormimos en un filo sentados, sin caleta ni nada. Sentados, envueltos solamente en las cobijas. Tratamos de no dormirnos mucho porque nos podíamos deslizar, eran cordilleras muy empinadas. «Con esta tos mía me matan», dije. Dos, tres niñas dijeron que se iban, y se fueron. Solo quedó mi amiga, la que había ingresado conmigo, y un muchacho, un niño de un pueblo indígena. Yo les dije que se fueran, les dije «váyanse que los van a matar por mi enfermedad». La niña dijo que no, que ella se quedaba conmigo, y el indio también. No sé por qué se quedaron. Yo no era buena compañía en ese momento.

En Santander hay muchos árboles de tomate. Nos metimos debajo de unos árboles de esos a comer tomate. La mera tranquilidad. «Comamos eso; si he de morir, que sea tranquila». El chico se metió a la casa y dijo «vengan, vengan, que todavía el Ejército se demora en bajar; entremos y cambiémonos». Él se entró. Yo me comí unos tomates. De ahí a que el Ejército bajara se gastaba más de una hora. Me metí a la casa. Miraba uno los platos sobre la mesa donde había quedado el desayuno servido. O sea, fue tanto el rigor de la guerra para el campesinado en ese momento del bombardeo, que sobre la mesa habían dejado los platos servidos del desayuno. La gente no había podido desayunar, había huido. La población civil que vivió la guerra de la Operación Berlín tiene mucho que contar. Lo que yo vi dentro de esa casa: miraba los desayunos servidos, las cosas que habían quedado encima del fogón hirviendo y se habían quemado. No alcanzaron a bajar los fogones.

Ellos se vistieron. El indio sí se vistió de civil. Yo no. Yo me salí de la casa y ahí nos acordonó el Ejército. Yo no tenía armamento, no tenía nada. El indio decía que él no ser guerrillero, él ser civil. «Yo ser civil». Me acuerdo de eso. ¿Cuándo un indio en Suratá, Santander? Pero a uno nomás con mirarle las espaldas se daban cuenta. Tenía el rastro de los equipos, la riata en la cintura. Era fácil conocer un guerrillero en la Operación Berlín porque llevaba un mes sin bañarse. Olíamos a diablo. Eso era fácil usted reconocer un guerrillero, más cuando la pecueca y el pelo lo delataban. Llevábamos muchos días sin comer. Ahí ya nos coge el Ejército.

El otro corazón de la oscuridad

A mí por eso me tocó salirme de allá, porque me iban a matar. La guerrilla. Usted sabe que hay veces que en la comunidad mantiene gente envidiosa. Como que empezaron a meter cuentos. En últimas ellos eran los que compraban, no dejaban entrar otros compradores. Y por lo menos en esta zona estaba un mando, y toda la merca tenía que comprarla ese man. Y si el man no tenía con qué, usted tenía que guardársela. Y si usted se iba donde otro man, tenía un problema. Le cobraban 200 por kilo.

Resulta que una vez ese man no tenía plata. Pregunté y me dijeron que fuera adonde otro. Tocaba caminar harto, como unas seis horas. Tres subiendo y tres bajando. Abajo era a un precio y arriba era a otro. Si abajo se la pagaban a 1.300 el gramo, arriba se la podían estar pagando a 1.600, 1.700. Pero eso eran puras trampas. Yo fui a venderla allá arriba. Y le cuento que me salió completico para pagar las deudas. La verdad, la coca es un producto que solo sirve para cubrir los gastos. De quince millones que usted meta, saca dos milloncitos y eso es para reinvertirlo. Eso da como pa vivir pagando la remesa, el transporte, el combustible, los venenos pa las mismas matas.

Después de que bajé de vender la coca, el comando de acá me mandó un muchacho para que le mandara los 200 por vender en otro lado. Y sí, tocó mandarle para no tener problemas. Era pues eleno, eran los Comuneros del Sur. Siempre estuvieron y siempre están. Igualmente, de ese tiempo a ahora ha cambiado mucho. Yo me salí de allá en el 2011. Lo que me pasó fue que me amenazaron. Me tuvieron como tres días retenido en una casa. Iba en el bote ese día, iba por combustible para la finca. Vi que bajaban por el río y me llamaron. Arrimé el bote y me subí al de ellos. Sentí que un man me puso la trompetilla del fusil en la espalda. Me empujó con el fusil y me dijo: «Seguí pa allá, gran hijueputa. Te ibas volando, ¿no? Te vamos a detener». Me metieron en una casa por tres días, hasta que el mando dio la orden y me dijo: «Lo vamos a mandar para su casa a que se vaya a trabajar, ¡pero a trabajar!».

La verdad ahí ya no me sentí bien. Mantenía con ese presentimiento y con esa desconfianza. Ellos tenían la duda de que uno los fuera a aventar con el Ejército o alguna cosa. No vivía tranquilo. Hubo un tiempo en que incluso dejamos de cultivar la finca y me di como por vencido. Dije que apenas tuvieran un descuido me iba. La verdad no se podía salir de la finca, si no era con permiso. Pensamos en irnos a trabajar en una mina, donde un cuñado. Y nos fuimos pa allá. Y resulta que llegaron dos de ellos a la casa donde yo estaba. Los mismos que me habían detenido. Y yo, como le digo, mantenía con esa espina, con ese miedo. Vi que llegaron y estaban como desesperados porque no les cogía la señal de radio. Pensé que los habían mandado para hacerme algo. No le dije nada a nadie. Me fui. Me metí la billetera al bolsillo y una navaja. Me puse una camisa y me fui.

Antes de eso había una cuñada que los recibió y estuvo hablando con ellos como para sacarles información. «¿Y ustedes a qué hora se van?», les preguntó. «Ah», dijo uno, «vinimos a hacer una vuelta; si la vuelta se da rápido, nos vamos, pero si la vuelta se demora, así mismo nos demoramos. Si hasta las doce de la noche nos toca estarnos, hasta las doce de la noche nos estamos». Eso quería decir, pensé en mis adentros, que si les daba papaya me iban a matar. Más tonto yo si me quedo. Dejé hasta el almuerzo servido. Llegué y salí por la cocina. Me metí al monte y los que salen a correr. Eran las once de la mañana. Yo no le dije nada a mi mamá. Salí y me fui. Caminé todo ese día. Bien tarde llegué a una casa de un vecino, de un amigo. Me quedé en esa casa y le pedí a mi amigo que no le fuera a avisar absolutamente a nadie.

Oscureció bien y me hice detrás de la casa. Me quedé escuchando a ver qué decía la gente. La finca tenía hartos trabajadores, harto raspero. Escuché que alguien dijo que me iban a matar. Al rato salió un muchacho y lo agarré de la mano. Uy, el man se pegó un sustísimo. Como era amigo, le conté todo y le pedí que me llamara un conocido.

«Llámelo a él calladito que no quiero que nadie se dé cuenta». Entonces él fue y lo llamó. En ese tiempo, el ELN y las FARC tenían un acuerdo para que nadie se les volara. Y el man era miliciano de las FARC, pero pues también era bien amigo mío. Me dijo: «A esta hora, motor que baje lo prenden a plomo de una. Ahí nos matan es a todos dos. Lo único que puedo hacer es darte posada, que te quedes aquí y mañana pasarte al lado de allá del río. Por ahí por esa montaña te vas pa dentro, hasta salir a Barbacoas». Me quedé ahí. En toda la noche, no pegué el ojo. Ante el mínimo ruido pensaba que eran los manes esos. No tenía valor de comer. Esa misma noche me acomodaron en un botecito con azúcar, Fresco Royal, una panela y una jamoneta. Dejé botado eso. Simplemente eché la panela en un bolsillo de la sudadera. Me pesaba hasta la camisa.

En la madrugada me despertó un gallo a las cuatro. Mi amigo me ayudó a cruzar el río en una canoa. Estaba crecidísimo. De ahí me metí a la montaña. Tocaba subirse bien arriba. Era un cerro altísimo. Caminé hasta que comencé a bajar de nuevo. Escuché un bote. Eran ellos que me estaban buscando. Dejé que pasaran para abajo y seguí mi camino fresco.

Caminé por dos días y llegué a la finca de un señor. Me le fui acercando con cuidado hasta que lo tuve cerca. Le pregunté si en el caserío que estaba cerca habría canoas de remo. Mi idea era retomar el camino en la noche, irme por el río. Me dijo «no, aquí no hay canoas de remo, y cuídese mucho porque a raticos andaban por aquí ellos».

Al caserío del que hablaba llegué a las cuatro de la tarde. ¡Pucha, estaba cansado! Me metí en un montencito y me acosté. Escuché que llamaban a una señora Paula. Yo caí en cuenta: esa señora era familia de mi papá. Me salí del monte a ver dónde estaba su casa. Ella, apenas me vio, se asustó porque estaba suciesísimo. Le dije «buenas». «Uy», dijo ella. «¡Santo Dios! ¿Quién eres?». «Un cazador». «¿Y el arma?». «No, pues el arma tocó dejarla botada. Me perdí. Estoy con hambre, hasta las botas me pesan». «Entonces no eres buen cazador porque el buen cazador no abandona el arma». «Pero

deme un permisito para subirme a la casa». «No, no te puedo dar permiso. No sé quién eres». «No pertenezco a ningún grupo, sino que simplemente le digo que me dé posada». «No».

Pero no esperé que me diera posada, sino que me subí. No quería que la gente me viera. Ahí había milicianos de los elenos. Era un caserío a lado y lado del río. Entonces me subí a la casa y me metí así en un rinconcito oscuro, ahí me puse. Empecé a investigarla a ella. Le pedí que no me negara porque éramos familia. «Yo sí me imaginaba», me dijo, «porque aquí han llegado muchos volándose. Me ha tocado darles posada hasta que se pueden ir. Y aquí no se puede dejar ver de nadie, porque allá del otro lado están ellos». «Présteme uno de sus nietos para mandar una razón al lado de allá. Obligatoriamente me toca mandarlo a llamar al man, del lado de allá». El man pasó y hablamos.

Solté el bote y me abrí al río como a las ocho de la noche. A las dos de la mañana iba cerca a Barbacoas. Toda la noche dándole remo. Bien allá, ya cerca del pueblo, me vieron. Un man alumbraba con una linterna. Me quedé quietico, como si fuera un palo que bajaba. Y el man alumbraba así, alumbraba pa ver si yo miraba.

En Barbacoas llegué al Batallón del Ejército. Pues la verdad buscaba una protección. Me fue bien. Me dieron seguridad, lo que era alimentación, lo que era ropa. Y de ahí salgo a Tumaco, y de Tumaco voy a Ipiales, donde estuve como tres meses. En Barbacoas estuve tres días nomás. En Ipiales estuve tres meses. De ahí me fui a vivir a Pasto. En Pasto sí estuve como unos dos años. Después me fui al Ecuador, en el Ecuador estuve como un año y medio. Y aquí, la verdad, llevo como cuatro años. El resto. pues la he pasado así, en el Ecuador, en Llorente. Estuve en Pasto, después otra vez volví a Ipiales. Así.

Providencia

La casa me la dejaron destruida prácticamente, se llevaron lo que más pudieron. Yo estaba muy aterrada, lo único que hice fue meterme debajo de la cama. No sé qué tiempo pasó, perdí la noción del tiempo: no sé sí fue un minuto, una hora, un día. Me dolía la cabeza, estaba mareada, estaba *full* asustada. No escuchaba nada: ni ruidos de los vecinos, ni perros ladrando. «Bueno, ya habrán acabado con la cacería», pensé. En ese momento viene mi vecina, que estaba como a tres casas, y la veo sangrando.

Nosotras atinamos a salir a la orilla del río. Pasaron las embarcaciones llenas de plátano, venían de cosechar. Un vecino que iba pasando con su canoa llena de plátano nos vio ensangrentadas y mojándonos con el agua. Sacamos los plátanos. Nos metimos y él nos tiró los plátanos, nos tapó hasta el cuello. Nosotras escuchábamos motores grandes: esos eran los motores de esa gente. Íbamos por el río Satinga, llegamos al

pueblo. El que nos llevó nos dijo: «Tienen que quedarse acá. Voy a ver si hay un barco que vaya para Tumaco, para cualquier parte».

Cuando llegué a Buenaventura, me contacté con mis familiares. Mis hermanos me dijeron que por ningún motivo fuera a llegar a donde ellos, pero me contactaron con una tía con la que muy poco tenemos relación. Ella vivía en otro barrio, muy lejos. Ella me recibió a mí, a mi amiga y a su niño. Después, ellos empezaron la búsqueda internamente de mi marido y de mi hermano. Me enteré de que los vecinos les comentaron a mi esposo y a mi hermano lo que había pasado, y ellos tiraron a irse también a Buenaventura. Cada uno se regó por diferentes partes. Como a los quince días supimos dónde estaban y pudimos reunirnos. Al final tomamos la decisión de salir del país porque no teníamos otra opción.

Voy a quedarme donde me sienta segura

Alguien me dijo que las personas que se habían desplazado se estaban yendo para Ecuador. Nosotros no teníamos idea de eso, pero fuimos a la Alcaldía. Ahí me entrevisté con el personero, y él me dijo que en Buenaventura no podían darnos un sistema de protección, que teníamos que ir a la Fiscalía, poner la denuncia y esperar que eso fuera aceptado. Nos dirigimos a la Fiscalía, pusimos la denuncia y no pasó nada. Nunca nos llamaron. Nada. Estábamos asustados, sin tener qué comer, sin tener para vestirnos. Estábamos viviendo de lo que nos podían dar nuestros familiares a escondidas. Teníamos miedo de que también los fueran a involucrar a ellos en cosas que no sabíamos. Yo le preguntaba a mi marido qué era lo que había pasado, y él no sabía absolutamente nada de lo que se trataba. Mi hermano tampoco. Yo no tenía ni idea.

Entonces, bueno, empezaron a prestarnos una plata. Una prestamista que no estaba en Colombia. Nos pasaron cierta cantidad de plata con garantía de que nuestra familia tenía que pagar sí o sí. Con esa plata que nos dieron me vine para Ecuador. Yo salí primero porque no alcanzaba para todos. Mi vecina también tomó la decisión de venirse. Viajamos juntas. Salimos de Buenaventura a Cali en la noche, porque en el día no me atrevía a salir. Inmediatamente llegamos a Cali, alquilamos una pieza de hotel. Al día siguiente, saqué el pasaporte. Fuimos a buscar transporte y nos tocó estar todo el día en la terminal: dormí en la terminal, amanecí en la terminal. Cuando me monté al bus, respiraba un poco, pero no lograría respirar tranquila hasta que saliera de Colombia. Cuando llegué a la frontera como que me dejaron todas las emociones.

Durante el viaje conocí a varias personas que también iban a Ecuador con el propósito de refugiarse. Ya no confiaba casi en las personas. Venía escuchando conversaciones porque a veces la gente habla de más. Así me di cuenta de que el grupo con el que íbamos no era como muy confiable para quedarme con ellos.

A mi marido y a mi hermano les dije: «Voy a quedarme donde me sienta segura. Empiezo a trabajar y ustedes vienen adonde yo esté. El hecho es no es quedarnos en Colombia». En Ecuador no me sentía segura. Había muchos colombianos huyendo. Todavía me quedaba un poco de plata porque en los ocho días de camino solo había

tomado té, café y galletas de soda y pan. Entonces me fui por Bolivia con la vecina y un caballero que venía en el mismo bus del que salimos de Colombia. Él venía buscando cómo salvar su vida. Nos le pegamos. Llegamos a Bolivia, y de Bolivia nos pasamos para Perú. En la frontera del Perú con Chile nos fue denegada la entrada a Chile. De allí nos pasamos para Argentina y por Mendoza llegamos a Santiago de Chile. Estábamos muertos en el terminal de Santiago. Hicimos vaca entre los tres y alquilamos un cuarto de hotel. Al día siguiente ya no teníamos plata para quedarnos en el hotel, así que teníamos que salir a buscarla. Ese día salí a caminar a la calle y mi vecina se fue por otro lado. El caballero también se fue. Teníamos que encontrar dónde quedarnos, con maletas y con todo.

Gracias a Dios era providencia. Nos vieron caminando con las maletas y un caballero se compadeció y nos dijo «oigan, morenas, ¿están perdidas?». «No, no estamos perdidas. Llegamos de Colombia, no tenemos plata. Estamos buscando dónde dormir y pasar la noche». Él nos habló del lugar de Cristo. Yo me asusté porque nos dijo que allí estaban los drogadictos, los indigentes. Me asustó totalmente. Dije «prefiero dormir debajo de un puente». Seguimos caminando y regresamos por la misma calle porque era la que conocíamos. Vimos una pareja en un puente, con unos cartones. Les preguntamos si podíamos hacernos ahí al lado.

Fuimos a la comisaría a preguntar qué podíamos hacer y los carabineros nos dijeron que podíamos volver al Hogar de Cristo, que eso no era así como el señor lo había explicado. Nos fuimos para allá y el mismo caballero que nos habíamos encontrado en la calle nos indicó por dónde era. «Les voy a rentar una pieza, yo arriendo piezas», dijo. «Nosotros no tenemos con qué pagarle, cuanto mucho nos quedan como 20 dólares». «Las voy a dejar dormir en la pieza por una semana, para que ustedes puedan buscar mientras tanto», dijo. ¡Qué bendición! El señor nos prestó un colchón lleno de pulgas. Nos moríamos de la piquiña en la noche. El frío nos mataba. Era marzo, pero veníamos de un clima caliente. Marzo para nosotras era invierno. Traíamos sábanas porque en Colombia uno usaba sábanas, no colchas. La noche más terrible que he pasado en mi vida fue en Chile. El señor nos dejó ahí, dijo: «Cuando cumplan el mes me pagan. Busquen trabajo y me pagan». Al día siguiente salimos a buscar trabajo.

El primer mes que me pagaron fui a la feria y compré un teléfono de segunda, una carcachita. Todavía lo tengo guardado. Como unas tres, cuatro veces logré comunicarme con mi esposo y mi hermano. Durante esos primeros meses no dormía. Gané peso comiendo pan y gaseosas todos los días. En un periodo de tres meses pasé de 59 kilos a pesar 80. El estrés, la preocupación, la alimentación. Tiempos después, mi esposo pudo viajar. Yo ya estaba en una pieza organizada, tenía lo básico: una cama de una plaza, qué risa. Ahí dormimos los dos. Después llegó mi hermano, al mes siguiente. Dormíamos los tres en esa cama. Luego a mi hermano le dieron otra cama y una pieza. El señor que nos arrendó la pieza y que nos ayudó desde el primer día, le consiguió trabajo a mi marido y a mi hermano en la construcción. Yo llegué en el 2006. En el primer año estuve con permiso de trabajo. Al final tuve la cédula

temporaria por refugio, que servía por dos años. Luego, con la estampa en el pasaporte de la resolución del refugio, obtuve el carné de residencia definitiva. Pasé muchas cosas malas en mi país, terribles, que no quiero ni recordar. En Chile igual pasé cosas terribles, pero he tenido bendiciones.

La llegada

Acá y allá

Estudié trabajo social, pero me falta la tesis. Primero empecé a estudiar etnoeducación y desarrollo comunitario en Pereira y después me puse a trabajar en universidades en docencia con la Redif. En esta red de investigadores teníamos una cátedra abierta sobre desplazamiento interno forzado que funcionaba en varias universidades.

A fines del 2008, empezaron a ser detenidas personas en Bogotá y otras ciudades. Amigos o conocidos de la época, de militancias o de activismos universitarios de la Distrital y de la Nacional. Personas con las que habíamos trabajado el tema del desplazamiento forzado, estudiantes, profesores. Algunos detenidos fueron interrogados en procesos muy turbios. En esa dinámica, un conocido nos dice que están preguntando por nosotros. Creo que fue un 22 de noviembre, que hubo unas capturas masivas en Bogotá. Así que dijimos «nos vamos».

Mi hijo, que estaba estudiando en la Universidad Nacional de Bogotá, era el representante estudiantil. Empezaron a recibir amenazas de paramilitares. Él estaba trabajando con una organización de derechos humanos como pasante. De hecho, querían hacer unas presentaciones ante la Comisión Interamericana por la situación que se estaba viviendo en la Universidad. O sea, por el lado nuestro era sobre persecución judicial, y por el caso de él, sobre amenazas de grupos paramilitares. Un día mi hijo iba tarde para la casa, en un taxi, y una moto lo alcanza. Le golpean el vidrio, y el parrillero mete la mano debajo de la chaqueta y le hace como si le fuera a disparar.

Entonces tomamos la decisión de irnos al Tolima. La familia de Diana tenía una finquita allá. Nos encontramos con el hijo para evaluar la situación y decidimos salir hacia Venezuela. No pudimos volver a la casa, quedaron los cinco perros abandonados. Nuestra intención inicialmente era permanecer en Venezuela porque era cerca. Pensábamos que era algo transitorio que se iba a aclarar rápidamente y que en el caso de que se demorara podríamos seguir haciendo algo desde Venezuela por la paz en Colombia. Fue muy curioso. Llevábamos varios años trabajando sobre la temática del desplazamiento forzado, migración y refugio, y teníamos toda la teoría en la cabeza. Esa fue la contrastación empírica de lo que nos enseñaron.

Diana tenía una hermana que la convenció de que nos fuéramos a Argentina. En medio del desespero le dije: «Sentémonos y miramos un mapa, eso es atravesar

medio continente». Fueron dos semanas cruzando Brasil. Utilizamos la ruta que hoy están haciendo los venezolanos: de Santa Helena a Boa Vista. y de Boa Vista a Manaos. Nos fuimos en la chiva que flota. Nos agarró el mal del viajero, de todo. Y la angustia en Brasil era: «Y si no nos dejan entrar, ¿qué hacemos? No podemos volver a Venezuela, no podemos entrar a Brasil. ¿Nos quedamos a vivir en la línea y aprendemos a hacer artesanías?, ¿¡qué mierda vamos a hacer!?». Cuando llegamos a Argentina, el temor era que no sabíamos si Argentina había ratificado el acuerdo Mercosur con Colombia.

Llegamos y lo curioso es que ahí fue cuando nos deprimimos. Primero estuvimos contentos por la familia, por el reencuentro con el hijo, pero vivíamos el día a día. Nos la pasábamos calculando la ruta para el día siguiente, contando la plata, comunicándonos. En Buenos Aires no teníamos nada qué hacer. No había nada en el apartamento: una heladera, unas sillas, un colchón, cortinas. Nos cagamos de frío ese primer invierno. Se enfermaba uno, después el otro. Por suerte, nos empezamos a turnar la depresión.

Esos fueron los momentos más duros. Todo lo que se pierde con la familia ya no se recupera, y más cuando es un exilio prolongado. Uno se envejece, la familia se envejece. Hay familia que muere y uno no está. Esas cosas duelen. Vienen muchas cosas asociadas, hasta la culpa. Nosotros estábamos en Argentina, pero había gente que estaba allá. Tienes el corazón y la cabeza allá, y la vida acá. Nos preguntábamos: «¿Compramos cama?». «No, no, eso ya se va a resolver, ya nos vamos, ¿para qué?».

A los tres años compramos la cama.

Éxodo

Bueno, yo en la vereda La María nací. Allí crecí, ahí voy. Son 50 años vividos, esa es mi edad. Hemos tenido algunos altibajos, no hemos estado de manera permanente dentro del predio, no por voluntad, sino por situaciones del conflicto armado. La historia que le voy a contar es que me desempeño como campesino, ¿no?, en las labores del campo. Ese es mi desempeño como tal, y siempre es lo que he querido continuar. Estar dentro de la parcela ejerciendo lo que toda la vida he venido ejerciendo. Me parece algo como muy digno trabajar la tierra, estar en el medio de la naturaleza, en fin. Pero eso sí: con el anhelo de vivir una vida como chévere, como una vida integrada. No importa la cultura, ni el credo del uno o del otro. Que nos relacionemos bien, ¿sí o qué? Al fin y al cabo, pues todos somos hijos de Dios. Y tener una buena relación con todos los seres y las especies, porque a veces somos como un poco tiranos con algunas especies. Sin darnos cuenta le damos el uso que no es debido a la naturaleza, a la tala indiscriminada, en fin, tantas situaciones que también inciden en una crisis, ¿cierto?

Pero para no salirnos del tema, lo que me preocupa es que hace muchos años se habla de un conflicto, ¿cierto?, y estamos aún en un conflicto. Es que no podemos decir de que eso solo sucedió en la época del desplazamiento. Yo me desplacé por la incursión de grupos paramilitares y guerrilla (y, entre paréntesis, pues también del Ejército). Tres actores armados. Eso aconteció en el año 99, estando en la vereda La María. Recuerdo muy bien que en esos días estábamos en un lugar de la vía. Estábamos en una fonda cuando vimos unos panfletos. Sí, así pues, yo recogí uno de esos panfletos y un señor que estaba ahí con nosotros también. Un señor muy entregado a la comunidad. Entonces miramos ese panfleto, recuerdo muy bien. No sé si tenga una copia porque con el desplazamiento todo esos archivos, todas estas cosas, todo eso desapareció. Por decirlo de alguna manera, se deterioró por la soledad, en fin, los roedores, en fin. Desapareció mucha información, solo queda lo que yo recuerdo. En el panfleto decía de que «Guerrilleros, o se colocan el uniforme o se mueren de civiles. O se unen a las AUC o de no hacerlo serán objetivo militar de las mismas. De hacer caso omiso entonces tendrán 24 horas para abandonar la zona». Eso lo recuerdo yo, mejor dicho, como el día de hoy.

Mirando la situación pasamos a decirle al uno, a decirle al otro «bueno, qué hacemos, qué hacemos». Porque ya por estas veredas cercanas habían sucedido barbaries, ya habían descuartizado personas con motosierra y todo eso. Sabíamos que eran los grupos paramilitares que venían, pues, disputándosen dizque el territorio con la guerrilla, con las FARC. Allí fue donde dijimos: «No, pues lo primero es la vida. Lo otro, bueno, ya se verá. Pero primero la vida, uno sin vida qué, ¿cierto?». Entonces llegué a mi casa y le dije a la familia. En ese momento habíamos como unos seis miembros de la familia, ya los otros se habían ido cuando empezó el conflicto. Eso fue mucho más antes. Sucedió que muchas familias se fueron dispersando. Los que se quedaban se quedaban porque pues había algo que los amarraba, ¿no? De pronto los hijos, de pronto el predio, ¿cierto? Se quedaban con el temor. En mi caso, muchos de los familiares se fueron dispersando. Pensaba «no, esto es mejor pensar en irse; ojalá hasta abandonar este país porque al paso que vamos en cualquier momento uno pierde la vida, y ya uno muerto pues ya qué. Aunque se sepa qué fue lo que sucedió, pues la vida no retorna».

Entonces pedimos ayuda al señor personero de Tuluá para que nos enviara protección y vehículos para salir. Y sucedió de que entramos como en un acuerdo y eso fue masivo, sucedió masivo. Fue acá en Puerto Frazadas, Barragán, Santa Lucía, El Monteloro. En el 99, en fin, resumiendo un poco el tema.

Recuerdo que se veía la fila, el éxodo masivo, perritos por ahí buscando los amos, la gente dejando todo, huyendo; volquetas a las que no les cabía ni una persona más. Lo único que me llevé recuerdo fue lo que cogí, la guitarra. ¡Esa sí me la llevé! Pero a los pocos kilómetros traqueó como una coca de huevo y no quedó nada. Como íbamos tan amontonados… La misión era salir porque no había tregua. Si nos quedábamos, perecíamos, aunque no hubiera razones para hacer lo que ellos venían haciendo. Una gente armada y desadaptada. Su misión era sembrar el terror. Cuando llegamos a

Tuluá, llegamos a un punto que se llama El Coliseo. Se contabilizaron 5.000 personas, eso recuerdo, que eso quedó en el censo: 5.000 personas. Tres, cuatro, seis noches nos tocó casi a la intemperie. No había cómo abrigarnos, era un zancudero. Ahí se deleitaron, nos repartieron los zancudos.

Y pues allí ya empezó a llegar personal, ayudas humanitarias, psicólogos, oenegés, comisiones. El caso mío fue muy delicado. Yo tengo una hermana que cuando se inició el conflicto, antes del 99, debido a los episodios que le tocó vivir, entró en un problema de estado mental, ¿sí me comprende? Ella se descompensó mentalmente. No sabría decirte si eso sería un trastorno mental, psicológico, trauma, en fin. Lo cierto es que, cuando el desplazamiento, pues ella se descompensó. Imagínate, empecé a luchar con esta hermana, sin saber qué hacer. En medio de toda esta multitud tomamos la decisión de encerrarla en un baño. Amarrarla con alambres. Un equipo periodístico hizo todo el reportaje del holocausto que le tocó vivir a mi hermana. A ella el cuerpo se le enfrió, se le puso morado. Una de mis peticiones era que mi hermana tuviera un lugar digno donde pudiera estar, ¿cierto? Yo argumentaba que mi hermana necesitaba ser intervenida en un sitio especializado para personas con este tipo de problema o de enfermedad, ¿cierto? Representaba un peligro para un niño, bueno, para todos, incluso para ella misma. Pues no, eso transcurrió y transcurrió el tiempo y las respuestas que yo recibía eran que, desde que existía la medicina, no había un lugar en el mundo para personas con esta condición. Solamente se le daba un control. La paciente era intervenida y luego debía de volver a su familia, porque ni modo volver a su casa. Nosotros no estábamos ni en la casa, ni en la parcela, ni nada de eso.

Así acontecieron varios años, como unos cinco años. Hasta que por fin se hizo la documentación y se tomaron las medidas del caso, eso porque entutelé, ¿sí? Esa acción de tutela que fue la última, porque yo hice varias. En medio de esta situación, pues yo fui como construyendo más argumentos. Lo que yo veía era que mi hermana estaba viviendo una situación infrahumana, se estaba muriendo, ¿cierto? Yo argumenté el derecho a la vida; ese derecho prima sobre todo. El derecho a la salud, el derecho a una vida digna, el derecho a una rehabilitación. El derecho a un lugar digno donde ella pudiera sobrellevar la situación que la aquejaba. Bueno, ganamos esa acción de tutela y vinieron desde Cali. Ahí sí, en pura carrera. Empezaron a intervenirla, pero cuando estaba compensada la devolvían al lugar. ¿Adónde? Al coliseo. Y se decaía de nuevo.

Yo no te puedo seguir más

Raquel: Primero fuimos amigos. Fuimos amigos dos años. Después comenzamos la relación de noviazgo, pero ¿cómo lo conocí? Nunca me recuerdo cómo lo conocí.

Alberto: Fui a pedir un libro que me llevó un amigo, Simón. Y ya las conocía, pero como todas las de ese grupo eran igualitas, no sabía cuál era.

Raquel: Nosotras somos diez mujeres.

Alberto: ¿Cuál era Gloria?, ¿cuál era Myriam? En esos momentos salían varias, y claro, yo pintoso y ella pintosa… Comenzamos a ser amigos, comenzamos a salir. Me ayudaba ella con mis novias. Dos años fue de amistad. Me ayudaba, sabía todas mis locuras. Al principio vivimos en unión libre y luego ya tomamos la decisión: nos casamos. Tuvimos dos niñas. Son las alegrías nuestras.

Raquel: ¿Comenzamos desde el principio? Verá, las primeras amenazas y comentarios fueron en el 2000. Y me los dijeron a mí, en el colegio donde trabajaba. El primero que me dijo algo fue el sacerdote. Él trabajaba en un corregimiento, en El Carmen. Me dijo: «Ve, Raquel, estoy escuchando rumores de que tu esposo está amenazado».

Llegué a la casa y se lo comenté a mi esposo: «Ve, el padre me dijo que estás en una lista de los amenazados». «¿Qué? Eso es mentira, yo no he hecho nada. Lo único que hago es trabajar por la comunidad. Eso es mentira».

Luego fue otro compañero, también de El Carmen, quien me lo dijo: «Raquel, tu esposo está en la lista de los amenazados». «¿Quién te dijo eso a vos?». «Todo mundo lo sabe».

Yo era profesora y acababa de explicar lo de las regiones de Canadá, pero en ningún momento me imaginé que tenía que salir para allá. En septiembre nos llegaron los pasaportes, nos dijeron: «Ustedes salen de Colombia el 3 de noviembre, a la ciudad de Quebec».

Nosotros no lo sabíamos. En Canadá se viven las cuatro estaciones bien marcaditas. Yo me fui con tacos, vestidón. Llegamos a Montreal bien elegantes. Nos bajamos del avión, nos metieron en un cuarto y nos dijeron: «Sáquense esa ropa». Nos hicieron poner guantes, bufandas, gorros. Nos quitaron los zapatos. Eso pesa, es pesadísima esa ropa.

Y ahí comenzó el calvario, comencé a llorar. Las niñas quedaron como unas esquimalitas. Nomás se les veían la caritas. El trayecto de Montreal a Quebec parecía un cementerio. Todo blanco, blanco, blanco. No se veía un alma, una persona, y yo lloraba. ¿Salir? No podíamos salir, no conocíamos nada. Si queríamos salir, era tapados completamente, menos los ojos, para no enfermarnos. Esa fue la formación que nos dieron: «Ustedes tienen que cuidarse, porque se les pueden pegar las manos a los vidrios. Se les puede pegar la lengua, se pueden quedar sin lengua. Si salen con aretes, se les congelan los aretes». Y era cierto, lo habíamos visto. Gentes sin deditos. Gente sin una oreja. Nos habían advertido que teníamos que verificar la temperatura antes de salir.

Allá no basta con un par de medias. Tocan dos pares de medias, botas, guantes, bufanda, gafas. Si uno no anda con gafas, se le pegan las pestañas. La nieve se le congela

en las pestañas y se queda sin pestañas. Imagínese todo eso. Íbamos con la cabeza grande del problema acá, para después llenarse con todas esas cosas que no conocíamos. Mi hija mayor sufrió el desarraigo de sus compañeros, el abandono de la carrera que era el sueño de su vida. Le tocó escaparse dos veces de los paramilitares con el papá. Desde que estaba en preescolar se dibujaba como odontóloga profesional. Y llegamos allá, a Canadá, y tuvo que abandonar la carrera. Ella está con ese trauma porque no pudo ingresar. Sinceramente no pudo en Canadá. Está estudiando y todo, pero dice que su mayor frustración es no haber terminado la carrera que ella quiere. Es a la que más duro le dio. A la que más duro le sigue dando. Comenzó a tener unas pesadillas fuertes: escuchaba que alguien se le acostaba en la cama. Después comenzó a escuchar voces y cada vez eran más cerca de ella. Se levantaba gritando y nosotros teníamos que irla a mirar. Ya para cuando eso estuvo bien avanzado, algo vino y se le sentó al lado de la cama. La quería matar, le dijo: «Vos te tienes que venir conmigo». Ella logró levantarse, taparse con las cobijas y llegar al cuarto donde estábamos nosotros. Tomamos el Cristo grande que nosotros tenemos. Ese ha sido nuestro compañero. Les dije a mis dos niñas pequeñitas que hiciéramos oración. Lo único que podían rezar era el padrenuestro, el avemaría y la oración a san Miguel Arcángel. Logramos recuperar a mi hija. Ella había quedado como inconsciente, como no sé. Quería salir corriendo. Cuando se pudo parar… cuando ella se pudo parar, dijo: «Síganme, síganme porque nos vamos».

Le hicimos caso. Estábamos todos en pijama, todos estábamos en pijama. Nos cogimos de la mano. Ella iba de primera y nosotros como niñitos del preescolar detrás. Cuando atravesó la primera puerta, yo ya sentía el frío. Me solté de la fila y me regresé al apartamento. Fui por una biblia y un rosario. Había llevado una vela bendita de Colombia porque pues uno no sabe adónde llega. Busqué mi biblia, coloqué el rosario y encendí el sirio. Me fui detrás de ellas. Yo haciendo oración, yo rezando. Estábamos a -25 grados de temperatura. Si nosotros salíamos en ese entonces, nos moríamos congeladas. Alcancé a mis hijas con la biblia abierta, con el sirio encendido. No sé qué pasó. No puedo describirlo. Mi hija pronunció estas palabras: «Yo no te puedo seguir más, vete solo», le dijo. Y nos regresamos para el apartamento.

Tabaco es un pueblo en el aire

Veinte años de ese viaje de regreso

Lo del desalojo fue bastante fuerte. Estábamos rodeados de militares, antimotines, había una jueza, estaban los del ICBF, los del cuerpo de seguridad de la empresa. Y fueron derrumbando las casas sin más. No podías sacar nada. A raíz de eso, nos dimos cuenta que las mujeres negras tenían una conexión de sangre con su vivienda, ahí parían. Una de esas sabedoras nos dijo que por eso su casa se convertía en una extensión de su

cuerpo. Y estamos seguros de lo que nos dijo. Una de las señoras que desalojaron cayó junto con su casa. La señora murió a los quince días. Estuvo en coma y nunca regresó.

Llegamos acá fue a adaptarnos a nuevas costumbres, a una nueva sociedad. Recién llegamos nos decían «las joscas» porque las personas de Tabaco, Roche y Manantial participaron en la guerra de los Mil Días y pelearon a favor del pueblo. Ellos mismos se proclamaron «los joscos». *Josco* significa «guerrero» en una lengua africana, pero cuando estábamos chiquitas nos daba rabia que nos dijeran así. Tengo una prima que no ha logrado adaptarse todavía, después de veinte años. Dice que no siente sus raíces. Y nos explicaban los abuelos que en Tabaco las mujeres negras enterraban el ombligo de su hijo para que no perdiera el rumbo. Pero como nuestros ombligos se perdieron en las llantas de los buldóceres…

A veces le mamo gallo a mi prima y le digo que no tenemos rumbo porque no tenemos suelo. Eso sí, como decía mi abuela: «Soy negra desde que me engendraron». Porque de pronto no teníamos el reconocimiento del Estado, pero sí sabíamos lo que éramos. Sabíamos nuestra historia, que Tabaco era un palenque. Era como que un fuerte militar rodeado de montaña. Y uno se montaba en una de las montañas y veía los otros pueblos. Era como un punto estratégico. Mi abuela nunca dejó que esa historia muriera en nosotros. Nos contaba lo que hacía mi bisabuelo, todas sus venturas, todas sus hazañas. Nos reunía alrededor del fogón a contarnos.

El desalojo fue en agosto. El 9 de agosto del 2001. Yo estaba pequeña. Teníamos colegio de primaria, había un puesto de salud, un Telecom. ¿Qué más? Teníamos un acueducto propio, ¿qué más recuerdo? Lo primero que nos quitaron fueron los profesores, después fue la luz. Poco a poco nos fueron quitando cosas para dejarnos desarmados. Entonces, por la misma necesidad que teníamos nosotros de estudiar, nuestros padres tuvieron que sacarnos del pueblo. Un día, en la noche, nosotros vimos las imágenes del desalojo. Llegamos del colegio y prendimos la televisión. Mirar esas imágenes fue fuerte. Aunque hayan pasado muchos años, nos sigue… como que nos bate. Pero yo digo que ese desalojo también nos dio fuerza para decir que Tabaco existió. No, Tabaco existe. ¿Han escuchado la canción *La casa en el aire,* de Escalona? Bueno, Tabaco es como un pueblo en el aire.

El proceso fue duro. Cuando nos mudamos pa acá tuvimos que cambiar todo nuestro estilo de vida. Aquí, por ejemplo, no podíamos tener animales porque les molestaban a los vecinos. Por ejemplo, nosotros podíamos salir en cualquier momento para el arroyo. Aquí no podemos hacer eso porque el arroyo no tiene agua, sino piedras. Entonces, eso fue como desprendernos de muchas cosas, aprender a vivir sin ellas.

Mucho después, el proceso de reencontrarnos fue bastante jocoso. En el 2014 el Ministerio de Cultura abrió la convocatoria. Mis dos primas y yo estábamos estudiando, y como que sabíamos que el tema afro en La Guajira era bastante complicado. Según el Estado, aquí solo hay indígenas. Comenzar a alzar la voz para decir que había población negra y que había sido vulnerada y atropellada por la multinacional fue

bastante fuerte. En el 2014 se nos abrió la oportunidad porque, ajá, participamos, pero no pensamos que fuéramos a ganar. Nuestro enfoque fue la comida tradicional. Sabemos que han llegado muchas personas de otros países y que nuestra comida tradicional afro e indígena se ha perdido. Bueno, entonces nos presentamos con la receta del chiquichiqui, que es el dulce del maíz cariaco morado. En otros departamentos es amarillo; en La Guajira es morado. Yo siempre he dicho que con ese premio le hicimos un jaque al Estado: con plata del Estado denunciamos al Estado. Hicimos un documental denunciando cómo ha dejado de lado a sus hijos. Tabaco era hijo del Estado, obviamente, y lo dejó a merced de la multinacional.

A raíz de eso, mis primas y yo decidimos crear una escuela que se llama Retomando Raíces, Amor por el Territorio. En ella les enseñamos a los niños que una comunidad sin territorio no es una comunidad. Como nos decía uno de los mayores: «La tierra habla». «¿Cómo así que la tierra habla?». «Si tú hubieses vivido en el territorio, sabrías interpretar lo que te quiere decir la tierra, pero no sabes ese lenguaje». Me acuerdo de otra mayor que se está muriendo. En las comunidades negras dicen que cuando abandonas tu cuerpo y vuelves en espíritu a tu lugar de origen, es porque te estás muriendo. Esa señora lleva veinte años muriéndose por culpa del desarraigo. O sea, tiene veinte años de hacer ese viaje de regreso. Dice que todas las tardes va a Tabaco, que se va a pie todas las tardes.

Alrededor del fogón

Yo vengo de una mujer cocinera: mi abuela levantó a nueve hijos cocinando y siempre los reunía alrededor del fogón. Siempre me ha llamado la atención cómo reunía a tantas personas de distintas edades alrededor del fogón. Cómo unía el fuego, eso místico que uno no puede explicar. A raíz de eso, en el 2014, también se gana el premio de comida tradicional.

Lo que pasa es que el maíz cariaco se da aquí en La Guajira, pero como fue desarraigado está casi perdido. Dentro de la comunidad hubo hombres y mujeres que se volvieron guardianes de la semilla. Muchos de ellos guardaron la semilla y la cultivan. No en gran cantidad porque, obvio, no tenemos tierra. Nos toca cultivar en los patios, hacer huertas caseras. Así conservamos la semilla. Y como los miembros de Tabaco que vivimos en Hatonuevo todavía tenemos esa hermandad, damos el bocao. Eso era muy tradicional de allá, algo que también recuerdo. Por el simple hecho de ser mi paisana, de ser tabaquera, yo cumplía con darte el bocao a ti de lo que tuviera.

Cuando nos reencontramos, sentimos bastante alegría, nos ponemos a hablar de lo que hacíamos allá. Nos reunimos alrededor del fogón y aprovechamos que tenemos un tío cocinero, que cocina muy bien. Cada vez que nos reunimos, él es el cocinero mayor. Nosotros somos sus ayudantes y así vamos aprendiendo. Así rescatamos. Y también preparamos comida tradicional tabaquera. En ese día que nos reunimos, todo es natural. No tomamos nada artificial, nada con productos transgénicos. Ese día o comes cosas naturales o comes cosas naturales. O no comes. Hacemos gallina

guisada, conejo, cerdo, chivo, dulces, arepas cachapas, arepas de maíz trillado. La arepa cachapa se hace con el maíz cariaco, únicamente se puede hacer con ese maíz. Ese día tampoco tomamos gaseosas. Es como un reencontrarnos con lo que somos nosotros, con nuestra esencia.

Lo familiar

Hablar de Tabaco me estremece bastante. Lo que más me hace falta es la familiaridad que existía allá. Para la época de la patilla, nuestra abuela nos llevaba pa la finca a todos los nietos. Era una odisea todo lo que nos pasaba en el camino. No faltaba el que se caía, al que le picaban las avispas, al que lo correteaban las vacas. Esa relación que teníamos con la naturaleza también me hace falta. Yo soy hija del agua y me hace falta esa conexión.

Nuestra familia está regada. Yo digo que nos volvimos gitanos. Unos viven en Riohacha, otros en Valledupar, en Bogotá, fuera del país. Los lazos que había se han fracturado un poco por el factor económico. ¿Cómo hago para ir a Bogotá a ver a mis primos, si no tengo los pasajes? La abuela dejó de caminar cuando salió de su comunidad. Ella estaba acostumbrada a irse para su finca, a sacar guineo o limón y a ordeñar. Era una mujer de 70 años y seguía haciendo eso.

Cuando llegamos acá, los vecinos nos rechazaron. «Ay, ya llegaron los negros esos, los joscos esos». A mí en mi casa me dicen «la Negra», pero tú sabes cuando te quieren insultar diciéndote «negra». «Los negros inmundos esos, ¿por qué no se van pa otro lao?». Ahora nosotras jocosamente nos apropiamos de esos. Soy josquita, ¿y qué?

Para la primera investigación que hicimos para recuperar un poco de la comida tradicional de Tabaco, nos tocó viajar por toda La Guajira. Los mayores se nos quedaban mirando, nos preguntaban de quién éramos hijas. Como decía una de mis compañeras: «Hay gente de mi pueblo que ni sabe quién soy. Eso no pasaría si viviéramos dentro de la comunidad». Nos tocaba presentarnos con los nombres de nuestros abuelos para que nos reconocieran. En esa investigación nos dimos cuenta de que el 80 % de la comida tabaquera se había perdido. La comida nuestra se producía con lo que cultivábamos, con lo que era silvestre. Nuestro estilo de alimentación cambió. Se nos metió el arroz, cuando antes teníamos otros productos como la yuca, la ahuyama, el guineo, el filú. Muchos de nuestros mayores nunca llegaron a consumir una gaseosa y nosotros somos casi adictos a ellas. También hubo pérdida de la medicina tradicional, de muchos animales. Era muy común ver cardenales en nuestros patios. Aquí como que no hay mariposas ni nada de eso.

En una ocasión nos tocó ir hasta la finca de la abuela de una de mis tías, a Caurina. Eso ya queda en la serranía del Perijá. Fuimos a buscar medicina tradicional para ver si aquí podía pegar. El lema de nosotros es que si nos toca ir a Roma para rescatar parte de lo que nos arrancaron, pues vamos a Roma. Tuvimos la dicha de que nos dieron un chance. Nos dieron un chance hasta cierto punto, pero eso allá es otro ambiente. Es como si fuera otra parte diferente de La Guajira. Es muy verde, igual que Tabaco. Caminamos como tres horas, descansamos dos, y volvimos a arrancar.

Pero sí, trajimos mucha medicina tradicional. Lastimosamente, la memoria –todo ese conocimiento de las comunidades negras de La Guajira– no está escrito. No ha habido relevo generacional; entonces, muchos de los conocimientos que tenían nuestros mayores lastimosamente murieron con ellos, pero nosotros estamos en ese proceso. Tenemos la dicha de tener dos mujeres de Tabaco que eran parteras o comadronas. Muchas mujeres han decidido que el día que tengan hijo van a parirlo en casa, como lo hacían las mujeres tabaqueras.

Unión y fuerza

Yo hablo de los que vivimos aquí en Hatonuevo, que nos unimos más. Nos tocaba unirnos, porque si no, no iba a quedar más que el nombre de Tabaco, dejábamos todo de lado, aceptábamos la multinacional con todos los proyectos destructivos que trajo, que vino a enseñarnos cosas que ni siquiera hacíamos en la comunidad. A enseñarnos otro tipo de música. Siempre he dicho que se ve raro un negro josco tocando violín. No quiero decir que la música de violín no sea buena, pero nuestra música era completamente distinta. En nuestra música reinaba la percusión. Era música de tambores. ¿Cómo dejamos que esa fantasía que nos trajo la multinacional dejara nuestra cultura de lado? Mi hermano es percusionista empírico. Pero el fuerte de él es la percusión, los platillos. Nos hemos dado cuenta de eso: cada uno de nosotros nace con un don distinto, entonces, nos toca explotar esos dones a favor de la comunidad y a favor de esta lucha que llevamos. Estoy segura de que la educación es el arma que tenemos las comunidades étnicas, porque el Estado y las multinacionales se valen de eso, de nuestra ignorancia. No estamos bien. Decirte que un tabaquero está bien en estos momentos sería echarte mentira. Ningún tabaquero está bien, ni económicamente, ni físicamente, ni moralmente. Aquí nos tocó sacar la fuerza de donde no teníamos para pararnos y decir: «¡Vamos a seguir!».

Los teatros del horror

Intermedio

Entre «Los lugares rotos» y «Cuerpos fisurados» se ubican estas historias que, por su densidad, integran diversas dimensiones de la violencia. Por ello, operan como conectores. En ellas se narra la puesta en escena del espacio de terror que fueron los «falsos positivos». Una experiencia que tiene dimensiones espaciales, corporales, semánticas y temporales. De los «falsos positivos», elegimos iluminar «el teatro del horror», sus actores y audiencias. Es decir, todo lo que implicó instalar una escena verosímil para eliminar a unas personas y hacerlas pasar por bajas en combate.

El soldado lepra

El caso en el que estoy implicado ocurrió en el 2008 en Yondó, Antioquia. Era un líder de esa comunidad. Por manifestarse, por tener la comunidad de su lado, era como una piedra en el zapato para el Ejército. El señor era un líder social. De un momento a otro, el Ejército tomó la decisión de darle de baja. Esa orden llega de un teniente, quien es el que organiza todo por intermedio del coronel del batallón y de la Sección 2 de Inteligencia.

En ese entonces yo me encontraba en un cerro de ametralladora prestándole seguridad a la base militar. El teniente estaba con otro cabo. Ellos dos prácticamente organizaron ese falso positivo, indicando adónde debía llegar el abastecimiento: la alimentación para los soldados, el kit de legalización, el arma, las cintelas, el camuflado, los panfletos, el radio y las granadas. Todo lo necesario para legalizar a este señor. Los soldados me comentaron que le estaban lijando el serial a una pistola. Desde ahí empieza todo el proceso. El teniente me indica que a las tres de la mañana salimos a operación. Yo voy preparado a enfrentarme al ELN. Llegamos al punto, y el teniente dio la orden a un soldado que diera de baja al objetivo.

En ese momento el señor estaba en su morada. Yo llegué de último al punto de encuentro y el teniente me da la orden de que siga con el soldado para hacerle registro a la vivienda. En ese momento no lo veo anormal y sigo con los soldados a hacer el registro. Pero, oh, sorpresa, el soldado al que el teniente le había dado la orden le dispara al señor apenas abre la puerta. Él cae al piso, el señor. A mí me dio rabia, pues nunca estuvo en mi intención ni disparar ni darle la orden al soldado. No sabía de ese procedimiento.

El teniente se puso guantes quirúrgicos, le plantó el arma a la que le lijaron el serial e hizo unos disparos al aire con ella. Después empezó a vestir al señor y ordenó instalar unas cintelas y un campo minado –que nunca existió–. Lo peor de todo es que de un momento a otro un soldado dispara su ametralladora contra el señor. El cuerpo quedó aún con más agujeros. La ojiva era de mayor calibre y le abrió unas troneras al señor, prácticamente lo partió en dos.

El teniente informó al batallón que acaba de haber un combate y aproximadamente dos o tres horas después entra un apoyo en helicóptero donde vienen agentes del CTI. El teniente me dijo que no me preocupara, que esas eran tropas propias que habían venido a organizar la escena para hacer pasar al señor como una baja en combate. Los miembros del CTI le ayudaron al teniente dándole indicaciones como «ponga eso aquí», «pongan esos panfletos aquí», «acomode al señor acá». Los agentes plantaron un radio de comunicaciones y una granada de fragmentación dentro de la vivienda para hacer creer que el señor tenía un vínculo con esas organizaciones al margen de la ley. Ahí entra la población, que estaba ofendida por el asesinato de su líder social. Sacaron machete y no dejaron que el helicóptero sacara al señor. Entonces ese día, por seguridad del piloto, se decidió no llevar el cuerpo. Al día siguiente volvió el helicóptero para sacar el cuerpo. El guía –quien nos indicó la vivienda del señor–, por temor a que la comunidad tomara represalias contra él, también fue sacado en helicóptero.

En ese momento hasta me orino en mis pantalones por la situación, por el miedo, por la zozobra. Quería que la tierra me tragara. Inclusive me enfrenté al teniente, tuvimos una discusión tan alterada que los soldados tuvieron que separarnos. Porque pues la operación era un engaño, yo para eso no me iba a prestar. Él decía que ya había hecho cinco, seis bajas de esas mismas. ¿Por qué me había llevado a esa operación? ¿Por qué no me dijo la verdad? Es decir, me llevó prácticamente engañado. Yo no disparé, no cargué mi fusil, no di la orden, no le dije al soldado «dispárele al señor». Todo eso fue un engaño y tras de eso siempre los altos mandos me decían que había sido una operación, y no. Y pues los comandantes escogían al soldado lepra, al soldado que fumara marihuana, al soldado que tuviera indicios de ser una persona conflictiva. Esos eran los soldados que escogían para hacer estos falsos positivos.

El espíritu de dar resultados

El capitán se entrevistó con una persona. Apenas terminó la conversación entre ellos dos, salió y me entregó un paquete, y pues en ese paquete venía un revólver 38 y creo que cinco o cuatro cartuchos. Después de eso, esa misma noche, fue ordenado: montamos una operación militar que era un registro. Tenía entendido, hasta ese momento, que la idea de esas armas era facilitar el proceso de «legalización» de un miliciano. O sea,

que quedara todo legalizado, la baja en sí. Si el miliciano no tenía material de guerra, entonces se veía uno inmerso en problemas judiciales, pues era un muerto sin armas. Entonces en ese momento yo pensaba que el arma era para eso, que uno debía tenerla como, por así decirlo, un comodín, una salvaguarda.

Esa noche se ordenó una operación y cuando fuimos a iniciar me dijeron que hacia tal sector había un gran grupo de milicianos que tenían informaciones. Entonces me dijeron que iniciáramos, pero al momento de salir, el capitán me dijo: «Usted mire si le encuentra dueño al arma, póngale dueño al arma». Y pues, desafortunadamente, yo no sé realmente qué estaba pensando en ese momento de mi vida. Creí que era lo mejor que podía haber hecho. Sí, ¡puro egoísmo! Quería tener un resultado para la carrera mía, porque no había tenido como tal los resultados en esa zona. Me había ido muy bien con tareas pequeñas, sin la necesidad de hacer nada, pero me dejé llevar. Ninguno de los soldados, ni el cabo, ni nadie fue capaz de decir: «Venga, no hagamos eso». Estábamos todos tan inmersos… Uno se volvía ciego por el deseo de acertar, por el espíritu de dar resultados.

En el registro, al primer señor que pasó lo reportamos como una baja en combate. Asumo que el capitán era consciente totalmente de eso que reportó. No sé hasta qué punto el comandante de la brigada estaba engañando, asumo que también tenía conocimiento de eso. Toda la parte jurídica, todo el seguimiento, lo hacían nuestros comandantes. Es difícil decir que ellos no tenían conocimiento, que fue a la espalda de ellos. Ellos eran los que nos daban el visto jurídico, por así decirlo. Tanto así, que todo lo pagaban. Todo el pago de recompensas como tal. Hay una sección en cada unidad, que es la sección de inteligencia, y todo ese dinero uno lo centraliza por medio de ellos. Los dineros se manejaban directamente: el comandante lo solicitaba a la sección de inteligencia, y el de inteligencia hacía el trámite para que él los pudiera pagar. Esos pagos eran proporcionales al resultado. Ahí uno miraba qué valía más: si dabas una baja en combate, valía 1.000.000 pesos; si era baja en combate con fusil, 1.800.000 pesos; si era con revólver, 1.300.000 pesos; si era una captura con fusil, 800.000 pesos. Y así. Lo que más daba era una baja en combate o un informante: podía ser 1.500.000 pesos, dependiendo de lo que fuera.

Pero el premio como tal que nosotros obteníamos eran permisos. Decían: «Pelotón que dé una baja, quince días de permiso; que dé dos bajas, veinte días; tres bajas, un mes». Usted no escuchaba «pelotón que capturara a alguien recibía dos días de permiso». Si usted quería permiso pa ya, daba una baja. Usted cuadraba una baja porque tenía que cuadrar unas vacaciones o alguna cosa, eso se podía hacer divinamente. A mí de este, pues… de la baja que di, me dieron un permiso.

En la operación aparecieron, de un momento a otro, a un supuesto personaje que andaba con nosotros en el momento. Lo aparecieron para darle un visto jurídico a eso. Él era el guía que nos había dado la información y que reconoció a la persona, que lo indicó. Una persona que nunca anduvo con nosotros, pero lo metieron dentro de la investigación. Nunca conocí a ese guía, nunca lo vi. Entonces pasaba eso. No

solo había falsos positivos de las bajas en combates, sino que también había falsos positivos judiciales. Ellos, por medio de testigos falsos –no tenían nada que ver en las partes–, los iban vinculando. Y se empezó a presentar esta forma de contrarrestar a los milicianos de esa manera. Se les daba de baja y se les colocaba algún armamento, alguna cosa para «legalizarlos».

Lecciones aprendidas

La primera vez que yo escucho hablar de «falsos positivos», bueno, ese nombre de falsos positivos como tal salió en las noticias cuando las madres de Soacha destaparon todo. De «ejecuciones extrajudiciales» jamás había escuchado ese nombre, pero sí escuché el *modus operandi*. Por ejemplo, nosotros teníamos una clase, una asignatura en la Escuela Militar que se llamaba Casos Tácticos y consistía en contar sucesos de operaciones de combate donde el resultado, ya sea positivo o negativo, se considera que le puede aportar algo al cadete para que aprenda cómo otras personas han resuelto determinadas situaciones o cómo no se deben hacer las cosas. Luego esta asignatura cambió de nombre y se colocó Lecciones Aprendidas y, básicamente, se dedicaba a cosas negativas que le habían pasado al Ejército. Pero cuando los oficiales iban –los instructores iban a darnos estas clases–, pues terminaban hablando de cosas que les pasaron a ellos.

Entonces, esta asignatura básicamente consistía en que un capitán, un teniente se paraba a contar experiencias de combate de su propia vida. Y, en muchas ocasiones, se nos contó cómo un capitán tuvo un combate y a los guerrilleros que quedaban heridos los ejecutaba, porque no iba a reportar capturas. Nos llegaron a explicar que si uno le disparaba de muy cerca a una persona, los residuos de pólvora podrían determinar que fue sevicia o que fue ejecutado de una forma no convencional. Entonces los capitanes explicaban: «Usted póngale un costal o un trapo a la trompetilla del fusil, para que cuando el disparo salga, no le quede el tatuaje al guerrillero y así parezca que fue un disparo desde lejos». Nos llegaron a contar cosas como: «Cuando usted ejecute un guerrillero, primero hágalo vestir y luego dispárele, porque si usted le dispara primero, lo mata y luego lo viste, los rotos del uniforme no van a coincidir con el disparo que tiene». O el primer ejemplo que el instructor pone: si tienen un problema y un campesino resultó muerto, pues hagan esto como para no tener problemas.

Entonces ellos hablaban de que muchas veces, si uno andaba con su tropa y… no sé… Es que recuerdo incluso escuchar que, en caso de que haya un accidente y muera un campesino, un civil, uno debe andar con armas no convencionales, con un fusil AK47, con un camuflado de más, esto con la intención de ponerlo para legalizar esa muerte y presentarlo como guerrillero. Ese era como el kit de legalización. Pero esto lo

escuché desde la Escuela Militar. Ni siquiera en el Bejarano. Esto lo sabíamos todos desde antes. Entonces, prácticamente, en esa asignatura se nos enseñó qué eran las ejecuciones extrajudiciales y cómo se realizaban.

Como una rueda

Yo creo que eso es como las drogas, empiezas con «ve, me voy a fumar un porro» y luego «ah, metamos un poquito de cocaína». Esto fue algo así. El primero, el coronel lo justificó diciendo que ese hombre había sido el que asesinó a un teniente. Luego, entoes ya me dijo: «no, ese es un paramilitar que se les torció a los paramilitares». Entoes dije «bueno, pues no hay ningún problema». Entoes uno va como que ascendiendo, ascendiendo, y al final nosotros participamos en la ejecución extrajudicial de dos manes que eran indigentes, porque un soldado dijo «ellos son unos paramilitares que violaron y nos lo van a dar para que los ejecutemos». Claro, uno dice «ah, pues si violó, pues también se tiene que morir». Eso va creciendo y va creciendo hasta que se pierde el respeto por la vida, hasta que el comandante del Batallón dice «cojamos esos gamines». Y la gente le dice «pues de una, mi coronel, vamos a cogerlo». Pero es precisamente esa, no sé cómo decirlo, como denigración que sufre el ser humano a causa de la guerra, que llega un punto en que lo que te interesa es justificar el resultado. Todo se vuelve como una rueda. Pero tampoco se le puede decir a todo el mundo que se está ejecutando únicamente a un habitante de calle. Por ejemplo, casos como el de las madres de Soacha. Los que los ejecutaban no sabían de dónde venían ellos. No sabían si eran habitantes de calle. Eso solo lo sabían los de inteligencia y el reclutador. Aunque bueno, yo ya siendo ayudante sí supe que la Brigada Móvil 11 cogió algunos indigentes y muchachos jóvenes de otros sitios que fueron engañados con promesas de trabajo. La Brigada Móvil 11 traía a los muchachos de Medellín. Claro, indigentes, muchachos jóvenes que a lo mejor tenían un perfil que pudiera encajar en la guerrilla. Los traían de Medellín con la creencia de «si yo lo traigo de Medellín es para ejecutarlo en el Urabá; si yo lo cojo de Bogotá o de Soacha, es para ejecutarlo en Ocaña, Norte de Santander. ¿Quién lo va a preguntar si eso está lejos?». Por ejemplo, yo no he visto ningún caso de falso positivo de un muchacho que estudie en EAFIT o en el Externado, o que sea un médico del Bosque. Se cogían era muchachos de una clase social más humilde, más baja y a lo mejor de pocos estudios. O gente que estaba en la pobreza.

Por tu silencio

Cuando yo comencé a protestar por la muerte del muchacho no dejaron que se investigara. Yo les he hecho muchas protestas en todo el país porque a mi hijo me lo entregaron torturado, tenía señales de estar amarrado de pies y manos. Hicieron cerrar el proceso, no han dejado que se investigue absolutamente nada y hasta el día de hoy ellos andan tapando esto.

El 8 de octubre de 2006 a las siete de la noche me llamaron a decirme que a mi hijo lo habían matado en un combate en El Tarra. Lo torturaron, lo volvieron nada, de ahí lo sacaron a una montaña y lo pusieron a caminar en una semi curva. El puntero le disparó y otro le disparó al puntero pa que no se supiera la verdad.

Él me llama a mí el 20 de septiembre de 2006 a las ocho y treinta y ocho minutos de la mañana y me dice: «Papi ¿cómo está? Lo llamo para decirle que tiene un nuevo nieto. Ana Marcela dio a luz. Una niña muy linda, en diciembre voy para que la conozca».

Hablamos cuatro minutos. Cuando le fui a colgar me dio por preguntarle: «Mijo ¿cómo está eso por allá?». «Esto está muy feo. A mí me mandaron a matar dos muchachos para hacerlos pasar como guerrilleros muertos en combate y no los quise matar, yo me voy a retirar». «No me diga a mi nada de eso que usted está grandecito ya». Tenía 29 años, era suboficial del ejército cabo primero: «No, a mí no me diga nada de eso porque usted está muy grande. Ya usted sabe lo que puede hacer. Usted estudió algo, yo no estudié». Me dijo: «Bueno, bueno papi».

Este caso lo denuncié en fiscalía, procuraduría, defensoría del pueblo, derechos humanos buscando ayuda, pero en ninguna parte. A mí lo que me ha quedado es hacer escándalo, llevar mi pancarta a todos lados. Este carro con el que exijo justicia. Me queda mi nieta y saber que mi hijo no era un asesino, de eso estoy seguro yo. No era un asesino y por eso se murió.

Cuaderno II: cuerpos fisurados

Este cuaderno reúne historias sobre las dimensiones de la violencia que claramente se situaron en los cuerpos vulnerados durante el conflicto armado. Es una sección que gira en torno a las cicatrices y sus contenidos simbólicos, y en la que se plantean preguntas sobre cómo se llevan esas marcas y cómo se convive con ellas en la cotidianidad.

La vida de quien busca

Uno sabe quién es su hijo

Ahora me encuentro aquí en Suecia, exiliada debido al asesinato de mi hijo. Él tenía dieciséis años, y me lo asesinó el Ejército colombiano. Trabajo con Madres de Soacha y otras organizaciones. La idea es contarle al mundo lo que sucedió –lo que sigue sucediendo– con cantidad de muchachos, cantidad de jóvenes que se llevaban de los barrios, de las ciudades, de las familias, para hacerlos pasar como guerrilleros dados de baja en combate.

Desde el 2008 estoy trabajando en esto; mi niño fue desaparecido el 6 de febrero del 2008. Él estaba estudiando, haciendo séptimo grado, y yo trabajaba con la Cruz Roja. Me acuerdo que esa mañana él me dijo «no voy a ir a estudiar porque tengo que trabajar y ayudarle a sumercé». Y, me acuerdo tanto, esa mañana él tenía pico y placa con el señor que trabajaba en la buseta. Cuando yo salí, él estaba durmiendo. Llegué por la tarde, como a las cuatro de la tarde, y le pregunté a mi hija «mami, ¿dónde está Chivito?». Ella llega y me dice «mami, salió a las once de la mañana; iba a traer lo del almuerzo y no volvió».

Después de desaparecerse, voy a la Fiscalía el viernes por la tarde. Fui llorando, hecha un mar de lágrimas, y me dice la señora que estaba ahí, la fiscal «¿por qué llora?, ¿qué tiene?». «No, es que vengo a colocar en conocimiento de las autoridades la desaparición de mi hijo». «¿Y usted por qué lo da por desaparecido?». «Pues porque se desapareció el miércoles y esta es la hora que no aparece». «Pero ¿usted por qué está llorando?, ¡no, mijita! ¿Cuántos años tenía su hijo?». «Dieciséis años». «Por ahí debe estar emparrandado y usted aquí llorando. Eso váyase pa su casa y si no aparece, venga dentro de veinte días a colocar la denuncia».

Pues uno como es bien tonto, me fui para la casa. Pero mas sin embargo, yo no me quedé en la casa y me fui a buscar a mi hijo a los alrededores, a preguntarlo con los amigos, a todas partes. Y después de ocho meses vengo a darme cuenta que mi hijo estaba muerto en una fosa común en Ocaña. Estaba en Valledupar cuando recibí esa noticia. Me llamó mi hija y me dijo «mami, ¿usted está viendo noticias? Mami, mire noticias que están diciendo que los muchachos desaparecidos de Soacha están apareciendo en fosas comunes en Ocaña, Norte de Santander». «Pero ¿cómo así que los muchachos?».

No conocía Valledupar ni nada, pero me fui a buscar la Fiscalía. Yo iba hecha un mar de lágrimas. Me dice el señor que estaba ahí: «¿Le puedo ayudar en algo?». Le dije: «Sí, gracias». «Pero cálmese, cálmese para que me pueda hablar, ¿quiere un vaso de agua?». «Gracias, sí, por favor. Gracias», y le empecé como a comentar qué era lo que quería saber. «Es que vengo porque creo que en la Fiscalía tienen el reporte de que mi hijo está desaparecido y dicen que en Ocaña, Norte de Santander, están apareciendo muchos muchachos en fosas comunes». Él me dice: «¡Ay, señora!, cuánto lo siento, pero no le puedo ayudar porque las fiscalías, como usted sabe, ya llevan tres meses en paro. No le puedo ayudar».

Me fui. Me acuerdo que al pasar la calle y colocar mi pie derecho en el otro andén, al otro lado, perdí la noción del tiempo. No sé qué pasó conmigo. Van doce años y todavía no sé qué fue lo que pasó conmigo, la verdad no entiendo. Se me borró el casete. No sé si sería que me desmayé, que me caí. ¡No sé, no sé, no sé! De lo único que me acuerdo es que cuando llegué a la casa eran las siete de la noche y que en las noticias decían que al otro día trasladaban cuatro cadáveres de Ocaña, Norte de Santander, a Medicina Legal de Bogotá. Llamé a mi hija y le dije «mami, los papeles del niño están encima del armario. Tome esa carpeta y váyase para Medicina Legal. Métase por donde sea, por alguna parte, pero hágase entender que está buscando a su hermano».

Y ella fue y le preguntó a una señora que la atendió muy amablemente en Medicina Legal. Le dijo que estaba buscando a su hermano, que tenía las características. La señora le dijo «qué pena con usted, pero no le puedo ayudar en este momento. La verdad no tengo ningún reporte, pero venga mañana por la tarde y yo le tengo razón». Mi hija fue al otro día por la tarde y dizque la doctora que salió se quedó sorprendida mirándola. «Doctora, ¿usted por qué me mira así?». La doctora le mostró una foto que le habían enviado de Ocaña y mi hija le dijo «es mi hermano». Ella cuenta que en ese momento la silla se le desplomó, que se la tragó la tierra. «Es mi hermano, es mi hermano», dijo, y se puso a llorar. Ella lo vio únicamente de la cintura para arriba. Tenía moretones en la cara, había sido torturado.

Ese día llegué a Bogotá como a las tres de la tarde. Mi hija me dijo «mami, yo no quisiera darle esta noticia, pero mi hermano está muerto». Caí de rodillas y lo único que hice fue pedirle a papito Dios que por favor me dijera que no era mi hijo. «Dígame, papito Dios, que no es mi hijo», porque uno está seguro de cómo cría a sus hijos, cuáles fueron los principios que les enseñó. En mi mente pensaba: «¿O será que era mal alimentado?». Yo sé que mis hijos fueron bien alimentados, así fuera yo sola trabajando. Pero a mis hijos nunca, gracias a Dios, les faltó la comida. Yo decía: «Pero ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?».

Por la tarde, al otro día, nos fuimos para Medicina Legal. Fui con uno de mis yernos y con mis otros hijos. Yo no quería entrar, llegamos allá como a las dos de la tarde. Mis hijos y mi yerno entraron, dijeron que era el niño. Yo no quería enfrentarme a esa realidad, ver lo que estaba sucediendo. No era capaz. Duré sentada fuera mucho

tiempo. Veía a la gente que entraba y salía de Medicina Legal. Salían hablando, riéndose, y yo decía «Dios mío, por favor, yo quiero ser una persona de esas que van ahí, que no siente esta tristeza, este dolor. Por favor, papito Dios, ayúdame».

Por fin me decidí a entrar a Medicina Legal. La doctora me estaba esperando, me dijo «tranquilícese». Fue muy amable conmigo. Me tenía un vaso de agua preparado. Yo no sé qué le habían echado, pero se aseguró de que me lo tomara. Me tomó por los hombros, me hizo un masaje. Entonces movió el ratón y salieron dos fotos de mi hijo en el computador. Me acerqué a mirar la pantalla. «¿Será que sí estoy viendo bien?, ¿será que estoy viendo mal?, ¿qué me está pasando, Dios mío?». La doctora me preguntó «¿está segura de que es su hijo?». Yo le decía que sí, y ella volvía y me preguntaba. Le decía «no, no, yo creo que son muy parecidos». Le daba distintas versiones a la doctora porque tenía la esperanza de volver a ver a mi hijo con vida, de preguntarle por qué se había ido, que para qué, que me hacía mucha falta verlo. Pero ya habían contrastado huellas, todo eso. Era mi niño.

Ahora lo que me quedaba era traer el cuerpo de mi niño y darle cristiana sepultura. Duré un mes sin poder traerlo, y con ese desespero. Quería traerlo, pero no tenía modos. Fernando Escobar, de la Personería, es una persona que ha estado siempre con nosotros. Él fue quien me ayudó para que trajera a mi niño. Por las noches, antes de traer a mi niño, yo me despertaba a diferentes horarios y lloraba. Me arrodillaba al pie de la cama y pensaba «¿cómo sé que es mi hijo, que lo que me van a entregar es mi hijo? Ocho meses desaparecido es casi el tiempo que lo tuve en mi vientre. Lo que me van a entregar son unos huesos». Me estaba volviendo loca.

Bueno, llegó la hora de ir por mi niño. La señora Luz Marina me acompañó. Ella ya había traído a su hijo y tenía conocimiento del proceso que tocaba hacer. Salimos de Soacha y llegamos a Ocaña, Norte de Santander. Los demás comían por el camino. Yo no podía comer nada porque no me bajaba la comida. No me bajaba ni el agua.

Lo primero que me dijo el fiscal que estaba ahí fue «ah, usted es una de las que viene por los guerrilleros esos que el Ejército tuvo que matar». «No, yo vengo por Jaime Steven Valencia Sanabria. Él no era ningún guerrillero». «Ay, señora, da lo mismo. Eso uno de esos guerrilleros que el Ejército obligadamente tuvo que matar». O sea, sin preguntarle quién los había matado me dio la respuesta. «¿Y cuándo asesinaron a mi hijo?». «El 8 de febrero en la tarde». «Pero si mi hijo fue desaparecido el 6 de febrero y fue asesinado el 8 de febrero, ¿a qué horas fue guerrillero? ¡Él nunca tuvo un arma en sus manitas! ¡Él estudiaba! Si acaso vio armas por televisión, porque le gustaban las películas y reírse. ¡A las seis de la tarde normalmente estaba viendo películas, sus muñequitos!». «Señora, pero ese es el reporte que dio el Ejército. Eso es lo que me dice».

A mi hijo le dieron un disparo encima del hombro. ¿Cómo tenían sometido a mi niño? Ese disparo le alcanzó a tocar el corazón y le salió por el costado. A mi hijo lo mataron de tres impactos de bala. Uno en cada pierna y el tiro de gracia, que se llama. El que le dieron que acabó con su vida lo desangró. La mayoría de muchachos

murieron desangrados. Me imagino cómo habrá sido el tiempo que estuvo vivo. Él pidiendo auxilio o alguna cosa y uno tan lejos, sin escuchar nada. En la foto que me mostraron se veía que tenía las pestañitas pegadas. Había estado llorando. Tenía la cara morada. Lo que hicieron con nuestros hijos fue algo macabro.

¿Qué es un falso positivo? En el reporte que dio el Ejército dice que mi hijo llevaba muchas armas y que había empezado una lucha de disparos, pero eso es bastante absurdo. Fueron muchas interrogaciones las que nos hicieron para ver si de pronto mi hijo efectivamente era algún guerrillero o alguna cosa. Eso hacen preguntas al derecho y al revés, como tratándolo de confundir a uno. Y es que uno no tiene por qué confundirse en un momento de esos. Uno sabe qué fue lo que crio; uno conoce a sus hijos.

Le di cristiana sepultura a mi niño y empecé una lucha de denuncia, de defensa de derechos humanos. Ya no hablaba solo por mi niño, sino por otros muchachos, por otros jóvenes y por otras víctimas que estábamos sufriendo lo mismo. El dolor de la pérdida de nuestros hijos. El 6 de marzo del 2009 recibo la primera amenaza. Fueron dos tipos en una moto sin placas. Se bajó el parrillero y me tomó del cabello. Me pegó contra la pared. «Vieja no sé cuántas, vieja triple no sé cuentas, se queda callada o ¿es que quiere quedar como quedó su hijo, con la jeta llena de moscas?». Uno como que en ese momento siente una nube oscura que lo levanta. Cerré los ojos y cuando me di cuenta ya los tipos se habían ido. No sabía si estaba viva o muerta.

Me tocó quitar el teléfono fijo de la casa. A cualquier hora de la noche uno contestaba y se oía gente pidiendo auxilio, como gritando. Un día me entró un mensaje al celular que decía «mamita, te quiero mucho; atentamente, cadáver ya». Otro día mi hija, que estaba en embarazo, me dijo «mami, es que me llamaron y me dijeron que le dijera que se callara, que nos iban a matar a todos». Esa china estaba para dar a luz.

Fueron tantas cosas las que nos pasaron y las que nos siguen sucediendo… Mis hijos en Colombia no pueden estar en paz. Hay unos que están demasiado amenazados y otros que no han tomado parte y están más tranquilos, pero los que me han acompañado no. Mi hija, por ejemplo, está aquí conmigo, en Suecia. Ella fue la primera que se vino porque le hicieron un atentado terrible.

El caso es que nosotras nos dimos cuenta de que eran muchas más las ejecuciones extrajudiciales, las desapariciones, lo que había sucedido. Nos decidimos a acompañar a otras víctimas que también tenían miedo de hablar, de decir, de contar lo que había sucedido con ellos. De muchas familias no quedó sino una sola persona. «Sí, nos da miedo. Obvio que nos da miedo, que nos pueden matar. Pero es que tenemos que hacerlo, tenemos que decir, tenemos que contar. No podemos permitir que esto siga sucediendo. El amor a nuestros hijos nos hace más fuertes para seguir».

Cajita de huesos

Tenía como 17 años cuando nos fuimos pa La Gabarra. Mi papá y mis hermanos se fueron por allá a trabajar y consiguieron una finca. Ahí se me presentó el papá de mis hijos. Cuando entré a La Gabarra, no estaba nomás sino la Caja Agraria. Estaba el ranchito donde el padre decía la misa y un medio bar donde la gente llegaba a tomar. Los patrones me querían muchísimo y yo le dije a la señora «mire, quiero tener algo como pa criar animales, pero aquí no se puede». Entonces me hicieron una casita en la misma finca. Me dejaron una vaca pa la leche. Tenía marranos, gallinas, hasta perros. A las seis de la tarde, que terminaba el trabajo en la casa y en la finca, me iba pa mi casita a ver los animalitos. De ahí a dormir pal otro día madrugar porque tenía que pararme a las dos de la mañana. Pero pasábamos muy bonito, pa qué. Era una tierra que podía uno sembrar, pero esa gente mala llegó a dañarnos todo: los paramilitares.

En ese entonces guerrilla sí había. Ellos ponían reglas, pero no se oía tanta matazón. Pero después de que llegaron los paramilitares, arrasaron con toda la gente. Eso hacían unas masacres… Yo soy testigo de una. Uno salía por el río arriba y los muertos pasaban por el rendajo de la canoa. Uno veía los montones de sacos al otro lado del río llenos de pedazos de muertos.

Para la gente de La Gabarra la vida cambió mucho. Ese día del desplazamiento nosotros veníamos con mi hermano a pasar el día de las madres en Cúcuta. Mi mamá estaba viva. La fecha exacta no me acuerdo, pero sé que fue en mayo del 99. Me habían regalado unos pollos y los traía pa Cúcuta. Llegamos a La Gabarra, ese día, mejor dicho, uno podía pasar desnudo por la calle: no encontraba un negocio abierto, nadie. No bajaban transportes porque ya estaban los paramilitares por ahí. Ahí fue cuando salí desplazada, cuando me llegaron a la casita que me hicieron los patrones. Al patrón lo mataron, a la señora le tocó perderse. A nosotros también nos tocó perdernos. Yo estaba allá con uno de mis hijos, el más pequeño. Llegaron y nos dieron 24 horas pa que saliéramos. Nos tocó salir con lo que teníamos puesto. Animales, todo quedó perdido allá. Y salir pa Cúcuta. Llegué a vivir donde mi hermano hasta lo que pasó con mis dos muchachos.

Mi hijo Reinaldo ordeñaba unas vaquitas, sembraba maticas, cilantros, cebolla y todo eso. Ese día salió a la carretera. La mujer nunca iba a acompañarlo a la finca para nada, por eso es que no sabe ni qué ropa llevaba puesta. Él salió a la carretera a esperar la lechera que viene de Tibú, pa entregarle la leche y que le dieran los encarguitos y todo eso. Él dizque llegó a la casetica donde siempre llegaba y pedía una gaseosa y un pastel. Estaba tomándose la gaseosa cuando dizque sintió que lo llamaron. Él de una voltea a mirar y el que lo llamó le dijo a otro «sí, ese es». Y una vieja se vino, lo agarraron y se lo llevaron en un carro.

Serían por ahí como a las dos o tres de la tarde, me dijeron. Y yo, pues, trabajaba. En la tarde llegué a la casa y sonó el teléfono. Me habló una prima hermana de ellos.

Me dijo: «Doña Socorro, ¿cómo está?». «Bien, gracias a Dios», pero uno presiente. Le digo: «¿Qué pasó? ¿Ustedes han sabido algo de Florentino?». «Florentino está bien, es Reinaldo». «¿Qué pasó con Reinaldo?». «Lo atraparon los paramilitares». Yo ya sabía que cuando esa gente agarraba a alguien, vivo no volvía. No supe quién me quitó el teléfono de la mano. Al rato me llamaron otra vez y me dijeron que ya lo habían matado. Entonces al otro día echamos a la búsqueda. Estaba el papá de ellos ahí en la casa. Yo no vivía con él hacía más de quince años, pero estaba ahí y nos fuimos a buscarlo.

Sabiendo lo que había vivido en La Gabarra, yo llevaba una bolsa de polietileno en el bolso por si me lo dejaban recoger. «Yo lo recojo así sea pedacito por pedacito», decía. Pero no, eso en ninguna parte estaba: la Fiscalía, la Cruz Roja… Mejor dicho, a dónde no fuimos a buscarlo. Íbamos saliendo de la Cruz Roja cuando se le arrimó un hombre al papá de mis hijos y le dijo «dígale a la señora que no busquen más a Reinaldo, donde él quedó nadie lo va a sacar. Deje las cosas así». Como quien dice, me amenazaron. Entonces me tocó dejar así porque como tenía a los otros hijos, imagínese.

A mi hijo, supuestamente, lo mataron por ser colaborador de la guerrilla. Eso es siempre lo que ellos dicen pa justificar. Y pues yo no he querido que mis otros hijos se metan en nada de la búsqueda. Cuando yo muera, pues todo quedará así porque ellos no han participado.

Ya estaba reponiéndome un poquito de lo de Reinaldo cuando sucedió lo de Florentino. Él trabajaba en la vereda El Suspiro, por allá pa Ocaña. Tenía un contrato de unos pupitres de una escuela. Estaba haciendo ese trabajo y se vino a pasar Semana Santa en Cúcuta con nosotros. Se fue el 23 de abril a las cuatro de la mañana, pero él no vivía conmigo, sino en El Trigal con la mujer. Venían y me visitaban como siempre. Antes de que le pasara algo, vino al bautizo de los sobrinos. Esa noche estuvimos hablando y me dijo «mamá, yo sé que a mí me va a pasar lo mismo que a mi hermano. Es que en esto tan solamente hay un culpable». «¿Y eso? ¿quién?». «Mi papá es el culpable de todo. Mi papá sí está con la guerrilla, y los paramilitares dijeron que, si no podían agarrarlo, le agarraban un hijo. Usted sabe, mamá, que lo que agarran los paramilitares no tiene vida. Sé que tarde o temprano a mí me va a pasar lo mismo que a mi hermano».

Él no cayó con los paramilitares, sino con el Ejército. Florentino se fue pa terminar el trabajo de los pupitres y cuando llegó a Convención llamó a decir que iba bien, que cuando llegara a Ocaña volvía a llamar. Estoy esperando esa llamada todavía. Nunca más volvió a llamar. Fue como al mes que el patrón de donde él trabajaba llamó a la mujer de Florentino. Y dizque le dijo que qué pasaba con Florentino, que no había ido a terminar el trabajo. Dijo su esposa: «Pero si él se fue, ya tiene como un mes de haberse ido». «Florentino no ha llegado». Ahí me deschaveté otra vez.

Me fui pa la Fiscalía a donde la doctora de allá, que me dijo «vaya a exhumaciones». Hablé con un doctor que mandó una carta pa Ocaña y la foto de Florentino. Como al mes llegó la contesta. A él lo habían matado en Teorama y estaba enterrado en el cementerio de Ocaña. Habían bajado y lo habían enterrado en ese municipio.

Me pongo a moler pa acá, pa allí, pa acá. Ya como que la casa mía era la Fiscalía. Entro y dice el doctor: «Ya la iba a llamar». Le dije yo «qué raro que me vayan a llamar si antes soy yo la que tengo que estar aquí como un *chompín*». «No, doña Socorro, es que mire, llegó esto».

Me entregaron la bendita carta del mortuorio y en ese momento no supe si estaba en el limbo o metida en un hueco. Agarré esa carta y no les dije nada, sino que salí y me vine pa la casa. No la abrí. Simplemente vi el nombre de él y que era del mortuorio. Cuando llegué a la casa me encerré en una pieza. Lloré hasta que no di más. Muchas veces la familia pásele lo que le pase a uno, viviendo en la misma casa, prefiere no preguntar. Cuando me pongo a leer la carta, abajo dice: «ordenó el levantamiento un juez penal militar número 37». Dije «pues claro, a Florentino lo mató fue el Ejército. No hay de otra».

Dijeron que dizque fue un enfrentamiento entre la guerrilla y el Ejército. Y a él lo camuflaron, le pusieron arma pa hacerlo pasar por guerrillero. Porque en las fotos que hay en la Fiscalía estaba vestido de guerrillero. Entonces el pleito era con el Ejército. Ahora no solo con los paramilitares, pero Dios me tiene que dar licencia de seguir adelante.

Yo era muy muy amiga de las doctoras, las del colectivo José Alvear Restrepo. Ellas se echaron a ayudarme hasta que en el 2010, 2011, me llamaron de Ocaña y me dijeron: «Doña Socorro, somos de la Fiscalía de Cúcuta. Estamos aquí en Ocaña buscando los restos de su hijo». Dije yo: «¿Cómo van a hacer ustedes pa encontrar los restos de mi hijo entre tantos restos, en un cementerio? ¿Cómo van a reconocer cuáles son los restos de mi hijo? Imagínese usted que hay veces que echan hasta tres o cuatro cuerpos en un solo hueco». «No, doña Socorro, usted tiene cita el martes con el doctor que la va a llevar a Medicina Legal pa que le saquen la prueba».

Me llevaron a Medicina Legal y sacaron la prueba de ADN. Sacaron todos esos restos que habían allá, en un solo hueco. Pero los de mi hijo estaban en una bolsa roja. Ellos se trajeron esos restos, los llevaron a Bogotá. De Bogotá a Bucaramanga, de Bucaramanga a Villavicencio. Y todas esas vueltas con esos restos de mi hijo, y yo friegue. Hasta que entutelé. Gané la tutela y el 14 de julio del 2014 me entregaron los resticos de él. Me tuvieron dos días con psicóloga y en la mañana me dijo la antropóloga: «Doña Socorro, ¿usted quiere mirar los restos de su hijo?». «¡Qué preguntas, Dios mío! Es lo que más estoy anhelando».

Había 30 cajoncitos cuando sacaron el de mi hijo. Todos esos huesitos los traen envueltos como en papel mantequilla. Yo les había dado una forma con la cual podían identificarlo. A él le faltaba una falange y su dentadura era toda platino por dentro. Yo no me podía conformar con eso. A lo que la antropóloga abrió el cajón lo primero que vi fue la calaverita. Él era de cabecita pequeñita. La calaverita de él voy y la agarró, y la antropóloga dice «Doña Socorro, ¡póngase guantes!». «Yo no me voy a poner guantes. A mi hijo lo cargué nueve meses en mi vientre, lo vi caminar, lo vi decirme mamá. Ahora no tengo por qué ponerme guantes, Dios mío». En ese momento sentía que la tierra me comía. También le hice una oración a Florentino que ya no soy capaz de

decirla. No me acuerdo qué fue lo que dije. Ya pa lo último pues le eché la bendición a los huesitos y lo llevamos al cementerio.

Tuve un acompañamiento: vino gente de Asfaddes y unos amigos de Bogotá, pero me daba dolor ver que solo venían unos familiares a ver los otros restos: la mera mamá o así, muy poquitas personas. Pero en el cementerio donde quedó mi hijo la gente ahí conmigo parecían hormigas. Pa qué, bendito sea Dios, tuve un acompañamiento muy lindo.

Debo decir que a mí me motivó a empezar el proceso de búsqueda el mismo Florentino. Sucede que una noche me soñé que habían llegado mis dos hijos. Dizque llegaron a la casa. ¡Ay, esa alegría mía porque habían llegado! Y ellos no me daban la cara. Yo que a arrimármeles y ellos no me hablaban ni nada. Bravísimos conmigo. El sueño fue como una premonición. Me fui pa la iglesia, pa la casa cural y hablé con el padre. Me dijo: «Hija, ¿usted ha metido papeles, ha hecho bulla porque ellos faltaron?». «Padre, yo puse la denuncia, pero no he vuelto a hacer más nada». «¡Eso es lo que le están pidiendo! Que mueva los palitos, que no deje impune su muerte». Nunca más me volví a soñar con ellos, pero me dieron valor para seguir, y me lo están dando.

Siquiera un adiós

Camilo llegó a la casa con unos panes. Le dijo a Sofía que ahí los dejaba y que ya venía. Se fue adonde la mujer de José a hacer una llamada, pero ya por la tarde no volvió. José me dijo que había escuchado una llamada y que lo último que mi hijo había dicho era que le gustaba ser responsable con los compromisos que adquiría. Lo cierto fue que él le prestó 10.000 pesos a una señora. La sorpresa fue que no llegó cuando Sofía tenía listo el almuerzo. A la hora de la merienda tampoco. Yo dije: «No, pues de pronto mañana llega». El día jueves nada de noticias. «Camilo ¿qué se hizo?», pensaba. Busque por aquí, por acá y nada. Como que se lo tragó la tierra.

El segundo día Sofía comenzó a llorar, le dije «mija, no llore; no se desespere, que no ha de haber ningún inconveniente. Él no es un muchacho que esté metido en problemas. Cuando alguien está metido en problemas, eso se comenta». Luego tres días, cuatro. Ahí si nos desesperamos y esa fue la primera reacción que tuvimos: buscar, preguntar, ¿quién lo ha visto? Nadie dio noticias hasta ese entonces.

Camilo es el hijastro de Sofía. Ella se apropió de su cariño desde que él tenía siete años, porque la mamá nos dejó abandonados. Como no tenía hijos, Sofía se apropió del amor de mis dos hijos. El amor que siente por Camilo prácticamente es como un amor a su propio hijo. Esa era la desesperación de ella al ver que verdaderamente nada que llegaba, y eso me preocupó. Me preocupaba ver a Sofía llorando, y yo,

que era el papá, no lloraba. No me hacía a la idea de que a mi hijo se le iba a contar como desaparecido.

Camilo fue bachiller. Se fue al Ejército con la intención de ser profesional, pero no le dieron la aplicación para poder quedarse allá. Luego vino, y como yo compré un lote en Espriella, de los que me dio Santelena, me dijo que quería colocar una piscina de cachamas, que tenía unos contactos en Pasto. El trabajo que se consigue acá da el mínimo. Esa plata no alcanza para resolver situaciones económicas. Dijo: «A mí no me gusta trabajar en empresas, por eso he estudiado y voy a tratar de salir adelante, pero quiero que me haga esa vuelta de la piscina». Vinimos al Banco Agrario e hicimos la solicitud para el crédito, pero no se pudo porque ellos no sabían qué garantías había. No se pudo hacer el crédito para que mi hijo hiciera las piscinas en Espriella para criar las cachamas.

Eso es lo que más me duele: la relación con mi hijo fue una relación muy buena. Cuando estuve en Santelena tuvimos una crisis económica porque los sueldos no nos los pagaban seguidos. Tuvimos como unas cuatro, seis, siete quincenas sin sueldo. En ese momento, mi hijo estaba trabajando en Pasto. Como él se dio cuenta de que la situación económica la teníamos apretada, nos giraba plata y con eso solucionábamos muchas cosas. Me iba a acompañar a la finca, o sea, era mi mano derecha. Yo por eso estaba contento y me animé a sembrar cuatro hectáreas más de palma. Él me estaba ayudando y apoyando para la siembra. Él quiso más a Sofía que a la propia mamá. Eso fue por el amor que vio que le teníamos. No dormía en la casa, pero desayunaba, almorzaba, cenaba y siempre estaba dando vueltas en la casa.

¿Qué puedo decir? No hay palabras, no hay palabras. El hogar en que nosotros hemos vivido ha sido un hogar de alegría, de felicidad… No quería registrar a mi hijo como desaparecido porque yo no creía que fuera un desaparecido. Tanto esfuerzo que hace uno para sacar el hijo adelante, para que a su hijo no le haga falta la aguapanela. Trabajar para verlo con una ropa bonita junto con los otros compañeros. Hoy me la paso esperando la tarde a ver si golpean la puerta y alguien me dice: «Vi a Camilo».

Mi otro hijo, por ejemplo, se fue a prestar servicio y sacó mal la conducta. Él casi se aloca por la desaparición de Camilo. Pidió permiso pa venir hasta Tumaco pa ver qué había pasado con el hermano y no le dieron permiso en el Ejército. A raíz de eso le metió la mano a un cabo. Lo metieron preso. Una cosa es quien ve, otra cosa es quien está sintiendo. No es fácil. El que siente es quien se da cuenta verdaderamente del sufrimiento y la falta que hace un ser querido. Uno dice «bueno, se murió fulano de tal», va y lo entierra, pero en mi caso ¿dónde quedó mi hijo?, ¿será que no era digno de tener un entierro?, ¿será que no era digno de que esa última noche pudiera estar uno como padre mirándolo y darle siquiera el último adiós? Perder un ser querido es un dolor que no tiene explicación. Es como si esa parte de uno se llevara algo. El dolor sigue latente porque no pude despedirlo. Uno dice: «Enterré a mi hijo, sé en qué parte está. Se lleva mi dolor porque va y descansa».

Mi esposa se acuesta pensando dónde estará Camilo, qué habrá pasado con él. En la casa es una tristeza muy grande. Se lo repito, normalmente, cuando la persona muere, uno queda con el gusto de que siquiera por última vez pudo tocarlo, y mientras lo está tocando se está consolando. Pero saber que un hijo, que para mí es un valor tremendo, está desaparecido… Mis hijos para mí son de gran valor. ¿Qué es lo que pasa? El saber que Camilo está desaparecido es como sentir que su valor no existe. ¿Por qué se cree que no existe? Porque no tuve la oportunidad de reconocer el día de su partida, ni siquiera pude darle un abrazo. Él no pudo decirme «papi, ya vengo, voy pa tal parte». Siempre que se iba, me decía: «papi, voy pa tal parte, ya vengo». Ese día no.

Le doy gracias a Dios porque él me ha dado fuerza para seguir trabajando, porque tengo mis hijos, mi esposa. Los otros hijos están allí porque me necesitan. Yo quise a Camilo, pero no sabía que el amor por él podría tener una mayor *coyonia* ahora que ha desaparecido. Me hace más falta que cuando estaba viviendo en la casa. No está en la casa. Todo ese amor, esa alegría de tener a mi hijo en los brazos cuando era pequeño… Hoy los brazos están vacíos. ¿En brazos de quién está?, ¿en brazos de qué torturador, de qué bacterias?, ¿cómo se habrá descompuesto?

Entre Fonseca y Barrancas

La lápida en el hombro

Entré al bachillerato y comencé a leer. Ahí fue donde surgió mi inquietud por saber qué pasaba en este país. En esa época los estudiantes estábamos muy influenciados por la lucha que se daba en Cuba, por Mao Zedong, por lo que pasaba en China, por Lenin, por entender qué era *El capital,* por entender por qué la persona que hacía la camisa tenía luego que comprarla tan cara. Yo digo que ahí hubo mucha influencia también de los educadores de la época. Los profesores eran muy estudiosos y nos hacían ir más allá del pénsum. Ellos nos crearon la inquietud de lo que pasaba en este país, nos ayudaban a entender que eso de que «Dios hizo pobres y ricos» es una falacia.

Y, fíjate, en ese momento, a pesar de que había tanta desigualdad –todavía la hay y se ha incrementado–, nosotros íbamos a las comunidades a hablar con la gente para que entendiera por qué no había agua o por qué el agua que venía era turbia. Que no era porque Dios así lo dispusiera, que a los pobres les daba agua turbia y a los ricos agua limpia. Logramos que la gente entendiera eso. Hicimos un mitin, un movimiento. Hicimos una marcha que llamamos «Agua de qué», y logramos que mejorara la calidad del agua en Riohacha. Éramos puros estudiantes.

Yo duré en esas luchas toda la vida. La dinámica ha ido cambiando según como se ha ido moviendo la rueda de la historia. He seguido en esa lucha, pero ahora es diferente: ahora nos matan. El Estado nos ha declarado objetivos militares. Para ellos,

al que piense diferente, al que hable diferente, se le coloca una lápida en el hombro. Por eso mismo he tenido varias amenazas. La primera fue en el 2005, cuando me llamaron y me dijeron que había habido una masacre en Monguí, que habían matado a una tía de sesenta y pico de años y a un hijo. Que como la habían matado a ella, me matarían a mí. Fui a la Fiscalía, coloqué la denuncia y me tocó mudarme. Yo tuve desplazamiento interno, cosa que nunca declaré. Para mí, el ser víctima no es un *modus vivendi.* Simplemente me mudé de casa, duré como dos semanas en un acoso horrible. En el 2016 quisieron sacarme de Riohacha, pero yo les dije que no me iba por dos razones: «De nada me sirve irme y dejar a mis hijas; dos, ¿qué hago con irme seis meses? Me financian tres, ¿y de ahí qué, para dónde?».

Si uno decide asumir estos retos, le toca aprender a vivir con el miedo y la zozobra. Claro, eso le cambia la vida por completo. Por ejemplo, en estos momentos prácticamente no hago vida social. Nada de fiestas… y tanto que me gustaban. Yo voy es a velorios. Hice mi vida social yendo a velorios. Por lo general eran velorios de familia en los que saben cuál es mi situación y lo primero que me preguntan es «¿dónde está el escolta?, ¿usted con quién anda?». Todos están pendientes de mí porque en La Guajira la familia es muy, muy unida; es muy importante sobre todo alrededor de las tragedias. La familia puede estar muy desarticulada en otro aspecto, pero alrededor de las tragedias siempre está pendiente, unida.

Lo demás en sueños

A los quince años tuve mi primer novio, yo estaba en segundo de bachillerato. Él es abogado. Terminamos porque en ese entonces yo sabía de materialismo histórico, de economía política, de las citas de Mao, pero de relaciones de pareja no sabía un carajo. Antes a nosotros no nos hablaban de salud sexual y reproductiva, ni nos hablaban de relaciones de pareja. Ni siquiera las mamás nos hablaban de eso. Pero igual fue una época bonita: nos íbamos a bailar, él me llamaba a mi casa. Así, chévere, sin malicia, sin irrespeto, sin nada. Luego terminé con él y tuve otro novio al que lo dejé yo. Él me invitó a una fiesta, pero esa misma noche tenía una reunión política. Preferí irme a mi reunión y cuando llegué a la casa lo encontré en la puerta. Le dije «no, no señor. Usted no es marido mío. Me hace el favor y se va».

Luego ya tuve a mis hijas con un hombre magnífico, sin educación. No, él no estaba preparado. Fíjate las vueltas que da la vida. Mi esposo se llamaba Alfredo. Era un hombre que, a pesar de ser iletrado, era muy buena gente, muy respetuoso, muy de su casa y de su familia. Hombre –como todos los hombres de esta Tierra– con varias mujeres. Con él tuve cuatro hijos.

Alfredo desapareció en el 2001. Dejó once hijos. Él era conductor de la empresa Cochopen. Llegaron a pedirle un viaje a nombre de un señor y parece ser que ese tipo tenía problemas de negocio de droga, como que se había quedado con una plata. Listo, Alfredo fue a hacer su viaje, pero no llegó en la noche, no llegó al día siguiente. Ya al día siguiente por la tarde apareció el que le solicitó el viaje, lleno de tierra, diciendo

«que Alfredo no aparece, que Alfredo no aparece, no se ha encontrado». Lo que nosotros supusimos es que sí sabía todo, y era posible que él mismo hubiera hecho los huecos para enterrarlos. A mí me llamó una de las mujeres de Alfredo, me comentó lo que estaba diciendo este señor. Desde ese momento comenzó la búsqueda; de las mujeres, la que lo buscó fui yo.

Alfredo está enterrado entre Fonseca y Barrancas. Ahí hay mucha gente enterrada. Lo sé porque en mi búsqueda caminé mucho, y una persona que trabajaba aquí en mi trabajo se reunía con los paramilitares. Nos tocaba pagarles vacuna para que nos dejaran trabajar. Le pedí el favor de que les preguntara por Alfredo. Me mandaron a decir que no lo buscara, que estaba muerto, que era un testigo que no podían dejar vivo. Después le pedí el favor a mi contacto que les dijera: «A mí no me importa en estos momentos por qué lo mataron, porque yo sé que no tenía problemas con ellos. Lo único que necesito es saber dónde lo enterraron para recogerlo. Su mamá se está muriendo». Me mandaron a decir que no me podían decir dónde estaba enterrado porque había mucha gente enterrada y con eso nos iban a embalar.

Es todo lo que he sabido. Lo demás ha sido en sueños: Alfredo me dijo dónde estaba. Alfredo y yo, a pesar de que estábamos muy disgustados, estábamos muy unidos. Todo lo que le pasaba, sobre todo si eran problemas, dificultades, él me buscaba, sus mujeres me buscaban. Yo era como su polo a tierra, su punto de apoyo. Después de muerto, yo soñaba con él. Sobre todo al inicio. Y él una vez me dijo «búscame, que tú me encuentras. Dile a mi primo que te acompañe». Eran muy unidos con su primo. Alfredo me mostró que estaba enterrado cerca de donde había agua, cerca de un río y un árbol frondoso. En otro sueño le dije «Alfredo, pero es que ¿tú no estás muerto?, ¿tú no me dijiste que te fuera a buscar?». Me dijo «¿por qué no has ido?». En otro sueño le dije a Alfredo «no me molestes». Es que era muy constante, muy constante. Llegué a sentirlo como que si estuviera ahí, al pie de la cama mía. Nunca le tuve miedo, nunca le tuve miedo. Y yo le dije a Alfredo «no me molestes, más bien ayuda a tus hijos, que ellos te necesitan». Varios días después me mostró un billete de lotería. El número era el 11, serie 18. Me dijo «cómpralo, esto lo hago por ti». Pero cometí un error: se lo conté a un hijo y él no creía en eso.

El lugar que Alfredo me mostró, el del río con el árbol, está entre Fonseca y Barrancas. Cuando quise ir, mis hijas no me lo permitieron por miedo. Su primo tampoco, dijo que por allá no se metía.

Toda mi vida he vivido en resistencia y sigo resistiendo. Para mí, la prioridad es encontrarlo. Lo que me da fuerzas para resistir son mis hijas, mis nietos y mi formación. Si yo no tuviera esta formación política, si yo no hubiera leído tanto, quizá ya me hubiera vuelto loca. Yo, a pesar de que nunca he tenido apoyo psicológico, me capacité, me hice psicóloga casi yo misma, a la fuerza, por mi trabajo con pacientes con VIH. El ayudar a esa gente a superar duelos, me ayudó a mí a hacer catarsis. Yo le decía a un amigo que las lágrimas ayudan a drenar. Y él me dijo: «No, las lágrimas son del cielo, te ayudan a lavar».

El mar de los desaparecidos - colección de fragmentos

Esperando al capitán del barco

Mi mamá lo que nos cuenta es muy poco porque ella es muy cerrada en eso. Mi papá era capitán de un barco. Salió de aquí, de San Andrés, hacia Cartagena. Mal contados iban catorce tripulantes. Desaparecieron todos. Era para mi cumpleaños y él llevaba todo lo de la fiesta. Nosotros somos raizales, pero mi mamá vivió todo el tiempo en Barranquilla. Dos hermanos de padre y madre. Somos nacidos, criados, crecidos, estudiados en Barranquilla. Yo iba a cumplir mis cuatro años cuando mi papá salió de aquí para Cartagena.

Con la última persona que él habló fue con mi tío, que en paz descanse. Nunca tuvimos el interés de preguntarle «¿qué pasó?, ¿qué supiste?, ¿qué fue lo último que hablaron?». Veníamos a San Andrés solo de vacaciones. Mi mamá está muy enferma, muy delicada. Cuando tiene variantes de memoria, yo me pongo a hablar con ella para ver. Le digo: «¿Será que ellos traficaban con algo?». «Pues yo no sé, como en esos tiempos podía ser con café, podía ser con armas, podía ser». No me asegura qué sabe ella.

Pasó el tiempo y no, no llegó mi papá. Mi mamá esperándolo, esperándolo, esperándolo. Después de dos años se hizo un registro de desaparición. Mi papá no tiene aún, en la actualidad, registro de defunción.

Económicamente estábamos muy bien. Obviamente, mi papá era el capitán del barco, pero mi mamá no me asegura que él estuviera en algo indebido. De pronto en ese barco a veces iban conocidos, pero que ellos tampoco saben de la situación. Nadie sabe nada, los catorce tripulantes desaparecieron. Asumimos que en el mar. En ese tiempo no había, como ahora, GPS. Ahora hay teléfonos que avisan. Te estoy hablando 45 años atrás. Mi mamá, una mujer sola con dos hijos y cuatro sobrinos que estaba criando. Ella guardaba la esperanza de que iba a regresar. «El amor de mi vida, él va a regresar». En esa época no había como ese apoyo a la mujer que llega y dice: «Bueno, a mi marido le pasó esto». Daba miedo pararse a decir: «Es que a mi esposo le pasó esto y esto», porque venía una serie de preguntas, y había que dar testimonio. Ahora nosotros nos paramos y decimos lo que tenemos que decir, la verdad que sentimos. Para mí es fácil pararme y decir: «Ve, yo siento esto». Pero antes la mujer no. Una mujer sola tenía que invertir su tiempo en buscar sustento. Gracias a Dios mi papá le dejó una casa. Pero mi mamá era una mujer que no trabajaba porque como era la esposa del capitán, pues no trabajaba.

Desaparecidos en el mar

La doctora Williams fue una de las primeras, recuerdo, que estuvo investigando lo de muchos que desaparecieron. Chicos, señores adultos, señores mayores. Es que la mafia sanadresana empieza entre el setenta y pico y el ochenta, cuando los muchachos de San

Andrés empezaron a abrírseles los ojos. Llegaron gente de afuera a proponerles negocio. Los muchachos eran lancheros, de los que llevan la gente a Johnny Key y al Acuario. Obviamente, van y le dicen a un muchachito que está acostumbrado a ganarse 100.000 pesos que se va a hacer 10 millones en un día, o 20, 30, 40, 50, obviamente que se deslumbraron, se les abrió todo. Personas sin educación, sin estudio, sin nada.

Más o menos en esos años se empezaron a trasladar a la ciudad de Barranquilla. Los primeros viajes les dieron mucha plata y en seguida compraron casas. Las empleadas, las esposas se empezaron a quitar la ropita económica, a ponersen vestidos de cualquier cantidad de dinero. ¡El joyerío impresionante! Ellos se fueron llevando más jóvenes de aquí, de Providencia, a inducirlos en ese mundo, en esa vida. Y obviamente que es rico, buena vida, delicioso. No se miraban las consecuencias a futuro. Casi todos murieron en su ley, casi todos.

No he hecho este análisis de lo que le voy a decir: hoy día no encontraría en San Andrés a un hombre que haya sobrevivido a eso. Aunque hay uno que vive en Barranquilla, que duró como veinte años en la prisión. Tengo otro gran amigo y familiar que lleva casi 40 años en la cárcel. Es un piloto y capitán de la isla, bella persona. Él ha crecido rastas en la cárcel, parece Bob Marley. Dicta clases en la cárcel de inglés, aviación, navegación. Hace una carta de navegación excelente. Él dice: «Me muero aquí, pero ni abro ni digo nada, ni oigo a nadie. Esto me lo llevo solo».

Hace muchos, muchos, muchos años hablé con él. Casualmente estaba en la casa de un hermano y le dije: «Tanto que te rogué». «Sí, nunca se me olvida que me rogaste esa noche en el casino que no fuera hacer ese viaje. Y te dije: "Es el último". Me dijistes: "El último puede ser el último de verdad"». Dicho y hecho. Es que son muchos amigos que han desaparecido y muerto, que no los voy a volver a ver.

Tengo otro amigo desaparecido de la faz de la tierra. A un mes de su boda, se fue al viaje y nunca más volvió. ¡Nunca! Esa muchacha casi se enloquece. Una barranquillera con todo listo para su matrimonio. Desaparecido en el mar.

Al esposo de una amiga lo desaparecieron en tierra, pero en Miami. Importaba cosas, mercancías. Y se va. Habla con ella hoy, mañana no habla, pasado no, y así. Ella empezó, y búsquelo, y nada. Denunciaron en Estados Unidos. Encontraron el carro en una vía de Estados Unidos. Estaba estacionado en la carretera. Adentro del carro estaba su maletín, su dinero, su documentación, su todo. Hace 40 años desapareció y dejó una esposa con una bebé de un año y mesecito. Ella espere, y espere, y espere.

Ofelia

El solo hecho de hablar tanto sobre eso me hiere.

El problema mío, básicamente, dividió mi vida en dos. Mi padre muere y al poco tiempo muere mi hermano, desaparece de la faz de la Tierra. No sabemos dónde está, pero no porque no hayamos intentado buscarlo. Yo sabía en qué andaba. Estaba trabajando con el narcotráfico. Pero, no obstante, no había que desaparecerlo de esa manera. No iba solo el día de su desaparición, iba con dos, tres chichos más.

Uno de aquí de San Andrés y dos de afuera, amigos. Mi hermano era el capitán. Supuestamente me dicen que los desaparecieron en el manglá de Providencia, cuando van al famoso tanqueo.

Un tipo me buscó hace años. Tenía yo un negocio y vi llegar al tipo. «Cuénteme, ¿cuál es su problema?». Me dice: «No, es que yo vi cuando desaparecieron a su hermano en el manglá. Estaba esperando otra lancha que venía, de narcotráfico. Venía de Barranquilla para tanquearla, pero a mí no me tocó el tanqueo de su hermano. Vi cuando llegó, cuando tanquearon. Subieron al capitán, pero alguien había subido antes al barco y le cogió el arma». Total que, bueno, ya él subió a la lancha. El tipo me dice que lo vuelven a llamar y él se asoma, y enseguida le dan un tiro en la cabeza. Él cae. Se asoman los chicos que están ayudando, y a cada uno… Él dice que los sacaron para fuera, amarraos. Desaparecieron a los cuatro. Desaparecieron la lancha. Creer eso está como raro, pero es lo único que tengo. No volví a ver ese señor más. ¿Qué será la vida de él? No sé.

Digamos que eso haya pasado así. ¿Sabe el daño que causó la pérdida de ese hermano? Era mi único hermano. Causó mucho daño tanto en mí y mucho más en sus hijos. Era casado y tenía cinco hijos con la esposa. Además de eso tenía más con todas las amiguitas. Había uno recién nacido, de un mes, que nunca conoció a papá. Sufrieron necesidades, cosa que no sucedían cuando él existía.

Nunca estuve de acuerdo porque no eran cosas bien habidas, pero ¿qué más podía hacer yo? Era el criterio de él, era su forma de vivir. Eso afectó el entorno familiar. Algunos de sus hijos estudiaron carrera. Hoy día tengo sobrinos abogados, luego de mucho esfuerzo. Otro que quiso seguir el camino del papá, pero gracias a Dios le dañé el corazón y no pudo trabajar en esas cosas. El hermano mayor, el que es abogado, fue el que más sufrió. Era pequeño, tenía como catorce, quince años, y le tocó tomar las riendas de la casa con la mamá y los hermanos pequeños. Yo pienso aquí, muy adentro de mí, que eso de alguna forma lo marcó, lo dañó. Por eso él es tan duro, tan seco. Él no se ríe, es, como decimos en el argot popular, «pusungosolo». Tiene su esposa, sus dos hijos. «A veces está en casa», me dice la esposa, «y no lo siento, y voy a la habitación y está a oscuras, y está llorando». Y él le dice: «No me prendas la luz, no quiero ver a nadie».

Me parece el colmo que nunca nos hayamos enterado de nada, ¿qué pasó en realidad? Cómo es posible que las personas desaparezcan así, sin que haya una razón de ser o una información de que sí, se encontró, se investigó. Algo. Esto le dañó la vida a mi mamá, no siendo el hijo de mi madre. Porque no era mi hermano por mamá y papá, era medio hermano, pero se crio conmigo en casa, con mi mamá. A ella le decía «ma». Me acuerdo que, dos días antes de desaparecer, mi mamá le dijo: «Mijo, no quiero que sigas en esa vida». Él la llamó y le dijo: «Mamá, te puse dinero en la cuenta y te mandé hacer tres lindos pares de zapatos».

Eso fue en el setenta y algo. Del setenta, ochenta y pico, al noventa. Se fue, se fue todo. Así no más. Como cuando tú pisastes una cucaracha y la desaparecistes.

He estado siempre con la duda: ¿y qué pasó?, ¿por qué lo desaparecieron?, ¿por qué a los chicos de Barranquilla? Esas mamás también sufrieron bastante. Una de aquí se fue a la tumba con ese dolor de haber perdido a su hijo sin saber dónde estaba. Yo no pude haber hecho más porque era muy joven, estaba muy pelada, y no tenía los conocimientos que hoy en día puedo tener para investigar, para averiguar.

Cuando él desapareció, yo conocía al cónsul de Colombia en Nicaragua. Le escribí, le dije lo que había pasado: «Alguien me dijo que de pronto estaba en la cárcel, alguna cosa. Voy a viajar, me voy por ahí unos dos, tres días». Él dijo: «No, un momentico, no vengas por acá. Espérate porque Nicaragua es peligroso. Si tú vienes, me toca ponerte un cinturón de seguridad; protegerte y todo eso porque vienes a investigar algo sobre tu hermano que es narcotraficante. Dame ocho días y yo te averiguo bien». El tipo se puso a averiguar en cárceles, esa gente tiene sus contactos. Me dijo: «No vengas, pero te tengo información. Ese tipo ni siquiera entró a Nicaragua. Aquí ni murió, ni está en la cárcel, ni nada».

Lo busqué por todas partes, hasta en México. Lo busqué con una abogada, que me lo buscó en todas las cárceles subterráneas porque teníamos dinero para gastar y averiguar e investigar. Llegué a buscar en Puerto Rico. Me acuerdo que tenía algún amigo, algún contacto, y nada. Él único informe fue que lo mataron en el manglar, en Providencia. Y lo mandaron a unas piedras grandes que llamamos *small right*. No recuerdo cómo se traduce. Son unas piedras inmensas, sueltas. Ahí amarran el cuerpo del muerto. Los amarran y *chus,* eso flota.

Cada quien tiene su historia, la mía es esta. Quisiera tener la tranquilidad de que, pues, si lo mataron, saber dónde lo dejaron. Porque si nos vamos a la parte espiritual, a la parte cristiana, Dios dice: «Al que se va, tienes que dejarlo ir, tienes que soltarlo, no importa la circunstancia, se fue, ya, eso es todo». Sabemos que mal hecho él haber tomado ese camino, y los muchachos. No debieron de hacer eso porque teníamos unos principios muy fuertes y muy buenos como nativos, como gente de San Andrés. Son muy diferentes a lo del común denominador del país. Pero desdichadamente la droga y el dinero fácil y rápido metió a los muchachos en un mundo tan caótico, tan oscuro, tan desvanecedor. Porque eso es… es una cosa de momento. En la familia no supieron cómo llegó la plata ni la supieron conservar.

No denunciamos porque a dónde, ¿qué íbamos a decir? Es un delito, es una cosa inaceptable lo que estaban haciendo. ¿Con qué cara, o sea, con qué rostro voy a ir yo a la autoridad a decirle: «No, es que mi hermano es un narcotraficante y lo desaparecieron»? Es no tener moral tampoco. Por la pena, no lo hice. Y los niños tampoco, porque eran pelados, y mi cuñada sí que menos. Esa vive en otro mundo, en un mundo de fantasía. Ella jura que tiene plata todavía, vive en un error.

Es una herida abierta siempre. Ese dolor está ahí, esa herida, esa incertidumbre. Yo digo que uno sueña con esos seres es por la misma angustia. «Dios mío, ¿qué les pasó?». El subconsciente o el inconsciente te hacen soñar cosas. Cada quien lo manifiesta y lo vive de diferente manera, y cada quien vive el duelo de diferente forma.

De muertes y sobrevivencias

La muerte del Jinete

¿Qué es un papá?

Un día una maestra nos puso a dibujar en el colegio, yo tendría como cinco años. Vivíamos en un suburbio de Montería con un grupo de gente desplazada. Esta era mi realidad, mi contexto: agobiante, repulsivo, sin comida, con hambre, no había dónde ir al baño. De alguna manera, entendía que eso no era lo correcto. No lo normalicé. No, no. La maestra entonces nos dijo «dibujen la familia». Y yo dibujé a mi mamá, a mis hermanos y a mi abuelita. Me hizo sentir terrible porque no dibujé un papá: «Ajá, y ¿esto por qué está incompleto?». «No está incompleto. Esa es mi familia». «Y ¿el papá dónde está?». «¿Qué es un papá?». «Todo el mundo tiene un papá», me dijo, y me mandó a traer a mi mamá.

Mi mamá casi nunca estaba en la casa. Yo estaba con mis hermanos y con mi abuela, que me cuidó mucho. Mi mamá hacía mil cosas: en la mañana iba a hacer aseo, lavaba ropa de otras personas y en la tarde-noche se reunía con gente. Sé que llegaba tarde. Entonces la esperé despierta para decirle que la profesora la había mandado llamar, que al otro día tenía que ir al colegio. Le pregunté, y ella no me dijo nada sobre mi papá. Yo vi que se puso histérica, muy molesta: «Sí, mañana voy al colegio y resuelvo este problema».

En efecto fue al colegio. La profesora cambió, en el colegio nos miraban diferente a mis hermanos y a mí. En esos días llegó un fotógrafo a la casa, con unas fotos viejas. Vi que colgaron un cuadro de un hombre en un caballo, así, todo un galán. No se le veía bien la cara, pero se veía que era un hombre fileño, con cabello lacio –no era crespo, como yo, obviamente–, moreno, flaco. Tenía presencia. Era muy campesino. Le pregunté a una de mis hermanas mayores «¿tú sabes si yo tengo un papá?, ¿quién es mi papá?». Ella, claro, se puso como incómoda con la pregunta, pero me llevó a la foto, me señaló y me dijo que el de la foto era mi padre. No me habló de la causa de la muerte, no me dijo nada de eso y terminó por generarme mayores dudas.

No me decían ni eso que les dicen a los niños como pa suavizar el asunto. El cielo para mí tampoco era la gran respuesta y necesitaba respuestas, realmente las necesitaba. Le quise seguir preguntando a mi hermana, pero me evadió. Me di cuenta que los adultos hablaban cosas cuando los niños nos acostábamos y opté por quedarme

despierta en algunas ocasiones para ampliar mi información. Empecé a oír todo tipo de historias, hasta de brujas. Soñaba con eso que escuchaba. Oía de todo, de todo. Mi mamá era partera. Supe que había tenido que atender mi parto sola.

En una de esas oí que mi mamá tenía que ir a una reunión porque tenía que contar no sé qué cosa. Le dije que me llevara y me dijo que no. Eso era en el barrio. Me fui a escondidas y me quedé escuchando detrás de la puerta. Mi mamá estaba detrás de conseguir un proyecto de alimentación. Ella es pionera en lo de las ollas comunitarias. Y ahí ella contó todo su relato. Dijo una cosa que a mí me quedó sonando y que es la frase de un documental: «No hubo tiempo para la tristeza, yo no tenía tiempo de llorar porque tenía que enterrar a esos muertos». Pero en el momento no entendí qué era la muerte. Entendí que habían escapado de una situación y que mi padre estaba vivo. Fue como lo que yo traté de armar en mi cabeza. «Mi padre está vivo y está escondido», eso es lo que no me dicen: «Él está vivo y está tratando de escapar de unas personas malas; entonces, en algún momento va a llegar. Seguro tiene caballos, entonces va a venir y nos va a rescatar de toda esta mierda».

Empecé a idealizar a mi papá, que era el salvador, el héroe. El jinete estrella. Empecé a soñar con él, a imaginármelo con sus caballos. Todo el tiempo sufría pesadillas. Siento que también me asustó lo que oí, pensar que nosotros habíamos hecho algo malo. Pero por otro lado había como cierta esperanza de que el padre estuviera vivo y que llegara a rescatarme. No sé por qué me aferré a la idea de que estaba vivo.

Pasó como un año más o menos, o quizás más, y le volví a preguntar a mi madre. «Él está muerto», me dijo, fue más contundente. Ya yo había visto que a los muertos los enterraban, que les hacían el velorio, la cosa. Entonces ella me dijo: «No, es que no está en un cementerio». «Entonces, ¿dónde está?». Ahí no me quiso decir más. Me sacó, se salió por la tangente. Pensé que mi madre no había entendido. Mi lógica era que mi padre no estaba muerto porque los muertos van al cementerio. «Ella realmente no ha entendido que él está vivo, que se está escondiendo y que va a volver. Va a venir en algún momento a acá, eso va a pasar».

Creo que no me maté de niña por eso. «Quisiera dormirme y ya no despertarme más», esa era mi idea. Desde que recuerdo, me he sentido así, ajena de esto, ajena a querer estar aquí. Pero cuando surge todo esto del padre y las preguntas, la posibilidad de que estuviera en algún lugar remoto, ahí hay algo que se prende, como una chispa pequeña. Sentí que eso podía cambiar la realidad que yo estaba viviendo.

Mientras regresa

Le puse empeño a perfeccionar la escritura. Empecé a escribir unas notas, unos diarios. «No sé cuándo va a volver mi padre, pero va a volver. Entonces voy a escribir para que sepa lo que ha pasado conmigo mientras regresa». Los escribí por muchos años. Los quemé el día en que enterramos a mi papá, los quemé ese día. En el ejercicio de la escritura encontré una forma de ir contando lo que pasaba en el día a día y otras

cosas en las que también encontré valor, como la ayuda de los demás. Cosas que yo pensaba hacer con mi padre cuando él volviera, las escribía.

En alguna ocasión un vecino nos molestó con que mi mamá tenía un novio, que no sé qué. Dije «ella no puede tener novio porque mi padre está por ahí». Recuerdo que escribí eso en el diario: «Querido papá, no te preocupes por esto que están diciendo, que mi mamá tiene un novio. Yo la conozco y yo sé que eso no es cierto».

Esos diarios van como desde los seis y medio, siete años. Los quemé el 30 de mayo del 2010. O sea, yo tenía casi veinte años, había dejado de escribir hacía unos meses apenas. Eran cartas, otros eran poemas. Era un compilado grande de cosas.

Mi mundo era el de los adultos, lo que hablaban los adultos. A los ocho años mi mamá me empezó a llevar a las reuniones. Yo sabía tomar notas, entonces le ayudaba. Ella vio que yo tenía interés, a diferencia de mis otros hermanos, en querer estar en ciertos espacios a los que ella iba. Mi mundo era el mundo adulto, no el de los niños. Siempre me he situado en el mundo adulto. El mundo adolescente me parecía terrible. El mundo de los niños nunca me gustó. Lo mío era lo de los adultos.

En esa época mi mamá tenía que decir mucho ese testimonio. No sé por qué se lo preguntaban y se lo preguntaban, y ella lo narraba como un libreto. El resto de la gente lloraba y ella no. A mí eso me parecía como raro, «eso es porque en el fondo mi papá no está muerto realmente», pensaba.

«Es que el 14 de diciembre de 1989 llegaron unos hombres armados a mi casa, preguntaron por los hombres, nos pusieron a todos en fila. Mi esposo forcejeó con uno de los señores y le dispararon en la cabeza en repetidas ocasiones», cuenta mi mamá y luego dice que, después de que le echaran fuego a la casa, ella fue la que sacó heroicamente los muertos de la candela y que le quedó una pierna en las manos. Para mí todo lo que estaba diciendo era macabro, malo, maluco. Para ella era una cosa anecdótica, decía «yo no como la pata de la vaca porque me quedó la pata de ese muerto en la mano».

Ahora, de adulta, sí entiendo lo de «no hubo tiempo para la tristeza». Ella suprimió de una manera que le permitiera contar el horror de manera anecdótica. Lo enterró en un lugar. Se puso una coraza tremenda y se mostraba como una mujer fuerte. Con autoridad hablaba. Entonces no hubo tiempo para la tristeza, y apenas le dijeron que iban a desenterrar a sus muertos, le llegó la tristeza.

Cuando salió Justicia y Paz, las mujeres de Valle Encantado fueron las primeras en denunciar los hechos. En el 2006, fueron de las primeritas. El funcionario de la Fiscalía que atendió a mi mamá vio que estaba en un reporte por homicidio. Le dijo que tenía que haber un proceso judicial con esos cuerpos. Ella misma los había enterrado el 14 de diciembre del 89, estando en embarazo, como con siete hijos pequeños y con mi hermano mayor, que iba a cumplir 15 años más o menos. Entre ella y Juan Pablo levantaron a mi papá, lo subieron a una troca. Mi mamá le recogió los pedazos del cerebro en una totuma. Apenas le hablaron de exhumación, le llegó toda la tristeza que tenía guardada. Se enfermó, no hablaba con la misma fuerza. Se la pasaba llorando.

El día que fueron a exhumar esos muertos, la Fiscalía no los encontró. Ellos necesitaban las coordenadas exactas y eso indignó a mi mamá de una manera terrible. Sentía que había quedado en entredicho lo que había contado durante veinte años. Además, por la situación misma, se había vestido de negro, cosa que nunca había pasado.

Yo seguía pensando que el hombre venía. Logré mantener la fantasía, no sé, me aferraba a eso. Pero mi madre cambió. Ese día estaba de luto y lloró y lloró. Parecía la viuda. Yo nunca la había conocido como la viuda.

¿Quién va a rescatarlo?

Para mí todo era muy loco. Ella y mis hermanos estaban en esa tónica. No me sentía identificada con ella, no estaba conectada con lo que ella estaba sintiendo. Por un lado, porque alimentaba mi fantasía. Yo celebré que no encontraran esos huesos porque eso reafirmaba… yo tenía dieciséis años, pero no sé, seguí con esa historia hasta el final.

Ella decidió internarse con sus hijos varones en esa finca que es de un ganadero y que le puso un tipo armado. Se armó un bololó, pero se quedó una semana, hasta que encontró los muertos otra vez. Tenía que desenterrarlos. Yo no fui. No me dejaron. Y yo tampoco tenía la intención de ir. Cuando dijeron que habían aparecido los huesos, que habían identificado la ropa, yo dije: «No, ese no es mi padre». Entré en una etapa fuerte de negación. «Sí, ese es, porque la camisa estaba todavía», me dijeron.

Para mi madre era importante encontrarlos porque ella tenía como una mezcla de indignación y rabia de que alguien los hubiera podido sacar antes. También eso le llegó a pasar por la cabeza, y que con todo lo que yo había dicho su historia no tuviera un peso real. En esos huesos está la verdad de lo que ha contado. Se metieron en el colegio, que ya estaba cayéndose, y los encontraron. Buscaron tanto que encontraron hasta un muerto antiguo, otro cadáver ahí. No sé quién. Era como que alguien de la familia. Lo sacaron y lo metieron en otro cementerio. Se llevaron los restos de Prisciliano y Emiliano, el tío de mi papá y su hijo, y los enterraron juntos. Ellos se quemaron hasta cierto punto. Entonces no se sabía quién era quién. Bueno se los llevaron así revueltos; yo vi a mi papá. Y se los llevaron para Bogotá, para Medicina Legal.

La exhumación fue a finales del 2009. La verdad –hay que decirlo–, por ser María Zabala hicieron una cosa rápida de identificación, porque eso normalmente se demora. En seguida, al año, en mayo 30, los entregaron. Yo leí en documentos que se iban a cumplir cinco años de Justicia y Paz, y querían hacer un video de la entrega de eso, de la ceremonia.

Llegó el día el 29 de mayo. No lo voy a olvidar nunca. Nos dijeron que teníamos que llegar antes de la ceremonia porque había que cumplir con un protocolo de no sé qué. Sentía que en algún momento me iban a reventar el globo de mi fantasía, como terminó pasando. Iban llamando familia por familia, por el nombre del familiar. Ese día estaba malgeniada, la verdad. Yo veía que toda la gente salía llorando del cuartico ese. «No puede ser, ahora mi mamá se priva», pensaba. Me estaba imaginando un escenario caótico y no quería que pasara. No

encontraba cómo escaparme de ahí. Yo estaba cuidando el globo de mi fantasía. Había un montón de cámaras. Estaban grabando como si fuera una película, como si hubieran montado un *show*. Eso me terminó de molestar. El fiscal llegó y habló todo dramático: «Familiares de Antonio Polo». Y ya, derecho para el cuartico. Y dijeron: «Aquí tenemos los resultados del informe de la muestra que tomamos de la comparación». A varios de nosotros nos habían tomado el ADN, la muestra para comparar. Escuché la voz de una mujer, una voz que se repitió por mucho tiempo después en mi cabeza: «De los análisis, se incluye que el proyectil entró por la parte…». Era muy descriptiva. Yo quería que se ahorrará eso. «En un 99,9 % se puede decir que esta persona correspondía al nombre en vida de Antonio…».

Eso no puede ser, se acabó. Estamos en la realidad y hay que asumirla. Yo pensé que el golpe más duro era ese, pero no. La voz dijo después: «Y quien quiera acercarse a observar puede hacerlo». Empecé a caminar hacia atrás y tropecé con alguien que estaba ahí. Además, estaban los restos de Prisciliano. La decisión salomónica de la Fiscalía fue dejarlos juntos porque eso era un paquete. Los dejaron juntos *forever*. Estaban en esa caja pequeña. Mi mamá se fue para donde estaba la caja esa y alzó la tapa. Y dijo: «Lamento tener que presentarle a mi hija así a su padre». Yo, claro, tuve que ir. Miré: hubiera deseado morirme o tener un botón en algún lugar del cuerpo para que se apagara. El bulto de cosas que estaban pasando era demasiado para mí, no podía manejar esa situación. Era el fin del proceso idílico que yo había generado. Me acaban de matar al jinete y, ahora, ¿quién iba a rescatarlo?

Quietecito

Eso fue en el 98, un 28 de abril del 98. La fecha es lo único que a uno no se le vuelve a olvidar. Nosotros no madrugábamos mucho. Cogíamos trabajo por ahí a las siete de la mañana. Ese día madrugué un poquito más. Me levanté a las cinco y media. Ya me tenía despachado la mujer y me vine pa la granadillera. Trabajé todo el día, hasta las tres de la tarde, y no me di cuenta de nada. Es que uno podando granadilla pues se entretiene. A las tres de la tarde se largó un aguacero muy duro. Mi mamá vivía al frentecito de esa finca. Me fui a escampar adonde ella. Cuando llegué, ella me dijo: «Mijo, ¿usted no ha visto nada?». «No, madre, ¿por qué?» Es que bajó un grupo muy grande, muy raro, muy armado. Lo peor del caso es que su papá se fue a ordeñar y no ha vuelto». Yo me inquieté también. Me quedé ahí como hasta las cinco de la tarde y me vine para mi casa, a ver si en la pasada encontraba a mi papá. Y cuando iba a dejar el camino rial me atajaron. Me dijeron que iba a quedar retenido por un tiempo. Les pregunté por mi papá, me dijeron: «Sí, el viejito debe estar allá arriba con otros compañeros». Me metieron por una lomita, me subieron a un filo. Desde allá

se divisaba una casa en la que tenían a otros trabajadores. Me preguntaron quién era yo. «¿Usted es un guerrillero?». «No, vea, yo vivo al frentecito. Ahí tengo mi hogar. Yo soy agricultor». «Pero ¿por aquí sí se mantienen los guerrilleros?». «Sí, señor, no les voy a mentir. Por aquí mantienen mucho, pero no por eso somos de esa gente. Si quieren bien pueden revisar mi casa». Me dijeron que de todas maneras yo quedaba detenido hasta tarde.

Cuando estaba oscurito, me dijeron que nos subiéramos para esa casa, que nos iban a hacer una reunión allá. Éramos como quince personas las que tenían detenidas. Estaba mi papá, un primo hermano mío, un trabajador que yo tenía en mi finquita. Todos mis amigos de infancia, que nos habíamos levantado jugando y trabajando. En esa casa también había mujeres, pero ellas estaban encerradas.

Cuando anocheció nos hicieron dentrar al corredor y nos sentaron ahí quisque pa esperar otro rato. Lo único que nos preguntaron fue que quiénes eran menores de edad y que si había mayores de edad. Habían dos menores y cuatro mayores, como viejitos. A los que tenían cédula se la quitaron, pero nosotros como andábamos era pal trabajo no teníamos papeles ni nada. Nos preguntaron qué hacíamos, que si vivíamos muy lejos, y a lo último nos dijeron que no nos podíamos ir porque había mucho peligro, porque de ellos había más gente pa abajo. Teníamos que esperar a que todos subieran pa ir a la casa. Por ahí a las nueve y media subieron unos. Traían trago, destaparon una botella y nos dieron dizque de a traguito de aguardiente pal frío.

El que me detuvo a mí, que era como mandoncito, como un mando medio, estuvo pendiente. Nosotros nos sentamos en el corredor y él estaba pendiente de nosotros. Era con un radio y cada ratico hablando por ese radio. Uno oía que «estamos en tal parte, estamos muy retardados, ahí vamos subiendo», que tal cosa. Por ahí a las diez de la noche escuché que preguntaron: «¿Quihúbo de los campesinos?». «Aquí están». Nosotros no presentíamos nada, no nos daba miedo, aunque sí llegamos a pensar que eran las Autodefensas. Pero nosotros creíamos que campesinos no iban a llegar a matar.

De las diez en adelante comenzó a subir mucha gente. Nosotros pensamos que ya eran los últimos. Faltando un cuarto pa la medianoche, volvieron a preguntar por la radio: «¿Quihúbo de los campesinos? Ahora sí venimos arrimando». Pensé que eran los últimos, que ya nos íbamos para la casa. Pasaron cinco, diez minuticos. Llegó otra tropa. Uno de ellos sacó una linternita y nos alumbró a todos. Estaba muy oscuro. Eran las doce de la noche casi. Él dijo: «Sí, guerrilleros todos». El comandante que había dijo: «Vengan los dos menores y los cuatro más viejitos». Luego volvió por nosotros y nos dijo: «Ustedes también, que ahora sí nos vamos». Yo fui el último en salir. Salimos graneaditos, en filita. A mí sí me pareció raro que los que iban adelante se estaban sentando afuera. Alcancé a oír: «Pero siéntense un ratico que les vamos a decir unas cositas».

Me volteé y vi que estaban levantando el arma. Atrasito de mí, por ahí a dos metros. Alcancé a decir: «Muchachos, nos van a matar». Comenzaron a disparar.

Sonó esa ráfaga y yo lo que pensé fue en dejarme caer. Me quedé quietecito. Por no moverme, dejé la rodilla un poquito levantada y me pringaron, me hicieron una cortadita. Eso quema. Nos pasaban los rafagazos.

Yo tenía una ruanita que me temblaba por los rafagazos. Estábamos todos regados en el piso. Paró la cosa. Yo ni respiraba. Únicamente escuchaba. En mi mente solo tenía un pensamiento. Hacerme el muerto y que la Virgen santísima me ayudara a escapar. Vino uno de ellos y se puso a darles con el arma a todos. Yo era el primero, pero no me dieron. Al que seguía, sentí que le dieron. Uno se quejó y ahí mismo le pegaron otro balazo. Cuando ellos dicen dizque: «Bueno, ahora sí perdámonos. Vámonos ligeritos». Se fueron yendo y yo me quedé esperando quietecito. Por ahí a los cinco minutos, me pude parar. Escuché que un compañero se quejaba, que le ayudara. Le dije: «Alejandro, ¿está muy mal?». «Ay, papá, me voy a morir primero que usted», dijo. Él tenía al papá muy enfermito, estaba pa morirse. Y como comenzó a gargoriar, me dije: «Lo mejor es irme pa la casa».

Vi que otro compañero también se estaba parando. «¿Usted también quedó vivo?, ¿está herido?». «No». «Venga, vámonos juntos». Pero él sí quedó muy mal, estaba muy nervioso. No podía casi ni hablar, ni caminar. Estaba muy asustado. Yo me paré y me dijo: «No, agáchese, agáchese. Vámonos por aquí rastrilladitos». Él salió gateando como un perrito. En el puente lo ayudé a parar. Teníamos que cruzar al otro lado para llegar a mi casa. Le dije: «Venga, allá amanecemos y mañana se va». Me dijo que sí, pero él casi no era capaz de cruzar. Me dijo que nos tiráramos, más bien. «Esa gente ya se fue». «Yo de todas maneras tengo mucho miedo», me dijo.

Había un rastrojito pa voltear a la casa. Nos asomamos y había una vaca. La vaca se asustó con nosotros, se tiró pal monte, hizo un estruendo. Ahí sí me dio miedo a mí, fue el único momento en que sentí miedo yendo para la casa. Mi compañero se tiró peloteando, bajó hasta la cañada. Yo me devolví, me escondí. Seguí luego con un temblor. Bajé una quebrada y ahí me esperaba el compañero. De ahí eran dos minuticos para la casa.

Llegué, llamé. «No, no prendan la luz». La luz era una velita. Ahí estaba mi esposa, el hermano mío, el menor. Ellos se ajuntaron en la casa mía luego de ver que yo no llegaba y mi papá tampoco. Nosotros dizque nos acostamos. El compañero se acostó conmigo en una camita. Nos quedamos ahí calladitos, no dormimos. Lo que pasó se quedó grabado. Después de que me vine de la casa de mi mamá, me daba vueltas. Acababa y volvía a empezar, y así hasta que nos amaneció. A las cinco de la mañana el compañero me dijo: «Me voy para la casa mía, ahora sí». Ya se le había quitado un poquito el temblor. Salió y se fue.

Comenzó a clarearse por ahí a las cinco y cuarto. Nosotros nos quedamos ahí conversando con mi mujer y mi hermano. Mirábamos para el camino rial. Apareció un bultico. Estaba muy oscuro y no se alcanzaba a ver bien. Me dio esa corazonada, ese sustico. «¿Quién será?, ¿será otro herido que quedó?, ¿será de esa gente?». Él estaba como pidiendo ayuda, pero no se veía nada. Nos fuimos mi hermano y mi persona

hasta donde él, y no lo alzamos porque venía muy mal. Él sabía que yo vivía ahí. Era un primo. Le pegaron un tiro y le salió, lo pasó. No le cogió el corazón. Mirábamos siempre pa abajo, pal camino rial.

Los paramilitares no se habían ido del todo. Unos habían quedado en la escuela, amanecido ahí. Yo dije: «Virgencita, ¿será que nos van a matar de todas maneras?». Estábamos preparados por si venían, coger pal monte. Pensé que el compañero se los había encontrado porque él vivía cerca de la escuela. Pero como estaba tan nervioso, fue más precavido. No cogió el camino rial. Cogió río abajo, se tiró por unas vegas hacia un rastrojito. No lo vieron y él no los vio a ellos.

Nosotros nos escapamos cinco. Quedaron doce muertos. Mi papá se escapó también. A él le fue muy mal. Mi papá, pobrecito, amaneció en el monte. Vino a aparecer al otro día, a las nueve y media de la mañana a la casa. Pensaba que le habían matado los hijos. Él estaba enfermo de artritis, sufría mucho de la cintura. De ahí pa delante le cayó el Parkinson. Y con el tiempo se puso que ya no era capaz de andar.

La noche que nunca olvidaré

En el 2002 el Ejército metió una gran arremetida contra la Sierra Nevada de Santa Marta. A mí me hirieron, preciso, cuando estaban entrando en esa alta montaña. Qué va a dormir uno así, con esos dolores, con esas heridas. Me quedé en un lugar hasta que me dieron las fuerzas. Ahí pasé toda la noche. Al otro día me veo esa gusanera. Sentía que me picaba algo en la cabeza. Como que algo me cayó en la cabeza. Pienso que el impacto de las granadas, la onda expansiva me hizo daño. Y vomité. Me unté mi cabello. Me unté de sangre, no sé. Total que al otro día sentía una piquiña en la cabeza, y me rascaba y me salían gusanos rojitos de la sangre. Los gusanos me estaban comiendo la cabeza. Me estaban despegando las orejas; a ellos como que les encantan los cartílagos. Como una sensación entre piquiña y dolor. Una cosa así. Es increíble como se lo comen vivo a uno esos gusanos, de un momento a otro.

A veces se juzga y se deshumaniza a la gente que está en la guerra. Que somos monstros. No es así. En el momento que me estaban comiendo los gusanos, me pregunté cuántos soldados o guerrilleros se habrían comido ya. Eso se me pasó por la mente. «Lo que estoy viviendo ya lo vivieron muchos y no han tenido cómo contarlo porque se los comieron vivos. No murieron por las balas, sino por los gusanos». Eso debe ser terrible, lo digo con propiedad porque lo viví. Sentí lo que es estar lleno de gusanos, que te estén comiendo a pedazos. En ese momento pensé en lo terrible que es la guerra, en cuántos habrán muerto así en las montañas. En combate, allá en selvas donde nadie los pudo auxiliar. Fueron muchos guerrilleros y soldados.

Entonces al otro día me desesperé. Tenía que encontrar agua, estaba deshidratada. Perder sangre da muchísima sed, ¡muchísima! A uno lo desespera. Yo me conocía el terreno como la palma de la mano y sabía dónde había agua, pero estaba lejos y las fuerzas no me daban. Ya no daba ni siquiera para caminar en cuatro patas de lo deshidratada que estaba, ya sin fuerza. Como pude, me voltié boca arriba. Las heridas eran casi en las nalgas. Me iba arrastrando.

La primera vez que intenté hacerle caí desmayada. Pero pues nosotros estábamos acostumbrados a dormir por ahí a la intemperie todo el tiempo. No, no me llegó ningún animal ni nada a pesar del olor a sangre. Al otro día me arrastré como pude. Como era un terreno faldoso, me empecé a rodar y solo me trancó un gran árbol que había. En ese momento quedé desmayada del dolor. Eran como las cuatro, como las tres. Reaccioné y vi a un campesino al lado mío. Él estaba buscando guineos. Me encontró, se me quedó mirando. Corrió a ayudarme. «¿Cómo te llamas? ¿Qué fue lo que te pasó?».

Sentí miedo porque no lo conocía. Pensé en que me iba a entregar al Ejército. Que dónde había dejado mi fusil. ¿Para qué me estaba a preguntando eso? Bueno, total que dijo: «Está bien, está bien. No te voy a entregar, te voy es a ayudar. Confía en mí». Él era hasta cristiano. Lo primero que hizo cuando me vio vuelta fue orar por mí. Yo le dije: «Mira, lo único que necesito es que me lleves donde haiga agua».

Yo estaba agonizando. En la noche me quedaba así como entre el dolor y el sueño. Empezaba a delirar y sentía que mis compañeros me daban agua. Yo sentía ese alivio, pero cuando reaccionaba me daba cuenta de que no había pasado eso. Como a las dos de la mañana me cayó un aguacero. Sabía la hora porque tenía un reloj de esos que cada hora pitan: ¡pi! Una hora más y, al rato, otra hora más. ¡Horrible! Eso es frío en la Sierra Nevada de Santa Marta, en la parte alta. A las dos de la mañana me cayó ese aguacero, y eso era peor. Cuando uno siente frío, las heridas duelen mucho más. Las heridas deben estar bien tapadas, con un clima calientico. Pero no. Todo ese aguacero me cayó encima. A veces sentía que mis compañeros me traían plástico, que me tapaban y me abrigaban.

Total que el campesino me llevó al cañito. Así como él pudo, con unas hojitas, me dio agua. Con esa agua sentí que volví a vivir. Él me vio la cabeza, esos gusanos. El pie, obvio, se me hinchó demasiado y por el apretón de la bota me dolía mucho más. Él me rajó la bota. Tenía un machete. Sentí un descanso, un alivio. Me sentía tranquila. Luego el campesino buscó otro compañero para que me ayudara. En esos días ya había empezado esa confrontación tan tremenda y la gente se estaba yendo. Mientras nosotros estábamos por ahí, todo el mundo estaba tranquilo en las fincas trabajando. Pero cuando empezaron las remetidas del Ejército, de los de alta montaña, entonces los campesinos empezaron a desplazarse por el tema de los combates y el paramilitarismo.

Había una finca cerquita. El señor dijo: «Bueno, Sofi, vamos a llevarte…». Me dijo así porque yo no le decía a nadie mi nombre propio, sino mi nombre de guerra. «Vamos a llevarte para esa casa para bañarte. Allá hay ropa, te cambiamos y eso». Total

que me llevaron para allá. Estaba entre claro y oscuro. Pero antes de eso el campesino tuvo que ir a su casa por un hermano para que le ayudara. Él no podía solo. Le daba mucho miedo, además. Entonces se fue, demoró un tiempo. Resulta que este campesino me trajo comida, medicamentos para el dolor y para la infección. Yo me tomé eso y, ¡uy!, me sentí muchísimo mejor. Me llevó para esa casa. Allá empezó a bañarme, a quitarme los gusanos. Me metió en un cuartico y me colocó la ropa de esos campesinos que se habían desplazado. Habían dejado todo ahí.

Taparse los oídos

En esos tiempos uno sentía constante miedo porque había gente que salía por ahí a hacer tiros, a provocar al Ejército. Había hostigamientos desde el 92 para acá. Eran por ahí el día sábado, el domingo y a mitad de semana. Cuando el Ejército llegaba a Santa Leticia, las FARC sabían. De una vez salían por la tarde a la loma y comenzaban a retarlos a puro tiro. Las FARC se mantenían por carretera con unos cilindros, por ahí donde yo vivía. En el kilómetro 48. Con los civiles no se metían, pero sí estábamos en riesgo porque eso disparaban a la loca.

La vida en el kilómetro 48 era normal, sin embargo, uno estaba pendiente o preocupado porque las FARC salían a esperar carros, a entrarlos para allá. Hacían retén ahí y decomisaban remesa. Las FARC no tenían de qué vivir, tomaban eso. Según escuchaba yo, ellos tenían que buscarse la forma de conseguir la comida. Hacían eso: plantaban los carros, recogían la remesa y la metían por allá.

Llegaron persiguiendo al Ejército, reclutando muchachos. Yo vivía con la señora y con un hijo que tenemos. Mi casa quedaba a la orilla de la carretera, y eso había que meterse debajo de la cama porque era peligrosísimo. Los hostigamientos eran tenaces. Ya uno estaba preparado cuando salían ellos. Una vez comenzaban a subir por allá, uno se alistaba para meterse al baño. La mujer de una vez se metía debajo de las camas o se iba con el niño por ahí a veces. Se escondían por allá. Era tremendo. Sabíamos que podíamos salir cuando dejaban de disparar. Eso era un rato, unos diez o quince minutos que sonaba durísimo y ya después se quedaban en silencio. Sentía miedo, sentía inseguridad al saber que uno tenía la familia. Iba a trabajar pensando que de pronto hubiera un hostigamiento y no encontrara a los familiares con vida. Eso lo preocupaba a uno en todo momento. Tuve un niño que murió a causa de eso a los dieciocho años.

En el 96, mi hijo ya escuchaba todo eso. Él sabía lo que era un hostigamiento. A los cuatro o cinco años comenzó a ver los enfrentamientos, a ver a los hombres armados. Lo asustaban mucho. Pensamos que por los nervios fue que le dio esa enfermedad. A él le comenzaron a dar convulsiones de los nervios. Cuando él estaba

pequeñito, de cuatro años, le comenzaron las convulsiones. Él se tapaba, se asustaba, vivía muy nervioso cuando hacían esos disparos. Las convulsiones lo tiraban al suelo. Se golpeaba demasiadamente y hubo que darle droga. La droga lo acabó. Tuvo una discapacidad severa.

Eso es tremendamente tenaz. Hasta ahora a uno no se le pasa el dolor de un hijo perdido. A pesar de que uno pregunta, dicen que eso no ha sido consecuencia de la guerra, que ha sido una enfermedad normal, pero uno sí mira que los nervios… A él le dieron unas convulsiones, le dio como epilepsia. Comenzaba a taparse los oídos para no escuchar. De eso le dependía la enfermedad. Lo llevamos al médico y le dieron droga. Eso nos afectó tremendamente. La señora sufrió todos los años con él. Él se hacía todo en la ropa: se orinaba, tocaba darle de comer. Destilaba baba a causa de la droga que se le suministraba. Uno piensa que es un trauma que le dio. Cada vez que uno lo recuerda, piensa: «Ya estuviera haciendo no sé qué cosa». Hay veces que a uno le da insomnio, que no puede dormir tranquilo por recordarlo. El único hermanito que tenía quedó solito. En la familia lo recordamos cada año. Uno no entiende por qué vino la guerra, por qué se hizo la guerra, por qué vinieron a matar gente, a matar soldados. Uno no entiende.

Fui una vez para Coconuco a preguntarle a un abogado de la Alcaldía sobre mi hijo y dijo que no, que su enfermedad no tenía nada que ver con la guerra. Que si nos hubieran matado o nos hubieran herido, ahí sí.

Me dejaron botado

La primera unidad que me tocó fue el Batallón Magdalena, en Pitalito, Huila. Ahí me tenía que presentar para ejercer el cargo como comandante de escuadra, a la compañía de instrucción. Es algo bonito, algo que lo llena a uno. Usted ya es prácticamente un profesional. Por eso llego muy enérgico a Pitalito. Uno sale de esa escuela y no ve la hora de que le entreguen sus soldados.

Estuve cuatro meses en el Batallón y de ahí salí a cuidar el acueducto y puentes en Pitalito. Me tocaba el casco urbano, lo que era el acueducto. A los tres meses me pasaron a un grupo especial y nos tocó salir pa lo que está hecho uno, a darse bala en cualquier momento. A mí me emocionaba tanto eso, la vida militar, porque tenía algo en el corazón que no me lo van a sacar hasta el día que me muera. Cuando era niño, me tocaba andar descalzo en la calle. Vino un primo, se llamaba Martín, del Cauca. Era un tipo muy trabajador. Entonces él vino, nos miró en ese estado. Me compró zapatos, me llevaba a estudiar. Trabajaba en la Bocana y por allá la guerrilla lo mató, le pegó un tiro de gracia. Nos tocó recogerle los sesos. Yo cargaba con esa venganza. Cuando a mí me decían «cabo Martínez, hay que alistarse que vamos a salir pa *X, Y* parte», yo pensaba «me llegó el día, me llegó la hora».

Si se tenía información precisa, uno iba a lo que iba. Tocaba golpiar y salir. En ese tiempo era duro, tocaba casi todo por tierra. En carro hasta cierto punto y de ahí a pie, a golpiar. Si usted se pasaba de aquí pa allá, sabía que iba a darse plomo. Pa nadie es un secreto que en una misma calle podían haber dos grupos. El Ejército aquí, y a un kilómetro la guerrilla. Eso era así. Y uno no podía soltar los campamentos porque venían y se lo minaban.

Uno siempre iba en desventaja, el enemigo se conoce más la zona. Nosotros siempre entrábamos uno, dos meses. En cambio, el enemigo conocía la zona porque era dueño de esa zona. Al Batallón Magdalena le tocaba entrar de a pasos: entrábamos, salíamos; entrábamos, salíamos. Se relevaba un pelotón y subía otro, y así sucesivamente, en escalas. Así fue en El Mármol y en la zona de los límites con el Caquetá. Hubo personas heridas más que todo por enfrentamientos, impactadas por proyectil de fusil y de ametralladora. O por minas. Un cabo se estalló porque, como le digo, un día dejamos el campamento solo y nos lo minaron. Él estalló cuando se fue a armar la hamaca. Uno lo que hace siempre, la verdad, es buscar su protección individual.

Yo siempre iba de a dos o tres porque el reglamento lo dice. El puntero, hay un soldado que es puntero. Uno siempre lo escoge. El más avispado, es criterio de uno. Hay que tener reacción. Uno enfrenta al enemigo en la posición que le toca. Ahí ya el comandante se devuelve y mira qué ha pasado con sus hombres. Si hay algún herido, inmediatamente le presta primeros auxilios y hace la seguridad del resto. Si hay que pedir apoyo, si hay que pedir cualquier cosa, eso es a criterio del comandante. Pues lo reglamentario son 36, lo que es un pelotón, pero uno siempre sacaba un *recon,* que eran ocho, nueve, la escuadra. Había fusiles los que fueran: 200, 300. Por eso no había problema, pero igual lo mandaban a uno de soldado profesional para que administrara. Si el comandante era una persona mediocre, que no valoraba al soldado, pues mandaba un pelotón de campesinos, un pelotón de soldados regulares que al escuchar uno, dos tiros, descargaban todos los proveedores y se quedaban sin munición. Por eso son los fracasos.

En las filas del Ejército hay de toda clase de infiltrados, desde el soldado regular hasta oficiales y suboficiales. Nosotros, en Pitalito, ya estábamos listos como pa traslado y nos infiltraron seis guerrilleros en la fila de un pelotón. Y ellos llevaban misiones, ¿qué eran misiones? Iban por nosotros, sí. Porque vuelvo y le digo, nosotros éramos reconocidísimos. Cuando ya nos dimos cuenta de todo, cercamos el Batallón Magdalena y fuimos llamando hasta que cogimos a todos. Uno salió corriendo para que lo pelaran y tocó pegarle un tiro en una pata.

Uno siempre coge al soldado más gamín, al más desechable. Uno, pa cambiarle la mentalidad, y dos, pa que me sirva de apoyo. Esos son los soldados más leales que hay en la vida. El vicioso, el que no tiene nada. Es solo decirle «súbase a la moto, súbase al carro, límpieme esa bicicleta». El soldado se cree importante. En la familia, en el hogar, no le dan cariño, no le dan un abrazo. Usted le dice a un pelotón: «Tengo ese carro, me le suena tal cosa». Ahí salen mecánicos, sale todo, aunque no sepan nada. Ellos son los más leales y los más informantes. El soldado vicioso es muy leal.

Bueno, fue en una operación. Todo el mundo nos decía que íbamos detrás del Negro. Todos los días eran combates, todos los días eran muertos, todos los días eran heridos, todos los días eran helicópteros. No me acuerdo cómo se llamaba esa zona, ahí sí se me fue la paloma. Todos los santos días a usted le tocaba pelear de nueve a doce. Entramos a relevar un batallón, el 19; nosotros éramos el 22. Los soldados de ese batallón nos dijeron que no lleváramos ollas ni cucharas, nada que sonara porque ahí le caía el mortero. A mí no me daba miedo eso. Nosotros éramos 136 unidades, cuatro pelotones. Entrábamos en combate todos los días. Nos movíamos contra los anillos de seguridad de los guerrilleros. Y de ahí nos fuimos infiltrando, metiéndonos hasta que se le dio de baja. Esa operación duró harto, como ocho meses. En esa unidad todos los días era candela, plomo. Que tal pelotón se está dando plomo, que un helicóptero para sacar tantos heridos, que una mina acá, que un mortero acá. Todos los días era eso, usted allá no tenía un momentico de paz.

Sentí que tenía los testículos sancochados. «Eso es sudor», pensé, pero un soldado me dijo: «¡Mi cabo, le están dando! ¡Mi cabo, le están dando!». «¿Cómo hijueputas, si no siento nada?». Cogí la M-60 y *rácata*. Entonces el soldado me cogió y me tiró hacia un lado. Me voltió y ya miré sangre. Me devolví y saqué el fusil. Quería ver la vieja que me estaba dando. Cuando pin, la vieja me pegó el tiro en una oreja y como tres en la cabeza. «No, aquí ya no puedo hacer nada. Dele la vuelta usted», le dije al soldado. «Mi cabo, no se mueva». «¿Cómo que no me mueva, soldado marica, si me va a matar? Que mate esta hijueputa». Di la vuelta con la pistola así, se la tendí así, y le pegué los tiros aquí. El soldado la remató.

De chimba fue que yo estaba bien. Me quedaron los tiros y las esquirlas en la espalda. Ahí fue donde me hirieron, me pegaron dieciséis tiros. Toda la parte de espalda, lo que es la oreja, glúteos, las piernas. Pero todo fue así de refilón. Yo estaba bien protegido sobre el palo. La vieja nunca me pudo clavar uno donde era, y el casco me salvó a vida, al casco sí le daban.

Ahí empiezan las desgracias para un suboficial. Después de que usted queda herido, se vuelve una carga, un desecho pa los comandantes. A mí ya me daban por muerto. Me salvó el soldado que me pidió el helicóptero. El helicóptero llegó, sino que pues la guerrilla estaba alborotada. Al apuntador le pegaron un tiro en la cara y al helicóptero le tocó alzar vuelo para salvar al otro. Vino otro helicóptero. Ellos querían, el capitán o alguien, que alguien de mi familia autorizara sacarme en soga. Nadie de mi familia contestaba.

Yo no podía disparar. El enfermero iba blindado, estaba prestándome los primeros auxilios y recibiendo plomo. Entonces Cristian, mi hermano, contestó y ordenó que me sacaran en soga. A mi hermano le dijeron que yo estaba muerto.

Llegué al hospital de Bogotá y ahí me dejaron botado. No había nadie de mi familia, ningún enlace. Me arreglaron la oreja y me dejaron botado como a un perro. Hasta el otro día llegó la familia. Estuve casi un año en recuperación. Pero eso sí, en el Ejército no me dieron ni siquiera unas muletas, nada. Pues los exámenes en el Hospital

Militar sí, pa qué. Lo que es la atención médica sí, pero me refiero a la unidad, a los comandantes de batallón, a los enlaces que supuestamente son los encargados del suboficial, del oficial o del soldado que está herido, ¡esos manes no sirven pa nada! Mejor dicho, a mí me llegó la vida militar hasta que me hirieron, de ahí para adelante fue un desastre.

Me gastaba la plata en la recuperación. Sacaba 100.000 pesos pa pagar un carro que me llevara al hospital a que me miraran estos huecos nomás. No hacía nada más. Los médicos me dijeron que el pie no me servía, que tenía que comprarme zapatos ortopédicos. Me fui pa Medellín donde un médico que me dijeron, que me cobraba diez millones de pesos por asentarme el pie.

Me mandaron a la PM y ahí tuve problemas con todo mundo. Peliaba, me había vuelto… Mejor dicho, era un sindicalista ni el verraco, pero por la verdad. Yo pasaba la baja y no me la daban, me la rechazaban. Completé trece años en el Ejército. Entonces me dijeron que me iban a mandar pa Bogotá, a la PM15. El sueldo me lo quitan todo. Me dejaron el sueldo peladito, peladito, solamente con lo de ley. Nada de primas, nada de nada. Eso es decisión de comandantes. Vuelvo y te digo, eso es de comandantes, del criterio del comandante. Uno no sirve. No pueden hacer lo que se les dé la gana con uno. Ya no puedes tocar armamento, ya no puedes trasnochar. Uno es una carga.

Llegó la baja y me vine. Monté una veterinaria, pues lo mío. Cuando un día aquí, en Puerto, me paró la Policía y me metió antecedentes. Tenía orden de captura por abandono de servicio. Me tuvieron seis meses en un calabozo, en Villagarzón. Me tocó que conseguir abogada para saber qué era lo que pasaba. Mostrar mi documentación. Yo tenía todo en regla, fue negligencia. El mayor llamó al coronel de Villagarzón y me mandó a decir que quitara la demanda, que él me pagaba. Lo demandé porque tengo mi documentación en regla. Lo demandé por daños y perjuicios. Estuve seis meses ahí, eso es duro. Está en proceso.

El reintegro a la vida civil fue pues normal. Hubiera sido duro si me hubiera tocado salir alentado, antes de que me hirieran. Antes yo tenía permiso de salir y prefería quedarme dos, tres días mirando mi armamento. Yo era muy entregado a eso. Pero después de ver la calidad de seres humanos que lideran el Ejército, o sea, de ver los comandantes con esos pensamientos tan mediocres, ya a uno se le quita la emoción, las ganas de ser parte de esa institución. Recibí una patada, seis meses de cárcel; de resto, nada. Por eso te digo, no queda nada. Yo ni siquiera he ido por lo mío. Me da rabia subir por eso, por allá. ¿Qué me van a dar por trece años? ¿Cinco millones de pesos? Que venga mañana, que venga dentro de un mes. Nada, me da es pesar ir por allá. Vuelvo y le digo, considero que los trece años de mi vida en servicio fueron perdidos. Fueron perdidos, perdidos.

Yo hoy en día le agacho la cabeza a mi hijo el mayor, porque con él no he compartido. En cambio, con el Emmanuel sí. Esos güevones son mi vida. Yo me rebusco lo que haya. Compro ganado, busco la forma de vida en lo legal, en lo bueno.

La recomendación más grande es que miren más opciones de vida, porque la del Ejército es una institución de hombres, de personas que de verdad no miran un futuro más grande. El soldado, el oficial y el suboficial es como si fueran un obrero de jornal. Los únicos que se llevan la plata son los oficiales que llevan harto rato. El día que lo hieran, hasta ahí fue, se le acaba la vida al soldado, al oficial o al suboficial. ¿Cuánto se gana un soldado de pensión? ¿300.000, 400.000 pesos? ¿Quién vive con eso? Para un coronel no hay ley, pa un general no hay una ley. La ley es pa los subalternos.

Lo que no se cuenta

¿Cuándo viene mi papá?

Me dedico a oficios varios. Me buscan pa hacer aseo o planchar. No puedo tener un trabajo fijo por el niño, aunque en este momento pertenezco a una organización de víctimas. Llegué a ella por medio de una amiga que asistía a reuniones. Desde que ella conoció mi caso, ha sido como una madre para mí.

Lo que me sucedió se puede decir que me pasó a los quince años. Yo vivía con mi mamá y con mi papá en una finca que mi papá cuidaba. Yo tenía que ir a pie al colegio, que era retiradito de la finca: quedaba a una hora de donde nosotros vivíamos.

La gente esa se metía a veces y ocupaban los lugares. Los dueños tenían que matarles chivos, la mejor gallina. Ellos se llevaban cosas pa su casa. También había lugares donde ellos hacían fiestas, llevaban mujeres y así. Cuando yo me iba pal colegio, muchas veces se me atravesaban por el camino. Íbamos varias compañeras y nos preguntaban pa dónde íbamos y nos comenzaban a molestar. A algunas las piropeaban, les decían que si querían que las acompañaran. Cuando yo llegaba a donde mi papá, le comentaba lo que había pasado. Él se asustaba y decía «no les preste atención, mija. Cuando esa gente le hable, usted quédese calladita».

A veces mi papá nos acompañaba hasta el colegio o iba mi mamá, pero como tenían que estar pendientes de la finca, entonces nos íbamos con los compañeros. Ya habían sucedido varios casos que, por ejemplo, llegaban a la finca de noche y dejaban a la gente ahorcada, picoteada, cortada, solo porque no les querían preparar lo que ellos decían.

Hoy en día, casi a mis 32 años, sé que el grupo que estaba por ahí era la guerrilla.

Mi mamá, a pesar de que estaba en la finca, vendía minutos, y esa gente llegaba a poner, supongamos, 10.000 de recarga y no le pagaban. Tú sabes que uno como pobre se rebuscaba y, ajá, los 10.000 pesos que ella perdía le daban rabia. Ponía cara de enojada y le decían que si quería perder eso o más. Ella tenía que hacer lo que ellos dijeran porque no quería que a ninguno de nosotros le pasara nada.

Un día les dejaron una carta a los dueños de la finca, como un aviso. Decía que por los dueños y cuidanderos que no se fueran, pues ellos no respondían. Mi papá no quería, pues con mi mamá cuidaban esa finca. Él también tenía sus buenos animales. Mi papá dijo: «¿Quién dijo que esa gente nos va a hacer algo? Esa es pura amenaza falsa». Fue rebelde, no comía de eso.

La amenaza siguió.

Una vez llegaron a la finca como las seis de la tarde y le dijeron a mi papá que me cuidara mucho porque ellos no respondían. Ellos sabían a qué hora salía yo pal colegio y a qué horas regresaba. También les dejaron una carta a los patrones, pero nunca supe qué fue.

Una mañanita mi papá dijo «voy a tener que llevar a mi hija al colegio y traerla, a ella no le va a pasar nada». Así fue. Mi papá duró una semana que me llevaba y me traía, pero luego dijo «eso ya se les olvidó». Pasó como un mes. Cuando una mañanita yo iba pal colegio con unas compañeras y compañeros. Éramos como siete u ocho. Ningún adulto, puros jóvenes. Escuchamos unos caballos. Llegaron y preguntaron: «¿Quién es la hija de José?». Yo me quedé callada porque mis papás me dijeron que cuando ellos hablaran, me quedara callada. Y las compañeras: «Es la que ve aquí». Me dijeron: «Vamos, que te vamos a llevar a donde tu papá, que mandó a buscarte», y me llevaron para una finca. Había dos caballos, cuatro hombres. Mis compañeros se regresaron asustados a avisarle a mi papá a ver si era verdad.

Cuando me llevaron, pensé que me iban a llevar a donde mi papá, pero me llevaron fue a una finca. Más o menos caminé como media hora. Me decían que no me iba a pasar nada, que no me asustara. Aunque se burlaban, algunos decían: «¡Cuidado le vas a hacer algo!». Otro decía: «No, no le va a pasar nada que no quiera». Yo me quedaba viendo y me ponía a llorar. Lloraba por todo el camino. Me decían «¿por qué vas a llorar si todavía no te he hecho nada?». Se me salían las lágrimas. Asustada, pensaba: «¡Dios mío! ¿Cuándo viene mi papá?».

En la finca esa que estaba como abandonada, me amarraron las dos manos en una silla y me taparon la boca con un trapo negro y me golpearon toda. Había otros tipos ahí armados también, pero el lugar estaba vacío. Solamente había una hamaca. Mi papá no apareció. No me dieron comida, sino agua, y se reían de mí. Me quitaron el uniforme, lo rompieron todito y me pusieron un suéter verde.

Como a las seis, en la nochecita, me iban a dar comida y yo no quería. Les aventé el plato y decía que no quería; quería a mi papá y me dijeron que lo habían matado. «¿Y mi mamá?». Que también la habían matado. Habían matado a toditos y como yo no me dejaba amarrar, me golpearon todita. Se reían de mí, que si yo no obedecía me iban a matar también porque ellos se lo advirtieron a mi papá. Y, bueno, esa noche me abusaron. Me partieron la boca. Yo era una niña y no fue una sola persona, sino varios hombres, como dos o tres. Y duré un mes ahí secuestrada, en el mismo cuarto. Me llevaban la comida, agua. Yo no quería comer. Duré varios días que no comía y amarrada. No me dejaban salir ni nada porque pensaban que me iba a escapar. A veces tomaban. Y, bueno, yo digo que fue un mes, pero pa mí fue como un año.

Cuando papá me salió a buscar, no me encontraba por ninguna parte. Las compañeras le dijeron cómo habían pasado las cosas. Después ellos fueron a buscarlo y le dijeron: «¿Quiere saber dónde está su hija?». Cuando mi papá llegó, lo amarraron. Escuché cuando preguntaba «¿¡dónde está mi hija!?, ¿¡qué me le hicieron!? Dios quiera

que no me le hayan hecho algo porque soy capaz de matar y que me maten a mí también». Yo intentaba gritar, y no podía.

Entonces lo llevaron a donde yo estaba. Yo lloraba con toda fuerza porque pensaba que lo habían matado. Intentaba hablar y no podía. Después me quitaron el trapo, y yo: «Papá, ¿cómo está mi mamá?». «¿Qué te han hecho?». Yo los miraba a ellos y a él, pero no me atrevía a decirle nada. «Mija, te pasó algo, ¿cierto?». Mi papá solo les dijo que, si me habían hecho algo, no respondía. «Ah, ¿sí?, ¿mucho valor?», le dijeron. «Ahora verás lo qué te va a pasar». Lo amarraron, le dieron una golpiza delante de mí y al día siguiente lo mataron. Mi papá se puso de guapo.

Yo daba gritos, decía que por qué lo habían matado delante de mí, que por qué eran así, tan malos. Lo abracé, le decía «papito, no te me mueras, resiste». Se echaban a reír. Me llevaron pa otra finca cerca, a pie. El cuerpo de mi papá se lo llevaron a mi mamá. Y mi mamá cogió a mis hermanitos, que estaban pequeños, les empacó la ropa y los mandó pa otro lugar hasta que yo apareciera. Se quedó ahí sola. Le pidieron una plata pa poder soltarme. Mi mamá, asustada, tuvo que vender un poco de animales. Me intenté escapar, me subí a un caballo. Ellos se dieron de cuenta y me tumbaron. Me dio un calambre y me golpearon duramente. Ahí fue cuando me dieron duro en la cara, me privaron. Me desarmaron toda la boca.

Reaccioné y vi que me estaba curando una muchacha. Me mandaron a caballo pa donde mi mamá. Ella me tuvo que mandar a operar enseguida porque yo estaba mal. A mi mamá le dijeron que si había conseguido la plata y dijo que no. Le dijeron «te damos unos días pa que la consigas». Ella tuvo que llevarme esa misma tarde a que me operaran. Ellos me entregaron porque estaban asustados. Le dijeron que yo me había caído del caballo. Y mi mamá tuvo que conseguir la plata pa poder pagar el secuestro mío. Cuando pagó, habló con los patrones y les dijo que ya habían matado a mi papá, pero ella y los hijos no iban a morir por estar cuidando la finca. Nos fuimos pa donde una tía. Me escondió ahí.

Afortunadamente los patrones cubrieron lo que a mí me pasó. A mi mamá le dieron una platica pa que nos fuéramos un tiempo pa otro municipio. Lo que pasó luego fue que no me venía el periodo y mi mamá me dijo: «¿Por qué no te ha venido el periodo? Tú no estás comiendo nada, te veo pálida, diferente». Me llevó el médico y me hicieron una prueba. Me dijeron que estaba embarazada. Yo me quería morir, no quería tener ese peladito. Matarlo no podía, porque era pecado y mi mamá era cristiana. No me podía deshacer de esa criaturita. El bebé no tenía la culpa.

Mi mamá tuvo que ir a hablar con un psicólogo porque con todo lo que me había pasado, yo lloraba y no quería comer. Quería que mi papá estuviera vivo. Pasaba todo el día llamando a mi papá, echándome la culpa. Siempre he pensado eso. Para mí fue feo. No quise meterme a control, decía que era muy niña pa tener hijos e intenté matarme varias veces. Me sentía culpable de lo de mi papá, luego el embarazo. Todo era muy difícil para mí.

Mi niño nació con problemitas. Nació bien de peso, pero como yo no le quería dar seno, mi mamá tenía que darle puro pote. Yo no lo quería cargar. Decía que eso no era

nada mío. Y como a los tres meses, el niño fue cambiando. Mi mamá lo llevó al médico porque decía que no era como normal. Se le apretaron las manitos, la cabecita no se le sostenía. Le mandaron un tratamiento muy costoso. Le preguntaron a mi mamá qué problema tenía yo y mi mamá dijo «lo que pasa es que la niña no se metió a control y no se alimentaba bien, seguro por eso el niño nació sin líquido cefalorraquídeo». Le faltó oxígeno. Aunque gracias a mi Dios, él tiene la cabecita normal. Físicamente se ve normal.

Ya cuando el niño tuvo su problemita, mi mamá me obligaba a que me acercara. De pronto necesitaba de mí. Yo lo fui cogiendo poco a poco. Al niño lo quiero, porque, ajá, es lindo, pero a veces lo veo y me acuerdo de lo que me hicieron. Es difícil. No tiene la culpa de lo que me pasó. Cuando me ve, él se echa a reír. A veces salgo pa la tienda y le digo «espérame aquí que voy pa la tienda». Cuando llego le digo «buenas, ¿cómo estás?, ¿está fulanito?». Él me busca y se echa a reír conmigo.

Bandera de guerra

Después de los hijos, el esposo y el conflicto, me olvidé de la comunidad Rrom. Me desintegré. Para la comunidad Rrom es primordial el matrimonio, que uno esté en la casa sumiso. No salir, no hacer nada. El hombre es el que manda en la casa. Yo no podía con eso. Después de conocer todos esos derechos que tenemos, yo dije «ni más». Yo los visito, claro. Soy muy amiga de ellos, pero más nada. Me adapté a las costumbres de acá. Los gitanos no son peliones, son muy unidos, y aquí la gente es como pelionera y yo ya me siento pelionera. No por mí, sino por defender los derechos que uno tiene.

Desde muy pequeña me crie al pie de los ríos, cazando oro. Mi abuela, nuestra matrona gitana de ojos azules –muy linda, muy regañona y autoritaria–, nos enseñó costumbres muy bonitas: leer la mente, leer manos, leer ojos, el espíritu. No me gustaba ni el tabaco, ni el cigarrillo, pero me encantaba verlas. Tampoco hice práctica de eso porque veía que eso no era lo mío. Pero sí me inclinaba mucho por los ojos. Yo conozco mucho a la persona en los ojos y en la forma en que habla. Así sea por teléfono sé cuándo está mal y cuándo está bien. Eso era como un don de nosotros que nos dieron.

A los doce años nos trajeron a Cúcuta. Llegamos a un pueblito que se llama Atalaya. Cuando eso, era un barrio con unas costumbres muy raras, pero nos teníamos que adecuar. Nosotros comemos diferente; por ejemplo, las frutas y las verduras son una especialidad nuestra. Para nosotros esas carnes y pollos como que casi no, pero aquí toca acostumbrarse a comerlas porque te mueres de hambre. Cuando era pequeña vivíamos como gitanos. Habíamos como unas doce o quince personas en una sola casa. Pura familia. Nos tocaba dormir en el piso y no nos daba miedo porque los gitanos de por sí dormimos donde nos coja la noche.

La más vieja de mis tres hermanos soy yo, que tengo 50 y parezco una niña porque soy la más divertida, la más coqueta, la más extrovertida, la que no les para muchas bolas a la vida ni a las tristezas. A la edad de los quince años gané un reinado en el colegio. No me las creía. O sea, en mi infancia siempre me inclinaba por la belleza. A los trece años quise ser modelo. Fui modelo siendo gitana. Me metí a una academia, desfilé vestidos de novia. Mi madre me decía «eso no te vas a casar porque ya te pusiste un vestido de novia». Dicho y hecho, no me casé. Pero me encantaba ser modelo. Modelaba el cabello. Lo tenía muy largo y amarillo. Ahorita lo tengo amarillo, pero con canas.

A los dieciséis años conocí a un hombre, que fue la perdición de mi vida. Taba estudiando y de tonta salí embarazada a los dieciséis años. A los diecisiete años me fui a vivir con él. Me volé de la casa pal sur de Bolívar dejando a mis padres solos. Yo no cocinaba, no pelaba papa, plátano, yuca. No hacía nada porque era la niña bonita de la casa. Estudiaba y dormía nomás. Este señor me llevó a una finca con mentiras. Póngale cuidado que para poder bajar a esa casa yo me sostenía de las matas de coca. Iba con el cuerpo enrojecido, los ojos hinchados, con ganas de vomitar. Me dio fiebre, de todo. Yo no conocía esa mata y me picó, me dio alergia. Duré tres días en esa finca. Les tocó sacarmen casi muerta a un hospital. Decidí que eso no era lo mío, pero ya tenía la maleta. Hágale, mamita, porque qué más…

Vuelvo a la finca de él, a la que le decían «01». Era la primera finca que estaba cerca del río. Allá había plátano, yuca, ñame, una cosa así toda rara. Pescao, porque eso era lo que tragaba allá. Después, él decidió que yo era muy delicada. Me pagó una pieza. Entonces yo vivía allá encerrada, llorando todos los días por mi mamá y mi papá, pero pensaba en la barriga. No iba a llegar preñada a la casa.

Ya cuando fui a tener mi bebé, busqué a mi mamá, a mi familia y tuve el niño en Cúcuta. A los tres meses el viejo ese me llevó otra vez pa allá, pa la finca a cocinar pa obreros. Se acabó el reinado. Cocinaba con leña, no era capaz de partir una yuca, pero ellos me las partían y yo las pelaba. ¡Era terrible! Me hice cortadas, quemonazos. Se me acabó el pelo, las uñas… se me acabó todo.

Me volví una dura en la mafia porque allá eran solo cultivos de coca, marihuana. Fue en el 90, 91. Ya en 1993 me gustaba esa vida, el campo. Era la que mandaba, la capataz. Había más de 30 personas trabajando y era una finca muy grande. El señor se compró otra finca y lo pasábamos dando la vuelta. Cada tres meses se raspaba. Entoes un mes aquí, otro mes aquí. Volvíamos y tocaba fumigar, desyerbar, cocinar. Me volví una campesina dura. Compramos otras dos fincas para solo cultivo. Se llamaban: 03, 02 y 05, y la última que compramos era la 04, que era donde estaba la casa de ganado. Compramos ganado, casa, carro, todo. Ya no éramos esos pobres que habían llegado de la nada. Teníamos mando en el pueblo. No mando de poder, sino económico.

Al empezar había la Mano Negra. Decían que eso eran unas personas muy bravas. Yo no sabía qué era. En mi inocencia o en mi ignorancia, pensé que era una mano

toda negra. Un día cualquiera apareció una persona muerta. Después de eso llegaron los elenos, se convivía con ellos. Tenían el poder prácticamente. En el 94, 95, quedé embarazada del otro niño. Ya no me tocaba fregarme tanto porque tenía dos empleadas y la niñera. Iba era a mandar y a prestar atención de la droga porque no me interesaba más nada: la droga y la plata. Empezamos a ver plata, inversión. Nos posesionamos de la región. Le comprábamos al vecino. Empezábamos a mandar para afuera: Bogotá, Medellín, Cúcuta, Bucaramanga, Santa Marta, pero pues poquita, por ahí de a 30, 20 kilos. En ese tiempo eso era lo más que se podía sacar. Eso había plata hasta pa darle al perro, lástima uno no tener la cabeza bien puesta.

Después del 98 empezó a llegar gente rara. No eran del pueblo, eran con otro dialecto: costeños, venecos, guajiros, boyacos, santandereanos, cucuteños. Uno conoce de la gente el dialecto. Iban por más cargamento. Ya no eran 30, sino 80, 50, 100. Hasta llegaron a sacar 300 kilos mensuales. Más de uno decía «va a llegar un grupo que se llama los paracos». Pero nadie sabía quiénes eran los paracos. Era otro grupo igual a la guerrilla. Ya estaban con nosotros y no sabíamos.

El padre de mis hijos –tan bruto pa hablar, tenía la jeta suelta– dijo que cuando llegaran los paracos le iba a celebrar una fiesta al primer obrero que le matara uno. Bruto y rolo tenía que ser. No piensan para hablar, y resulta y pasa que entre los mismos obreros había paracos ya. El padre de mis hijos pues empezó a abrirse del parche mío porque le daba miedo estar ahí. La amenaza era contra él. Él es mayor casi diez años. Era un viejo. Empezó a pagar escondederos y me tocaba a mí frentear las cosas sola.

Después de ser una niña que no conocía nada de la vida, me volví una contrabandista. Me acuerdo que me decían la «Reina del Sur». Yo no la veía, pero en ese tiempo se oía esa novela. Me decían así porque manejaba una camioneta, me ponía sombreros y botas. Troneaba con las guerrillas y me les enfrentaba a los paracos, a la Policía, al Ejército. Pasando droga me le volaba al uno, le compraba al otro. Hasta a la misma Policía. La Policía quitaba droga y me la vendía a mí. Me volví una dura en la mafia, pero lo que no sabía era que todo ese coraje que yo tenía se iba a convertir en tristezas.

En el 2002, en una ida para la finca había un retén de palos. «Esto es guerrilla», pensé. Cuando hablé con un comandante, le dije: «¿Qué es lo que necesitan de mí?, ¿me van a matar?». Me dijeron: «Tranquila, patrona, vamos a llevarla arriba para leerle la Biblia». Yo pensé que me iban a poner a leer una biblia.

Me llevaron a Los Robles, Santa Isabel, ¡lejos! Y al otro día, al primero que vi fue a un obrero que yo tenía. Dije «ahora sí me mataron» porque este tipo sabía todos los movimientos míos. Casi me muero cuando lo vi. Me decía «tranquila patrona». Yo le decía «¿usted es el que me va a matar?». «No, tranquila, usted conmigo fue la mejor patrona». Esa fue mi salvación. El papá de mis hijos lo quería. Él lo llamó y nunca apareció. El papá de mis hijos hacía unas cosas raras en Bucaramanga que yo desconocía. Estaba con los paramilitares. El Paisa, ese trabajador, me cantó todito: «Él tiene mujeres, tiene esto, hace esto». Yo inocente como una tonta. Y el Paisa, que

era el comandante, lo llamó y le dijo: «Mire, usted se tiene que presentar aquí». Eso discutieron, pelearon. No se mataron por teléfono porque no podían, pero se dijeron hasta el mal del que se iban a morir. El papá de mis hijos llega y le dice: «Con ella pueden hacer lo que se les dé la gana».

Pasaron tres días y yo allá. Cuatro, cinco y nada. Un día cualquiera llegó el Paisa y dijo que me iba a liberar. «La voy a liberar, pero primero tengo que hacer algo con usted». Yo pensaba que me iba a poner una cuota. No. Ese día fue cuando abusó de mí ¿Qué más podía hacer? Menos mal que con el tercer niño fui operada y si no… ¡Quién sabe cuántos hijos hubiese parido yo por allá! Ya ni me dolía, ya estaba resignada porque sabía que me iban a matar. ¡Que me violen y hagan lo que les dé la perra gana!

Mi familia sabía que me tenía la guerrilla, pero no en qué condiciones estaba. Sabían que me había secuestrado, pero más nada. Tampoco han sabido qué fue lo que me pasó. Me han preguntado y nunca he dicho nada. Aunque mis hijos sí sospechan, pero yo me les pongo caridura porque son tres varones y no sé cómo lo vayan a tomar. ¿Para qué dañarles el corazón con una venganza? Prefiero seguir callando. Solamente mi tía sabe y creo que me voy a la tumba con ese secreto.

El Paisa me puso condiciones y tenía que asistir cuando él me llamaba. Me hizo venir a Bucaramanga a comprar ropa. Yo nunca había comprado tantas medias, ni interiores, baterías de celular, mercado, medicamentos, jeringas. Me gasté casi como ocho millones de pesos en eso. Me hicieron comprar de todo, pero yo con tal de estar al lado de mis hijos dije: «Háganme lo que se les dé la perra gana ya». Ya qué me importaba. Y cada vez que a él se le daba la gana de tener sexo conmigo, me mandaba a buscar. Calladita la boca y váyase, mamita. Lo cogió como una costumbre.

Resulta y pasa que los paracos sabían de esas idas que yo hacía pa la guerrilla. Pensaban que yo estaba llevando información de ellos. Ya estaba el comandante Gustavo, que era un guajiro, y un día cualquiera me mandaron a buscar en una Prado. «El patrón la necesita». Yo asustada, pensaba: «este hijueputa quién sabe qué me irá a hacer. Si no me mataron arriba, me van a matar aquí abajo».

He sabido llegar allá y no había sino hombres. Al comandante le dije «aquí estoy, dígame pa qué me necesita». Dijo «lo más de fácil». Se sentó en una silla, puso el arma hacia un lado y se quitó la ropa. Lo miraba apenas, decía que hiciera lo que quisiera con él. Él ya sabía todo lo que me habían hecho arriba. Eso allá entre ellos mismos saben todo. Abusó de mí. Me decía que yo ya estaba acostumbrada a eso, que arriba me hacían lo mismo.

Me cansé de esa vida: el pueblo me tenía miedo. Ya no me miraban como la patrona, sino como una mandona. Ni se me acercaban. Donde yo estaba, abrían peluca. Les daba miedo porque yo era la mujer del comandante de la guerrilla y la mujer del comandante de los paracos. Fui la oveja negra del pueblo. Después de que me respetaban, todo el mundo me tenía miedo. «¡Ay, no, que su mamá es paraca!», «¡Ay, su mamá la pasa con la guerrilla!». Empezaron a hacerles el feo a los niños en

el colegio, y yo desesperada porque a veces estaba con el comandante de los paracos y por ahí a los dos días me llamaba la guerrilla. Como estaba sola, me decían que la mitad del cuerpo mío era guerrilla y la otra paraca. No tenía vida ni paz. Corra pa rriba y corra pa bajo. Parecía una bandera de guerra. Me volví su carnada. Cuando querían sexo me llamaban. La amenaza era contra mis hijos. Los paramilitares me dijeron que el niño grande ya hervía bueno en un sancocho. Decían dizque «¡ay, mire los paraquitos chiquitos!». Eso fue una vida terrible. Así como yo había muchas más mujeres pasando por lo mismo.

Ya no había ganancias de lo que yo hacía. ¿La guerrilla quería ganado? Vaya y saque. ¿Los paracos querían ganado? Vaya y saque. Empezó a disminuir la producción, a acabarse la plata. El papá de mis hijos estaba en otro departamento huyendo. Me tocaba a mí mandarle plata. Eso fue una vida de perros. No tenía paz en la casa ni en la finca. Los compañeros de la mafia habían emigrado. No quedaba nadie. Pensé que era más valiente, pero no.

En el 2005, el papá de mis hijos fue a ver a los niños y llegaron a darle plomo. Eran los paramilitares o la guerrilla… uno ni sabía quién era. Incluso me echaron la culpa hasta a mí. Toes yo dije «me toca buscar pa ónde irme porque ya no aguanto más». Un día cualquiera agarré mis trapos, me dieron 24 horas. Fue mucha la carrera que pegué y llegué a Villa del Rosario. Allá tengo familia, mi hermana.

Traía 6 millones de pesos, toda la plata que me quedaba, y pagué una casa por un año completico para que no me molestaran. Tocaba dormir en una colchoneta porque no traíamos nada, pero al menos viví un año tranquila y empecé a trabajar en Subsalud. Un día cualquiera me dijo una doctora: «Mira, hay unas reuniones de víctimas»; yo no sabía qué era eso. Me mandaron para donde una Magaly, que fue mi ángel y me dio la ruta para seguir adelante. Desde ahí empecé a despertarme, porque yo venía dormida de todo. Empecé a saber que había una ley. Me explicaron, me dieron unos formaticos en la Defensoría. «¿Y esta vaina?, ¿soy desplazada?, ¿tengo derechos?». Empecé a enrutarme, a conocer. Magaly me dijo: «Usted tiene que ser una líder fuerte. Busque más mujeres que hayan sufrido el hecho suyo», y conformé mi asociación.

Creo que he olvidado un poco. Recuerdo las cosas y ya no me da rabia ni tristeza. No tenía que pasar, pero pasó. ¿Qué puedo hacer? ¿Echarme otra vez a la perdición y a llorar? ¡No! A mí no me hicieron ni daño al fin. Estoy perfecta, no tengo ninguna cicatriz. La cicatriz la tengo en mi alma, en mi mente. Tengo una amiga… ella un día se quitó la camisa y me dijo «míreme el cuerpo». Yo pensé: «¿Será que es lesbiana?, ¿será que yo le gusto?». Y me dijo «¡pero míreme!». A ella le quitaron todo lo que es el seno de una mordida, está marcada. Ella se va a poner un brasier y se mira con ese seno mordido. Eso me hizo ser valiente. Yo dizque llorando porque me violaron y esta pobre mujer siendo fuerte. Yo no tengo nada. Ni siquiera cicatrices.

Hacer inteligencia

Le voy a contar de la otra vida, cuando llegué al grupo. Un personaje que tenía mucho mando en las autodefensas me dice: «Le voy a entregar unas carpetas para que empiece a manejar y a colaborar con algunos temas». Empezamos a mirar las carpetas, se habían reclutado muchas más personas. Iban a abrir un grupo para complementar la seguridad de él. Lo que yo tenía que hacer era llamarlos y decirles: «Mire, vamos a empezar el curso tal día, y con eso ellos sabían que se iban a incorporar a la organización».

Empecé esa tarea, que duró como unos seis meses. Ahí aprendí a manejar las armas, a hacer inteligencia, a manejar la tecnología, a ser más sagaz en todo sentido. Aprendí a desarrollarme más el oído. A manipular mis emociones y lo que siente el cuerpo; cómo se debe respirar y oír, cuál es la sensibilidad que uno tiene ante la noche. Aprendí cómo se debe escuchar cualquier ruido: una rama, si pasa un carro, una moto o un camión.

Manipular las emociones es que no podíamos enredarnos. Si uno hace inteligencia, tiene que conocer a la gente para saber qué hace. Le daban a uno la tarea: «Tiene que ir a enamorar a esa persona para que suelte, para que nos cuente. Pero no puede ni enamorarse ni encapricharse del huevón. Usted tiene que ser fría, neutra». Uno pensaba: «¿Qué tal esté bueno?, ¿qué tal le guste a uno?». «No, eso no se puede hacer. Ya sabe: la vida o la muerte». Una de las cosas que más me aterrorizaba era hacerle inteligencia a una persona. Era como leerle la vida sin que supiera, desde que salía de la casa hasta que entraba nuevamente.

La primera vez que me pusieron a hacer la tarea me dio mucho miedo. ¿Qué tal el man me vea en otro momento?, ¿qué tal se dé cuenta que estoy sentada en tal lugar? Todos los días me cambiaba de peluca, iba diferentemente vestida dependiendo de las ocasiones. Me dieron la tarea: «Usted tiene que llegar allá y llamar la atención». Me dieron cinco pasos. A uno lo preparan tan bien psicológicamente, que le salen las cosas. Me fui en la falda que me dijeron. Me compraron unas botas, todo para que el man me mirara cuando llegara. Efectivamente, me senté en una mesa… Tenía mucho miedo. Sentía cómo me sudaban las manos, las orejas y la espalda. Sentía cómo me bajaba el agua. Yo decía: «Ay, Dios mío, adonde me llegue a ponchar, me mata». Cuando el man se para de la mesa y se va para la mía. Cuando se sentó, me dije: «Nooo, toca hacer el trabajo, toca hacerlo».

Llegó un momento en que el man me dice que si nos íbamos del bar. A él le gustaban mucho las fufas, que lo acompañaran. Tenía que hacer ciertas señales para que la otra persona que estaba afuera supiera que yo iba a salir con el man. A mí se me olvidó eso, yo no hallaba cómo. ¡Hijueputa!, me bloqueé. «¿Cómo era que yo tenía que hacer?». Arranqué con el man en la camioneta. Lo único que se me ocurrió fue hacer así: bajé un poquito la ventana y saqué la mano. Me dijo «pero pa qué sacas la

mano». Menos mal mi compañero leyó la señal. Ese operativo fue mi primero, como un orgasmo con todo vuelto mierda.

Dios mío, llegué a mi casa y me bañaba, y me bañaba, y me bañaba. Yo decía: «Nooo, marica, me voy a morir. Esta vaina no voy a aguantar que me pongan a hacer cosas con más manes». Tenía que tener relaciones sexuales con el man. Entonces como que sentía asco. Lógicamente esos manes son muy pervertidos, tienen mucha maricada en la cabeza. Uno pensaba y decía: «Nooo, marica, yo no quiero acostarme con ese man». Pero el patrón: «Bueno, ¿y qué le dijo?». «Venga, ¿por qué no manda a otra?». A mí me escogían por las tetas, porque estaba superdelgadita y el culo se me salía. Era muy patona. Tenía cuerpito.

Las tareas específicas que el man me tenía siempre era como para seducir a los manes, como para todas esas güevonadas. El man me ponía a tener relaciones con algunos muy importantes funcionarios de nuestro Estado. Él hacía fiestas allá en la selva con esos grandes personajes, que llegaban en los helicópteros de los militares. El man me decía: «Si alguno le pide algo, usted se lo tiene que dar».

Yo tenía la gran tarea de llevarme las chicas de La Piscina: quince o veinte viejas bien pagadas. Mujeres muy importantes de nuestro país: modelos, actrices, presentadoras, unos cacaos ni los hijueputas. Esas fiestas eran con todos los juguetes: droga, alcohol, el mejor vino que tú quieras, del país que quieras. Otra cosa era que él me decía «quiero que me traiga una vieja que esté así». Él me la caracterizaba y yo tenía que ir a buscársela a La Piscina. Yo decía: «Bueno, me salvé de esta». Una vez un personaje de nuestro país llegó y dijo: «Es que yo me quiero comer una hijueputa paraca y quiero es esa».

¿Sabes yo qué hacía? Me apretaba los senos con esparadrapo del grueso. Me las embutía pa que no me jodieran. Eso parecían enfermos tragando teta. La mayoría de nosotras hacíamos eso. Cuando sabíamos que iba a haber fiesta, nos embalábamos con harto esparadrapo. Dolía después pa quitarse eso. Le dolía a uno hasta la conciencia. Era como una forma de defensa para nosotras. A lo último ya me volví muy… muy a lo marrano hijueputa. «Ah, ¿me quiere comer?». Les embutía trago hasta que no daban más. Eran como formas de protección.

Yo le decía al patrón: «Venga, ¿cuál es la bobada conmigo? No entiendo por qué siempre me pone a mí». «Tan desafortunada usted que tiene cara bonita». Le dije un día: «Me voy a rapar, hijueputa. Quedo bien horrible y con eso nadie me mira». Y un día lo hice con una amiga con la que me reclutaron. Ocho días castigada. «Yo la tengo a usted aquí es pa que me produzca», me dijo el patrón. «La próxima vez que haga algo con su cuerpo me tiene que pedir permiso».

Uno sabía que en la rutina era hacer inteligencia, extorsión o ir a vacunar. Uno sabía que su día a día no iba a ser nada chévere. Haciendo una vacuna te podían matar. Si te ponías a hacerle inteligencia a alguien, la persona se podía dar cuenta y te podía matar. Eran muchas tareas que en el día a día te ponían a pensar «¿cuándo será que me toca?». Estar cercana a la muerte me hacía bajar de peso. Yo sentía como

que se me quemaba la grasa que tenía en el cuerpo. Llegué a pesar 40 kilos. Una vez uno de los escoltas de un marica de esos se dio cuenta. Me cogió por detrás y me dijo: «Mire, perra, sabemos lo que está haciendo. ¿Quiere que le pegue un pepazo?». Yo dije: «Marica, me tocó». Cada vez que me pasaba algo así, pensaba era en mi hijo. Veía toda mi vida como si fuera una película.

Yo tengo una libreta, todavía la conservo después de tantos años. En la libreta tenía un lapicito que medía como unos diez centímetros. Un lapicito rojo que trae un borradorcito. Todos los días un palito, y decía «¿cuándo voy a volver a ver a mi hijo?, ¿cuándo voy a volver a ser la misma?, ¿cuándo me dejarán volver a tener mi vida normal?». Todos los días lo hacía sin esperanza de que iba a salir. Nunca tuve esperanza de que iba a salir. Uno veía cómo se morían los compañeros en el día a día. Pensaba que me iba a morir dentro de la organización. Allá uno conoce mucha gente. Mujeres que estaban ahí porque les violaron el papá o porque les mataron a la mamá al frente. O porque les hicieron daño a sus hijos, se los quitó la guerrilla. Entonces se venían pa este lado. Yo creo que al otro lado estarían igual: «Ah, esos de la derecha son unos granhijueputas».

Una de las cosas que a mí me agradaban mucho era sentarme en la guardia, allá en el hijueputa morro. Antier precisamente me acordé porque vi una luna superdivina, y me acordaba que esa era mi compañía en la noche. Y los susurros de la chirreta. Eso era lo que disfrutaba en la noche, ver ese esplendor. Entre la luna y el sol me quedo con la luna porque es mejor compañía. Ilumina, da tranquilidad. Tú te puedes imaginar muchas cosas con la luna. La luna es romántica, te trae cosas bonitas a la cabeza. Es como la compañía de los que están allá prestando guardia, esperando qué va a pasar al otro día: «¿Será que sigo vivo?, ¿será que podré volver a ver a mi mamá, a mi papá, a mis hermanos?». Bueno, no sé, cada uno pensará lo suyo, pero para mí la luna era como una tranquilidad, como mirarla y pensar en mi hijo. Creo que lo bonito que tiene la guerra también es eso: cómo uno conoce otra persona, cómo escucha al otro que también se está guardando unas cosas que siente que no se lo puede decir a nadie.

Todos los días me ponen una tarea diferente y ya no sé si soy buena, si soy mala, si tengo corazón de piedra. Cada vez más como que siento que no soy yo, sino lo que quieren los demás, lo que me manden. La opinión de uno no valía, usted es una rasa, usted es un pedazo de… Un número más. Usted no tenía derecho de decir: «Oiga, tengo un cólico y me quiero quedar quieta». «Paila, coma mierda, mija. Ya sabe qué tiene que hacer». Para mí, que me llegara el periodo era lo más horrible del mundo.

Cuando nos hacían los abortos, digamos, pasaban seis meses y lógicamente pues a usted le tocaba seguir teniendo relaciones con el que le dijeran. El periodo para uno era tenaz. Una toalla no me daba, me lastimaba mucho la cola, me quemaba el camuflado. Las viejas ya sabían y me decían: «Marica, no haga guardia. Todo bien, acuéstese». Uno se hacía cruces, como en el Ejército, que era tome y deme una cosita. Sí, porque el camuflado no era como que iba y lo lavaba ahí. No, le tocaba ir hasta el río, porque toda esa sangre se la lleva es el río. Y no podía quedar posada, porque se

daban cuenta de que habíamos estado en ese lugar. Allá la bayetilla se embute, pero lógicamente cuando la sacas eso está vuelta una vaina terrible. Tocaba meterla debajo de la tierra. Uno abre un hueco por ahí de unos 15 centímetros y mete la toalla, y vuelve y la tapa. Entonces la tierra absorbía la sangre y diluía la bayetilla. Eso también ayudaba para que no nos olieran.

Esa era una de las cosas que yo decía: «Si en verdad fuéramos tan terribles, malas, hijueputas, no nos importaría la otra, no nos interesaría si le llegó el periodo fuerte, duro, feo, malo; no habría esa solidaridad con las demás». Yo lo que más llevaba de las ciudades era toallas pa las viejas. Eso allá era una lotería. Con que usted tuviera una toalla se volvía la diosa del mundo. La bayetilla era demasiado incómoda. Cuando se llena de sangre, uy no, eso pa sacarla es una mierda, es terrible. Eso lo quema a uno y le da infecciones vaginales. Claro que allá estaba el indio, y el indio le daba a uno mucha hierba. «Métase tal cosa, báñese con esto». Por ejemplo, la manzanilla con la caléndula… ¡Uish, eso era fantástico!

Yo era a la que más le duraba el periodo. Había chicas a las que solo les duraba tres, cinco días. Era como más fácil y llevadera la vuelta. No sangraban todo el día. Pero las chicas que teníamos los problemas de los abortos teníamos más, y también infecciones vaginales, de flujo, de toda esa vaina. Lógicamente, los abortos a uno le dejan sus secuelas. Uno con el periodo como que no podía trabajar mucho.

¿Por qué fuimos positivos?

Empiezo a trabajar en la Diócesis del municipio como misionero voluntario porque antes había sido seminarista. Tiempo después nos vamos a hacer una misión a otro municipio. Nos dirigimos varias personas, pero antes de llegar secuestran el carro donde vamos profesores, enfermeras, nosotros, el cura y las monjas. Nos cogen los paramilitares, nos sacan del carro y nos hacen entrar al monte. Nos dice que nos van a llevar y verificar unos datos.

El que no debía nada, salía enseguida.

Los paramilitares nos seleccionaron por tener carné y ser trabajadores de la Diócesis. A mis otros compañeros y yo nos separaron del padre y de las monjas. Caminamos toda esa tarde en el monte, tipo tres de la tarde en una zona montañosa. En ese momento uno está lleno de miedo, pierde la noción del tiempo. Al llegar a cierta parte, nos cubren la cabeza con unas mochilas negras. Nos amarran y nos entregan a alguien que nos va jalando. Uno solo siente que camina, que el monte se le pega en todo el cuerpo. Yo tenía veintipico de años.

A los tres días nos llevaron a un arroyo para que nos bañáramos. Nos hicieron desnudar, solo teníamos las mochilas en la cabeza. Era muy difícil porque uno no puede

ver quién está alrededor, no se sabe cómo vestir. Luego nos dan como una especie de sopa, pero uno no siente hambre. Con tanto silencio no se sabe qué pasa. Al tercer día llegan cuatro hombres, que nunca vimos porque no nos quitaron esa mochila de la cabeza. Ellos nos trataron de «ajá, ¿y estos quiénes son?». «Son de la Diócesis, trabajadores de Cristo». Pasaron unas horas y empezaron a insultarnos. Nos pateaban en el suelo, nos preguntaban cosas referentes al obispo, que si él daba dinero. Nosotros no sabíamos, entonces nos pegaban en la cabeza. Decían que estábamos mintiendo. Llega uno de ellos y dice: «A estos maricones vamos a hacerlos hablar».

Nos cogieron, nos empezaron a quitar la ropa; yo escuchaba a mis compañeros gritando. Después de muchos golpes, me agarran y empiezan a abusar de mí. Uno no se puede defender. La capucha nunca me la quitaron de la cabeza. Lo agarraban a uno tan fuerte, que se van turnando y lo mismo hacían con mis compañeros. Uno no entiende por qué está sucediendo tal cosa. Esa clase de tortura la hacían en la mañana y en la tarde, y duró por ahí como unos diez días. Un compañero era el que más gritaba, pedía que lo soltaran pa matarse con ellos. En algún momento yo quise coger la misma actitud y suplicábamos que nos mataran. ¿Por qué nos tenían así?, ¿qué pasaba? Como al quinto día tomamos la actitud de gritar a ver si nos mataban o qué. Alcanzo a recordar que volvieron a agarrarme. A uno de ellos lo mordí fuerte a ver si con eso me metían un tiro y se acababa todo.

A raíz de eso, a esos tipos los cambiaron. Llega un señor más de edad, dos mujeres y otro tipo. Nos dicen «el curita va a mandar una plata para que puedan salir de aquí». Fueron como dos días más que pasamos allá, pero nos dejaron quietos. Me acuerdo que esas personas nos quitan las mochilas de la cabeza y nos dicen: «Ustedes se van». Ninguno de los tres nos atrevíamos a mirarnos. No sabíamos qué pasaba, qué hacer. Nos dicen: «Les vamos a indicar hasta dónde los vamos a acompañar, y ahí ustedes se van solos sin mirar para atrás».

Fuimos a parar a un convento de monjas hacia al oriente.

Nunca dijimos nada de lo que pasó. Yo me enfermé mucho. Perdí el habla, el cuerpo reaccionó así. No quería saber de nadie, quería estar solo. La luz me molestaba. Es que nosotros solo les dijimos a nuestras familias: «Fuimos secuestrados y más nada». O sea, nadien, nadien de mi familia, absolutamente nadien sabe lo que pasó realmente. Solamente una persona.

Es algo que nunca se supera. Todavía tengo pesadillas. Sueño todas las noches con algo diferente relacionado con lo que me pasó. Siempre sueño con que estoy caminando por una selva, ahí empieza. Me persiguen, me escapo, y estoy amarrado. Desde el secuestro no he dejado de soñar ni un día. Perdí mi hogar, me convertí en una persona que no resiste que la toquen. Yo amaba mucho a mi esposa, pero tuve un cambio total y ella no resistió. Éramos una familia muy católica, muy religiosa, de la misa, todo eso. Y ella fue una mujer que amé mucho, inclusive me atrevo a decir que la amo todavía. Pero después de lo que ocurrió yo quería estar solo, entonces mi esposa se apartó de mí. Algo que también me dio muy duro porque era lo único que tenía.

Mi papá falleció hace poco, y él después del secuestro me buscó mucho. Lloraba porque quería abrazarme. Cuando yo tenía pesadillas, él era un padre muy amoroso, pero yo lo limité. Cuando lo recuerdo lloro mucho porque nunca más permití que mi papá me diera un abrazo. Es que cuando intento dejarme abrazar de alguien siento asco. Es incontrolable.

El miedo mío es no volver a ser el mismo, que se enteren. Que mi familia, mis amigos y mis hijos sepan lo que me sucedió. ¿Cómo me van a ver? Es que no es fácil para un hombre estar hablando o comentándoselo a todos. ¿Qué van a pensar de ti después? «Por eso se viste así, camina así, habla así». Me convertí en alguien tan diferente que todo el mundo me rechazó. Entonces decidí apartarme. Empecé a vivir solo y sigo así. No sé vivir con nadie. De pronto pa que no vean la diferencia es que ayudo a tanta gente. Así no se dan cuenta de que soy tan seco.

Una pregunta que uno se hace todos los días es «¿por qué me hicieron esto?». Desde el primer día ellos hablaron con el padre. Nos dijeron «somos paramilitares, esto es de rutina, el que salga positivo es positivo. El que salga negativo se va». ¿Por qué fuimos positivos nosotros?

Yo no he querido leer ni investigar sobre la vida de uno de los responsables. Sé lo que escucho por ahí. Ahorita que estuve en Justicia y Paz me hicieron un comentario de cómo lo capturaron. Sé que el tipo es un depravado sexual y que de pronto todos los hombres que estaban al mando de él se enfocaron en esa clase de tortura. La violencia sexual que ellos sembraban era contra mujeres, hombres, niños, niñas, adultos, ancianos. Pero, como digo, no he querido investigar sobre ese tipo porque ¿usted ha visto un programa de la televisión que se llama *Mil maneras de morir?* Yo sueño todas las noches con mil formas de matar a este degenerado. Por eso no quiero saber de él.

Toda esa oleada

Toda esa oleada de cuerpos sin identidad
Fueron extinguiéndose en una nebulosa y oscura noche.
Esparcieron lágrimas,
que se juntaron a otras lágrimas y a otras más,
naciendo y formando ríos, mares y océanos.

Todos esos seres vivos volverán un día
e inundarán el mundo de alegría.
No los vemos,
pero sabemos que están con nosotros
aunque no estemos.

Juntos somos luz y sombra
que lleva alegría
y a pesar de todo son y no son compañía.
Los nombramos cada día y esperamos su regreso,
su retorno a la vida.

Antonio Erik Arellana Bautista



Identidades limítrofes

Intermedio

Aquí nos hablan personas con identidades limítrofes, es decir, que habitan sus cuerpos trasgrediendo la norma heterosexual. Ellas nos contaron acerca de las maneras en que se construyeron un lugar para su diferencia y sobre los castigos que se les impusieron por ello, por sus elecciones de vida. La guerra se encargó de marcarlas en sus cuerpos y de sustituir sus nombres con denominaciones genéricas. Habitar una identidad limítrofe implicaba, en palabras de alguien que nos contó su historia, habitar un «cuerpo que estaba escrito con violencia».

Vivir en alerta

A pesar de que las etiquetas no me gustan, la única que sí es la de ser un hombre *gay* con un perfil muy *sui generis:* ser hijo adoptivo de una pareja homoparental. Dos madres conforman el hogar disfuncional en el que crecí. Pero, sea como sea, amo a mis dos mamás porque crecí con ellas. Ellas me dieron la educación, los libros, un buen colegio y nunca me faltó la comida.

El hecho de haber crecido en un barrio de un pueblo de La Guajira en el que no había la suficiente educación pero sí una cantidad poderosa de prejuicios, sumado al hecho de ser criado por dos mujeres, me acarreó varias problemáticas. Sufrí abuso de la comunidad: «El hijo de la machorra», «el hijo de las lesbianas», «tus mamás te encontraron en el mercado», «tu mamá biológica es una prostituta que te dejó tirada por irse detrás de un hombre».

Luego fui abusado sexualmente a la edad de siete años, con repetición a los diez. La primera vez fue un chico de alrededor de dieciocho, y luego fue un grupo de chicos que también eran púberes. Esos dos cuadros de abuso sexual marcan mi vida. No estoy diciendo que me hayan vuelto homosexual, porque siempre tuve una inclinación muy distinta hacia las personas de mí mismo sexo. Pero son situaciones que te hacen sentir con el corazón latiéndote un poquito más que al resto de los mortales, porque vives en un contexto donde todo lo que encuentras a tu alrededor es totalmente hostil. Por eso siempre fui una persona muy alejada. En cada momento que encontraba en mi vida pensaba que iba haber un abuso, que siempre iba a haber alguien que me maltratara.

A la edad de diez años decido emigrar de La Guajira al Cesar. Huyo de eso y de una mamá castrante, grosera, mezquina, humillativa. Mi otra mamá siempre fue apoyadora, una persona dada al cariño. También me voy porque sentía que en La Guajira tenía el fantasma de mi madre biológica, porque me mantenían diciendo: «Tu mamá biológica en cualquier momento llega y te roba».

Me vengo a vivir al Cesar, donde trato de hacer una conexión con este medio que era igual de machista y espantoso. Vivir en el Cesar, de los once hasta los diecisiete años fue un grito ahogado. Era una época en la que vivía desesperado por no verme tan marica; desgraciadamente era un hombre muy amanerado. Había tenido mi despertar sexual en La Guajira, pero no mostraba mis inquietudes sexuales. Eso era la aberración más grande de este mundo. Vivía en una constante opresión, diciéndome: «No te pongas esto porque te ves muy marica», «engorda la voz porque la tienes de niña». Sabes que te quieres expresar de una manera distinta, pero prefieres portarte de una manera políticamente correcta para que nadie tenga queja tuya. Son pesos sociales muy grandes con los que te levantas todos los días. Por eso creo que hoy en día sufro de ataques de pánico. Estoy pasando por un proceso de depresión profunda que ni siquiera me ha dejado graduar de mi carrera. Desde muy chico tu mente te está diciendo que tienes que vivir en alerta.

Identifico el año 95 como un año de giro. Termino mi bachillerato y pienso: «Adiós *bullying* de compañeros, voy a estar un poquito más tranquilo». Todavía estaba en la tumba con el tema de mi orientación sexual, pero igual le digo a mi mamá: «Ay, mamá, me quiero ir para Bogotá a estudiar actuación». Llego a Bogotá supuestamente queriendo estudiar actuación, pero lo que no sabía era que eso era un pretexto que tenía para que una nueva persona naciera en Bogotá. Entonces comienza una nueva vida; encuentro los bares *gays* donde podía ser sin miedo.

Estaba en Bogotá por huir de la agresión, por tener la posibilidad de encontrar afecto. Tener contacto con ese mundo fue lo que me dio vida lejos de ese Cesar tan opresivo. Tuve muchos novios, rumbeaba mucho. Fue una cosa muy fuerte, pero bella de todos modos porque me desquité de los años de dolor que llevaba en mi alma. Solo que por desgracia me quedé sin plata y me tocó regresar.

Regresé, y el Cesar seguía siendo un departamento doblemoralista. Por lo menos ya existían lugares donde los *gays* de clóset podían ir y se miraban. Había zonas que eran de chicos *gays,* en las que se sentaban a hablar. Por ejemplo, la zona de la Gobernación y lugares como plazas y bares fueron de encuentro para nosotros. Entonces comencé a mostrarme sin que me importara absolutamente nada. Llegué muy liberado, la reina del cabaret. No me iba a dejar de nadie.

Justamente ahí comienza el fenómeno paramilitar. Estamos hablando del año 1999, 2000. Comienzan a salir listados de «maricas, boletas». «O te recoges en tu casa o te matamos, no respondemos por tu vida». Un día agarraron a un chico *gay* muy afeminado, que andaba con su cabello largo y sus zapatitos de plataforma, y lo dejaron calvo. Decían: «Esto es para que respeten a los paracos. De ahora en adelante, marica que pillemos, lo jodemos, le zampamos un tiro por las patas». Uno escuchaba cosas terribles. Aun así, el grupito que nos reuníamos en la Gobernación persistíamos en estar ahí. Nos gustaba ese lugar. Lo habíamos reclamado como nuestro.

El primer hecho que puso mi vida en peligro fue el día que venía caminando de la Gobernación, alrededor de las doce y media de la noche. Por la avenida venía una camioneta de platón, lujosa, roja. Venían unos hombres muy eufóricos que decían: «Al que encontremos lo quebramos». Iban haciendo tiros al suelo. Yo salí corriendo y me tiré al monte. Di muchas vueltas para que no me dieran y terminé bastante rasguñado por tratar de cuidar mi vida. Ese fue el día que entendí «esto es serio». Si no me hubiera tirado al monte, me hubieran matado.

El Cesar no era lo mismo para ninguno de nosotros. Pero eso no nos importaba; a mí ese sustico se me olvidó bastante rápido. Continué yendo a la Gobernación. Un día se armó una especie de radiotón. Fuimos varios *gays* y nos dimos encuentro allá. Había un grupo de muchachos que nos estaban viendo. Nos miraban y nos miraban, y resulta que uno de mis amigos se acercó adonde uno de ellos y le dijo: «Si quieren nos vamos para el río, terminamos la parranda. Ustedes consiguen el ron y la vamos a pasar sabroso».

Total que se acabó el evento y comenzamos a interactuar, pero había algo en la actitud de ellos que no me gustaba porque se mostraban muy agresivos, muy

machistas. Para mí fue como el primer campanazo. Pero tampoco iba a dejar tirados a mis amigos. Esos muchachos trajeron la camioneta y se me hacía bastante parecida a la que estaba echando tiros al suelo. Había algo que me decía que no me montara en esa camioneta, pero de la nada surge la chica que tenía una cara como de malosa, que era la que daba como orden. Total que ella se monta en la parte de atrás de la camioneta. Ellos eran como seis, y nosotros, tres. Del coliseo hasta el balneario esa camioneta se gastó un minuto. Yo estaba con el corazón en la boca. Uno de ellos se sacó el pene para lucirse y comenzó a obligar a uno de mis amigos a que le hiciera sexo oral delante de todos. Como mi amigo no quería, vino y le zampó una cachetada fuerte. Me alcancé a bajar, pensaba: «Es momento como de correr, pero es que no los puedo dejar a ellos solos. ¿Qué hago, Dios mío?». Me volví a montar. El otro chico seguía portándose mal con mi amigo, le seguía pegando. Condujeron un poquito más y llegamos a un lugar oscuro donde comenzaron a pedirnos que nos quitáramos la ropa. Yo pensé «hijueputa, nos mataron». Nos dejaron como Dios nos echó al mundo y nos dijeron que nos acostáramos en el suelo boca abajo. Lo único que me acuerdo es que a lo lejos sonó un disparo y ellos se asustaron. Prendieron la camioneta y salieron corriendo. Uno alcanzó a decir que nos iban a matar para que respetáramos a los paracos. Y nos dejaron sin ropa, caía una lluvia. Dijeron «se salvaron de esta».

Fue una cosa muy triste salir de esa trocha desnudos, como Dios nos echó al mundo. Hubo un taxista que se compadeció y nos llevó hasta la terminal. De ahí caminé toda esa madrugada tapándome, desnudito hasta mi casa. Fue el momento que dije «sea como sea me tengo que regresar a Bogotá. Esto no va por buen camino. No estoy dispuesto a quedarme encerrado y tampoco le quiero dar a mi mamá la tristeza de recibir mi cadáver».

Quedé tan asustado después de lo que nos pasó, que no quise volver a salir ni nada. Le dije a mi mamá «no soporto esta maldita ciudad de mierda. Los paramilitares van a matar mucha gente, incluso inocentes». ¿Qué culpa tenemos nosotros los *gays* de todo lo que está pasando? Y como en el 2002 decido no quedarme en el Cesar. Mi vida estaba corriendo peligro. El hecho que me lleva a salirme nuevamente de mi tierra es el fenómeno paramilitar, que ya en esa época estaba la lista de las no sé qué de maricas que fueron declarados objetivo militar. Gracias a Dios nunca terminé ahí. Creo que a mi mamá le hubiera dado un yeyo. En la lista había gente muy cercana a mí. Hubo muchas historias de vulneración, de muchachos que fueron golpeados por personas que se denominaban autodefensas.

En Bogotá comienzo a vivir una vida un poquito más responsable, en casa de algunos amigos. Pagaba con trabajo alguna cosa, hasta que encontré mi pareja. Luego hubo una situación económica que nos obligó volver al Cesar y desde entonces estamos viviendo aquí. Y bueno, volví y encontré el activismo, escuché de fundaciones que estaban ayudando a las personas LGTBI. Me vinculé. Les conté mi historia y estoy muy ligado a ellos. Nadie puede venir a callarnos. No pueden venir a decir que el Cesar

nunca ha tenido procesos como los que nosotros estamos refiriendo. Sí lo vivimos. Hubo personas que desaparecieron. Nuestro cuerpo está escrito con violencia.

Donde acaba la peluquería

La niñez de F.

Vengo de una familia no necesariamente pobre. Mi familia por parte de padre y madre, mis abuelas maternas y paternas tuvieron tierras. En ese tiempo –te estoy hablando de 60 años atrás– mi madre sufrió persecución. A mi bisabuelo lo asesinaron cuando había una tremenda guerra entre godos y liberales; y ya había ciertas manifestaciones de la guerrilla, que no las tengo muy claras, porque yo estaba muy niño cuando mi abuela nos contaba. Debido a todo eso, a mi abuelita materna le tocó empezar a moverse. También tuvo la mala suerte de violencia de género y se metió con un guerrillero. Este tipo la iba a matar, y mi abuela salió de donde vivía, hizo todo un recorrido: de Miranda salió a Queremal, de Queremal a Jamundí y en Jamundí se estableció, que fue donde mi mamá nos tuvo a nosotros. Y, bueno, Jamundí se ha caracterizado por ser una zona roja, por la guerrilla. Y estando ahí transcurrí una infancia relativamente tranquila, porque mi madre me protegió. Sin embargo, hubo dos hechos que influenciaron en mi personalidad y en mi autopercepción cuando era niño.

Estuve expuesto a actos sexuales que no debí haber visto, no participé, pero vi de niño perversiones y después fui violado por un tipo. Cuando le dije a mi madre eso que había pasado, ya había pasado cierto tiempo, porque yo sabía que si le decía se podía formar un problema muy grave. Porque la gente vinculada con la guerrilla no eran personas buenas, entonces a la hora de la verdad iba a ser peor la tragedia. Vi que mi mamá estaba trabajando, que se estaba esforzando mucho por mi abuela materna para sacarnos adelante, entonces omití esa situación y la oculté. De alguna manera haber ido creciendo y empezar una percepción como un chico *gay* me alejó de la guerrilla, de que ellos pusieran en mí su mirada, porque al ver mi identidad como travesti, como que estaban atentos a mí. Yo me daba cuenta cómo se acercaban, cómo preguntan por mí; y mi hermano en ese momento no estaba, se lo habían llevado para Venezuela.

Recuerdo en varias ocasiones que estábamos en ríos con mis amiguitos, y se acercan muchachos más grandecitos a hacernos preguntas: dónde vivíamos, quiénes eran nuestros padres. Recuerdo una de tantas ocasiones en las que uno de los chicos me sedujo y ahí fue donde ocurrió el acto sexual. No me hizo gritar, ni me violentó, sino que hubo seducción, era un chico más grande, ponele unos quince, dieciséis años. Yo le pongo que yo tendría cinco, seis añitos, tal vez menos, pero se me quedó la imagen del tipo seduciendo, hasta algunas palabras logro recordar, y cómo en algún momento se bajó los pantalones y me mostró su pene, se lo acercó a mi boca y cometió un acto

de abuso. No tenés que llevar a un niño a hacer una cosa de esas solamente porque lo estás seduciendo, no lo estás obligando, pero estás haciendo eso a un niño. Son unas porquerías, no les importa sino dónde meten su miembro y si pueden satisfacerse y ya. Eso fue como un clic, porque recuerdo que a mí me gustaban las niñas. A partir de ese momento cambió mi actitud, aparte de haber visto otras situaciones de intimidad sexual con personas adultas que considero no debí haber visto. Eso como que generó en mí, no sé, un desequilibrio en mi personalidad.

Después de eso seguían los sucesos, pero como vieron que empecé a moverme en el ámbito homosexual, del travestismo, de los chicos *gays,* entonces ellos como que hacia esa comunidad no se sienten atraídos. Les han ocurrido cosas feas a las chicas trans. Hubo una que la violaron una centena de tipos y la contagiaron. No sé si vivirá. La dejaron traumada, fue terrible. Les pareció bien agarrarla en una noche o en la tarde y violarla. Luego la tuvieron interna cocinándoles, y se ganó la confianza de los tipos y se voló después, pero estuvo un tiempo internada quién sabe qué más haciendo. Fue bastante fuerte la historia de ella. Yo no la supe muy bien, porque estaba muy chico, pero recuerdo lo impactante que fue el darnos cuenta de lo que le había pasado. A causa de todo eso me empecé a cuidar muchísimo: no estar tarde en la noche, seleccionar mis amistades, tener cuidado con el trago. Pero es que es terrible tener que estarte cuidando tanto, estar joven y querés pasarla bien, divertirte. Es como un riesgo que corrés, como un juego de dados, puede ser que te llevan a hacerte vejaciones, te maten y te entierren en medio de la nada, o te lleven allá y te recluten y te pongan a hacer algo.

La peluquería

En Jamundí coloqué la peluquería y cuando mi abuela se dio cuenta que estábamos más o menos tranqui económicamente y que en Venezuela ella empezó a tener problemas, se regresó. Llegó otra vez a la casa de mi madre con mi hermanito, que llegó hablando con tonada venezolana. Es entonces cuando decido colocar la peluquería en el 2011. Como me iba bien, tenía proyectado en el algún momento sacarlos, porque me di cuenta que yo era muy familiero, que quería estar siempre al lado de ellos. Tenía la intención de organizarme, salir adelante y en algún momento salirme de esta zona, porque yo sabía de que mi hermano ya había crecido y empecé a oler mal la situación con él. Pero a mi hermano le favoreció mucho el haber estado fuera del país y no estar en una etapa en la que lo habrían podido influenciar aún más, porque durante esos años vio otra perspectiva del mundo, no se formó dentro de Jamundí, donde vivíamos en lo que se llama la gavilla, una invasión.

Ahí mi viacrucis todavía no iniciaba de manera directa porque mis sobrinos y mi hermano estaban protegidos debido a la situación económica que se estaba presentando a causa de mi trabajo y de que mi mamá todavía trabajaba. Así los alejé un poco del contexto de violencia que se vivía en la invasión. Entonces nos fuimos al centro de Jamundí, pero ya a mi hermano lo habían visto, a mí también, y tenían todo nuestro historial.

Entonces, estando ahí empezaron a cobrarme vacuna. En la primera notificación mandaron una cartica donde decían «está todo bien, pero si vos actuás correctamente». A mí se me revolvió el estómago. Recuerdo esa agonía que tuve, porque coloqué la peluquería con mucho esfuerzo y aún estaba endeudado con lo del montaje, con el local. La señora me estaba dando una oportunidad enorme, porque no me estaba cobrando alquiler de una, sino que le pagara después, y para mí eso es lo primordial.

No hay excusa pa uno decirles «no, te la doy mañana, pasado mañana». Es como que en ese lapso uno cierra puertas, ventanas. La mente bloquea cosas como un mecanismo de defensa. Muchas veces los mismos policías estaban implicados con la guerrilla. Y yo que en la peluquería atendía a toda clase de personas: paramilitares, gente del Ejército, siempre buscando la manera en que uno les diera información. Era muy tenso el ambiente cuando eso. Cuando eran chicos del barrio, eso sí era más tranqui, pero una vez se me llenaba de gente así, eran ires y venires de preguntas incómodas. Me iba bien, pero era terrible la zozobra que te hacen sentir a causa de que quieren que uno participe de alguna manera siendo el informante.

Traté de organizarme lo más que pude con mis cuentas para responder con todo. Pero después se me fue para arriba todo y noté que las cuentas no iban a bajar, que le estaba quedando mal a la señora del local. En noviembre no les pagué la cuota, en diciembre tampoco. Esa noche salí del negocio y yo iba con un mal presentimiento —le pedí a Dios que me guardara porque tenía una intuición, sabía que los tipos estaban pendientes de que les pagara—. Me tocó volver a mover a mi familia hacia un lugar más económico.

Entonces, yendo de camino hacia casa me abordaron un par de tipos en moto. Mientras yo iba caminando, el que iba en la parte de atrás me tiró al piso de una patada. Yo sentí la moto atrás y me di cuenta que venían buscándome, y me fui a un barcito que quedaba cerca de la peluquería, me tomé un par de cervezas con una amiga y pues con la angustia terrible. Son momentos de mucha incertidumbre y miedo, y necesitaba conversar con alguien. Me senté con ella a hablarle y proyectamos cosas de ella y yo, desde su experiencia como chica travesti ya más grande. Y, bueno, me aconsejó un par de cosas, me direccionó y salí caminando del lugar. Ella me acompañó hasta cierto punto, pero tenía que desviarse, y continué solo de ahí para allá.

Yo ya era chica trans en ese momento, ya me vestía como mujer. Bueno, ellos me abordaron por la parte de atrás, de una patada me tiraron al suelo, ese fue su saludo, cuando voltié a mirar para atrás, uno de ellos tenía el arma en la mano. Yo estaba tirado en el suelo y me dijeron: «¿Vas a pagar?, porque no queremos problemas con vos ni con tu familia. Evitate este tipo de situaciones». Me acuerdo que había llovido esa tarde y caí en medio del barrial y todo. Y, bueno, ellos estaban profiriéndome insultos, con tratamiento terrible, fuerte. Les dije que sí, que yo iba a pagar, que era que estaba organizándome con las cuentas. Me dijeron: «Eso dicen todos», y se fueron.

Me levanté de ahí y no sabía si llegar a casa y que me vieran mi abuela y mi mamá, porque era evidente. Entonces dije «voy a ir así, porque necesito que ellas vean que la situación es apremiante». Era, creo, 27 o 28 de diciembre. Cuando llegué a casa les conté la situación y me vieron; obviamente, se preocuparon muchísimo, y me ayudaron a conseguir el dinero, también prestado. ¿Cómo le iba a pagar a esa gente, si tenía un negocio que atender? Todavía tenía que pagar la cuota del montaje. Aparte, tenía a mi familia viviendo acá, y mi mamá aportaba para ciertas cosas, pero yo no le pedía: lo que ella pudiera dar y colaborar. Con tal de tenerlos en un lugar más tranquilo, no me importaba, me sacrificaba.

Me estaba quedando de parriba, y más cuando esta gente comenzó a cobrarme ese dinero. Entonces fue un fin de año como muy triste, porque yo sentía que era el momento en que tenía que partir. Sabía que a mi hermano ya lo estaban influenciando y tenía que sacarlo de ahí, y que ya habían nacido los dos sobrinos más peques. Entonces en cuestión de una semana resolví mi viaje, sacarlos a ellos, pero sabía que si iba a salir, tenía que hacerlo muy sigilosamente. No podía quedarme diciéndole al vecino, a la vecina, ni siquiera a la dueña del local. Fue una decisión muy abrupta y ellos sabían que la situación era apremiante, así que me apoyaron para que hiciéramos todo muy rápidamente: empacar maletas, ropa, sacar todo, inclusive mi madre tuvo que dejar sus cosas ahí en el lugar donde vivíamos, y yo dejé el montaje en el local, que fue una pérdida mía enorme, dejar todo para poder salir y que mi vida no corriera peligro —porque para mí era más importante— ni la de mi familia.

Las mujeres de la familia

Lo de ser travesti tuvo que ver, porque, bueno, en mi hogar nunca estuvo la figura paterna: mi padre fue un hombre intermitente, ausente. Ahora, ya está más presente, se lo agradezco un montón, lo amo y bendigo a mi viejo, pero cuando yo era chico él se desapareció por completo. Entonces mi mamá y mi abuela estaban vulnerables en ese momento. Sin embargo, mi mamá fue una osa –no digo «leona» porque las leonas dejan que el león macho nuevo se coma a sus hijos, en cambio la osa… olvídate que le van a tocar a su oso y si otro quiere ser el macho, ¡se lo come!–. Ella fue una osa en ese sentido, fue valiente, y sigue siéndolo, porque prefirió quedarse sola con tal de que mi sobrino estuviera seguro.

Ella me agradeció mucho llorando cuando saqué a mi sobrino de Colombia. Siempre ha sido así, ellas han metido la garra y han estado atentas a apoyarnos. Sí hizo falta de pronto la figura paterna, pero quién sabe qué tanto hubiera podido servirnos, quizás hasta nos hubiéramos metido en problemas, porque al tener mi mamá esa capacidad guerrera y valiente de pelear por lo suyo, y no dejarse llevar por el machirulo, de pronto hasta nos favoreció. Pero sí conocí muchas mujeres que preferían dejar que sus hijos se fueran con esa gente, fueron reclutados, hasta impulsados por ellas, por el hecho de no tener qué brindarles o algo que los sacara de la pobreza o la delincuencia.

Hacia el sur

Nos fuimos para Miranda, Cauca, adonde una tía abuela y afortunadamente nos recibieron bien. Mi abuela les contó de la situación, que para ellos no era indiferente, porque Miranda también estaba rodeado desde hace muchos años de guerrilla. Allá nos tuvieron, los logré instalar con lo que pude sacar de la peluquería, y con eso pude solucionar el tema de la comida mientras mi mamá podía trabajar también.

Yo salí de Miranda porque sabía que el foco era yo. Era el 9 o 10 de enero del 2012 y a los tres días salí para Ecuador. Fue una salida bastante traumática, porque me tocó hacer cosas que no quería para conseguir dinero. Yo nunca me prostituí, no me vi obligado, sino hasta ese momento. Lo hice porque necesitaba dinero y salir de Colombia lo más rápido posible. En Colombia, ¡ah, un cliente!, tan lindo, siempre lo menciono, estoy muy agradecido con él, porque gracias a él tomé ese impulso de salir y pude. Yo lo empecé a peluquear a él desde muy chico, fue de mis primeros clientes, y él se fue a vivir Ecuador, y cada vez que iba me buscaba para que le cortara el pelo. Él me dio el número de su casa y me dijo: «Yo estoy bien en Ecuador, andate para allá en cualquier momento», porque le conté la situación. Dios me puso el contacto de ese amigo, y yo sin tener en mente irme para Ecuador, porque yo pensaba moverme a una ciudad más tranquila con mi familia y seguir con mi negocio, comprar un departamento, hacer cosas en mi país, pero él me dejó el número, «guárdalo; cualquier cosa, allá estoy, pegás la timbrada y tenés las puertas abiertas de mi departamento». Así fue, lo contacté esa misma semana. Fue por mí, me ubicó bien en su departamento y todo eso me favoreció para poder salir sin mamar mucho gallo.

En el departamento de él estuve poco tiempo. Después conocí unas amistades del rubro mío de la peluquería y me ofrecieron su departamento, más cercano de la peluquería, y me fui para donde ellos. En Ecuador estuve un año. Si bien mi mamá, mi sobrino, mi familia, ya estaban «más seguros», la incertidumbre y la angustia no mermaban, porque no los dejé en una zona más tranquila, allá también había injerencia fuerte de la guerrilla. Yo seguía en contacto con ellos dirigiendo cada paso que daban, y mi hermana también sufría por sus chicos, tratando de alejarlos de toda situación para evitar que ellos fueran influenciados por esta gente.

El locutorio parlante

Estando en Quito me puse a hacer unos comentarios y eso fue tremendo, por eso hay que tener la lengua quieta. Esa es una parte de la historia que también hay que contarla. Estando en Quito, logré conseguir una peluquería y hacerme amigos. Se supone que allá ya yo iba a estar tranquilo, me puse a contar la historia como por desahogarme. Eso fue terrible, porque le conté a esta persona y parece ser que había gente escuchando y yo no puse cuidado. El caso fue que en una noche que salí de trabajar, en la esquina me abordaron un par de tipos colombianos y me amenazaron. Contra una pared me arrinconaron, me dijeron «vos venís de Colombia y estás hablando de

la guerrilla, ¿qué andás hablando de la guerrilla?, ¿qué andás hablando de las FARC? ¿Por qué saliste de allá?». Me empujaban contra la pared, entonces me bloqueé, ¿qué les contestaba? Era verdad que había estado hablando, si decía que no, se iban a enojar más, pero si decía que sí… ¿me entendés? Andaban borrachos los dos, seguramente drogados, porque se les veía que no lograban mantenerse quietos. Justo iba pasando la Policía, y ellos vieron la lucecita, y no les importó que pasara, pero al quitar la mirada me dieron un espacio para ¡fffff!, salir corriendo. Logré zafarme.

No volví a trabajar en la peluquería, me tocó dejar de ir, y me estaba yendo bien. Darme cuenta de que, por ponerme a contar, me puse en peligro. Entonces, al otro día empecé a llamar a Colombia y no sabía qué hacer, contacté a una prima que vivía ahí y le conté, entonces me dijo que me fuera a vivir a su departamento, pero era toda una movida. Yo estaba ya más o menos establecido, y tener que volverme a mover, lo hice por seguridad.

En ese trayecto fue cuando conocí a un señor. Fui a llamar a las cabinas y él escuchó mi conversación, no me acuerdo ni siquiera cómo fue que hablé con mi hermana en esos momentos, y entonces el señor me dijo «me di cuenta que eres colombiano»; «sí»; «yo te puedo ayudar por tu seguridad. Escuché que habías tenido un problema, algo así». Lo miré y me dijo «no desconfíes de mí, no tengas miedo, quiero ayudar, es más, no necesitas darme ningún dato de nada, te voy a decir de una vez qué información tengo que te puede servir, porque yo sé que por el miedo no vas a querer hablar con todo mundo. Soy colombiano, también vengo desplazado por la violencia en Colombia». Creo que me alcanzó a decir que había sido policía: «Yo corría peligro, mi vida, mi familia, y me vine para acá y he ayudado a mucha gente a través de esto, entonces yo sé cómo moverme en esto». Fui al lugar donde me dijo y pregunté. Me compré un chaleco antibalas, que me lo vendieron barato, y andaba con ese chaleco en la ciudad. Iba donde la psicóloga con él puesto y todo eso. Y bueno, me empecé a ocultar, a no salir. Iba al centro solamente por el tema de las terapias, cositas que me servían.

Me dijeron esto de solicitar refugio, y fui y lo solicité. Conté mi historia en migración y efectivamente la visa de refugiado me salió. Eso fue como en mayo. Pasó octubre, noviembre y en diciembre y me llamaron a confirmarme que Argentina me había recibido para reasentarme. El 28 de diciembre viajé para la Argentina y acá estoy.

Rutas argentinas

Salí de Colombia ya operado. En Quito ya tenía tetas. Cuando llegué a Argentina, pues tenía mi cirugía. Y resulta que me encuentro con la dureza de la sociedad argentina, que no reciben a los chicos *gays,* a las chicas trans para trabajar en sus peluquerías. No sé si lo has notado, que no hay ni una sola chica trans trabajando en el centro, como debería ser. Estuve el primer año bien porque ACNUR se hizo cargo de mí, pero yo sabía que después de ese año tenía que empezar a hacerme cargo y no me recibieron en ninguna peluquería. Fue muy duro para mí, y es duro todavía porque es

una realidad que vivo porque no me inserto laboralmente acá. He logrado sobrevivir porque he sido astuto y he aprovechado todas las oportunidades.

Después se me abrieron oportunidades al decir «no quiero más ser travesti». Emocionalmente venía con mi historia personal; por el otro lado, la vida sentimental era cualquiera: no se me acercan tipos que valgan la pena. Por eso no tengo relaciones sentimentales y fuera de eso vengo y me encuentro con este duro bloque de la sociedad argentina, que no reciben chicas trans en el centro. Pensé en algún momento colocarme una peluquería, pero fue como que me salió una situación –porque, si bien creo en Dios, tampoco ignoremos al diablo–. El caso fue que llegué y me consiguen, después de tres días de tenerme en un hotel en frente del Hospital Central, una zona roja por una avenida que se llama Pedro Molina. Ahí todavía creo que se mueve la prostitución, porque yo he pasado y he visto chicas trabajando ahí.

Me llevaron a vivir a ese punto. Para las chicas que me recibieron, las trabajadoras sociales, eso no era relevante. Yo había sido reasentada en Argentina y el problema mío era Colombia o Ecuador. Acá no iba a tener problemas con la guerrilla. O sea, que, si me robaban en Argentina, eso le puede pasar a un argentino, ¿por qué no le va pasar a usted? En esos momentos no caí en cuenta de la situación y pensé que me iban a resguardar de verdad. Salí y empecé a conocer el lugar; me pareció hermosa la ciudad, entonces salía a caminar. Fueron unos días de mucha melancolía porque a mí el verano me hace mucha nostalgia, melancolía, tengo que ir al médico y preguntarle «¿a mí se me baja la presión en esta temporada?», porque si no me controlo, voy a estar todo el tiempo deprimido. Es rara la sensación; yo se la atribuyo a eso, siento como que se me baja la presión y siento esos bajonazos en mi estado de ánimo.

Resulta que en una de esas salidas me vieron las chicas que trabajan por ahí. Cuando doblé una esquina, me di cuenta que estaba en plena zona roja. Venía una chica y yo miré con mucho miedo, porque las chicas suelen ser agresivas cuando se mete alguien que no está autorizada; logré subirme a un auto que me paró creyendo que yo estaba trabajando en la zona, y logré hacer que me subiera en el auto y me sacara. Eran dos tipos, justamente policías ¡vestidos con el uniforme!, y me sacaron de allá. No iban en un auto particular, porque habían terminado turno y andaban por allá de joda. Después me enteré que hacían cosas terribles mandadas por una proxeneta que había en esa zona.

Entonces, vengo de un contexto de amenazas, muerte, y llegar a Argentina, donde supuestamente vengo a que me acojan, a estar más tranquilo, y que una chica del mismo hotel donde estaba viviendo me diga que por ahí no me puedo estar moviendo porque corro peligro. Fue traumático. Me puse las pilas a buscar un departamentito para irme y me fui. Inclusive ellas me dijeron «¿vos te querés venir?», pero yo ya venía de una especie de bajón emocional con respecto a mi personalidad, y hallarme con esta dureza de los argentinos, a que la chica trans se mueva en el centro como una persona más, lo que no ocurre en Colombia. En Colombia también la discriminación está a flor de piel, pero la chica trans se puede mover. Por eso eran mis ganas de irme

a colocar una peluquería a Cali, porque yo veía a las chicas trans en algunos sectores trabajando con su peluquería, felices, unas muy hermosas, otras más sencillas, pero trabajando en la ciudad.

La estudiante

No pasó así porque yo venía con toda esta carga de mi historia: la separación de mi familia, la transculturización, algo que no es fácil. Todo es un juego emocional bastante fuerte, y mi soledad. Lo que me ayudó fue que llegué justo en un momento en el que la agrupación 15 de Julio, activista por los derechos en Argentina, había decidido armar un *sense* para adultos apuntado a atraer a la comunidad trans o lesbiana, también podían ir heteros, sino que era como que querían que se insertaran chicas trans, un grupo muy lindo. Cuando yo llegué, en enero, me inserté en lo académico. Dios me mostró el camino por lo académico, así como el diablo me estaba mostrando la zona roja.

El caso fue que cuando logro empezar a estudiar, siempre cuento que fue un sueño que se cumplió. De chico, mi mamá me daba el estudio y ella quería que yo estudiara, no pensaba nunca que fuera a ser peluquero, sufrí un suceso de discriminación en el colegio donde ella me metió, un colegio privado. Ella estaba haciendo lo posible por que yo no estuviera en lo público, porque tiene mala fama en Colombia. Me teñí el cabello y por eso parece ser que el rector, o no recuerdo, me canceló la matrícula. Por no abrir la boca, porque un niño introvertido era yo en ese momento, ahora hablo hasta por los codos.

En esos momentos le oculté la verdad a mi mamá y fue un bajón por no poder continuar estudiando. Fue tan frustrante que yo me soñaba entrando a clases con minifalda, con camisita amarrada y con tetas, yo parada en la puerta del aula diciendo «no, yo no puedo entrar así a clases, ¡ah, sí!, sí puedo entrar, ¿por qué no?, si esto es lo que quiero ser y lo que soy». Se cumplió el sueño, pero en Argentina, porque, cuando empezamos a estudiar eran todas chicas trans, había un par de chicos hetero y de chicas lesbianas. Era inclusivo, una mezcla de todo, muy lindo el ambiente. Cuando me paré en la puerta del aula me emocioné tanto, hasta las lágrimas, porque dije «ay, entré a este lugar a estudiar como quiero venir vestida», y eso me enganchó. A través del estudio pude echar raíces en Argentina; si no, me hubiera ido y ustedes no conocerían mi historia.

Fue tan duro tener que enfrentarse a esa realidad de tener que ir a pararme en una calle, tanto así que tomé la decisión de dejar de ser chica trans, dejar de vestirme y cortarme el pelo. Fui a un par de iglesias antes de hacer eso, porque ya venía con un bajón emocional tremendamente fuerte. No quería ir a terapias con psicólogos, medicarme y la decisión ya estaba tomada. No sé si has notado que tomo decisiones como radicales, y es difícil que vuelva atrás. Recuerdo que eso fue el invierno del 2013. Ya lo venía cavilando con ese enfrentamiento: lo que pasó en Colombia, mi situación sentimental. Me sentía muy vacío, muy solo y enfrentado a esta situación de no poder

insertarme laboralmente, dije «no sé a dónde voy con mi vida» y la gota que rebasó la copa fue el tener que irme a prostituir, si bien lo había hecho en Colombia.

Otra vez F.
La gente de la iglesia me ayudó un montón en la transición. Cuando tomé la decisión de dejar de ser travesti, sabía que a los que podía recurrir eran ellos. No podía llamar a mis amigos que en ese momento eran *gays* o trans, porque todo el tiempo me iban a persuadir que no lo hiciera. En cambio, sabía que podía contar con la iglesia. Visité los dos templos y en el último conservaron mis datos y me llamaron para preguntarme cómo estaba. Me visitaron y en esa visita, como ya venía tomada la decisión, me corté el pelo, quemé la ropa, fue algo así como ¡ffff! No fue de a poquitos. Cuando me metí en el patio le echamos alcohol y ¡fffff! Al mismo tiempo me corté el pelo. Al otro día dije: «¿Cómo me voy a levantar mañana sin toda la ropa que quemé? ¿y con mi pelo corto?». Fue bastante especial porque me levanté, abrí los ojos y seguía sintiendo paz. Entonces cuando abrí los ojos y no me pesaba, dije «tomé una buena decisión», porque si me hubiera levantado mal, me dejo crecer el pelo otra vez y la ropa la voy a comprar.

F. piensa en los que dejó atrás
Mi abuela y mi mamá no tengo idea de cómo estarán, pero sé que medianamente están comiendo. Emocionalmente no sé cómo están con este desplazamiento que han tenido que tener de sus hijos, porque mi hermano, mi hermana, sus nietos no pueden ir a verlas, porque ellas están en un punto bastante pesado. Mi hermana, mi hermano y mi sobrino salieron del lugar de peligro que había ahí, con esa gente que se estaba moviendo, que sorprendentemente resultaron tener nexos con la guerrilla. Moviéndose en esas son las que saben que pueden conseguir gente para reclutar, se mueven en la universidad y todo, pero les cuesta un poco más llegar allá y captar gente; en cambio en esas zonas no, en esas zonas tienen más acceso. Entonces a mi mamá y mi abuela, apenas saque a mi hermana de allá, voy a moverlas a una zona mejor también. Pero es traumático para todos.

Como la pluma en el aire

Cuando mi mamá murió, a mí me dejaron en Montelíbano con una tía de mi papá. Ella me maltrataba, me ponía a hacer de todo. Yo había dejado el colegio, no me gustaba. En cambio, me gustaba era andar por ahí en el campo. Yo digo que cuando uno es huérfano como que todo el mundo le carga la mala a uno, ¿cierto? Que «Rosa, a lavar los chécheres», «Rosa a barrer», «Rosa a buscar leña», «Rosa, venga a atizar el

fogón», «Rosa, venga a echar el agua». Empezaron a maltratarme. Viví con mi tía hasta los quince años, cuando me hice libre.

Tuve un hijo y lo perdí a los seis meses y medio de nacido. El papá de mi hijo era un hombre casado. Y nooo, yo qué lo iba a querer. Era como pa darme libertad. Le voy a decir la verdad –porque por la verdad murió Cristo y por la verdad debemos de morir nosotros–: a mí no me llamaban la atención los hombres, sino las mujeres. Yo como que quería ser libre. Pensaba que con un hombre iba a ser libre. Buscaba la libertad, mas no un hijo. Nadie sabía que a mí me gustaban las mujeres. Me hubieran matado… ¡me hubieran matado!

Murió mi hijo y me fui pa Ayapel, Córdoba. Tenía una amiga y esa amiga tenía un establecimiento de mujeres, pa que vea usted. Con el tiempo le dije que quería trabajar ahí, mesiaba. Ahí estuve como un año, después me fui pa la casa de vuelta, pa donde mi tía, y arranqué pa Cartagena. De ahí me fui pa Aracataca. Había oído de Aracataca en la novela El vendaval. Me lo imaginaba distinto: como una ciudad o un pueblo bien bueno. Acá en ese tiempo se vivía de la bananera. Luego vino la bonanza marimbera. Aquí todo el mundo vivía de eso y del café.

Yo también me fui a coger marimba. Era duro porque la marimba se raspa. Eso es como la Gillette, corta como una Gillette. Me pagaban bien, vivía de eso. Después de esa época de la marimba trabajé por ahí en una finca de corozo. El trabajo de la marihuana es menos difícil, pero es más peligroso y la persona consume más, pero yo no; gracias a mi Diosito, yo no. Sí había mucha gente que consumía, y eso era pa uno reírse porque, la verdad, uno pasaba su tiempo gozándosela.

Como en el año 90 adopté el otro hijo. Era varón. Luis Fernando. La mamá lo dejó botado. Tenía un añito, añito y pico. La mamá era una muchachita también, una jovencita por ahí de la calle, toda viciosita. Lo dejó ahí, estaba hasta el portón cerrado. La vecina del frente me dijo: «Vecina, mire lo que le dejaron ahí». El peladito era sietemesino… o ni siquiera, porque lo habían dejado en una incubadora hasta que cumpliera los siete meses, con una camiseta que decía «Me regalan». Yo cogí al peladito. Y esos ojos de él así y flaquitico. Estaba muy desnutrido. Un 16 de febrero. Ahí lo cogí.

Tenía un patrón. Cuando la bonanza, también trabajaba en un bar de mujeres. Era la cantinera. Cogí al niño y pensé «Dios mío, y ¿ahora cómo voy a buscarme un hombre pa que me le dé los apellidos?». Me sentía como amarrada, como que, si le colocaba mis apellidos sola, pues como que no era bien. Y ese señor, el dueño del bar, era más bueno conmigo. El señor se enfermó y él quería que yo fuera su mujer. «Lo que pasa es que a usted no le gustan los hombres», me decía. «Ah, bueno, ya lo sabe, y ¿entonces qué me va a arrastrar en la cara? A usted lo tengo, vea, pa decirle la verdad, yo lo tengo a usted como un miembro de mi familia, vea, como si fuera mi papá».

Él era mayor, bastante. Se puso asmático, pobrecito. Yo lo cuidaba, le daba cualquier toma. Yo era la medicina de él. Cerró la cantina. Como eso se puso tan malo que ya ni daba producto, porque estaban los paramilitares por ahí. Y cuando dejaron

al niño, yo le dije: «Qué, Pollo, ¿ahora sí nos vamos a casar?». «¿Y eso por qué? ¡Qué buena noticia!». «No, que ya tenemos un hijo». «¡Cómo que tenemos un hijo!». «Sí, ya tenemos un hijo, ahí está». Ya yo lo tenía metido en una hamaca, bañadito y cambiadito. Enseguida me fui pal centro a comprarle ropita. El Pollo llegó, abrió la hamaca y dice «oiga, y usted pa qué se puso a coger eso». «Es un niño». «No, pero ¿usted no está viendo que eso está es muerto?». «Vea, si usted me quiere ver tranquila y contenta, déjelo, dígale el niño o el muchachito, pero no le diga eso ni que se va a morir». «Bueno, ya se la compuso usted con su hijo». «Le toca cuidarlo», le dije.

Él se fue a vivir a la casa, pero dormíamos en cuartos separados. El hombre quiso más a esa criatura que a sus propios hijos. A las tres de la mañana me levantaba, le hacía alimento, le hacía todo, todo, todo; le dejaba los pañitos, bien dobladitos y todo ahí, y ya él no tenía sino que ir a buscar la leche, le dábamos leche de ganado. Él era todo contento con su hijo. Y ahí está, y ahí vive conmigo. Tiene 31 años mi hijo, Luis Fernando. Con el señor viví como que cinco o seis años, y ya ahí se puso muy fastidioso, estaba muy viejito y ya él creía que tenía mando en mí, y no, señor.

Tenía tres años cuando lo metí al colegio, y comenzaron a pedirme el registro del niño. «Deme, deme el registro». «No, es que no lo encuentro». A los diez años lo bauticé y lo registré con mis apellidos y los del señor. Él sabe cómo es su historia, sí. Ese niño ve un perrito viejito por ahí chillando y enseguida comienza a llorar porque así lo botaron a él. Y si encuentra cinco perros, cinco perros se lleva para la casa.

Ahora tiene 31 años, ahí está. Cuando a mí me pasó el suceso, yo lo tenía a él allá en el monte. Tenía doce años. Cuando me sucedió lo que me sucedió, ya no había marimba, ya no había nada. Me fui pa la parte alta de Aracataca porque daban tierra pa uno sembrar. Me fui con una familia entera. Vivíamos ahí, pero llegó esa época del 2001 que fue muy fea. Esa gente empezó a meterse a las fincas ajenas, a comerse lo que uno había trabajado con tanto esfuerzo. Bueno, y una tardecita llegaron, ni tan tarde tampoco, como tipo tres de la tarde. Llegaron esta gente, los paracos, era un grupito bueno, como de veinte personas. Entraron preguntando por un señor y como no estaba nos dijeron «entonces responden ustedes».

Cogieron a la señora del señor que estaba ahí con nosotros, la amarraron. Había dos niñas, las amarraron. «¿Y usted qué?», me preguntaron. «¿Qué de qué?». «¿Está por acá sola?». «Vivo en esa pieza». «¿Y usted qué es de ellos?». «Nada, somos compañeros de trabajo». Entonces me dijeron que yo tenía que ser de ellos. «¿Por qué razón?». «Porque a usted le gustan las mujeres».

¿Y ellos cómo sabían? Pa que vea, yo fui muy reservada con mis cosas, yo fui muy reservada. Tuve parejas mujeres, vivían en mi casa y mi hijo no puede decir «yo vi a mi mamá en estas». No, señor.

Los paramilitares me dijeron «para que vea qué tiene un hombre que no tiene una mujer». Mi hijo comenzó a gritar: «¡No le hagan nada a mi mamá, no le hagan nada a mi mamá!», y me lo cogieron así, por aquí, por los bracitos, y lo tiraron. Cayó sentado sobre una piedra.

Nos dieron 24 horas para que desocupáramos la casa, la parcela. Nosotros no esperamos. Por un lado salieron ellos, y por el otro, nosotros. Eso se quedó gallina, todo eso se perdió.

Me atacaron los nervios, quedé fue echa una nada. Sentía un carro y me quedaba parada esperando el golpe. Creía que habían llegado ellos. Creía que me iban a matar, y de igual manera pues me tocaba de trabajar en las fincas, porque ¿cómo hacía pa sostenerme?

Luego me fui a Medellín porque allá está mi familia. Mi hermano mayor me buscó por Facebook, no nos conocíamos. Mire, vea, a él se lo llevó mi papá. Ellos eran guaqueros, o sea, trabajaban el oro, la minería. Cuando eso, un tiempo se metió la guerrilla y eso mataron gente, quemaron, hicieron, y a los que estaban metidos entre eso, entre esas cuevas, le tiraban tierra encima. Total que los dejaban ahí sepultados y no sé quién le dijo a mi tía que mi hermano y mi papá habían caído en esas. «Ahora sí», dije, «quedé solita como la pluma en el aire».

Viajamos toda la noche en bus.

Y yo le dije a Dani, mi hijo menor: «Dani, que es tu tío, mijo, el que viene allá con la gorrita y que tiene la camisa azulita y el abrigo. Ese es tu tío, pero no vayas, no vayas. Vamos a quedarnos aquí paraditos».

El infarto fue dos meses después. Nosotros llegamos allá el 18 de diciembre y a mí me dio el infarto el 8 de febrero. Yo me volví cristiana ahora que me morí. Porque mientras me moría yo llegué a un riachuelo, o sea un río. Habían unas piedras tan hermosas, yo creo que el brillo del oro es poquito para el que tenían esas piedras. Iba llegando a esas piedras y oí una frase que me dijo «¿para dónde vas? ¿para dónde vas? Tu ciclo todavía no se te ha acabado allá abajo». Me dijo «pega la vuelta y vete porque tienes mucho que hacer».

Cuaderno III: las palabras como armas

Este cuaderno no reúne experiencias de violencia, sino las maneras como las palabras las justificaron previamente. Se refiere a los usos del lenguaje que estructuraron comportamientos cotidianos y contextos en los que se avalaban el dolor y la muerte; al uso de categorías, de determinadas palabras o metáforas como herramientas de clasificar a los otros. Antes de ser aniquilada, una subjetividad debía ser marcada como extraña, peligrosa, ajena.

Enfrentados

Como si fuéramos animales

En esa época estaba toda la ola de la teología de la liberación, y yo fui mucho más cercana a esa filosofía que a ninguna cosa de izquierda política. Conocí al M-19 en mi secundaria y no me metí pa descubrir que existía Bolívar, Marx o Engels, porque eso yo ya lo sabía. No me importaba leer cualquier periódico siempre y cuando estuviera diciendo algo sobre la situación social que había. Al país se le estaba aplicando el Estatuto de Seguridad. Ya nos estaban llevando a la Policía, habían matado gente en marchas. Nosotros marchábamos porque en el colegio se habían robado la plata pal laboratorio o porque a los profesores no les pagaban. Entonces ¿qué hacían? Nos detenían y nos daban garrote. Solo que la confrontación con el M desenmascara la cosa.

A mí me detienen en el 79. Me montan en un carro, me llevan a mi casa y me vendan. Eran militares, pero estaban vestidos de civil. Ese día yo alcanzo a ver cerca a mi casa que venía un niño con unos patines. Era el hijo de una chica que fue muchacha de servicio, él creció con nosotros. Ahí saco la cabeza, me bajo la venda como puedo y empiezo a gritar: «Me tienen los militares, dígale que me van a matar». De verdad, al niño tuvieron que llevarlo a la cárcel para que me viera porque él estaba convencido. «Se la llevaron y la mataron», decía. Fueron casi dos meses sin verme.

Es en la noche cuando empiezan las torturas, pero desde que llegas te golpean y te putean. Siempre te están denigrando y tratando mal. En la tortura me joden la rodilla, me golpean muy feo físicamente. Me hacen el ahogo, me pararon como en un montículo de arena y resulta que eran unos hormigueros. Vos estás pensando «me voy a morir». Pero uno tiene 17 años, está acostumbrada a guerrear la vida, a vivir entre hombres, a que mis hermanos me dieran puños. Entonces yo era muy contestataria. Eso llevó a que en las primeras 24 y 48 horas de que me hubieran detenido, el primer día y la primera noche de estar en la remonta, me violen.

Después de la violación me tienen que llevar a enfermería. Duro ahí como uno o dos días. Entran a mi mamá y ella nomás me abrazaba sin decir nada. «Tranquila, mamá, estoy bien», era lo único que yo le decía. Pero mi mamá llegó de catre a la casa, se enfermó de los nervios, y no se volvió a parar hasta que le dijeron que yo estaba en el Buen Pastor. A ella no la estaban torturando, pero no podía dormir sabiendo que me tenían allá. Si a vos como mujer y madre te vuelven mierda, eso afecta a tus hijos, eso afecta la leche con que estás amamantando a tu bebé. Ese individuo no está aislado

por allá en una montaña, sino que está inserto en una familia, en una comunidad. O sea que lo que le pase a ese individuo afecta a los otros.

Y, bueno, luego de la enfermería volví a lo mismo. Es tenaz cuando te ponen electricidad. Yo quedo muy hecha mierda pa siquiera poder resistir mucha de la otra tortura. Llegó un momento en que dije: «Ya no voy a resistir más». Es por instinto de supervivencia que uno termina dejándose ir en ese sentido. ¿Qué más da?, ¿cómo salís de eso? Salís corriendo, que te peguen un tiro. O salís vuelta mierda físicamente y tratás de reconstruirte como persona, no comer el cuento de todo lo antihumano en que te han puesto. Una de las torturas más verracas era esa: que nos deshumanizaban poniéndonos a hacer de animales. Ellos decían: «Usted es la vaca, haga como una vaca». Y tenías que hacer como una vaca porque si no, no te dejaban de golpear. Ellos gritaban «¡el caballo!, ¡el cerdo!, ¡la gallina!», y se cagaban de la risa. Hacían un concierto de los animales. Eso es bien verraco. Es tan cagada que nosotros llegamos a reírnos de eso. La risa también es una forma de sobrevivirle al dolor y a esa deshumanización.

Al lado de esos hay otros gestos maravillosos que se dan. Cuando los que nos estaban torturando se iban, algunos soldados nos daban el calostro de las vacas. Eso fue lo único que comí durante el primer mes. Y hubo un soldadito que se trajo un huevo tibio entre sus pelotas, que era lo que les daban de desayuno. Me convenció de que me lo comiera diciéndome que tenía una hermana de quince años que se parecía a mí. «Ah, sí», pensé, «este huevón de verdad que me va a dar un huevito», y me lo comí. Otro de los soldaditos me tira una guayaba que seguramente cogió de un árbol. Me la estaba comiendo cascarita por cascarita, cuando de pronto veo un gusanito. A mí se me movieron las cuerdas de todo. Lo cogí y lo puse en la pared, y empecé a darle la guayaba. Eso con los años te pega. Ahí pude reconocer mi humanidad: «Estoy viva, a mí no me han derrotado», dije. Decido alimentar ese gusano. Si vivía el gusano, iba a vivir yo. Eso me cambió todo el panorama. Es que yo no tenía expectativa de quedar viva.

Después de eso lo que se desarrolla es que me sacan del batallón. A algunas compañeras ya las habían llevado para el Buen Pastor en Cali. Cuando yo llego allá, todavía estoy cojeando, estaba llorando de la emoción porque me iban a llevar para la cárcel. En la cárcel aprendimos muchas cosas: nos poníamos a leer literatura, a discutir, hablar de historia. Los otros compañeros presos cantaban, jodían y le daban ánimo a uno. Era muy humano todo. Es la humanidad lo que te hace juntarte, sobrevivir y respetar las diferencias porque en la cárcel había de todo. «Aquí sobrevivimos a todo esto, mierda». Te junta ese elemento humano básico. Aquí no es que usted es culpable o inocente, aquí estamos vivas. O nos juntamos y nos ayudamos, o nadie se salva. Porque también vi compañeros llevados, acabados después de la tortura y de que salimos de la cárcel. Es gente que se perdió, que nunca se pudo recuperar.

Una de las cosas que me sirvió a mí es que yo no tenía expectativas de salir viva. La verdad, el problema mío fue que cuando cumplí 24 años seguía viva, porque yo juraba que me iban a matar a los 23. Siempre pensé que nos iban a matar de 23 años. Pero a los 24, 25 años, que ya estaba en Europa, yo decía: «¿Qué voy a hacer?, ¿por

qué estoy viva, jueputa, si han matado a tanta gente?». Y pensás: «¿Qué voy a hacer con tanta vida?».

¿Quién me ingresó a las FARC? Pues el Ejército Nacional

A los quince yo era sastre –manejaba la máquina–, maestro y ebanista. Mi papá era constructor. Teníamos finca y casa, una casa grande. Teníamos restaurante y una residencia llamada Residencia Tolima. Vivíamos bien.

Nunca en la mente de nosotros, como juventud, nos imaginábamos que eso era como un delito hacia el Estado, hacia el régimen. Nosotros nos juntábamos, como era legal. El Partido Comunista tenía algo que se llamaba la Juco.

O sea, yo había hecho dos cursos de escuela media, cursos introductorios que daba el partido en una escuela regional en Florencia. Me estaba volviendo como más político. Sabía cosas, gritaba y hablaba, formaba células de partido y eso hizo que «el enemigo» comenzara a tildarme, a señalarme. Cada tres meses llegaba el Ejército al pueblo. Estaba un mes y se iba. Tropas del Batallón Juanambú, de la XII Brigada, llegaban ahí, se instalaban y comenzaban a capturar gente. Eso fue como en el 87, 88, 89.

Comenzaron a capturar gente. La llevaban pal filo, la torturaban y después la soltaban. Otros desaparecían. Yo la iba mucho con un muchacho de la misma edad mía. Se lanzó como concejal por la Juventud Comunista en el municipio La Montañita, Caquetá, y ganó. A ese muchacho lo cogió el Ejército ahí en el pueblo, se lo llevó pal filo y lo tuvo tres días. Le pusieron caucho negro y lo tiraron en una trinchera. Le colocaban la pañoleta y le echaban Coca Cola. Respiraba Coca Cola y le salía sangre por la nariz. Unos 400, 500 civiles fueron al filo a reclamar al muchacho y lo entregaron enfermo. Como a los dos días bajaron como unos catorce soldados y un cabo. Uno se me acercó y me dijo: «Usted, hijueputa, es el próximo que torturamos».

Un día, como un sábado, se baja el mismo cabo ese con unos doce, catorce soldados. Yo estaba jugando billar. El cabo se fue para una tienda y compró doce metros de lazo. Se fue arrastrándolo hasta la mesa de billar donde yo estaba. No sé de dónde saqué moral y no le paré bolas. Me molestó como unos diez minutos. Seguí tacando, y el cabo se abrió tantico a la otra mesa. Me fui, me metí en una droguería. Al ratico llegó el cabo. Quería hacerme entender que me iban a amarrar. Duré como cuatro meses con ese problema. Llegaba el Ejército y me tocaba esconderme.

Un día que llegó el Ejército me fui pa una parte del pueblo hacia arriba, se llamaba la Punta de la Carretera. Me encontré un comandante guerrillero y otro muchacho. Estaban cargando unas maletas en un carrito. Yo les dije, sin saber por qué peleaba la guerrilla, «ole, ¿me lleva pa la guerrilla?, ¿qué necesita uno pa irse a la guerrilla?». «No,

no hable carreta, que usted no va pa la guerrilla». «Nooo, dígame qué necesito pa irme pa la guerrilla». «Usted no necesita nada. Si es verdad que se va a ir, súbase al carro».

Me subí al carro. Yo imaginaba que la guerrilla tenía cuarteles militares como el Ejército. Y cuando llego al campamento, entonces miro que eran un poco de caletas en horqueta, varita y palma. Inclusive había unas carpas transparentes de plástico. A mí me tocó una de esas transparentes. Me pusieron «Héctor». Dijeron: «Héctor, duerma con Jaime». «Ah, bueno».

Esa noche había luna, una luna cristalina. Y de noche, si uno mira como hacia arriba, el cielo se mira por los rotos de los árboles, hacia arriba, todo clarito e iluminado: las estrellas. Para mí eso era como una novedad. Toda la noche la pasé en vela. Escuchaba todo eso en silencio.

Pero, en conclusión, ¿quién me ingresó a las FARC? Pues el Ejército Nacional. El Ejército Nacional me obligó a ingresar allá por diferentes circunstancias. Después me di de cuenta que miles de combatientes –hombres y mujeres– habían sido empujados por el Ejército, porque no había otra alternativa de vida, por la represión.

Por el hijo mío

Una vez me encontré con un amigo que era militar. Llegó a la casa y me dijo: «¡Joda!, ese hijo tuyo sí está bueno pa ponerlo en la Armada». Se refería a Javi. Tengo otro hijo que es Policía, que ya está pensionado. Son cuatro los hijos: dos hombres, uno policía y Javi. Dos hombres primero y después las dos hembras. El policía estuvo en combate y le fregaron un ojo en Ovejas. Las FARC los emboscaron y hubieron tres o cuatro policías muertos. Mi hijo fue el único que quedó vivo, dándose candela con ellos. Le decían: «Entrégate, tú sabes cómo es la cosa». «¡Vengan por mí!». Él dice que apenas dejó una bala, y que cuando vinieran por él se pegaba un tiro. Menos mal llegó el helicóptero. El apoyo lo salvó. No quedó bien de su ojo, tampoco del genio: está bien, luego está con rabia y luego cambia otra vez.

Yo manejaba un camión ajeno, cargaba ganado de Maicao pa Medellín. Javi me acompañó en un viaje a Cartagena. Pasamos por la Escuela Naval y dijo: «Papi, ¿aquí es que está la cuestión de los…?». «No, aquí están los oficiales», eso fue lo que dijo. «Los que ganan plata». «Papi, ¿cuándo estaré yo aquí, donde están los grandes».

Me hice amigo de un sargento allá en Coveñas. En una mudanza le conté que tenía un muchacho y tal. «Ombe, ¿por qué no metes al pelado aquí en la escuela?». Yo le dije a Javi: «Papi, me habló un amigo pa que te metas de suboficial». Lo metí en la escuela de Coveñas y fuimos al juramento de bandera y toda esa vaina. Pagué 180.000 pesos de esa época, en el año 92. Él era bachiller, el primer puesto en todo: primer puesto en el colegio de Sincelejo, primer puesto como suboficial y como oficial. Siempre el

mejor de todos, puede averiguarlo. Una inteligencia única tenía ese muchacho. No fue a la universidad. Estaba recién salido del bachillerato y, usted sabe, uno pobre en esa época no había nadie que lo ayudara. Meter un pelado a la Escuela Militar de Cadetes de Cartagena era fregado, carísimo.

Siempre he dicho que cuando van a pasar las cosas, pasan. En ese entonces vi la cuestión de tanto problema que había, tanta cosa. Que lo paraba a uno la guerrilla, que los paracos. Pero a mí nunca, gracias a Dios, me pasó nada. Por eso dejé ir al hijo mío. Dije: «Si a mí nunca me ha pasado nada, no creo que al hijo mío le vaya a pasar eso». Él entra en el 92 y hace el curso de suboficial.

El hijo mío… la muerte de él fue la más pendeja de la vida.

Que él entrara era una forma de que saliera adelante y se pensionara a los 40 años, pero resulta que no fue así. Él se graduó de suboficial. Ascendió por ser el primer puesto. Fue rápido y no me gasté un peso en su formación. Él vino contento acá, hasta nos tomamos una botellita de whisky por primera vez, porque yo nunca tomaba con él. Dijo: «Papi, voy a hacer curso de teniente», y ocupó el primer puesto de teniente. Había quedado como primer puesto de subteniente allá en Manzanillo, en Cartagena. De ahí lo mandaron pa la Infantería de Corozal.

El coronel lo quería mucho. Un día me habló de tú, y a mí me dio como pena porque era un tipo de esos grandes, coronel. Me dijo: «A ese hijo tuyo vamos a partirlo entre los dos». Me dijo eso riéndose. Nació una amistad ahí.

Después de tantos operativos, el hijo mío venía a casa y nos contaba. Una época muy peligrosa. Siempre salía triunfante, era el que mandaba, el que hacía. De los guerrilleros decía que eran malaclase, unas porquerías, que había que darles candela. Los odiaba. Él veía que hacían muchas vainas malas. Yo estuve en el Ejército, pero cuando eso eran chusma. Y yo también tuve mis dos combates por ahí: uno en Cundinamarca y otro. Éramos del mismo compartir para el combate: «¡Vamos palante!». Le entrega uno como el corazón a eso.

Él se iba a hacer el curso de teniente efectivo. Se fue para El Salado. Estaba en la Infantería de Corozal, hacía combates. Iba al Salado y volvía a Corozal. Nunca lo hirieron. Ojalá hubiera sido herido, pero ni siquiera. Muchos de sus compañeros murieron en combate, y cuando eso pasaba él decía: «A estos hijueputas guerrilleros hay que darles candela». Yo no le decía nada, me quedaba callado. A él le daba como rabia que le mataran a un compañero, usted sabe.

Una vez él salió de descanso y llegó a Sincelejo, a la casa. Fue a cobrar y quería que después nos tomáramos dos botellas de whisky. Ahí quedaron las dos botellas. Total que se fue a cobrar, y cuando estaba cobrando, supo la cuestión del coronel, que lo habían atracado. Se fue por allá a buscar al coronel. Él ya sabía en ese momento que el coronel había muerto, pero se fue a buscar el cuerpo. Yo no hablé más con él. Lo estaba esperando pa tomarnos las botellas. Tan así, que de esa botella de whisky saqué dos tragos, y me dice la mamá: «Déjele eso ahí a Javi porque después se molesta». Yo no tomaba eso, sino aguardiente.

Se fueron a buscar el cuerpo del coronel en un camión de la Armada, con unos soldados. No le sé decir quién estaba al mando del rescate. Cuando el hijo mío se fue a rescatar el cuerpo, ¡pa!, le pegaron el tiro. Hubieron heridos y creo que otro soldado muerto. Tocó esperar hasta el otro día para recoger los cuerpos porque esa zona era de la guerrilla.

Nosotros espere, espere.

Más nunca volvió a la casa, vino en el cajón ya.

La mamá murió de sufrimiento, esa fue la muerte de esa señora. Nunca más se recuperó… la depresión. Ella se enfermó y ya no era igual. Se puso grosera, no se le podía decir nada. Murió como en el 2002. El hijo mío murió en el 95. Esos siete años fueron terribles, la mamá andaba con rabia. Un día se acostó y amaneció con un aneurisma cerebral. La muerte del hijo mío, esa también fue la muerte de esa señora. Esa señora era a llorar y llorar. Aparte de que me regañaba, me decía un poco de cuestiones. Yo le decía que se quedara quieta, que no llorara, que ya iban dos años y todavía en la misma cosa. No se reía.

Esa fue toda la historia de mi hijo. A los dos días se iba a ir pa Bogotá a hacer el ascenso de teniente efectivo. Primero en todo, tenía buena talla –más alto que yo–, cuerpo atlético, pero bueno, la vida es esa.

Ahora, con este proceso de paz, yo digo –y perdone la palabra– «quítame esos malparidos de ahí». ¿Usted sabe la rabia que yo le tengo a ese comandante de las FARC? A todos esos tipos les tengo rabia, a la cúpula completa. Así sea a la edad que yo tengo, si buscaran unos tipos pa combatir en una guerra y acabar con ellos, yo lo hago. Así me maten. Por el hijo mío. Lo que pasa es que uno le tenía tanto amor, que no lo haría por las malas, sino por el hijo mío.

De paz no quiero hablar con un tipo de esos. Yo no hablo con un tipo de esos. A veces estoy en el centro y me dicen: «Ese tipo que está ahí fue de las FARC», y se me sube una cosa por dentro que… Un tipo de esos está vivo y el hijo mío está muerto.

En un noticiero yo la vi

El ingreso

Adriana: Estudié la secundaria junto con mis hermanos en el INEM de Cali. Y estando en el colegio, a través del grupo estudiantil y del grupo de teatro, fue donde conocí el M-19.

María Fernanda: Yo, digamos, me vinculé al movimiento estudiantil en el INEM de Cali donde estaba estudiando mi secundaria. En el INEM pues se expresaba en pequeño lo que se expresaba en el país y la ciudad entera, y era la presencia de

diferentes movimientos de izquierda, algunos de orden legal, otros por fuera de la legalidad. La lucha estudiantil estaba siempre muy enlazada a lo que era el contexto social y político del país. Y, desde esa perspectiva, uno pues también terminaba metiéndose en esos cuentos.

Y en esa cucharada entramos mi hermana Mónica y yo. Mónica y yo estábamos en grado ¿sexto?, ¿séptimo? Desde ese momento empezamos a vincularnos con personas que ya estaban en el M-19. Eran muchachos de quince, dieciséis años. Nosotras teníamos once, doce años.

Adriana: Yo no tenía conocimiento de que mis hermanas María Fernanda y Mónica estaban vinculadas. Era totalmente aparte. No teníamos ese conocimiento. Era muy compartimentado.

María Fernanda: A nosotros nos tocó el segundo paro cívico. Yo estaba mucho más cerca de Mónica porque estábamos juntas en la actividad estudiantil, que era más alrededor de las protestas que se hacían la mayoría del tiempo en las afueras del colegio, y era con bombas molotov. Fuimos expulsadas del INEM y pasamos al Frente Popular. Cuando eso ya estaba el periodo de Turbay y todo lo que tenía que ver con los presos políticos, las torturas. Era algo que se denunciaba en el país y a nivel internacional. Era algo que se sentía en el ambiente de la militancia, de que cualquier situación nos podía conllevar a la muerte, a la cárcel. Todos sabíamos que esos eran los riesgos a los que nos enfrentábamos.

La toma

Adriana: En el 82 Mónica se fue para Bogotá con su compañero Fernando. Y eso fue como ya la oficialización. Ella frentió, digamos que ahí ella da un paso. Es decir, en esa época se decía «ser funcionario del M es que usted sale de su casa y depende y dedica completamente su tiempo al M». Mónica da ese paso. Y yo me voy como a los seis meses, después de que me detienen. Pero con ese paso de Mónica es que se oficializa que hay ese vínculo con el M-19.

María Fernanda: Cuando sucede lo del Palacio, pues obviamente uno se imagina que están todos los compañeros allí. Inmediatamente me comuniqué con mi papá y me di cuenta que Mónica había ido a dejar guardadas sus cosas. Había desocupado el apartamento donde estaba con Fernando Rodríguez y con Pablito, y se habían visto –no recuerdo cuántos días antes– con mi papá.

Y entonces lo que sucede es lo que todo el país conoce, que no hubo posibilidades de negociación con el Gobierno; todas las violaciones que se dan por parte del Estado con el uso exagerado de la fuerza; todo lo que ha sucedido durante todos estos 35 años. Hay tantas personas, sobre todo militantes del M-19, que siguen estando desaparecidas. Y pues Mónica, que estuvo también desaparecida durante tantos años.

Hubo noticias, fotografías publicadas en la revista *Semana* de diciembre del 85. En *El Tiempo* se publica una lista y Mónica aparecía con nombre propio. Aparecían los listados de la gente que había entrado al Palacio, con nombre propio muchos de ellos. Pero nunca hubo ninguna notificación a la familia. Hubo un asedio, una presión. A la casa de mi papá fueron a preguntar por Mónica. Pero hubo que esperar treinta años; más de treinta años para tener la certeza de que Mónica había muerto en el Palacio, y tener sus restos».

Adriana: Días antes de la toma, Mónica escribió una carta donde decía que se iba a ir por un tiempo, que luego nos íbamos a dar cuenta de dónde estaba. Entonces, cuando nosotros escuchamos la noticia de la toma del Palacio –que fue como a las once de la mañana–, inmediatamente yo relacioné lo que ella nos había dicho en la carta. Ella decía que no nos podía decir qué era, que iba a ser algo muy grande. Yo le dije a Jaime, al Negro: «Mónica está en el Palacio». Entonces tuvimos esa incertidumbre desde ese momento, estuvimos pegados de un radio. Nosotros no teníamos ni siquiera televisor. Decido irme para Bogotá, para la casa de mi papá.

Y pues fue muy tenaz. Cuando intentamos ir para allá con mi papá, que ya fue el 8 de noviembre, no pudimos hacer nada porque no dejaban acercar absolutamente a nadie. Intentamos, de nuevo, el día 9. Gracias a un primo suyo, un coronel del Ejército, logramos acercarnos un poquito más, pero fue horrible por el olor a chamuscado. Y no pudimos hacer nada, no pudimos hacer absolutamente nada.

Me quedé varios días en la casa de mi papá. Estaba en la sala con mi abuela y vimos que pasó un carro. Se bajó un tipo muy extraño, todo de oscuro, con gafas oscuras. Se arrimó a la puerta, tocó. Abrí parte de la ventana y él preguntó por Mónica. «Esta es la casa del papá», le dije. «¿Usted qué es para ella?». «Hermana». «Ah, bueno. Si ella se comunica con ustedes o si tienen alguna razón, por favor nos avisan». Y me pasó una tarjeta. Y la tarjeta decía «Bloque de Búsqueda». En la casa de mi mamá en Cali sí hubo allanamiento.

La búsqueda

María Fernanda: Busqué ayuda con los compañeros de más alto rango, pero la verdad nunca hubo ninguna. Eso fue un silencio total. Uno sentía que la gente no quería hablar, me decían «al que hable de esto, lo matan, lo desaparecen».

Adriana: Hubo un acuerdo tácito entre el poder y los medios de comunicación para silenciar los desmanes y violaciones que hubo por parte del Estado. Enfocaron toda la culpa en el M-19. Incluso le endilgaron el asesinato de los magistrados. En ese ambiente era imposible hablar de buscar un familiar que había entrado en el Palacio. Además, en la familia teníamos la idea de que si buscábamos a Mónica, la íbamos a poner en peligro. Y la desconfianza, por supuesto, sobre las instituciones del Estado. Se guardó silencio hasta un año en que Adriana y yo decidimos hacer contacto con

Eduardo Umaña y él logra la apertura de la fosa común del sur, del Cementerio del Sur. Eso abrió un poquito la esperanza para muchos de buscar a los compañeros o a sus familiares. Pero se frustró porque justo el día que íbamos a viajar asesinaron a Eduardo Umaña. Eso nos dejó en el aire.

María Fernanda: Aquí no se aceptaba que hubiera desaparecidos de la guerrilla, ni torturados ni nada de esas cosas. Ya sabíamos que todo eso era un tema prohibido y, pues, incluso era tan difícil la tarea de buscar a los desaparecidos de la cafetería que eran civiles y se les estigmatizaba diciendo que también habrían tenido que ver, que había una complicidad, etcétera. Si eso era tan difícil, sí que menos de buscar a un militante que hubiera participado en la toma. La gente no conocía los datos de las familias. Al interior del M-19 no se conocían esas cosas. Hubo una compañera que nos ayudó desde la oficina de Antonio Navarro. Eso fue lo que nos permitió reanudar todo el vínculo para buscar a Mónica. Así nos dimos cuenta de una constante que pareciera fue el *modus operandi.* Al parecer, la política de desaparición fue mezclar los restos. De hecho, eso fue lo que sucedió con Mónica: se encontraron los restos de Mónica en dos cajas distintas.

Ha sido muy duro porque durante todos estos años ha habido un estigma. Era un tema olvidado. Supuestamente no había que preguntarse por los derechos humanos de los combatientes ni por los derechos de su familia.

El sufrimiento es la imposibilidad de hacer un duelo. Durante mucho tiempo mi familia pensó que estaba viva. Mi mamá decía «yo la vi salir con una falda a cuadros. Yo vi que ella salió viva, en un noticiero», y ese noticiero nunca lo volvieron a pasar. Había la necesidad de aferrarse a la idea de que Mónica había salido viva. Esta es la hora en que no conocemos cuáles fueron las circunstancias y las causas de su muerte. Eso, al parecer, ya no es posible saberlo.

Adriana: Sí, como dice Nanda, pues era algo muy complicado. Yo inclusive recurrí a otras cosas como cosas de adivinos, de espiritistas. Yo creo en eso. En la mayoría de los casos nos decían que estaba viva, que la veían viva. Un señor de Medellín nos dio una ubicación, fue el único que nos dijo cosas concretas. Pero, no, tampoco. Se pasaba el tiempo y uno se sentía como muy impotente ante todo.

Y pues hay varias cosas que son muy fuertes para nosotros, empezando por mi papá. Como ya habíamos comentado, vivía en Bogotá cuando lo del Palacio. Teníamos la preocupación de que se fuera a exponer por andar preguntando por Mónica él solito. Lo afectó. Se había ido de Cali por la situación económica y ya se estaba recuperando. Después del 85, poco a poco empezó a echar para atrás. Todo eso llevó a que en el año 88 mi papá se tuviera que venir para Cali, prácticamente en la quiebra, pues. Llegó de nuevo a nuestra casa. Llegó a sumarse a una situación de estrechez muy grande. Todos estábamos de arrimados en la casa de mi abuela. Y en el 89, todas las circunstancias acumuladas lo llevaron a tener un infarto. Mi papá estaba muy joven; tenía cincuenta y cuatro años.

Mi mamá tiene una artritis reumatoide, una enfermedad autoinmune que desarrolló después de todos esos hechos. Y pues mi mamá es alguien que guarda mucho, no se le ve fácilmente llorando. Todas esas situaciones hacen parte de lo que ya hemos mencionado, de la imposibilidad de decir públicamente, de buscar, de expresarse. Afortunadamente somos una familia especialmente unida y solidaria.

Huir de la avalancha

Siempre vigilado

Puedo decirle que en esa guerra la raza que más se vio afectada fue la raza negra. Nosotros llegamos a Piñal, éramos ocho muchachos, ocho personas. Todos negros. En la época en que llegamos, Camerún había sido campeón. Tonces ya la gente conocía el poderío del fútbol africano en el territorio. Un día nos invitaron a jugar fútbol, y cuando nosotros nos dimos cuenta, ya nos decían «la selección de Camerún». Éramos la verraquera en El Piñal.

Empieza a llegar mucho negro al territorio, muchísimo. La mayoría era del Pacífico, que se había asentado en Cali durante muchos años. Cuando llegamos nosotros hacía un verano… y no se conseguía trabajo. Empecé a investigar y me dijo un negro al que le decían el Palomo: «Paisano, venga que le voy a contar algo. Con los negritos es delicado por aquí. Nadie quiere a los negros. Yo no he tenido problemas. Al principio fue muy duro. Tenga muchísimo cuidado porque a ustedes ya los tienen investigados. Andan detrás de ustedes a ver dónde se descachan. Sepan lo que dicen, lo que hablan». Inmediatamente reuní a los muchachos: «Muchachos, tienen que tener mucho cuidado porque no conocemos a nadie y no sabemos quién es el que manda». Luego supimos que eran las FARC.

Los guerrilleros andaban de civil. Por su racismo inventaban cualquier cosa y aparecía un negro muerto. Al que le daba gana de matar un negro lo hacía y nadie le decía nada. Fuimos aprendiendo a vivir en ese territorio. Fui conociendo mucha gente, me fui empoderando, llenando de amigos. Los comerciantes grandes del pueblo me fueron conociendo. Me empezó a ir muy bien en mi negocio, gracias a Dios. Pero comenzaron a llegar más gentes, mucho raspa. Encontraba usted gente que tenía 70 negros trabajando en la finca. Había un tipo al que le decían «el Patrón de los Negros». Ese señor le daba trabajo en su finca, en la vereda Gorgona, a todo negro que llegaba. En las otras partes era difícil conseguir trabajo. Cualquier negro que medio la embarrara porái lo amarraban, lo sacaban, lo mataban. Eso era muy delicado. Uno tenía que andar es a lo bien, como quien dice, con toda la aliniatura. A veces los patrones se inventaban cualquier cosa para no pagar. «¡Váyase, negro triplehijueputa!». Y cuando el negro empezaba a reclamar, llegaba un miliciano que se lo llevaba. Ya era un desaparecido.

Uno mantenía con ese temor y ese dolor por escuchar esa represión tan grande. Un día hubo una balacera muy inmensa. Duró toda la mañana. Empezó como a las

cinco de la mañana, hacia el lado de la sabana. Esa bala no paraba de sonar. Era un enfrentamiento del Frente 27 con los paramilitares que se venían metiendo por esos sectores. Fue una pelea que duró como una semana. Hubieron muchas bajas de la guerrilla. Lo malo de esa pelea fue que, supuestamente, habían unos negros muy grandes a los que no les entraba la bala, y esos eran los que más bajas le daban a las FARC. Los milicianos empiezan a mirar a todo negro como objetivo militar. Para ellos, un negro era desconocido, un infiltrado, el perezoso, el ladrón o alguna cosa. Era lo malo en todos los sentidos. Los muchachos con los que llegué, ya con platica en el bolsillo, cogieron pa los pasajes para irse. Ahí se acabó ya el grupo que con el que andaba. Empezaron fue a dentrar otros negros de otra parte que uno no conocía. Del Valle, de todas partes. Dentraron unos que les decían Los Vallunos, y esos manes empezaron a calentar El Piñal. Se empezaron a perder televisores, a atracar a los borrachos. No sé quién dijo: «Son los negros», y ahí sí se intensificó la matazón de negros.

Cuando terminó la pelea con los paramilitares, todo negro se volvió un objetivo militar. Nos dijeron que teníamos que irnos, nos decían: «El señor Alberto Pitufo mató 20 negros en un solo día». Uno se acostumbró a escuchar: «Ayer mataron tres, cuatro negros». «Ahorita están recogiendo los negros y Pitufo cargó tres buses y los mandó a botar en Villavicencio». «Este domingo recogió otros dos buses y los llenó, y le pagó al chofer para que los botara en Villavicencio. Porque ningún negro puede quedarse si un patrón no responde por él». Esas eran las órdenes. Masivamente mataron negros por aquí. El Frente 27 de las FARC. Toda esa gente era civil. Hacían fosas comunes. Lo primero que hacían los negros cuando los capturaban era su propio hueco. Allá quedaron. Sucedían esas cosas y usted tenía que olvidarlas. Eran temas que no podía volver a tocar. Usté no podía preguntar: «¿Verdá que mataron a tal fulano?». Nadie le contestaba. «¿Será que mataron a…?, ¿cómo lo mataron?». Nadie decía nada. Era la ley del silencio.

Mi hijo salió de este territorio, se fue a Nariño. Allá también las FARC tenían un frente. Mi hijo estuvo un tiempo en el pueblo, empezó a trabajar en el río Satinga, donde estaba mi madre. Una vez tuvo un problema con un muchacho en el río. Ahí empezaron las rencillas y un día cualquiera vinieron, lo cogieron y se lo llevaron. Se lo llevaron a él y a otros dos adonde tenían sus campamentos, por allá a orilla del mar. Y no apareció. No apareció. Yo busqué y busqué, y él nunca volvió más. No se podía denunciar allá en la Personería porque era peligroso. Entonces tocó denunciar por acá. Nos pusimos en contacto con la Cruz Roja Internacional y lo metieron en su grupo de desaparecidos. Y sí, confirmaron que había sido muerto en El Bajito. Hace tres días tuve la llegada de la Cruz Roja. Vinieron con la psicóloga y me confirmaron la muerte de mi hijo.

Yo fui desplazado en esa época, en el 2003. En el sector de La Cacharrería, como a las dos de la tarde, me llama Gavilán, un guerrillero, y me dice: «Te doy doce horas para que te desaparezcas de aquí, negro, porque tú eras amigo de esos otros y también eres un paramilitar. Hace días te vengo haciendo seguimiento». Otra persona me dijo: «Vea, allá

está el comandante, el segundo del comandante del frente». Entonces fui y hablé con aquel, y me dijo: «¿A usté qué le pasa, negro? Yo le podría decir con mucho gusto que se quedara, pero mañana me doy la vuelta y cuando me dé cuenta fue que desaparecieron al negro, y eso me dolería mucho. Yo no puedo andar detrás de ese muchacho porque es el alcahuete del camarada Efrén. Él hace lo que le da la gana. ¿Para qué le digo que se quede? Le creo, pero él le está dando la oportunidá de vida. Él es el que manda aquí. Así que váyase». Entonces me fui. A esa misma hora arreglé. En siete lonas, de esas que tienen rayas, metí mis cositas. Me conseguí un campero que me llevó a Vistahermosa. Al otro día monté mis cosas en La Macarena y me fui para Villavicencio.

Allá estuve sufriéndola y todas esas cosas. Uno está acostumbrado a vivir en una economía diferente, a estar comiendo. Un día me invitaron a una fiesta en Puerto Toledo, que si yo quería ir con mis artesanías. Saqué el permiso y armé mis artesanías. Las ventas fueron espectaculares. El río estaba crecido y venían dos voladoras cargadas de guerrilla. Me paré en el puerto a mirar. Ya había armado mi puesto, estaba a oscuras. Andaba pidiendo que alguien me diera luz. Y claro, nadie me daba nada por negro. Eso era difícil. Se van bajando esos guerrilleros, y vino uno que me dijo: «Hola, negro, huevón, ¿tú por aquí?». Yo me asusté. «Acabé de llegar», le dije. «Más rato nos tomamos algo», me dijo y se fue. Pensé que me había confundido. Él era moreno, medio acuerpado y andaba mejor vestido que todos los otros. Tenía un fusilito bonito con mira.

En Puerto Toledo había un miliciano que me andaba siguiendo, yo creo. Después de saludar al otro se me acercó y me dijo: «Hola, negro huevón. No sabía que era amigo de John 40». Por ahí yo había oído nombrar a John 40, que era el comandante de ese Frente. Me quedé callado y luego le digo: «Pa que usté vea». Arreglé mi puesto y pensé: «Voy a irme por allá a ver si me vuelve a llamar». Y sí. Apenas me vio, John 40 me dijo: «¡Negro! ¡Negro!, venga». Este tipo me está confundiendo con alguien, pensé. «Siéntate ahí, huevón», y ahí mismo me pasaron como medio vasado de whisky.

Me quedé ahí sentado otro ratico. Me pasó otro trago, conversamos. Él se me quedó mirando firmemente y ya me dijo: «Este no es», y me fui tranquilo. Por esa conversación todo el mundo ya me saludaba, como que me conocía. «¡Hola, negro!, ¿qué más?». «¿Quieres luz, negro?». «Vea, dele luz ahí». Le puse bombillos a mi puestico y empezaron las ventas. De noche era cuando más se vendía. Desde ese momento fui un negro que les cambió a blanco.

Yo volví a El Piñal como en el 2006. Ahí mismo me llamaron y me dijeron: «El negro buena persona». Efrén, uno de ellos, me miró de arriba abajo, pero no se metió conmigo. Pasaron los tiempos y conmigo no se volvió a meter nadie. Terminé prácticamente abogando por nosotros, después de ser víctima de todos ellos. Ahí me fui empoderando, seguí en este territorio.

Porte de soldado

Soy nativo de Descanse. Me crie hasta cierta etapa, hasta que me ocurrieron los hechos. Estudié como hasta octavo de bachiller, aquí en nuestro colegio. Después ya no me gustó más el estudio y me dediqué a trabajar en el campo, en la finca de mi madre. Y ya pues uno sale para el pueblo, y ahí fue donde sucedió el problema. Me acusaban de que yo era de la ley, que trabajaba con el Ejército, y empezó todo mi proceso con las FARC. Me decían que tenía todo el porte de ser soldado. Mi corte de cabello, mi mirada, mi estructura física. Los milicianos, colaboradores de ellos aquí mismo, se enfocaron en mí, en culparme. Verdaderamente yo no era, yo estaba en Mocoa trabajando. Salgo a mi pueblo a visitar a mi madre y me detienen las FARC. Me amarran y me sacan del pueblo.

Me llevaron pa arriba de La Cristalina. Allá me ocultaron en una montaña. Solamente estaban ellos. Allá fue donde empezaron a averiguar, a sacarme información. Iban y me decían: «Si usted se quiere salir del camino, nosotros lo vamos a matar». Así me decían todo el tiempo, hasta cuando llegó el comandante y me dijo que quedaba detenido por informaciones, que yo trabajaba para el Gobierno. Le dije: «Pero yo lo que sí les pido es que averigüen. Si verdaderamente yo debo eso, pues lo que ustedes quieran hacer. Pero primero investiguen las cosas. Yo pertenezco al cabildo de los yanacona. Como tienen gente en todo lado, pregunten».

Me tenían amarrado y salieron unos disparos que casi acaban conmigo. Dos guerrilleros estaban jugando con los fusiles y se les fue la carga como a un palmo de mi cabeza. Llegaron las primeras balas. ¡Ahí mismo queda es muerto uno!, ¡amarrado! No puede ni moverse porque te hacen un amarrado de pies, manos y cuello. Yo estaba era inválido, indefenso. Ellos lo que es comida sí me daban, pero era un trato inhumano. Estábamos en unas tablas, sin cobija ni nada. Y yo amarrado, sin bañarme. Cuando uno quería hacer del cuerpo, tocaba decirles y te sacaban así, de ladito y apuntándote. Los guerrilleros me mostraban las armas y me decían: «Con estas hemos matado a más de uno». Eso era una cosa psicológica que le iban metiendo a uno. Ellos entraban a vigilar de noche, encapuchados. Era como queriéndome torturar. Era un miedo enorme. Me apuntaban y se iban. Al rato volvían. También me ponían el arma en la cabeza; ese disparo me habría podido quitar la vida.

Los de las FARC hicieron ese proceso de preguntar. Como yo pertenecía al cabildo, la gente subió a hablar con el comandante para ver qué era lo que pasaba. Allá me tuvieron quince días amarrado. El cabildo ha hecho mucho por mí, fue el que hizo todo por mí. El gobernador se reunió con los comandantes: «Nosotros conocemos a este muchacho. Es trabajador aquí en el pueblo, no debe nada de eso». Después de la reunión me entregaron al cabildo yanacona. Eso sí no supe mucho de lo que pasó en la reunión. Les dijeron que si me abría del territorio, los del cabildo tenían que pagar con su vida, serían los culpables. O sea, amenazaron de muerte a los líderes, y de este caso todo el pueblo es testigo.

Bueno, me pusieron a trabajar después de eso. Me pusieron una tarea: embalastrar 100 metros de calle, solo, sin nada de ayuda. Ya llevaba ocho días trabajando cuando vuelven y me detienen los de las FARC. Me amarraron siguiendo con el argumento de que «ya lo llevamos pa matarlo». Me llevaron a una vereda que llaman El Cascajo, no muy lejos. El que me tenía amarrado me iba diciendo: «Tenemos órdenes de matarlo donde usted medio quiera escaparse, eso ya viene del Secretariado».

Habían tenido a otro muchacho. Un muchacho loco de aquí mismo también. Él ya estaba enfermo. El que me iba a ajusticiar era un alias Snéider. La gente del cabildo habló otra vez y nos dejaron ir. Pero ¡estábamos más amarrados!, ¡tenían que darnos la comida cuchareada! La gente les dijo que no éramos culpables de lo que nos acusaban. No nos pudieron matar porque los guardias del cabildo estuvieron cuidándonos. Nos tuvieron ocho, diez días. Ellos averiguaron y sabían que nosotros no éramos culpables, y nos liberaron. Cuando miré al gobernador, eso fue una alegría. Nos soltaron como a las cinco de la tarde. Arrancamos de una.

Esa vez me ponen la tarea de limpiar la capilla, un potrero y el parque del pueblo y hacer bancas por tres meses. Las FARC no estaban presentes, pero sí estaban en la zona. Nos dejaron dos guardias del cabildo para que nos cuidaran día y noche. El alimento me lo regaló mi familia, más que todo mi madre. En ese año no conseguí un solo peso porque tenía que hacer trabajo forzado. No tenía con qué comprarme un dulce. Y fuera de eso no pude salir del pueblo en un año. Se acabó ese año y las personas de aquí me decían que me fuera, que habían escuchado que me iban a matar. Ahí fue cuando me tocó abandonar el pueblo. Duré como doce años pa volver. Venía, sí, pero no era permanente. Era para visitar a la familia dos días y me iba, porque todavía había presencia. Eso era arriesgar la vida. En cualquier momento te pueden coger y te pueden ajusticiar. Es duro porque uno no puede llegar a su pueblo tranquilo.

Uno trata de olvidar, pero eso no se olvida. Es que yo he tratado de olvidar para no estar pensando que va a volver a pasar lo mismo. La verdad es que yo no puedo estar tranquilo en este pueblo. Ahora he vuelto por el proceso de paz, porque ellos están un poco dispersos en otros lugares. En el pueblo todos lo saben, ellos son testigos de mi caso. Aquí hay personas que verdaderamente lloraban porque estuvieron a nada de matarme. Solo que mi Dios no permitió que me pasara eso.

A mí me ha afectado en todo. No es lo mismo estar en otro lado que en tu casa, no poder trabajar en tu propia tierra. Uno allá consigue es para el vestido y para la comida, uno simplemente es un jornalero, mientras que por acá en tu propia tierra puedes cultivar, puedes hacer unos pastos y ponerte a cuidar el ganado, que te va a ayudar más tarde. Eso me dio muy duro a mí. Mi mamá está sola, no tiene marido. Los que trabajábamos éramos los dos hermanos, y ella quedó sola, se fue cayendo.

Uno se va de su tierra y no sabe qué es lo que va a hacer. Uno queda es en ceros, digamos. Es muy duro adaptarse. Gracias a Dios, yo tenía una tía. Ese fue el único hogar que me acogió. Ella supo del caso, trataba de darme ánimo cuando me miraba triste. Yo era muy joven, tenía como dieciséis años. Ella me acogió hasta el día en que

murió. Yo no me comunicaba con mi mamá. Desde que ocurrió eso con las FARC, no me volví a comunicar con mi familia. Quedé aislado totalmente por temor, como por trece años más o menos. En ese tiempo no sabía si vivían o si habían muerto, y era también porque no había manera de comunicarnos. Ellos tenían chuzadas las llamadas. Había un teléfono público, pero ellos lo manipulaban y escuchaban todas las conversaciones. Llegaba a mi casa y estaba dos, tres días, y me iba de noche. Así fue pasando el tiempo, hasta el día de hoy que, pues, gracias a Dios, aquí sigo.

El día que ya saco papeles, que saqué mi seguro de salud, me desintegré del cabildo y perdí contacto con el pueblo por un tiempo. Empecé a trabajar y ya no pensaba en el problema que me pasó. Trataba de olvidar eso, casi hasta trataba de olvidar a mi familia –que es lo que más uno quiere en la vida– pa poder superar todo. Me tocó sufrir solo. Uno trata de superar el miedo día a día, de olvidarse de lo que ya fue pasado pa seguir luchando por la vida. Ya con mi familia es muy diferente el pensamiento. Aquí tengo un niño estudiando. Dios quiera y no vuelva eso.

Arias

I

Tú sabes que la infancia no era como la de ahora. Yo vivía con mi papá en la finca, trabajaba con él y jugaba con mis hermanos. Cuando eso nada más tenía cuatro hermanos. Ahora son once, y conmigo, doce. Con los cuatro hermanos jugábamos en el colegio, con otros pelados, con los primos míos. Así fue toda mi infancia. A veces jugábamos que al carro, que al muñeco. Sabes que cuando uno es pelado tiene muchos juegos, y nosotros teníamos dizque el de los paracos y el de la guerrilla. Pero tú sabes: el pelado es pelado.

Cuando eso ya yo iba pa los doce años. Uno por lo menos entendía que los paramilitares llegaban. No sabía quiénes eran. Y usted sabe que cuando uno es niño le da por jugar lo que sea. Pero ya uno empezaba a entender por qué mataban a los campesinos. También entraba la guerrilla. Hablo por el pueblo kankuamo: allá había un indígena que había ingresado a las filas de las FARC. Tenía apellido Arias, y por eso estaban matando a muchos kankuamos. Tenía un alias, algo así como el Chivo. Era de Atánquez. Usted sabe que a todo el que tenía vínculos con las FARC lo iban matando. A todos los Arias los estaban buscando pa matarlos porque decían que eran guerrilleros. El apellido Arias es muy grande, precisamente por parte de la familia de él. De acá pa abajo usted encontraba a veces cinco, seis muertos, solamente por una persona que había tomado la decisión de ingresar a las filas de las FARC. ¿Por qué iban a culpar a los demás campesinos que había en esa región?

Por lo menos yo hablo de eso. Si yo tomé la decisión de venirme pa las FARC, ¿quién más tiene culpa? La culpa la tengo yo, personal e individual. Uno tiene que respetar las decisiones que toman las personas. Pero en este caso no se las respetaban, pensaban que todos los Arias tenían vínculo con la guerrilla. Mucha gente se cambió el apellido. Les tocó.

A esas alturas yo sabía muy poco de las FARC. Al principio ellos pasaban por la casa, hablaban con uno, pero no convidándolo a que se fuera, sino para explicarle el porqué de su lucha. De pronto hablaban con la familia o ya había personas muy cercanas dentro de la organización, primos a los que uno les preguntaba por qué habían ingresado. Ellos decían: «Nooo, porque me gustó y porque a través de eso nosotros estamos luchando por un pueblo, pa que no haigan las desigualdades que hay». Eso fue lo primero que yo conocí de FARC. Uno también se entusiasmaba viendo todo lo que estaba pasando. Por lo menos yo tenía un tío al que le tocó irse, salir del país, porque lo estaban buscando pa matarlo. Los paramilitares decían que tenía vínculo con la guerrilla, y él se salió y la mujer también. Entonces yo decidí: me uno porque me gustaban las FARC.

Por ahí pasaba el Ejército también porque la casa era muy cercana al camino donde todo el mundo trafica. Un día decidí irme. Como a los dos días llegué al campamento donde ellos estaban. Llevaba un par de zapatos, una mochilita y más na. Allá fue donde pedí ingreso, pero ellos no me querían ingresar porque era muy niña: tenía doce años. Me decían que no, que yo por qué me iba para allá. «Nooo, usted es una menor de edad, después su vida va a ser pan y guapo». Yo les dije que si ellos no me recogían, yo me iba pa los elenos. Yo ya no quería vivir más con mi papá porque me había criado con mi abuela. Usted sabe que cuando usted está pequeño, hay veces no quiere vivir con alguien. No porque de pronto lo maltrate, porque no lo quiera, sino porque ya me había acostumbrado a estar con mi abuela y mi abuela se murió. Y yo tenía mi tía, la hija menor de ella, que andaba junto con mi abuela. Eso era como si fueran mi mamá y mi papá, las dos. Es más, yo a mi mamá la vine a conocer es pal proceso de paz, ahorita. Yo nunca vi a mi mamá. Pa mí, desde que abrí los ojos, mi mamá era mi abuela. Mi papá me llevó, pero a mí nunca se me quitó esa idea. Yo fui grosera con él porque quería quedarme con mi tía cuando murió mi abuela. Cumplí los doce años y le dije que con él no quería estar. Él me dijo que por qué, que si era que él me maltrataba. Yo le dije que no. Me dijo: «Usted tiene que estar aquí porque usted es la hija mía». Tomé la decisión de venirme pa la guerrilla.

Me encontré con el indio que era de apellido Arias, el kankuamo. Él me dijo: «Mira, yo también soy kankuamo. Aquí no se paga un sueldo. Sí te damos ingreso… aunque no deberíamos porque eres una niña, una menor de edad». Yo me fui con ellos. No me dieron ni un fusil, no me ponían ni a pagar guardia. Me decían que era una irresponsabilidad hacerlo hasta que no aprendiera bien. O sea, nos ponían a estudiar, nos ponían a aprender cómo era el funcionamiento en el campamento.

Más nunca volví a saber de mi familia, ni siquiera de mi tío. Solo sé que se fue para Venezuela. Eso fue en el 2005. Después no volví a la casa, nunca volví, sino es hasta ahora con el proceso del Acuerdo.

II

Entré a los 17 años y en esa época era muy restringido hablar de las FARC. Mi padre muy poco hablaba de eso. Una vez invitaron a una reunión en el pueblo. Yo tenía como catorce años. Allí fue donde conocí a las FARC. En ese momento estaban organizando la comunidad para trabajar los caminos, decían que las mujeres tenían que organizarse. Eso me pareció bonito, escucharlos hablar así. Hablaban de comunidad, de colectivo, de trabajar unidos, y eso me fue quedando. Pero realmente yo no pensaba muchas cosas cuando eso. Yo no los había visto antes, esa fue la primera vez. Quizás debían estar por la zona, pero en la casa nunca nos decían nada. O si ellos llegaban, pues tampoco uno sabía.

Luego conocí una amiga que se llama Sandra, éramos como de la misma edad, contemporáneas, y quizás ella tenía más contacto con ellos. Ella empezó a hablarme de la guerrilla, que mire que la guerrilla lucha, trabaja… Eso me fue calando, pero después de que decidí entrar a las FARC fue cuando se vinieron todas esas matanzas, esa agresión contra los Arias. Eso fue luego del 90. La familia de nosotros padeció mucho esa situación de masacres. Yo entré con el objetivo de salvar la vida. Cuando yo ingresé, ya de mi familia habían muerto quizá más de diez personas a manos de los paramilitares.

Cuando le mataron el hijo a un hombre reconocido en Valledupar, una de las familias que padeció y sintió ese rigor fue la mía. Primero, desaparecieron a mí tía con sus dos hijas: una de dieciséis y otra de dieciocho. Yo ya ni me acuerdo cómo se llamaba mi tía, pero sí recuerdo que la sacaron de la casa y se la llevaron. Nunca más supimos, no hemos sabido de ella. Luego mataron a mi primo, y así sucesivamente fueron matando familiares.

El mismo día que ingresé, entró otro kankuamo al que le decían el Cholo. Fue muy duro para nuestras familias aceptar eso porque nunca pensaron que yo me iba a ir, y pues ningún padre quiere que su hija tome una decisión de esas, menos en ese momento tan difícil. Me fui como un año. Mi familia no sabía de mí porque cuando uno ingresaba lo trasladaban a otra zona. Yo entré al Frente 19, que operaba en la Sierra Nevada de Santa Marta. Y no pude hacer nada por mi familia: ¡nada! Porque nuestra organización no era una organización de venganza. Nosotros teníamos nuestros ideales. Igual, cuando yo tomé esa decisión no lo hice por venganza, sino como un medio para salvar mi vida, de protegerme, de refugiarme.

Allá había más niños de diecisiete y dieciocho. Todos llegábamos voluntarios. Ingresé y me dieron tres meses pa que lo pensara. Lo pensé por tres meses, y luego todavía el camarada me dio otra oportunidad. Me dijo que yo estaba muy niña, que por qué ingresaba, que me fuera a la casa, que siguiera estudiando y regresara cuando ya hubiera estudiado. Yo pensé que lo mejor era quedarme. Y ya cuando me fueron a mandar al Magdalena, él me llamó otra vez: «Vea, mijita, usted está muy pequeña, váyase». Me imagino que yo era una flaquita raquítica y que por eso me dijo que me fuera.

El Rojo

Mi familia

El origen político de mi familia es militante: mi padre era del Partido Comunista Colombiano, mi madre era de la Unión Patriótica. Hoy en día mi familia me llama con el nombre «Lenin». En el 88 se hace el cambio de nombre, aproximadamente. En esa época se podía, pero se tenía que respetar la letra inicial. No fue casual el cambio. Obedecía a que había recibido *bullying* desde muy chico. También porque mi viejo había tenido esa idea de que nosotros, incluso siendo de origen popular, nos formáramos en colegios privados de alta alcurnia. Pero era difícil integrarse a «la élite» cuando tienes un nombre como el que yo tenía. Era un mal bicho, estaba en el lugar equivocado.

Mi mamá es detenida-desaparecida por el B2. Mi papá no se encontraba en ese momento en la casa, y yo estaba con mi mamá cuando ingresaron violentamente a la casa. A mi mamá la puedo mencionar en el relato, pero para ella esto es un tema que ya está cerrado. Dice que no lo quiere hablar más luego de tantas veces que lo hemos hecho. No le he querido insistir, aunque sí he querido decirle «ma, es importante que lo hables». Pero yo también tengo mi parte por contar: a la casa ingresa una patota vestida de civil, armada, y se llevan a todos. A los vecinos, que eran inquilinos, y a mi mamá. No recuerdo todo, solo partes, pero lo que me dicen mis papás es que no quería que a ella se la llevaran, entonces me prendí de la pierna de uno de los tipos y me tiraron escaleras abajo. Eso ocasionó una lesión en el omoplato derecho que se volvió un tumor benigno y me condicionó a ser un pequeño jorobado de Notre Dame. A los diez años me tuvieron que hacer una operación para extirpármelo. Lo único que alcanzó a hacer mi mamá mientras era detenida fue dejarme donde una vecina. Ella estuvo desaparecida durante varias semanas.

Mi mamá fue torturada en el Cantón Norte. Ella reconoce que ese es el lugar donde estuvo detenida-desaparecida y la torturaron. Mi trauma es el de no haber tenido a mis padres por este acto de terrorismo de Estado. La respuesta que tuvo mi mamá fue fortalecerse anímicamente, hacer de cuenta que aquí no había pasado nada, «vamos a seguir adelante». Pero no volvimos a la casa donde la detuvieron. A los seis años de haber pasado eso decidimos irnos de ese lugar. Siempre consideré que tuvo que ver con eso, más allá de que cuando uno les preguntaba decían «no pregunte más, deje así, no se habla más del tema». Más en una formación donde el diálogo no era tan habitual. La crianza pasaba un poco más por el «aquí se hace lo que se dice y listo, no se pregunta más». Luego vino la oleada de masacres y El Baile Rojo, y eso impactó mucho en la casa. Hubo una decisión de mi mamá y de mi papá de dejar de militar y se fueron apartando poco a poco, más allá del acompañamiento y de ser simpatizantes. Algo se mantuvo en épocas de elecciones, una que otra reunión pública o ir a los festivales de *Voz*. Son cosas que tengo muy presentes de mi infancia y que me

condicionaron en mi adolescencia a militar en la Juventud Comunista. Ingresé desde el colegio. También había esa vinculación que mi papá había tenido años atrás con el Partido, y es como que en casa de comunistas el palo es el mismo. Eso no va a cambiar.

Mi propio camino

A mí terminan expulsándome del colegio justamente por el nombre. Yo era el hijo del comunista, del espía. Así me veían los directivos, los docentes, incluso los niños de mi edad. Me decían «el Comunista», «el Rojo». Recordé, años después, cuando se hizo la película *La lengua de las mariposas,* esto de «¡el rojo!, ¡el rojo!». No tenía ni puta idea de por qué me decían así. De ahí me hice hincha del América, porque dije «soy rojo por ser del América». Y cuando me van a matricular en la escuela pública… en esa época en la matrícula se hacía con la partida de nacimiento. Dentro de las anécdotas que mi papá me cuenta está lo difícil que fue mi bautismo, porque el cura no quería bautizarme con ese nombre. Era una aberración para la Iglesia que un cristiano se llamara Lenin Marx. Mi papá era ateo, mi mamá no. Ella era católica. Pero mi bautismo era, digamos, lo que imponía la sociedad: para poder estar en el colegio necesitaba la partida de bautismo.

Por suerte terminé en el INEM de Kennedy. Termino de una u otra forma militando en la Juventud Comunista en mis dos últimos años del secundario. No tenía un cargo como tal en la Juco. Estábamos en procesos formativos de la Asociación Nacional de Estudiantes Secundarios, entonces viajaba mucho entre Bogotá y Cúcuta. Y para mí, un pelado de dieciséis, diecisiete años, eso significaba creer que estaba haciendo la revolución.

Ahí tuve la oportunidad de tener una novia. Ese vínculo terminó años después con el asesinato de dos queridos amigos: Edwin y Gerson, que además de compañeros eran muy cercanos. Eran estudiantes de la Universidad Francisco de Paula Santander. Uno era docente de danzas y otro era estudiante de biología. Ese es un tema que sigue en investigación. Se sabe que involucra a agentes del Estado, más allá que la autoría fue hecha por el Bloque Catatumbo de las AUC. Ese hecho fue como la punta del *iceberg* para un éxodo masivo de amigos y compañeros que terminaron huyendo de Cúcuta y se fueron a Bogotá o Medellín. Tuvimos que abrirles la puerta de la casa para que se quedaran con nosotros. Era una forma de solidaridad. Así tenían dónde quedarse y luego ubicarse para que pudieran estudiar en cualquiera de las universidades públicas. El Estado, por supuesto, no se hizo cargo de la situación más allá de que pasaron más de diez años. Hubo elementos de la Fiscalía y de la Policía que estuvieron involucrados en la persecución. Incluso hubo directivos de la Universidad Francisco de Paula Santander involucrados en la detención ilegal, desaparición, tortura y asesinato de esos dos compañeros.

Yo estudié en la universidad del año 98 al 2003, y fueron justamente esos años… No quiero decir que fueron los años más duros, porque definitivamente la sociedad colombiana ha padecido durante décadas, pero sí sufrimos una época muy fuerte. No solamente por lo que relataba de la pérdida de mis dos amigos, sino también

por lo que estaba pasando en la universidad en Bogotá. Ahí el conflicto era permanente: choques con la Policía, persecución a compañeros. Entre Bogotá y Cúcuta había violencia por donde yo pasaba. No fueron años lindos, fueron años bastante complicados. En casa, por ejemplo, se repitió lo que había pasado a mediados de los noventa: hubo que dejar de militar un poco. Algo que no entendieron algunos compañeros. «¡Cómo te vas a ir! ¡Sos un traidor!». «Idiotas, me estoy alejando de todo porque mi cabeza no da más».

Cuando se da lo que pasa en 2003 con Gerson y Edwin, yo me alejo un año. Me di como una especie de sabático. Quería viajar, salir de lo que estaba pasando. Mi papá había muerto recientemente… Eran como muchas cosas. Luego renové mi actividad de forma más académica. Entré a trabajar en un grupo de investigación en la Facultad de Derecho de la Nacional, que justamente tenía que ver un poco con retomar el fenómeno de la violencia social, de la violencia política, del conflicto armado. Iba a las regiones a investigar. Y, bueno, ahí sucedió otra situación en la que se formó una especie de corrillo: «Tengan cuidado con este tipo porque estuvo perdido un tiempo y ahora aparece así como de la nada». Como que de repente me convertí en una especie de enemigo interno. Así que dije: «Bueno, esto es una situación que ya no puedo soportar», y me fui a trabajar en el ámbito de colegios para ahorrar plata y tomar la decisión de salir huyendo del país.

En un principio asumí eso como una condición de autoexilio, más allá de que nunca hice un trámite formal, nunca quise hacerlo. Pasé años, pasé un tiempo en que no quería saber absolutamente nada de ese país. No quería saber nada de Colombia y de su realidad. Me quise desconectar un poco pensando en términos del Che: «No importa dónde se nace, sino dónde se lucha». Vine acá y pude militar, hacer otro tipo de trabajo. Se asocia con un trabajo social, con un trabajo militante, pero desconectado completamente de Colombia. Para mí estuvo bien, me trajo paz. Con un ojo miro el país donde vivo ahora, donde tengo familia, pero nunca dejé de mirar con el otro lo que estaba pasando en el país donde nací.

Aceptar la muerte

La vida institucional y política de la Unión Patriótica comienza en un escenario democrático con todos los antecedentes de persecución y detenciones y con la lista, la materialización de esa lista en el año 89. Para algunos de nosotros eso significó irnos exiliados para el exterior.

La Unión Patriótica siempre estuvo en permanente asedio. ¿Cuándo culmina esa etapa tenebrosa? El 6 de enero del año 88, con la muerte de un compañero. Varios de nosotros teníamos escoltas, primero del DAS, después de la Policía o combinados. En el 89, le ofician a mi compañero que el estudio de seguridad en Pereira había indicado

que nosotros ya no éramos sujetos de peligro. Yo era miembro del secretariado del partido, éramos tres personas que dirigíamos políticamente eso.

En diciembre, cuando nuestro compañero nos cuenta que le han notificado que ninguno de nosotros tenía escolta a partir de ese momento, le digo que lo van a matar. La respuesta de él es que no, porque era muy querido por la burguesía. Él era un convencido del proceso de paz con las FARC, del proceso de desarme. Creyó firmemente en que el establecimiento iba a cumplir con su palabra de desmovilizar a los grupos paramilitares y eso le costó la vida. El día 6, sobre las ocho de la mañana, fue asesinado.

El día de la muerte de mi compañero, yo estaba en una clínica. Un médico salió y me dijo que pidiera sangre A positivo. Fui a un periódico y eso apareció en las noticias nacionales: «Necesitamos sangre». La gente empezó a hacer cola para donar sangre en el hospital. A las once de la mañana ese mismo médico salió y me dijo que ya no había nada que hacer: mi compañero había muerto. Me encontré a la mamá, le dije y salí a la calle, donde estaba toda la gente. Me entrevistaron: «¿Quiénes pueden ser los responsables?», «los enemigos de la paz y de la vida», dije. Nosotros no le poníamos nombre ni rostro al victimario. Inclusive gritábamos la consigna: «Esos son, ahí están, los que venden la nación» y señalábamos la alcaldía.

Ahora, ¿cómo uno ata cabos? En el 88, el primer candidato de la UP a la Alcaldía de Pereira me pidió que fuera al acto de posesión del comandante del batallón, y ese caballero en el acto dijo que una de las misiones de él era «acabar con el comunismo en la región». A partir de ahí aparecieron los famosos panfletos del MAS. Entonces, hay una conexión directa entre ese caballero y los autores materiales, que fueron dos miembros de la Policía Judicial que trabajaban con el Ejército.

Después de la muerte de mi compañero hubo una desbandada. Al regreso nuestro del exterior nos vinculamos. Ya el congreso de la Unión Patriótica había proclama a Bernardo Jaramillo como presidente de la Unión Patriótica después del asesinato de Jaime Pardo Leal como candidato a la Presidencia de la República. Desde el nacimiento de la UP, en el año 84, hasta el 90 fue un periodo de seis años de muertes, muertes y muertes. En ese periodo tan corto tres candidatos a la Presidencia murieron: Pardo y Bernardo; y un mes después, Pizarro.

Lo duro de todo es la familia, las permanentes llamadas a mi mamá colocando la trompeta que se toca en las horas fúnebres. Mi mamá estuvo a punto de no contestar el teléfono, pensando que le iban a colocar el famoso minuto de silencio. También los sufragios que permanentemente llegaban o los allanamientos de los cuales fuimos víctimas. En los periódicos de la época registran, por ejemplo, un allanamiento en la casa. Yo acababa de regresar del Brasil, dictaba una clase de antropología social, era monitor. Los llevaba cada semestre a Leticia para que viéramos las prácticas culturales de los uitotos. Estando en Leticia, uno pasaba al frente, a Tabatinga, y allá compré una camiseta roja y negra de un equipo muy famoso en Brasil. Esa camiseta mi papá la usaba para tapar unos pajaritos que tenía. Cuando el Ejército allanó la casa, dijo que era la bandera del ELN, porque coincidía que era la bandera roja y negra.

Mi mamá siempre desconfió mucho de los escoltas. Nunca creía en la buena fe de ellos, siempre pensó que estas personas nos iban a entregar, porque se oía lo de mi compañero. A mí después de su muerte me ponen un policía de escolta, ya no era gente del DAS porque nosotros decidimos no recibir a los del DAS, sino a los de la Policía.

La vida familiar se deterioró mucho, porque uno salía y mi mamá siempre se quedaba pendiente de que llegáramos, «¿ya va a salir?». Cuando uno iba a salir de nuevo, «¿ya va a salir otra vez? Cuídese». Eso es muy fuerte en estas personas que lo quieren tanto a uno.

Recuerdo otra circunstancia que siempre me llamó la atención, que la gente ya no se le arrimaba a uno en la calle, le daba como miedo. Recuerdo a los compañeros míos de la universidad –yo todavía era estudiante porque empaté con la maestría–, ellos me decían: «Nooo, es mejor que no nos reunamos porque nos van a matar». Había pasado lo de la muerte de la Juco en Medellín: llegaron a la sede y barrieron con todo mundo, asesinaron a un compañero de La Virginia.

Algún día le pregunté a una dirigente nuestra, donde me exilié, que por qué ella no había vuelto a hacer las reuniones de la Unión Patriótica. Me dijo: «Mire, compañero, es que nosotros ya no queremos que ustedes salgan electos concejales, porque los van a matar. En la medida en que ustedes no están visibilizados, no sean reconocidos, van a garantizar su vida», es decir, que el efecto también de esa ola de terror significó que la gente no se nos acercara. Uno podía percibir en esa época de violencia el terror en las otras personas, que uno ni siquiera conocía: electores, amigos o familiares nuestros que no querían votar por nosotros para evitarnos el traumatismo.

La muerte selectiva de los dirigentes, la desaparición, la tortura o la detención lo que hacen es intentar minar la moral de sus militantes, pero también de quienes los rodean. Esa experiencia uno después la va documentando en otros procesos de exterminio de partidos en Chile o en las dictaduras en América Latina. Eso va minando la estructura del partido, de las organizaciones sociales, de las prácticas democráticas. Sumado a que, por naturaleza humana, la gente no quiere morirse, y como ven la muerte tan cerquita, yo digo, los militantes de la Unión Patriótica en el fondo nos queríamos morir. Es que era «ustedes, ya no tienen opción, los vamos a matar, acepten que se van a morir». Uno por eso salía muchas veces sin escoltas, no cumplía las normas de seguridad, era irresponsable. Uno colocaba en peligro a la gente.

Yo tenía un carro que me asignaron, y al pie del carro habían matado a un dirigente campesino. Yo le presté el carro a una compañera para que fuera a esa reunión, sabiendo que era un lío, que estaban persiguiendo el carro y que nos estaban persiguiendo.

Siempre he creído que yo me quería morir, porque para nosotros morirnos en nombre de la Unión Patriótica era ser mártires de la revolución.

Recuerdo una escena. Estaba con una compañera, habíamos ido a una reunión. Llegamos a una cafetería –por seguridad nos hacíamos en la parte de atrás e

inmediatamente pagaba, por si alguna cosa– y le dije a esta compañera que comiéramos. Vi que entraron dos policías. «Retírese, se nos va a enredar la piola acá», le dije. Me paré en la puerta, saqué una pistola que nos había autorizado comprar el Ejército. Los dos policías me vieron con la pistola armada y yo pensaba para mis adentros «ya perdieron, porque si ellos van a coger el revólver, yo ya tengo la pistola en la mano». Había un total desprendimiento por la vida, queríamos morirnos. Sabíamos que nos estaban buscando para matarnos. Esa época de muerte, de seguimientos y de persecuciones nos llevó a aceptar la muerte y, en mucha ocasión, a buscar la muerte.

Pero también tengo que reconocer una cosa: también encontré solidaridad. Puedo recordar seis o siete casas donde iba y me quedaba sin ningún problema. Tenía llaves de esas casas para entrar y salir a la hora que quisiera, y gente que se la jugaba, y ni siquiera del partido, sino gente que lo conocía a uno, amigos. Recuerdo una gente muy rica de una ciudad capital, que tenía una empresa donde cambiaban dólares y cosas de esas. Me había conocido con la hija de esa familia en la universidad –ella no era militante ni nada– y un día me dijo: «Mi papá le manda a decir que cuando quiera irse a esconder a la casa, lo puede hacer», y yo iba a esa casa, tenía un cuarto donde dormir. También hubo una monja, la familia de ella me acogió y terminé viviendo en la casa de ella por solidaridad. Es que la guerra cerca psicológica, social y políticamente a la sociedad, pero también de la guerra afloran prácticas de solidaridad. Es decir, la canción de Afranio Parra La certeza del amor, en la que él dice que «en la guerra la certeza del amor lo protege y lo cuida a uno, lo salva de la muerte»; es cierto, eso no es mentira, uno lo ve en la gente.

En la diferencia

Con el evangelio en el bolsillo

Nos vamos para Mirolindo, conseguimos un lote y allí hacemos nuestro primer rancho de paroy y guadua. Nos establecemos. Hicimos la primera rocería, la casita y un potrero. Sembramos caña y, donde habíamos rozado, también dejamos un pedazo para sembrar coca, más o menos como media hectárea. Y seguimos trabajando. Pero no había un progreso económico, solo se sacaba lo del diario. Compramos el trapiche y trabajamos la caña. Hacíamos la molienda y obteníamos la panela y la miel, y de eso vivíamos. En un momento llegan unas familias que son creyentes, que venían de Santander y del casco urbano de San José del Guaviare. Llegan con el Evangelio y nos convertimos a él. Vemos, en primera instancia, que el trabajar con el cultivo ilícito era algo contradictorio a la vida del hombre, puesto que las plantas fueron creadas por Dios, pero no tenían la culpa del uso que se les estaba dando. Nosotros entendemos que eso era un trabajo ilícito que estaba cooperando con la desestabilización, muerte y ruina de familias. Entonces dejamos ese cultivo y seguimos trabajando con la caña. Sembramos caucho, tuvimos animales.

Teníamos conocimiento de los grupos armados que estaban porque habíamos estado en reuniones a las que nos obligaban a ir. A mí una vez me castigaron. Yo me escondí, no salí y me pillaron. Me pusieron a arrancar yuca para enviarles a los que estaban en el casco urbano, haciendo la guachafita que habían organizado. No participábamos en nada de eso por el hecho de ser cristianos, ni siquiera en la borrachera de los sábados, domingos o festivos en las cantinas del caserío. No transportábamos alcaloide ni químicos para elaborar la coca. Nos habíamos dedicado a ayudarles a los habitantes de la región con el cultivo de pancoger, en la elaboración de cercas, corte de caña. No nos enredábamos en los oficios de la coca. Eso hizo que ellos nos trataran de población inservible. Una población que no podía estar entre ellos porque necesitaban era gente que estuviera en el conflicto, que peleara para obtener dividendos. Una población que empuñara armas y todas esas cosas. Nosotros participábamos en los trabajos comunitarios sin que nos estuvieran obligando. Lo hacíamos voluntariamente porque sabíamos que era lo más productivo y hermoso. Entonces, viene la persecución a los cristianos. Querían ponernos de mandaderos, que a cogerles la moto, el caballo, el carro. Lo que fuera a la hora que a ellos se les diera la gana. Tocaba soltarles porque como eran de la guerrilla…

También comenzaron con el reclutamiento de los jóvenes y niños desde los diez años. Enviaban jovencitos de ellos para que los niños se pusieran el fusil, les dejaran acariciar la pistola, se colocaran el uniforme, y que les cargaran la maleta. «¡Vea qué bonitos se ven!, ¡vea, así es que los necesitamos!, ¡así es que ustedes adquieren autoridad». Se tomaban toda la paciencia para persuadir a los jóvenes. Muchos se fueron y más tarde se supo que habían sido víctimas, que los llevaron como carne de cañón.

Mis hijos estaban creciendo y me los estuvieron induciendo. Inclusive tuve problemas con un muchacho que había sido trabajador mío porque se desapareció y volvió uniformado y armado, queriendo enrolar a los hijos míos a la guerrilla. Le tuve que decir: «No, yo a usté le di comida, lo recibí en mi casa y lo sostuve un poco de tiempo, pero no fue para que me venga a pagar de esa manera. Usté sabe que las armas no son buenas, son destrucción, muerte y yo no voy a permitir que mis hijos se vayan». «Amanecerá y veremos», me dijo.

Seguimos administrando la finca, pero ya más en el caserío de Mirolindo. Hubo más auge porque se instaló un acueducto y nos dieron unos lotes más económicos para hacer una casa. Nos vinimos por la cuestión de la iglesia, porque de la finca a la iglesia era una hora y media a pie, y uno con el anhelo y deseo de aprender de las cosas de Dios, de la palabra, de la Biblia, de los fundamentos cristianos.

Estando en Mirolindo, tomo la decisión y me vengo para el pueblo. Me pongo a trabajar llevando helados, salchichón, pan y dulces. Así trabajábamos el sábado, domingo y los lunes cuando eran festivos. Con mi esposa comenzamos a vender almuerzos y todas esas cosas. Comenzamos a vivir de eso y con lo que conseguíamos administrábamos la finca. Así lo hicimos hasta que se nos puso muy duro porque se desató la violencia entre habitantes de la misma región. De la nada se agarraban y tuvimos que llegar a apreciar hasta seis muertos en una noche, soportar balaceras. Era tremendo.

Nosotros trabajando con el termito para arriba y para abajo, y en boca de mis hijos me mandaron la amenaza: «A su papá en cualquier momento lo matamos porque todas las semanas viaja y tenemos dudas de él, de que lo que ta haciendo es llevar información», lo que gracias a Dios no era verdad. Cuando venía a San José me congregaba y habitaba en la casa de una hermana de la iglesia. No salía de noche, o exclusivamente a los servicios de los cultos. Hacía mis gestiones y me iba para allá. No encontraban nada de qué acusarme, pero sí me tenían fichado. Varias veces me quitaron el termo. «¿Qué trae?, ¿qué es lo que carga? ¡A ver!», y lo esculcaban. Muchas veces se comían el producido, pero pues me lo pagaban. «Bueno, ahí está ¿cuánto se le debe?».

Después tenemos que desplazarnos. Hacen una reunión en el parque de El Capricho, en 1999, y dicen que por motivos de seguridad todo lo que oliera a cristiano o evangélico tenía un mes de plazo para desocupar la región. Era una gente que no les servía, que porque estábamos permitiendo infiltrados de los paramilitares. Pero en realidad nosotros nunca hemos sido personas de servicio, ni aun siquiera a miembros del Estado. Estábamos en una situación en la que nos convertíamos en objetivo

militar por saludar a un soldado. Si mucho les podíamos hacer un gesto porque no faltaba el que se daba cuenta.

Entonces nos tenemos que desplazar. Comenzamos a sacar de a familia en un carrito de línea que había. Él nos hacía el favor, nos llevaba con mucho miedo. Las familias empacaban lo poco que podían sacar y se venían. Fue así como salieron unas cuatro o cinco familias. Finalmente sale la persona que estaba a cargo del lugar, que era el hermano pastor. Nosotros nos quedamos por un tiempo, como haciéndonos los duros. Mi esposa es muy arraigada a las cosas. En la parte sentimental había un problema. Todos los días pensábamos: «¿Qué hacemos?, ¿para dónde cogemos? No hay quien nos compre la tierra. No hay quien nos dé nada por nada». Teníamos 30 reses; bestias, animales, ¿y qué hacíamos con eso? Le digo a mi esposa: «Miren a ver, echen ese ganao por delante. Consíganse quién nos lo ayude a traer, o a ver qué se hace». Y así, porque yo estaba en recuperación de una apendicitis. Entonces consiguieron un negociante del pueblo y recogieron ese ganado. Nos lo pagaron a como les dio la gana porque era tiempo de verano, donde el ganao es barato.

Me recupero y comienzo de nuevo en San José, donde mi esposa se la pasaba llorando. Nos habían dado el permiso para pernoctar en una casa vieja, de tejas rotas. Llovía y nos mojábamos. Tomo la opción de tomarme un lote. Entonces me viene el problema con el Estado. Dice el Estado que yo estaba siendo un invasor, que no podía estar ahí porque era un lugar de riesgo. Me tienen todo un día en la Secretaría de Planeación, y ahí les digo: «No, yo de ahí no me salgo hasta que no me entreguen las llaves de un lugar, hasta que me reubiquen juntamente con mi familia». Es cuando se viene la parte de que comenzamos a vivir en el pueblo.

En el año 2000 me encuentro con un funcionario que me conoció y me pregunta si yo también había salido en el desplazamiento. «Sí, yo también porque de toas maneras soy cristiano». Me dijo: «Yo reconozco que usté es un líder que ha hecho un trabajo de representación de las comunidades, pero no están legalizados como desplazados. Ustedes están como cuando sale una familia del campo al pueblo a hacer sus compras. Tienen que acercarse a la Defensoría del Pueblo». Es cuando comienzo a visitar a los hermanos y a las familias, porque había muchos que no eran cristianos, pero habían salido por las creencias de sus familiares. La orden era de que todo lo que fuera evangélico, oliera o tuviera que ver con ellos tenía que salir.

Organizamos una reunión a la que fuimos varias familias de la iglesia. También fueron familias de varias misiones. Al llegar aquí nos enteramos de que no era solamente la población de las veredas de Mirolindo, El Capricho, La Carpa y Cachicamo. Encontramos personas de todo el departamento que estaban sufriendo la misma consecuencia. Nos habían sacado a nosotros por el hecho de ser cristianos. Según la guerrilla, éramos personas inútiles porque no trabajábamos como querían.

Hace más o menos tres años, viendo que ese rancho allá estaba perdido, tirao, hicimos un intento con mi esposa. Vinimos a la finca y miramos que estaba enrastrojada. Ya no había casa, ya no había enramada ni cercas. No había luz ni sistema

de alimentación del agua. Ya íbamos sin fuerza, sin alientos. En el 2015 a mi esposa la operaron de la tiroides y casi se me muere. En el 2016 la operan de la vesícula. Entonces dijimos: «No, pues busquemos a ver si alguien nos da algo por eso, y ya». Hablamos con mi cuñao. Con él hicimos el negocio. Hicimos un arreglo y le vendimos eso. Le dimos regalao, prácticamente. Hoy en día eso está más o menos valorado en 100 millones de pesos y nosotros se lo dimos en 34 y a plazos. Dijimos: «Ya se perdió porque se perdió el impulso para volver».

Porque éramos punkis



La vida mía corrió siempre en Medellín. Los barrios Pedregal y Castilla para mí fueron un referente importantísimo porque marcaron lo que soy. Son una cuna musical, no tanto porque produzcan artistas, sino porque fueron receptores de música diversa. Ese es el raye mío con esos lugares, porque toda mi vida gira alrededor de la música, y esos barrios recogían eso.

Estudiar en un colegio público creo que fue de lo mejor que me pasó en la vida porque ahí potencié un montón de cosas que hoy hacen parte de mi cotidianidad, mis intereses y mis luchas.

Pedregal y Castilla eran una cosa loca, una maraña que involucraba bandas delincuenciales y violencia, pero también resistencia y arte. Tal vez por eso con mis amigos y amigas del colegio empecé a meterme en el punk. En el colegio conocí las comparsas y la Casa de la Cultura, que fue clave para mí. Conocí a los parceros y parceras que empezaron a montar bandas de punk y también conocí cosas del movimiento social. Eso me empezó a gustar. Cada fin de semana que había alguna maricada, yo iba.

Un día, al finalizar una reunión en la Casa de Cultura, como tipo seis o siete de la noche, íbamos saliendo y nos tocó una balacera ni la hijueputa en ese parque. Eso era una constante de barrio en barrio, entre las comunas 5 y 6 de Medellín. Incluso también por los barrios aledaños. Cuando empezó a llegar el paramilitarismo, cada rato me tocaba ir a la casa a decirle a mi mamá que había un muerto. Se mataban tanto entre ellos, que tiraban un montón de muertos ahí. A nosotros nos tocó ver, por ejemplo, un man empeloto, amarrado a unas piedras, dentro de la quebrada: el cuerpo vuelto mierda. Así nos tocó mucho en esos finales de los 90 e inicios de los 2000, ver todo el tiempo muertos.

Los paras decían que nadie podía salir. Y cuando nos levantábamos para el colegio, en casas de amigos y amigas arriba, en lo más periférico del barrio, veíamos chicas desnudas barriendo las calles, con hombres al lado. Había la idea de que la mujer no podía estar en la calle. A las mujeres les decían cómo se tenían que vestir, y cuando rompían esa norma, entonces esos manes las torturaban. Las mujeres podían pasar

empelotas toda una mañana, barriendo una cuadra a merced de ellos. Y las mamás solo lloraban. Y la gente, pues, con un miedo ni el hijueputa, y las mujeres llorando.

Un día fui donde una noviecita que tenía en esa época. Ese día estaba supercaliente en la casa por una borrachera que me había metido una semana antes. Entonces me tocaba venirme supertemprano, y ese trecho desde la casa de mi noviecita me tocaba era caminando. De la casa de ella me bajé a ver qué parcero había o cualquier chimbada. Ese día no había nadie por ahí, y yo dije «ve, estos maricas, ¡qué juicio!», y seguí caminando. Seguí mi rumbo fumando, y me encuentro con un parcero que también iba caminando, que me dijo «yo me estaba trabando; esto está muy solo, me abro». Empezamos a subir, llegamos a un parqueadero que queda en una lomita. Todos los buses parqueados. De un momento a otro sentimos que de los buses nos echaron mano. Nos cogieron, nos tiraron al suelo. Estaban encapuchados. Había un man que medía un metro con quince centímetros. Ese hijueputica tenía un arma relarga –más grande que él–; era el que daba las órdenes. Nos preguntan quiénes somos. «Nosotros somos de acá, somos fulanito y zutanito». Me acuerdo que el parcero tenía una cresta larga en esa época y le jalaban el pelo. En medio de los buses, nos tiraron. Llegaron otros dos manes, y se llevaron al parcero como pal otro lado. Empezó un interrogatorio. Nos daban pata, un montón de chimbadas.

Nos golpearon pues la cosa más hijueputa del mundo. El parcero también gritaba; yo tenía la cara reventada. Al parcero le decían «vos vas a la Casa de la Cultura de Pedregal y el parcerito tuyo también». No sabemos por qué preguntaban eso. Había grupos de teatro, nosotros hacíamos conversatorios. En la Casa de la Cultura y en los barrios había procesos comunitarios. Eso fue una calentura porque los manes me sentaron en la última banca, empezaron a interrogarme sobre qué era lo que hacíamos en la Casa de la Cultura, que nosotros por qué éramos punkis, que «ustedes son del anarquismo». Nos obligaron a quitarnos la ropa pa requisarnos. Me empelotaron y empiezaron a burlarse de chimbadas.

Les decía que nosotros no éramos de ninguna banda, que estaban equivocados. «Ustedes estaban empapelando el barrio la semana pasada». «Sí, pero… pues porque eso es cultural», les dije y más me daban.

Me acuerdo que me amarran las manos, me botan las gafas hasta la chimba. Se gozaban mucho cuando me daban cachetadas. La mirada se me nublaba. Los manes me abrían los ojos, me decían «pero mírame», y yo «marica, me duele». Casi me sacan un ojo ese hijueputa día. Al parcero le estaban haciendo lo mismo. A él le decían que eso estaba prohibido y le cortaron el pelo como con un machete.

Lo que querían era información y no encontraron nada. No sé por qué decidieron soltarnos, pero hubo una pregunta clave: «¿Ustedes en qué colegio estudian?». «No, nosotros ya nos graduamos». «¿Y qué van a hacer?». «Nooo, pues… hay que estudiar». «¿Y pa dónde van a estudiar?». «Nos vamos a presentar a la Universidad de Antioquia y a la Nacho». «Ah, en las universidades de la guerrilla». Nos dijeron un poco de chimbadas. Un desprecio por la ropa. Nos gritaban que dejáramos esa música, que eso iba en contra de la sociedad y de la Iglesia, y que primero Dios.

Nos hicieron vestir con lo poco que nos quedaba mientras nos seguían pegando. Cuando me bajé de ese bus me di cuenta que al parcero le habían motilado el pelito. Lloramos un montón. Nos dijeron: «¡Se abren, pero nunca vayan a mirar pa tras».

Yo quería salir corriendo, pero decía «nos van a dar un tiro en la espalda».

Aporreados hasta la chimba. Yo sin gafas no veía ni chimba. Me acuerdo que le cogí la mano a mi amigo y le dije «marica, no me dejés caer». Seguimos caminando y ahí fue que vi en un muro, en toda la esquina: «Bloque Cacique Nutibara, AUC». Vi esa pinta y dije «marica, son esos pirobos, estos manes fueron los que nos hicieron la vuelta». Tengo la imagen del man chiquito, de la tortura. Pero la imagen que toda la vida recuerdo es esa, la de la pinta. Era una pinta que no habíamos visto antes. Fue la pinta que me cambió la vida y me hizo tomar decisiones.

Subimos a la casa y eso fue un escándalo. Me acuerdo que la mamá de mi amigo, que nos recibió, lloró como un hijueputa. Obvio, yo entré en llanto y no sabía qué le iba a decir a mi mamá; el parcero, menos. No sabía qué le iba a decir a la noviecita que tenía, qué iba a pasar conmigo. Yo decía «marica, cómo cuento esto. Si le digo a mi mamá no me va a volver a dejar salir. Yo la cagué hace ocho días por andar borracho. Nadie me va a creer. Yo le digo esto a mi mamá, y ella se destroza; mi mamá es el ser más sensible del mundo».

Nunca conté la historia. Ni a la noviecita que tenía le conté. Pasaron todos esos años y nunca le conté a nadie. Solamente a una compañera que tuve y a la mamá del amigo que nos recibió. De resto, a nadie. Y, en últimas, lo doloroso fue sufrir eso, esa decisión. Lo que pensé fue «listo, estos pirobos son esto; entonces hay que estar en contra, me tengo que vincular a organizaciones para enfrentar el paramilitarismo». Y me vinculé como en el 2004, pero eso no se puede decir en público. Fue una opción –todavía considero que es una opción–; lo que pasa es que ahora hay otros campos y otras cosas, pero sí, increíblemente han pasado un montón de años. No me di ni cuenta.

Como en el 2006 volví con más fuerza a la Casa de la Cultura y me fui pal Tribunal Permanente de los Pueblos en Bogotá. Creo que ese fue el aliciente.

Igual, pasaban cosas en la casa: mi mamá sufrió un montón emocionalmente con ver esos muertos que le tiraban a la gruta. Yo decía «no, la guerra aquí es una cosa muy hijueputa; aquí el problema es ese: los paracos». Eso no nos pasó solo a nosotros. Desde que empezamos a sentir que nos sacaban de los parques, lo de estas chicas, o sea, llegamos a ver tanta mierda. Además, siempre estuvo el estigma del punk, del rock. Los paracos empezaron a matar punkeros y rockeros, y uno era de ese mundo.

Al principio fue muy confuso todo. Estar en el punk era como tan chimba. ¡Era tanta hijueputa alegría! Es que… ¿¡cuándo llora uno en el punk, marica!? Es imposible. Todo es parche, fiesta, alegría. Hasta el pogo, que parece tan violento, es una chimba. O sea, uno decía «la vida es tan chimba, pero ¿por qué nos toca aguantarnos tanta mierda? ¿Qué es esta maricada de estar matando y matando? Todo el hijueputa tiempo viendo muertos».

Llegó un punto en que eso me mamó. Si no hubiera sido por la universidad, creo que me hubiera… no sé… vuelto más *podro,* antitodo, destruyéndome el cuerpo. Eso lo mamaba a uno tanto, que uno buscaba destruirse también. Uno probaba, tomaba de todo. Cualquier chimbada. Yo pensaba: «Esas gonorreas nos matan o nosotros nos matamos probando cualquier chimbada que hay pa alterar nuestro organismo», porque eso era lo que hacíamos. Antes de estar como militando yo decía: «O estos pirobos nos matan o nosotros mismos nos vamos a joder la puta vida probando maricadas». En últimas, también nos la jodimos. Muchos tenemos secuelas de tanta chimbada. Y todo eso se acabó cuando entré a la universidad. Ahí seguí con el punk y me enfrenté junto a otros y otras contra esos pirobos que siguen campantes por el territorio.

Ni se le ocurra decir que es gay

A diferencia de mi pareja, que desde los trece años empezó a pelear contra el mundo y contra la homofobia de su familia, yo siempre fui muy enclosetado. Sin embargo, tengo que reconocer que en Europa tengo libertad. Me siento yo, a pesar de que nunca he hablado del tema con mi familia por lo tradicionalistas que son. Yo nací en las montañas del Sur de Bolívar. Siendo muy niño, mi papá y mi mamá migraron hacia Bogotá. Estuvimos viviendo por el sur. A los dieciocho años me fui para el Ejército. Me negaba a aceptar que era *gay*. Es que es difícil de entender para uno. Me adoctriné, sentí que era lo mío. Duré en el Ejército algo cercano a ocho años. En ese proceso tenía que demostrar que era hombre, que era hetero, y me metí con una mujer. Tuve un hijo que me lo dejaron al año. Ella se fue y me lo dejó. Pensaba «venga, el niño se va a criar sin la mamá, y el papá en el Ejército». Entonces me hice cargo del niño.

El tema *gay* en el Ejército es demasiado fuerte porque se sufre en silencio. El que es muy liberado se va, no aguanta la presión. Los que estamos en el clóset soportamos una carga muy, muy fuerte. Y cuando se enteraron, llegó a su máximo esplendor lo que es el tema de la homofobia. Fue muy directo porque el militar se caracteriza por ser tosco. No se tiene la sutileza, les vale nada que la persona se sienta mal. Te lo digo yo que fui comandante y tuve soldados. No porque lo hiciera, pero sí porque lo hicieron mucho conmigo. Había comandantes superiores que hacían lo mismo con muchachos que entraban, en especial con los *gays*. Estas personas prestan servicio y se van porque la presión es demasiado fuerte. ¡Era bárbaro! Sufrí muchísimas veces. Los comandantes se enteraron y pues decían «venga, mandemos a la loca, a la marica». ¡Era una mierda!

En los ocho años que estuve en el Ejército nunca tuve un cargo administrativo, siempre fue orden público. Uno miraba y notaba diferencias. No, este cabo estudió conmigo y le va a tocar un año en el batallón. Por ser como soy, decían «este pal área, pal monte. Si no aguanta allá, que se vaya». Precisamente, cuando tienes un cargo

administrativo tienes la oportunidad de estar en un batallón y radicarte. Si estás en una ciudad puedes estudiar. Si estás en el monte, nunca hay estabilidad. En el monte tocaba estudiar por internet, que fue lo que vivimos. Pero no se conseguía señal todo el tiempo. El único que tenía un teléfono satelital era el comandante del batallón.

Empiezo a hacer mi vida afuera cuando me retiro. Usted no sabe hacer nada y empieza a ver qué se pone a hacer. Tenía un bagaje de conocimientos que solo me servía para manejar gente y ya. Sabía alguito de administración, pero nunca desempeñé un cargo administrativo. Lo único que sabía era dar plomo y pelear con la guerrilla. No llevaba un mes de haberme retirado cuando me dijeron por teléfono: «Venga, hermano, me lo referenciaron. Usted es alguien que tiene mucho conocimiento y lo necesito para que me administre –así tal cual– cinco pueblos en el Magdalena Medio». Le dije: «Yo me retiré bien del Ejército, no me voy a ir a delinquir». Eso generó cierto temor en la casa, porque pues yo conté. «Cuando llamen y me pregunten, no estoy». Eran muy usuales esas llamadas. En los inventarios que maneja la delincuencia, ellos tienen sus contactos. Insistieron mucho. Pero es que yo también soy de demasiado carácter y creo que eso se me quedó del Ejército. Les contestaba fuerte, me estaba exponiendo. Cambié el perfil en el tema del trabajo y, pensando en mi hijo, pues me conseguí un trabajo en temas de servicios.

Nos conocimos con mi pareja. Desde muy pequeño fue abiertamente *gay,* peleó con su mamá, contra el qué dirán. No se podía demorar en la calle porque la mamá ya estaba pensando que estaba prostituyéndose. Fue una época muy fuerte, pero cuando se fue a vivir solo a los diecisiete años y sale pal Ejército, la mamá de él se relaja un poco con el tema. Él y yo nos independizamos y montamos un restaurante en Bogotá.

En el restaurante estuvimos trabajando superbién. Toda la comida era muy rica. Mi pareja salía a atender las mesas porque le gustaba lo que eran mesas y domicilios, mientras yo cocinaba. La gente se acostumbró a que él o yo estuviéramos en la cocina o atendiendo, si no, no volvían. Ahí duramos años, hasta que un día llegaron unos tipos al restaurante. No los habíamos visto jamás. Los atendimos muy normal, entonces dijeron que no iban a pagar, que ellos venían de parte de alguien que estaba administrando la seguridad de la zona. Que para tener seguridad teníamos que empezar a pagar una vacuna. Mi pareja dijo: «Estos son unos gatos de barrio». Él siempre ha sido muy pelión, alebrestado. Ellos se fueron muertos de la risa.

Después se puso ya un poquito más complicada la cosa. Empezaron a mandar panfletos. Llegaron como a los ocho días y empezaron a decir que teníamos que darles una contribución para todo el tema de la seguridad. Fue mientras mi pareja estaba fumándose un cigarrillo al frente de la casa que dos tipos en una moto le pegaron con el pie y se fueron. Él venía con unas botellas de tíner para limpiar una mesa y le hicieron cortar la mano horrible. Quedamos como asustados, pensamos «están frente a la casa; esto no es casualidad, no fue un robo».

Por coincidencia, fuimos donde una amiga a eso de las doce de la noche. El hijo de ella salió a comprar una gaseosa, pero llegó sin la gaseosa. Nos dice «me mandaron

para la casa». Le entregaron un panfleto de las Águilas Negras. Nosotros nos fuimos y pusimos la denuncia de lo que le pasó. En la Policía me dijeron: «¿Qué quiere que hagamos, que le pongamos un policía a cada loca que hay?». O sea, estaban ocupados y no le podían poner un policía a cada *gay*.

Después de eso cerramos el restaurante pensando en qué íbamos a hacer. Mi pareja iba caminando por ahí y ya sentía que le pegaban un cuchillazo por la espalda. Él brincaba de una vez. Un día pasaron en un carro negro tres tipos. Uno abre la ventana y dice: «Yendo a la Policía nos van a asustar. ¡Locas! ¡Locas!». ¡Mierda! Sabían que habíamos denunciado. Uno queda boquiabierto. Mi pareja decía: «Entonces ¿usted a quién acude? Va a la Policía y la misma Policía le cuenta al que denunció».

Todo eso nos lleva a tomar la decisión de venirnos para Europa sin conocer a nadie. Llegamos aquí en 2019. Vendimos las cosas que teníamos. Primero nos fuimos a vivir a la casa de la familia de mi pareja, por un tiempo, mientras dejábamos todo. Era como un plan que teníamos nosotros de viajar, de conocer Europa. Llegamos a Europa y nos alquilaron un sitio. Estábamos como contándole al dueño de la casa la situación de lo que había pasado, que veníamos como a despejar un poquito porque mi pareja ya estaba con psicosis y epilepsias. En estas situaciones el estrés se acrecienta mucho. Iba por la calle y pensaba que tenía a alguien malo detrás, aunque fuera un niño corriendo, alguien cojeando. Pensaba que lo iban a apuñalar, a hacerle algo. Le contamos al dueño de la casa y nos dijo: «Pero ustedes pueden pedir asilo». Nos quedó sonando la idea y nos quedamos en Europa.

En Europa estamos esperando que pase alguna cosa. Igual tenemos claro que de acá no nos movemos, aun sabiendo que allá queda mi hijo. Es que para mí es muy fuerte… partamos de que él está solo, está con mi mamá. Tenerlo desde tan bebé y no poder verlo ahorita que está estudiando… ¡Es muy fuerte! Como dice mi pareja, a uno le duele dejar su familia. Afortunadamente uno tuvo la oportunidad de empezar acá desde cero, que no ha sido fácil. Lo que me gusta de acá es la tranquilidad. Hay una frase que me parece muy curiosa, que dice definitivamente «venimos del país del Sagrado Corazón, porque pasa de todo; el Sagrado Corazón recibe de todo». Mientras estaba en el Ejército, una vez llegó un capitán, un tipo *gay* de un país europeo. No de cuál exactamente. El tipo decía que cuando fue a hacer el trámite con la embajada colombiana, la respuesta del cónsul fue: «Llegue al Ejército, pero ni se le ocurra decir que es *gay* porque aquí el tema es fuerte». Colombia lo tiene todo, es muy bonito. O sea, yo acá miro y la verdad no es que me parezca lo más bonito, pero lo que me gusta es la paz.

Por vivir en la calle

Mi hermano mayor ingresó a la Policía. Salió graduado de la Escuela del Espinal, y pues allí hizo un amigo. Ellos casi siempre estaban juntos, incluso luego de que se graduaron. Después, cuando los rotaban, a veces llegaba primero mi hermano y detrás llegaba él. Entonces mi hermano resultó trasladado para Ataco y estuvo allá como unos seis meses, hasta que fue la toma guerrillera. Hostigaron por la construcción de la nueva estación de policía. La estaban construyendo porque la que había estaba muy retirada. La que estaban haciendo era un poco más reforzada y quedaba junto al Banco Agrario, ahí en toda la plaza central.

Mi hermano y los familiares de los policías contaban que ellos ya estaban avisados de la toma. Estaban acuartelados. Ese día mi hermano le recibía turno a su mejor amigo a las cinco de la tarde. Mi hermano se estaba alistando, faltaban como diez minutos para las cinco cuando estalló la primera bomba. Me cuenta que se asomó a la puerta y vio una cantidad impresionante de gente de civil. No sabía quién era guerrillero y quién no. Mi hermano estaba listo, tenía sus botas, todo. Lo que hizo fue que se puso su arma, iba a salir. La esposa fue la que le rogó que no lo hiciera. Le lloraba y le decía que estaba embarazada, ¿qué iba a hacer si lo mataban? Entonces mi hermano recapacitó y se escondieron en el tanque del agua. Metió primero a la esposa. Cuando ya vio que los guerrilleros estaban entrando casa por casa, pues se subió y se escondió con ella. En esa toma asesinaron a su amigo. Fue el único policía que asesinaron, el mejor amigo de mi hermano.

Como a las cinco de la mañana mi hermano salió del tanque y su amigo estaba completamente destrozado. Le habían hecho unas atrocidades horribles. Eso impactó mucho a mi hermano. Él le echaba la culpa al comandante de la estación porque sabía que los otros se iban a entrar. De castigo, al amigo de mi hermano lo habían puesto muy lejos. Mi hermano tenía un problema de consumo de sustancias y la muerte de su amigo lo afectó muchísimo más. Entró en una depresión muy profunda, además de que quedó con una herida física. Le lastimó la rodilla. Lo sacaron incapacitado para Ibagué. Lo que decían los policías es que «se le corría el champú». Decían «se va y cuando uno lo encuentra está en el cementerio». Se la pasaba en la tumba de su amigo.

Entonces a mi hermano le dieron de baja en la Policía y ni siquiera quisieron pensionarlo. El comandante dijo que él tenía un problema de consumo, que antes nos diéramos por bien servidos. A mi hermano eso lo entristeció todavía más, y pues nosotros seguimos luchando como familia para que entrara a un centro de rehabilitación y lo viera un psicólogo, pero no quería nada de nada. Estaba furioso. Decidió salir a la calle, vendía inciensos. Nunca tuvo necesidad de delinquir porque la familia lo buscaba, le daba dinero, cosas. La última vez que lo vi me dijo dónde estaba durmiendo, por los lados de la plaza de El Jardín. Allí recogía bultos, hacía trabajos así. Solo que todo lo que recibía pues se lo consumía.

La última vez que me llamaron fue para informarme que lo habían asesinado. Él se hacía en un lote baldío que hay al lado de un motel en Ibagué. Ahí había un combo de cuatro o cinco consumidores. Esa noche llegaron a asesinarlos. Al único que mataron fue a mi hermano. Los otros cuatro quedaron heridos de gravedad. Los de la Fiscalía hicieron el levantamiento a la madrugada. La tía de mi esposo trabajaba allá y recibía turno en la mañana. Ella llegó y me encontró sentada esperando que me entregaran la carta para ir a recoger el cadáver. Me preguntó qué había pasado. Entró, no dijo que era familiar mía ni nada. Les preguntó: «¿Qué pasó anoche?, ¿qué diligencias hay pendientes?». «Un ñero de esos que mataron anoche, pero no pasa nada». Entonces ella salió y me dijo: «Vea, no hubo fotos, no hubo levantamiento del cadáver, no hubo acordonamiento, nada». Para ellos eso no era nada.

Me hice pasar por policía para poder entrar a preguntar. Ya sabía que en la Fiscalía no iba a pasar nada. El chico me contó todo, el otro mejor amigo de mi hermano. El chico con el que vivía en la calle. Me dijo que el comandante del CAI de El Jardín les había dicho que la gente del barrio se estaba quejando de ellos por estar en ese lote. Que ellos hacían mucho desorden. Les dijo que si no paraban el desorden, les echaba la limpieza social. Les dio un mes. Exactamente al mes llegaron a matarlos. Cuando ellos vieron entrar el tipo al lote, como que se percataron de que algo pasaba. Ese tipo les dijo: «¿Ustedes qué hacen ahí?». «No, nada, nada. Todo bien, estamos aquí». El amigo de mi hermano le dijo: «Yo creo que como su hermano era policía, presentía que algo iba a pasar». Mi hermano se puso frente al tipo y le dijo: «Tranquilo, hermano, no pasa nada». «Usted cállese que no estoy hablando con usted». «No, pero tranquilo, que no estamos haciendo nada». Cuando mi hermano le dijo eso a la segunda, el tipo sacó un arma y le dijo: «¡Cállese, que los vengo es a pelar!», y le disparó a mi hermano.

Recibió tres impactos de bala en el pecho. Después empezaron a dispararles a todos los que estaban ahí. Mi hermano fue el primero que cayó y luego su amigo encima de él. Le tocó hacerse pasar por muerto. Me dijo: «Estuve encima de él y escuché su último suspiro». Los demás corrieron hacia la avenida y el tipo salió detrás dándoles bala. Con la balacera salió la gente y como a la media hora llegó la patrulla de la Policía. Luego llegó la de la Fiscalía y subieron los heridos a la bola. La gente se indignó, fue la que los obligó a que los llevaran al Federico. Los tenían subidos y no los llevaban a ningún lado. Estaban esperando a que se murieran. Mi hermano no tenía papeles ni nada.

Al otro día nosotros fuimos al lote. Recogimos los casquillos, papeles, y se los entregamos a la Fiscalía. Todo estaba ahí. No habían recogido nada, ni siquiera habían tomado fotos. Dije: «Quiero ver las fotos del cadáver de mi hermano». Se supone que en las cadenas de custodia, cuando hay homicidios, hay una foto del cadáver. «No, aquí no hay fotos de nada». «¿Por qué no hay fotos?, ¿qué pasa?». Empiezo a pasar los derechos de petición para pedir información, fui a la Defensoría del Pueblo. Cuando ellos supieron que yo era familiar de personas que estaban en la Fiscalía, me comenzaron a llegar llamadas al teléfono para preguntarme si quería que me pasara lo

mismo que a mi hermano. Mi familiar entraba a la Fiscalía y ellos decían duro, para que ella oyera: «Esa vieja hijueputa otra vez está poniéndonos a contestar derechos de petición, como si el ñero ese valiera mucho. Está buscando es que la dejen igual que al hermano». Mi familiar venía y me decía: «Ay, Pilita, ¿usted pasó el derecho de petición? Deje eso así, no se ponga a hacer nada. Ya igual pasó lo que pasó, y a su hermano no lo van a revivir. Después es pa problemas».

Molesté tanto, que una vez los de la Fiscalía le contestaron a la Defensoría del Pueblo que no habían sabido que mi hermano tenía dolientes. Yo les comprobé con cartas y con horas de llegada cuándo había estado sentada en la URI, les dije: «Yo me identifiqué como la hermana, recogí la billetera, sus documentos. Es más, los documentos vienen incompletos. Él tenía fotos de nosotros en la billetera. Ustedes no entregaron sino la cédula ¿El resto de cosas dónde están?». Él tenía todo menos la foto: su libreta militar, el carnet de la Policía. La Defensoría vio todo eso y lo contrastó. Los de la Fiscalía se enfurecían cuando la Personería los ponía a hacer descargos, a contestar.

Siguieron llamándome, amenazándome. Mi esposo me dijo «nooo, deje eso así. Hay familia trabajando allá y en cualquier momento… Allá adentro hay estructuras paramilitares. Deje eso así, no busque problemas que aquí vienen y nos levantan a plomo». Yo, pues, dejé así. No volví. El caso se cerró, lo archivaron. La última vez que fui a la Fiscalía a preguntar por el caso, me dijeron que el autor material, al parecer por los indicios y los testimonios, era un paramilitar que operaba en Honda. «Y si ya saben dónde está y tienen los testimonios, ¿por qué no le dieron orden de captura?». Me contestó la jueza: «Ah, porque no se acogió a Justicia y Paz». Y dado el escándalo de que mi hermano había sido Policía y que la misma Policía estaba implicada como autora intelectual en su asesinato, entonces me llamaron del comando. Dijeron que cómo era posible, que esas cosas no pasaban. El carretazo de siempre. Pusieron a investigar a la Sijín.

El otro amigo de mi hermano, con el que compartía en la calle, me dijo: «Lo que pasa es que yo quería a su hermano, al Gomelo, y me da embarrada que hayan hecho eso con él. Yo quiero que se sepa la verdad». La última vez que lo vi, él daba testimonio. Saliendo me dijo: «No voy a volver más. Llegaron a mi casa la semana pasada, a matarme. Nadie sabía dónde estaba, excepto esta gente. Mi mamá me va a sacar pa Barranquilla, donde una tía, donde nadie me conoce. Me da pesar con ustedes, pero esto se quedó así porque nos van a matar a todos los que estamos en esto». Nunca más volvió, el caso quedó así. Mi mamá pues se echó a la pena. Yo no me resigné. A veces, cuando mi esposo puede, le pido que revise a ver. Él revisó hace poquito y me dijo «lo archivaron y lo pasaron a la Fiscalía 52». Fui con un abogado que se animó a acompañarme, pero no se pudo hacer nada. Si en su momento, con todas las pruebas que pusimos, no se pudo hacer nada, mucho menos diez años después. Ya quién sabe dónde estarán las personas implicadas. Pero yo no quiero que las cosas se queden así. No hay víctimas de primera ni víctimas famosas. Hay víctimas de todo. Pero estos muertos pareciera que no tienen doliente. Era como si

se lo merecieran por vivir en la calle. Uno iba a la Fiscalía y le decían: «Ah, ¿usted es la familiar del ñero ese?».

Nos ponían un estigma. Había una humillación constante por parte de los funcionarios. Un día le dije a uno: «Mire, yo podré sentarme frente al tipo que mató a mi hermano y perdonarlo, pero a usted no lo voy a perdonar nunca. A usted le están pagando para que trabaje. Le están pagando de mis impuestos para que investigue y haga su trabajo. No le están preguntando si le parece bien que hayan matado a mi hermano. Ese no es su papel». Yo creo que nunca lo perdonaría porque marcó el caso de mi hermano. No recogió las cosas, no investigó. Eso nos impidió conocer la verdad y tener justicia. «A mí no me joda, vieja loca. No me venga a joder». Yo trabajé cinco años en la Unidad de Víctimas. Solicitamos una carta donde dijeran que la investigación había terminado, que los responsables habían sido paramilitares, y dijeron que no, que había sido un homicidio simple. Mi mamá declaró. Obviamente, le dijeron que no, que él no era víctima.

Cuando salieron todos estos espacios de denuncia, me di cuenta de que era sistemático. Eso me lo dijo una persona: «Aquí matan chinos así todos los fines de semana. Se suben desde El Salado hasta El Jardín. Matan a todos los que están en la calle. Revise los registros y va a encontrar que hacían limpiezas sociales del Salado pa acá». Eso eran los paramilitares que venían del norte, no era un homicidio cualquiera. Eso hacía parte de una estructura. Ahí están la Policía metida, la Fiscalía, los paramilitares. Entonces no quiero que eso quede así. Quiero que se sepa que hay habitantes de la calle que fueron asesinados por esos grupos y que también son víctimas. Así vivieran en la calle son víctimas. Siento mucha rabia con la impunidad, con que se clasifiquen unas víctimas como más importantes que otras, y que la gente no haga su labor como debe ser. A mí nunca me dio pena decir que mi hermano era adicto porque eso es una enfermedad como cualquier otra. Podía haber sido diabético, podía haber tenido sida. Mucha gente dice: «Lo mataron porque se lo merecía; es que le hicieron un favor a la sociedad».

El uno, el mismo

La marca del isleño - colección de fragmentos

Extraños en nuestra propia tierra

En la isla, por ejemplo, tenemos lo que es la guardacosta. Uno tiene que ir a sacar su permiso para ir a pescar y le dan a uno un pocotón de problemas. Los guardacostas tienen un fin y un cometido, por lo que hay presencia de los narcotraficantes. La isla está mediada por bastante narcotráfico. Los guardacostas tienen a todo el mundo atemorizado, pero no acuden a los llamados cuando realmente los necesitan. Entonces pasa que estigmatizan a los pobres pescadores.

¿Qué puede hacer uno que va en una lancha pequeña? ¿Qué puede estar haciendo en el mar si no es pescando? Aquí la gente no trafica la droga, ni los narcotraficantes van de una esquina a otra. Todo lo traen de afuera. El isleño no es solamente narcotráfico, pero nos han marcado con las palabras. Yo me acuerdo que a mi papá le pedían papel tras papel, y eso que iba en un bote de remo. Nosotros no estamos acostumbrados a eso. Los isleños queremos ir a pescar y ya.

Los continentales llegan y se apoderan. Todo es un problema para el isleño. En cambio, el continental llega y le tienen todo. Pero ya, realmente, nosotros somos extraños en nuestra propia tierra porque no podemos vivir en paz, no podemos salir a pescar porque viene la guardacosta y molesta. Creen ellos que uno puede ir a traficar droga con niños. ¿Dónde les cabe eso en la cabeza? El isleño se siente desplazado. Lo que teníamos para vivir era el mar, era la agua. Hay una exclusión del pueblo raizal de su propio territorio.

Desde que empezaron a ingresar, la guardacosta y toda esa gente de las internacionales, no vinieron con la intención de ayudar a la isla o al pueblo raizal. Ellos vienen con otro propósito. Muchas niñas quedaron embarazadas de los soldados en la parte sur de la isla. Eso le dejó un miedo al isleño, a las madres de familia. Uno desconocía el español y poquita palabra conocían las muchachas. Muchas niñas cayeron por las palabras, por la manera de hablar. Esas cosas también generan algo nuevo. No estábamos acostumbradas a ver ese tipo de hombres, y muchas niñas cayeron por las palabras dulces y quedaron embarazadas. Se fueron los soldados y no registraron a los niños. Siempre ha habido ese miedo a que ingrese ese pocotón de soldados.

La droga entra en la isla porque aquí nadie fabrica. No hay cultivos ni nada de esas cosas. Entra por el muelle o por el aeropuerto. Si hay policías en el aeropuerto y están los guardacostas, ¿cómo no cogen a los que vienen con la droga?

Lo que obligaba a nuestros hijos, a nuestros hermanos, a nuestros esposos a meterse en eso era el costo de vida. Con un trabajo solo no se puede sobrevivir. No tenemos trabajo, no tenemos agua para pescar. ¿Cómo sobrevive el isleño? El narcotráfico nos ha cambiado. Algunas personas han encontrado en eso como un modo de vida. Es triste. Por ejemplo, después del huracán es difícil conseguir una casa. El narcotráfico es la única forma de salir, aunque me cojan. Pero si no me cogen, tengo la suerte de tener siquiera unos 60, 70 millones y conseguir mi casa.

Uno como padre, como familia, se preocupa. Ya se sabe que eso no es nada bueno, que no trae nada bueno, y que puede matar a los jóvenes. Les pueden hacer de todo. La isla ha sufrido mucho por un poco de jóvenes desaparecidos, por familiares desaparecidos. La gente sabe que han salido y que no han vuelto. No sabe uno si están presos o los han matado. Como madre uno no duerme cuando no tiene al hijo, cuando no sabe dónde está. Se está todo el día con esa incertidumbre de si algún día aparecerán. Puede ser culpa de nosotros como padres, porque *anteriormente* nuestros padres nos enseñaron a amar a Dios, a estudiar la biblia. Pero los jóvenes no les hemos inculcado ese tipo de cosas a nuestros hijos. Ahorita con la tecnología no toman una Biblia, sino un teléfono. Están *online* en *Call of Duty*. ¿Qué pasa ahorita con los jóvenes? Se dicen: «¿Para qué vivo, si no tengo nada?». Se van a suicidar a mar abierto.

Nosotros somos una isla y dependemos del agua. Desde ahí nos identificamos como raizales, se nos alimenta desde el nacimiento. Si no tenemos esa agua, ¿de dónde sacar la comida diaria? Anteriormente se sacaban del mar los productos. Después del fallo de La Haya el Gobierno nos echó para un lado y debe recordar que nosotros somos raizales. Necesitamos de nuestra agua para poder seguir siendo raizales, para poder seguir existiendo. Pero quieren extinguirnos y por eso nos quitaron todas esas aguas que les regalaron a Nicaragua.

Existimos

Tengo 56 años. Desde que tengo uso de razón estoy escuchando sobre los problemas del narcotráfico y que las personas desaparecen. La verdad, desde mi perspectiva, no veo solución en este pedazo de tierra. Solamente cuando pasa algo grande, ahí si ves a San Andrés en la TV.

Los muchachos ya no quieren estudiar, ya no quieren ir a la universidad porque la plata es fácil. «Te tengo este plan, tú vas hacer esto y te vas a ganar tanto». Entonces, ¿para qué estudiar?, ¿para qué estar en la casa como antes?

Aquí se siente más porque es más pequeño. Todos somos primos, todos son conocidos. Si matan a alguien, es el hijo, el primo de alguien. Es más triste cuando tú escuchas que te matan a un vecino, a un muchacho que tú viste crecer.

Hace siete meses aproximadamente mi esposo se desaparece. Él era pescador. En diciembre me mandó un mensaje: «No se preocupe que llego para Navidad», y desde ahí no escuché nada más de él, más nada. Aún lo estoy esperando. No sé qué pasaría con él.

Cuando recibí el mensaje, no me preocupé. Realmente pensé que estaba afuera, que estaba trabajando. Ellos te dicen que llegan tal día y normalmente llegan. No tienes comunicación con ellos. Después de esa fecha que él me había dado, espero dos o tres días y me empiezo a preocupar, a preguntar.

Yo no hice nada, me quedé tan en *shock* que no moví nada. Los amigos lo empezaron a buscar. Pero yo personalmente no hice nada; realmente, espere y espere y espere, y nada. Me quedé esperando hace siete meses. Los amigos no pudieron hallar nada. Se esfumó.

No es la primera vez, ni la primera familia. Mucha gente ha salido y mucha gente ha estado en la misma situación por años. A nadie le importa, y yo no tengo dinero para contratar un grupo de gente que quiera salir a buscar. Nadie dice nada y la que queda con el dolor, la desesperación, la angustia y el desespero es la familia realmente. Eso sí que nos afecta bastante económicamente, sentimentalmente, psicológicamente.

No sabemos qué pasará en el mar.

Colombia debe tener más corazón hacia este pedazo de territorio, saber que esto también forma parte de ella. También existimos. Que se acuerden que hay un lugar en Colombia que se llama Providencia y que lo tienen bastante olvidado. El mar, nos quitaron aquello que no saben qué valor tiene para nosotros. Eso está mal. De eso vivíamos, de eso vivimos. Eso es lo que pasa acá. Nos quitaron el territorio. Les quitaron parte del corazón a las personas.

Nadie quiso creerme

Ya casi terminaba mis estudios. Les estaba dando clase a unos niños de preescolar en el kilómetro 24 de la vía a Valledupar, en una comunidad indígena. La Sijín llegó vestida de civil. Un grupo de ocho hombres me agarraron. Me sindicaban de guerrillera. Querían que yo les diera el nombre de un jefe guerrillero del Frente 27. Según ellos, yo pertenecía a una banda que le pasaba armas a la guerrilla. Así que me agarraron. Agarraron a todos los wayuus que estaban ahí. Me maltrataron y me revolcaron en tunas. Todas las marcas que tengo en la piel es por la tuna. Quedé irreconocible. De lógica, ellos me iban a matar después de esa paliza, pero mi familia iba en un carro para la finca y reconocieron el otro carro donde yo estaba. La gente se bajó y ellos no pudieron terminar conmigo. Me trajeron hasta Riohacha. Luego me metieron a la Policía y me pasaron directo pa la cárcel, donde duré un año. Mi familia casi no me reconocía de tanta paliza que me dieron.

Mi caso fue la primera vez que una persona quedó viva. Una de todas las que habían pasado sin que quedaran pruebas. Yo traté de olvidarme de todo porque todo el mundo se olvidó de mí. Yo era muy joven, tenía veintipico de años, y mi familia,

todos… nomás quedó mi papá conmigo. De resto, ni mi mamá ni nadie. Todo el mundo se olvidó de mí porque aquí en La Guajira la mujer, pues, era intocable. Aquí no mataban mujeres. Aquí uno era muy sagrado y más en la ley de nosotras las wayuu. En ese tiempo eso era algo gravísimo, algo que no se perdonaba. Creo que lo desterraban a uno.

Mi familia se alejó de mí porque yo era una vergüenza. Mi mamá me inventó muchas películas para que me fuera. Inclusive la familia de mi esposo le decía que cómo iba a vivir con una persona delincuente que había salido de la cárcel, que se iba a buscar un problema. Mi papá y mi mamá también se separaron a raíz de eso. Mi papá decía que mi mamá nunca me quiso; él se fue de la casa y ahora vive con otra mujer. Mi mamá todavía es la hora que no me menciona cuando le preguntan sobre sus hijos. Si algo, te dice que soy la oveja negra, la mala.

Estando presa nadie me creyó que era inocente, de que nunca había trabajado para la guerrilla. En Riohacha yo salía al centro y la gente ni me hablaba, era como un zombi. Nadie me miraba en La Guajira, era como si estuviera muerta. Comenzaron a cambiar esa actitud después de que comenzaron a llevarse a otras mujeres presas. Antes nadie me creyó. Pasó mucho tiempo pa que la gente volviera a creer en mí. Entonces he tratado de olvidar.

Una sola casa grande

Nuestras relaciones con los *gadzhé*, los no gitanos, en general han sido buenas, porque nosotros, los gitanos, la mayoría de los que vivimos aquí hemos nacido en Colombia. Los viejos que vinieron ya no están. Hay gente que nos conoce y pregunta «¿y eso qué es?», pero siempre ha sido esa dinámica, por lo menos aquí en la costa, pues nosotros hemos caminado todos los departamentos de la costa. Actualmente nuestro negocio es compra y venta o fabricación de monturas. Siempre hemos tenido nuestros límites frente a los *galló,* los no gitanos. Le compro un caballo o le vendo una montura o hago algún negocio con ellos. Siempre ha sido lo estrictamente necesario.

Por lo menos aquí nosotros tenemos muchachos que han nacido en Sampués, yo vine aquí muy niño, y de pronto, en alguna ocasión haigan tenido algún conflicto con otro muchacho y uno ha escuchado cosas como «ustedes no son de aquí». Yo soy colombiano, usted mira mi cédula y soy sucreño, pero la gente siempre nos mira a nosotros como que no somos de aquí. De pronto, no se ha hecho un trabajo de concientización. Todos vivimos en una sola casa grande y hay todavía esas discriminaciones.

Nosotros de alguna manera nos hemos sentido viviendo en una casa grande de invitados, como huéspedes. Y cuando uno vive en una casa como huésped, uno trata de tener buena relación con las personas. Con el Gobierno siempre ha habido un

poco de temor, y lo digo con todo respeto, porque históricamente el pueblo gitano fue perseguido. Eso no es un secreto. En otros países, en Europa, mis bisabuelos eran de Hungría, y en el tiempo de la guerra tanto los judíos como los gitanos fuimos buscados, perseguidos, asesinados, quemados, aunque del pueblo gitano se habla muy poco, de todo lo que sufrimos, pero nosotros lo sabemos porque nos lo han contado de generación en generación.

La palabra *galló* es todo aquel que no sea gitano. En la época más cruda de la violencia nosotros nos sentíamos desprotegidos, porque para ir a poner una denuncia de algo que nos sucedía con un *galló* de cualquier grupo, teníamos que ir donde otro *galló,* que para nosotros son la misma familia aunque tengan ideologías y pensamientos diferentes, pero para nosotros todos son *gadzhé* y por esta razón muchas cosas hasta el día de hoy no se saben. Muchas malas experiencias, nos las contábamos entre nosotros mismos, nunca las decíamos a las instituciones porque para nosotros todos son *gadzhé*.

Alguna vez fuimos a una *kumpania,* creo que a la de Cúcuta, cuando comenzó el proceso de reconocimiento con el DANE a hacer un censo de la *kumpania* y me invitaron porque tengo familia y gozo de buena reputación con la *kumpania* de Cúcuta y con otras *kumpañy*. Ya Cúcuta se había mostrado reacia a cualquier tema con el Gobierno. Y recuerdo que un tío mío me dice allá: «Tú me respondes por lo que le pueda pasar en la *kumpania*. ¿Quién nos puede garantizar que lo que están haciendo no es para saber cuántos somos y expulsarnos de aquí del país?». Esa es una pregunta que parecería ilógica, pero tenía mucha razón por lo que el pueblo gitano ya había vivido. Hay historias donde dicen que en épocas cuando expulsaron a nuestros gitanos de los países europeos, recogían gitanos diciendo que los iban a ayudar, que los iban a meter a un refugio porque venía una ola de frío y lo que hacían era recogerlos, montarlos en trenes, meterlos en cárceles y después asesinarlos. Entonces sí había razón de ser del temor que había en el pueblo gitano.

En muchas novelas y películas se ha discriminado a nuestro pueblo *Rrom*. Nos han tratado de que robamos niños, de que engañamos a la gente. Cosas como esas se han llevado al cine, a la televisión, sin conocer nuestra cultura. Entonces mucha gente tiene un concepto equivocado de nosotros y en ocasiones cuando de pronto podemos estar en peligro, nos ha tocado decir «mire nosotros somos gitanos». Ejemplo, grupos armados nos han preguntado «¿ustedes quiénes son?, ¿son informantes?, ¿de dónde vienen ustedes?». «No, señor, no somos informantes de ningún grupo, somos gitanos». «¿Y qué es eso?». Hay algunos que saben, algunos que no. «Somos gitanos. Nos dedicamos a esto, a lo otro». «Ah, bueno, sí. Yo había escuchado algo de eso».

En ocasiones nos ha tocado decir que somos gitanos para defendernos, para que vea la gente que no les queremos hacer daño ni queremos inmiscuirnos en problemas de los *gadzhé*. En otras ocasiones, cuando de pronto vamos a sacar un documento, decimos «no hablemos de gitano para que no sepan que somos gitanos porque después

no nos quieren dar los documentos», o si vamos a sacar un crédito, un préstamo, nos lo van a negar porque tienen una mala imagen del pueblo gitano.

Nosotros, los gitanos, tratábamos de pasar desapercibidos ante la sociedad. Cuando nos convenía, teníamos que decir «somos gitanos». Cuando de pronto nos encontrábamos con grupos armados, «somos gitanos, somos personas así», pero muchas veces no decíamos que éramos gitanos, tratábamos de pasar desapercibidos con autoridades por temor a que nos discriminaran, que nos hicieran algo, que nos trataran mal.

Las cosas han venido mejorando en cuanto a la confianza del pueblo gitano hacia el Gobierno, gracias a todo lo que se gestionó del Decreto 2957, que nos dio la identidad como pueblo étnico de Colombia. Antes de ese decreto yo recuerdo que fui algunas veces al departamento. Tomé la iniciativa de registrar la *kumpania,* y cuando íbamos al departamento nos decían «¿y eso qué es?», «pues la ley», «aunque yo quisiera no podemos hacer nada, porque no hay un marco normativo que los cobije». Entonces creo que a raíz del decreto se nos reconoce y se nos estaba abriendo un espacio para que la sociedad colombiana nos reconozca como pueblo suyo que somos.

En el Pacífico sufres con tu gente, aquí sufres solo

Yo soy un activista juvenil afrocolombiano, he estado trabajando en pro de los derechos educativos de las comunidades negras y en cuanto al territorio del Pacífico Sur colombiano, también movilizándome *demasiadamente* en las dinámicas afroeducativas en el departamento de Norte de Santander. Me autodenomino como una persona luchadora y consciente de querer cambiar las realidades de las comunidades que habitan las zonas periféricas y las zonas marginadas por la violencia de nuestro territorio, hablando puntualmente del Pacífico Sur colombiano.

Para mí, hablar de la violencia en el Pacífico es algo bastante inmenso. Si de violencia se trata, el Pacífico colombiano ha sufrido todos los tipos de la violencia, todos los fenómenos que pueden surgir al interior del conflicto. Todo esto ha coincidido con que a lo largo del tiempo nuestras comunidades vivan en un estado de militarización de la vida. La violencia se ha ido convirtiendo en un elemento de la cotidianidad, que ya no nos sorprende. Es triste realizar la afirmación que haré a continuación, cuando en nuestros territorios pasan uno, dos o tres días sin un asesinato la gente se sorprende: «¡Uy!, ¿y ese milagro que no han matado?». Nuestro territorio ha estado sumido en la violencia, no porque la gente de nuestros territorios quiera, sino porque es lo que les ha tocado. Somos habitados en la parte periférica de Colombia, hay ausencia de presencia del Estado, hay discriminación por parte del Estado, racismo estructural.

En nuestros territorios el racismo estructural lo podemos observar porque nuestras comunidades no tienen condiciones mínimas para poder subsistir. La violencia es cotidiana, es algo que lastimosamente se ha normalizado. Y si observamos las condiciones en municipios como estos, no hay una oficina de la Fiscalía, entonces impera la injusticia, existe una cultura de la ilegalidad. Es normal el contrabando, ver gente armada porque hay una ausencia total del Estado.

Yo recuerdo tanto cuando estaba en el grado décimo y una docente nos hizo una pregunta que marcó la vida de la mitad del salón: «¿Usted qué quiere ser cuando termine el bachillerato?». Empieza a haber como cierta crisis en el escenario, había la compañera que decía «yo quiero ser médica», «yo quiero ser militar», había sueños ejemplares, sueños bonitos porque las personas estaban estudiando el bachillerato. Pero hubo un compañero que dijo que él quería ser ingeniero, pero retomó la idea de que los padres no iban a tener cómo pagarle el estudio, entonces dijo que ya no iba a volver a estudiar, porque «¿para qué terminar el bachillerato si no iba a poder hacer una carrera profesional?». Esa reflexión hizo hincapié en varios de mis compañeros y al otro día ya no vinieron cinco a clase, decidieron irse a trabajar, ir a ayudar a sus familias, antes que estar perdiendo el tiempo en los colegios porque si ellos querían estudiar, los padres no iban a tener cómo.

Yo, en una condición de privilegio, por llamarlo así, sí sentí ira por la situación, pues habíamos otros que si íbamos a tener la posibilidad, porque afortunadamente mis padres estudiaron algo como pudieron e iban a tener cómo costearnos un estudio universitario. Pero luego yo ya no quería estudiar, porque dije: «¡Caramba!, no pueden estudiar los míos y yo sí voy a poder estudiar». Por las condiciones que se encontraba mi familia decía: «Mejor ingreso a la Policía, empiezo a ganar dinero, hago un préstamo y le hago una casa a mi mamá para que viva feliz». Ese era mi imaginario.

Llegué a Norte de Santander a estudiar investigación judicial para poderme hacer un título técnico e ingresar fácilmente a la Policía, pero en ese trayecto el Ejército me reclutó. Hicieron una jornada dizque para definir la situación militar; yo estaba estudiando criminalística y ya no salimos más. Es que el que no tiene cómo comprar la libreta militar debe prestar el servicio militar de forma obligatoria.

Yo vi que en estas instituciones existe control jerárquico, hay mandos medios, mandos altos, y en cuanto a una escala, ninguno de los mandos o muy pocos de los mandos medios son personas afro, y si hablamos de los mandos altos, no miras ninguna persona afro. Hay maltrato en las instituciones por el hecho de tú ser afro. Los mandos medios y altos no respetan la diferencia y te maltratan a ti por como tú hablas, por como tú eres; no te llaman por tu apellido sino «negro, venga acá tal cosa», «negro». Todo es la palabra *negro*. El negro es el sujeto fuerte, el negro debe aguantar más que los otros soldados porque es negro, y hacemos asociación a los negros como aquel peón fuerte que puede soportar todo como una bestia. Se vive bastante el trato peyorativo al interior de las fuerzas militares, o en ese entonces yo lo viví. Por

eso decidí no continuar, porque a pesar de que se le presta un servicio al Estado eres maltratado y marginado.

Cuando salí retorné a mi pueblo y como en el imaginario de nuestras comunidades y del conflicto, todo aquel que presta servicio militar o el que está asociado a un grupo militar es militar, entonces me dieron el ultimátum de que no podía estar en el municipio porque yo iba en contra de lo que ellos eran, porque eran dos grupos, un grupo institucional, el Ejército Nacional, al que yo ya no pertenecía, aunque yo solo presté el servicio militar, pero como lo presté, entonces o era militar o era informante del Ejército, por eso no podía estar. Me tocó desplazarme de mi municipio y llegué nuevamente a Cúcuta, Norte de Santander, y fue allí cuando observé las injusticias y empecé a estudiar derecho.

Cuando llego a la ciudad de Cúcuta, para mí era traumático montarme en una buseta, porque a pesar de que traía mi carga de la violencia, llego al territorio y me monto en las busetas y a las personas les da como miedo y a la vez asco sentarse al lado mío por ser un sujeto diferente a ellos, por ser un hombre negro.

El desplazamiento forzado se convierte en esa práctica de desintegración familiar y cultural, pero también de muerte de esas raíces. Puedo tratar de ejemplificarlo de la siguiente forma: hablemos de una planta o de un árbol. Cuando el árbol ya está grande y tú lo sacas de su territorio, de donde está sembrado, tú lo sacas con las raíces y con un poquito de tierra, y lo quieres sembrar en otro lugar, tú le haces su hueco y lo siembras. Hay el mínimo de posibilidades de que ese árbol grande pueda subsistir en ese nuevo lugar, por lo que representa el territorio. No es lo mismo un árbol que tú lo hayas sembrado en clima frío, nunca te va a sobrevivir si lo siembras en un clima caliente. Eso pasa con las comunidades víctimas de desplazamiento forzado, tú arrancas a esa familia de su espacio geográfico, cultural, donde ejerce sus prácticas tradicionales de producción y las quieres sembrar en otro lugar diferente a su cultura, sus orígenes, sus formas de adaptación, entonces, de la misma forma como muere el árbol es muy probable que mueran las comunidades, puntualmente los mayores, porque no es lo mismo sacar ese mismo árbol cuando está apenas creciendo y sembrarlo en un territorio diferente, hay más probabilidades de adaptación. Si observamos en esta misma metáfora la carga que llevan nuestras comunidades al llegar a una ciudad que desconoce esas culturas, las raíces, la historia de estos pueblos, empiezan a vivir una doble afectación: conflicto armado y discriminación que vivimos las comunidades o racismo. Entonces al llegar a estos territorios es difícil adaptarnos a la cultura, conseguir los medios para la subsistencia y, aparte de eso, es más complejo recibir el rechazo social.

No es lo mismo un sujeto negro que vive el conflicto en el Pacífico que el que vive el conflicto en un territorio diferente al de él, porque geográficamente hablando, el territorio nortesantandereano está cargado por las dinámicas de la frontera, por las dinámicas de la migración, y que en muchos de los casos las poblaciones negras que llegaron a estos territorios llegaron nada más como un puente de movilidad hacia

Venezuela. En cambio, a pesar de que en el Pacífico vivimos la violencia, existe el aliciente de poder decir: «Bueno, estoy en violencia, pero estoy en mi casa». Pero acá tú estás solo, en el Pacífico sufres con tu gente; acá sufres tú solo.

La experiencia secuestrada

Intermedio

El secuestro implicaba una ruptura radical de todos los órdenes temporales en la vida de una persona. Creaba ritmos de cautiverio y cotidianidades durante el encierro. Así mismo, a lo largo del conflicto armado, el secuestrado fue motivo de contradicciones semánticas que escondían posiciones políticas y justificaciones concretas: retenido, secuestrado, prisionero de guerra y toda una lista de términos que se enlazaban con problemas macropolíticos más amplios: acuerdos humanitarios, canjes… Por ende, en la experiencia del secuestrado se enlazaban los tiempos paralelos –el suyo y el del exterior– y los lenguajes de la guerra. En este sentido, el objetivo de este cuaderno es explorar narrativamente historias y fragmentos que den cuenta de la vida cotidiana de los secuestrados de la fuerza pública y de los civiles; los dilemas de las relaciones interpersonales, los ritos diarios, las actividades, los lugares del cautiverio. En general, los esfuerzos por mantener algún sentido de la vida.

Con el uniforme de colegio

Había más de 30 niños en la ruta. Nos agachamos todos inmediatamente. Yo sentí una mano grande y lijosa que me cogía del brazo. Me agarró del brazo y me jaló, me jalaba del asiento. Eran los nervios tan horribles de él; cuando pasan estas cosas hay nervios y angustia de lado y lado. Los nervios de él sacándome, de que yo me saliera rápido, y los nervios míos de que me estaban sacando del bus. No se daba cuenta que tenía puesto el cinturón y yo trataba de hablarle, pero tampoco podía hablar. Hasta no sé qué pasó y él se dio cuenta y espichó el botón. Me sacó del asiento, empezó a jalarme por todo el pasillo del bus. Me acuerdo de ver a la gente quedarse, ver a mi hermana agachadita.

Un guerrillero le estaba apuntando a la sien con una ametralladora a la señorita de la ruta. Ella siempre nos decía que no podíamos comer, que nos amarráramos, que no sacáramos la mano por la ventana, que no habláramos tan duro. El chofer, que me había recogido desde que tenía cuatro años, que era divino, tenía una cara de angustia indescriptible y las manos arriba. Otro guerrillero le estaba apuntando en la frente con una ametralladora.

Me bajan, me hacen caminar por la calle. Me montan en la camioneta de estacas, sobre la lata. Se montan cinco guerrilleros conmigo, o tres, no me acuerdo, y arrancan a toda velocidad por esas curvas. Me acuerdo que atrás había bultos de cáscara de arroz. Después entendí que eran por si nos disparaban. Arrancamos y me acuerdo que a los segundos uno de los guerrilleros le dice al otro «¡sos un imbécil, hijueputa!, ¿cómo se te quedó el arma?». Y el otro tipo le contesta «cállate, imbécil, que a vos se te quedó la otra». Hay silencio, y al que se le había quedado la otra, de repente me dice «oiga, china, ¿dónde está su hermana?». Ahí sí sentí miedo. Sentí vacío. «Mi hermana es más chiquita que yo. Ella se va en otra ruta y ayer estaba muy enferma. Ella no está en esta ruta. No fue al colegio». «¿Usted nos está diciendo la verdad?». «Sí». «Listo, porque nos vamos a devolver y si la encontramos a ella, la matamos a usted».

Creo que nunca se devolvieron. Seguimos rapidísimo por esa vía, llegamos adonde terminaba la carretera y arrancamos a caminar montaña arriba. Yo con el uniforme del colegio. Me dijeron «vea, china, para que sepa, somos las FARC-EP y usted está secuestrada». Después de haber caminado unos minutos, me cargaron porque yo estaba cansada. Me llevaron como a un plancito y me dijeron «siéntese en el piso, china, que van a venir por usted». Ellos tenían la cara cubierta, me decían «no nos mire a los ojos». Pasaron unos quince minutos y vi que los guerrilleros de verdad bajaban de la montaña. Los guerrilleros que uno había visto en las noticias, camuflados, con fusiles grandes. «China, párese y camine adonde ellos que usted se va con ellos». A ellos sí los pude mirar. Me acuerdo que me paré y di como unos cuatro pasos, algo así, y sentí que me cogió la misma mano. Me volteó y me pegó contra su pecho. Sí, me dio un abrazo. Me empezó a abrazar durísimo, durísimo, durísimo. Me decía «¡por favor,

perdóneme! A usted le va a ir bien, pero, por favor, perdóneme». Sentía el corazón de ese ser humano en mi pecho, latiendo a mil. En ese momento se me vino a la cabeza lo que mi mamá me había dicho el día anterior: me porté bien, fui una secuestrada juiciosa. No grité. No lloré.

Me junté a ellos y empezamos a caminar. Sentí una cosa rarísima y fue como si ellos me odiaran, como cuando uno llega a un grupo de gente y se siente totalmente rechazado. La diferencia es que realmente en este caso yo no entendía. Yo pensaba: «¿Por qué esta gente es así si yo no he hecho nada? Me acaban de secuestrar. Yo soy la que tiene que estar brava».

Los primeros días de secuestro fueron muy duros, como si me hubieran llevado a Marte. Todo era diferente. Ellos eran demasiado diferentes a lo que yo estaba acostumbrada. Nadie era querido o respetuoso, nada. Tenía que dormir en una carpa todos los días, en la selva húmeda. Tenía que comer comida que no había comido antes. «China, ¿usted qué quiere?, ¿va a almorzar?». «¿Qué hay de almuerzo?». «Pasta con sardinas». «¿Y qué más?». «Usted sí que es pendeja, china. Pues nada más, lo único que hay». Y esas reacciones suyas con rabia fueron muy duras. Me sentía perdida, secuestrada, sin papás y maltratada. Ellos me tenían un odio profundo. Para ellos yo significaba lo peor, venía de la oligarquía, de la burguesía, de los terratenientes. O sea, lo más horrible de este país. Y yo pensaba: «Esta gente es la de la televisión, esta gente es la que tiene al país así. Matan y secuestran, son lo peor». Empatía cero.

Los días eran muy silenciosos. Nunca estaba sola, pero nadie me hablaba. Y pues yo tampoco hablaba porque me daba miedo que me respondieran con una piedra en la mano. Cada vez que preguntaba cuándo me iban a liberar, me decían «en dos o tres días, china; no pregunte más». Así me tuvieron hasta que me liberaron a los siete meses.

Yo sabía qué era estar secuestrado, pero no sabía que uno tenía que estar con gente tan rara, tan mala y tan fría. Yo no me bañé durante los primeros once días. Yo les decía «no, tranquilos, me baño cuando me liberen». Después hubo un problema porque dormía con una guerrillera. Ella se puso furiosa. Llamaron al comandante porque no me quería bañar y pues seguramente no olía muy rico. El comandante me regañó. Me obligaron a bañarme, pero me construyeron un baño de plástico negro, me calentaron el agua. En verdad fueron, o sea, pudieron haber dicho se baña con una pistola en la cabeza. Pero pues sí hubo un mínimo de respeto. Nunca abusaron de mí, nunca me pegaron, nunca me encerraron, ni me tocaron. Nada, o sea, me hacían cosas psicológicamente muy fuertes, me decían que mis papás se habían separado por mi culpa, entonces yo lloraba dos semanas. Después me dijeron que mis papás se habían ido a Miami y que no iban a pagar el secuestro, que eso estaba muy caro. Otro día llegaron con un metro a medirme, para mandarme hacer el uniforme, que yo ya me iba a quedar en la guerrilla. Una vez me dijeron que me iban a liberar el 26 de diciembre. Empaqué todo, regalé mis cositas. «Bueno, vámonos pues». «Ay, china, ¡feliz Día de los Santos Inocentes!». Imagínate el dolor. Hoy en día lo cuento y se me

quieren salir las lágrimas de la rabia. Ellos simplemente hubieran podido entender. Yo quería que los guerrilleros fueran como mis primos mayores o como unos tíos jóvenes. Incluso como mis papás porque había unos mayorcitos. Pero yo no les podía pedir amor cuando nunca lo habían recibido.

Entonces, claro, fueron siete meses en los que ellos trataron de lavarme la cabeza. O sea, el día que me liberaron les dije que cuando cumpliera dieciocho iba a volver a la guerrilla, y lo decía en serio porque quería ayudarles. Con el tiempo pude conocerlos mejor y ellos a mí. Cuando me despedí estaba llorando porque me daba pesar que nunca los iba a ver y que probablemente algunos se iban a morir allá. Ellos, todos, tenían lágrimas en los ojos. Es que la guerra deshumaniza. Cuando vamos y constatamos nosotros mismos lo que es, nos llevamos sorpresas.

Para mi familia era horrible. Hablamos tres veces en siete meses. Hablamos quince minutos en total. Les mandé una carta en diciembre y una foto de supervivencia con el periódico del día. Pero de todas maneras ellos no sabían si estaban abusando de mí. No sabían nada. Cada vez que hablaba con ellos intentaba decirles que estaba muy bien. Una vez, cerca de cuando me iban a liberar, pude hablar con ellos por celular. Tuve que caminar como cuatro horas pa llegar a un lugar donde había recepción. Hablamos como por diez minutos. Hablé con mis papás, mi abuela, mi hermana. Y esa fue la primera vez que mi mamá me preguntó si me habían hecho algo, si habían abusado de mí. «No, mami, tranquilos. Ellos son muy respetuosos». «¿Y cómo estás?», la voz se le quebró.

En mi afán de que no se preocuparan por mí, porque realmente estaba bien, me había dado por decirle «mami, estoy tranquila; estoy muy, muy, muy bien. Ellos son superqueridos, me han tratado superbién. En verdad, mami, han sido como una familia». «¿Ah, sí? Nooo, pues si estás tan contenta, quédate». Para mis papás fue horrible. A mis papás les dijeron una vez que me iban a devolver picada en una bolsa.

Me parecía impresionante que no pudieran leer. En un campamento había un aula y ahí hacían adoctrinamiento. Una vez el profesor no podía ir y me pidió que si me leía un pasaje del libro de Marx y lo explicaba. «¿Por qué no lo lee otro? Es que yo nunca he ido a esa clase, no sé de qué se trata». Me dice «es que los muchachos no saben leer muy bien». Yo no sé qué dije, me sentí pues en La Meca. Yo me les inventé la mitad. Desde entonces quiero ser profesora en algún momento de mi vida, pero no sé. Fue muy chocante ser la única que sabía leer en el salón de clase. También recuerdo que le compraron un Apple a un guerrillero y me pidió que le enseñara a usarlo. No sabía prenderlo, nada. «Vea», me dijo, «ayúdeme, que es pa llevar cuentas y cosas».

Tuve momentos en los que yo me burlaba de ellos y sentía una pequeña reivindicación, un fresquito. Al fin y al cabo, logré, en medio de esa adversidad, encontrar mi vida. Entendí que la vida está llena de momentos oscuros y claros. Una vez, en diciembre –yo pasé allá pues todo: el cumpleaños de mi papá, de mi hermana, Navidad, Año Nuevo, mi cumpleaños, Semana Santa–, hicieron una fiesta. Atracaron un camión y cogieron whisky. «¿Ustedes dizque pidiéndole plata a mi familia y andan

con whisky?». «No, no, es que no nos valió nada». Habían traído lechona, torta, trago, parlantes. Era la fiesta del 24, creo. Comimos, y empezó pues el baile. Me acuerdo que en esa sonó una canción de *Pedro el Escamoso,* que estaba de moda en esa época. Un guerrillero me sacó a bailar. En un momento siento una cosa horrible y le digo «qué pena, yo no puedo seguir bailando contigo», y me fui corriendo a mi caleta. Sentí esa pelea interna: «¿estás secuestrada y estás bailando?». Así pasé unos días hasta que me di cuenta de que mi vida ya estaba mal. ¿Qué más iba a hacer? ¿Hundirme más? «Si tengo la posibilidad y se me abre una ventanita de estar más feliz, debería aprovecharla», me dije. «O sea, estoy secuestrada, pero estoy viva». Eso es algo que me ayudó a entender otros momentos de la vida. Por ejemplo, mi abuelo falleció hace una semana y el dolor está aquí, pero no puedo volver mi vida un solo dolor.

Creo que el motor mío cuando era chiquita era mi familia. Me acordaba de las imágenes de otros secuestrados cuando los liberaban y pensaba que no podía llegar así. «Donde mis papás me vean así, se mueren». Ya sabía que estaban sufriendo. Y yo, desde allá, no podía hacer nada más que estar bien para que el día que me liberaran me vieran bien.

Un peón más del ajedrez

Escucho cuando el jefe informa que me van a matar porque soy paramilitar. Dios puso las palabras correctas en mi boca y le dije: «Hermano, si me va a matar, máteme por lo que soy: sargento segundo del Ejército». Entonces le dicen: «Dígale que no lo vamos a matar, que lo necesitamos para el canje». Me acordé de que eran cerca de 500 policías, militares y políticos los que tenían secuestrados. En nombre de Dios, era el 501. Pensé que me iban a tener allá unos diítas, no años.

Una noche me puse a llorar escuchando ese poco de nombres… Mataron 35 compañeros. Solamente fuimos secuestrados cinco. «¿Dios mío, será que fue error mío?», pensaba. Realmente fui un peón más del ajedrez, porque uno de suboficial no toma decisiones, sino que obedece. Yo no planeé el operativo. Hice caso a lo que me mandaron. Hice lo que tenía que hacer.

El primer día, apenas puedo hablar con un comandante de la guerrilla. Solicito que, si es posible, me consigan un radio para escuchar las noticias, para estar enterado de lo que está pasando. Me consiguieron ese radio. Los guerrilleros hacían montañas de arroz que cocinaban en un plástico, en la mitad del patio. Todo el que iba pasando cogía una bolsita y echaba su poquito de arroz, su pedacito de carne o lo que fuera, y hágale.

Estuvimos de ocho a quince días en el sector donde me secuestraron. Teníamos la barrera del río San Jorge, que había crecido mucho. Ellos esperaron a que bajara

para pasarlo caminando, y nos internamos en el nudo de Paramillo. Allá estuvimos unos cuatro o cinco meses. Ocho días por aquí, ocho días por allá. Hasta cuando nos dijeron que nos iban a hacer una casa. ¡La verraquera! Me puse contento porque iba a pasar de dormir encima de un plástico a una casa. Pero realmente nos hicieron fue un cajón hermético. Yo le dije al guerrillero: «Mano, esto no es una casa. Una casa tiene ventanas, cocina. Esto es un cajón de 3 por 3, y 1,70 de alto». Yo creo que uno tocaba el techo con la cabeza. A la «casa» le pusieron plástico encima y hojas de palma para que no se viera desde el cielo. Estuve dos años encerrado en ese cajón hermético. Ahí orinaba en un tarro plástico de cinco galones. Nos sacaban por veinte minutos, hasta una quebrada donde nos podíamos bañar, y nuevamente pal cajón. Durábamos 23 horas y 40 minutos del día encerrados como animales, sin conocer siquiera la luz de una vela. Igual, el hombre es un animal de costumbres, y a mí me tocó acostumbrarme a vivir en la oscuridad. Eso sí, pensaba muchísimo la vida.

El secuestro lo divido en dos partes. Dos años en el nudo de Paramillo y dos años en el Chocó. Pero, bueno, resulta que en el 2001 se hizo el Acuerdo de Los Pozos, en el que la guerrilla liberó 350 soldados y policías que tenía en la selva, y el Estado liberó catorce guerrilleros que supuestamente tenían enfermedades terminales. A Copoemula, que era el comandante, le tocó entregar a cuatro soldados que fueron secuestrados conmigo. Nos dijo: «Empaquen que se van para la casa y usted se tiene que quedar por sargento». Se fueron y yo lloraba desconsoladamente. El comandante trataba de hacerme compañía, me decía: «Camine lo acompaño a que se bañe». Yo seguí en el cajón, pero me sacaban un poquito más por estar solo. Me quedé con el comandante, y todos los días le decía: «Ey, mano, he escuchado por la radio que este bloque tiene otros secuestrados, ¿por qué no me llevan para donde ellos?». Escuchaba esos mensajes en la radio y pensaba: «Diez personas más que están en mi situación y yo aquí solito». Me daba miedo que me mataran, que me desaparecieran. Y un día me dijeron: «Empaque, que se va». En el 2001 la guerrilla me traslada. Liberan a los soldados que le dije y me empiezan a mover hasta el Chocó. El 10 de septiembre del 2001 llego al campamento donde están otras diez personas en mi misma situación.

Allá el estilo de vida era totalmente diferente. En el nudo de Paramillo, aunque mantenía encerrado, nunca me faltó la comida. Si tocaba una arepita con aguamiel de azúcar quemada, era comida. Lo malo era el encierro, pero barriguita llena, corazón contento. En el Chocó eran campamentos abiertos, en la selva. Había más espacio pa moverse. No se estaba encerrado en un cajón. Teníamos una cancha en la que uno podía estirarse, hacer ejercicio. El problema era la mala alimentación y el trato del cabecilla Malicia, que, si no estoy mal, era del Frente 57. El tipo era muy resentido. Se inventaba que había plan de fuga, nos escondía las botas, nos quitaba los radios. Esa es la otra, el radio se volvió algo indispensable. El radio era mis oídos, mis ojos, mi mapa, todo. «Lunes, 5 de mayo, cinco de la mañana», escuchaba. Nuestra vida giraba alrededor del radio. Escuchaba del proceso de paz, de lo que ocurría en Colombia y el mundo. ¿Y si nos lo quitaban?

Al año de que llegáramos, trasladan a Malicia. Se llevó un buen recuerdo mío, eso sí. En el nudo de Paramillo me regalaron un ajedrez, y un ratón se me comió el caballo. Le dije a uno de los primeros comandantes: «Mano, ¿usted por qué no me presta un cuchillo para tallar un caballito para mi ajedrez». Él me dijo: «Pero es que se arma». «Hermano, ¿usted cree que voy a ser tan bruto de hacerme matar por un cuchillo? Me estoy volviendo loco, mano. Quiero estar ocupado». Logré convencerlo. Hice el caballito de ajedrez. Entonces el tipo me dijo: «¿Usted es capaz de hacerme un ajedrez grande para enseñarles a mis guerrilleros a jugar?». Así conseguí empleo. El primer ajedrez que fabriqué completo para ellos fue uno de un metro por un metro, cuadrado. Las fichas eran como de 20 centímetros. Yo había jugado ajedrez por ahí unas tres veces en mi vida, pero sabía mover las fichas. Ese conocimiento que tenía se lo transmití a los soldados. Pasábamos el día jugando. En mi caso yo era haga, trabaje, mientras los muchachos jugaban ajedrez. Fue una forma de escaparnos del cautiverio, de escabullirnos del secuestro. Hice por ahí unos 200 juegos de ajedrez como el que le decía, y el señor Malicia se llevó uno. Se lo cambié por galletas; cualquier cosa con tal de mejorar la alimentación un poquito. Malicia me preguntó que cuánto valía un ajedrez. «Pues, hermano, a mí me pagaban 1.200.000 al mes por ser suboficial y me demoro un mes haciéndole un ajedrez, entonces vale 1.200.000». Le dio risa. Se lo cambié por una bolsa de leche en polvo y un paquete de galletas Ducales. Eso era un manjar en la selva. Malicia se fue contento con su ajedrez.

En el Chocó fue que escuché por la radio: «Última noticia, las FARC acaban de secuestrar al gobernador de Antioquia». Se dio en abril del 2002. En medio de mi ignorancia les dije a mis compañeros: «Se acordarán de mí. Acá va a llegar Guillermo Gaviria y don Gilberto Echeverry». Mis compañeros no creían. Como un mes después de que se fuera Malicia, alias el Paisa recibió la comisión de cuidar a los secuestrados. Nos reunieron en un corregimiento de Frontino con don Guillermo y don Gilberto. El grupo de secuestrados no era solamente once militares, sino que ahora teníamos un gobernador y un ministro.

A partir de ese momento todos los secuestrados girábamos alrededor de los doctores. Entendimos que si era duro el cautiverio para nosotros, que teníamos un estilo de vida parecido al de la guerrilla, pues era mucho más duro para ellos. Les hacíamos la cama en la mitad del campamento para protegerlos de los animales, de las culebras. Yo era el que les hacía la cama. «Necesitamos un escritorio». «Listo, patrón, yo se lo hago». Trataba de solventarles las necesidades que pudiera, como peluquearles la barba, cortarles el cabello. Si había que aplicar una inyección –a ellos les daba miedo que los guerrilleros los inyectaran–, yo lo hacía. Traté de hacerles un poquito más llevadero el cautiverio. Además, yo sabía que ellos me podían aportar mucho. Entonces, estaba dispuesto a servirles en lo que pudiera. Si tocaba reclamarles el alimento, se lo reclamaba. Si había que lavarles la ropita, se la lavaba.

Llegan los doctores y se cambian las normas de convivencia, que habían sido muy difíciles. En su mayoría, a mis compañeros militares les gustaba el vallenato y cada uno

tenía su radio. Imagínese usted, trece radios en un campamento, todo el mundo escuchando lo que quiere a todo volumen. Era una locura. Los doctores nos daban normas de convivencia. No era que nos mandaran, sino que acogíamos las recomendaciones. Yo les propuse que nos dieran clases de inglés. El profesor era el doctor Guillermo y el rector del colegio era don Gilberto, que tenía más experiencia. Por ahí conservo el cuadernito donde escribía, y los colores. Era otra forma de estar ocupados. Que nos dieran inglés, leer, escribir. A mí me sirvió mucho la combinación: mente, ojos, mano.

Con los doctores hubo un trato diferencial de parte de los guerrilleros. Ellos sí podían caminar por el campamento. No tenían problema por la edad y porque no sabían manejar armas. Además, a nosotros nos cambiaban muy seguido de campamento y también al grupo de guerrilleros que nos cuidaba para que no se diera un lazo de amistad. El Paisa decía: «Si el Ejército viene a rescatarlos, los condena a muerte». Yo pensaba que era por joder… Llevábamos tres meses en el mismo campamento. Todos mis compañeros estaban allá, mientras yo le hacía un sombrero al gobernador. Ya había hecho el del ministro. Yo estaba afuera del ranchito en que nos tenían. Había un árbol grande, que era mi punto de trabajo. Acabábamos de terminar la clase de inglés, eran las diez de la mañana. Trabajé hasta las once. Cuando *¡brrr, brrr, brrr!,* sentí los helicópteros encima. Miro al cielo y los veo encima, ahí arribita. Me dio mucha alegría, pero también miedo por las amenazas que teníamos. El Ejército no disparó al entrar al campamento. Es más, llegaron con megáfonos y lanzaron proclamas: «Somos el Ejército Nacional de Colombia».

Los helicópteros llegaron, tiraron las cuerdas sobre el campamento. Pero no tocaban suelo porque la vegetación era muy alta, y no pudieron demarcar el campamento. Si eso hubiera sido posible, de pronto la historia hubiera sido otra. El Ejército tuvo que abrirse un poquito hasta donde la soga tocara suelo para que los soldados bajaran uno por uno a tierra, pa poder avanzar al campamento. Según lo que he leído del informe del Ejército, ese proceso se demoró veinte minutos y en veinte minutos el Paisa tuvo tiempo suficiente para hacer lo que tenía que hacer. Sin la más mínima contemplación, organizó su gente. Los estaba formando. Pensé que les estaba diciendo algo como: «Usted lleva a tal y usted a tal». Estaba era diciendo, allá pasito: «Usted mata a fulano y usted mata a fulano».

Yo los veo cuando se vienen. Agarro todas mis cosas, que las tenía escondidas en el techo para que no me las quitaran. Nos dicen: «¡Nos vamos!». Cojo mi equipo, lo alisto, bajo mis cartas, mis fotos, las estoy empacando…

El primer tiro.

La reacción de algunos fue correr. Salieron corriendo del campamento. Ellos fueron los primeros a los que mataron. La reacción mía fue esconderme como un ratón. No pienso en que nos están fusilando, lo que estoy pensando es que inició el combate entre el Ejército y la guerrilla. Me tiro al piso y me meto debajo de mi cama. No vi nada. Vi por mis oídos, porque escuché todo. Me metí debajo de mi cama y me tapé. «Dios mío, que no me maten». Había una barranca de tierra y yo quería meter mi cabeza adentro. «Que me maten, pero que no me desfiguren para que mi familia

pueda reconocerme». Estaba tratando de meter la cabeza en la tierra y ¡pan!, siento el primer disparo en la cabeza. Siento disparo y grito durísimo: «¡Ay, me mató este hp!». Me quedé quieto. Todo en silencio. Una plomacera la verraca. No quedé inconsciente, solo inmóvil. El disparo fue como un machetazo en la cabeza. Escuchaba las súplicas de mis compañeros: «¡No nos asesinen!». Escuché que el gobernador decía: «¡No, muchachos, perdónennos la vida!». Alcanzó a gritar: «¡No nos maten, muchachos!».

Comienzo a rezar para irme de este mundo. Reacciono y escucho que el ministro está gritando: «¡Auxilio, estamos heridos!». Ya los guerrilleros se habían ido, pero por los quejidos de los heridos dieron la orden: «¡Devuélvanse y verifiquen!». Esa verificada significaba darles un tiro en la cabeza para que no hubiera duda. Volvieron y remataron a los heridos a sangre fría. Al ministro, a todos los compañeros y a mí.

Como yo estoy debajo de la cama, con la cabeza inflamada y ensangrentada, inmóvil, él cree que estoy muerto. Me coloca el fusil en la parte de atrás de la pierna, porque estoy boca abajo, y *¡pa!,* me suelta el disparo. Ese fue el tiro de gracia. Quedé sin fémur. Gracias a Dios no sentí dolor, por el disparo en la cabeza. Cuando despierto, ya había rezado y me daba rabia pensar que seguía en la misma situación. «Me hubiera hecho matar el día del combate», dije. Esa era mi rabia. Reacciono y lo primero que veo es mi pierna. Pensé que me la habían mochado. La jalo, la veo. Me pongo boca arriba. Comienzo a mirar a todos mis compañeros. El que estaba más cerca mío era el gobernador. El ministro quedó ahí en la mitad. Mi teniente dormía como a dos camas. No quise mirarlos. Sabía quiénes eran por las vestimentas. Al único que toqué, porque estaba al lado mío, fue al doctor Guillermo. De resto, no toqué a nadie más. Quise que el recuerdo que tenía de ellos fuera ese, en vida.

El talabartero

Como muchos secuestros en Colombia, el mío fue totalmente planeado. Se dio en noviembre del 95. Sucedió porque andaba como cualquier ser humano, sin escoltas y sin nada, a pesar de ser de la junta de Ecopetrol. Yo andaba en mi carrito y los otros andaban blindados. Tenía una oficina en Teusaquillo. Un día llega una compañera de trabajo y me dice: «Doctor, aquí hay unas personas que están preguntando por usted». Ellos entraron violentamente. Eran tres personas: dos señores y una señora. Entraron muy bien vestidos a decirme que venían de la Fiscalía, a hacerme unas preguntas. Entonces, como ya me habían tratado de secuestrar en tres oportunidades, me adelanté y les dije: «Ustedes no son de la Fiscalía, ustedes son secuestradores». Apenas pronuncié eso, sacaron sus armas. Era mediodía. Me sacaron y yo le dije a mi compañera: «Llame a mi casa y le dice a mi señora que me secuestraron». En ese operativo participaron unos quince guerrilleros más.

Ellos me metieron en mi carro, me pusieron un fusil. No me taparon los ojos ni nada de eso. Luego salimos hacia La Mesa, Cundinamarca, y antes de La Mesa se desviaron hacia la derecha en un sitio que se llama La Gran Vía. Dejaron botado el carro, me metieron en una camioneta. Allá me tenían un cambuche. Cuando llegamos, un tipo me dijo lo más de tranquilo: «Quítese la ropa, voy a quemarla». Le contesté: «Yo no quiero que me quemen la ropa. Quiero llegar a mi casa con la misma que salí y no hecho un desastre». Y me dijeron: «Bueno, pero usted la carga». Para mí la ropita era un símbolo de libertad.

Al otro día salimos temprano y caminamos por ahí unas cuatro o cinco horas. Pasamos por una serie de cultivos de naranja. Lo que más me impresionó era lo bien que me tenían de medido, porque las botas que me dieron no me hicieron ampolla. Los pantalones me quedaron perfectos; las botas, la camisa. Seguimos caminando y después me metieron en un camión. Fuimos a parar a un sitio muy cercano de San Juan de Rioseco. Durante mi juventud había trabajado mucho con fotografías aéreas, por lo que tenía un sentido de orientación impresionante. Se me ocurrió, en una hojita de un cuaderno, empezar a dibujar el esquema que todavía tengo. Eso fueron 23 sitios diferentes en los que estuve. Todo lo trasladé a unas fotografías aéreas y tengo la ruta de donde estuve.

Llegamos a un sitio más definitivo y ahí ya pude conversar más con ellos. Digamos que a los quince o veinte días pude tener un diálogo. Una de las pruebas de supervivencia que pidió mi señora fue que dijeran qué deporte practicaba en mi juventud y en qué año había sido campeón nacional. Yo era esgrimista, entonces el comandante me dijo: «Hasta espadachín nos resultó este hijuep…». Otro llegó después y me preguntó: «¿Usted es esgrimista?». «Sí». «Es que yo soy muy bueno para combates con machete, tengo dieciséis paradas». Y le dije: «Yo solamente tengo cinco, si quiere ensayamos. Usted sabe de machete y yo de esgrima». Así que cogimos unas varas y ahí me desquité. Le pegaba unos garrotazos… Fue una cuestión como divertida.

Así fue como empezamos a entrar más en confianza con ellos, que son inquietos. Uno me llevó una brújula y un mapa de Cundinamarca para que le enseñara a manejar la brújula. Y eso me facilitó mejorar mis mapas. Después me empezaron a llevar radios de comunicaciones, y yo les enseñaba a manejarlos. Como no entendían mucho los libros que les ponían a leer, yo se los leía. Tenían unos libros muy dedicados al tema de la guerra, sobre historia de Colombia y la Constitución. Ellos eran inquietos en ese sentido y yo me entretenía con eso.

Entre más tiempo pasaba, más confianza iba cogiendo. Me decían «Viejo». Un día llegó un guerrillero y me hizo una pregunta que le habían puesto de tarea. Necesitaba definir qué era *miedo* y *cobardía*. No sé por qué le dije: «Cobarde soy yo que no estoy haciendo nada aquí, a pesar de que mi señora está haciendo de todo para mi liberación. Debería vencer la cobardía y escaparme». Durante meses se me quedó esa idea en la cabeza. Y después de tenerlos bien observados, resolví escaparme. Eso fue como a los nueve o diez meses de mi secuestro, pero yo duré año y medio allá.

Me escapé con mapa de Cundinamarca en mano. Sabía dónde o cerca de qué estaba porque cuando me prestaban el radio me ponía a buscar las emisoras locales que cogían con potencia. Otra cosa que también me sirvió mucho era los aviones. Por eso también me orientaba. Y lógicamente, lo que más me ayudaba era que estaba cerquita al río Magdalena. Había mucho zancudo y mucho jején. Era para enloquecerse.

Yo sabía hacia dónde iba, pero tenía que saber lo que necesitaba. Comida para dos o tres días. Necesitaba algo con qué botarme al río Magdalena y eso no tenía ningún problema porque tenía un colchón inflable. «Aquí está mi bote», dije. Pero el problema más grave era que la única manera de escaparme era de noche. Entonces hice una linterna hechiza con las pilas que me daban para el radio. Le dije a uno de ellos que me diera cables y un bombillo, ya que yo era ingeniero eléctrico. Como para entretenerme. Con eso hice la linterna.

La planificación de mi escape me tomó unos tres o cuatro meses. Me escapé al mediodía, cuando vi que cada uno estaba en su cambuche. Yo ya tenía cómo cortar la cuerda porque había desbaratado una máquina de afeitar. Estaba todo listo, salí, pero me frené. Me acordé de que era un cobarde que tenía que lograr superar el miedo. Todo eso se me volvió de película y en algún momento arranqué a caminar como cualquier peatón. Más adelante me metí por ahí en una cuevita y me quedé dormido. Cuando *táquete,* el comandante. Me dijo: «Camine para el campamento y allá arreglamos cuentas». «No puedo, estoy muy cansado». «Pues si no sube, hijo, aquí se queda». Cuando volví al campamento, ya estaba amaneciendo. Imagínese, doce horas caminando. Llegué totalmente agotado y me quitaron todo. La brújula, algunas cosas que tenía para leer, mi almohadita. Y me esposaron. Afortunadamente tuve la fortaleza de no debilitarme y seguirlos tratando como los venía tratando, sin ningún rencor ni nada. Creo que para manejar el tema del secuestro de una manera menos tortuosa, uno tiene que ser humilde sin perder la dignidad. Porque si uno reacciona violentamente contra ellos, ellos reaccionan violentamente contra uno. Así que seguí exactamente con lo mismo y duré esposado meses.

No sabía que el manejo de las esposas era tan complicado. A mí se me enllagó eso. Obviamente hubo distanciamiento, pero con el tiempo volvieron para que les explicara cosas. Seguí con el tema de los radios y comencé con lo de los cueros. El comandante había hecho una funda para su pistola y me la mostró. Le dije: «Eso le quedó muy malo, hombre». «¿Usted me puede hacer una mejor?». «No sé», le dije. Entonces un día a alguien le sobró un pedacito de cuero y me dijo: «Mi compañera cumple años, ¿por qué no me le hace una funda para la linterna?». «Bueno, yo se la hago», le dije. Y me quedó tan bien que me pidió que le pusiera un mensaje en ella. Cogí y le puse dos corazones y le metí una flecha. El tipo quedó encantado con eso y de pronto se apareció con un cuero completo. Me dijo: «Tengo un problema y es que soy flaquito, no puedo cargar mucho peso. Necesito que me haga unas cartucheras para cargar los proveedores». Prácticamente esa fue mi salvación durante los últimos seis meses. Les hice cartuchos, cueros para los coloretes, pa las navajas. Qué no hice.

Por eso me decían «el Talabartero». Cogí ese nombre porque produje por ahí unos veinte cueros durante cautiverio. Fue una forma de entretenerme.

Sé que hubo una polémica entre ellos por lo que me tenían amarrado. Que cómo era posible que me tuvieran así, si cualquiera de ellos hubiera tratado de escaparse en mi lugar. Me acuerdo tanto que un día llegó el comandante y me dijo: «Viejo, usted es un verraco», y me quitó las esposas. Desde ahí la relación se volvió una cuestión inclusive cercana.

Eso es una tortura. Acuérdese que uno es una mercancía. Si uno se escapa, ellos pierden la mercancía. El día a día allá es pues perdiendo el tiempo, haciendo cualquier pendejada o esperar en el cambuche a que pasen los minutos. Como yo tenía un problema grave cuando me secuestraron, una hernia, entonces le pedí permiso al comandante para que me dejara hacer alguna medida. Cogí y me amarré de un árbol. El comandante decía: «Este verraco se nos va a suicidar». Yo duraba horas, me colgaba por horas. Así me curé de la hernia. Ya no sufro de nada de eso.

Van a pensar que estoy loco, pero cuando me secuestraron también tenía un problema sumamente complicado: tenía leucemia. El cuerpo reacciona muy fuerte. Y tenía otro problema complicado que era una alergia. Me tocaba dormir sentado por la rinitis tan impresionante, que también se me curó por allá. Llené una manga de un pantalón que botó un guerrillero. Hice una almohada llena de pasto. Yo era alérgico al pasto y al estar en permanente contacto con él, pues se me curó.

Va pasando el tiempo y un día me acordé de una película que se llama *El hombre pájaro de Alcatraz*. Es una película de una persona condenada a cadena perpetua, en total aislamiento. Un pajarito entra a su celda y él empieza a alimentarlo con la cantidad de bichos que había. A raíz de eso llamé al comandante y le dije que me sentía muy solo, que si me dejaba tener un pajarito. Primero me dio un carpintero, pero esos son sumamente rebeldes. No se dejan domesticar. Me duró poco, murió. Después me llevó un azulejo. Estaba pichoncito y empecé como a entrenarlo. Trataba de hacer lo mismo que el de la película y encontré que al pajarito le encantaban unas abejitas. Así pude domesticarlo, se volvió parte de mí. El comandante vio eso y me dijo que lo soltara. «No, es que si lo suelto se me va». «No porque él lo quiere a usted mucho, y si se va yo le traigo otro». Le hice caso. Lo solté y salió volando. Yo llámelo y llámelo y nada que venía. Hasta que por fin volvió después de una hora de llamarlo y me siguió.

Le hice una jaula. El pajarito llegaba de noche y se metía sin que yo le dijera nada. Cuando iba a almorzar o a comer, le hacía señales con la cuchara y él se me paraba en el borde del plato. Andaba con el pajarito para todas partes. Cuando me iban a liberar el comandante me preguntó qué iba a hacer con él. «Lo dejo porque no lo puedo meter a una jaula, que es lo mismo que ustedes han hecho conmigo». «Si usted no se lo lleva, él se muere de tristeza». Me convenció y me lo traje. Al otro día de mi liberación me hicieron una entrevista de unos 45 minutos. El pajarito era volándome encima del hombro. Y como yo no le paraba bolas porque estaba entretenido con la entrevista, entonces fue y se suicidó.

Pero ya suficiente del cautiverio, ¿no? Ahora le voy a contar qué pasó por fuera.

Mi señora es una mujer muy verraca. Lo primero que hizo fue sacar a los hijos. De los tres hijos que teníamos, dos los mandó pa afuera porque aquí no teníamos que sufrir todos. Luego comenzó con la negociación. Primero que todo, las FARC se inventaron que yo era dueño de la British Petroleum. La primera tortura de ellos fue hacernos conseguir en Londres unos certificados de que yo no tenía ni una acción en la BP. Mi señora nombró un comité de crisis para manejar todo este tema del secuestro. Era una cosa muy organizada. A ella le tocó vivir una cantidad de torturas incómodas. Por ejemplo, para su cumpleaños le llegó una canasta de flores con un sobre de manila en el que había una notica y una bolsa negra de plástico. Ahí decía: «Si usted no negocia rápido, le quitamos el cautiverio a su marido y se lo mandamos en una bolsa». Un día mi esposa se comunicó con ellos y le dijo al que manejaba la radio: «Dígale a fulana que me mande a mi marido picado porque así yo lo recupero y ustedes pierden su mercancía». Esas son las cosas que surgieron. Afortunadamente, yo tuve la fortaleza de manejar bien el tema.

Después de que pasaba y pasaba el tiempo, mi señora alcanzó a contactar a un sacerdote, a un cura párroco de por allá por la zona donde yo estaba secuestrado. Él se iba a encargar de traerme a la libertad y un monseñor era el que iba a llevar la plata. Lógicamente un sitio era donde se entregaba la plata y otro donde me tenían. La entrega y la liberación se hicieron en simultáneo. Yo no le creí al comandante cuando me dijo que todo estaba listo. Me acuerdo que estaba haciendo unas cartucheras de cuero cuando me dijo: «Bueno, Viejo, prepárese que es libre». Yo me quedé como si nada y él me dijo: «¡Quiubo, preparado, esto va en serio! Prepare sus cosas, coja el vestido. Póngaselo y vamos. Coja el pajarito». Así fue. Montamos a caballo.

El pueblo al que llegamos se llama San Nicolás. Allá llegó el cura en un carro, solo, y me vine con él. Me empezó a hablar, me decía: «Usted estaba con el peor asesino que tiene esta región». Me contó una cantidad de anécdotas… Luego me entregó. Llegué más o menos a las doce del día a mi casa. Estaban esperándome algunos amigos, mi familia. Me acuerdo que la primera noche mi señora no hacía sino llorar y llorar. Yo le dije: «No llore. Yo estoy durmiendo muy mal, ¿por qué no me trae unas piedras pa poner encima de la cama? Ya estoy acostumbrado a eso».

La burguesía

Tenía algunos negocios en Cali: importaba juegos para bisutería. Traíamos y vendíamos al por mayor. Llevaba dos años en Cali. Había vivido allí antes, pero me radiqué otra vez en el 98 porque era una ciudad vital. Era como la expectativa de mucha gente. Llevaba dos años viviendo allá cuando me sucedió eso. Estaba casado, mi niño tenía cuatro meses

y la niña siete años. Ese día estaba celebrando el Día del Amor y la Amistad, teníamos que despedir a la persona que le había ayudado a mi esposa con el bebé. Le íbamos a dar una atención y fuimos a las afueras de Cali a un restaurante muy chévere. Pero no era algo a lo que fuéramos cotidianamente. Fue un azar. Cuando llegaron los de la guerrilla… eran cuatro o cinco muy asustados. Es una cosa que uno no sabe cómo controlar.

Vi que él disparó, que la gente estaba muy asustada. Yo tenía a mi niño de cuatro meses en los brazos y se lo pasé a mi señora. Me puse a ayudarle al tipo, al guerrillero que bajó hasta donde estábamos nosotros. Le dije: «Cuidado, aquí hay muchos niños; organicémonos, hagamos los hombres a un lado». Me puse a tratar de colaborar como para bajarle un poquitico a la cosa, porque en ese momento no sabíamos quiénes eran.

Estábamos Miguel, Alberto, Alejandro. Dos de ellos eran *harlistas*. A mí no me iban a llevar por lo que había tratado de apoyar con lo de los teléfonos, con las llaves. Arrancaron y me dejaron ahí. Pero luego entró otro guerrillero con un pasamontaña que dijo: «¡Falta uno!». Me llevaron por azar. Me di cuenta después de conversar con ellos que estaban buscando a otro tipo de persona. Ellos querían coger era a un grupo de *harlistas,* pero los *harlistas* no eran sino dos.

Yo creo que éramos entre 40 y 50 personas entre hombres y mujeres. El primer día, el que llamaban jefe de finanzas tuvo una discusión con ellos por haberse llevado a tanta gente. «¿Cómo así? Vea, este señor es taxista. ¿Cómo se van a llevar a un taxista? Está con la suegra, con la hija». Inclusive yo gocé demasiado con el de la suegra. Estábamos caminando y, como llueve tanto por la zona, nos íbamos como por un tobogán. El taxista era cuidando a la suegra: «Cuidado, suegrita, cuidado». Uno no podía creérselo.

Hubo una señora que fue la luz del secuestro. Era la que animaba, la que decía: «Vengan, cocinemos; vamos a hacer un sancocho». Era espectacular. Ayudaba a la gente. Fue el ángel del secuestro. Pero la iban a liberar porque no podían tener tanta gente y ella era adinerada. Nunca entendí por qué dejaron gente que no tenía poder adquisitivo en el grupo de once con el que se terminaron quedando. Para ellos, por el solo hecho de tener las tres comidas, uno era un burgués. Todos éramos burgueses, enemigos del pueblo.

El ideólogo de las FARC era licenciado en bioquímica. Lo pusimos a hacer un radiecito. Durante el secuestro tuve un radiecito y de una a tres de la tarde daban los mensajes. Yo era el que le transmitía los mensajes a la gente o se hacían al lado mío para escuchar, así estuviéramos caminando. Yo decía: «Mensaje para tales», y ese venía, escuchábamos otras historias.

Con el ideólogo hablaba mucho, pero lo que pasa es que son muy especulativos. Ellos te decían: «Vea, lo llevamos a un campamento espectacular al que no llega Ejército». Cuando íbamos a llegar al Naya dijeron: «Nunca en la vida el Ejército ha entrado en Naya». Mentiras, eso cada que llegábamos a otra parte encontrábamos todo vuelto nada. Nosotros alcanzamos a llegar al Naya y allí vi las cosas más lindas

del mundo, cosas que uno nunca va a creer. O sea, era muy duro el territorio porque llueve demasiado. Es una selva inhóspita. Pero uno ve unas cosas espectaculares… por las buenas, iría a verlas. Un paisaje espectacular.

En esas, uno de los secuestrados se voló. En un punto nos separaron y nos fuimos al río Naya. Una canoa nos iba a llevar para adentro. Tuvimos suerte de que el canoero vio un grupo de soldados al otro lado del río y se devolvió, y nos quedamos sin transporte. Y solo como a la hora se dieron cuenta de que se les había volao este pelado. El muchacho era menor de quince. Era hijo de una familia muy prestante de Popayán. Inclusive la mamá había pagado el secuestro, pero después le dijeron que era algo político. A ese pelao lo habían secuestrado en otro momento. Nosotros llegamos al campamento donde lo tenían. Todos los recorridos los hacíamos juntos y él nos ayudaba mucho porque llevaba once meses en el monte. Eso era como el Tarzán. Se tiraba a las quebradas y nos pasaba las cosas. A uno de todas maneras le daba miedo. Él fue una persona que nos ayudó demasiado y siempre tuvo en la mira volarse. Todo el tiempo era «volémonos, volémonos». Yo le decía: «De aquí no me muevo, no me voy a hacer matar». Y él decía: «Me tengo que volar porque de todas maneras mi mamá ya pagó».

Se tiró al río Naya. Era un nadador experto que esquiaba mucho en el lago Calima. Por eso le fue tan fácil. Después me di cuenta de que se quedó hasta las cuatro de la mañana cerca de una casita. Luego volvió al río y se encontró con una canoa en la que venían unos soldados. A las siete de la mañana estaba dando declaraciones. Yo tenía mi radiecito. Le dije a la guerrillera que lo cuidaba que le iba a dar una muy buena noticia, que se iba a alegrar mucho. A pesar de que se les había volao, ellos querían mucho al pelao. Lo habían cuidado durante once meses y se habían encariñado con él. Ella lloró, pero de la alegría. Me dijo: «Gracias por darme esa noticia. Sé que está bien y eso es lo mejor que podía haber hecho».

Pero antes de llegar al Naya, a nosotros no nos buscó el Ejército. No nos buscó nadie. La primera semana, todos los días veíamos Cali de lejos. La negligencia del Ejército es una cosa de locos. Pasábamos a dos cuadras de sus campamentos, un grupo por ahí de 30, 40 personas, y no se daban cuenta. Luego de que nos entregaron, un soldado me dijo: «Nosotros los veíamos todo el tiempo». «¿Nos veían?», pregunté yo. «¿Y con qué estaba vestido?». «De camuflado para que no los distinguiéramos». La ropa que la guerrilla me dio, yo me la colocaba de noche. Era lo único que tenía seco. Estuve siempre con mi camisa y mi bluyín. Una vez amanecimos en Pance y desde ahí se veía todo el sur de Cali. Entonces, dígame si no era negligencia de parte del Ejército. Y de Pico de Loro nos llevaron al Naya. Llegamos a una finca y ahí nos estaban haciendo desayuno. Estábamos felices porque pues, imagínense, en Pico de Loro solo habíamos tomado un café. Sacábamos el agua de las romenias. Metíamos una olla y una camiseta de un guerrillero con un mes de puesta. La utilizábamos como filtro para el café. Eso era la comida de un día prácticamente. Y llegamos al Naya. Estábamos desesperados, locos, felices de que íbamos a comer algo.

Recuerdo que un día cogí un costal de la casa de alguna persona, y ese costal tenía lentejas. Con él me tapaba en las noches, antes de que nos dieran todos los implementos con los que podíamos acampar. Me servía mucho. Cuando me lo quitaron, saqué todas las lentejas que pude. Comía lentejas crudas. Nosotros comimos lentejas crudas, yuca cruda. Con las hambres uno es capaz de comerse todo. Teníamos a un guerrillero que nos vendía arroz y comíamos arroz crudo. Dicen que a ese guerrillero después lo fusilaron por ladrón. También comíamos caldos crudos: unas ramas mezcladas con sal, arroz y verlón. O sea, en la selva uno de todas maneras se tiene que mover pa sobrevivir. Es que yo decía: «Me muero envenenado, pero no de hambre».

Cuando salí liberado, pues me acabaron. Me fui del país y desafortunadamente los negocios los dejé en Colombia. Llegué por una propuesta en Estados Unidos y ese día tumbaron las Torres Gemelas. El día que me radiqué, que escogí el apartamento hacen ese ataque. Mi hija, que había estado en el secuestro, me decía: «Papi, se vinieron los guerrilleros detrás de nosotros». «Mi amorcito, no, estos son más bravos todavía». Entonces se me revolcó la vida totalmente. Mis hijos perdieron el país. O sea, son ciudadanos americanos. Yo me quedé por un tiempo, y ellos iban y venían, pero en eso mis negocios se fueron para atrás. Todo el mundo aprovechó: cuando el gato sale, los ratones hacen fiesta. Acabaron con los negocios, prácticamente estoy sobreviviendo.

Además, quedé muy llorón. Lloro por todo. Como tuve el radiecito tanto tiempo, me quedó la costumbre. Yo llamaba a los demás cuando les mandaban mensajes en una estación que yo sintonizaba del Valle. Entonces se ponían a llorar. Yo, en solidaridad, me ponía a llorar con ellos. A mí solamente me llegó un mensaje, pero fue espectacular. Fue un mensaje que me dio la hermana mía: «Aquí todos estamos bien, su obligación es sobrevivir». Yo le decía a todo mundo ese mensaje. Y cuando a alguien no le llegaba mensaje, yo le inventaba uno. Cualquier vaina, así fuera de cariño. Les preguntaba más o menos la vivencia, como los brujos. Les preguntaba algo y después les devolvía algún mensaje.

Cuaderno IV: fracturas del tiempo social

Finalmente, este cuaderno nos habla de tres niveles de ruptura en la continuidad de los tiempos sociales y vitales. Primero, los tiempos de larga duración. El relato de las violencias de los pueblos étnicos, por ejemplo, es leído como una fisura constante de tiempos históricos y míticos; para ellos, el conflicto armado es un capítulo más en una larga cadena de violencias. La segunda ruptura del tiempo se dio en lo social, en las maneras como se truncaron aquellos rituales colectivos: no se pudieron celebrar ferias, fiestas, rituales de origen, nacimientos, conmemoraciones. Y en tercer lugar aparecen las fracturas del tiempo personal y familiar, de lo que se esperaba de un individuo como miembro de una comunidad. Por supuesto, con frecuencia estas tres rupturas del tiempo están interconectadas.

Senderos pedregosos

Vacíos

Solo me explicaron que los responsables son los paracos. ¿Qué grupo era? No sé, porque como yo tenía seis años… A mí me dicen que mi mamá estaba en la casa y que vino un amigo y se la llevó en una moto, y que nunca más. Ella le dijo: «Espere y me arreglo». Y la respuesta del señor fue «pa onde vamos no necesita arreglarse». Eso fue todo. Yo voy para allá y pregunto, y no sé por qué no me dicen nada. Porque don Audón me conoce de toda la vida y sabe lo que pasó. Y mi tío también sabe, pero no me dicen. Yo era una niña, nunca más volví adonde mi mamá. Mi papá me ocultó eso durante un año, me decía: «Su mamá está en Granada, no pasa nada. Ella está bien, ¿cuál es el afán de irse? Yo la pongo a estudiar acá». Yo decía que me quería ir, que me quería ir. Ya era mucho tiempo. Mantenía tanto en la finca como en la casa, vaya y venga. Me extrañaba que llevaba mucho tiempo así y nada que iba adonde mi mamá. Ahí fue cuando tomó mi papá la decisión de decirme. Sí, me dio duro. Me puse a llorar mucho, mucho, pero nunca dije nada hasta hace como cuatro, tres años que hice la declaración de mi mamá. De ahí pa acá empecé la batalla en todo este proceso.

Yo digo que me entreguen las cenizas o algo simbólico, que me digan «no la encontramos, está fallecida». Quiero hacer algo simbólico, algo que me permita ir al cementerio a… Pero no, las entidades lo único que hacen es darle la espalda a uno. Yo tengo muchos vacíos y mucho dolor. He tenido sueños donde mi mamá me dice: «Estoy en una fosa común, en un cementerio con una pared blanca». Pero no me dice ni el municipio ni el nombre del cementerio. Yo soñaba que ella lloraba. Eso es duro, pero hoy en día sé que uno la cruz la lleva dentro.

Recuerdo que en el internado nos celebraban el Día de la Familia, el Día de la Mamá, el Día del Papá. Era muy duro ver que los demás llegaban con sus papás. En el internado nos mantenían ocupados. En la mañana estudiábamos y en las tardes hacíamos labores de campo. Nos enseñaban a echar azadón, a hervir, a cocinar, a ordeñar los animales; a criar cerdos, codornices, conejos. Nos daban buena recreación. Pero aún esta es la hora y siento vacíos que no los ventilo. A ratos me siento aburrida. Por eso estuve a punto de ahorcarme.

Aunque pienso que mi papá… a pesar de que él ya no está conmigo, ha sido el motor de mi vida, demasiado el motor. Yo sueño con mi papá: lo veo en su finca. Lo

veo riéndose conmigo y me parece mentira que se fue. A pesar de que mi papá trató de llenar los vacíos de mi madre, al final nunca tuve un abrazo de ella de nuevo. Nunca. Me lo daba mi madrastra o de pronto me lo daba mi papá, pero yo digo que no es lo mismo. Son cosas que no compartí con ella, que no sentí de mi mamá.

Mis hijos hicieron que ya no me enfrascara más en ese problema, que luchara por ellos. Mi hijo grande se enferma, y yo me desespero. Yo corro porque no quiero que le pase nada, porque me da miedo de todo lo que he vivido. Por eso llegué a Agua de Dios y me puse a estudiar, se me dio la oportunidad. Me fui a buscar una beca para estudiar enfermería, pero todo lo hacía pensando en mis hijos. Antes había perdido dos bebés. Tuve un bebé prematuro que, debido a las fumigaciones por la coca, nació con hidrocefalia. Ese fue mi primer hijo y se me murió. Después, ya estando en Agua de Dios, volví y quedé embarazada, y volvió y me salió mi hijo con hidrocefalia. Entonces murió. Luego tuve la niña, entonces ya ahí sí me hice operar. Antes de la niña yo me quedé con la cirugía en la mano. Me iba a operar y se dieron cuenta de que estaba embarazada. Casi me quedo sola con el niño.

Como mi primer bebé se fue tan pequeñito y tan rápido –él no duró sino 40 días–, a mí me dio muy duro. Me les tiré a los carros, perdí el conocimiento, me enloquecí. Es que a veces no me explico cómo hice para… ¿sí me entiende?, como para irme saliendo de todo eso. Cuando el último falleció, me decía: «Por no estudiar, por no ser enfermera no tuve los cuidados pertinentes». A mí me decían los médicos: «Noooo, usted no tuvo de pronto los conocimientos como enfermera, pero sí como madre. Fueron ideales para lo que ese niño necesitaba». Eso también me impulsó a que me fuera por ese lado. Con esa experiencia que tuve, vi que me gustaba la enfermería. El otro hijo duró un año y quince días. Ahí lo tengo enterrado en el cementerio de acá.

Mi hijo, el que vivió conmigo, me dice: «Mami, nosotros hemos luchado mucho. Hemos estado en las buenas y en las malas». Ya mi hijo está en la adolescencia. A ratos es muy rebelde y duro conmigo, pero después me pide perdón. No sé si por lo que vivimos somos de un temperamento demasiado fuerte. Yo soy de las personas que no dan el brazo a torcer. Yo todo lo que digo lo sostengo, así me cueste la vida. Mi hijo es así. Pero pa él también fue duro. «Lástima que no conocí a mi papá», me dice. Todo me lleva a una conclusión, y es el vacío, todos esos vacíos. Ya no se pueden llenar porque ¿cómo se van a llenar? A veces digo: «Dios mío, que antes que yo me muera me digan algo de mi mamá, alguna noticia». Eso es lo único que digo porque yo no sé qué es un abrazo, qué es una caricia. Yo no sé qué es que me diga mi mamá: «Mire, haga este arroz; venga le enseño a barrer; venga le enseño a trapear; venga le baño al bebé que usted está de dieta». No, salí de un hospital y al otro día yo bañaba a mi hijo. Me tocaba pararme a hacer. No tuve quién me cuidara al hijo. Me tocaba sola. Nadie me enseñó a poner un pañal, nadie me enseñó a barrer, a trapear. Eso, definitivamente, es un vacío.

Era verraca, ahora estoy hecha de cristal

Yo decía que todo lo que oliera a guerrilla, para el piso, sin rehenes ni nada. La guerra me deshumanizó siendo tan joven, tan niña. Pude tener otros sueños y otra forma de pensar. Yo me sentía bien porque decían: «Esa vieja es una verraca, se le para a cualquiera. Tóquela y verá. Ella sí tiene licencia para quebrar y no le dicen ni mierda». Me sentía orgullosa de que dijeran eso. Me sentía la más dura de las duras. Si tocaba ir a combate o a abrir zona, yo me regalaba. Pero a mí que no me mandaran a cocinar porque ni mierda. Yo prestaba guardia, cargaba leña y traía agua, pero cocinar no. Eso conmigo no iba. Eso para mí era un insulto, una cachetada a la guerrera de pies a cabeza que tenían al frente. Yo decía: «Mire la espalda, los brazos y el abdomen que tengo. Mire que sí puedo cargar una .60 por tres horas, y no me da miedo». En esa época era estilo Rambo, esa mierda. Así yo estuviera que me partía de la columna, no pedía ayuda. No podía bajar ni un centímetro de donde me tenían mis compañeros y menos de donde me tenía yo misma. Era Anita alimentando a su otra Anita.

Empezó la época en que aportaban dineros para la organización y teníamos que ceder en muchas cosas. Por ejemplo, de la noche a la mañana nos mandaron un comandante de bloque que venía de no sé dónde y estaba recomendado por no sé quién. Ese que lo recomendó dio no sé cuántos miles millones para la organización. Entonces llegó ese hombre que olía a ciudad, que tenía manos bonitas, que no era tosco. Sí, el amor a primera vista existe. El mío fue con ese hombre.

Allá, cuando estábamos en la inmunda, uno mismo tenía que cocer las botas y el uniforme. Pero llega este citadino, ese hijueputa todo barrigón que no tenía físico de nada. Ese señor me cayó tan mal cuando lo vi… Ese man llegó con repelente. Hijueputa bobo, no hay derecho. Uno tratando de pasar desapercibido, bañándose con jabón Rey, jabón de tierra, o echándose limón en las axilas. En el monte uno tiene que mimetizar el olor con la naturaleza. Pero llega este hijueputa oliendo a repelente, con ese caminado. Por todo se tropezaba.

Yo me acuerdo de que él tenía el cabello corto, cargaba una pistola y un cuchillo en una pierna. Yo andaba con granadas. Yo era Rambo. Él me quedaba en pañales. Yo tenía una blusa corta, un buzo verde amarrado y era divina. Para qué, ese entrenamiento nos mantenía el cuerpo muy bien. El hecho es que estuve para arriba y para abajo con ese señor como dos semanas. Tocó ir al pueblo con él, sin armamento y de civil. El man me invitaba a almorzar y yo le decía que no tenía hambre. Era una salvaje completa. Me decía: «A usted la vida le ha dado muy duro, déjese querer un poquito». «No, qué querer ni qué hijueputas. Yo estoy cumpliendo órdenes». «Pues le estoy dando la orden de que venga a almorzar». Tocaba acatar, pero yo no lo veía ni lo sentía como un comandante. Lo sentía como una persona usurpando el cargo, el espacio de un guerrero. Este man era un algodón rosado.

El hecho es que fuimos teniendo conversaciones. Vi que el man era muy suave y yo era muy tosca. Me empezó a gustar esa forma de ser. A mí nunca me habían tuteado en la vida, todo era usted. El man me tuteaba y yo era una salvaje completa. El man se tenía que quedar ahí como seis meses. Con el tiempo, a la señorita le dio por peinarse, bañarse y tratar de verse femenina porque el man le empezó a gustar. Los osos que hacía yo… Así pasó el tiempo y Ana fue cediendo y cediendo.

Fue una guerra muy dura conmigo, porque sentí que iba cediendo mucho de todo lo que había ganado y en muy poco tiempo. Alguien me dijo por ahí que el que se enamora pierde, y sí. Tan brava que me las daba. Un día nos fuimos a hacer polígono. El man era una hueva manejando un arma. El man me dio un beso y yo dejé que me lo diera. A mí me sudaban las manos, sentí unos nervios que no había sentido ni siquiera dándome plomo en el monte, o en una misión, o en algo que pusiera mi vida en riesgo. Ese man me besó y sentí que el mundo se me movía. Eso fue muy feo. Era la primera vez que me daban un beso, yo no sabía besar. Entonces empezó a darme detalles, maricadas que uno no había tenido. En una época había unos chocolates rellenos, como de Ítalo. La primera vez que me dio un chocolate de esos, yo creo que puse una cara de idiota. Tanto, que él me siguió trayendo.

Empezamos un noviazgo en medio de la labor, y perdí. Tuve mi primera relación con él. El man pensaba que yo ya había pasado por las manos de quién sabe cuántos. Tuvimos un noviazgo por tiempo largo. Él era un hombre casado y yo no esperaba nada. Él estaba jugando con candela y resultamos quemados. Con el tiempo se fue para otra zona porque él era como el representante de una persona dentro de la organización que estaba aportando recursos.

En ese tiempo, salía la guerrera a decirle a la otra Anita: «¿Se embobó o qué le pasa?». Yo como que me iba soltando de eso, trataba de retomar. Seguí normal. Lo volví a ver como al año. Yo veía a ese hombre y me derretía. Él volvió y pensó que yo estaba de novia con otra persona, y no: lo mío era ser guerrera. Duré mucho tiempo con él. Hasta que por cosas de la vida quedé embarazada. Yo estuve mucho tiempo con él, empecé a los dieciséis años. Cuando mi primer hijo nació, yo tenía 26. Quise darme la oportunidad con otra persona, pero no era igual. Hasta el olor era diferente. Y un compañero era igual a uno. Suena horrible y déspota de mi parte, pero no. Eso fue lo que me gustó del hombre.

A mí me dieron unas maluqueras y estaba muy amarilla. Pensé que era paludismo. Me hicieron exámenes y ahí me enteré que estaba embarazada. Entre todo lo que me hicieron había una prueba de embarazo, y yo decía: «Qué embarazo, si yo tengo la menstruación. La prueba salió positiva». Yo no hallaba en qué culo del mundo meterme, no sabía qué hacer. Solo pensaba en ese señor, que lo había mandado a la mierda porque le cogí fastidio. Le dije que no quería nada más con él, que de verdad paráramos. Sentía que merecía otras cosas. Me acuerdo de eso todavía.

Yo no sabía qué le podía ofrecer a un hijo en el monte, en la guerra. Se me pasaron muchas cosas por la mente. Me hice una ecografía y las cuentas no me daban: «La

ecografía arroja que la señora tiene 19 semanas de embarazo». Casi me muero del susto. Yo seguía cargando equipo normal, aguantaba normal. En ese tiempo estuve en dos combates. No me dio mareo, no me dio antojo, no me dio nada. Estaba sin panza, es que ni tetas tenía en esa época. No entiendo cómo es la naturaleza y en qué momento pasó, pero estaba embarazada.

Menstrué hasta los siete meses. ¿Qué le iba a ofrecer a ese bebé? Era una mamá sin estudio. ¿Qué le iba a decir sobre qué había hecho su mamá? ¿Qué le iba a ofrecer de ejemplo de vida? Lo otro, ¿dónde lo iba a alimentar y a tener?, ¿iba a parir en el grupo? No, ninguna había parido en el grupo. Allá el aborto se veía. No sabía qué le iba a decir a mi comandante. Eso fue terrible. Es más, me quedé ahí sentada en una silla, como ida por el *shock* tan hijueputa que me ocasionó la noticia. ¿Cómo decirle a ese man que estaba embarazada si en todo ese tiempo no nos habíamos hablado? A la semana que me enteré, ya tenía panza. No me había salido panza en cinco meses para que me saliera en una semana. ¿Cómo? No sé.

Me tocó comentarle al comandante que estaba embarazada, qué lío tan hijueputa fue eso. Fue como decirle a mi papá que había cometido una falta. Contarle con el dilema de tenerlo y no tenerlo. Si lo tengo, tales cosas. Y ya está muy avanzado para interrumpir el embarazo. Ya se movía. Yo ya lo quise tener y me imaginaba muchas cosas. Para ese momento yo tenía más de 25 años, estaba cucha. Le dije al comandante, me acuerdo que me temblaban las manos cuando le dije. «Vida hijueputa», respondió, «no faltaba más. ¿Cómo es posible?, ¿en qué momento?». Le conté todo, quién había sido. «¿Ese man sabe?». «A ese hijueputa no lo quiero ni ver. Le cogí fastidio a ese señor y no quiero saber de él». «Pues apellido no le faltará porque, si quiere, yo le pongo el mío; si quiere, lo reconozco». Era tal el aprecio que me tenía mi comandante, el cariño.

Ese señor nunca me faltó al respeto. En son de chiste me decía: «Yo pensé que le gustaban las viejas, qué sorpresita». Nos reímos. El hecho es que él le hizo llegar la razón al señor y se supo todo. Yo al tiempo tenía una panza que parecía de ocho meses. Hasta ahí mi abdomen plano, el porte de guerrera. Mientras eso pasaba, el bebé se movía mucho en las noches. Lo que no me gustaba, que era regalarme para el rancho, lo empecé a hacer. Me empecé a regalar para la cocina, dejé de cargar el fusil al frente para ponerlo atrás. Me sentía responsable del chino. Además, me sentía un estorbo con semejante panza.

Llegué a pensar que la idea era tenerlo, dejarlo con alguien y devolverme. Tan fácil que es pensar ideas. Cuando eso, nosotros estábamos en guerra con Los Buitragueños. Los Centauros se estaban dando plomo con harta gente. Yo, la verdad, era un estorbo. Me mandaron a la ciudad a trabajar hasta que tuviera al chino. Pensé que en las ciudades no se hacía nada, pero se hacía inteligencia y mandados. Yo trabajaba recogiendo plata y en algunos momentos tenía que conseguir pelados para llevar. Donde yo estaba, con un supuesto esposo, llegaban chinos de doce años para arriba. A esos pelados uno empezaba a preguntarles muchas cosas, a hablarles, a hacer lo que hicieron conmigo. Yo veía cómo el man –que era mi supuesto esposo– convencía a

los pelados. Él tenía zapatillas de marca, unas muy buenas pintas. Excelente moto, un fierro en el negocio. Era como ese minipatrón de barrio que los chinos tenían por referencia.

Ustedes no se imaginan: de los catorce a los veinte años esos chinos se regalaban para eso y uno después veía los avisos con la cara y la foto de esos niños, de esos muchachos. ¡Qué mierda! Yo pensaba que las ciudades eran una porquería y no quería que mi hijo creciera así. Pensaba que si dejaba a mi hijo con alguien, me podía devolver para el monte; pero si me mataban, ese niño iba a ser un niño más por ahí en la calle. Empecé a sentir cargos de conciencia e impulsos de decirle a la Policía lo que mi supuesto esposo estaba haciendo. Pero me daba más miedo lo que me llegaran a hacer, porque yo vi tantas cosas…

Mi hijo nació. Ese niño fue muy regalado. El comandante me dijo: «No se preocupe que si necesita plata, va a tener. Nosotros allá abajo somos 7.000, pero ese chino va para la nómina, es el 7.001». Dije que no. «¿Cómo que no? Usted no se manda sola. Su hijo es el 7.001». Sentí un frío en la espalda.

En la ciudad empezaron los problemas. Una persona nos estaba buscando. Era una persona capaz de cualquier cosa, a cualquier precio. Le teníamos miedo. «Ahora soy vulnerable, estoy hecha de cristal porque tengo un hijo», dije.

Allá me decían: «Se volvió una cobarde», «Se dejó preñar y se volvió una mierda», «Ya la perdimos». Mi comandante me dijo: «Usted no va a volver a ser la misma, nunca. Después de que son madres se vuelven cobardes». Entonces yo me sentía muy vulnerable, me daba miedo, pánico. Me guardé un tiempo y empecé a pasar necesidades. Lavé loza en restaurantes por un plato de comida para mí y para el niño. No se imagina lo que pasé, las humillaciones por las que pasé. Noches sin comer para darle de comer al niño. Es que nadie sabe la sed con la que el otro bebe. Empecé a pensar que era el momento de la desmovilización.

No tire la toalla

Mi historia es como una rehistoria. Soy habitante del municipio de Miranda. Toda la vida fui criado en ese bello municipio, donde siempre nos ha faltado el apoyo del Estado. Cumplí los quince años y, desafortunadamente, decidí viajar hacia otros lados a buscar mis sueños, pero en ese trajinar me pidieron estudio, y a nosotros nos tocaba trabajar porque mi papá abandonó a mi mamá cuando éramos muy niños. Nosotros éramos cinco hermanos hombres y tres mujeres. La mayor murió. Entonces a la edad de los dieciocho años decidí volver a Miranda, me vine a trabajar en construcción.

A finales de los 90, el fútbol comenzaba a coger fuerza por todos lados. Empecé a integrarme a la selección de fútbol de Miranda. Era muy buen deportista. En ese

entonces trabajaba y hacía deporte. Luego ingresé a estudiar para terminar esos años de bachiller que me faltaban. En esas se desató la guerra entre paramilitares y guerrillas. Vivíamos una guerra injusta, mucha gente murió. Vi matar a más de un amigo que nunca le hizo daño a nadie. Los desaparecieron. Uno oía que el 6.º Frente de las FARC estaba presente, y en eso también llegaron las Autodefensas.

Yo hacía parte de los que querían formar un colegio en el cabildo indígena del pueblo nasa. Nosotros luchábamos por ello, y debido a eso hubo una masacre en el 96 o 97. En ese año penetraron los paramilitares tipo seis o siete de la noche y acribillaron a unas personas. Mataron a un compañero que estudiaba conmigo en el cabildo. Lo acusaron de ser guerrillero, se lo llevaron en un camión. Los muertos aparecieron en el Valle.

Como las cosas ya se habían puesto muy peligrosas en las veredas, yo tomé la decisión de dejar el estudio. Me dediqué a trabajar y a hacer deporte. Hice parte de la selección Miranda y, por mi buen desempeño, me vincularon a un equipo llamado Univalle. Me decían que tenía buen talento. Univalle era un equipo de la tercera división de fútbol de Florida, Valle del Cauca, que enviaba jugadores a otros equipos. Yo jugaba ahí como volante de recuperación, solo que una lesión me dejó ocho meses por fuera de la cancha y no me mandaron para donde me iban a llevar. Eso fue como pa el 98. Como pa noviembre nos enviaron pal equipo de fútbol Once Caldas a presentar pruebas. Nos vieron jugar varios partidos, y ya en diciembre me notificaron que el 19 de enero nos teníamos que presentar al Once Caldas de Manizales.

El 19 de diciembre tuve el accidente. Se me cortaron todos los sueños, eso fue lo más duro para mí. Eran como las diez de la noche, y me paré en la esquina de la casa. Unos amigos me invitaron a rumbiar. «Pues vámonos», les dije. Bajó un primo mío y también le dije que nos fuéramos pal festival donde estaban recogiendo fondos para un barrio nuevo. Cuando llegamos allá, estaba solo, no había llegado gente. Los muchachos dijeron «pues vámonos pal centro y ahora volvemos». Nos cuadramos en toda la mitad del parque e hicimos una vaca para comprar un botello de aguardiente, mientras nos íbamos pa la rumba. Eran como las once pasaditas y a mí me dieron ganas de orinar. Fui a un establecimiento que se llamaba Noches de Ronda. Allá me dijeron que había una mesa pa que se hiciera la gallada, si querían. Entré al baño y había un muchacho al que le habían hecho varios atentados. «Mirá, este man tan confiado y andando por ahí todo borracho y emproblemado», pensé.

Iba saliendo del baño cuando una amiga de la infancia me paró y me dijo: «Vení, vení bailemos». Mientras eso vi que los compañeros estaban acomodando las mesas pa sentarse, aunque algunos no se habían venido. Me paró mi hermano menor. En ese entonces él tenía catorce o quince años. Me dijo que le regalara plata. Hasta ahí me acuerdo.

Me cuentan que llegaron una camioneta y dos motos. Se bajaron con metralletas en la mano y le prendieron candela al establecimiento donde estábamos. Yo ya había salido del lugar, pero recibí dos impactos de bala, o tres. Cuando abrí mis ojos estaba

en el hospital departamental, luego de cuatro días en coma. Gracias a Dios no fue más grande el asunto. Hubieron solo nueve heridos y tres muertos, pero eso volvieron nada esa discoteca. Lo más triste es que eso pasó a dos cuadras de la Policía, y la Policía nunca llegó. Lo que más rabia les daba a mis amigos era que la Policía nunca hizo nada. Pero cuando nos fueron a sacar del hospital sí llegaron a hacerme preguntas, sabiendo que estábamos graves. Seguro ese día iban a matar a un muchacho, me parece que al que yo había visto en el baño. Decían que era de las FARC. En pueblo pequeño todo se sabe. Dizque le pegaron 17 disparos.

A mí me pegaron un disparo en la costilla izquierda y el otro fue en la espalda. El de la costilla fue el que subió y me dejó parapléjico. Gracias a Dios yo tuve mucha fuerza de voluntad y hasta los médicos no se explican cómo volví a mover las manos. Duré dos años sin poder moverlas. Mi recuperación fue de siete u ocho años antes de comenzar a recordar las cosas. No pude hablar durante un año y medio porque una de las balas me tocó las cuerdas vocales. Bueno, gracias a Dios todo se fue dando nuevamente. Pero lo más difícil es saber que me causaron ese daño, que los sueños se me detuvieron.

Gracias a Dios aprendí a vivir la vida que me tocó, como persona con discapacidad. Me gustaba aprender muchas artes. Aprendí a trabajar. Nunca le ha faltado un bocado a mi mamá y a mi hermana porque yo respondo por mi familia. También tuve una niña que adopté, inclusive tengo un niño, y nunca les ha faltado nada a ninguno. Quise seguir estudiando y terminé mi bachillerato a los 28, influido por unos profesores que me dijeron que no podía dejar de soñar. Luego tuve la oportunidad de ser concejal del municipio de Miranda gracias a mi liderazgo con personas con discapacidad. Eso fue del 2008 al 2011. En esos sueños volví a querer una carrera, pero no podía porque desafortunadamente en el municipio no había. Le tocaría a uno bajar a Cali, desplazarse, pero se me complicó por la situación de discapacidad. Me dediqué a aprender y trabajar en otras cosas. En talleres de bicicleterías, soldadura y todo eso.

Ya cuando el campus universitario comenzó a funcionar, empecé a estudiar administración pública. Voy en octavo semestre, pero es difícil cuando uno no tiene una entrada fija. Lo más triste es que existen leyes que dicen que ayudan a las personas víctimas de la violencia y yo traté varias veces de incluirme para que me ayudaran a ver cómo podía pagar mis estudios, y no pasó. Siempre me sacaban excusas. Me ha tocado parar por enfermedades y por mi discapacidad. Uno con discapacidad sufre descargas. Tengo un problema de un espasmo en la espalda que me da donde tuve el impacto de la bala. Es un dolor muy aterrador. Cuando me torea, me mandan consolar con un medicamento que les dan a los enfermos de cáncer. Tengo un problema en la piel. Me da un hongo y unos sarpullidos. Si me rasco, me produce infección. Me tienen que tener hospitalizado como por quince o veinte días para controlarlo. Cuando me da eso, me atraso en el estudio. Hay profesores que lo comprenden a uno, pero otros no. Me tocó como retirarme en dos ocasiones del estudio.

Últimamente monté un taller de zapatería y estaba a punto de tirar la toalla, porque es muy duro seguir estudiando. Inclusive hoy tenía que estar estudiando, pero pedí permiso y el profesor me entendió. Mire, entro a trabajar a las ocho de la mañana y a veces son las siete de la noche y apenas voy bajando de la casa. Tengo que ir a hacer tareas, y a veces que me pongo a leer en la cama y del cansancio me quedo dormido. A veces estoy en la mesa y mi hermana y mi mamá me preguntan que por qué me mato tanto. Yo les digo que es la manera que tenemos de subsistir.

Gracias a Dios estoy haciendo el noveno… Estoy a un pelo de luchar contra la injusticia que me tocó. Muchos amigos me dicen: «No tire la toalla». Hay profesores que me dicen: «Nooo, Peña, ¿cómo va a renunciar? Cuando le toque conmigo, yo le colaboro, hágale». Lo que ellos quieren es que uno rinda en la vida, aunque a veces lloro porque uno se siente abandonado. Pero hay que seguir. Uno debe sacar fuerzas de donde no las tenga.

A veces la familia se va a pasear y me reclama por pasar derecho. Pero a veces digo que no voy a abrir el local y que me voy con ellos porque el descanso es necesario. El otro día una sobrinita me dijo: «Tío, cierre que nos vamos. Usted va a salir enfermo por estar allá clavado». Tiene razón, hay veces en las que saco tiempo para irme con ellos a comer sancocho y reírme. Sin embargo, es muy triste porque a los 22 años quise formar mi hogar, darle todo a mi mamá. Gracias a Dios estoy al lado de ella. No le ha faltado nada y lo más bueno es que tenemos salud. Pero mire la fecha que es y no he podido acabar la carrera por todo lo que ha pasado, por tener discapacidad, por ser víctima de la violencia. Me toca trabajar y a veces pienso en tirar la toalla, pero yo digo que algún día tengo que ser profesional.

¿Usted ya lo dio todo?

En mi familia no hay militares, no era un ambiente cercano a mí. Antes de graduarme del colegio, veía los estands de las universidades y nada me llamaba la atención. Empecé a buscar cosas del Ejército, a meterme a las páginas. Son supertramadoras. Eso había, mejor dicho, unos videos y todo así *superwow*. Yo dije: «Sí, intentémoslo». Los procesos de selección son supertediosos. Todo salió bien y solo me dijeron: «No, no pasaste. La verdad es que, para serte honesta, las otras mujeres que entraron vienen recomendadas y los cupos no alcanzaron». Tuve mi momento de tristeza. Le dije a mi mamá: «¿Sabes qué? Yo ya no me veo en otro lugar, y lo voy a volver a intentar». Estaba superempecinada y obstinada en que ese era mi futuro, en que ese era mi proyecto de vida. Sabía que iba a comer mierda, nada más.

Ingresé en el 2014. Soñaba con ascender y tener un poco más de poder allá adentro para cambiar cosas. En ese momento sí pensaba que ese era el Ejército del futuro, que

no era solo para la guerra. Yo no tenía ese amor ciego por la institución, pero sí tenía cierto encanto por su imagen. Un poco como por el uniforme, como por la estética. ¡Entré! ¡Yo estaba feliz! Yo estaba convencidísima: «¡Lo logré! Ya, por fin estoy adentro, estoy en lo mío».

La primera noche que dormí allá… Yo siempre en las noches me lavaba mi carita, me cepillaba los dientes. Y esa noche nos dijeron: «¡A dormir, no queremos ver a nadie despierto!». Ni siquiera me pude lavar los dientes. Yo decía: «Si así van a ser todos mis cuatro años, imagínese cómo se me van a volver los dientes». Esto es terrible, ¡mi cara!, ¡todo!

Uno en su casa no tiene un régimen, mientras que en la Escuela el régimen es desde que te levantas hasta que te acuestas. A las cinco de la mañana hacíamos la famosa diana, que es ese proceso de levantarte y alistarte. La diana tiene que durar quince minutos contrarreloj. Yo siempre he sido una persona que se alista lentico, me demoro. Eso me costó un montón. Te controlan hasta la cagada, vamos a decirlo así, «quince minutos, ¡alcanzó o no alcanzó!».

Las mujeres y los hombres tenían sus diferencias allá adentro. Las mujeres dormíamos aparte en ese momento y se tenían en cuenta las diferencias de rendimiento físico. A nosotras lo máximo que nos ponían a hacer era, de pronto, a voltear, a hacer ejercicio. Uno sí escuchaba en los hombres otras historias. Había una cosa que les hacían, los ponían a tomar mucha agua hasta que se vomitaran.

Allá pueden entrar desde los dieciséis años, mujeres y hombres, lo cual me parece horroroso. No deberían entrar a esa edad. En mi caso, tuve la fortuna de entrar de dieciocho años. Allá se entraba a un entorno completamente hostil en muchos sentidos; para referirse a una mujer le dicen «rombo», haciendo alusión a su vagina. Los mismos oficiales decían: «¿Y qué?, ¿había un rombo?». Te estrellas con un entorno completamente masculino. Los hombres parecen chulos, llegan mujeres y eso es «¡uy! llegó la nueva presa». Les caen desde el compañerito hasta los oficiales.

Durante esos tres años que estuve allá, nunca, ni porque la estuviese pasando muy mal, dije «me voy de esta mierda». ¿Sabes?, yo estaba como entregada: «Esta es la vaina que yo quiero, a mí de aquí nadie me saca».

Mis papás me llamaban y me decían: «Pero ¿todo bien?, ¿todo bien?». Yo sentía ese miedo de ellos: «Que Stefany nos diga que se va a salir, y ahí sí quedamos hechos un chispero», porque toda la plata que se fue.

Yo siento que una de las cosas que más me atraparon de allá fueron las que yo vivía, y las personas con las que yo vivía. Esas cosas no las iba a vivir en ningún otro lugar del mundo. A veces nos cogían y nos ponían a voltear en la noche porque quién sabe qué habíamos hecho, como sacándonos la mierda; y todos dándonos moral, como ese espíritu, así como de equipo y de «estamos juntos». Eso yo no lo había vivido nunca en mi vida. Me hacía sentir superfeliz, me hacía sentir ¡brutal!

Tenía dificultades con mi rendimiento físico, tenía que durar incapacitada un tiempo, y entonces la gente lo empieza a mirar a uno como mal, como *perroculo,* le llaman allá. Como el flojo, el que se inventa que está enfermo para no hacer las cosas.

Allá, la verdad, lo académico no era lo más importante. En cambio, a mí sí me iba superbién en lo académico. Me sacaba más nota que los manes. Les daba como una rabia. Allá se respira todo el tiempo un ambiente de competitividad.

Desde que tú entras, directa o indirectamente, te infunden la idea de que tú, por ser militar, y por comerte la mierda que te estás comiendo allá, eres superior a todos los demás. Que esos civiles son unos flojos. Eso está incrustado hasta el alma. Te meten ese chip en la cabeza, de que eres una raza superior, desde que te levantas hasta que te acuestas y con lo que cantas: «Voy a nadar en una piscina de sangre guerrillera». En esos momentos uno está trotando y, no le ve el trasfondo a todo lo que canta, hasta le parecía chévere. No me cuestionaba absolutamente nada.

Uno se acostumbra a esa vida.

Estaba en mi tercer año, entregada a mi sueño, cuando empecé a sufrir… Todo empezó por unas pastas anticonceptivas, por eso las odio tanto. Yo duré mucho tiempo tomándolas, y me sentaban muy mal. «No quiero tomar esto más, ¡me mamé!». Las dejé de tomar. Pasaron como tres meses y se me empezó a brotar la cara terrible. Acudí a Dermatología de Sanidad. Le dije a la dermatóloga: «Yo no quiero tomar anticonceptivos». «Pues tómate este antibiótico y tómate esta pasta que es un diurético: espironolactona». Me la empecé a tomar y como al mes me dejó de llegar el periodo. Fui y le dije: «Oye, me dejó de llegar el periodo». La vieja ni siquiera me suspendió la pasta. «Ve a Ginecología de allá de la Escuela». Fui y la ginecóloga me metió unas pastas que hacen que el periodo te llegue como en una semana. Y encima de eso me metieron anticonceptivos. En ese momento no era consciente, pero, evidentemente, yo estaba en un desorden hormonal muy hijueputa.

Mi mamá empezó a notar cambios de comportamiento en mí. Por ejemplo, que a veces yo llegaba a la casa y estaba demasiado cansada, no quería hacer nada, solo quería dormir, no quería salir con mis amigos. Era extraño. Eso terminó en un episodio depresivo. Empecé a sentir que ya no me estaba bien en ese lugar, terminando mi tercer año, imagínate. Me empecé a abrumar terrible y le sumaba esa presión de «¿cómo no te vas a sentir cómoda a estas alturas de la vida?, ¿qué te pasa? No puedes estar pensando eso, sácate esa idea de la cabeza».

Desde que había entrado al Ejército decía que quería ser de Inteligencia. Aunque yo no tenía claro qué era lo que iba a hacer. Tal vez me imaginaba como películas de infiltración. Decía: «yo no puedo cambiar de opinión a estas alturas, es decir, he dado tanta lora con que quiero ser de Inteligencia, y yo ahorita no me puedo echar para atrás». Yo tengo que decir que sí, que esto es lo que yo quiero. Efectivamente, abrieron un curso y me metí a esa vaina.

Ese es un episodio muy complicado en muchos sentidos. Yo sé que mi desorden hormonal y mi depresión hacían que, de pronto, percibiera cosas diferentes. Pero nunca llegué al punto, afortunadamente, de alucinar cosas. Yo sí sé que allá viví manipulación psicológica en esa época. Empecé a entrar también en un episodio psicótico superfuerte. Me empecé a sentir acorralada, a tener delirios de persecución.

Ya llegó un punto en el que no sabía qué hacer. Por voluntad propia nunca iba a decir «sí, ¿saben qué?, me voy de baja». Todo eso desencadenó en ideas suicidas: «Ya no puedo salir de esto, es que ya se me arruinó la vida, ¿por qué yo?, ¿qué voy a hacer?».

En ese momento, todo el mundo estaba al tanto de la situación, pero todo mundo se hacía ajeno. «Sabemos que esa persona está mal, que esa persona está cambiando de comportamiento, pero nos importa un severo pepino; y si está muy mal, pues que pida la baja, y si no quiere pedir la baja voluntariamente, pues la llevamos hasta que la pida».

En esa época tuvimos una campaña de entrenamiento, ahí fue cuando yo ya dije: «Nooo, Stefany, o sea, tú no puedes seguir acá, porque se te va a tostar la cabeza». Dije: «Me quiero ir». «Pues llame a sus papás». Los llamé. Mi mamá era muy reacia también a la idea de que me saliera de allá.

Y recuerdo que el capitán me dijo: «Bueno, haga una carta diciéndome que pide la baja». Y eso nunca se me va a olvidar. Escribí la carta, yo ni siquiera sabía qué escribir, y fui y se la entregué. Al rato el man me llamó y me dijo: «¿Usted leyó esa carta?, ¿usted leyó lo que escribió?». Y yo le dije «pues, sí». «¿Usted no se da cuenta de que esa carta está escrita en tercera persona?». Yo escribí la carta como diciendo: «Ella no se siente bien». ¡Imagínate!, o sea, ¡Dios mío! El man de una rompió la carta y la botó: «Hágala otra vez».

Todo ese periodo es un trance para mí, incluso a veces es hasta difícil recordar cosas muy concretas. Pedir la baja en esas circunstancias requería que yo dejara unas constancias de que no había recibido un maltrato o algo así. Curándose en salud esa gente. El caso fue que antes de traerme de allá de Tolemaida me llevaron adonde un general. Yo no sé si esa gente realmente era consciente del estado en el que yo estaba. Pero estoy segura que sí, era demasiado evidente.

El man me dijo: «¿Usted siente que ya lo dio todo?». Y yo le decía, sí. Lo que el man me dijo en ese momento me destruyó: «¿Usted ha visto cómo termina Nairo una carrera?». Cogió el computador, abrió YouTube y me puso un video. «Ellos terminan la competencia y se caen de la bicicleta, se caen al piso y los tienen que cargar. ¿Usted ya está así?». Yo sabía que no. Y me dijo: «¿Usted puede ir adonde su mamá y su papá y decirles que usted ya lo dio todo, que usted está así?».

Yo me quería ir a mi casa.

Me trajeron a Bogotá. Y esa gente, como yo decía que me quería ir de baja, pues me decían que listo, que me fuera. Afortunadamente mi mamá es abogada, y se paró super en la raya: «Ustedes no me pueden devolver a mi hija así, porque yo a ustedes se la entregué en el 2014 completamente apta. Ustedes no me la van a devolver así en ese estado».

Le meten tanto el amor ciego que para ellos prima el nombre de su institución frente a cualquier cosa, incluso la vida de una persona; incluso la salud de una compañera. Esa gente me dio la espalda. A pesar de que les diste tres años de tu juventud, les valías mierda. O sea, literalmente es como… «Una persona menos, chao. Esa vieja ya se enfermó, quién sabe por qué. Sola. No nos importa. Que se vaya».

Yo no me retiré del todo, sino que quedé en una condición que se llama aplazado por sanidad. Se supone que tú estás en tus tratamientos médicos para poder recuperarte y volver otra vez a la Escuela. Después de unos meses ya dije: «¡Ni por el putas yo vuelvo allá!».

Tuve que estar allá en la Escuela unos días mientras hacían todo ese proceso administrativo. Esta gente me pasaba los papeles y formularios para llenar, solo me entregaban cosas que decían «solicitud de baja». Ellos se aprovecharon de mi estado. En mi historia clínica, extrañamente, no salen las pastas que me dio la ginecóloga para que el periodo me llegara de totazo. Esa es la razón por la cual, en este momento, estoy como en un proceso legal en contra del Ejército.

Me hicieron una junta médica, con un análisis de pacotilla. O sea, ni siquiera teniendo en cuenta toda mi historia clínica dijeron que no era apta, dijeron que era una enfermedad común. O sea, para ellos la depresión era una enfermedad común, ¿imagínate? Que era por cuestiones por fuera del servicio. Toda la plata que les hice gastar a mis papás, y mi tiempo, esos son pesos superdifíciles de quitar.

Y ya, me mandaron para la casa.

Sin el peso de la realidad

Por el trabajo, mi padre fue una figura ausente en nuestro hogar. También mi madre, porque a veces iba a visitar a mi padre. Ella era la única persona que podía acompañarlo. Había periodos en los que ninguno de los dos estaba. Mi núcleo familiar siempre fue muy variado en respuesta a la disponibilidad que tenían mis padres para cuidarnos. Cuando comencé a tener conciencia –porque era algo en lo que, como niño, no me involucraba–, entendí que la profesión de mi padre era de alto riesgo: guardaespaldas. Luego trabajó en la lucha contra el terrorismo y el narcotráfico. La vida de mi padre estaba en permanente exposición. Hasta hace poco fue reconocido como víctima de un atentando de las FARC, en el que murieron muchos de sus compañeros. En la emboscada, los atacaron con granadas y disparo. Al día de hoy mi padre tiene problemas para caminar, pero fue de los pocos que sobrevivieron.

Al momento de ese atentado, yo tenía cinco años. No era realmente consciente de esas cosas. Toda su historia laboral ha sido transversal a mi familia, pues a pesar de que no vivíamos en una zona de conflicto, el conflicto siempre estuvo dentro de nuestra casa. Era lo que mi papá trataba en su oficina. Eso implicó para nosotros un montón de llantos y problemas en la casa. Nos dimos cuenta de que el trabajo le estaba destruyendo la cabeza a mi papá. El permanente estado de ansiedad en que vivía era una cosa brutal. Yo no he visto eso en mi vida en nadie más. Él estallaba en ira por cosas sin sentido.

Algo que empecé a percibir con los años –cuando tenía 20, 22 años– era que, pese a que estábamos en situaciones de riesgo, mi padre nunca quiso decirnos sobre ellas. Él sentía que de esa manera nos protegía. Teníamos que cumplir algunas normas. Por ejemplo, había periodos en los que no podíamos ir a lugares públicos; teníamos que estar muy alerta de cualquier tipo de amenaza de secuestro. La única persona que sabía a ciencia cierta de dónde venían todas esas amenazas era mi mamá. Visto ahora, sé que mi papá estaba llevando casos de grupos armados en zonas muy calientes de Colombia. Son cosas que yo no supe y nunca quise saber. Llegué a un punto en el que simplemente empecé a desprenderme de esa realidad, a buscar mi propio camino. Supongo que también por mi autismo he vivido aislado de cosas que para los demás han sido relevantes y para mí no.

Yo estudié derecho y al mismo tiempo hice ciencia política, pero me di cuenta de que no quería esa misma vida para mí. Yo veía a mi padre, a los amigos de mi padre, a la gente relacionada con el derecho, y no me veía ahí. Hubo varias cosas que me hicieron cambiar radicalmente de opinión, entre ellas, que en el último año sufrí una depresión muy severa. Otra, que sufrí abuso sexual por parte de un compañero de mi colegio mientras yo estaba experimentando con LSD. Yo, supuestamente, era estudiante de derecho, mi padre estaba vinculado a una entidad del Estado, y la entidad que se suponía tenía que protegerme, dejó archivar mi proceso. En mi familia había un montón de gente que podía ayudarme y nadie me tendió la mano. Me sentí revictimizado y agredido. Sobre todo, me di cuenta de que el derecho no servía para nada.

Cuando le conté a mi padre, lo único que recibí fue lo que me había dado durante toda su vida: juzgarme. Yo era un drogadicto para él. Cuando le pedí que me ayudara, no obtuve nada. Eso hizo que yo entendiera poco a poco que mi papá no estaba bien y se lo hice saber. Entre chiste y chiste, le decía: «Tu trabajo te destruyó como papá, te destruyó como esposo». Todo eso me llenó del deseo de irme de Colombia. Y en el arte encontré la forma para descargarme y no destruir a nadie con todo el dolor. Cuando me dediqué al arte, no me importaron las consecuencias. Les decía a mi papá y mi mamá: «Ustedes no me ayudaron, me estaban atacando de nuevo. Encontré en el arte una forma para no morir de tristeza. No se metan conmigo. No intenten detenerme. Si ustedes intentan decirme que no sea artista, prefiero echarlos de mi vida, irme de aquí».

Con mis hermanos vivimos una vida paralela a través del arte. Ahí creamos un entorno seguro para existir. Para mí, el arte fue mi espacio de reconstrucción, para coger los pedacitos que me quedaban y seguir adelante. Empecé a pintar, a esculpir, a dibujar, a hacer un montón de cosas artísticas; empecé a hacer exposiciones. Pero a pesar de que todos entendían que era algo que tenía que hacer porque se me daba bien, mi papá se negaba. Entonces empecé a buscar universidades. Esa fue la forma de conseguir los recursos para irme del país y me aprobaron en Europa. Acá estoy estudiando ahora.

En ese tránsito con mis hermanos y mi pareja hicimos una fundación. Ahí hicimos un montón de talleres sobre arte y terapia en un establecimiento penitenciario militar con población supersensible. Y por eso que hacíamos la gente empezó a rodearnos con afecto. Mi papá reconoció eso poco a poco. Un día, bañado en lágrimas, le dije: «Necesito que me ayudes, no me puedo quedar quieto en Colombia. El arte es muy bueno, pero acá me voy a morir. Sabes que soy una persona que tiene muchos dones, así que necesito que me colabores económicamente para irme». Fue superextraño: el último año antes de viajar fue el mejor año de relación con mi papá. Pero esa relación estable con él la tenía solo dentro de la casa, de resto eran peleas, discusiones, estrés. Mi papá dejó de hablar un montón de tiempo con mi hermano pequeño y peleaba superfuerte con mi hermano mayor, igual con mi mamá. Él seguía trabajando con el Estado y cada vez más manejaba casos superpesados relacionados con terrorismo. Pero, al mismo tiempo, mi relación con él mejoró y eso me ayudó a sanar esa parte.

Llegó un punto en que yo me fui de la casa; pintaba y hacía mis cosas. Me iba a la montaña tranquilo, solo, aislado. Y luego me vine a Europa. Estaba superdesconectado porque tenía la intención de desintoxicarme de ese montón de cosas del trabajo de mi padre. Yo pensaba «no es mi trabajo, no es mi vida». Ahora entiendo que eran cosas graves, porque ahí fue cuando empezaron los problemas de lo que está sucediendo ahorita con mi familia. Había investigaciones en contra de mi papá, gente que quería hacerle daño. Pero la actitud de mi papá y mi mamá fue «usted concéntrese en su universidad, nosotros nos encargamos». Nunca me dieron nombres. Nada. Es que desde que tengo memoria he vivido en esas circunstancias. Es algo que normalicé después de 26, 27 años de amenazas permanentes, sabiendo sin saber. En este periodo de estar lejos de todo me pregunto: ¿cómo pude soportar tanto sin darme cuenta? Ya aquí, exiliado –porque, igual, no puedo volver– tuve que acomodarme a las circunstancias por falta de recursos, vivir con personas que no conocía, cambiar de alimentación, adaptarme a nuevos tiempos. Todo eso hizo como que se me agudizaran los rasgos psicológicos y físicos del autismo. Es algo que me pasa a mí, a los autistas. Se agravó a un nivel insoportable. Se ha vuelto a agudizar por lo que está ocurriendo en Colombia.

En mayo empezó la verdadera tragedia, que es la que ya me hizo vivir en el exilio. Recibí una llamada de mi hermano en la que me dijo que habían cogido a mi papá y que lo estaban acusando de liderar una red de espionaje. El apoyo económico que recibíamos de mis padres se cortó completamente. El acompañamiento psicológico, también. El primer año acá tuve un contacto continuo con mis amigos, con mi familia. Ya el segundo, pues estuve en mi depresión, en los miles de trastornos que se me metieron al mismo tiempo. Por el autismo, no quería saber de nadie. Me empecé a alejar terriblemente. Dejé de contactarme con mis amigos. Me desprendí de las personas radicalmente.

Actualmente, el arte me permite canalizar todo para transformarlo. Puede que no me alimente el cuerpo, porque vivir del arte es muy complicado, pero alimenta el

alma, reconforta el espíritu, la mente. Todos esos lugares tan abandonados. En el arte uno recupera la libertad. Uno puede crear sin tantos condicionamientos. Ese espacio de creatividad –así sea psicológico, así sea un lienzo o lo que sea– permite darles a las personas un lugar para que se reconstruyan sin el peso de la realidad, que es la que nos tiene como nos tiene.

Heredar la guerra

Voy a experimentar una vida, la que me salga

Cuando estaba en medio de la primaria, como de ocho o nueve años en adelante, tenía una vida bien sacrificada, por el trabajo material. O sea, me tocaba cultivar con mi padre o con las personas que me adoptaron, porque a mí no me criaron en el caserío, sino por fuera, con personas que no son indígenas. Todo el tiempo estuve en la serranía. Soy de origen campesino.

Entonces, cuando llegó el momento ya del ingreso, pues fue una decisión propia. O sea, en esa parte del territorio todo el tiempo hubo guerrilla, o siempre hay. Siempre mantenían el ELN o las FARC y el Ejército. La población… pienso que es rodeada por esos grupos, y ya se enseñan, se acostumbran a vivir en medio de eso; sí, la población está acostumbrada. Se acostumbra porque es que el ser humano es un animal de costumbre.

En el caso mío, pues nunca recibimos un maltrato, más bien ayuda, porque en una comunidad bien pobre, en ese caso familias bien pobres, a uno le llegan a ayudar. Cuando llegaban las provisiones, le daban comida a uno, a las familias más llevaditas: que la mudita de ropa, que en veces las botas pal barro. A mí, por ejemplo, siendo niña, me daban que las botas para que yo trabajara, que una machetilla con una cubierta. Como veían que me tocaba trabajar, entonces ellos me iban dando de las cositas.

Uno va como criándose ahí. No los ve como un enemigo, sino más bien como un gran lazo de hermandad, diría yo, porque uno dice «están armados», pero igual no sentíamos ningún temor por eso. En las personas, su actuar las define. Y el actuar de ellos, en ese entonces –cuando yo era niña–, pues fue muy… ¿cómo te digo…? Yo, más bien, fui la que me expuse y dije: «Bueno, estoy cansada de trabajar, mis papás no me quieren dar estudio». Estaban cerrados, cerrados a que no me iban a mandar a estudiar. «No me queda otra. No quiero conseguir marido porque de trece años, pues… una niña. Entonces, no me queda otra: voy a experimentar una vida, la que me salga».

A las dos organizaciones les toqué la puerta. Y todas dos me dieron la misma respuesta: que era una niña. El ELN y las FARC: «Déjese usted de bobadas, váyase a estudiar, más bien». Hacíamos ya conversa y les decía: «Pero es que no me queda otra opción. ¿Cuál estudiar si no tengo cómo estudiar?».

Yo tenía solo la capacidad que tiene una niña: aunque quisiera trabajar para darme yo misma el estudio, no lo podía hacer tampoco. No conocía más allá del círculo familiar. Solamente salía al pueblito. Recuerdo que si me llevaron cuatro o cinco veces al pueblo, fue mucho. Uno se cría como montuno. Yo no conocía más allá de ese círculo ahí, cerquitica. Decía «¿qué opciones tengo yo?, ¿pa dónde voy a jalar pa estudiar?». Entonces, nooo, hay que experimentar la vida, no me queda otra. Además que veía bien relacionarme con ellos, que nos ayudaban a trabajar. Incluso, en las cogidas de café, ellos nos prestaban muchachos e iban a trabajar con nosotros: «Mire, hoy le voy a prestar cinco muchachos pa que vaya a trabajar». Uno que no quiere que se le caiga el café. Eso pa uno era muy grato.

Entonces va habiendo como esa amistad, como ese lazo de poder hablar, de charlar, incluso de uno hacerles preguntas a ellos y de ellos explicarle a uno qué era lo que pasaba o por qué estaban así. Me decían «peladita preguntona». Incluso, fue la misma persona quien me ingresó. Ya a él lo mataron aquí arribita, yo lo quería. Él me ingresó con todo, con tanta cansonería porque me dijeron: «Usted solamente va a compartir un rato y mira cuál es el ambiente en el que nosotros vivimos para que no vaya a pensar que esto es un paseo».

Entonces, yo lo pensaba, y es que uno siendo joven le toca que experimentar el camino en el momentico, porque no le queda de otra. En el caso mío fue así. Yo le dije: «No, no hay ningún problema, yo me voy con ustedes. No sé ustedes qué van a hacer conmigo, pero yo para la casa no me voy».

Y así fue: me vine para el grupo. Y después de que cumplí la edad fue que me hicieron la hoja de vida. A los diecisiete, dieciocho años. Ya tenía rato de estar con ellos. «Ahora sí vamos a hacerle la hoja de vida».

Y me amañé, o sea, dije «este es el camino, voy a quedarme acá para ver qué». También se me brindaban las condiciones en el sentido de que no era una niña criada de pronto en la comodidad y eso. Era criada en las condiciones en las que me tocaba sufrir. Nunca aguanté hambre, pero sí esas comidas con que le tocaba a uno era sobrevivir.

Yo comer yuca solita o algo así, a estas alturas ya no sería capaz. Pero mira que a uno niño le tocó, entonces dices: «Bueno, sí, la dureza de la guerra, pero pues yo estoy acostumbrada a sufrir, ¿cuál es el temor?», decía yo pa entre mí solita… ¿Cuál es el temor?

La guerra no es fácil. Había visto la guerra como un paseo; aquí toca que trabajar, cargar, que mira, que esto. Entonces dije: «Me ha tocado sufrir siendo una niña, pues voy a continuar». Y para mí fue el mejor camino que he experimentado, porque fue un experimento. Llegué a una escuela; aunque quizás unos no lo vean así, llegué a una escuela y aprendí mucho. Hasta este momento, desde que ingresé hasta que llegué aquí al proceso, fueron 21 años.

Estaba entre el ELN y las FARC. «Recogemos de este domingo que viene en ocho», me dijo el ELN. Entonces, yo pendiente. Ellos que me dicen así y se van, y el domingo que estaba intermedio llegan las FARC: «Bueno listo, se viene».

«Ahh, no. No voy a experimentar más: el que llegó primero».

De verdad, hablándolo con toda la sinceridad, estaba totalmente aburrida en el seno del hogar. Mira, yo no tenía descanso. Yo me iba a las siete de la mañana y llegaba a las cinco de la tarde a la casa. Nos llevaban el almuerzo y todo al corte, o sea, al trabajo. Siembre, haga lo que hubiera que hacer. Yo decía: «Pero si es pa sufrir con esto, se sufre con otra vaina». Por allá tan lejos, en una lejanía que uno no podía ver más esperanza de nada. Cómo te digo, como joven busqué la opción que más rápido se me apareciera.

Habían jóvenes en la misma circunstancia. Hubieron incluso unas muchachas que terminaron el quinto de primaria conmigo y en la misma situación, y lo que hicieron fue casarse. Pues, por un lado, uno de pronto no avizoraba ciertas cosas de eso, y, por otro lado, de pronto mi personalidad, porque incluso yo más bien les servía de cartera a las amiguitas mías para llevarles cartas a los novios. Y una vez, a un muchacho, de los novios de ellas, le entregué la carta y yo haciéndoles el cruce en un caño, cerquita al colegio. Entonces vi cuando el muchacho la agarró a ella por el cabello y la agredió a escondidas. Eso creó en mí como «¿qué tal que conmigo hagan lo mismo?».

Vi a las muchachas en la comisión que me recogieron, pues veía a las muchachas bien, o sea, también lo hace la necesidad. Por ejemplo, yo veía a las muchachas allá, andan en la guerra, en el monte todo el tiempo, andan bien pulidas, hablan con la gente, las veía que tenían de todo en su equipaje, más bien yo les ayudaba a empacar. Me ponía a molestar con el equipo de ellas cuando me llevaban al campamento. Y cargaban de todo. Pensaba: «Ellas andan en la guerra, en el monte y bien, y yo, que estoy en la casa, con un seno de hogar que me rodea, las opciones de tener alguna cosita no las tengo. Ellas están en la guerra y las tienen. Nooo, yo también voy a experimentar qué es lo que es». Las veía que tenían computadores, estudiaban, me llevaban a las charlas de alfabetización, se ponían a enseñarles a los muchachos que no sabían ni una letra. Entonces me llevaban a mí no más pa que mirara. Me ponía a pensar «pero si aquí también enseñan muchas cosas. Bueno, lo voy a experimentar. No me arrepiento de nada de eso».

Nunca llegué a aprender a cocinar porque, como me tocaba puro trabajo material, mi mamá nunca me puso en la cocina. ¡Nunca! Y yo era con un machete normal, un azadón, una pala; pa mí eso era plenamente normal y era lo que a mí me gustaba. La cocina la odio. Nunca agarré la cocina como algo atractivo. «Bueno, tiene que aprender a cocinar», me dijo el comandante. «Ah, listo». Me enseñaron, me ponían la rancha entonces con una muchacha que supiera, o un muchacho.

«¿Quiere pagar guardia?». «Enséñeme a pagar guardia». Empezaron a enseñarme a pagar guardia y las tareas cotidianas, cómo se hacía un chonto. Un chonto era lo que es sanitarios: uno hacía una zanja en la tierra y ahí pues hacía el gato, hacía la necesidad, se tapaba con tierra y todo eso. Todo eso iba aprendiendo de todas esas cositas.

Conforme iba pasando el tiempo, pasó el primer entrenamiento básico que es aprender a formar, la presentación en las filas, el orden cerrado como tal. Después

que me hicieron la hoja de vida –en el caso mío era una cosita de nada–, me dijeron «bueno, métase al orden», y así se fue desarrollando la vida.

Perdimos, pero lo intentamos

Leyendo los textos de mi madre, me di cuenta de que a ella lo que la lleva a la lucha popular, vinculada con el M-19, es la literatura. Y, pues, digamos que uno de los vínculos que teníamos más fuertes los dos era sentarnos a leer. De hecho, siempre quise tener esa posibilidad de encuentro simbólico con mi madre y pensaba que la Universidad Nacional era el mejor sitio. Cuando mi madre quedó embarazada de mí, era estudiante. Yo decía que yo ya había asistido a clases de sociología y de marxismo desde antes de nacer.

Es decir, tiene que ver con unos cuestionamientos interiores. O sea, no puedo hacer cosas que no tengan sentido, que no tengan un propósito. Yo sentía, por ejemplo, mientras estaba exiliado en Alemania con 20 años, que mi propósito en ese momento era ser la voz de la gente que estaba viviendo la guerra en Colombia. Ahí empecé a reflexionar mucho sobre lo que digo, cómo lo hago y, en ese sentido, si hay una cosa interna que me lleva a pensarme más allá de mí mismo. Yo siento que uno no es si no es con lo demás. No puede haber un yo si no hay un otro. Por ejemplo, en Alemania se confundían muchísimo porque yo siempre hablaba de nosotros: «Pero ¿quién es ese "nosotros", si solo te vemos a ti?». Y yo les respondía: «Es que ustedes ven mi cara, ven mi rostro, pero yo estoy hablando por otras personas; estoy hablando por la lucha de mis tías, por la lucha de mis familiares, por los procesos organizativos en que estuve».

Y creo que ahí sí hay un asunto muy marcado por la experiencia literaria con mi madre. Una de las herencias que me dejó ella fue *Puro pueblo,* de Jairo Aníbal Niño. En la dedicatoria, ella decía que a través de la vida yo iba a entender lo que ella me quiso decir, lo que significaba ser un hermanito del pueblo. Ella no tuvo más hijos, pero me dijo «pues ahí tiene la humanidad entera pa que la quiera como su hermana». Eso sí me marcó muchísimo, juepucha. Yo no soy por mí ni para mí, sino soy en relación con otros. Eso sí fue como una especie de compromiso.

Mi madre no me bautizó, pero dijo: «Pues que elija la religión que quiera y si quiere tener una». En el año 85, luego de que perdí el año en el Camilo Torres, me dijo: «Pues búsquese a ver dónde lo reciben. O sea, usted mismo. Usted fue el que perdió, así que mire qué va a hacer con su vida. Mire si quiere irse de *hippie* con su papá». Mi padre fue *hippie,* fue uno de los fundadores del movimiento en Bogotá.

Luego de que conseguí colegio, le escribí a mi madre: «Me recibieron en un colegio católico, pero para poder seguir estudiando tengo que bautizarme». Ella no estuvo muy de acuerdo, pero respetaba mi decisión. Entonces le escribí un poema

en el que le dije que podía estar tranquila. Fue mi primer poema. Le dije que podía estar tranquila porque yo iba a continuar su lucha con mis propios compañeros. Y cuando a ella la desaparecieron, a mí se me quedó ese poema como una promesa. «¡Juepucha! ¡Tengo que cumplir con mi palabra! Es todo lo que tengo y lo que me vincula a ella». Eso lo cuestiono mucho después, en el exilio. Es que el exilio, la distancia, el idioma, el frío de los inviernos largos… todo eso hace que uno se cuestione muchísimo. Yo, por lo menos, sí me preguntaba cómo hacer para que nadie más viviera ese trauma tan tenaz que me tocó. Ese era como mi propósito: yo no quiero que nadie más sufra esta situación.

Con respecto al tema de mi arte, para mí siempre hubo una relación directa de la desaparición con lo invisible. O sea, hay cosas que están ahí, pero no las vemos, y eso tiene una carga de espiritualidad muy fuerte. En esas búsquedas de la espiritualidad sí siento que hay una conexión muy fuerte con, digamos, esas almas, esos espíritus, o como los quieran llamar. De gente que está aquí todavía con nosotros, pero que por nuestro pragmatismo y materialismo no percibimos.

Yo me acostumbré a hablar con los muertos porque los familiares de los desaparecidos no tenemos ese lugar para ir a despedirlos. Ese lugar es el mundo entero. Yo, por ejemplo, tenía conversaciones con mi madre. Le contaba lo que me estaba pasando. «No, mire, estoy juicioso, estoy estudiando, estoy trabajando». Por su ausencia comencé a trabajar desde muy joven. Estudiaba de lunes a viernes, y de jueves a domingo trabajaba en bares, pizzerías. Tenía negocios de ropa porque mi papá era diseñador. Me ponía a vender la ropa de mi papá o me ponía a ayudarle. Trabajaba para el momento en que volviera, para que mi mamá no me fuera a encontrar vuelto un *hippie,* un vago, dedicado a la música y a las drogas. Para que encontrara un buen hijo. Y cuando encontramos los restos de Nydia Érika en el año 90 –el 26 de julio de 1990–, dos días antes de mi cumpleaños, fue como aceptar que sí estaba muerta. Ya como que no le tenía que justificar nada a ella, sino que me lo tenía que justificar a mí mismo. Mi padre sí me decía: «Mano, viva su vida como quiera, pero sea feliz». Y eso es una cosa muy bella de mi padre porque él sufrió muchísimo la ausencia de Nydia Érika, pero siempre se acordaba de los momentos bellos, de las cosas que le gustaban a ella, de la vida. Él me decía: «Haga lo que quiera, pero disfrútelo. Hágalo bien, góceselo, quiérase, consiéntase, sea feliz, no sea tan amargado». Me decía que yo era muy amargado. «Olafo, el Amargado». Sin embargo, a él le costó muchísimo mi exilio porque nunca se quiso ir. «Yo muero acá», decía. Y además fue *hippie*. Él decía que había que morirse joven lo más tarde posible.

Esa confrontación entre la vida y la muerte tan presente en la historia colombiana… O sea, esto es de generaciones. Yo tengo una hija y no quiero heredarle un país como el que nos tocó a nosotros. O, por lo menos, no quiero heredárselo sin haber intentado cambiarlo. Y ese es el asunto: hay que cambiarlo por las siguientes generaciones, para poder decirles: «Perdimos, pero lo intentamos».

Papá, ¿qué hizo ahora, mano?

Mi papá dice que fue cofundador del M-19 con mi mamá, y que fue torturado en varias oportunidades. Cuando se caen las conversaciones con Virgilio Barco, cuenta que lo captura el DAS y lo lleva para el batallón de Cúcuta. Ahí lo torturaron y casi lo matan. Ahí él pierde las manos y le quitan las amígdalas; además, queman vivo a uno de sus compañeros. Mi papá dice que lo ahogaron. Cuenta que el dolor era mucho, pero de un momento a otro no sintió nada y empezó a verse como a unos siete metros de altura, hasta que le echaron gasolina para quemarlo. Una llamada evitó que le metieran candela. Por esa tortura, él sale para Bogotá. Allá lo operan y cuando se recupera lo mandan para Ecuador. Él cuenta que le hicieron un montaje y que por eso le allanan la casa y lo torturan de nuevo. A raíz de eso, le dañan el brazo, torturan a mi madrastra –ahí ya había cambiado de pareja– delante de él. Eso, dice, todavía le duele.

Una de las torturas que le parecía estúpida era que lo ponían en un laberinto. Le quitaban la capucha, lo paseaban y le decían «mire, cabrón, mire bien por dónde es la salida». Entonces lo tapaban con la capucha y le daban aproximadamente 40 segundos pa salir al otro lado. Cada vez que se pegaba con una pared, ellos le metían corriente con una máquina. Esa tortura le parecía estúpida, hoy lo afecta. Dice que cuando medio se desubica tiene que pararse porque se pierde. Mi madrastra también se pierde en la casa.

Mientras mi papá es torturado, dura como diez días desaparecido. Después está como un mes y pico en la cárcel. Estando ahí es cuando unas personas le ayudan a tramitar refugio en Canadá. El día que iba a salir para ese país lo agarran a tiros junto con mi madrastra y entonces los esconden donde unos indígenas de Ecuador, junto con nosotros, como tres meses. Nosotros realmente no sabíamos qué estaba pasando con mi papá. Yo era un niño, tenía once añitos. Fue muy duro todo. No podíamos ir a la escuela porque nos querían desaparecer. Yo comencé a desarrollar alergias por los nervios. No podía ver una Toyota porque me traumatizaba automáticamente.

Cuando mi padre sale para Ecuador con mi madrastra y mi hermanastro, mi mamá se va con mi hermano. No sé por qué yo me quedé solito, sufrí mucho. Cuando me logro reunir con mi padre en Ecuador, tenía desnutrición y anemia. Esa es una parte que él no sabe: ese abandono, esa inseguridad, esa incertidumbre. Y donde se pone dura la cosa es en Ecuador porque, desafortunadamente, yo estuve presente cuando los capturaron. Esa gente estaba en todo lado buscando equipo de las FARC. Me dijeron que si yo quería que mi papá regresara, les entregara la plata y el armamento. ¡Qué carajo iba a saber yo! Me acuerdo que mi papá tenía un maletín verde. Imaginé que eso era lo que estaban buscando, entonces lo escondí. Después siguieron la persecución yendo a los colegios de nosotros. No se me olvida un Malibú morado. Veo ese carro y me transformo. Nos seguían para saber si nosotros seguíamos a mi papá. Era una cosa espantosa.

En el momento en que lo capturan, me acuerdo hasta de lo que estábamos comiendo: una ensalada con un huevo frito y arroz. Cuando entró el Grupo de Operaciones Especiales de Ecuador, armado hasta los dientes, se me quedó el huevo atorado. Le dije «papá, ¿qué hizo ahora, mano?». Yo tenía trece años. Comencé a temblar, a pensar «¿agarro un cuchillo o no?». Mi papá abrió la puerta y lo comenzaron a golpear. Intenté defenderlo, pero ¿qué puede hacer un niño? Entonces cometí el error de agarrar el cuchillo, pero el soldado se la pilló. Me golpearon bastante, pero qué dolor ni nada. Me paré y dije «yo tengo que verles las placas». Me arriesgué y no se dieron cuenta. Yo fui el que denunció lo que pasó.

Un soldado quitó al que me estaba golpeando y dijo «yo me encargo de este hijueputa guerrillero». Me llevó para adentro, se quitó la máscara y me dijo «cuando estés grande, vení y me matás porque nosotros no merecemos vivir». Sacó una barra de chocolate, me la dio. «Ustedes van a matar a mi papá, ¿cierto?». «Sí, lo vamos a matar, pero acordate de mi cara, cázame cuando estés grande». Después de eso quedo grogui. Llegan mis hermanos, que estaban jugando fútbol, y cuando les cuento, comienzan a llorar. «Si nos quedamos aquí, van a venir por nosotros», les dije. Ellos cometieron el error de dejarme vivo. No se imaginaron que un culicagado pudiera hacer eso. Lo que hice fue irme a denunciar, descalzo, a Acnur y luego para el Comité del Pueblo.

Ese día nos montamos al techo de la casa y a las once de la noche llegaron. Nosotros oíamos todo desde el techo. Mis hermanos tenían once y diez años. Como mi papá tenía una microempresa, me puse a comerciar su mercancía. Lo más duro era cuando los clientes me preguntaban por él. «No, él está enfermo». Alguna cosa logré vender y ese dinero nos ayudó muchísimo a escondernos, a comprar cosas mientras llegaba mi madre.

Mi mamá estaba en Colombia y se demoró quince o dieciocho días en llegar, así que nosotros duramos ese tiempo escondidos en un país desconocido. Me acuerdo que incluso terminé con un revólver de seis tiros. No sé a quién se lo pedí. Mandaba a mis hermanos a dormir y me quedaba junto a la puerta en caso de que la patearan. «Tres tiros pa ellos primero y los otros tres para cada uno de mis hermanos en la cabeza, ¡porque no nos llevan!».

A los ocho días fue cuando comencé a llorar. Delante de mis hermanos no lloraba, sino que les daba ánimo. Y creo que el revólver terminó en manos de mi mamá cuando llegó. Cuando habían pasado como nueve días, que no sabía nada de mi papá y estábamos escondidos por ahí en la calle, se nos acabó el dinero y yo sí pensé en suicidarme. Pero en ese momento pasó algo raro, oí la voz de mi papá y agarré a mis hermanitos y terminamos donde el defensor de derechos humanos.

Cuando vi a mi papá en la cárcel, sentí una cosa rarísima, como un descanso. Para mí era preferible que estuviera preso, vivo. Cuando lo vi ahí, dije «ya puedo ser niño». Así que volví a jugar con juguetes. Después fue cuando estuvimos escondidos con los indígenas, en la mitad de la nada, donde lo único que tenía para distraerme eran alacranes. ¿Usted se imagina el estado mental de nosotros? Yo me iba a llorar al lado de una vaca porque mi juventud estaba destruida. Nunca me despedí de mi novia, de

mis amigos. Y lo más duro era cuando mi papá se iba para Quito a buscar comida, era lo más traumatizante. Entonces nos quedábamos mis tres hermanos y yo metidos en la ventana. Toda la noche, trasnochados con esa incertidumbre. Hasta que llegaba y nos volvía el alma al cuerpo. Volvíamos a dormir.

Después de eso llegamos a Canadá, donde realmente sufrí los efectos del *postraumathic syndrome* que no demostré en Ecuador ni en Colombia. Allá no había tiempo para sufrir. Así que me encerré en mí mismo, no quería hablar inglés. Me deprimí, comencé a tener pensamientos suicidas. Tenía tanta agresividad, que me metí a una pandilla porque me gustaba pelear. Una psicóloga salvadoreña que fue torturada me ayudó, me hizo llorar. Yo no lloraba.

A los catorce años llego a Canadá. Fue duro, yo no me quería venir. Estaba mal mentalmente. La gente no iba a entender por qué me comportaba como me comportaba. Esos son los efectos del destierro. Pero, bueno, encontré el budismo. Me siento en paz conmigo mismo. Me he calmado mucho, he mitigado el problema que mis hermanos no han podido. Aunque yo digo una cosa, veo un policía y se me para el corazón. Es más, cuando alguien me pone las luces atrás, yo empiezo a temblar porque se me devuelve el casete. Si oigo gritar a alguien, también se me devuelve el casete.

Mi hermano Roger, el mayor, se desaparece, no habla con la familia. El tercero está malito de la cabeza. Se inventa películas bastante peligrosas y me ha metido en problemas muy graves. Ahorita está con pastillas y con eso está mejor. Pero nunca terminó sus estudios, cayó en las drogas. Todavía no sabe leer ni escribir en español ni en inglés, no quiso. Y eso es lo que la gente no sabe, el trauma que queda en los niños. O sea, uno nunca vuelve a ser normal. El que te diga lo contrario es un mentiroso. Yo pretendo serlo, pero yo no lo soy. Tengo varios problemas. Mi madrastra tampoco quedó normal. La más cuerda es mi madre, que es la que menos sufrió, pero creo que ella también tiene sus problemas psicológicos. Se ha refugiado totalmente en la iglesia, una cosa que ya es descomunal. Hoy es una *shadow* de lo que era.

La gente se enfoca en las torturas de mi papá, que eso es horrible, pero no sabe el daño tan grande y las consecuencias que eso tiene en los niños. A mí me gusta mucho la política, pero cuando nació mi niña, se acabó todo. No quiero que ella pase por lo mismo que yo. Ella tiene once añitos, yo la crie, la saqué adelante con la ayuda de mi papá y mi madrastra.

Cuando grito, ella me dice «papá, pero no tienes que gritar pa decir algo». ¿Cómo le explico a una niña que su papito está traumatizado? «Papi, es que tú te enojas por cosas que no tienes por qué enojarte». Son traumas que yo trato de meditar, ser un buen padre y, bueno o malo, creo que he hecho un buen trabajo sacando a la niña adelante, terminando mis estudios y todo eso. Pero no todos fuimos tan suertudos. ¿Usted cree que es normal que una familia no se reúna ni siquiera para Navidad, ni para ningún cumpleaños, para nada?

Ahora, yo digo una cosa: para mí Canadá es mi casa, es *my homeland.* Colombia solo me dio dolor, sufrimiento. En cambio, Canadá me ha dado estudio, posada, paz,

a *second chance*. Sufrimiento, dolor y muerte. Eso es lo que Colombia representa para mí, nada más.

Mi mayor tesoro

Cuando mi padre fue secuestrado, mi madre estaba de seis meses de embarazo de mí. Yo nazco tres meses después de que a mi padre lo secuestraron en la base militar de Patascoy. Ese día llegó una prueba de supervivencia suya. Él estuvo secuestrado por cerca de quince años. Durante su cautiverio, me enviaba cartas o videos cuando la guerrilla se decidía a dar pruebas. Los primeros años de secuestro me pudo enviar tres fotografías suyas, creo que son de esas instantáneas. Yo le enviaba mensajes a través de la radio o de la televisión. Creo que escuchaba más los de la radio. Esa fue la comunicación que tuve con él. La verdad, era muy difícil, no era como que yo le enviara una carta y al mes me respondiera; era cuando la guerrilla lo decidía. Al principio fueron cartas. Las últimas pruebas de supervivencia fueron videos grabados por las FARC.

En esas cartas me contaba sobre él. En una carta me escogió el nombre desde la selva, desde el secuestro. Así también escogió a mis padrinos de bautizo. En las cartas me expresaba su amor, su cariño, y yo le respondía o trataba de enviarle mensajes cada semana, cada quince días, al mes. Me decía mi padre, en una carta también, que le enviara los mensajes por *La Carrilera* –no sé si ahora se llama así–, una emisora que tenía buena circulación en el país. Yo los llamaba en la tarde, les pedía que grabaran el mensaje, y los de esa emisora ya sabían a qué horas emitirlo. Lo transmitían en la madrugada, porque se decía que a esa hora los militares secuestrados los escuchaban. Había un programa para los secuestrados de la selva, precisamente. Yo enviaba mis mensajes con la esperanza de que mi padre los pudiera escuchar.

En los mensajes le contaba cuántos años tenía, en qué grado iba y cómo me había ido en el colegio. Siempre era lo que a mí se me ocurría en el momento, nunca los preparé. Entonces le decía: «Papi, me va bien en el colegio» o «papá, este fin de semana estuve con mi familia haciendo… Estamos bien». Nunca le dije que estábamos mal o que teníamos alguna dificultad, porque me imaginaba que en esa situación eso lo afectaría. Por ejemplo, cuando murió mi abuelo de cáncer, no tuve el valor para decirle: «Papá, falleció el abuelo». Se me partía el corazón, el alma. No tuve fuerzas. Obviamente que él se enteró porque la muerte de mi abuelo fue noticia pública, pero yo trataba de darle buenas noticias, como de darle ánimo. Siempre le decía que no perdiera la esperanza de volver, de conocernos personalmente. Todos mis mensajes tenían esta frase: «No importa cuánto más nos espere el destino, tengo la fe de que nos vamos a reencontrar».

No tuve a mi padre, pero tuve a mi madre. Es una mujer muy verraca que desde su corta edad supo sacar a su hijo adelante. Yo no estaría ahorita donde estoy si no hubiera sido por ella y por su apoyo. Ella quedó en embarazo muy joven. Tenía quince añitos. Mis abuelos se hicieron cargo de nosotros porque la situación económica no era la mejor para mi madre. No se había casado con mi papá. Ellos vivían juntos, pero en los papeles del Ejército no aparecía mi mamá. Lo que eran los sueldos de mi papá se los dirigían a mis abuelos paternos. Por otra parte, algo muy triste fue que, como a mi padre lo secuestraron antes de que yo naciera, no me pudo registrar con su apellido. Por esto a mí me tocó hacer una filiación extramatrimonial –cuando yo tenía unos diez u once años– con las pruebas de ADN hechas a través de mis abuelos paternos. Así se estableció que sí era mi papá y el juez ordenó registrarme con su apellido. Se logró por medio del ICBF, con un proceso jurídico. Hubo que demandar para que yo pudiera ser reconocido con el apellido de mi padre. No fue porque mi padre no quisiera. Él siempre me reconoció como su hijo en las cartas. Pero ante la Registraduría yo no podía presentar una carta. Mi padre me reconoció como su hijo, él me escribía y me decía: «Johann Martínez». Siempre me di a conocer como Johann Martínez.

Desde niño empiezo a entender más o menos lo que es un secuestro, dónde está mi papá. Me pregunto eso es cuando entro al colegio, que le digo a mi mami: «¿Dónde está mi papá? ¿Por qué mis amigos van al colegio con sus padres y el mío no está aquí?». Siendo yo muy chiquito y siendo ella tan joven, ella trata de explicarme la situación por la que estábamos pasando. Mi mami me cuenta la historia de que mi papi es militar y lo tiene la guerrilla. No recuerdo bien las palabras exactas.

Resulta que el Ejército nos hacía unas visitas cada tres meses, cada seis meses. El 21 de diciembre se conmemoraba un año más del secuestro de mi padre, y el Ejército celebraba una eucaristía y nos invitaba. Ese fue como el apoyo que recibimos por parte del Estado. Luego los medios de comunicación empiezan a buscarme. También la gente empezó a reunirse, a hacer manifestaciones en contra de la guerrilla y a pedir la paz para Colombia. Había muchos secuestrados, tanto civiles como militares. Había muchos desaparecidos. Entonces yo iba a las manifestaciones. Era un niño de unos diez u ocho años con la foto de su padre en la camiseta, en globos y en pancartas. Yo hablaba ante los medios de comunicación pidiéndole a la guerrilla, muchas veces con lágrimas en los ojos, que por favor lo liberaran, que me permitieran conocerlo. Eso me maduró más rápido porque supe lo que era un secuestro.

Dejé de hacer lo que muchos niños a esa edad harían, que es jugar, ir a los parques. Y no digo que nunca lo hice. Sí, lo hice. Pero también hice lo que ningún niño hace. Por ejemplo, caminar con el alcalde de Ospina hasta Pasto exigiendo la liberación de mi padre. Él es de allá. Caminamos toda la noche. Salimos como a las seis de la tarde y llegamos a Pasto hacia las dos de la tarde. Yo creo que tenía unos once años, y caminé desde allá con ayuda de las personas. Íbamos a mi ritmo, despacio. A la marcha fue mucha gente de Ospina, y en el camino se nos iba uniendo más gente. Vinieron a Pasto muchas víctimas que pedían la liberación de sus seres queridos o que querían

saber dónde estaban. Yo era un niño y tuve que hacer algo para visibilizar a mi padre, para ver si la guerrilla se conmovía. Yo les decía: «Pónganse la mano en el corazón y miren a este niño que les habla y les pide la liberación de su padre». Lamentablemente, la guerrilla nunca me escuchó. Nunca me escuchó. Sentí el apoyo de toda la gente durante esa caminata, al igual que el día en que mi padre fue asesinado en el departamento de Caquetá.

Se lo trae a Pasto, se lo vela en el batallón, en la Brigada 23. Afuera del batallón había demasiada gente. Toda la gente llevaba trapos blancos, banderas blancas. Muchas personas lloraban porque me habían visto crecer en la televisión. Para mí era ver gente que, de cierta manera, sentía lo mismo que yo. La tristeza de no haber podido conocer a mi padre y de que tampoco pudieron ver ese encuentro. Se imaginaban que nos íbamos a dar ese abrazo que yo tanto le pedí a la guerrilla, que me lo iban a dejar dar.

Cuando mi padre fue secuestrado, él tenía 21 años. Estuvo toda su juventud en una selva. Aislado. Solo. Y cuando mi padre fallece, yo tenía 13 años. Sucede el 26 de noviembre del 2011. Yo era un niño todavía. Fue muy duro. Traté de alejarme un poco de los medios de comunicación porque si yo daba una entrevista era con el fin de que la guerrilla sintiera presión. Era para que de pronto mi padre me escuchara en una emisora o me viera en una noticia. Ya después del asesinato, ¿para qué? Mi padre no me iba a ver, no iba a saber lo que estaba haciendo por él. Yo quisiera que me cuenten cómo era su actitud al verse secuestrado, encadenado con otras personas. También que me cuenten qué sucedió el 26 de noviembre del 2011 cuando fue asesinado.

Yo sé que cuando a mi padre lo asesinan, el Ejército logra entrar al lugar y hace el levantamiento de los cuerpos. Los demás secuestrados llevaban su equipo, su mochila, sus pocas pertenencias. Se logra establecer que entre las pertenencias de mi padre durante su cautiverio había unos cuadernos de cartas. Había de las que yo le había escrito y otras que mi padre le había escrito a mi madre. Eran cuadernos, dos cuadernos llenos de cartas fechadas. Y se encuentra una biblia que mi padre tenía, porque mi padre se pegó mucho a Dios. Eso me lo dieron a entender las cartas. Dios era su fuerza, pienso yo.

Cuando se hizo el despeje del Caguán, fueron los familiares de los secuestrados hasta un lugar, y cerca de ese lugar los tenían. Supuestamente les iban a dejar encontrarse con ellos. Lamentablemente, algunas madres dijeron que pensaban quedarse con ellos si las dejaban verlos. Entonces las FARC ya no quisieron, pero les permitieron enviar fotos o cartas. Mi madre me cuenta que ella le envió un poco de ropa: unas sudaderas; también le envió una foto, una carta y chocolates. Y unas fotos mías y de ella. Cuando a mí me entregan las pertenencias, veo que en una de las hojas de la Biblia estaba la foto que mi madre le envió durante el Caguán. En esa hoja estaba dibujada la silueta del tiempo. Ya estaba marcada la silueta de mi foto. Esas cosas que mi mami le envió sí le llegaron y mi padre las tuvo, imagínate, durante muchos años. Esa Biblia yo la doné a un museo, no recuerdo si al Museo de Memoria Nacional o al Museo Militar. También doné unos lápices.

Ese es el mensaje que yo quiero transmitir a la persona que asista a estas salas y mire las pertenencias de mi padre. Son lápices muy chiquitos. Esos colores, a pesar de que eran chiquitos, todavía tenían punta, seguían pintando. Precisamente con esos colores estaban dibujadas las cartas, estaban pintados los dibujos que mi padre hacía para mí. Los cuadernos no los podía donar, obvio, porque son los escritos de mi padre. Los guardo como mi mayor tesoro. Incluso tienen ese olor a la selva, a monte. Tal cual me los entregaron, en una talega, así mismo los guardé en un bolso mío. Yo no quería que se escapara ese olor porque era como el espacio donde estuvo mi papá por mucho tiempo.

En los cuadernos dibujó unos helicópteros y un conejo con el uniforme militar de la Fuerza Aérea. Dice «Johann», pero es un conejito. Mi padre era hincha fiel del Deportivo Pasto. Tiene dibujado a los Cúyigans, al Galeras. Tiene unos dibujos de un militar y de una princesa que, asumo, eran él y mi mamá. O sea, son dibujos que me desbaratan, que me ponen muy sensible. Son cosas muy fuertes, pero yo sé que están ahí para mí. El día que me siento con la fuerza necesaria los vuelvo a ver. Los he visto y he leído los cuadernos, pero es muy duro y por eso los evito, pero sé que están ahí. Yo los miro, miro el bolso. Miro el lugar donde los tengo y pienso en mi papá. «Bueno, mi papi está conmigo». Son las cosas que él tuvo hasta el último momento de vida, entonces tienen un gran significado para mí. Son las cosas que más cuido y guardo en esta vida. Ese es mi mayor tesoro, y lo seguirá siendo siempre, no importa qué tantas cosas materiales yo pueda tener. Siempre voy a cuidar las cartas de mi papá.

El tiempo pasa sin pasar

Yuruparí

Mi hijo se vino a Taraira, y una hija que estaba en Leticia se vino detrás de él. Estuvieron un año por acá, y me mandaron llamar. La guerrilla decía que si no me mataban, mataban a cualquiera de la familia. El que fuera. Esa era la preocupación de mis hijos. Entonces me mandaron llamar pa venirlos a visitar, y pues con ellos me quedé. Me pareció bien, conseguí trabajito y de ahí fui trayendo a toda la familia. En Taraira es una vida muy segura. Desde que yo llegué, no han matado a nadie.

No volvería al Caquetá, aun cuando nosotros, los indígenas, vivimos de cultivos de plátano, de yuca. Aun cuando perdimos esas cosas, que abandonamos todo eso. Porque de pronto uno llega y a los dos días llegan ellos y pues… Acá estamos sin trabajo, pero estamos.

En el Caquetá la cultura es muy diferente, y eso es difícil. Primero que todo, la comida de los niños es distinta. Nosotros tenemos una cultura muy, muy sagrada. Uno nace curado, en el nacimiento lo curan a uno con agua. A los dos años hay otro bautismo pa poder comer cosas. Todo tiene que ser curado, no como con los blancos, que usted nace y le dan leche.

A la edad de seis o siete años, en nuestra cultura sacan a un grupo de niños. Ellos no pueden tocar cosas calientes, no pueden hablar con la mamá. Se los aparta de la familia. Se los manda con los mayores para escuchar cuentos todo el día. El niño comienza a bailar en la maloca, mientras los mayores y el chamán están en el monte con el dios poderoso de nosotros, llamado Yuruparí. Los niños se están preparando todo el día. A las seis llega el tal Yuruparí. Da vueltas alrededor de la maloca. Cantando, cantando. En la noche, tipo diez de la noche, sacan a los niños afuera. Ahí el tradicional tiene que decir: «Mire, este nos protege, es el dios de nosotros. Si yo peco contra él, si no obedezco, se me acaba la vida». El Yuruparí mismo lo acaba, porque así yo esté lejos de él, él sabe qué es lo que yo estoy comiendo. Él sabe todo, él mira todo. Uno no puede jugarle a él.

A las once de la noche sacan a los niños a un caño oscuro a tomar agua y vomitar. Después, a dormir, sin tocar ni el cabello, tienen que dormir derechos los niños. Durante dos horas está dormido el Yuruparí y a la una de la mañana se levanta. Ahí uno le da la vuelta a la maloca y toma agua, llena su barriga siete, ocho veces y vomita, y vuelve, toma otra vez y así uno amanece. A las cinco de la mañana le dan un pedacito de cazabe,

que uno come, no puede tragar todo el pedazo, donde usted toca el cazabe, tiene que enterrarlo, porque si lo alcanza a comer un perro o una gallina, se mueren. Luego lo llevan a uno al monte, le cuentan historias de cada etnia. Si usted quiere ser cantor, le enseñan a cantar o a hacer curaciones. Ahí se la pasa ocho días.

Últimamente, cogen una totuma, machucan ají bien rojito y ponen a los niños a tomarlo por la nariz, sin respirar, eso le revienta el oído. Eso es el último día. Después curan un ajizote. Tiene que masticarlo y el curandero dice: «Bueno, usted va a comer tal pescadito, va a comer una mojarrita, una arenca, una palometa. Usted no puede comer por un año esta cosa, usted no puede comer por dos años esta otra cosa».

Cada año usted tiene que mirar a Yuruparí, y si usted comió arenca o zabaleta o mojarra por un año, usted va avanzando. La tercera vez, la cuarta, la quinta, usted ya es veterano, es como decir que uno está terminando el grado. Así es la cultura por allá en Pedrera.

De mis hijos, el muchacho joven no vio al Yuruparí, y los otros dos no terminaron, lo vieron cinco veces y después de esas cinco veces, nos vinimos. Si mis hijos volvieran a Pedrera en unos cinco años, por decir, ellos pueden verlo hacer, pero es como si ahorita yo estoy en el grado tercero, duro unos cinco o seis años sin hacer cuarto y cuando regreso, me bajan otra vez al grado primero. El derecho es que uno no puede comer nada de la mano de la señora que esté en el mes; no puede comer cosas calientes, todo tiene que ser frío; la comida no puede ser repetida; con curación la coca y el tabaco. La cultura de nosotros es muy dura, pero porque somos yukunas y nuestros abuelos, nuestros antepasados, fueron tigres, fueron muy poderosos.

Y al muchacho joven, uno no le puede contar «el Yuruparí se ve así, uno tiene que hacer esto» o el hijo mayor va al monte a explicarle, no puede explicarle, porque le perjudica la vida. Si él le cuenta cualquier cosa, le hace mal. Yuruparí llega y lo mata. Así es la cultura de nosotros.

Yo puedo hacer eso acá en Taraira, pero el problema es la curación. En Pedrera, en el Caquetá, tienen al curandero, que tiene que manejar todos los instrumentos, todo lo que es el poder. En el poder conviven el tigre y el sagrado. Mejor dicho, yo sé de la cultura, pero no que sea un brujo grande. Sé toda la historia, cómo fue, cómo creó, cómo nos enseñaron, cómo nos educaron y mi hijo mayor y el otro hijo también, porque vieron a Yuruparí. Pero no lo puedo hacer, y yo mismo me perjudico, me mato.

Quinceañera

Nací en una vereda del Guaviare. Mi mamá es indígena del Vaupés. Mi papá es de raza blanca, del Tolima. Vivía de la coca, sembraba yuca, plátano y pupuña, que es el chontaduro; también de las gallinas y la cacería.

Desde un inicio, la guerrilla siempre había estado donde nosotros vivíamos con mi familia, prácticamente esas tierras eran de fundación de ellos. Se habían amañado mucho, eran los dueños de esas tierras. En 1994, la misma guerrilla asesinó a mi papá, un 24 de diciembre. Mi mamá quedó viuda y con mi hermanito menor; ella empezó a trabajar en la finca sola con mis hermanitos y nos empezó a sacar adelante. Después que mi papá murió, tuve una infancia muy dura porque mi mamá era muy brusca conmigo, muy mala. Por esa razón terminé metida con esa gente. Yo quería salirme del lado de mi mamá y nadie me ayudaba. Mi mamá me insultaba, me agredía demasiado. Me jalaba el pelo, y yo era bien flaquita. Me daba unas golpizas terribles, como para matarme. Lo que pasa es que yo era la niña consentida de mi papá y a veces le hacía pegar de mi papá. Ella tenía esa razón para odiarme tanto. Yo lloraba solamente pa que le pegaran a mi mamá. Ella nunca pensó que yo era una niña inocente.

Cumplí los quince por allá en la guerrilla, debajo de un palo, en un aguacero. Las botas estaban llenas de agua. Antes de morir, mi papá me decía: «Mija, cuando cumpla los quince le voy a hacer un arco de flores lleno de bombas, y le voy a hacer una calle de honor hermosa, y le voy a comprar un vestido rosado que tenga una cola grande». Eso me decía. Son palabras que nunca se me olvidaron. Entonces, cuando cumplí los 15, yo lloraba debajo de ese palo. Para mi ese día fue duro y ha sido como un trauma de esa época, una lucha terrible.

Baño de luna

Según el Estado y la multinacional, las personas desalojadas por la minería no son víctimas, son diferentes a las personas desplazadas por la violencia. Ellos tienen la oportunidad de regresar a su territorio de origen, nosotros no, porque Tabaco es un tajo. En estos momentos siguen sacando carbón. Todos los días, a las doce o una de la tarde, hacen la voladura del tajo y lo sentimos aquí. Es más, no demoramos en sentir la voladura de hoy.

El Estado nos agarró de las manos y vulneró todos nuestros derechos. Nosotros tenemos la oportunidad de reconocernos como comunidades negras, y ellos no nos hicieron consulta previa, no nos consultaron si estábamos de acuerdo con lo que iban a hacer en nuestro territorio. Se colocaron tutelas, es más, hay un desacato de su parte desde hace dieciocho años. La Corte Suprema de Justicia ordenó comenzar la reconstrucción de la comunidad de Tabaco en 48 horas, y eso fue hace diecinueve años.

Hemos ido al lugar donde nos quieren reubicar y, es verdad, sí tiene agua, pero todas las plantas medicinales que poseíamos en Tabaco no están dentro del territorio nuevo. Una de las compañeras me preguntaba: «¿Cómo vamos a hacer para sembrar un palo de quina en este lugar?». Va a ser bastante difícil hacer que ese nuevo territorio

sea algo parecido a lo que tenemos allá en la comunidad. Mire, anteriormente nuestras bisabuelas se hacían baños de luna para los matrimonios. Esos baños eran en agua corriente. Entonces, el otro día una de mis primas, que se va a casar dentro de poco, me preguntaba: «¿Dónde carajos me voy a hacer un baño de luna aquí?». Uno en piscina no puede hacerse eso. Tiene que ser en agua corriente, en agua que te dé más o menos arriba del ombligo y no esté contaminada. Las personas que te acompañaban en tu baño de luna eran personas que te brindaban confianza. No cualquier persona puede acompañarte a un baño de luna. Eso lo hacían las mujeres para tomar buenas decisiones, para cuando se iban a casar. Me dijo mi prima: «Bueno, sin el baño de luna no me puedo casar porque estoy incompleta».

La mujer primero tenía que darse su baño de luna y el hombre tenía que hacer un pagamento a la mujer. El pagamento es para ti como mujer, no un pago para la mujer. «Yo te ofrezco tal cosa porque tú me vas a dar la mitad de tu vida». Hacen compromisos entre ellos dos. Eso lo hemos descubierto indagando, hablando con nuestros mayores acerca de cómo se casaban ellos allá. Sí, había un sabedor que hacía un ritual, había fuego alrededor y no solo era firmar el papel, sino que existía una alianza entre dos familias. Mi prima está empeñada en recuperar eso. Ella me dijo: «Si yo lo hago y llego a tener hijas, ellas también tienen que casarse así, tal cual como se casaron mi bisabuela y mi tatarabuela».

Entonces, estamos en eso, organizando el matrimonio a lo negro. Vamos a ver si el novio quiere aceptar ese vestuario, porque él tiene que ponerse collares de semilla y también tiene que hacerse una limpieza. Ella tiene que ir de la manera más natural. La ventaja es que ella nunca se *derrizó,* tiene su cabello afro natural. Su vestuario debe ser completamente africano. Aquí nos dimos cuenta que por mucho tiempo confundimos la manta wayuu, que no era wayuu. Le decíamos así, pero era la vestimenta de las mujeres negras que llegaron a La Guajira. Muchas de nuestras familias tenían símbolos, tribales y jeroglíficos que existían en las comunidades negras de África.

Para el matrimonio, la comida va a ser completamente tabaquera. De eso sí estamos seguros. Algo que también pudimos rescatar fue la preparación de vino: nuestras familias hacían vino. Es un vino añejo, tiene su proceso. No se fermenta con pastillas, que es lo normal que se hace con el vino, sino que se añeja en la tierra. Tenemos que fijarnos en la luna, que esté la luna, porque si no, no se produce. Una vez enterramos un vino a las carreras y cuando fuimos a sacarlo, a los cuatro meses, no tenía nada. Eso también se trabaja con la luna. La tradición es bastante lunar. Pero es algo bastante fuerte. Mi prima se va a casar con toda la tradición afro.

La palabra

Justo cuando mi tío desaparece, en el 85, se está instalando la empresa Cerrejón. Eso era una algarabía porque todos iban a trabajar en la mina. Mi tío también entró allá, pero en oficios varios. Mi abuela contaba que parte de la frustración de mi tío se debía a eso. Él decía: «Es una cosa muy asquerosa –lo decía en lengua wayuunaiki– tener yo, como wayuu, que trabajar allá, cuando la empresa está en mi territorio». Eso fue un lugar nuestro. Ahí fue donde nuestros mayores se asentaron, en el sur de La Guajira. Mi tío decía que era horrible tener que trabajar en una mina de la que se sacaban riquezas de la tierra que tenían que ser nuestras; tener que ir a lavarles la mierda a los gringos. Eso me da a pensar hoy que desde el principio fue para lo que fueron vistos los wayuu de la zona. No merecían trabajar en otra cosa.

Lo que llevó a mi abuela a la muerte fue la pena de no saber nunca dónde estaba su hijo. Y aunque denunció ante la Fiscalía, nunca pasó nada. Como éramos tan niñas en ese entonces, pues no teníamos pensamientos sobre qué cosa podría haber sido, pero luego todo este tema de la incursión militar, del nexo paramilitar… Al parecer, a mi tío lo enfocaron como una persona que podía molestar porque comenzó a ser muy crítico frente a la actividad de la mina y lo decía públicamente. Me imagino que para esa época eso era muy sensible, que nadie podía hablar mal de una mina que se ofrecía como la salvación de estas tierras.

Para la época del 2003, 2004, 2005, este pueblo vivía en una zozobra… La gente se tenía que acostar a las cinco de la tarde. Y para el 2006, 2007, 2008, la cosa fue más crítica. Debido a la incursión que había, tuvimos momentos muy intensos donde los paramilitares se entraron a las comunidades. Reunían a los líderes para informarles que estaban haciendo control territorial. Para el 2009 yo me tuve que venir, o sea, nos venimos casi que desplazados de la comunidad porque había lista en mano de gente que iba a ser asesinada y entre esos estaba un miembro de mi familia. O sea, el Resguardo Zaino estaba señalado por el Grupo Rondón como una zona roja. Pero te juro que nosotros nunca tuvimos contacto con la guerrilla.

Recuerdo que un día cogí y le vacié la casa a mi mamá, y le dije: «¡Nos vamos de aquí! No nos vamos a hacer matar». Yo creía que con traérmele todas sus cosas se iba a venir conmigo, pero ella dijo: «No, yo no me voy. Si me van a matar, que me maten en mi casa». En vista de eso, yo tampoco podía irme, pero la mayoría de mi familia se fue pa Venezuela, y comienza como esa agonía.

Yo digo que nosotros no somos muy románticos en el tema del corazón, pero el wayuu tiene una cosa muy clara: si usted no tiene territorio, no vale nada. Si yo como clan Epiayú no sé dónde está mi ombligo, mis raíces familiares, *claniles,* no tengo un territorio en el que pueda desarrollar mi vida cultural. No tengo adónde tener una cría de chivos, no puedo hacer mi corral y, sobre todo, no tengo adónde enterrar mis muertos. Eso me marca a mí el territorio. Adonde está mi ombligo está mi cementerio. De eso se

desprende todo lo que es la práctica diaria. Para el wayuu eso es fundamental, el espacio de la palabra, que es la enramada. Aunque sea la casa más lejana, tiene que tener una enramadilla. Ahí es donde se hace el ejercicio de la palabra. La cocina es otro escenario, y el lugar del pastoreo, otro. Por eso en la casa de los wayuu no está todo junto.

Entonces hay unos daños incalculables de las empresas, desde la militarización y todo en conjunto con el conflicto. ¿Qué hizo la empresa? Ahorita mismo no podemos decir de manera clara que sí había una relación concreta de empresa y paramilitarismo, pero si uno hace el ejercicio y vuelve atrás, ¿en qué momento fue la militarización de la región? Era que justo había toda una compra infame de tierras en el sur de La Guajira. «¿Usted no me quiere vender? Ah, ¿pero su viuda sí me vende? Esto es lo que hay y lo que vale su tierra». Es la historia que uno escucha de gente, de campesinos, y no solamente wayuus. Gente de la zona aledaña a la mina tuvo que vender su tierra en tiempos de La Mano Negra, que era la Policía, que se metía y, efectivamente, iba con guantes negros y capuchas negras. También se permeó la forma en que la gente hacía negocios: se hacía el negocio con el hombre conveniente, con el jefe familiar, sin consultarle al resto. Ahí creo que se dio una ruptura en la vocería de la mujer porque sencillamente se nos cayó y se nos mandó a la cocina.

El daño que se nos hizo con la desaparición de mi tío fue terrible. Si hubiese sido muerto en una guerra interclanil, ya lo hubiéramos resuelto y lo hubiéramos superado hace mucho tiempo. Uno entiende. «Bueno, se nos compensó. Recogimos sus huesos, lo tenemos enterrado». Pero se pierde la dignidad al no saber adónde está mi tío, en qué condiciones fue asesinado, quién lo asesinó. Para mí, eso es perderlo casi todo. Dejas de practicar lo espiritual porque te preguntas: «¿De qué me sirvió haber practicado mi cultura cuando vino otra de afuera y me arrancó la parte sagrada de enterrar a mis muertos?». Nos estamos matando, nos matábamos, pero enterrábamos nuestros muertos y hacíamos toda la parte colectiva ritual.

En las situaciones de hechos violentos de sangre, cuando había guerras interclaniles, los códigos eran muy claros entre los wayuus: la mujer wayúu no se tocaba, eso era un principio de guerra. Podía haber las guerras más sanguinarias, pero no se tocaban las mujeres ni los niños. Y por eso teníamos como esa investidura de que las mujeres podíamos ir a recoger a los muertos, cosa que en el marco del conflicto cambió totalmente cuando se permeó la cultura, cuando se permeó todo el sistema jurídico wayuu.

Inclusive, en el caso concreto de la época en que se vivió el conflicto, se asume que los wayuu se matan entre sí. Entonces llegan los actores armados y también hacen uso de eso. Al momento en que entran, hacen alianzas con grupos de wayuus para poder atacar a otros wayuus, pero realmente eso no correspondía a una situación de conflicto dentro de la etnia. Si el conflicto que se estaba viviendo era entre wayuus, pues era muy fácil solucionarlo porque nosotros tenemos un sistema de justicia propio en el que si yo sé que alguien de algún clan es mi agresor, yo le mandó la palabra. Para eso está el palabrero. Esa es la forma de solucionar los conflictos entre clanes: mediante la compensación, mediante el envío de la palabra. A través de este ejercicio tiene que haber una

reparación, y esta reparación no la hace quien agrede. Tienes que ser consciente de que cuando agredes le estás acarreando una responsabilidad a tu grupo familiar.

Yo creo que la palabra es una víctima del conflicto armado, ¿qué pasó con la palabra en ese momento que llegó? Se cortó, tú no tenías a quién mandarle la palabra. Había miedo de enviar la palabra porque la devolvían con armas. Mejor te quedabas callada porque no tenías a quién reclamar. Si lo hacías a ese jefe familiar que estaba relacionado con grupos armados, él tenía un brazo derecho que lo iba a respaldar, que le iba a decir: «No, tú qué vas a responder con la palabra, dale plomo».

Entonces no era un conflicto entre wayuus lo que estaba pasando en esa época del 2000 ni antes. Definitivamente no. Se decía que «los wayuus se están matando entre ellos, eso es natural, así ha pasado en toda la historia del pueblo». Lo que pasaba era que no sabíamos a quién mandarle la palabra. Y todavía la gente no se ha recuperado, a la larga ni siquiera le interesa una reparación. La gente dice: «Desde la ley wayuu ya me lo hubieran compensado, ya yo hubiera hecho todo el tiempo que tenía que esperar». La palabra también tiene unos tiempos, depende del delito o de las faltas. La gente tiene su tiempo, pero no es como los que se toma el Estado.

Sangres de la tierra

En el mundo del conocimiento de los pueblos indígenas del Apaporis, todos los sitios sagrados que están sobre el río, sobre el bosque, tienen una conectividad cultural con curaciones. Son rutas de pensamiento, por eso hay que mantener los sitios sagrados. Hay unos caminos, unas maneras de cómo transitar todos esos recorridos chamanísticos: de niños, recién casados, comida, prevenciones, ofrendas para la misma naturaleza, la reproducción de peces, recolección de frutos silvestres, etcétera.

La curación del mundo más que todo está reflejada en la protección, en evitar que se haga alguna actividad que no está permitida dentro de la cultura de los territorios. Dentro del calendario ecológico cultural hay épocas grandes para los pueblos del Apaporis. Está la época de frutas cultivadas, del fruto del chontaduro. Ahí se hace una actividad con trajes, que es el baile del muñeco. En los trajes están representados los peces y otros animales. En la primera época del año se hacen esas actividades y unas prevenciones de enfermedades como diarrea, vómito, accidente físico y accidente de caída de palos. Entonces lo que el tradicional hace es curar, o sea, prevenir. El hombre no es dueño de la naturaleza.

Los mismos terremotos o los grandes vendavales que ha habido son ocasionados por el saqueo que el hombre hace sobre el territorio. El mismo cambio climático o la deforestación. Ese calentamiento global nosotros no lo sentíamos antes. También hay muchos saqueos: minería, tala de bosque, explotación petrolera. Todo eso hace que

la Madre Tierra se ponga rebelde con el hombre. Todos los materiales, por ejemplo el petróleo, son sangres de la Tierra. Son órganos vitales para el funcionamiento del territorio. Si a usted le quitan un pulmón, su respiración no va a ser igual. Por eso es que cualquier afectación que haya en el mundo afecta a toda la población, porque estamos en un único territorio. En un solo mundo.

A lo que usted saque una tonelada de oro de un sitio sagrado, el flujo de pensamiento no va a ser igual. Ese flujo, estos materiales son como herramientas, como elementos de curaciones, de bailes; elementos de rezos que los tradicionales utilizan pa sus actividades curativas. O sea, no son para extraer del subsuelo. Son elementos que hacen parte del cuerpo de la Tierra, de la Madre Tierra. Nosotros a la Tierra la conocemos como la Madre, la que da vida, la que nos da frutos, la que nos da de comer, la que nos cuida. Todos estamos sobre ella. Ella nos cuida.

Por eso el calendario tiene mucha relación con el cosmos, la faz de la Tierra, la comida y el subsuelo. Por eso las afectaciones que trae cualquier tipo de amenaza del subsuelo, como la minería o el petróleo. Eso afecta a los pueblos indígenas porque afecta la conexión entre esas herramientas sagradas y nosotros. Cuando nos entregan el Resguardo Miritíi-Paraná, el Gobierno dice «el subsuelo es del Estado». Entonces, ¿a qué estamos jugando aquí? Pa nosotros, los indígenas, todo eso está conectado. Por ejemplo, el sitio sagrado llamado La Libertad, sobre el Apaporis. El pensamiento cultural viene de las puertas de las aguas del mar. El pensamiento viene y florece aquí en el chorro de La Libertad pa todos los pueblos. Ese es como el origen de los pueblos que están asentados entre Miritíi, Apaporis, Pirá, Río Negro y Vaupés. Esos son los pueblos que manejan el sagrado Yuruparí. Ya entre Caquetá, Putumayo, Amazonas, son gente de ambil, de tabaco. Son otro pensamiento, pero está conectado. Entonces, si se saquea La Libertad, si se hace minería en ese lugar, pues se va a afectar a todo el mundo. No solamente a la gente del Apaporis, sino de Miritíi, Caquetá, Pirá, Vaupés.

Acá la minera llega en el 2007 por un estudio que hacen Mineralco e Ingeominas. La empresa comenzó a hacer los estudios de suelo, de rocas, pero sin consultar con las comunidades. Los tradicionales dijeron en las curaciones: «No, es que si hacemos minería, si hacemos cosas que no están dentro de la cultura, estamos violando nuestra ley de origen. Entonces no podemos permitir». Eso tiene unas afectaciones sobre el territorio, la naturaleza, la comunidad y la persona; también en lo espiritual, lo cultural, lo ambiental.

Un caso es el de Taraira. De allá han sacado más de no sé cuántas toneladas de oro. Y a cambio de eso, ¿qué ha habido? ¡Muerte! Ha cobrado muertes. Hasta ahorita siguen. ¿Y qué pasa a veces? Se derrumban los túneles. *¡Pum!,* se tapó. Se mata un man ahí, le cae una piedra. La naturaleza está cobrando venganza. Por eso uno se da cuenta. Por ejemplo, el uso de los sitios sagrados que no están permitidos. Un chino por ahí se cayó trepando un árbol, y *¡pum!,* se mató. ¿Qué pasa? Que están usando un sitio sagrado. Por eso nosotros le consultamos a la Madre Tierra sobre los materiales, hasta los que se usan para una simple maloca. Lo mismo con los pilares, con los postes, con las varas, con las

hojas. Se hace un intercambio con la naturaleza por medio de los tradicionales. Ese es el ejercicio que ellos hacen. Entonces los dos quedamos bien. Ese intercambio con la naturaleza es lo que yo le estaba contando de las épocas del calendario. En cada época se hacen diferentes rituales, bailes, cosas. Entonces son pagamentos que se le ofrecen a la naturaleza. Mambe, comida. Y el curador también se fortalece. La gente se cuida, se previene. Todo el tema curativo del mundo cultural se maneja en el territorio. Por eso esa relación entre el hombre y la naturaleza tiene que mantenerse. Y cuando el hombre abusa de la naturaleza, la naturaleza claro que tiene que vengarse.

Rituales sociales - colección de fragmentos

La novena

Las novenas no son como eran antes, ya se les entregan a los curas. Antes eran diez noches de velorio y nueve noches de novena. El pueblo lleno de gente: la familia, los amigos que quisieran llegar. Eso era *gentiza* todas las noches, se amanecía en la casa del familiar. El rezo, y amanecía la gente jugando dominó, echando chiste. Eso era pa ayudar a superar el duelo de la gente. Eso es lo que se les ha entregado a los curas, que sean ellos los que hagan la misa. Porque ya no hay tiempo. Los jóvenes no quieren escuchar sobre eso.

Anteriormente, el velorio eran cantos, alabaos y pues rituales de la región, de nuestra realidad chocoana. Ahora nadie prende ningún radio que eche música. Hay familiares que no quieren que a su familiar se le rece o que se le cante. Antes no estaba esa proliferación de sectas religiosas tan abundante. Ahora hay sectas cada cuadra. En ese orden de ideas, se abandonaron las nueve noches de novena. A algunos les hacen las dos últimas. Cuando la familia todavía conserva la cultura, le reza y le canta al muerto. Y los que no, hacen lo que se llama «novena seria». Van a tomar café, a jugar dominó, y ya.

Cuando alguien moría, se le cantaban alabaos todas las noches. Los chigualos, los arrullos. Ahora le ponen una bocina ahí, o una música de rancheras. Ya no se hace última noche, sino un trío de misa en la iglesia y hasta ahí le llegó el duelo a ese muerto. También en los entierros se ve que hay muchas balaceras. Eso ha hecho que a la gente no la velen, sino que la entierren en cualquier lugar. Ya como que la vida no vale, si bien le teníamos amor a la vida, un amor a la velación. Nosotros les hacíamos todo un ritual de despedida a nuestros seres queridos. Nos han desbaratado tanto que creemos que nuestros seres se están volviendo *tente en el aire,* o sea que no llegan directamente al cielo ni a la gloria y están quedándose en el camino. No los podemos velar como debe ser, no les estamos dando cristiana sepultura y, peor aún, a veces no sabemos si están muertos o vivos.

Cuando se agudizó la situación de la matadera de gente, hubo personas que iban bajando por el río. La gente decía que no se podían tocar. Se les montaba un letrero en el pecho que decía: «Prohibido cogerme». Hubo familias a las que les mataron una persona y les dijeron que no podían llorar… ¡Imagínese usted! Esas son las cosas que ha pasado la gente.

Nosotros estamos vivos gracias a Jesucristo, que nos ha dado esa resistencia y ese valor para estar en estos territorios. Hemos tenido bastante terror. En este momento no se siente la muerte de alguien como antes. Ya le toca a la gente adaptarse, es que no hay otra manera, no hay otra forma. «Ya nadie llora aquí». Y a nosotros mismos nos toca buscar la manera de reinventarnos para sobrevivir en todo este caos. Vea, yo le cuento una cosa: mi papá y mi mamá contaban de la chusma que eso era una cosa espantosa en la época de Gaitán, decían que de la Boca de Mungidó bajaban las balsadas de personas muertas. Yo pensaba que eso era una época remota, pero a mí me tocó verlo en el siglo XXI. Me tocó ver a más de diez personas amarradas bajando por el Atrato.

Ni navidades ni cumpleaños

La mayoría de los jóvenes tenían el anhelo de conseguir trabajo para ayudarles a las mamitas. Por ejemplo, Daniel quería seguir estudiando para ayudar a sus hermanitas. Quería ser ingeniero de sistemas, porque le fascinaba. Él era el que vestía la casa de luces, de todo lo que tenía que ver con Navidad. En esta época ya tenía la casa repleta, bonita. Es la casa en que yo vivo ahora, pequeñita, pero era llena de alegría.

La verdad yo no volví a utilizar nada de eso en Navidad ni en cumpleaños. La gente me pregunta que por qué no sigo adornando la casa en homenaje a él. No, el homenaje que yo le quiero dar a Daniel es contar lo que les pasó a todos los jóvenes. Si nosotros no estamos, al menos que se diga: «Bueno, esas señoras hablaron de esto». Para que no quede en el olvido, porque en el mismo barrio se escuchaba que «¡ay, no, esas mamás tan lloronas! ¿Usted qué cree, que les mataron los hijos a esas señoras porque sí? No, esos niños eran malos». La mayoría apenas tenía veinte años. Daniel iba a cumplir veinte y era mi único varoncito. Yo duré ocho meses buscando a mi hijo, y en las noticias empezaron a decir que en Ocaña, Norte de Santander, estaban encontrando muchachos de los que se llevaron de Soacha. Yo hasta el último día seguía pensando que mi hijo estaba vivo, que no sé quién se lo había llevado, pero que él no estaba muerto.

Suecia

El contraste de la cultura y del clima es enorme en el sitio donde yo vivo en Suecia. Sobre todo el tiempo de invierno, que es oscuro. Deprime mucho la oscuridad. Por ejemplo, ahora está amaneciendo por ahí a las siete o siete y media pero llega un momento en que amanece a las ocho o nueve de la mañana, y oscurece a las tres. Son seis horas no más de claridad. Eso me da duro.

Pesa mucho la cultura porque uno fue enseñado a cantar rancheras en su ciudad. Uno va adonde el vecino cada nada, es fácil moverse en el idioma. En el exilio es

difícil al principio. Uno no conseguía una hoja para hacer un tamal, por decir algo. Como tolimense, uno trata de hacerse que el tamal, que la lechona, que el sancocho, y ya últimamente se consiguen algunos productos, pero al principio era muy difícil.

En el caso de la cultura uno acostumbra, digamos en las navidades, a hacer la reunión con casi todos los familiares allá en Colombia. No es solamente la pura familia, sino que vienen los primos, hacen su comida y la pasan rico. Incluso el clima se presta y los vecinos no van a decir mucha cosa, pero aquí los suecos celebran la Navidad a las cuatro de la tarde. Reparten sus regalos, cogen pa su lado y listo.

Nosotros tratamos de hacer como hacíamos en Colombia. Ahora que hay más medios de comunicación eso ayuda mucho. Por lo menos uno pone el celular y les contamos qué vamos a hacer de cena, que vamos a celebrar la Navidad. La diferencia son seis, siete horas. Entonces primero la celebramos nosotros, porque llega el año primero a Suecia.

La Semana Santa: eso ya no existe

Anteriormente, cuando la Semana Santa, la mayoría de las personas sabían sus secretos para sobar, para curar el ojo, para curar diferentes cosas, y se iban a arreglar sus secretos, sus rezos y oraciones. Hoy en día no se pueden arreglar secretos en el monte. Y mire que en ese tiempo nosotros, los campesinos, muy poco necesitábamos de la medicina del pueblo, como le decimos nosotros. Porque en las comunidades había muchos médicos que curaban las diferentes enfermedades. Ahí abajito de mi pueblo había un señor que curaba, pero sus hijos se lo prohibieron porque esa otra gente lo percibió. Era bueno pa curar ese señor. Por ejemplo, si la persona tenía un brujo, los violentos mataban a esa persona porque sabían que los iba a embrujar a ellos. Eso ha hecho que todo cambie, que ya no se cure a nadie.

Mire qué misterio tenía pa nosotros la Semana Santa. Usted se metía a las doce del Viernes Santo al monte y las plantas le hablaban. Yo lo hice. Uno iba a arrancar, por ejemplo, una mata de malta, y la raíz de esa mata tenía carbón. Usted, por ejemplo, se paraba calladito en un palo de limón, en un palo de naranja, y conseguía unos botoncitos. Eso se les colocaba a los niños para curarlos contra el mal de ojo.

Y es que hay un misterio en algunas plantas. Cuando va a llover, el yarumo y el guásimo se voltean, se peinan. Nosotros nos damos cuenta. Con el tiempo eso ha cambiado. Esas plantas se peinan, pero no llueve. Todas esas creencias han cambiado. «Ve, que eso es mentira, que la Semana Santa no existe, que es puro cuento». El Viernes Santo nadie cocinaba. Nosotros hacíamos masa frita, hacíamos dulce de los árboles, de papaya, de coco. La gente se la pasaba comiendo, pero sin cocinar. Inclusive no se astillaba leña. ¿Qué misterios no había en esa semana? Usted arreglaba un pescado y, si era un Viernes Santo, la sangre le bollaba. Vea, hoy en día no se ve eso. Ya la gente se embarca, y nadie se embarcaba un Jueves o un Viernes Santo a pescar. Se la pasaba era rezando, haciendo alumbramientos. Ahora bailan, ahora juegan, ahora hacen de todo, y eso se lo han inculcado mucho a los jóvenes, que ya no paran bolas, que ya no creen en eso. «Eso era antes, eso ya no existe», dicen.

Antes de la violencia la gente tenía fe. El Viernes Santo usted se metía a las doce de la noche bajo un limón y al limón le iba saliendo como un colmillo blanquito. A las doce en punto usted lo cortaba. Ese colmillo era medicinal. Usted arrancaba una mata de babosa sin haberle echado carbón, pero a las doce en punto ya tenía carbón en la raíz. A las doce en punto todo el que tenía sus secretos para defensa personal los relataba en el plan del agua. El secreto salía y si era que estaba malo, salía buenecito. Si estaba malo, ese día volvía a funcionar. Había fe. La gente creía.

La vigilia de piedra

En Esmeraldas sucedió algo, y es que la capilla católica se la tomaron los paramilitares como puesto de control y de mando. Ellos ahí hacían todas las operaciones. Es lo más duro que yo he podido vivir en mi vida y como comunidad. Recuerdo que afuera de la capilla hubo una fiesta de quinces. A mí no me ha gustado tomar, pero los muchachos amanecieron. Pasó el Ejército y un jovencito dijo: «¡Que vivan las FARC!». Después llegaron los paramilitares, lo cogieron y delante de los papás lo mataron. Ahí al frente de la capilla. Eso creo que es lo más bajo que pudimos llegar del temor, de la rabia, de la impotencia, del dolor, del sufrimiento.

En esa calle, a un costado de la iglesia donde asesinaron al muchacho, los paramilitares compraban pasta de coca, hacían negocios, hacían todo. La verdad, uno no quiere recordar esa situación. Los paramilitares llegaban y se metían a todas las casas porque les daba miedo que la gente se armara en contra de ellos. Se metían casa por casa. Fue lo peor que nosotros hemos podido vivir como comunidad, tanto que luego de que se fueron los paramilitares se pidió una retroexcavadora a la Alcaldía para tumbar la iglesia. Se derrumbó para que no llegaran los paramilitares ahí.

Te voy a contar una anécdota. A nosotros, en época de Semana Santa, los días jueves, nos gustaba amanecer cuidando al Santísimo. Amanecíamos niños y jóvenes, normal. Sacábamos música religiosa, hablábamos y charlábamos. En el salón central de la capilla –el salón grande donde se daba la misa– había unas graditas y nos la pasábamos ahí charlando. Y ellos, los paramilitares, como ya dormían ahí, salió el comandante paramilitar y dijo: «Hijueputas, se me van de aquí que no me dejan dormir, o aquí nadie amanece». Nos corrió como a las once de la noche. Nos echó la madre y nos corrió. No nos dejaron acompañar al Santísimo.

¿Violencias de larga temporalidad?

Epílogo a El libro de las devastaciones y la vida

Luego de caminar el país y escuchar a fondo los pueblos étnicos, emerge una reflexión colectiva sobre el tiempo y la historia, donde la violencia ha sido una constante. «Violencias de larga temporalidad» no hace referencia a hechos que ocurrieron hace muchos años, como el terror colectivo de la cauchería que arrasó con sociedades amazónicas hace un siglo con la justificación de «civilizar» a los «salvajes». En el caso del conjunto de historias que cierran el «Libro de las devastaciones y la vida» se trata de una pregunta. «Largas temporalidades» hace referencia al conjunto de actitudes y formas de ver el mundo que han sido recurrentes a lo largo del tiempo y que han estructurado, hasta hoy, parte de las relaciones sociales que nos edifican como sociedad: formas de negación del otro que se expresan en lenguajes y prácticas cotidianas, en las que el menosprecio por sus modos de vida, sus lugares y sus cuerpos se normaliza. Al escuchar las historias de estos pueblos queda claro que el conflicto armado es, en realidad, un momento particular dentro de una larga secuencia de violencias.

Del hogar, las cenizas

La maloca

Cuando el jefe llamaba a su gente, todo el mundo llegaba a la maloca. Eran por ahí 60, 80 personas con sus hijitos. La maloca era para albergar a todas las personas que estaban al mando del cacique, como dicen los blancos. Si había una familia de cuatro, de cinco, ellos también tenían una maloca, pero no era tan grande como en la que estaba el jefe. Dentro de la maloca se dividían como cuartos sin pared. Cada familia vivía así.

En Yaburú, mi abuelo –que era jefe– vivía con sus hijos en una maloca, o sea, mis tíos, mi papá, mis tías. El resto de la familia, del mismo grupo, vivía separado, en sus casas. Sus casitas estaban separadas. El jefe avisaba –digamos, para las ceremonias– y todo el mundo llegaba a su maloca. Pero eso cambió cuando los misioneros trajeron esas casas que están regadas por todas partes y las ubican en una sola comunidad. A las pequeñas comunidades que había, pues les tocó abandonar. Esa era la orden de los misioneros. Nadie podía contradecir.

Muchas familias permanecen donde los curas impusieron. Acabaron con nuestra cultura, tanto los evangélicos como los católicos. Según ellos, nosotros éramos demonios, salvajes, así como la Constitución nos trataba en una época como menores de edad. Los curas vinieron, decían, a civilizarnos. Mejor dicho, a borrar nuestros propios valores. Creo que ellos entendieron que la maloca era donde nosotros nos reuníamos y por eso la quemaron. ¿Dónde más íbamos a estar? Nos sacan de la maloca y nos obligan a hacer casitas individuales para cada familia. El grupo tenía mucha fuerza por vivir junto. Al quemar la maloca, se pierde poder. Por eso la quemaron, para que no hubiera espacios con ese pensamiento de unión, porque todas las ceremonias se hacían dentro de la maloca.

Por ejemplo, ¿qué se hace en un *dabucurí?* Un grupo de personas bajo el mando del jefe de la maloca recoge para entregarle al otro, a un cuñado, alguna cosecha. ¿Qué sucede? Si el grupo de personas da fruta silvestre, el cuñado, pa devolver el favor, da pescado. Ese era el sentido del *dabucurí,* la ceremonia. De ahí también la importancia de la maloca.

También hay otra clase de ceremonias. Por ejemplo, la de iniciación, donde usted pasa de niño a ser hombre. O la de cuando se tomaba chicha en las danzas. Esa era una gran ceremonia en agradecimiento a la naturaleza, porque había mucha fruta. Lo

mismo en la época de pescado, porque para nosotros todo es ser viviente: los árboles, el agua, los animales. Ellos tienen su espíritu, y a cada uno hay que respetarlo. Esas ceremonias eran especiales, no se hacían cada ocho días ni cada mes. Era en la época en que daban frutos, en agradecimiento a la naturaleza. Y la otra ceremonia es la de despedida de un familiar muerto. En el mismo momento de fallecer, lo normal: se llora, uno viene a visitar, entierra y listo. Además, se colocaban las cositas más bonitas con el difunto para enterrarlo, y el resto de sus cosas se le guardaban. Al mes de fallecido se hacía la ceremonia de despedida. ¿Cuál era el fin? Quemar todas las pertenencias del finado para despedirlo definitivamente. Es el cierre. Hoy en día eso lo hemos perdido.

El bohío

Los años más duros para los barís fueron los de la Concesión Barco. Luego, en los años cincuenta, sesenta llegó un general del Ejército, de apellido León, y hubo derramamiento de sangre de parte y parte. El general dijo: «Hay que conquistar a los indios barís o motilones». La causa es que de aquí, del Catatumbo, llevaron mucho petróleo hacia afuera, y esa es la gran pelea que los ancestros tuvieron por mantener el petróleo, el carbón y los minerales. La petrolera nos está atacando cada día más y nos quiere desaparecer.

En los años treinta, cuarenta, hubo mucha quema de bohíos. La petrolera los bombardeó y pa nosotros significan muchas cosas. El bohío es un sitio de descanso y de reunión entre familias. Las familias barís somos unidas, no peleamos. Si estamos bravos, a la hora estamos contentos. No nos matamos uno al otro, somos pacíficos. Sin el bohío no somos nada, no somos barís. Somos otra cosa.

Exigimos al Gobierno que nos financie el bohío, porque es tradicional. Es en el bohío donde nosotros morimos, nacemos y crecemos. Dentro del bohío cocinamos, colocamos verduras, banano, plátano, yuca… todo. El bohío también es la armonización a la que se unen los espíritus. Ahí nos comunicamos con ellos. Ahí llega Sabaseba, nuestro dios. Nos alivia la enfermedad y nos aleja de todos los males que hay alrededor. Para eso hay armonía, paz y tranquilidad. En el bohío las familias se reúnen, hacen ritos ceremoniales adorando a Sabaseba. Nosotros estamos ahí escuchando y mirando a Sabaseba, a ver qué nos guía.

La Guambía

Guambía estaba lleno de este tipo de casas, porque eran la forma y la concepción propia espiritual de vida. Están el fuego y los tres mayores, que son la Luna, el Sol y la Tierra, y de ahí nace el ciclo, nuestro espíritu. Aquí todos tenemos un puesto y lo recibimos desde que el ciclo nació. Los niños van terminando el último ciclo y se respeta a la generación de los abuelos y de los mayores.

Este sitio circular fue reemplazado por una hornilla, por estufas; fue desplazado por las casas cuadradas porque era mal visto por la gente. Una cocina de las nuestras representaba pobreza. En estos días le preguntaban en una intervención a un grupo: «¿Qué entendemos por pobreza? Pobreza es el que tiene una casa de paja, el que vive en un tiempo antiguo. Una persona que ya no es pobre es la que no tiene una casa así».

Entonces, en ese tiempo, empiezan a decir: «En vista de que los guambianos no quieren colaborar, ordenamos al párroco de la Iglesia católica quemar todas las casas», y se quemaron todas. Ahorita le muestro unas foticos de cómo era Guambía en pinturas, cuando tenía casas de paja. La justificación para quemarlas fue que en estos lugares se hablaba con el demonio. Muchas, luego de que se quemaron, se volvieron a cimentar y ¡otra vez las volvieron a quemar! Hasta el punto de que en Guambía no había una casa de paja. ¡No teníamos una casa así! Yo digo que no podemos seguir hablando de la memoria y de la historia si tenemos que preguntarnos quién me va a quitar la casa, quién me la va a quemar.

Entonces la armé y aquí está: es la única casa así de Guambía. Hay otras dos que son la casa de plantas medicinales, pero son de uso médico. Yo quise que mis hijos y mis hijas trataran sus dolores acá porque quiero que crezcan con otra lógica, aunque estén estudiando en Silvia, en colegios normales, públicos. Pero cuando llegan aquí les volteo todo lo que dicen allá, y así van teniendo identidad en su vida.

Por ejemplo, este lugar se llama Fundación y es porque lo dispuso un español que dijo: «Llámese Fundación y lleve mi apellido». Fundación Mosquera. Qué lío es cambiar este lugar cuando todas las generaciones lo llaman así. Ese español puso un modelo de casas, que es el modelo que estás viendo: una sala, piezas y ya. Pero acabaron con nuestras casas. No era que no lo supieran. Yo creo que la Iglesia sí se dio cuenta de lo que significaban nuestras casas espiritualmente, para el mundo indígena. Ellos sabían lo importante que era que todos se sentaran alrededor del fuego sin condiciones superiores ni inferiores. Todos hablábamos en igualdad de condiciones. Había más comunicación, más aprendizajes del idioma y de los mayores que contaban sus historias.

En nuestras casas tradicionales es donde se aprende el idioma, donde se comparte una comida y se va hablando de la misma comida. Es donde se habla de la huerta, de los trabajos, de los sueños, ¡que son tan importantes para nosotros! En la casa nos levantamos y hablamos de los sueños. Cuando alguien dice «soñé feo, soñé mal», se

hace un remedio con el fuego. Y cuando alguien dice «soñé muy bueno, soñé bien», entonces va y se le dan gracias al agua.

En mi pueblo acabaron también con el *nachak* circular, pero no pudieron apagar el fuego. O sea, muchas de las familias misak de nuestra comunidad viven en las casas cuadradas, pero tienen el fuego. No ha muerto. No lo tienen en el centro, pero lo pueden tener en algún rinconcito. Algunos sí lo tienen en la mitad, pero está apareciendo la estufa y no sé cómo hacer porque alrededor de una estufa no se puede hacer lo mismo.

Es algo muy curioso: cuando la gente llega a la Guambía, llora. Yo me he dado cuenta y les he preguntado por qué. «No, es que el humo del cigarrillo me hace llorar». Entonces yo lloro porque ellos lo han perdido todo.

La domesticación

Lenguas amarradas

Éramos huérfanos. En 1967, los misioneros nos internaron. Una parte de la familia se crio allá. Nos enseñaban, más que todo, la evangelización, el catecismo, lo que es la doctrina religiosa. Y nos enseñaban a hacer arreglos de jardines, a barrer, a hacer aseo. Así pasábamos nosotros.

Sufrí mucho la evangelización mientras fui cruzando la primaria. Hablaba mi idioma con mis hermanos y con otros estudiantes, pero eso era prohibido. Decían las hermanas, que eran las maestras: «Eso tú estás hablando del diablo, palabras de madre monte. Si siguen hablando así, los vamos a castigar», y nos castigaban. Pero nunca hablamos mal, sino que ellos nos castigaban porque no entendían.

Fuimos maltratados, nos quemaron las orejas con cuerdas de cumare. Nos amarraban las lenguas, nos fueteaban con rejo. Fuimos arrodillados encima de una gravilla por una hora, castigados por hablar el idioma. Así fui creciendo yo.

Terminé mi año de estudios en 1970. Después, a los dieciocho años cuando fui a la comunidad con mis padres y mis abuelos, entré a mambear para aprender cosas propias de nosotros: los conocimientos de protección, defensa, curaciones, manejo del medio ambiente. Conocimiento de cómo se trabajaban el tabaco, la coca. Cómo se tiene que cuidar y dietar.

En los mambeaderos, le decía mi tío –que es catequista ahora– a mi abuelo: «Papá, hay que dejar eso. Eso es palabra del demonio. Lo que usted está haciendo, esos rituales, son diabólicos. Aquí está la palabra nueva de Dios». Hasta que mi abuelo le dijo: «Palabra de Dios no. Yo a usted no lo cuidé ni lo crie tampoco así. Yo lo crie bajo la palabra de tabaco, de coca y yuca dulce. Si a usted le enseñaron eso, usted se puede ir por ese camino».

Un día mi tío tuvo su primer hijo y se enfermó, le dio maluquera. Ya estaba muriendo. Eso tosía y tosía porque no había dietado. Cuando uno tiene una criatura, tiene que dietar. El papá no debe comer cosas que puedan perjudicar a la criatura. Entonces mi abuela se lo trajo al mambeadero una noche y le dijo a mi abuelo: «Mire, su nieto está pa morir. Haga algo pa que se mejore». Mi abuelo le dijo a mi tío: «Usted rechazó mi palabra, nuestra cultura. ¡Diga a ver un padrenuestro, lo que le enseñaron, a ver si su criatura se sana y se mejora!». Le dijo así, bravo. Entonces le dieron la leche del seno y el abuelo curó la leche. Dijo: «De aquí en adelante usted no me venga a hablar de religión.

Esa es otra cultura. Desde ahora usted tiene que mambear, tiene que trabajar». Mi tío nunca ha mambeado hasta ahora.

A punta de juete

En esa época los curas impartían la educación. Nos recogían en unas embarcaciones grandes, hechas de madera. Nos arrastraban a las malas. Nos agarraban en las embarcaciones y pal bote. Nos arrebataban de nuestro hogar. A mí me llevaron a Villa Fátima. Y cuando a uno lo llevaban, lo colocaban en el kínder. Había una misión, un internado de los curas. Uno no entendía nada, nada. No sabíamos ni siquiera hablar el castellano, mucho menos íbamos a saber escribir los números y todo eso.

La educación era muy dura, nos enseñaban a punta de juete. Nos pegaban con correa, con bejuco, con lo que ellos encontraran. Uno de niño sufría mucho en ese sentido. Se interponía la educación e incluso la comida occidental con la comida nuestra, tradicional. Uno no estaba acostumbrado a comer la comida de los occidentales.

Nos levantaban a las cuatro de la mañana para hacer aseo en todo lo que era la institución. Los pequeños, a recoger basurita por ahí. Los más grandes, a limpiar con machete y azadón. Los otros más grandes, a rajar y cargar leña, a limpiar los potreros y las chagras que tenían los curas en el internado. Y las niñas, igual.

Siempre nos dividían. El único momento que uno se encontraba con las primas, con las hermanas, era en el salón de clases o en la misa porque eso sí era obligatorio. Por la mañana y por la noche era a rezar. En lo demás era separado. Las mujeres en su patio a un lado. Todo estaba encerrado con astillas. Uno no podía pasar, así fuera hermano. Hasta mediodía era el estudio, por la tarde era a trabajar. Ahí nos reunían con lo que es la gente de Querari y del río Vaupés. Nos amontonaban a todos, era un revuelto de cubeos y samas.

Las instituciones educativas, como Ricaurte, únicamente eran para los mestizos. En ellas no tenía cabida el indio. Los indios tenían el internado. La educación nos desarraigaba de nuestro contexto y al mismo tiempo nos internaba.

Los indígenas tenemos pensamiento

Los profesores nos prohibían hablar el idioma. Las monjitas nos decían que si no, cómo íbamos a aprender el castellano para hablar con la gente. También nos decían: «Civilícense». ¿Qué pasa ahorita en Tarapacá? Seguimos con lo mismo porque siguen

llegando grupos que se decían cristianos. Además, estaba el catolicismo, como grupos evangélicos. Y llegaron los israelitas, mañana quién sabe quién nos llegará. El uno jala para allá y el otro para acá, aunque hablamos todos un solo idioma. ¿Será que nosotros, los indígenas, todavía no tenemos un pensamiento? Una vez le dije a un pastor: «Mira, pastor, ¿por qué no vas a la base militar a predicar el evangelio?». «No, porque a ellos no les permiten». «¿Entonces por qué llegan acá?».

Zombis

Para nosotros el tiempo es contrario al del idioma español. A veces nos reímos en misak por eso. La mayoría de nuestros verbos son en pasado, tenemos muy pocos verbos en futuro. Eso tiene una lógica interesante, y es que nosotros vemos el futuro como algo que se repite del pasado. Entonces, cuando uno cambia a la lógica del español no se entiende ese *futuro*. Ahí está la importancia del lenguaje y de los idiomas. Es muy triste que el nuestro se sigue perdiendo mucho, que se ha desvalorizado.

Hay muchos misak que tienden a decir un verbo que es en futuro y lo dicen en pasado. Claro, eso está mal visto en la gramática española. Eso generará ciertos aspectos que no son tan visibles y tangibles, pero que empiezan a darle duro a nuestro idioma. Es que, en realidad, los idiomas aterrizan el mundo indígena: aquel que no lo habla, lo está pensando en lógica española, en lógica castellana. Ahí es donde se va desarticulando todo.

Por eso muchos de los pueblos que no tienen el idioma no pueden darle una interpretación al pasado. ¿Cómo hacerlo si tienes la lógica del castellano? Si dejamos de hablar, de vestir y de pensar como somos y empezamos a pensar en la lógica occidental, pues vamos a ser simplemente zombis indígenas.

Exterminio material e inmaterial

El mar y la tierra, el sustento del raizal

Quiero empezar con el proceso de discriminación racial por parte del Estado colombiano a los nativos de la isla de Providencia y Santa Catalina, y también de la costa Mosquitia centroamericana. En la Gran Colombia, el general Francisco de Paula Santander había emitido varios decretos sobre las islas en los cuales nos tipificaba como indígenas, en comparación con los indígenas de La Guajira. Ellos dijeron que nosotros, los nativos de ese entonces, hoy raizales, no pertenecíamos a la sociedad civil.

El español decía que nosotros éramos salvajes.

Luego la ley promocionó a los continentales para que llegaran a poblar las islas. No eran normas para proteger la integridad territorial del archipiélago ni proteger a su gente. Eran normas para que el Estado hiciera lo que quisiera sin que los isleños de esa época pudieran decidir. En la misma Constitución de 1886 se contempla que los indios eran salvajes, y el Gobierno tenía la obligación de educar a los nativos raizales y a los indígenas para que pudieran ser personas de la sociedad. A través de la misión católica firmaron un tratado con la Santa Sede para educar a los indígenas. Eso fue lo que rompió con esa tradición histórica, tanto de los pueblos indígenas como de los pueblos raizales.

La economía estaba a base del coco, de la naranja y de la pesca. La pesca era una de las salidas económicas más fuertes. Exportaban la concha de carey, que estaba en su apogeo en ese momento. También exportaban kilogramos de conchas a Estados Unidos e Inglaterra, a Panamá. La gente era rica porque éramos agricultores y pescadores.

Después de eso, otra política a nivel nacional fue la creación del puerto libre. El puerto libre rompió la economía tradicional que tenían los raizales. Rellenaron todos los manglares de la bahía de San Andrés, que era la base de criaderos de peces, tortugas, caracol, langosta. Creo que eso se llamó dragado de la zona costera de San Andrés. Desde el muelle hasta donde está el aeropuerto, todo eso era manglar y aguas. Entonces, para tener una mayor cobertura de tierras, rellenaron todos esos manglares para vender urbanizaciones. El Gobierno tampoco buscó la forma de titular esas tierras. Las multinacionales las tomaron y también fueron ocupadas por la gente traída por el Gobierno nacional.

Aquí donde estamos era mar, más allá atrás era la zona costera.

El relleno de los manglares y la población que traía el Gobierno desplazó a la población raizal de su hábitat. La gente iba a la zona costera y, si quería comer caracol, simplemente caminaba diez minutos y recogía la cantidad que necesitaba. Con las langostas pasaba igual. La gente no se preocupaba por comer carne refrigerada, sacaba todo fresco. Pero se rompió esa tradición de los raizales, y ahora tienen que esperar a que lleguen barcos con carnes frescas. Antes no se preocupaban por este tipo de cosas; además, tenían la finca con yuca, banano, patata, fruta, pan.

El mar y la tierra eran el gran sustento del raizal. Nosotros teníamos grandes barcos pesqueros. San Andrés y Santa Catalina tenían dos barcos pesqueros, que se guiaban al norte a pescar y traer la concha. Iban hasta Costa Rica a pescar porque era un solo territorio sagrado. Sí, había pescado por ahí. Los pescadores se iban uno, varios meses. Era un territorio ancestral. Es nuestro territorio ancestral.

Ni una matita de algodón

Nosotros éramos productores de algodón antes de que llegaran los españoles. Los guambianos producíamos mucho algodón, nuestras ropas eran de algodón. Ahora usamos una falda negra de paño de hilo textil. Pero nuestras ruanas y nuestros anacos eran de algodón. Todo lo que entregábamos estaba envuelto en algodón: maíz, oro, todos los tributos que se registraban. Ahora los misak no tenemos el algodón ni siquiera en nuestra memoria ni en nuestra tradición. Eso era algo tan importante para nosotros… El algodón significaba pureza y tranquilidad. Nos lo arrebataron, no lo hemos podido recuperar. No tenemos ahora ni una matita de algodón, y te puedo asegurar que no hay en los territorios, no existe.

La planta del diablo

En 1900 todavía está la coca de nosotros, todavía está. A pesar de que no hay muchas cosas ancestrales, la coca sigue siendo un aspecto importante en la espiritualidad. Y hasta 1945 era libre, es decir, se comercializaba en los mercados y no solo para los indígenas. Dicen que estaban los morros de coca en la galería municipal. Pero entonces salen la violencia estructural y la violencia espiritual. Dicen que no, que con esa planta se comunican con el diablo. Insisten en la presencia del diablo en la comunidad, en los rituales. Claro, eso hace que la gente vea como malo el tema.

Desde ese momento empieza un detrimento de la tradición ancestral. Con decirte que ahora mismo solamente hay un mayor comiendo coca. Él hace medicinas y lo estamos usando para aspectos medicinales muy básicos: dolor de muela, un cólico… cositas así. Pero ya no lo estamos usando para comunicarnos con nuestros anteriores espíritus. Se perdió el sentido. Desde ese momento que decía, la coca es clandestina. Pero en Silvia los misak sabemos dónde venden la coca que traen del norte y se compra en pequeñas cantidades para cualquier medicina. Pero, igual, la perdimos. Precisamente, con el grupo de jóvenes estamos recuperando otras plantas que se habían ido. La coca la estamos usando en nuestras preparaciones. Pero es un tema de descolonización de muy adentro.

Como perros

I

Lo que me ha contado mi mamá es que en el año 1950 hubo una masacrada por el río Meta. En todo ese sector vivían indígenas sikuanis y amorúas en la sabana o en el monte. Eran nómadas. Cuando pasó la masacrada, las llamaron «guahibiadas». Fueron unos colonos campesinos que tal vez miraron a los sikuanis y a los amorúas como salvajes, digámoslo así. Anteriormente no andaban como ahora, sino en *guayuco,* a pie pelado mejor dicho. Según me contaron, los colonos citaron a los indígenas a una fiesta. Un total de dieciséis habitantes, entre hombres, mujeres y niños. Eran varios deamiliaa: mi tío, mi tía, mi abuela y mis primos.

Los invitaron unos tragos, según ellos. Tragos negros que podían ser veneno o algún alcohol de otra clase. Los emborracharon y uno por uno los fueron agarrando. Los fueron matando, botando hacia ese hoyo. Les hicieron un hueco grande de más o menos diez metros.

Dos caciques –mi abuelo y una señora, que además son chamanes– no se dejaban matar, pero había también unos chamanes que andaban con los colonos. Entre ellos mismos terminaron de matar a mi abuelo. Lo botaron hacia abajo, pero vivo. Lo agarraron con un palo, *¡ran, ran!,* y lo acabaron de matar.

Así fue la guahibiada en Parure, en el municipio de La Primavera.

II

Hoy en día, como la morgue no sirve, dejan los cuerpos tirados en la canastilla donde lavan los muertos. Ahí duran hasta tres, cuatro días hasta que se ponga morado. Nadie da garantía. Cuando fui gobernador del cabildo me tocó responsabilizarme, apropiarme de ese problema, y el alcalde, como si nada.

Me ha tocado ir con niños a pedir un cajón. Nos toca durar hasta cuatro, cinco días metidos en la morgue. Y cuando lo sacamos de allá, el cuerpo está descompuesto. Eso fue más o menos por el 2016. A uno le tocaba llevar el muerto en pura carretilla, sin ningún cajón. Tocaba abrir una fosa común y tirarlo con una cobijita que medio se le había puesto.

Con los blancos y los campesinos yo creo que no pasa eso, pero con el indio amorúa sí. Fallece un colono, un occidental, e inmediatamente tiene ayuda del alcalde y del gobernador. Le pagan hasta la funeraria pa que lo velen. Muere un amorúa y es como si se hubiera muerto un perro de la calle.

Las nuevas caucherías

Nada bueno

En esa época, mientras nosotros éramos internados, los caucheros llevaban a nuestros padres a las caucherías. Eso duraban un año, era esclavitud. ¿Cómo se iban a llevar al padre de familia y a la señora de la casa delante de los hijos? Nuestros padres y nuestros abuelos no se defendían. Como se suponía que los blancos dominaban, era lo que ellos dijeran. Tremendas embarcaciones llegaban comunidad por comunidad. Montaban una economía, abrían cajones, baúles con sus mercancías. El hombre indígena cogía las cositas para sus necesidades, pa sus hijos. Entonces se endeudaban y así se los llevaban para la cauchería. No era que los invitaran. Los llevaban obligados.

A nosotros, como indígenas, nos impusieron mucho. Ya uno se acostumbró al machete, al hacha, a la olla de aluminio. Usted sabe, las necesidades.

Yo personalmente terminé mi quinto grado, que era como terminar hoy en día bachillerato. Entonces uno empezaba a rebuscar, a trabajar echando machete, lo que saliera. Después una familia me llevó para Villavo a trabajar en una finca. Ahí traté de seguir estudiando. Posteriormente llegué a Bogotá, también traté de seguir estudiando. Bueno, ahí se hizo lo que se pudo, ¿no? Cuando yo me devuelvo en el 82 a Mitú el narcotráfico ya está acá.

Como no había trabajo –incluso hoy en día no conseguimos trabajo los nativos de esta selva–, entonces yo iba a raspar coca. Todo el mundo iba a raspar con los colonos. Uno terminaba de raspar con este mafioso y ya otro productor estaba buscando raspachines. Uno se embarcaba, llegaba a los campamentos. Se la pasaba así. Río arriba, río abajo. Por todo lado. Uno creía que era un trabajo normal. A uno le interesaba que le pagaran, pero uno no pensaba. Yo al menos nunca analicé. El dueño de la chagra nomás preguntaba: «¿Qué está haciendo?». «Nada». «¿Quiere trabajo?». «Sí». «Ah, pues ya sabe, vamos a ir a raspar». Era llegar, vender y hasta luego. Uno nunca se pensó qué más hacían, adónde lo llevaban.

En esa época había más avionetas que hoy en día. Era peor todavía, había pisticas por todo lado. Los grandes colonos hacían pistas. Llegaban, empacaban los bultos y desaparecían.

La bonanza fue por ahí de los setenta en adelante. Como había plata, llegaba toda clase de vagabundería. La gente casi no produce por estar sembrando, cogiendo coca,

produciendo coca. Ya no sembraban comida porque pa eso había plata, pa eso compraban comida de los blancos.

Creo que nunca hubo cosas buenas, no recuerdo. Todo fue pasajero. De pronto alguien le puede decir: «Lo bueno era que nosotros podíamos comprar motores, radios, plantas», pero para mí eso no fue lo bueno porque de lo *bueno* no quedó nada de bueno.

Menos mal ya se acabó.

El coqueteo: cuando llegó la plata

Los que llegaban a San Andrés sabían perfectamente lo de la marimba. Ellos llegaron con la plata de la marimba a coquetear con nuestros capitanes. De la costa Mosquitia y de Santa Catalina, todos sabían de navegación. Eran los únicos que podían llegar hasta México y dejar la cantidad de marihuana. Coquetearon a toda esa cantidad de capitanes y se los llevaron para Barranquilla. Ellos trabajaban con algunos turcos de aquí para sacar la marimba. Cuando la plata comienza a circular comienzan las pérdidas de las tierras por todos los juicios de pertenencia o de prescripción adquisitiva ordinaria. Eso fue por allá en el tiempo de la quema del Palacio de la Intendencia. La misma época en que la marimba llegó a la costa Atlántica y Barranquilla. El Estado no hizo nada para proteger el territorio.

Adonde está el hotel, actualmente, eran tierras de familias raizales que fueron despojadas por parte de un intendente militar apoyado por el Ministerio de Turismo. Subyugaron a los raizales en su territorio. Tú revisas toda la historia de los intendentes y más del 50 % eran militares. El hotel era un cementerio sagrado de las diferentes familias. Donde está el edificio del aeropuerto, la Fuerza Aérea y demás, eran de ese territorio. Lo que estaba alrededor del mar fue tomado. Decían que era para uso de desarrollo turístico. El raizal no podía participar. La nación conjuntamente con unas personas de la oligarquía colombiana hicieron una sociedad y quitaron todas esas tierras a las familias. Donde está la playa vivían puros raizales. Todas las tierras eran de las familias raizales.

Vi esa época de la cocaína, toda esa plata que se comenzaba a ofrecer: «Véndeme esta tierra, te doy tantos dólares». La gente aceptó. La droga llegaba hasta San Andrés y la Policía no hacía absolutamente nada. Comenzaron a desaparecer las plantas, las diferentes siembras que había en el norte. Entró una nueva economía. Exportábamos millones de cocos a Estados Unidos, era un ingreso altísimo. Todo el norte quedó sin cocoteros. Los últimos que tumbaron para poner edificaciones fue ahí en el hotel.

Todo lo que estaban haciendo con la coca estaba en contra del pueblo raizal: desplazamiento, desintegración étnica, mucha degradación. Utilizaban a San Andrés

como puente para Estados Unidos y otras partes. En esa época, como era puerto libre, esto se llenaba de mercancías de Panamá y sus alrededores. Los barcos llegaban de manera múltiple a San Andrés y se iban cargados de coca. Las oligarquías de Medellín, Cali y Bogotá aprovechaban para utilizar los barcos que traían la mercancía y sacaban la droga por San Andrés.

En esa época empezaron a afectar a la juventud, que veía una gente que poseía una plata, un carro de último modelo, unas lanchas gigantes. El joven al ver eso dice: «Me voy a meter a eso. No me importa la cultura o la tradición. Lo que me gusta es la plata». Se alteró totalmente la forma de vida de los jóvenes marineros. Ellos empezaron a hacer sus viajes a Estados Unidos, Centroamérica y México. Tenemos miles de desaparecidos hasta el día de hoy, y no sabemos cuántos pueden ser.

El raizal comenzó en varias etapas. El patrón de vida del raizal comenzó en varias etapas, la etapa de la colombianización, la etapa del puerto libre, la etapa de la costa Atlántica, de la marimbera, y la etapa de la coca. Los mismos carteles vinieron buscando a los muchachos que sabían de mar y les ofrecieron cualquier cantidad de plata. La droga llegaba a través de los barcos que venían de la costa Atlántica, a través de los aviones que llegaban. La mandaban en diferentes rutas: en cargamentos de fruta, en harina, en granos, en todo lo que pudieran inventar. Ellos se encargaban de conseguir a nuestros muchachos para que se la llevaran a Centroamérica para su distribución. También comenzaron a repartir la plata en televisores, en electrodomésticos.

Después había dificultades de llevar las drogas hacia el norte, por lo que venían y buscaban personas de San Andrés. Pedían que les llevaran la droga a través de aviones o a través de barcos: en verdura, arroz, en todo lo que se pudiera introducir. Tenían una persona que se responsabilizaba de recibir la droga y de conseguir quién pudiera venir a Centroamérica. En ese momento, muchos llevaban droga y regresaban llenos de fusiles AK47 y otras marcas para la delincuencia del continente. Era un doble negocio. Compraban las armas y las metían en electrodomésticos. No se sabe qué cantidad de armas salieron para el interior.

A muchos jóvenes se les perdía parte de la droga o se la robaban, y tenían que responder. Ahí inicia el desastre social del raizal. Por la situación de las drogas llegaron los sicarios del interior. Eso fue en los 90. Por el 96, 97 muchas personas desaparecieron, las tiraron al mar.

Ya nosotros tenemos bandos. Acá existen Los Urabeños, el Clan del Golfo, Los Rastrojos, Los Caleños. Muchos grupos, muchos muchachos entrenados para matar. Ahora hay enfrentamientos entre todas esas bandas por el dominio del territorio. El microtráfico es grande. Uno ve cómo operan y los policías no se dan cuenta.

Esto ha llevado a que la imagen del raizal ya no sea la de una persona amable y honesta. La forma de hacer vida fácil es a través del narcotráfico, la extorsión. El Gobierno no hace absolutamente nada.

Una economía secuestrada

¿Por qué hay tanta coca en el Pacífico? Porque ha sido un sustento o un motor para la región. Si un campesino siembra cien hectáreas de plátano y quiere exportar el plátano de un municipio a otro, le van a cobrar centenares de impuestos. Le van a quitar el producto. Hay una limitación. ¿Qué es lo único que se puede exportar? Coca, y en la necesidad de llevar sustento a la familia, no hay otra.

Si vamos a hablar de subsistir, no hay otra alternativa. No hay nada más sino esto. Eso aumenta las posibilidades de que las comunidades tiendan a sembrar coca, a procesarla y a exportarla. Porque uno diría ¿cómo exportar cacao del Pacífico? Bueno, tiene que sembrar el cacao, procesarlo, secarlo y exportarlo. Se convierte en algo difícil de hacer. Pero ¿por qué es tan fácil exportar cocaína y por qué es tan difícil exportar el cacao? Porque la economía está secuestrada, está amarrada a que se subsista únicamente gracias a la coca.

El hombre que tiene cierto dominio social, que anda armado y que es temido, empezó a ser llamativo. También rentable, porque por internarte en la manigua a rozar, a cortar plátano, te ganas 20.000 pesos diarios, mientras que por andar con estos grupos te ganas 40.000. Solo por andar caminando. Y como el imaginario del hombre afro grande y fuerte era compenetrable con estas dinámicas, se empezó a crear en la conciencia colectiva de que «cuando sea grande no quiero estudiar, quiero ser narcotraficante». Hasta ahora es normal escuchar a los niños diciendo eso. «¿Usted qué quiere ser cuando sea grande?». «Yo quiero ser narco».

Ideas, trazos y sentimientos concretos - fotografía testimoniante



Ximena Vásquez y Asociación de Mujeres Afrocolombianas (Amafrocol). *La telaraña de Ananse.* Fotografía digital. 2013







Ximena Vásquez y Asociación de Mujeres Afrocolombianas (Amafrocol)

La telaraña de Ananse

Posproducción de fotografía digital

2013

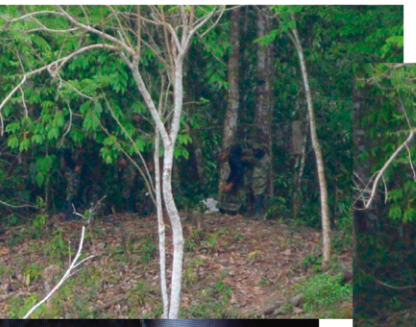


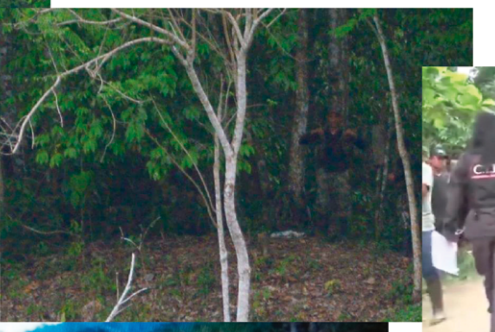
María Paula Durán Rubiano. *El desplazamiento desdibujado sobre el agua*. Fotografía digital. 2021





Comunidad de Paz de San José de Apartadó. *Registro en Twitter.* Collage de capturas de pantalla. 2022









az @cdps... · 31/01/18 ···

armas por que no

usticia corrupta que ha

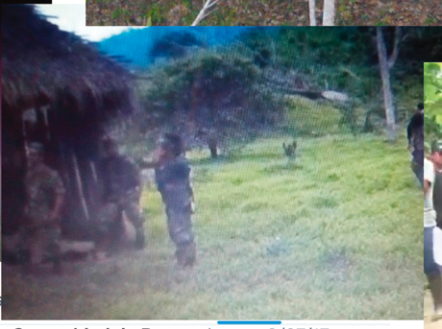
l 2000 dejamos mucho

ebas para que se hicie

y demás órganos del

utilizar paramilitares pa

stos testigos.



Tweets

Comunidad de Paz @cdpsa... · 8/07/17 ···

Asta los Animales no tienen Paz,
y los militares son sorprendidos en las casas civiles junto a niños, violando los derechos humanos.















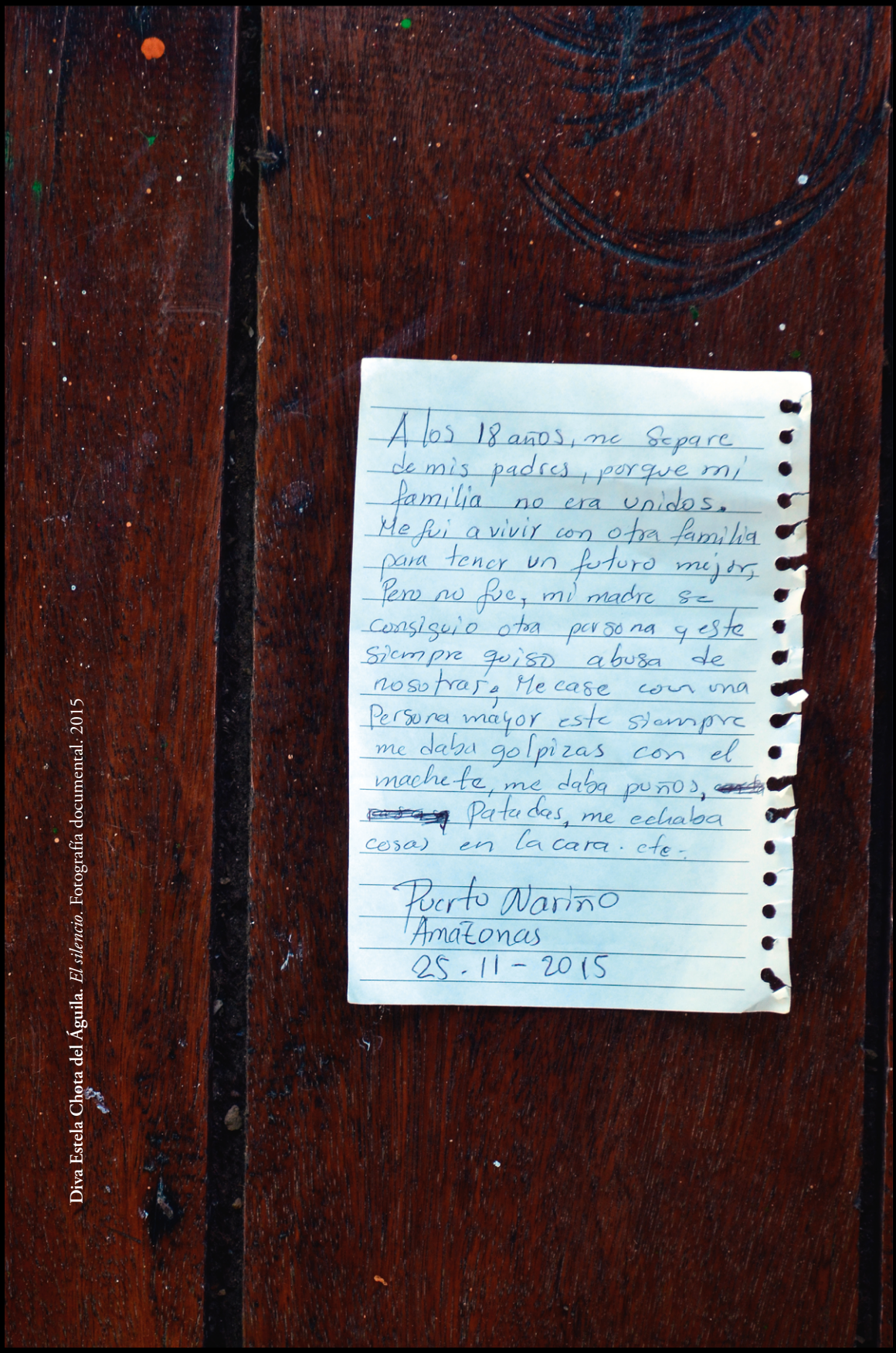


Rommel Rojas Rubio. *Tránsitos.* Registro de la instalación. 2015



Rommel Rojas Rubio. *Recorridos.* Fotografía digital. 2015





Diva Estela Chota del Águila. *El silencio*. Fotografía documental. 2015







Erika Diettes. *Río abajo*. Fotografía de la instalación. 2015



Agustín Zuluaga. *Servicio militar obligatorio.*
Intervención de fotografía de archivo. 2019










18
16


12
11
10


6
5
4



Carlos Saavedra y Mafapo

Madres Terra

Fotografía de intervención y participación

2018



Mafapo y Carlos Saavedra

Archivo del álbum familiar

Registro de archivo

2021



Mafapo. *Archivo del álbum familiar*. Registro de archivo. 2007

49691A FLCIACO
49901G NEIVACO
154 NEIVA CT 30/28 FEB-22 1538

144

LUIS CARLOS TOVAR FAMILIA
CASEOSAS FLORENCIANAS
FLORENCIA CAQ

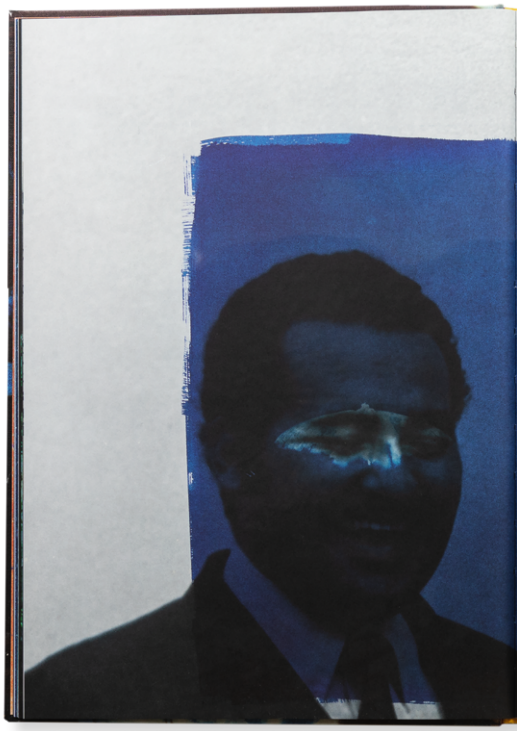
DE TODO CORAZON ACOMPANAMOSLOS MOMENTOS DE ANGUSTIA QUE A
COMPARTIMOS ESPERO MI AYUDA SIGNIFIQUE ALGUNA SOLUCION EXA-
CRABLE ACCION

GERMAN CUELLAR SILVESTRE FAMILIA

GS-154
49691A FLCIACO
49901G NEIVACO



Luis Carlos Tovar. *Jardín de mi padre.* Intervención de archivo y cianotipo. Fotografía, fotolibro. 2016, 2020



Enero 5 de 1981

Reciba un saludo de Año Nuevo para Ud. y su familia a nombre del EJERCITO POPULAR DE LIBERACION (E.P.L.)

Como es de su claro conocimiento. los términos de la negociación acordada en torno a su secuestro, exigían la cancelación inmediata de $ SIETE (7) MILLONES DE PESOS, y el pago de UN (1) MILLON DE PESOS, al cabo de 6 meses.

Dado que el plazo fijado ha expirado hace mas de dos meses [redacted] plazo de QUINCE (15) DIAS, contados a partir de la fecha.

Esperamos que la cordura y reserva que mostró el Señor Intermediario para favorecer su integridad, sean igualadas o superadas por Ud, quien sería el responsable directo de un comportamiento desacertado

Le haremos llegar en vísperas de la fecha mencionada instrucciones precisas para la entrega.

DESDE LAS MONTAÑAS ATENTAMENTE,

ESTADO MAYOR
FRENTE ERNESTO CHE GUEVARA
EJERCITO POPULAR DE LIBERACION E.P.L.

Enero 19 de 1981

Señor
JAIME TOVAR QUIBANO
E. S. M.

Siguiendo la secuencia de nuestra anterior carta, nos permitimos instruirlo acerca del asunto en cuestión:

1. DIA DE ENTREGA: Miercoles, 21 de Enero de 1981
2. LUGAR: Algun punto de la Carretera que une Florencia-Domcello.
3. SUMA: La acordada ($ 1.000.000), en billetes de diferente y baja denominación.
4. Deberá partir de Florencia a las 6:30, en su automovil particular, SIN COMPAÑIA. (NOTA: 6:30 A.M.)
   En el trayecto encontrará a Compañaero conocido por Ud. quien con PAÑUELO BLANCO EN MANO, le hará señales pertinentes para que se detenga y entregue el dinero.
5. CUALQUIER VIOLACION A LA ABSOLUTA RESERVA QUE MERECE EL ASUNTO EN CUESTION, REPRESENTA GRAVES RIESGOS PARA SU INTEGRIDAD PERSONAL !!!
6. DESTRUYA ESTE DOCUMENTO .

Atentamente,

ESTADO MAYOR
EJERCITO POPULAR DE LIBERACION
FRENTE ERNESTO CHE GUEVARA

COMBATIENDO UNIDOS VENCEREMOS !!!



Luis Carlos Tovar
Jardín de mi padre
Intervención de archivo y cianotipo
Fotografías, fotolibro. 2016, 2020



Disparando Cámaras para la Paz. *Disparando cámaras para la paz: juventud, fotografía y el conflicto armado colombiano.* Fotografía documental, 35 mm. 2002



Disparando Cámaras para la Paz. *Disparando cámaras para la paz: juventud, fotografía y el conflicto armado colombiano.* Fotografía documental, 35 mm. 2002





EL LIBRO DEL PORVENIR

La espera

Introducción a El libro del porvenir

Las comisiones de la verdad reciben su mandato en un momento intermedio, entre el pasado que investiga y las expectativas e ilusiones sobre el futuro. Precisamente, una de las reflexiones más importantes de este Tomo testimonial tiene que ver con ese porvenir. ¿Qué expectativas de transformación puede haber en un país aún en conflicto? ¿Se puede hablar del mañana? Algunos podrían afirmar que no, y menos en un Informe Final de esta naturaleza, que busca darle un orden y una explicación al pasado. Sin embargo, «El libro del porvenir» se pregunta justamente por aquello que permite imaginar lo que viene y por sus retos. Mas no por ello se trata de una pregunta sobre el futuro. Por el contrario, se trata de entender cuáles son los recursos sociales y culturales que comunidades concretas tienen a la mano para imaginar el porvenir desde la cotidianidad de su presente. Algo que en ocasiones significa soñar con un pasado idílico, inalcanzable, o heredar los proyectos inacabados de generaciones anteriores.

Después de escuchar testimonios alojados en el Sistema de Información Misional de la Comisión y de recolectar algunos, encontramos que el porvenir se reducía a fragmentos, a párrafos que si acaso aparecían al cierre de las entrevistas o después de que se preguntaba: «¿Quiere contarle algo más a la Comisión?», «¿Qué opina del proceso de paz?», «¿Qué cree que pasará más adelante?». Así que tuvimos que «aguzar» el oído. El porvenir se escondía en el paisaje de la devastación y solo se escuchaba en su antagonismo con esta. Las personas no imaginaban el mañana sin cierto matiz de desesperanza. Lo contrario, un futuro idealizado, quizás solo tenga sentido si se sueña desde la indiferencia. Por ello, este libro no pretende ser apologético, sino mostrar las contradicciones, las imposibilidades y las incertidumbres de la esperanza.

Ya que el dolor puede fácilmente tragarse las historias, las narraciones que vienen a continuación fueron editadas de forma que este se presentara sin profundizar en él. En otras palabras, la densidad del dolor puede variar de una historia a otra. Pueden ser tres párrafos o dos páginas. Lo necesario para dar paso al porvenir. En este sentido, debe ser claro que el dolor no está ausente y que el esfuerzo del equipo no fue eliminarlo, sino reducir su volumen. Por otro lado, encontramos que el porvenir no es diacrónico. Aunque se proyecta desde el presente, los futuros posibles y las grandes transformaciones se conectan con los proyectos que las personas llevan soñando durante décadas. Asimismo, las historias de este libro nos permitieron comprender que en la vida cotidiana también hay un proyecto de nación, si bien las personas no

entendían su quehacer como algo digno de contar. Por ello, la construcción de paz no solo debe verse a través de la reinstauración de la institucionalidad y la estatalidad, como suele proponerse desde las visiones más comunes al tema, sino también en sus formas de operación cotidiana.

Finalmente, esta apuesta se materializó en las cuatro secciones de este libro: «Dolores que congregan», que retrata la juntanza en torno al dolor que ha creado relaciones de pertenencia y solidaridad; «Convivir, significar y resistir», en la que se reúnen aquellos esfuerzos sociales por crear mundos comunes donde se pueda volver a convivir con los demás; «Territorios de la escucha», que presenta la materialidad de la esperanza, o sea, el día a día de proyectos sociales que pretenden transformar una realidad concreta; y, a manera de cierre, «Encuentros», que presenta escenarios en los que sus protagonistas se volvieron a ver luego de haber estado en bandos contrarios o en posiciones de vulnerabilidad durante la guerra; y, a manera de cierre, el epílogo al porvenir «Destierros» condensa una serie de relatos que nos permiten preguntarnos qué viene para un país que pone en riesgo el futuro de sus jóvenes.

Consideramos que este es el cierre apropiado para el Tomo testimonial, uno que reflexiona sobre las muchas y múltiples facetas que adquiere el futuro en un momento de incertidumbre. Como decíamos, no se trata de una mirada enceguecida por la esperanza, pero sí de una que se fija en algunos destellos por los que vale la pena luchar y que se deberían proteger. Motivos, asimismo, para soñar de su mano con una realidad diferente.

Dolores que congregan

«Estamos juntos
porque compartimos la misma cicatriz».

En «El libro de las devastaciones y la vida» los testimonios nos hablaron de las fisuras que producía la violencia. Las personas relataron una dimensión del dolor que rompía y que disociaba las relaciones cotidianas. Luego de escucharlas, nos preguntamos: ¿se puede aprender a habitar la herida y moldear desde ella un sentido de futuro? Quizás se parezca al proceso de cicatrización del cuerpo que, con el trabajo del tiempo, incorpora a nuestra piel aquello que la había roto. Las cicatrices son una forma de memoria, un vínculo con el dolor originario. La gente se narra a sí misma y a otros desde ellas. ¿Se podría afirmar que la experiencia del sufrimiento reúne hasta el punto de crear un sentido de comunidad?

La respuesta está en el seno de «Dolores que congregan», donde se narran las hermandades que nacieron del reconocimiento del dolor, de ese tejido de afectos y sentimientos que produjo la experiencia común de la violencia. Todas las sociedades –todos los seres humanos– necesitan explicar el sufrimiento, y más cuando trata de absolverlos en su existencia. De esas explicaciones surgen las religiones o los grandes sistemas de pensamiento.

En los relatos que siguen, la vida cotidiana es el escenario en el que se articulan los «lenguajes del dolor colectivo», el porvenir adquiere una forma posible y la juntanza con los demás se convierte en un acto fundante de vida, «en una comunidad de dolor».

Ausencias que juntan

Cerrar no hace referencia al olvido, por el contrario, sirve para definir un recuerdo de un hecho o de alguien. En el caso de las personas que conviven con las ausencias de otros, ese proceso queda incompleto o es mucho más lento. Algo que quizás solo comprenden del todo aquellos que lo han experimentado, que también viven el día a día con alguien que les falta. Por eso, para dialogar sobre los que no están, sirve juntarse con otros que los recuerdan o con otros que también permanecen a la expectativa de un retorno imposible. En esta subsección, compuesta de tres historias, la juntanza entre las personas se da gracias al apoyo y la solidaridad para resistir a la ausencia.

La voz de los ancestros

Descubrimos la violencia

Recuerdo en mi infancia el poder jugar con mis primas; recuerdo mucho con mis primos y con los vecinos. Muy cuidados. Nuestros papás estaban muy pendientes. Recuerdo tanto que, a veces, cuando niña, como que me incomodaba o me molestaba eso; que yo tenía a papá y a mamá muy encima. Nos dejaban jugar, pero hasta cierta parte. O sea, mis papás decían «tengo que mirarte, verte», y entonces a veces sentíamos con mi hermana que nos incomodaba eso, que estábamos con los ojos vigilantes ahí encima. Porque a veces uno de muchacho quiere ir más allá, a la otra cuadra, a tal cosa, y no, no se puede.

Cuando niños, los papás trataban de no hablarnos sobre lo que pasaba, pero ya después nos dimos cuenta de que se debía a que estábamos en un territorio donde se vivía el tema este del conflicto, de asesinatos. Entonces los papás, por eso, tenían el cuidado de no dejarnos salir mucho; si uno se iba, los papás decían «pero siempre tiene que estar uno de los mayores, ya sea el papá o la mamá, allí cuidándote; de lo contrario no sales, no vas».

En nuestra adolescencia ya empezamos a evidenciar ese tema tan, digámoslo, lamentable, triste y decepcionante que fue la violencia. Recuerdo mucho que en esa época, en Puerto Asís, la violencia se empezó a sentir. En un comienzo era en horas de la noche. Yo empecé a escuchar que había equis grupos. Creo que del primero que se hablaba era de La Mano Negra, y que la limpieza, «que viene la limpieza social y que La Mano Negra». Y después que «ah, que llegaron las Águilas Negras», «no, que Los Masetos».

Eso uno empezaba a escucharlo de las personas mayores que se reunían a hablar y a contar. Empecé a escuchar «asesinato, que asesinaron a aquel, que asesinaron a aquello

y que fueron esos». Sabíamos que se concentraban en los jóvenes, en los adolescentes, más que todo en los hombres. Para ellos, los paramilitares, la solución era asesinarlos y tirarlos al río, ¿no? Uno, otro y otro y otro.

Aparte de eso también vivimos el asesinato dentro de mi familia, tres primos que fueron asesinados. El último de ellos fue en el 2006. Creo que ese asesinato fue el que más nos marcó como familia. Era un chico universitario, le faltaba un semestre para terminar su carrera como ingeniero civil. Él estudiaba en la Universidad del Huila y fue señalado por el hecho de que se dejó su cabello largo. Su afro, tenía su afro. Venía a pasar las vacaciones en Puerto Asís. Acá estaba la familia. Venía con su cabello afro, su *jean* roto, como los universitarios. Por eso fue objeto de sospecha y fue asesinado por los paramilitares.

Aparte de eso fue mucho más fuerte el dolor porque lo asesinan y lo tiran al río que queda al lado del muelle, y pues la búsqueda duró como cuatro días. Tú sabes que en medio de todo esto, de este dolor, un poco el consuelo era poder tú darle sepultura a tu ser querido; por lo menos darle una buena sepultura a tu ser querido. Fue una búsqueda que se hizo, un trabajo de cuatro días hasta que se logró encontrarlo.

Nosotros sabíamos que a los jóvenes los tiraban al río porque mucha gente conmovida, los amigos, empezaron a preguntar y ellos se lo confesaron a alguien. «Ah, pues…», así se lo dijeron a un primo, «sí, anoche… ». Él estaba con un amigo, dijeron «sí, anoche matamos dos y los tiramos al río». Y ya. Es como te digo, es como si fuera… no tengo palabras para explicarte. De la manera más fría, de la manera más… «No, sí, es que anoche los tiraron. Vayan a ver, busquen. Porque, pues, anoche sí, sacamos a dos pelaos de ahí y los tiramos al río».

El recorrido del totumo

Esto quebranta a una familia. En el caso de mi tía, ella le confesó a mamá: «Yo estoy viva, pero estoy muerta en vida. Me ves aquí en vida, pero prácticamente al matar a mi niño me mataron a mí también». Eso marca mucho en un hogar. Así estaban todos. Nos cansamos, la gente se cansó y dijo «si con tanta frialdad tiran a los pelaos al río, con los ancestros los encontramos y les damos sepultura».

Es que lo bonito, dentro del proceso organizativo como afros, dentro de esa parte cultural nuestra, está la parte de la espiritualidad: cuando fallece alguien, como nosotros despedimos a ese ser querido, hacemos nuestro rezo, nuestros alabaos, nuestros arrullos, esos cantos.

El estar dentro de ese proceso como de comunidad afro organizada no es solo lo de la espiritualidad. Lo otro más bonito es la hermandad, los escenarios de compartir, de convivencia. Son todos los espacios que generamos para llamar a nuestros ancestros, y que nos llenen de luz, que nos llenen de esa energía ancestral para decirle al otro: «Ve, mirá, aquí estamos, tenemos este color de piel, amemos este color de piel». Desde todos esos escenarios nosotros permitimos que nuestros ancestros nos iluminen, nos lleguen.

En el caso de mi primo que te comento, que fue asesinado, que fue tirado al río, se lo encontró en el cuarto día porque se hizo un ritual ancestral que luego empezamos a implementar para buscar a nuestros jóvenes. Se coge un totumo y se le prende una vela en el centro a ese totumo, y se hace una oración para que permita… Es una oración que se hace a nuestros ancestros, a Yemayá, a Eleguá, a todos ellos. Se los llama para que nos ayuden a buscar a ese ser querido que está en el río. Porque, como te digo, cuatro días estaba perdido y ya se había perdido la esperanza, y se hizo ese ritual.

Ese totumo es limpieza. Cuando tú lo sueltas en el río, ese totumo empieza a recorrer y se va, y se va, y se va. Él llega a un punto donde está la persona que estás buscando, empieza a dar vueltas, a girar, a girar. Entonces ahí ya tú te concentras en buscar a esa persona, y ahí está. Y así fue como se logró encontrar tanto a mi primo como a otros chicos. Uno sí fue por accidente. O sea, se estaba bañando aquí en el ferri, saltando, y se ahogó. Fue, digamos, algo accidental. La forma como se lo encontró fue a través del ritual ancestral. Se volvió, por así decirlo, una actividad comunitaria; nos volvimos la comunidad de la búsqueda: ir al río y con la ayuda de los ancestros a buscar a esos jóvenes. Y es que los desaparecen, pero nosotros los encontramos y así sus madres los pueden sepultar.

La caída de una iglesia

Aquí se supo de los paramilitares cuando la masacre, en el año 99. Entraron por el lado de La Siria. Ajá, qué casualidad, donde queda la base militar. Caminaron por todo lado, alrededor de Las Piedras. No se estaban escondiendo. Llegaron por allá abajo, por la atrapada, donde había casetas y eso, y salieron por ahí mismo. Llegaron a la pista, que era donde se hacían los bailes, a las doce y pico fue eso, y ahí mataron como a ocho personas. En eso cayó el sobrino mío, otro muchacho sí se voló. A todos los acostaron, a toditos, y los fueron matando. Otro que se salvó fue porque se hizo el muerto.

Después de la masacre, uno tenía temor de salir, no se veían niños en la calle. Aquí cenábamos a las cinco de la tarde y yo me iba pa donde la vecina. Veíamos el noticiero y nos acostábamos. Cuando ladraban los perros, yo ya estaba temblando en la cama, pensaba que alguno de ellos venía.

Un año después de que se desmovilizan los paramilitares nosotras nos asociamos. Antes no hubiéramos podido, teníamos temor de reunirnos. Iban a pensar algo malo, que nosotras éramos de otro bando.

Nos asociamos en el 2006. La idea surgió porque cierto día nos reunieron. Un tío de una amiga vino y nos dio la idea de que nos reuniéramos para tumbar la iglesia.

Verdad que la iglesia estaba toda deteriorada por el abandono que tenía. El padre no quería dar la misa ahí.

Es que venga le digo: la gente después de la masacre no quería ir ni a la iglesia, ni a la pista de baile. También sería por el abandono, porque a veces no están bien construidas. El padre decía «yo no entro a la iglesia porque me va a caer encima». No sé si usted se imagina lo que es una comunidad sin iglesia. ¿Usted adónde lleva todo ese dolor de la masacre?

Nos pusimos en esa cuestión de tumbar la iglesia. Fueron casi dos años para reconstruirla. Y, pa qué, pero hicimos muchas actividades y la gente nos colaboró. Ese día nos reunimos. Hicimos comida pa la comunidad y pal personal que venía. Vinieron muchas redes, varias oenegés, bastantes personas. Ese día fue una bendición porque cayó tronco de aguacero. Íbamos a empezar y tuvimos que decir que esperaran al padre Rafa y a la demás gente. Eso fue nada pa tumbarla, pero pa levantarla duramos dos años.

Desde ahí, como le digo, empezamos a construir nuestro tejido social. Mejor dicho, como decíamos acá, «pa unirnos tocó tumbar una iglesia». Porque nosotros teníamos miedo de salir, de hablar, ajá, y para la construcción de la iglesia nueva nos pusimos a hacer bingos, rifas; salíamos a pedir colaboración.

Y ya después empezó la crítica porque la reconstrucción no se dio en seguida. Usted sabe que eso era un poco de millones. Eso duró dos años en el suelo. La gente se puso a hablar, que nos iban a echar a la Policía. Se moría la gente y decían que era por nosotros, porque la iglesia estaba en el suelo. Imagínate, lo primordial en la plaza era la iglesia y estaba limpiecito ese lote ahí.

Ahí aparece un cuñado mío. La mamá le comenta que la iglesia está en el suelo, que si ellos podían ayudarnos. O sea, era arquitecto. Bueno, la mamá les pidió e hicieron contacto con nosotros y nos dijeron que se comprometían a construir la iglesia. Digamos que nosotros les buscamos los transportes, la asociación hizo eso. Vinieron los cuñados y con la ayuda de la comunidad se hizo la iglesia.

Mientras estaban trabajando, la comunidad nos daba el plátano, la yuca, la carne. Hacíamos ollas comunitarias pa ese personal. Había días que comían cien personas. Había grupos para cocinar. Nunca faltó la mano de obra para las cocineras ni ayuda en la obra. Hasta niños. Bueno, así son las cosas con la comunidad. Un día sí quieren, otro no, pero apoyan. Ese es el diario vivir de acá, y pues esa fue nuestra primera actividad como asociación.

¿A dónde va el tiempo perdido?

Tierra y humo alrededor

Mi accidente fue en el corregimiento de Pancitara. Ocurrió en el año 2002, cuando ordenan la recuperación de los territorios que estaban en la zona de distensión. Repentinamente, las zonas que durante mucho tiempo, más de doce años, habían sido ocupadas por grupos al margen de la ley se llenaron de grupos armados del Gobierno. Un día normal, por ahí mediados de agosto, aparece la fuerza pública. En ese momento, en la comunidad nadie sabía de la presencia de minas. Se había escuchado en el noticiero, pero en los Llanos Orientales, en otras partes. Por eso nadie estaba sensibilizado de la situación.

El cuarto combate fue el 14 de septiembre de 2002. Fue en horas de la tarde. Se oscureció con esa zozobra de combate. La preocupación de nosotros eran los animales de las fincas que exactamente quedaban en esos sectores. Los comuneros normalmente salíamos a recoger los animales, porque a causa del ametrallamiento y explosiones se revolvían. De una finca se pasaban a otra. Ya iban tres meses en los que había ocurrido lo mismo. Era domingo a las seis de la mañana. Me madrugué, iba a recoger y asegurar los animales. Era el día de mi cumpleaños, por eso madrugué. Pensaba bajar a celebrar con un almuerzo con mi familia, con un partido de fútbol con mis compañeros de comunidad y de mi infancia, y resulta que no fue así. Había caminado de quince a veinte minutos. Estaba cerca de llegar a la finca cuando me llevé la sorpresa de que el campo estaba minado. Sentí una explosión que me levantó, pero no sabía qué me había sucedido. La verdad, no sabía qué era ni qué había explotado, qué había estallado, nada. A los pocos segundos me desperté y me vi. Miré fue todo con tierra alrededor, humo y estaba la ropa arrancada. Mi pie izquierdo estaba totalmente… No tenía pie del tobillo hacia abajo. Mi pie derecho estaba descarnado. Yo tenía esquirlas en diferentes partes del cuerpo y heridas. En pocos minutos llegaron unos vecinos del sector que también iban a hacer la misma labor que yo hacía, a recoger los animales. Ellos fueron los que me auxiliaron, los que me sacaron del lugar. Caminamos unos 300 metros hasta que nos encontró el Ejército, que me prestó primeros auxilios. Trataron de organizarme, pero cuando estaban acomodándome en una camilla improvisada, los atacaron nuevamente. No tuvieron tiempo, me sacaron como pudieron del lugar.

Me trajeron a la ciudad de Popayán, al hospital San José, y el médico me dijo que la única forma de poder volver a caminar era que tenía que cortarme otro pedazo del pie. Me explicó que posiblemente volvía a caminar. Mi anhelo era ese. Di la orden, firmé y me intervinieron. Me acabaron de amputar el otro pedazo de pie. Pasó un rato cuando ya me dijo que lo levantara y lo vi así, más cortico. Me preguntó que cómo me sentía y le dije que estaba bien, que gracias por haberme ayudado. «Tiene que hacer un trámite para una prótesis. Va a volver a caminar. Tranquilo que usted sigue para adelante, usted está joven todavía». Mis hermanos y mi familia me acompañaron,

nunca me dejaron solo en esa situación. Fue junto a ellos que empecé a salir adelante, a recuperarme. Quizás queriendo como recuperar el tiempo perdido, decía yo.

Habían pasado siete meses en los que yo estaba haciendo terapias y la cuestión de la prótesis. Me tocó estarme acá en Popayán. El propósito mío era volver a pararme, caminar. A los ocho meses lo hice, luego de pasar un poco de complicaciones. Y a la marcha otra vez, a seguir en lo mismo que yo hacía: trabajar en el campo, con los animales, en la casa, cuidando de mi familia. Por lo general, para la víctima de minas la preocupación es recuperarse, acceder a una prótesis y retornar a lo de siempre. Es querer recuperar el tiempo perdido, seguir una vida normal. Pero cuando vuelve el sobreviviente al campo, se encuentra con una cantidad de dificultades. Que la prótesis, que ya no puede trabajar, que ya no puede cumplir con sus tareas diarias. No puede y no puede.

Cuando regresé, a mí me cambió todo. Mis sueños, mi entorno, mi proyecto de vida. Uno normalmente, como cualquier ser humano, sueña con muchas cosas en la vida, pero nunca piensa en lo que el destino le va a deparar. Fue complicada la adaptación a una nueva vida, a ser sobreviviente. Adaptarse a la ausencia de su cuerpo. Casi que no me identifico con las cosas para discapacitados, no quisiera ser parte de un pueblo discapacitado. A mí no me gusta que me tengan como una persona invalida. En mi mente intento decirme que estoy bien físicamente a pesar de la dificultad. No, definitivamente, no me identifico. Cuando uno se ve, hay veces que se acompleja porque no puede realizar las actividades que uno realizaba. Mejor dicho, uno quisiera no depender de una prótesis, ser una persona normal para correr, para jugar. Jugar fútbol me gustaba mucho, muchísimo. Me gustaba compartir con mis amigos. Ahora ya uno depender de una prótesis, de que esta prótesis me va a llevar a tal parte, que no puedo caminar mucho porque me molesta, que se me daña también y hay que cuidarla y todo eso. Eso hace que uno se siente en la realidad de quién es uno ahora, uno dice «no, es que ahora yo soy así, y ya no puedo hacer tal cosa».

Otra cosa que nos ha pasado a muchos compañeros es que cuando alguien pisa una mina antipersonal la comunidad le dice «es que era colaborador de la guerrilla, es que era guerrillero, es que fue por ir a ver al grupo armado». A mí también me señalaron, me decían que fuera adonde la guerrilla para que me colocaran una prótesis. Yo sé que esos señalamientos los han recibido muchos, muchos. Todos, la mayoría de los compañeros. Aún hay veces que hasta los mejores amigos dudan de uno. Pero a través del tiempo les he ido mostrando con los hechos, con las actividades, con lo que uno hace. Ya aprendí a no escuchar los comentarios. Eso fue al inicio, cuando ocurrió. Después todo normal. Ahora todo el mundo se me quita el sombrero y me saluda.

Las marcas eternas

A mediados del año 2005 me invitaron a la ciudad de Bogotá, en abril o mayo, a gestionar ayudas y para dar a conocer los casos de nosotros. En ese tiempo, los

sobrevivientes que habíamos éramos muy pocos. No teníamos conocimiento sobre derechos ni deberes. Fue un poco complicado el inicio porque el tema de minas antipersona en el Cauca era muy ajeno todavía. Poco a poco fuimos llevando el proceso de recuperación personal. Para el año 2006 me hicieron la primera invitación a la Campaña Colombiana Contra Minas de la ciudad de Bogotá. Estuve allá unos meses, como dos meses, y luego me invitaron para la ciudad de Medellín a hacer parte de un equipo nacional de formación y educación sobre el riesgo de minas antipersonales. Allí fue donde tomamos consciencia de la situación. Fuimos tres compañeros del Cauca más 27 a nivel nacional. Ahí fue donde iniciamos el proceso y entendimos que no éramos unos pocos, sino una comunidad que había vivido esta situación complicada.

Desde el 2002 habíamos empezado a organizarnos en la Asociación de Víctimas de Minas Antipersona del Cauca. A finales del 2004 éramos un grupo muy pequeño, no mayor a veinte compañeros fundadores. En el 2006 fue el año en que más se incrementó el número de víctimas, que llegó a 80 sobrevivientes. Sabíamos que había más sobrevivientes que se quedaron por fuera. Nunca se interesaron en hacerse visibles, sino que se quedaron allá en sus territorios y no los hemos podido ubicar. Esto ocurrió porque se incrementó el conflicto armado en esas zonas. Lo mío fue el inicio nomás. Después fue más complicado porque el Ejército arremetió. El propósito de ellos era recuperar Santa Rosa, donde se puede decir que era la cuna de los grupos armados. Se sabía de que habían ocurrido accidentes, de que habían ocurrido muertes de personas. Se sabía, también, que había soldados que sufrieron amputación por minas antipersonales. En el lugar que yo caí, a los quince días, cayeron dos soldados. Y de ahí en adelante había una cantidad de testimonios y de vidas que sufrieron accidentes.

Son pocas las víctimas que se desplazan por completo, sino que, al contrario, vuelven y se quedan allá. Ahí es donde incluso se olvidan o desconocen que también tienen derechos. Eso es lo que hemos hecho como organización, orientarlos. Llegar hasta donde los que podemos y comentarles de los deberes, de los derechos. Muchos compañeros se van y no quieren volver a saber nada del mundo actual. Nosotros hemos logrado sacarlos, decirles lo que valen, que son personas que, a pesar de la dificultad, merecen seguir viviendo, pensando en los sueños que tenían. Para el 2008 la Asociación empezó a integrar campesinos, indígenas, afros. Por lo general, los accidentes se presentaban entre las personas que están en el tiempo de edad productiva. Las que salían a cumplir con sus deberes diarios. Aunque también había adolescentes, niños, que ahora ya están adultos y hacen parte de la organización.

Después de todo esto en mi vida, me enfoqué más en los asociativo. Mi organización es como una familia, ellos me ayudan cada vez que uno está deprimido. Nos ayudamos a entender, a querernos y a tolerar. En la Asociación uno es consciente de la realidad de lo que vive una persona al pisar una mina antipersona. Uno lograr hacer algo por ellos, por la enorme cantidad de gente que uno conoce. Sus experiencias le dan sentido a la vida, a saber que no ha sido un tiempo perdido. Nosotros vivimos una experiencia, somos un claro ejemplo de que sobrevivimos a una situación complicada.

Les digo a los compañeros que somos la historia, las secuelas que quedaron. En nosotros quedó la cara del terror. El conflicto armado no está, pero en nosotros quedó marcado y todos los días lo recordaremos. Para nosotros, todos los días se revive la guerra, no es fácil olvidarla. Pero que también vaya con nosotros como una marca eterna la satisfacción de haber sensibilizado corazones y trabajar por otras personas para que, quizás, nadie tenga que volver a vivir estos inconvenientes.

Cómo volver de la muerte

Mario, mi esposo, murió en la primera masacre del 3 de noviembre del 2000, con diecinueve personas más. Ahí murió mucha gente inocente, mucha gente que nada tenía que ver con esa guerra. Nadie estábamos preparados para una cosa de esas, ni siquiera imaginábamos que nos podía ocurrir aquí. Acá en el pueblo, ¡jamás! Uno no veía sino la gente trabajadora luchando por salir adelante, por sacar los hijos adelante. Eso era lo único que veía. Uno piensa «pero ¿por qué le pasó a fulano esto? ¿Por qué?».

Que mucha gente ahí murió inocentemente; muchos de los que murieron no supieron ni por qué. Por ahí pal 2004 o 2005 nos decían «ustedes de todo ese dolor que les tocó vivir, deben de hacer un salón de memoria». «¿Y para qué puede servir una cosa de esas si ya nuestros seres queridos no están con nosotros?, ¿qué nos pueden importar a nosotros lo demás?». Había mucho dolor, estábamos encerrados en nosotros mismos.

Murieron hasta vecinos, hasta amigos, hasta conocidos, y nos vinimos a dar cuenta por ahí a los nueve años de que había pasado la masacre, cuando vinimos a poner esas fotografías allá. Uno se quedaba aterrado. «¿Cómo así que este fulano murió?», «¿Cómo así que este también?», «¿Y ese también?», «¿Ese no que está trabajando por allá en tal parte que habían dicho?»… Además de los que murieron, pero que sus familiares no trajeron la foto. Mucha gente no quiso traer la foto.

Muchos en ese tiempo no le apostaban a este proyecto de memoria que comenzamos a construir. El personero, un muchacho de por acá, insistía, insistía, y entonces nos llamaban a esas reuniones: «Ustedes, todas las que son víctimas, las necesitamos aquí para hacer reunión con ustedes». Nosotros íbamos allá y nos sentábamos, y una persona nos decía «¿a usted qué le pasó?», «¿A ustedes cómo les tocó vivir la guerra?», «¿Usted dónde estaba?», «¿Usted a quién perdió?».

Unas no solamente habían perdido al esposo, sino que habían a los hijos, la mamá, el papá… niños que quedaron prácticamente solos. Eso era una cosa aterradora. Terminaban las reuniones y nos poníamos a hablar, nos poníamos a contar las historias. ¿Quién era el marido?, ¿quién era el hijo?, ¿los hijos cómo eran?, ¿qué anhelos tenían?, ¿qué aspiraciones tenían? Cuando nos poníamos a desahogarnos, sentíamos

un alivio al salir de aquí. Todos nos conocíamos, teníamos anécdotas. Eran amigos, vecinos, era la gente de por acá.

¿Y cuándo será que volvemos a encontrarnos?», «Tan bueno, como que se descansa cuando uno se desahoga», «Y qué, ¿cuándo nos volvemos a ver?», «¿Cuándo nos encontramos?». Eso era lo que más anhelábamos. Ahí fue cuando comenzamos a entender que la vida tenía que continuar, la vida no se nos había acabado. Teníamos que seguir luchando por esos hijos que habían quedado con nosotros, para que más adelante ellos fueran un apoyo.

Cuando hablábamos era recordando: «¿Se acuerda del bigote de fulano?, ¿se acuerda cuando íbamos por allá?». Nos animamos y dijimos «vamos a traer la fotografía de cada uno de los seres queridos, los que murieron. Les vamos a poner un sitio, no sabemos dónde todavía, pero les vamos a poner un sitio para que los familiares y los amigos puedan venir a visitar a sus seres queridos acá».

Para nosotros fue un comienzo poder hacer esa memoria. Es que uno dentra aquí y se acuerda. Gracias a Dios los tenemos allá en el cementerio. Pero muchas veces uno va al cementerio y ahí dice «aquí yace fulano de tal». Pero ¿cómo era ese fulano de tal?, ¿cómo era mi papá? Yo ya no me acuerdo cómo era mi papá. Acá, en cambio, uno dice «me voy a ir a pasar por allá a ver quién está, a quién me encuentro pa charlar un ratico, pa tomarnos alguito». Así conformamos fue un grupo, una comunidad.

Cuando viene aquí, vuelve y recupera uno esa memoria que tenía tan perdida. «Vea, así era mi papá; vea, así era mi hijo, así era mi esposo. Así era. Me acuerdo cuando tenía esa camisa, cuando compró esa camisa».

Yo en la casa no. Jamás de los jamases se dice «el finado Mario, el difunto Mario, el difunto papá. ¡No, jamás!». «¿Se acuerda, mamá, cuando papá vino tal día y trajo tal cosa? Ah, ¿se acuerda mamá cuando fuimos por allá al paseo de Comfama que pasamos tan rico?». Nos acordamos de todo, como si él estuviera por ahí.

Yo digo que eso es como hacer memoria. Uno ahí ve que ellos mueren para uno es cuando uno los olvida. Cuando nosotros veamos que los olvidamos, ahí sí podremos decir «esas personas ya murieron para nosotros». De resto, vivirán para siempre en la mente.

Un tema de amor

Treinta y cuatro años de búsqueda

Puedo decir que soy como muy romántica. Me gusta pensar que las cosas no se dan porque sí, que todo tiene un motivo: el encontrar los restos de Yimi fue por amor. La toma del Palacio de Justicia donde desapareció mi esposo cambió mi vida. Yo tenía veinte años y me encontraba con mis cuatro hijas. Eso fue cerca de las once y

cincuenta, once y cuarenta y cinco de la mañana. De ahí hasta las veintisiete horas después, viví con total angustia. Con un radio pegado a mi cuerpo todo el tiempo porque era muy poco lo que podía ver televisión. No sabía a quién llamar, no todas las familias del Palacio nos conocíamos. Mi cuñado tenía su carnet del DAS y pudo entrar inmediatamente al Palacio. Nos llama y nos dice «véngasen porque aquí en la cafetería no pasó nada, aquí están los vasos de jugo servidos, todavía hay comida en los platos. Encontré la chaqueta de mi hermano, la cédula y algunos de sus papeles tirados en la cafetería. No hay ni un disparo, ni un incendio, no hubo absolutamente nada». Nos fuimos con mis suegros para el Palacio de Justicia y ahí empezamos todo este transcurrir de 34 años y casi 10 meses.

No entendía nada, solamente lo buscaba y lo buscaba en hospitales. Lo buscaba en donde los militares. Iba al Cantón Norte, venía al Charry Solano y me iba. Luego a todas las estaciones de policía pensando que se lo habían llevado. Siempre pensé que lo iba a encontrar muy rápido y por eso no empecé ninguna acción judicial ni ninguna demanda. Pensaba que él iba a llegar, porque no tenía nada que ver con nadie. Él era un mesero de la cafetería del Palacio. Mis cuñados, mis suegros y amigos empezaron esa búsqueda también en los hospitales. Nos encontrábamos en las noches para contarnos qué había sucedido o nos encontrábamos ahí en Medicina Legal para contarnos qué había pasado. Ahí también conocí un poquito más a los familiares de Yimi y entre todos armamos un grupo de trabajo para ir cada uno de frente, de lado o quedarnos ahí. Con muchos de los familiares de los otros desaparecidos nos identificamos en la puerta de Medicina Legal. Cuando los buscábamos, nos preguntaban que dónde trabajaba esa persona que estábamos buscando. Decíamos «en la cafetería del Palacio de Justicia» y de ahí nos mirábamos «¡ah!, usted es familiar de tal, usted es esta…». Y ahí nos empezamos a conocer, en la puerta de Medicina Legal y en las barandas que pusieron en la entrada del Palacio de Justicia. Logramos hacer contacto entre todos los familiares y darnos cuenta que todos los que habían desaparecido eran los empleados de la cafetería.

Un momento mágico

Hace 30 años, cuando conocí a la familia del magistrado Andrade, estábamos en planes muy diferentes: ellos sufriendo por el asesinato de su esposo y padre; yo todavía con una lucha vigente, no admitiendo un duelo, sino en la búsqueda. En ese momento, si los vi dos o tres veces fue mucho. Nunca más los volví a ver. Hasta que por amor, Diana les propone a sus hermanos exhumar a su padre. Ellos le dicen: «¡Nooo!, ¿estás loca? Mi mamá se nos muere donde nosotros volvamos a sacar a mi papá; mi mamá se nos muere. ¡No más, Diana! Dejemos eso así!». Ella les decía: «¡No!, ¿qué tal la persona que esté enterrada ahí, no sea mi papá y sea una de las personas que ellos están buscando?». Y dijeron que no. Diana se entera que por la sentencia de la Corte Interamericana se puede pedir la exhumación y que se van a exhumar todos los cuerpos. Ella decide que así sea, que exhumen a su papá. Dice: «Quiero que lo

saquen y me digan quién es». Lo decide sacar y le dicen que no es él, que dio más con las pruebas genéticas de mi esposo.

Todo eso era magia. Cuando ellos llegan a Bogotá, se vienen desde Miami y todos los hermanos se reúnen y deciden entregarnos los restos. Entramos a una sala de Medicina Legal, y ahí es cuando Diana me dice: «Yo te conozco. Soy Diana Andrade. ¿Te acuerdas de mí, de Fasol?». Fue muy emocional, fue muy bonito, y por eso digo que eso es el amor: Yimi quería que lo encontraran. Yimi estuvo bien. Estoy muy agradecida toda la vida con la familia Andrade. Es que me acuerdo de ese día y lloro de la emoción. Muy agradecida porque, hombre, ellos lo cuidaron, lo amaron. No estaba completo. Después de unos análisis que le hicieron, se dieron cuenta de que tenía disparos en su cadera, que le faltaban muchas partes de su cuerpo, pero lo que tuvieron de él lo cuidaron como si hubiera sido yo, y eso es un tema de amor.

La entrega de mi esposo fue una entrega digna. Empezamos a trabajar todo ese ritual. ¿Qué queremos? ¿Qué me satisfacía a mí y a mis hijas, a mis suegros y a mis cuñados? No teníamos la mejor relación del mundo, pero creo que eso nos unió. Yo soñaba con hacer una fiesta porque Yimi y yo fuimos felices, bailamos, rumbeamos, salseros a morir. Los cinco poquitos años de nuestra vida reímos mucho. Para mí era una fiesta, pero yo no podía pasar por encima de mis suegros porque, independientemente de todo, ni vivía conmigo en ese tiempo, vivía con los papás. Decidimos hacer un acuerdo de criterios. Ellos querían su parte litúrgica y que yo me encargara de lo demás.

Mi suegro dijo: «Que me entreguen y que me pidan perdón, que me lo entregue el fiscal». Él pidió esos protocolos. Él quería que el Estado se sintiera responsable. Empecé con mis cuñadas a armar el ritual bonito. Yo tenía como diez fotos. Ellas tenían como veinte. Poderlas reunir todas y ponerlas en un pasillo donde yo quería que fueran por lo menos 200 personas. Esa entrega fue digna. Fue, como dice la palabra, maravillosa. Se cantaron las cuatro canciones que lo identifican a él, que le llegan al alma. Hablaron mis nietos de su abuelo, de lo que han construido a raíz de que nos sentemos todos los días a hablar de él, de su vida. Se hizo un video preciosísimo, se hicieron unas carpetas para la entrega. Había una tarjeta que él le regaló a su mamá unos días antes de desaparecer. Se hizo una tarjeta con la foto de él incrustada con esas flores, con leyendas especiales. Una cosa hermosísima. Ese ritual sanó mucho mi vida, yo siento que soy una persona muy diferente después de eso.

La familia de un desaparecido

Mis hijas crecieron con esto. Vivíamos en una pieza todas y se sentaban a ver televisión conmigo. Nos tocaba comer y yo contando las noticias que había visto todo el día. A ellas las marcó un poco no tener a la mamá: Seis de la mañana ya estaba trabajando, salía a las cuatro, reunión hasta las seis, siete de la noche y llegaba a Soacha a las nueve de la noche y ya estaban dormidas. Otra vez a las cuatro de la mañana salga a buscar

la comida y hacer este plan de búsqueda que desde ese día se convirtió en todos los días de mi vida.

Ellas reconocen mi proceso de búsqueda, viven orgullosas, son muy felices de todo lo que he crecido. Siempre he dicho que hay cosas que pasan para bien y pues con la desaparición de Yimi, aunque fue muy triste, aunque es algo muy duro, yo crecí. Él entregó su vida para mí. Por eso me hice ese tatuaje, el ave fénix. A raíz de la desaparición de él, yo renací, soy otra persona. Mis hijas valoran todo lo que hice y se sienten muy identificadas conmigo y se dejan representar en todo. Ellas casi no están en ninguna de las cosas porque trabajan, porque son las trabajadoras de la casa. Yo soy la vaga. Ellas dicen «mamá, tú ve a tal cosa; mami, tú ve a las reuniones, tú represéntanos; tú dinos; tú cuenta todo». Eso para mí es que se sienten orgullosas.

Hay una cosa que puede parecer cruel, y es que mi hija de cinco años me amaba, me amaba, y yo creo que ella se bloqueó con respecto a su papá. Le preguntan «¿qué sentiste cuando se desapareció tu papá?», y ella dice «mi mamá lloró, mi mamá se fue, mi mamá sufría, mi mamá no dormía, mi mamá gritaba». Mi otra hija dice «yo me acuerdo que mi papá me alzaba, que mi papá cantaba estas canciones. Tenía tres años y medio, pero me acuerdo de esto, me acuerdo de la cara, me acuerdo de cómo jugaba». Ella se acuerda y lo ha mantenido, lo cuenta y trata de conservar alguna chaqueta de él o cosas de él. A veces las huele, tiene las fotos que él dibujaba. Él dibujaba algunas foticos. Muy pocas cosas que nos quedaron de él, ella las guarda y las huele. Yo tenía una costumbre de ir todos los viernes a recogerlo a él; como salía con las propinas y con la paga de la semana, nos íbamos a comprar un pollo asado o una pizza. Veníamos a Soacha y se lo llevamos a las niñas y comíamos todos.

Mira que yo todo lo cuento con anécdotas, y yo hace muchos años conocí a alguien muy querido que se llama Gustavo Germano, que hace una cosa de fotos que se llama *Ausencias,* no sé si las has visto, y él me hizo una foto lindísima de Yimi. Él estaba haciendo la foto aquí en Bogotá, conmigo en mi casa, hace como unos ocho, diez años, cuando lo llamaron y le dijeron que su hermano había aparecido. Él frenó todo, se sentó, lloró y dijo algo que yo sentí también: «Jueputa, y ahora ¿qué soy? Che, mirá, es que yo, yo era el hermano de un desaparecido y ahora ¿qué hijueputa soy?, ¿el hermano de qué?, ¿qué le hicieron?, ¿qué pasó?, ¿qué me van a entregar?».

Así me sentí yo. Yo decía «cuando aparezca, ¿cómo será?, ¿qué hago?, ¿cómo haré mi cara?, ¿qué les digo a las niñas?, ¿qué tal aparezca con vida?, ¿qué tal llegue aquí a esta puerta y yo ya tenga otro hijo y otro hogar?». Tener un desaparecido es una tortura, es una tortura por muchas cosas que uno todos los días se imagina.

Cuando les conté a mis hijas, no creían. «Mami, ¿será que sí es verdad?, ¿será que sí creemos?, ¿será?». «No, no, es… se equivocaron, no es», decía la Negra. «Mi papá va a llegar algún día, tal vez». Una de ellas lloraba. Estábamos en Medicina Legal, le mostraron algunas de las filminas con los restos y decía «no, mami, él no es, no es». Él estaba en Villavicencio.

Hasta el día en que logré ver los restos, que me los mostraron, yo pude identificar algo muy particular de él. Estaban incinerados, pero hubo una cosa muy particular que identifiqué, y entonces vine y les conté a mis hijas, y dijeron «¿está segura, mami?, mi papá no se murió adentro, ¿cierto?, ¿a mi papá lo mataron afuera?, ¿a mi papá lo torturaron?».

Fue todo el tiempo que nos sentamos a pensar: «¿Será que duró años siendo torturado?, ¿será que está andando por ahí, loco en la calle?». Haberlo encontrado es como cerrar las heridas, que tal vez manteníamos vivas y echándoles sal.

Eso fue lo que se rompió, la unión familiar. Pero con el paso de los años creo que se afianzó ese encontrarnos para contar cosas sin dolor, sin llorar, sin lástima, aunque todos esos sentimientos son válidos. Encontrarnos el día del cumpleaños del papá y celebrarlo. Yo tengo aquí en mi casa como un altarcito donde están las fotos de él, y ahí nos sentamos, ahí hablamos, le contamos cosas, no sé. Se fue afianzando esa relación como si él estuviera, el poder contarle cosas. Eso se volvió a restaurar.

Comunalidades que se crean

A menudo las personas relataban cómo la violencia dificultaba vivir con otros en el mismo territorio, y la vida comunitaria pasaba a concebirse como un lugar de incomprensión y amenaza. Esta subsección reúne historias sobre esfuerzos por recuperar la confianza en la vida con los otros y romper los estigmas de la guerra, aunque ya no se tenga un territorio en común. Después de todo, hubo una comunidad que se anclaba a ese territorio, pero cuyos lazos sociales y culturales se pueden mantener sin él. Recordarlos y hablar sobre ellos con nostalgia mantiene el sentido de pertenencia es un acto fundamental para imaginar el porvenir.

El parto del tambor

Después de lo que me pasó y de la muerte de mi esposo, yo dije «hasta aquí». Me encerré en mí sola. Empecé a trabajar para mi hijo y para mi familia, y me olvidé de mí. Mi vida era del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, y pa mi hijo la plata. Me olvidé de mí. Fue tanto que un primo mío me decía «pero es que usted tiene que pensar en usted. Usted está joven. Usted tiene una vida por delante. Organícese, póngase bonita, salga. Usted no puede cerrarle la vida al amor». Ellos me invitaban a salir y yo con hombres me sentía horrible, no quería nada. Entonces empecé a salir un poquitico, pero con los hombres no. Por ahí hay unos que me joden, pero yo no. Yo les digo «ay, no vayan a ser cansones que yo no estoy amurada, respétenme».

Me daba miedo hablar con la gente, no me gustaba interactuar con nadie. Un día decidí salir y esa vez me crucé a Nancy en el parque. Empezamos a hablar y me inspiró tanta confianza que le conté lo que me había pasado, todo. Ella me dijo que estaba en un grupo de mujeres que también habían pasado igual o peor que yo, que si quería asistir. Entonces yo como que le vi esa energía, y me fui con ella. Mi hijo hasta se asustó, me dijo «mamá, ¿usted está saliendo con gente?». Yo me fui con Nancy y me gustó mucho la forma de ser de todas.

Mi hijo notó el cambio después de que empecé a salir con Fulbia y con Nancy. «Mamá, usted es otra, usted ya se ve alegre. Me sacaron a mi mamá de un abismo que estaba encerrada», dijo a pesar de que él no sabe qué fue lo que me pasó.

Conocí las historias de otras mujeres, oí los testimonios de las otras y dije «Dios mío, hay otras peor que yo, otras cosas más horribles. ¿Yo por qué no hablé antes? ¿Yo por qué tuve miedo?». Uno no habla es porque uno no tiene conocimiento de

lo que pasa con los demás, por eso es que uno se encierra. Y, como dice una de las compañeras, esa gente siempre lo atemoriza a uno con la familia.

Dios mío, yo todo este tiempo sufriendo en silencio. Me decidí y fue cuando le conté a mi mamá todo lo que me había pasado. Cuando empecé a ir a los talleres con ellas, mi vida cambió un siglo. Yo ya sonrío, yo ya hablo, parezco una lora mojada.

Llega el día que nos convocaron para hacer el tambor. Yo ese día era brincando de la felicidad, mi mamá también. Todos notaron el cambio. Mi mamá es la más dichosa, y mi hijo. Nos fuimos con el profe Horacio, eso fue espectacular. Interactuamos más con las compañeras, nos conocimos. Veíamos la salud en los dedos que tocaban el tambor. Y más que en esos días mi nuera estaba en embarazo. Entonces eso me emocionó más. Yo pensaba que no lo iba a lograr, pero sí, lo hice.

El tambor es mi vida, un renacer. Es dejar un tiempo atrás malo y volver a empezar. Es como si no fuera mi nuera la que tenía a mi nieto, sino yo. O sea, yo me sentí viva, libre. Eso fue hermoso, ese tambor es todo en mi vida. Ellas son unas amigas, hermanas, confidentes. Nos reímos, lloramos. Nos conocemos la una a la otra: tristezas, todo. Lo que necesita de una, ahí está. Ellas me han colaborado mucho. Estoy más apegada a Nancy porque está cerquita. Nos ayudamos mucho. Ellas son muy alegres, muy humanas. Yo las adoro. Ellas me han dicho «hay que perdonar, mire que esto y que lo otro».

Hay que perdonar para uno acabar de sanar, para uno no sentir tanto dolor. Porque eso nunca se va a olvidar, pero perdonar sirve para estar más tranquila. Yo me veo más adelante, más gordita. Me veo una mujer más tranquila, sin miedo para hablar, sin que me salgan lágrimas y con las tamboreras hasta lo último, hasta que ya diga «no puedo más».

A los héroes de la patria

La última vez que lo vi

Mi papá es militar, militar retirado. Mi mamá, ama de casa. Mis hermanos también ingresaron al Ejército. Tengo dos hermanos varones: uno es sargento segundo y el otro es cabo segundo; y mi hermana se casó con un militar. Digamos que toda mi familia ha tenido que ver con el Ejército o con la fuerza pública.

Conocí a mi esposo estudiando. Después él se fue a hacer el curso para entrar a la Policía. La última vez que lo vi fue en frente del Batallón. Él tenía que bajar a no sé qué cosa; de acá, del batallón. Tenía que bajar a comprar unas cosas y dijo «ya no alcanzo, bájeme rápido al niño y yo me despido». Se lo saqué en el coche forraíto y nos fuimos. Él se despidió del niño, le dijo «cuide a la mamá, se porta bien; sáquele hartas piedras a su mamá». «Tan bobo», le dije. Me dio un beso en la mejilla y se fue.

Lo mandaron para el norte del país. Duró más de dos meses: él ya tenía que estar de permiso cuando lo mataron. El 8 de mayo me dijo «yo la llamo hoy otra vez a las seis». Pues no me llamó, y yo dije «de pronto no tiene señal o algo». El 9 de mayo me levanté como a las seis de la mañana, prendí el celular y eso empezó a llegar una cantidad de mensajes, de llamadas perdidas. «Ve, ¿mi compadre qué hace llamándome?». Era el compañero con el que había hecho curso, que prestó servicio con él. Le iba a devolver la llamada cuando le entró la llamada: «Comadre, ¿cómo está?». No sé de dónde sacó la fuerza para decírmelo. «Comadre, prenda las noticias, nos mataron a Juancho».

Los héroes y las viudas

A mí la Policía simplemente me entregó un cajón. «Mire, su esposo es un héroe». Nunca me dijeron fue equis grupo, le pasó esto, lo mataron así. Me lo entregaron en mayo, llegó en avioneta, me acuerdo mucho.

Cuando termina el dolor del corazón, empieza el dolor del bolsillo. A mí me advirtieron: «Lo que le está pasando a usted les pasa a todas las viudas. Usted no es la única que pasa por eso». Lo primero es que a usted la niegan, dicen que es una oportunista para poderse quedar con los seguros y la pensión. Luego viene lograr que la reconozcan como víctima. Porque una vez se da lo del entierro, la Policía la abandona. Muy bonito todo, muy bonita la foto y chao.

Los primeros años yo no salía, no quería. Tenían que obligarme. «Camine y me acompaña a hacer mercado. Vamos que le hace falta salir». Fueron los mismos dos años que duré peleando por la pensión. Usted va de un lado a otro, se queda sin trabajar. Que eso le toca hacerlo allá, porque allá fue donde murió; que ustedes no son víctimas porque el Estado ya los remuneró; que usted tiene dos años para hacer los trámites; que su esposo fue víctima de los grupos armados, los atacaron con explosivos, pero no se le va a reconocer como víctima porque se presentó a destiempo.

Es el mismo Estado el que se encarga de patearle la cara una, dos, tres, cuatro, cinco veces, y uno sigue como bobo poniéndosela. A usted la vida diaria se le vuelve una lucha para que lo reconozcan como víctima; peleando con la familia, quitándose el estigma de la *viuda* con la comunidad.

Erika es una líder del grupo de viudas de la Policía. Por medio de Andrés la conocí. Yo de la Policía no quería saber nada, pero ella intentaba sacarme adelante. Me decía «Ven que vamos a hacer tal cosa, que si vienes. Mírame a mí han pasado dieciocho años, y yo no me puedo quedar allá metida tampoco. ¿Y si me ayudas a hacer tal cosa? Tú redactas bien, ayúdame a escribir esto, ven». Así me empecé a meter, a encaminarme en eso.

«¿Y tú por qué no lideras el grupo conmigo?», me preguntó una vez Erika. «No, allá usted lidérelo solita, yo le ayudo a lo que usted quiera. Usted me dice "redácteme", yo le redacto; usted me dice "vamos", y yo la acompaño».

Una vida normal

El grupo Ojos para Soñar empezó a coger fuerza hace como unos cinco años. En esa época fueron muchos los muertos. En el 2012, solo ese año, murieron bajito como unos 25 o 30 militares. Como en tres, cuatro meses. Eso fue terrible. Fueron quedando viudas y viudas y viudas. «Venga, ¿por qué no las organizamos? Armemos un grupo». Arrancamos diez, y mire que esta conocía a otra y esa conocía a otra, y otra. «Ay, yo tengo una viuda que es de tal parte». Todas somos de acá de Boyacá.

El grupo se creó porque a usted no le dicen cómo hacer las cosas, porque usted no tiene una persona al lado que le diga «vea, es que cuando su esposo se muere, usted tiene que hacer esto y esto y esto, y tiene que ir a tal lado». Lo dejan solo con ese dolor, de un lado a otro. La Policía no tiene ese tipo de asesoría. No se la dan. «Sí, muy lindo su esposo, muy héroe de la patria y todo lo que quiera, pero mire a ver cómo hace». Y la vida se te convierte en papeles, peleas, asesorías, desconfianza. Y no falta el avivato que se le quiere arrimar a la viuda por el carro o la pensión.

Es que usted entiende que ellos murieron más por la negligencia de la Policía que por el actuar de los grupos guerrilleros. Ellos habrían tenido cómo defenderse y de pronto las cosas hubieran jugado a su favor, se hubieran podido salvar más vidas. Aquí la lucha es de pobres contra pobres. Nunca he visto con un fusil a los políticos de alto rango allá matándose. No, ellos simplemente… o sea, es lucha de poderes, es pelear y poner a pelear: son pobres matando pobres, y luego tome su hijo o esposo muerto y mire a ver qué hace.

Entonces, en medio de todo ese dolor una mano amiga es… o sea, alguien que por lo menos… Hay chicas que a veces llaman y dicen «lo que pasa es que yo no sé cómo hacer este papel; mire que me están diciendo esto».

Alguien que por lo menos entienda lo que usted está pasando y le ayude a quitar esa carga, digo yo. Nuestro grupo es muy bonito. Hacemos alianzas, radicamos los papeles para los subsidios, estamos todo el tiempo. Que nos vamos para Bogotá; que hagan los tintos; que gestionen el bus; que celebremos el cumpleaños de mi hijo; que yo pongo la torta y usted ponga las bombas; que un niño está en la clínica, que venga yo se lo cuido y usted vaya a lo que va a hacer. Enfrentándonos unidas, compañeritas, para volver a tener una vida normal. Aunque nunca vaya a volver a ser normal.

Iba contando el río

Acá en Puerto Berrío estamos desde el año 1977, cuando era niño. Yo llegué aquí culicagaíto. Aquí nos dieron el estudio y ahora pues que ya llegamos a viejitos, me casé con una muchacha que el papá tiene buenos modales. Nos regaló una casita y vivimos un poco de años. Tuvimos dos niñas que son profesionales.

El Café de la Memoria surgió en el 2015. Cuando comenzó todo ese cuento de los derechos humanos y cuando terminamos, dijimos «¿ahora qué vamos a hacer nosotros con eso?». Nos sentamos en el parque. Hay una parte que se llama El Bosteceadero. Nos tomamos un tinto y dijimos: «Vamos a hacer un comité». Todos acá impulsamos algo. El comité se llama el Comité Impulsor de Puerto Berrío y lo vinculamos con este tinto que nos estábamos tomando. «Vamos a buscarle el nombre a este tinto». Ahí le pusimos, Café de la Memoria.

¿Qué buscamos nosotros ahí? Nosotros buscamos la memoria, lo que tenemos memorizao, lo que nos contaron y lo que aprendimos mucho de la tercera edad que nos enseñó a conocer lo que era el río Magdalena. El río en ese tiempo no lo llamaban el río Magdalena. Entre el 87 y el 99 era el río de sangre. Tiraban mucha gente al río y el río estaba manchao de sangre. Lo llamaban el río de sangre.

Ahí donde tenemos la línea de tiempo, ahí está muy explicaíta la línea de tiempo. Tenemos cuando mostraban la línea férrea, cuando al río Magdalena llegaron los aeroplanos, llegaron solamente a Puerto Berrío, los aeroplanos y llegaron los chárter. Cuando la Décimo Cuarta Brigada no era la Décimo Cuarta Brigada, sino el Hotel Magdalena, que era el mejor hotel del Magdalena Medio. Y ahí se fue buscando todo, socializando lo del Café de la Memoria.

Cuando estamos con las víctimas, trabajamos a la orilla del río, tiramos una balsa con las flores recordando la no repetición. Trabajamos también con los ladrillos en el atrio de la iglesia, el detenido desaparecido y así por el estilo. Tenemos unos murales en el cementerio, doce murales donde están todos los 1.600 desaparecidos que tenemos en Puerto Berrío.

El museo que tenemos en este momento tiene lo que es la colcha de retazos. Donde todo aquel que es víctima del conflicto armado plasma su nombre pegao a su pedacito de colcha. Tenemos las líneas de tiempo de todas las fechas desde onde arrancó en el 2000 hasta ahora la fecha del 2016 de lo que es la línea férrea, todo lo de los paramilitares. Ahí tenemos las líneas rojas, que es donde eran los paramilitares. Las líneas azules son las cosas buenas y las rojas las cosas malas. Tenemos lo que son los cosos de víctimas; tenemos los portas, las prótesis, las linternas del museo, las cámaras. Tenemos mucho que mostrar en el museo. Tenemos el sombrero que lo doné yo cuando mataron al primo mío, ese sí me recuerdo. Las camisas cuando la guerrilla. Tenemos las botas bombardeadas de la guerrilla.

Ahorita estamos buscando nosotros un espacio para dejar plasmado y crecer más el museo. Ahí hay mucho que conseguir y la gente nos va a colaborar, los de las fincas, que nos cuentan a nosotros «ah, puallá tenemos unas escopetas dobladas, quebradas, destruidas, que nos sirven. Yo las dono, pero cuando tenga dónde ubicarlas», «tenemos unos ataúdes de cobre bombardiaos, también se los doy; una escama también». Entoes, nosotros necesitamos es el espacio.

La actividad era que yo la llevaba a usted, pero no que «ay, que Víctor con Julano». No, éramos un grupo y cada uno nos mirábamos así, pero no nos decían

que reparáramos, nada, sino que solo mirábamos de frente y ahí mismo nos sacaban de ahí pa otra parte y nos llevaban la hojita. Nos decían «pinte a la persona que usted vio, ¿cómo es ella?». Plasmarlo eso es… vea, eso es memoria y por eso nosotros trabajamos con el Café de la Memoria.

En los talleres del perdón, la gente lloraba, se estresaba, contaba cuentos y estos procesos nos ha ayudado mucho a nosotros, harto, harto. A sanar un poco. Pero ¡mentiras! que eso no se solucionó a base de psicología. Eso en realidad es a base de trabajos sociales y compartir ideas y expresarse por sí mismo que aprende uno mucho. Sí, uno cambia mucho con esos rituales que uno hace tan bacanos, que se estrecha uno, yo cogerla a busté y mirarla cinco minutos y ahí mismo irse para otra pieza y describa a «julana de tal» cómo es ella, llegar uno a pintarla, tan, tan, ponerle el nombre de ella, plasmarle el nombre y quedar… De ahí quedó una cartilla, ¿usted no ha visto las caritas todas bellas?

Ya hoy en día nosotros ya nos sentamos a dialogar, ya no hablamos, nosotros nunca mencionamos cuando salimos del proceso, de las conferencias; nunca nos sentamos a hablar del mismo tema, sino que ya cambiamos lo otro. Ya no hablamos «ay, que ese era un sicario, que ese hijuetan…». No, ya hoy en día no, hoy en día, gracias a Dios, nosotros nos hemos superao un 85 % a lo que éramos de estresaos, dizque diciendo: «Cuál, esa gente qué le va a solucionar a uno los problemas».

En mi yeré

Quedamos chorotas

Nací el 11 de diciembre de 1948. Mi mamá, una campesina; mi papá, un trabajador de los terratenientes. Él era un amansador de caballos que trabajaba de finca en finca. Nunca teníamos paradero. Crecimos en esa vida campesina de falta de educación en el campo. Tenía nueve años cuando empecé a escribir mi nombre. Lo escribía en todas partes: en el suelo, en el piso. Mi mamá nos llevó a aprender donde la abuela. Ella, en vista de que no estudió nunca, puso una escuela en su finca para que sus nietos estudiaran. Luego ya se acabó la escuela. Decía mamá «ahora quedaron chorotas y no pueden seguir, mijitas, porque no hay más colegio». Chorote es cuando uno pone a cocinar un plátano y lo baja antes de que esté. Así estaba yo, no estaba bien cocida en la cuestión del aprendizaje.

Luego nos vinimos para Loma Verde, que fue el pueblo donde me crie. Pero el tema de la educación era grave. A los profesores los nombraban cada tiempo de elecciones y duraban tres meses porque no les pagaban. Entonces se iban y nos dejaban otra vez, otra vez y otra vez. Mi abuela muere en 1965. Mi mamá recibe la herencia, viene y pone a Ana Lucía, mi hermana mayor, a estudiar en Montería. Myriam, mi otra hermana, le hizo reclamos. Así que puso a Myriam. Yo no sé qué pasó y a mí no me

puso. Para estudiar, yo tenía que ir de Loma Verde a Marimba. Hora y media de ida, hora y media de venida. Y no eran caminos buenos, eran con barro. ¡Era horrible! Yo tenía diecisiete años y me daba como pena porque estaba estudiando con pelaítos más chiquitos. Apenas llegué al tercero elemental. Mi mamá no tenía dinero y me puse a trabajar con las monjas Juanitas, en Montería, de sirvienta. Trabajaba de día, y de noche terminé mi primaria, aunque mi sueño era estudiar. Por eso me puse a hacer el bachillerato nocturno de Montería. Trabajando con las monjas, me amañé mucho con una que se llamaba sor Bernarda. La trasladaron para Cali y dijo que me llevaba para trabajar con ella. La monja estaba terminando su bachillerato, lo estaba validando en el colegio Santa Librada. De noche, yo me iba con ella a estudiar. Pero sor Bernarda era revolucionaria. Y en el 69, en los setenta, Santa Librada era un colegio muy revolucionario al que le decían el Santa Pedrada. A la monja le decían sor Yeyé porque en ese tiempo daban una telenovela que se llamaba *Sor Yeyé*. Hacíamos manifestaciones, quemábamos llantas –yo estaba en mi yeré–, y cuando nos correteaban, yo pegaba atrás de ella. Ella me decía que no contara allá en el convento.

Los que tenían todo y los que no tenían nada

Cuando pierde las elecciones Rojas Pinilla es que sale el M-19. Mi mamá nos fue a buscar a Cali, a mi hermana y a mí. Le dije «yo no me voy porque ya tengo más de 20 años». Pero, igual, nos trajo. Al llegar, yo lo que encuentro es la lucha campesina. Mi hermana mayor, Ana Lucía, estaba yendo a las reuniones que tenían los promotores que estaban organizando a los campesinos para hacer la reforma agraria. Mi hermana me hablaba de terratenientes; yo ese término no lo sabía. Me decía mi hermana que era un hombre que es teniente de toda la tierra. Cuando vienen las luchas campesinas, se hicieron las tomas de tierras más grandes en la costa, en la región Caribe. Se hicieron 800 tomas de tierras. Es la primera participación mía en la lucha por la tierra. Se llamó La Hora Cero. La finca que nosotros tomamos se llama La Antioqueña, del terrateniente Chepe Posada. Ahí fue Fals Borda. Me acuerdo que tenía un carro blanco. Él iba a las tomas de tierra, charlaba con nosotros, nos hablaba de los temas de clase, del tema de una gente que tenía todo y otros que no tenían nada. La juventud teníamos círculos de estudio para aprender sobre la cuestión política, económica. Eran talleres de escuelas que los coordinaba Fals Borda con otros compañeros de la Universidad de Córdoba. Allí fui aprendiendo a conocer más la lucha y ganamos la tierra de Chepe Posada, 825 hectáreas de tierra que se adjudicaron a 80 familias. Mis papás fueron aparcelados por esa toma. Cuando ganamos la tierra, mi hermana Lucía no quiso seguir más, pero yo sí. Me gustó mucho y dije: «Así como otra gente nos ayudó a nosotros, nos toca ayudar a otra gente a que consigan tierras».

Alcancé a conocer y oír a Juana Julia Guzmán, la primera mujer que se rebeldizó en Córdoba. A ella la llevábamos a las reuniones como una reina. Ya era una mujer mayor, pero con una sabiduría muy grande. La veníamos a buscar a su casa, la traíamos a los eventos y la sentábamos en una silla que le mandábamos a hacer comodísima para que

hablara. Ella no solamente hizo trabajo con los obreros, también impulsó tomas de tierras en el Alto Sinú. Fue una mujer luchadora. Ella fue una de las mujeres que me impulsó a que aprendiera del tema de la organización. Nunca se casó. «Juana, ¿tú por qué no te casaste?», le preguntaba. «Nombe, porque los hombres le prohíben a uno y yo quería ser una mujer libre». Quise ser como Juana Julia, entonces mi hombre lo tuve a los 28 años. Pero el que me conseguí nunca me prohibió, fue el gran cantor del movimiento campesino en Córdoba, El Burro Leñero. Esas canciones se convertían en himno en las veredas. Mire cómo era de lindo. Había represión, pero nosotros teníamos como una esperanza. A mí me duele porque a mis compañeros los mataron en esa lucha y yo no sé ni dónde están ni dónde los mataron.

La aliada

En esa década, cuando matan a Juana Julia, yo era una mujer luchadora y estaba en la actividad de los departamentos de Córdoba, Bolívar y el Cesar. A mí me encarcelan la primeritica vez en el 74 y ese año nos asesinan a uno de nuestros mejores líderes en Córdoba, que se llama Ismael Vertel. Era el secretario municipal de Montería. Murió incluso alante de nosotros. Nos estaba dando un taller de noche, en la vereda de Arroyón. En ese tiempo no eran paramilitares. Eran Los Pájaros y La Mano Negra los que apoyaban a los terratenientes y mataban líderes campesinos. Nosotros hicimos juramentos cuando lo enterramos. Él tenía una frase que decía al final de cada intervención: «Compañeros, es mejor morir peleando que de rodillas ante los terratenientes». Entonces mataron a Ismael y en ese año, a finales del 74, organizamos una toma de tierra en el municipio de Buenavista, Córdoba; en la finca Corinto, del terrateniente Gallino Vargas. A esa toma de tierras le pusimos Ismael Vertel, en memoria de Ismael. Habíamos unas 50 mujeres y unos 150 hombres. Se mete la represión y lleva presas a unas 70 personas. Yo dije «bueno, compañeros, vamos a hacer una manifestación para pedir la libertad de los compañeros». Nos tomamos la cárcel de Buenavista. Los machetes, los barretones y las hachas eran nuestros fusiles. Rodeamos la cárcel y cogimos al personero y lo encerramos. Esta gente nos soltó a los compañeros y nos fuimos toditos pa la toma de tierra. Eso fue un miércoles. El viernes de esa misma semana, llega la represión a la toma de tierra, pero llegaron con toda, con parapiedras. Yo no estaba, había ido con unas compañeras a buscar la leche donde los pequeños propietarios para hacer el desayuno tempranitico. Los pequeños propietarios nos apoyaban porque en la toma de tierras teníamos niños. Cuando vamos para la finca, viene la bola con la Policía, los de la Buenavista y otros carabineros. En seguida me cogieron a mí, me dieron un culatazo, me hicieron ir de boca. Querían que montara la bola. Yo dije que prefería que me mataran ahí alante de mis compañeras, pero yo a esa bola, o sea el carro de la Policía, no subía sola. Habían matado compañeros. Habían torturado al compañero Eduardo Mendoza.

Nos llevaron pa allá pa donde estaban toítos los compañeros. Cogieron a veintiún hombres, y a mí solita mujer. Nos llevaron presos para la cárcel de Buenavista.

De allí, nos pasaron para los comandos del F2 de Montería. En Buenavista, los compañeros nos dijeron que iban a hacer una denuncia pública. Yo les dije que por favor no dijeran mi nombre porque después mi mamá y mi papá iban a saber que yo estaba en la lucha de tierras, que estaba presa. Ellos me hacían en Montería, donde la tía Juaca.

Lo dijeron por radio y me soltaron a los siete días. Allá me enumeraron, que yo era guerrillera y mujer de los Vásquez Castaño. Mejor dicho, la mujer más peligrosa del mundo y guerrillera. Salí y ni siquiera fui a visitar a mi tía ni nada, sino que me voy derechito pa la casa campesina a buscar propaganda para la toma de tierra. Voy corriendo y oigo una voz que me llama «¡Catalina! ¡Catalina!». A la tercera vez, volteé a ver. Mi papá corriendo atrás de mí. Me quedé parada. Me dice «muchacha de mierda, ¿tú pa dónde vas?». «Pa Planeta Rica, papá, a visitá a unos primos que tengo». «Ningún Planeta Rica ni ningunas nada, muchacha de mierda, ¿tú no estabas presa?». «No, señor, eso fue embuste». «No vayas a ver a tu madre, que se está muriendo donde tu tía. Toditas están como unas Magdalenas rezando y llorando por ti». Me devolví y me fui con él pa donde la tía. Y verdad, tenían velas prendidas. Como si fuera un velorio. Mi mamá apenas me vio, salió corriendo y me abrazó. Mi papá y mi mamá se arrodillaron y me dijeron «ay, mijita, si es por esas once hectáreas que tenemos que tú estás participando en esas luchas, nosotros las entregamos y tú te sales». «Vea, papá; vea, mamá, si ustedes entregan la tierra, igual sigo. Si no la entregan, también sigo». Erda, yo había tomao la libertad de hablar. Las mujeres también podemos. Me dijeron «tú no vas pa ningún Arroyón ni vas pa na. Te vas con nosotros». Al ver a mamá y a Pacho tan tristes, me fui con mis viejos.

En ese tiempo estaba leyendo un libro de Máximo Gorki que se llama *La madre.* Ese libro era lindo. Todas las noches se lo leía a mamá y le decía «ve, mamá, tú tienes que ser como esa madre que tenía al hijo preso y le metía propaganda en la comida. Tú tienes que ser como ella, mamita. ¿Por qué me vas a quitar mis sueños, mami?». Mi estrategia fue invitar a mi mamá al cumplemés de Ismael. «Mamá, si usted no quiere que yo vaya, entonces me acompaña». Me acompañó a Arroyón. Allá se encontró con gente que conocía de las veredas, de las tomas de tierra. Se dio cuenta que todo mundo, «Compañera Cata, compañera Cata». Se hizo una reunión para conmemorar el nombre de Ismael y hubieron intervenciones. Cuando a ella le tocó intervenir de la vereda Urbano de Castro, tomó la palabra y dijo que era una campesina luchadora, que tenían la tierra gracias a la organización y que era la mamá de esa hija revolucionaria. Mi madre dijo estas palabras: «Yo no sé por qué la organización no llegó a mí cuando yo era nueva para también ser revolucionaria como mi hija». Ahí me la gané, Dios mío. Más nunca me prohibió nada. Iba a la casa cada ocho meses o cada año. No tenía que estar reportándome, sino que le mandaba papelitos con la gente. Ella se convirtió en mi aliada.

Criptografías

Yo vivía en Bogotá, en un estrato medio-alto. Entro a la Universidad Nacional y me encarrilo con toda esa cosa política que aún me sigue gustando. Más o menos en el 78 es que me capturan. En esa época, junto con otros compañeros, estábamos protestando, y en una de esas protestas detuvieron a unos compañeros de la universidad. Entonces nosotros dijimos «oiga, esto está raro porque si los detuvieron a ellos nos van a detener a nosotros».

Para entonces, yo ya no vivía con mis papás. Me había ido a vivir con mi compañero y con mi hermano. A las dos y media de la mañana yo siento un ruido. Corro un poquito la cortina y veo al Ejército encima. Le digo a Carlos «¡mierda, nos allanaron». Nos levantamos pasitico y empezamos a romper todo. Teníamos comunicados del ELN, de las FARC, de todo lo que uno recogía por ahí, y una cantidad de cosas de estudiantes. Teníamos hasta el manual de las torturas, de cuando a uno lo iban a detener. Entonces, claro, como uno ya se había leído eso, inmediatamente quemamos y rompimos todo lo que teníamos, alcanzamos a hacer todo eso.

Cuando abrieron la puerta, iban por mí, porque algunas personas ya habían dicho que yo era una coordinadora estudiantil. Fue un despliegue militar impresionante. Cuando la Policía entró, me separaron del grupo. A mi compañero y a mi hermano los llevaron en un camión de los militares y a mí me llevaron en un carro de los que estaban de civil. Apenas me sacan de la casa me vendan. Después supe que había estado en las caballerizas de Usaquén. Cuando llego a ese lugar me amarran, me mantienen cinco días así, con la venda puesta.

De los detalles no me acuerdo, pero recuerdo que cuando comencé a delirar dije «no, hasta acá, no más». Y como dije que no iba a hablar, entonces me llevaron a un calabozo que era un hueco fétido. No sé cuánto tiempo duré en el calabozo, pero un día ellos me llevaron a bañarme, me dieron ropa limpia y me dijeron «ahora sí le dimos ropa limpia». Así que empecé a responderles lo mismo que les había contestado antes. Yo no tenía más respuestas tampoco.

Uno cuenta la versión *light* porque realmente fue algo muy duro; yo no sé cuántas noches sueño con las torturas, cuántas noches sueño con los interrogatorios o cuántas noches sueño con cosas así. Muchas personas terminaron rompiéndose y eso hace que –tanto a nivel personal, como a nivel político– se resquebraje mucho la credibilidad. Cuando tú construyes un movimiento, lo construyes sobre la confianza, y cuando eso se rompe, es muy grave. Todo el mundo creía que todos estaban conspirando.

El Ejército hacía una publicidad contraria. En uno de los allanamientos cogió donde se imprimían los periódicos del EPL, y en un documento pusieron que otra persona y yo éramos traidores del partido. Hicieron un comunicado diciendo que nosotros habíamos traicionado y habíamos entregado todo el movimiento, cuando yo

no podía decir nada porque no pertenecía a nada. El Ejército montó eso y lo repartió por toda la universidad. Eso es una cosa que utilizan para destruir psicológicamente. Ellos generan unas destrucciones que no solamente hacen que se destruya la persona internamente, sino su entorno social. Incluso meten personas en la misma cárcel para que hablen mal de uno.

Salí de la cárcel, me encontré con un amigo que quería hartísimo y me fui a abrazarlo. Él inmediatamente me rechazó, y yo después caí en la cuenta.

Nosotros hacíamos parte de un movimiento muy grande y fuerte que tenía unas bases sólidas, que estaba creciendo, que tenía argumentos y lo estábamos haciendo muy bien, pero lo que nos hicieron fue un golpe mortal.

En la cárcel quedo desvinculada del movimiento, me decido por otras cosas: a tocar guitarra, a escribir, a montar la Biblioteca del Buen Pastor. En la biblioteca dictaba cursos de historia o de lectura porque había muchas mujeres que no sabían leer, que no sabían escribir. Organicé grupos para alfabetizar. Me tenían mucho cariño.

En la cárcel, independientemente de que había diferentes formas de pensar, tanto políticas y de la vida, nosotras supimos organizarnos para respetar las diferencias. Nos dividíamos el trabajo y nos organizábamos para la comida, para la limpieza, para muchas cosas. Éramos muy juiciosas en el sentido de organizar nuestra vida allá.

Las familias de las otras personas que estaban conmigo también nos visitaban, eran muy queridas. Nos llevaban comunicaciones de nuestras familias, nos llevaban cartas. No era una cosa política ni nada de eso, sino una cosa de solidaridad, de ayudar en el dolor.

Estaban los grupos de las mamás y ahí había un poco de gente: los estudiantes de la Nacional, que nunca nos abandonaban y que estuvieron estudiando con nosotros. Ellos siempre se pronunciaban, hacían eventos. Nosotras nunca pedimos, pero a los hombres en la Modelo les ayudaron a comprar un caspete para que pudieran hacer su propia comida en la cárcel. Se sentía el apoyo, se sentía la solidaridad. Lo que les pasaba a unos nos alegraba a los otros. Era una cosa ahí maravillosa de sentir alegría por eso. Había detalles tan pequeños: el llevarle a uno una nota metida entre un esfero; la carta del compañero desde la Modelo. Eso era una cosa maravillosa porque las cartas nos las leían si las mandábamos por el correo oficial de las cárceles. Me acuerdo de una viejita que rezaba el rosario, que nos hizo el favor, y uno dice «¿cuándo en la vida?». No era nada peligroso. Era el amor entre dos personas que no querían que pasara por la guardia.

A veces los compañeros de la universidad también nos compraban lana. Nosotras teníamos mucho tiempo para tejer, nos las pasábamos tejiéndoles sacos a los compañeros que estaban en la Modelo. Eso nos hacía felices, nos reconfortaba.

Esos detalles hacen que la gente se reconozca en la solidaridad. No son cosas para conspirar ni nada de eso. Son afectos, son el ser humano que se une a otro ser humano para soportarlo, para ayudarlo. Y eso servía para sobrellevar toda esa situación, para hacer la carga más liviana.

La estadía en la cárcel construyó en nosotros unos lazos muy fuertes, así dejemos de vernos. Hay amigos que yo dejo de ver tres o cuatro años, y nos encontramos. Es como si fuéramos hermanos, como si nos hubiéramos visto hace muy poco. Y eso que con los hombres no estuvimos en la misma cárcel, pero construimos unos lazos muy fuertes, muy fuertes. No eran lazos políticos. Nada de eso. Eran lazos afectivos, lazos de haber vivido la misma tragedia, el mismo circo. De haber estado en el mismo terreno.

Nos encontramos y son abrazos muy fuertes.

Es un sentimiento lo que hay.

Convivir, significar y resistir

En la vida cotidiana se producen los significados que dan sentido al mundo. El significado de la amistad o la solidaridad, de la felicidad o la tristeza, se aprende en la existencia de ese día a día y tiene esa condición: que solo se da con otras personas, con otros seres humanos. Por ello, esta sección se pregunta: ¿qué hacen las personas para rearmar los mundos fisurados por la violencia?, ¿cuáles son esos esfuerzos sociales por construir una realidad en la que se pueda convivir con los otros y se cuestionen las lógicas de la guerra? Aquí entendemos la recuperación de lo social como un acto de resistencia, como una estrategia de los «débiles» para anteponerse al orden de los armados.

El encuentro de lo perdido

Los encuentros con la palabra, con la danza, con el territorio y con las raíces culturales son un síntoma de la confianza que poco a poco retorna y, de hecho, cobija a las nuevas generaciones que no conocían estas (sus) prácticas por culpa de la violencia.

Palabras atadas a mi garganta

Qué te cuento… Pachita, yo soy Pachita. Entre más trabajo paso, vivo con más alegría porque los mismos trabajos me sirven de compañía. Pachita nació en la cabecera del río Tapaje, se crio en una quebrada, microcuenca, llamada Guaprieta. Como usted puede ver, esa microcuenca de allá, esos ríos, no tienen escuela. O sea, Pachita en el río Tapaje, en la vereda Pambilero, iba un mes a la escuela, pero al otro mes sus padres se la llevaron a la quebrada a cosechar, a hacer sus cosas que hacían de trabajo. Y Pachita se iba con ellos para cuidarles sus hijos. ¿Qué hacía Pachita? Ya no iba más a la escuela. Pero me acuerdo tanto: Pachita entrando por la quebrada, hacia una esquina.

Los papás de uno ponían tablado en medio de la canoa y le ponían una cobija de esas peludas, y ahí uno se sentaba. La mamá en la proa y el papá en la punta cantando de noche, cantando, y uno ahí medio dormido escuchando ese canto.

Cuando nosotros llegamos allá a la quebrada, allá arriba, saltando todos con alegría, limpiando el camino y matando las culebras que hubiera por ahí; la mamá haciendo el tapado y el papá sacando el plátano, y nosotros seguíamos cantando. Pachita seguía cantando con sus padres. Entonces, les cuento: como Pachita seguía cantando con sus padres, Pachita y la hermanita, que se llama Silveria, empezaron a pescar en los recodos. Pachita seguía cantándoles hasta a los pescados: «Ancheguita, vení a comer; ancheguita, vení a comer; ancheguita, vení a comer».

Mi vida se me convirtió de canto en canto.

Llevaba la cartilla de Nacho a pesar de que la cartilla de Nacho tenía cosas negativas. Pachita y la hermanita se peleaban por una mamá blanca que tenía la cartilla. La una decía «esta es mi mamá». Y la otra decía «esta es mía, esta es mía». Nos peleábamos por esa cartilla. Pero tenía sus cosas buenas la cartilla de Nacho, y empezaba yo supuestamente a leer, aunque no sabía leer, pero leía todas las foticos que había allí. Leía como una gran lectora.

Un día mi papá le dijo a mi padrino «compadre» –él iba subiendo para la quebrada–, «¿mañana domingo qué va hacer?». «¿Para qué, compadre?». «Para que escuche leer a su ahijadita», pues mi papá creía que yo sabía leer, porque yo *leía* con una

precisión… Pero, ¡ah, susto que me llevé!, porque yo no sabía leer. Y yo ahí calladita, escuchaba a mi padrino. Esa tarde comencé buscando lo que sabía leer: *papá, mamá, lima*. Al otro día, cuando llegó mi padrino, yo ya me había aprendido *papá, mamá, mi nena, nene, abrazo, tío.* Ese día para mí fue muy bonito, porque no le leí a mi padrino con susto.

Cuando tuve doce años salí de río Tapaje y me llevaron a Guapi. Allá, en una panadería de una amiga de mis padres, estuve dos años. Después mi mamá y mi hermano fueron por mí y me vine a Buenaventura. Cuando ya después llegué a Cali por la guerra. Hace ya 25 años, por cosas de conflicto, que ya no había seguridad. Llegamos aquí. Las enfermedades. Se enfermaron dos hijos en la cabecera de Tapaje y se me murió una, y me quedó el otro vivo también con meningitis bacteriana. Me lo entregaron y se tenía que recuperar. En la ciudad sin casa, sin qué hacer. Entonces Pachita con su hijo en recuperación. Lo primero que hizo fue buscar un huequito en una invasión y meternos allí con tabla y agua oscura: levantado el caño. Me metí con mi hijito y con mis otros dos hijos; preñada que estaba de otro.

Cogí un platón para vender chontaduro. En ese platón metí guayabita, le metí mango, le metí chirimoya; copiándome el platón de otra mujer. Era mi primer día con mi platón. Me lo monté a la cabeza y empecé a caminar, pero las palabras no me salían de la garganta para yo gritar, para yo decir. Mi voz era distinta, mi pensar era distinto, mi vestir era distinto, mi tono, mi peinado distinto.

Iba caminado cuando un señor me dice: «Negra, venga, véndame un chontaduro». Me le acerqué a una ferretería, le vendí el chontaduro. Me dice: «Pero grite, porque si no yo no la hubiera visto. No ande callada, grite». Yo salí que quería gritar, y las palabras las tenía atadas a mi garganta, a mi pecho, y quería llorar. Pero hice un esfuerzo y con valentía dije: «¡El chontaduroooo!». Y salieron cuatro personas y me llamaron. Y vendí. Después de eso dije: «¡El chontaduro, la chirimoya, el aguacate, el mango, el zapote, el chontaduro! ¿Quién dijo? Aquí va el chontaduro».

Cuando rompí el silencio, te digo que sentí un dolor como parir. Le digo que el platón para mí fue como la base de la supervivencia. Liberar las palabras te permite hacerte ver. El platón nos ha permitido, ya con la palabra liberada, que nosotras creemos procesos. Las mujeres platoneras. Y poner a estudiar a nuestros hijos y que ellos también amplíen sus capacidades. Y nosotras mismas: hoy soy la representante legal de una escuela de la identidad cultural.

Yo viví el tener las palabras atrancadas en el corazón. Para yo poder gritar lo que llevo, me tocó que luchar contra esa ligadura producida por un sistema. Me tocó que luchar y la rompí. Por eso en el caminar, en el andar, pensamos crear una escuela. Un grupo de mujeres, con poquitos hombres. Crear una escuela para hacer un conversatorio y poder continuar liberando y desatando las palabras. Para ser mujeres y familia libres.

El propósito más profundo es rescatar y poner a caminar nuestros valores ancestrales. Sé Quién Soy llega, levanta, crea semilleros en las comunidades para que ellas

pueden ser memoria viva, y las nuevas generaciones puedan reconocerlas como las verdaderas portadoras de la memoria, las dueñas de la historia. Con la escuela Sé Quién Soy esperamos hacer un acompañamiento, trabajar en la cultura para desatar la solidaridad. Esa es la base principal, desatar la solidaridad en la comunidad haciendo el verso, el arrullo, sus dichos.

El baile cantao

Lo que trae la música

Libertad era un pueblo muy alegre. No había luz, pero en cualquier momento oías tambores y decías «hay un bullerengue, hay una chuana, ¿en dónde está sonando?». Uno se vestía con cualquier trajecito –sobre todo se usaban faldas sueltas– y se iba pa la chuana. Eran grupos de señores de la tercera edad tocando sus tambores. Los jóvenes tocábamos las palmas, vivíamos muy felices. La música trae esa cuestión. Después, cuando se mete el conflicto armado, la gente no puede estar en las calles. Eso afectó mucho porque uno ya no podía estar a cierta hora, ya no se podía hacer un bullerengue a media noche.

En La Libertad aparecieron unos fantasmas. Nadie les veía la cara, nadie sabía quiénes eran. Eso fue en el 2005, que matan a cinco personas de la comunidad. Ahí comenzó a dar miedo. Venían en la noche, sacaban a las personas, las mataban y se iban. Porque cuando identificas a alguien dices «bueno, allá está esa persona y ya tú estás como prevenida», pero cuando no sabes de dónde viene ni nada, es peor. Solo llegaban las órdenes, solo llegaban en forma de panfletos. Ya después, cuando vino el Oso, ellos dieron la cara. Eran paramilitares.

Trabajaba como profesora y era maestra de primaria. A pesar del miedo, me quedé y seguí luchando en La Libertad. Mi esposo, que era de Cartagena, me decía «pero ¿tú qué haces allá? Vente para acá». «No, no me voy a ir». «Pero vente, mira». «No me voy a ir».

Igual, me tuve que ir. Y cuando veo que las cosas se calman, que cogen al Oso, decido regresar a La Libertad nuevamente. A mí me gusta mucho mi pueblo. Y llegué con la idea de luchar, por eso quisimos empezar a restaurar lo que se perdió por el conflicto. La gente ya no creía en nadie, no creía en nada.

Formé a muchos grupos en danza. A veces ni me acuerdo de a quiénes, pero ellos me dicen «es que usted me enseñó a bailar. Es que yo bailo por usted». Siempre he dicho que la cultura no es cerrada, la cultura es abierta. Por eso nos surgió la idea de integrarlos con los viejos, para que vean que somos iguales. Nos fue muy bien así. Al final hicimos un fandango en el parque. Bailaban jóvenes con señoras, y con qué seriedad.

Incluso hacíamos obras de teatro. Fue una experiencia muy bonita, la verdad es que sí. Por eso yo le digo que imagino un futuro donde fuéramos felices, que pudiéramos

rescatar, sobre todo, la cultura del baile cantao, las chuanas, esas que hacían que en cualquier parte hubiera un grupo, jóvenes, adultos mayores, todo el mundo ahí revuelto bailando. Ellos cantaban y uno les hacía el coro. Que eso volviera sería muy lindo, a mí me gustaría mucho.

Cuando resuena la tambora

Soy nacida y criada en La Libertad. En el pueblo, cuando la violencia se metió, nadie podía hacer nada. Todo esto truncaron, y yo me opuse, no iba a dejar de cantar, porque esa era la costumbre de antes, del bullerengue.

He cantado mis versos sola. Las personas no cantaban porque tenían miedo, mucho temor. «Yo sí voy a cantar», decía. Se morían las personas en el pueblo y no hacían velorio porque no estaba permitido.

A mí me pasaron muchas cosas, me violaron dos hijas y me mataron un hijo, y vea cómo me tiene. Yo bailo, yo salto, yo grito. Con mi bullerengue es que yo tengo vida, esa es la vida mía. No olvido, estoy orgullosa de estar enseñando a los jóvenes a que sigan hacia adelante.

Cuando la gente tenía miedo, me trataba de loca, y yo les decía «me pueden decir lo que sea, pero yo voy a cantar porque sé que me voy a morir y quiero dejar esto en el aire», y en eso me puse a enseñarles a los niños.

En La Libertad a la gente le daba miedo cantar porque todo eso lo tenían prohibido. Pa que no hicieran bulla, yo les dije «si me van a matar, me matan, pero yo sigo cantando». Y como me trataban de loca, hice una canción: *«La loca»*.

«Con lo mucho que he sufrido no he dejado de bailar,
lo mucho que yo he sufrido y no he dejado de bailar
y lo tanto que he llorado y no he dejado de cantar.
Y óyelo, mamá, óyelo por dónde va,
y óyelo, mamá, óyelo por dónde ve.
Y es que el son del bullerengue es que me tiene pará,
y es que el son del bullerengue es que me tiene pará.
Y óyelo, mamá, óyelo por donde va,
y óyelo, mamá, óyelo por donde ve.
Óyelo, mamá, óyelo por donde va.
Quiero más, quiero más, el corazón partido y quiero más».

Eso ha sido lo mejor que se ha hecho para buscar la unión y la paz. Desde que resuena la tambora usted ve que se llena esto y así vamos cambiando el tejido social.

Los nuevos cantos

El conflicto armado no lo sentí directamente porque en ese tiempo estaba muy pequeño, pero sí tengo las secuelas. Como una bomba atómica, el conflicto armado

llegó, destruyó. Ahora estamos retornando a él porque aunque se supone que ya no están los paramilitares, no va a volver a ser lo mismo que antes.

Nos privó el conflicto armado de gozar lo que teníamos, lo que era en un tiempo anterior.

En La Libertad las letras de rap no era que perjudicaran a los políticos, era que decían las cosas directamente. Uno con la música puede expresar lo que siente y eso era lo que queríamos dar a conocer. Queríamos que la persona escuchara lo que estábamos sintiendo frente a lo que pasaba en las comunidades con los políticos. Que pura promesa, promesa, promesa. Van a tu casa a buscar el voto y cuando pasan las elecciones ya no te conocen. Las letras incomodaban a los políticos y a otras personas que de cierta forma se sentían identificados con las canciones, no por el lado bueno, sino por cómo estaban haciendo sus fechorías. Ellos sentían que estábamos desenmascarándolos frente al público.

«Música, nosotros somos afromúsica, ah, ah, ah, ah,
afromúsica creando rap de conciencia,
siguiendo al Gobierno la transparencia
y entre muchos marcando la diferencia.
Afromúsica te trae este ritmo que es el rap,
si nunca lo has escuchado, hoy tú lo vas a escuchar.
Queremos hacer conciencia y lo vamos a lograr,
vamos en contra de lo que le hace daño a la sociedad.
Y si hablamos del Gobierno, nunca iremos a parar
son la punta de la lanza, corrupción de sociedad.
Hay un padre que trabaja para conseguir el pan
y le pagan con un sueldo que le baja la moral.
Tiene un hijo al cual le quiere un futuro brindar
pero como no hay recursos se tiene que conformar».

Fuimos los primeros del territorio que sonamos los tambores después del conflicto armado. La única comunidad que tuvo el valor de retomar lo que hacía sin miedo, sin temor, y surgir desde las cenizas. Considero que construimos paz en el territorio, porque les enseñamos a los muchachos a trabajar en equipo, en unión, a compartir, a apoyarse el uno al otro, a sacar mejores ideas y propuestas para el bienestar de la comunidad. Hemos hecho varios trabajos comunitarios que han sido un espacio donde se reúnen los niños, jóvenes, adultos y adultos mayores a interactuar. Ya tú puedes ver que el señor les dice: «Ah, mijo, pero mira, esto se baila así. Y ve, mira, esto se baila así», cosa que no se veía en lo del conflicto armado.

Acá había otra problemática, y es que la mayoría de los jóvenes eran apáticos a los ritmos ancestrales por lo que estaban prohibidos. Los cantos, los bailes, los juegos ancestrales, esas prácticas eran desconocidas para nuestra generación. Con el rap buscamos

atraer a los jóvenes para que conozcan lo tradicional. Gracias a las mezclas que hicimos, los jóvenes empezaron a relacionarse con lo que era de nosotros, y de esa forma recuperaron memoria. Hemos transmitido los conocimientos de generación a generación. Empezó nuevamente esa cultura de compartir lo que se sabía sin miedo.

Más de veinte años

Cuando empiezan los diálogos, las FARC tienen una estructura muy sólida. El accionar militar y todo eso lo pararon, dijeron «paren eso y dedíquense a estudiar esto». Nos decían «proponemos esto, ¿ustedes qué dicen?». Hay gente que dice que no, que no estuvieron de acuerdo con los acuerdos porque eso lo cuadraron los jefes, pero no, todo eso lo concertaron con las bases y nosotros estuvimos de acuerdo con que eso se hiciera. A nosotros nos dijeron cómo iba a ser el proceso, nos explicaron cómo iban a ser las zonas veredales, la seguridad. El cambio era dejar las armas y luchar por la vía política, por las vías legales. Marulanda, desde que se conformó la organización, dijo que la salida era política. Él siempre dijo que la guerra era lo peor que podía haber. Siempre hubo diálogos. Eso no era algo nuevo, era nuestro objetivo y este Gobierno buscó esa salida.

Nosotros como guerrillerada no confiábamos por lo que ya habían habido otros diálogos y habían fracasado. Cuando nos dijeron que nosotros estábamos abajo de la arenosa, nos reunieron a todos en unos sitios que se llamaban precampamentos. Nos dicen que vamos a venir a una zona veredal, que vamos a estar protegidos por la fuerza pública. La verdad, yo no creía, sentía que era una trampa. «Allá nos encierran, nos van a acabar». Cuando ya comenzamos a tener relaciones con la misma Policía y el Ejército, se fue perdiendo esa división. Comenzaron dizque partidos de fútbol con ellos. Uno va cogiendo más confianza.

Nosotros salimos a trabajar en las carreteras con la comunidad. Ha sido muy bueno, usted habla con cualquiera de estos campesinos de aquí cerca y esto ha sido un cambio muy grande. A usted se le acaba una panela, una libra de arroz y tenía que bajar abajo al caserío, la vía mantenía muy abandonada y ahorita hay un cambio. Por ejemplo, ellos salen el sábado o el domingo y se vienen a jugar aquí con los excombatientes.

Uno vivió muchos años allá, uno no coge ese hábito de venir a estarse en una sola parte. Por ejemplo, yo no extraño eso cuando tengo un empleo, cuando estoy trabajando en algo, pero me quedo sin nada que hacer y de una vez me acuerdo de eso. Me acuerdo de que yo mantenía con el equipo andando, marchando, en peleas. Comienza uno a acordarse de todo eso y a preguntarse qué hace en este lugar. No es que quiera volver allá, no, pero si uno tiene un trabajo, se distrae más.

Después de todo, pienso que nosotros necesitamos la unidad, conservar la unidad. La paz no se construye solo con dos grupos armados. La paz la construimos entre todos. Tenemos que hacer conciencia de la necesidad de paz, de no agredir a nadie porque tiene unos ideales distintos a los de uno. Eso lo veo difícil en la sociedad. Entre nosotros, con la Policía y el Ejército, estamos jugando. Andamos juntos después que nos matábamos.

Mi familia, por el momento, está muy contenta con el proceso de paz. Desde que me fui a la guerrilla, no volví a saber nada de ellos, más de veinte años. Prácticamente me consideraron muerto por más de veinte años. La única que no perdía las esperanzas era mi mamá. Uno no se podía contactar con ellos por normas de seguridad, porque en las FARC era prohibido. Usted, si quería visitar a un familiar, tenía que buscar el contacto y el comandante lo mandaba traer. Pero no lo dejaban hablar por teléfono porque bota señal donde está uno y lo detectan. Lo otro era que yo tampoco sabía los números de teléfonos de ellos ni nada. Sabía que vivían por allá, y eso, pero no sabía cómo contactarlos.

Cuando salgo brego a hacer el contacto y mi papá se pega el viaje hasta acá. Aquí en el Caquetá había una zona veredal, en la vereda de Agua Bonita. Cuando me doy cuenta es que me llega allí. Me dijeron que había un señor preguntando por mí, y le dije a la compañera que vive conmigo: «Salga y mírelo y dese cuenta quién es». «Es familiar suyo porque es muy parecido», me dijo. Salgo y mi papá se me bota y me abraza. Habían pasado más de veinte años. Ya van dos diciembres que he pasado con ellos allá en el Líbano, Tolima. La primera vez, mi mamá no pudo venir. Mi papá fue el que vino y me dijo cómo estaban y todo. Me dejaron el número de teléfono pa llamarlos.

Este diciembre que pasó decidí ir, pero no tenía plata ni nada. Llamé a mis hermanos y me dijeron que pasaban y me llevaban en los carros. Me recogieron, pero no le avisaron nada a mi mamá. Cuando llegaron a su casa fue conmigo ahí. A ella le dio un poquito duro, se puso a llorar. Yo soy un poquito más bien duro, pero sí me daba tristeza verla llorar.

Cómo juegan en esa loma

Todo el mundo se fue. De mis hermanos solo quedé yo. Esto se quedó solo. La gente… muy lesionada, muy dolida, muy atemorizada. Es que la comunidad de Atánquez sufrió mucho la guerra, fue muy estigmatizada. La gente de un lado o del otro sufría.

Acá estaba el ELN, también las FARC. Había guerrilleros que eran de nuestra comunidad, que habían estudiado el bachillerato con uno. Pero mucha gente se fue para el paramilitarismo.

Salgo un día por ahí, a caminar con un amigo. Le digo «parecemos una comunidad fantasma, ¿no? Acá hay gente, pero como que no quieren interactuar con nadie». Acá sentimos que la dinámica se volvió de desconfianza. Hay mucha gente de nuestro pueblo que colaboró con el dolor, suministrando información, hablando mal de la gente con las guerrillas o con los paramilitares, y así estos tomaron represalias por problemas personales. El conflicto parecía entre kankuamos de la guerrilla y kankuamos del paramilitarismo, y se daba por rivalidades familiares, entre personas. Era como si la comunidad utilizara los grupos armados para resolver diferencias.

Había muchas familias resentidas, muchas familias estigmatizadas, muchas familias con temor. En Atánquez no se podía hacer una asamblea porque la gente no llegaba, y no llegaba por temor a ser señalada. Y esto nos ha costado, que la gente comience a creer, a salir, a hacer procesos colectivos.

El liderazgo de la comunidad se vio opacado. A la gente le daba temor liderar procesos. Así y todo, acá lo más bonito es que hemos sido solidarios con todos los procesos, para con todo. Atánquez tiene varios procesos colectivos: el trabajo comunitario, las calles, el acueducto. Todo se ha hecho colectivamente, aunque eso se venía perdiendo.

Era impactante sentir que se estaba desvaneciendo eso comunitario, que se iba, se iba y se iba. Bueno, entonces le digo a mi amigo con el que iba caminando «¿qué es lo único que acá ha resistido hasta a la guerra?». «El ron», me dijo, y nos reímos. «No, vea allá». Había unos niños jugando fútbol.

En Atánquez hay un campeonato de fútbol que tiene 52 años de historia, 52 años de fútbol en la loma de Atánquez. Sentíamos que la gente se estaba decayendo porque los que organizaban el torneo no daban buenas premiaciones, no había motivación. Nosotros lo hemos impulsado. Le dijimos a la gente «mire, aquí usted no tiene por qué pagar; aquí tenemos es que gestionar las cosas».

Aquí hay cómo hacer un buen campeonato; esa es una de las pocas formas que tenemos para recrear a la gente. En una final del campeonato se pueden mover mil, dos mil personas. Con decirle que vimos que la gente prefería jugar que tomar ron. Una de las reglas del juego es que si usted consume ron un sábado, no puede jugar el campeonato.

Si usted veía la cancha de Atánquez, se decía «¿cómo juegan en esa loma?, ¿cómo juegan en esos peladeros?». Era una cancha horrible. Así que comenzamos a motivar a la gente «vamos a conseguir una malla, vamos a encerrarla, vamos a sacar las piedras».

A la gente le gusta y se sabe que es de las cosas donde más participa. Entonces sí, esto para mí ha sido vida. Para mí y para todos los que querían ver al pueblo vivo. Es como que el domingo me levanto animado. Y quién iba a creer que en eso tan… cómo decirlo… como tan normal, me iba a revivir de la soledad, de los cuerpos presentes y de las comunidades tan ausentes, tan peleadas.

Tres piedras

Nosotros somos indígenas yanaconas. Vivíamos en el macizo colombiano, una tierra en la que por donde usted pase hay agua. Cada veinte metros hay una quebrada, un arroyo, un pozo, algo de agua. La historia nuestra es un poco triste. El pueblo yanacona siempre ha sido desplazado de su territorio. Antes de llegar al macizo, nosotros vivíamos en el territorio del Imperio inca. Éramos un pueblo que no había sido conquistado por ellos, pero que finalmente terminó sucumbiendo ante su poderío. Los indígenas yanaconas no se doblegaban, entonces el emperador inca los mandó a matar. Su mujer dijo que no, que los dejara al servicio de ella, y los yanaconas quedaron al servicio de la mujer del Inca. Cuando llegaron los conquistadores, para salirse del yugo inca, los yanaconas se aliaron con los conquistadores. En el transcurrir del camino se ubicaron, la mayoría, en las montañas del macizo colombiano, donde no llegaba nadie.

Nuestro territorio es el macizo colombiano. Desde donde empiece y se denomine macizo colombiano. Lo que nos ha acontecido a nosotros como yanaconas y como pueblo indígena ha transcurrido desde la Conquista. Por aquí lo dijo más de un compañero, «estamos encima de oro, de agua, de petróleo».

Hay algo muy significativo en los pueblos indígenas y es la manera como pensamos. Eso es lo que nos une a todos los pueblos indígenas. La tierra para nosotros no es una forma de inversión; es una forma de vida. Es algo que nos provee todo para nuestro bienestar. De ahí que la llamemos Madre Tierra.

Pues ha habido una invasión de los grupos al margen de la ley, llámense de izquierda, llámense de derecha, llámense lo que sea. Han sido como la base para que personas o nuestros miembros de comunidades indígenas tengamos que desplazarnos. Nos amenazaron, nos mataron. No les gustó como pensábamos. Por esas cosas estamos aquí. Nos ha tocado salir de nuestro territorio por la violencia. Es que estaban los paramilitares, la guerrilla, la misma Policía, el mismo Gobierno. Nos desterraron de nuestro territorio. La guerrilla se llevaba a los muchachos cuando estaban en la adolescencia. Hubieron muchas cosas que de todas formas nos tocaba salir.

A la llegada a la ciudad siempre ha habido un choque cultural bastante impresionante. Por ejemplo, yo ando con esta ruanita y con este sombrerito, a veces, y el taxista de pronto no me quiere alzar porque no sé qué piense.

Tienen un concepto raro de qué es ser víctima: piensan que somos… no sé, pobres diablos, que no teníamos nada y nosotros lo tenemos todo. La única meta que tenemos como pensamiento indígena es recuperar nuestro territorio, o tener un territorio donde verdaderamente podamos enseñarles a nuestros hijos nuestros usos y nuestras costumbres. En verdad, nos las están acabando.

Soy indígena nativo porque es que yo soy de aquí, a mí no me trajeron ni mucho menos. Es a partir de esa resistencia que hoy en día estamos cogiendo fuerza. Y tenemos que atizarle, tenemos que jurgoniarle al fogón, tenemos que calentar nuestras

tulpas. A eso es que nosotros le estamos trabajando. Hoy en día nos estamos llamando La Tulpa. ¿Por qué La Tulpa? Porque es el símbolo de nuestro territorio.

La tulpa es nuestro símbolo, lo que acá en la ciudad llaman estufa. La estufa de nosotros son tres piedras, esas son las tres tulpas. En esas tres tulpas está nuestra madre naturaleza; es donde calentamos y cocinamos nuestros alimentos. En esas tres tulpas nos reunimos a dialogar; a mambiar nuestro conocimiento, a mambiar nuestras costumbres, a mambiar nuestra experiencia. Entre las tulpas, al pie de la tulpa, está nuestro ombligo.

Nosotros no nacimos ni en camilla, ni en la ciudad. Nosotros nacimos, ahí sí como se dice, en nuestra cama de paja, en nuestro territorio. Y nuestros papás nos cortaron el ombligo y lo enterraron en la tulpa.

Levantan la tulpa, hacen el hueco. Se lo tapa con rescoldo, y ahí ya vuelve y se sienta la tulpa. Por eso es que nosotros no podemos abandonar nuestro territorio. Nuestro ombligo, nuestra raíz y nuestra sangre están en el territorio.

El día a día que resguarda

Para nadie es posible saber a ciencia cierta qué sucederá más adelante, pero sí comprender que ese porvenir se edifica con el cuidado de los otros y del territorio, más cuando el pasado y el presente están atravesados por la amenaza de la devastación. Ese cuidado establece una cotidianidad, la posibilidad de anteponer la vida ante la muerte y la salud del territorio para los que aún no han nacido y necesitarán de él.

Secretos divinos

Timbiquí era un ambiente muy tranquilo, muy tranquilo, pa qué le digo. Miren, yo en la edá que me levanté, mi juventú… a los diecisiete años salí de mi casa, y le digo que en ese entonces habían dos bailaderos en Timbiquí: Tiotón y Con Fu. Y le digo que nosotro los fines de semana nos metíamo a esos bailadero. La gallada de jóvene y joven mujere salíamo a las dos, tres de la mañana de ese bailadero, y nos caminábamo el pueblo y nos sentíamo tranquilo.

Eso empezó y me lo recuerdo como el pan del desayuno, cuando empezó a publicase la coca. Saquémole fecha: para mí, la violencia de la coca es de hace por ahí uno dieciocho años. Por ahí, por ahí se empezó la violencia. Antes de la coca llegaron los para, los paramilitares. Sí, ellos. O sea, ello vinieron como abriendo pueblo pa dejá entrá a los que venían a cultivar la coca, porque ello eran unos del semillero de la coca.

Todo esto para mal, porque entonces con la creencia o la superación de la plata de la coca tratan de modificar lo tradicional. O sea, la gente coge sus enfermos y si es posible lo llevan lejos a la ciudad, que allá es que se alientan, que allá es que se va y vuelve.

Vea, yo sobreviví, yo resistí por el amor a mi patria, a mi Timbiquí, a mis secretos divinos. No son secretos malinos. Los malinos son cosas humanas. Cosas que no son espirituales, ¿ya? Los míos son divinos. Los secretos malinos sirven pa… Aquí en Timbiquí algunos los utilizan pa defender el cuerpo, pa peliar. También pa meterles espíritus malinos a la persona, ¿ya entendió? Los secretos divinos son pa traer vida.

En Buenaventura jue el primer parto que atendí sola. Nació una niña. Ahí ya la gente empezaron a llamarme, pue, a buscarme. Iban donde la señora Plácida, la que me partió a mí. Ella me enseñó. «Ay, doña Plácida, un parto, y cómo hace pa tenerlo». «Vayan donde mi comadre que ella ya sabe la cosas de cómo se atiende un parto, poque ella ya tiene noción».

Y ahí jue, empecé a atender a la una, atendía a la otra. Los muchachos saben que yo los ayudé a llegar a la vida y me dicen «madrina», me respetan. Hoy en día pertenezco a la Asociación de Parteras. Para yo sostener esto prácticamente tengo una azotea, y lo que no me cabe en la azotea lo tengo en ollas. Tengo mis plantas en la casa, yo casi no salgo a buscar plantas a otra parte. Todo lo consigo en mi azotea. Antes yo le doy a mis compañeras para que hagan la cría de la planta.

Profecías

Esto pa allá había mucha plaga. Estaban los tigres. Allá no iban personas por temor a los animales. Estaban los ponches, las hicoteas. «Vea pa allá, métase». «Mira, quién se va a meter ahí donde hay tanto tigre, tanto no sé qué».

Por eso lo puse así, Rincón Guapo. Esto es grande, esto es grande. Aquí había tierra baldía que daba miedo. Todas esas tierras las ocuparon apenas se dieron cuenta de que la ciénaga se iba a secar. La gente principió a coger y venderles a los terratenientes. Por eso es que ellos tienen toda esa cantidad de palma, de tierra por todas partes.

A mí me decían que no, que esto era para trabajar. Es que mis hijos no estudiaron, los mayores, y tenían que aprender a trabajar porque si no trabajaban qué. Dije «me dan cuatro sacos llenos de plata, pero si yo me voy pa Barranquilla, pa Cartagena, pa donde sea, esa plata se va a acabando y cuando venga a ver, ya se acabó». ¿Y qué tienen para hacer esos pelados? Buscar un arma pa ir a asesinar gente, pa sobrevivir, y eso yo nunca lo he permitido. Porque no se van a dejar morir de hambre. Me gusta que mis hijos trabajen, que estemos honradamente como estemos.

Aquí vivía uno feliz, feliz, feliz. Desde que llegaron, esa gente fue lo peor. Las siete plagas. Esa fue la peor peste que vino a esta tierra. De las siete plagas de Egipto volaron esos paracos.

Cuando era pequeñita, esto era pura agua, mi amor. Ocurre que el agua la secaron los que mandan aquí en el Magdalena, los del negocio de palma. Ellos fueron desviando y desviando los ríos. Esa agua que pasaba era potable, venía clarita de Los Micos. Mija, los paramilitares le quitaron las máquinas, taponeaban todo eso. Vea, allá hicieron una compuerta de no sé cuántos metros, y esa compuerta es para que el agua no pase, para desviarla.

Iba gente con los soldados y la Policía a que levantaran la compuerta, y apenas se iban la armaban otra vez. Es que es muy sufrido. Las siete plagas.

En los charquitos los pelados se bañan a veces y esa agua ya no sirve pa bañarse. Esa agua viene toda contaminada. A mí me dio un hongo. El agua ya viene contaminada con el corozo, la porqueriza, todos esos químicos. Demasiado que no se ha muerto uno. Ya nosotros hablamos con Fundepalma y nos van a meter una máquina pa traer

el agua de donde la traíamos antes, pa que pase por aquí, y ya tiene uno su agua. No pa beber, sino pa cocinar, pa bañarse, pa hacer las necesidades.

Al quitarle el agua lo están desplazando a uno. Aquí hay mucha gente desplazada por eso. ¿Con qué van a bañar los niños?, ¿con qué van a hacerles los alimentos? Esa agua por allá tan lejos. Eso es para que uno se vaya, pero yo no me voy, mija. De aquí me voy muerta.

También tiene cuatro años que llegaron los colonos esos. Los colonos vinieron de Aracataca, Tucurinca, Barranquilla, Santa Marta. Ochenta y pico de colonos. A veces me tocaba enfrentarme a ellos sola. Los colonos eran unos campesinos. Tú sabes, «que allá hay tierra, que hay no sé qué», y se metieron por eso. Yo les señalaba los papeles y no les valía nada. Ese poco de gente estaba pero inculcaos por un terrateniente. Él los sostenía pa que se metieran, pa que le vendieran la tierra a él. Como el terrateniente me quería quitar la tierra, les dio a los colonos pa que hicieran casa aquí en el territorio. Les dio palo, les dio cuanta friega pa que le vendieran a él. Los colonos finalmente se fueron, ganamos. Los sacaron, los sacó el Gobierno.

Ese señor, el terrateniente, le metió candela al territorio, mandó meterle candela al territorio. Mi amor, quemaron más de 800 hectáreas de tierra. A esta hora ya uno no podía vivir con el humo en los ojos. Esos animales que corrían pa allá y corrían pa acá. Después ese señor la inundó en agua. Eso era puro espejo de agua por donde quiera que tú mirabas, era espejo. El viejo malo. Ese señor sabe la cantidad de años que tengo yo de estar aquí, me quería quitar esta tierra.

Ese pueblo quedó triste. En ese pueblo hicieron un poco de desastres. Ahora está otra vez cogiendo el ritmo de sus cantinas, de la gente. Acá tiene ya un poco de tiempo de estar tranquilo, desde que los paracos abandonaron, desde que estaban entregando las armas. Ahí fue que decidí hacer de esto un territorio colectivo, pa que nadie pierda su tierra. Desde que principiamos allá a hacer títulos y esas cosas, porque la gente no tenía miedo. Eso fue como en el 2015. Aquí siempre se habló de un territorio así; nunca vivimos individual, sino colectivo.

Hice lo del territorio colectivo por este factor, nena. Resulta y pasa que pensé en mis hijos, mis nietos, bisnietos y tataranietos. A mis hijos les gusta mucho la mujer, entonces a veces por las mujeres cogen y venden la tierra, y se van con sus mujeres y los que quedan sufriendo son los pobres pelados. Entonces así no tienen derecho de vender, por eso fue que yo hice ese título colectivo. La plata se acaba, pero la tierra vive para siempre. Esta tierra no se va a acabar.

Vivimos más tranquilos. Te digo que aquí a mi casa no ha venido un paraco a hacer daño ahora. Si digo eso es mentira, aquí no han llegado ya. Todo se ha tranquilizado. Vivimos la fiesta de los afro. Uno hace su fiesta con tambores, se peina, se pone su turbante. A mí me gusta mucho el sombrero, pero yo tengo mis turbantes. Me hago mi buen moñón y me pongo mi vestido de flores, porque a los negros, eso sí, nos encantan mucho las flores. En la ropa, casi no me gusta la ropa lisa, sino con esos manchones, ¿entiende? Uno se siente feliz con ese vestuario.

Me levanto a las seis de la mañana, a las cinco, a las siete, depende lo que vaya a hacer. Me levanto a hacerle algo a los pelados. Lo primero que hago es el tinto, eso sí, porque si no lo hago me duele la cabeza, me da de todo si no tomo tinto. Después de que ya cojo mi tinto, lo primero que arreglo es la cama. Enseguida me visto, enseguida compongo todo, quito el toldo y ya dejo la cama. Cuando salgo pa afuera, ya dejo la cama lista. Bueno, hago mi tinto, cojo la escoba, me pongo a barrer, hago el desayuno, lavo los chismes. Tranquila, así me gusta hacer mis cosas. Porque hay mucha gente que no sabe, hay gente que no cree que uno ha vivido esa situación. Somos una comunidad sufrida. Pero ya se acabó.

¡Estamos en victoria!

Amén.

La niña

A mi papá lo vine a ver en diciembre de este año. Nunca quise ver a mi familia. Básicamente, en la guerrilla, a uno le decían que según el comportamiento uno podía pedir el permiso para llamar. Bueno, si las condiciones se daban, uno podía llamar. Pero yo personalmente nunca quise hacerlo, nunca quise llamar a nadie de mi familia. A ninguno. Yo nunca quise que ellos supieran de mí. Yo me metí a esa vida, yo decidí, ese fue mi destino. Nunca quise involucrar a mi familia. Quería vivir mi vida y que ellos vivieran la suya sin que los vincularan a la mía. Ellos no querían esa vida para mí; obviamente, nunca quisieron que yo me fuera para la guerrilla. Si mantenía el contacto iban a empezar a presionarlos sabiendo que ellos no tenían la culpa.

El día que me fui, andaba solo con mi padre, solo con él. Yo le dije que me iba, que había decidido irme para la guerrilla. Él me suplicó que no lo hiciera, pero ya no daba vuelta atrás, estaba decidida. Me recogieron y él quedó muy triste, y yo también me fui triste pero… Alcancé a despedirme de mi padre, solo de él.

Después de que comenzó el proceso, me puse a buscar por las redes sociales y encontré a un hermano. Por medio de él hice contacto con todos los demás. Ellos estaban muy felices, muy contentos, me decían que por favor nunca más fuera a coger ese camino. Ellos pensaban que estaba muerta. Cuando le escribí a mi hermano por Messenger me preguntó asombrado quién era yo, en dónde estaba. «No, pues estoy acá para este lado del país, con los desmovilizados, con los que salimos». No la creía. Él de una vez le regó la bola a mi mamá, a mis otros hermanos. Mi mamá estaba en Cauca en ese entonces, no tenía presupuesto pa venir y yo tampoco tenía para mandarle. A mi mamá la traje apenas el año pasado, con el poquito sueldo que nos está dando el Gobierno, con lo del Acuerdo. La traje, duró dos semanas conmigo y luego se fue a su vida, pues a sus tareas. Mi padre vino también y quedó que a cualquier momento vuelve. Ya mantengo más contacto con ellos.

Con mi pareja me conocí donde pasé el resto de mi tiempo hasta que nos desmovilizamos. A él lo echaron a la misma unidad en donde yo estaba. Nos hicimos amigos, con el paso de los días fuimos teniendo como una relación más cercana. En últimas resultamos siendo novios, decimos nosotros. Así, sucesivamente, fuimos como construyendo una pareja, y pues conté con la suerte de que nunca me abrieron de ahí, sino que siempre me tuvieron cerca de él. Salía a una misión y siempre me echaban a mí con él.

La niña la fabricamos acá en el ETCR. Todavía no nos habían hecho todas las casas y resulta que me enfermé de un problema de quistes en los ovarios. Entonces me mocharon la planificación. Duré año y medio sin planificación. Me confié de que ya no quedaba embarazada porque llevaba año y medio, y nunca quedaba embarazada. No me llegaba el periodo ni nada, me confié en eso. Ahí fue donde quedé embarazada imprevistamente. Yo pensaba en tener un bebé, pero que no fuera a sufrir y para eso quería organizarme mejor. Uno también tiene los temores de si esto realmente se iba a dar. Por eso pretendía no tener hijos como tan rápido. Se me dio la casualidad de que quedé embarazada en ese estado, y pues dije «ya está hecha y pues va pafuera y palante, y pues toca luchar por ella. Es lo que se piensa ahorita».

Las tradiciones

El arca de Noé

Vivir en comunidad es algo que se aprende. Desde que usted está chiquito le enseñan que más que un *yo* hay un *nosotros*. Esa fortuna no la tiene todo el mundo. Es una apuesta de vida que para el Estado es un peligro. La guerra divide y la paz junta. Si usted me pregunta, yo recomendaría que para que haya futuro hay que pensar en volver al pasado, donde nos enseñaban a vivir en comunidad. Solo para eso hay que volver al pasado, para nada más.

¿Qué le cuento yo? En mi infancia viví de una forma bonita. Mi papá es carpintero naval y me llevaba a compartir, a divertirme con esas cosas chéveres de la infancia que uno puede compartir a través del compañero y la compañerita. Lo más hermoso es que en el pueblo se tenía la costumbre de compartir, de pasar comidas entre vecinos. Los mayores estaban al cuidado de los niños. No solamente está la protección del papá, también está la del vecino o el padrino. Eso es hermoso.

Cuando estaba creciendo, mi hermano pescaba y tenía una lancha. Salíamos desde los catorce años de edad a pescar. Una noche llovió durísimo y yo pensaba que me iba a morir. Pero fue una experiencia bonita. Mi hermano sabe mucho y es muy protector. Después ya salía solo en mi lancha. La pesca era el compartir, hablar de la vida. Para nosotros significa otro sentido de la vida, donde nos comunicábamos como en caravana.

Salía de pescar y me iba a mi iglesia, jugaba fútbol. Era una vida hermosa. Los mayores también se respetaban las creencias. Las peleas o discusiones entre vecinos eran unas cosas sencillas. El pastor, los sacerdotes compartían. El sacerdote era muy amante del fútbol, movilizaba a todos los jóvenes, mujeres y hombres a jugar. Pero todo cambia con la incursión de los grupos armados al territorio.

La noticia nos llegó a través de una lancha que estaba en el pueblo, en Merizalde. Eso fue en el año 2000. Decían que venían bajando los paramilitares de la cabecera del alto Naya. Todo el mundo estaba asustado, eso fue horrible. También había otro actor armado, en la parte de abajo, que era la guerrilla. Uno decía: «Tres grupos armados legales e ilegales y la comunidad en medio de eso. Esto es una cosa loca».

En diciembre ya entraron con fuerza. Mi papá tenía una lancha grande a la que le decían «el arca de Noé» porque era una metrera. En esa lancha se metieron las lanchas pequeñas y se desplazaron 238 familias, incluida la mía. Mi abuelo tenía inmensidades de terreno y eso se perdió.

La vida allá era una vida tranquila, en armonía con esas mingas comunitarias que hacíamos. Eso cambió porque nuestras condiciones de vida allá eran mucho mejores que las de acá. En la ciudad tienes que tener un perfil para un trabajo, sino ¿quién te va a ayudar? Como dicen los viejos: «Lo que usted sabe, lo que usted aprende, de eso es de lo que se vive». Pero si lo que usted sabe, no lo puede realizar, entonces se empobrece.

Nos asentamos acá en Buenaventura en el barrio Isla de la Paz. Veníamos de diferentes ríos: Naya, Yurumanguí, Raposo, Anchicayá. Había muchas personas empobrecidas aquí, que todo lo tenían allá. Mi mamá era líder del río Naya; un vecino y otro señor eran de Yurumanguí. Con ese liderazgo fuerte que ellos tenían lograron conseguir casas temporales para 22 o 33 familias. Eran pequeñas, de dos por tres, y de plástico. Usted sabe que la gente del Pacífico es grande y siempre son numerosas las familias. Supuestamente era algo temporal, pero así siguen hasta el 2020 porque no hubo más ayuda. Es algo inhumano. La gente tiene su forma de vida, así que nadie se aguantó y empezaron a cortar sus palos y a ampliar con sus propios esfuerzos, poco a poco.

A los meses de haber llegado, intentamos recuperar nuestra forma de vida. La gente seguía con algunas prácticas, sus fiestas, y toda su forma cultural. El cambio del trueque que se dice, la mano cambiada que es lo mismo. Esa forma de vida comunitaria. Todos venimos de esa misma cultura, de intentar vivir en paz.

No nos criaron para la guerra

En el 2002 inicia la construcción de la vía interna y toda esa tranquilidad se va, todo cambia. La vía interrumpe la vida campesina. No solo porque va a pasar sino por lo que viene atrás de la vía, los terceros reclamantes. Los que dicen ser dueños del territorio cuando nunca han estado en el espacio. Ellos no aparecen solos, vienen con grupos armados, grupos ilegales, intimidando a la comunidad. El impacto que generó fue catastrófico. Fuimos otra vez revictimizados.

En el 2013 aparece un empresa de inversiones que dice ser la dueña del barrio La Paz. Eso fue otro *show* para la comunidad, otro karma. Llegaron y con una retroexcavadora convirtieron la cancha en un parqueadero de tractomulas. Pusieron alambre de púas y ya no teníamos acceso porque mantenían vigilando. Eran actores armados que pasaron por las casas amenazando a los líderes.

Decidimos jugárnosla por dos vías. Empezamos a buscar en la Fiscalía, en la Personería, en fin. Se fueron juntando otras organizaciones porque estábamos muy solos. Fue un trabajo muy bueno. Por otro lado, hicimos la primera minga comunitaria. Para recuperar los espacios, se hizo una actividad donde se construyó una cancha encima de la vía. Tanto tiempo sin la gente jugar en una cancha, y eso la alegría de la comunidad, de los niños ¿usted se imagina? Fue un espacio de esparcimiento, de creación.

A las siete de la mañana llegaron a mi casa: «¡Hanner, Hanner, Hanner, están levantando el arco de la cancha!». Eran actores armados que llegaron en moto a la cancha sacando a la gente. Lo más triste para nosotros es que llegaron acompañados de la Policía. Siempre hemos tenido una mala imagen de la Policía porque a pesar que se hacían las denuncias ellos no eran efectivos. Pero sí hubo una reacción efectiva de la comunidad. Todos bajamos. No quedó nadie. Las embarazadas, las dadas a luz, todo el mundo bajó a la cancha a defender lo suyo. Uno de ellos preguntó «¿en dónde está el líder de la comunidad?». No dejamos hablar a don Temis. Había un señor acurrucado, que ya falleció, y dijo «pero ustedes ¿qué es lo que quieren? ¿Nos ven cara de bandidos? Nosotros somos una comunidad. Lo único que estamos haciendo es defender nuestra cancha, pero lo que ustedes quieren es que no haya espacios para que nuestros muchachos se metan a esos grupos». Entonces dijeron que nosotros éramos guerrilleros y ese señor se dobló de una manera y les dijo «¿ustedes me ven cara de guerrillero a mí?».

Lo bonito era ver que la gente se estaba apropiando de lo suyo. La comunidad tuvo una respuesta efectiva porque acá tenemos que cuidarnos entre todos. Uno solo no va a salir, salimos junticos porque la única protección efectiva es entre nosotros mismos. Sin embargo, vivimos en un zozobra, impotencia y desilusión hacia el Estado. ¿Cuántos años tienen que pasar para decirnos qué sucedió en este país? Vivimos una guerra que se la inventaron ellos y la estamos pagando nosotros. La guerra no es nuestra ni de nuestros antepasados. No nos criaron para la guerra, al contrario, nos enseñaron a amar al otro. Nosotros no somos los violentos. Nosotros sí sabemos vivir en comunidad.

El profe

Imagínese usted que en ese entonces llega el auge coquero y la gente no sabe qué hacer con la plata. ¿A qué se dedica? Al trago, a problemas y a echar plomo. La gente pelaba dos vacas a la semana y después no sabían qué hacer con eso. Les echaban la carne a los perros. No se aprovechó nada. No encuentro hoy que alguien diga que se hizo un proyecto productivo. La gente como no tenía educación, como no ahorró, malgastó la plata y de ahí vinieron los problemas sociales. No había un norte. Cada cual trabajaba por su familia, por lo suyo y listo.

Yo inicié como maestro en el 88, en Cascajo. Ante el abandono estatal, con algunos líderes, sobre todo docentes, empezamos a mirar la posibilidad de cambiar esa situación. ¿Cómo? Con infraestructura, con que el Estado nos mire y, en general, con cambiar la forma de vivir de los descanseños. Para mí, todos ellos eran unos líderes duros con los que íbamos aprendiendo a la par. De ahí nació el colegio, que empezó como colegio satélite de Santa Rosa. Nació de la necesidad de que los muchachos tuvieran algo. En esa época no se conseguían ni maestros y los que había jugaban a ser licenciados. De ahí vino la lucha por capacitarnos. Los maestros que no éramos licenciados y solo teníamos la formación de bachilleres pedagógicos o bachilleres teníamos que entrar al plan de capacitaciones para poder trabajar. Acá era un milagro que llegara un licenciado y la gente estudiaba estando ya grande, ya vieja.

El colegio tenía el objetivo que tiene cualquier colegio, la formación académica. Pero este tenía una particularidad y es que se construyó con el objetivo de una proyección comunitaria. El colegio se convirtió en el eje de todos los procesos sociales. Las ideas nacían de los 25 maestros que había y de los líderes sociales. El colegio se volvió vital. El ser humano que sale de allá tiene que ser un ser social que se sepa comportar y ayudar. Sin embargo, el propósito principal del colegio era el de prevenir el reclutamiento de jóvenes. Desde el 90 al 95 nos tocó vivir el conflicto armado. La guerrilla iba a las escuelas, estaban ahí inmersos. Ellos ponían el orden acá. No todo era malo, pudimos convivir y trabajar con ellos. Ayudaron al pueblo y la ley que ejercían en lo social para evitar peleas y problemas era buena. Pero el principio social del colegio es que todos los grupos, sean paramilitares, sean delincuenciales, sean del Estado, no se pueden llevar a los muchachos a ciegas, a defender una causa que no entienden. Necesitábamos bachilleres que analizaran más, que supieran a qué los convidan esos grupos. Empezamos a oponernos a que los muchachos se fueran a las guerrillas y varias veces fuimos a decirles que los dejaran. También nos opusimos a que no persiguieran como objetivo militar a los que se habían ido con ellos y después se arrepentían.

Nosotros acá les hablábamos a los muchachos: «Mire, si viene la guerrilla, hay que atenderlos como seres humanos; si viene el Ejército, hay que atenderlos como seres humanos; si vienen los paramilitares, hay que atenderlos como seres humanos. Pero en lo que usted no debe caer es en si le dicen "vamos" o le ofrecen plata, o le ofrecen

armas. No, usted debe analizar que el mecanismo de la guerra empieza con un ofrecimiento, pero ese ofrecimiento es mientras tanto». O la gente nos buscaba: «Mire, profe, hable con él que no le hace caso a la familia». Así salvé a una muchacha que se quería ir a la guerrilla y ahora es profesional. «Miren, muchachos, analicen la vida. Es que estar en la guerrilla no es fácil, andar por el río no es fácil, andar sin comer no es fácil. Es que la vida de los guerrilleros es dura». Teníamos el respaldo de la gente. Esto no lo hacíamos delante de los grupos, pero ya empezaban a tenernos entre ojos.

Después nace la Asociación. Teníamos que hacer algo con el poder de la educación, con el poder de los profesores en las áreas rurales. La Asociación tenía un enfoque de gestión, de que el Estado conociera de nosotros. En el 2000 nace ASOD, Asociación para el Desarrollo de Descanse. El objetivo era organizar el pueblo para los proyectos comunes: alcantarillados, infraestructura, vivienda, gestión, seguridad. Las organizaciones al margen de la ley empiezan a vernos como líderes sociales que no les dejaban la vida tranquila. Se enojaron con nosotros porque decían que, como éramos líderes, les pertenecíamos. Pensaban que por ser líderes si decían que hiciéramos esto lo íbamos hacer. No, nosotros nunca, en ningún momento. No éramos ni líderes de ellos ni éramos paramilitares. Éramos un gobierno autónomo. De ahí empezaron con «están con nosotros o están en contra de nosotros». Nosotros les decíamos «no, siempre hay otra opción». La opción que hace la gente civil, que no está en nada del conflicto. Nos convertimos en objetivo militar porque no quisimos hacer lo que ellos querían. No ofrecían que nos fuéramos como líderes con ellos: «Vea, yo le doy una plata y váyase con nosotros, que por su mujer y su hija no se preocupe». Le dije: «No, señor, yo no quiero ser ningún ente armado. Mis ideas las pongo acá, mi trabajo lo pongo acá». Ellos no estaban haciendo bien las cosas para manejar a la gente. La gente ya no estaba de acuerdo con que la organizaran y les impusieran las cosas. Nosotros también estábamos de acuerdo en que evitáramos la bebida, las peleas y todo eso, pero sabíamos que tocaba con educación porque ya la gente no se dejaba imponer nada, quería vivir tranquila.

Estamos a once horas de Santa Rosa y a seis o siete de Mocoa. Es una lejanía que cualquiera aprovecha. Si usted le mete a lo social, la cosa cambia. Un niño bien comido y bien dormido no tiene necesidad de coger otros caminos. Un pueblo organizado en el que sus líderes no son de ellos era un riesgo y nos convertimos en un objetivo no deseado. A mí me decían que era un buen líder, pero no les servía si no estaba con ellos y les rechazaba todo lo que ofrecían o lo que me pedían.

El ELN nos metió en un libro. Me acuerdo que era un libro de anillos pequeñito que tenían en una chuspa. «Aquí están ustedes como objetivo militar, como gente que está en contra de nuestro proceso». Un domingo a las nueve de la mañana llegó a mi casa el comandante Posada. Me empezó a preguntar, me dijo: «Usted es objetivo militar, cuénteme cómo es la cosa». Le conté de la Asociación, le conté lo que hacíamos. Él estuvo arriba, en el segundo piso. Le ofrecí comida: arroz, carne, yuca y jugo. Me acuerdo mucho de ese domingo. Tenía miedo, obviamente. Con él vinieron como diez hombres,

que se quedaron abajo. El tono es que nos tildaban de paramilitares. Le dije: «Si yo fuera paramilitar, viejo, ¿usted cree que yo lo estuviera esperando en mi casa? Estuviera armado, ya me hubiera ido. Viejo, si tiene la orden de matarme, ¿por qué no me deja ir? Déjeme ir, yo tengo una hija». Él se dio cuenta de que lo que la gente le había dicho no era lo que nosotros hacíamos. Pero igual me dijo «si usted realmente no debe nada, entonces quieto en primera. Eso no es una organización social, sino una organización paramilitar disfrazada. Acábenla». «Pero mírela, no tiene nada de paramilitar». «Lo más saludable, viejo, es que acaben esa Asociación». Y nos tocó acabarla, pues pare de contar.

Eso fue una tristeza tan verraca… cómo se puede parar un proceso, usted no puede expresar sus ideas, no puede organizarse, tiene que vivir al mando de otro. Si no hubieran cerrado esa primera iniciativa, Descanse tuviera más cosas, tuviera de pronto más desarrollo, más proyectos. Porque si usted lo mira, nosotros pensábamos en grande: vías, vivienda, educación. Este colegio lo íbamos a convertir en una institución de estudio superior, ese era el objetivo nuestro. También teníamos el ecoturismo y todo ese cuento. Si no se hubiera parado, yo le aseguro que esto estuviera mejor. Son quince años de atraso.

La organización la reactivamos hace un año. En el 2018 se formó otro comité. Y ya se han hecho cuatro puentes: el del río Blanco, el de La Honda, el de La Chamba y el de El Cascajo. Y tenemos lo del camino ancestral, la participación de la CRC en proyectos culturales, lo del vivero. En menos de un año, tenemos proyectos de gran envergadura. Toda la gente de Descanse, de una u otra manera, ha sido víctima. Víctima del atraso del Estado, víctima de los entes al margen de la ley. Por eso, desde la educación, buscábamos los mecanismos para que nos atiendan, hacemos las solicitudes. El colegio es intercultural, quizás el único en el departamento del Cauca donde se trabaja con indígenas, campesinos, negritudes independientes. Vamos dejando ese legado porque todos tenemos que convivir, no podemos perder el respeto del otro. Por eso regresamos. Si queremos salir de esta, tenemos que volver a organizarnos. Una y otra vez, las que sean necesarias. Eso es lo que ayuda a resistir a cualquier grupo. Los profesores tenemos un lugar importante en esto. Al maestro, acá, le toca hacer de médico, de ingeniero, de cerrajero. Le toca de todo. Los maestros tenemos el poder del pueblo y por eso mismo nos toca trabajar por esto. Y esa es como mi historia, así cortica.

Nojotros los cuidadores

Nuestra ley de origen como pueblos indígenas que habitamos en el Resguardo Predio Putumayo consiste en que el ser creador nos dejó a cada pueblo un territorio, un lenguaje; su forma de alimentación, de educación propia, de justicia propia y el medioambiente. Eso nos lo dejó a todos los pueblos milenarios.

Llegó un momento en que todo ese sistema de gobierno propio lo manejábamos correctamente para tener supervivencia. Nos fue entregada la coca, la planta sagrada con la que podíamos comunicarnos con la naturaleza y la divinidad. Pero esto lo perdimos cuando el hombre blanco penetró al territorio de los pueblos indígenas por el lado del Caquetá.

El ser creador también creó al hombre menor y al hombre mayor. Nosotros fuimos los mayores; el hombre blanco es el menor. El ser creador nos dejó una dieta que no pudimos cumplir los mayores. Al hermano menor lo dejó para que sea el fabricador de la cuestión económica, porque nosotros perdimos esa gracia por no dietar. Ellos trabajan la tierra, producen todo lo que es el billete, hacha, machete… bueno, todo lo que es economía.

«A usted, hermano mayor, no lo voy a dejar a un lado. A ustedes los voy a dejar como cuidadores del entorno, del agua, del monte, de los ríos, de los animales. Ustedes van a ser cuidadores. Si quieren hacer uso de la tierra, por cada especie les voy a dar un abuelo. Y si ustedes quieren hacer uso de la tierra, tienen que pedir permiso a esos abuelos».

Por eso es que el hombre blanco arrasa con todo lo que hay de cuestión económica, y esa es la pelea. Nunca va a unir con el pensamiento de nojotros, de los pueblos indígenas. Somos cuidadores no más, no productores. Por eso, el Gobierno estatal, instituciones, nos han catalogado a nojotros los pueblos indígenas de perezosos. ¡No, no somos perezosos! Nuestra ley de origen dice: nojotros somos cuidadores. Si no fuéramos esos cuidadores, el tiempo se acabaría, el monte, los animales; todo estaría arrasado por perseguir la cuestión económica.

Es que no está en manos de nojotros, los indígenas, cambiarlo, porque vivimos en paz en nuestro territorio. Eso está en la cuestión de la colonización, de la gente que permitimos que entre al territorio para la cuestión económica.

Antes pues las mujeres eran las que atendían el parto. Había parteras. Pero como llega la cuestión occidental, no ha servido, ya no es como antes. Ahora toca pues llevarlas a Leticia. Entonces no, tenemos que volver a fortalecer lo nuestro otra vez. O sea, eso es lo único que nos puede salvar de todas estas cosas que estamos haciendo. Fortalecer la cuestión cultural, el respeto, la obediencia, como dicen. No perder nuestras prácticas tradicionales.

Pero ya no está en nosotros la solución porque vivimos en paz en esta tierra; en armonía con la naturaleza. Son los que entran los que nos vuelven a meter en el conflicto armado, y la desarmonía otra vez.

Lugares para la vida

Para habitar los espacios de la guerra hay que transformarlos nuevamente en escenarios de la cotidianidad. El porvenir también es la construcción de un parque, de un lugar para bailar, de una tienda, de una cancha. Espacios de juntanza que en su momento estuvieron prohibidos por la violencia y sin los cuales resulta imposible construir experiencias en común.

El miedo no puede ser tan verraco

Las explosiones fueron muy duras, casi nos vuelan hasta el techo a nosotros. Mi hijo tenía más o menos cuatro años. Él oye una petaca y pa la casa, hermano, no hay más. Mi mamá, por ejemplo, lo que te decía, ella oye cualquier ruido y dice «¡Dios mío!, ¿otra vez?». Uno mismo sale a la calle y siempre sale a ver qué está pasando, con mucho miedo. Eso no se borra fácil, eso queda en el subconsciente. Uno ve una pelea y más bien se quita.

Para ese momento era peor, mi mamá no salía ni a la esquina. Le digo yo un día a un amigo «mira, mi mamá se va a enloquecer si no vuelve a salir de esa casa»; y él estaba en algo igual, le estaba pasando lo mismo. No salíamos, no hablábamos de eso, todos como escondidos. Hacía mucha falta un ratico de parque.

Me dijo un día un vecino «no, hombre, es que el miedo no puede ser tan verraco de metérsenos al parque. Nos pueden controlar lo que quieran, pero déjennos el parque para las mamás, para los viejos».

Las FARC venían y daban vueltas.

Un día dijimos «ya no les tengamos más miedo, pues, ¿qué más nos pueden hacer?». Ya nos lo habían hecho todo. Armamos un grupo que se encargaba de decirle a la gente: «Salgan al parque, hagamos una retreta, tratemos de olvidar un poquito ese momento tan amargo».

A alguna de esas retretas llegaron los de las FARC en unos furgones, nos rodearon, y que teníamos que irnos. Como comunidad les dijimos «¡no nos vamos, se van ustedes, nosotros de aquí del parque no nos movemos!», y nos mantuvimos en nuestra posición con música, quemando pólvora. Esa retreta tuvo como resultado que no volvieron a molestarnos por estar con música, compartiendo.

Tú que me escuchas dirás «eso no es mucho», pero mira, nadie se imagina lo que significa poder salir a un parque, a compartir.

La alegría de la chagra

Rosalía: Apenas llevo quince años de estar aquí, yo vine de otra parte. Aunque dicen que no debo decirlo, yo salí de mi lugar por una tristeza. Salí porque se me salieron mis hijos y no regresaron. En el año 1989, algo así, no me acuerdo casi. Se me salió mi hijo. En el tiempo de la coca trabajaba ahí y lo llevaron a él, dicen que para pagarle lo que le debían. Entonces se fue y no regresó. Dijeron que lo mataron.

Después pasa lo siguiente: la otra hija de dieciocho años se fue a ver si verdaderamente le mataron al hermano, y no regresó. Se fue la otra de dieciséis años y no regresó.

Ya con el tiempo me dijeron que en Puerto Asís los mataron, porque ellos trabajaban en lo que no era. Yo ya estaba sola, ¿yo con quién voy a estar ahí, sin el rastro de los hijos? Me tocó venir. Llevo quince años aquí, acompañando a los que viven por aquí. Pero como a mí me gusta trabajar en la cultura y me gusta trabajar en la chagra, tenía que buscar una forma de conseguir mi lotecito para trabajar. Pues me dieron lotes y ahí trabajo, hago mi chagra. Mis viejos, como viven enfermos, pues hacen sus chagritas. Por ahí se animan al menos así un poquito, trabajando despacio para conseguir algo bueno.

Uno sin plata no es bueno, ¿uno sin plata qué se come? No se come nada. Toca tocar bolsillo y si hay, se come; si no hay, pues no se come. Tenemos que trabajar en la chagra: sembrar platanito, sembrar yuca y hacer fariña; sacar almidón o hacer casabe. Luego, si alguien quiere, voy cambiando o vendiendo cualquier cosita pa poder vivir. Y así vivo aquí en Tarapacá. Sufrida. No tengo quién, como dicen, con quién compartir en el trabajo.

Soy de Peña Blanca, soy etnia bora y no tengo paisanos bora. Hombre bora no hay. Por ahí voy con valor de mi Dios. Mi Dios es grande, me acompaña. Yo vivo así. Algunos me dicen «mujer, haga su minguita para poder ayudar». «Pero no», le digo, «yo no tengo con qué sacar agüita, comidita para brindar». Como dicen por ahí, «el motor no trabaja sin gasolina; el motor trabaja con gasolina».

El muchacho que me ayudaba se fue de mi lado, a trabajar en otra parte. Me quedé sola. No hay quién me ayude. Bueno, será uno hablando si alguien puede ayudar, pero no, yo no hablo porque no tengo qué brindarles a ellos.

Ayer estuve hasta las dos de la tarde, y ya de la mitad de la chagra yo tenía que sembrar, rejuntar y sembrar. Todavía me falta. Tengo que rejuntar. En esas estoy. Eso es para mi bien. Eso es mi plata, de ahí voy a comer, de ahí voy a vivir. Aunque no tengo completos mis hijos, pero ahí estoy. Aunque sea diferente etnia, pero ahí estoy con ellos.

Me dicen «¿de dónde sacas la semilla?», pues por ahí yo tengo que pedirle a alguien, pedir limosnas. Pero yo acá me quedo.

Tengo quince años aquí y mi alegría viene de la chagra.

Ana Tulia: Por eso nosotras decimos «somos las mujeres que estamos conformando la Asociación», como líderes y como mujeres. Ahí es donde yo pienso «así como estamos hablando, nosotros tenemos que ir». Y yo sé que un día si vamos veinte mujeres, agarramos el trabajo bien grande, les dejamos bien limpio. Yo voy a lo que sea, no sé rozar. Que alguien tiene que esperarme con comida o alguna bebida, no, señora; voy con toda mi voluntad para ayudarle. Así que doña Rosalía, cuando tenga algún trabajo, invítenos. Con gusto le ayudo. Sé que estar trabajando solita es duro.

Rosalía: Está bien, compañera. Pero siempre yo escucho por ahí murmuración de otras mujeres, que de pronto se van lejos a ayudar, se van por allá. Y usted sabe que por la tarde es que llegan todas enfermas, doloridas y dicen «no, yo no voy a donde fulano». A mí como me da pena con ellas, me da pesar. Yo no puedo hacer eso.

Lori: Algo que quería decir. Tenemos una comunidad y estamos cerca de ellos, de la comunidad de Santa Lucía. Si uno invita a la minga, digamos a seis personas, ellos no van a ir seis, sino que se van veinte o treinta personas. Es bonito, uno se siente bien, como dueño de la minga. Uno también les ofrece buena comida, buena bebida para que ellos también se sientan bien.

Yo por lo menos vivo agradecida de esa gente, porque cuando uno necesita que le colaboren, «voy a hacer minga tal día», allá no tienen pereza ni nada. Téngales comida y bebida, y eso es suficiente para ellos. Nosotras tenemos que aprender de ellos.

Rosa Albina: Pues eso depende es de la voluntad de cada persona.

Yamile: Nosotras nos organizamos es para eso, para ayudarnos unas a otras. La otra no tiene, la otra sí tiene. Eso es de nosotras. Compartir. Cada etnia tiene diferente cultura, pero hay que organizarnos.

Por lo menos yo trabajo, pero siempre y cuando me inviten, voy a colaborar. Sea domingo, sea festivo.

A mí me gusta colaborarles a las amigas, al que me diga. Hay que comunicarnos para poder saber, porque si ella no dice, pues nosotras no conocemos. Si sabemos que ella vive allá sola, pues vamos a volver a la costumbre de la minga. La minga es una costumbre. Es rural la tradición. Todos sabemos que la acabaron y nosotros, los tikunas, somos la ficha, porque hay veces que hacemos minga.

Hace como dos años, por motivos que yo estudiaba y trabajaba, no me quedaba tiempo. Dejé de hacer chagra. Pero ahora que terminó mi estudio, voy a hacer chagra y también voy a querer que me colaboren las amigas. Yo necesito y ellas también. Nos vamos a colaborar. Ojalá que Dios quiera y nos oiga la palabra que estamos diciendo. Vamos a hacerlo, recuperemos la tradición pa podernos colaborar la una con la otra.

Las vueltas del baile

Yo había salido a buscar un hielo porque yo vendía pescao. Le dije a mi hijo, «vamos, niño, acompáñame». Eran como las doce y pico. Entramos aquí a la casa con el hielo y escuchamos una tirazón en la carretera. Y me ha dicho el niño «oiga, mami, vamos a oí que son los paracos». «Papi, eso no son ningunos paracos, es el Ejército que está en la carretera». Incluso el Ejército estaba ahí. Salimos y de pronto la tirazón empieza pa acá. Levantaron una casa a plomo, le echaron candela. Empezaron a quemar todas las casas. Nos tocó empezar a escondernos. Uno se iba, se perdía en la noche a dormir en los montes. Apenas eran las siete y media, vea, recogía uno un toldo y pa esas montañas a dormir sin saber qué animal se le puede meter y sin prender el foco. Ya tenía práctica de entrar así a los montes sin prender focos.

Después de eso que pasó quedamos poquiticos. Aquí no podía llegar un carro. Apenas se escuchaba un carro, sinceramente, uno huía. Esto de noche, cuentan los que quedaron, que eso apenas era un aullido de perros, un pueblo fantasma. Yo despertaba a mis hijos a la hora que fuera, y no sé cómo tengo la cabeza puesta hoy en día. No sufrí de locura ni me mató más nada. Ni me mató el corazón, sería porque lo tenía bien puesto. Para los que nos tuvimos que ir fue difícil porque este ha sido un pueblo muy estigmatizado. Yo viví en Chiriguaná y me decían «santaisabelera guerrillera». Y yo pienso: «Soy santaisabelina y soy feliz aquí», pero lo duro es tú salir y que te digan esas cosas.

Ya luego retorné, pero solita. Dejé a mis hijos en Curumaní. A los días se vino el hijo, el varoncito, y me dijo: «Mami, yo me voy con usted a acompañarla». Porque en Curumaní podía uno sufrir mucho, aguantá hambre; mientras que aquí uno iba a las Ciénegas, conseguía una canoa y se iba a jalar mojarritas con anzuelo. Y así fue que me quedé. Nos quedamos aquí, mandamos a traer la cama. Regresé, pero como con zozobra. Echaba candado en la puerta de la calle, cerraba la otra puerta y me encerraba. Estaba encerrada, sin bulla y sin nada. Eso apenas traqueaba un palo yo brincaba. Hubo un día que miré al Ejército allá en la carretera y yo llegué acá a la casa que me moría, y Mirta me dijo: «¿Y tú qué tienes, muchacha?». «¡Ay, Pime, yo miré los soldados y ahí está uno de los que me tumbó la puerta!». Pero no era ese soldado, aunque yo creía que sí. Siempre creía que eran esos.

Con el tiempo, con los que se quedaron y retornaron nos hicimos amigos y la tranquilidad demoró. Resulta que desde hace como tres años hacia acá, ya no se hacen las Fiestas Patronales de Santa Isabel. Ahora es el Festival del Retorno por la Paz. O sea, es como una manera también de quitarle el estigma que tenía el pueblo y de invitar a la gente. Eso ha funcionado mucho, las tres veces que se ha hecho. Se ha ido acogiendo, porque eso en un tiempo se perdió. La gente aquí sí bailaba antes, pero con miedo. Ahora, la unidad ha permanecido. Se están recuperando todas esas cosas que antes se hacían. La última vez fue, mejor dicho… Hubo un día que hubo

una fiesta mucho después de regresar, como en diciembre. Estábamos bailando en la caseta y entró un carro como a las diez, once de la noche, y eso todo el mundo dijo «¡mierda! Los paracos». Pero seguimos bailando, o sea, antes todo el mundo hubiera corrido, pero no, esta vez seguimos bailando.

Que me dé la vida para ver mi casa

Cada uno de nosotros tiene un cuarto al que le decimos «6 por 4», porque es el tamaño que tienen. Por ese motivo han habido dificultades. ¿Cómo voy a traer mis diez familiares pa acá, si el cuarto nomás está hecho pa uno? ¿Sí ve? Ha entrado muchísima gente.

Ustedes están hoy aquí; en cualquier rato ustedes me llaman: «Don Félix, ¿cómo estamos?», porque es lo que a mí me agrada, tener amistades, que la gente sienta el calor humano que hay en mí para conocer mi historia, la historia que llevan de uno.

Nosotros tenemos un proyecto de vivienda, la casa modelo de la Ciudadela de Paz. Esa vivienda ya va teniendo el año de construcción porque se comenzó con pura gente novata, el técnico que venía de Manaure solamente venía a dar instrucción y se iba.

Yo sueño con mi casa. El lote mío se ve pequeñito; si me meto pa allá, lo veo más amplio. Allí quedaría una casa buena en toda la mitad, dejando un tramo para lo que uno quiera hacer. Aquí me quedo, yo quiero montar un negocio o algo. Yo quiero hacerle a la casa un traspatio, una ramada para montar una venta turística. El lote mío ya lo tengo con las escrituras, lo que pasa es que están en manos de la cooperativa, pero ya eso está hecho.

La casa hay que cercarla, meterle una cerca para que no le dé guerra a ninguno. Si usted vive de vecino mío y nos entendemos, usted puede llegar a mi casa tranquilamente y yo a la suya. Hay que medir los hileros: para acá me toca a mí, para allá le toca a usted. Hay que hacer todo eso. Mucha concientización en la mente.

El lote de la casa mía se nombra El Arco, es un palito que se parece a un arco. Con la ayuda de Dios, yo aspiro a tener un futuro más adelante. En la edad que tengo, 63 años, pueda llegar a 70 y que ya tenga mi casa. Antes de los 70 años poder yo disfrutar de mi casa, esa es la idea que tengo porque yo soy positivo en mis cosas.

Mi casa va a ser, con la fe en Dios, una casa para yo disfrutar y de pronto que yo convide a alguien, poder conseguir una compañera que me acompañe. Una experiencia de que ella me enseñe muchas cosas, así como yo le puedo enseñar, porque una pareja se cuida el uno con el otro. Usted teniendo una compañera sabe que tiene a alguien en la casa, que usted va a salir y esa compañera está ahí.

Tengo 63. Ojalá dentro de dos años ya esté hecha la casa para así poder disfrutar de tener mis amistades, de recibir mis amistades. Aunque sea un tinto poderles brindar porque la idea es quedarme. Si Dios me da licencia, porque si él no me tiene de aquí,

allá es otra cosa. Pero yo digo que no me mató la guerra mucho menos la política, ¿sí? La verdad es que pasamos ratos duros en la guerra.

Lo bueno que podemos contar hoy en día es que los que somos seleccionados, en la vía centralizada de la paz, tenemos el mejor futuro, porque hay mucha gente que se ha retirado y se ha vuelto otra vez a la corrupción y hoy en día no están aquí. Los que podemos estar aquí firmes estamos a veras del Estado.

El mito de la guerra

Los que cuentan la historia

Acá en El Jordán lo que ve uno es que la gente no se atrevía mucho a hablar. No confiaba en el Estado, no se atrevía. Entonces la información que muchas veces se llevó afuera fue de parte de dos o tres que querían figurar y contaban la historia a su amaño. No eran las personas de pronto más idóneas para contarlo. No solo lo hicieron de una forma irresponsable, sino que también exageraron en ciertas cosas o cambiaron la versión de lo ocurrido. Por ejemplo, a mí me molesta mucho escuchar la noticia del puente Danticas, que dicen que la guerrilla lo voló, cuando en realidad acá la mayoría de las personas sabemos que fue un sabotaje por parte de las autodefensas. Fue para sabotear el proceso de paz en el Caguán.

Hace años los paramilitares asesinaron a un médico acá. En un informe aparece que cuando él iba en la ambulancia para San Carlos, lo asesinó la guerrilla. En realidad no lo asesinó la guerrilla. Lo asesinaron los paramilitares porque él vino a este pueblo y permeó la junta de acción comunal, la cooperativa, el acueducto. Dentro de las mismas autodefensas se dieron cuenta que él estaba saqueando con unos amigos.

Uno ahora piensa y dice «¿cómo carajos uno fue capaz de sobrevivir a todo eso?».

En noticias hace años salió un reporte: «…y si bien San Carlos puso las víctimas, El Jordán puso los paramilitares». Y pues tan irresponsable. Cuando yo vi eso, o sea, a mí eso me indignaba. Nosotros no pusimos paramilitares; acá llegaron y se instalaron. ¿Que muchos de los jóvenes terminaron metidos ahí? Sí, porque igual no había oportunidades, era su cotidianidad; porque era lo que estaban viendo, eran sus referentes.

Inclusive a mí en algún momento se me ocurrió que formáramos un grupo juvenil para sacar personería jurídica, para presentar los proyectos a la Gobernación. Que pudiéramos tener una sala de sistemas para que los pelaos se metieran a hacer cursos, para que no estuvieran viendo todo eso: el paramilitar que viene en la camioneta robada, que se lleva las mejores niñas del pueblo. Los pelados no querían sino eso.

Y en esa dinámica de formar el grupo juvenil, «Camilo» fue un día a mi casa y me dijo que tenía que ir a una capacitación a Rionegro, un domingo. Tonces yo le dije que una capacitación de qué. Dijo «es una capacitación sobre grupos juveniles».

Llevé ropa para tierra fría porque era en Rionegro. Resulta que nos llevaron hasta Medellín. En Medellín nos llevaron a un hotel por allá en la 70, a las tres de la mañana. Llegó un bus y arrancamos. Pues yo solo recuerdo una parte, cuando llegamos dizque a Caucasia, y yo le dije al muchacho que iba al lado mío, que no conocía, que «¿para dónde vamos?». «¿Cómo así?, ¿usted no sabe para dónde vamos?». «No». «Ya casi llegamos. ¿A usted qué zona le toca?». «¿Zona?». «Sí, ¿cuál es el alias suyo?». «¿El alias? Es que yo vengo acá por esto y esto». «No, ni se le ocurra decir eso. Usted tiene que tener un alias».

Me pusieron dizque alias «Sara Gómez» y me llevaron para Santa Fe de Ralito. Allá nos tuvieron una semana, nos dieron la capacitación. En sí, la capacitación sí era el liderazgo, pero de liderazgo paramilitar. A nosotros nos hicieron aprender el himno, nos contaron toda la historia de Colombia a su modo.

Tenía mucha rabia con «Camilo», nunca supe por qué me mandó allá. Yo tenía claro que al Jordán no podía volver porque ellos me iban a poner a trabajar, y yo no iba a trabajar para ellos. Pero cuando venía de regreso, ese mismo día mataron a «Camilo». Fue muy charro haber estado en medio de tantas cosas, sentir impotencia, no poder hacer nada o decirles las cosas a ellos.

Vivir sin ellos

Ver cómo explotaron el pueblo, cómo cambiaron las costumbres. Durante diez años tuvimos que vivir como ellos dijeron. Mil cosas que tenían que ser como ellos dijeran, o sea, que «nadie entra al pueblo sin permiso de nosotros, nadie sale sin autorización».

Vivir sin ellos después fue muy bueno. Fue un tránsito, o sea, fueron quedando como unos poquitos hasta que ya no había. Al principio había mucho miedo de hablar. Es que todavía hay mucho miedo de hablar, de contar.

Por ejemplo, en clase hubo algo que a mí me marcó mucho, como que me da rabia y tristeza: estoy trabajando español, estoy trabajando con sexto la narrativa oral. Empecé a hablarles de los mitos y leyendas, y de los ancestros. Nos vamos a reunir en equipos y vamos a contar historias que nos cuentan los abuelos, y todas las historias que me contaron fue del conflicto: «Cuando mi papá le tocó la guerrilla», «Cuando a mi papá le tocaron los paramilitares», «Cuando a mi papá le tocó…». No había ningún mito ni leyenda; o sea, yo quería que contaran la Patasola. «¡Mierda!», dije, «¿dónde están esos otros mitos y leyendas?». No pude ser indiferente ante eso.

Inclusive le decía hoy a mi hermano cómo recordar sin dolor, cómo recordar con responsabilidad. Yo pienso que sí se puede evitar la repetición, pero es que acá todavía la gente no se habla, no se habla. Es un tabú todavía, es un mito. Y es tan así que esta semana mi hijo me va diciendo dizque «¿cómo así, amá?, ¿acá había paramilitares?».

Pues he hablado con muchos papás de que hay que empezar a hablar de una forma muy responsable, pero hay que contar. Pero yo no lo he hecho en mi casa porque siempre dejamos eso como en manos de terceros. Le dije a mi hijo que en estos días

le explicaba bien, que vamos a hacer una dinámica en el salón. Ahí tengo el material que se usó la otra vez con el Centro de Memoria Histórica.

Ha sido chévere y, de hecho, uno ve a los pelaos más abiertos. Estos días me pasaba que, por ejemplo, «profe, ya le pregunté a mi mamá y ella me contó esto, esto y esto». Lo hice con grado noveno, que ya era un grado más avanzado. Yo lo que les digo a ellos es «mire, esto no se puede juzgar, acá todos manejan su propia verdad, todos. Y el que fue bueno para ti, es el malo para mí. Tonces no podemos juzgar las situaciones, tenemos que entender». Eso es lo que yo les digo a los muchachos. Y que si bien nosotros no hicimos nada, no fuimos cómplices ni culpables, sí nos han juzgado.

Desafiar la realidad y los futuros deseados

Hay relatos del porvenir que parecen una fantasía inalcanzable. Sin embargo, la posibilidad de imaginar un escenario distinto, aunque imposible, da sentido a los días que pasan y es una expresión de lo que se considera justo, de lo que debería ser, para algunos. A continuación, historias que tienen en común deseos que han impulsado proyectos y vidas lastimadas, a pesar de que su materialización no llegue a darse del todo. Justamente, lo anterior no es indispensable para que haya una noción de porvenir y un proceso de sanación.

Una burbuja de rap

El conflicto acá, en Sonsón, comienza por ahí hasta el año 87, con lo que se llama «limpieza social». Empezó con una gente que se llamaba dizque «los que tenían permiso o licencia para matar», los mismos que hoy día son de la Sijín. Ellos se dedicaron a desaparecer y asesinar sistemáticamente a personas que vendían vicio, consumidores de vicio y ladrones.

Aunque la guerrilla de las FARC había entrado al corregimiento Río Verde de los Montes, el conflicto armado comienza a coger más fuerza en 1995, que es cuando entran las Autodefensas de Córdoba y Urabá del Magdalena Medio.

Las Autodefensas entran a Sonsón y se toman el territorio. Montan una base militar en la vereda Alto de Sabana del corregimiento Alto de Sabanas; montan otra base militar en La Pinera, que es donde ahora queda la Universidad de Antioquia. También comienzan a hacer presencia en la zona urbana y presión en las carreteras para identificar quiénes eran posibles ayudantes de la guerrilla.

Comienza un tema de desplazamientos, de muertes selectivas, de enfrentamientos entre la guerrilla y el Ejército, entre la guerrilla y los paramilitares. Un tiempo de una hostilidad muy fuerte. A partir del 98 o del 99, nos teníamos que encerrar tipo siete de la noche en Sonsón. Quedaba como un pueblo fantasma, solo quedaban las motos de los paramilitares rondando.

A diario eran tres, cuatro, cinco muertos, a tal punto que el saludo cambió de «¿cómo amaneció hoy?» a «¿cuántos mataron hoy?».

Mataban por ver caer.

Yo te decía a ti «tal persona me cae mal, yo te pago»; o le inventaba un chisme, «vea, esta persona es drogadicta», «este tiene una plaza», «era guerrillero». Muchos aprovecharon para hacer venganzas personales y por eso muchos cayeron asesinados. La verdad, yo siempre me he hecho como una burbujita porque la presión sí era muy dura, es que estaban matando a la gente. A los conductores de buses escalera, a los ayudantes, niños y jóvenes; cualquiera podía caer.

Pues uno qué más hacía si lo único que tenía era la vida aquí, ni casa propia. La vida era acá, no tenía vida en otra parte. A muchos les tocó irse para las ciudades, los que tenían alguna oportunidad económica o eran más arrojados para irsen a buscar empleo. Otros se fueron a pagar servicio porque en ese tiempo había más forma de incorporarse a esa vida militar. Otros bregaron a metersen a trabajar en lo que podían. Otros se metieron a los grupos armados. Otros cayeron bajo las balas.

Desde el año 2001, comienzo a formar parte del Comité Humanitario. Era un comité delicado donde había que tener mucha prudencia con la palabra, y, cuando eso, tal vez yo era muy imprudente, muy joven, además. Éramos un grupo por ahí de veinte, veinticinco personas. Nos reuníamos cada ocho días para analizar las acciones de paz que se requerían para hacer respetar los derechos humanos y la vida, y las acciones que había que hacer para que el municipio tuviera un desarrollo social.

Tenía como un *feeling* con el trabajo con la gente. Me he caracterizado por ser sociable, por buscar alternativas de desarrollo colectivo. Uno va entendiendo que si no hay niños o jóvenes organizados, tampoco va haber juntas de acción comunal. Como que uno se fue apasionando con eso.

Pienso que la música, el arte, el deporte, el cine y el rap –yo era rapero– nos permitieron hacer confrontaciones muy fuertes, de frente a los armados. «Ustedes son esto y están haciendo esto». Me tocó liderar el movimiento del *hip-hop*. Aquí el movimiento del *hip-hop* nació en 1994, con los Latidos Bajos. Éramos unos diez, quince pelaos. Teníamos algunos conocidos en Medellín, los meros raperos, como Perro Demente, algunos de La Clica. Los trajimos y eso fortaleció el grupo de *hip-hop*.

Comencé en el 96. Los primeros raperos se fueron y quedamos nosotros y un amigo. Montamos uno de los primeros grupos serios de *hip-hop* en Sonsón, que se llamaba Movimientos Ilícitos; no en el tono de que nosotros hiciéramos cosas ilícitas, sino como un tema de denuncias.

En el 98, 99 y 2000 nos pusimos a cantar un tema más de protesta. Había un tema que se llamaba *Los gritos del silencio*. Lo cantamos alguna vez en la plaza y uno sabe que los actores armados están por ahí, pero nunca nos dijeron nada. A otro muchacho sí. Se me escapa el nombre, le dicen Marciano. Él cantó una canción que se llamaba *Brujos, duendes y hechiceros,* que hablaba de los que desaparecían a la gente sin necesidad de magia. Lo hicieron ir de acá. Lo miraban feo, rayado.

Otros muchachos, los de Tierra Baja, también cantaron un tema sobre todos esos asesinatos selectivos e incluso hicieron un montaje teatral en la tarima, con la

participación de las madres de los desaparecidos. Una cosa muy bacana. Había cierta conciencia desde el arte para hacer ese llamado.

Sonsón es un municipio que, por todos los recursos económicos que tuvo en el siglo XIX, por la herrería, la minería, el café, la industria, el tema de la colonización y ser un paso obligado, generó como un exceso de capital para la educación y para la cultura. De ahí se sembró como «lo genético» que hubo, esas vertientes artísticas. Hoy en día es mucho. Aquí hay escuela de teatro, de danzas; hay dos escuelas de música, hay escuelas de música también en La Danta y en San Miguel; hay taller de cerámica.

Estos dos estantes son escritos de sonsoleños o de gente que ha escrito sobre Sonsón. Digamos que lo que hemos hablado de estos libros o del rap son pequeñas muestras de la explosión artística que hay en Sonsón. Pero, bueno, el activismo de uno tampoco era tan atrevido por más que cantara en una tarima. Tampoco ibas a andar de ancho, pues este era un pueblo en el que te hacían motilar o te mataban por ser diferente. En ese entonces farriábamos hasta la una, dos de la mañana, aunque esa gente era muy atrevida. Y no sé cómo decirle, uno vivía como en una burbujita de cristal. Uno pensaba que no era con uno, que no nos iban a hacer nada.

El marica de los condones

Les voy a contar desde que empezó mi vida como *gay*. Yo creo que le agradezco a mi familia porque mi abuela me metió a la iglesia y por eso fui un chico de iglesia, un catequista, un acólito. También un *gay* reprimido porque sabía que era homosexual. Yo no tuve ese tipo de familia que me dijera «¿quieres estudiar? Ay, perfecto, yo te colaboro, entra a la universidad y yo te doy para esto». No, no, esas no eran las dinámicas de mi comuna, la comuna 1 Popular. Hoy me siento orgulloso de donde soy, pero ya no vivo como la gente del Popular por la carencia de oportunidades. Muchas veces vi cómo cortaban los servicios en mi casa. El agua, la energía. No había para comer, tenía un abuelo maltratador que me daba machete por ser *gay*.

Me crie en una temática fuerte. Me fui de mi casa a los quince años. Mi abuela me cuenta «es que para dormir a su abuelo, me tocaba tocarle las güevas». Qué tristeza. Un abuelo que cada que llegaba borracho nos hacía correr a machete y a cuchillo. Así que me crie en un concepto de familia muy trágico. Ahora es que le digo a mi mamá que la amo, pero antes le decía «no te quiero, usted no es mi mamá, ¿pa qué me trajo al mundo?». Ay, yo hice sufrir mucho a mi mamá, pero era porque era muy niño, por todo el recelo. Mi mamá prefería a los amigos, la rumba. Tampoco soportaba estar en casa.

La primera vez que conté que era *gay,* fue antes de salir de once. Mi mamá estaba lavando trastes cuando le dije «mamá, soy *gay*». Ella dijo: «No quiero que te vuelvas

una trans». Y yo quería ser una trans. Pero cuando ella me dijo eso se me desprendió la idea porque también veía que las trans en este país han sido maltratadas y violentadas.

A los catorce años fui víctima del conflicto armado en la comuna 1 Popular. Me dieron un disparo en el abdomen, aquí. Eso fue en el 2009. Fue la última guerra grande que vivió Medellín, la última guerra mundial de las periferias de Medellín. Por eso en once, en el colegio, desperté, ya no me dejaba mariquear. El detonante fue el tiro que ahí me dieron y eso cambió mi vida. Yo dije «¡No más!, pfff». Y no más: me abrí el arete, cambié de *look,* venga yo les muestro cómo era.

No todos los chicos de los combos son malos con nosotros. Hay chicos que, es más, nos buscan, porque nosotros somos los que les damos las mujeres, la rumba. Nosotros somos los del ambiente, somos los de *jua, jua, jua*. Pero sí hay otros que tienen esos recelos porque tienen la idea de que nosotros somos mujeres y pues no soy mujer. No me siento una mujer. Soy un chico *gay*.

El tránsito de salir de la casa fue espectacular. Ejercía el trabajo sexual, fui un hombre prostituto. Siempre lo voy a aceptar. Yo siento que voy a ser muy grande y voy a estar en cualquier cadena de televisión. Voy a tener algo muy importante y voy a poder decir «muchos de la población diversa hemos tenido que acceder al trabajo sexual». ¿Qué más iba a hacer Juan Camilo, si tenía ganas de estudiar? ¿Qué iba a hacer Juan Camilo, si quería salir adelante? ¿Qué iba a hacer Juan Camilo, si quería mostrarle al mundo lo que literalmente somos los *gays?* Porque es que los *gays* somos arte, somos de estética, somos elegancia, somos glamur, somos carácter, somos soledad, también.

En ese mundo uno tiene hombres que ten dan dinero, la prostitución física. Con el dinero que ganaba, estudié barbería. Soy barbero, soy estilista, cosmetólogo y masoterapeuta gracias a la *webcam*. Tengo mi casa propia gracias a la webcam. Tuve una amiga muy puta, una chica trabajadora sexual. Éramos uña y mugre. Por eso fue que yo emergí también a este mundo, porque había dinero, había posibilidades, rumba, lujos, viajes, había muchas cosas y por eso fue que ahorré. Ahorré casi 50 millones de pesos. Dejaba de comprarme, ropa, zapatos. Dejaba de hacer muchas cosas y todos los maricas eran «¿y pa cuándo una moto? ¿Y pa cuándo la ropa? Es que vos con lo mismo, es que vos con esto». Recuerdo que ahorré en un tubo de PVC, lo tenía en una esquina de la casa. Me pasé cuatro veces de casa y siempre me llevaba el tubo. Siempre los que me ayudaban a hacer el trasteo eran los mismos. «Oiga, pues, ¿para qué cargás vos el tubo?» Y yo: «Ay, porque es que el tubo vale mucho». Eso estaba repleto de dinero.

Para mí lo más hermoso de la vida fue que quería ser cura. Yo quería ser sacerdote, siempre he tenido en mi vida el toque humano. Soy cura sin túnica. O sea, si ustedes ven mi perfil de Facebook, lo que yo hago es humano. Yo iba a ser sacerdote y, pues por cosas de la vida, no pasó. Ay, me están dando ganas de llorar porque ahora hago lo que hizo Jesús en la tierra: servir, escuchar y no juzgar. Y no lo hago por una religión, sino porque él fue muy humano. Por eso soy yo así. Este año quiero volver a la iglesia, quiero volver a ser catequista. El sacerdote me lo permitió y yo siento que Jesús

también fue muy diverso. Para mí la diversidad no es solamente sexual. La diversidad enmarca toda una lluvia de opciones. Hasta si vamos a hablar del conflicto armado. El conflicto armado es diverso, todo es diverso. La palabra *marica* involucra todo. Es una palabra superpotente. Lo que a mí me dio luz fue querer dejar una huella, un legado. Querer mostrarle al mundo que desde la periferia es que te estoy hablando de mi comuna; desde arriba, desde mi morro. De acá también podemos salir personas excelentes, exitosas. Personas que triunfamos, que no visionamos solo una ciudad, sino un mundo diferente.

Cuando usted ejerce trabajo sexual está en riesgo de muerte. ¿A usted le piden culo y no quiere dar culo? Chao. A usted le piden sin condón y si está donde unos mafiosos, pues tiene que tener sexo sin condón. O sea, pasan muchas situaciones. Internamente el mundo de la prostitución es más fuerte que el mundo real. Por eso me relacioné con la Fundación Antioqueña de Infectología. Ellos fueron mis papás desde el 2012. Yo era un chiquitín, un chiquitín. Tenía quince años y empecé a conocer todas las dinámicas, a estar en diplomados, en seminarios. Me alejé de la prostitución y de todo cuando tenía dieciocho años. O sea que en el 2013 dejé todo. En ese tiempo tenía la plata ahorrada, muchas cosas craneadas. El tubo estaba lleno. Después, salió una propuesta de seguir trabajando con la Fundación. Éramos como 200 líderes repartiendo condones. Mensualmente me ganaba 100.000 y yo me rebuscaba el resto motilando. Después ya fue un trabajo más formal en el que ganaba casi 3 millones de pesos. Tenía cómo pagar arriendo, ya tenía cómo todo.

Vea, yo les voy a ser muy sincero: la única estrategia que tendría que haber para calmar este tipo de cosas es formar. Es la educación. Te lo juro, yo he llegado donde los combos de mi barrio a hablarles de salud sexual. Yo soy el marica de los condones. O sea, yo soy un dispensador humano para ellos, ¿y eso no es muy bonito? Suena muy bonito que yo pase por la calle y me digan «hey, marica, ¿me va a regalar dos condoncitos? Es que me voy de culiada hoy». Me parece hermoso.

Ni a los elenos ni a los farianos

Los que primero llegaron al resguardo fueron los elenos, pero después no se los miraba en el resguardo. Estuvieron como en 1998 o en el 2000, no recuerdo. Después llegaron las FARC; no me acuerdo si en el 2005. Ahí sí como es el dicho, hasta por sospecha. Con que cualquiera le dijera alguna cosa a alguien, le iban quitando la vida o lo iban desplazando.

En el resguardo Mayasquer han ocurrido varios hechos. Los primeros fueron como en el 2002, cuando le quitaron la vida a un indígena jovencito. Era de la misma edad mía, un líder de la comunidad, de la juventud. Organizaba campeonatos deportivos

en el resguardo, nos traía a participar a Aldana o a Cumbal. La pérdida de este joven no la sintió solo la familia, sino toda la comunidad, todo el resguardo. Era un líder.

También nos afectó cuando estuvimos trabajando la ley interna, en el reglamento de nuestro resguardo. Quien nos estaba orientando en ese tema era un profesor del Centro Educativo Tallambí, donde en este momento hay un asentamiento de reincorporados. Y no sé qué pasó, pues él siempre exigía los derechos de los indígenas, que no nos dejáramos imponer de ninguna otra organización, que nos mantuviéramos al margen. Eso no les gustó a las FARC y finalmente pues lo mataron.

Nos dio duro a todos. Ahí nos quedamos estancados, y créanos que hasta el momento hemos avanzado un poco, pero no hemos podido terminar la ley interna, el reglamento interno, el plan de vida. Ahí estamos quedados. Nos dio duro, la verdad. Era un buen dirigente, un buen líder, un buen profesor, y no pudimos avanzar. Después de eso, pues sucede que en Tallambí colocaron unas bombas, no sé quién sería, y perdieron la vida otros indígenas. Fue ahí en la veredita, en el pobladito, en la misma casa del profesor.

No son los únicos casos, hay bastantes, pero como el resguardo es extenso y somos bien dispersos, a veces uno no se puede conocer o no se acuerda ni de los nombres de las personas. Pero sí nos han quitado a muchos dirigentes en el resguardo, a muchos indígenas. Otros que siendo adolescentes se los llevaban a la guerrilla, y también perdieron la vida.

Nunca he estado con tendencia a estos grupos, les he dicho «yo soy indígena, el día que sea de morirme me he de morir como indígena, en lo que soy, y no prestándole servicio a ninguna otra organización». No me gustan estos grupos al margen de la ley, he sido uno de los que han venido luchando. Y desde el primer año que fui gobernador hasta ahora que estuve de concejal, con la misma Policía hubo como esos señalamientos a mí.

En 2010 fui con la corporación a buscar un comandante a El Dorado, y lo que le quería pedir era que de esos impuestos que le estaba sacando a nuestra gente nos dejara algo para estudiar. Por lo menos para útiles escolares, porque finalmente los que estaban produciendo eran los indígenas. Lo otro que le quería exigir era que nos devolvieran las tierras.

En el 2014 fuimos con todo el cabildo. El gobernador no quería ir, no quería ir, no quería ir. A la final este comandante se había ido para el Ecuador, se había pasado a Chical. Les dije «vamos pues entonces pa Chical», porque habíamos ido hasta El Dorado y no lo encontramos. Así que les dije «pasemos al Ecuador, vamos a Chical. Busquémoslo, hermanos, y abordemos este tema de una vez. Aquí no tenemos que seguirnos dejando». «¿Y si nos matan?». «Al que van a matar es a mí, a ustedes no».

No sé, yo siempre estuve como dispuesto a dar la vida por exigir derechos.

Primero me llamaron los elenos, que necesitaban conversar. «Listo», les dije, «yo voy a ir, pero con mi corporación y algunos comuneros». Y nos fuimos en una comisión y nada, pues que les diéramos el impuesto de unos diez milloncitos en efectivo, unas boticas, unas remesas. «Señores, nosotros venimos a dar a conocer

las necesidades que tiene este resguardo. Los pocos recursos que nos llegan no nos alcanzan para darle a ningún grupo. Este año no le vamos a dar a nadie. Ni a ustedes ni a los farianos. No les vamos a dar nada. Al contrario, si ustedes tienen, pues ayúdennos a la comunidad».

En esos términos dijeron que no tenían plata, pero que ya no nos iban a pedir. Eso fue porque nos vieron firmes. Es que nosotros sí les dijimos «no les vamos a dar ningún impuesto a ustedes. No hay plata. En mente tenemos muchos proyectos para avanzar con esta comunidad y no alcanza un peso para ustedes. No se les va a dar nada». Así cerramos con los elenos y con los farianos. De ahí pa acá no se les dio. Aunque sí les siguieron pidiendo a los de Chiles, Panán y Cumbal.

Eso lo veníamos trabajando como desde el 2010, con algunos dirigentes. A ellos yo les decía «vea, no es justo que nos sigamos dejando manipular». El primer año fuimos 21 regidores de la corporación más los comuneros. Nos reunimos como unos 35 y nos sentamos ahí con nuestras justicias, en posición firme. Les dijimos «aquí nadie se va a doblegar. Todos vamos a decir que no les vamos a dar, en firme». Y no, ya cuando nos vieron hartos y en firme, no.

En el 2015 ni las FARC ni los elenos me llamaron. Ellos miraron que, al contrario, en vez de que uno les dé, yo les iba a seguir exigiendo que nos dieran un impuesto de toda la coca que han sacado. Nunca quisieron darlo.

Bonita la paz

Para mí es un interés de que se sepa realmente la verdad de lo que sucedió. Es necesario escribir una historia para las generaciones futuras, para que puedan comprender la situación que se viene viviendo en el país.

Todo el mundo en Colombia sabía que la guerrilla predominaba allá, que tenía sus campamentos, sus instrucciones, pero lo que no sabe es que también había un acuerdo entre la comunidad, la guerrilla y el Ejército para la construcción de la carretera.

Un día nos reunieron a los líderes para que apoyáramos una acción cívico militar y nosotros nos opusimos porque teníamos entendido que siempre que se hablaba de eso al corto tiempo llegaba una represión nefasta para las regiones donde se ejecutaba. Parece que lo que buscaba la acción cívico-militar era ubicar la región para después hacer acciones militares contra la población. Acciones que ya de por sí veníamos sufriendo. Nos controlaban la alimentación, que porque eso era pa compartir con la guerrilla. Nos detenían la mitad de la remesa.

Nos opusimos, no quisimos, no lo aceptamos y salimos por la prensa. Que «los líderes de El Pato se oponen a la acción cívico-militar por el partido, por la ideología comunista, y que esto y lo otro». Nos hicieron ver como enemigos de la sociedad.

El Ejército siguió insistiendo y el 20 de julio de 1980 llegó con mercados, con médicos, enfermeros y dándoles de a 25 hojas de zinc a cada campesino. Al mes siguiente, el 29 de agosto a las cinco y media de la mañana, fue el bombardeo, el histórico bombardeo. Entonces todo el mundo sale.

Nos encontramos en la cooperativa. «Bueno, ¿y qué hacemos». «Pues irnos. No vamos a dejarnos matar por las bombas». Salimos con lo que pudimos llevar: algún mercadito, alguna cosa, y salimos hasta Balsillas.

Después de eso no volví a El Pato. Le entregué la finca a un compadre al que le decían Cuchillo, de apellido Quimbaya. Néstor Quimbaya. Como a los diez, doce, trece años, yo tenía mi título. Había sido titulado en el 81 por el Incora, y dije «pero ¿ya qué hago? No tengo con qué ir a sacar a mi compadre de allá, pagarle el precio de la finca. ¿Cuánto me va a cobrar? ¿Y si hizo crecimiento de cultivos y todo?, ¿cómo le pago las mejoras? No, que él se quede con eso. Nadie se lo va a quitar».

Cuando no sé cómo se dan cuenta de que estoy acá en la universidad. De pronto, en el 2016 o en el 2017, me llega la invitación para el Festival del Retorno de la Memoria Histórica, para un reconocimiento en la región de El Pato. Ahí le compuse la letra al himno. Yo hice la letra; la música es de un italiano, de Andrés Rosas.

Llegué a El Pato. Estaba cambiado a como lo dejé. Allá el campamento de los militares y las casas alrededor. Eso antes era una plaza. Ya el campamento no existía. Había un poco de negocios a lado y lado, una carretera acá. En la plaza era el polideportivo. Le dije al man, un amigo que me acompañaba, «pues yo no veo a nadie conocido, pero vea, mire ese restaurante. Vamos a comer». Dentramos y ahí nos atendió una niña a la que le dije «niña, venga, una cosita: ¿usted me conoce?». La niña me mira, se queda callada. «La felicito», le dije. Un desconocido dijo que tampoco me conocía. Entonces me presenté: «Soy Orlando Alzate», y ahí sí dijeron: «¡Ah, el del libro!». El señor llamó a una señora que sí me reconoció, «¡uy, don Orlando!, ¿cómo está?». Estábamos en el abrazo y la vaina cuando entra la guardia campesina a investigarme y le dice a la señora «bueno, ¿usted qué?, ¿investigaron?». «Sí, señor. Mire, ese es don Orlando». ¡«A nosotros nos habían dicho que usted llegaba hoy!». Y comenzó el boroló, tocó ir a tomar trago. Llegó más gente: «¡Hola, caballero ilustre! ¡Qué milagrote!». El saludo fue con la mano izquierda.

La bandera, la paz, la sangre derramada. En la bandera, en la parte blanca, están dos manos izquierdas entrelazadas. Eso era lo que les dolía a los otros, la izquierda. El día en que se unan las izquierdas en Colombia, se acaban las derechas y los ricos. Algún día tiene que darse.

Comenzamos a tomar trago y se fue creciendo esa mesa. «¡Fulano, venga! ¡Que vea a don Orlando!». Y que esto y que lo otro. Como era la primera vez que había un festival internacional.

Hermano, pero entonces por ahí como a las seis de la tarde veo un poco de policías. «¿Y eso?». «No, pues policías». «¿Cómo que policías aquí?, ¿cómo así, hermano?». «Es que esto es un acto y la guardia no alcanzaba». «¿Se acuerda de eso, güevón, de cuando

nosotros no admitíamos a un policía ni a un militar y maldecíamos a los guerrilleros? Iban y nos mataban. Y ahora están aquí compartiendo. Bonita la paz, bonita la paz, me gusta».

Como a las ocho de la noche veo unos 40 o 50 militares. «¿Esa mierda qué?». «No sea güevón, es que ahora vienen los guerrilleros y las guerrilleras a bailar y los militares vienen es a cuidarnos». «Qué bien la cosa».

El juicio de la señora Coca

Desde los ochenta la siembra de la palma aceitera generó el asesinato de toda la biodiversidad del bajo Mira. Las empresas compraron las tierras heredadas de nuestros ancestros y pasaron por encima de quienes no tenían títulos. Contrataron personas para tumbar hectáreas de selva. A nuestra gente se le metió a la cabeza que había que explotá, y esa explotación todavía está haciendo daño. La cultura de la palma también afectó la mano cambiada o el trueque. Cuando llegan los palmeros empiezan a hacé mezquina a la gente con unos salarios muy mendigos, haciendo que descuiden sus fincas. Desde ahí empieza el desespero de la gente por conseguir recursos rápido.

En el 2000 llegó la evangelización y junto con ellos llegaron los cafeteros con el pretexto de sembrar café en la desembocadura. Y no era solo café, ahí fue que llegó la semilla de la coca.

Atrasito llegan los tales traquetos. Los paramilitares les cobraban impuestos porque les brindaban seguridad. Pero cuando los impuestos se ponen muy elevados, ellos optan por vender y los paramilitares, las AUC, trajeron plata, compraron y fueron ampliando los cultivos. Ponían gente a trabajar para sembrar más y les pagaban.

A estas horas, seis de la tarde, nadie se movía hasta las seis de la mañana. Durante la noche, a cualquier hora de la noche, pasaba volando su lancha con la carga. Esa dinámica fue muy aterradora para la gente.

Después está la cura, que es peor que la enfermedad: llega el glifosato y hace mucho daño en los territorios. Por ejemplo, el caso de Sagumbita, donde murieron culebra, perico. Hay animales que uno sabe que son muy fuertes y murieron. Por eso nosotros decimos «¡no más glifosato! La erradicación tiene que ser a mano». Nosotros tenemos que hacer un ejercicio de ir erradicando la coca sin necesidad de confrontaciones. El Gobierno dio 2 millones dizque pa que erradiquen manualmente, pero no dio la alternativa de curar el territorio que iba quedando vacío. Lo grave es que lo ocuparon gentes que no son gratas. Entonces creo que fue como dale cabida a un extraño que llega a hacer peores prácticas. Por eso alto Mira tiene tremendo problema ahora.

Nosotros planteamos recuperar las prácticas ancestrales de producción para generar conciencia de que yo he sembrao una mata y tengo que ser autónomo para sacarla.

Pero la saco a medida que voy cubriendo el espacio con otro producto. Y yo creo que Yurumanguí nos mostró a los colombianos un ejemplo el año pasao. En el 2018 estuve allá. Yurumanguí y Anchicayá sacaron la coca, fue idea de ellos. Ellos no esperaron la voluntad del Gobierno porque saben que no le interesa la vida de la comunidad. ¿Qué dijeron ellos? «Nosotros sembramos la mata, nosotros la quitamos».

Ellos quisieron eso desde el 2000, porque la coca empezó el desorden del 2000 pa acá. Ellos dicen que hasta el 2010 les fue bien con la coca: hicieron sus casas, compraron motores; que habían mandado a los niños a estudiá a Buenaventura, a Cali. Excelente hasta ahí. Pero de ahí para acá, desde el 2011 o el 2012, empezó la drogadicción, el alcoholismo, la prostitución, la desaparición, las muertes.

Dijeron ellos dos o tres años después «paremos a pensá cuál es el problema real. Cuando teníamos pepepán, chontaduro, caña, arroz y toda esa vaina no había muertes. Ahora vea, se nos meten lanchas llenas con gente que no conocemos; vienen enfusilaos, entrando como perro por su casa ¿Y nosotros aquí recibiendo la muerte de los jóvenes? Entonces, ¡ojo muchachos! Si hemos sembrado un producto que nos está haciendo daño, ¡saquémoslo! Ya tenemos casa, ya tenemos, ¿entonces? Saquémoslo».

Es ahí donde hacen la cosa de sacarla. Y cuando a mí me invitan es para presenciar la única hectárea y media que habían sembrao en esos días, que tenía como un mes de sembrao. Los árboles estaban pequeños. Había casi 200 personas arrancando la coca, voluntariamente. Es más, que el hijo del señor que había sembrao andaba en la campaña de erradicación, el propio hijo. Por lo que el señor no se atrevió a coger escopeta para dispararle a nadie.

Todas, todos se pusieron de acuerdo. «Nosotros vamos a arrancá todo». O sea, «como le queda duro arrancá a usted solito, entonces vamos a ayudale», y así fue. Entre todos trajeron los árboles en unas chuspas, y a las siete de la noche, más o menos como a esta hora, hicieron el montón en el parquecito y empezaron a agradecele a la coca lo que les había dao, y también a recordale lo que les había quitao.

«Señora Coca, a usted le agradecemos por las viviendas, por los motorcitos que tenemos, por los estudios, pero la condenamos porque desaparecieron a fulano, perencejo, a justanejo. Y en nombre de esos cadáveres, de esos desaparecidos y de ese daño ecológico y ambiental que se ha generado en el territorio, le vamos a encendé fuego. Y le echaron gasolina y *¡fuuum!* Todo mundo ahí. Bonito acto. Y se paró un líder y dijo «queda confirmado que el primero que siembre una mata, vamos todos a arrancarla».

Esa gente así es una postura política. Y pienso que también es una cuestión de compromiso, porque Yurumanguí no se puso a pensá qué me va a traé el Gobierno. No, ellos pensaron que esto nos está haciendo daño, saquémoslo.

A bajo Mira le toca hacer un trabajo de sensibilización parecido. Sería más fácil si hay planes alternativos. «Vea, mijo, deje de hacer eso y haga esto». Sea que no quede el tiempo libre. Tenemos que diseñá políticas de mayor sostenibilidad que permitan que si usted produce maíz, venda maíz de buena calidad y en buena cantidad; que usted con ese maíz pueda poner a estudiar a sus hijos.

Yo les digo que sensibilizarse es pensar que me dolió la pérdida de mi hijo, de mi sobrino, de mi primo, y que por eso tengo que hacé algo pa que no siga pasando eso. Porque hoy le pasó a él, quién sabe qué me pase a mí mañana.

Nadie le mira el pasado

Con lo del proceso de paz fui la última en salir. Empecé como gestora de paz. Lideraba charlas en barrios de Neiva, en comunidades. Les decía qué está bien y qué no, que el conflicto, que las armas, que yo no sé qué. Di charlas en barrios peligrosos, digamos Panorama que es un barrio re caliente en Neiva. Les decía: «Miren, yo estuve condenada a tantos años, de no ser por este proceso, yo creo que me muero. Esto del conflicto no deja nada». Los muchachos ya se entraban al proceso, me acuerdo tanto, yo les ayudé de la manito. Mire que sirvió harto porque los pelados se acogieron a eso que estaba haciendo la Policía, un proceso de paz, y estuvieron un tiempo juiciosos. Dicen que otros pelados siguieron por la misma, algo así.

La bebé, mi hija, la tenía mi mamá. En esos días ella había llegado a Neiva y eso fue como algo de Dios, muy bonito, porque mi mamá no me esperaba cuando le llegué por la noche. Casi hasta la mato del susto, de lo contenta. Ella sufre del corazón, uno no le puede dar ni alegrías, ni sustos, ni preocupaciones. Ese día le dio alegría y se desmayó. Mis niñas no me reconocían, la bebé no. Me dio duro porque ellas me huían. En cambio el niño sí me abrazó muy contento. La bebé no quería ni que la mirara.

El papá de la niña era civil. Yo le di la custodia a mi mamá cuando me fui otra vez para la cárcel. Él cada vez que se emborrachaba me juzgaba feo. Yo le conté la verdad. Él sabía que yo estaba con domiciliaria. Uno en la guerrilla está acostumbrado a que los socios lo hagan sentir bonito. Cada vez que ese hombre se emborrachaba, llegaba a la casa y me decía: «Guerrillera hijueputa». Yo le prometí a Dios que si salía libre, algún día, no pensaba volver con él. Si acaso por ahí el saludo y dejarle la niña, pero de resto no.

Al principio, yo continué el proceso fue por mi familia, por mi papá, pero después uno se va adaptando a pesar de que ya se acabó todo. Estaba en Neiva, en el ETCR, pero sentía que algo me hacía falta. Estaba con mi familia verdadera, pero no me sentía bien. Aquí en el ETCR todos trabajamos unidos, hay un grupo de trabajo que le toca ir a deshierbar. Aquí las comunidades ayudan mucho: pongamos que se tapó en Lusitania, entonces los de la ETCR nos vamos a ayudar; que necesitan a la escuela, nos vamos a ayudar. Uno siente como más apoyo acá en las comunidades que en las ciudades. En las ciudades todavía lo rechazan a uno. A usted no le abren las puertas laborales para nada si dice que fue excombatiente. A uno le toca negar todo. Por acá nadie le mira el pasado a uno.

Ya ahorita quiero dedicarme a los dos hijos porque yo creo que mi Dios me dio una lección dura con la niña que murió. Ahora estoy muy pendiente de mis hijos y quiero vivir como cualquier civil. Ahora estudio, tengo como ocho o nueve cartones del SENA. Estoy estudiando las pre-Icfes y, si Dios quiere, el 11 de agosto hago las Icfes para hacer un tecnólogo. El 28 de este mes voy con una compañera a estudiar en Armenia. Un especializado en mercadeo y ventas. Curso que salga, nosotros nos metemos y estudiamos. Yo sí quiero estudiar, ese es el anhelo mío.

Hasta ahora me parece bueno; mire, es una oportunidad que le dan a uno para estar en la vida civil. Las FARC es una experiencia donde uno aprende a formarse, a valorar las cosas, la familia, la vida. Perdí a un amiguito. Él cayó en un minado y lo recogieron. Yo lo vi cuando lo tenían en una mesa, estaba vuelto nada. Me dio duro. Yo quería la venganza, no me dejaba tranquila. Después soñé con mi papá y mi hija. Mi papá me decía que todo lo tenía que dejar en manos de Dios, que la venganza no era nada.

La desesperanza del futuro y la nostalgia del pasado

Aquí se hace evidente la desconfianza que sienten algunas personas frente a la posibilidad de construir un futuro alejado de la violencia. Los protagonistas de estas historias enmarcan sus vidas en esfuerzos por consolidar iniciativas de paz que inevitablemente se topan con la desilusión de un porvenir en guerra. Por ello, quizás, algunos lo imaginan como un retorno al momento previo a la guerra. En esa medida, hay una idealización del pasado y de los momentos, espacios, vivencias y encuentros que sucedieron en ese entonces, y a los que por eso mismo resulta imposible volver.

Mi palenque soñado

Tenía nueve o diez años cuando llegué al Chocó. Venía de Cali, era una niña de ciudad, y tenía la percepción de que el Chocó era una cosa horrible, fea. Así me lo hacían creer. Cada vez que nos acostábamos, mi papá y mi mamá nos leían unos cuentos sobre el pueblo más hermoso del mundo, y yo pensaba que eso era en Europa, en Italia.

Cuando llegamos al Chocó, al San Juan, a Condoto, yo caminaba y caminaba, y por donde caminaba olía a pastel chocoano, olía a guayaba, olía a caña agria, olía a chontaduro. Era un camino perfecto. Iba caminando con mi hermana y mi hermano, que era muy chiquitico, y cuando mi hermano mayor nos recibió, yo dije: «Dios mío, ¿cuándo iremos a llegar a ese lugar tan feo? Qué felicidad fuera que nosotros viviéramos aquí, en esto tan perfecto».

Al pueblo lo atraviesa el río, y el agua en esa época era cristalina. Veías las sardinas, los camarones pegados, el guacuco. Todo era perfecto. Todo era perfecto. La playa estaba llena de gente. La ropa blanca de toda la gente estaba tendida en un lado y la ropa de color al otro. La playa era perfecta, perfecta de iluminada. Las lanchas subían por los lados, subía la gente con una cosa de plátano. Las comunicaciones eran las canoas, las comunicaciones eran las lanchas. La lancha, cuando pasaba, hacía olas y la gente lavaba en el rayo, la gente se montaba en el rayo. Era sorfiar, para mí eso era sorfiar.

Todo mundo bajaba a la orilla: los niños nos metíamos por un lado; los adolescentes por otro. Los niños chiquiticos se bañaban en calzón, a la orilla del río. Se le robaban el chontaduro al señor. Claro que el señor que traía el chontaduro sabía que lo estábamos robando. ¡Claro! ¡Así era de bonita nuestra gente!

Un día matan a Cervan, y ahí fue lo duro. Cervan era un hombre boxeador, era el boxeador de Condoto. Había tantas cosas deliciosas por vivir… y matan a Cervan. Fue cuando entró el paramilitarismo. Nadie supo quién lo mató. Nadie sabía. Fue algo que conmocionó al pueblo. Nadie, nadie te daba explicación. Nadie sabía de qué forma, qué estrategia utilizaron para arrasar con todo un pueblo, con toda su cultura, con toda su labor, con toda su economía.

Al pueblo se metieron y el pueblo no se dio cuenta. Así empezó la destrucción de nuestra comunidad. La Chusma nos encerró. «Ustedes ya no pueden volver a reunirse a contar cuentos ni a nada de esas mierdas».

Las mujeres se bañaban con los senos afuera porque eso era muy cultural de nuestra gente. Llegaron ellos y terminaron con eso. Tener los senos afuera era sinónimo de prostitución, de permiso para violarlas. Nosotras estábamos acostumbradas, por ejemplo, a bajar al río en calzones, a bañarnos, a reunirnos allá, a jugar. Eran pueblos de negros, eran pueblos sanos, deliciosos. Pueblos en los que dormías en el andén porque qué pereza entrar a la casa. Por cada hora que te perdías afuera, perdías una actividad para vivir.

La desestructuración de un pueblo, de una cultura, de una comunidad, ¿por qué?

La mina artesanal era una excusa para irse a estar cuando llegaban con los pasteles. «¿Se acuerdan los pasteles o de la sopa de minero, de esa sopa tan rica? ¡Qué cosa tan rica! ¡Esos tapaos!».

Yéndose uno por todo el camino, caminaba uno tanto. Porque hasta eso, ahora la gente no camina. La negra caminaba, el negro caminaba, los paseos eran a pie y uno recorría toda la naturaleza. No hacía falta luz para hacer cosas tan ricas en ese pueblo. Viví una vida tan perfecta, tan feliz. Y yo digo, «pero si ese tal progreso llegó fue a joder todo».

A nosotras, a las mujeres, nos afectó de forma muy diferencial la guerra porque cuando vivimos abuso sexual, los hombres nos dejaron solas. El hombre se sintió mal, el hombre dijo «quiero matarme». No hubo solidaridad como sí la hubo de las mujeres hacia sus hombres. Sentimos que no hubo solidaridad de nadie.

Siempre he dicho que por eso nace la Asociación de Mujeres Afro por la Paz, porque nadie se solidarizó. En el marco del conflicto nadie se solidarizó con las comunidades negras. No se solidarizaron los guerrilleros, no se solidarizaron los paracos, no se solidarizó el Ejército, no se solidarizó el Estado. Y para las mujeres fue peor porque nuestros hombres tampoco se solidarizaron.

Afromupaz es eso, solidarizarse como antes, a la orilla del río. Nosotras un día dijimos «Afromupaz no puede ser una organización donde nuestra gente llegue y no haya comida, donde no haya un tinto». Nosotras decíamos que «no queremos oficinitas, tiene que ser un espacio donde entremos y salgamos como locas, y tengamos espacios para ser felices».

Nuestro escenario tienen que ser las casas, tiene que ser un Chocó, tiene que ser un Pacífico, tiene que ser un Atrato, tiene que ser un San Juan. Porque la orilla del río

era una estrategia para reunirnos, era una estrategia de comercialización, de comunicación. Nosotras aquí en Afromupaz decíamos que «ese es nuestro Palenque soñado».

Imagínate esa época tan perfecta y tan linda. Yo lo viví muchos años de mi vida. Cuando llegan estos grupos, el río se vuelve algo espeso. Por eso nosotras construimos nuestro Palenque soñado, el museo de Afromupaz, para rescatar la orilla del río donde todos disfrutábamos.

Y si dejo de sentir

Creo que fue un error. Fue un error. A mí me dio muy duro decirle «su papá está muerto», pero no mostrarle evidencia, porque como nos lo entregaron descompuesto, no lo pudimos mirar. Yo nunca le expliqué a ella. Le dije «su papá se fue», y como ella vio que se fue en la moto y él se despidió de ella, me decía: «¿Cuándo vuelve?, ¿cuándo vuelve?». Pasaron los cinco, los siete, los ocho años. Se dio cuenta que no iba a regresar y empezó a tener problemas de actitud rebelde.

Con el hijo mayor me quedé intentando que se quedara, pero él no se quiso quedar; él a partir de eso se enroló en la guerrilla, se fue. Que él se iba a la guerrilla a vengar a su papá. Fue una equivocación porque eso no era. «Así no funciona la vida», le dije.

Después, se me enferma mi hijo varón –el segundo–: a los dieciséis años se le desarrolló una esquizofrenia muy violenta. No supe cómo, por qué. En ese momento no había psiquiatría en Putumayo, tocaba ir a Pasto. Entonces lo eché pal Ecuador, que era más fácil. Me fui con él a Lago Agrio, allá me atendió un psiquiatra. Nos devolvimos a La Carmelita. Ya con el medicamento lo podíamos controlar, pero le causaba sueño y pereza. Todo el tiempo acostado y con hambre. Se comía todo lo que había en la casa. Eso fue una situación dura. Me tocó ponerme a buscar sistema de salud.

La vida tocó seguirla, aunque era difícil con el segundo hijo. Me tocó buscar una EPS y afiliarme para que él tuviera seguridad social. Entonces me lo remitieron a Pasto, y allá ya le pusieron tratamiento normalizado. Allá me lo atendió una mujer y le pregunté con más detalle: «Bueno, ¿por qué me le resulta eso?». «¿Qué situaciones difíciles han vivido?», me preguntó. «Mire, nosotros estábamos en Orito y de Orito nos desplazamos. Para ellos fue duro porque dejaron sus amigos, se desprendieron de su entorno social. Ellos no estaban de acuerdo, yo les impuse esa situación porque nos tocaba. Llegamos acá, la situación no ha sido fácil porque el Ejército y la guerrilla, y que ya vienen los paramilitares. O sea, siempre una situación de tensión, de preocupación. Luego matan a mi esposo, eso afecta a todo el núcleo familiar». Me dijo: «¿Hace cuánto que mataron a su esposo?». En ese tiempo hacía como cuatro

meses. Además, él tenía una situación con la novia. «La novia lo desplanta». Me dijo: «Es todo eso».

En el 2004 mataron a Alirio Silva, el que fue mi maestro político. Fueron los paramilitares. Eso fue muy tremendo. Fue el último, ya a los otros los habían matado, los otros estaban desplazados, ya se habían ido, no había nadie. Estábamos como abandonados, como sueltos. Yo tenía muchos amigos, compañeros por ahí de las juntas comunales. Teníamos una asociación de productores que era donde yo estaba trabajando en las piscinas. Eso me tocó dejarlo abandonado, entregarlo ahí a otros compañeros y que miraran cómo hacían. Teníamos las piscinas en plena producción, pero primero estaba la vida y el bienestar de mis hijos.

Como en mayo del 2004 yo me puse a reflexionar «no, esta vida no me la aguanto, ¿pa dónde me voy?». Es que eran cuatro niños, cuatro hijos que dependían de mí. Yuri se había juntado con un muchacho, ya tenía el niño. Yo dije «no, yo aquí no me quedo» y me devolví, me fui a la zona y hablé con los compañeros. Me devolví para Teteyé. Me reuní con unos compañeros –con los directivos de la asociación– y les dije «yo no pienso seguir corriendo porque yo no le debo nada a nadie», «no, pero es que…», les dije «no, pero es que eso no es vida, yo no puedo estar así. Organicemos algo, organicemos algo y miremos a ver qué hacemos».

Surgió la iniciativa de crear una corporación defensora de derechos humanos del cordón fronterizo del Putumayo. El 6 de diciembre del 2004 fundamos la Corporación, ahí la creamos y empezamos a hacer relaciones con el Ecuador. Me fui a vivir a la frontera en zona netamente rural. Me salí de Teteyé y mis hijos terminaron colegio ese año y los volví a meter al Ecológico, volvieron a vivir a la casa –como ya eran jóvenes– y Yuri, mi hija, también me ayudó y dijo «traiga a los muchachos pa acá, mamá; yo los cuido, los acompaño, que ellos sigan estudiando».

Empezamos a hacer denuncias de los daños, de los atropellos que cometía el ejército con la gente y de la presencia paramilitar en el territorio –porque nosotros sabíamos que estaban–. Eso me dio otro estatus, ya dejé de estar huyendo y empecé a enfrentar con la gente, la gente me respaldó, me acompañó y creamos un sindicato. Decidimos dejar de dejarnos matar y empezamos a enfrentar la situación como campesinos, como integrantes de la comunidad. Eso nos ayudó, eso me ayudó a estabilizarme emocionalmente, porque si seguía así lejos yo me hubiera muerto. La situación con mi hijo, de la pérdida de mi compañero y esa situación de andar corriendo sin deberle nada a nadie. «Pero ¿por qué tengo que huir si yo no le debo nada a nadie?, yo no he hecho nada malo. Yo no voy a andar corriendo».

En mayo del 2005 matan a mi hijo. Yo no sé, yo a ratos digo que de pronto fue por mi liderazgo y por quebrantarme a mí, porque a mis hijos siempre los molestaron. Le dieron un tiro aquí. ¿Cuál fue el delito de él? No sé todavía. No sé si era porque era mi hijo o fue por lo que andaba con el Ejército y al Ejército se la tenía montada o fue porque se iba a meter al campamento de la guerrilla; yo no sé, la verdad nunca supe por qué fue que lo mataron. Lo más triste es que él murió inocente. No sabía

de nada porque no le paraba bolas al tema de la política, nunca estuvo conmigo en la organización. Me acompañaba a las asambleas para ver a las muchachas. Era como un niño, no razonaba así como un hombre para la edad que tenía.

Me enteré como a las tres de la tarde, me llegó una razón –yo vivía a la orilla del río, todo el transporte para llegar a mi casa era por el río– en el bote. Me la mandó la promotora de salud, que había entrado un cuerpo al anfiteatro de Puerto Asís y que habían ido a verlo y era Andrés. Lo recogimos, lo sepultamos, ¿qué podíamos hacer? Allí no había denuncia que valiera, no había nada qué hacer. Un año después –eso fue el 14 de mayo del 2005– matan a mi compañero, el 1 de diciembre de ese mismo año matan al compañero Luis Arceliano. En marzo del 2006 matan al vicepresidente de la corporación donde yo estaba liderando. Entre el 2006 y el 2010 tenemos sistematizadas 170 personas asesinadas de la organización en la cual yo tenía influencia, era muerto tras muerto, muerto tras muerto y denuncia y denuncia, pero nada salía.

¿Sabes por qué yo nunca busqué ayuda ni para mí ni para mis hijas? Porque siempre ha habido una brecha entre nosotras, entre las organizaciones –los integrantes del movimiento campesino y social– y la institucionalidad. Los únicos profesionales en la salud son los del hospital o los de las clínicas y no tenía recursos para pagar atención profesional privada.

Tampoco teníamos confianza para hablar con una psicóloga y contarle esos detalles porque a mí me daba miedo exponerlos a ellos. Además, porque el personal médico llegaba escasitamente al puesto de salud. Eso es un proceso, un desgaste; yo nunca le hice esfuerzo a eso.

Sé que siempre lo he necesitado, pero también me sucede que yo decía, y lo digo todavía, «si yo dejo de sentir esto que siento, de pronto ya no voy a querer seguir trabajando. De pronto ya no voy a querer seguir trabajando y eso es como el combustible que me motiva a mí a mantenerme activa». De pronto estoy equivocada –seguro que sí–, pero siempre lo he sentido así.

Ni palitos, ni rayitas, ni ni mierda

Un eterno fracaso

En este momento en que está nuestro país, yo critico mucho al Gobierno nacional. Para nosotros, los desmovilizados, no sirvió para nada y para nada. Las desmovilizaciones del 2005 fueron un eterno fracaso. Al mes ya habían 230 desmovilizados muertos. A los tres meses, ya habían 387 desmovilizados muertos. No sabíamos si era que los estaban buscando por dirección, por su mando, por lo que fuera los mataban. Hasta los rasos resultaban muertos, y no los dejaban visibles: los escondían, los botaban y

después los encontraban en Usme. Por allá tirados en huecos de Ciudad Bolívar, en X o Y sitio.

Después de la desmovilización, entro a una entidad del Gobierno y me ponen como promotora para hacerles seguimiento a nuestros famosísimos y aclamados proyectos productivos. Se habían entregado dizque 730 proyectos, a los cuales les iba a hacer seguimiento. Después de seis meses, me doy cuenta que de esos proyectos solamente había 100 activos. Es que si un desmovilizado sale, le dicen: «Usted va a colocar la cabina de Telefónica». Pero uno no sabía manejar un teléfono. No sabía cómo contar los minutos, prender un computador. A la gente le imponían colocar lo que los proveedores querían y no lo que los desmovilizados querían. Cuando se empezó a hacer el seguimiento, nos dimos cuenta, por decir algo, que los computadores que les entregaban a los desmovilizados estaban en mal estado: el teclado no servía; los computadores a veces servían, a veces no. Daban unos expendedores de alimentos en mala calidad, pelados, sucios. Los congeladores no servían, una calidad terrible. ¿Y qué pasó con todos estos proyectos? Se fueron a pique. Los que medio se sustentaron fueron los de la madera y los de los cultivos, porque ya venían trabajando dentro de los grupos o porque sabían sacar algunos productos.

Nosotros nos dimos la pela de trabajar con una ruta que se llamaba Ruta de Empleabilidad, que era con Secretaría de Gobierno. Se citaron 280 empresarios nacionales a una convención en Bogotá. Llegaron 200 y de esos solo diez alzaron la mano para vincular a desmovilizados. Ah, pero sí habían hecho bulla, dijeron de todo. Mejor dicho, qué escándalo porque se habían desmovilizado 1.730 de Autodefensas Unidas de Colombia. Pero nunca dijeron: «Venga, les vamos a hacer un proceso, les vamos a hacer un seguimiento, les vamos a ayudar con unos psicólogos que realmente estén comprometidos con cada una de estas personas que venían de la guerra». Cuando yo llegaba a mi terapia, me decían: «Ay, haga bolitas cuando está contenta y haga palitos cuando esté triste». Yo cuando empecé a ver que el proceso iba así, dije: «No, ni mierda, yo no vuelvo a hacer ni palitos, ni rayitas, ni ni mierda. A mí cámbieme de psicóloga». Lógicamente uno tenía que asistir tres veces en el mes para que la psicóloga le validara, pasara la planilla, y le pudieran pagar. Solo por eso iba más de uno. «Yo qué le voy a contar mi vida a esta hijueputa. Me pone es a hacer palos y bolas, y a mí esos palos y esas bolas ya no me gustan». Después le decían a usted que dibujara unos carritos, que para dónde iba, que el futuro, pero eso pa uno, en el momento de la desmovilización, no era la tarea que había que hacer.

Empezaron a haber muchos más problemas con los de autodefensas, por eso empezaron a meter también psiquiatra. Mandaron que los médicos hicieran otras cosas, porque ya el palito y la bolita no les funcionaban. Que entonces vamos a hablar realmente, pero cuando cambió el Gobierno, nos mandaron decir que nos iban a bajar el apoyo humanitario. Pum, empezaron a irse otra vez, a devolverse. Varios decían: «Quihubo, ya me devolví, me están pagando tanto», «Quihubo, nos vamos a armar en

tal grupo», «Quihubo, nos vamos a volver apartamenteros», «Quihubo…». Empezó uno a ver otra vez: «Ah, es que no aparece tal desmovilizado», «Ummmm, no se sabe por qué», pero uno ya sabía que estaban en tal cosa, en tal vuelta.

Empezaron a retroceder muchos procesos que ya se habían adelantado, supuestamente. Nuestras famosísimas y aclamadas trabajadoras sociales y psicólogas nos bajaban de la nube: «¿Qué tal esa vaina?, ¿una exparamilitar diciendo que quiere ser trabajadora social?». Yo decía «¿Cómo así?, ¿luego es un pecado ser excombatiente y ser una trabajadora social?». Sus ilusiones, sus sueños y todo se lo tiraban al piso. Uno de excombatiente sirve pa lavar los baños del Transmilenio, para limpiar el humedal, para que vaya y limpie el alcantarillado de Ciudad Bolívar, para que pinte Ciudad Bolívar. Todos los procesos que nos ofrecían eran solo mierda pa nosotros.

Yo estuve en San Cristóbal haciendo mis cuarenta horas de servicio social, y la gente no salía porque sabía que éramos excombatientes. Nos echaban, el presidente de la junta: «Ustedes son una manada de hijueputas, nos los queremos ver acá, se abren o los sacamos». Mejor dicho, eso era una porquería. ¿Qué nos tocaba hacer? Irnos pa otro barrio a mamarnos otra persona que nos gritara. Llegaba una entidad normal y decía: «Ah, no, trajimos excombatientes para que les limpien la mierda del perro del parque». «Pero ¿eso qué servicio social es?». Lógicamente, una persona a las que le han matado la mamá, el papá, ¿qué va a salir a mirarnos la jeta? Ese fue otro fracaso del Gobierno nacional.

El retorno de las promesas incumplidas

Las FARC estarán igual porque eso no es que solamente fue por ser las AUC. Yo me imagino, con lo que conozco, que ha sido un fracaso porque a ellos también les han mamado mucho gallo en el tema. También han matado muchos de las FARC, también les han incumplido con cosas, también les han dicho mentiras. El proceso no es completo. Cuando menos piensen, les cortan la ayuda. Cuando menos piensen, chao, no va más esto, y empiezan a cortar y a cortar. Cuando usted cae en cuenta, está recibiendo una miseria: 180.000 pesos fue lo último que recibí. Y eso que yo tenía mi vivienda, a mis papás vivos. Hay gente que llega acá sin una moneda ¿Qué hacían los chinos? Pa Usme, pa Ciudad Bolívar a buscar una miserableza de pieza, con unos techos ahí de tejas, casi en cartón. Unas miserablezas que uno decía «pero, ¿por qué tenemos que venir a esto?». ¿Qué hace la gente? «Pues me devuelvo».

Hablemos de las personas que estaban psiquiátricamente mal cuando nos desmovilizamos, ¿dónde está esa cifra de que salieron tantos esquizofrénicos, tantos con problemas psiquiátricos?, ¿dónde está esa cifra? En ningún libro usted ve que digan «el día de la desmovilización de tal, hay tantos locos, hay tantas de no sé qué». No la hay. Porque esa gente es nula, no están. ¿Dónde está la cifra de las trabajadoras sexuales y de las trans? Entonces embolatando la vaina dicen que supuestamente no hay trabajadoras sexuales, no hay trans, pura mierda. Cuando salimos, más de uno se despelucó las plumas por todo lado. Nosotros sabíamos quién era trans y cuáles

eran las chicas que les gustaba eso y que siguieron su vida. Pero querían anularlas. Esa categoría en las cifras que tiene la ARN no va, supuestamente no hay desmovilizadas que son trabajadoras sexuales, supuestamente para el Gobierno nacional.

Todo el tiempo el Gobierno nacional era «sí, espere, mire que va a salir este proceso. Mire que les vamos a dar vivienda, mire que…». Era como teta ahí todo el tiempo para uno estar ilusionado. Como calentándole ahí el oído todo el tiempo para resultar «que no, es que el proceso no salió. No, mire que pasó esto, mire que…». Entonces como que uno ha visto siempre el engaño del Gobierno nacional. El proceso de Cuba, que fue un fracaso, digo yo. No tiene ni sentido esa pantalla tan inmensa que tuvieron. Engañaron al país y les hicieron creer que de verdad iban a hacer el proceso, que iban a aportar a la verdad, que iban a entregar los muertos, que iban a hablar qué había pasado con la gente. Y en realidad se fueron, se han ido del país. Aquí engañaron al pueblo. El pueblo era el que quería que ellos dijeran dónde estaban sus seres queridos, los desaparecidos. Esto fue un fracaso total.

A donde nunca quisiera volver

Nos boletearon

En Santiago Pérez estaba la estación de policía, pero era raro porque ahí también se metían los mismos que uno conocía como paracos. Era la misma vaina. Y pues la gente vivía muy acostumbrada al régimen de ellos. Pasaban cosas, asesinatos. Incluso hubo fosas que se encontraron hace como siete u ocho años. En Santiago Pérez todavía hay muchas cosas que no se han descubierto, que en algún momento se descubrirán.

Después de eso, vino la toma guerrillera. Empezó más o menos a las cuatro de la mañana, los disparos, y pues eso es muy aterrador. Uno le tenía pavor a la guerrilla porque ya estábamos acostumbrados a la presencia del otro grupo. Yo estaba muy pequeña para esa época, tenía ocho o nueve años. Recuerdo que pasaron tocando las puertas. Nos hicieron salir porque iban a quemar el pueblo. Nosotros salimos con una lorita que teníamos en una jaula. Una lora y un gato. Salimos para la iglesia.

Uno ver a la guerrilla, ver muertos y todo eso.

Después de esa toma vinieron las masacres, los asesinatos. Cada tres días, cada cinco días mataban gente. La guerrilla hacía reuniones y decía que los sapos se fueran porque si no, los mataban. Entonces era una zozobra muy fea, bastante aterradora. Uno veía muertos por lado y lado. Yo vi morir mucha gente, gente que uno conocía. Eso se volvió terrible porque hubo una época donde llegó la guerrilla y se estableció. La gente se acostumbró a verlos, eso era normal.

La guerrilla se iba por quince días y llegaban los paracos a matar gente, a decir que la gente era auxiliar de la guerrilla. La guerrilla también tenía ojos ahí. Uno saludaba o

algo, y venía la guerrilla a matar gente porque creía que era auxiliar de los paracos o del Ejército. O llegaban militares con pasamontañas y se llevaban gente. Esta es la fecha en que nunca han vuelto a aparecer.

Por un lado, la guerrilla mataba, y por el otro los paracos mataban. El Ejército se llevaba gente.

Yo tenía una peluquería, y pues he sido una persona como muy abierta al diálogo. Hablo con todo el mundo. En esa época había Ejército. Ellos se hacen peluquear cada nada porque les toca mantener el cabello bajito. Esto fue hace poco, más o menos como en el 2011 o en el 2012, algo así. Estaban pavimentando la vía entre Ataco y Planadas, un batallón de ingenieros militares. Yo tenía la peluquería y resulta que me hice muy amiga de un teniente. No era ni el mozo ni nada, sino que me hice muy amiga de él. Y a través de él me hice amiga del comandante que había en esa época, que era un coronel.

Ellos se iban a hacer peluquear allá y lo boleteaban muy feo a uno. Llegaban en camioneta. En cada esquina se hacía un militar. Y pues yo no le veía como ningún problema, pero eso me acarreó varios. Lo primero que iban a decir es «mírela, ella mantiene es ahí. Debe ser sapa».

A la primera que boletearon fue a una amiga que también era peluquera. Incluso, cuando eso pasó, yo dije «eso debe ser que se está haciendo la víctima». Yo dije eso, normal. Y después me boletearon a mí, pero yo no le dije a nadie, ni a los amigos que tenía del Ejército. Supongo que no me lo tomé en serio. Yo dije «eso debe ser algún hijueputa que me tiene envidia, que me quiere hacer ir».

Me mudé de casa, me fui para una de dos pisos. La puerta tenía un vidrio que le faltaba. Y yo no se lo había puesto porque, pues, a mí como que no me daba nervios de nada. Estando allá, normal, yo seguí con mi trabajo, con mi actividad común y corriente. Resulta que cierto día salí de trabajar porque yo, pues, los fines de semana también vendía comidas rápidas. Tenía una muchacha que era la que preparaba la comida y yo me dedicaba al tema de la peluquería porque, pues, comida con pelos no va. Ese día, como a las diez de la noche, entre diez y once, me fui para mi casa. Llegué, me senté en una silla. Presentí que alguien me estaba mirando. Había un señor ahí que yo lo distingo, yo sé quién era. ¡Dios mío, sentí un miedo muy hijueputa! O sea, me acordé y dije «mierda, esto sí era cierto».

El señor me dijo «¿usted es fulana de tal?». Y yo le respondo «pues sí, usted sabe que soy yo. Lo que me vaya a decir, dígamelo». Él responde «mire, perra hijueputa, tiene media hora para que se desaparezca de este pueblo». «¿Por qué?, ¿yo qué he hecho?». «Agradezca que no la dejo aquí de una vez». Yo estaba ahí con mis hijas.

El caso es que él me dijo eso. No supe si se fue, si se quedó. Me desconecté completamente. Lo único que hice fue ir a buscar unas estopas, porque yo tenía estopas para echar basura. Cogí dos. Eché ropa, lo primero que encontré. Levanté a los niños, les puse sacos. «Bueno, ¿y ahora qué?». Pues yo tenía una amiga que su marido tenía carro, la llamé y le dije «mire, fulana, me pasó esto y esto. No sé qué hacer». Y ella me dice «no, ya despierto a mi marido y pasamos por usted». Eso fue de una. Bajé a los niños, subí las estopas al carro. Me trajeron hasta Ataco.

La paz no tiene precio

¿A dónde más me voy a ir? Desde entonces llevo viviendo en Ataco, desde hace aproximadamente unos siete años. Y hace más o menos unos seis, seis años y medio, inicié un proceso con mujeres rurales víctimas. Me fui metiendo en todo ese tema. Antes de eso, yo con el tema de liderazgo nada, nada que ver con eso. Empecé a asistir a unas reuniones, y no sé, como que me empezó a gustar. Me puse a participar, a opinar. Curiosamente, en la segunda reunión a la que fui me delegaron para un encuentro que había en Chaparral. «¿Yo?», pensé, «o sea, ¿por qué yo, si hay tanta gente que tiene más experiencia y todo eso?». Le fui cogiendo amor al asunto.

Logramos crear una asociación de 52 mujeres víctimas del conflicto armado. Con ellas iniciamos actividades en la parte productiva, ya que ahí vimos una puerta, una opción para resurgir nuevamente. Eran mujeres que fueron desplazadas; mujeres que perdieron a su esposo; mujeres que perdieron a sus hijos; mujeres que fueron muy golpeadas por el conflicto.

Sabemos que las mujeres siempre llevamos la peor parte en este conflicto.

Vimos la necesidad de organizarnos para empezar, para no quedarnos ahí. También porque sabemos que las víctimas, especialmente las mujeres, tenemos muchos derechos que a veces no conocemos, y si los conocemos es un poco difícil lograr que el Gobierno nos los cumpla. A través de la parte organizativa, asociativa, se facilitan un poco más las diligencias y que los derechos no se vean tan vulnerados como pasa de manera individual.

También empezamos a hacer un trabajo pedagógico desde antes de la firma del Acuerdo de Paz. Hemos sido muy comprometidas con el tema del proceso de paz; siempre hemos creído que la paz es necesaria, independientemente de las falencias que tenga. En el municipio de Ataco, de hecho, hicimos una pedagogía sobre la importancia de que se firmara el Acuerdo. Esto por la desinformación tan grande que existía sobre el tema y tantas cosas que, digamos, la oposición política le vendió al país para que dijera «no» a la paz.

Sin embargo, nosotras, pues, nos sentimos satisfechas porque contribuimos con un granito de arena en nuestro municipio. Obviamente nos hubiera gustado hacer más, pero hicimos lo que se pudo y eso es importante.

A nosotras nos ha motivado el haber vivido el conflicto armado, porque nadie mejor que una persona que ha vivido el conflicto armado para saber lo difícil que es y a donde nunca más quisiera volver, lo que no quisiera volver a vivir. En el país quienes siempre hemos respaldado el proceso de paz, lo que tiene que ver con la paz, hemos sido las víctimas. Porque ha sido tan cruel, tan difícil, que no queremos que nuestros hijos, nietos, familiares y vecinos vuelvan a vivir eso tan horroroso.

La paz no tiene precio, no hay una cosa más bonita que vivir tranquilo con los hijos, con la familia. Poder cultivar el campo sin temor, sin miedo. La paz es algo que ninguna plata del mundo puede comprar.

Lo más bonito de la organización es el impacto a nivel personal. Uno, pues, digamos, como que descubre un talento. Ser líder no es para todo el mundo. A veces

dicen «pero es que pa estar pa arriba y pa abajo de reunión en reunión…». No, eso no es para todo el mundo.

Mira, si tú te pones a ver en una vereda, en un municipio, la mayoría de los proyectos y programas que llegan es por los líderes. En la parte social el impacto también se debe a que uno se da a conocer. Es muy bonito porque la comunidad confió en uno. La comunidad lo busca a uno cuando tiene problemas. «Mire, es que me pasa esto, ¿por qué no me ayuda con esto?». Y uno cómo dice que no sabiendo que sí puede. Es algo que no cuesta nada, y uno le puede ayudar mucho a una persona. El impacto personal y social ha sido bueno. Le queda a uno la satisfacción de haber servido para algo.

Un panal para el retorno de la guerra

Cuando miro noticias me duele mucho que digan «ay, qué alegría, les dieron tanta baja a los guerrilleros», o «¡qué tristeza, murieron tantos soldados!». ¿Por qué? ¿Por qué decidimos a quién llorar y a quién no? ¿Son hijos de campesinos? Sí.

Esperemos que las cosas no vuelvan al pasado, aunque la verdad ahorita se está complicando bastante el asunto, sobre todo con los líderes. Yo en lo personal, por ejemplo, me he retirado bastante. Ahorita está el tema de la minería y se está conformando el comité ambiental. Sí me querían involucrar, pero, pues, yo me conozco y sé que eso es como muy espavientoso y me hago matar rapidito. Decidí no involucrarme.

Sin embargo, el tema de la minería está ahí porque si bien es cierto que se le negó la licencia a la multinacional, ahorita hicieron una jugada maestra y fue que crearon una asociación de mineros que aparentemente es de los atacunos, pero eso no es así. Es una fachada, ya tienen los predios. Usted no me lo va a creer, pero ya tienen licencias y no las socializaron. ¿Por qué? Porque es una asociación del pueblo, supuestamente, diferente a la multinacional. Es una información que muy poca gente sabe. En cualquier momento empieza la explotación de minería a cielo abierto. Lo que es Gaitania, Coyaima, Chaparral, en fin, todos estos sectores no se van a quedar quietos.

En Ataco se viene un conflicto social bastante grande por el tema de la minería, porque eso atrae grupos armados, prostitución, drogadicción. Eso atrae una serie de consecuencias que son bien serias para el municipio, y de cierta manera se vuelve como a reactivar el conflicto. Eso también da pie para que se vuelvan a reestructurar otros grupos armados que, en su momento, decidieron alejarse de la zona. Por ejemplo, están las disidencias de las FARC. Para nadie es un secreto que ellos tienen dentro de sus propósitos volver a articularse y fortalecerse. El tema de la minería es un panal perfecto para que surjan grupos paramilitares. Y con el Gobierno que tenemos ahorita, ni se diga.

Territorios de la escucha

Esta sección del «Libro del porvenir» es una reflexión sobre la promesa de una sociedad que busca transformarse luego de la guerra. De estos testimonios nace una noción de esperanza que necesita de una escucha aguda para entenderla. Los testimonios tratan sobre proyectos productivos que en su esfuerzo instauran una cotidianidad que ya se puede interpretar como una ganancia, como un síntoma de mejoría. Aquí no importa el éxito de dichos proyectos, que en la mayoría de los casos suelen perecer por la falta de apoyo estatal o porque su naturaleza es espontánea. Lo que nos interesa es subirle el volumen a lo que implican, es decir, la necesidad de juntarse de nuevo para planear, para gestionar. Algo que, en otra escala, puede constituir la base del tejido social que permite imaginar el porvenir.

El mangle que camina



Nunca lo hemos llamado «invasión». Este territorio era de nuestros ancestros. Acá hacían su actividad de pesca y las personas llegaban a comprarles. Acá mantenían sus perchas, sus ranchos, y las esposas se venían a acompañarlos. Fue una zona muy importante para la ciudad, pudiéramos decir. En el 65 comienzan a bajar un poco esas actividades, comienza la soledad en la zona. Los terratenientes estaban con los ojones prestos para quedarse con todo. Estar aquí, recuperar el territorio, ha sido difícil.

Usaron el cuerpo de nuestras mujeres como herramienta de intimidación. Fueron violadas por los militares y a ellas les costó mucho trabajo ser capaces de contarlo. A nuestros pescadores les quitaron sus artes de pesca, les partieron los botes y con amenazas les comenzaron a poner horarios para pescar. Un día incendiaron todas las casas de nuestro territorio. Todo ese operativo estuvo dirigido por un cabo que hace tres años salió de la cárcel por paramilitarismo. Él actuaba bajo la orden del que todavía es administrador de la Hacienda Los Morros. Las que nos robó el territorio.

Sus líderes hemos estado detenidos, amenazados, señalados. La guerra ha sido dura. Resistimos veinte intentos de desalojo, el asesinato de una mujer, tuvimos 32 heridos. A mí me fracturaron la clavícula. La misión en los primeros momentos de la llegada fue defender el territorio. Había un firme propósito, y sigue ese propósito: alcanzar la paz que significa recuperar nuestro territorio.

Aquí no se sintió la paz que se firmó en La Habana. Apenas hubo un momento en que se sintió que los gatillos se silenciaron. Yo, que tenía la oportunidad de salir a otras ciudades, notaba la tranquilidad. Muchos pueblos fueron perdiendo los miedos. Pero de la noche a la mañana se desbarató todo; de la noche a la mañana volvieron los miedos, volvieron los sustos, volvieron a encenderse los gatillos.

Por eso le digo que acá no hemos sentido ese intento de paz. Creemos que el Gobierno no tiene la voluntad de que la paz sea un hecho en el país. Nos hemos dado cuenta de cómo ha atacado. No entiende nada y no sabe escuchar. La guerra aquí es por el territorio. En Colombia hay grandes inversionistas y pequeños inversionistas. Los grandes inversionistas se hacen acompañar del mismo Estado y los pequeños inversionistas se hacen acompañar de los grupos al margen de la ley. Eso es lo que ha pasado acá. Han llegado los pequeños inversionistas a apropiarse de nuestro territorio, y con ellos la fuerza pública y el paramilitarismo. Ese es un tema bastante delicado.

Pero sueño con un país en paz, donde nos podamos mover, donde se vean garantizados los derechos de nuestra gente. Para nosotros, los negros, el tema de los espacios es definitivo. Podernos desarrollar, buscar libremente. Por ejemplo, si quiero ir a pescar con Alfonso, llevamos una canoa y nos vamos, volvemos cuando nos dé la gana. La paz para nosotros es eso, que podamos vivir en nuestro territorio. En Villa Gloria ya nadie tiene dónde cultivar. Yo soy la que tengo mi finca ahí, tengo un palo de mango, uno de mamón, uno de guanábana, uno de limón, tres matas de yuca, un palo de

tamarindo, dos matas de plátano, dos cuatrofilos. O sea, resisto y hago respetar mi tradición campesina. Antes desearía más patio para ir metiendo más.

La paz es nuestra autonomía sobre el territorio, un territorio sano. Pero los colombianos tenemos que aportar mucho para que eso se dé, para que un día podamos respirar tranquilos. Acá hemos hecho de todo, yo hago de todo. Todo lo que pueda impactar a mi comunidad y visibilizarlo. Pa que sepan que hay un pueblo luchando, que hay un pueblo en resistencia y que no estamos como el pargo, esperando a que llegue el Gobierno a hacernos cosas. Cuando venga el Gobierno, que nos mejore, que nos ponga a tono. Mientras tanto, tenemos que buscar elementos para subsistir. De ahí nació lo que venimos haciendo con el mangle, con revivir la ciénaga, con sanear y recuperar nuestro territorio.

El manglar es vida. La ciénaga está agonizando. Nosotros, las comunidades, ¿qué hemos hecho? Hemos entendido que el medio ambiente está dañado. Lo hemos dañado nosotros, lo han dañado los macroproyectos, lo ha dañado el mismo Estado. La parte ambiental también es una forma de violencia contra los pueblos. En la medida en que la ciénaga pierda su flora, los pueblos menos vamos a tener qué comer. En la ciénaga han desaparecido más de veinte especies de peces que había. Se perdió el chipichipi, el caracol, la chuchalarga, la almeja. Todo eso ha desaparecido del seno de la ciénaga, de una economía que básicamente la teníamos controlada las mujeres. Hace como un mes hubo una mortandad de peces. Peces en busca de oxígeno. Entonces dijimos: «Aquí tenemos que ponernos serios a revisar qué es lo que está pasando». ¿Qué es lo que está pasando en los pueblos étnicos?

La compañía que hizo el viaducto del gran manglar debe compensar a la ciénaga por el impacto del viaducto. Estos señores dijeron «bueno, ¿quiénes van a licitar? Vamos a licitar con la gente con la que hicimos consulta previa». Y yo lo pinté como un proyecto de comunidad. Para empezar, nosotros dejamos claro que éramos sabedores empíricos y que queríamos aprender a respetar la ciénaga. Para eso fue importante primero conocer la ciénaga, conocer el estado en que estaba. Como le dije, la ciénaga de la Virgen está agonizando por culpa de los más de 60 años de vertimientos. También fue importante tener todo el conocimiento sobre el manglar. Cómo crece, cómo hay que asegurarle la raíz, cuándo es el tiempo de su siembre.

Con los pescadores aprendimos que no es ir a tirar mangle a la ciénaga. Eso tiene todos sus secretismos para sembrarlo. Con el conocimiento que ellos tenían, comenzamos a cultivar el mangle y nos fue bien. Vino la siembra, fuimos y sembramos. En mi vida había cultivado un mangle. Hemos sido muy cuidadosos. Es que todo está dado en el medio, el sustrato está en el medio, la semilla está en el medio. Nosotros no quitamos las semillas de los palos, porque no nacen. Hay que esperar. El mangle tira las semillas al agua y la marea las saca, y ellas se van arrecostando. Donde se arrecuestan es que nacen.

El proceso comienza por clasificar la semilla. Que no esté perforada, que no esté aguadita. La de mangle negro es como un corazoncito. Hay que recoger las que ya haigan caído. Si uno las quita del árbol pueden nacer, pero se termina muriendo la

mata. Esa recolección de semilla permite que la comunidad se rejunte. Es todo un festín ir a recoger la semilla. «¡Vamos a recoger semilla!». Es todo un encuentro.

También tiene sus tiempos. En este momento no hay semilla. Ahora estamos trasplantando las que germinaron. Cuando comience el invierno, los árboles florean. Apenas les peguen tres o cuatro aguaceros. Pa mayo ya tenemos semilla, si llueve.

Es de mucho trabajo. Nosotras preparamos el nutriente, el insecticida, el compost.

O sea, todo lo hacemos nosotros, las bolsas, todo. Una iniciativa de esas le ha dado mucha fortaleza a la comunidad. Y también es reconfortante saber uno que está mejorando la parte ambiental. Ha sido chévere, yo vivo perdida ahí. A mí no me encuentran en más ninguna parte sino ahí, en ese vivero. Por ejemplo, ahora que entró el Covid, el vivero ha sido como un fortín para estar distraída. Acá no te desesperas. En nuestro territorio somos libres.

El cultivar mangle nos mantuvo aquí, como que nos fortaleció como comunidad. Estar pendiente el uno del otro, estar en paz. No, que «voy a sembrar mi manglecito». No, que «yo puedo llevar 50 maticas, señora Gloria». «Llévalas, pero eso sí, si las vas a regar porque…».

Nos hemos potenciado como comunidad. Hemos visto cambios estructurales; por ejemplo, en que no se pique más mangle. Ya lo que picamos lo picamos. Ya lo que cogimos lo cogimos. Pero tenemos que conservar y cuidar lo que quedó.

Hoy los pescadores cuidan eso. Salgo a La Boquilla y cualquiera me dice «oye, Gloria, estuve por las islas. Oye, esa vaina sí está bonita. Ese mangle sacó los zancos». Porque el mangle camina. El mangle rojo, él camina. Hace sus zancos; ya los zancos se salieron de la isla. Está buscando pa caminar. El mangle ya camina.

Un acueducto en el desierto

La comunidad indígena La Parcela es un resguardo de la alta y media Guajira. Ahí vivimos 40 familias. Tenemos pequeños cultivos. Hay quienes se dedican a pastorear chivos, y entre todos preservamos las plantas medicinales tradicionales. El trupillo, el cardón y el jamuchi. Aquí abundan, pero todo gracias al agua.

Esta era una sola nación hace más de sesenta años: Kasichi, Maicaíto e Ishan. Pero hace ocho años, por el crecimiento del número de familias, nos independizamos. Nos constituimos por medio de la construcción del micro acueducto, de la historia de recuperación del agua. Aunque todavía dependemos de esas otras comunidades. Dependemos de Maicaíto porque ellos son nuestros abuelos; también de Kasichi porque somos clan Jirnut.

Acá vivimos en nuestro entorno, en nuestro hábitat Sabemos vivir la sequía en verano y en tiempos de agua las tormentas tropicales. Últimamente lo que ha habido es

tormentas tropicales, mas no agua. La naturaleza también nos ha abandonado. Hemos sabido vivir estos entornos a pesar de la lucha con la naturaleza y con los violentos. En unas partes de los territorios ancestrales masacran, asesinan, sea el Ejército, sean los paramilitares. Hemos sabido vivir estos entornos. Hemos aprendido a convivir con la naturaleza. Lo que no sabemos es vivir sin agua. El agua es vida y eso es lo que nos quitó la violencia. La madre sufre cuando le matan un hijo. El territorio es así también.

Acá la situación de violencia era muy dura, sea por los grupos al margen de la ley o por la violencia entre *clanianes,* o sea, la guerra que vivieron mis abuelos. Después vino la violencia del Estado, luego llegaron los paramilitares.

La minería, esa es otra violación grandísima a la naturaleza. Ella baja fuerzas. Ni de la brisa ni de los vientos podemos gozar porque hay contaminaciones; por ejemplo, la del carbón. El derramamiento de sangre, los megaproyectos. Tenemos las prácticas de los abuelos que ya no se dan. Todo eso bajó la fuerza de la naturaleza, secó el agua en este lugar. Gozábamos de dos grandes lagunas: la de Kasichi y la de Guayumana, que tenían inmensidades de animales silvestres.

Uno de los grandes hechos violentos que han pasado aquí en los territorios ancestrales, que viví en mi vida personal porque en él cayeron primos, tíos, amigos, fue la masacre que sucedió en Albania en 2006. Ocurrió cuando más de cien personas estaban en una ceremonia wayúu, en un matrimonio. Al lado de donde ocurrió la masacre había una laguna que se llamaba Amare. En este tiempo ya no es laguna porque se secó, se secó por el derramamiento de sangre que hubo ahí; siguieron sus heridas, siguieron sus heridas, y sus venas se sentían destruidas.

La muerte de una laguna ancestral se da lentamente. Mueren poco a poco. Se van secando poco a poco. Mueren las matas silvestres, las matas de la laguna. Es como un rompimiento social, y ya no es lo mismo. Había aves silvestres que cantaban, espíritus que llegaban a la laguna. Al ver ese dolor se alejan, se van para otras partes. A través de eso la mayoría de las lagunas de La Guajira se han desaparecido. Porque no hay esa espiritualidad, porque baja la moral al haber esos rompimientos sociales.

¿Qué encanto puede haber en una laguna que se seca?

Usted debe saber que el dolor de una masacre es muy grande, muy doloroso. Por eso le digo que la madre siente, ya que es la madre naturaleza, el territorio ancestral. Por eso la laguna se seca, porque ya no hay respeto. A raíz de la violación a una ceremonia de matrimonio, los mismos espíritus dicen «no, pero aquí no hay respeto, si el Estado hace esto…». Las mismas plantas se entristecen, el viento no corre. ¿Usted no ha visto los cambios que ha habido? Que para y viene. Que de pronto se entristece y de pronto se enfurece.

También la pérdida de las fuerzas viene de la pérdida de las ceremonias que hacían nuestros viejos, por ejemplo, el baile de la chichamaya. Es muy poco el que canta *jayeechi,* un canto tradicional wayúu. Es muy poco el que toca *akashi,* que es la tambora. Ese es uno de los factores de la pérdida de la fuerza. Cuando pasa algo o cuando hay un fenómeno raro uno toca la *Kashi,* uno canta el *jayeechi* o hace un baño de ritual a

la tierra con el mismo chirrinchi. Entonces, si hacemos un pagamento nos reconoce la madre tierra. Así estamos sanando el territorio, nuestras costumbres. Es como una protección. Al perder esos rituales, esa fue una de las debilidades de nosotros mismos, que no supimos recuperar la fuerza de la naturaleza

Eso motivó el inicio de la búsqueda de agua. A pesar de que hicimos unos acompañamientos con los hermanos arhuacos para que la laguna no se secara, no lo logramos. Sí vivió, pero no vivió mucho. Y de pronto a mí me dio más valor porque yo dije «ve, sí están matando a mi gente». Ahí es donde yo me sentí más comprometido con este proceso de lucha. De secar la sangre para que retorne el agua. De ahí empieza la búsqueda de agua en el desierto. En otras partes de Colombia no se lo creerían. «No, pero cómo va a haber agua en La Guajira si eso es un desierto. ¿Qué microacueducto puede haber o qué cultivo de yuca puede haber?». No me lo creen si no llevo fotos.

La búsqueda del agua inició hace tres años, así como le decía. Venían nuestros hermanos arhuacos y otros amigos del Caribe. Hacíamos recorridos en la costa Caribe, visitábamos los sitios sagrados del territorio étnico afro, wayuu y arhuaco. Recuerdo una vez que vinimos con los arhuacos, con esto de los rituales. Pa bañarnos, nos bañábamos con totuma, pero dicen «¿esto qué es?, ¿aquí no hay agua?». Todo el mundo grita «¡no, si aquí no hay agua ni nada!». A veces, nos íbamos sin bañarnos. Durábamos dos, tres días nada más con la totumita y agua sucia. De ahí también nació la idea de construir un microacueducto. La gente no aguantaba más, los chivos se estaban hasta muriendo. La comunidad tenía pozos artesanales, pero eran salados, resalados.

Me acuerdo muy bien. En el mes de marzo del 2014, cuando hubo la primera fuente de agua, cuando vino la máquina y que sí hubo agua, que había chorros de agua por todo ese lado de allá, yo dije «pero entonces aquí hay vida. Los espíritus no nos abandonaron». Ahí me dio más fuerza y más valentía de seguir con mi proyecto. Y el día que tuvimos agua yo me sentí tan feliz, tan contento, porque es que eso significa que aquí sí se puede hacer un microacueducto, se pueden hacer cosas. Pensaba que el proyecto iba a quedar mocho, porque aquí hay trabajos que han quedado mochos. Pero la naturaleza vio nuestro esfuerzo y nos ayudó a que el agua volviera. Vino el agua y todo el mundo feliz. Los que se habían ido pudieron regresar. «Lo logró, qué alegría».

Es que yo nunca pensé que pudiéramos hacer algo tan grande como esto. A mí me trataban de loco, hasta el tío mío que era autoridad: «No, usted está loco, cómo va a haber un acueducto que acá va a sacar agua y va a beneficiar tantas comunidades». Aunque le diga «microacueducto», esta es una iniciativa grande de la que se benefician cuatro comunidades indígenas wayuu de alrededores y campesinos, inclusive. Con decirle que cuando empezó a funcionar el proyecto, venían los carrotanques desde Maicao a surtirse.

Lo que acá planeamos es que fuera un microacueducto que llegara a las familias, a la comunidad. Seguimos y en el 2018 logramos tener el tanque elevado, porque yo dije «esto no se va a quedar así tampoco, eso no va a quedar en el aire. Que el viento no se lo lleve, sino que tiene que ser un hecho».

Sí se puede. Todo se puede en esta vida. Algo que ni yo creía posible permitió el retorno, la unificación con otras comunidades, con otras autoridades. Uno ve que hay comunidades lejanas que todavía buscan el agua, que todavía están pasando necesidades. Caminan dos o tres kilómetros, vienen en caravanas de burros. Y nada, no le han buscado solución. Si se les ponen cinco mililitros o diez mililitros de esos tanques, los reparten el primer día y ya después adiós. Muchos acá se fueron más que todo por la necesidad de agua, como desplazados por la naturaleza. Están volviendo con ganas de trabajar, de cultivar, de pastorear.

Te digo que sí se puede conversar con la naturaleza, que sí se puede quitar el rastro que deja una masacre. Para recuperar la naturaleza, para que retorne el agua. Eso lo aprendí de los mamos, de los hermanos arhuacos. Ellos dialogan con los árboles, dialogan con el mar y dialogan con el viento. Esa es una forma de tener fe y de proteger a la naturaleza, de hacerle un saneamiento. Eso fortalece a la naturaleza y ese es el camino que se abrió para hacer el microacueducto. Unidos hacemos todo. Debemos recuperar a nuestra madre naturaleza. Debemos limpiarla de la violencia, cuidar los árboles, cuidar los trapíos, cuidar las aves, para que tengamos un medioambiente sano y fortalecernos dentro de nuestra comunidad.

El retorno de un monte

El 13 de abril del 2003 –no me olvido de esa fecha–, en las horas de la tarde estaba militarizado todo el casco del corregimiento. A media noche desaparece el Ejército. Desde las cuatro de la mañana comienzan a aparecer las AUC. Algunos tuvimos que salir del territorio por amenazas, por persecuciones, por temor a perder la vida, y sin saber las razones por las cuales éramos perseguidos. Yo, personalmente, tuve la oportunidad de poder salir. Lo digo así porque si no me hubiese ido, estuviera otro contando la historia donde me incluyen como un muerto más.

De aquí me fui para dos partes del país que fueron muy buenas, aunque también se vivían situaciones muy difíciles. Un día estábamos en un pueblo conocido como Badillo, ahí había asentamiento de los paramilitares. Vi que llegó una chalupa con un grupo de hombres de más relevancia entre ellos. Tenían un grupo de escoltas, había un señor bien vestido. Era diferente, así que tenía que ser algún jefe o algo, qué se yo. Me acerqué y le dije «mire, nosotros llegamos por aquí, ¿será que tenemos problema?». «No, nosotros estamos haciendo el trámite para desmovilizarnos. De mañana palante comienzan a salir las lanchas y las chalupas pal Cerro». Donde se entregó ese grupo fue en el Cerro, en el Sur de Bolívar.

A mí me dio como… No alegría de verlos que se iban, sino que eso significaba que podía llegar a mi tierra. Entonces le dije «¿esto va a ser a dónde? ¿Na más aquí?».

«No, esto va a ser en toda Colombia». Y pensé «entonces los de la sabana también se van», porque al pueblo de nosotros le decimos la sabana.

Cuando escuché la noticia y vi las caravanas de hombres y de mujeres que se entregaban, que dejaban las armas, no estaba pensando pa dónde iban ellos, estaba pensando en cuándo me venía pa mi casa, y te cuento que fue una experiencia casi inexplicable.

El día que regresé a mi territorio sentí que había nacido de nuevo. Mire, a mí se me eriza la piel, no de tristeza, sino de alegría de poderlo decir, porque algunos no lo pudieron decir. Llegué a mi casa y me encuentro dos ancianos, mi papá y mi mamá; dos viejitos ya, solitos en la casa. Se me partió el corazón y el alma de verlos. Mi papá me decía que por qué los había dejado solos. Mi papá era un viejo que tenía su ley, que me decía «¿por qué te fuiste?, ¿qué hiciste tan malo que te fuiste?». Le dije «papá, era más importante un hijo vivo lejos que un muerto cerca, y aquí estoy de nuevo».

Yo más que todo con las ganas de llegar era abrazar a mi mamá, imagínese, hijo de catorce hermanos, menor de la casa, el hijo último de la familia, el cuba, como decimos nosotros; el pechichón de los viejitos. Toda la vida había vivido con ellos, nunca me había separado de los viejos. Déjame decirte que cuando llego, se para la viejita en la puerta. Eso fue para mí nacer de nuevo, volver a mi tierra. Salgo corriendo y abrazo a mi mamá.

Nací, me crie y me levanté en este hermoso corregimiento. Conozco todas las veredas de cabo a rabo. Conozco la idiosincrasia de mi pueblo. Conozco el dolor de los demás porque me he familiarizado con ellos. Le puedo decir que el paraíso terrenal está aquí. Nosotros defendemos este territorio. ¿Por qué lo defendemos? Ahí está la fuente de vida, nuestra memoria y la de la naturaleza. En la parte alta de La Victoria encuentras los mejores climas habidos y por haber. Estamos en la región del Perijá. Esas montañas que estamos viendo, hace quince o veinte días, estaban totalmente secas, parecían muertas. A lo que entró el agua en los primeros días de abril se veía el suelo, y mira cómo está la vegetación ahora. Este monte es único en el mundo. Parece muerto y a los días que llueve sana, se vuelve como si no hubiese pasado nada.

Hoy es lo mejor que se puede vivir. Vas a la vereda y te quieres quedar allá. Eso digo yo, «no nos vamos hoy, nos vamos mañana, nos vamos pasado mañana». Hay una tranquilidad que se refleja en los campesinos. Antes el campesino no quería ni ir al campo, ahora no se quiere venir del campo. Al campesino le fastidia la ciudad, el campo le agrada; le oscurece en el monte porque está enamorado del trabajo. Hay una manera de vivir muy tranquila, hay una satisfacción de la gente. Eso no fue siempre así. Queremos que se sepa. Porque sin memoria no hay paz.

Lo único malo que tiene este territorio es el abandono del Estado, es lo único malo. Este es un territorio donde se puede vivir. Hay armonía, hay tranquilidad. Lo más importante es su gente, aquí la gente es muy solidaria. Nos gusta que nos visiten en el buen sentido de la palabra, obviamente. Nos gusta que la gente conozca dónde

vivimos, lo que tenemos. Hemos querido buscar la manera de que el que venga a visitarnos se lleve la mejor imagen, pero que sea una imagen real. Que se conozca cómo fuimos, cómo hicimos y cómo estamos haciendo para vivir mejor. Esto ha sido el esfuerzo de muchos. Unos se han ido, otros han muerto y otros estamos aquí todavía.

La vida sigue. Tenemos que buscar la manera de cómo la generación que viene viva mejor. Hay mucho por decir, falta mucho por aportar. Hay mucha memoria por rescatar. Aquí en la comunidad de La Victoria hay un sinnúmero de campesinos y muy buenos amigos que tienen la memoria de lo que vivieron en el territorio, en la parte alta de la sierra. ¿Cómo vivían ellos? ¿Qué hacían ellos? ¿Quiénes los molestaban? Por eso les venía diciendo, «hey, vamos a hacer una historia: cómo fue antes de la presencia de la guerrilla, cómo fue durante el tiempo de la guerrilla, cómo fue el tiempo de los paramilitares y cómo es hoy», porque también hay que hablar de cómo es hoy.

Hemos querido construir casas para reseña de la historia. Queremos hacer unos centros de memoria histórica, que las generaciones nuevas de propios y extraños conozcan la verdadera historia de cómo hemos vivido en este terruño; cómo hemos sobrevivido a pesar de las dificultades que se nos han presentado. Y queremos hacer los centros teniendo en cuenta el esfuerzo, la templanza y la pujanza de las comunidades humildes. Porque es triste que en otros pueblos ni siquiera todavía se pueda hablar de esto.

¿Dónde vamos a construir el Centro de Memoria Histórica? En la parte alta, allá era una base de los paramilitares. Estaba ahí porque para ellos era un punto estratégico y para nosotros es un punto muy espectacular para beneficiar a las comunidades de ese territorio.

Convertir un lugar que fue estratégico para el paramilitarismo en un lugar para la memoria. Queremos que el mundo conozca que acá no solo fue guerra. Queremos que sepan que nuestro territorio parecía muerto, pero llovió y nace de nuevo.

¿Qué soñábamos nosotros después de tanta violencia y tanta guerra? Ver tranquilidad. Que haya canchas de fútbol, un parque donde la gente se llegue a recrear; que haiga una dispensa, una cafetería para la gente, y que se hagan actividades como competencias deportivas, qué sé yo. Nos decían que lo podíamos hacer en La Victoria, pero es como irrelevante porque allá tenemos centro, cancha y parque. En la parte rural no. Tenemos que hacerlo donde hay la necesidad.

Hoy vivimos una tranquilidad, pero antes vivimos unos momentos tristes. Había que dejarlo todo tirado; abandonar la familia, ver enterrar a los familiares y amigos que no tenían nada que ver con el conflicto. Solo por vivir en el territorio. Pero hoy, hoy después de todo ese conflicto, vivimos una tranquilidad y queremos que sea una paz duradera, que sea permanente, que no solo nosotros podamos sentarnos en este sitio a hacer esto, sino que la gente de otros territorios venga y conozca, y pueda pasearse de manera turística.

Que conozcan lo que fue y lo que es hoy. Que sepan que esta fue una guerra sin cuartel. Que se han afectado los campesinos siendo que ellos se dedican namás a explotar la tierra. Con sus manos ásperas rompen la tierra pa hacerla producir el pan

de cada día, para llevarles el pan a las ciudades y pueblos. Si el campesino se acaba, se acaba la vida. Se acabaría todo y eso tiene que quedar en la memoria.

La locura de El Bonche

Renacer en el río

Tengo raíces de emberas y pijaos. Mi mamá es del Tolima y mi papá de Caldas. Pero yo nací en Ibagué. Siempre fui muy inquieta con esto de los procesos sociales. Crecí en un barrio lleno de pandillas, muy conflictivo. Tengo un tío que fue desaparecido y mis abuelos fueron desplazados por la violencia.

Me acuerdo que veía noticias en la casa. Hablaban de las muertes y yo pensaba «esto no puede ser normal». Algo que nunca cuento es que después de que salí del colegio no sabía qué hacer y me presenté al Ejército. Pensaba «como nunca me ha gustado vivir en la ciudad, para irme a las zonas rurales apartadas tengo dos opciones: me voy para la guerrilla o me voy con el Ejército, y si me voy con la guerrilla voy a tener muchos problemas en la casa». No pasé al Ejército y apareció el trabajo social. Ahí me presenté.

Recién salió el plebiscito, me puse a hacer campaña con el arte como pedagogía. Estuve en Bojayá, principalmente con las mujeres. Fue una experiencia muy dura, casi nos morimos. Íbamos en el río y nos volcamos. Pero las mujeres, las cantaoras, nos contaron que el río Atrato quería que volviéramos a nacer, y eso fue como una experiencia de la muerte y la vida, un renacer. Fue una cosa superloca. Quedé atrapada entre las varillas. Se me empezaron a venir imágenes; una de ellas fue estando en los brazos de mi mamá.

Después de todo eso llegué a Chalán. Llegué al parque y este no se parecía en nada a las fotos. Las veraneras estaban florecidas. Sentí que aquí había vida y que no se parecía en nada al estigma de la masacre del burro bomba. Al principio como que yo no les entendía nada, hablaban muy rápido. El oído se me acostumbró. Por el *performance* de mi cuerpo, los *piercings* y los tatuajes, la gente era reticente. Luego vino el saludo, el acercamiento. Empezamos a habitar lo cotidiano. Mantenía con una sonrisa, acercándome a las mujeres para tejer los lazos.

Todo empezó con el tema de la comida, «¿qué van a hacer de almuerzo?, ¿cómo se hace esto?». «Venga a mi casa y le enseño». Por medio de la cocina y de las plantas.

Las plantas siempre han sido una excusa para encontrarnos a hablar de la naturaleza, especialmente con los jóvenes. Al inicio yo salía y los pelaos siempre me gritaban cosas, era feo. Entendí el contexto. Luego me fui acercando a los pelaos y comenzamos a hablar y todo empezó a cambiar.

Acá siento una conexión especial. Creo que tengo el ombligo enterrado en Chalán, siento que mis ancestras están en todas las mujeres que he conocido. En los momentos

más duros, siempre, he estado acompañada de mujeres. Siento una conexión con la reivindicación, con las luchas de mis abuelas campesinas. Nosotros no somos de donde nacemos; somos de donde no intentamos huir. Cada vez me siento más conectada con este territorio. Estamos sembrando una semillita que está cambiando algo, y esa semilla somos nosotros que nos cuestionamos la guerra.

Este es un pueblo muy tranquilo, de mucha quietud. Con El Bonche nos la pasamos organizando, moviendo a los pelaos. Creemos que estamos haciendo eso que llaman reconstruir el tejido social, que a veces no se entiende que son acciones pequeñas: lo que aporta la señora cuando viene a mi casa para que hablemos; esos espacios para pensar y hablar. La guerra silencia. La gente necesita que la escuchen de verdad.

Floreció una casa

La de El Bonche es una historia muy bonita que ha comprometido nuestros sentimientos. Empieza cuando un grupo de jóvenes nos sentamos en el parque a pensar en un lugar para reunirnos. «Hay que buscar un lugar, un espacio para plasmar nuestras ideas, para que los procesos juveniles se den y sean constantes». Nos reuníamos en las tardes, en las noches, con muchas ideas, pero sin recursos. Como todo en la vida, al principio fue un poco difícil. La gente veía la casa como algo de izquierda. Teníamos personas con tatuajes, que fumaban. Para ellos eso significaba que éramos malos o diferentes. La gente estaba apática al proceso, pensaba que esto no iba a ser una casa colectiva, que no iba a ser un proceso de todos. Habían visto otros procesos en los Montes de María, pero no algo parecido a lo que hicimos.

A los jóvenes a veces nos ven como loquitos porque de pronto tenemos pensamientos diferentes o queremos hacer las cosas de un modo distinto al de esas personas que tienen cierta edad y son más protocolarias. Más rectas en sus cositas. Aunque somos jóvenes sabemos qué es lo bueno y qué es lo malo. Así que nosotros lo tomábamos como algo chistoso cuando nos decían «es que eso no da plata, eso es una casa de locos, algo insignificante». Pero cuando inauguramos la casa con el colectivo Línea 21, ese día se dieron cuenta que el proceso no era efímero, que podía ir encaminado para que los jóvenes gasten su energía en cosas para el desarrollo juvenil. Ahí la gente también empezó a impulsar la idea.

Esta casa estaba abandonada, llena de murciélagos, y duramos limpiando una semana. Y mientras limpiábamos y organizábamos la casa, dijimos «toca ponerle un nombre». Pensamos en una flor y les preguntamos a todos nuestros vecinos del pueblo, y todo mundo decía «el bonche, el bonche». Así que nos remitimos a nuestros ancestros y conocimos las historias. Contaban que anteriormente cuando eran los fandangos, los bailes del pueblo, no existían las flores artificiales. La gente tenía una mata de bonche en sus patios. Antes del baile recogían la flor y armaban un accesorio de belleza. Eso era algo significativo. El bonche tiene que ver con la alegría, con la locura. Significa que estamos en la cultura, más que todo en la cultura de las mujeres que han tenido la tradición de preservar nuestras raíces.

Le pusimos El Bonche a nuestra casa. La flor está sembrada en el patio y siempre que viene alguien de afuera la mata florece, amanece la planta. El día de la inauguración fue la primera vez que la mata floreció en esta casa.

Con el tiempo están llegando más pelados y eso ha permitido que la casa se posicione entre la comunidad y ya no sea la casa de los locos.

La gente se pregunta: «¿Los jóvenes para dónde van?». «Van para El Bonche».

Hemos generado estrategias para hacernos conocer: un tablero grande donde se van colocando las actividades; unos *stickers* con tres frases claves del proceso, que ya aparecen en otros municipios, en las casas de las veredas. Y, bueno, la idea es que esto siga para infinito; tener casa pa largo, pa que los jóvenes que vienen detrás puedan seguir.

En El Bonche queremos resaltar la importancia de tener memoria, de cultivarla, de replicarla con todos los jóvenes de nuestro municipio y de las zonas veredales. Que ellos sepan cómo ha sido el conflicto, pero no solamente para quedarnos con el estigma, sino también resaltar cómo hemos hecho, como comunidad, para salir adelante.

En esta casa cuidamos de la madre tierra y por eso construimos una huerta comunitaria. También tenemos la idea de tener una microempresa de reciclaje que articule a toda la comunidad chalanera y que sea el espacio para iniciar diálogos sobre la preservación y el cuidado del medioambiente. Estamos reconstruyendo la historia de la señora Alicia García, que representa toda la riqueza cultural chalanera, de la historia que dignifica la vida. Tenemos unos ciclos de formación de nuevas masculinidades; procesos de formación política con jóvenes tanto del casco urbano como de las veredas y el corregimiento del municipio de Chalán, y procesos de formación principalmente en Gaita.

Estamos movilizando procesos de formación audiovisual, porque creemos que las narrativas visuales permiten contar esas historias de otras maneras, aquellas historias que con palabras no alcanzan a ser contadas. También hacemos arte, un arte político y comunitario, hecho con saberes locales. Un arte que no es regido por parámetros institucionales, sino por la cotidianidad de la comunidad. Y tenemos un cineclub itinerante que se llama Colibrí Cineclub. El nombre fue escogido de manera colectiva. El colibrí marca un vuelo infinito, un vuelo constante como esperamos que sea el proceso de El Bonche. Llevamos dos meses haciendo proyecciones en la casa.

En El Bonche nos reunimos con un grupo de base de mujeres para reflexionar acerca de qué implica ser una mujer rural en un contexto como el de los Montes de María y Chalán, y cómo a partir de su cotidianidad de amas de casa han construido procesos de mediación simbólica, de construcción de paz.

Queremos seguir con el proceso de la casa, poder decir «no tenemos miedo a seguir desarrollando este tipo de actividades; no le hacemos daño a nadie». El miedo se ha convertido en la fortaleza para construir el sueño de la casa y escuela popular. Aunque las botas paramilitares vuelvan a escucharse por ahí y se sienta que en el pueblo nuevamente habita el silencio que produce el miedo, queremos tener la fortaleza de decirles a los victimarios que volvieron, que pidan perdón. Me gustaría que

dejaran de pasar tranquilos, riéndose cuando hay muchas víctimas que los miran, los maldicen y siguen sufriendo.

El estallido

El poder de la olla

Empezamos a escuchar gritos dentro del Portal. Nos empiezan a contactar amigos y amigas del barrio. «Estamos escuchando gritos dentro del Portal, están metiendo a la gente, a los chicos. Los están cogiendo y gaseando adentro». Una vecina nos convocó a hacer una olla comunitaria para denunciar lo que había pasado. Se hizo la olla y el primer día llegaron cinco personas; el segundo día, diez personas. En un momento esto se agrandó, llegó mucha gente. Acá hay personas que tienen, máximo, una comida al día. Tú les dices «vengan que estamos haciendo severa sopa», y caen.

Teníamos que poner la olla. Nos dimos cuenta de que cuando estaba no había tropel. Por eso nos montamos en la idea de hacer un espacio humanitario. Nuestro propósito era sacar al Esmad del Portal, que lo estaba cogiendo como un centro de operaciones. Era impresionante, una fuerza desmedida para el barrio. Queríamos desescalar la violencia.

La olla se volvió un punto muy importante. Esa fuerza que produce una calderita, un pedazo de lata y unos alimentos que congregan a la gente. Un montón de cultura, un montón de carencias también. Acá algo que nos junta es el alimento y las ganas de cambiar esta vaina. De ahí surge la estigmatización hacia la olla comunitaria. Nadie quiere que los «don nadie» nos organicemos para cambiar esto.

Para nosotras se estaba gestando algo que iba a cambiar la historia de la localidad y del mundo. Lo que nos mantiene ahí mucho tiempo, días enteros, es todo ese caminar en comunidad, en colectividad, que viene desde hace unos años andando. No tan organizado, es más como un ejercicio de red. Encuentros de parches que se han organizado en torno al pre-U, a ejercicios de huelga que confluyen aquí. Son eminentemente mujeres, son las parceras de los barrios.

Lo que la gente sabe hacer

El espacio tiene una marca distintiva: ser profundamente femenino. Eso por ejemplo se veía en el asunto de los cuidados. La gente estaba muy preocupada porque todo el mundo hubiese comido. Con el tiempo además se instaló la confianza y preocupación por la vida de los demás; por cómo estaban, por su familia; por la universidad; por el trabajo, por si tenían cómo comer, dónde dormir; por cómo les había ido la noche anterior.

Hay una cosa que ata a la gente en el dolor y que hace que caigan todas las máscaras. Es ese sentido que nace cuando se comparten las violencias. Todas somos personas

del barrio. Nos identifican las cosas que vivimos juntos, en espacios muy cercanos. Eso hace que uno no se quiera ir. Así se generó la cercanía con los chicos de la Primera Línea. No sabemos sus nombres, pero empezamos a conocer sus historias.

Esa serie de cosas hacen que las personas, y nosotros en particular, nos anclemos más. Empezamos a alargar la duración del espacio: que nos vamos a las siete, que dejemos montada una carpa de primeros auxilios. Hasta que hubo un momento en que un montón de gente se quedaba toda la noche, hasta las tres de la mañana.

En el espacio la gente estaba haciendo lo que sabía hacer: ollas comunitarias, huertas, organizar personas, discutir cosas, todo lo artístico, bailar y jugar fútbol. Era la unión de un montón de expresiones de lo que las personas han venido haciendo toda su vida, que además son muy constitutivas de estos barrios. Con la olla, la gente tenía un lugar para parchar y discutir. La gente de los barrios no tiene espacios en este país, menos los jóvenes.

Esa primera semana del espacio fue una confluencia de mucha gente que sabía trabajar en equipo, pero que nunca había trabajado junta. Unas 35 personas viendo en el día a día cómo hacer que funcionara. Íbamos a hacer derechos humanos sin saber hacer derechos humanos: nos parábamos para que no se llevaran a la gente. Nos movía que no queríamos que nada malo le pasara a nadie.

Todo cambia el domingo 9 de mayo. Con los chicos de Primera Línea acordamos que al día siguiente llegaríamos a las cinco de la mañana a cerrar Transmilenio. Íbamos a poner la olla porque eso evitaba los ataques del Esmad. Eran las cinco de la mañana y nadie llegaba. Y esto se vuelve un mierdero. A las siete y media de la mañana ya está muy feo. Agarran a un montón de gente. Agarran a Carlos. Se estalla todo. A las ocho ponemos la olla, y a las once ya todo el mundo está ahí. Los chicos de Primera Línea rompen fila y van a comer.

La Policía ve que nosotros le estamos dando alimentación a Primera Línea y nos estalla el Espacio Humanitario. Al día siguiente estaba lleno de Esmad, de Sijín. No querían dejar poner la olla y empezamos a sentir una persecución muy fuerte al Espacio. A la brigada médica siempre la persiguieron. La perseguía un dron al que bautizamos Firuláis. Siempre estaba sobre nosotros. La brigada fue muy importante porque no solo atendía a los heridos, sino que también prestaba servicios de salud a la comunidad. Y les dieron muy duro siempre.

Un día sin Esmad

Lo que nos dimos cuenta es que como comenzamos a denunciar el hecho de que estaban torturando dentro del Portal, lo que empezó a hacer la Policía fue coger a la gente y cascarle en los CAI o en los potreros. Una noche llegó la institucionalidad, ante las denuncias. Ese día hubo un tropel gigante, 300 heridos mal contados, y todos salieron corriendo. Nos quedamos solas, atendiendo todo, sin saber qué hacer. Fue horrible sentir la impotencia. La institucionalidad no sirve para nada.

Empezamos a trabajar en un sueño, hacer una agenda de 24 horas para demostrar que con arte y cultura podíamos evitar que los chicos afectaran el Portal y lo

bloquearan, y que si el Esmad se iba, no habría violencia. Efectivamente, hubo una noche donde el Esmad no fue. Me acuerdo que el comandante nos dijo: «Hoy nos dieron la orden para que hagan lo que quieran, que destruyan, que yo no sé qué, que se den cuenta».

Ese evento iba a poner en juego todo lo que había hecho la gente en el Portal. Todos teníamos eso en la cabeza. Era un reto a la institucionalidad, una jugada política muy importante. Un montón de niñas, un montón de mujeres jóvenes queríamos hacer lo que no habíamos podido: desescalar el conflicto, el estallido. Ese día no hubo tropel. ¿Con quién iban a pelear los chicos? Eso sí, intentaron bajarse un semáforo. Eso fue lo que salió en las noticias. Pero un semáforo a cambio de 80 o 100 heridos, no es nada.

Ese evento fue gigante, tuvo cinco escenarios. Uno por cada lugar donde se armaba el tropel. Se veía más grande que Rock al Parque. Estaban los grafiteros, los raperos, mucha gente, mucha gente. Empezó a las ocho de la mañana con una misa. La idea era que también fuera para el barrio, que ya venía sufriendo un mes y medio de violencia. Estaban cansados, sin poder dormir por las noches.

El día del evento, como a las ocho y media de la mañana se arma un cuchicheo. Las personas nos dicen: «Lo que pasa es que están diciendo que hay un muerto en el caño». Llegamos y había un montón de gente alrededor tomando fotos. Nos dice un policía «lo que pasa es que hubo un ahogamiento de un hombre entre los 35 y 40 años, en estado de desnutrición. Creemos que es un habitante de calle». Llamamos a Ivonne y nos dice que no tiene nada que ver con la protesta y con el Portal. Que es un caso aislado. Calmarnos fue difícil. El lunes aparece doña Ceci preguntando por su hijo. Pasan como un par de semanas y ella sigue yendo al Portal. Después de un mes y seis días confirman que la persona muerta en el caño sí era Dubán, su hijo.

Es bastante difícil porque se siente una culpa. ¿Cómo pasó en la cara de todas? Pasó en la cara de todas y no hicimos lo suficiente para evitarlo porque estábamos muy llenas de cosas. Seguro se nos habrá pasado con mil cosas más. ¿Pero por qué preciso cuando nosotros queremos hacer una noche de paz aparece un muerto en el caño que queda al lado del Portal?

Perdimos

En un momento todo el mundo quiere venir a hacer cosas al Portal y no cualquier cosa. Quieren venir con la tarima, con el sistema de sonido. ¡Genial! Son los artistas que adoramos y quieren estar acá, pero son lugares de mucha necesidad en donde en un minuto se montan casetas de venta de cosas. Es una oportunidad para conseguirse la luca. El que vende desde una empanada, un tinto, una cerveza, pero también un bareto o una bolsa de lo que sea.

Esto se convirtió en un espacio de farra y llegó el microtráfico. Se acababan los conciertos a las diez u once de la noche, y la gente borracha y drogada se quedaba al tropel. Los que hacían los conciertos se iban porque les daba miedo la densidad del barrio. Venían, faranduleaban, se iban y nos dejaban el mierdero. Éramos nosotras

las que quedábamos lidiando con los heridos, con la violencia entre la misma gente; intentando hacer pedagogía para bajarle al consumo y hacerle contra a ese negocio que mantiene la guerra de este país. La gente del barrio chupando gas, con miedo de salir a la calle. La misma Policía generaba inseguridad.

Empezaron a surgir una serie de vueltas muy extrañas, además del desgaste. Empezó a caer gente muy rara. Había un supuesto soldado en rebelión. Era un ejercicio de infiltración y persecución terrible. Había un tipo que seguía a una compañera hasta la casa y siempre estaba ahí cerca cuando nos veía reunidas. Cuando lo confrontábamos se escabullía. No sabíamos en quién confiar. Pasaban camionetas blancas alrededor del Espacio. Nos estábamos exponiendo a ser los futuros falsos positivos judiciales. Te desbordas, quieres cambiar algo local y sabes que estás rifándote tu vida en el país que más mata líderes sociales en el mundo.

Habíamos centralizado todo en el Portal y otras zonas de los barrios estaban desprotegidas. Queríamos desescalar la violencia y terminó desplazándose hacia adentro de los barrios. La Policía empezó a generar comités con personas de los conjuntos cerrados para generar presión sobre los dueños, para que ellos les pidieran la casa a los arrendatarios que nos apoyaban. Mucha gente del barrio que no tiene tantas claridades empezó a temer y nos quitó el apoyo.

El desgaste era cada vez peor. Ver tantos heridos carga de ira, de frustración. La forma en que te trata la fuerza pública por el simple hecho de ser joven y vivir acá… Éramos muchas mujeres y no había baños, tocaba ir a un arbolito. Daban las cinco de la tarde y no habíamos almorzado. Soñábamos con el dron persiguiéndonos. Era llevarse a la casa el eco de la persecución que vivíamos en el Espacio. No hablábamos de lo que nos pasaba porque se nos iba el día resolviendo problemas.

La estocada final fueron los medios de comunicación tergiversando todos nuestros esfuerzos. La vida misma también. Teníamos que salvar nuestros semestres en las universidades, nuestros trabajos. Teníamos que recuperar nuestra vida cotidiana, la vida familiar. Todo el mundo tuvo que irse a resolver sus problemas personales.

Había mucho miedo y mucha frustración. Camelle y camelle y nada. Este poco de vueltas hicieron que empezáramos a abandonar estos espacios. Sin quererlo, se nos agrandó tanto que no dábamos abasto para hacer todo. Perdimos la guerra.

Persistimos, quedan los afectos

En junio decidimos hacer la «Olla Hacia Adentro». Así lo llamamos y el propósito fue parar. Teníamos que reflexionar internamente hacia dónde íbamos. Ya no queríamos darle tanta centralidad al Portal. Ahora queremos ir hacia los barrios que estaban afectados y destruidos. Queremos hacer un espacio humanitario itinerante para hacer procesos de reparación, de reconciliación. Nosotros sí nos creímos el cuento del acuerdo de paz.

Del evento salió un comité que se llama el Comité Cultural de la Resistencia. Son los raperos, los grafiteros, los huerteros. Con ellos estamos intentando hacer

actividades culturales y pedagógicas en los barrios. Ahí también empezamos un proceso paralelo que es el Antimuseo de las Resistencias. Con esto queremos hacer un trabajo con la gente que estaba cayendo al Portal a hacer actividades de memoria y de derechos humanos. Pero también queremos traer la fuerza de las personas que por algún motivo no podían hacer presencia en el Portal, pero que nos apoyaban de corazón, desde sus casas o desde otros lugares. «Yo no puedo estar porque tengo mis hijos y trabajo, pero bordé esta bandera que tiene todos los nombres de las víctimas del paro y se la pongo para que vean que los apoyo».

De esa idea del Antimuseo surgieron varias actividades. Hicimos una *wiphala* gigante, de diez metros. También hicimos la cartografía del Paro Nacional, el mapeo de los lugares de confrontación, de las sensaciones y emociones. «¿Cómo me siento cuando paso por esta calle? ¿en dónde me siento perseguida?». Además, en el Portal hicimos una huerta; quedó la Guardia de las Ñangas como mediadora; quedó el Bosque de la Memoria con los nombres de los desaparecidos y asesinados en el marco del Paro.

También hicimos un telar gigante, duramos como dos semanas tejiéndolo. Decíamos «parce, esta es una perfecta analogía de lo que estamos haciendo en el territorio. Estamos articulándonos, estamos haciendo nudos. A veces la embarramos, a veces hay cosas que nos quedan mal, pero nos devolvemos y la volvemos a cuadrar y tales». Hasta que lo hicimos, un día la logramos. Lo extendimos en el Portal con la colaboración de unos compañeros de Ciudad Bolívar. Pudimos hacer todo un tendedero de la memoria con un montón de imágenes, con un montón de cosas. Quedó tan bonito…

Con el Antimuseo queremos que la gente sepa lo que pasó. Los medios de comunicación dijeron que solamente era un lugar de consumo, de hurto, y hay que romper ese estereotipo. El Centro de Memoria nos propuso llevárselo, pero también queremos tener nuestro propio museo acá en el sur, al alcance de la gente.

Hay que seguir construyendo desde la esperanza. Hay que trabajar por la vida digna en los barrios, por disminuir las violencias en estos espacios tan machistas. Amamos nuestro territorio por más feo, por más gonorrea que lo hayan vuelto, y queremos que le vean el lado bonito: los ríos, la comunidad.

Del espacio quedaron muchas cosas. Las emociones y sensaciones de saber que el barrio es nuestra casa. Llegar al Portal y encontrarse a las compañeras, a las socias, y sentirse como en casa. Verlas y decir «esta es mi familia». Entre todas nos cuidamos. También es muy lindo ver que las señoras de los barrios llegaban con los termos de tinto y con cigarrillos. «Mamita, ¡con toda!, que ustedes tienen la fuerza. Nosotras ya pasamos por esto hace algunos años y ahora ustedes nos representan». Eso es muy bello.

Todavía queremos transformar el mundo y vamos a seguir sobrecargándonos de trabajo por eso. Seguimos queriendo estar desde que se monta la primera piedra para la olla hasta que se va el último muchacho para su casa. También quedan muchos afectos. Podemos hablar del afecto como una forma organizativa. La gente se sigue juntando porque se extraña.

La sombra de los samanes

Mi amor por la paz me dio vida.
Soy y seré pacifista.

Herencia materna

Me tuve que ir a vivir a otro país. Me tocó irme como si me hubiera robado algo. Sin decirle a nadie. Cuando los que me robaron a mí y a mi familia fueron ellos que me quitaron el derecho a vivir en mi tierra. Me pregunto cómo va a ser el encuentro con los que nos han hecho daño. Nunca he podido odiar al que me hizo daño. En mi corazón no cabe el odio. Eso hace que sobreviva. Si estuviera llena de odio, no hubiera pasado el Covid, no hubiera sobrevivido a tantas cosas.

Mi historia viene desde mi madre, que fue maestra de una vereda que se llamaba El Tajo, en Santander de Quilichao. Mi mamá y su familia eran liberales. El único godo creo que era mi padre, él era conservador, pero no convivieron mucho. Se separaron cuando yo estaba muy pequeña. De ahí viene que mi mamá nos contaba muchas historias de la violencia. Además, uno la alcanzaba a ver. El Cauca siempre ha sido una zona de mucha violencia. No solo ahora, toda la vida ha existido esa violencia.

Cuando era niña, a la casa llegaban indígenas para poder huir de la violencia. Mi mamá los dejaba dormir en los corredores, les ponía esteras. También nos decía que visitáramos a los presos políticos. «Vayan y visiten a la gente que tienen allá, que son inocentes y están presos». Mi mamá nos estaba construyendo como seres activos ante una sociedad tan vulnerada. Esa solidaridad que tenía mi mamá hacia la comunidad la heredamos con mis hermanas. Es como entregar sin esperar nada a cambio. Ella era comadre de todos, todavía existen aliados de mi mamá, ya están cuchos, pero hablan de mi mamá. Creo que de ahí viene ese perrenque que tenemos nosotras. Cuando cumplí 65 años volví a traer a mi madre al presente, recordando cositas que ella hizo y uno va olvidando.

Cuando tenía catorce años me metí al Movimiento Revolucionario Liberal. Con eso ya viene la parte política de la vida de uno. Todo eso en la etapa en que seguían matando mucha gente en el Cauca. Bajaban los muertos en volquetas del municipio. Traían los muertos, que eran liberales, de las zonas de arriba hacia el parque y los tiraban como si fueran piedras. O sea, como la volqueta cuando suelta la arena, bajaban los muertos. Era un ejercicio macabro pa que uno viera: «Espere y verá lo que le pasa si usted…». La misma historia que cuando la limpieza social mata a mucha gente si fuma marihuana o porque se robó algo. Allá hacían limpieza social en bruto, era en cantidad. Uno vivía con zozobra todo el tiempo.

Cacería de brujas

Llegan los años setenta y me volví de la Anapo, me pasé del MRL a la Anapo. Me fui a trabajar al Valle y conocí a mi esposo. Me casé muy joven. A los 20 años ya era mamá. Mi esposo era militante del Partido Comunista. En el año 73, llegué a Bogotá. Tuve a mi hijo en Buga y antes de que cumpliera el año me vine a Bogotá. Mi marido era contador y lo llamaron a trabajar en el semanario del Partido Comunista, en una imprenta. Ahí trabajó muchos años. Cuando llegó la represión de Turbay Ayala, con el Estatuto de Seguridad, la familia de mi esposo fue brutalmente agredida. Un montaje de cacerías de brujas que hacían en la época.

La represión seguía. En el 86 llegué a la Corporación Colombiana de Teatro. Yo siempre quise ser actriz. Mi sueño era ser actriz. Llego a la Corporación en medio de la matazón de la UP. Todos los días hacíamos marchas, protestas, cerrábamos las calles. Pasé a administrar el teatro La Candelaria y vuelve otra vez esa etapa de la niñez en la que vi que mataban, que bajaban esas volquetadas de muertos, pero esta vez eran los amigos de uno. No había un día en que no hubiera un muerto, era una persecución constante a los artistas.

Llegaban las amenazas, las primeras que recibimos fueron a Patricia. Se denunciaba en los periódicos, pero no pasaba a procesos jurídicos. A la Corporación llamaban permanentemente a decirnos «vamos a volar La Candelaria, vamos a volar a la Corporación». Hicimos una comisión de protección a Patricia Ariza. Eran actores, actores de teatro, músicos. Éramos unos jóvenes todavía. ¿Qué hacía el comité? Pues pararse en la puerta un ratico y mirar que nadie llegara, pero entraba gente todo el día. En medio de todo había risas. Así que éramos como escuderos de Patricia y era bonito. Eso sirvió para que ella tuviera una protección teatral, de muchos afectos.

En la Corporación vivimos las muertes de tanta gente que llorábamos, gritábamos, nos tirábamos a la calle a salir a protestar, como siempre se ha hecho. Corra a las manifestaciones, corra a proteger. Por ahí me han de quedar unas dos o tres fotos de eso, pero no las tengo aquí, están embolatadas en el cajón. Eso pasa cuando uno empaca la casa en dos maletas para irse de su país. Las desprendí de los álbumes y no las volví a ubicar en ningún sitio.

Era 6 de Reyes y yo estaba en Bogotá cuando sale esa vaina así: «Allanada la sede de la cultura en el país, la Corporación Colombiana de Teatro». Yo me vine, no me importaba nada. Esperé a que amaneciera y me vine con mi amiga Martica porque el resto estaban en vacaciones. Había mucho Ejército todavía, estaba sellado el sitio, pero «metámonos, metámonos porque tenemos que ir a ver que pasó». Marta iba muy asustada y metió un pie en una alcantarilla, pero yo le dije «seguimos, después de que terminemos esto nos vamos pal médico» porque tenía el pie hinchado. Llegamos a la Candelaria y la Corporación estaba vuelta nada. Habían desorganizado los archivos, al celador le habían dado una paliza. Estaba con la cara rota. Sacaron los archivos, todo lo volvieron mierda porque supuestamente había

armas. La oficina de una compañera la volvieron mierda y hasta se hicieron popó allá arriba. Cuando nosotros entramos y vemos ese olor tan putrefacto, yo empiezo a llorar. Me daba dolor ver que todo el trabajo estaba vuelto mierda. El caso era que buscaban armas, excusas. Solo encontraron la utilería de la obra de Guadalupe Salcedo, no había nada más.

La invisible

De ahí vienen los allanamientos del 93. De eso no quiero hablar porque fue muy duro. Se llevaron a mi esposo, a mi hijo, nos volvieron mierda la casa buscando armas. Entre el 93 y el 2002 fue una secuencia de persecuciones, que si bien a uno no lo agredieron, había seguimiento, que es peor y que se daba cuenta uno. Mis hijas fueron las que se llevaron esos sustos, porque era el susto pero frenaban, no se hacía la acción. Un día mi hijo viene llegando a la casa y le dieron por detrás como con una botella, con algo, y llegó vuelto mierda. Eran acciones seguidas de persecución. Un día tomé un carro y, llegando por la parte donde queda el Hipódromo de Techo, hacia las Américas, el tipo frena duro y me dice «necesito hablar con usted». Me asusté mucho. El tipo se baja del carro y yo también. Salgo corriendo hacia una cigarrería que había en toda la esquina de esa avenida. El tipo arranca el carro. Tenía una bayetilla roja tapando la placa. Ese fue un susto fuerte. Ahí ya trabajaba en Derechos Humanos y no dije nada. Siempre he sido así, me como todo y por eso me enfermo. Nunca me ha gustado hacerme publicidad ni nada.

Un día cualquiera, también en esa misma época, salí a la panadería. Cuando viene un carro blindado y se asoma un arma. O sea, bajan el vidrio y me asoman un arma. Yo quedé tiesa. El carro me hizo así y se fue. Llamaban a la casa y colgaban o se oía el famoso ruidito de radio, de música. Eso fueron años enteros, años. Después de la muerte de Jaramillo, yo como que me malgenié y dije «me tiene mamada tanta matadera».

A mi esposo, cuando iba llegando a la finca de mis suegros, también le dieron una mano y lo tiraron. Él ya murió, el murió de todas esas cosas. Ya no dábamos más, no aguantábamos, y yo quería que mis hijos estuvieran bien. Entonces me fui. Uno se va con el corazón en la mano, sin decirle a nadie, ni por qué ni para qué. No podíamos soportar más. Ni mis hijos daban ni yo daba. Fue muy difícil. Después aparezco en las chuzadas del DAS. Mi esposo se fue sin saber que estaba en las chuzadas, no alcancé a contarle. Creía que era invisible, pero ellos me estaban persiguiendo. Nunca puse demanda porque no creo en la justicia, pero jueputa, ¿por qué me pusieron en esa lista? Mi trabajo en derechos humanos, de defender vidas, fue para ellos la justificación para perseguirme. Yo le jalo a defender vidas, no a acabarlas.

Cuando uno llega a otro país, es muy difícil. Hace la casa en dos maletas, no cabe más. No se puede echar la cama, pero echa la foto en la que está la cama o la sala o el comedor. Cuando usted llega empieza una nueva vida. A mis amigos les escribía, pero no les decía por qué me iba, ni pa donde. «Voy a empezar de cero». Yo me sentía como inservible, como un objeto puesto en otro lado.

Me hice amiga de una entidad que era una casa latinoamericana manejada por uruguayos y chilenos que habían llegado en la época de la dictadura. Me acogieron muy bien. Pero ahí ya estaba mi hija con cáncer de cerebro. Cuando me jodieron la vida ella se enfrentó a los fiscales. Ella fue la que recibió a los fiscales y los puteó: «¿Nos van a matar?, ¿qué nos van a hacer?». Y eso se le quedó. Son consecuencias de un trauma que tuvo a los diez años, por eso le dio. Se somatizó. Le da cáncer infantil en adulto, a los 24 años. Le aplican un tratamiento y como no era niña le tenían que aplicar las quimios y las radios tres veces más de lo normal que le aplican a un niño que le da ese cáncer. Si mi hija y yo no hubiéramos estado allá, yo pienso que se me hubiera ido. Afortunadamente, gracias a Dios y a la ciencia, que le puso todo el interés. En ese momento ella era la persona número 33 que sufría de eso. Ella es sobreviviente de dos tragedias. Somos sobrevivientes de tragedias.

Un homenaje a la vida

Ahí es donde nace Colombianita. Soy tejedora, aprendí viendo a mi madre. Soñé que estaba tejiendo un vestido blanco, amarillo, azul y rojo, con la bandera. Yo soy medio brujita o brujita y media. Me levanté de mi sueño y me puse a tejer a esa misma hora. Lo tejí completico. Le dije a mi hija «mira que me soñé haciendo este vestido, pero le voy a dar función». Me preguntaba «¿por qué ese sueño?».

Había comprado la carita de Colombianita en Fusagasugá, hace muchos años, y la tenía guardada. Una señora me había regalado el collarcito que ella tiene, que es la bandera de Colombia. También lo tenía guardado. El sombrerito lo había comprado en una tienda porque me gustó, porque me pareció muy campesino de Colombia, aunque era una tienda vietnamita. Entonces cogí, saqué la cabeza, saqué la pulsera que me había regalado doña Mery, y le instalé la pulsera como collar, y las dos bolitas que ella tiene como aretes hacen parte de la pulsera. Le puse el gorro y le dije a mi hija «se va a llamar Colombianita Paz». «¿Por qué, mami?». «Y usted va a hacer la voz de ella». «¿Cómo, mamá? ¿Cómo así?». «Sí, vamos a hacer un video con ella y lo lanzamos». Ella habla, si tú miras ella tiene voz y la hace mi hija. Es un homenaje a mis dos hijas y a mi hijo. Me dijo mi hija menor: «Te van a decir que es calva». «Es que es un homenaje a ti. Ella es un homenaje a ti y a todas las mujeres que han matado en el país, a todas las que han atropellado». Esa es Colombianita Paz. Ella quiere la paz. Yo nunca la puse pa ganar plata. A Colombianita nunca la ponemos pa recoger plata.

Después de eso, me compré una máquina de coser y empecé a hacer muñecas de trapo negras. Me gustan las negras. Yo soy del Cauca, mi origen es negro e indígena. En mi pueblo, que se llama Santander de Quilichao, de la Panamericana para abajo quedan los afro, en el centro de la ciudad quedamos los mestizos y en el parque para arriba quedan las comunidades indígenas. Mi abuela era negra, yo tengo mi raza negra. Y no tengo cejas, también soy india, una mezcla, un mestizaje todo raro. Mis muñecas, esas otras que no son Colombianita, se llaman Las Amorosas y son un acto por la vida.

Son arte para la vida y la paz. Ese es el eslogan de Las Amorosas y de Colombianita. De la idea de luchar por la paz nacieron ellas.

Me dicen «usted siempre vive en función de algo». Dije «porque es una manera de no morir, porque irse, estar por fuera de su país es morir. Una manera distinta de morir». Soy sobreviviente de todas esas tragedias, soy sobreviviente del Covid, duré dieciséis días en UCI, entubada, y salí a pesar de ser diabética, gordita y con asma que eran comorbilidades difíciles para que una persona como yo saliera y aquí me tienen, ¿por qué será? Un propósito de vida, seguir creciendo. Los médicos conocen a Colombianita, todo el mundo conoce a Colombianita, se las mostré, yo la hice llevar al hospital y la mostré. «Por eso es que usted está viva, porque vive pendiente de esa muñeca». «Sí, yo vivo para ella, y ella vive para mí».

He venido a Colombia siempre. He venido y lo hago porque es una manera de oxigenarme. Tengo una ventaja y es que siempre puedo volver a mi país. Es algo que mucha gente me dice «porque usted sembró, usted nunca dio la vida por usted, usted está lejos por ayudar a los demás». Ir al territorio y salvar vidas es hermoso y no me arrepiento. Aunque eso no debió significar exponer la vida de mis hijos y tener que irme. El exilio es difícil. Si estoy acá extraño a los que se quedaron allá y cuando estoy allá extraño a estas locas que me esperan y me acogen acá. El corazón está en ambos lugares, ya uno no es de un solo territorio.

El legado de las abejas

Nacemos del dolor

Yo me salvé de una manera mágica. Tengo la veracidad de que estuve en la lista de los paramilitares. Aquí, en Tame, se corrió la bola de que me habían puesto y lo pude verificar. Era de las últimas mujeres que aparecían en el listado. Todos los días salía y me arrodillaba al borde de mi cama y me despedía de la casa. Salía con la certeza de que en el peor de los momentos iba a sentir las balas en mi espalda. Sentía las motos que me seguían, las sentía detrás y de una vez me imaginaba los disparos. Sé que donde me hubieran llevado me matan. Fue Dios quien no permitió que me sucediera algo. Él sabía que me tenía como instrumento para muchas cosas buenas, cosas que dejarían huella.

En una sola palabra, esa guerra fue terror y nosotros nacemos de ese terror. Surgimos de ese conflicto que dejó hambre, pobreza, miseria, un tejido social desquebrajado, impunidad injusticia y personas que no pudieron recuperarse nunca. Por eso siempre digo que Granita nace del dolor. Nace en las épocas en que se empezaba a mitigar el paramilitarismo, en el 2009, cuando ya uno decía «como que me libré

de esto» y visitarse con las pocas personas que se quedaron. Nos encontrábamos para hablar. Acá dicen que echo más lengua que un perro.

Lo que vimos es que Arauca quedó sin herramientas. Muchas personas habían regalado sus casas y sus fincas. Les tocó vender sus terrenos muy barato. Estaban sin nada. Así que un día nos preguntamos: «¿Qué vamos a hacer de aquí en adelante? La alternativa no es irnos, y menos ahora que se están calmando las cosas». Entonces se nos ocurrió unirnos y ver de qué manera podíamos hacer algo juntos. Creamos una asociación. Con una familia amiga acordamos que ellos buscaban cuatro familias más y yo otras cuatro. Serían diez familias, un representante por cada familia. En total, diez personas en la Asociación. Nos pusimos el nombre de Granja Integral Tamarindo (Granita). La llamamos así porque el tamarindo es patrimonio cultural para nosotros, ha sido muy resistente y duradero.

Iniciamos a hacer una propuesta y la llevamos a una agencia. Nos dijeron que no fregáramos con hortalizas. Salimos tan desanimados… Pero seguimos viendo de qué manera lograrlo. Tocábamos puertas para buscar apoyo, pero el departamento estaba en crisis. Encontramos un basurero y pedimos que nos lo dejaran: «Déjenos ese de allá y nosotros procesamos la basura como abono». Así hicimos, llevábamos papa, arroz, carne y allá cocinábamos todos. A los dos meses ya producíamos hasta repollo. No eran muchos los ingresos, pero nos manteníamos.

Con el apoyo de un amigo logramos trabajar con 120 abuelos que habían sido desplazados forzadamente. Fueron cuatro meses de esparcimiento y se produjeron cuatro tipos de hortalizas. Logramos que se ampliara para trabajar con 22 mujeres, madres cabeza de familia. Fue algo tan bonito que supimos que teníamos que seguir; lo que funcionaba era estar juntos. La asociatividad era lo que nos funcionaba, todos cooperaban y llegó la oportunidad.

La guerra no nos afectó solo a las personas, también lo hizo con la naturaleza. El desplazamiento forzado generó deforestación, prácticas inadecuadas de parte de la gente. Por ejemplo, acá se quemaba a las abejas para cuidar los cultivos. Así que empezamos a hacerle ver a la gente que si las abejas morían, durábamos menos sobre la faz de la Tierra. Nos pusimos a generar un cuidado por la naturaleza, a que entiendan que les debemos la polinización a las abejas. Así que empezamos un proceso de dos años con 840 colmenas. De ahí nos beneficiamos 74 familias.

Cuando empezamos ese proceso yo estaba tan feliz… Pero yo sabía que acá todos somos víctimas, personas que vivimos la violencia, y en el hogar se generan problemas. Yo sabía que nada de esto funciona si no tenemos un trabajo en comunidad, si no estamos juntos y si no hay un profesional que nos acompañe desde lo psicosocial. Desde ahí, siempre hemos tenido acompañamiento de un profesional y somos una comunidad fuerte. Pero las que verdaderamente nos ayudan son las abejas. No se imagina lo que las abejas llegan a significar para nosotros, todo lo que hacen por nosotros. Ellas para mí son vida, lo digo literalmente.

Mi conexión con las abejas comenzó incluso antes de que existiera Granita. Una vez en mi vida quise suicidarme. Me fui lejos y estaba recordando todos los momentos de sufrimiento para tener más motivos. Estaba decidida cuando de repente de un árbol gigante se desgajó un palo. Sentí un ruido y me quedé detenida. Era una cantidad de abejas. Para mí, en ese momento, eran un peligro. Sentí miedo, salí corriendo. Se me olvidó todo. En ese momento no lo entendí. Hoy por hoy, con todo lo que hemos hecho con ellas, sé que fue un mensaje enviado por Dios.

Del terror, del dolor, nace Granita, y llegan las abejas como unas salvadoras. Las abejas para mí representan organización. Si nosotros los humanos tuviéramos la organización que tienen las abejas, estaríamos mejor. Su ciclo es de 80 días. Los primeros quince días de vida son aseadoras; luego son niñeras; después son las nodrizas que atienden a la reina. Están las obreras, que salen a buscar el alimento, y las porteras, que las reciben. Siempre tienen que traer algo o no las reciben. Es una vida tan organizada, tan unida, que cuando las vemos nos conmovemos. Ya no nos interesa que nos piquen. Las aprendimos a querer tanto y sabemos que la vida humana se sostiene sobre sus patas. Las tratamos con mucho cariño y nos hemos querido acomodar a su modelo. No molestamos las colmenas todos los días. Van mínimo dos personas y el overol debe estar limpio, sin olores extravagantes. En ocasiones las manipulo sin guantes y no me pican. Hay personas que les hablan. La reina puede poner hasta 2.000 huevos diarios. Cuando hay polen en sus patas significa que habrá vida nueva. Por eso nosotros no somos ambiciosos con el uso del polen, porque el polen deja muchas abejas damnificadas. Es como una trampa y a nosotros no nos gusta ver a las abejitas sufrir así.

Acá hay mucha gente metida en eso. En una vereda cerca, que se llama Pesebre y que fue territorio afectado por el paramilitarismo, hay muchos apicultores. Ese es un lugar con mucha conciencia ambiental. Allá no se quema un árbol, no se queman praderas y se mitiga el uso de agroquímicos. Es genial. También involucramos a las personas que están alejadas del tema pidiéndoles que nos dejen poner una colmena en sus cultivos para que vean los resultados.

Hoy tenemos 2.500 colmenas y 150 productores. Hay un impacto ambiental muy bonito porque para cuidar a las abejas tenemos que reforestar. Ya no solo estamos produciendo miel, también jalea real y propóleo. Hemos ido a ferias internacionales y nos hemos dado a conocer. Acá solucionamos los conflictos que se presenten; yo soy conciliadora y siempre estoy para apoyarlos. Si la familia está bien, acá trabajamos más bonito. No es solo miel, son historias. Esfuerzos por darle otro sentido a este departamento. ¿Se imagina si lográramos pasar del oro negro, que es el petróleo, al oro amarillo, que es la miel de las abejitas?

El miedo que tenemos ahora es por darle continuidad a esto. He superado la partida de mi hijo y no puedo dejar el proceso ahorita, pero llegará un momento donde las banderas de Granita se entregarán a alguien más, ya que me merezco descanso. Sueñan las abejas con dejar un legado de miel. Yo sueño con dejar una huella positiva

en Arauca. Para mí eso significa dejar un legado de liderazgo en mis nietos. ¿Y cómo hacemos eso si la guerra regresa y los pone en riesgo? ¿Van a tener que aguantar todo lo que tuvimos que aguantar nosotros?

Entre la paz y la guerra

Yo diría que hasta el 31 de diciembre del 2021 en Arauca se vivió una época de tranquilidad. Se mermó todo eso que vivimos. Antes, en Tame, eran las tres de la tarde y se formaba una balacera que tenía usted que botarse debajo de la cama. Con el proceso de paz ya no se escuchaban bombas, ya se salía con tranquilidad al campo. Sin embargo, el proceso tuvo cosas buenas, pero hubo otras no tan buenas, y esas cosas no tan buenas son las que están incidiendo en que la guerra regrese a Arauca. En que nos quiten de nuevo la tranquilidad.

El proceso de paz empezó mal desde que el Gobierno no supo planearlo. Cuando llega un nuevo bebé a la vida usted le prepara todo, ¿cierto? Lo mismo tocaba hacer con el proceso de paz. El Estado debía preparar a la población civil para que acogiera a las personas que venían de los grupos armados. Ellos llegan creyendo que van a encontrar un espacio y lo que se encuentran es rechazo. Yo misma me pregunto si le daría trabajo a una persona desmovilizada en mi granja. Me encuentro gente que dice que no se arriesgaría. Hay mucha estigmatización y esa es razón suficiente para que ellos se quieran devolver a esos grupos.

Además, nuestro territorio está muy estigmatizado también, como ellos. Nadie quiere venir acá. ¿A quién le queda el territorio en sus manos? A los grupos armados. Hoy Arauca es un corredor fronterizo del narcotráfico. Se están dividiendo los territorios por grupo armado. «Usted es de allá, entonces FARC; usted de acá, entonces ELN». Así usted no quiera, lo van marcando junto con su territorio. Otra vez estamos enterrando líderes a diario. Las mismas comunidades matándose entre ellas. Todo es culpa del Estado y esto lo aprovechan muy bien, no es casualidad. No es la primera vez que aprovechan para que en medio de las confrontaciones entre las guerrillas llegue el paramilitarismo a hacer y deshacer, a robarnos el sueño de ver nuestro territorio en paz.

Los caminos de la miel

En Granita la mayoría somos víctimas y no queremos quedarnos viendo que la historia se repita. Por eso les apostamos a dos caminos. El primero es que queremos quitarle personas a la guerra. Para eso estamos involucrando a la juventud, para que no vean necesidad de irse a un grupo armado si tienen las colmenas. Hemos logrado despertarles el amor por el campo a nuestros hijos, a los jóvenes y a los más pequeños; para que no se vayan, para que se queden trabajando por el departamento.

Me tracé el propósito de que voy a sacar la Asociación adelante, hasta que sostenga diez empleos mínimo. No pienso soltar el proceso hasta que lo logre. Ahora queremos que las personas vengan a conocer. Tenemos un recorrido apícola para que vean todo

el proceso, para que se enamoren de lo que hacemos y del departamento que tiene una miel multifloral. Mire que el que viene a Tame y se baña o toma agua de gualabao, si no se queda, por lo menos vuelve.

El otro camino es hacer de nuestros liderazgos un legado. Yo soy líder porque he vivido el rigor de la guerra y he sufrido mucho como mujer. Yo aprendí que hay que pararse con el doble de fuerza con la que nos tumbaron. Detrás de cada líder social hay una gran experiencia valiosa que tenemos que contarle a todo el mundo, a las nuevas generaciones. El común denominador de Granita es el dolor y acá nos hacemos compañía. He elegido el trabajo social por encima de muchas otras cosas y no vamos a parar. Las amenazas tendrán que hacernos más fuertes. Nuestros hijos y nietos tendrán que sentir ese dolor nuestro sin vivirlo, para que continúen con el legado. Serán las historias que nos quedan por contar y serán las abejitas las que los motiven para aportar a la paz y no a la guerra.

Encuentros

Una de esas instancias en las que se notan las fisuras de la guerra es cuando se encuentran aquellos que hicieron parte de la confrontación armada en roles diversos, con frecuencia antagónicos: el perpetrador se reúne con una de sus víctimas, por ejemplo. A pesar de las diferencias, ambos personajes enuncian públicamente su dolor y su arrepentimiento. El conjunto de gestos o posturas que traslucen las personas en esa coyuntura son algunos de los elementos que construyen la puesta en escena en la que transcurren las historias que vienen a continuación. Queríamos explorar las complejidades y las contradicciones de dichos encuentros, además del balance emocional y los costos humanos derivados de ellos. No son historias sobre ese ideal abstracto que algunos llaman «reconciliación» y en el cual muchos pusieron sus expectativas. En esta sección, de hecho, caben los críticos de la Comisión de la Verdad y de su quehacer como constructora de escenarios de perdón.

Una oportunidad

Mi nombre es Obet David Aguirre Ríos. Soy un joven, tengo 22 años. Soy de la Sierra Nevada de Santa Marta. Hijo de dos personas que son cristianas; vengo de un hogar cristiano. Me encanta el trabajo social y soy un chico muy dinámico, emprendedor, alegre, extrovertido. Me gusta ayudar a las comunidades y a las personas que más lo necesitan; ayudar desde mi punto de vista y también desde los alcances que tengo como joven.

Eso soy yo.

Por el tema de la guerra, del conflicto que ha sufrido nuestro país, fuimos desplazados hacia la ciudad de Barranquilla. Me tuve que trasladar con mi verdadera madre. Allá mi mamá se mete como víctima. El Gobierno le da una casa, y en esa casa conocimos a una señora que tenía una miscelánea. Por motivos de trabajo mi mamá me dejaba solo; ella se iba a trabajar y nos veíamos cada quince días. La señora que tenía una miscelánea vendía minutos, y yo iba a hacer tareas allá. Comenzamos una confianza, comenzamos a hablá. Llega un momento en que la señora de la miscelánea me dijo que si quería trabajar con ella, que necesitaba un chico de que le ayudara en los ratos libres. Es ahí donde yo decido irme a trabajar con ella. Y pasó como a los tres, cuatros meses: decidí irme a vivir con ella. Después, ella y su esposo se volvieron mis padres adoptivos.

Cuando ya con un poquito más de confianza me dijo que su esposo estaba preso por ser mulero, que lo habían cogido con una mercancía ilegal que no era de él. Pues no me contó la verdad, pues que el esposo estaba preso por ser de las FARC. Él duró veintitrés años en las FARC, quince años preso. Ella me decía que no, que estaba preso y que todos los fines de semana se iba para Cartagena a llevarle kit de aseo, jabones, crema dental. Decía que recibía una ayuda de los familiares de los presos. Trabajaba con un abogado, era como la secretaria del abogado. Manejaba el tema de los presos políticos, pero nunca me dijo.

Salió el tema del Proceso de Paz y ella hablaba mucho de eso. Como ella prácticamente trabajaba con el abogado pues tenía que estar informada de todo. Pasó el tiempo, se firmaron los Acuerdos y como a los cinco meses salió el esposo. Ella me dijo «mira, nos tenemos que ir porque las personas que salen de la cárcel tienen enemigos. Cuando temos bien ubicados, te mandamos a buscar».

Mi mamá de crianza me cansaba con noticias del partido. O sea, a uno le puede llamar mucho la atención una información, pero llega un momento en que se aburre. Por lo menos a mí me aburría. Pero ella sí me decía «Obet, mira que aquí va a estar este proceso de paz. Van a conformar un partido, va a haber como un tema de un incentivo, de un sueldo. ¿Tú no quieres pertenecer a eso?». «No, Mencha, ¿a ti cómo se te ocurre? Imagínate yo trabajando con la guerrilla».

Total, que llegó el día de mi cumpleaños y ella me llamó y me dijo que me tenía una sorpresa, que me quería ver, que viniera a visitarla, que estaba viviendo por Valledupar en un corregimiento que se llamaba San José de Oriente. Y pues yo emocionado, me vine. Pedí un permiso de quince días en donde trabajaba; era asesor comercial de Super Giros. Cuando llego aquí, a la entrada del ETCR de Tierra Grata, hay un retén del Ejército. Pues obviamente traigo una maleta.

Lo que ellos decían era que trabajaban en un restaurante. Yo veía policía en las fotos, y me decían que no, que eran los policías del pueblo que venían a comer acá.

Ah, bueno, cuando llego a la entrada, los soldados me esculcan, me piden la cédula. Entoes le pregunto el man de la moto que me había traído y que era de confianza del ETCR «¿por qué tanto?, ¿por qué revisan tanto?, ¿por qué preguntan tanto». «No, lo que pasa que como usted viene para un ETCR». «¿Qué eso?». «Es donde viven las personas de las que eran guerrilla, que hacían parte de las FARC». «¿Cómo así?». «Sí, ¿tú no sabes que tus padres son guerrilleros?». «¿Cómo así que son guerrilleros?». «Bueno, eso lo tienen que hablar ellos contigo». Eso para mí fue como un baldao de agua fría.

Ellos me presentaron aquí como hijo, como hijo legal. Entonces llegamos acá, a trabajar en el restaurante. Y lo primero que dije fue que a dónde me había metido. Ella me dijo «pues eso lo tenemos que hablar».

Como a los dos días hubo una jornada de aseo. Una cosa que me llamó mucho la atención fue que hasta al alto mando de aquí, el señor Solís, se levantaba a hacer aseo. Lavaba baño igual que las demás personas. Aquí los baños son comunitarios. Se tienen que lavar. Hasta él tiene que lavar sus baños. No por ser el alto líder lo exoneran de algunas cosas. La unión, la familia, cosas así me llamaron mucho la atención.

Pues sí, al principio fue duro vivir con unas personas que patrullaron en la Sierra Nevada de Santa Marta, en donde me mataron a mi hermano, de donde fuimos desplazados por esa violencia. De mi hermano no tengo mucho recuerdo. Cuando a él lo mataron yo tenía cuatro años. Mis padres me cuentan que fue acusado por guerrillero; él incluso estuvo en la correccional de menores en el Cesar. Salió y al mes completito lo mataron. Por culpa de eso mis padres se tuvieron que separar. Mi mamá dejó la finca botada. Mi papá se casó otra vez. Vi que mi familia se rompió. Me tuve que alejar de mi papá. Me perdí de muchas cosas de él. Mi niñez y mi juventud fue vivirlas solo, porque mi mamá siempre mantuvo trabajando, no tuvimos confianza ni nada.

Se siente un dolor porque por causa de este conflicto yo me tuve que alejar de mi familia, mi familia se desbarató por completo. Creo que ese dolor que sentí de pronto se pudo curar cuando llegué aquí, interviniendo y tratando con las personas posibles que hayan podido matar a mi hermano. Mi hermano fue desaparecido. Al día de hoy no se ha encontrado y no se sabe quién lo mató, no se sabe. Lo desaparecieron de la finca hasta el día de hoy. No se encontró ni muerto ni vivo.

Decidí quedarme y aportarle mi granito de arena a este proceso de paz, pues esa violencia nunca iba a llegar a ningún fin, eso iba a tener un mal fin. Mi orgullo va a ser que le aporté un granito de arena, eso fue lo que me motivó a quedarme.

Si hubiese sabido que venía para acá, no hubiese venido. No vengo ni por el chiras, ¿sí me entiendes?

Como a los cinco meses de estar en el ETCR mis padres se van para una finca que salió de la cooperativa del partido. Quedo aquí solo. Decido quedarme. Todo mi tema de liderazgo salió fue por una visita, y aquí me quedé. Llevo tres años. Ahorita en junio cumplo tres años de estar en el ETCR. Ha sido una experiencia muy bonita, donde creo que me he formado como persona. He sabido el significado que tiene la vida. Creo en la unión, en la fuerza, en la familiaridad. Aquí no me preocupo si estoy enfermo o si no tengo qué comer. En cualquier lado le dan su plato de comida. El día que me enferme, sé que van a haber personas que corran con uno. Eso en la ciudad no se ve.

Mira, si son las ocho, nueve de la mañana y no me he levantado, llegan a tocarme la puerta «Obet, estás por ahí, ¿cómo vas?». Han estado muy pendientes y creo que eso no lo hace nadie en la ciudad a parte de la familia, y como siempre vivía aislado de mi familia. Esa fue una de las cosas, como el sentimiento para quedarme aquí. Esta es mi segunda familia. Creo como que me hacía falta una parte. Una falta de cariño. En la ciudad era cada quien. Nadie me preguntaba nada. O sea, en la ciudad es cada quien arréglese como pueda; el individualismo. La cosa es que he decidido quedarme. Me brindaron la oportunidad y aquí estoy.

Desde niño soñaba con ser médico y ayudar a la gente. Llegué aquí y sale un proyecto, una iniciativa que se llama Son de Paz. Nos vinculamos con la comunidad más cercana, que es de San José de Oriente, y pues comenzamos el diálogo de charlas. Ahí nació mi tema de liderazgo. Ahí descubrí mi verdadera vocación. A mí me gusta tocar una herida, curarla. Pero creo que me apasiona más el trabajo social, ayudar a las comunidades, a las personas más necesitadas.

Todo era como una idea, se sembró una semilla y a los casi tres años se inauguró la escuelita. Hace quince días se vio el fruto. También hacía parte de un equipo de comunicación que hay acá, que se llama La Rotativa. A mí eso me iba gustando, escuchar las historias de vida de personas que también fueron víctimas del conflicto. Escuchar las historias de las personas que hicieron parte de las FARC, ¿por qué se fueron? Que la guerrilla la mala, que esto. Aquí fui reinventando eso.

El año pasado, en agosto, la nueva administración del municipio de Manaure decide conformar una plataforma de juventudes y soy escogido como presidente. Una de mis metas fue la de acabar la estigmatización que había con estas personas de acá. Hacemos parte de una sociedad, hacemos parte del municipio, pero nos ven como aislados. Nos veían como «no, allá son guerrilleros». Uno no podía ir al municipio porque le decían «no, mira, allá viene el guerrillero». Incluso los niños sufrieron un tema de estigmatización porque los demás les decían guerrilleros o guerrilleritos. Eso

fue un proceso muy complicado con los niños de aquí. Los padres tuvieron que ir a hablar con los profesores.

Acabar esa estigmatización que había, de que aquí se les lavaba la cabeza a los jóvenes para que se fueran pal monte, para que se fueran pa la segunda disidencia de las FARC. Fue un proceso muy duro porque los padres de esos chicos creían eso de nosotros. Una de las madres no dejó venir a la hija que porque yo le iba a llenar el cerebro para que se fuera pal monte. Tuvimos que invitar a la mamá a Tierra Grata a que conociera todo el proceso, lo que nosotros hacíamos, lo que íbamos a hacer en la actividad. Entonces le dio permiso a la chica.

Un día hice una historia con la ONU y le puse «Historia de doble filo». ¿Por qué historia de doble filo? Bueno, hasta el momento mi mamá biológica no sabe nada, ni mi papá tampoco. Y es una historia de doble filo porque la sociedad me hacía viviendo en una finca bien bacano, ¿sí me entiende? Entonces tenía como doble nacionalidad, doble vida. Cuando llegaba a Barranquilla no se tocaba el tema. Y si de pronto se tocaba con algún amigo, me decía «yo no gusto de esos guerrilleros ni de ese partido».

Todo este proceso, de mi liderazgo, no lo hubiera podido hacer en Barranquilla.

Me llamó mucho la atención fue un día que vi a un guerrillero con un policía tomando café. O sea, dos personas que eran las que hacían el conflicto en mi territorio. Y mira cómo están tomando café, como nada, echándose risa.

¡Cuánta gente inocente!

El encuentro entre Anita y Peter

Llego a apoyar la localidad y Martín me había puesto cita, porque por ser gestora titular tenía derecho el sábado a la camioneta. Para subir a Santa Cecilia no se puede subir en bus. Muy parada esa loma, mucho más que Ciudad Bolívar.

Ese día yo llegué tarde y este hijueputa me dejó tirada. Me tocó llegar en Transmilenio. Él me recogió en una parte, y así empiezo a conocer el trabajo de Martín.

Yo no le hablaba, solamente miraba qué hacía. Iba y lo acompañaba. Me acuerdo que cuando estaba haciendo eso, era el gobierno de Samuel; sí, porque andábamos con la chaqueta amarilla. Sí, señora, era Bogotá Positiva. Fue en esa época. Llego con mi chaqueta amarilla y Martín por un lado, y yo mirando qué era lo que hacía. Él a perderse para ir a hablar con no sé quién y yo pegada.

Me di cuenta de que Martín hacía un trabajo con los jóvenes para tratar de sacarlos de esa vida, de la delincuencia, de las drogas, de la pandilla, de esas dinámicas delincuenciales, pero, hombre, yo miraba a esos chinos que con *piercing,* dizque «uy,

socio, es que no sé qué…». «Estos hijueputas marihuaneros», decía en mi mente. En otra época, mejor dicho, la limpieza social que se hubiera hecho.

Había un chino que era de dieciséis años, de la edad de mi hijo, que manejaba la zona. Un niño de dieciséis años que ya le habían clavado como diez puñaladas, se llamaba Peter. No me acuerdo del apellido, pero era Peter y él confiaba muchísimo en Martín. Lo quería, le decía «viejo», como si fuera el papá. Martín se había ganado su confianza como ninguno más lo había hecho.

Fuimos a la casa de Peter, y Martín «no, no hay ningún problema, ella es del programa», pero el chino no quería que yo fuera a la casa.

Fui a la casa. Una casa de latas. Una casita de latas con tablas, en esa loma. El piso era de tierra. Y escucho la historia de vida resumida, de ese pelado: el papá los abandonó cuando tenía siete años. Quedó la mamá, que no había estudiado nunca. Era una señora del aseo. Lavaba ropa, arreglaba oficinas, apartamentos. Salía muy temprano y llegaba tarde. Peter era el mayor de siete hermanos. Al ser el mayor, le tocó dejar el colegio para salir a buscarse la papa y ayudarle a la mamá. Dijo que por ser menor de edad no conseguía empleo en ninguna parte. Nada que fuera legal. Entonces el chino empezó con venta de droga, consumo y venta de drogas. Bajaban a la 163 a robar buses, a robar a cuanta persona les daba papaya en la 163. A buscarse la comida. Aparte de eso, ellos vivían a un lado del cerro y al otro lado estaban los de la otra pandilla. Era salir a buscarse la papa como fuera, cuidándose de que la policía no los matara, no los recogiera, no los llevara pa un CAI, o que alguno de la otra pandilla los matara.

En un pedacito de barrio.

Cuando llegué a Bogotá me dijeron que la localidad más rica era Usaquén y que la más pobre era Ciudad Bolívar. Y dentro de Usaquén encontramos un barrio estilo favela, en esas alturas. Allá no subía un taxi. Subían unos Toyotas, de esos que usted ve en cualquier pueblo. Y en esos carros uno veía gente armada. Había rumores que había unos paracos manejando esa zona. Bueno, en fin. El tema era trabajar con los chinos pa ver cómo se sacaban de esas dinámicas de la delincuencia.

Escucho la historia de vida de Peter y tuve el primer conflicto conmigo misma, con la mujer que estuvo en una organización armada ilegal de extrema derecha y quien en su momento veía con buenos ojos y necesario hacer limpiezas sociales. Ese día conocí la historia de ese chino. Me bajé de la camioneta muy callada. «Hasta luego, Martín». «¿Usted qué opina, Milena?». Le respondí que no tenía nada que opinar.

En la noche tuve una de las chilladas más hijueputas que he tenido. Me acordaba de esas épocas de limpieza, y yo decía: «¿Cuántos jóvenes?, ¿cuánta gente se mató por su forma de vestir, por esto, por lo otro?». Siempre había una excusa. «¿Cuántos jóvenes no habrían tenido una vida tan hijueputa como la que tiene ese chino en ese monte, arriba en ese cerro?, ¿cuánta gente inocente cayó sin haberle escuchado su historia de vida, sin haberle dado una oportunidad?».

Es que no hay nada más duro que la conciencia. Nada más cruel que la conciencia. Con esa no se puede pelear. Usted no le puede decir mentiras a la conciencia. Quien

más conoce de usted es su misma conciencia. Sin ser tan creyente, yo le pedía mucho perdón a Dios. Le decía: «Papito Dios, de verdad que en lo que esté en mis manos yo trataré de ayudar a la gente que pueda. Eso no se debió haber hecho, esas cosas no se debieron haber hecho».

Menos mal la llorada fue un sábado porque el domingo amanecí con los ojos de sapo. Y yo me pensaba, decía «¿cómo hacemos pa sacar a ese chino de allá?».

La idea era tratar de sacar a Peter de esa vida. El chino no era mayor de edad. Nos le ofrecieron un trabajo. Se iba a ganar el mínimo sin prestaciones. Siendo menor de edad no lo podían vincular que a la salud, que a la pensión. Nada de esa vaina. Aparte de eso, tocaba hacerle una tarjeta de identidad, buscar el registro virtual. Andaba chapeado, o sea, con documento falso. Bueno, un mínimo. Le dijimos al chino y él dijo «no, socio, ¿usted qué piensa? En un fin de semana me hago dos millones de pesos por lo bajo». Y yo «no, marica, aquí no hay nada que hacer».

Es poniéndose en esos zapatos: aprender a ponerse en el zapato del otro, o al menos intentarlo. Porque esa frase de cajón de que yo me pongo en el zapato del otro, no, no, uno no se puede poner en el zapato del otro. Puede imaginarse, pero no sentir lo del otro. Eso es muy alejado de la realidad. Muy utopía.

El encuentro entre Anita y Martín

Subimos varias veces. Le llevaba mercado al chino, para la familia. Escuchar las historias de los pelados era increíble. Pero más increíble aún era que tenían fusiles, metrallas, granadas. Esa zona de Bogotá es declarada como zona roja.

Veía a Martín haciendo esto, haciendo lo otro. Él trataba de sacar al chino de esa vida para hacerle un bien a la comunidad. Nosotros también «limpiábamos» la zona por el bien de la comunidad. O sea, cada uno desde una orilla diferente pretendía ayudar a la comunidad. En nuestro caso, sin importar el método. Martín mucho más dialogante, mucho más conversador y preocupado por la gente; por ese pelado que la gente veía como basura, como el pelao problema. Yo decía «ve, este malparido guerrillero tiene corazoncito».

Un día nos habían pagao, estábamos caletudos. Abajo hay un restaurante santandereano. El conductor de la camioneta nos dijo que era rico comer ahí. Fuimos después de la labor arriba. Comimos y coincidimos en el gusto por la comida, coincidimos de ahí para abajo. En la música que pusimos en la camioneta: una canción la ponía él y la otra la ponía yo. Hablaba con él, le decía Martín en vez de eleno. Empecé a verlo como un ser humano, no con la camiseta de la organización a la que perteneció. Él era un hombre que usaba prendas muy alusivas a la revolución. Tenía una gorra con el estampado del Che Guevara; los colores rojo y negro en una camiseta; usaba mochila porque decía que «la mochila es de los guerrilleros». Esa simbología tan importante para él, yo la detestaba. Pero el tono de voz fue mejorando entre los dos. Empecé a verle las cualidades al ser humano detrás de toda esa chiramenta de revolución de mierda.

Un día Martín me retó. Es que esta parte me da hasta pena. Me dijo: «Usted no es capaz de darme un beso». «¿Cómo así?, ¿un beso en la boca, un beso en la mejilla o qué?, ¿qué güevonada es un beso? Ni mierda». Y le di un beso, le di un beso que pensé nomás sería un pico. Cuando le voy a dar el beso, me coge y me abraza y me da un señor beso. Y yo me sentí tan nerviosa, como si fuera una china de quince años. Me acuerdo de eso y me da es risa. Creo que quedé pálida porque él se reía. Yo le dije «vea, ¿que no soy capaz? Pues ahí está». Hice de cuenta que no había pasado nada, que me había importado un jopo.

Los lunes, en la reunión de equipo, él me escribía papelitos. Iba para el baño y me dejaba un papelito sobre mi agenda. Me decía «mamita, te ves linda». Y yo «¿a este qué le pasó?». Por ahí empezamos a jugar con candela a tal punto que después resultamos siendo novios a escondidas de los del programa y de mis excompañeros de organización, o al menos de orientación ideológica y militar. ¿Cómo le iba a decir al mundo que yo era novia de un man que había estado en el ELN? Eso no tenía ni pies ni cabeza. Eso fue pa problemas, porque tarde que temprano se dieron cuenta y empezaron «ay, no, la paraca lo alineó», le dijeron a él. Otros me decían «ay, no, usted comió guerrillo y como que le quedó gustando». Unos comentarios tan de quinta.

Se dieron cuenta, ese fue el problema. A mí me tocó ir a hablar con un man en La Picota porque dijeron que él se había acercado era pa sacar información. Entonces fui a hablar con el man, saqué un permiso en la Fiscalía. Por allá quedó mi nombre en la libreta de visitas. También hablé con otra gente por allá. Bueno, se calmó la vaina. El comentario era que me iban a dejar viuda antes de casarme.

Con el tiempo nos organizamos a vivir juntos. A la fecha tenemos como doce años de relación, casi once de vivir, y tenemos un hijo. Como él dice «somos una prueba viviente de que sí se puede; en medio de la diferencia se puede construir».

Tienen algo nuestro

Siempre denuncié ante la Fiscalía, pero hubo un tiempo en que nos tocó quedarnos quietos porque nunca hubieron pruebas, nunca hubo nada. Para ese entonces yo no era una líder, era una persona del común. Simplemente había hecho una denuncia como lo hace cualquier ciudadano del común. Pero llega un momento en que Ramón Isaza se desmoviliza con su grupo completo, en febrero de 2006, y da las primeras 600 víctimas. En los nombres aparece el nombre de mi mamá, la víctima 517.

Luego inició el proceso ante Justicia y Paz, que fue un proceso muy largo. Durante doce años buscando la verdad. Llegaba a Bogotá en el momento en que a nosotros, a las víctimas del Magdalena Medio antioqueño, nos citaban. Siempre íbamos las mismas cinco o seis personas, no iban más. La otra gente que iba era de por allá. De aquí

nadie se atrevía a ir, nadie se atrevía a hablar. Pues uno entendía el miedo, el temor. Se rumoraba que el que subiera lo bajaban en el camino.

Sin embargo, yo estuve caminándole a ese proceso. Me llevaba un palo de escoba que mi esposo me había organizado, la camiseta con la foto de mi mamá y apenas llegaba al tribunal me entraba a un baño y me la ponía. Le demostré que no le tenía miedo. Le llegaba con un pendón grandísimo de una foto de mi mamá que decía «vivirás por siempre Damaris Mejía», y la fecha en que la asesinó. Me sentaba en las primeras filas y se lo movía pa que me viera, y le decía «viejo hijueputa, asesino, malparido».

Lo martillé por ocho largos años.

Ramón decía que él la había matado por ladrona de tierras y yo le decía que no, que era una líder social. Llega un día en que tuvimos un enfrentamiento muy feo. Nos insultamos. Ese día él me pide perdón y le digo que no lo perdono porque la mamá que mató fue la mía, no la de él. Ahí es donde le digo que le pida perdón a Dios. Eso fue como en el 2012 más o menos.

Cuando tenemos esos enfrentamientos en el 2012 o en el 2011, algo así, fue que destilé todo mi veneno. Le dije que yo no lo había perdonado, que no lo perdonaba porque me había puesto una cruz adelante y una atrás; que él había dejado a unos hijos sin mamá, a una comunidad sin líder y que a raíz de la muerte de mi mamá yo había perdido lo que más amaba, que era mi abuelo. Ahí fue cuando él se enteró que mi abuelito ya no estaba, mi abuelito está muerto. Le dije que había acabado con la vida de nosotros, que había acabado con los sueños, que había acabado con una familia entera.

Él conoció a mi abuelo, él sabía que mi mamá era la hija de don Roberto, sabía qué clase de persona era, y ya no estaba por su culpa. Entoes no había matado a una sola persona. Había matado a mi abuelo, me había matado a mi mamá. Era un asesino, era un viejo hijueputa.

Fue tanto el peso y la carga que él me pide perdón, me dice que ha cometido un error muy grande y reconoce a mi mamá como una líder de las buenas, como una líder social. En ese momento dije «hijueputa, valió la pena todo lo que hice».

Durante esos doce años odié, fui prisionera del odio, del rencor, del resentimiento. La sed de venganza. Odié a tal punto que quería hacer justicia por mis propias manos. Odié tanto que pensaba en hacer daño, en convertirme en una persona igual que ellos. La vida me dio una mala jugada. Para ese entonces me da una enfermedad que es el cáncer y toqué fondo en muchas cosas. Mi vida dio un giro porque Ramón le suplicaba a Dios, le pedía a Dios; rezaba el rosario por mí, para que yo cambiara mi corazón. Quería que Dios me aliviara y le diera la oportunidad de que algún día yo lo pudiera perdonar. Entonces viví otro proceso muy bonito.

Resulta que el padre Jorge Hernán Palacios le prometió al Señor de la Divina Misericordia que yo tenía que tener la misericordia de ellos, que tenía que cambiar mi corazón de piedra por uno de sentir, que mi historia era para la gloria y la honra de Dios. Yo me burlaba, le decía «padre, siga doblando rodilla porque a esos hijueputas

nunca los voy a perdonar, jamás los voy a perdonar». Y el padre solamente me cogía, me abrazaba y decía: «Señor, perdónala porque ella no sabe lo que está diciendo». Después se sumó el padre Rodolfo Venadillo –me parece que ese es el apellido–. Él empezó a hacer misas de sanación por mí, muchas. A tal punto que me puso a dar testimonio de fe. Perdí mi cuerda vocal derecha a raíz del cáncer y le prometí a Dios que iba a cambiar mi corazón, que iba a perdonar. Ramón y yo dimos testimonio en la iglesia. Ramón le prometió a Dios que iba a rezar el rosario por mí –hoy en día lo sigue haciendo–. Y han habido varios sacerdotes que han conocido mi historia y se han sumado a las oraciones. Casi toda mi familia ha perdonado. Solo falta mi hermana.

Hoy le doy gracias a Dios. He vivido una enfermedad y han sido mi apoyo, han sido mi bastón. Ramón y su hijo Oliverio se preocupan tanto, tanto. A tal punto de que si yo estoy mal, ellos están mal. A veces pienso que tuve que vivir esta enfermedad para que fuera la unión de todos, de nosotros tres. A veces me pregunto «¿por qué me tuve que enfermar?, ¿por qué me tengo que ver tan mal?», pero recuerdo las palabras de los sacerdotes que han estado al lado mío, que han orado por mí. «De pronto tu enfermedad y tu fe en Dios ha hecho que ellos se toquen, que digan jueputa mire lo que uno le causa a una persona».

No puedo juzgar a aquellos que no han perdonado. Si usted no tiene una verdad, no puede hacer este proceso que estoy haciendo yo, ni siquiera lo va a poder entender. Se necesita tener la oportunidad de saber qué pasó, cómo fue. Sé que algún día van a poder ponerse en mis zapatos.

Para mí es muy importante seguir esclareciendo verdades, que ellos las sigan entregando. Es una verdad que nos pertenece; que es nuestra, no de ellos. Es algo que ellos tienen, pero que es de nosotros. Cuando una persona sabe la verdad puede tener paz en su corazón, algún día va perdonar como perdoné yo.

A mí hoy por hoy me han pedido perdón una y diez mil veces. De esas, digamos que en unas nueve mil dije que no, que no los perdonaba. Hoy puedo decir que ya los perdoné.

Con la excusa de las aves

La Expedición Bio es el experimento social y cultural más divino del mundo. Ahí es donde juntamos a Colombia, y la gente no reconocía esa Colombia. Ahí juntamos todas las clases sociales; las universidades públicas, privadas; campesinos, presidentes de juntas de acción comunal; excombatientes, gente rural, gente urbana. Los juntamos a quererse por quince días con la excusa de las aves, básicamente.

Es que las aves son un punto de encuentro divino. O sea, todos tenemos algún factor en común, ¿no? En mi caso son las aves. Y el primer encuentro que tengo con eso fue

muy fortuito, en el 2018, cuando hacemos la Expedición Bio a Anorí con excombatientes. Yo no tenía por qué estar ahí. Es más, no tenía una afiliación académica con ninguna universidad en ese momento, por lo que no podía hacer parte de la Expedición. Fue tener a un amigo mío organizando todo el cuento, y yo que quería curiosear, explorar. Ahí vuelvo a estar entre guerrilleros, casi quince años después.

Han pasado casi quince años desde mi secuestro.

Ha sido bien interesante porque la mayoría de todos estos escenarios, sitios, salidas y proyectos me han acercado a los excombatientes de las FARC. La Expedición ha sido una experiencia súper bonita. Una chica estrato alto –sin que suene peyorativo– con todos los privilegios del planeta y de la vida, se pudo sentar con el barbao, con manes campesinos que por razones muy diferentes terminaron siendo de la guerrilla; se sentó a hablar sobre la vida, de por qué tomaron esas decisiones, qué los llevó a eso. Eso no se lo enseñan a uno en ninguna cátedra pues.

La Expedición fue un súper *power*. Los que no teníamos nada que ver con las FARC, vimos esta cohesión, esta cultura grupal de clan de los exfarianos. Hacían todo entre todos, se ayudaban pa cualquier bobada, pa cocinar, pa poner las redes, pa coger los pájaros. Una vida en comunidad que aquí cada vez es menos valorada. Aquí cada quien anda por su lado; creciendo, siendo exitoso sin acordarse del vecino pues.

La Expedición como tal vive de Anorí. Los animales y las plantas fueron la excusa pa crear esta amalgama tan bacana que sucedió allá. Teníamos un campamento en medio de la selva, con una mesa de quince metros de largo pa trabajar. A la hora del almuerzo había sancochos, ropa secándose, cosas colgando de las plantas. Esas Colombias que no se juntan, las juntamos en la Expedición Bio, y eso me parece absolutamente ilustrador.

En algún momento hubo 60 personas en la Expedición, pero digamos que normalmente eran 35, 40. Nunca hubo espacios «oficiales». Estábamos compartiendo entre personas, había conversaciones de la vida en el monte. Muchas veces uno estaba trabajando, pero se parchaba media hora a escuchar al exguerrillero dando su testimonio, al biólogo, y así.

Es que en la Expedición siempre hubo como un componente grandísimo de inquietud y curiosidad, como de niño chiquito. Había una conexión instantánea con las aves. En las fotos aparece un gentío. Está la pareja de los ornitólogos, la chica de estrato alto, los dos escoltas del excomandante. Ellos siempre iban, pero no para cuidar al excomandante. Se iban a pajarear, a ayudar a poner redes. Todos querían estar en el grupo de aves.

Una vez la Mona, la encargada de la panadería en esos días y que era de esas amorosas regañonas, me dice «¿y vos qué estás haciendo acá?». «¿Cómo así, Mona? Vamos pues pal monte a una expedición, a coger matas. Estamos conociéndonos». «Pero nosotros te secuestramos y vos estás aquí, ¿por qué?». «Mona pues es mejor andar ligerito de equipaje».

Lo que he sentido es que eso ayuda un poquito a reivindicar su momento, su decisión de no estar en el monte y hacer parte del Acuerdo. Ailín era menor de edad

cuando a mí me secuestraron y ¡puta!, un día el man va y se le sienta en su casa, o sea, yo voy y me le siento en su casa, y ella me ofrece tinto. Eso es un abrazo a su decisión. Que el que se supone que te debiera odiar con todas sus fuerzas, venga y te visite y esté interesado en cómo te trata el Acuerdo, cómo te trata la vida, qué estás haciendo… Eso es mucho mejor que el momento en el que estábamos antes. Es como un abrazo.

Una vez hubo un descubrimiento de una palma por uno de los guías locales, que era de la administración de Anorí. La palma era muy rara, nueva para la ciencia. Se llamaba «nolí». Entonces entraron los botánicos a la zona, recolectaron la palma. El típico orgasmo botánico, taxonómico. Hicieron todo el proceso científico y se trajeron un individuo juvenil al campamento. Nosotros lo plantamos el día que estábamos terminando la Expedición, que nos íbamos la mayoría. Hicimos un acto muy espontáneo, que nos salió de la nada. Sembramos la palma entre todos. Algunos hablaron. Yo no dije nada en ese momento.

Me pregunto por qué no hablé en ese momento.

Estaba sobrecogido. Era una oportunidad que la vida no le iba a dar a uno en otro contexto para entender su país. Hubo palabras bacanas, la gente dijo «esto es la palma de la esperanza, aquí estamos dejando nuestro bebé». En estos días estaba hablando con Rafa, el presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda, pa hacele una visitica. Le dije que sería una nota ir al campamento y ver si nuestra palma está viva. Puede que no porque la movimos de su hábitat, pero pues de pronto.

Es que las aves nos conectan, nos conversan; todos tenemos historias con ellas. El lenguaje está absolutamente permeado por ellas. «Más vale pájaro en mano que mil volando». Es increíble cómo las aves han moldeado culturas y sociedades. Las aves son el puente más rápido para conectarse con una comunidad. Las aves están en todo lado. Son cosmopólitas. Son un vehículo pa acercarse a la naturaleza.

De las cosas más bacanas es tener un pájaro en la mano, es absurdo. Uno los captura pa medi'los, pa toma'les datos. Eventualmente hay que sacrificar alguno y traerlo al museo, pero lo más bacano de coger un pájaro es solta'lo. O sea, uno tener un pajarito en la mano, esa cosita chiquita que tiene pulmones y corazón. El momento en que uno abre la mano y el pajarito se va; esa sensación le encanta a todo el mundo. Me pongo muy rosita, muy «clichesudo», pero pues, marica, la libertad claramente nos gusta, ¿no?

Mirarlos a los ojos

Te voy a contar lo que es Aulas de Paz. Imagínate que en el 2007 yo fui con el doctor Jaime Jaramillo Panesso a la cárcel de máxima seguridad. Primero me decían «qué miedo ver a esos hijue…». Pero a los tres meses estaban diciéndome todas «¿y cuándo me van a llevar? Ay, Teresita, me hace el favor y me lleva». Y llevé a un poco de mujeres por allá.

Aulas de Paz es una organización de victimarios que hoy son sobrevivientes del conflicto armado. Ellos corrieron igual que nosotros para que no los mataran, lograron llegar a la cárcel de máxima seguridad y allá se formaron. Ellos mismos propusieron cambiar el nombre de Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí por Centro Carcelario y Penitenciario La Paz, ¿cómo le parece?

Como nosotras estábamos hablando de perdón y reconciliación, ¿por qué razón no nos podíamos reconciliar con esos hombres? Lo importante era mirarlos a los ojos, escucharlos. Mira la importancia del diálogo. Nos contaban sus historias, por qué se volvieron paramilitares, por qué se volvieron guerrilleros. Se dieron cuenta de que la vía que habían escogido era la de la venganza, meterse a cualquier grupo y matar toda una familia. Estaban cometiendo muchas atrocidades. Hay un muchacho que cuenta una historia muy bonita. Se llama Julián Bolívar.

Me dijo Julián Bolívar en esa época «Teresita, vamos a hacer un proyecto con la Universidad Santo Tomás de Medellín». «Ah, muy bueno que trabajen los proyectos que sean, porque siempre con recelos, con resentimiento», le dije. «Vea, son veinte muchachos a ver si ustedes arman otro grupo de veinte mujeres».

De esas veinte mujeres fueron diez. Cuando fueron las diez, imagínate lo que pasó: ellas estudiaron con los victimarios pedagogía para la paz, pero la primera fue una formación para la vida, ¿cómo le parece? Ellas decían que les daban «formación para la vida porque ellos habían sido campesinos reclutados en el monte. Qué estudio van a tener. Qué cultura iban a tener».

Ellos empezaron a estudiar y ahora son psicólogos, abogados. La carrera que ellos quisieron escoger. Hoy son grandes profesionales que nos apoyan. Se unieron a nosotras, ¿cómo le parece? Ellos fueron los que nos consiguieron el mercadito para algunas mujeres que tenían hambre. Qué cosa tan bonita.

Aquí se hablaban palabras pa arriba, groserías. Aquí le deseamos la muerte al otro, que al político mentiroso tenía que darle cáncer en la lengua, pero sabiendo que nos estaba dando cáncer a nosotras. Le dije a la última mujer que enterré: «Felicita, mija, usted tiene que perdonar a las personas que se llevaron a sus hijos». «Ah, esa guerrilla hijanosecuántas. No la perdono jamás».

Nos dimos cuenta que eso nos estaba enfermando a todas. Entonces mirá, la verdad y el perdón van de la mano, el perdón es liberador. Mirá que uno descarga mucho cuando escucha al guerrillero o al paramilitar que hizo tantos daños y que están en

condiciones de pedir perdón. Pero no públicamente como hacía la Fiscalía. «Ve, hombre pendejo, pídales perdón a las víctimas que están en la sala». Ese era como un perdón maquinado que le salía del estómago y no del corazón.

Cuando tuvimos la oportunidad de estar con ellos en la cárcel, nos dimos cuenta que sí estaban pidiendo perdón de verdad. Se estaban preocupando por las víctimas, por que tuvieran una formación al lado de los victimarios. De ahí nació la palabra «sobrevivientes del conflicto armado». Y les dije «los alias se quedan en la calle; aquí el nombre que nos pusieron los padres». «Ay, sí, Teresita, tienes toda la razón. Ya nos hablamos por el nombre, don Rodrigo, don Óscar, don Pepe».

Públicamente ellos decían «esta viejita sí jode, y se lleva una recua de viejitas pa que nos jodan la vida». Porque nosotras les decíamos de frente «oiga, usted se llevó a mi hijo; oiga usted me mató a mi hijo».

Mirá que nosotros nos dimos cuenta que esa no era la vía. La vía era acercarnos a ellos, ir dialogando, escuchar por qué cogieron las armas; todo lo que nosotros queríamos saber y fueron soltando. De ese acercamiento a la cárcel sacamos sesenta personas desaparecidas. Las coordenadas nos las dieron los paramilitares y las guerrillas. Hoy tenemos 110 personas recuperadas, ¿cómo le parece? En veintidós años que vamos a cumplir, tenemos ciento diez personas recuperadas y una persona que apareció.

Es un perdón que no viene de la emoción, no es visceral. Es un perdón que tiene un proceso, que se da después de muchos años, de unas vivencias un poco diferentes. No es este perdón que se hace a través de un medio, en donde usted dice «yo perdono al victimario» como con un dolor y con la tripa revuelta. Es un perdón que se da después de un proceso de vida, de unos y de otros. También ha sido importante ver la transformación del otro, del victimario.

Es que hay una cosa que me parece hermosa y es el respeto. Aulas de Paz nunca ha hecho nada que nos agreda ni que nos revictimice. Ni nosotras hemos hecho juicios de valor sobre lo que ellos están haciendo. Es lindo porque nos respetamos.

Mirá que sí se puede perdonar, sí se puede trabajar la reconciliación, sí podemos hablar de paz porque nosotros tenemos la suficiente experiencia para pararnos en cualquier auditorio e invitar con estas experiencias, decirle a la gente que «sí nos podemos reconciliar con el otro».

Si vos supieras

Nos enteramos en las noticias. En el segundo piso de la casa de mi mamá vivía mi hermana y a ella le gustaba mucho tener ese Radio Calidad. Ella prendió el radio y escuchó que estaba pasando algo en el centro de Cali. En la Gobernación. En la Asamblea. Claro, ahí mismo escuchó la noticia, mi mamá bajó desesperada a decirle a la compañera de él

que por qué no averiguaba por qué había problemas allá, que averiguara por Beto. La compañera llama y le dicen que sí, que él estaba herido. Ahí fue el caos. La lucha frontal que tuvo Beto y la briega que les dio a los guerrilleros, quizá por eso no alcanzaron a poner la bomba. Estoy convencida de que mi hermano salvó muchas vidas ese día. La guerrilla, los guerrilleros por ocuparse matándolo no pudieron instalar la bomba.

A mí lo único que me vino a dar fue como esa resignación de saber que él no iba a estar más con nosotros. Fue un sueño que tuve con él lo que me dio calma. Abrazaba a mi mamá de una manera… Decía que no lo fuéramos a tocar porque él ya no pertenecía a este mundo, que a la única que le habían dado permiso era a mi mamá. La abrazaba y mi mamá lloraba junto a él. Fue un sueño muy largo, muy bonito. Fue reconfortante. Él me mostraba el cuerpo. Sabíamos que había sido muy herido porque uno de mis hermanos, que trabajaba en salud pública, entró a verlo acabado de morir. Cantidad de puñaladas recibió. Beto me mostraba esas heridas, me decía «ya no, ya no sufran; si ustedes supieran la belleza que es estar acá, si ustedes supieran». Mi mamá inmediatamente lo cuestionó: «¿Por qué se dejó matar así, mijo?». «Si vos supieras, vieja, cómo es esa belleza de estar acá, no estarías así». Mi mamá le fue a brindar comida y él le dijo que allá no se necesitaba porque eso era materialismo de este mundo.

Ese fue un sueño muy bonito, como te cuento, que me trajo paz y como esa sensación de que él estaba bien. Beto me mostraba las heridas, me decía que ya no tenía nada, que todo había pasado. Cuando le pregunté sobre los tiros de fusil que había recibido, no quiso hablar más. «No, ya no hablemos más de eso». Yo lo interpreté como «ya no hablen más de esta tragedia. Traten de salir adelante. Estoy bien». Lo tomé como eso de que perdonen, salgan de esto, no se queden ahí.

Debido al impacto tan emocional, tan fuerte, yo tengo unas enfermedades autoinmunes. Las desarrollé en el 2004. El estrés que eso me causó fue tremendo. Tengo esclerodermia y síndrome de Sjögren. Eso hay días en que parece que no me voy a poder mover. Me afecta las articulaciones. Pero, imagínese, ya tantos años y gracias a Dios he logrado sobrellevarla. He tratado, como te digo, de salir adelante. Odié a los guerrilleros. Los odié tanto que me alegré cuando mataron a Raúl Reyes, cuando escuchaba esas noticias así. Con ese odio y ese resentimiento lo único que conseguí fue enfermarme. Ese sueño tan bonito que tuve con Beto, en donde le dije «no, no me voy a quedar ahí. Voy a salir adelante, quiero perdonar. Si algún día se me diera la oportunidad de ver a esa gente, quisiera perdonarla, aunque ellos no me lo pidan. Quisiera perdonar. Lo voy a hacer por mí».

Esa muerte me acompañó siempre

Fue un evento muy fuerte en mi vida, pero afortunadamente estaba empezando mi matrimonio. La llegada de nuestras hijas fue lo que nos permitió como dejar eso atrás, en el olvido. Empezar a vivir esa relación de familia, esa maternidad, le permite a uno tener alegría, tener sueños, como volver a tener esperanza. Muy en el fondo uno sabe que tiene sus temores, pero gracias a Dios creo que pudimos superar todo lo que vivimos. Psicológicamente uno va bloqueando el dolor, y los recuerdos tristes. Es como un mecanismo de defensa, me imagino. Uno va elaborando como esos bloqueos para no dejarse afectar.

De las tres muertes, la de Alejandro fue la que más me marcó. Sentí mucha culpa. Esa muerte fue la que más marcó. Aunque me di cuenta de que me afectaba, de que todavía me afectaba, cuando me encontré otra vez con Lourdes, su esposa. El encuentro con Lourdes no fue fácil. Al menos unas dos o tres veces antes de reencontrarme con ella, le había dicho a mi esposo que me hubiera gustado encontrarme con Lourdes, invitarla a un café y contarle lo que pasó. Y él me decía que no, que para qué, que eso era abrir heridas que ya estaban cerradas; que no valía la pena, que eso ya había pasado y que pues tal vez ella ya había hecho su proceso. Pero como la vida da tantas vueltas. Hace como unos cuatro o cinco años, no me acuerdo bien, se murió el papá de uno de los mejores amigos de infancia de mi esposo y cuando fuimos a la eucaristía, vimos a Lourdes. De hecho, ella fue la que nos reconoció. Yo en esa eucaristía no estuve tranquila, la verdad. Me decía «esta señora es Lourdes, es la esposa de Alejandro». Para mí, ese momento fue muy, ¿cómo le digo? Yo no sé si duro. Como que me removió muchas cosas de esa época. Era como sentir compasión por ella o tristeza. Ver que yo estaba con mi esposo al lado, haber salido adelante con mis hijas y saber que ella había quedado sola con sus hijos chiquitos. Me decía «ay, Dios mío, la vida de esta pobre mujer después de eso tiene que haber sido muy difícil. No haber podido estar con su esposo en sus últimos días, despedirse de él. De un momento a otro lo arrancaron de su hogar y ya no lo volvió a ver». Ya para despedirnos, cuando nos estábamos yendo, ella nos dice «ustedes son Juan Carlos y Marcela». Intercambiamos teléfonos y ella me dijo que me iba a llamar para que charláramos. A mí me dio mucho miedo, le digo que pasó mucho tiempo. Ella nunca me llamó y pues yo tampoco la llamé.

Pero como la vida da vueltas y las cosas que tienen que pasar, pasan, ella me llamó y me contó del proceso de la fundación. «Mira, es que estoy con una fundación que se llama así y asá, y vamos a hacer un encuentro en Cali. A mí me gustaría saber si tú puedes participar con tu esposo, si puedes, si quieres». Ella nunca me dijo qué había detrás de todo eso, que había guerrilleros, que había sacerdotes, que había otras víctimas. Cuando vas al encuentro de la fundación, vas a la ciega. Entiendo también que si a uno le dicen «vea, allá va a haber reinsertados y todo, pues uno no va, no va ni a palo». Por eso la fundación hace el proceso de esa manera.

Personas que uno no conoce te reciben con un abrazo. Gente abrazándolo a uno. Gente que uno ni conoce ni nada. Te empiezas a dar cuenta de que los que dan los testimonios al principio, han sido victimarios. Y uno como que se toca. Pero a medida que se escuchan los relatos de ellos, ves el lado humano de su sufrimiento. Uno se empieza a sensibilizar. Al menos eso fue en mi caso, porque no a todo el mundo le pasa igual. Hay gente que sale corriendo y se va y se muere de la ira. «¿Me trajeron acá a qué?, ¿a ver estos hijuetantas? A los que mataron a mi mamá, a los que me secuestraron a mi hermano». Hay gente que no lo asimila igual y eso es muy respetable.

El caso es que estando allá, escuchando esos testimonios y a Lourdes, a mí me pasó una cosa muy extraña. Me dio daño de estómago, me dio vómito. Me llegó el periodo y no me tenía que llegar ese día. Fue una cosa supremamente extraña. Era como un proceso yo no sé de qué. Tal vez el susto que me generó, tal vez el pensar que tenía que… como que había llegado ese momento, y tenía que enfrentarlo. Además, porque en ese retiro estaba Diana Marcela, la hija de Lourdes. Esa niña físicamente es igualita a Alejandro, es como estar viendo los ojos de Alejandro.

Cuando llegó el momento del almuerzo, nos sentaron en la misma mesa de Lourdes. No pude probar bocado. Creo que me metí dos cucharadas de comida a la boca y no me pasó más. En mis 50 años de vida ha sido la única vez que he sentido lo que sentí esa vez. No era capaz de mirarla a los ojos, no era capaz de mirar a Diana Marcela. Era como con un miedo, como si yo hubiera sido la que hubiera matado a Alejandro. Una cosa horrible.

Después del almuerzo se hizo una actividad por grupos liderada por un sacerdote. Ahí cada uno tenía que dar su testimonio. Bueno, pues, el que quisiera, obviamente. Y pues me preguntaron que si yo quería dar mi testimonio y vea, yo empecé a hablar, me dio vómito. Me tocó salir corriendo a buscar un baño. No sé por qué estaba vomitando. No estaba enferma ni nada. El padre se quedó y me preguntó si estaba bien. Le dije que no, que no podía hablar. Me tocó salir corriendo a buscar un baño. Vomitaba y vomitaba. Llegó Diana Marcela. Ella llegó al baño, y yo me puse a llorar y la abracé. Ella no entendía, ella no tenía ni idea, ella no sabía. La mamá sí le había dicho que yo había estado secuestrada con el papá, pero ella no tenía ni idea de lo que yo tenía adentro. Empecé a llorar. No hacía sino llorar y abrazarla. El caso es que llegó una persona que quiero mucho. La conocí en ese retiro y luego tuve la oportunidad de compartir muchas veces con ella. También fue víctima. Me preguntó si me sentía bien. Le dije que no. Le dije a Diana pues que yo sabía que ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero que le quería pedir perdón. Me decía que tranquila, me abrazaba. Después de un rato, Diana Marcela se fue y yo me quedé con esta otra persona y le dije «mire, la verdad es que necesito hablar con Lourdes, necesito hablar con Lourdes». Le conté lo que me atormentaba. Ella me dijo que iba a ver qué podía hacer para que conversáramos. «No te preocupes que Lourdes te va a escuchar y te va a entender. No tienes por qué tener miedo ni angustia ni nada».

En la tarde, Lourdes me buscó y nos fuimos a hablar. Le digo que hablamos, tal vez, unas dos horas. Sí, más o menos, unas dos horas. Eso para mí fue liberador. Después de todos los años del secuestro, ese encuentro es lo mejor que me ha podido pasar.

Sinceramente, sí.

Hija, tengo que contarte algo

Conozco a Héctor Buitrago, el de Aterciopelados. Hicimos varios eventos con él. Un día lo llamé y le dije «ahora esto es más grande». Él aceptó, pidió permiso para entrar. Organizamos un acto simbólico muy bonito. En ese acto participó la hija de mi compañera, la que se había volado y que también era de Justicia y Paz. También participó mi hija.

El acto general, el central, era como la obra que íbamos a hacer para pedirle perdón a esos militares y a esos policías que estaban en el salón. No pedir perdón de manera personal, pero sí por pertenecer al grupo, por estar procesado por esto.

Para el acto central nos íbamos a dividir en dos grupos, independiente si éramos guerrilla o paramilitares. En la mitad había como un río. De un lado estábamos peleando, había armas que hicimos con cartón; del otro lado estaban una mujer embarazada –que también era de Justicia y Paz–, mi hija y la otra niña. Todo era sin hablar, mímica. Y nosotras respondíamos diciendo «¿cómo cruzamos el río si no hay puente?». Entre todos construíamos el puente.

Estábamos de negro y Fanny nos ponía como una camisa blanca. Mi hija nos entregaba una flor, nos dirigía a alguno de los policías y militares. Ella te cogía de la mano y te ponía en frente de una mujer policía. Cuando ya todas habíamos pasado al frente, comenzábamos a hablar. Pido disculpas por tal cosa, por pertenecer, por no hacer, por omitir. Cada una frente a una policía. Y ustedes las vieran llorando. Eso fue que fueron un montón de medios de comunicación, pero una cantidad. Eso salió en los noticieros.

Para mí fue muy simbólico, muy chévere. Lo que más repercutió era que antes del acto yo no le había dicho a mi hija que estaba en la cárcel porque pertenecía a un grupo armado. Mi hija nunca fue a los ensayos, pero porque su papel era sencillo y lo podía asumir. Pero nunca caí en cuenta de que mi hija iba a estar ahí y se iba a dar cuenta. Nunca caí en cuenta, nunca, nunca lo pensé. Hasta ese día que ya la vi ahí, que la llevó una tía abuela mía, y entró antes que todos para poderla vestir y decirle qué tenía que hacer. Entonces, yo le dije a mi compañera paramilitar «acompáñame porque pasa algo grave. Mi hija no sabe en qué la estoy metiendo».

Y me dirijo a donde mi hija, eso fue en la capilla. «Hija, tengo que contarte algo». Apenas estaban entrando los invitados. Le dije «tengo que contarte algo», y ella se puso a llorar, a decir «no quiero saber, no quiero saber, no quiero saber, no quiero saber».

Mi hija se pone a llorar, yo me pongo a llorar. Se nos acercan las policías. «¿Qué les pasa?». No las conocía, pero les dije lo que había pasado. Todo esto fue antes de comenzar el evento. Entonces claro, la gente se enfocó en Nadya. No solamente fue la actividad de nosotras, aunque no fue planeado lo que pasó con mi hija. No fue planeado.

Las que organizábamos éramos mi amiga, que había sido paramilitar, y yo, y nosotras decíamos las palabras de lado y lado, como las palabras generales, antes de que las compañeras hablaran. Yo era la última que pasaba el puente y mi hija era la que nos recibía. Antes de que ella me llevara a pedirle perdón a un extraño, yo tenía que pedirle perdón a ella. Fue algo que no se planeó. Paso el puente y le digo a un encargado que me pase el micrófono, y ahí digo «yo no puedo pedir que tú me lleves a donde cualquiera de ellos a pedirle perdón sin yo pedirte perdón a ti por todo lo que has sufrido». Ella llore, yo llore, en pleno evento. El noticiero nos mostró a todas llorando.

Ese evento fue ufff, muy chévere, y no nos imaginábamos que fuera a ser así.

Aunque tú no lo creas

De amor que dicen por ahí… A los tres meses de estar allá, que ya hice el curso, conviví con un guerrillero. Demoré un año ahí en el sur de Bolívar. Después a él lo trasladan pa otro frente. Demoré como ocho meses esperándolo y volvió. Me casé.

Sí, porque dentro de la guerra, aunque tú no lo creas, uno con el compañero se ayuda, mutuamente se ayuda. Porque si tú estás ranchando, él arregla la caletica. Y cuando él está ocupado uno también hace lo mismo. Estás pendiente de las cosas suyas y él está pendiente de las cosas mías. Allá éramos así, bueno, somos así. Somos todavía. Que si yo estoy ocupada acá, entonces el compañero hace el almuerzo, me las trae. Cuando él está pa afuera, le doy la comidita, se la aseguro. Estamos pendiente de las cosas.

Como al año de estar viviendo con el muchacho, lo trasladan pa otro lado. Ahí sí me quedé sola. Ahí es cuando comienzo, que me mandan de correo. Estando de correo me encontré otra vez con él, con el muchacho. Y después, como a los dos meses, él va de misión y como que hubo tiroteos con el Ejército. Lo balean, se lo llevan pa otro lao. Y luego otra vez pal sur de Bolívar.

Estando en el sur de Bolívar me encontré con otro muchacho. Conviví con él. Y después, como al año de estar viviendo con él, él se deserta. Se deserta, se salió de la fila. Ahí quedé sola.

Salgo pa otro lado que me conozco un señor que bueno, ahí me salió. Cuando tenía una hernia, me operaron. Me fui al año. Después otra vez quedé sola. ¿Pa qué marido ya, si todos con los que convivo los trasladan? Mejor estamos sola.

De ahí, ya sola, me nombraron como de radista de un comandante que se llamaba Silvio. Ya después fue que salí pa Cartagena. Estaba enferma, estaba con unas dolencias en las piernas.

Cuando ese proceso de paz, el primer compañero con el que conviví se contacta conmigo. Pa diciembre del año pasado. Ni en mi imaginación. Me contacta pa diciembre. En enero fue cuando me vine para acá y otra vez me encontré con él. Estoy conviviendo con él. Desde 2013 no lo veía. No, no él estaba en la cárcel cuando eso. Estaba preso. El año pasado me contactó y aquí estamos los dos, juntos luchando.

El Espíritu Santo habló por mí

Mi presentación no ha cambiado mucho. Soy católico, conservador y uribista. Cuando me secuestraron, tenía 29 años. Tenía todo el mundo para mí: tres años de haberme casado, un hijo de dos años larguitos. Quería trabajar y ganármelo todo. Después del secuestro se me quitaron las ganas. Eso que yo era un tipo que me le medía a cualquier cosa. Vendí hula-hula en la calle y me ganaba cualquier pendejada, y todos los fines de semana invitaba a mi novia, que hoy es mi mujer, a comer pizza. Vendí libros, cigarrillos, películas de betamax, camisas, zapatos, *sweaters*. El negocio era parte de mi vida.

En algún momento en que no estaba tan bien económicamente, conseguí quien me prestara. Me dieron diez vaquitas y esas diez vaquitas me daban la comida. Con eso comencé a crecer. Me robaron como cinco o seis veces ¿Quiénes? La guerrilla. Eran los únicos armados que andaban por ahí. A mis parientes les cobraban en las fincas, les mataron el ganado, los cortaban con machete. Yo estuve tres meses secuestrado y después de mi secuestro a mi familia la persiguieron. Tuvimos quince secuestros. Me dio risa cuando me secuestran, porque me dijeron «las armas, las armas». «Yo no tengo armas ¡Anda, sí, pérate un momentico!». Metí la mano y saqué un cortaúñas. «Aquí está mi arma», les mamé gallo en ese momento.

En ese tiempo, a mi mamá le faltaba una plata para pagar el secuestro, así que hizo un préstamo. Y un día me dice: «¿Tú por qué no me prestas una plática?». «Sí, claro, ¿y tú que estás pagando?». «Tu secuestro». «Pero, mami, ya no pagues más, yo sigo pagando». Todavía me hacen falta 300.000 pesos para ponerme al día de mi secuestro. ¡No hay derecho! Treinta años pagando un secuestro, ¿cómo te parece? Es que fueron muchísimas familias afectadas. No eran solamente las que tenían plata, sino hasta las que medio tenían un carro. Por eso yo creo que en el departamento del Cesar la gente votó más por el «No». Queríamos que no se firmara el Acuerdo porque se estaba haciendo la paz con unas personas que nos habían hecho de todo y no iba a existir castigo para ellos. Hablo de los jefes, principalmente. A los guerrilleros rasos, a

esa gente, hay que ayudarla. Hay que mostrarle otra forma de vida, que no es con un arma. Ellos pueden vivir de otras maneras: sembrando, estudiando.

La rabia en contra del Acuerdo es porque veo que hay gente que ha sufrido tanto como yo. Es que las FARC hicieron mucho daño. Uno de los tíos míos que fue secuestrado lo mataron después de dos años. Mi tío era un tipo que era muy fuerte en su temperamento y resulta que, por ser así, lo despreciaban. Durante seis meses no hubo una conversación con él. Imagínate tú, en seis meses no hablar con nadie. Esas son formas de violencia.

Hace tres años tuve una reunión a la que me invitó Naciones Unidas para hablar del proceso de paz. Nos invitaron a muchos ganaderos, agricultores, familias del Cesar que, de alguna manera, no estuvimos de acuerdo con el proceso. Y surgió que teníamos que reunirnos con el que dirigía el ETCR de Pondores en ese momento, alguien de las FARC. No recuerdo el nombre, siempre le he dicho Toncel. Si me hubiera encontrado con él en una heladería o tomando cerveza, de pronto hasta hubiéramos sido amigos. Pero como yo ya lo conocía, le hice las descargas más fuertes que he hecho. Conté una historia de ganaderos casi a gritos, con demasiado dolor, con todo lo que nos sucedió a nosotros. Pero ahí me pasó algo curioso. Después de toda esa descarga, un guerrillero me pidió el favor de si se podía sentar conmigo. Nos sentamos, hablamos un rato y luego él me preguntó: «¿Nos tomamos una foto?». «No hay problema, pero no quiero que salga en ninguna parte». La ONU tomó la foto y me mandó una a mí. Era solo para tener el recuerdo de que hablé con ese man.

De ahí nace la idea de encontrarme con Lozada y otros guerrilleros. Desde la Comisión de la Verdad comenzaron a decirnos de una posible reunión con los guerrilleros. Fue un poquito antes de la pandemia y me sorprendió mucho cuando me dijeron que Lozada iba a estar. Me dio miedo. Venía la inconformidad nuevamente, la rabia. Yo soy un tipo fresco, tranquilo y nunca pensé que me fuera a quebrar. Pero montarme ahí y comenzar a hablar fue difícil. Tenía rabia. Cuando Lozada dijo todas las pendejadas que dijo, yo pensé «hay que quitarle las balas de la boca, no puede seguir disparando de esa manera». Tuve que hacer un esfuerzo muy grande para decir todo lo que dije. Y después de que me bajé, pensé que no había dicho nada. No sé qué me pasó. Hay mucho dolor todavía. Es increíble. No pensé que aún tenía dolor.

Yo ahí les dije que lo que buscaba el pueblo es que siguiera un proceso de paz en el cual ellos terminaran en la cárcel: un año, cinco meses, doscientos años, lo que sea. Un castigo en la cárcel. «Porque si no, seguiremos pensando que este es un proceso acomodado para ustedes, que son los únicos que han sido beneficiados. Nosotros, las víctimas, que se supone que deberíamos estar en mejor posición, no hemos sido resarcidos». Era lo que yo estaba viviendo en ese momento. Sentía angustia, desazón, miedo, temor, ganas de decirles «¡asesinos!». Gracias a Dios, estaba donde estaba porque yo no tengo nada en contra de suavizar la herida. En la reunión preliminar, yo pedí que el secretario de las FARC estuviera muy lejos, que se consiguieran un salón grande, porque yo no sabía cómo iba a reaccionar. Llevaba tres hojas para leerlas. En

estos días las leí todas otra vez. Era para evitar que a mí se me ocurriera decir algo diferente, pero en esas hojas había mucho desprecio. Entonces me di el lujo de pedirle al Espíritu Santo que hablara por mí, porque no tenía las palabras muy claras. Soy católico, creo en Dios, creo en la Virgen. Creo que si uno hace las cosas bien, las cosas se le devuelven por el bien. Fue una enseñanza demasiado dura.

Entonces yo les digo que vayan a la cárcel, pero también digo que todos los colombianos debemos llenarnos de amor por los demás, porque es la única manera de hacer la paz. La verdadera paz. Tú no tienes por qué hacerle daño a los demás. Cuando llegó ese momento tan difícil, le pedí a Dios que enviara su Espíritu Santo y hablara por mí. Aunque yo sentía rabia y tenía mucha desesperación, traté de no ser tan duro. Y cada vez que cuento mi historia –mi mujer lo dice mucho mejor que yo–, ayudo a descargar en los demás parte de la rabia, del miedo, de la angustia del secuestro. Y creo que valió la pena porque de una u otra manera involucré a mi familia para que también sintiera la necesidad de echarle tierra a toda la violencia. Ellos también han descargado parte de esa rabia, de ese resentimiento que no es fácil.

Fueron doce años

Me voy a vivir con varios compañeros y, estando yo en El Carmen, a una de las compañeras que vivían conmigo la detienen y declaran que tenía relaciones con las FARC. La detienen y también a otro muchacho de la misma universidad. Eran las elecciones del 2006, para Carlos Gaviria, y en ese momento mi mamá me dice: «aquí hay una camioneta en la casa que no se ha movido de la esquina, me parece muy raro». Mi mamá es conservadora, y nunca le he ocultado nada, me dijo: «Hay dos hombres que están ahí permanentes, han dado vuelta, pero siempre están ahí; es muy raro, no te vengas para acá».

En ese momento, 2006, no tenía plata, menos celulares ni teléfonos en la casa, ni nada de eso. Una de las defensoras del Pueblo se acerca a mí y me dice: «te van a matar». En ese momento que me dicen a mí, eso sale a nivel nacional una circular de la ACEU, la Asociación Colombiana de Estudiantes Universitarios, donde decía: «Muchachos, hay una orden para el exterminio de la ACEU, nos hemos podido entrar nosotros a varios correos, y desde esos correos han enviado mensajes como instrucciones de poner bombas, instrucciones para hacer un montaje, y cuidado». Eso fue una semana caótica, porque le hacen un atentado a un amigo en Cartagena, matan a otro en Cartagena, mataron a tres en Barranquilla, y a mí me dicen: «No llegues a tu casa». Y me tuve que ir.

Aquí en Barcelona he entrado en varias crisis, después de tantas cosas. La primera vez fue porque ¿se acuerdan la muchacha que yo les hablé que la metieron presa, la

que vivía conmigo? Como a mí me iban a matar, yo ni siquiera pude irla a visitar, vivió conmigo y nunca la pude ir a visitar. Duró un año y ocho meses sin proceso oficial, demandó al Estado. ¡No había con qué! Y un año y ocho meses después sale, porque no había ninguna prueba, pero le dilataron el proceso. Ella me enseñó el Festival de Gaitas de Ovejas y ese año había ganado como mejor cantante. Donde hay cultura no hay violencia, digo yo. Y a ella la jodieron. Ese día la vi aquí, vino con una obra de teatro, con el grupo de las mujeres de La Candelaria. Algo así, no sé. Yo supe y me fui para Madrid a verla. Ella no me reconoció, porque yo tenía barba, no tenía pelo y 23 kilos más. Ahora mismo soy muy diferente, tenía el pelo largo en ese entonces. La verdad desde que comenzó la obra, cuando ella entró, hasta que terminó la obra, yo no dejé de llorar. La gente, afortunadamente, sabía que la obra era de las mujeres del conflicto. Una desconocida me abrazó ahí, y yo llore que llore.

Lloré porque era la primera vez en nueve, diez… es que fue el año pasado, fueron doce años sin verla; yo sabía que ella estaba viva, pero que yo sentía una culpa gigantesca, es que tú no te imaginas una culpa gigantesca de no poderla ir a visitar un domingo, a llevarle comida, a llevarle un jabón, no sé, una cosa así, y saber que injustamente estaba ahí, que yo no pudiera visitarla, y que me dijeran: «No puedes».

Ya termina todo esto, tengo los ojos rojos, parecía enmarihuanado, y salgo, la verdad es que llorando ahí callado, fue muy fuerte. Cuando Maira sale, se me queda viendo, ella no dijo nada, yo tampoco dije nada, nos fuimos, y nos abrazamos. Los dos comenzamos a llorar sin decirnos nada y demoramos como media hora llorando abrazados. Y me dice ella: «Jueputa, flaco», y ya está. Ella que estaba viviendo con su pareja, y su pareja estaba ahí, no sabía de qué trataba el asunto, la verdad que fue una catarsis fuerte, fuerte, y le dice a su pareja: «Me voy con él para Barcelona», yo le dije: «Vente conmigo», y aunque me dijo que no podía quedarse, la convencí y se vino conmigo. Dormimos como… es que la verdad que éramos hermanitos. Pero dormimos como en ese abrazo, dormimos abrazados toda la noche y como acariciándonos, como «no joda, pelada, me hacía falta, no sé qué»… Esa fue una catarsis muy fuerte.

La verdad es que eso fue un regalo muy grande, para mí lo más grande fue la catarsis que hice, fueron muchas horas de catarsis, fue desde que comenzó la obra, yo iba con una ansiedad también, porque no sabía cómo la iba a ver. Y cuando llegué aquí y nos abrazamos y nos pegamos, es que no paramos de abrazarnos de verdad, y dormimos ahí juntos. Las compañeras de piso creían que era una pareja mía, pero era ahí, nos mandaron a callar una pareja, porque teníamos tantas cosas que decirnos, y eran las tres de la mañana y nosotros *pa, pa, pa,* y, claro, los dos costeños: «¡Uy, pero no, no joda!». Entonces, fue una catarsis bastante… Un cierre bonito.

Destierros

Epílogo a El libro del porvenir

Cómo no van a salir los jóvenes a manifestarse en las calles, si el porvenir –una concepción de futuro– es lo que está en juego.

¿Quién hace memoria de eso?

Dubán fue hecho con todo el amor del mundo, con todo mi corazón. Él tenía 17 años y estaba estudiando el bachillerato. No tenía claro qué quería estudiar, y todos los días le gustaba algo nuevo: «Mami, yo quiero tatuar», «Mami, estoy rapeando», «Mami, quiero montar patineta». Un día me preguntó: «¿Tú, cuando estabas joven, qué querías ser?». «Me hubiera gustado ser abogada, ir por el lado del derecho». «¿Qué tal que yo termine por ti?». «No, tú no puedes dejar lo que te gusta».

Él era la alegría de la casa. Su voz era la que se escuchaba siempre; su voz y la de la niña, la pequeña. Ellos eran muy apegados. Él era el que cuidaba a los hermanos, el que me recogía y me esperaba. Era mi bastón. Le decía «papito, tú tienes que sacar la cara, tienes que estudiar porque tienes la oportunidad. Yo no la tuve porque mis papás no tenían los medios, pero yo hago lo que sea para que estudies. No te quedes sin eso». Me decía: «Mami, yo voy a ser muy famoso», y se puede decir que lo fue, pero yo no lo quería de esa forma. Yo quería que él compartiera conmigo todos sus triunfos, sus alegrías, tristezas. Todo.

Pasamos muchas dificultades, somos desplazados. Dubán quería hacer futuro a pesar del pasado. Algo que pasa aquí en Colombia es que uno no puede exigir sus derechos porque es un delito. Es un delito que los jóvenes pagan con sus propias vidas. No entiendo por qué el Estado y la Policía no nos protegen, no nos brindan seguridad. Lo que están haciendo es robarse la vida de nuestros hijos.

Mientras buscaba a Dubán, yo decía: «Lo que pasa es que si yo hubiese tenido plata, Dubán ya hubiera aparecido. Con Dubán nadie se hubiera metido, pero como somos pobres…». Llegaba a la Alcaldía y allá me decían: «¿Eres la mamá del chico que dicen que está desaparecido?». Y yo: «No, no es que yo diga, es que mi hijo está desaparecido y lo quiero vivo. Eso es lo que yo le pido al Estado. Quiero que me lo entreguen, quiero que me lo entreguen vivo». Juegan con los sentimientos de uno, juegan con todo. No solamente torturaron a Dubán, sino que me torturaron a mí psicológicamente con todo el tiempo que me tuvieron buscándolo.

Dubán apareció asesinado en un caño y durante mucho tiempo me dijeron que ese no era su cuerpo. Es triste vivir aquí. Si uno no tiene plata, no vale nada. La vida de Dubán no valió para ellos. «Es que esos son unos desadaptados, es que eran unos gamines, unos ñeros». Para ellos, protestar te vuelve un desadaptado que no merece vivir. Por el contrario, Dubán era risas, era muy extrovertido, un chico lleno de sueños. Pero ¿quién hace memoria de eso? A mi hijo lo recuerdan los jóvenes, los chicos que defienden los derechos de la gente. Mira que ha sido buenísima la compañía de los chicos del barrio. Me ha servido porque yo digo: «Quedé sin un hijo y me aparecieron otras hijas e hijos». Para mí es duro venir al Portal, pero con ellos es más fácil.

Que nos dejen florecer

Soy de la ciudad de Cali. Mi vida ha girado en torno a mi comunidad, la Comuna 1. Fui criado en un barrio con una historia muy compleja, azotado por la discriminación. La Comuna 1 empezó como una invasión. En mi cuadra había 21 jóvenes. De esos, tres estamos un poquito mejor que los demás y hay cinco que ya están muertos. Por ser de un barrio popular, cuando terminé de estudiar, me dijeron mis padres: «De aquí en adelante ya le toca a usted». Desde los 14 años me mantengo solo. Me la paso trabajando aquí y allá. Vivimos en un país sin oportunidades.

En el 2008 conocí las famosas barras bravas y le cogí amor al fútbol. Siempre me ha gustado el América de Cali. Siendo menor de edad me dediqué a seguirlo, a ver los partidos, a conocer la cultura barra, a cruzar fronteras. Conocí el significado del color rojo y negro, el color de la revolución. Conocí qué era pelear contra el ESMAD y qué era la represión por parte del Estado. El problema en este país es ser de un barrio popular. El problema de las drogas siempre va a estar. Si eres joven, en algún momento te vas a topar con él. Si eres un adulto, te vas a dar cuenta que te han matado familiares, que los jóvenes acaban su vida. Yo digo que si esos pelados tuvieran una oportunidad de estudiar, tan siquiera de estudiar y no de trabajar –pero un estudio valedero, que sirva para algo–, esos muchachos no estuvieran presos o como otros amigos míos que ni siquiera llegaron al 2015. Aquí hubo una gente que estuvo reclutando para las AUC. Se llevaron a los jóvenes con engaño. Casi no hay jóvenes en mi comunidad. La mayoría están muertos o están encanados o quién sabe. Están en un estado de degradación por las drogas demasiado alto.

Soy líder social por las protestas que se dieron, en el marco del paro. Como a todo joven, en mi casa me dijeron: los jóvenes no pueden estar donde los adultos. No nos dieron voz, no nos dejaron hablar, y creo que desde unas cuatro generaciones atrás venimos perdiendo el control de un país tan bello como el nuestro. Entré al paro nacional por el simple hecho de querer un cambio, de aportar un pequeñito grano de arena. Empecé a entrar a las manifestaciones, a conocer gente, a ver cómo podía ayudar a mi comuna, a los jóvenes, a los niños. No me llevó el miedo, me llevó la valentía de saber que todos los jóvenes de Colombia no tenemos nada que perder. Estamos enfocados en el estudio, en la educación, en la parte artística, pero no tenemos nada.

Los jóvenes no podemos soñar con tener una vivienda digna, con un trabajo estable, ya que la hegemonía de este país no lo permite. Esto es algo heredado: la corrupción política, el problema del orden público. En los medios de comunicación se la pasan diciendo que los jóvenes son los que están haciendo daño, que están entrando a las Bacrim, que son los que están destrozando al país. No se dan cuenta de que nosotros no tenemos la oportunidad de hacer algo más. No tenemos el privilegio de soñar. Nos toca vivir la misma vida que nuestros mayores.

Así que decidimos entrar al paro y el 28 de abril comienza este sube y baja para nosotros. El 6 de mayo, exactamente a las tres de la tarde, llega un camión repleto de policías vestidos de civil. En ese momento no sabíamos que eran policías. Ellos comienzan a disparar indiscriminadamente. Ese día me tocó mucho. Recibí un impacto de bala en la mano, empezó la persecución por parte de organismos del Estado. Estuvimos casi dos horas peleando contra ellos. Fue una cosa larga, nos disparaban. Fue una cosa apoteósica. ¿Qué puede hacer un joven de 28 años con una lata de Directv como escudo y una piedra que se encontró al lado del río? ¿Qué se puede hacer contra un hombre con tácticas militares, paramilitares, que viene disparando sin previo aviso, apoyado por las personas desde ventanas y edificios aledaños? El día 8, en las horas de la noche, me hicieron un atentado al lado de mi casa, pero gracias a Dios pude salir bien. Una camioneta blanca me empezó a disparar y yo iba en moto. Ese fue el día que dije que no podía seguir aquí. Me tocó vivir escondido, casi dos o tres meses, porque la «gente de bien» de Cali se juntó. La gente de clase alta, como le decía, sabemos promovieron pactos paramilitares.

Nosotros intentamos traer educación al sector. Si las bases están pichas, créeme que de ahí pa arriba el edificio se te cae, se te cae. Y por más que se nos caiga, volvemos a tratar de levantarlo. Vamos a tratar de sacar esto adelante. Personalmente busco proyectos con gente conocida. Procesos de desintoxicación, quien quiera estudiar. La verdad yo soy muy apolítico. No me gusta mucho nada que tenga que ver con la política tradicional. Si me doy cuenta de alguien que necesita estudiar, listo: se lo pido a unos contactos en los que puedo confiar. Así sea media beca y nosotros buscamos cómo conseguir el resto. Si queremos hacer algo cultural, un mural, por ejemplo, vamos y le decimos a la gente de la comunidad que nos colabore con unas pinturas, con esto y lo otro. O que hay una persona que está muy mal, que no tiene recursos, entonces vamos a recogerle un mercadito y se lo llevamos. Todo eso es lo social que yo hago. Que se le quemó la casa a fulanito, bueno, vamos a ver de dónde sacamos y hacemos una coperacha y conseguimos unas tejas. O vamos a hacer una para conseguirle unas cobijas, unas mantas, ropita. Soy feliz porque, por lo menos, de tantos que he ayudado, ya tengo dos personas a las que les ha ido bien en la vida.

Bueno, aparte de las heridas personales y la muerte de mis amigos… Muchos amigos muertos y heridos, mucha tristeza. Los niños que se ahogaron en Puerto Resistencia por los gases de la policía; los muertos del Paso del Comercio, los muchachos desaparecidos, la estigmatización… A parte de todo esto, las protestas valieron la pena. Hubo un despertar del pueblo. Somos el poder votante y el otro año se verá reflejado en las urnas. En este estallido se pudo universalizar todo. Hinchas del Cali y del América que estuvieron juntos en las protestas. Se acabó un poco la rivalidad. Muchas familias se unieron también a esto. Las personas volvieron a pensar en la igualdad, se acabaron los estratos. Ya todo mundo entendió que así tengas mil pesos en el bolsillo, vales lo mismo. Somos las mismas personas y debemos luchar por una misma causa justa.

Ahora estoy preparándome como defensor de derechos humanos y gestor de paz. Con esas facultades le puedo decir a un policía que «soy un defensor de derechos humanos y lo que estás haciendo es un trabajo arbitrario». Así puedo apoyar a los jóvenes en el problema como tal, evitar que les den un bolillazo. Podemos hacer los correctivos necesarios, decir que vamos a demandar al policía porque no debe estar haciendo tal cosa. En el marco del paro todos los policías llevaban armas de fuego. Aunque hay una cosa, como defensor de derechos humanos también me va a tocar que no les vulneren los derechos a ellos porque los derechos humanos son universales.

Los jóvenes estamos pidiendo que nos dejen soñar que sí nos vamos a pensionar, que Colombia va a volver a valer. Ese es el pensado de nosotros. Yo sí puedo decirles a mis hijos: «En el año 2021 hicieron una reforma y nosotros, los jóvenes, salimos a las calles y la tumbamos. Y en el año 2022 se dio muerte política a los partidos que solo nos robaban». En la historia de Colombia no van a hablar de nosotros, pero en ciertos recuerdos y en ciertas analogías vamos a florecer, nos van a ver. Y qué chimba que mi hijo o un nieto diga: «Yo tuve un familiar que peleó en este año por esto, y mire el país que tenemos ahora gracias a él».

Con los ideales y el amor

Yo siempre he dicho que a mis 50 años fui muy bruto y que el que la tenía clara era Nicolás. Al punto que de pronto dijo: «Yo doy la vida para que él aprenda», y realmente fue así. Uno manda a los hijos a la universidad. Nicolás me mandó a mí a las universidades. Uno hace que los hijos lean y reflexionen. Nicolás hizo que yo leyera y reflexionara. Uno debe enterrar a los padres. Yo enterré a mi hijo. Nicolás hizo que yo tuviera una visión diferente y que empezara a no ser malo.

Nicolás era un joven de quince años bastante bajito y delgado para su edad. Tenía algo muy especial: su sentido crítico y su visión del país. A esa edad, él ya había desestimado la televisión, los canales tradicionales. Ya había desestimado a los periódicos normales, los de las grandes burguesías del país, y andaba dedicado a la lectura, a la lectura social.

Él empieza a tener sentido social cuando trabaja con sus compañeritos en la defensa de los animales. Ahí empieza a ingresar y a ver algo de lo social. Me decía que llevaba ya un mes o dos meses sin consumir carne. Andaba en la línea de los vegetarianos. Se permeó de amigos que estaban metidos en la defensa de los animales. Por eso salió el 1 de mayo a manifestarse, a celebrar con todos los colombianos los derechos logrados por los trabajadores. Sabía que papá y mamá eran trabajadores y que, además, eran

explotados, así que él, con sus quince años, decidió salir a esa manifestación. Ese era Nicolás.

Los primeros días de mayo sacaron varios comunicados, uno tras otro, con diferentes versiones para ocultar a los verdaderos responsables. En cada versión se indicaba: «El joven Nicolás Neira falleció porque se cayó desde un camión y se pegó en la cabeza». Esa era una versión. Segunda versión: «El joven anarquista que perdió la vida el 1 de mayo, cuya muerte fue a causa de una pelea entre punkeros…». La tercera versión fue que él se cayó y se pegó contra un andén. Nunca indicaron que habían sido ellos, a pesar de que se demostró con las investigaciones. Al llegar a ese punto, empiezan las amenazas. En Colombia, cuando los miembros de las Fuerzas Armadas cometen excesos, buscan callar a sus familiares. Como los familiares no tienen el mismo poder que el Estado, sufren todas las amenazas, las repercusiones, las llamadas, las esquelas funerarias. Que «tienen tantas horas», que «teman por sus vidas». Así el Estado ha logrado callar a los familiares de las víctimas. A mí me llevó al exilio.

La muerte de Nicolás me cambió todo. De ser un tipo que andaba muy *pipichín,* muy bien arreglado, de corbata, pasé a andar con *jean,* botas, camisas y mochila. Era un tipo que tenía buen poder adquisitivo. Comía muy bien, vestía bien, y pasé a usar lo que me quedaba. El apartamento lo vendí y todo lo dediqué a la investigación y a la lucha por esclarecer la muerte de Nicolás. El coche también lo vendí. La gente me regalaba ropa para que me pudiera vestir, porque no tenía ni siquiera para la ropa. De las relaciones sociales que tenía antes, solamente me queda un amigo. De resto, todos los que conozco son después de Nicolás.

Antes de lo que sucedió, yo andaba en el capitalismo salvaje. No andaba pendiente de mi bienestar, sino en qué gano. Ahora he aprendido a soltarme de muchas cosas, como la vergüenza. Ando más ligero. De mi maleta cada día voy soltando más cosas. Después viene lo de Nicolás y en los primeros años fue un ancla muy dura. Lo veía como un ancla, como un lastre. Eso era básicamente el odio y la venganza, en especial la venganza. Ahora no deseo la muerte para nadie. Eso ha hecho que cambie. De pronto el dolor lo purifica a uno. Y quiero que la gente piense un poco en eso. En que debemos seguir luchando por nuestros derechos y no permitir que la venganza se apodere de cada uno de nosotros.

A veces pongo el ejemplo de eso que dicen, de que lo que está quieto hay que dejarlo quieto. Pero a pesar de que estamos quietos, ellos nos patean y, cuando nosotros protestamos, cuando respondemos, entonces el problema somos nosotros. Los que estamos mal somos nosotros. Y no es así. El problema son quienes nos patean. Sin embargo, a veces lo que pasa es que el dolor nos hace responder y se nos va la mano. Eso es la venganza y necesitamos también dar un equilibrio. No es con la venganza, sino con los ideales y el amor.

Por el derecho a que no nos jodan

Nosotros, desde la vivencia de *hiphoperos,* hemos explorado este territorio y hemos generado ciertas miradas críticas. En estos años hemos vivido en un territorio miserable. Acá se encuentran los mayores megaproyectos a nivel de vivienda de interés social y de interés prioritario; el proyecto Metro, el relleno de escombros en el perímetro suroccidental; las prácticas de minería en el cerro Gordo; también los dos ríos que se conectan cerca del cabildo muisca de Bosa San Bernardino y que son una pudrición.

Vivimos desde hace mucho la explotación económica de nuestro territorio, pero no hay ninguna garantía para el hábitat social o para el entorno. Hacen 40.000 viviendas de interés social y solo ponen una URI, un CTP y una Comisaría de Familia. No ponen más, solo instituciones de control. Con eso ya te están diciendo que eres un criminal. Las personas que vienen a estos megaproyectos son desplazados por la violencia, reinsertados paramilitares, acogidos al proceso de paz. Personas en gran condición de vulnerabilidad.

Acá están los barrios olla de los más pesados. Tenemos a Patio Bonito, La Rivera, el Class, Bosa San Bernardino. Somos un caldo de cultivo de cosas muy hijueputas que han quedado por la forma de administrar, tanto este pedazo como la ciudad misma. Muchas veces la gente se pregunta por qué el estallido social fue de tal magnitud, y es porque, finalmente, este perímetro suroccidental es el cagadero de la ciudad. No hay ninguna solución del Estado para las necesidades que surgen de vivir en un territorio con este nivel de hostilidad.

Con el Covid todo se complejizó aún más. Si tú haces un barrido global de este pedazo, te das cuenta que los ejercicios económicos más fuertes dentro de la población humilde son de reciclaje, de ventas ambulantes. Ejercicios supremamente autónomos e independientes, porque finalmente no tenemos ninguna fuente de empleo a nuestro alcance. Nos han visto como el rincón donde puedes esconder toda la basura, y finalmente en el 21 N estalló todo.

En cierto punto hubo una arremetida militar muy fuerte en la que dejan sembrados a los policías como si fueran árboles en los espacios comunes del territorio. No podías entrar al parque, no podías estar sin ser correteado, sin ser requisado o retenido. Te estabas fumando un bareto o, qué sé yo, estabas hablando con alguien y te mandaban un operativo de 10, 12. *Pum, pum, pum*. Motos, el dron encima tuyo. Un poco de vueltas que finalmente hicieron que la mayoría de la comunidad que estaba organizada abandonara esos espacios. Toda la mezcla de cosas hizo que la gente se botara a la calle a decir: «No, ya dejen tranquila esa vuelta. Ya no jodan más o al menos esperen que esta mierda del Covid acabe para joder».

Una de las cosas que generó que el estallido social fuera tan áspero es que en la pandemia covid la Policía se sentía el dueño de la calle. «Quítate, éntrate, métete». La gente comenzó a vivir ese control y abuso. Pero nosotros, los jóvenes, lo hemos

vivido desde hace mucho tiempo. «Váyase del parque», «acá no pueden estar», «no lo quiero ver aquí». Eso es lo que nosotros hemos comido durante años. La forma como la Fuerza Pública trata al joven de la periferia es algo supremamente marcado en todos nosotros. Y que vengas a meterle el dedo a toda la gente de la misma forma que lo haces con los jóvenes comienza a generar un rechazo colectivo, y cuando hay un chispazo, pues todo el mundo se prende. Hay un punto en el que se llena, se llena y se llena, y estalló.

En el momento que estalló, yo estaba en el barrio camellando con mis camaradas en procesos que buscan la trascendencia de ciertos grupos poblacionales con los que interactuamos, y nos fue imposible hacernos los del ojo ciego y no entrar a interactuar con la protesta. Nuestra reacción fue inmediata, como si se nos hiciera un llamado colectivo. Dijimos «meto», y ahí estuvimos. Los primeros días, simplemente desde la resistencia, desde resistir con las personas que estaban ahí. Hay cosas que, desde mi perspectiva, no pueden ser ignoradas. Por ejemplo, ver que dejan a 35 personas heridas. Eso te carga. A mí en lo personal me cargaba de ira, de furia, de frustración y de ganas de salir al otro día.

Cuando comenzamos a interactuar con el espacio humanitario, entendimos otras dinámicas paralelas al tropel. Nos encontramos una realidad política y unos nortes claros, reales, populares y dentro de la ley. Finalmente, no queríamos que nos encanaran, queríamos resistir desde nuestros derechos. Y nos comenzamos a casar con esa forma de resistir: ayudar con la olla, interactuar en los eventos, sacar una marcha móvil con los *hiphoperos*. Armamos una red de apoyo con varias organizaciones y nació la idea de crear una especie de guardia comunitaria que intentaría mitigar ciertas violencias puntuales que había en el espacio. De ahí nosotros conformamos algo que se llamaba Las Ñangas. Era como un grupo de personas del barrio que estaban a disposición de entrar a mediar violencias puntuales. También lo hicimos para limpiar nuestro nombre y mostrar la causa real por la que estábamos ahí. Justo en ese momento había todo un bombardeo mediático que lo que intentaba era desconfigurar nuestra imagen con la gente que forma su realidad a través del televisor.

Como *hiphoperos* seguimos trabajando por el barrio, por la gente, por la cultura. Intentando construir comunidad. Prevenimos las violencias entre los jóvenes: «Hey, no se den tan duro en la cabeza», «No se pongan con visajes de robar y esas vueltas», «Hagamos comida para la gente», «Hagamos una colecta para el vecino que necesita», «Montemos un lugar para que se presenten los artistas de acá», «Generemos espacios para los jóvenes del barrio».

Acá seguimos construyendo barrio, luchando, con la Policía encima, como siempre, pero sin parar, nunca parar. Por el derecho a que no nos jodan más, a que nos dejen vivir tranquilos.

Dieciséis mil hijos

Nosotros, como gente del común y corriente, del pueblo, escuchábamos: «Ve, en la Univalle hubo protestas, hubo tropel», pero no sabíamos de qué era eso, de qué se trataba. Eso era algo totalmente novedoso. Incluso no sabíamos de la existencia del Esmad ni para qué servía. Cuando ocurre esto es que empezamos a conocer lo que es la protesta de los estudiantes y lo que es el Esmad.

Jhonny era un muchacho muy callado, muy estudioso, muy inteligente. A él solo le gustaba era su química. Decía que no le gustaba ir a fiestas, salir. Era muy encerrado en su estudio. Era hincha del América, y esa era la única diversión que yo le conocía, su Mechita. Era de pocos amigos. Le gustaba el *skateboard,* esa patineta. Se dedicaba a eso y a estudiar su química. Una vez le pregunté: «Jhonny, ¿usted cuándo se va a graduar?». Y él me dijo: «Nunca, yo voy a estudiar toda la vida». Eso lo tenía claro, que iba a estudiar toda la vida. Constantemente estaba en la biblioteca, retiraba los libros de química. Se quedaba hasta las dos, tres de la mañana estudiando. El papá se asomaba a las tres de la mañana y le decía «Jhonny, acuéstese que tiene que madrugar», y a las seis de la mañana ya estaba listo para irse a la universidad. Era dedicado a su estudio. Era un estudiante destacado y casero. No había un seguimiento o un señalamiento previo hacia él. No sabíamos, ni nos dábamos por enterados que él estaba en esos grupos. Sabíamos que era un simple estudiante, pero no que era participaba de esto. No participaba de tales encuentros, ni de tales grupos.

Ese día no había clases, pero estaban haciendo unos estudios, había varios compañeros en la biblioteca. No había tropel, era un plantón. A las cuatro de la tarde se había acabado. Los que se quedaron, se quedaron estudiando. Como a las seis de la tarde dijeron «vámonos», y no contaron con que muchos de estos policías del Esmad se quedaron allá escondidos. Cuando los pocos estudiantes salieron pa sus casas, se encontraron fue de frente con los policías.

Después de eso, nos hicieron una llamada telefónica como a las seis de la tarde. Fue una estudiante. En ese momento fue que los papás nos empezamos a dar cuenta de que en las universidades, sobre todo la del Valle, había unos grupos de protesta social. De hecho, no conocíamos la Universidad del Valle. Ese día fue que empezamos a conocer gente de la universidad. Entre ellos, el sindicato fue el que más nos dio la mano en ese momento.

De ahí para acá fue desenvolviéndose el problema. La Policía empezó a embolatarnos, a confundirnos. Fue como a la semana que los estudiantes y la gente del sindicato nos consiguió un abogado y empezamos a conocer la verdad. Porque el primer día de este hecho nosotros estábamos convencidos de que había sido un estudiante el que lo había asesinado. La Fiscalía sabía qué había pasado desde el primer momento. Quién fue el que disparó, todo. Pero vos sabés que para este tipo de temas prima lo económico antes que la vida de cualquier persona. Y al

estudiante lo callan y lo callan de una forma violenta. El mismo fiscal me dijo: «Si vos te ponés a hablar de esto en medios de comunicación, te meto a la cárcel por injuria y calumnia contra la Policía».

Han pasado quince años, pero los primeros diez fueron muy difíciles. Pasamos casi cinco en este cuento y se nos olvidó trabajar. Esto nos generó un problema económico enorme. Como a los cinco o seis años volvimos a retomar las actividades. Ahora uno lo que hace es dejarse llevar a muchas invitaciones que nos hacen compañeros estudiantes de otras universidades: «Ve, vení, contá esto que pasó». Después nos invitaron de muchas universidades del país, muchos amigos de derechos humanos.

La Universidad nos dio un espacio de memoria histórica. Logramos elaborar unos libros, un poco de cositas. A los nuevos estudiante, les presentamos realmente quién era Jhonny. Muchos estudiantes nuevos llegaban y decían: «Bueno, ¿y este parque qué?, ¿esto qué quiere decir?». Esa era la tarea de nosotros, explicarles. Eso es lo que nosotros estamos haciendo en virtud de la memoria y de la lucha. En la universidad está el parque Jhonny Silva y se hizo una canción. La hemos valorizado mucho, la hemos difundido y hemos contribuido a ella. También se hicieron esculturas, murales, libros. Logramos conseguir que el laboratorio de química se llamara Jhonny Silva, el de primer semestre. Esto fue bajo decreto y tenemos esa satisfacción de tenerlo muy a la altura. Aparte de Jhonny, acá han muerto muchos estudiantes y hay mucha gente que ni la tienen presente.

El acompañamiento de los estudiantes y de la universidad ha servido mucho. Hay estudiantes que nos dicen: «Perdiste un hijo, pero te ganaste 16.000 más». Los trabajadores de la Universidad nos aprecian, nos quieren, nos apoyan. No fuimos olvidados, ni desplazados. Pero esto tiene que cambiar, no podemos seguir siendo víctimas. La gente no tiene que salir a protestar por lo que les pertenece por derecho. Y no pueden ser asesinados si lo hacen.

¡Despertamos!

Mi vida antes del paro era estar trabajando en casas de familia, haciendo aseo. De vez en cuando me llamaban a alguna venta de muñecos, de días especiales: Amor y Amistad, Día de la Madre, Día del Padre. Siempre hemos vivido acá en Siloé. Anteriormente teníamos barreras invisibles. No podíamos pasar para ciertos lados porque nos tenían amenazados. Por acá la juventud muchas veces se pierde.

En el transcurso del paro nacional, uno de los bloqueos fue en el *romboy* de Siloé. Nos integramos varios jóvenes. Allá nos reunimos con los demás, que eran de distintos sectores de Siloé. Hice contacto con una corporación de Medellín, y por medio de ellos logré hacer obras sociales: recoger algunos medicamentos, zapatos para los

muchachos de la Primera Línea y comida. Yo era la que cocinaba en las ollas comunitarias del *romboy* de Siloé. Los tres meses que duraron el paro y los plantones, estuve en la olla comunitaria.

El primer día íbamos bien. Íbamos llegando al centro, había otras movilizaciones en el sector. Llegamos y ya el centro estaba vuelto nada. Ya habían saqueado, ya habían dañado los centros comerciales, los almacenes, las estaciones de Policía. Llegamos y nos cogió el ESMAD, y nos bombardeó a gas. Nosotros íbamos a manifestar por lo justo, no a dañar. Pero salieron ciertas personas que sí iban a hacer daño. Nosotros con eso no estuvimos de acuerdo.

El 28 de abril salía lo de la tributaria. Nosotros íbamos a defender nuestros derechos, a pedir oportunidades de estudio, de trabajo. Muchas empresas nos discriminan por ser de este sector. Éramos unos 40 reunidos ahí en el *romboy*. Íbamos llegando a la Gobernación cuando nos encontramos con la Fuerza Pública. Ellos nos agreden, no preguntan ni para dónde íbamos, ni qué andábamos haciendo. De un momento a otro sentimos el gas. A una de las compañeras tocó llevarla al hospital porque se nos estaba ahogando. Ella sufre de asma. Estuvo dos días en el hospital.

Ese día fue bastante duro porque murieron tres jóvenes del sector. Tipo ocho de la noche ya se habían calmado un poco los ánimos. Uno de los muchachos dice: «Vea, ya cogieron a uno». Claro, nosotros fuimos a mirar y el niño, Daniel, decía: «¡No, yo soy menor de edad! ¡Yo no tengo nada que ver!». Y gritaba: «¡Primera Línea, ayúdeme, ayúdeme! ¡Yo soy menor de edad». Me reuní con los de misión médica a ver si nos podíamos acercar. Tratamos de cruzar por el puente verde de la galería, pero el policía nos devolvió a bala. Nos decía: «Devuélvanse, pirobos». Uno de ellos se bajó de la tanqueta y encendió a pata al niño, le pegó un tiro en una pierna. Él cayó, gritaba: «¡Ayuda, Primera Línea! ¡Ayúdenme!». Intentamos pasar varias veces, pero no fue posible. Al niño lo subieron a la tanqueta, entraron a la estación El Lido. Al rato salió la tanqueta otra vez, cuando empezó de nuevo el enfrentamiento. Empezaron a echarle candela al Dollarcity. Había varios infiltrados, personas que no habíamos visto nunca. Un joven de unos 26 años, acuerpado, mono, simpático, les decía a los que estaban quemando que dañaran todo.

Al otro día nos dimos cuenta que habían dos personas en el Dollarcity. Uno totalmente incinerado. Y también un niño. Nos dimos cuenta que era Daniel porque la familia lo vio por los videos que se montaron en las redes. Daniel tenía dieciséis años. La Policía dice que llegaron al Dollarcity y sacaron al niño para el puesto de salud. Eso es una mentira. Al niño lo sacaron al puesto de salud los pelados de Primera Línea. Allá le hicieron levantamiento el 29. Daniel había salido a trabajar en la mañana. Ese niño no tenía nada que ver en lo del Paro. La Policía dice que sí, que él estaba robando, que supuestamente él estaba encapuchado. No. Eso es mentira. Ellos le pusieron la capucha y lo tiraron ahí cuando todo mundo se fue a dormir, a descansar. Pero uno no descansaba, uno vivía con el helicóptero encima, con la Policía rondando por todo el sector. Sentía mucha impotencia de ver cómo estaba la Policía en contra de nosotros. Ellos

también son colombianos y también los afecta la reforma. Me sentía como maniatada de tener que quedarme en la casa y no poder seguir luchando por un derecho.

Tomamos la decisión de permanecer con los bloqueos por tanta injusticia que hubo en el Paro. Por todos los muchachos que mataron. Por el derecho a tener un trabajo digno, a tener cómo estudiar, y no que el estudio solamente sea para las personas que tienen plata. Se la pasaban diciéndonos: «¿Usted qué va a ir a hacer por allá? No se arriesgue, usted tiene un hijo. ¿Qué hace usted a las diez, once de la noche por allá? Mire el niño, está muy pequeño». Yo seguí allí con lo mío. Mi propósito es cambiar un poquito este país. Son muy pocas oportunidades las que hay, y las tienen los niños de papi y mami. Yo sí quiero darle un buen estudio a mi hijo, ofrecerle algo.

Todavía existe el roce con la Policía, yo soy una que no me dejo ver. Hay uno que ya me tiene, mejor dicho… Me la monta por todo. Cuando lo veo trato, de esquivarlo.

La verdad, los jóvenes despertaron. No queremos más injusticia. Tenemos muy claro que para las votaciones no se van a vender votos por un bulto de cemento, por unos ladrillos. Eso es lo que han hecho los mayores en años anteriores. El paro fue muy importante porque me di cuenta de muchas cosas. Mi meta es ayudar a nuestros niños. Yo estoy en proceso de formar una fundación, de hacer un parque para niños, ya que en la comunidad no lo hay. Tengo varias personas que me están ayudando. Yo hago comida, llevo comida a las personas que más lo necesitan, que son nuestros habitantes de la calle mayores.

Mi vida ha cambiado en muchas cosas y ya me conocen como una líder de la zona. Siempre voy de la mano de la comunidad. Si necesitan enterrar a algún familiar, se hace la gestión para conseguir una parte del dinero. Ya se han visto mucho mejor las cosas. La relación con la comunidad, con los jóvenes… De pronto había días que no podían ver a la Policía porque ahí mismo le estaban tirando piedras. Ahí es cuando yo entro a actuar y les digo: «Bueno, ¿qué piensan? ¿Qué es lo que pasa? ¿Van a volver a botar todo? Quedémonos quietos que estamos por buen camino. No alborotemos problemas». Nos hubiera gustado cambiar, no tener tanto enfrentamiento con la ley. Que no hubiera habido tantos jóvenes muertos.

Me gustaría que nos recordaran como muchachos luchadores por sus derechos. Que nos bajaran de ese título de vándalos, ladrones. Somos personas que han despertado y no nos vamos a dejar robar más. Estamos cansados del Gobierno. Nosotros queremos una reforma absoluta a la Policía, desde altos mandos hasta patrulleros. Muchas personas nos ven como guerreros y otros como delincuentes. Muchas personas nos discriminan. No era la meta de nosotros hacer daños, robar. Lo de nosotros era luchar por los derechos y por el barrio.

La paz de los barrios

Nos decidimos unir al paro como brigada médica. Aún estamos haciendo acompañamiento. Empezamos el 5 de mayo y no pensamos que fuera a tener tanto alcance. Sobrepasó lo que teníamos planeado. Nuestro grupo fue muy bonito y entregado al trabajo. Al comienzo se atendían únicamente heridos. Después ya nos empezaban a buscar para citas médicas. Las personas acá en estos barrios no tienen un Sisbén, no tienen acceso a la salud y nos buscaban para que el médico los atendiera.

Éramos tres brigadas médicas metiéndole el corazón. Había mucha ausencia del Estado en cuanto al cuidado de los protestantes. Sin nosotros y nuestro trabajo voluntario, hubiesen habido más pérdidas de ojos, de vidas. Nosotros los atendíamos a tiempo y por eso nos perseguían. Estábamos terminando la jornada y el dron mantenía sobre nosotros. El Esmad se tiraba a cogernos, nos empujaba y golpeaba. Aunque nosotros los atendíamos también. Atendíamos al ser humano, sin importar si era protestante o policía. Pero eso ellos no lo veían.

Los muchachos no confiaban en nadie. Para ellos todos eran infiltrados. A la hora de sentirse heridos, que no podían caminar o mirar, ahí sí se dejaban atender. Eran personas que uno olvidaba porque estaban cubiertos por completo. Después era muy lindo que de repente te abrazaran y te dijeran «gracias». Ahí uno dice «qué cosa bonita esta de ayudar a la gente, de inventarse la paz de los barrios».



Mapa de la escucha

Esta infografía presenta la caracterización de los testimonios que hacen parte del tomo testimonial, en su versión impresa. La información se divide en dos secciones:

A. Escucha total realizada por el equipo de trabajo a testimonios que fueron recabados por los y las investigadoras de la Comisión de la Verdad y alojados, posteriormente, en el Sistema de Información Misional, repositorio de la institución.
B. Datos de las historias seleccionadas por el equipo para habitar el tomo testimonial.

Algunas claridades:

1. El número de historias y fragmentos que habitan el tomo testimonial puede diferir en cantidad frente a otras variables reportadas, debido a que una historia o fragmento puede estar asociada a:
   - Una o más experiencias de violencia
   - Uno o más responsables
   - Uno o más departamentos
   - Uno o más años de ocurrencia de hechos
2. El número de historias y fragmentos difiere del de testimoniantes debido a que una o más personas pudieron haber narrado una misma historia o fragmento.
3. Los datos «sin información» aluden a que en algunas ocasiones las personas no dieron respuesta a las preguntas de caracterización de los formatos aplicados por la Comisión de la Verdad, o a que estos formatos no fueron diligenciados exitosamente por las y los investigadores que realizaron la entrevista.

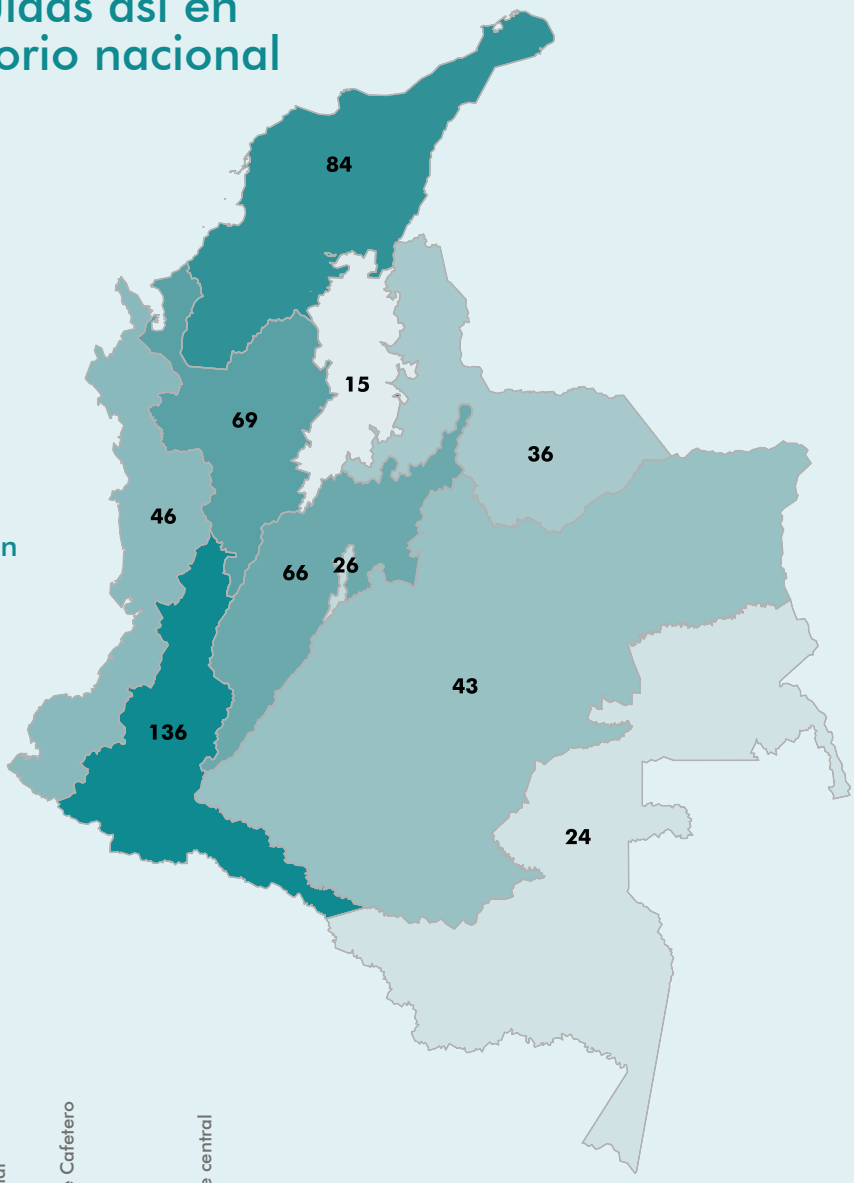
TOMO TESTIMONIAL COMISIÓN DE LA VERDAD

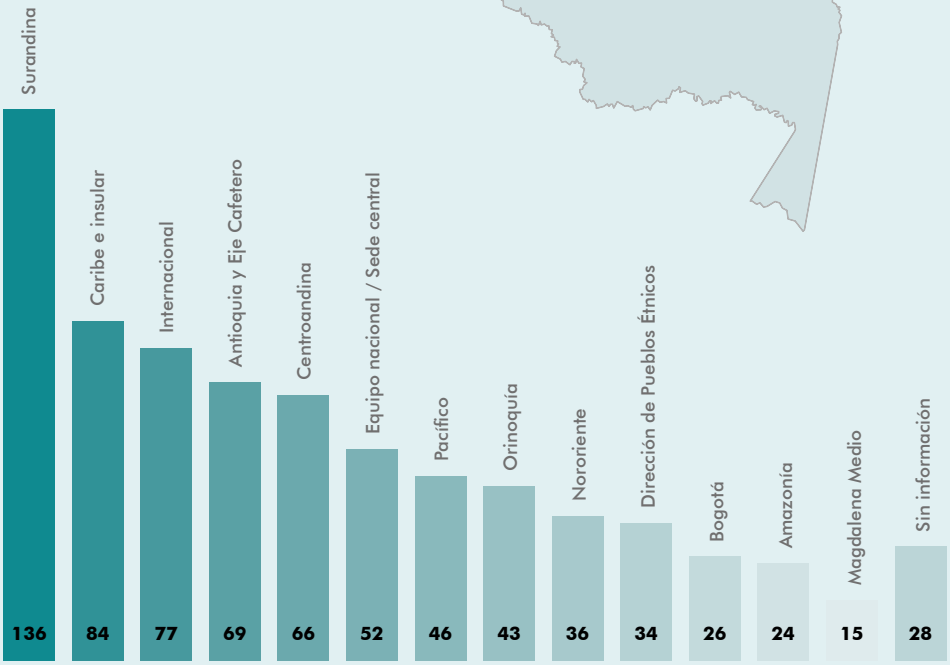
Para construir el tomo testimonial, el equipo de trabajo escuchó:

1.150 PERSONAS

Distribuidas así en el territorio nacional

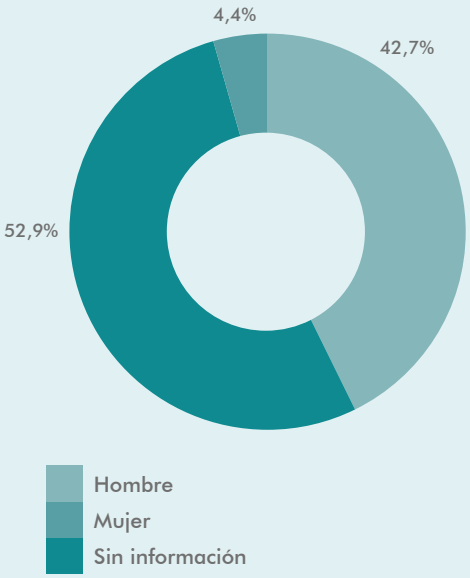
Macrorregión

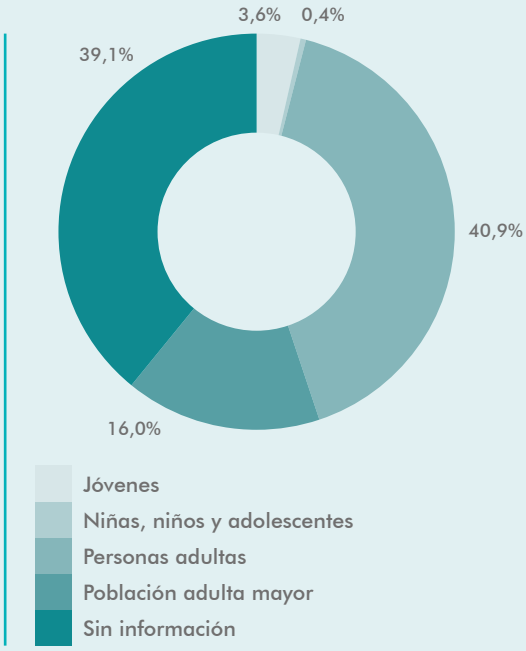




Las historias y fragmentos que integran los tres libros del tomo testimonial

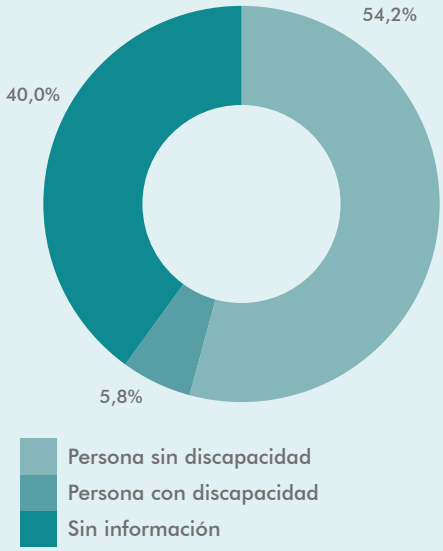
	CONTIENE	NARRADOS POR
EL LIBRO DE LAS ANTICIPACIONES	63	69
EL LIBRO DE LAS DEVASTACIONES Y LA VIDA	139	123
EL LIBRO DEL PORVENIR	61	88
TOTAL	263 HISTORIAS Y FRAGMENTOS	280 TESTIMONIANTES

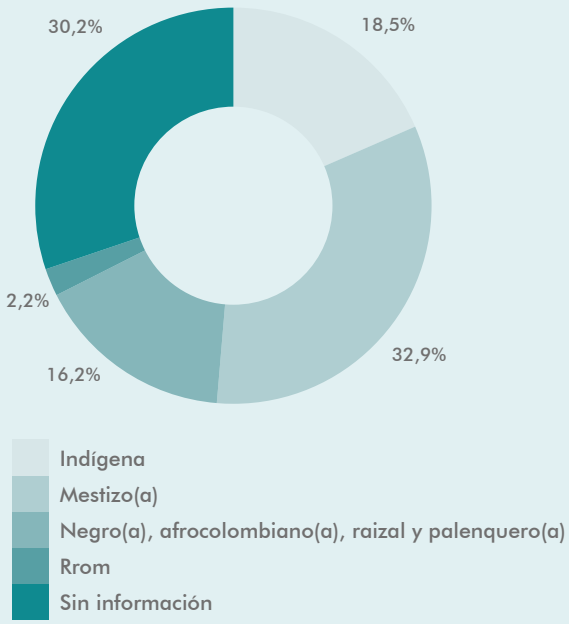




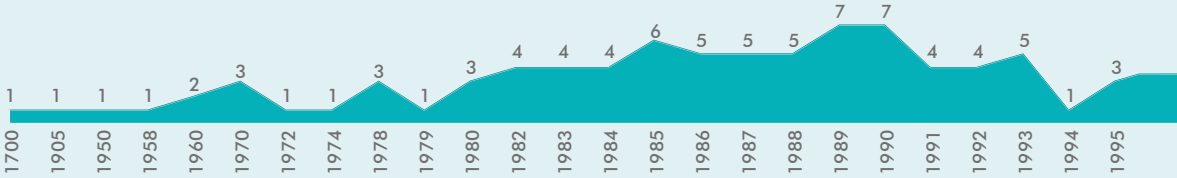
QUIENES TESTIMONIAN SON:

Campesinos(as)
Líderes(as) sociales
Empresarios y comerciantes
Docentes y estudiantes
Jóvenes
Sindicalistas
Funcionarios(as) públicos
Integrantes de organizaciones de víctimas
Representantes de organizaciones sociales y étnicas
Gestores(as) culturales
Población indígena
Población negra y afrocolombiana
Población raizal y palenquera
Población rrom
Población LGBTIQ+
Defensores(as) de derechos humanos
Periodistas
Psicólogos(as) y trabajadores(as) sociales
Religiosos(as)
Amas de casa
Artesanos(as)
Militantes de partidos políticos
Exintegrantes de la fuerza pública
Exintegrantes de las FARC-EP
Exintegrantes de las AUC
Exintegrantes del M-19
Familiares de víctimas
Familiares de exintegrantes de grupos armados
Población víctima

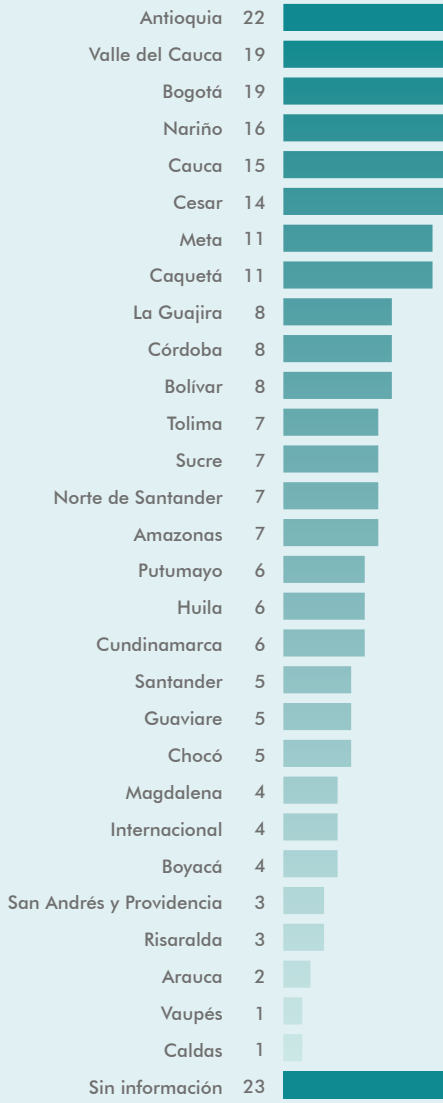


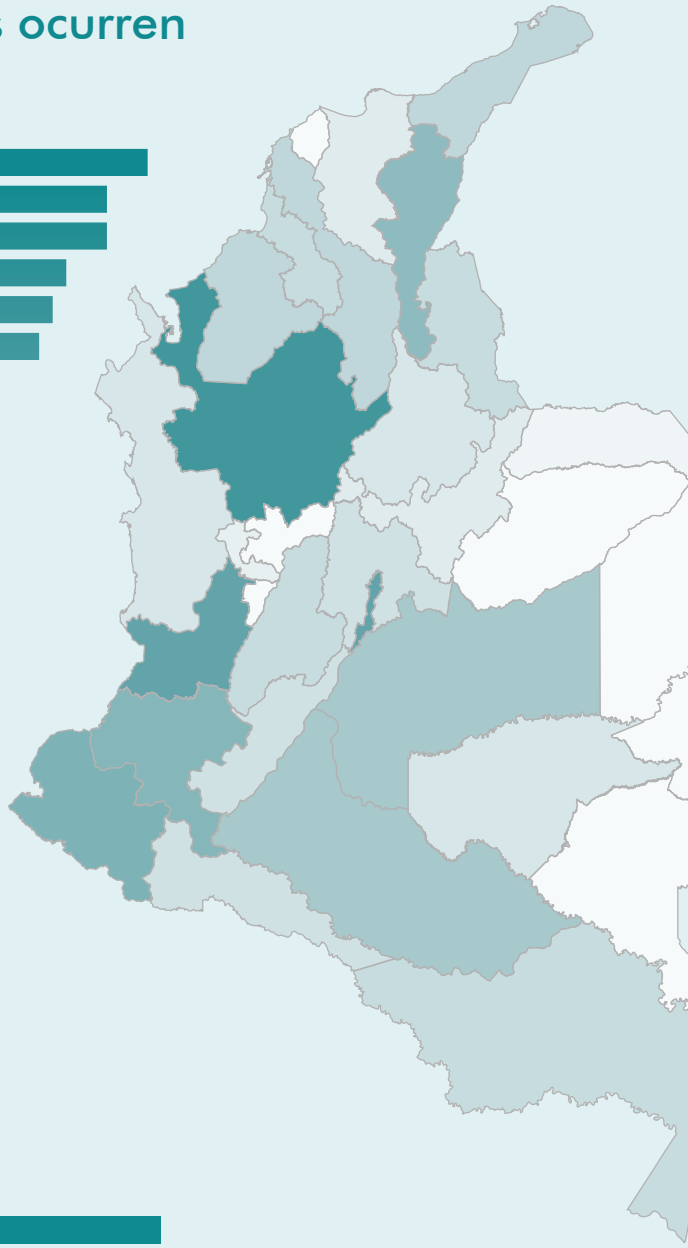


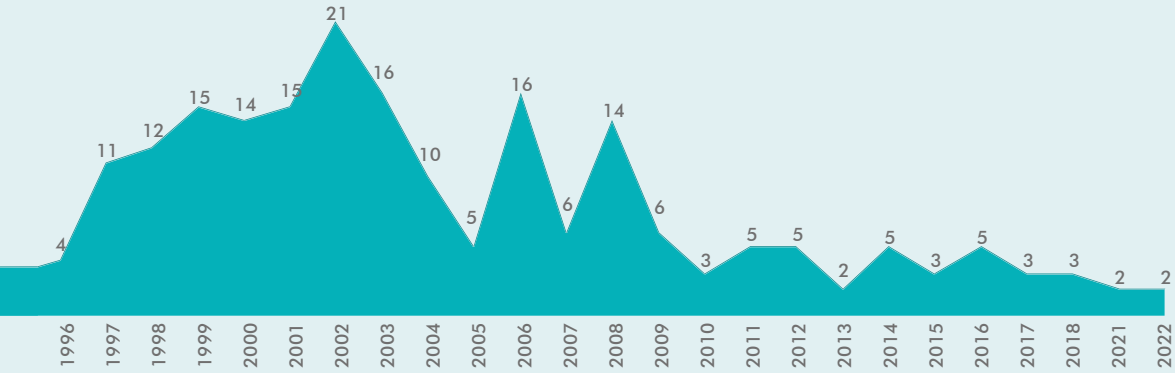
Los hechos narrados ocurren así en el tiempo



Los hechos narrados ocurren en el territorio

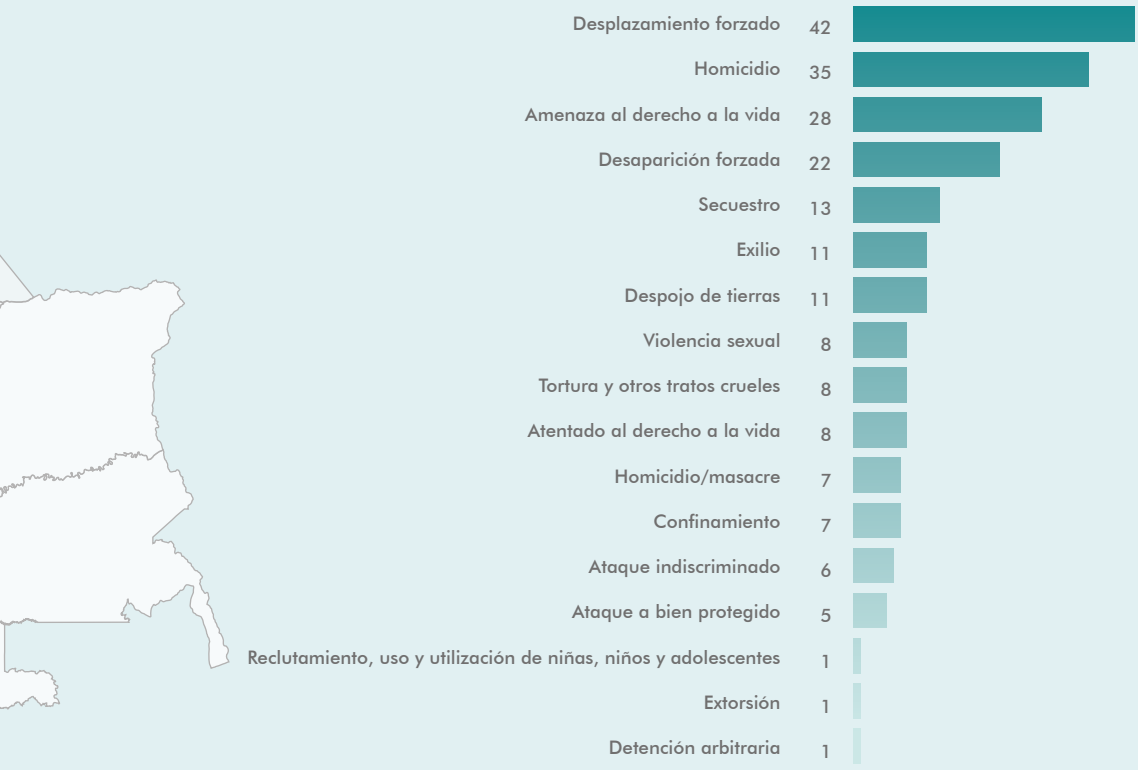




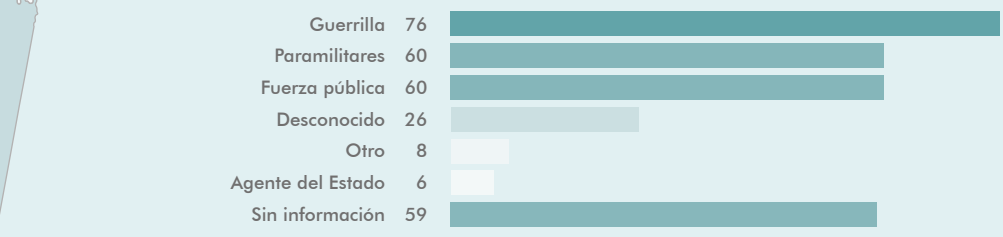


Experiencias de violencia y responsables

Experiencias de violencia



Responsables



Las voces y las fotografías del tomo testimonial

El libro de las anticipaciones

Qué le pasó a mi hijo

«Papi, no te lleves esa bicicleta». 644-VI-00001. Una madre y lideresa recuerda la petición de su padre antes de morir: no llorar por él, sino por quienes quedaban vivos, especialmente por las madres, al rememorar una incursión paramilitar en su barrio.

«Dolor en el ombligo». 139-VI-00115. Un dolor en el ombligo fue el indicio para que la madre de un militar entendiera que algo le había sucedido a su hijo.

«Yo tuve esta pesadilla». 429-CO-00338. Una mujer narra, junto a sus dos hijas, cómo tras una pesadilla comienza la búsqueda de su hijo, quien estaba en el Ejército.

«Mamá, yo no voy a volver». 194-VI-00026. Una lideresa, madre de un militar, recuerda la forma en que su hijo se despidió de ella.

«Un día de estos va a cambiar la vida». 411-VI-00001. Una madre recuerda la difícil situación económica de su hogar por la que su hijo decidió irse con unos desconocidos.

«Dani, no se vaya». 769-PR-02590. Una lideresa cuenta por qué no confiaba en la persona que le ofreció trabajo a su hijo y tuvo un mal presentimiento.

«Corazonada de madre». 237-VI-00027. Una mujer les pidió a sus hijos que no se fueran a trabajar, pues presentía que no iban a volver.

«De pronto no haya sido mi hijo». 195-VI-00002. Una mujer presintió la muerte de su hijo, a quien los paramilitares desaparecieron y luego asesinaron, según palabras de ella, por ser del «gremio LGBTI».

Algo me atravesó

«Llegaba a la casa». 628-VI-00009. Una joven de Tumaco comparte un don con otras mujeres de su familia, el cual les ha permitido presentir muertes o comunicarse con sus familiares asesinados.

«Estrujón». 194-VI-00086. Un exintegrante de la fuerza pública habla de la sensación que lo atravesó antes de pisar una mina.

«Pasaron muchas cosas de muchas maneras». 565-VI-00011. Un líder social habla del escalofrío que sintió justo antes de un atentado contra su vida.

«Ya está para hacer llover». 139-VI-00003. Un campesino habla de la sensación que lo invadió cuando un miembro de la guerrilla entró a su casa buscando a su yerno.

«Aleida». 047-VI-00097. Una afrocolombiana presintió el asesinato de una conocida suya luego de ver que una bala atravesaba a un perro.

«De ahí en adelante me mataron». 159-VI-00026. Una campesina confirmó su temor luego de que el perro que acompañaba a su esposo volviera solo a la casa.

¿Escuchaste eso?

«Monstruo blanco». 427-CO-00208 y 427-VI-00013. Una pareja de campesinos recuerda la llegada del jefe paramilitar Carlos Castaño en un helicóptero blanco como el anuncio del terror que los terminaría desplazando.

«En la boca del lobo». 199-VI-00018. Una maestra rural indígena habla de las amenazas y de las invasiones de grupos guerrilleros y paramilitares a las escuelas en las que trabajaba en el Putumayo.

«Amor, párese». 175-AA-00004. Una mujer, exintegrante de la guerrilla de las FARC, cuenta su historia de amor durante la guerra y la última conversación que tuvo con su compañero.

«Prepárate que algo se avanza en el camino». 1060-HV-00167. Una excombatiente de las FARC cuenta cómo conoció a su compañero siendo parte de la guerrilla; relación que se mantiene luego del Acuerdo de Paz y que ahora incluye dos hijos.

«Eso a uno no lo dejaba dormir». 070-VI-00093. Una mujer del Cauca narra la zozobra que traían los favores que la guerrilla le pedía.

«¡Hermano, desaparézcase ya de ahí!». 229-VI-00015. Una artesana tuvo que salir de su pueblo junto con su esposo, luego de ganarse un chance y de que las FARC recelaran de su sorpresiva prosperidad.

«Dígales que se vayan». 032-VI-00029. Una campesina, madre de dos jóvenes que se volvieron objetivo militar por negarse a traficar drogas.

«¿Qué nos querrán decir?». 353-HV-00012. Un hombre paisa narra sus inicios como sindicalista y las amenazas y las muertes que sufrieron él y sus compañeros.

Interventores divinos

«Como si Dios se fuera a acordar de mí». 041-VI-00024. Una docente antioqueña reafirma la conexión vital que tenía con su hermano en el momento en que lo matan los paramilitares.

«Tres credos y una salve». 038-VI-00121. Un campesino cuenta cuáles fueron las oraciones que lo salvaron después de que los paramilitares lo señalaran de guerrillero por haber pintado una escuela.

«Fue una cosa divina». 227-VI-00038. Un campesino tuvo que pagarle la promesa al Milagroso de Buga luego de que lo salvara del fuego cruzado entre las FARC y el Ejército.

«Como una revelación». 112-VI-00012. Una mujer relata los sueños y las apariciones de la Virgen que le advirtieron de la incursión de los grupos armados a su territorio.

«El crucifijo». 294-VI-00006. Una mujer que trabaja en el comercio de Buenaventura cuenta que la Policía le desapareció al hijo.

«La consejera Tachi Nave». 320-EE-00018. Tres hombres de la comunidad indígena wounaan narran la oleada evangelizadora en su territorio; la consejera Tachi Nave, enviada del dios Ewandam, ha llegado para protegerlos.

Emisarios de la naturaleza

«Los árboles tienen un espíritu». 461-PR-00326. Un escritor indígena comparte las leyes indígenas ancestrales que enmarcan su comprensión de las muertes por la guerra.

«En el campo le daban interpretaciones a eso». 140-VI-00053. Un campesino, perteneciente a la Academia de Historia de Neiva, habla de su niñez en el campo y de cómo la guerra permeaba la cotidianidad rural.

«Pa poderme ir a dormir tranquilo». 195-VI-00037. La hija de un enfermero cuenta que un ave de la muerte le anticipó el asesinato de su padre, quien había sido obligado a atender a unos paramilitares heridos.

«Tomar la delantera». 225-VI-00030. Una campesina recuerda al perro que le salvó la vida en un campo minado.

«Un dolor y el pájaro de la muerte». 253-VI-00023. Una indígena habla de lo que le advirtió que Los Masetos iban a secuestrar a su esposo.

«Usted está amarradito a mi vida». 194-VI-00002. Una mujer retirada de la Policía, viuda de un suboficial miembro del Comando Jungla que murió por un explosivo que lanzó la guerrilla a su campamento, dice que sintió la muerte de su esposo cuando un enjambre de abejas entró al pasillo del batallón donde lo esperaba.

Ironía de la muerte

«La *womaipa*». 237-VI-00061. Un antropólogo wayuu explica la conexión vital que hay entre su pueblo y su territorio, y el porqué es vital permanecer en él.

«Fueron cayendo como moscas». 580-VI-00003. Una artista, militante del Partido Comunista de Colombia, hace el recuento de sus exilios por la persecución del grupo MAS y de agentes estatales.

«Como si la muerte le dijera qué hacer». 139-VI-00096. Una estudiante, hija del presidente del Concejo Municipal de Tarqui en el 2000, cuenta el asesinato de su padre a manos de las FARC.

«Ese día su cara brillaba». 107-VI-00002. Una militante de la Juventud Comunista narra desde el exilio la persecución y tortura de su esposo por parte del DAS y el Ejército, y la experiencia de tener a su hija durante la desaparición del padre.

«Anoche estuvimos y no amanecimos». 058-VI-00023. Una campesina recuerda a su esposo asesinado por el MAS en 1980.

«No me quiso decir que era él». 280-VI-00001. Una joven del Guaviare que se resistía a ser reclutada por los grupos armados narra el suicidio de un amigo guerrillero al que le prohibieron visitar a la madre.

«Semana de gracia». 132-VI-00012. Una lideresa ambiental narra la única despedida de su esposo militar, quien tenía la costumbre de no despedirse porque daba por sentado que iba a volver.

«Como una finca sin agua». 195-VI-00025. La hija de una lideresa social de Puerto Triunfo recuerda la despedida que le hizo el barrio a su madre asesinada por las AUC.

Cuando el mundo se bifurca
Epílogo a El libro de las anticipaciones

«Mayra». 088-AA-00002. Una joven del sur de Bolívar cuenta el cruce de situaciones que la llevaron a ingresar a la guerrilla.

«Eliseo». 075-AA-00003. Un barequero tuvo que desplazarse para buscar otras posibilidades de vida.

«Alminda». 238-AA-00001. Una indígena kankuama ingresó a las FARC a una edad muy temprana, lo cual le permitió formarse dentro de la organización.

«Inés». 075-AA-00002. Una joven fue regalada por su madre.

«Steven». 411-PR-00309. Un joven de Medellín perdió a toda su familia en la catástrofe de Villatina y tiempo después fue amparado por las AUC.

«La Mona». 1060-HV-00161. Una universitaria que fue reclutada por las AUC cuando se desplazaba para Villavicencio.

«Anita». 1060-HV-00155. Una joven recuerda que su madre la abandonó y la dejó a merced de su padre, lo que la obligó a tomar decisiones cruciales en su vida.

«Alonso». Intervención pública, Espacios de Escucha de la CEV. Un abogado se manifiesta en contra del servicio militar obligatorio luego de haber sido educado en un colegio militar.

«José». 194-VI-00035. Un militar relata las consecuencias que trajo el asesinato de sus familiares por parte de agentes del Estado y de las guerrillas.

«Andrés». 150-AA-00001. Un joven del Tolima ingresó desde temprana edad a la guerrilla.

«Carlos». 428-AA-00428. Un hombre del Quindío se fue al Caquetá, donde decidió ingresar a la Policía animado por su hermano.

«Andrea». 266-AA-00002. Una mujer ingresó a la guerrilla después de que los paramilitares desaparecieran a su papá.

«Miguel». 098-AA-00001. Un hombre tuvo que vivir diferentes desplazamientos en su infancia por culpa de la persecución política que sufría su familia.

«Pedro Pablo». 230-AA-00004. Un hombre recuerda lo que implicó para su cotidianidad el hecho de recibir amenazas del Ejército.

«Nelson». 565-AA-00002. Un policía trata de desentrañar las dinámicas del territorio en el que se crio y que lo llevaron a ser esa persona.

«Ángela». 1136-HV-00163. Una mujer cuenta por qué ingresó al Inpec.

«Stefany». 1060-HV-00162. Una joven relata su ingreso al Ejército después de obtener el título de bachiller.

«Doña Julia». 654-VI-00025. Una mujer es víctima de desplazamiento forzado y del reclutamiento de varios de sus hijos por parte de grupos armados.

«Doña Constanza». 073-VI-00012. Una mujer recuerda el último instante en que vio a su hijo.

«La reina del monte». 1376-CI-02066. Diana Carol Forero, poeta testimoniante.

Momentos crepusculares - fotografía testimoniante

«A machete pelao». 1930196-FS-62 y 1930196-FS-25. Juan Orrantia, fotógrafo con testimoniante. Se transitan los paisajes vacantes que deja la violencia sexual: fragmentos, memorias e imaginarios del patriarcado y la violencia en un pueblo de la Sierra Nevada de Santa Marta que por muchos años olía a cocaína.

«Cicatrices». 1930217-FS-69. Marcos Guevara, fotógrafo testimoniante. Las cicatrices en el cuerpo y el territorio. En esta propuesta, el cuerpo humano se convierte en un escenario de memoria, y en ese sentido es un reconocimiento a las personas que llevan rastros del conflicto armado en sus organismos.

«Un momento de calma y de música». 1930218-FS-45. Archivo de las FARC-EP. Pieza perteneciente al Álbum de Mujeres Farianas que compiló Carmenza Castillo. Una serie de rostros sonrientes, recuerdos de vida, de niñez y de juventud; gestos de reconocimiento a sus padres y a sus familias.

«En busca de la esperanza». 1930220-FS-57, 1930220-FS-81 y 1930220-FS-117. Georgina Montoya, fotógrafa testimoniante. Relata el preámbulo del exterminio de la UP con registros de un álbum familiar, cartas, objetos, carteles, propaganda política y fotografías de fiestas sindicales. Un conjunto de objetos que, intervenidos, juntos, muestran la relación de Mercedes, su madre, y la Unión Patriótica.

«Madres Terra». 1930221-FS-70 y 1930221-FS-33. MAFAPO y Carlos Saavedra, fotógrafo con testimoniante. Telas bordadas por Cecilia Arenas, hermana de Alexander, víctima de «falso positivo». MAFAPO es la organización de las madres cuyos hijos fueron secuestrados por el Ejército, asesinados y disfrazados como guerrilleros para engrosar el récord de resultados.

«Sillas de guerrilleros personalizadas a manos de sus dueños». 1930222-FS-46 (múltiples códigos). Federico Rios Escobar, fotógrafo con testimoniante. Serie de fotografías de las sillas que bordaron, a veces con nombres de sus familiares, miembros de las FARC-EP para descansar durante la guerra en los Llanos del Yarí, Caquetá.

«Todas las hojas son del viento». 1930223-FS-120, 1930223-FS-11 y 1930223-FS-96. Víctor Galeano, fotógrafo con testimoniante. Este camina por las montañas y los bosques de la vereda Brasilar, en el municipio de San Jacinto, Bolívar, para visibilizar los esfuerzos de restauración de bosques que realizan las familias en la vereda.

«Mercy». 1930224-FS-73, 1930224-FS-36 y 1930224-FS-23. Andrés Cardona, fotógrafo testimoniante. Luz Mercy Cruz Ortiz, madre del fotógrafo, fue asesinada y desaparecida en el año 1993 por las Fuerzas Militares de Colombia en lo que se denominó la Masacre de El Vergel. Ella era una joven de 22 años y pertenecía a la Unión Patriótica. Cardona recuerda ese y otros cuerpos ausentes de sus familiares.

«Encontrando a Estela». 1930225-FS-85, 1930225-FS-109 y 1930225-FS-49. Cindy Muñoz Sánchez, fotógrafa testimoniante. Se reconstruye, mediante intervención fotográfica, autorretrato, collage y dibujo, el camino vital que recorrió la madre de la fotógrafa antes de que fuera desaparecida.

El libro de las devastaciones y la vida

Cuaderno I - los lugares rotos

Diálogos con la naturaleza

Mensajes de La Sierra

«El lugar de lo sagrado» y «¿Y qué es la violencia?». 1136-CO-00908. Un arhuaco traduce las palabras de un mamo durante una conversación sobre el perdón y la reparación en el Cesar.

«¿Su paz?» y «Violencias que no terminan». 1136-CO-00908. Un arhuaco traduce las palabras de un mamo durante una conversación sobre el dolor infligido a la Madre Tierra, en Santa Marta.

Paisajes que cambian

De cráteres y animales

«Envenenados» y «Tierra sacudida». 276-VI-00020. Un profesor, exmilitante de A Luchar, narra lo que implicaba el paso a caballo de la guerrilla por el Huila.

«Fuego cruzado» y «Fortalezas de barro». 274-VI-00003. Un hombre de San José del Guaviare recuerda a sus animales asesinados por explosivos y los remanentes de la estadía del Batallón del Ejército.

«Huellas». 200-VI-00036. Un exsoldado profesional habla de las heridas sobre su cuerpo y el territorio que dejó la explosión de una mina antipersonal.

«Guindar». 059-VI-00008. Un pequeño ganadero, funcionario del Incora, advierte de los artefactos explosivos que se quedaron agarrados de los árboles después del ataque guerrillero a una patrulla del Ejército.

Las fronteras del océano

«Un mangle que no crece», «Olores de la guerra», «Un retrato», «Raíces vestidas de muerte», «Biologías de la violencia» e «Invasores». 1247-CO-00931. Sabedoras

y sabedores afrocolombianos hablan del daño infligido al manglar de San Cipriano por los actores armados ilegales y las acciones estatales.

Fragmentos del río

«Chapoteos». 1174-CO-00987. Una mujer y un hombre del Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (Cocomacia) narran la transformación de las prácticas de las comunidades negras en torno al río como resultado de la violencia.

«La fosa». 070-PR-00891. Una mujer negra de Buenos Aires, Cauca, narra la transformación de un río en cementerio por la presencia de los paramilitares.

«La culpa no es del río». 044-VI-00013. Una mujer negra perteneciente a una organización de víctimas explica que no es culpa del río que los paramilitares lo hayan convertido en cómplice de la guerra.

«La Mamá de los Muertos». 769-PR-02840. Una mujer de Marsella, Risaralda, recibió el sobrenombre de la Mamá de los Muertos por recuperar algunos de los cadáveres que bajaban por el río Cauca.

Las sombras del progreso

«El cacao que mató al chocolate», «¿Caña parada por caña negra?», «La masacre de las gallinas», «Los entables nómadas», «La batea y unos cachos» y «El peón de entable minero». 1174-CO-00987. Líderes y lideresas del Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (Cocomacia) rebaten las políticas estatales que han devastado la naturaleza de su territorio.

«Cultivo de negros». 1023-EE-00127. Una mujer del Consejo Comunitario Mayor del río Anchicayá comenta que las fumigaciones al territorio perjudicado a la población y a los cultivos nativos.

«¿Ya uno con qué ganas?». 044-VI-00013. Una mujer de Telembí, Nariño, muestra las marcas que le ha dejado la minería de oro a su territorio.

La muerte de las sabedoras y los ancianos

«Que no se acaben nuestras sagas». 238-VI-00062. Una indígena wiwa cuenta que la violación de un soldado a una niña que se estaba preparando para ser autoridad tradicional desincentivó la preparación de otras niñas con este fin y secó una laguna.

«Médico tradicional no tenemos». 208-CO-00428. Dos hombres indígenas dialogan sobre lo que implica la pérdida del médico tradicional para su comunidad tras su asesinato por los paramilitares.

«La palabra del tabaco, la coca y la manicuera». 1247-EE-00291. Dos hombres uitotos pertenecientes al Consejo Regional Indígena del Medio Amazonas hablan de las enseñanzas que el creador les dejó en las plantas ancestrales.

«Y ese desbalance, ¿cómo se arregla?» y «La palabra recogida». 1136-CO-00908. Un arhuaco traduce las palabras de un mamo en la Sierra Nevada de Santa Marta, quien explica la importancia de los mamos como líderes espirituales de su pueblo.

Espíritus testimoniantes

«Desde el techo del cosmos» y «Energías de paz». 1134-HV-00176. Un médico tradicional y traductor de la etnia indígena andoque cuenta que los espíritus habitan la naturaleza y cómo armonizan con ellos.

«Espíritus incorpóreos». 1247-EE-00290. Un médico tradicional y traductor andoque habla de la tristeza que sienten los seres de la naturaleza con la destrucción infligida por el ser humano.

«Dos esmeraldas». 1246-VI-00001. Una ambientalista de nacionalidad estadounidense narra, veintidós años después, lo que significó para ella y para la tierra el asesinato de su compañero junto con otros dos indigenistas a manos de las FARC.

«Verdades del monte». 1247-CO-00931. Un hombre negro, sabedor y habitante del pacífico colombiano, habla de los secretos y las verdades que atestigua y guarda el monte, y de las estrategias que tiene para sanar el territorio.

Lo inhabitable

«¿Cómo eran las carpas?». 856-EE-00313. Tres mujeres pertenecientes a la comunidad rrom cuentan que sus tradiciones se han perdido y transformado debido al desplazamiento forzado y el confinamiento al que las sometieron los diferentes actores armados.

«A la gente todo le quitaban». 377-HV-00097. Un afrocolombiano, líder social e integrante del Consejo Comunitario Integración del Telembí, narra cómo la guerrilla y los paramilitares despojaron a las negritudes en sus territorios, incluso de sus formas de peinarse.

«Así entró la guerra - colección de fragmentos». 441-VI-00004 / 031-VI-00014 / 377-HV-00141. Una indígena uitoto, una lideresa campesina y una joven recuerdan el encierro al que las confinaba el control de los grupos armados sobre su territorio.

«Todo se fue amarillando». 416-VI-00001. Una campesina del Putumayo, esposa de un cultivador de coca, cuenta las dinámicas de la guerra que los desplazaron y la falta que le hace el campo.

«La finada laguna del Lipa». Una mujer nacida en Arauquita narra cómo, tras la explotación petrolera, la laguna del Lipa se seca y el departamento de Arauca empieza a presentar escasez de agua y alimento.

«Villarrica». 616-VI-00002. Una mujer habla de la toma guerrillera de Villarrica, que en 1999 la obligó a exiliarse con su familia en Canadá.

Vivir moviéndose

«Aquí, en tierra prestada». 703-VI-00003. Un palenquero, líder del Consejo Comunitario Macancamaná de San Basilio de Palenque, narra el desplazamiento causado por los paramilitares en la vereda de La Bonga en el 2001.

«La vida como un libro». 266-AA-00002. Una excombatiente de las FARC habla de su encarcelamiento, el embarazo en ese encierro y su liberación luego del Acuerdo de Paz.

«Películas de Vietnam». 311-VI-00002. Un exintegrante de la Policía cuenta la cotidianidad del secuestro del que es víctima después de la Toma de Mitú realizada por las FARC en 1998 y los mensajes de radio que se enviaba con sus familiares estando en cautiverio.

«Así sea un minuto de cárcel, no deja de ser cárcel». 237-AA-00002. Un excombatiente de las FARC recuerda su encarcelamiento y las comunidades que se formaban dentro de la cárcel debido a su identidad como miembro de esa guerrilla.

«De coordenadas no me pregunte». 278-VI-00030, 314-VI-00003 y 166-VI-00010. Tres jóvenes relatan su experiencia durante la Operación Berlín, realizada por el Ejército contra las FARC a principios del 2000 en Norte de Santander.

«El otro corazón de la oscuridad». 221-VI-00028. Un hombre de la etnia indígena pastos, perteneciente al Cabildo La Montaña y que trabajaba en un cultivo de coca, narra las amenazas del ELN que lo obligaron a desplazarse.

«Providencia». 1101-VI-00002. Una afrocolombiana narra su desplazamiento y posterior exilio al recibir amenazas de la guerrilla en la vereda La Viña, Nariño.

La llegada

«Acá y allá». 291-VI-00001. Un hombre que hace parte de un colectivo de migrantes narra la huida de su esposa e hijo por las amenazas de un grupo paramilitar y los impactos de su exilio en Argentina.

«Éxodo». 229-VI-00103. Un campesino narra el desplazamiento masivo que emprenden él, su familia y algunos vecinos de la vereda La María en 1999 una la acción paramilitar.

«Yo no te puedo seguir más». 050-VI-00001. Una pareja de profesores habla de su exilio a Canadá a raíz de las constantes amenazas hechas por paramilitares.

«Tabaco, un pueblo en el aire». 238-VI-00057. Una afrodescendiente de La Guajira cuenta el desplazamiento de la comunidad de Tabaco, que fue despojada de su territorio por el Ejército y la Policía en favor de una multinacional minera.

Los teatros del horror - intermedio

«Los teatros del horror – Colección de relatos». 246-AA-00001, 235-AA-00002, 185-PR-03211, 185-PR-03211 y 185-PR-03211. Unos militares retirados que participaron en los llamados «falsos positivos» explican las estrategias con las que asesinaban y luego hacían pasar a las víctimas por bajas en combate.

«Por tu silencio». 251-VI-00021. Desde sus 73 años, hasta el día de su muerte, el padre de un subcomandante del Ejército se parqueó con su furgoneta en la Av. Séptima con Jiménez de Bogotá para pedir que se esclareciera y se hiciera justicia por el asesinato de su hijo, quien se opuso a participar en las ejecuciones extrajudiciales de 2006 en Norte de Santander.

Cuaderno II - cuerpos fisurados

La vida de quien busca

«Uno sabe quién es su hijo». 1003-VI-00002. Una mujer cuenta cómo se convirtió en defensora de derechos humanos luego de que le desaparecieran a su hijo en Soacha.

«Cajita de huesos». 169-VI-00045. Una campesina de Norte de Santander recuerda la experiencia de buscar los cuerpos de sus hijos desaparecidos por el Ejército y los paramilitares.

«Siquiera un adiós». 419-VI-00011. Un padre añora encontrar el cuerpo de su hijo desaparecido por el ELN en San Andrés de Tumaco.

«Entre Fonseca y Barrancas». 237-VI-00043. Una lideresa en el Caribe fue desplazada por su activismo y recurre a sueños y saberes ancestrales para encontrar el cuerpo de su esposo desaparecido.

«El mar de los desaparecidos - colección de fragmentos». 795-CO-00876. Mujeres raizales recuerdan la llegada del narcotráfico a la isla de San Andrés y la devastación que esto trajo a sus vidas.

De muertes y sobrevivencias

«La muerte del jinete». 057-VI-00006. Una mujer cuenta la fantasía con la que, de niña, pretendía mantener vivo a su padre ausente.

«Quietecito». 158-VI-00031. Un agricultor narra cómo sobrevivió a la Masacre del Maravillo cometida por grupos paramilitares en 1998.

«La noche que nunca olvidaré». 402-AA-00002. Una excombatiente de las FARC cuenta la noche en la que sobrevivió a las heridas que había recibido en un combate contra el Ejército.

«Taparse los oídos». 056-VI-00025. Un padre caucano habla de sus vivencias en medio de los hostigamientos entre las FARC y el Ejército y de cómo afectaron la salud mental de su hijo.

«Me dejaron botado». 200-AA-00002. Un exmiembro del Ejército habla con orgullo de ser militar y de lo que significó haber sido herido en combate, pero abandonado por la institución.

Lo que no se cuenta

«¿Cuándo viene mi papá?». 057-VI-00009. Una mujer narra el secuestro, con fines extorsivos y violencia sexual, del que fue víctima a sus quince años por parte de la guerrilla.

«Bandera de guerra». 169-VI-00005. Una mujer que pertenecía a la comunidad rrom y trabajaba en negocios ilícitos recuerda la época en que paramilitares y guerrilleros la usaban como botín de guerra.

«Hacer inteligencia». 1060-HV-00161. Una mujer habla de la violencia de género, psicológica y física que vivió mientras hacía parte de la un grupo paramilitar.

«¿Por qué fuimos positivos?». 109-VI-00004. Un hombre habla del día en que unos paramilitares lo retuvieron para abusar sexualmente de él junto con otros compañeros en Sucre.

«Toda esa oleada». 1376-CI-02065. Erik Arellana Bautista, poeta testimoniante.

Identidades limítrofes - intermedio

«Vivir en alerta». 110-VI-00005. Un joven homosexual del Caribe explica la tensión cotidiana con la que vivía debido al ordenamiento social instaurado por los paramilitares.

«Donde acaba la peluquería». 588-VI-00003. Debido a múltiples violencias, una mujer transexual se ve obligada a transicionar de nuevo a hombre por las incesantes presiones de la Iglesia, la sociedad y los grupos armados.

«Como la pluma en el aire». 205-VI-00006. Una mujer lesbiana del Caribe cuenta las formas de violencia que ha vivido desde niña: orfandad, desplazamiento y violencia sexual por parte de paramilitares para «corregir» su cuerpo.

Cuaderno III: las palabras como armas

Enfrentados

«Como si fuéramos animales». 118-VI-00012. Una exintegrante del M-19 habla de cómo fue detenida y torturada por militares en el Cantón Norte en plena época del Estatuto de Seguridad.

«¿Quién me ingresó a las FARC? Pues el Ejército Nacional». 228-AA-00001. Un hombre cuenta que ingresó al grupo guerrillero para salvarse de la sospecha del Ejército.

«Por el hijo mío». 057-VI-01999. Un hombre recuerda a su hijo, asesinado durante su servicio en la Armada Nacional, y explica por qué le sería tan difícil encontrarse con los responsables de su muerte.

«En un noticiero yo la vi». 112-VI-00046. Dos hermanas caleñas narran las peripecias que tuvieron que atravesar por su pertenencia al M-19 y la desaparición de su hermana menor, también militante de esa guerrilla, durante la retoma del Palacio de Justicia en diciembre de 1985.

Huir de la avalancha

«Siempre vigilado». 457-VI-00009. Un hombre habla de las sospechas que suscitó su color de piel en las FARC y cómo esto devino en su desplazamiento y en el asesinato de su hijo.

«Porte de soldado». 056-VI-00005. Un indígena cuenta que fue señalado por las FARC debido a su contextura, pues, según ellos, se semejaba a la de un soldado.

«Arias». 237-AA-00001 y 238-AA-00001. Dos jóvenes kankuamas explican que ingresaron a las FARC porque los paramilitares estaban matando de manera sistemática a todos los que tuvieran su apellido.

«El Rojo». 319-VI-00007. Un joven perseguido en varios momentos de su vida por agentes del Estado habla de las consecuencias que trajo esto para sus familiares, con quienes compartía militancia política.

«Aceptar la muerte». 031-VI-00025. Un hombre relata hechos de persecución y violencia política contra dirigentes y militantes de la Juventud Comunista y la Unión Patriótica.

En la diferencia

«Con el evangelio en el bolsillo». 267-VI-00022. Un hombre evangélico fue perseguido por las FARC debido a sus creencias.

«Porque éramos punkis». 058-VI-00033. Un joven punk cuenta que fue torturado por paramilitares del Bloque Cacique Nutibara de las AUC en Medellín debido a las actividades sociales que desarrollaba en su municipio y por su gusto musical.

«Ni se le ocurra decir que es *gay*». 980-VI-00002. Un exmilitar habla de la persecución que recibía en el Ejército y de las amenazas de los paramilitares por su orientación sexual.

«Por vivir en la calle». 215-VI-00079. La hermana de un exfuncionario de la Policía cuenta las experiencias traumáticas que afrontó su hermano en la institución y cómo, luego de ser destituido, empezó a vivir en la calle y fue asesinado por otro policía que trabajaba con grupos paramilitares.

El uno, el mismo

«La marca del isleño - colección de fragmentos». 795-VI-00002 y 795-VI-00004. Dos mujeres raizales cuentan cómo la población de San Andrés y Providencia y Santa Catalina ha sido señalada de narcotraficante por las Fuerzas Armadas, la sociedad y las entidades estatales.

«Nadie quiso creerme». 238-VI-00035. Una mujer negra, hija de una familia wayuu, habla del rechazo que le genera su ambiente familiar luego de haber sido capturada y torturada por la Sijín.

«Una sola casa grande». 1270-VI-00001. Una mujer rrom relata las continuas oportunidades en las que ha sido discriminada por el Estado.

«En el Pacífico sufres con tu gente, aquí sufres solo». 236-VI-00001. Un joven negro narra las experiencias racistas que ha vivido desde niño y en el Ejército, donde entró a los dieciocho años.

La experiencia secuestrada - intermedio

«Con el uniforme del colegio». 071-VI-00004. Una mujer joven recuerda el secuestro en el que estuvo en poder de las FARC de los 11 a los 18 años.

«Un peón más del ajedrez». 1063-VI-00004. Un suboficial relata que fue secuestrado después de que su tropa perdiera un enfrentamiento con las FARC.

«El talabartero». 410-VI-00001. Un exfuncionario de Ecopetrol narra la cotidianidad del secuestro en el que vivió por un año y medio.

«La burguesía». 068-VI-00027. Un comerciante señalado por las FARC de enemigo del pueblo cuenta la cotidianidad del secuestro en que lo tuvo esta guerrilla.

Cuaderno IV: fracturas del tiempo social

Senderos pedregosos

«Vacíos». 193-VI-00023. Una mujer cuenta que aún le ruega a Dios que le muestre en dónde está su madre, que fue desaparecida por los paramilitares.

«Era verraca, ahora estoy hecha de cristal». 1060-HV-00155. Una exintegrante de las AUC, reconocida entre sus compañeros por su capacidad guerrera, cambia la lucha armada por otras actividades que sean de menor riesgo para su hijo.

«No tire la toalla». 112-VI-00021. Un hombre cuenta cómo un atentado de la guerrilla en Miranda, Cauca, lo aleja de una carrera como futbolista profesional por una discapacidad física que, además, trae consigo la posterior dificultad de lograr sus sueños.

«¿Usted ya lo dio todo?». 1060-HV-00162. Esta es la historia de una mujer exintegrante de las Fuerzas Militares que se vio obligada a desertar de la institución debido a la persecución que sufrió por parte de superiores y las afectaciones psicológicas que le produjo la vida militar.

«Sin el peso de la realidad». 581-VI-00001. Un joven autista habla del arte, que se convirtió en refugio del riesgo que representaba el trabajo de su padre en una entidad gubernamental.

Heredar la guerra

«Voy a experimentar una vida, la que me salga». 089-AA-00002. Una exintegrante de las FARC cuenta qué la llevó a unirse a este grupo armado cuando era una niña.

«Perdimos, pero lo intentamos». 769-PR-02842. Un artista que se exilió en Alemania tras la desaparición de su madre –una mujer que militaba en el M-19– cuenta que con los años se convirtió en el hombre que ella deseaba.

«Papá, ¿qué hizo ahora, mano?». 520-VI-00005. Un joven exiliado en Canadá habla de las consecuencias que dejó en su vida personal y familiar le hecho de que su padre haya sido torturado.

«Mi mayor tesoro». 341-VI-00014. Un joven recuerda la ilusión que tenía de conocer a su padre, un policía que había sido secuestrado por las FARC mientras él estaba en el vientre de su madre.

El tiempo pasa sin pasar

«Yuruparí». 118-VI-00008. Un indígena cuenta que ya no se puede llevar a cabo el Yuruparí, ritual en el que los niños yukuna pasan a ser hombres, debido al desplazamiento de la comunidad.

«Quinceañera». 308-AA-00001. Una mujer que ingresó a los diez años a la guerrilla recuerda que no pudo celebrar sus quince años como su padre se lo había prometido.

«Baño de luna». 238-VI-00057. Una mujer negra de La Guajira habla de los ritos que se hacían en la comunidad de Tabaco antes de que el Ejército y la Policía los desplazaran en el 2001.

«La palabra». 089-VI-00022. Una lideresa social wayuu cuenta cómo ella y su familia fueron despojadas de su tierra luego de que se abriera la mina El Cerrejón en La Guajira.

«Sangres de la tierra». 452-VI-00002. Un líder indígena de la comunidad yuruparí cuenta que la defensa de los lugares sagrados convirtió el territorio Yarijué Apaporis en parque nacional.

«Rituales de lo social - colección de fragmentos» . Sobre aquellas celebraciones culturales que se prohibieron en la guerra.

«La novena». 1174-CO-00987. Dos líderes y dos lideresas negras del Consejo Comunitario Cocomacia cuentan por qué se perdió la tradición de la novena en su pueblo.

«La Semana Santa: eso ya no existe». 1174-CO-00987. Un líder y una lideresa del Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (Cocomacia) dialogan en torno a la transformación de la Semana Santa y la pérdida de interés por parte de los jóvenes hacia dicha conmemoración.

«Ni Navidades ni cumpleaños». 769-PR-02590. Una mujer, integrante de Madres de los Falsos Positivos de Colombia, cuenta cómo la desaparición de su hijo ha truncado la conmemoración de diferentes fiestas.

«Suecia». 001-VI-00017. Un líder de la Unión Patriótica, exiliado en Suecia junto con su familia, dice que aún no se acostumbra a la cultura, el clima y las celebraciones de ese país.

«La vigilia de piedra». 511-PR-00268. Un hombre recuerda cuando la llegada de los grupos armados interrumpió el ritual de velar a la Virgen en El Rosario, Nariño.

¿Violencias de larga temporalidad?
Epílogo a El libro de las devastaciones y la vida

Del hogar, las cenizas

«La maloca». 415-VI-00002. Un indígena perteneciente a la comunidad yurema del Vaupés conecta la llegada de los misioneros con la destrucción de la maloca como construcción arquitectónica y, con ella, parte de la cultura y del poder comunitario.

«El bohío». 584-EE-00029. Un indígena de la comunidad motilón barí de Tibú denuncia muchas de las veces en las que les han destruido sus bohíos, lugar en el que nacen, crecen y mueren los integrantes de su comunidad.

«La Guambia». 059-VI-00024. Una mujer misak cuenta que después de la Colonia fueron obligados a deshabitar la guambia para vivir en casas cuadradas, y así evitar prácticas consideradas paganas.

La domesticación

«Lenguas amarradas». 461-VI-00034. Un hombre de la etnia indígena ocaina habla de la violencia de los misioneros en La Chorrera, Amazonas.

«A punta de juete». 415-VI-00002. Un hombre de la comunidad yurema del Vaupés cuenta que la educación religiosa impartida en el siglo XX los desarraigó de sus prácticas culturales.

«Los indígenas tenemos pensamiento». 439-EE-00068. Un indígena de Tarapacá, Amazonas, dice que el accionar de los misioneros solo demuestra que estos piensan que los indígenas no tienen discernimiento.

«Zombis». 059-VI-00004. Una mujer misak de Ipiales, Nariño, habla de las consecuencias culturales de la imposición cultural del español como lengua.

Exterminio material e inmaterial

«El mar y la tierra, el sustento del raizal». 795-VI-00003. Un líder raizal cuenta las transformaciones y la devastación del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina.

«Ni una matita de algodón» y «La planta del diablo». 059-VI-00004. Una mujer indígena misak dice que el algodón y la coca les fueron robados a su pueblo, lo que repercutió en la pérdida de actividades económicas y prácticas espirituales.

«Como perros». 335-EE-00078. Dos hombres –uno amorúa y otro sikuani– hablan sobre el despliegue en su territorio de un sistema que no valora la vida de los indígenas.

Las nuevas caucherías

«Nada bueno». 415-VI-00002. Un hombre que hace parte de la comunidad yurema del Vaupés cuenta que su familia trabajó en las caucherías por necesidad, y que ahora él trabaja sembrando coca por razones similares.

«El coqueteo: cuando llegó la plata». 795-VI-00003. Un líder y autoridad raizal habla del auge de la marihuana y la coca, de las transformaciones del territorio por el narcotráfico, de la desintegración étnica y de los cambios en la vida de los marineros y sus familias.

«Una economía secuestrada». 236-VI-00001. Un joven negro habla de las fracturas sociales provocadas por la economía cocalera en el Pacífico colombiano.

Ideas, trazos y sentimientos concretos - fotografía testimoniante

«La telaraña de Ananse». 1930226-FS-12, 1930226-FS-61 y 1930226-FS-121. Ximena Vásquez y Asociación de Mujeres Afrocolombianas (Amafrocol), fotógrafa con testimoniante. Los manglares silentes, los «peinadosruta» marcados en la piel recuerdan a Ananse, una araña de la mitología africana que representa la fuerza y la astucia. También conocida como Anancy, Ananansa, Nansy, es la encarnación de la subversión y la resistencia. En el Pacífico colombiano ombligan a los bebés en honor de la araña para que los dote con sus facultades. Tejer pelo también es uno de esos dones.

«El desplazamiento desdibujado sobre el agua». Informe 365-CI-01016. Ecicp (Equipo Colombiano de Investigación en Conflicto y Paz). María Paula Durán Rubiano, fotógrafa con testimoniante. Cuando las mujeres se vieron forzadas a abandonar sus tierras, se rompió un pedazo de la vida que cuidaban y cultivaban. Sin embargo, la fuerza nunca las abandonó. Como dijo Blanca, indígena uitoto de Puerto Santander, Amazonas, que vive en Bogotá por causa de tres desplazamientos que sufrió en la década de 1990: «Uno trata aquí en la ciudad de poder sobrevivir, pero no hay día en que pase que uno no recuerde su territorio».

«Las plataformas sociales utilizadas como primera alerta». Comunidad de Paz de San José de Apartadó, fotógrafo testimoniante. Con un montaje en collage, la comunidad denuncia las incursiones de grupos armados en su territorio, al tiempo que narra en primera persona las actividades de reconstrucción social.

«Recorridos, tránsitos». 1930227-FS-24 y 1930227-FS-97. Rommel Rojas Rubio, fotógrafo con testimoniante. La diversidad es una forma de libertad, y esta fotografía habla sobre el proceso de fortalecimiento de comunidades afectadas por el conflicto armado debido a su identidad de género u orientación sexual.

«El silencio». 1930197-FS-38. Diva Estela Chota del Águila, fotógrafa testimoniante. Se hace un registro de las armas que fueron usadas en su contra y de otras mujeres.

Esto como una forma de no callar ante las amenazas, el rechazo, el abandono, el dolor, la humillación, las torturas, el odio, las indiferencias y la desconfianza.

«Rio abajo». 1930198-FS-98. Erika Diettes, fotógrafa testimoniante. En esta propuesta las prendas flotantes se convierten en objetos afectivos. La artista hizo un recorrido por distintos puntos del país en busca de personas que compartieran con ella los recuerdos u objetos que quedaron de la búsqueda de sus familiares asesinados o desaparecidos, para fotografiarlos debajo del agua.

«Servicio Militar Obligatorio». 1930214-FS-80. Agustín Zuluaga, fotógrafo con testimoniante. Como consecuencia de una charla con Álvaro José, Zuluaga intervino las imágenes que él, su mejor amigo, le envió del año que pasó en el servicio militar obligatorio.

«Madres Terra». 1930221-FS-93, 1930221-FS-20 y 1930221-FS-8. Carlos Saavedra y Mafapo, fotógrafo con testimoniante. Tres imágenes. La primera es de Zoraida Muñoz, madre de Jonny Duvian, que fue desaparecido por agentes del Estado en 2008, participa de la acción del proyecto madres terra: enterrarse. En la segunda imagen, las prendas del hijo de Beatriz Méndez, Weimar y de su sobrino, Edward, asesinados en «falsos positivos» con un registro de las prendas y objetos con los que aparecieron. Y la última, es el retrato familiar de Jaime con sus sobrinos, que pertenece al archivo del álbum familiar de su hermana, Jacqueline Castillo.

«Jardín de mi padre». 1930215-FS-56, 1930215-FS-116, 1930215-FS-92 y 1930215-FS-7. Luis Carlos Tovar, fotógrafo testimoniante. Se muestran las cianotipias y el archivo intervenido con pruebas de supervivencia de cuando su padre, Jaime Tovar, fue secuestrado por las FARC-EP y forzado a deambular durante meses por la selva húmeda y tropical de la amazonía colombiana.

«Disparando Cámaras para la Paz. Juventud, fotografía y el conflicto armado colombiano». 1930216-FS-19 y 1930216-FS-32. Durante diez años, la Fundación Disparando Cámaras para la Paz brindó a niños, niñas y jóvenes en Altos de Cazucá, Soacha, oportunidades para explorar su entorno y su identidad a través de la fotografía. Aprendieron a dar testimonio tanto de su voluntad de jugar, soñar y sobrevivir, como de la capacidad de resiliencia y creatividad de la comunidad.

El libro del porvenir

Dolores que congregan

Ausencias que juntan

«La voz de los ancestros». 199-PR-00751. Una mujer de la Organización Cimarrón del Putumayo, cuenta que el ritual del totumo y el llamado a los ancestros les han ayudado a encontrar cuerpos de jóvenes asesinados o desaparecidos por La Mano Negra y Los Masetos en Puerto Asís.

«La caída de una iglesia». 057-CO-00024. Cinco mujeres cuentan que después de las masacres en Las Piedras y Toluviejo su comunidad decide reconstruir la iglesia, como una forma de edificar un lugar para convivir con el dolor.

«¿A dónde va el tiempo perdido?». 059-VI-00001. Un hombre del resguardo Pancitará, del pueblo yanacona, narra que después de ser víctima de una mina antipersonal decide conformar una asociación para apoyar a otras víctimas en el Cauca a vivir con las marcas en el cuerpo.

«Cómo volver de la muerte». 645-VI-00013. Una mujer narra cómo la construcción del salón del «Nunca más» en Granada, Antioquia, crea una comunidad que se une para recordar a sus familiares, amigos y vecinos asesinados en una masacre cometida por grupos paramilitares.

«Un tema de amor». 110-VI-00004. Una lideresa social recuerda cómo recuperó el cuerpo de su esposo desaparecido en la toma del Palacio de Justicia gracias al apoyo de la familia de uno de los magistrados asesinados en ese lugar.

Comunalidades que se crean

«El parto del tambor». 070-VI-00035. Una mujer relata cómo pudo recuperar la confianza en los hombres, su vida personal y sus proyectos luego de ingresar a la Asociación de Las Tamboreras del Cauca.

«A los héroes de la patria». 194-VI-00010. Una joven estudiante miembro de la organización Con Ojos para Soñar narra cómo recuperó su vida con el apoyo de la Asociación después del asesinato de su esposo policía, los trámites burocráticos y el abandono por parte de la institución.

«Iba contando el río». 410-PR-00005. Un hombre, integrante del comité impulsor del Café de la Memoria, en Puerto Berrío, relata el camino de esta organización, que es un símbolo de la apuesta comunitaria por los procesos de reconciliación y memoria local.

«En mi yeré». 050-VI-00008. Una mujer relata la conformación de una de las organizaciones más representativas de la lucha agraria y su participación como lideresa en la recuperación de tierra en Córdoba.

«Criptografías». 083-VI-00006. Una mujer que fue torturada por la fuerza pública en la cárcel habla de las redes de apoyo que conformaban estudiantes de universidades públicas para quienes, como ella, hacían parte de movimientos estudiantiles y se encontraban privados de la libertad.

Convivir, significar y resistir

El encuentro de lo perdido

«Palabras atadas a mi garganta». 431-PR-00126. Una mujer negra habla de su desplazamiento a causa de la violencia hacia la cabecera municipal del río Tapaje y de la escuela que conformó para recuperar los valores ancestrales de su pueblo.

«El baile cantao'». 688-VI-00005 y 812-CO-00701. Cuatro lideresas comparten dos iniciativas en Libertad, San Onofre, con las que buscan recuperar parte de la cultura y de la cotidianidad con la danza, prohibida en su momento por los paramilitares.

«Más de veinte años». 150-AA-00001. Un exintegrante de las FARC relata el encuentro con su familia después de veinte años de lucha armada y su readaptación a la vida civil.

«¡Cómo juegan en esa loma!». 089-VI-00019. Un indígena kankuamo habla de la reconstrucción de una cancha de fútbol como una forma de recuperar la confianza de la comunidad.

«Tres piedras». 921-CO-00679. Mujeres yanaconas reconstruyen el desplazamiento forzado de su comunidad a Bogotá, y sus estrategias para no perder tradiciones como la de la Tulpa.

El día a día que resguarda

«Secretos divinos». 349-PR-00591. Una mujer perteneciente a la Asociación de Parteras del Municipio de Timbiquí, Cauca, habla de su labor en un contexto de guerra y cómo se ha perdido la relación con las tradiciones afro.

«Profecías». 400-VI-00001. Un hombre negro, representante del Consejo Comunitario Rincón Guapo, cuenta que la fundación del Consejo se dio después de que se recuperara la tierra que había sido tomada por paramilitares, colonos y terratenientes.

«La niña». 281-AA-00001. Una exintegrante de las FARC cuenta el reencuentro con su familia, el inicio de la relación con su compañero y el nacimiento de su hija, que la motiva a trabajar por la paz.

«Las tradiciones». 1023-VI-00008. Un afrodescendiente relata el desplazamiento que debieron emprender las comunidades del río Naya hacia Buenaventura, donde se resisten a ser desplazadas nuevamente por una empresa que reclama el territorio, amparada por la Policía y por grupos paramilitares.

«El profe». 056-VI-00010. El director de una institución educativa de Descanse, Cauca, cuenta que la construcción de un colegio ha prevenido el reclutamiento de niñas, niños y adolescentes y ha permitido la creación de una asociación para incentivar el desarrollo local.

«Nojotros los cuidadores». 393-EE-00005. La comunidad indígena del resguardo Predio, en Putumayo, habla de la ruptura y destrucción de la armonía con la tierra causada por los colonos y de su rol como hermanos mayores y cuidadores de la naturaleza; además, resaltan la importancia de apropiar la ley de origen para el futuro.

Lugares para la vida

«El miedo no puede ser tan verraco». 219-VI-00032. Un indígena, presidente de la Junta de Acción Comunal del Barrio Centro, narra cómo la comunidad de Silvia, Cauca, decide resistir a las imposiciones de las FARC para transitar en el territorio por medio de la recuperación de un parque con una retreta.

«La alegría de la chagra». 393-EE-00061. Cinco mujeres indígenas hablan de la asociación de apoyo que construyeron para mantener sus conocimientos y prácticas ancestrales, después de haber sido desplazadas por el conflicto armado.

«Las vueltas del baile». 247-VI-00008. Una mujer relata el regreso de la comunidad a Santa Isabel, Tolima, y el desarrollo de iniciativas como el Festival del Retorno, que busca recuperar espacios colectivos como la pista de baile.

«Que me dé la vida para ver mi casa». 1252-HV-00172. Un exintegrante de las FARC habla del proyecto Ciudadela de Paz del ETCR Tierra Grata y de sus sueños para construir su propia casa.

«El mito de la guerra». 644-VI-00025. Una docente explica las estrategias pedagógicas que ha desarrollado para difundir la memoria de su pueblo en los jóvenes de El Jordán, Santander.

Desafiar la realidad y los futuros deseados

«Una burbuja de rap». 058-PR-00619. Un hombre relata la historia de los movimientos juveniles de Sonsón, Antioquia, que denunciaron las acciones paramilitares en su territorio por medio de expresiones culturales como el hip-hop.

«El marica de los condones». 160-VI-00085. Un joven homosexual cuenta por qué decidió hacer pública su identidad en el contexto de violencia en el que vivía y participar en proyectos de educación sexual.

«Ni a los elenos ni a los farianos». 325-VI-00002. Un indígena kankuamo narra cómo unos líderes del Resguardo Mayasquer decidieron enfrentar al ELN y las FARC para exigirles que aportaran al territorio que ellos también habitaban.

«Bonita la paz». 217-VI-00005. Un hombre que se desplazó luego del bombardeo a las denominadas Repúblicas Independientes habla del retorno a El Pato, Balsillas, donde encuentra que las relaciones entre sociedad y fuerza pública se han transformado en redes de apoyo.

«El juicio a la señora Coca». 431-PR-00481. Un hombre, representante legal del Consejo Comunitario del Bajo Mira, dice que le gustaría replicar en el Pacífico nariñense un ritual con el que la comunidad de Yurumanguí agradeció y despidió a la coca de su territorio.

«Nadie le mira el pasado». 266-AA-00002. Una exintegrante de las FARC habla de su proceso de reincorporación y de su labor como gestora de paz para prevenir la violencia entre jóvenes.

La desesperanza del futuro y la nostalgia del pasado

«Mi palenque soñado». 1030-CO-00576. Una mujer, representante de la Asociación de Mujeres Afrocolombianas por la Paz del Chocó, cuenta que las integrantes de la Asociación fueron desplazadas y que ahora pretenden construir un palenque chocoano en la capital colombiana.

«¿Y si dejo de sentir?». 430-VI-00002. Una mujer campesina que regresó al Putumayo tras el asesinato de dos de sus hijos habla del cordón fronterizo que conformó junto con otros compañeros para denunciar los atropellos de la Fuerza Pública y los paramilitares.

«Ni palitos, ni rayitas, ni mierda». 1060-HV-00161. Una exintegrante de las AUC habla de la precariedad del acompañamiento institucional que ha recibido luego del acuerdo suscrito entre esa organización y el Gobierno.

«A donde nunca quisiera volver». 228-VI-00071. Una mujer cuenta las amenazas que recibió de la guerrilla, las cuales la llevaron a desplazarse para luego asumir un liderazgo en favor del Acuerdo de Paz. En su relato, narra cómo actividades económicas como la minería, que aún se desarrollan en su territorio, llevarán a la repetición de la violencia.

Territorios de la Escucha

«El mangle que camina». 1174-HV-00150. Una mujer afro, lideresa social y representante del Consejo Comunitario Villa Gloria de La Boquilla, Cartagena, describe la lucha de su pueblo por recuperar la ciénaga y el territorio ancestral de los que se apropiaron los terratenientes.

«Un acueducto en el desierto». 1136-HV-00175. Un hombre wayuu cuenta cómo fue la construcción del microacueducto de la ranchería Kasichi y la recuperación ancestral del agua luego de la masacre de Albania, que fue cometida por la fuerza pública.

«El retorno de un monte». 1136-HV-00151. Un hombre narra cómo tuvo que desplazarse de su territorio por las amenazas recibidas por grupos paramilitares en su territorio. Luego, ahonda en su experiencia de retorno a La Jagua de Ibirico y describe de qué se trata el proyecto colectivo por la recuperación de la memoria y la promoción del turismo en la serranía del Perijá, del que hace parte.

«La locura de El Bonche». 1136-HV-00151. Un grupo de jóvenes habla de la creación de la Casa Cultural El Bonche en Chalán, Sucre, un lugar para la construcción de paz en un contexto en el que los paramilitares aún rondan.

«El estallido». 1174-CO-00883. Historia narrada por jóvenes del Espacio Humanitario del Portal Américas, donde se describe cómo este constituye una forma de protección para los jóvenes en el contexto de protesta social nacional.

«La sombra de los samanes». 1174-HV-00195. Una mujer narra su historia como defensora de derechos humanos y con su trabajo relacionado con el teatro, y devela las razones que la llevaron a exiliarse en Canadá, desde donde lidera una iniciativa para la promoción de paz en Colombia.

«El legado de las abejas». 1174-HV-00196. Una mujer narra cómo, tras huir de las amenazas de grupos paramilitares, se organizó con un grupo de víctimas y emprendió un proceso productivo apícola de carácter ambiental y educativo en Arauca.

Encuentros

«Una oportunidad». 1060-HV-00157. Un joven hijo de firmantes del Acuerdo relata su llegada al ETCR de Tierra Grata y su proyecto de vida trabajando por esa comunidad.

«¡Cuánta gente inocente!». 1060-HV 00155. Una exintegrante de las AUC reflexiona sobre la «limpieza social» después de haber conocido de cerca la experiencia de

un joven pandillero y de haber comenzado una relación con un exguerrillero, con quien trabajaba para el mejoramiento de vida de un barrio en Bogotá.

«Tienen algo nuestro». 195-VI-00025. Una joven, hija de una lideresa social de Puerto Triunfo, cuenta el proceso de reconciliación que emprendió para perdonar al comandante paramilitar que dio la orden de asesinar a su madre.

«Con la excusa de las aves». 1252-HV-00197. Un biólogo cuenta cómo contactó a quienes lo tuvieron secuestrado quince años atrás y la manera como empezó la Expedición Bio, un proyecto con enfoque biológico y social que les ha permitido a excombatientes y víctimas compartir en un espacio mediado por la naturaleza.

«Mirarlos a los ojos». 769-PR-02839. Mujeres pertenecientes a la Asociación Caminos de la Esperanza cuentan el encuentro que tuvieron en la cárcel de La Paz con un grupo de paramilitares y lo que este significó para sus vidas.

«Si vos supieras». 216-VI-00095. Una mujer dice que quiere perdonar para deshacerse de los dolores y el odio que siente en su cuerpo desde que la guerrilla mató a su hermano.

«Esa muerte me acompañó siempre». 074-VI-00004. Una mujer recuerda cuando la secuestraron en el Kilómetro 18 de Cali y la culpa que siente por la muerte de uno de sus compañeros de cautiverio.

«Hija, tengo que contarte algo». 1174-HV-00198. Una mujer activista por los derechos de las personas en prisión relata el momento en el cual le pide perdón a su hija y a la fuerza pública durante el desarrollo de una obra de teatro en la cárcel donde se encontraba privada de la libertad.

«Aunque tú no lo creas». 088-AA-00002. Una firmante del Acuerdo relata el reencuentro con un excompañero de guerra con quien actualmente mantiene una relación amorosa.

«El Espíritu Santo habló por mí». 1135-HV-00181. Un empresario de Valledupar, tras el secuestro del que es víctima por parte de las FARC, expresa su desacuerdo con el proceso de paz suscrito entre el gobierno y las FARC.

«Fueron doce años sin verla». 126-VI-00019. El fundador y coordinador de las organizaciones culturales de Montes de María se encuentra en el exilio con una excompañera que no veía hace veinte años.

Destierros
Epílogo a El libro del porvenir

«¿Quién hace memoria de eso?». 1174-HV-00199. La mamá de Dubán Barros relata quién era su hijo y cuáles eran sus sueños. Cuenta cómo ha sido el proceso para hacer justicia por su hijo asesinado durante las protestas del 2021 en Bogotá.

«Que nos dejen florecer». 1266-VI-00004. Un joven, líder social y barrial, que integró la primera línea de Calí, durante las protestas de 2021 en Colombia narra las razones que lo llevaron a la movilización y sus expectativas a futuro.

«Con los ideales y el amor». 919-VI-00002. El padre de Nicolás Neira narra el proceso de hacer justicia y reflexionar después del asesinato de su hijo por pare de la Fuerza Pública.

«Por el derecho a que no nos jodan». 1174-CO-00883. Un líder y Hip Hoper explica las razones que llevaron al estallido social del 2021 en Bogotá y relata las acciones que han emprendido para lograr cambios en sus barrios.

«Dieciséis mil hijos». 216-VI-00144. La madre y el padre de Jhonny Silva recuerdan a su hijo y narran cómo ha sido el proceso de hacer justicia y memoria en la Universidad del Valle por el asesinato de Jhonny a manos de la Fuerza Pública.

«¡Despertamos!». 1266-PR-03480. Una joven narra la manera en que se desarrolló el paro nacional del año 2021 en el barrio Siloé de Cali así como su participación en el paro apoyando la olla comunitaria.

«La paz de los barrios». 1174-CO-00883. Una mujer narra su experiencia en el paro nacional en Bogotá desde su rol como voluntaria en la Brigada Médica en el marco de las protestas del año 2021.

Referencias

Achebe, Chinua. *Home and Exile*. 1st Anchor Books Edition. New York: Penguin Publishing Group, 2001.

Achugar, Hugo. «Leones, cazadores e historiadores, a propósito de las políticas de la memoria y del conocimiento». *Revista iberoamericana,* n.º 180 (1997): 379-87.

Agamben, Giorgio. *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Primera edición: diciembre 1998. Valencia: PRE-TEXTOS, s. f. https://tac091.files.wordpress.com/2008/12/agamben-giorgio-homo-sacer.pdf.

———. «¿Qué es un dispositivo? | Sociológica México» 26, n.º 73 (28 de abril de 2015): 249-64.

Aguilar, F., Susana, y Elisa Chuliá. *Identidad y opción dos formas de entender la política*. Madrid: Alianza Editorial, 2007. https://fce.com.co/producto/identidad-y-opcion-dos-formas-de-entender-la-politica/.

Alexievich, Svetlana. *La guerra no tiene rostro de mujer*. Penguin Random House Grupo Editorial España, 2015.

Alfred, Gerald Taiaiake. «Colonialism and State Dependency». *International Journal of Indigenous Health* 5, n.º 2 (2009): 42-60. https://doi.org/10.3138/ijih.v5i2.28982.

Allen Feldman. «Memory Theatres, Virtual Witnessing and the Trauma-Aesthetic». *Biography,* 2004.

Aoláin, Fionnuala Ní, y Colm Campbell. «The Paradox of Transition in Conflicted Democracies». *Human Rights Quarterly* 27, n.º 1 (2005): 172-213.

Arango, Carlos. *Guerrilleras FARC-EP: crónicas y testimonios de guerra*. Bogotá, D.E., Colombia: ECOE : Ediciones Anteo, 1984.

Aranguren, Juan Pablo. «El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha)». *Revista Nómadas,* n.º 29 (octubre de 2008): 20-33.

Arbour, Louise. «Economic and Social Justice for Societies in Transition» 40, n.º 1 (2007): 1-19.

Arendt, Hannah. *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. 1.a ed. Barcelona: Ediciones Peninsula, 2003. https://www.prd.org.mx/libros/documentos/libros/Pasado-Futuro-Hannah.pdf.

———. *Los orígenes del totalitarismo*. Barcelona: Taurus, 2004. http://www.ula.ve/ciencias-juridicas-politicas/images/NuevaWeb/Material_Didactico/MarcosRosales/MarcosRosales/dictaduraliteratura/Arendt-Hannah-Los-Origenes-Del-Totalitarismo.pdf.

Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Barbero, Alicia. *Construyendo paz en medio de la guerra: Colombia*. Barcelona: Ecola de Cultura de Pau, 2006.

Barrero, Edgar, Alejandro Castillejo-Cuéllar, Nicolás Herrera, Claudia Girón, Mauricio Neira, Javier Giraldo, Armando Aguilera, et al. *Memoria, Silencio y Acción Psicosocial. Reflexiones sobre porque recordar en Colombia*. Bogotá D.C., Colombia: Ediciones Cátedra Libre, 2010. https://www.researchgate.net/publication/334279361_Memoria_Silencio_y_Accion_Psicosocial_Reflexiones_sobre_porque_recordar_en_Colombia.

Basso, Keith H. «"To give up on words": silence in Western Apache culture». En *Language and Social Context,* de Pier Paolo Giglioli (ed.), 5.ª ed. Harmondsworth: Penguin Books, 1972.

Bauman, Zygmunt. «Espacios Sociales: Cognitivos, Estéticos, Morales». En *Ética Posmoderna,* 161-212. México D.F.: Siglo XXI, 2005.

Bejarano, Jesús Antonio. *Una agenda para la paz: aproximaciones desde la teoría de la resolución de conflictos*. 1. ed. Sociología y política. Bogotá: TM Editores, 1995.

Benjamin, Walter. «El narrador. Reflexiones sobre la obra de Nikolai Leskov». En *La Obra de Arte en la era de su Reproductibilidad Técnica y Otros Textos,* 1.a ed., 101-29. Mexico D.F.: Ediciones Godot, 2012.

———. *ensayos tomo I*. Madrid: Editora Nacional, 2002.

———. «La tarea del traductor». En *La Obra de Arte en la era de su Reproductibilidad Técnica y Otros Textos,* 1.ª ed., 131-46. Mexico D.F.: Ediciones Godot, 2012.

———. «Sobre el concepto de Historia. Tesis sobre la filosofía de la historia.» En *La Obra de Arte en la era de su Reproductibilidad Técnica y Otros Textos,* 1.ª ed., 63-75. Mexico D.F.: Ediciones Godot, 2012.

Beristain, Carlos Martín. *Una maleta colombiana. La experiencia del exilio colombiano y la Comisión de la Verdad*. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad (CEV), 2021.

Bernuz Beneitez, María José, y Andrés García Inda. *Después de la violencia : Memoria y justicia. Después de la violencia : Memoria y justicia. Justicia y conflicto*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2017. http://books.openedition.org/sdh/510.

Beverley, John, y Hugo Achugar. *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Ciudad de Guatemala, República de Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2002.

Boaventura de Sousa Santos. *Crítica de la Razón Indolente: Contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: la ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática*. Vol. I. Bilbao: Desclée de Brower, 2003. http://www.boaventuradesousasantos.pt/media/critica_de_la_razon_indolente.pdf.

———. *Descolonizar el saber, reinventar el poder.* Montevideo: Trilce, 2010. http://www.boaventuradesousasantos.pt/media/Descolonizar%20el%20saber_final%20-%20C%C3%B3pia.pdf.

Bohrer, Ashley J. *Marxism and Intersectionality: Race, Gender, Class and Sexuality under Contemporary Capitalism*. transcript publishing, 2020.

Bolívar, Adriana. «La argumentación en la dinámica enunciativa del discurso.» En *Estudios del Discurso en Colombia,* de Luis Alfonso Ramirez Pena y Gladys Lucia Acosta Valencia. Sello Editorial de la Universidad de Medellín, 2005. https://repository.udem.edu.co/handle/11407/2509.

Bolívar Ramírez, Ingrid. «Unheard Claims, Well-Known Rhythms: The Musical Guerrilla FARC-EP (1988–2010)». En *Territories of Conflict: Traversing Colombia through Cultural Studies,* de Andrea Fanta Castro, Alejandro Herrero-Olaizola, y Chloe Rutter-Jensen, 209-20, NED-New edition. Boydell & Brewer, 2017. https://www.jstor.org/stable/10.7722/j.ctt2111fjd.

———. «Discursos emocionales y experiencias de la política - las Farc y las Auc en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)». Magíster en Antropología, Universidad de los Andes, 2006. https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/9087.

Butler, Judith. *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Paidós, 2002.

———. *Dar cuenta de sí mismo | Violencia ética y responsabilidad*. Amorrotu, 2022.

———. *El Género en Disputa: El Feminismo y la Subversión de la Identidad*. Ediciones Paidós Ibérica, 2007. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/52974.

———. *Marcos de guerra: Las vidas lloradas.* Paidós Ibérica, 2010.

———. *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. 1.ª ed. Buenos Aires: Paidós, 2006. https://psicanalisepolitica.files.wordpress.com/2014/10/butler-judith-vida-precaria.pdf.

Cancimance López, Andrés. *Echar raíces en medio del conflicto armado: Resistencias cotidianas de los colonos en Putumayo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2017.

Capps, Lisa y Elionor Ochs. «Narrating the Self». *Annual Review of Anthropology,* 25, (1996): 19-43.

Carranza Piña, Jorge Eduardo. *Fundamentos sobre verdad, justicia y reparación: Garantía de los derechos de las víctimas*. Bogotá: Leyer, 2005.

Castillejo Cuéllar, Alejandro. «Capítulo 4. La domesticación del testimonio: Audibilidad, performance y la descolonización de la palabra.» En *Víctimas, memoria y justicia: Aproximaciones latinoamericanas al proceso transicional colombiano*. Pardo, Neyla Graciela. Ruiz Celis, Juan., 111-25. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, s. f. https://www.researchgate.net/publication/313280518_La_domesticacion_del_testimonio_Audibilidad_performance_y_la_descolonizacion_de_la_palabra_En_Victimas_memoria_y_justicia_Aproximaciones_latinoamericanas_al_proceso_transicional_colombiano_Bogota_Univ.

———. «Capítulo 3. El árbol dolido». En *La Palabra Nómada: Fragmentos y Relatos sobre la Violencia y las Pedagogías de lo Irreparable* (En construcción). Bogotá: Universidad de los Andes.
———. «Cuando los pájaros no cantaban. Proceso de investigación del Volumen Testimonial». Archivo del Esclarecimiento de la Comisión de la Verdad, s. f.
———. «De las grafías a las fonías: la voz, lo (in)audible y los lugares de la desaparición». *Revista Fractal,* n.º 90 (2020). https://www.mxfractal.org/articulos/RevistaFractal90Castillejo.php.
———. «Del ahogado el sombrero, a manera de manifiesto: esbozos para una crítica al discurso transicional». *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology* 15, n.º 3 (2018). https://doi.org/10.1590/1809-43412018v15n3d501.
———. «El Dispositivo Transicional: De las Administraciones de la Incertidumbre a las Socialidades Emergentes». *Papeles del CEIC* 2021/1, n.º 240 (2021): 1-15. https://doi.org/10.1387/pceic.21624.
———. «Entre los Intersticios de las Palabras. Memoria y Educación para la Paz en Sudáfrica.» *Estudios de Asia y África* XLI, n.º 1 (2006): 11-46.
———. «Iluminan tanto como oscurecen: de las Violencias y las Memorias en la Colombia Actual.» En *Memoria, silencio y acción social. Reflexiones críticas sobre por qué recordar en Colombia.*, Barrero Cuellar, Edgar., 21-60. Bogotá: Cátedra Libre Martín-Baró, Fundación Mundos Posibles y Fundación Manuel Cepeda Vargas, 2010. https://www.researchgate.net/publication/300332795_Iluminan_tanto_como_oscurecen_de_las_violencias_y_las_memorias_en_la_Colombia_actual.
———, ed. «Introducción. Dialécticas de la Fractura y la Continuidad: La Elementos para una Lectura Crítica de las Transiciones.» En *La ilusión de la justicia transicional: perspectivas críticas desde el Sur global,* Primera edición. Colección general. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Ediciones Uniandes, 2017. https://www.researchgate.net/publication/321361319_Introduccion_Dialecticas_de_la_Fractura_y_Las_Continuidad_elementos_para_una_critica_de_las_transiciones.
———. «La escala humana de la herida: apropiaciones y traducciones del daño en Colombia.» En *Los retos de la Colombia contemporánea: miradas disciplinares diversas en las ciencias sociales,* Nieto Olarte, Mauricio., 151-72. Colección General. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de los Andes : Ediciones Uniandes, 2017. https://www.jstor.org/stable/10.7440/j.ctt1zw5tms.
———. «La Imaginación social del Porvenir: Reflexiones sobre Colombia y el prospecto de una Comisión de la Verdad.» En *Proceso de paz y perspectivas democráticas en Colombia,* Primera edición., 1-56. Colección Becas de investigación. Ciudad de Buenos Aires, Argentina: CLACSO, 2015. https://

www.researchgate.net/publication/294260805_PROCESO_DE_PAZ_Y_PERSPECTIVAS_DEMOCRATICAS_EN_COLOMBIA.

———. «La localización del daño: Etnografía, espacio, y confesión en el escenario transicional colombiano.» *Horizontes Antropológicos* 20, n.º 42 (2014): 213-36. https://doi.org/10.1590/S0104-71832014000200009.

———. «La paz en pequeña escala: fracturas de la vida cotidiana y las políticas de la transición en Colombia.» *Revista de Estudios Colombianos* 5, n.º 53 (2019): 6-10.

———. «Las texturas del silencio: violencia, memoria, y los límites del quehacer antropológico.» *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales,* n.º 9 (2005): 39-59. https://doi.org/10.5944/empiria.9.2005.1003.

———. *Los archivos del dolor: ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Primera edición. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, 2009. https://www.researchgate.net/publication/262442864_LOS_ARCHIVOS_DEL_DOLOR_ENSAYOS_SOBRE_LA_VIOLENCIA_Y_EL_RECUERDO_EN_LA_SUDAFRICA_CONTEMPORANEA_ALEJANDRO_CASTILLEJO_BOGOTA_Universidad_de_los_Andes_2009_430_p.

———. «On the question of historical injuries: Transitional justice, anthropology and the vicissitudes of listening.» *Anthropology Today* 29, n.º 1 (2013): 17-20.

———. *Poética de lo otro: para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Colciencias, 2000.

———. «Utopía y desarraigo». *Papeles del CEIC. International Journal on Collective Indetity Research* 1, n.º 121 (2015): 1-30.

———. «Violencia, Pasado y Etnografía: hacia una Crítica de la Operación Archivista». En *El archivo y el campo: historia, antropología, modernidad,* Saurabh Dube., 114-29. El Colegio de México, 2019. https://www.researchgate.net/publication/313281534_Violencia_Pasado_y_Etnografia_hacia_una_Critica_de_la_Operacion_Archivista_en_El_Archivo_y_el_Campo_miradas_interdisciplinares_Frida_Gorbach_y_Mario_Rufer_Editores_Ciudad_de_Mexico_Universidad_Autonom.

———. «Voces desde el sepulcro: terror, espacio y alteridad en la guerra colombiana». En *(Des)territorialidades y (No)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio,* de Eds. Diego Herrera, Carlo Piazzini. Medellín: Instituto de Estudios Regionales: Editorial Universidad de Antioquia, 2006.

Castillejo Cuéllar, Alejandro, y Fredy Leonardo Reyes A., eds. *Violencia, memoria y sociedad: debates y agendas en la Colombia actual*. Universidad Santo Tomas, 2013. https://ediciones.usta.edu.co/index.php/publicaciones/ciencias-sociales/violencia,-memoria-y-sociedad-debates-y-agendas-en-la-colombia-actual-detail.

Castillejo Cuéllar, Alejandro, Eduardo A. Rueda B, Edwin N. Agudelo B., y Natalia Quiceno. *Proceso de paz y perspectivas democráticas en Colombia*. 1era

edición. Buenos Aires: CLACSO, 2015. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20150713033325/ProcesoDePaz.pdf.

Castro Gómez, Santiago. «Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro». En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas,* Lander, Edgardo., 88-98. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000. http://biblioteca virtual.clacso.org.ar/clacso/sur-sur/20100708045330/8_castro.pdf.

Centro Nacional de Memoria Histórica. «Guerrilla y Población Civil. Trayectoria de las FARC 1949 - 2013». Bogotá D.C.: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014. http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/farc/guerrilla-poblacion-civil.pdf.

———. «Una sociedad secuestrada». Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013. https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/01/Una-sociedad-secuestrada.pdf.

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH, y ONIC Organización Nacional Indígena de Colombia. *Tiempos de vida y muerte: memorias y luchas de los pueblos indígenas en Colombia.* 1. ed. Bogotá D.C., Colombia: Centro Nacional de Memoria Histórica : Organización Nacional Indígena de Colombia, 2019. https://centrodememoriahistorica.gov.co/wp-content/uploads/2020/02/tiempos-de-vida-y-muerte.pdf.

CERLALC, y ACR. *Retomo la palabra: relatos de violencia y reconcialición*. Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, CERLALC, 2010.

Clifford, James. «Prácticas espaciales: el trabajo de campo, el viaje, y la disciplina antropológica». En *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa, 2019.

Clifford, James, y George E. Marcus. *Writing culture: the poetics and politics of ethnography*. Berkeley, Calif: University of California press, 2010.

Coalición Colombiana Contra la Tortura, CCCT. «Tortura y tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes en Colombia 2009-2014. Informe Alterno presentado al Comité Contra la Tortura de la ONU.» Bogotá D.C.: Coalición Colombiana Contra la Tortura, 2015. http://www.omct.org/files/2015/04/23115/informe_alterno_ccct_cat_2015.pdf.

Comisión Colombiana de Juristas. «Colombia: tortura y otros tratos crueles, inhumanos y degradantes». Bogotá D.C., Colombia: Comisión Colombiana de Juristas, 2004. https://www.coljuristas.org/documentos/libros_e_informes/inf_2004_n4.pdf.

Comisión de la Verdad. *Quinto diálogo sobre reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado*. Transmisión en vivo. Facebook, 2021. https://www.facebook.com/ComisionVerdadC/videos/519231862541135/.

«Comunicado de prensa N° 21/01 Preocupación de la CIDH por cambios en la unidad nacional de derechos humanos en Colombia», 13 de agosto de 2001. http://www.cidh.org/Comunicados/Spanish/2001/21-01.htm.

Convención contra la Tortura y otros Tratos o Penas Crueles Inhumanos o Degradantes. «Examen de los informes presentados por los Estados partes en virtud del artículo 19 de la convención». Qatar: Comité contra la Tortura. 36° periodo de sesiones, Naciones Unidas, 2006. https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2006/4508.pdf.

Dabas, Elina Nora. *Viviendo redes: experiencias y estrategias para fortalecer la trama social*. Editado por Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad (Buenos Aires, Argentina). 1. ed. Buenos Aires: CICCUS, Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad, 2006.

Dabas, Elina Nora y Denise Najmanovich. *Redes: el lenguaje de los vínculos: hacia la construcción y el fortalecimiento de la sociedad civil*. Buenos Aires; México: Ediciones Paidos, 1995.

Das, Veena. *Textures of the ordinary: doing anthropology after Wittgenstein*. First edition. Thinking from elsewhere. New York: Fordham University Press, 2020.

Das, Veena, y Francisco A. Ortega, eds. *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. 1. ed. Colección Lecturas CES. Bogotá, Colombia : [Medellín, Colombia] : [Bogotá, Colombia]: Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar ; Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas ; Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales, 2008.

Das, Veena, y Deborah Poole. «El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas». *Cuadernos de Antropología Social.,* n.º 27 (2008): 19-52.

Denzin, Norman K. *Interpretive Ethnography: Ethnographic Practices for the 21st Century*. Thousand Oaks, CA: SAGE Publications, 1997.

Díaz Cruz, Rodrigo. «La trama del silencio y la experiencia ritual». *Alteridades* 10, n.º 20 (2000): 59-74.

Durston, John. «¿Qué es el capital social comunitario?» *Series políticas sociales,* n.º 38 (2000). https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5969/S0007574_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y.

Rose, Deborah, Thom van Dooren y Mathew Chrulew. *Extinction Studies. Stories of Time, Death and Generations*. Nueva York, Londres: Columbia University Press, 2017.

Escobar Sabogal, Natalia. «La palabra incómoda: narrativas sobre la experiencia de Selena, Juana y Camila, tres mujeres excombatientes de la Autodefensas Unidas de Colombia.» Universidad de los Andes, 2020. https://repositorio.uniandes.edu.co/handle/1992/50821.

Fernández Puyana, David. «La noción de tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes en el marco del Comité de Derechos Humanos

y el Comité Contra la Tortura de las Naciones Unidas». *American University International Law Review* 21, n.º 1 (2005): 102-48.

Ferro, Juan Guillermo, y Graciela Uribe. *El orden de la guerra: las FARC-EP entre la organización y la política*. 1. ed. Colección Biblioteca personal. Bogotá: Centro Editorial Javeriano : Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales : Colciencias, 2002.

Forero Angel, Ana María. *El coronel no tiene quien le escuche: una aproximación antropológica a las narrativas militares*. Primera edición en español. Colección General. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, 2017.

Foucault, Michel. «Las mallas del poder». En *Estética, ética y hermenéutica,* Vol. III. Barcelona: Paidós Básica, 1999. https://proletarios.org/books/Foucault-Obras_esenciales_3.pdf.

———. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2002.

———. *La arqueologia del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1998.

———. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2011.

———. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta : Ediciones, 1992.

———. «Verdad y poder. Diálogo con M Fontana.» En *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones,* 3. reimpr. 816. Madrid: Alianza Editorial, 2012.

Galtung, Johan. «Three Approaches to Peace: Peacekeeping, Peacemaking and Peacebuilding». En *Peace, war and defense*. His Essays in peace research, v. 2. Copenhagen: Christian Ejlers, 1976.

García Villegas, Mauricio. *El país de las emociones tristes: una explicación de los pesares de Colombia desde las emociones, las furias y los odios*. 1. ed. Colección Actual / Ariel. Bogotá: Ariel : [Editorial Planeta Colombiana, 2020.

García Villegas, Mauricio, María Alejandra Alvarado, Ariel Sánchez, y María de la Luz Vásquez. *Sociedad de emergencia: Acción colectiva y violencia en Colombia*. Bogotá: Defensoría del Pueblo, 2005.

Garciadiego Dantán, Javier. *Ensayos de historia sociopolítica de la Revolución Mexicana*. 1. ed. Antologías. México, D.F: Colegio de México, 2011.

Gatti, Gabriel. «Juan Pablo Aranguren Romero, 2016. Cuerpos al límite: tortura, subjetividad y memoria en Colombia (1977-1982)». *Revista de Estudios Sociales,* n.º 59 (1 de enero de 2017): 162-63. https://doi.org/10.7440/res59.2017.15.

Geertz, Clifford. «Los usos de la diversidad». En *Los Usos de la diversidad,* 65-92. Barcelona: Paidós, 1996.

Giménez, Gilberto. «La cultura como identidad y la identidad como cultura». En *Identidad, cultura y política: perspectivas conceptuales, miradas empíricas,* editado por Universidad del Valle. Mexico D.F.: Santiago de Cali: Universidad del Valle, 2009.

Gómez, Diana, Angélica Bernal, Juliana González, Diana Montealegre, y María Manjarrés. *Comisiones de la verdad y género en países del Sur Global: miradas decoloniales, retrospectivas y prospectivas de la justicia transicional: aprendizajes para el caso colombiano*. 1. ed. Género, equidad y desarrollo. Instituciones, paz y desarrollo. Bogotá, D.C., Colombia: Universidad de los Andes, Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo : Ediciones Uniandes: CAPAZ, 2021.

Gramsci, Antonio. *Antología, Selección, Traducción y notas de Manuel Sacristán*. 6.a ed. México D.F.: Siglo XXI, 1981.

Guerrero, Juan Carlos. «Los cuerpos en dolor (I): emblemática del régimen ético de la violencia». *Revista de Estudios Sociales,* n.º 35 (2010): 123-37.

Guzmán, Tania, Fernán González, y Víctor Barrera. *Estrategias para la construcción de paz territorial en Colombia. Elementos para la discusión*. Documentos ocasionales 79. Bogotá D.C.: CINEP, 2015. http://centroderecursos.alboan.org/ebooks/0000/1122/4-GON-EST.pdf.

Haraway, Donna Jeanne. *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Experimental Futures: Technological Lives, Scientific Arts, Anthropological Voices. Durham: Duke University Press, 2016.

Henry, Yazier. «The Ethics and Morality of Witnessing: On the Politics of Antjie Krog (Samuel's) Country of My Skull». En *Trauma, Memory and Narrative in the Contemporary South African Novel,* de Eds. Mengel Ewual, Michaela Borsoga, 107-40. Amsterdam, Londres: Brill, 2012.

Human Rights Watch. «Un giro erróneo La actuación de la Fiscalía General de la Nación.» Fiscalia General de la Nación, 2002. https://www.hrw.org/legacy/spanish/informes/2002/giro_erroneo1.html#8.

«human rights watch | colombia: un giro erróneo». Accedido 22 de junio de 2022. https://www.hrw.org/legacy/spanish/informes/2002/giro_erroneo1.html#8.

Ibrahim, Abdullahi. «The birth of the interview: the thin and the fat of it». En *African Words, African Voices: Critical Practices in Oral History,* de Luise White, Stephan Miescher, David William Cohen (eds.), 103-24. Bloomington: Indiana University Press, 2001.

James, Allison. *Constructing and Reconstructing Childhood. Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*. Editado por Alan Prout. 2.a ed. Oxfordshire: Routledge, 1997.

Jaramillo Marín, Jefferson. *Pasados y presentes de la violencia en Colombia: Estudios de Las Comisiones de Investigación* (1958-2011). Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014. http://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/41619.

Jimeno, Myriam. *Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento*. 1.ª ed. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia, 2019.

———. «Introducción. El enfoque narrativo». En *Etnografías contemporáneas III:las narrativas en lainvestigación antropológica,* 1.a ed., 7-19. Bogotá

D.C.: Universidad Nacional de Colombia, 2016. https://www.researchgate.net/profile/Ana-Forero-Angel/publication/319546947_La_invencion_del_orden_en_las_narrativas_del_Ejercito_Nacional_de_Colombia/links/59b2acf5458515a5b48d1305/La-invencion-del-orden-en-las-narrativas-del-Ejercito-Nacional-de-Colombia.pdf.

Laars Buur. «Monumental Historical Memory: Managing Truth in the Everyday Work of the South African Truth and Reconciliation Commission». En *Commissioning the Past: Understanding South Africa's Truth and Reconciliation Commission,* de Eds. Deborah Posel, Greame Simpson, 66-95. Johannesburg: Wits University Press, 2002.

Lair, Eric. «Reflexiones acerca del terror en los escenarios de Guerra Interna». *Revista de Estudios Sociales,* n.º 15 (2003): 88-108. https://doi.org/10.7440/res15.2003.06.

Lechner, Norbert. «Especificando la política». En *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado,* 1.ª ed., 27-53. Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 1984. https://flacsochile.org/biblioteca/pub/publicos/1984/libro/000043.pdf.

Lederach, John Paul. *Construyendo la paz: reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Washington: Institute of Peace Press, 1997. https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=18557.

———. *La imaginación moral. El arte y el alma de la construcción de la paz*. 1.ª ed. Bilbao: Bakeaz, 2007. https://www.gernikagogoratuz.org/wp-content/uploads/2020/04/RG09-la-imaginacion-moral.pdf.

Lemaitre, Julieta. *El Estado siempre llega tarde. La reconstrucción de la vida cotidiana después de la guerra*. 1.ª ed. Siglo XXI y Universidad de los Andes, 2019.

Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*. 1.a ed. Barcelona: El Aleph, 1986.

Levinas, Emmanuel. *De otro modo de ser, o más allá de la esencia*. Madrid: Editora Nacional, 2002.

———. *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Valencia: Pre-Textos, 1993.

Loaiza, Ana María. «Investigación para la paz y trabajo social: construcción de una cultura para las paces con perspectiva de género». *Revista Eleuthera,* n.º 12 (2015): 89-111. http://dx.doi.org/10.17151/eleu.2015.12.5.

Londoño, Luz, y Yoanna Nieto. *Mujeres no contadas: procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990-2003*. Medellín: La Carreta, 2006.

Malhotra, Sheena, y Almee Carrillo, eds. «Learning to listen: Academia, Silence, Resistance». En *Silence, Feminism, Power: Reflections at the Edges of Sound,* 83-156. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013.

Martínez Montoya, Rocío, y Alanis Bello Ramírez. *La guerra inscrita en el cuerpo: informe nacional de violencia sexual en el conflicto armado*. Bogotá D.C.: Centro

Nacional de Memoria Histórica, 2017. http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes-accesibles/guerra-inscrita-en-el-cuerpo_accesible.pdf.

Mbembe, Achille. «The Power of the Archive and its Limits». En *Refiguring the Archive,* de Eds. Carolyn Hamilton, Verne Harris, Jane Taylor, Michele Pickover, Graeme Reid, Razia Saleh, 19-26, 1.a ed. Ciudad del Cabo: David Philip Publishers, 2002.

Medina Gallego, Carlos. *FARC-EP. Notas para una historia política 1958-2006.* 1.ª ed. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

———. «Farc-Ep y Eln una historia política comparada (1958- 2006)». Tesis de doctorado en Historia, Universidad Nacional de Colombia, 2010. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/7221.

———. «La resistencia campesina en el sur del Tolima». En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: Fondo Editorial CEREC, 1995.

Melucci, Alberto. *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México D.F.: El Colegio de México, 1999. https://doi.org/10.2307/j.ctvhn0c2h.

Menzies, Malcolm. *Desde las montañas de Colombia*. 1.ª ed. París: Mabillon, 1999.

Mitchell, Christopher, y Sara Ramírez. «Las comunidades de paz en Colombia. Una comparación inicial de tres casos». En *Colombia: La construcción de la paz en tiempos de guerra,* 1.ª ed., 319-48. Bogotá D.C.: Universidad del Rosario, 2014.

Monroy, Ana Cristina. *Mujeres no contadas - 2005*. Vídeo, 2019. https://www.youtube.com/watch?v=p9m3Y0Ruu3A.

Moreno, Paula Andrea, y Eduardo Camelo. «La justicia en equidad como institucionalidad para la paz: aproximaciones preliminares desde el caso araucano». En *Instituciones comunitarias para la paz en Colombia. Esbozos teóricos, experiencias locales y desafíos sociales,* de Jefferson Jaramillo Marin, Fabio Saul Castro Herrera, y Daniel Ortiz Gallego, 270. Universidad Nacional de Colombia: 978-958-783-378-2, 2018. https://www.libreriaunal.com/libro/instituciones-comunitarias-para-la-paz-en-colombia_5199.

Moreno Pinzón, Paula. *Conflictividad socioambiental en Colombia: un análisis a partir de la labor de intervención de conflictos que realiza la conciliación en equidad*. 1.ª ed. Bogotá: Universidad de los Andes, 2021.

———. «Conflicto, violencia y paz en el piedemonte araucano». En *Arauca: una escuela de justicia comunitaria para Colombia,* 63-90. Bogotá D.C.: Universidad Nacional de Colombia, 2021.

Nancy, Jean-Luc. *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.

Nash Rojas, Claudio. «Alcance del concepto de tortura y otros tratos crueles,inhumanos y degradantes». *Anuario de Derecho Constitucional Latinoamericano Año XV,* 2009, 585-601.

Negri, Antonio. «El poder constituyente». En *Imperio, multitud y sociedad abigarrada,* 103-11. La Paz: CLACSO, 2008.

Nussbaum, Martha. *La ira y el perdón. Resentimiento, generosidad, justicia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2018.

Olson, Mancur. *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y teoría de grupos*. México D.F.: Limusa Noriega, 1992.

Oslender, Ulrich. «Another history of violence: the production of "geographies of terror" in Colombia's Pacific coast region». *Latin American Perspectives* 35, n.º 5 (2008): 77-102.

Ostrom, Elinor, y T. K. Ahn. «Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva». *Revista mexicana de sociología* 65, n.º 1 (2003): 155-233.

Pascha-Bueno, Hansen. «National Reconciliation through Public Hearings: Representative Repertoire, Choreography and Politics of Reception». En *Feminist and Human Rights Struggles in Perú: decolonizing Transitional Justice,* 81-104. Chicago: University of Illinois Press, 2015.

Pécaut, Daniel. *Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* Bogotá D.C.: Grupo Editorial Norma, 2008.

Perilla Lozano, Leonor, y Bárbara Zapata Cadavid. «Redes sociales, participación e interacción social». *Trabajo Social,* n.º 11 (2009): 147-58.

Piper, Isabel. «Globalización y hegemonía en procesos de memoria colectiva: reflexiones a partir del caso chileno». *Megafón,* 2017.

Piselli, Fortunata. «Capital social: Un concepto situacional y dinámico». En *El capital social. Instrucciones de uso,* 53-88. Colección popular 538. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Quishpe, Rafael. «Corcheas insurgentes: usos y funciones de la música de las FARC-EP durante el conflicto armado en Colombia». *Izquierdas* 49, n.º 31 (2020): 554-79. https://doi.org/10.4067/s0718-50492020000100231.

Rangel, Alfredo. *Colombia: guerra en el fin de siglo*. Bogotá D.C.: Tercer Mundo, 1998.

Rettberg, Angelika. «Diseñar el futuro: una revisión de los dilemas de la construcción de paz para el postconflicto*». *Revista de Estudios Sociales,* n.º 15 (2003): 15-28. https://doi.org/10.7440/res15.2003.01.

———. «La construcción de paz bajo la lupa: una revisión de la actividad y de la literatura académica internacional». *Estudios Políticos,* n.º 42 (2013): 13-36.

Reyes, Yolanda. *La casa imaginaria: lectura y literatura en la primera infancia*. Editorial Norma, 2007.

Ross, Fiona. «Testimonial Practices». En *Bearing Witness. Women and the Truth and Reconciliation Commission in South Africa,* 27-50. Londres: Pluto Press, 2003.

Salazar, Gustavo. «Evolución militar de las FARC, 1995-2000». *Revista de Estudios por la Democracia, la Paz y la Convivencia en Colombia, DEPAZ,* 2000.

Samacá, Gabriel David. «Versos de amores que matan los odios malditos del yanqui opresor: música insurgente y discurso político de las FARC-EP». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura 44,* n.º 2 (2017): 227-59.

Sánchez de Alba, Hanner Iván. «"Sangre y ruido": archivo de violencia en la memoria corporal». *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas* 16, n.º 1 (2021): 84-103. https://doi.org/10.11144/javeriana.mavae16-1.syra.

Sánchez Gómez, Gonzalo. «Las raíces históricas de la amnistía o las etapas de la guerra en Colombia». En *Ensayos de historia social y política del siglo XX,* 275. Bogotá: El Áncora Editores, 1985.

Sanders, Mark. *Ambiguities of Witnessing: Law and Literature in the Time of a Truth Commission*. Johannesburg: Wits University Press, 2007.

Scarry, Elaine. *The Body in Pain. The making and unmaking of the world*. Nueva York, Oxford: Oxford University Press, 1985.

Schutz, Alfred, y Thomas Luckmann. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009.

Scott, James. *Decoding Subaltern Politics: Ideology, Disguise, and Resistance in Agrarian Politics*. 1.ª ed. Nueva York: Routledge, 2013.

———. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Ciudad de México: Era, 2007.

———. *Resistance without Protest and without Organization: Peasant Opposition to the Islamic Zakat and the Christian Tithe*. Townsville: Asian Studies Association of Australia, 1986.

———. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University, 1985.

Serje, Margarita. *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. 1.ª ed. Bogotá: Universidad de los Andes, 2005.

Sitze, Adam. *The Impossible Machine. A Genealogy of South Africa's Truth and Reconciliation Commission*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 2016.

Sluzki, Carlos. *La red social: Frontera de la práctica sistémica*. Barcelona: Gedisa, 2009.

Suárez, Miguel Esteban. «Contrapoder y justicia guerrillera, fragmentación política y orden insurgente en Colombia (1952-2003). Bogotá: IEPRI, Debate Penguin Random House Grupo Editorial, 2014. 616 páginas». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 42, n.º 2 (1 de julio de 2015): 436-41. https://doi.org/10.15446/achsc.v42n2.53348.

Theidon, Kimberly. *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de reconciliación en el Perú*. Lima: IEP Ediciones, 2004. https://repositorio.iep.org.pe/handle/IEP/590.

Valderrama, Daniel, Diana Barajas, y Nicolás Espinosa. *Geografías de la guerra, el poder y la resistencia*. Editado por Clara García y Clara Aramburo. Bogotá: Bogotá : Cinep, Medellín : INER, 2011. https://www.researchgate.net/profile/Nicolas-Espinosa-4/publication/264746305_Geografias_de_la_guerra_el_poder_y_la_resistencia/links/53edd0fd0cf23733e80b04d1/Geografias-de-la-guerra-el-poder-y-la-resistencia.pdf.

Vásquez, Teófilo. «El papel del conflicto armado en la construcción y diferenciación territorial de la región de "El Caguán", Amazonía occidental colombiana». *El Ágora USB* 14, n.º 1 (2014): 147-75. https://doi.org/10.21500/16578031.2599.

Vega Cantor, Renán. *La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado*. Bogotá: Espacio Crítico, 2015.

Veillon, Dominique. «La vie quotidienne des femmes sous l'Occupation». En *1939-1945: combats des femmes,* 32-48. París: Autrement, 2001.

Anexos



Anexo 1. Anexos del tomo



Anexo 2. Anexos generales del Informe Final



Anexo 3. Plataforma digital



Anexo 4. Constancias y aclaraciones de los comisionados



Anexo 5. «Cuando los pájaros no cantaban. Proceso de investigación del tomo testimonial». Documentos preparatorios escritos por el comisionado Alejandro Castillejo-Cuéllar



Anexo 6. Guías de proceso. Investigación volumen testimonial del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición



Anexo 7. Proyecto especial de escucha del tomo testimonial «El dolor de la naturaleza»



Anexo 8. Proyecto especial de escucha del tomo testimonial «Narrativas de vida en la guerra»

ISBN: 978-958-53874-9-2

COMISIÓN DE LA VERDAD

Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad,
la Convivencia y la No Repetición.